



Preca
DSC
A

COLECCIÓN
DE LOS MEJORES
AUTORES ESPAÑOLES

—
TOMO XXXIX

OBRAS POÉTICAS
DE
DON JOSÉ ZORRILLA

PARIS. — TIP. GARNIER HERMANOS, 6, RUE DES SAINTS-PÈRES.





D. J. ZORRILLA.

OBRAS

DE

D. JOSÉ ZORRILLA

NUEVA EDICIÓN CORREGIDA

Y LA SOLA RECONOCIDA POR EL AUTOR

CON SU BIOGRAFIA

Por ILDEFONSO DE OVEIAS

—

TOMO PRIMERO

—

OBRAS POÉTICAS

—

PARÍS

GARNIER HERMANOS, Libreros-Editores

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

—



R. S. 1000

4.59535

C.1075795

1880

D. JOSEPH

JOSEPH

GARRISON

DON JOSÉ ZORRILLA.



Se ha suscitado á veces la cuestion de si la crítica debe ejercerse conforme á principios superiores ó con arreglo al sentido comun. Si por sentido comun se entiende la razon, seguramente por él, pues de él deben depender aquellos; pero si se entiende por tal el modo comun de ver las cosas, entonces será preciso que se formule primero ese modo comun de ver, y que se vea si efectivamente existe. ¿ Han de entrar á formarlos todos los nacidos? Entonces de seguro no hay con mayoría absoluta ningun modo de ver una misma cosa, á no ser las necesidades animales, y aun aquí caben infinitas diferencias. ¿ Lo han de formar solo los vivientes? ¿ lo ha de constituir meramente cada nacion para cada idioma? Cuestiones son estas que, aunque pudiesen resolverse, darian por resultado dos consecuencias: que el sentido comun, en el hecho de serlo, adolece de muchos errores y que no pasa jamás de cierta altura, porque se refiere á las ideas vulgares. Nosotros creemos que al hablar del sentido comun alude cada cual al sentido suyo mas que á ninguna otra cosa. ¿ El sentido comun sabe ciencias abstractas? no: ¿ sabe las naturales? no: ¿ sabe filosofia? no: ¿ sabe lógica? no seguramente. Pues entonces ¿ para qué ha de servir de juez el mero sentido comun que no sabe de nada mas que de las cosas comunes en la vida? ¿ y de cuántos errores no se alimenta ese sentido, si por él no se entiende la razon? Y si prescindimos de las ideas y nos referimos á los afectos, ¿ quién duda que los hay propios de las organizaciones mas privilegiadas que no asisten á la mayoría de los hombres?

No sin aparente fundamento dudan algunos de que haya princi-

pios fijos y absolutos donde la poesía descansa, ni reglas por consiguiente generales y determinadas que sean ley y norma para ejercer la crítica. Induce á este error el considerar la infinita variedad de ídoles, cualidades y formas que entre los poetas aparecen, y el amedrentarse la razón ante el propósito de penetrar en ese caos, recoger y coordinar sus principios, aclarar su confusión y dar con el centro común de donde parten tan varias divergencias. Si á esta consideración se añade la inconsecuencia y opuestas sinrazones con que el público acoge las obras del ingenio, habrása de convenir en la unánime incertidumbre que sobre el particular ocupa el ánimo de los hombres pensadores; porque sin base el juicio en este asunto; sin punto de partida la razón, se encuentra desarmado el criterio ante las falsas impresiones que mueven voluntariosamente el discurso, dando lugar á la diferencia de conceptos que divide el campo literario, donde siempre la individualidad anda como reina del acierto.

No hay, sin embargo, ramo de la inteligencia humana, no hay trabajo de las facultades intelectuales que no esté sometido á una ley constante, como lo está todo lo creado, ley que indudablemente tiene entronque y mas ó menos tortuoso nacimiento, en la primera y mas absoluta condición de la vida moral, en la percepción. Sin esta no se concibe la vida moral, así como sin la sensación no se concibe la física, porque donde no hay sentimiento ¿qué hay sino un organismo inerte? y el que nada percibe ¿qué inteligencia tiene?

Prescindiendo de la íntima correspondencia que existe entre aquellas dos cualidades, tanta que parece la percepción ser nada mas que un ramo determinado de la otra, es indudable que la primera tiene sus medios y trámites marcados en la organización misma, así como la sensación los tiene; medios y trámites que nos son desconocidos en su esencia, pero que podemos clasificar en sus efectos. Si el alma necesita los sentidos para percibir, hay que suponer otra multitud de medios mas íntimos de percepción para explicar las infinitas diferencias y modificaciones de que el entendimiento es capaz. Por la relación, pues, que existe entre los efectos y las causas, no hay rama, repetimos, de la inteligencia humana que mas temprano ó mas tarde no ceda y se entregue al incansable trabajo del análisis para acabar por someterse á la sistematización de la lógica.

Concretándose á la poesía, se echa de ver que en su nacimiento debió reducirse á la metrificación de las palabras, y que en sus pri-

meros tiempos no era considerada bajo otro aspecto. Pero aplicada bien pronto á espresar las afecciones del ánimo, en gracia á sus formas musicales que la hacen tan halagüeña, fué cada día tomando un particular aspecto que llegó al fin á distinguirla de todos los demas modos de espresarse; y esta circunstancia sentida y reconocida por todo el mundo dió lugar á esa persuasion universal de que la poesía es un arte especial, cuyo lenguaje se diferencia de otro cualquiera. Donde esté, sin embargo, esta diferencia, en qué estribe, es una cuestion todavía por resolver, y los mas agudos ingenios se han concretado á establecer como por reglas algunas observaciones incompletas, deducidas de casos particulares, y que si para algo han servido por sí solas, ha sido para mostrar el talento de sus autores mas bien que la salida del enmarañado laberinto de la poesía; mucho, sin embargo, han preparado el acierto para el porvenir esas reglas y distinciones hechas por las artes poéticas y las retóricas tan menospreciadas ambas por algunos que no han considerado la filosofía que encierran, dejándose llevar de las primeras impresiones.

Por de contado, todos los críticos han fundado sus observaciones en el único punto de partida posible en estas materias, la observacion; lo primero que se ha ofrecido á sus ojos han sido las formas, y muchos, como es natural, han principiado por establecer como punto de ley las que en los objetos de observacion veian: de aquí esa multitud de reglas escritas y embarazosas que quieren resolver el problema sin penetrarlo, y á las cuales, si el estilo lo permitiera, pudiera aplicarse aquella espresion familiar de *tomar el rábano por las hojas*. Mucho mas han profundizado la materia otros críticos, aunque ninguno ha dado á luz un cuerpo de doctrina bastante convincente sin duda para sujetar á su yugo todas las opiniones, y andan estas todavía tan divididas y encontradas que rinden párias casi todas á la humana flaqueza de no dar por bueno lo que no está en armonía con la índole ó hábitos de la inteligencia individual.

Al escribir, pues, la biografía crítica de un célebre poeta, nos será preciso á nosotros esponer el modo con que concebimos la poesía: porque, resueltos á aplicar en este y cualquier caso las convicciones que nos asisten, queremos recaigan los errores sobre nuestro torpe entendimiento.

De la observacion de los mas grandes poetas se deduce que la poesía no puede existir sin imágenes, sin afectos. Su objeto debe ser instruir tocando los dos resortes mas fáciles de mover en el hombre, la imaginacion y el sentimiento. Decimos que debe instruir, no

solamente porque ya lo dijo el *útil y agradable* del grande Horacio, sino tambien porque creeríamos mengua de la poesía lo contrario. Lo confesamos, si su objeto fuese meramente deleitar, nosotros, aunque nos ofrecieran la palma del triunfo, desdeñaríamos ser poetas. Un mas alto objeto está destinado á la poesía : suelta, libre y desembarazada en su espacio la inteligencia, altiva y valerosa como el águila, toma arranque hasta el cielo, tiende en la creacion su señorío y, reina de la luz, desprende en vivos lampos la claridad que baja á iluminar los mundos de la ciencia. El antro inmenso del porvenir, el abismo de la duda, la infinita region de lo desconocido, todo abre las puertas á su vuelo ; acaso se pierde y vaga en aquellas oscuridades, y entonces ; ay ! entona tristes cánticos ; sigúenla detrás, pero muy lejos, las cautelosas ciencias lentamente, cuyos medidos pasos alegran si bien trillan el camino.

En donde no haya imágenes ni afectos ¿ se concibe la poesía ? imposible ; asistirán allí todas las cualidades lógicas de que la inteligencia puede gozar, pero será filosofía, ciencia, ú otra cualquiera especie de ese número infinito de pensamientos que carecen de clasificación determinada á causa de la imperfeccion que oscurece los humanos conocimientos.

Existe sin duda una relacion íntima entre los afectos y las ideas, dando á esta palabra su mas reducida significacion ; diríase que los une una trabazon continua de partes, si se considera que de los sentidos esternos provienen todas las percepciones primitivas, base indudablemente de todas las modificaciones de nuestra comprension, pues no se concibe esta sin aquellos, porque entonces no seria el hombre mas que una masa inerte. Sin duda que en lo íntimo de nuestro organismo hay una série trabada y sucesiva de ramificaciones de los sentidos, cuyas formas y leyes nos son desconocidas, pero que se van como sutilizando de grado en grado hasta conducir á las mas abstractas percepciones que llamamos pensamientos, que acaso no son mas que delicadísimos afectos que obran en el organismo como otros cualesquiera, aunque parecen de esencia diferente. ¿ No advertimos diversidad en los sonidos, aunque todos consisten en una misma ley, aunque tienen una misma esencia, si asi puede decirse, siendo hijos de vibraciones solo diferentes en la cantidad de fuerza ? ¿ No nos parecen dos cosas diversas el rojo y el verde cuando acaso no son mas que diferencias de cantidad de luz, conformes á las facultades reflectivas de los cuerpos, cantidades que mide y clasifica la reflexion del prisma ? ¿ No creemos que son diversas cosas la elec-

tricidad y el magnetismo, cuando apunta ya la ciencia demostrarnos que son solo modificaciones de un mismo fluido? ¿Cual será la mano que se atreva á poner lindes entre las afecciones y los pensamientos?

Estamos llamando afectos á todas las sensaciones que, no consistiendo meramente en la simple intervencion de los sentidos esternos, carecen en cambio de la disposicion analítica que constituye el pensamiento abstracto, y que se encuentran de consiguiente en el término medio de estos y las sensaciones materiales, formando entre sí otra série de eslabones que los enlaza por un lado á la materia bruta y por otro al juicio. Del mismo modo que, pasando la naturaleza por una série de transiciones que no se acierta á deslindar, da origen, forma y cualidades á los tres reinos de que consta.

Sin duda hay medios determinados y precisos para escitar los afectos, medios que tienen su lógica necesaria para ser empleados. El hombre, aunque por los resultados los presienta, no los conoce hasta el punto de poder sistematizarlos, si bien es probable que, aunque lo lograra, con el progresivo refinamiento de la percepcion se sucederian otros muchos que acaso no le seria dado comprender.

De consiguiente, para escitar los afectos el medio mas conducente hasta ahora es sentirlos, y el mejor medio de valuarlos tener las facultades necesarias para lo mismo. Con cuyo motivo no sin razon puede decirse que los afectos delicados son flores con cuyo aroma se deleita el alma, y cuyas delicias solo sienten las organizaciones privilegiadas.

Diríase, sin embargo, que son los afectos percepciones sintéticas que se escapan al análisis y causan de consiguiente una sensacion indeterminable; todos parece que pueden reducirse á los dos grandes ramos del sentimiento, el placer y el dolor, la satisfaccion de una necesidad, la oposicion á la habitud, tomando esta palabra en su mas lata acepcion, habitud orgánica, habitud moral. Hemos dicho *oposicion* porque creemos que todos los afectos provienen de la variacion y que solo en los grados que esta adquiriera consisten las diferencias entre el dolor y el placer, no estando estos separados por linderos distintos. La relacion de un naufragio afecta el ánimo; pero esta afeccion es capaz de todas las graduaciones posibles. Desde decir simplemente *naufragamos* hasta hacer una descripcion perfecta como tal, hay infinidad de calidades, digámoslo asi, entre las descripciones intermedias, y con ella va adquiriendo fuerza ó profundidad el afecto que infunden. Supongamos que la descripcion, reducida como tal á palabras, pudiera ir tomando sucesivamente grados de verdad hasta

entrar en el terreno de la imitacion material; en este caso seria mucho mas profunda la conmocion de los espectadores. Aquí ya la descripcion toma otro carácter que puede decirse adquiere ya muchos grados de verdad en el teatro, pero que es capaz de mucho mas, hasta llegar al punto de convertirse en un naufragio real y verdadero. Aquí la conmocion de los ánimos, que en el teatro consistió en un gustoso dolor, toma los caracteres del dolor positivo; y si la fuerza de las trasmutaciones que vamos haciendo de la descripcion, llegase hasta el extremo de poner al oyente ó al espectador en las mismas circunstancias que dan lugar al caso, si se viese asido á una tabla en medio de un mar proceloso, sintiendo ya aquella série de intensidades de dolor terrible, llegaria á sentir el de la desesperacion, al ver la muerte, el fin de la tan amada vida, seno y conjunto de todas las habitudes.

La variacion, pues, es el principio de todos los afectos, asi como lo es de todas las sensaciones y de todas las ideas. He aquí en que estriba una de las cualidades mas admirables de los autores dramáticos; obligados á interesar al público que está presente, ¿cuánto no deben conocer el corazon humano si cumplen dignamente con su empeño? ¿cuánta prudencia y tino no les ha de asistir para tocar precisamente las afecciones mas comunes á la mayoría, para observar aquella parquedad tan difícil y de tanta maestría asi cuando abunda el corazon en afectos como cuando en ideas la inteligencia?

Los afectos no pueden infundirse sin causas dadas, las cuales determinan su carácter; asi, para infundir la percepcion de una imágen por el sentido de la vista, es menester presentarla á los ojos, y si por el oido describirla. Empero asi como hay ojos cuyo sentido es torpe y que no ven con distincion, unos mas y otros menos, asi sucede con todas las demas facultades del hombre, y raros son los corazones que sienten con toda perfeccion un afecto, asi como es muy difícil comprender en toda su perspicuidad las ideas.

¿Qué leyes rigen los afectos? nos es desconocido su modo de obrar; pero de la comparacion de sus efectos podemos deducir que están sujetos á la ley de la verdad que en este caso es la motivacion; es indudable que todos la tienen, aunque sentimos muchos cuyas razones no atinamos, ¿tal es la flaqueza de nuestro entendimiento! Para infundirlos, sin embargo, el poeta tiene que esponerlos y sujetarse á esta ley, y de lo contrario todo afecto sin motivo disgusta y se llama afectacion. Pero no basta solo que haya razones, es preciso que causen el efecto con todos los caracteres que de su conjunto se dejan deducir, porque de lo contrario sobrevendrá la falsedad;

luz que guie al poeta en esta confusion no hay mas sino una delicada sensibilidad ó un saber analítico que hasta ahora á nadie ha concedido el cielo.

La poesía dramática se ha encargado de los afectos á que es mas accesible la mayoría de los hombres; la trágica se ha conservado los heróicos, la lírica al espresarlos suele revestirlos de imágenes. En este punto debemos hacer la observacion de que la poesía dramática es una série de imágenes tambien puestas en accion en el teatro comun de la vida. De aquí se deduce, si bien se mira, que la poesía puedereducirse en resúmen á ser *la espresion por medio de imágenes*. Nosotros pensamos que este es su carácter distintivo. Si prescindimos por el pronto de la dramática, no hay poeta lírico que con su ejemplo no lo cõmpruebe, y no hay trozo celebrado como buena poesía que no consista en imágenes. Donde estas no están, ya en la forma, ya en la comparacion, ya en la suposicion, ya descriptivamente, no hay poesía. La que se llama jocosa no tiene casi siempre mas punto de comparacion con ella que el estar escrita en verso. Examínese detenidamente la poesía jocosa y se encontrará que consiste en la contradiccion; en esta la estravagancia; de la estravagancia la risa. El objeto del chiste es hacer resaltar dos extremos presentando inopinadamente el paralelo. No confundimos esta poesía con la festiva, por la cual entendemos la que no tiene el mero objeto de hacer reir, sino que escitando esta grata afeccion lleva envueltos los pensamientos : el fin es hacer resaltar los vicios, errores y defectos, para lo cual los ofrece á la vista por el lado donde tienen la flaqueza, presentando la razon sintética que lleva en contra, de modo que el lector la conciba al punto en toda su estension y goce ademas del contraste. Asi es que la poesía festiva y mas aun la satírica están sujetas á la ley de la lógica como todos los ramos de las facultades humanas. Por lo demas, aunque su fondo consiste en presentar las cosas *ab absurdum*, es capaz de imágenes como la poesía lírica.

Las imágenes pueden referirse á la forma de objetos reales y verdaderos, ó á objetos inventados en su conjunto ó en su individualidad. En el primer caso la poesía es de descripcion; en el segundo de fantasía.

¿Qué leyes rigen las imágenes? las de la verdad y la razon. La primera consiste ó en describir con exactitud dando á las cosas el modo y formas que tienen, ó en que el análisis de las imágenes comparativas dé por resultado una espresa condicion que sea comun á la imagen y al objeto. He aquí implícitamente contenida la razon de

la grande importancia, del poderoso vuelo que puede tomar la poesía; porque si examinamos separadamente la marcha de todos los fenómenos que constituyen una série de ideas, mas ó menos larga y continua, y luego las comparamos mutuamente, echaremos de ver numerosos y graves datos que dan lugar á sospechar que una sola ley rige todas las cosas, ley que obrando en cada una con ciertas modificaciones es lo que llamamos en la mas lata acepcion *analogia*. La mente del poeta, obligada á espresarse con ejemplos que afecten intensamente, tiene que sentir esas analogías en alta ó baja escala, y acaso no hace otra cosa sino insinuarlas cuando solo intenta esplicarse. Es árdua empresa, y no de la presente ocasion, esplayar esta idea de modo que obligue al convencimiento; pero ello es indudable que no el poeta, por serlo, ha de renunciar al alto don del discurso, el mas digno y elevado de cuantos el hombre tiene. ¿Pues qué, el poeta está autorizado para sacrificar la razon y abrazar el absurdo y preconizar la falsedad? No, entonces la poesía seria indigna de los hombres, y si existe ese arraigado error que la empareja con la mentira, es porque el vulgo no ha comprendido las grandes concepciones de los superiores poetas, no ha penetrado su sentido, y han autorizado su error los poetas sin inspiracion propia que, queriéndose revestir del magnífico manto del Númen, lo han arrancado á pedazos de los hombros del ingenio, pensando arrancar el espíritu. ¿Pues qué, esa misma poesía gentil tan menospreciada y decantada como delirio de estraviadas imaginaciones, y que luego usada en sus formas sin contener ya su pensamiento ha dado lugar á ese error público, aquella poesía no cumplió sobre la tierra el mas alto destino de aquellos remotos tiempos, dando la ley al mundo y desempeñando la gran empresa social que no le fué dada á la ciencia? Si hoy nos parecen locuras lo que de religion formuló Homero, ¿pareciólo en aquellos dias? Pero direis que mintió; sí, como mienten todos los sabios cuando alzan su pensamiento; como mienten todos los grandes hombres, como mintieron los que hoy acaso teneis en vuestro corazon. Y es que estais calumniando lo que no comprendísteis, los pensamientos de maravillosos fines, esfuerzos del talento que intenta grandes cosas y anda desvanecido en el laberinto de la ciencia: esas son las convulsiones del gigante que se lanza á la inmensidad para luchar brazo á brazo con el destino, los arranques del genio que no lo puede vencer, pero que quiere al menos burlarlo.

La poesía se adelanta á la ciencia, yerra como Descartes; pero

anuncia como Cristo la luz de la verdad, y cuando esta amanece al mundo, ya está ella allí para cogerla en su regazo, y cubriéndolo con su manto de mil colores, la presenta á la muchedumbre que la contempla estática. Porque la multitud ¿cuándo comprenderá la ciencia? ¿cuándo, si paso por paso la vida del hombre nada alcanza? ¿Y se cree que la ciencia y la poesía son dos cosas opuestas? ¡error! la inteligencia, los talentos son todos hermanos. ¡Cuánta fantasía, cuánta imaginacion no debia hervir en aquella frente de Newton cuando meditaba para enseñar al Orbe la verdad de los cielos! ¡Cuántas vigiliass en balde y cuántos esfuerzos del ingenio gastó la ciencia vagando en alas de la fantasía redor de los palacios de lo incógnito! ¡Cuántos sublimes errores reflejan y se veneran al vago resplandor de la azulada luz eléctrica! El saber y el misterio siempre juntos; la poesía avanzando y la ciencia construyendo inespugnables castillos.

Poco tenemos ya que decir en este lugar acerca de la poesía en general: mas adelante esplayaremos, aunque no como deseáramos, nuestras ideas. Hemos dicho respecto de las imágenes que deben ser propias, y esta cualidad se aprecia casi completamente con solo recurrir á la comparacion analítica de la imagen. Todas las que cumplan precisamente con su objeto son buenas, y en su mayor ó menor exactitud consiste su mérito. Sublime es la espresion que de Dios dice la Biblia: *Inclinavit cœlos et descendit*. ¡Cuánta grandeza é imponente sentido hay en esta imagen magnífica! *¡ se inclinaron los cielos y bajó!* (1) Ahí resalta el soberano poder de la divinidad, ante la cual se apartan con temor los cielos: esta imagen es de lo mejor con que puede el hombre referirse á ese Sér Supremo. ¡Cuán religioso profundo afecto sintió el poeta cuando dijo *et descendit*, porque ¿qué mas podia decir? porque á Dios ¿quién lo comprende? ¿quién lo conoce? ¿quién dirá: *es así?*

Todavía cumple mejor, sin embargo, con esta misma idea la otra frase de la Biblia tan citada: *Dixit Deus: Fiat lux, et lux facta fuit*. Aquí ya el poeta casi rompe los nudos que ligan su alma á la torpe materia; esta desaparece de la vista, pierde al menos todas sus formas y cualidades conocidas; solo está Dios, su poder, su voluntad; hasta la idea del tiempo falta: dice Dios, *hágase la luz* y la luz aparece; raudales de esplendor inundan la creacion toda.

Otra definicion de Dios todavía mas digna dió Cristo, aunque la dió

(1) Creemos que es esta la mejor traduccion.

como filósofo, no como poeta : *Ego sum qui sum*. Aquí la mente humana se pierde; ese es Dios; ese es el todo, el único principio, el ente inesplicable donde todo está, de donde nada puede huir, lo que nada puede comprender : es quien es!

Mas modesto, menos audaz, menos grande Homero, su inteligencia abarca bien todo lo que imagina; y la perfeccion ¿ quién mejor llegó á conocerla?

Si en la propiedad de las imágenes estriba su bondad artística, en lo contrario sus defectos. Abrid los poetas españoles del siglo xvii y hallareis muchas impropiedades que constituyen el mayor número de sus defectos : situaciones falsas, deducciones falsas, imágenes falsas: he aquí sus faltas mas notables en el desempeño de sus obras. Mas ¿ qué necesidad hay de recurrir á ese siglo ni retroceder á los anteriores, si tenemos el ejemplo de Victor Hugo cuya poesía abunda hasta el extremo en afectos é imágenes falsas, sin que esto rebaje el grande ingenio que le ha hecho uno de los primeros hombres del siglo xix? Sin necesidad tampoco de recurrir á él, podemos poner un ejemplo notable de falsedad de imágenes sacado del mismo libro que tenemos delante, del tomo primero de las poesías de Zorrilla, hijas todavía de un ingenio no sazonado, defectos comunes siempre á las primeras producciones. Dice :

Que en una noche tranquila
Parece el cielo en verdad
Ojo de la eternidad
Y la luna su pupila.

El cielo presentado como ojo, y ojo que pertenece á la eternidad que no es mas que la duracion sin término, y en ese ojo inmenso la luna por pupila, es un conjunto de ideas inconducentes, expresadas en imágenes impropias. Mucho mejor, ó para hablar con mas verdad, digna y conducentemente trató la idea de la eternidad el mismo Zorrilla en su composicion á *un Reló*. ¿ Cuánto mas no vale aquel *nunca! nunca!* que las anteriores imágenes?

Es comun el adagio de que *el poeta nace y el orador se hace*, lo cual seguramente podia decirse con igual razon del matemático y del filósofo. Como si no fuera cierto que todas las cosas van en este mundo encaminadas por sus respectivas convergencias á producir un fin, y como si, para ser poeta, no fuera preciso pasar por una série de trámites consiguientes como para ser cualquier otra cosa. Asi es que no basta haber nacido con facultades capaces de conducir á la poesía,

pues tal habrá que nazca con ella en el mas alto grado y le lleve la suerte á bien distinto camino. La verdad es que el hombre nace con disposiciones para todo mas ó menos marcadas, hasta el extremo de que algunas se reducen casi á la nulidad y otras se manifiestan por sí solas; pero esto no sucede solo en los poetas, sino tambien en los matemáticos: Pascal era un niño de doce años, sin instruccion ninguna, y ya inventaba, rayando el suelo con un palo, la resolucion de los problemas de geometría, llegando hasta el número de veinte y tantos. La verdad es que, cuando las cosas llevan un número determinado de hombres á ser poetas, el que mas facultades tiene es el mas grande, en igualdad de circunstancias, y los demas lo son segun alcanzan; y á los llevados á las matemáticas les sucede lo mismo, y la mayoría de unos y otros se queda muy atrás de los delanteros. Por todo lo cual, dijo no sabemos quién, que hasta en los sabios habia vulgo.

Muy decaida andaba la poesía en España á principios del siglo XVIII; la literatura estaba como amortecida; las ciencias yacian olvidadas; todos los entendimientos en el estupor: diríase que el espíritu del país presentia con temor el porvenir que le aguardaba, de lucha y desesperados esfuerzos. Hay momentos en que las naciones parecen detenerse en el camino de la vida, como viajero que al llegar al pié de las montañas se para á contemplar la áspera senda que ve delante, perdida en el laberinto de los montes. Y no es que la inteligencia de los hombres tenga en estos momentos una perspicua idea de lo venidero, ni aun siquiera un rayo de luz hiera los ojos de la muchedumbre; sino que, sometido el pensamiento á la constante ley de la combinacion que rije todas las cosas, desde la torpe y palpable materia hasta las espirituales ideas, abraza con afan los principios que en debida razon vienen á animar la vida del alma; y saboreando este nuevo placer hasta que la asimila á su esencia, llega el punto y momento en que, casi hastiado de lo que pasó, no encuentra en ello afectos que le esciten y se adormece en aquella vegetacion moral hasta que un nuevo principio, una nueva semilla del alma viene á desarrollarse en el seno del universal interminable movimiento. Entonces la voz de las inteligencias privilegiadas principia á anunciar como en profecía al mundo el nuevo venidero pensamiento, y entonces tambien tiene principio la lucha de los espíritus, que no todos están dispuestos por igual al caso; entonces, si el nuevo principio está escrito en el libro de los grandes destinos, comienzan tambien las amarguras para los iniciados, el martirio acaso para los apóstoles.

Por eso la precursion de toda idea regenerativa viene gimiendo ; por eso lloraron los profetas.

En nuestros tiempos parece estarse labrando una revolucion humanitaria ; todas las naciones de Europa se han removido en su asiento á la voz de este presentimiento profundo, y la inspirada esclamacion del temor y el deseo, partiendo de Inglaterra y Alemania revestida con el ropaje de la poesia y la ciencia, ha ido á congregarse en la vecina Francia para cundir desde allí de nacion en nacion hasta el confin del Orbe ; la Francia, inepta siempre para crear, siempre dispuesta para repetir, es el espejo ustorio que refleja el mundo.

La Francia comunicó á España á fines del pasado siglo el general impulso que tantas muestras de su poder ha dado en el movimiento literario de que somos testigos. De consiguiente nuestra poesia tomó arranque en la francesa, y conforme el movimiento generador adquirió mas espresion é ímpetu, se fué poniendo mas patente el apretado lazo de entrambas poesias. A esta ocasion se mostró al mundo el ya célebre poeta D. José Zorrilla ; y como para ratificar y rendir pecho á la alianza y dependencia establecida, vino á ser unjido en la tumba del ingenio de entonces que hubo mas simpatias con las letras de allende.

Nació D. José Zorrilla en Valladolid, á 21 de febrero del año 1817 ; es hijo de D. José Zorrilla y Doña Nicomedes Moral. En aquella ciudad, en Burgos y en Sevilla pasó sus primeros años al lado de su padre, que en las tres desempeñó respectivamente cargos importantes. En 1827 se trasladó á Madrid con su familia, por gestiones de la cual ingresó en el seminario de nobles, donde cursaba las acostumbradas asignaciones y hacia versos por mandato de sus maestros y aun tambien á hurtadillas cuando los dedicaba á profanos ó intempestivos asuntos. En los dias de salida solia concurrir al teatro, y desde entonces su imaginacion debió manifestar la facilidad con que se impresionaba, pues de haber atendido al recitar de los actores adquirió y conserva Zorrilla la costumbre de leer los versos con un tono resonante y declamatorio, que le ha valido muchos aplausos, no precisamente porque esta entonacion sea recomendable para todos los casos, sino porque es cabalmente la mas propia para los versos de Zorrilla, ó al menos es en alto grado simpática con su poesia. Esta circunstancia en el modo de leer viene desde luego en elogio de Zorrilla, pues es sin duda una de las pruebas de la espontaneidad del poeta, y se funda este aserto en la misma razon en que estriba el mérito y valía de un actor que recita acorde con el sentido de aquel.

En 1833 salió el que ahora nos ocupa del seminario de nobles y volvió al seno de la familia que moraba á la sazón en un pueblo de Castilla la Vieja, retirado ya el padre de los cargos públicos. Es este cesante magistrado, alcalde de casa y corte en Madrid en tiempo de Calomarde, uno de aquellos celosos funcionarios públicos, hombres probos y purificadas autoridades que con tanta honra de la España conservaban en su seno el espíritu recto, profundo consenso y valerosa fortaleza que la razón de la ley infunde en los ánimos nobles, magistrados de que tan pocos ejemplos nos quedan, relegados entonces al hogar doméstico por el embate de las pasiones. ¡ Ah! séale lícito rendir este tributo de veneración á esos mas nobles y mejores restos de la antigua España, séale lícito rendirles este tributo á quien tambien, como Zorrilla, tiene un padre miembro en otros dias distinguido de nuestra magistratura, y mas que distinguido noble y justo, no menos tambien desgraciado.

En Castilla la Vieja principió el ingenio de Zorrilla á cursar la escuela del mundo, probando las tristes lecciones de las disidencias domésticas. El padre y el hijo estaban en desacuerdo, y como esto mismo se ha verificado respecto del mayor número de jóvenes dedicados hoy á la vida palpitante de la sociedad, preciso es conocer que entre la antigua y la moderna se interponia ya el espíritu de las revoluciones. Tenia Zorrilla odio al estudio de las leyes que le daba hastío; su padre insistia en que los cursara y le envió con este objeto á Toledo, encomendándosele á un prebendado pariente. Ganó curso aquel año el novel estudiante, pero bien puede asegurarse que si lo ganó seria solo porque se lo dieran, como con el mayor número de escolares sucede. Lo cierto es que Zorrilla estudiaba muy poco, y que se entretenia en visitar las antigüedades en que aquella insigne ciudad abunda, y que reñia con el canónigo, por no asistir á comer á las doce, por no vestir las opalandas, por dejarse melenas y por hacer canciones.

Concluido el curso, volvió Zorrilla á su casa, que la tenia en Lerma; el padre lo recibió con desagrado y el hijo se entretuvo en leer el Genio del Cristianismo, los Mártires y la Biblia. Al siguiente año escolar, fué enviado á Valladolid para que siguiese la carrera; llevaba muchas recomendaciones, y personas de categoría tenian el encargo de velar sobre su conducta, que no la creian muy buena, pues solia faltar de casa en horas no muy acostumbradas. Se entretenia en pasear y hacer versos; no sacó provecho del curso y aquel año vió por primera vez impresos sus versos en un periódico, en el *Artista*. No

hemos visto esta composicion, titulada *Elvira*, pero es de suponer que valdrá muy poco, como los demas versos en que su infancia se ocupaba.

No debia agradarle á Zorrilla la vigilancia de que era objeto en Valladolid, y sin duda se agravó su disgusto con la noticia de que su padre le esperaba muy irritado y que habia dicho lo habia de poner á cavar. Asi es que, cuando lo pusieron al cargo de un mayoral para que lo condujese á Lerma, finalizado ya el curso, tomó Zorrilla la resolucion de emanciparse al rigorismo paterno. Al pasar por un pueblo, cerca del término de su viaje, hubo de hacer alto en casa de un primo que allí tenia, y viendo pacer por el campo una yegua del pariente, montó en ella y volviendo á desandar lo andado tornó á entrar en Valladolid, siguiéndole horas detrás una requisitoria, é incontinente con la yegua del primo y unos cuantos reales siguió en derechura á Madrid, entrando pocos dias despues tan rico de esperanzas como pobre de presente en la coronada villa, sumidero de desventuras, seno de pobrezas, abrigo de ilusiones y acreditada escuela donde cursa mejor el desengaño la enseñanza del mundo. Algo debió de aprender el fugitivo poeta durante los diez meses que siguieron á su llegada, en los que la menor incomodidad suya y el trabajo de menos pena era ir huyendo de las paternales pesquisas y los infinitos amigos de su casa, para lo cual dejó crecer melenas y barbas, usando anteojos y sobre todo contando con la desfiguracion que obra el tiempo y mas aun el malestar y la desgracia.

En la tarde del 15 de febrero de 1837 eran conducidos á la última morada los restos de D. Mariano José de Larra, cuyo trágico fin habia llamado tanto la atencion de toda la corte, afectando profundamente el ánimo de sus amigos. Rindieron estos el tributo de su amistad y de sus simpatías literarias, tan vivas entonces, al malogrado escritor, y sobre sus mortales despojos atestiguaban con sentidas palabras su pena, cuando se presentó entre ellos un jóven desconocido, puede decirse, á la sazón, y leyó unos versos que entusiasmaron á la concurrencia. De entonces data la fortuna literaria de Zorrilla, aunque si bien aquella ocasion le vino á propósito, no le era indispensable para remontarse con el tiempo.

A los pocos meses trascurridos desde este suceso, se dió á luz el primer tomo de las poesias de Zorrilla, precedidas de un brillante prólogo de D. Nicomedes Pastor Diaz, y encabezadas con la composicion dedicada á Larra. Está escrita esta produccion con bastante sentimiento en algun trozo; no tiene nada de notable, á no ser la ligera

nuestra de una imaginacion lozana y de una percepcion todavia incorrecta. Siguele una composicion á Calderon, en la cual el autor trata de imitar este ingenio, y si bien pone á las claras el estudio que de él ha hecho, no logra mas que remedar el juego de palabras y de imágenes desacertadas en que solia incurrir el gran poeta. En esta produccion se echa de ver una falsa valentía de afectos, digna de notarse en aquellas redondillas que dicen :

Que si un mármol reclamó
Tu grandeza y te le dieron,
Segun lo que le escondieron
Parece que les pesó.

Yaces en un templo, sí;
Pero en tan bajo lugar,
Que pareces aguardar
Hora en que huirte de allí.

Mucho te guardan del sol,
Temerán que te ennegrezca...!
O tal vez no lo merezca
Tu ingenio, y nombre español.

Este afectado sentimiento, cuya falsedad resalta en lo desacertado de la espresion, se refiere, como se ve, al espíritu de nacionalidad; y patente tambien se ve la afectacion de que Zorrilla suele algunas veces adolecer cuando toca este punto en unos versos de este mismo tomo á la *estatua de Cervantes*.

Tu nombre tiene el pedestal escrito,
¡En estrangero idioma por fortuna!
Tal vez será tu nombre un *sambenito*,
Que vierta infamia en tu española cuna.

¡Hora te traje á luz desventurada!
¿Español eres...? lo tendrán á mengua,
Cuando á tu espalda yace arrinconada
Tu cifra en signos de tu propia lengua.

El mayor número de las composiciones de este tomo son imitaciones no muy felices de Victor Hugo, con algo de Lamartine y mas del estilo de Calderon. El *Reló*, que es una de ellas, está escrita bajo la inspiracion del ánimo afectado al considerar el curso eterno del tiempo que nunca vuelve atrás, y es una de las mejores del tomo. Pero Zorrilla no podia seguir por esta senda á que sus cualidades no

le conducian. En vano hacia muchos y fáciles versos, en vano pretendia atribular su corazon para que correspondiese al eco hondamente melancólico y profético de la poesía moderna, traslustrada de Shakspeare y Calderon, sentida de Byron, y casi razonada por Goethe; en vano intentaba verter profundos y trascendentales sentencias. Zorrilla no estaba sin duda satisfecho de sí mismo, él se sentia con facultades y no atinaba : en la *Indecision* acertó con su genio, y entonces exclamó :

¡ Bello es vivir! la vida es la armonía,
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego iluminando el día,
Aire de aromas, flores apiñadas.

.....

¡ Bello es vivir! se ve en el horizonte
Asomar el crepúsculo que nace;
Y la neblina que corona el monte
En el aire flotando se deshace.

Y el inmenso tapiz del firmamento
Cambia su azul en franjas de colores,
Y susurran las hojas en el viento
Y desatan su voz los ruiseñores.

.....

¡ Bello es vivir! se siente en la memoria
El recuerdo bullir de lo pasado;
Camina cada sér con una historia
De encantos y placeres que ha gozado.

Si hay huracanes y aquilon que brama,
Si hay un invierno de humedad vestido,
Hay una hoguera á cuya roja llama
Se abre un festin con su discorde ruido.

Y una pintada y fresca primavera
Con su manto de luz y orla de flores,
Que cubre de verdor la ancha pradera
Donde brotan arroyos saltadores.

Y hay en el bosque gigantesca sombra,
Y desierto sin fin en la llanura,
En cuya estensa y abrasada alfombra
Crece la palma como yerba oscura.

Allí cruzan fantásticos y errantes,
Como sombras sin luz y apariciones.

Pardos y corpulentos elefantes,
Amarillas panteras y leones.

Allí entre el musgo de olvidada roca
Duerme el tigre feroz harto y tranquilo,
Y de una cueva en la entreabierto boca
Solitario se arrastra el cocodrilo.

¡ Bello es vivir! la vida es la armonía,
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego iluminando el día,
Aire de aromas, flores apiñadas.

.....

Aquí está el genio de Zorrilla; esta es su poesía, esta la voz de su alma; aquí su imaginación emprende libre y desembarazada la senda que le marcó el destino; vida, animación, lozanía, luces y colores. Ya el poeta es espontáneo, ya no busca conceptos; todo lo que dice lo siente, su corazón se satisface.

Y he aquí que el poeta, al conocerse á sí mismo, siente que en su ánimo se renuevan las dulces, vagas y temerosas impresiones de la infancia, aquellos inolvidables sentimientos que acaso yacen á veces en el corazón adormecidos; pero que siempre determinan la índole de nuestro carácter. Zorrilla, cuando ya comprende el de su talento, se propone ser poeta nacional, y así lo declara en la dedicatoria que del tomo segundo de sus poesías hace á D. Juan Donoso Cortés y D. Nicomedes Pastor Díaz.

¿Puede haber en España ahora una poesía nacional? ¿cual sería su efecto? ¿qué cualidades distintivas ha de tener? En verdad que es oportuna esta ocasión para decir cuatro palabras acerca de las antecedentes cuestiones, que se ocurren al discurso á cada paso y compás del clamoreo que repetidamente se levanta para censurar con acritud nuestra literatura moderna, pidiendo nacionalidad á voz en grito y con mas impremeditación que otra cosa.

Podría haber en nuestro tiempo una literatura nacional cuando la España de nuestros días conservase un carácter excepcional, ¿y quién se atreverá á determinar el que hoy día la distingue? Nadie seguramente, y el mas perspicaz razonador cuando intente llevar á cabo esta idea, lo único que logrará será describirnos el carácter que la España tuvo. Esto, y nada mas, es lo que hacen los que están empeñados en que los moradores de España han de formar una comunidad de particulares condiciones. Ningun pueblo del mundo goza mas completamente de esta distinción que los cafres, los habitantes de

Otaiti y los beduinos; ¿qué lograrían estos pueblos con mantener intacta su nacionalidad? lograrían no salir jamás del mismo sér y estado. Acaso sin embargo les convendría esta inmovilidad; y aunque esta consecuencia es en verdad falsa, la inmovilidad además es imposible: hasta en las mas torpes é inanimadas partes de la creación el movimiento es ley indeclinable; no hay reposo en el universo. Ni aun cuando fueran las naciones peñascos enclavados en las entrañas de la tierra podrían decir: *Seremos como somos*. ¿Cuánto menos los hombres, piedra de toque de la creación, resultado el mas complejo de todas las fuerzas, punto donde todos los movimientos se cruzan, foco de variedad sujeto no solo á toda acción estraña sino también á la mútua influencia de ellos mismos?

Sigue la creación un camino que nos es desconocido, y en el curso de ese viaje misterioso, toda modificación busca y halla la muerte, toda diferencia va á perderse á un mismo seno, y todo se dirige á un solo fin. Aun obedeciendo á leyes secundarias el calórico tiende á su equilibrio, las aguas propenden á un punto y encuentran su nivel; así la humanidad tiende á un solo punto y á un nivel único como el líquido de un vaso que oscilando en decrecientes alteraciones y desigualdades, encuentra su centro; así las ideas tienden al cosmopolitismo, como al equilibrio el calórico.

Nace el sonido y conforme trascurre el espacio va muriendo; así las causas especiales que formaron la nacionalidad española se han ido amortiguando y tocan á su fin; apenas el ojo mas perspicaz las trasluce desvanecidas tras el tiempo; apenas el mas delicado oído percibe ya esos sonidos como un eco remoto y moribundo. La invasión de los fenicios, la de los cartagineses, y la de los romanos debieron concurrir á crear una nacionalidad española; pero aquella nacionalidad ya murió. Sobrevino la irrupción de los bárbaros y su combinación con el cristianismo, con la de los árabes y la guerra de los siete siglos volvieron á crear otra nacionalidad que debió llegar á su apogeo en el reinado de los reyes católicos; mas en este mismo punto principia ya á modificarse con el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, y mil sucesos sobrevienen sin interrupción que tienden todos á destruirla. En vano es hacer aquí una reseña que pertenece á la historia, sería demasiado prolija y sobre todo bien escusada.

Corría el siglo XVIII y la nacionalidad española ya no vivía mas que pasivamente, y á principios del XIX fué menester todo el violento é intempestivo contraste de la revolución francesa y de la irrupción es-

trangerera para que España saliese un momento de su letargo y sintiese renacer en sí misma el ánimo de los viejos tiempos. Todo ha caducado ya en España: la alta clase es absolutamente francesa; la clase media conserva algun ligero recuerdo de la tradicion; pero tradicion que ya no se apodera del alma: el pueblo bajo de las capitales es ateo en religion, ateo en política, y solo fuera del recinto de las grandes poblaciones vegetan los rastros de una nacionalidad perdida. ¡Singular circunstancia! es tal la falta de carácter propio de que la España adolece hoy dia que hasta esa reversion que parece indicarse hácia la religion y el culto, hasta esa reaccion le viene de Francia! ¿Qué estrañamos, pues, que el pais se manifieste tan estraño á todas las cuestiones que hoy agitan el mundo si no se acuerda ya de lo pasado ni comprende todavía lo presente?

¿De la antigua España qué es lo que resta? alguna honesta familia de la clase media que ha educado sus hijos sin esmero, pero con la cristiandad y rigorismo propios de tiempos pasados. ¿No recuerdan algunos jóvenes de hoy, no sienten de vez en cuando, el afecto religioso que alguna vez siendo niños sintieron en el templo de Dios, movidos por la solemnidad de las ceremonias sagradas? Este afecto empero carece ya de fé, se recuerda acaso porque en los primeros años se sintió, mas la creencia no hubo tiempo de arraigarse en el alma: he aquí sin embargo el mas venerando resto de nuestra nacionalidad.

Zorrilla, que creyó dedicar á este su pluma y que hizo bien, Zorrilla volvió á acordarse de los años de la infancia; pero hijo de este siglo que vino tan poco encadenado con los que pasaron ya, no le ha sido posible concebir la nacionalidad española como debió ser en los tiempos antiguos, sino como la moderna España se figura que fué. Asi es que, al través del empeño que el poeta manifiesta por herir los sentimientos del pais, por ser esclusivamente tradicional, resaltan mas que nada por una parte sus grandes facultades descriptivas, y por otra se advierte que, cuando intenta hacer tornar la España á lo que fué, es él quien se deja llevar por lo que la España es. Por esto es Zorrilla nuestro gran poeta popular, como ninguno sino él puede serlo, porque vino á la hora precisa y á donde debia venir como viajero que llega al término de su viaje. ¿Cómo será posible que entremos nosotros ahora á esplicar las oportunas dotes que á este poeta distinguen? ¿cómo podremos hacer mencion de todas las bellezas que en sus poesías líricas resaltan? seria necesario trascribirlas en su mayor parte. Asombra su facundia, la facilidad de su imagina-

cion, la lozanía de su verba poética, la riqueza de versificación que despliega, y si nunca se ocupa profundamente de los afectos ni de la razón, es en cambio testigo de su propia gloria.

¿A quién no encantaron aquellos versos de la paráfrasis del *Dies iræ*?

Hizo al hombre de Dios la propia mano,
Que tanto para hacerle fué preciso,
Hízole de la tierra soberano
Y le dió por palacio el paraíso.

Agil de miembros, la cerviz erguida
Orlada de flotante cabellera,
Los claros ojos respirando vida,
Luenga la barba y con la voz severa.

Y la bella descripción que sigue hasta la de Eva que

Era la hermosa de gentil talante,
Acabada de pechos y cintura,
De enhiesto cuello y lánguido semblante,
Rebosando de amor y de ternura.

Clara la frente, altiva y despejada,
Negras las cejas, blanca la mejilla,
Rasgada de ojos, blanda la mirada
Do turbio el sol en competencia brilla.

Tendida por los hombros la melena
La blanca espalda de la luz velando,
Hallóla Adán, al despertar, serena,
Sus varoniles formas contemplando.

Véase con cuan dulce afecto recuerda el poeta las impresiones religiosas de su niñez, refiriéndose á la caul esclama en su composición á la *Virgen al pié de la Cruz*:

Entonces ¡ oh Madre!
Recuerdo que un día
Tu santa agonía
Contar escuché:
Contábala un hombre
Con voz lastimera;
Tan niño como era
Postréme y lloré.

El templo era oscuro:
Vestidos pilares
Se vían y altares
De negro crespon;

Y en la alta ventana
 Meciéndose el viento
 Mentía un lamento
 De lúgubre són.

La voz piadosa
 Tu historia contaba;
 El pueblo escuchaba
 Con santo pavor.

Oía yo atento
 Y el hombre decia :
 « ¡ Y quién pesaría
 « Tamaño dolor !

« El Hijo pendiente
 « De cruz afrentosa,
 « La madre amorosa
 « Llorándole al pié... »

El llanto anudóme
 Oído y garganta;
 Con lástima tanta
 Postréme y lloré.

La voz conmovida
 Seguía clamando..., etc.

Este es uno de los mejores trozos de Zorrilla como poeta de sentimiento, las dulces melancólicas memorias de la infancia lo han despertado en su alma. ¿ Y qué corazón no se conmueve al soplo de esos ternísimos afectos que son como bálsamo de las penas ? ¿ cuánto mas el de Zorrilla tan accesible á todos los afectos fáciles, á todas las impresiones estrañas y á todos esos sentimientos que pueden llamarse de poca consistencia, pero que interesan tan agradablemente el ánimo ? Zorrilla, siempre poeta, todo lo siente, nada le absorbe esclusivamente : ahí esa variedad que en sus composiciones se observa, esa facilidad asombrosa que le distingue. ¿ Quiere cantar la *gloria y el orgullo* ? los versos brotan á raudales de su pluma :

¿ Qué es el placer, la vida y la fortuna,
 Sin un sueño de gloria y de esperanza ?
 Una carrera larga é importuna
 Mas fatigosa cuanto mas se avanza.

Regalo de indolentes sibaritas
 Que velas el harem de las mugeres,
 Opio letal que el sueño facilitas
 Al ébrio de raquítricos placeres,

Lejos de mi ; no basta á mi reposo
 El rumor de una fuente que murmura ;
 La sombra de un moral verde y pomposo,
 Ni de un castillo la quietud segura.

No basta á mi placer la inmensa copa
 Del báquico festín, libre y sonoro,
 De esclavos viles la menguada tropa
 Ni las llaves de espléndido tesoro.

De un Dios hechura como Dios concibo ;
 Tengo aliento de estirpe soberana...

.....

Un verdadero entusiasmo rebosa en esta composicion; nada nos ha dicho en ella Zorrilla que corresponda á ese verso « *De un Dios hechura como Dios concibo* » y nos ha seducido sin embargo, y la imaginacion del lector simpatiza con la suya cuando él esclama :

Gloria! madre feliz de la esperanza,
 Mágico alcázar de dorados sueños,
 Lago que ondula en eternal bonanza
 Cercado de paisages halagüeños.....

Donde con mas propiedad resalta la índole de nuestro poeta es en los cuentos y leyendas que ya entre sus demas poesías ó bien en volúmenes separados con el título de *Cantos del Trovador* lleva publicados hasta el dia con singular fortuna y gloria; ellos son la mas preciada hoja de su corona. Desde muy temprano manifestó Zorrilla tendencias á este género, el mas popular de todos los paises, aunque respectivamente en unos y otros se diferencia de formas y carácter. En su segundo tomo de poesías ya publicó dos, titulado el uno : *Para verdades el tiempo y para justicias Dios*; el otro lleva el título *A buen juez mejor testigo*.

Su objeto al escribir en este género ha sido el mismo que le movió á variar la direccion que desde el principio habia tomado su poesía, y en verdad que si la nacionalidad española pudiese ser aun evocada del sepulcro de lo pasado y tornara á presentarse al oír la voz del poeta para permanecer su esclava, en verdad que esta mision estaria reservada á Zorrilla. La tradicion titulada *A buen juez mejor testigo* es una prueba concluyente de este aserto. Diego Martinez corteja á Inés, hija del hidalgo Iban de Vargas y Acuña; exige la niña al amante que le cumpla su palabra de matrimonio y el mozo se escusa con que marcha á la guerra de Flandes y que á la vuelta cumplirá como es debido;

desconfiada la jóven le hace jurarlo ante un Cristo que hay en la Vega donde se verifica la cita. Lo jura y parte para Flandes de donde no vuelve sino capitán y caballero, trascurridos ya algunos años, y con los humos de su nueva condición rehúsa entonces el cumplimiento de lo jurado; desde aquí en adelante y siguiendo la narración, Zorrilla se escuda á sí mismo y toca la meta de sus afanes; es ya el poeta nacional, ha cumplido su empeño cuando dice :

Era entonces de Toledo
 Por el rey gobernador
 El justiciero y valiente
 Don Pedro Ruiz de Alarcon.
 Muchos años por su patria
 El buen viejo peleó;
 Cercenado tiene un brazo,
 Mas entero el corazón.
 La mesa tiene delante,
 Los jueces en derredor,
 Los corchetes á la puerta
 Y en la derecha el baston.
 Está como presidente
 Del tribunal superior...

.
 Una muger en tal punto,
 En faz de grande aflicción,
 Rojos de llorar los ojos,
 Ronca de gemir la voz,
 Suelto el cabello y el manto,
 Tomó plaza en el salón,
 Diciendo á gritos : « ¡Justicia,
 Jueces : justicia, señor ! »
 Y á los piés se arroja humilde
 De Don Pedro de Alarcon,
 En tanto que los curiosos
 Se agitan al rededor.
 Alzóla cortés Don Pedro,
 Calmando la confusión
 Y el tumultuoso murmullo
 Que esta escena ocasionó
 Diciendo :

« Muger, ¿ qué quieres ?
 — Quiero justicia, señor.
 — ¿ De qué ?
 — De una prenda hurtada.
 — ¿ Qué prenda ?
 — Mi corazón.
 — ¿ Tu le diste ?
 — Le presté.

— ¿Y no te le han vuelto?

— No.

— ¿Tienes testigos?

— Ninguno.

— ¿Y promesa?

— Sí, ¡por Dios

Que al partirse de Toledo

Un juramento empeñó.

— ¿Quién es él?

— Diego Martínez.

— ¿Noble?

— Y capitán, señor.

— Presentadme al capitán,

Que cumplirá si juró. »

Quedó en silencio la sala;

Y á poco en el corredor

Se oyó de botas y espuelas

El acompasado són.

Un portero, levantando

El tapiz, en alta voz

Dijo : « El capitán Don Diego. »

Y entró luego en el salón

Diego Martínez, los ojos

Llenos de orgullo y furor.

« ¿Sois el capitán Don Diego,

Díjole Don Pedro, vos? »

Contestó altivo y sereno

Diego Martínez :

« Yo soy.

— ¿Conocéis á esta muchacha?

— Há tres años, salvo error.

— ¿Hicisteis la juramento

De ser su marido?

— No.

— ¿Jurais no haberlo jurado?

— Sí, juro.

— Pues id con Dios.

— ¡Miente! clamó Inés llorando

De despecho y de rubor.

— Muger, ¡piensa lo que dices!..

— Digo que miente, juró.

— ¿Tienes testigos?

— Ninguno.

— Capitán, idos con Dios,

Y dispensad que acusado

Dudara de vuestro honor. »

Tornó Martínez la espalda

Con brusca satisfacción,

È Inés, que le vió partirse,
 Resuelta y firme gritó :
 « Llamadle, tengo un testigo.
 ¡ Llamadle otra vez, señor! »
 Volvió el capitán Don Diego,
 Sentóse Ruiz de Alarcon,
 La multitud aquietóse
 Y la de Vargas siguió :
 « Tengo un testigo á quien nunca
 Faltó verdad ni razon.
 —¿ Quién?

— Un hombre que de lejos
 Nuestras palabras oyó
 Mirándonos desde arriba.
 —¿ Estaba en algun balcon?
 — No, que estaba en un suplicio .
 Donde há tiempo que espiró.
 —¿ Luego es muerto?

— No, que vive.
 — Estais loca, ¡ vive Dios!
 ¿ Quién fué?

— El Cristo de la Vega,
 A cuya faz perjuró »
 Pusieron en pié los jueces
 Al nombre del Redentor,
 Escuchando con asombro
 Tan escelsa apelacion.
 Reinó un profundo silencio
 De sorpresa y de pavor,
 Y Diego bajó los ojos
 De vergüenza y confusion.
 Un instante con los jueces
 Don Pedro en secreto habló,
 Y levantóse diciendo
 Con respetuosa voz :

« La ley es ley para todos,
 Tu testigo es el mejor,
 Mas para tales testigos
 No hay mas tribunal que Dios.
 Haremos... lo que sepamos;
 Escribano, al caer el sol
 Al Cristo que está en la vega
 Tomareis declaracion. »

—
 Es una tarde serena
 Cuya luz tornasolada

Del purpurino horizonte
Blandamente se derrama.

.....
Allá por el *miradero*
Por el Cambron y Visagra
Confuso tropel de gente
Del Tajo á la vega baja.
Vienen delante Don Pedro
De Alarcon, Iban de Vargas,
Su hija Inés, los escribanos,
Los corchetes y los guardias,
Y detrás monges, hidalgos,
Mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
En la vega les aguarda,
Cada cual comentando
El caso segun le cuadra.
Entre ellos está Martínez
En apostura bizarra,
Calzadas espuelas de oro,
Valona de encaje blanca,
Bigote á la borgoñesa,
Melena desmelenada,
El sombrero guarnecido
Con cuatro lazos de plata,
Un pié delante del otro,
Y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reajo
Le miran de entre las capas,
Los chicos al uniforme
Y las mozas á la cara.
Llegado el gobernador
Y gente que le acompaña
Entraron todos al claustro
Que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el Cristo
Cuatro cirios y una lámpara,
Y de hinojos un momento
Oraron allí en voz baja.

Está el Cristo de la Vega
La cruz en tierra posada,
Los piés alzados del suelo
Poco menos de una vara;
Hacia la severa imagen
Un notario se adelanta,
De modo que con el rostro
Al pecho santo llegaba.
A un lado tiene á Martínez.
A otro lado á Inés de Vargas,

Detrás al gobernador
 Con sus jueces y sus guardias.
 Despues de leer dos veces
 La acusacion entablada,
 El notario á Jesucristo
 Así demandó en voz alta :
 « *Jesus, Hijo de María,*
 « *Ante nos esta mañana*
 « *Citado como testigo*
 « *Por boca de Inés de Vargas,*
 « *¿Jurais ser cierto que un dia*
 « *A vuestras plantas divinas*
 « *Juró á Inés Diego Martinez*
 « *Por su muger desposarla? »*
 Asida á un *brazo* desnudo
 Una *mano* atarazada
 Vino á posar en los autos
 La seca y hendida palma,
 Y allá en los aires « ¡ Sí, JURO! »
 Clamó una voz mas que humana.
 Alzó la turba medrosa
 La vista á la imágen santa...
 Los labios tenia abiertos,
 Y una mano desclavada.

Si el honor, la religion y el rigor justiciero constituian en su conjunto el carácter distintivo de los magistrados españoles en el tiempo á que esta leyenda alude, indudablemente en el gobernador Don Pedro están aunados con un admirable instinto de nacionalidad. Bajo este aspecto creemos que esta es la mejor leyenda de Zorrilla, porque ella comprende y desarrolla todo el espíritu de la tradicion, ya sea por la condicion de ella misma, ya porque el ánimo del poeta estuviera predispuesto á este particular asunto, ó acaso porque cuando se trata de determinar lo que entre las confusas percepciones de la educacion concebimos, con tanta mas espontaneidad se logra cuantos menos accidentes han sobrevenido en la inteligencia con el trascurso de los años. Lo cierto es que en los *Cantos del Trovador*, largo tiempo despues dados á luz, no resaltan tanto como en los cuentos primeros las afecciones nacionales, sino que han perdido en espontaneidad lo que en pretension de serlo han aumentado, y pudiera decirse que el sabor de la nacionalidad en ellos está mas diluido, es menos puro. Efectivamente en los *Cantos del Trovador* da á la imaginacion el poeta muchas largas á costa de las afecciones que son su objeto, y asi parece rendirse á la fuerza de sus facultades descriptivas empleadas no

siempre al fin propuesto, si mas bien á la satisfaccion del genio del que escribe, ó acaso á las obligadas dimensiones de la publicacion periódica. Bien que esta coaccion nunca es parte á que, peor ó mejor, no tome vuelo la índole del ingenio, sino que al contrario entonces rinde sus mas fáciles frutos. Sujeta la inteligencia á dar periódicamente un grande y medido producto, aun cuando sea sobre determinado objeto, tal escritor recurrirá á un talento filosófico, tal otro á la descripcion si le es fácil, y un tercero se arrojará al espacio de la fantasía, aunque todos acaso con desventajoso provecho al que de conciencia obtendrian.

En los *Cantos del Trovador* campea el ingenio de Zorrilla con una libertad y gallardía que enamora; allí está su alma, su vida, su inteligencia, todas las facultades que le adornan. En vano seria tratar de hacer el elogio de estas producciones sin estendernos en una larga copia de muchos de sus trozos.

Entre los varios cantos de esta publicacion hay uno en que el autor se propone escribir segun el género de Hoffmann; aludimos á la *Pasionaria* que el poeta quiere sea *cuento fantástico*; y aquí se presenta ocasion de decir cuatro palabras acerca de este género de poesia.

Si la descriptiva es la pintura de la naturaleza por medio de la palabra, puede la fantástica llamarse pintura de los pensamientos; ni una ni otra pueden existir sin imágenes. El mérito artístico de la primera consiste en la cabal correspondencia entre la imagen y el objeto, en la verdad fisica; el de la segunda lo constituye la relacion razonada que existe entre la imagen y el pensamiento. ¿Quién duda que á cada paso aplica el poeta las imágenes á objetos que no tienen ninguna correspondencia en la forma? Esto, pues, no es describir si nos hemos de atener á su sentido riguroso.

Cuando el poeta nos presenta imágenes sin correspondencia con la forma de objetos materiales y sí solo con sus condiciones ó con el entendimiento, deja de ser por entonces poeta descriptivo, pasando á hacer uso de la fantasía que es la facultad de espresar por imágenes las percepciones razonadas. A la fantasía pertenecen las comparaciones, ya se refieran á la accion, al modo, al atributo ú otra circunstancia cualquiera; bien es verdad que tanto mejores serán cuantas mas condiciones abracen y mas perfecta correspondencia observen. Las comparaciones toman diferentes formas en la espresion; pero en todas se sobreentiende el adverbio comparativo *como*.

Cuando Jorge Manrique dice :

Nuestras vidas son los rios
Que van á dar en la mar,

escusado es notar que no quiere decir que materialmente los rios sean nuestras vidas; y el mérito de esta comparacion consiste en que considerando cómo trascurren nuestras vidas y acaban por dejar de ser, perdiéndose en un porvenir indescifrable, comprende el poeta la analogía que hay entre estas circunstancias y las de trascurrir los rios, dejar de ser tales y confundirse en la mar donde todas las aguas se pierden.

Acostumbra la fantasía á concebir sintéticamente las ideas, prescindiendo de circunstanciados pormenores que, sobre desvirtuar el efecto de la espresion, convertirian la inspiracion, esto ó númen en razonamiento; si bien la sintesis trae consigo el inconveniente de que los lectores no la comprendan quizá, en cuyo caso suele llevarlos el amor propio á condenar por malo lo que leen.

De lo dicho hasta ahora se deja conocer, y todo inteligente lo sabe, que no hay poeta sin su parte de fantasía, y asi precisamente ha de ser si se considera que á la altura en que el humano entendimiento se encuentra no puede existir ninguno esclusivamente descriptivo, pues bastaria la simple relacion con los hombres para infundirle conocimientos mas complicados. Se observa, sin embargo, que tanto mayor es el poeta, mas fantasía desarrolla, y se ve confirmado este aserto desde Moisés y Homero hasta el presente, y se echa tambien de ver que cuando mas incremento las ideas toman, tanto mas de arranque la fantasía. Examínese la copia de pensamientos que la Iliada arguye, y compárese con la que el Fausto de Goethe contiene; el resultado manifestará aquel principio, dando á entender en parte la razon de las diferencias que entre estas dos obras existen.

Una simple comparacion basta para enunciar un solo pensamiento; pero como rara vez dejan de ir estos encadenados entre sí, y frecuentemente lo están en suma complicacion, no bastan las comparaciones para esplicar la mente del poeta, y de aquí el echar mano de la accion para manifestar con ella la concatenacion de las ideas, que es lo que con mucha frecuencia hace la poesía fantástica. En este caso la accion que el poeta supone y que debe ir encaminada á un fin, puede decirse que es una série, una hilacion de comparaciones, cada una de las cuales representa un pensamiento parte del complejo á que la obra se dirige, y todas ellas de consiguiente tienen que estar sujetas á la lógica de los mismos pensamientos que representan, lógica que no consiste mas que en una série de mútuas referencias entré los

medios de expresion y las ideas. Estas consideraciones son aplicables al poema fantástico, mas ó menos estenso, mas ó menos complicado.

Como la fantasía, cuando echa mano de la accion para expresarse, necesita determinar desde luego los principios sobre que la accion ha de girar, se ve obligada á guardar consecuencia con ellos en todo el discurso del pensamiento; esto en caso de que la idea tenga unidad; pues si no la tuviese, se reducirá el poema á una série de ideas, mas ó menos remotamente relacionadas entre sí, pero que hacen aparecer deslabazada la obra. De esta especie es el *Fausto*, que, girando sobre un personaje que simboliza el espíritu y la materia, presenta una série de cuadros para cuya mútua conexion hay que suplir una multitud de racionios, que si el autor los suplió, y no es su obra un resultado de la percepcion irrazonada, sino mas bien de lo contrario, arguyen un talento asombroso.

No solamente no se contenta la fantasía con invadir las altas regiones del pensamiento, adornar con su magnífica vestidura las ciencias y llevar consigo la filosofia, sino que tambien á cada paso y con singular lucimiento se presenta en el campo de los afectos. Aquí es donde tambien vigorosamente se desarrolla, en virtud de que son los afectos percepciones sintéticas de cuyas causas podemos apenas darnos razon, mas en ninguna manera de su modo de ser. No podemos enseñarlos especulativamente, solo infundirlos por intuicion, la cual se verifica obviamente por medio de imágenes, ya sea presentándolas desde luego, escitándolas en la imaginacion, despertándolas en la memoria. Los afectos por lo tanto pertenecen de derecho á la poesia; constituyen el objeto principal de la dramática, aunque esta generalmente no trata de mover sino los mas comunes, y la fantasía se apodera de los mas delicados ó profundos. Esta es la razon porque los afectos espresados por ella sucede muchas veces no ser de algunos comprendidos, ya en virtud de la organizacion individual, ya porque el autor haya escrito en un estado de grande sobreescitacion. De todos modos, cuando la fantasía se propone escitar una afeccion en el ánimo del lector, le presenta á la vista una série de cuadros, incongruentes al parecer acaso, pero conducentes todos al mismo objeto, ligados entre sí por una misma expresion en el fondo, por la que llaman lógica del sentimiento. Procura á menudo la fantasía producir impresiones que la razon no puede analizar, no puede comprender, y esta cualidad, de mucho efecto, es la que poseen en alto grado los cuentos de Hoffmann.

Bien distante de la imitacion de este modelo se quedó Zorrilla en

su cuento titulado la *Pasionaria*, por mucho que la intencion del autor fuese escribir en aquel género. El cuento en cuestion no tiene de fantasía mas que el simbolizar en la flor la tierna amante abandonada en el olvido y que aparece moribunda cuando la flor es arrancada de su tallo. Muchas bellezas hay en este cuento, mas no cumple sin embargo completamente con su propósito. El autor advierte desde luego en la introduccion que la fantasía alemana no es propia para nuestro país : y á mas de que no es creible que sí lo sea para el vulgo de aquel, es de notar que el cuento de la *Pasionaria* tiene lo bastante para no ser entendido por la mayoría de los lectores, en cuanto al fondo, y no lo suficiente para los que puedan entenderlo. Si se nos preguntase en qué obra ha desarrollado mas fantasía Zorrilla, citaríamos muchas composiciones suyas superiores en esta cualidad á las que tienen pretensiones de tales.

Acaso son los versos en que mas fantasía ha lucido Zorrilla aquellos del *dia sin sol*, ó los de la *ira de Dios* que dicen, despues de describir el palacio donde mora el ángel esterminador :

Ni sér alguno penetró el misterio
Que guarda allí la ciencia omnipotente,
Ni se sabe cuyo es aquel imperio
Donde nunca se oyó rumor de gente.

En este bosque oculto y solitario,
En este alcázar negro y escondido,
Donde nunca llegó pié temerario,
Ni descansó jamás ojo atrevido,

Tiene el Señor las arcas de su enojo
Y el horno de sus rayos encendido.

Y allí vive un espíritu terrible
Que al són de aquellas aguas se adormece,
Y á los ojos de Dios solo visible
Al acento de Dios solo obedece.

Espíritu sin fin ni nacimiento,
La eternidad existe en su memoria :
El solo del sagrado firmamento
Entera sabe la infinita historia :
Y al solo ruido de sus negras alas,
A su sola presencia transitoria,
Del firmamento en las eternas salas
Se suspenden los cánticos de gloria.

Aborto del furor omnipotente,
Arcángel torvo que las vidas cuenta,

Vela de Dios el arsenal ardiente
Y los ultrages del Señor asienta.

.....

Y lo mismo puede decirse de los versos en que continuando habla de la copa en que hierve la *ira de Dios* :

Y allí bulle en el fondo envenenado
La única de furor lágrima hervida
Con que lloró Luzbel desesperado
Su venturosa eternidad perdida.
En aquel arsenal inespugnable,
Instrumentos de la ira omnipotente,
Germinan en rebaño formidable
Las mil desdichas de la humana gente.

.....

De allí se lanza con horrible estruendo
A ejecutar la voluntad divina
El misterioso espíritu tremendo
Que en este alcázar funeral domina.

.....

Con él va la tormenta; el trueno ronco
Bajo sus alas cruje; desgredada
De armas y quejas con estruendo ronco
La guerra detrás de él va despeñada :
Y asidas á las orlas de su manto
Van tras él con la muerte descarnada
La peste, el hambre, y el amor, y el llanto,
Y la ambicion de crímenes preñada.

No hay ramo de la poesía que Zorrilla con su múltiple talento no haya invadido, y era imposible que su genio audaz retrocediera ante propósito alguno.

Estaba nuestro teatro reducido á ser un mal traslado de la escena francesa, y solo traducciones veía el público. Habian ya dado algunos y daban en decir que el público deseaba comedias originales, las cuales por esta razon le complacerian mas que las estrañas, y solian acriminar de esta sujecion á las empresas, tachándolas de poco afectas al país. Desgraciadamente al público español de hoy dia y estos pasados años se le importa muy poco que la comedia á que asiste haya sido fraguada mas allá de los Pirineos ó en la cabeza de quien vió la luz primera de la frontera para acá; y la única diferencia que en cuanto á la representacion de comedias puede haber por parte del publico es que á las originales pueden concurrir muchos particulares amigos del autor y á las traducidas ninguno del que las

fraguó en la capital de Francia. Si el público español hubiera tenido ó tuviera exigencias de nacionalidad en el teatro, las empresas habrían tenido buen cuidado de satisfacerlas, y son buena prueba de la indiferencia pública en esta parte las traducciones que se han representado y representan.

La Francia lleva en estos tiempos la bandera, si así puede decirse, de la poesía dramática, como de la literatura en general, porque la Francia, si tal comparación se admite, es la pregonera del mundo. Todos los ramales del saber y de la inteligencia han ido á cruzarse á ese país para combinarse en su seno é irradiar por todo el orbe la luz civilizadora del siglo. La Francia pone muy poco de su parte, acaso mas que nada pone la charlatanería, pero es precisamente como debe ser para el caso. Toda nación ha ido á rendir tributo á ese pueblo de gente aguda y liviana, y él tomando de todos prestado lo mejor por cualidad ó por brillo se presenta cargado de la varia riqueza del mundo. Y así tiene en su literatura lo mejor de cada país, y en su teatro el ingenio cómico del occidente con la profunda pasión y hondos afectos propios del septentrion. ¿Tan distante está por ventura el teatro francés del español? Si Calderon hubiera resucitado en este siglo con las modificaciones propias del tiempo, á Calderon lo encontrarían en Francia: su ingenio lo imita Scribe, la pasión con que á veces escribía, en muchos dramas de allende se hace sentir. Se dirá que en nuestro moderno teatro se exageran las pasiones y las cualidades; sí, seguramente, del mismo modo que en el antiguo se exagera la lealtad, la honra y el valor: se dirá que en el moderno teatro se alambican los afectos; sí, cabalmente como en el antiguo se alambica la galantería: se dirá que en nuestra escena se comete una notable inverosimilitud suponiendo en todo individuo cualidades de sentimiento y pasión que faltan en la mayoría, todo con objeto de satisfacer un prurito filosófico exagerado; precisamente á semejanza del antiguo teatro que hacia teólogo á todo el mundo: añadirán que hay inmoralidad ahora; es probable que se dijera lo mismo de Lope y Calderon y Tirso.

¿Pues qué, la magnánima lealtad y devoción á su rey de Sancho Ortiz de las Roelas ha sido jamás común á la multitud en España? ¿ó lo deduciremos así de la cáfila de vasallos turbulentos é insolentes que nos pone en claro la historia? Dígase que esa devoción al rey era mas general en aquellos tiempos, y se dirá verdad; porque era natural que reasumido el feudalismo á viva fuerza en mano de los monarcas, principiase la multitud por respetar el severo y ejecutivo

poder de la corona, y acabase por aficionarse a la mas paternal y mas poderosa dominacion de sus reyes. Pero todos estos afectos fueron debilitándose á los embates del tiempo, y si entonces las tendencias generales de la sociedad eran aquellas, ahora son las filosóficas, que están combatiendo y casi han derruido y derruirán infaliblemente el castillo de la tradicion. Porque esta es ley constante que todo lo rige. ¿Y qué valen los esfuerzos de la literatura por resucitar las pasadas formas, qué valen contra el hacha incansable del tiempo, contra el incontrastable empuje de las ciencias que van conquistando el universo, llevando por doquier el cosmopolitismo del pensamiento? solo el vapor bastaria para acelerar la fusion de todas las nacionalidades.

En el antiguo teatro y en el moderno los ingenios relevantes no exageraron, sino que formularon las tendencias sociales; donde existe la afectacion es en los ingenios secundarios que no alcanzan á beber en el manantial del talento y hacen impotentes esfuerzos para emparejarse con las inteligencias privilegiadas, y tambien existe frecuentemente en los que pretenden resucitar lo pasado, ateniéndose á lo que les dejaron escrito y queriéndolo aplicar á épocas ya diferentes. Por eso hay tantas églogas anacreónticas é idilios malos; por eso es tan difícil resucitar nuestro antiguo teatro con todas sus formas sin reducirse á una servil imitacion, á mas de ser trabajo perdido para el porvenir.

El antiguo teatro, sí, puede resucitarse: pero es un error creer que se ha de hacer con caballeros de capa y espada, dueñas y damas con manto. No está ahí la cualidad capital de aquel teatro; está en el fondo, en el ingenio, y en la verdad de la expresion á menudo. Pero en cualquier época, con cualesquiera personajes puede rehabilitársele, porque el ingenio es uno siempre, porque la verdad es por igual accesible. El teatro de Calderon hace ya muchos años que está entusiasmando á la Europa del siglo XIX, este teatro es el de Scribe. Todavía mas, en España está ya marcada la senda que el teatro ha de seguir, cuya gloria le cabe á un jóven poeta cómico que en gracia á su modestia no nombramos y que en las pocas comedias que á luz lleva dadas indica presentir resueltamente el rumbo. Bien es verdad que acude á veces á bastardos afectos de localidad, amenguando y zahiriendo la gente estrangera; pero este es un defecto en que caen casi todos nuestros poetas dramáticos, interpretando por nacionalidad sentimientos del público comunes á todos los paises y aun á todas las poblaciones, sentimientos exacerbados en España

por las circunstancias políticas. Este mismo defecto de que tratamos demuestra la debilidad de las afecciones que quiere tocar, porque es á moda de viandas escitantes que se ofrecen al inapetente.

Muy debatida ha sido la cuestion de si el teatro es ó no la escuela de las costumbres. Nosotros creemos que lo es unas veces y otras no; pero que de poco sirve en el primer caso si la moral de que se reviste no está en armonía con otras causas mas profundas y poderosas que disponen de la tendencia de los ánimos; de modo que en caso de tener intencion moral, es mas bien para coadyuvar al progreso de las ideas, que para sostener una moralidad distinta; porque no existe esa moralidad absoluta que muchos quieren concebir, sino que está siempre ligada al sistema, del cual es un resultado, es el hábito que el sistema engendra; pero cuando el sistema mismo es el combatido, el éxito del combate lo procuran armas de otro temple, porque la moralidad es solo una fuerza pasiva, fuerza que va decayendo de generacion en generacion, porque al querer imbuirse en la naciente halla la revolucion resquicio por donde presentarse á la lucha en campo igual y sol partido. Y asi la cuestion es de principios, y la moralidad un arma tan embotada que estorba pero no hiere.

La primera ley de la poesía dramática, considerada como espectáculo público, es interesar á los espectadores; como ramo de la inteligencia su ley es presentar una série de hechos que en sus principios activos personifiquen los vicios, las pasiones, los afectos, las ideas, las virtudes, en una palabra las condiciones posibles en el hombre, ó bien en entes morales simbolizados conforme á sus atributos, y que ademas se sujeten en su mútua trabazon á las leyes de la lógica, á la verdad comparativa en este caso.

La poesía dramática, pues, en su mayor latitud es un cuadro de imágenes puestas en accion. Aquí las imágenes son por lo comun caracteres, la accion del argumento. Cuando aquellas no se refieren al carácter, dan lugar al drama fantástico; en ambos casos la accion debe corresponder con el principio: el avaro lo sacrifica todo al dinero; la caridad en los autos sacramentales procura el bien del prójimo, la teología arguye, la fé cree.

Sin embargo, muchas leyes secundarias vienen á cruzarse en la escena, sino indispensables para la esencia, convenientes para la invencion unas, para la trama otras, varias para el realce de valor. Admitido el principio lógico que rige todas las obras de las facultades intelectuales, llamado verosimilitud en las dramáticas, la invencion consiste en nuevas combinaciones de ideas, dando á la *idea* su sen-

tido mas lato y genérico. Esta novedad puede referirse á caractéres, ya en cuanto á su índole, ya en cuanto á sus condiciones; puede ademas existir en las ideas simbolizadas en la escena, ó bien en la simbolizacion misma; tambien puede hallarse en las circunstancias dadas sobre que la accion gira, ó bien las incidentales. Ultimamente se suele suponer tambien la invencion en los resultados que produce. Saber aunar la novedad y la lógica constituye la bondad de la invencion, su mayor ó menor mérito está en el realce de ambas circunstancias, su valor se mide por los resultados.

La trama dramática es, digámolso así, el cruzamiento, el enlace de los principios determinados de antemano; su objeto debe ser producir grandes contrastes ó grandes simpatías, ya se refieran al ánimo, ya á la razon, contando para ello con ese universal resorte, con esa ley imprescindible, esencial, á que está sujeto el hombre, la de referirlo todo á sí mismo, porque solo en sí mismo tiene la sensacion. Se le concede al poeta dramático el recurso de circunstancias incidentales que modifiquen la accion; estas circunstancias sirven de mucho, pero tienen tambien graves inconvenientes. Como que el ánimo lo refiere todo á sí mismo, la razon lo hace igualmente; si la incidencia es casual en todo el rigor de la palabra, el ánimo se afecta de ella tan poco como del temor de las casualidades; la razon se afecta menos; semejantes incidencias solo son admisibles en gracia á sus efectos que pueden interesar á la razon y el ánimo; por eso pueden servir, aunque con parquedad, como base de la accion, nunca como medio. Sacar partido de los principios puestos en juego, y sobre todo lograr que los resultados de la accion y los medios empleados para su desarrollo y desenlace sean imprevistos es la tarea del ingenio dramático; este artificio estriba en valerse al efecto, dadas ya las bases, de deducciones lógicas que el lector y mucho menos los espectadores no han podido hacerse, á no hallarse en aquel entonces en circunstancias dadas iguales á las del autor al escribir, es decir, á no ser el autor mismo.

Se realza el valor de una obra dramática con el de los pensamientos que encierra ó insinúa en cualquiera de las partes de que consta.

Como el teatro necesita, so pena de no existir, corresponder á su carácter de espectáculo público, procuran ante todo los autores interesar á la concurrencia y echan mano del medio mas obvio que hay para lograr este objeto; el medio es halagar sus afecciones, porque si el poeta las contrastase se perderia probablemente, y siquiera se

contentase con no acariciarlas lo haria á espensas de su fortuna. De todos modos seria quizá empresa gloriosa, ¿pero tan fácilmente se encuentra el mártir que la cargue sobre sus hombros?

De esta necesidad, de esta sujecion han nacido esas diferencias relativas de teatro á teatro, admisibles algunas por razones de comunidad, ninguna por superiores razones, necesarias y conducentes casi todas, pero por lo que dijo Lope de Vega :

El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

Esto en cuanto á la comunidad de los hombres; por lo demas, cada uno individualmente tiene tanto derecho como cualquiera otro para creerse escepcion de la regla.

Como ademas de esa antipatía que existe siempre entre pueblos y naciones confinantes, han sobrevenido en España por estos años las circunstancias que nos sujetan á la influencia de los extranjeros, se ha despertado con este motivo el entumecido orgullo nacional, exacerbándose contra ellos, aunque á la verdad, no ellos, sino el fatalismo con sus lógicas leyes tiene la culpa. Con este motivo casi todos nuestros poetas dramáticos acuden á tan poderoso resorte, y entre ellos no es quien menos lo explota D. José Zorrilla. Él y todos son disculpables; pero la posteridad borrará sin lástima esas páginas, dignas de mas elevado objeto.

Zorrilla, que da mal trato á su propio ingenio por la misma persuasion de lo que vale y puede, acude con frecuencia en sus obras dramáticas á los resortes fáciles y no finos, necesarios para simpatizar con el no muy agudo gusto del público; resultando de aquí en sus producciones una marcada tendencia al melodrama. Asi es que no pone especial cuidado ni en los caracteres, ni en la intriga, ni en los afectos profundos, variados y significativos de que pudiera sacar partido. Requieren los caracteres mucho trabajo, porque son creaciones de la percepcion y la reflexion á la par. ¿Qué perspicacia tan aguda no necesitó Cervantes para comprender el carácter de Sancho Panza, y qué reflexion no hubo menester para manejarlo? ¿qué perspicacia tan varia y general no debia asistir á Homero para concebir todos aquellos caracteres de la Iliada y qué seso y madurez para desarrollarlos? ¿qué sensibilidad tan trabajada no es la de Shakspeare al describir los héroes de sus tragedias? Y si nos detenemos á examinar todos los caracteres desarrollados por los ingenios, ¿no hallamos ser resultados de una percepcion mas ó menos varia pero siempre sutil, ya sea del

ánimo, ya de la mente? Seguramente, toda obra literaria es el resultado de las facultades perceptivas, mas ó menos desarrolladas, pero en los caracteres aparecen estas mas de bulto, porque se presentan en conjunto y cómo palpables. Pero el público no tiene esas facultades bastante trabajadas para poder sentir el mérito de su mas alto ejercicio, y Zorrilla, se lo decimos como leales amigos, es lástima que las tenga tan superiores que conozca con tal tino las flaquezas del público. Cuando se ven resaltar en sus dramas dotes tan brillantes, y una disposicion singular para concebir el orgullo, la valentía, caballeridad y consenso de la España tradicional, ¿no da dolor ver á menudo convertirse en baladrones sus caballeros? Bien es verdad que, si al pueblo español le quedan de sus antepasados la fé, el denuedo, la honradez y el orgullo, le quedan como un edificio carcomido cuyos cimientos arrebatara el curso de los siglos y que ya abandonaron sus principales moradores; y entre la multitud, que marcha siempre detrás, la fé perdió su unción y se redujo á la resistencia, el denuedo casi perdió el camino que llevaba, la honradez aquella se avillanó en la plebe y ya caduca, el orgullo hubo de alimentarse de fanfarronadas. El orgullo nacional es lo que mas pone en juego Zorrilla, y su estilo depende de aquellas consideraciones.

Si á esta seducción que ejerce con el público, se añade ese irresistible medio que posee para cautivarlo, esa versificación que le distingue, podrá calcularse el mucho poder que arrastra su talento. Los versos que brotan de su pluma encantan; fáciles, de florido estilo y música resonancia gozan la cualidad que distingue la versificación y estilo de todos los ingenios inspirados, la cualidad de estar en armonía tal con el ingenio creador, en semejante concordancia, que la espresion no puede ser mas propia del caso dado. Espresion decimos porque creemos, no solo que el estilo es parte integrante de ella, sino que tambien la versificación la ayuda. Hay indudablemente en la cadencia de la elocucion una armonía íntima con el sentido; interpretarla, sentirla pertenece á la declamacion, es verdad; pero la sonancia armónica del verso la ayuda, la auxilia, porque con el halago de la música escita el sentido y como que lo predispone y da finura. No consiste sin embargo el mérito principal de la versificación en la música, aunque es muy comun en los que hacen versos anteponerla á todo; es nada mas que un auxiliar, pernicioso si se eleva á al primacía. Esta auxiliar es la única esclusiva diferencia qui existe entre la prosa y el verso, no esa virtud inconcebible é informada que le suele atribuir el vulgo, suponiéndolo enteramente desprendido

de todos los accidentes de la prosa. La versificación está sujeta á los mismos absolutamente, salvo las consabidas libertades concedidas en gracia á la precisión del metro, y de las cuales en verdad debe el poeta huir cuanto le sea posible.

A mas de estar sujeto el verso á todos los accidentes de la prosa, lo está á otros mil mas, no diferentes, sino mas complicados, varios y sutiles. La razon es el dedicarse á espresar imágenes y afectos, habiendo por lo tanto de usar las infinitas inflexiones de sonido que estos desarrollan con el sentimiento y aquellas con la accion. Aquí está el verdadero, el grande, el mas admirable valor de los versos, no en la continúa igual cadencia y semejante resonancia; porque si bien estas cualidades seducen á una mayoría grande de lectores, halagando con la música su oído que con la sonora facilidad logra moversele y con la cadencia armónica se deleita, hay una armonía, hay una música mucho mas profunda cuyas bellezas las sienten solo las organizaciones finas y trabajadas, bellezas cuyo encanto pasa del tímpano para penetrar en el alma. Hay una melodía en el lenguaje, como una melodía en la música, que no depende del compás ni de la medida, sino que se auna con ellas para hacerse mas sensible, aunque á toda série de sonidos es aplicable: por eso es melódica la voz del viento, por eso oímos á veces ruidos vagos que embargan el ánimo, por eso en la naturaleza se eleva al cielo esa sentidísima armonía que el poeta canta. Por eso el alma ó la organizacion, como cada cual guste, tiene sus misterios y el poeta los interpreta, y mientras la ciencia del hombre no adelante mas lejos de donde se halla, la poesía hará bien en llamarse hija del Númen.

Para concluir esta biografía crítica diremos algo acerca de la originalidad, atendiendo á lo que parece haber indicado la *Revue des deux mondes* de que no la hay en la poesía española actualmente. Ha publicado este periódico un artículo acerca de Zorrilla, que seguramente es de los mas atinados escritos del extranjero sobre cosas de España, si bien en sus principales ideas se ven rastros patentes del brillante prólogo que precede á las obras de este poeta, despojadas aquellas del barniz propio de la época en que se escribieron. Cuando habla de la originalidad de Zorrilla, llega en cierto modo á involucrarla con la nacionalidad, y nosotros creemos que son dos cosas absolutamente distintas, sin punto ninguno de contacto; porque puede ser una obra muy nacional ó muy antinacional, sin que de esto dependa la originalidad, y puede, *vice versa*, existir esta sin que en ello se deduzca indispensablemente aquella.

Desde luego advertimos que es difícil dar una acepción precisa á la palabra *originalidad* si se ha de obtener del sentido en que se usa, tan vario es y tan indeterminado. Se concibe perfectamente que se diga esta *pintura es original de tal pintor*, porque lo que entonces se hace es meramente determinar su origen; también se comprende que el sentido de la palabra *original* ya usada en aquella acepción lógica y rigurosa se estiende hasta el punto de no denotar solamente el origen del artefacto en cuestion, sino de espresar que no es copia ni imitación de otro alguno, y esta es su significación mas generalizada. Que segun la primera hay originalidad en todas las obras es bien obvio, porque tienen origen; que conforme á la acepción segunda en unas obras habrá originalidad y en otras no, es consecuencia forzosa; pero aplicada esta palabra en igual sentido á las ideas, á lo abstracto, vendremos á parar en que es innecesaria en castellano, en que llega por medio de tortuosidades á espresar lo que lisa y llanamente significa la palabra *invencion*. Nosotros creemos que el mayor favor que se puede hacer á la *originalidad* es tomarla en este sentido; y, si no está, no creemos haya mas que otros dos que atribuirle, ó el de *invencion estravagante* que se la da familiarmente, ó el de una equivalencia á invencion y novedad todo junto. Efectivamente puede existir la primera sin la segunda; se concibe perfectamente que un individuo invente una cosa ya inventada por otro.

Tómese en este ó en el primer sentido la palabra *originalidad*, nosotros decimos que existe mas ó menos en todo lo que no es copia, y que la cuestion se reduce siempre á la de novedad. Ahora bien, ¿cabe la novedad absoluta en algo? No, porque para ello, era menester que en el orden de las cosas hubiese efectos sin causa. En lo que sí puede existir es en la percepción, y aun esta no puede jamás percibir una nueva idea simple, porque para el hombre no hay mas que una que es la sensación, y todas las que pasan por tales se reducen á este centro único y absoluto de la vida, á este misterio, á esta unidad múltiple incomprensible. De aquí parten todas las ideas humanas, y se van multiplicando por combinación. Diríase que el hombre marchá arrojado desde un punto que le es desconocido, desde el cual principia, pero que la vida misma no puede comprender; de ahí parten las ideas multiplicándose al infinito, sin poder nunca volver á reconocer su origen, como un rio que está condenado á no encontrar jamás su manantial, como las aguas que pueden tomar mil modificaciones en la forma, pero siempre sujetas á la misma esencia. En vano el hombre califica lo que

siente, en vano dice Newton al ver la piedra buscar el centro *atraccion*, en vano el físico dice *fuerza* al ver eso que sentimos, pero que no podemos explicar. Sentimos mas y menos, y por eso lo medimos todo, pero no comprendemos nada. Todas las ideas parten, pues, de un principio incomprensible, ¿pero cómo se dividen, subdividen y clasifican? ¿cómo nacen de ese principio? como los colores nacen de la luz, y se separan y distinguen, y luego mezclándose en número infinito de mútuas varias candidades desarrollan á nuestros ojos ese jardin de la creacion, y crean matices y matices hasta no acabar jamás. Como cuando se echa una piedra en un lago describe una série de circulares ondulaciones, y si á la par se echa otra las describe tambien y unas y otras se cruzan, y asi todas las que sucesivamente se causan, llegando á formar en sus intersecciones mil diferentes movimientos capaces de multiplicarse hasta el infinito en número simultáneo y diferencias sucesivas; como los sonidos que combinándose entre sí dan lugar á innumerables armonías, y nacimiento á esos vagos ruidos incomprensibles que el oido mas músico no puede definir ni determinar sus componentes, al modo que el pintor ve colores que no comprende, al modo que el matemático ve líneas cuya generatriz no puede hallar, y al modo que mira el mecánico movimientos cuyas componentes fuerzas no concibe ni deslinda; asi surgen, se multiplican las ideas y de una combinacion en otra llegan á resistirse al poder del mas analítico espíritu. ¡O ciencia! cuántas y cuán íntimas penas debes hacer sentir al sabio!

Aquí estriba, pues, la fuerza inventora del poeta; si por esto se entiende originalidad, y la referimos luego á Zorrilla, fácil es comprender poco mas ó menos la que se desarrolla en lo que escriba. Para hacer esta estimacion de inventiva el mejor medio en el estado de nuestros conocimientos es la comparacion; para hacerla es por lo que el crítico necesita leer mucho. Algun dia llegará acaso en que el análisis sistematico y dé autoridad de ley á esta operacion, y en el entretanto la poesía tendrá casi siempre razon para rebelarse contra la crítica.

Por lo demas, si la Francia pretende que la poesía de Zorrilla no tiene una diferencia genérica de la suya, dice verdad, pero tambien puede asegurarse que Zorrilla no tiene de francés mas que Victor Hugo de español, y de origen propio de nacion á nacion, ú originalidad, si quiere decirse en este sentido, mas tiene la poesía de Zorrilla que la francesa, pues lo que esta ha tomado de la del Norte le falta absolutamente á aquel. Esto es hablando acerca de invencion, pues creemos que la poesia francesa ha inventado muy poco, y si

ellos quieren decir que Zorrilla no lo ha hecho por su parte, se les puede asegurar que menos ha ido á pedir prestado la poesía de este que la suya.

Donde hay que estudiar á este es en los cantos del *Trovador*. En estas producciones es donde está de manifiesto su ingenio; como deba este clasificarse y ser valuado el mismo Zorrilla lo facilita; no hay mas que hacerlo con arreglo á la introduccion de los *cantos*; aquello es el traslado mas completo y exacto de su talento. Creemos por esta razon deber insertarla en seguida.

INTRODUCCION

DE LOS CANTOS DEL TROVADOR.

—

¿Qué se hicieron las áuras deliciosas
Que, henchidas de perfume, se perdian
Entre los lirios y las frescas rosas
Que el huerto ameno en derredor ceñian?
Las brisas del otoño revoltosas
En rápido tropel las impelian,
Y ahogaron la estacion de los amores
Entre las hojas de sus yertas flores.

Hoy al fuego de un tronco nos sentamos
En torno de la antigua chimenea,
Y acaso la ancha sombra recordamos
De aquel tizon que á nuestros piés humea.
Y hora tras hora tristes esperamos
Que pase la estacion adusta y fea,
En pereza febril adormecidos,
Y en las propias memorias embebidos.

En vano á los placeres avarientos
Nos lanzamos de quier, y órgias sonoras
Estremecen los ricos aposentos
Y fantásticas danzas tentadoras;
Porque antes y despues caminan lentos
Los turbios días y las lentas horas,
Sin que alguna ilusion de breve instante
Del alma el sueño fugitivo encante.

Pero yo, que he pasado entre ilusiones,
Sueños de oro y de luz mi dulce vida,
No os dejaré dormir en los salones
Donde al placer la soledad convida :

Ni esperar revolviendo los tizones
 El yerto amigo ó la falaz querida ;
 Sin que mas esperanza os alimente
 Que ir contando las horas tristemente.

Los que vivís de alcazares señores,
 Venid, yo halagaré vuestra pereza ;
 Niñas hermosas que morís de amores,
 Venid, yo encantaré vuestra belleza :
 Viejos, que idolatraís vuestros mayores,
 Venid, yo os contaré vuestra grandeza ;
 Venid á oír en dulces armonías
 Las sabrosas historias de otros días.

Yo soy el Trovador que vaga errante :
 Si son de vuestro parque estos linderos
 No me dejéis pasar, mandad que cante ;
 Que yo sé de los bravos caballeros
 La dama ingrata, y la cautiva amante,
 La cita oculta y los combates fieros
 Con que á cabo llevaron sus empresas
 Por hermosas esclavas y princesas.

Venid á mí, yo canto los amores ;
 Yo soy el Trovador de los festines ;
 Yo ciño el arpa con vistosas flores,
 Guirnalda que recojo en mil jardines ;
 Yo tengo el tulipan de cien colores
 Que adoran de Stambul en los confines,
 Y el lirio azul incógnito y campestre
 Que nace y muere en el peñon silvestre.

¡ Ven á mis manos, ven, arpa sonora !
 ¡ Baja á mi mente, inspiracion cristiana,
 Y enciende en mí la llama creadora,
 Que del aliento del Querub emana !
 ¡ Lejos de mí la historia tentadora
 De ajena tierra y religion profana !
 Mi voz, mi corazon, mi fantasia
 La gloria cantan de la pátria mia.

Venid, yo no hollaré con mis cantares
 Del pueblo en que he nacido la creencia ;
 Respetaré su ley y sus altares ;
 En su desgracia á par que en su opulencia
 Celebraré su fuerza, ó sus azares :
 Y fiel ministro de la gaya ciencia,
 Levantaré mi voz consoladora
 Sobre las ruinas en que España llora.

¡Tierra de amor! ¡tesoro de memorias,
Grande, opulenta y vencedora un día,
Sembrada de recuerdos y de historias,
Y hollada asaz por la fortuna impía!..
Yo cantaré tus olvidadas glorias :
Que en alas de la ardiente poesía
No aspiro á mas laurel ni á mas hazaña,
Que á una sonrisa de mi dulce España.

Nadie ha comprendido mejor su poesía que el mismo Zorrilla con solo entregarse á la espontaneidad de su genio. En esos versos se le ve manifiesto con todas sus bellezas, con todos sus defectos habituales, que se reducen á un empeño de voluntad por herir con fuerza la tradicion. No se logra ver el poeta de los siglos pasados; pero es precisamente el poeta del siglo actual. Por eso le ama la España como á un hijo predilecto, por eso es tan popular. Todavía esperamos recorrerá por largo tiempo la senda de gloria que le mostró el destino.

ILDEFONSO OVEJAS.

PRÓLOGO.



Era una tarde de febrero. Un carro fúnebre caminaba por las calles de Madrid. Seguíanle en silenciosa procesion centenares de jóvenes con semblante melancólico, con ojos aterrados. Sobre aquel carro iba un atahud, en el atahud los restos de LARRA, sobre el atahud una corona. Era la primera que en nuestros dias se consagraba al talento; la primera vez acaso que se declaraba que el genio es en la sociedad una aristocracia, un poder. La invidia y el odio habian callado; los hombres de la moralidad dejaban para despues la moral tarea de roer los huesos de un desgraciado, y nadie disputaba á nuestro amigo los honores de su fúnebre triunfo. Todos tristes, todos abismados en el dolor, conducíamos á nuestro poeta á su capitolio, el cementerio de la puerta de Fuencarral, donde las manos de la amistad le habian preparado un nicho. Un numeroso concurso llenaba aquel patio pavimentado de huesos, incrustado de lápidas, entapizado de epitafios, y la descolorida luz del crepúsculo de la tarde daba palidez y aire de sombras á todos nuestros semblantes. Cumplido ya nuestro triste deber, un encanto inesplicable nos detenia en derredor de aquel túmulo; y no podíamos separarnos de los preciosos restos que para siempre encerraba, sin dirigirles aquellas solemnes palabras que tal vez oyen los muertos antes de adormecerse profundamente en su eterno letargo. Entonces el Sr. ROCA DE TOGORES, levantando pensativamente de su alma el peso de dolor que la oprimia, y como revistiéndose de la sombra del ilustre difunto, alzó su voz: LARRA se despidió de nosotros por su boca, y nos refirió por la vez postrera la historia interesante de sus borrascosos, brillantes y malogrados dias. En aquel momento nuestros corazones vibraban de un modo que no se puede hacer comprender á los que no lo sientan, que los mismos que le hayan sentido le habrán ya olvidado, porque

de los vuelos del alma, de los arrebatos del entusiasmo, ni se forma idea, ni queda memoria; que en ellos el espíritu está en otra region, vive en otro mundo: los objetos hacen impresiones diversas de las que producen en el estado normal de la vida, el alma ve claros los misterios ó cree, porque lo siente, lo que tal vez no puede comprender. Se ve entonces á sí misma, se desprende y se remonta del suelo; conoce, ve, palpa que ella no es el barro de la tierra, que otro mundo la pertenece; y se eleva á él, y desde su altura como el águila que ve el suelo y mira al sol, sondea la inmensidad del tiempo y del espacio, y se encuentra en la presencia de la divinidad que en medio del espácio y de la eternidad preside. Entonces no se puede usar del lenguaje del mundo, y el alma siente la necesidad de otra forma para comunicar lo que pasa en su seno. Tal era entonces nuestra situacion. No era amistad lo que sentíamos; no era la contemplacion profunda de aquella muerte desastrosa, de aquella vida cortada en flor, la vista de aquel cementerio, la inauguracion de aquella tumba, la serenidad del cielo que nos cubria, la voz elocuente del amigo que hablaba; no era nada de esto, ó mas que todo esto, ó todo esto reunido para elevarnos á aquel estado de inesplicable magnetismo en que en una situacion vivamente sentida por muchos, parece que se ayudan todos á sostenerse en las nubes. ¡ Ah! Pero nuestro entusiasmo era de dolor, y llorábamos (sábenlo el cielo y aquellas tumbas), y al querer dirigir la voz á la sombra de nuestro amigo, pedíamos al cielo el lenguaje de la triste inspiracion que nos dominaba, y buscábamos en derredor de nosotros un intérprete de nuestra afliccion, un acento que reprodujera toda nuestra tristeza, una voz donde en comun concierto sonasen acordes las notas de todos nuestros suspiros. Entonces de en medio de nosotros, y como si saliera de bajo aquel sepulcro, vimos brotar y aparecer un jóven, casi un niño, para todos desconocido. Alzó su pálido semblante, clavó en aquella tumba y en el cielo una mirada sublime, y dejando oir una voz que por primera vez sonaba en nuestros oidos, leyó en cortados y trémulos acentos los versos que van insertos en la página primera de esta coleccion, y que el Sr. Roca tuvo que arrancar de su mano, porque desfallecido á la fuerza de su emocion, el mismo autor no pudo concluirlos. Nuestro asombro fué igual á nuestro entusiasmo; y asi que supimos el nombre del dichoso mortal que tan nuevas y celestiales armonías nos habia hecho escuchar, saludamos al nuevo bardo con la admiracion religiosa de que aun estábamos poseidos, bendijimos á la Providencia que tan ostensiblemente hacia aparecer

un genio sobre la tumba de otro, y los mismos que en fúnebre pompa habíamos conducido al ilustre LARRA á la mansion de los muertos, salimos de aquel recinto llevando en triunfo á otro poeta al mundo de los vivos y proclamando con entusiasmo el nombre de ZORRILLA.

No he recordado aquí esta tarde por el placer de describir una escena grande y poética. Mas poética y mas grande fué seguramente que mi descolorida descripcion, aunque en el torrente de las escenas que á nuestros ojos pasan, ya se haya hundido, y ya casi todos la hayan olvidado. El autor de estas líneas no podrá borrarla de su memoria. Entonces empezó á sentir hácia el ilustre poeta á quien la consagra el afecto que con él le une, y que es demasiado tierno para que no forme época en su vida: entonces empezó el público á conocer las producciones de este ingenio; y la impresion que de ellas ha recibido es demasiado profunda para que no se marque muy distintamente en los anales de la literatura contemporánea. Pero no ha sido esta precisamente la razon de recordar aquella escena. Yo he tomado nota de ella, y la he consignado al frente de estas páginas porque aquella original aparicion me ha sugerido las reflexiones que voy á hacer sobre la índole y carácter de estas poesías.

Cuando oímos los versos de que acabo de hacer mencion, todos los que tuvimos la fortuna de escucharlos, sentimos la inspiracion que los habia dictado, y comprendimos el idealismo en que estaban concebidos, porque tambien nosotros estábamos inspirados, y tambien nuestra existencia vagaba por las regiones de lo ideal y de lo eterno. Nos hallábamos al nivel del autor, á la altura de su mismo genio, y en estado de sentir lo que él tal vez no hizo mas que expresar; porque entonces como los primitivos poetas, como los bardos en sus banquetes, como PÍNDARO en los juegos olímpicos, tomaba entusiasmo de nuestro entusiasmo, llanto de nuestro llanto: era el foco del espejo, y reflejábanse en él concentrados los rayos que tal vez de nosotros mismos partian. Asi que á nadie pudo ocurrírsele que aquella produccion no fuese natural, espontánea, como su mirar, como su acento, como el color de su semblante y el llanto de sus ojos. Nadie pudo ver en ella la imitacion de tal autor, ó los principios de tal escuela: nadie discutió si era *clásica ó romántica, oriental ó filosófica*. Era una composicion de allí, de aquel poeta, de aquel momento, de aquella escena, para nosotros, en nuestra lengua, en nuestra poesía, en poesía que nos arrebató, que nos electrizó, que comprendimos, y sobre cuyo mérito, género y for-

mas no se suscitaron discusiones ni críticas. Y sin embargo el autor la habia escrito algunos momentos antes de aquella reunion á solas en su gabinete, sin auditorio que la escuchara, y bajo la inspiracion de su dolor y de su genio. Si á solas tambien la hubiera leído á cada uno de sus oyentes, ¿ hubiera producido el mismo efecto ? ¿ La hubieran hallado tan ideal, tan bella, tan original y tan espontánea ? No seguramente. Para uno hubiera sido incomprendible una frase : otro hubiera encontrado exageracion ó falta de verdad en un pensamiento : un oido *fino* hubiera sentido flojo, duro, ó arrastrado algun verso : un entendimiento metódico observaria la falta de órden, de conexion y enlace entre sus ideas : cual la tendria por *vaga*, y haria notar que su lectura no dejaba en el alma ninguna idea fija ; y ¿ qué mas ? La mayor parte tal vez no hubieran visto en ella mas que una imitacion de Victor Hugo, ó de Lamartine. Pues lo que hubiera sucedido á aquella composicion así leida, sucede todos los dias no precisamente con respecto al público, sino con respecto á los inteligentes y críticos con otras que se han dado á luz. Todos ellos suscitan las mismas vanas y ociosas cuestiones ; y solo los corazones sensibles y no gastados que se entregan de buena fé al ímpetu del sentimiento, y que unisonos desde luego al tono del poeta, vibran con todas las modulaciones de su laud, y obedecen á todos los caprichos de su inspiracion, se encuentran con respecto á las demas poesías de este autor en el caso en que todos nos hallamos cuando su aparicion en el cementerio. Entonces su inspiracion habia volado sola adonde nuestro entusiasmo voló despues : despues su inspiracion siguió siempre la misma, tal vez mas poderosa, mas alta, mas fuerte, mas profunda ; pero no siéndonos siempre posible ponernos en la esfera de su atraccion, vemos á veces sus cuadros desde un punto en que no tienen perspectiva, ó no oimos de su lira mas que el ruido de los trastes. De ahí la mayor parte de esas disputas y críticas : de ahí esas frases incomprendibles para los que quisieran hallar en los versos ecuaciones y silogismos : de ahí ese *gongorismo* para los que piensan que la poesía es solo un modo de hablar, y no un modo de sentir, una manera de ser : de ahí, en fin, la pretension de que estos versos son imitaciones de un autor, ó doctrinas de una escuela por parte de los que todavia están aferrados en creer que la poesía es *¡ un arte de imitacion !* y que puede ser un método de hacer esposiciones de teorías políticas, ó sistemas filosóficos. Empero los que tienen corazon y alma, y los que saben que con el corazon y con el alma, y no con los dedos y con las palabras, se hacen los versos,

saben tambien lo que significan estas impugnaciones y lo que hay en ellas de verdadero ó inexacto. El autor de este prólogo está muy distante de creer que sean obras perfectas los primeros preludios poéticos del amigo á quien le consagra, y el entusiasmo que le arrebató no le ciega; ha querido sin embargo demostrar cómo muchos de los defectos que se atribuyen á una obra pueden consistir en el modo de juzgarla, y sobre todo ha querido protestar contra ese tema de que es imitacion y amaneramiento de escuela lo que es tan espontáneo y tan natural como las flores del campo y como las rocas de los montes. Siglos hay, sí, que inspiran un mismo tono á todo aquel que los canta, principios, ideas, y sentimientos generales, dominantes, humanitarios, que presidiendo á una época y á una generacion, se reproducen en todas sus obras y bajo todas sus formas. Pero entonces la analogía no es el plagio, la semejanza no es la imitacion, ni la consonancia el eco : entonces por el contrario la conformidad es el sello de la inspiracion y de la originalidad : entonces dos obras se parecen y distan entre sí un mundo entero : entonces dos autores se imitan sin conocerse : entonces se notan armonías y correspondencias entre la Biblia y HOMERO : entonces se copian SHAKSPEARE y CALDERON. Es un sol refulgente que reverbera en todos los cuerpos que ilumina : es una luna melancólica que reproducen todos los objetos que baña con sus pálidos rayos. Sí. El siglo de BYRON, de HUGO y de CHATEAUBRIAND debe inspirar tambien á los vates españoles: pero su inspiracion no dejará de ser de ellos, y de ser española, como del siglo, y de los objetos que canten. Póngase cada uno á mirar sus cuadros á la luz que alumbró : verá tal vez en su fondo el reflejo del cielo que los cubre; pero no colores prestados de ajena paleta. Fórmese para cada composicion un teatro como el del cementerio, y verán todos en ella la inspiracion original, la naturalidad, la unción, la verdad, la belleza ideal, y la celestial armonía que creyeron ver en la primera; percibirán clara y luminosamente lo que algunos no comprendieron, se sentirán en la presencia real de lo que tal vez les pareció vision y quimera, les sorprenderá la exactitud de lo que creyeron exagerado y hallarán por último que lo que afectan llamar romanticismo no es mas que la poesía, la naturaleza, la verdad.

A otra série de reflexiones ha dado ademas lugar en mi alma la escena de aquella tarde, reflexiones que algunos no comprenderán tampoco, y que otros muchos comprenderán solamente para fulminar contra ellas el anatema del ridículo, y para acogerlas con la sardónica ironía que entre nosotros se afecta hácia todo lo que no es mate-

rialmente positivo y humanamente lógico, hácia todo lo que propende á hacer intervenir al cielo en lo que pasa en la tierra. Yo empero que creo en un órden de cosas superior al órden de los fenómenos que á nuestra razon y á nuestros sentidos es dado percibir y esplicar; yo que estoy persuadido de que no se hallan entre nosotros todas las causas de lo que á nuestros ojos sucede, acostumbrado á ver la mano de la Providencia en los sucesos al parecer mas insignificantes de la vida, no es mucho que la conozca en aquellas ocasiones en que mas ostensiblemente y con mas solemnidad quiere como revelarse á nuestra vista. Sí, un poeta puede confesarlo, puede decir que cree en las *causas finales*, que cree en la *predestinacion*, y que cree que si la humanidad toda concurre á la obra que la inteligencia suprema le ha trazado, cada hombre, y sobre todo cada especialidad, concurre á un objeto fijo y determinado. Sin esta creencia el libro del mundo es un enigma incomprehensible, y el de la historia un tejido de absurdos. Fiel á esta creencia, y juzgando que LARRA era algo en la tierra, que en esta nacion, en esta agregacion de nulidades donde su existencia descollaba con tanto brillo, no en vano sus producciones habian fijado tan vivamente la atencion pública, y que su pérdida dejaba un vacío no solo en la literatura, sino en la sociedad; cuando á orillas del sepulcro del malogrado escritor que nos dejaba, ví brotar el poeta que nacia, el hecho era de demasiado bulto, la aparicion demasiado fatídica para no reconocer en el nuevo genio una *mision* tan especial como la del primero. Los presentimientos que hasta ahora he tenido fundadas en esta opinion, no han sido nunca vanos: el que aquella tarde tuve, no lo ha sido tampoco. Los acentos del nuevo bardo sorprendieron desde luego y arrebataron. Agitado de la calentura del genio y de la maravillosa fecundidad de que le ha dotado el cielo, en pocos meses ha lanzado al público una multitud de composiciones que no pasaron efimeras como la mayor parte de las fugitivas producciones de nuestros dias, ó conocidas solo de los inteligentes como las de épocas anteriores. Recibidas ora con admiracion, ora con estrañeza, ora con entusiasmo, ora con desagrado segun las ideas y carácter de cada uno, no lo han sido nunca con indiferencia. Leidas y releidas, decoradas y oidas y recitadas por todos, el ansia con que se buscan los periódicos donde se publicaron algunas, ha obligado á recogerlas en la presente coleccion. Y no solo en elogios y alabanza ha consistido su popularidad. Tambien son ellas las que mas criticas é invectivas han suscitado, tambien han sido parodiadas, y puestas en ridiculo é imitadas por malos poetas, que es

la mas infeliz parodia; tambien han sido tachadas de inmorales, de incomprensibles, y hasta equiparadas en algun artículo de periódico á los discursos de varios *célebres* oradores de nuestras actuales Córtes. Pues bien : esta novedad y admiracion, esas sátiras é invectivas, esas imitaciones de la mediania y esas hostilidades de la envidia son el grande éxito, la corona del talento, el sello de la especialidad. Parece que nuestra época se afanaba en producir un poeta que estuviese á su nivel y en armonía con ella, que fuese como el representante literario de la nueva generacion, de sus ideas, de sus sentimientos y creencias : varios jóvenes al parecer con esta esperanza y con éxito mas ó menos feliz, se habian presentado hasta ahora en la escena; y el público no dejó de vislumbrar en ellos ráfagas de nueva luz, y sentir aliento de nueva vida; pero á la aparicion de ZORRILLA, ha visto ya el oriente de un astro muy luminoso. Tibios todavía sus primeros rayos han despertado en su derredor todo un hemisferio de poesia, y si aun no ha nacido el sol, estrellas muy resplandecientes se eclipsaron ya ante su brillante crepúsculo. Si sus preludios marcan una aurora, sus cantos sellarán una época : si su aparicion ha sido fatidica, su poesia sera providencial; si el eco de su voz ha sobrecogido y su primera inspiracion fascinado, muy trascendental y poderosa será la influencia que debe ejercer y mas anchurosa de lo que se cree la esfera de accion en que debe obrar su impulso.

¿Cuál será empero esta accion? ¿Cuál será el desarrollo de este germen? ¿Cuál será este fin? Yo he podido adivinarlo, pero no me atreveré á predecirlo, porque los arcanos del destino no se esplican, ni los vuelos del genio se calculan. Permítasele sin embargo á un alma tambien poética formar esperanzas; y para formularlas y para dar una idea de las conjeturas que sobre lo futuro se presentan á su fantasia, permítasele entrar en esplicaciones del aspecto bajo que las cosas presentes se ofrecen á sus ojos. La imaginacion, la amistad, el entusiasmo podrán ejercer grande influencia en este análisis; pero el corazon, el sentimiento, la fantasia son el único *método analítico* aplicable á las obras de un poeta.

En el estado actual de nuestra indefinible civilizacion, la poesia como todas las ciencias y artes, como todas las instituciones, como la pintura, la arquitectura y la música, como la filosofia y la religion, ha perdido su tendencia unitaria y simpática, y sus relaciones con la humanidad en general, porque no existiendo sentimientos ni creencias sociales, carece de base en que se apoye, y de lazo que á la

humanidad la ligue. Sin poder proclamar un principio que la sociedad ignora, sin poder encaminarse hácia un fin que la sociedad no conoce, ni dirigirse hácia un cielo en que la sociedad no cree, la poesía, dejando una region en la que no hallaba atmósfera para respirar, se ha refugiado como á su último asilo á lo mas íntimo de la individualidad y del seno del hombre, donde aun á despecho de la filosofía y del egoísmo un corazón palpita y un espíritu inmortal vive. Pero el hombre en su aislamiento es el mas miserable y desgraciado de los seres. La Providencia ha hecho necesaria para su dicha y su perfectibilidad la asociacion; asociacion que no es el agregado de muchos individuos de la especie humana, sino el conjunto de las facultades que en comun poseen, la comunión de sus ideas y de sus sentimientos, de la inteligencia y de la simpatía. Mas hay épocas tristes para la humanidad en que estos lazos se rompen, en que las ideas se dividen, y las simpatías se absorven; en que el mundo de la inteligencia es el caos, el del sentimiento el vacío; en que el hombre no ejercita su pensamiento sino en el análisis y en la duda, y no conserva su corazón sino para sentir la soledad que le rodea y el abismo de hielo en que yace. Entonces el genio puede volar aun, pero vuela como el Satanás de MILTON; solitario y por el caos: el sol le causa pena, la belleza del mundo envidia. Su poesía es solitaria como él, y como él triste y desesperada. Canta ó mas bien llora sus infortunios, su cielo perdido, el fuego concentrado en su corazón, las luchas de su inteligencia y las contrariedades de su enigmático destino. Sus relaciones con la naturaleza no pueden ser expansivas, ni sus relaciones con los hombres simpáticas. Replegado en su individualismo, sus relaciones con Dios podrán aun ser muy vivas; pero solo en su presencia, si la reconoce, y solo en el universo, si tal vez ha renegado de la Providencia, los himnos que debian consagrarse á una religion de amor, serán solamente gritos de desesperacion y de impío despecho, ó estravíos de un abstracto y estéril misticismo. Tal es á mis ojos el carácter de la época presente, tal es tambien su poesía; la poesía dominante, la poesía elegiaca actual, poesía de vertigo, de vacilacion y de duda, poesía de delirio, ó de duelo, poesía sin unidad, sin sistema, sin fin moral, ni objeto humanitario, y poesía sin embargo que se hace escuchar y que encuentra simpatías, porque los acentos de un alma desgraciada hallan donde quiera su cuerda unisona y van á herir profunda y dolorosamente á todas las almas sensibles en el seno de su soledad y desconsuelo. ZORRILLA ha empezado y no podia menos de empezar por este género. Hijo del siglo, le ha pagado

tambien su tributo de lágrimas; ha pasado por bajo el yugo de su tiranía; ha llorado tambien á solas y ha dado al viento sus sollozos: ha golpeado su frente de poeta contra el calabozo que le aprisionaba, ha forcejeado por quebrantar cadenas que no son lazos; ha invocado el auxilio de un Dios, y ha renegado del cielo; ha cantado el éstasis de los bienaventurados y saludado á la reina de los ángeles, y ha lanzado gemidos de desesperacion infernal, y llamado en su socorro la muerte y la nada.

Y cuando la fuerza expansiva de la inspiracion, arrancándole de su individualismo, le lanzó á mas ancha esfera y le hizo recorrer á pesar suyo la sociedad que se agitaba á su alrededor, no se deslumbraron sus ojos con el brillo que despedia el oropel de la civilizacion, sino que intuitivamente penetrantes bien conocieron sobre el lecho de oro y púrpura á la enferma que agonizaba abandonada y sola, y bien acertaron á ver mas allá bajo la suntuosa lápida del sepulcro cincelado, la brillante mortaja de seda y pedrería pronta á cubrir la fetidez de un cuerpo presa ya de la gangrena y de la muerte.

El instinto perspicaz de su inspiracion le ha representado al mundo moral en su espantosa anarquía y desnivel, en su desorganizacion y fealdad. Y arrebatado á tal vista de un vértigo de tristeza y amargura, asomó á sus labios aquella risa horriblemente sardónica con que el hombre en el último extremo de desesperacion y miseria, escarneciendo á los demas y á sí mismo, pregunta al cielo como burlándose qué es lo que tal desórden significa, duda si se debe tomar á serio la suerte de la humanidad, mezcla reflexiones profundas y terribles con sátiras amargas y ridículos contrastes, y entre el llanto de un funeral hace oír las carcajadas de una orgía. Entonces evocando la sombra de Cervantes, tiene con ella el singular diálogo en que nuestro poeta se mofa de sus tiempos tan á su sabor (si bien con otra hiel y tristeza) como aquel genio inmortal parodiaba los suyos. Entonces personificando en Venecia á todas las naciones degradadas y á todos los pueblos corrompidos, despues de haber descrito en versos dignos de CALDERON y de BYRON la grandeza de su antiguo poderío y el polvo y cieno en que desde su elevacion se hundieron, repentinamente *levanta una carcajada para apagar sus gemidos*, y termina su fúnebre canto entre la báquica algazara de un festin, como se suele ver en tiempos de peste y mortandad entregarse los hombres á desórdenes y excesos, para apurar los goces de su existencia amenazada entre la embriaguez de los placeres. Y por último, en otro momento de inspiracion mas poderosa y mas profunda, abarcando de un solo golpe

de vista eminentemente sintético el cuadro de todos los vicios y de todas las monstruosas desigualdades de la sociedad, la pinta de una sola pincelada en cuatro versos dignos de la pluma de LAMENNAIS y que equivalen á todo un volúmen de filosofía, en que dirigiendo sobre el banquete de la vida una mirada mas terrible que la de DANIEL sobre el convite de BALTASAR, dice que

Unos cayeron beodos,
Otros de hambre cayeron,
Y todos se maldijeron,
Que eran infelices todos.

Empero lo que mas caracteriza al genio, es no ser exclusivamente órgano de la época en que vive y presentir la que nace en medio de las inspiraciones de lo que existe. Asi HOMERO adivinó los tiempos de LICURGO y de SOLON, asi VIRGILIO casi pertenece al cristianismo y á la edad media, asi el DANTE apenas se concibe cómo haya escrito en el siglo XIII, asi CERVANTES en una edad caballeresca todavía predecia y aceleraba el prosaismo del siglo XVIII; y por eso el instinto de todos los pueblos ha reconocido siempre en la inspiracion poética el don de la profecía. El genio actual conserva aun reconcentrado todo lo que en la humanidad debia haber y todo lo que habrá sin duda, porque todavía sus gérmenes existen, no en la sociedad, pero sí en los individuos; para él aun puede haber creencias y virtudes, é ilusiones y amor, y abnegacion, y heroismo é interés que no sean de la tierra, y un pensamiento de Dios, una memoria del cielo, una esperanza de inmortalidad. Por eso nuestro poeta no tardó en conocer que la poesía á que le arrastraba su siglo era estéril y transitoria, como debe serlo esta época de desorganizacion y de duda, como debe serlo el egoismo que nos disuelve, y el escepticismo que nos hiela, y parándose en su carrera y apartándose de la boca del tártaro adonde caminaba, y subiéndose á un puesto mas avanzado y mas digno de su mision, ha visto la naturaleza bella, risueña, iluminada, viva y animada como Dios la creó, para servir de teatro á la virtud y á la inteligencia del hombre, y tiñendo su pluma de los colores del iris, y de los celages del oriente, ha dirigido á la humanidad palabras de amor y consuelo, himnos de bendicion y alabanza al Creador.

¡Bello es el mundo! ¡Sí! ¡ la vida es bella!
Dios en sus obras el placer derrama.

Entonces en medio del negro horizonte que le circundaba, una

brisa de esperanza agitó su alma, y un rayo del sol del porvenir iluminó su frente; empero su musa, antes de lanzarle en las profundidades de lo futuro, quiso anudar en su espíritu la cadena de las tradiciones, sin las que no hay sociedad ni poesía, y llevarle á recorrer primero los venerables restos de lo pasado. Su imaginacion debia encontrar todavía en ellos una sociedad homogénea y compacta de religion y de virtud, de grandeza y de gloria, de riqueza y sentimiento, y su pluma no pudo menos de hacer contrastar lo que hay de mezquino, glacial y ridículo en la época actual con lo que tienen de magnífico, solemne y sublime los recuerdos de los tiempos caballerescos y religiosos. Y el primero entre nuestros poetas que ha sentido la necesidad de buscar en estas creencias y tradiciones los gérmenes de grandeza y sociabilidad que abrigaban, y que es preciso desenterrar de los abismos de lo pasado, los tesoros del porvenir, ha sido tambien el primero á dar vida poética á nuestros olvidados monumentos religiosos, y á poner en escena las sagradas y grandiosas solemnidades que hacian las delicias de nuestros padres. Bajo su pluma vemos levantarse de entre el polvo y el cieno que la cubren como un sepulcro olvidado la severa capital del imperio godo, revestida del armiño de sus reyes y de la púrpura de sus prelados, guerrera como sus héroes y sus armas, religiosa y política como sus concilios: trocada despues por el árabe voluptuoso en una mansion de placeres, asistimos á sus fiestas y á sus torneos y caballerescas justas, perfumados de los aromas de oriente, adornados de galas, plumas, seda y pedrería, y respirando el aliento de las houries de Mahoma; pero en seguida vemos alzarse gigantesca, y descollar por sobre todas estas memorias la catedral primada, símbolo arquitectural del cristianismo, con los estandartes de piedra de sus torres, con las lenguas de bronce de sus campanas, y presenciarnos los sagrados ritos de la religion mas bella que ha existido sobre la tierra, oimos el órgano cantando sus solemnes misterios por la *céntuple garganta de los tubos de metal*, y escuchamos á la par el canto de los sacerdotes, el crujir de sus tisúes y brocados, y nos deslumbra el brillo de mil lámparas reflejado en el oro de los altares y en los diamantes del tabernáculo; y prosternados con el pueblo que asiste á tan grandioso espectáculo, nos embriagamos de luz y de armonía, de aroma de incienso y de música del cielo, y se apodera de nosotros el éxtasis que remeda en la tierra el arrobó santo de los bienaventurados. En aquel momento los gemidos de dolor cesan: los sollozos de amargura, los ayes de impotencia y despecho se convierten en lágrimas de santa

ternura y en himnos de esperanza, el desprecio de la vida y el odio á los hombres da lugar á la idea de inmortalidad, premio de una existencia de virtudes y amor. La sociedad que vemos dispersa sobre la superficie de la tierra, reunida bajo las bóvedas del templo nos parece no tener mas que un sentimiento, una voz, una *oracion* que elevar al cielo con el humo de sus ofrendas : allí están todas las artes ; allí está la música, la pintura, la escultura, la arquitectura, todas concurrendo á un fin comun, todas formando un concierto de los talentos del hombre : el templo abarca toda la vida ; la religion completa el cuadro de la poesía como es la clave de la sociedad ; y al volver de nuestro arrobamiento, al sentirnos en la realidad de nuestra existencia, no podemos menos de consagrar un suspiro de pesar por esos bellos tiempos que se han perdido, un ¡ay! por esos placeres de nuestros padres, por esa fé que alimentaba su vida, una lágrima por esa religion abandonada, un movimiento de sagrado respeto hácia las venerandas reliquias que de ellas nos quedan.

Tal es el efecto de las variadas y profundas sensaciones que este poeta sabe escitar con su maravilloso canto ; tal es el cuadro que presentan á mis ojos las páginas de un libro donde algunos no verán tal vez mas que figuras dislocadas, versos inconexos, ideas contradictorias ; tal es el pensamiento unitario trascendental y profundamente filosófico que resulta de estas inspiraciones, la idea moral que preside á su redaccion ; y el hilo de union que liga con una trama invisible pero fuerte los varios trozos de este mosaico precioso. Pero este pensamiento y esta moralidad la buscarán en vano los que crean hallarla en máximas, y en tiradas de sentencias. Para lectores de esta clase no ha escrito ZORRILLA, ni á la verdad yo tampoco. La filosofía de que yo hablo es una filosofía viva, animada, que traspira y brota en las cosas y no en las palabras, como un jardin delicioso inspira ideas de placer, como la armonía de un concierto infunde sentimientos de amor ó de melancolía, como la vista del cielo y las maravillas de la naturaleza proclaman la existencia de Dios.

Sin embargo, se me dirá, ¿ha sido el pensamiento que yo descubro el pensamiento del autor ? ¿Tuvo presente el objeto que yo le asigno, al obedecer á las inspiraciones que le han dictado sus cuadros fantásticos y sus armoniosos himnos ? ¿Ha pensado por ventura en el fin social de sus versos, y ha pretendido enlazarlos en un conjunto regular y en un sistema poético, el jóven genio que no ha hecho acaso mas que ceder al ímpetu de su imaginacion en una hora de arrebató, y en fijar con la pluma las instantáneas imá-

genes, las fugaces sensaciones que pasaban por su existencia, tal vez para no recordársele jamás? ¿Ha descendido á estas consideraciones filosóficas, á este análisis moral y religioso de sus obras, á este cálculo previo del plan de sus trabajos? No sin duda, y si hubiera sido capaz de concebirlo, no lo hubiera sido de realizarlo; el genio no raciocina, y los poetas, como todas las especialidades del mundo, no tienen la conciencia de lo que son, cumplen su destino sin saberlo, é ignoran la teoría de la obra misma que son llamados á edificar, y el poder de los principios mismos que vienen á proclamar y difundir. Por eso los que viven á su inmediacion suelen juzgarlos con la mayor inexactitud, cuando creen ufanos que solo ellos están en el secreto del genio, y porque ellos ven de cerca una tela tiznada de borrones y manchada con informes figuras, piensan que son ilusiones y fantásticas quimeras los primores que otros ven de lejos en un cuadro lleno de verdad y de vida. Ellos no ven mas que al individuo donde debian ver al poeta, no ven mas que al autor, cuando debian examinar la obra, y miden al Escorial por la estatura de HERRERA. Oyen los lamentos de un hombre en cuyo rostro suele brillar la alegría, y no saben que son los gemidos de una generacion entera los que se exhalan de su pecho, y el llanto de todo un siglo el que humedece las cuerdas de su lira. Ven el mortal afortunado acaso quejarse de una sociedad en que es amado, en que vive tal vez en el seno de los placeres, y no saben que á un alma eminentemente simpática no le bastan los placeres de una existencia sola, y que la esponja de su corazon embebe y derrama la amargura de diez millones de infelices. Ven al hombre del mundo, tal vez indiferente é incrédulo predicando la religion y los misterios, y no conocen la terrible personificacion del siglo ateo, obligado á arrastrarse al pié de los altares, buscando un resto de fuego que reanime su helada existencia, é implorando por gracia al cielo una creencia, un rayo de verdad que alumbre á la humanidad, y la enseñe la senda de su destino en la espantosa noche del escepticismo que la circunda. No Ellos no ven ni al hombre moral siquiera, al individuo en sus interioridades, en sus ilusiones, en sus flaquezas, en sus contrastes y en sus misterios, no ven mas que al hombre uniformemente vestido del café y del paseo, del teatro y de la orgía, al hombre que se modela por los demas, y que se hace mas superficial, mas pequeño, mas material y positivo de lo que es en el fondo de su corazon, y luego esclaman: ¡ He aquí el hombre! ¡ He aquí el filósofo! ¡ He aquí el poeta! Pero la sociedad solo ve el genio, solo contempla y admira la creacion de la inteligencia y de la inspiracion. Él se la

lanza como la Pitonisa el oráculo, como la estatua de Memnon su armonía : ella la recibe, ella la descifra, ella la comprende.

Sí, poeta : la sociedad te comprenderá mejor que los sabios y que los eruditos. Tus mágicos preludios no serán perdidos ni infecundos. Sigue á tu grandiosa carrera : avanza de tu aurora á tu porvenir de gloria y esplendor. Tú has cantado los dolores del corazon, los misterios del alma, las maravillas de la naturaleza, y el poder de la inspiracion. Tú manchado de polvo y de fango el cuadro chillante y desentonado de una civilizacion anárquica y desnivelada : tú has matizado con los tintes de la luz de oriente las sombras de la edad pasada, y nos has mostrado una luz todavía encendida en el fondo de los antiguos sepulcros. Sigue. El destino tal vez te reserva otra carrera y te prepara otra corona : tu poesía se lanzará hácia un nuevo período mas brillante y mas filosófico : tú conoces que lo presente no es digno de tí, pero debes saber tambien que lo pasado es estéril, que lo que ha muerto una vez no resucita jamás, y que es ley de la Providencia que la humanidad no retroceda nunca. El porvenir te aguarda, ese porvenir misterioso que se cierne sobre la Europa, y con cuyos encantos soñamos como se sueña en la adolescencia con las gracias de una querida que se forja el corazon. Esa edad por que la juventud suspira, esa edad invocada por los votos de nuestros corazones, esa edad, tierra de promision en este desierto para nuestras fervientes y religiosas esperanzas, tuya es, y antes que nosotros debe llegar á ella esa fantasía que á velas desplegadas voga por el mar de los tiempos. A tu musa está reservado pintar esas maravillas desconocidas y rasgar á nuestros ojos el velo á cuyo través ahora ni vagamente se trasluce. Tú solo serás capaz de realizar en tus proféticas creaciones ese apocalipsis de la inteligencia, esa época de reorganizacion y de armonía en que la grandeza de los antiguos tiempos se multiplique por la belleza y progresos de la civilizacion moderna, despojada esta de su egoismo, como aquellos de su barbarie, en que una ley universal de justicia, sabiduría y libertad, reuna en una comun familia las naciones ahora aisladas, y en que una religion de amor y paz realice sobre la tierra el glorioso destino á que la humanidad es llamada.

Sí, poeta. Tal vez tus versos nos pinten lo que los políticos no se atreven á calcular; tal vez á tu canto se revele lo que á la filosofia no lo es dado preveer. La Providencia no te ha hecho aparecer en vano : y pues que te evocó de una tumba, tú debes saber cosas que los mortales ignoramos. *Cumple pues tu mision sobre la tierra.* No importa que los que á sí mismo se desprecian, los que no se creen nacidos

con fin alguno, los que piensan que existen arrojados por el acaso como piedras en el pozo de la vida, los que niegan la prevision de la inteligencia suprema, la divinidad del espíritu humano, su imperio sobre el mundo, y los que á trueque de no reconocer los privilegios del genio niegan tambien su existencia hayan ridiculizado esa frase tuya, y tomen un pensamiento de piedad por un pensamiento de soberbia. Tú, empero, que crees en ella porque oyes dentro de tí la voz divina que te la dicta, sigue sereno á pesar de las tempestades que en el horizonte asomen la inspiracion sublime que te lleva á otro mundo. Yo te he visto partir, mi querido amigo, yo tambien habia querido lanzarme en ese océano; pero delante de tí, he recogido mis velas, y me he quedado en la ribera, siguiéndote con mi vista y con mis votos. Sí, yo en mis ilusiones habia creido tambien que tenia una mision que cumplir. Has venido tú, y me queda una bien dulce, bien deliciosa; la de admirarte y de ser tu amigo.

NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Madrid, 14 de Octubre de 1837.

OBRAS POÉTICAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA.

COMPOSICIONES DIVERSAS.

PRIMERA PARTE.

A LA MEMORIA DESGRACIADA

DEL JÓVEN LITERATO

D. MARIANO JOSÉ DE LARRA.

Ese vago clamor que rasga el viento
Es la voz funeral de una campana:
Vano remedo del postrer lamento
De un cadáver sombrío y macilento
Que en sucio polvo dormirá mañana.

Acabó su mision sobre la tierra,
Y dejó su existencia carcomida,
Como una virgen al placer perdida
Cuelga el profano velo en el altar.
Miró en el tiempo el porvenir vacío,
Vacío ya de ensueños y de gloria,
Y se entregó á ese sueño sin memoria,
Que nos lleva á otro mundo á despertar!

Era una flor que marchitó el estio,
Era una fuente que agotó el verano;
Ya no se siente su murmullo vano,
Ya está quemado el tallo de la flor.
Todavía su aroma se percibe,
Y ese verde color de la llanura,
Ese manto de yerba y de frescura
Hijos son del arroyo creador.

Que el poeta, en su mision
Sobre la tierra que habita,
Es una planta maldita
Con frutos de bendicion.

Duerme en paz en la tumba solitaria
Donde no llegue á tu cegado oido
Mas que la triste y funeral plegaria
Que otro poeta cantará por tí.
Esta será una ofrenda de cariño
Masgrata, sí, que la oracion de un hombre,
Pura como la lágrima de un niño,
Memoria del poeta que perdiste!

Si existe un remoto cielo
De los poetas mansion,
Y solo le queda al suelo
Ese retrato de hielo,
Fetidez y corrupcion;

; Digno presente por cierto
Se deja á la amarga vida!
¡ Abandonar un desierto
Y darle á la despedida
La fea prenda de un muerto!

Poeta, si en el *no ser*
Hay un recuerdo de ayer,
Una vida como aquí
Detrás de ese firmamento...
Conságrame un pensamiento
Como el que tengo de tí.

A CALDERON.

« La venerable congregacion de sacerdotes naturales de esta villa puso aquí esta inscripción, con permission de Don Diego Ladrón de Guevara, caballero de la orden de Calatrava y patron de esta capilla. »
(Capilla de San Salvador, Sepulcro de Don Pedro Calderon de la Barca.)

Hay una antigua capilla
 Pobre por su antigüedad,
 Negra por su oscuridad,
 Revocada por la villa :
 Donde se lee en un rincon,
 Mas que con ojos con manos,
 — AQUÍ LOS RESTOS HUMANOS
 DE DON PEDRO CALDERON. —

I.

Ave osada cuyas plumas
 Vestieron de cien colores
 Con sus matices las flores,
 Con su nieve las espumas ;
 A cuyos ojos el sol
 Prestó luz y atrevimiento,
 Y á cuyas alas dió viento
 Tu noble aliento español ;
 A quien la tierra dió sombra,
 Y la fortuna dió calma,
 A quien un rayo dió el alma,
 Y el universo una alfombra ;

Aguila para volar
 Reina del viento naciste,
Fenix al mundo saliste
 Para vivir y cantar.

Aguila fué tu osadía,
 Que con su atrevido vuelo
 Subió arrebatada al cielo
 A beber la luz del día.

Fenix fueron tus cantares,
 Pues al nacer y al morir
 Solo se hicieron oír
 Al calor de sus hogares.

Aguila tus ojos son,
 Y fenix es tu garganta :
 Es fenix la voz que canta,
 Aguila la inspiracion.

Si el águila ojos te da,
 Te da el fenix melodia,
 Para tu luz y armonia
 Ni ojos, ni oídos habrá.

Mas por desgracia ó fortuna
 Ya tu garganta está seca,
 Y allá en tu pupila hueca
 No queda mirada alguna.

Duerme en paz en tu rincon,
 Donde levantó tu gloria
 Una cruz á la memoria
 De DON PEDRO CALDERON.

Que si un mármol reclamó
 Tu grandeza y te le dieron,
 Segun lo que le escondieron
 Parece que les pesó.

Yaces en un templo, sí,
 Pero en tan bajo lugar,
 Que pareces aguardar
 Hora en que huirte de allí.
 Mucho te guardan del sol,
 Temerán que te ennegrezca... !
 O tal vez no le merezca
 Tu ingenio, y nombre español.

En vez de tan vil lugar
 Si fueras un potentado,
 Sepulcro te hubieran dado
 Delante del mismo altar.

Porque al magnate altanero
 Le dan virtud y oraciones
 El oro de sus blasones,
 Y su fortuna primero.

Mas duerme tranquilo ahí.
 En ese rincon inmundo
 Para sarcasmo del mundo,
 Te basta tu nombre á tí.

Que imbécil ó descuidada
 La malignidad del hombre
 Dejó olvidado tu nombre
 Sobre el señó de tu nada.

II.

Sombra ultrajada, perdona
 Si tu sueño interrumpí,
 Que mi atrevimiento abona
 Lo poco que soy en mí,
 Lo mucho que es tu corona.

Mis ojos te quieren ver,
 Pero cuando mas te miran,
 Mas imposible ha de ser.
 ¡ Su lumbre van á perder
 Ojos que por tí deliran !

Mis ojos ven tu laurel,
 Y ver quisieran tu alma ;
 Que es martirio bien cruel
 Desesperado al pié del
 Suspirar por una palma.

Mas si nada he de poder,
 Digno Calderon, de tí,
 Si el que á llorar venga aquí
 Grande como tú ha de ser,
 A tu vez llora por mí,
 Que menos no he de volver.

Pues tu osada inspiracion
 Eterna quedó en la historia,
 Duerme en paz en tu rincon,
 Donde levantó tu gloria
 Una cruz... triste memoria
 De DON PEDRO CALDERON.

TOLEDO.

I.

Negra, ruinoso, sola y olvidada,
 Hundidos ya los piés entre la arena,
 Allí yace Toledo abandonada
 Azotada del viento y del turbión.
 Mal envuelta en el manto de sus reyes
 Aun asoma su frente carcomida ;
 Esclava, sin soldados y sin leyes,
 Duerme indolente al pié de su blason.

Hoy solo tiene el gigantesco nombre,
 Parodia con que cubre su vergüenza,
 Parodia vil en que adivina el hombre
 Lo que Toledo la opulenta fué.
 Tiene un templo sumido en una hondura,
 Dos puentes, y entre ruinas y blasones
 Un alcázar sentado en una altura,
 Y un pueblo imbécil que vegeta al pié.

El sopro abrasador del cierzo impío
 Cinó bramando sus tostados muros,
 Y entre las hondas pálidas de un río
 Una ciudad de escombros levantó.
 Está Toledo allí — yace tendida
 En el polvo sin armas y sin gloria,
 Monumento elevado á la memoria
 De otra ciudad inmensa que se hundió.

Alguna vez sobre la noche umbría,
 De este monton de cieno y de memorias
 Se levanta dulcísima armonía...
 Cruza las sombras cenicienta luz :
 Se oye la voz del órgano que rueda
 Sobre la voz del viento y de las preces :
 Una hora despues apenas queda
 Un altar, un sepulcro y una cruz.

Apenas halla la tardía luna
 Al través de los vidrios de colores
 El brillo de una lámpara moruna
 Colgada al apagarse en un altar ;
 Apenas entreabierta una ventana
 Anuncia un sér que sufre, llora ó vela ;
 Que el pueblo sin ayer y sin mañana
 Yace inerme dormido ante el hogar.

Acaso al gemir del viento,
 Ese pueblo, en la alta noche,
 Alza el rostro macilento
 Despertando con pavor ;
 Fingiendo en la sombra oscura
 La mal abierta pupila,
 La trasparente figura
 De un fantasma aterrador.

Entonces en su memoria
 Se levantan confundidas

Una bruja, y una historia
 De la santa religion,
 Mientra en el polvo la frente
 A la bruja, ó á María
 Dirige indistintamente
 Su sacrilega oracion.

Y en su ignorancia grosera
 Mezcla acaso en un ensueño
 El nombre de una hechicera
 Con el nombre de Jehová.
 Con el vaticinio inmundito
 De un *saludador* infame,
 El del redentor del mundo
 En torpe amalgama vá.

La luna en tanto pasea
 Cruzando el azul tranquillo,
 Y los despojos blanquea
 De tanta generacion :
 Esas páginas sin nombre,
 Cifras de un siglo ignorado,
 Que alzó la mano del hombre
 Del hombre para baldón.

Esas santas catedrales,
 Cuyos pardos capiteles,
 Cuyos pintados cristales,
 Cuya bóveda ogival,
 Cuyo color ceniciento,
 Cuyo silencio solemne
 Cobijan por pavimento
 Una losa sepulcral.

Sobre ella los vivos cantan,
 A par de ruidosa orquesta,
 Cantares que se levantan
 Hasta los piés del Señor :
 Sobre ella flota el perfume
 Que la atmósfera embalsama,
 Y en oblation se consume
 Oro y mirra al Criador.

Sobre ella en noche lluviosa
 Al bramar del viento bravo,
 Armonía misteriosa
 En el templo se hace oír.
 Es un cántico tremendo,
 Ronco, vago, agonizante,
 Una voz que está pidiendo
 Por los que van á morir.

Es la voz del himno santo,
 Del terrible *miserere*,
 Cuyo monótono canto
 Miedo infunde al corazón :
 Y en la bóveda rodando
 Saliendo al aire flotante,
 Al mundo va predicando
 Una santa religion.

Y bajo la piedra helada,
 De los hombres que murieron
 Se oye la voz apagada
 El triste salmo decir :

Y la campana sonora
Remedándola en el aire
Con la voz de alguna hora
La hace en el aire morir.

II.

Duerme; oh Toledo! en la espumante orilla
De ese torrente que á tus piés murmura,
Que con agua pesada y amarilla
Roe y devora tu muralla oscura,
Que llora avergonzado tu mancilla,
Tu perdida riqueza y tu hermosura,
Y calla por piedad á las naciones
Que yacen en su fondo tus blasones.

Duerme, sí, con tus fábulas sagradas,
Los ángeles y brujas de tus cuentos,
Las danzas de los santos con las fadas,
Los misterios ocultos en los vientos;
Duerme, sí, con tus farsas parodiadas
Prenda de tus señores opulentos :
Sepulta en barro tu diadema de oro
Y canta en derredor de tu tesoro.

—

Hubo unos días de gloria
Vanos recuerdos de ayer :
Apenas hoy de esa historia
Nos queda un *Zocodover*,
U otro nombre en la memoria.

Cañida entonces la plaza
De ancho tapiz toledano,
En la arena húmeda emplaza
Un moro de noble raza
A algun capitán cristiano.

Vestidos están de flores,
Que avergüenzan un jardín,
Balcones y miradores;
Cristales son de colores
Los del Miramamolín.

Solo abierto hay un balcon,
Y es balcon del Sultán,
Y armados de alto lanzon
Ginetes debajo están
Por respeto á la funcion.

Y las musulmanas bellas
Detrás de las celosias
Muestran ocultas estrellas
Sus ojos, que en tales días
No hubiera luces sin ellas.

¡Bellas son las orientales!
Delicadas como espumas
Sus prendidos y sus chales,
Que mece en ondas iguales
Un abanico de plumas.

Por eso zeloso el moro
Tendió en sus ojos un velo,

Que es mas rico su tesoro
Que el color azul del cielo
Teñido en franjas de oro.

Derraman desde la altura
Aguas de olor en la arena,
Que dan aroma y frescura,
Y agitan el aura pura
De aurora blanca y serena.

Y en redes de oro, colgadas
De las tres torres mayores,
De luz y aire embriagadas
Cantan y vuelan cerradas
Aves de gayos colores.

Gala del hombre de oriente
Era la altiva Toledo :
Hoy conserva solamente
Cieno en la caduca frente,
Y dentro del alma miedo.

La árabe *Zocodover*,
Solitaria y carcomida,
Puede apenas sostener
La memoria de su vida,
Amenazando caer.

Hoy á las cañas de moros
A lo mas ha remplazado
Con una farsa de toros,
Y á los adufes sonoros
Con los gritos de un mercado.

Y porque consuelo alguno
Quedar á Toledo pueda,
Robóle el tiempo importuno
Hasta la alfombra de seda
Del alto alcázar moruno.

III.

Hoy un templo de gótica estructura,
Y escombros sin historias y sin nombre,
En su deforme y colosal figura
Su sentencia mortal muestran al hombre.

Y es fama que se encienden todavía
En el templo las lámparas sagradas,
Y que vibrar se escuchan noche y día
Del órgano las notas aceradas.

Aun existe una página de roca
En que leer deletreando apenas
La era en que una tribu noble ó loca
Cesó de darnos timbres y cadenas.

Aun hay mirra, hay pebetes y hay alfombras
En que á través de seda y pedrería
Alcanza el pensamiento entre las sombras
Lo que Toledo la árabe sería.

Esos son los suntuosos funerales
De tanta gala, pompa y hermosura :
Quedan en vez de cantos orientales
Himnos al Dios que mora en el altura.

—

Ya no hay cañas, ni torneos
 Ni moriscas cantilenas,
 Ni entre las negras almenas
 Moros ocultos están;
 Hoy se ven sin celosías
 Miradores y ventanas,
 No hay danzas ya de sultanas
 En el jardín del Sultan.

Ya no hay dorados salones
 En alcázares reales,
 Gabinetes orientales
 Consagrados al placer;
 Ya no hay mugeres morenas
 En lechos de terciopelo
 Prometidas en un cielo,
 Que los moros no han de ver.

Ya no hay pájaros de oriente
 Presos en redes de oro,
 Cuyo cántico sonoro,
 Cuyo pintado color
 Presten al aire armonía,
 Mientras en baño de olores
 Dormita soñando amores
 El opulento señor.

No hay una edad de placeres,
 Como fué la edad moruna:
 Igual á aquella ninguna,
 Porque no puede haber dos;
 Pero hay en gótica torre
 De parda iglesia cristiana
 Una gigante campana
 Con el acento de un Dios.

Hay un templo sostenido
 En cien góticos pilares,
 Y cruces en los altares,
 Y una santa religion.
 Y hay un pueblo prosternado
 Que eleva á Dios su plegaria
 A la llama solitaria
 De la fé del corazon.

IV.

Hay un Dios cuyo nombre guarda el viento
 En los pliegues del ronco torbellino,
 A cuya voz vacila el firmamento
 Y el hondo porvenir rasga el destino.

La cifra de ese nombre vive escrita
 En el impuro corazon del hombre,
 Y él adora en un árabe mezquita
 La misteriosa cifra de ese nombre.

EL RELO.

Es una verdad que parece sueño.

—
 Cuando en la noche sombría
 Con la luna cenicienta,
 De un alto reló se cuenta
 La voz que dobla á compás;
 Si al cruzar la estensa plaza
 Se ve en su tarda carrera
 Rodar la mano en la esfera
 Dejando un signo detrás;
 Se fijan allí los ojos,
 Y el corazon se estremece,
 Que segun el tiempo crece
 Mas pequeño el tiempo es;
 Que va rodando la mano
 Y la existencia va en ella,
 Y es la existencia mas bella
 Porque se pierde despues.

¡Tremenda cosa es pasando
 Oír entre el ronco viento,
 Cual se despliega violento
 Desde un negro capitel
 El són triste y compasado
 De el reló, que da una hora
 En la campana sonora
 Que está colgada sobre él!
 Aquel misterioso círculo
 De una eternidad emblema,
 Que está como una anatema
 Colgado en una pared,
 Rostro de un sér invisible
 En una torre asomado
 Del gótico cincelado
 Envuelto en la densa red,

Parece un ángel que aguarda
 La hora de romper el nudo
 Que ata el orbe, y cuenta mudo
 Las horas que ve pasar;
 Y avisa al mundo dormido,
 Con la punzante campana,
 Las horas que habrá mañana
 De menos al despertar.

Parece el ojo del tiempo,
 Cuya viviente pupila
 Medita y marca tranquila
 El paso á la eternidad;
 La envió á reir de los hombres
 La Omnipotencia divina,
 Creó el sol que la ilumina,
 Porque el sol es la verdad

Así á la luz de esa hoguera
 Que ha suspendido en la altura
 Crece la humana locura,
 Mengua el tiempo en el reló;

El sol alumbrá las horas
Y el reló los soles cuenta,
Porque en su marcha violenta
No vuelva el sol que pasó.

Tremenda cosa es por cierto
Ver que un pueblo se levanta
Y se embriaga y ríe y canta
De una plaza en derredor;
Y ver en la negra torre
Inmóble un reló marcando
Las horas que va pasando
En su báquico furor.

Tal vez detrás de la esfera
Algún espíritu yace
Que rápidamente hace
Ambos punzones rodar.
Quizá al declinar el día
Para hundirse en occidente
Asoma la calma frente
El universo á mirar.

Quizá á la luz de la luna
Allá en la noche callada
Sobre la torre elevada
A meditar se asentó:
Y por la abierta ventana
Angustiado el moribundo
Al despedirse del mundo
De horror transido le vió.

Quizá asomando á la esfera
Las noches pasa y los días,
Marcando la hora postrera
De los que habrán de morir;
Quizá la esfera arrancando,
Asome al oscuro hueco
El rostro nervioso y seco
Con sardónico reír.

¡Ay! que es muy duro el destino
De nuestra existencia ver
En un misterioso círculo
Trazado en una pared.
Ver en números escrito
De nuestro orgulloso sér,
La miseria... el polvo... nada,
Lo que *será* nuestro *fué*.
Es triste oír de una péndola
El compasado caer,
Como se oyera el ruido
De los descarnados piés
De la muerte que viniera
Nuestra existencia á romper:
Oír su golpe acerado
Repetido una, dos, tres,
Mil veces, igual, continuo
Como la primera vez.
Y en tanto por el oriente
Sube el sol, vuelve á caer.

Tiende la noche su sombra,
Y vuelve el sol otra vez,
Y viene la primavera,
Y el crudo invierno también;
Pasa el ardiente verano,
Pasa el otoño, y se ven
Tostadas hojas y flores
Desde las ramas caer.
Y el reló dando las horas
Que no habrán mas de volver,
Y murmurando á compás
Una sentencia cruel,
Susurra el péndulo — « ¡nunca!,
¡Nunca!, ¡nunca! » — vuelve á ser
Lo que allá en la eternidad
Una vez contado fué.

LA LUNA DE ENERO.

El prado está sin verdura,
Y los jardines sin flores,
No cantan los ruiseñores
Amores en la espesura.

No se oye el dulce murmullo
Del viento, que ronco brama,
No brota en la seca rama
Tierno y pintado capullo.

No saltan serenas fuentes
Por entre sutiles bocas,
Que ruedan desde las rocas
En vez de arroyos torrentes.

La luz que los aires puebla
Pesada, amarilla y tarda,
Se pierde en la sombra parda
De la perezosa niebla.

Se viste el color del cielo
Color de los funerales,
Y son del alba cristales
Los carámbanos de hielo.

Brota á los rudos estragos
Con que el invierno la abruma,
La tierra nieblas y lagos,
El mar montañas de espuma.

Y hacinados de ancha hoguera
Los hombres en derredor,
Contemplan el resplandor
Que asalta la azul esfera.

Y baja amarillo el río,
Y entre sus ondas pesadas
Trae las ramas deshojadas
Al furor del cierzo impío.

Mas la noche silenciosa
Por el firmamento sube,

Sin que la manche una nube,
Engalanada y vistosa.

Y en vez de sombra importuna
vienen siguiendo sus huellas
Mil ejércitos de estrellas,
Cortesananas de la luna.

Que la noche en recompensa
Callando los vendabales
Enciende sus mil fanales
Sobre la atmósfera inmensa.

¡Qué bella es la luz de plata
Con que la noche se viste
Después del día mas triste
De la estación mas ingrata!

Se ven en la oscuridad,
Como soldados que velan,
Cual con la lluvia rielan
Las torres de la ciudad.

Se sienten rodar inquietas,
Lanzando un grito violento
Al brusco empuje del viento,
Sobre el punzon las veletas.

Y en las mansiones vecinas
Los vidrios de las ventanas
Remedan las luces vanas
Colgadas en las esquinas.

No hay sombra en que no veamos
Alguna fantasma oculta,
Que porque mas la temamos
La noche la sombra abulta.

Pues por completa ilusion
La noche miente tan bien,
Que las cosas que se ven
No son las cosas que son.

El aire cristales miente,
Plata los pliegues del rio,
Lluvia de ámbar el rocío,
Nácar y perlas la fuente.

Y alza á lo lejos el monte,
Como filas de soldados,
Mil peñascos apiñados
Que guardan el horizonte.

¡Bello es entonces cantar
Con enamorado acento,
Versos que cruzan el viento
Para nacer y espirar!

Bello es en la sombra oscura
Ver una ondulante falda,
Y adivinar una espalda
Sobre una esbelta cintura.

Pensar un velo sutil
Ocultando un blanco cuello,
Y buscar detrás de aquello
Un elegante perfil.

Y alcanzar por entre el velo
Dos ojos ó dos centellas,
Que iluminan como estrellas
El espacio de aquel cielo.

Hasta la misma amargura
Es tal vez menos amarga,
Que cuanto la noche alarga
Adquiere mas hermosura;
Que en una noche tranquila
Parece el cielo en verdad
Ojo de la eternidad,
Y la luna su pupila.

Reina de los astros ¡Luna!
Como tu luz no hay ninguna;
Si el alba tiene arrebol,
Si tiene rayos el sol,
Su luz de fuego importuna.

Cansa por cierto ese ardor
Con claridad tan estrema,
Bello es del alba el color,
Bello del sol el calor,
Pero tanta lumbre quema.

¡Oh, de la tuya templada
Es fantástico el imperio!
Tú con tu luz plateada
Das de la sombra á la nada
Los contornos del misterio.

¡Oh noches encantadoras,
Volved con tanta riqueza!
¡Hermosas son vuestras horas
Que embellecen seductoras
Del ánima la tristeza!

Como aquellas ¡no hay alguna!
Que en vez de sombra importuna
Traen por orgullo con ellas
Mil ejércitos de estrellas
Cortesananas de la luna.

A UNA MUGER.

Ayer el alba amarilla
Al anunciar la mañana
Pintaba de tu ventana
El trasparente cristal;
Ayer la flotante brisa
Daba á la atmósfera olores,
Meciendo las gayas flores
Sobre el tallo desigual.

Ayer al rumor tranquilo
De la corriente vecina
En la orilla cristalina
Se bañaba el ruseñor;
Y pájaros, flores, fuentes
Saludando al nuevo día
Le prestaban armonía
En cambio de su color.

Ayer era el sol brillante,
El cielo azul y sereno,
El jardín fresco y ameno,
Y delicioso el vivir;
Eras tú niña y hermosa
Sin rubor sobre la frente,
Tu velar era inocente,
Inocente tu dormir.

Tú reías y cantabas
Niña ó ángel en el suelo,
Y tus risas en el cielo
Eran guirnaldas tal vez;
Estrellas eran tus ojos,
Cántico vago tu acento,
Blando perfume tu aliento,
Luz de la aurora tu tez.

Entonces, niña, en tu mente
No resonaban las horas,
Ni apenaban seductoras
Fantasmas al corazón;
No te pintaba tu sueño
Entre la sombra callada
Un suspiro, una mirada
En voluptuosa ilusión.

Para tí no había tiempo,
Todo era paz, todo flores,
No había infierno de amores,
Ni fastidio del placer;
Un poeta te cantaba
Melancólicos cantares,
Y la voz de sus pesares
No comprendías ayer.

¡Pobre niña! ¿Qué se han hecho
Los delirios de tu infancia?
¿Qué has hecho de tu fragancia,
Marchita olvidada flor?
Tus hojas yacen quemadas,
Tu cáliz vacío y seco,
Tu tallo quebrado y hueco,
El sol no te da color.

Niña de los negros ojos,
¿A qué viniste á la tierra?
Rosa nacida entre abrojos,
¿Qué esperas del mundo, di?
Una brisa corrompida,
Fétida, hedionda te mece,
Tu aroma se desvanece...
¿Quién demandará por tí?

Ángel mío, vuelve al cielo
Antes que el mundo te vea,
Que los placeres del suelo
Placeres malditos son.
¡Oh! por el gozo de un día
No compres, no, tu tormento;
El cielo es solo ¡alma mía!
De los ángeles mansion.

Hoy es tarde...! eres muger!
Leo en tu frente humillada
El porvenir de la nada
Entre las huellas de ayer.

Veo en tu rostro bullir
Ese torcedor secreto...
Tu velar es hoy inquieto,
Es inquieto tu dormir!
Lívida está tu mejilla;
En desórden tus cabellos...
Muger, mal prendida en ellos
Olvidada una flor brilla.

Anoche en vez de oracion,
Desesperada en el lecho,
Exhalaste de tu pecho
Sacrilega maldicion.

Que en el cristal trasparente
Contemplastes aterrada
Del negro crimen grabada
La marca infame en la frente.

Que mal sujeta á tus flores
Entre tus gasas y lazos,
Rasgando van á pedazos
Tu hermosura los dolores.

¡Ay! inútilmente lloras
El desvanecido encanto,
Entre las ondas del llanto
No vuelven, muger, las horas.

Dióte el mundo oro y placeres
Cumpliendo al fin tus afanes,
Idolo de los galanes,
Envidia de las mugeres;

Y á la luz saliste ufana
Con tu hermosura ¡oh muger!
Sin acordarte de ayer,
Y sin pensar en mañana!

¡Ay! en la tumba concluyen
El gozar y el padecer
Del mundo vano.
Y los vicios nos destruyen,
Y nos matan ¡oh muger!
Tarde ó temprano.

Y tú, caida palmera...
Porque vendiste tu amor
A precio infame,
Has querido vil ramera
Que á tus puertas el dolor
Mas presto llame.

Tal vez lúbrico magnate
Te inundó por un placer
De oro y cariño,
Y mientras su rev combate

El te cobija, muger,
Bajo su armiño.

Tal vez coronada frente
Descansó en tu impuro pecho
Tu amor comprando,
Y hoy el mendigo indigente
Te negará el pobre lecho
Tu frente hollando.

Pasaron, niña, los días,
Con ellos las ilusiones
Infantiles,
Con ellos vienen impías
Las tormentas y aquilones
De tus abriles.

Con ellos llanto y dolores,
Remordimiento, amargura,
Y desengaños:
Que en sus pliegues roedores
Gala, placer y hermosura
Hunden los años.

—
¡Murió! La voz de la fatal campana
Apagó su memoria y su oración;
Nadie su nombre buscará mañana;
Yace su tumba en fétido rincón.

Aquel clamor fatídico y doliente
Se plegó entre las flores del jardín,
Vibró con los cristales de la fuente,
Rodó sobre los brindis del festín.

Y en oculto elegante gabinete
Brusco y agudo penetró también,
Y se estrelló entre el humo del pebete
De alguna hermosa en la tocada sien.

Pero una sola lágrima, un gemido
Sobre sus restos á ofrecer no van,
Que es sudario de infames el olvido...
¡Bien con su nombre en su sepulcro están!

ORIENTAL.

Dueña de la negra toca,
La del morado mongil,
Por un beso de tu boca
Diera á Granada Boabdil.

Diera la lanza mejor
Del Zenete mas bizarro,
Y con su fresco verdor
Toda una orilla del Darro.

Diera las fiestas de toros,
Y si fueran en sus manos,
Con las zambras de los moros
El valor de los cristianos.

Diera alfombras orientales,
Y armaduras, y pebetes,
Y diera... ¡que tanto vales!
Hasta cuarenta ginetes.

Porque tus ojos son bellos,
Porque la luz de la aurora
Sube al oriente desde ellos,
Y el mundo su lumbre dora.

Tus labios son un rubi
Partido por gala en dos...
Le arrancaron para tí
De la corona de un Dios.

De tus labios, la sonrisa,
La paz, de tu lengua mana...
Leve, aérea como brisa
De purpurina mañana.

¡On qué hermosa nazarena
Para un haren oriental,
Suelta la negra melena
Sobre el cuello de cristal,

En lecho de terciopelo,
Entre una nube de aroma,
Y envuelta en el blanco velo
De las hijas de Mahoma!

Ven á Córdoba, cristiana,
Sultana serás allí,
Y el sultan será ¡oh sultana!
Un esclavo para tí.

Te dará tanta riqueza,
Tanta gala tunecina,
Que has de jugar tu belleza
Para pagarle, mezquina.

—
Dueña de la negra toca,
Por un beso de tu boca
Diera un reino Boabdil;
Y yo por ello, cristiana,
Te diera de buena gana
Mil cielos, si fueran mil.

A VENECIA.

I.

Allí está Venecia, la dueña opulenta
De antiguos, y nobles, y libres blasones;
Venecia la hermosa, la villa que cuenta
Que á sueldo tenía soberbias naciones,
Señora del mar.

Que cuenta, que un día imperios y reyes
Su gala envidiaron, su nombre temieron,
Y el mar y la tierra besaron sus leyes,
Y enviáronla buques, soldados la dieron,
Porque ella supiera batirse y triunfar.

Un día á sus ojos la tierra callaba,
 Un día su nombre la tierra llenaba:
 Pasaron los días, Venecia pasó.
 Hoy es una viuda y hermosa sultana,
 Que tiene su corte ridícula y vana
 Allá en un palacio que su amo la dió.

¡ Venecia la encantadora,
 La de los pardos pilares,
 De las ciudades señora,
 La señora de los mares,
 La corona de jardines
 Colgada sobre canales !
 No son tu gala y festines
 Los que valen lo que vales.

Hechizo de Italia, sí,
 Mas del poeta la lira
 No es por tí por quien suspira,
 No, Venecia, no es por tí.

¿ Qué valen tus gondoleros,
 Y tus regatas vistosas,
 Tus republicanos fueros,
 Tus máscaras revoltosas,
 Y tus timbres altaneros,
 Sin los ojos hechiceros
 De tus hermosas ?

¡ Ay ! que tus días pasaron... !
 Venecia, la maravilla,
 A quien monarcas doblaron
 Otro tiempo la rodilla,
 Tus timbres ; ay ! se borraron,
 Tus señores olvidaron
 La hermosa villa.

Antigua reina del mar,
 Mal encubres tu caída
 Tus bodas al celebrar
 Con la posesion perdida.

Llora, Venecia, sí, llora,
 Haz duelo en amargo llanto,
 Que tus esclavos, señora,
 Escupen sobre tu manto.

Reina, tu Adriático brama
 Lejos ya de tus confines ;
 Olvidale, noble dama,
 Entre danzas y festines.

Tu patrono ha encanecido,
 Tu rauda leon no vuela,
 Sobre sus garras dormido
 Por tu grandeza no vela ;
 Briosos alazan herido,
 Su caballero ha perdido
 Freno y espuela.

Un capricho que pasó,
 Matrona opulenta, fuiste ;

Tu príncipe te olvidó ;
 Hermosa, ya envejeciste
 Y tu tez se marchitó ;
 ¡ No pienses, Venecia, no,
 En lo que fuiste !

II.

¡ Reir, cantar, beber, corta es la vida !
 Reir, hasta que seca la garganta
 Niega paso á la voz enronquecida ;
 Cantar, hasta que el alba se levanta,
 Que yace en el Adriático dormida.
 ¡ Opulenta Venecia, rie y canta !
 Rie y canta, señora de los mares,
 Que la risa y la voz cubren el llanto ;
 Y mientras roe el tiempo tus pilares,
 Y deslustra la lluvia el áureo manto,
 Risa y juego, y festines, y cantares...
 Rueden las horas del dolor en tanto.

Porque la voz de una orgia
 La voz de un enfermo apaga,
 Que un suspiro de agonía
 No penetra en un festin.
 Canta, Venecia la bella,
 Para cubrir el crujido
 De tu poder que se estrella,
 Y va rodando á su fin.

Levanta una carcajada
 Para apagar un gemido,
 Fatídica campanada
 Preludio de un funeral ;
 Melancólica armonía
 Que en la bóveda del templo
 Vibra al espirar el día,
 Y es un canto sepulcral.

Porque, pese á tus placeres,
 A tu pompa y tu hermosura,
 Hoy, Venecia, solo eres
 Una memoria de ayer,
 Un sepulcro cincelado
 Entre flores y perfumes,
 Donde yace abandonado
 Tu carcomido poder.

Un velo blanco de lino
 De una virgen desgraciada,
 Ofrenda al verbo divino
 Suspendida en un altar ;
 Barro inmundo en que grabaron,
 Con mano desesperada,
 El nombre que te legaron
 Tantos siglos al pasar.

Tu ley sea el placer, ciudad gigante :
 ¡ Reir, cantar, beber, corta es la vida !
 Que en un festin espléndido y brillante,
 Duerme el pasado, el porvenir se olvida.

UN RECUERDO Y UN SUSPIRO.

Volvió la vida á latir,
Volvió el alma á delirar,
Volvió el ardor de sentir,
Y el infierno de vivir
Y el paraíso de amar.

D. NICOMEDES PASTOR DIAZ.

I.

Bella es la luz de la rosada aurora
Y una mañana del quemado estío,
Cuando con tibia púrpura colora
Las transparentes gotas del rocío.

Cuando inundan el aire de armonía
Las aves en las hojas apiñadas,
Cuando la tierra saludando al día
Desata ríos, fuentes y cascadas.

Cuando se mecen las abiertas flores
Al blando arrullo de la brisa errante,
Y pasa el aura prodigando olores
Su inmenso velo al desplegar flotante.

Cuando en sus torres, la ciudad dormida
Vibra ronca la voz de la campana,
Señal primera de que vuelve á vida
Y bendice la luz de la mañana.

Bello es el sol allá en el horizonte
Cuando alza ufano la radiante esfera,
Gigante que trepando por el monte
Del mundo el sueño á sorprender viniera.

Bella es la tarde con su parda sombra
Que el ruido apaga y el espacio puebla,
Cuando del mundo en la gastada alfombra
Tiende su manto de azulada niebla.

Bella es la noche cuando en paz camina
Entre sublime oscuridad velada,
Al opaco fulgor con que ilumina
Esa luna de estrellas coronada.

Bello es el mundo, sí, la vida es bella...!
Dios en sus obras el placer derrama:
Solo no encuentra su contento en ella
Un corazón que el imposible ama.

Él solo melancólico suspira
Cuando el alba purpúrea se eleva;
Él solo melancólico la mira
Como en sus pliegues su esperanza lleva.

Solo él sabe que el sol en occidente
Al sepultarse, le arrebató un día,
Y la noche, al caer sobre su frente,
Con su misterio aumenta su agonía.

Sus ojos ven el alba, y ven las flores,
Ven la luz, y la sombra y las estrellas,
Ven las horas rodar... y sus dolores
Rodar también para volver con ellas!

Corazón que no has amado,
Tú no sabes el dolor
De un corazón acosado,
Carcomido y desgarrado
Por amarguras de amor!

No sabes cómo se llora
Con ese llanto que quema,
Con la noche y con la aurora
Con ese sol que colora
En la frente un anatema.

Se llora con el placer,
Se llora con el pesar,
Con el recuerdo de ayer,
Y mañana... hay que llorar,
Si nos ama una mujer.

Tú, velado á la tormenta
De borrascosa pasión,
No sabes cómo se aumenta,
Cómo inflamada revienta
La pena en el corazón.

Cómo le devora eterno
Ese esperar indeciso,
Cómo abraza el fuego interno
De tener hoy un infierno
Donde estuvo un paraíso.

¡Amar y no ser amado!
¡Sentir y no consentir!
¡Morir viviendo olvidado!
¡Ay! ¡morir de enamorado
Y no poderlo decir!

Bullir en el pensamiento
El bello sér de otro sér...
Y ese roedor tormento,
Que hemos bebido en el viento,
En la voz de una mujer!

Sí, mis oídos la oyeron,
Mis ojos la contemplaron;
Era hermosa y la creyeron...
Mis oídos me mintieron
O sus ojos me engañaron.

Era un ángel tal vez; descendió al suelo
Para dejar sobre la tierra impía
Alguna oculta maldición del cielo,
Y un reguero de luz y de armonía.

La amé al pasar, y me dejó pasando,
Y por único alivio en mi honda pena
«Canta,» me dijo, y la visión flotando
Se deshizo en la atmósfera serena.

II.

A DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Poeta, ven y cantemos
A una voz nuestros amores;

En una arpa los lloremos,
Que bien cobijarse vemos
A un árbol dos ruiseñores.

Yo tu dolor cantaré,
Tú cantarás mi dolor,
Que igual el de entrambos fué,
Y harto yo solo lloré
Una muger, un amor.

Hagamos doliente y tierno
A nuestro canto improviso,
Del mundo un recuerdo eterno,
Y donde estuvo un infierno
Alcemos un paraíso.

A DON JACINTO

DE SALAS Y QUIROGA.

Es el poeta en su misión de hierro,
Sobre el sucio pantano de la vida
Blanca flor, que del tallo desprendida
Arrastra por el suelo el huracán.

Un ángel que pecó en el firmamento,
Y el Señor en su cólera le envía
Para arrostrar sobre la tierra impía
Largas horas de lágrimas y afán.

Por eso su memoria tiene un cielo,
Y una sublime inspiración su alma,
Por eso el corazón de triste duelo
Vestido está también.

Que por único alivio en su tormento
Solo le queda una canción inútil,
Y una corona que le arranca el viento
De la abrasada sien.

Tú lo sabes mejor, que lo has llorado,
Poeta del dolor, bardo sombrío,
Tú que á remotos climas has llevado
Tu noble y melancólico cantar;

Como los pliegues de la parda niebla
Errante cruza un ave misteriosa,
Y de armonía con sus cantos puebla
La corrompida atmósfera, al pasar.

Que tú á la vida naciste
Como pacífico arrullo
De aislada tórtola triste;
Como fuente abandonada
Que levanta su murmullo
Sobre la peña olvidada.

Como el ósculo inocente
Con que el maternal cariño
Selló la tranquila frente

De su hijo más pequeño,
Como el suspiro de un niño
Al despertar de su sueño.

Cumple, sí, tu misión sobre la tierra:
Camina en paz, errante peregrino,
Hasta leer el porvenir que encierra

El libro del destino

Escrito para tí.

Hasta que espiren los revueltos días
Que señaló en su mente Jehová,
Y en tu destierro tu delito espías,

¡Ay! porque escrito está
Que has de salir de aquí.

De aquí, del hediondo suelo
Donde te mandó el Señor
Detener tu rauda vuelo,
Para cantar tu dolor
Sin que se oyera en el cielo.

Y bien pesó tu amargura
Al traerte á esta mansión
Dando al hombre en su locura
Una soñada ventura
Que no está en tu corazón.

Que él no comprende el tormento
Que tu espíritu combate,
Ese amargo sentimiento
Que tu noble orgullo abate,
Nacido en tu pensamiento.

— «Hay una flor que embalsama
«El ambiente de la vida,
«Y su fragancia perdida
«Tan solo no se derrama
«En tu alma dolorida.»—

Es un privilegio impío
Mirar el placer ajeno
En su loco desvarío,
Y en el corazón vacío
Sentir acerbo veneno.

Y con ojo avaro, ardiente,
Ver tanta muger hermosa,
Con esa tez trasparente,
Con esa tinta de rosa
Sobre la tranquila frente.

Ver tanto feliz galán,
Tanta enamorada bella,
Que en plática amante van
Sin curarse *él* de tu afán,
Sin adivinarle *ella*.

¡Y el poeta en su misión
Apurando su tormento!
Sin alivio el corazón,
¡Sin más que una maldición
Escrita en el pensamiento!

De su sentencia mortal
Con un día y otro día,

Llenando el cupo fatal,
Cual lámpara funeral
Iluminando una orgía.

A.

Déjame oír tu misterioso canto,
Alegre voz de tus ensueños de oro;
Solo y perdido peregrino en tanto
Mal en mi pecho mi dolor devoro.

Dióte el cielo contento y armonía,
Y es justo que le cantes y le adores;
Puro y tranquilo resbaló tu día,
Tu sien de niño coronó de flores.

Para tí son la risa y los festines,
La tierra para tí tiene placeres,
La tierra para tí tiene jardines,
Y para tí son bellas las mugeres.

Y tiene luz el cielo trasparente,
Color azul y lánguidas estrellas,
Y ese fanal que alumbraba tristemente
Cual moribundo sol, en medio de ellas.

No para mí, cuya fatal mirada
Quema y devora cuanto en torno nace,
Arroyo que al caer de la cascada
En cristalinas trenzas se deshace;

Pero llega torrente á la llanura,
Y arranca frutos, árboles y flores,
Y al campo roba gala y hermosura
Arrastrando con él musgo y colores.

No para mí, que en noche borrascosa
Vine á surcar las ondas de la vida,
Con el alma penada y fatigosa,
Con la esperanza del placer perdida.

No para mí, que busco una corona
Y un nombre pido en agonía vana;
Mentida luz que de verdad blasona,
Pero que un nombre nos dará mañana.

No para mí, que nací
Hecha de fuego mi alma,
Sin un momento de calma
En las horas que viví.

.
.
.

¿Por qué en el lánguido aliento
De una muger que suspira,
Solo el poeta respira
Su amargura y su tormento?

¡Ay! ¿de qué le sirve al triste
La fogosa inspiración,
Si es de tierra el corazón
Y su voluntad resiste?

En los góticos salones,
En las pintorescas ruinas,
Canta con notas divinas
Sus misteriosas canciones.

Y cree sus fábulas bellas,
Y en su entusiasmo violento
Su espíritu va en el viento
Por cima de las estrellas.

En la tierra... pasa el hombre
Y ve su miseria en calma;
¡Ay, no comprende su alma
Y no demanda su nombre!

Que es el poeta un bajel
Que de riqueza cargado,
Surca el mar alborotado
Para naufragar en él.

Mas yo ví el tronco mortal
De avaro conquistador
Al amarillo fulgor
De lámpara funeral.

Era de mármol su lecho,
Era de mármol su frente,
Doblada lánguidamente
Sobre su desnudo pecho.

De mármol la mano fría
Que el hierro no sujetaba,
Su espalda le sustentaba,
Si érase un hombre dormía.

Ví un rey, que el trono perdió
Porque al vasallo le plugo,
Caminar junto al verdugo
Que el cadalso levantó.

Ví una hermosa que arrastraban
Sobre féretro asqueroso,
Y con cántico medroso
Sacerdotes la rezaban.

Ví ricos y potentados
En sus inmundos placeres,
Entre orgías y mugeres
De sus ojos olvidados.

« Vivamos hoy, » se decían
En el lúbrico festín;
Y otros con ayes sin fin
El sustento les pedían.

Y unos cayeron beodos,
Y otros de hambre cayeron,
Y todos se maldijeron,
Que eran infelices todos.

Y en marmóreo pedestal
Vi la sombra del poeta,
A quien el tiempo respeta
Y el mundo llama inmortal.

Descansa sobre su lira,
Y alza al cielo su cabeza,
Fijos con noble fiera
Sus ojos en quien le mira.

Y al universo da leyes
Ululoso triunfador.

Intérprete del Señor
Sobre la ley de los reyes.

Oye, sublime cantor,
Si es fuerza que al fin sucumba,
Si al fin bajo á ignoble tumba
A dormir con mi dolor;
Si al fin con el viento vago
Mis versos se perderán,
Cual fuentes que á morir van
Al cieno de hediondo lago;
Cuenta al mundo mi amargura,
Cuéntale mi suerte impía,
Que sepa al menos que un día
Quise volar á la altura.
Y borra, borra mi nombre
Si le han grabado en mi losa,
Que no le insulte orgullosa
La imbecil planta de un hombre.

Solo una flor amarilla
Que el cierzo marchitará
Entre el césped brotará
De mi sepulcro en la orilla.
¡Pobre flor! ¿Por qué naciste
Sobre una tumba desierta?
¿No temes la noche yerta
Tan solitaria y tan triste?
¡Pobre flor! ¿A qué temprana
Diste al mundo tu sonrisa?
Hoy te mece fresca brisa,
Pero morirás mañana.
¡Ay! ¡pobre flor amarilla!
¿A qué tan presto brotar
Si el cierzo te ha de agostar
De mi sepulcro en la orilla?

ORIENTAL.

Corriendo van por la vega
A las puertas de Granada
Hasta cuarenta gomeles
Y el capitan que los manda.
Al entrar en la ciudad,
Parando su yegua blanca,
Le dijo este á una muger
Que entre sus brazos lloraba :
— Enjuga el llanto, cristiana,
No me atormentes así,
Que tengo yo, mi sultana,
Un nuevo Eden para tí.
Tengo un palacio en Granada,
Tengo jardines y flores,

Tengo una fuente dorada
Con mas de cien surtidores.
Y en la vega del Genil
Tengo parda fortaleza;
Que será reina entre mil
Cuando encierre tu belleza.
Y sobre toda una orilla
Estiando mi señorío;
Ni en Córdoba ni en Sevilla
Hay un parque como el mío.
Allí la altiva palmera
Y el encendido granado,
Junto á la frondosa higuera
Cubren el valle y collado.
Allí el robusto nogal,
Allí el nópalo amarillo,
Allí el sombrío moral
Crecen al pié del castillo.
Y olmos tengo en mi alameda
Que hasta el cielo se levantan,
Y en redes de plata y seda
Tengo pájaros que cantan.
Sultana serás si quieres,
Que desiertos mis salones
Está mi haren sin mugeres,
Mis oidos sin canciones.
Yo te daré terciopelos
Y perfumes orientales,
De Grecia te traeré velos,
Y de Cachemira chales.
Yo te daré blancas plumas
Para que adornes tu frente,
Mas blancas que las espumas
De nuestros mares de oriente;
Y perlas para el cabello,
Y baños para el calor,
Y collares para el cuello,
Para los labios... amor! —
— ¿Qué me valen tus riquezas,
Respondióle la cristiana,
Si me quitas á mi padre,
Mis amigos y mis damas?
Vuélveme, vuélveme, moro,
A mi padre y á mi pátria,
Que mis torres de Leon
Valen mas que tu Granada. —
Escuchóla en paz el moro,
Y manoseando su barba,
Dijo, como quien medita,
En la mejilla una lágrima :
— Si tus castillos mejores
Que nuestros jardines son,
Y son mas bellas tus flores,
Por ser tuyas, en Leon,
Y tú diste tus amores
A alguno de tus guerreros,
Hourí del Eden, no llores,
Vete con tus caballeros. —

Y dándola su caballo
Y la mitad de su guardia,
El capitán de los moros
Volvió en silencio la espalda.

LA MEDITACION.

Sobre ignorada tumba solitaria,
A la luz amarilla de la tarde,
Vengo á ofrecer al cielo mi plegaria
Por la muger que amé.

Apoyada en el mármol la cabeza,
Sobre la húmeda yerba la rodilla,
La parda flor que esmalta la maleza
Humillo con mi pié.

Aquí, lejos del mundo y sus placeres,
Levanto mis delirios de la tierra,
Y leo en agrupados caracteres

Nombres que ya no son.

Y la dorada lámpara que brilla
Y al soplo oscila de la brisa errante,
Colgada ante el altar en la capilla
Alumbra mi oración.

Acaso un ave su volar detiene
Del fúnebre ciprés entre las ramas,
Que á lamentar con sus gorjeos viene

La ausencia de la luz :

Y se despide del albor del día
Desde una alta ventana de la torre,
O trepa de la cúpula sombría

A la gigante cruz !

Anegados en lágrimas los ojos
Yo la contemplo inmóvil desde el suelo,
Hasta que el rechinar de los cerrojos
La hace medrosa huir.

La funeral sonrisa me saluda
Del solo sér que con los muertos vive,
Y me presta su mano áspera y ruda
Que un féretro va á abrir.

¡Perdon! ¡no escuches, Dios mio,
Mi terrenal pensamiento!

¡Deja que se pierda impío
Como el murmullo de un río
Entre los pliegues del viento!

¡Por qué una imágen mundana
Viene á manchar mi oración?

Es una sombra profana,
Que tal vez será mañana
Signo de mi maldición.

¡Por qué ha soñado mi mente
Ese fantasma tan bello.

Con esa tez trasparente
Sobre la tranquila frente
Y sobre el desnudo cuello?

Que en vez de aumentar su encanto
Con pompa y mundano brillo,
Se muestra anegada en llanto
Al pié de altar sacrosanto,
O al pié de pardo castillo.

Como una ofrenda olvidada
En templo que se arruinó,
Y en la piedra cincelada
Que en su caída encontré,
La mece el viento colgada.

Con su retrato en la mente,
Con su nombre en el oído
Vengo á prosternar mi frente
Ante el Dios omnipotente
En la mansion del olvido.

¡Mi crimen acaso ven
Con turbios ojos inciertos,
Y me abominan los muertos,
Alzando la hedionda sien
De los sepulcros abiertos!

Quando estas tumbas visito
No es la nada en que nací,
No es un Dios lo que medito,
Es un nombre que está escrito
Con fuego dentro de mí.

¡Perdon! ¡no escuches, Dios mio,
Mi terrenal pensamiento!

¡Deja que se pierda impío
Como el murmullo de un río
Entre los pliegues del viento!

A LA ESTATUA DE CERVANTES.

Esa es su sombra... el alma avergonzada,
Para mas no volver, huyóse al cielo :
Solitaria, sombría, abandonada,
Esa fantasma se encontró en el suelo.

I.

Si es pedestal ó túmulo se ignora ;
Mas sin duda temieron que indignado
De la piedra en que está salte á deshora,
Segun se ve de hierros circundado.

No bajará, que es noble y caballero,
Y lidió por su patria el buen poeta ;
Acaso no encontrara un compañero
Al pié del pedestal que le sujeta.

Tal vez no hallara un digno castellano
Libre y valiente á quien llamar amigo,

A quien tender la cercenada mano,
A quien llevar en pos al enemigo.

Por eso eleva la tostada frente
Al firmamento azul noble y tranquila,
Y no mira por eso trasparente
Apagada á la luz la ancha pupila.

CERVANTES le llamaron otros días,
Yerta figura con ageno nombre,
Como su original arrastra impías
Horas de duelo en la mansion del hombre.

Ayer cruzaba libre é ignorado
La turba ociosa y soldadesca inquieta
Dentro de su armadura de soldado,
O envuelto en sus harapos de poeta.

Hoy en la inmoble colosal figura
Derramada la lluvia se destrenza,
Y está sombrío en pié sobre la altura,
Como sacan un reo á la vergüenza.

El pueblo ve á sus piés, negro milano
Que á la boca asomó de un hormiguero,
Y quiere el ojo comprender en vano
Cómo allí se cobija un pueblo entero.

Y siente la carroza del magnate
Rodar, y se estremece á su carrera,
Y soldados que marchan al combate
Que equipados de farsa los creyera.

Y abajo entre los árboles perdidos
Como sueños pasar contempla inquietas
Las sombras de políticos caídos,
Las parodias de sabios y poetas.

Y una lágrima acaso en su mejilla
Alumbra el sol bajando al occidente,
Al contemplar su revocada villa
Sin porvenir, alegre ó indolente.

Hubo un CERVANTES cuando aquel vivía,
Cuando en vez de esos hierros era un hombre;
Llamáronle poeta, y poseía

Una espada y un libro con su nombre.

Su espíritu brotó con la tormenta
Y le escondió en su seno el torbellino,
El sepulcro su mano abrió violenta,
Y hoy resuena su cántico divino.

¿Por qué no lo dejaron con su sueño
En el sepulcro donde en paz dormía?

¿A qué traerle con tenaz empeño
A sufrir otra vez la luz del día?

¿A qué su sombra de la tumba alzaron
Estúpidos los hombres ó altaneros?

Para ahuyentar los siglos que pasaron,
Y escarnecer los siglos venideros.

—

Hombre de hierro que velas
El sueño del mundo impío,
Que ves con gesto sombrío
Crímenes que no revelas :

Cuya negra frente calva
Sufre en paz el sol que arde,

La roja luz de la tarde,
La amarilla luz del alba :

¿Qué piensas del mundo, di?
Tú que le dejaste ya,
Cuya voz no se alzará,
Cuya sombra quedó aquí.

¿Qué piensas de ese magnate
Que ha perdido el sol de un día
Embriagado en una orgía
Mientras su nacion combate?

¿Qué piensas tú de esos reyes (1)
Que arrastra un frenado bruto
Entre vírgenes de luto
Huérfanas hoy por sus leyes?

¿Qué piensas, genio inmortal,
De ese pueblo soberano
Que abre paso á su tirano
Sin levantar un puñal?

Dime, coloso de hierro,
A quien condena la suerte
A sufrir desde la muerte
En tu pátria tu destierro,

¿No es cierto que allá en su afán
Espera tu desconsuelo
Que te arrastre por el suelo
Un revoltoso huracan?

II.

Tu nombre tiene el pedestal escrito,
¡En estrangero idioma por fortuna!
Tal vez será tu nombre un *sambenito*,
Que vierta infamia en tu española cuna.

¡Hora te trajo á luz desventurada!
¿Español eres...? lo tendrán á mengua,
Cuando á tu espalda yace arrinconada
Tu cifra en signos de tu propia lengua.

¡Serás acaso un busto aparecido
Entre las ruinas de la antigua Roma,
Recuerdo que los tiempos han roído
Que algun rico libró de la carcoma!

Maldita es tu mision sobre la tierra:
Los que mueren sus males acabaron,
Todos sus restos su sepulcro encierra...
Los tuyos del sepulcro se robaron.

Helo allí que se levanta
Como fantasma furioso,
Que magulla con su planta
Los que á su morada santa
Van á turbar su reposo.
Porque su nombre y su gloria
Tan solo al tiempo vendió,
Para dejar su memoria
Grabada en oro en la historia,
Que escrita en el fango, no.

(1) Casi inútil parece advertir que estos son pensamientos históricos, y que se refieren á géneros y no á individualidades.

Que por eso en su amargura
 Abortó un libro coloso,
 Que á su renombre asegura
 En las edades reposo.
 Cuando los siglos le lean
 Hará que los siglos vean
 En su cubierta roida,
 En caracteres gigantes
 Dos genios con una vida,
 Un *Quijote* y un *Cervantes*.

Y si entre la espesa bruma
 De esta edad que bulle inquieta,
 De hediondo mar alba espuma,
 El genio de otro poeta
 Despliega su blanca pluma;
 Si algun bardo colosal
 Levanta entre la tormenta
 Su cántico celestial,
 De una centuria sangrienta
 Salmodiando el funeral;
 Cuando el tiempo, hombre sombrío,
 El orbe rompa á pedazos,
 Que sostenido en tus brazos
 Huya su cuchillo impío;
 Y en el día de furor,
 Cuando al eco atronador
 De la funeral trompeta
 Se junte el mundo en un valle,
 Mándale al mundo que calle,
 Y dile que era un POETA.

ELVIRA.

Con furia en el bosque luchaban los vientos:
 Del pino tronchado sonoro estallido
 Se oía crujir,
 Y el ave agorera sus tristes lamentos
 Callaba, y del trueno lejano el bramido
 Se hacia sentir.
 Y lluvia copiosa los cielos enviaban,
 Que en sulcos deformes la tierra partía
 De angustia colmada:
 Y al ver que en el monte mil rayos brillaban,
 El hombre dijera que el mundo se ardía
 Tornando á su nada.
 Encina nudosa nacida entre peñas
 Por donde derrumba su espuma un torrente,
 Se mira á lo lejos:
 Y apenas alumbraba el rayo en las breñas
 El arco ruinoso de gótico puente
 Con tibios reflejos.
 Suspenso en la cima del árbol añoso,
 De ramas tejido descende un asiento:
 En él aparece

Fantástica bruja de aspecto asqueroso
 Sentada y serena. — Con impetu el viento
 Silvando la mece.

—Vi palacios magníficos un día
 Cuando fortuna en torno me reía,
 Vi donceles y dueñas,
 Que humildes me acataban;
 Los vientos no zumbaban
 Entre las rudas peñas.

Y oía yo cantares regalados,
 Y oía al par los ecos apagados
 De una lira distante;
 Porque es grato á las bellas
 Escuchar las querellas
 De su bizarro amante.

Gimió el clarín y se lanzó la guerra
 Bramando de furor — mustia la tierra
 Lloró por su venida, —
 Y vestido de acero
 Fué al campo el caballero,
 Y allí perdió la vida.

Y entraron victoriosos los contrarios
 Respirando venganza. — ¡Sanguinarios!
 Mis tierras ¿qué se hicieron?
 Mis fieles servidores
 En medio estos horrores
 Luchando sucumbieron. —

Y el último era un héroe — y yo vagaba
 Allá en su mente á tiempo que espiraba
 Muriendo ¡ay! me decía,
 « Mi Elvira encantadora,
 Lloro tu esposo, llora
 Sobre mi tumba fría. »

Lloré y venganza le juré á mi esposo,
 Y se la di, que incendio estrepitoso
 Consumió los salones
 Que vivió su asesino;
 Solo halló cuando vino
 Denegridos terrores.

Contra su altiva frente el cielo mismo
 Vibró su rayo, y el ruidoso abismo
 Le tragó del torrente.
 Yo le miré suspenso
 Sobre el espacio inmenso
 Maldecirme demente. —

Y me gozaba, y aplaudía en tanto,
 Y daba al viento el desacorde canto
 De la venganza mía;
 Y oí sonar cercana
 La lúgubre campana
 Al tiempo que moría.

Crece ahora, huracán — alza bramando
 Tu saña contra mí — yo iré cantando
 Mis himnos funerales;
 Con mis manos heladas
 Yo romperé selladas
 Las puertas infernales. —

Cantaba la vieja : con sordo mugido
 Los vientos llevaron su triste cancion :
 Del rayo en un punto el árbol herido,
 Con ella caía :
 Su grito de muerte se oyó, y todavía
 Vagó por sus labios postrar maldicion.

LA TARDE DE OTOÑO.

Ya viene el revuelto otoño
 Recogiendo fresco y flores ;
 Pasó el sol con sus calores,
 Y alumbra al fin otro sol ;
 Pasaron las alboradas
 Deliciosas de la aurora,
 Que el horizonte colora
 De purpurino arrebol.

Pasaron las noches claras
 De la luna y los jardines ;
 Las noches de los festines
 Tras el otoño vendrán.
 Pasó el tiempo de las citas
 A deshora entre las rejas,
 Los cuidados de las viejas,
 De las niñas el afán.

Pasaron las serenatas
 Debajo de los balcones,
 Las rondas y las canciones
 Del mancebo emprendedor.
 Todo es ya triste : la tierra
 Pierde su brillante aliño,
 Y el amor, que es pobre y niño,
 Alivio busca al calor.

Mas si se envuelve la noche
 Entre su sombra importuna,
 Si pierde su blanca luna
 Y sus horas de placer ;
 Si pierde la fresca aurora
 Sus aromas y sus flores,
 Sus nubes de cien colores,
 Su aureola de rosicler ;

Le queda en cambio á la tarde
 Todo el encanto del día,
 Y henchida de su armonía
 Sale el sol á despedir.
 Bella es la tarde que baja
 Por el rosado occidente,
 Y se apaga lentamente
 Para volver á lucir.

Es púrpura el horizonte,
 Y el firmamento una hoguera,

Es oro la ancha pradera,
 La ciudad, el río, el monte.

Rey de los astros, el sol,
 Del regio trono al bajar,
 Su pompa querrá ostentar
 En su manto de arrebol.

Por eso suspenso está
 De su reino á la salida,
 Jurando á su despedida
 Que mañana volverá.

Banda de nubes de grana,
 Que con sus reflejos tiñe,
 Flotando en torno le ciñe
 Como turba cortesana.

Ráfagas mil que se cruzan,
 Filigrana de la tarde,
 El sol que á su espalda arde
 En colores desmenuzan.

Y al hundirse en occidente
 Partida en muchas la llama,
 Por el cielo se derrama
 Fosfórica y trasparente.

Es la postrera sonrisa
 Del bello día que acaba,
 Que de esa luz arrancaba
 Su fresca ondulante brisa.

La fresca brisa que asoma
 Por sobre la roca calva,
 Remedo de la del alba
 En frescura y en aroma.

A su venida, tardías
 Cierran su cáliz las flores,
 Y trinan los ruiseñores
 Sus postreras armonías.

Se les ve buscar la sombra
 Entre las desnudas ramas,
 Porque sus hojas de escamas
 Sirven al suelo y de alfombra.

Que ya el inconstante viento,
 Del otoño que aparece,
 En los árboles se mece
 Con brusco sacudimiento.

Flor, pronto inútil y sola,
 En vez de la que él deshizo,
 Orlará el campo pajizo
 La purpurina amapola.

Brezos y arbustos impuros
 De la montaña en la falda,
 Vestirán su áspera espalda
 Con sus matices oscuros.

Grupos de nubes perdidos
 Como fantasmas deformes,
 Traen en sus pliegues enormes
 Vientos de invierno escondidos

El árbol en largas hebras
 Hiende sus cortezas vanas,
 Y anuncian lluvias lejanas
 Las rastras de las culebras.

Da el cuervo al aire su vuelo,
Graznidos á su garganta;
Rey del viento se levanta
Entre la tierra y el cielo.

Se oye de alguna paloma
Perdido el último arrullo,
De alguna fuente el murmullo
Que entre los juncos asoma.

Queda el mundo en soledad;
Y en el aire alzan su imperio,
De las sombras el misterio,
Y el humo de la ciudad.

INDECISION. *(Supremo)*

¡ Bello es vivir, la vida es la armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego iluminando el día,
Aire de aromas, flores apiñadas:

Y en medio de la noche magestuosa
Esa luna de plata, esas estrellas,
Lámparas de la tierra perezosa,
Que se ha dormido en paz debajo de ellas.

¡ Bello es vivir! Se ve en el horizonte
Asomar el crepúsculo que nace;
Y la neblina que corona el monte
En el aire flotando se deshace;

Y el inmenso tapiz del firmamento
Cambia su azul en franjas de colores,
Y susurran las hojas en el viento,
Y desatan su voz los ruiseñores.

.....
.....

Y la noche las orlas de su manto
Arrastra fugitiva en occidente;
Y la tierra despierta al fuego santo
Que reverbera el sol en el oriente.

¡ Bello es vivir! Se siente en la memoria
El recuerdo bullir de lo pasado,
Camina cada sér con una historia
De encantos y placeres que ha gozado.

Si hay huracanes y aquilon que brama,
Si hay un invierno de humedad vestido,
Hogueras hay á cuya roja llama
Se alza un festin con su discorde ruido.

Y una pintada y fresca primavera,
Con su manto de luz y orla de flores,
Que cubre de verdor la ancha pradera
Donde brotan arroyos saltadores.

Y hay en el bosque gigantesca sombra,
Y desierto sin fin en la llanura,
En cuya estensa y abrasada alfombra
Crece la palma como yerba oscura.

Allí cruzan fantásticos y errantes,
Como sombras sin luz y apariciones,
Pardos y corpulentos elefantes,
Amarillas panteras y leones.

Allí entre el musgo de olvidada roca
Duerme el tigre feroz harto y tranquilo,
Y de una cueva en la entreabierto boca
Solitario se arrastra el cocodrilo.

¡ Bello es vivir, la vida es la armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego iluminando el día,
Aire de aromas, flores apiñadas...

Arranca, arranca, Dios mio,
De la mente del poeta
Este pensamiento impio
Que en un delirio creó;
Sin un instante de calma,
En su olvido y amargura,
No puede soñar su alma
Placeres que no gozó.

¡ Ay del poeta! su llanto
Fué la inspiracion sublime
Con que arrebató su canto
Hasta los cielos tal vez;
Solitaria flor que el viento
Con impuro soplo azota,
Él arrastra su tormento
Escrito sobre la tez.

Porque tú ¡ oh Dios! le robaste
Cuanto los hombres adoran;
Tú en el mundo le arrojaste
Para que muriera en él;
Tú le dijiste que el hombre
Era en la tierra su hermano,
Mas él no encuentra ese nombre
En sus recuerdos de hiel.

Tú le has dicho que eligiera
Para el viaje de la vida
Una hermosa compañera
Con quien partir su dolor;
Mas ¡ ay! que la busca en vano;
Porque es para el sér que ama
Como un inmundo gusano
Sobre el tallo de una flor.

Canta la luz y las flores,
Y el amor en las mugeres,
Y el placer en los amores,
Y la calma en el placer:
Y sin esperanza adora
Una belleza escondida,
Y hoy en sus cantares llora
Lo que alegre cantó ayer.

Él con los siglos rodando
Canta su afán á los siglos,
Y los siglos van pasando
Sin curarse de su afán.

¡ Maldito el nombre de gloria
Que en tu cólera le diste...!
Sentados en su memoria
Recuerdos de hierro están.

El día alumbra su pena,
La noche alarga su duelo,
La aurora escribe en el cielo
Su sentencia de vivir :
Fábulas son los placeres,
No hay placeres en su alma,
No hay amor en las mugeres,
Tarda la hora de morir.

Hay sol que alumbra, mas quema :
Hay flores que se marchitan,
Hay recuerdos que se agitan
Fantasmas de maldicion.
Si tiene una voz que canta,
Al arrancarla del pecho
Deja fuego en la garganta,
Vacío en el corazon.

¡ Bello es vivir ! Sobre gigante roca
Se mira el mundo á nuestros piés tendido,
La frente altiva con las nubes toca...
Todo creado para el hombre ha sido.

¡ Bello es vivir ! Que el hombre descuidado
En los bordes se duerme de la vida,
Y de locura y sueños embriagado
En un festin el porvenir olvida.

¡ Bello es vivir ! Vivamos y cantemos :
El tiempo entre sus pliegues roedores
Ha de llevar el bien que no gocemos,
Y ha de apagar placeres y dolores.

Cantemos de nosotros olvidados,
Hasta que el són de la fatal campana
Toque á morir. — Cantemos descuidados,
Que el sol de ayer no alumbrará mañana.



• • • • •

Eran aun los agitados días
En que mi juventud abandonada
Adivinó tal vez horas impías
Entre el crespon de la insondable nada ;

Cuando con ojo avaro y penetrante,
Aun no poeta el porvenir medita
El niño, y ve pasarle por delante
Arida nada que su sed irrita ;

Cuando el nombre del niño no es un nom-
Cuando la idea informe no es idea, [bre,
Y en el alma del niño nace el hombre
Que idea y nombre se conquista y crea ;

Entonces de la vida en el vacío
Soñé un bello fantasma que rodaba,
Gota brillante y fresca de rocío
En flor que brota entre pajiza lava.

Blanco ese sueño resbaló en mi mente
Puro y tranquilo como sol que nace,
Como se rompe el agua de la fuente
Y rodando en la yerba se deshace.

Era la forma trasparente y vaga
De un arcángel que cruza el firmamento,
Era un pliegue del viento que una maga
Vibró al cantar con aromado aliento.

Era la voz del arpa que se pierde
Entre el leve vapor de ancha laguna,
En cuyo fondo con las algas verde
Tibia refleja amarillenta luna.

Era en la mente perdida
Entre suspiros de gloria
La esperanza y la memoria
Del amor de una muger :
Recuerdo en alma de niño,
Amor en alma de hombre,
Blanco fantasma sin nombre
Y sin hora en que nacer.

Permite, dulce embeleso,
Que mis labios en tus labios
Pongan un ardiente beso
Que se oiga en el corazon ;
Que la mente del poeta,
En su entusiasmo violento,
Beba en tu mirada inquieta
La fogosa inspiracion.

Que en la noche tempestuosa
Será bello ; amada mia !
De la lluvia áspera y fria
Al desigual susurrar,
Tener contigo un poeta
Sentado á la roja llama,
Con un corazon que ama
Y una voz para cantar.

Será bello en puro día
De fragante primavera
Su fantástica armonía
Escuchar en un jardin,
Y que en la ruidosa fiesta
Levante robusto canto,
Y que te vele tu siesta
Despues de largo festin.

Te diga los caballeros
Que por tus favores lidian,
Y las damas que te envidian
El cantar del trovador :
Y en la tibia madrugada
Tus labios sobre su frente,
Duermas tú tranquilamente,
Soñando sueños de amor.

Y tu aliento con su aliento,
Y tu mano con su mano,
Con un mismo pensamiento
Que os halague al despertar;
Os encuentre la mañana
Y resbale vuestra vida,
Como parda luz lejana
De una tarde sobre el mar.

ORIENTAL.

Mañana voy, nazarena,
A Córdoba la sultana;
Mi amorosa cantilena
Ya no sentirás mañana
Al compás de mi cadena.
Cuando vuelvan los cristianos
De los moros vencedores,
Lee mis destinos tiranos,
La historia de mis amores
En la sangre de sus manos.
Valiera mas que cautivo
En esa torre acabara
La triste vida que vivo;
Que la vida que hoy recibo
Me la vendas ¡ay! bien cara.
¡A Dios! tu esclavo mañana
Ya no ha de causarte enojos;
Pero es esperanza vana :
Cautivo quedo, cristiana,
En la prision de tus ojos.
¡Maldita, hermosa, mi estrella!
¿Qué ha de valermela vida,
Si no he de hallarte con ella
Ni en Granada la florida,
Ni en mi Córdoba la bella?
De hoy me será el claro sol
Una lámpara importuna;
Hija del suelo español,
Tú eres mi sol y mi luna...
La aurora y el arbol.
Pues en tí pierdo el sol hoy,
Sin tu sol no he de vivir;
Sultana, á Córdoba voy,
Que en las tinieblas que estoy
Presto, á fé, que he de morir.
Ha prometido Mahoma
Un paraiso, una huri...
Tú habrás de ser ángel, sí,
En esa region de aroma,
¡ hemos de amarnos allí.

ROMANCE.

La noche no tiene ruido;
En la sombra no hay color;
No hay en los viejos cuidado,
Las dueñas no tienen voz;
Pero cuando todos duermen,
Estamos velando dos;
Ella en la reja sentada,
Y al pié de la reja *yo*.

Mis ojos no ven sus ojos,
No ven su tez trasparente,
No ven su rosada frente,
Ni su sonrisa de amor :
No ven el rubor de virgen
Que sus mejillas colora;
Tiene quince años ahora...
Las niñas tienen rubor.
No ven mis ojos avaros
Su casi desnuda espalda,
Ni entre la revuelta falda
Asomado el blanco pie :
Como en la orilla de un rio,
Rompiendo la inquieta espuma,
Tender la flotante pluma
Nevado un cisne se ve.

Ni en su garganta y sus hombros
El alto pecho imagino,
Ni por su rostro adivino
Del corazon la inquietud;
Y tiene la áspera reja,
Centinela desvelado,
Delante el amor osado,
Detrás la frágil virtud.

¡Mas, pese á la densa reja.
Pese á la noche sombría,
Yo tengo ¡paloma mia!
El alma bañada en tí!
Tengo mis labios de fuego
Sobre tus labios de rosa,
Y en tu pecho late, hermosa,
Un corazon para mí.

¡A Dios! que por el oriente
La luz importuna sube,
Y envuelto en húmeda nube
Las tinieblas rasga el sol;
Y para una niña en vela,
Y el galan que la enamora,
Mucha luz tiene la aurora
En el brillante arbol.

Vierta el alba en su sonrisa
Su armonía y su color,
Y se columpia la brisa
En el cáliz de la flor

De rosa, lirio y claveles,
Robando el fragante olor,
Cuelga en los anchos laureles
Gemido murmurador.

Y gime la fresca fuente
Bajo el manto de cristal,
Y gime lánguidamente
La tórtola angelical;
Y enamorada paloma
Bebe la luz matinal,
Meciendo el aura de aroma
Con arrullo desigual.

En tanto el noble mancebo
El ancho jardín cruzó,
Murmurando por lo bajo
Enamorada canción :

— « ¡ Oh! vuelve, noche, sin ruido,
« Con tu sombra sin color,
« Con tus viejos sin cuidado,
« Y con tus dueñas sin voz;
« Porque, cuando todos duermen,
« Volvamos á velar dos;
« *Ella* en la reja sentada,
« Y al pié de la reja *yo*. » —

A UN TORREON.

Gigante sombrío, baldon de Castilla,
Castillo sin torres, ni almenas, ni puente,
Por cuyos salones en vez de tu gente
Reptiles arrastran su piel amarilla,
Dime, ¿qué se hicieron tus nobles señores,
Tus ricos tapices de sedas y flores,
Tu gente de guerra, tus cien trovadores
Que alzaron ufanos triunfante canción?
Tú estás en el valle cadáver podrido, [dido :
Guerrero humillado que el tiempo ha ren-
Tu historia y tu nombre yaciendo en olvido,
El mundo no sabe que existe *Muñon*.

Tus pardas ruinas me son de tormento,
Con negros recuerdos corroen mi alma...
¡ Tú estás en mi mente, maldecida palma
Quemada del rayo, batida del viento!
Yo errante poeta proscrito en el mundo,
Tal vez en el polvo de féretro inmundo,
Sin nombre, sin gloria para siempre hundo
Mi frente abrasada de inútil sudor;
¡ Por tí, resto infame, fantasma de duelo,
Morada maldita de un ángel del cielo
Que amé y merobaron...! ¡ maldito tu suelo,
Maldito tu nombre... maldito mi amor!

Quédate, sí, en esa altura
A la vergüenza del llano,
Castillo sin castellano,
Matrona sin hermosura.

De tí el tiempo se rió,
Tus torres se derribaron,
Tus vasallos te ultrajaron,
Tu señor te abandonó.

Quédate, negro esqueleto,
De fértil vega mancilla,
A esa ermita de Castilla
Sin sacerdote sujeto.

Sin pendones que ondear,
Sin blasones á la entrada,
Tu bóveda agujereada
No has podido sustentar.

Sin un eco en los salones,
Sin un soldado en el muro,
Hoy crece el arbusto impuro
Al pié de tus torreones.

Señor muerto en tierra agena,
Olvidado de tu gente,
A pedazos de tu frente
Roba el viento tu melena.

Y pasa á tus piés el hombre
Sin buscarte en su memoria,
Porque no leyó tu historia,
Ni se acuerda de tu nombre.

Tú tienes uno, que en aciago día
En tu gastada piedra escribí yo,
Y el nombre de otro y la vergüenza mia
Con la tuya quedó.

Cuando mi labio le nombró, mentía,
Cuando mi mano le grabó, mintió;
Hoy... ya no existe; en su carrera impi
El tiempo le arrastró.

Y ese nombre celestial
Que el tiempo devoró al fin,
Una muger por mi mal
Le arrebató á un serafín;
El huracan de la vida
Solo dejó, ¡ oh mi querida
Para mi eterno tormento-
En prenda de maldición,
Tu nombre en mi pensamiento,
Tu amor en mi corazón.

LA NOCHE DE INVIERNO.

A DON GENARO VILLAAMIL.

Pintor, el viento se estrella
Bramando en esa ventana :

En pos de su airada huella
La lluvia y la noche van;
Prepara lienzo y pinceles,
Yo escribiré tu pintura,
Y conquistemos laureles
Al través del huracán.

Agua las nubes abortan;
Se ve la lumbre amarilla
De las centellas, que cortan
Nubes y lluvia al caer;
Se oyen girar las veletas
Sobre la gigante torre,
Y las pizarras sujetas
Agua y viento repeler.

Se ven oscilar tus lienzos,
Del crudo viento impelidos,
Que por los vidrios hendidos
Penetra inquieto hasta aquí.
Esos retratos colgados,
Que unos con otros se chocan,
Son escudos conquistados
Y blasones para tí.

Oyese el són temeroso
De campanas que rompiendo
De los hombres el reposo,
Conjuran la tempestad:
Se oye en la calle azorado,
De alguno que huye la lluvia,
El paso precipitado
Cruzando en la oscuridad.

Encendamos una hoguera
Cuya roja llama alumbre
Esos rostros en hilera
Colgados en la pared:
Que, mecidos por el viento
Y animados por la llama,
Nos darán un pensamiento
Y una corona tal vez.

Tú tienes dentro la mente
Galerías, catedrales,
Todo el lujo del oriente,
Todo un mundo que pintar:
Tú tienes en tus pinceles
Derruidos monasterios,
Con aéreos botareles
Y afligranado altar.

Tienes torres con campanas
Y transparentes labores,
Castillos con castellanas
Que aguardan á su señor;
Y bóvedas horadadas,
Y silenciosas capillas
Donde en mármóreas almohadas
Yace el muerto fundador.

Y antiquísimas ciudades
Que, por el tiempo roidas,
Cuentan al tiempo verdades
Que él se desdeña escuchar:

Tienes en el valle fuentes,
Peñascos en la montaña,
Y en los peñascos torrentes
Que se arrastran á la mar.

Tienes en los mares islas,
Con ciudades y jardines,
Y en los jardines festines,
Y en los festines placer...
Prepara lienzo y pinceles,
Y deja que el viento breme,
Y la lluvia se derrame,
Y estalle el rayo al caer.

A inspirarnos han venido
La noche con sus tinieblas,
El rayo con su estampido,
La lluvia con su rumor:
Tú pintarás lo que sientas;
Yo escribiré lo que siento
En el empuje violento
Del huracán bramador.

Yo escribiré cómo muge
El vendabal en tus torres,
Cómo entre las jarcias cruje
Del buque que va á anegar:
Cómo zumba en las almenas
Con que ciñes tus castillos,
Cómo silba en las cadenas
Que el puente han de sujetar.

Escribiré cómo imita
La humana voz en las rocas,
Y como el milano grita,
Y ruga como el león,
Silba como la serpiente,
Sorbe como la lechuza,
La voz de un incendio miente
Al cruzar un torreón.

Mienté el graznido del cuervo,
Brama como el ronco toro,
Remeda el distante lloro
De una garganta infantil;
Y azotando los cristales,
Finge el fantástico vuelo
De espíritus infernales
Que pasan de mil en mil.

É imita el rumor confuso
De clarines y de aceros,
De carros y caballeros
Que van marchando detrás,
Y de un lejano combate
Los alarmantes clamores,
Y el ruido de los tambores
Que redoblan á compás.

Tú pintarás la montaña
Entre la niebla sombría,
Pintarás la lluvia fría
Derramada desde allí;
Los alcázares morunos,
Los pilares bizantinos,

Monumentos peregrinos
Embellecidos por ti.

Pintarás los gabinetes
Cincelados de la Alhambra,
Y el humo de los pebetes
Y las bellas del haren.

Tú pintarás las memorias
Que nos quedan por fortuna,
Yo escribiré las historias
Que vida á tus cuadros den.

Te diré el blando murmullo
De las aguas destrenzadas,
Y el melancólico arrullo
De la tórtola que amó;
Te diré cómo se mecen
Las flores sobre los tallos,
Cómo nacen, cómo crecen,
Cómo el sol las agostó.

Tú nos pintarás al hombre
Con su choza ó su palacio,
Y yo te diré su nombre,
Y lo que en el mundo fué :
Tú al mundo darás colores,
Yo le daré lengua y vida ;
Tú pintarás los amores,
Y yo te los cantaré.

¡ Pintor ! que la noche rueda
Con el ronco torbellino,
Que envuelta en tormentas quede
La desvelada ciudad :
Nosotros lejos del mundo
Otro mundo gozaremos,
De la hoguera que encendemos
A la roja claridad.

Calderon, Murillo, Ercilla,
Colgados por las paredes
Con su estoque y su golilla,
Forman nuestro mundo aquí.
Ahi están Lope, Cervantes,
Vinci, Rivera, el Ticiano...
Con tintas para tu mano,
É inspiracion para mí.

Prepara lienzo y pinceles,
Desplega tu fantasia;
Cuando nos sorprenda el dia
Que alumbre una creacion
Pintor, ese torbellino
Ha venido á visitarnos :
En él nos trajo el destino
La violenta inspiracion.

RECUERDOS DE TOLEDO

LA CATEDRAL.

INTRODUCCION.

Ese monton de piedras hacinadas,
Morenas con el sol que se desploma,
Monstruo negro de escamas erizadas
Que alienta luz y música y aroma ;

A quien un pueblo inválido rodea
Con piés de religion, frente de miedo,
Que tan noble lugar mancha y afea,
Es catedral de lo que fué Toledo.

Pálida y triste, pobre y abatida
Llora el favor de los hundidos años ;
Reina sin corte, anciana y desvalida
Por sus hijos robada y los estraños.

Por vestir el espectro de su nada
Hoy convoca sus hijos á las fiestas,
Celebrando su mal, desesperada,
Con campanas, con órganos y orquestas.

Gigante que muriendo en la llanura
A manos de contrario mas valiente
Con voz tremenda su venganza jura,
Y fuerza y vida en sus palabras miente

Una tribu elegante y voluptuosa
De otro pais de fuentes y de flores,
Los cimientos fundó donde reposa,
Para otro Dios de guerras y de amores.

Y un rey, ó mas piadoso ó mas prudente,
Cambióla en templo por sellar su gloria;
Y tal vez dijo al Dios omnipotente :
Tuyo es el nombre, mia la memoria.

Quedóse al fin en templo consagrado
Del sumo Dios bajo el escelso nombre,
Para ser á los tiempos revelado
Como página histórica de un hombre.

Mas apilando el tiempo los despojos
De los mismos valientes que la hicieron,
Vasto sepulcro levantó á sus ojos
Donde un palacio levantar creyeron.

Y hoy al caer del templo la grandeza
Muestra el coloso, al espirar su imperio,
Que ha cobijado su mortal corteza
Templo, historia, palacio y cementerio.

I.

Con ceño sombrío mira
El Tajo que á sus piés corre,
Y al despecho que la inspira
Con las gargantas suspira
De sus campanas la torre.

Que tiene para consuelo
En su abatimiento y mengua,
La frente cerca del cielo,
Y para hablar con el suelo
Trece campanas por lengua.

Con tan gigante armonia
 Todo su cuerpo estremece,
 Y al oírle se creería
 Que crece así su alegría
 Cuanto su estrépito crece.

A ese clamor tan violento,
 Incapaz de tanto ruido,
 Vibra fatigado el viento,
 Dejando el confuso acento
 Por la atmósfera perdido.

Que en su canto desigual
 Hay música tan liviana,
 Que en su murmullo infernal
 Canta y llora y ríe insana
 Con sus lenguas de metal.

Que ellas pregonando van
 Lo que sus clamores son,
 Que á veces tristes están
 Pidiendo por los que van
 A eterna condenacion.

Y en su clamor muestran bien
 Otras el alegre fin,
 Pues revoltosas se ven
 Cual si colgadas estén
 Por heraldos de un festin.

Otras en su inquieto afán
 Ruedan y vibran, según
 Con los clamores que dan
 Al mundo anunciando están
 Placer ó luto comun.

Y en vez de agudo esquilon,
 De la tarde anuncia el fin
 El doblar de la oracion,
 Que apaga su ronco són
 Del horizonte al confin.

A su movimiento enorme
 Rueda en el cóncavo hueco
 De la bóveda el informe
 Postrer quejido del eco
 Con vibracion uniforme.

A su paso estremecidas
 Oscilan allá en las sombras
 Las lámparas suspendidas,
 Dibujando en las alfombras
 Sombras y luz confundidas.

Cobra entonces movimiento
 Todo el templo y se estremece,
 Cual fantasma de un momento
 Que alza el rostro macilento
 Y al punto se desvanece.

Van luego dejando ver
 Los vacilantes reflejos,
 Las sombras al repeler,
 Los objetos á lo lejos
 Sus formas desenvolver.

Se van mostrando despacio
 Las verjas de oro amarillas,
 Canceles de aquel palacio

Que dividen el espacio
 De la nave y las capillas.

Se ven en turbios colores
 Detrás de los altos hierros,
 Entre marmóreas labores
 Cumpliendo así sus destierros
 Dormidos los fundadores.

Se ven al rayar el día
 En los pintados cristales
 Cómo luchan á porfía
 La claridad que lucía,
 Y los rayos matinales.

Entonces el sol brillante
 Que á las ventanas asoma,
 Su fogosa luz gigante
 En la llama agonizante
 De las lámparas desploma.

Dejan torre y capitel,
 Y entran por los rosetones
 Las sombras huyendo dél,
 Plegándose en los rincones
 En fantástico tropel.

La luz del templo señora,
 Por el templo derramada,
 Saluda al Dios que ella adora
 Por las losas prosternada
 Ante el ara que colora.

Ciñe la bóveda, avara,
 Y en los robustos pilares
 Se quiebra picante y clara,
 Y bulliciosa se ampara
 Del oro de los altares.

Que jóven y rica y bella
 En la riqueza se posa,
 Y en los diamantes destella,
 Y en la joya mas vistosa
 Para competir con ella.

Porque el astro rey la envía
 A que sus galas ostente,
 Y en la bóveda sombría
 Vierta la lumbre del día
 Revoltosa y trasparente.

II.

Se oyen despues los pasos medidos
 Del sacerdote, y la crujiendo seda
 Del manto que, los lienzos desplegados,
 Por el sonoro pavimento rueda :

Cual si al cruzar se oyera el vago aliento
 Con que á cumplir con su mision le incitan
 Soplando bajo el mudo pavimento
 Las osamentas que á sus piés dormitan.

Se coronan de antorchas los altares,
 Se sienten rechinar las verjas de oro,
 Se escuchan los católicos cantares
 Vibrar sublimes desde el hondo coro.

Se ve el pueblo llegar y reverente
 Postrarse humilde, y bendecir la vida,

Y alzar del suelo la humillada frente,
De la luz de los ángeles ceñida.

Y se alza del altar la voz tremenda
Que las palabras del Señor repite,
Cantadas porque el pueblo las comprenda,
Solemnes porque el pueblo las medite.

Y el órgano despliega rebramando
La voz robusta de las trompas de oro,
Como por la cascada caen rodando
Aguas y espumas en tropel sonoro.

Y en los aires á torrentes
Vierte la música santa
Por la céntuple garganta
De los tubos de metal :
Y en sus cánticos remeda,
Con el prolongado acento,
El ronco bramar del viento
O el crujir del vendabal.

O finge en sôn temeroso
La aguda lengüetería,
La discorde gritería
Del infierno en rebelion ;
O con lamento apagado
Canta al justo moribundo
Saliendo alegre del mundo
Sin ira en el corazon.

Canta el placer de la esposa
Que inquieta al esposo aguarda,
Canta al esposo que tarda
A sus puertas en llamar.
O entonando del profeta
La sacrosanta salmodia
Sublimemente parodia
El fuego de su cantar.

Y llora con Jeremias,
Y entona en arpa de flores
Los voluptuosos amores
Del sabio rey Salomon ;
Canta los cedros del Libano,
La castidad de Susana,

Y Jezabel la profana,
Y el vigoroso Sanson.

O en tonos mas desmayados
La postrera despedida
Que dió á la penosa vida
El Hacedor de la luz ;
O mas lánguido remeda
Las lágrimas de María
Cuando en el terrible día
Lloraba al pié de la cruz.

Mas pasan las santas horas
Y cesa la voz que canta,
Y el pueblo que se levanta
Murmura á su vez tambien :
Se oye el rumor de sus pasos
Que por las naves se alejan,
Y las capillas que dejan
Abandonadas se ven.

Apenas un sacerdote
Que sordas preces murmura
Cruza con planta insegura
Por delante de un altar.
Se oyen correr los cerrojos
Y las cortinas de seda,
Y hacinadas en manojos
Se oyen llaves chocar.

No queda en el santo templo
Mas que el ambiente de aroma,
La luz del sol que se asoma,
Por el pintado cristal ;
Las tumbas de las capillas
Y los pálidos reflejos
De lámparas que á lo lejos
Penden de un arco ogival.

Pasa el sol, viene la tarde,
Y el día desaparece,
Y la negra sombra crece,
Y su imperio vuelve á ser.
Se estrella por fuera el viento
En la calada ventana,
Y lo que *ayer* fué *mañana*,
Mañana se dice : *ayer*.



SEGUNDA PARTE.

A MIS AMIGOS

DON JUAN DONOSO CORTES

Y

DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

—

Cuando publiqué el tomo primero de mis poesías cediendo á vuestras instancias, no fué otro mi intento que el de reunir en una coleccion los versos que tal vez no habian desagradado al público. Escritos estos en diferentes épocas de mi vida, y en diversas circunstancias, cada composicion se resiente de las que la pertenecen. El triste se querella, y el alegre canta; uno gime desesperado, y otro rie á carcajadas, y esto es muy natural; de aqui los distintos géneros de mis versos. Tuve, como todos los hombres, momentos de placer y horas de amargura; en estas lloraba, y en aquellos reia; por consiguiente el conjunto de mis primeros ensayos no pudieron tener mas objeto que el de trasladar al papel las inspiraciones del corazón.

Al publicar el segundo he tenido presentes dos cosas: la patria en que nací, y la religion en que vivo. Español, he buscado en nuestro suelo mis inspiraciones. Cristiano, he creído que mi religion encierra mas poesia que el paganismo. Español, tengo á mengua cantar himnos á Hércules, á Leonidas, á Horacio Cocles y á Julio César, y abandonar en el polvo del olvido al Cid y á Don Pedro Ansurez, á Hernán Cortés y Garcia de Paredes. Cristiano, creo que vale mas nuestra María llorando, nuestra severa semana santa, y las suntuosas ceremonias de nuestros templos, que la impúdica Venus, las nauseabundas fiestas Lupercales, y los vergonzosos sacrificios de Baco y de Pluton. Español, hallo cuando menos mezquino y ridiculo buscar heroes en tierras remotas, en menoscabo de los de nuestra patria; y cristiano, tengo por criminal olvidar nuestras creencias, por las de otra religion contra cuyos errores protestamos á cada paso.

En cuando al género de mis versos aprovecho el momento de la inspiracion, sin curarme de las formas con que los atavio, y sin

seguir mas escuela que mi propio capricho. Convengo en que esto puede ser muy perjudicial; pero yo pienso así, y cada cual tiene derecho á pensar lo que mas le plazca, en tanto que no piense mas de lo que le toca.

Y ahora, amigos míos, me queda una sola cosa que decir, y es: que como es muy probable que los poetas no poseamos nunca mas que nuestros versos, os dedico los míos, porque no me ocurre otra cosa que poderos ofrecer; y (por via de paréntesis) me llamo poeta, no porque yo me tenga presuntuosamente por tal, sino porque he escrito estas poesías.

Leedlas, si no os cansan, y acordaos siempre de vuestro amigo

JOSÉ ZORILLA.

Madrid, 15 de Junio de 1838.

—

EL DIA SIN SOL. (1)

—

INTRODUCCION.

Dies ira dies illa
Solvat seclum in favilla (1).

Hizo al hombre de Dios la propia mano,
Que tanto para hacerle fué preciso:
Hizole de la tierra soberano,
Y le dió por palacio el paraiso. —

Agil de miembros, la cerviz erguida
Orlada de flotante cabellera,
Los claros ojos respirando vida,
Luenga la barba y con la voz severa.

Hechos para el deleite sus sentidos
Vieron los ojos luz, gustó la boca,
Olió el ollato, oyeron los oídos...
Todo es placer cuanto pasando toca.

La yerba perfumada en la colina
Dióle un lecho do yace blandamente,

(1) La paráfrasis del *Dies ira* está espresamente escrita para Don Nicomedes Pastor Diaz, cuyo primer pensamiento le debe el autor.

(1) De lo mejor escrito en castellano.

Y derramóse en torno cristalina
Deshecha en perlas la sonora fuente.

Y vertieron las aves en el viento
Regalada y dulcísima armonía
Desde el follaje vasto y opulento
Que fácil teje la alameda umbría.

Y al dormido murmullo de la brisa
Que vaga suave, inquieta y juguetona,
Dobló la frente y con igual sonrisa
El sueño muellemente le corona.

Las fieras cuidadosas evitaron
Con su ruido turbar su manso sueño,
Y volando las aves arrullaron
El reposar de su tranquilo dueño.

Dios, que su soledad miró enojosa,
De tornarla en placer buscó manera,
Y una muger bellísima, amorosa,
Le ofreció liberal por compañera.

Era la hermosa de gentil talante
Acabada de pechos y cintura,
De enhiesto cuello, y lánguido semblante,
Rebosando de amor, y de ternura.

Clara la frente, altiva y despejada,
Negras las cejas, blanca la mejilla,
Rasgada de ojos, blanda la mirada
Do turbó el sol en competencia brilla.

Tendida por los hombros la melena
La blanca espalda de la luz velando,
Hallóla Adan al despertar serena
Sus varoniles formas contemplando.

Ciñóla sorprendido en su embeleso
Con brazo enamorado y reverente;
Mil veces la besó, y á cada beso
Trémula su cristal vibró la fuente.

El bosque susurró manso murmullo,
Los peces en las ovas asomaron,
Las tórtolas alzaron casto arrullo,
Y amorosos los céfiros soplaron.

— «¡Alma mía, mi amor, paloma mía...!»
El hombre sollozando murmuraba;
Ella muerta de amor le sonreía,
Y él muriendo de amor la enamoraba.

Posábale en su labio el labio amante
Aspirando con ámbar y aroma
El aire de su pecho vacilante,
La luz de sus pupilas de paloma.

Tú, rojo sol, entonces si los viste
¿Por qué amantes y solos los dejaste,
Y la infernal serpiente no adormiste
Que envidiosa del bien cerca alumbraste?

¡Ay! ¡Cuanto ahorraras de miseria y llanto
Del hombre flaco á los mortales ojos!
¡Cuanto miedo á los ángeles, y cuanto
Al mismo Dios de cólera y enojos!

Era un árbol no más en los jardines
Vedado al paladar de los nacidos;

No anidaban en él los colorines,
Ni daba flor, ni sombra, ni sonidos.

Yacía Adan en brazos de su amada,
Eva miraba el prohibido fruto,
Y al lado de la poma codiciada...
Traidor velaba el enemigo astuto.

«¿No comerás, le dijo la serpiente,
«Criatura de origen soberano?
«Podieras como Dios omnipotente
«Otro mundo crear de polvo vano,
«No comerás, y quedarás sujeta
«Al privilegio inútil de su hechura;
«Quedaré el alma entre su nada quieta,
«Y á ti te llamarán la criatura.»

Sintió el orgullo la muger curiosa
Que brotaba en carmin á la mejilla,
Y á la fruta tendió la mano ansiosa
Vertiendo de ella la mortal semilla.

Aplicóla á los labios, y callaron
Arboles, aves, céfiros y fuentes,
Y en su lugar fatídicos quedaron
Troncos, buitres, tormentas y torrentes.
Rugió el leon crepando la melena,
Lanzó el tigre su ardiente resoplido,
Bufó en el bosque la traidora hiena,
El toro levantó ronco mugido.

Huyeron, azotándose las alas
Las aves por el aura agonizante,
Y halló el fresco valle marchitó sus galas,
Tembló el mundo en sus ejes de diamante.

Despertó el triste Adan absorto y mudo
Al desusado y bronco clamoreo;
Y, avergonzado, se miró desnudo
La carne henchida de brutal deseo.

Tembló al mirar las fieras espantadas
Guarecerse en tropel de los peñascos,
Y buscar sus guaridas socabadas
De las montañas en los hondos cascós

Hirióle el sol las débiles pupilas
Al recio impulso de fogosa lumbre,
Y halló en el cielo en aplomadas filas
De frías nubes torba muchedumbre.

Y sintió que perdía de improviso
La gracia de su Dios con la inocencia,
Y trocóle en infierno el paraíso
El nuevo torcedor de la conciencia.

Viéronse con rubor ambos nacidos,
Que con rubor entrambos no nacieron,
Y del crimen comun arrepentidos
Uno del otro con vergüenza huyeron.

¡Adan! exclamó Dios llamando al hombre
Y el eco en las montañas respondía;
¡Adan! repitió Dios, y el mismo nombre
El eco mismo á repetir volvía.

¿Dó estaba Adan? Llorando prosternado
Por vez primera de su Dios temblaba,
Y humillado en el polvo — ¡Yo he pecado
Respondía á la voz que le llamaba.

¡ Adan! gritó el Señor, « cuenta tus horas,
 « Porque vendrá una hora en que te veas
 « Dando cuentas al Dios ante quien lloras;
 « Y hasta entonces, Adan, ¡ maldito seas ! »

I.

— « Naciste, Adan, en el polvo
 « Y en el polvo morirás,
 « Tú, y tus hijos, y tu raza,
 « Y cuantos hombres serán.
 « Sudareis sobre la tierra
 « Los hijos por sustentar,
 « Mientras los hijos rebeldes
 « Con sus padres lidiarán.
 « La tierra brotará espinas,
 « El tiempo ahogará la paz,
 « Y sin número los hombres
 « A su Dios olvidarán.
 « Entonces hambres y pestes,
 « Y de miserias un mar
 « Acosará el mundo impío
 « Sin descanso ni solaz.
 « Y habrá ejércitos y buques
 « Que agua y tierra infestarán,
 « Y habrá esclavos y habrá reyes,
 « Y pueblos, y sociedad.
 « Y habrá amor, y habrá amistades
 « Que, en vez de consuelos dar,
 « Os darán con dulces nombres
 « Amargas horas de afán.
 « Y habrá el corazón pasiones
 « A cuyo impulso fatal
 « Hermano robará á hermano
 « Cuanto bien pudo alcanzar.
 « Será la muger voluble,
 « Será el hombre desleal,
 « Y amor tornaráse en zelos
 « Y en envidia la amistad. —
 « Y en raza de un mismo origen,
 « Todos con derecho igual,
 « El poder será la fuerza
 « Y el miedo la autoridad. —
 « Nacerán conquistadores
 « Las tierras á deslindar,
 « Y donde uno puso un trono
 « Otro un cadalso pondrá. —
 « Pero YO, que os hice en polvo
 « Y en polvo os he de tornar,
 « Haré un día de justicias
 « Para todos por igual :
 « Haré un infierno y un cielo
 « Y una inmensa eternidad
 « En que grandes y pequeños
 « Confundidos entrarán. »
 Dijo así Dios reduciendo
 Los tiempos á cantidad,
 Cuando dió al primer nacido
 El triste apodo de *Adan*. —

II.

Tuba mirum spargens sonum
 Per sepulchra regionum,
 Coget omnes ante thronum.

Ancho panteon de gente condenada,
 Condenado á morir como su gente,
 Caerá el mundo en el pozo de la nada
 Rota en pedazos la caduca frente.
 La impía raza en las tumbas cobijada
 Otra vez se alzará mústia y doliente
 Roto el dogal que al polvo la sujeta
 Al vivo són de la final trompeta.

Ya para entonces el tremendo día
 Del daño universal será cumplido;
 El sol que del oriente nos venia
 Apagada su luz habrá caido;
 La luna que flotando se mecía
 En el azul del cielo adormecido
 Seguirá al fin sus moribundas huellas
 Llevando en pos las lánguidas estrellas.

Y la tierra sin sol que la fecunde
 Seca no brotará yerba ni flores,
 Y harán que reventado el mar la inunde
 Los temporales de la mar señores,
 Y á las manos del tiempo que confunde
 Cuantos un día desplegó primores,
 La tierra que de césped se matiza
 Campo será de pálida ceniza.

En sus mohosas grietas, asomados
 Estarán los desnudos esqueletos
 Al juicio de su Dios aparejados,
 Silenciosos, estúpidos y quietos;
 Y á trechos en montones apilados
 El plazo aguardarán juntos y prietos,
 Con sus despojos remplazando enjutos
 Templos, palacios, árboles y frutos.

No dará luz el cielo blanquecino,
 Ni hará murmullo el ondular del viento,
 Ni en las rocas el eco campesino
 Repetirá lejano algun acento;
 Noche y alba sin horas ni camino
 Ahogarán su crepúsculo opulento,
 Y serán presa de arrecidas nieblas
 Sin aurora ni noche las tinieblas.

No habrá en este pantano *dentro y fuera*
 Ni habrá cosa con cotos, ni lugares,
 Las tierras no hallarán mar ni ribera,
 Ni hallarán playa los disueltos mares;
 Barro será la agonizante esfera
 Sin medidas, ni bordes, ni vallares,
 Cual masa por los siglos preparada
 A tornar al origen de su nada.

Las almas volverán mudas de asombro
 Los cuerpos á buscar en que vivieron
 Cuando á través del cenagoso escombros
 Vayan tras el lugar do los perdieron :

Sin ayuda de mano, brazo ú hombro,
La carne vestirán con que nacieron
Porque escuche la carne la sentencia
Que oyó el alma al pasar á otra existencia.

Y cuando nada en el silencio aliente,
Cuando nada mortal quede con vida,
A la voz del airado Omnipotente
De los muertos la turba estremecida
Iremos ante Dios, baja la frente,
Amedrentada el alma en su guarida,
A obedecer sus leyes inmortales,
Y ante la santa ley, todos iguales.

III.

Judex ergo cum sedebit
Quidquid latet apparebit,
Nihil inultum remanebit.

Y no habrá para ninguno
Privilegio ni esención :
Sin justicia no habrá alguno,
Porque iremos uno á uno
Por pena ó por remisión.

Será con todos igual,
Justiciero para todos
El tremendo tribunal,
É irán de distintos modos
El justo y el criminal.

En la frente irán escritos
Los secretos de la vida,
Y las conciencias á gritos
Apartarán los malditos
De la prole bendecida.

Que ni entonces una vez
La virtud se manchará
Del vicio con la hediondez,
Ni la ramera soez
Junto á la virgen irá.

Allí irán los que altaneros
A los pueblos dieron leyes
A acusar sus desafueros,
Sin lanza los caballeros
Y sin corona los reyes.

Allí irá la hipocresía
Con el disfraz en la mano,
Y sabremos aquel día
Qué pechero hubo hidalguía
Y qué hidalgo fué villano.

Irá el pálido mendigo
En pos del rico avariento
Acusador y testigo,
Demandando el pan y abrigo
De su alcázar opulento.

Irá el amigo traidor
Tras el amigo engañado,
El semblante sin color,
Como esclavo maniatado
Que llevan á su señor.

Irá el pérfido galán
Tras las vendidas mugeres,
Que descontándole irán
Por las horas de su afán
Las horas de sus placeres.

Irá el señor sin piedad,
É irán los siervos tras él
Pidiendo á su vanidad
La perdida libertad
En iracundo tropel.

Irán los conquistadores,
Y asidos á sus cabellos
Los vencidos vencedores,
Serán allí sus señores
Como aquí lo fueron ellos.

Irá la falsa muger
Que al esposo juró amor,
Y el juramento de ayer
Empeñó por un placer
Al disoluto amador. —

Irá el audaz pendenciero
Con el muerto en desafío;
Acuchillado el primero,
Y el otro en el pecho impio
Escondido el rojo acero.

¡Que el día de la verdad
El fantasma del valor
Será necia ceguedad,
Y no mas que vanidad
El fantasma del honor! —

Irá el corrompido juez
Tras la victima inocente,
Y en torno suyo á la vez
Clamarán en voz doliente
La horfandad y la viudez.

Irán los monges carnales
Tras las forzadas doncellas,
Desgarrados los sayales,
Los cordones por dogales
Atados al cuello de ellas. —

Los labios que un tiempo dieron
Blando y sacrilego són,
Con los besos que vertieron
Que torpe hoguera encendieron
En el brutal corazón;

Allí arderán en tal lumbre
En fuego tan infernal,
Cuanto á Dios fué pesadumbre
Bajar á la podredumbre
De su pecho criminal. —

Y allí iremos los cantores
Falsas flores del Eden
Que en vez de santos loores
Cantamos himnos de amores
A las puertas de un haren.

Allí del liviano mundo
Habrà fin la imbécil farsa ;
Todos en monton inmundo

Sin primero, ni segundo,
Iremos en la comparsa. —

¿Qué será ver hombre tanto
Nacido para morir,
Ciegos los ojos de llanto,
Ciega el ánima de espanto,
Al valle inmenso venir?

¿Qué será ver al tirano
Balbuciente al responder
De la sangre de su hermano
En que irá tinta la mano
Sin que la pueda esconder?

¿Qué será ver tantos reyes
Que por saciar su ambición
Pusieron la religión
Por rúbrica de unas leyes
De equívoca explicación? —

¡Tantas gentes y naciones,
De tan distintas regiones,
De tan distintos caracteres,
Y distintos pareceres
Y distintas religiones!

Los de Judá temerosos,
Los de Esparta y Macedonia,
Los de Oriente voluptuosos,
Los fecundos en colosos
De Menfis y Babilonia!

Los de los anchos desiertos
Avezados al pillaje,
De tiempo y dioses inciertos,
Los que devoran sus muertos
En algazara salvaje! —

Los de América indolentes,
Los impuros de Sodoma,
Los de Tebas penitentes,
Los de Sagunto valientes,
Y los triunfantes de Roma!

¡Todos muertos é inmortales
De hijos ante su juez,
Que con leyes eternas
Nos hará á todos iguales
Ante la ley una vez! —

É irán las tiernas almas
De los alegres niños
En túmulos de palmas
Y lechos con armiños
Al pié del trono espléndido
Del santo de Israel.

Angeles sus hermanos
Haránles grata sombra
Con sus rosadas manos,
Y les harán alfombra
Con sus alas magníficas
Y almohadas y dosel. —

La paternal sonrisa
Del Dios omnipotente

Seráles blanda brisa,
Que arrulle mansamente
El contorno suavísimo
De su tranquila sien.
Y dormirán de espumas
Al dulce hervir sonoro,
Y de ondulantes plumas,
Y de incensarios de oro
A la acordada música
Del prometido Eden. —

É irán las no tocadas
Castísimas mugeres
Que huyeron avisadas
El mundo y los placeres,
Y dieron al Altísimo
Intacto su pudor;
Ceñida la cintura
De blancas azucenas,
Radiantes de hermosura,
Y en dulces cantilenas
Loando en són angélico
Al eternal amor. —

Y todas tan hermosas
Como la tibia luna,
Y todas ruborosas
Como al dejar la cuna,
Todas ofrendas cándidas
De paz y de placer. —
Purísimas palomas
Que el cielo halaga y cría,
Balsámicos aromas
Que en prendas de alegría
Entre dolor y lágrimas
Da al cielo la muger.

¿Y qué será en tal hora
De duelos y de enojos
Su calma encantadora,
Y de sus bellos ojos
Contemplar el pacífico
Brillante tornasol?

¿Y qué será en sus labios,
Su sonreír de amores,
Cuando grandes, y sabios,
O reyes y señores,
El día verán trémolos
Sin tinieblas ni sol?

IV.

¿Y qué será de nuestro dulce canto,
Qué será de nosotros los cantores,
Los que lloramos cántigas de llanto,
Los que reimos cántigas de flores?

¿Qué será de la hermosa á quien un día
Himnos de amor y de placer cantamos,
Que en nuestros labios el amor bebía,
Y en cuyos labios el amor gozamos?

¿Qué serán de sus ojos los espejos
Do nuestra imagen retratada vimos,
Do al lánguido rielar de sus reflejos
De su amor el secreto sorprendimos?

¿Qué será del amigo cariñoso
Que amar nos hizo la falaz fortuna,
Del triste que veló nuestro reposo
Al resbalar de la furtiva luna?

Acaso el corazón le desgarraba
El peligro fatal del que dormía,
Y su afán compasivo nos callaba
Doblando su silencio su agonía.

¡Ay! ¿qué será del padre y del hermano,
Qué será del esposo y de la esposa
Cuando aparte Jehová con justa mano
Del torpe vicio la virtud dichosa?

Cuando se abran las puertas eternas
Al eterno gozar del paraíso,
Y les sea á los tristes criminales
Al duelo eterno caminar preciso!

¡Ay de mí! con cuán hondo desconuelo
Los ojos tornarán desesperados
La postrimera vez mirando un cielo
A que también nacieron destinados!

¡Oh tristesima y larga despedida,
Eterna muerte, eterna bienandanza,
Donde perdiendo de una vez la vida
Se pierde de morir toda esperanza!

¡Qué dulce será vivir,
Vivir una eternidad,
Sin pensar mas en morir,
Ni pensar en reducir

A guarismo nuestra edad!
¡Qué dulce será vagando
Por la viviente mansion
Ir al compás escuchando

De las arpas de Sion,
Eternamente gozando

Aquella aura perfumada,
Y aquel manso susurrar
De la floresta encantada,
Y aquella luz reflejada
De soles en un millar,

Y aquel gotear de las fuentes,
Y aquel trinar de las aves,
Y aquel hervir los torrentes,
Y aquellos mares vivientes
Sin monstruos, vientos, ni naves!

Y si en la fresca ribera
Quien amó en vida encontrara
La amorosa compañera
Que antes que el mundo muriera
Muerta en el mundo quedara;

¡Qué dulce fuera vivir,
Vivir una eternidad,
Sin pensar mas en morir,

Ni pensar en reducir
A guarismo nuestra edad!
¡Oh, ven, ven, arpa sonora,
En las penas de mi vida
Mi tierna consoladora,
Esperanza seductora
De mi esperanza perdida:

Tú que templas en el suelo
Nuestros dolores mundanos
Con ilusiones de cielo,
Consuela mi desconuelo
Con tus compases livianos.

Y déjale que delire
Con el cielo al corazón,
Y déjale que suspire
Que el ámbar feliz aspire
De su dulce religión.

Porque en tanto que suspira
Por la postrimera paz,
¡Vive Dios que no delira
Con la nada y la mentira
De la existencia falaz!

INCONSECUENCIA.

A UNA TORTOLA.

Porque al fin la vida es sueño,
CALDERON.

I.

Tórtola que solitaria
En vez de cantar suspiras
¿Es tu canto una plegaria,
O es la voz con que respiras
A tu voluntad contraria?
¿Ese arrullo dolorido
Se exhala en ti á tu despecho
Sonando alegre en tu oído,
O es en verdad un gemido
Que te se arranca del pecho?

Triste pájaro, ¡lo sé...!
Por eso en ocultas ramas
Tu nido ondear se ve;
Tú te escondes porque amas,
Mas tu voz vende á tu fé.

Naciste, ave desdichada,
Para llorar tu ternura,
Por eso en selva apartada
Vas á arrullar tu amargura
Del campo ameno enojada.

Enojos te dan las flores,
Enojos la luz del día,
Enojos ¡ay! los amores
Que en dulcísima armonía
Murmuran los ruiseñores.

Te enoja el murmullo vano
De la bulliciosa fuente,
Y el céfiro cortesano
Que susurra mansamente
A los jardines cercano.

Te enojan las otras aves
Con su inocente amistad
Y con sus gorgeos suaves :
Tú, que llorar solo sabes,
Vives en la soledad.

Menos en el monte inculto
Vivir te cansa ó estraña ;
Porque allí despeña oculto
El torrente que le baña
Sus espumas en tumulto.

Porque allí el viento perdido
Que entre las malezas rueda
Con sordo y medroso ruido,
En lánguido són remeda
Tu monótono gemido.

Porque allí el césped salvaje
Que á pedazos ha brotado
Por el agreste paisaje,
Borda el terreno olvidado
Con pliegues de tosco encaje.

Y á fé á los ojos del triste
No son gala los primores
Con que natura se viste,
Que otro placer no resiste
Que pensar en sus dolores.

Y los amorosos duelos
Son males antojadizos,
Que se quejan á los cielos
Y no admiten mas consuelos
Que hallar en el duelo hechizos.

Porque es tan grato saber
Que nos podemos quejar,
Que cuando tan ruin placer
Pensamos que ha de faltar
La volvemos á querer.

Por eso, tórtola bella,
Dió el cielo á tu renco canto
El compás de una querella,
Porque al cantar tu quebranto
Lloraras tu gozo en ella.

Y si es cierto que así en pos
De tu cancion va tu queja,
¡Ay, tórtola! vive Dios
Que en el mal que nos aqueja
Nos parecemos los dos.

Pues si abriga tu garganta
En vez de voz un lamento,
Cuando mi voz se levanta
En vez de darme contento
Mis amarguras me canta.

Si nada tu voz te vale
Porque en la selva escondida
Nadie á escuchártela sale,

I.

Bien creo, ave dolorida,
Que tu mal al mio iguale.
Y si buscas en tu anhelo
De que alguno te responda
El miserable consuelo,
Yo pido en mi canto al cielo
Quien á mi voz no se esconda.

Pues ambos somos cantores,
Y ambos somos desdichados ;
Conmigo es justo que llores,
Tú, tórtola, tus amores,
Yo mis males olvidados.

Olvidados, ¡ay de mí !
Que cuando el arpa tomé
Cantando ahogarlos creí ;
Y tantas glorias soñé,
Cuantos desengaños ví !

Vi el mundo tan hechicero
Que no le alcancé falaz,
Alcé mi canto primero,
Y el alma lanzó fugaz
Un suspiro lastimero.

Que es bien inútil consuelo
Nuestras desdichas cantar
Si por tan cercano el suelo
Nuestra voz no ha de escuchar,
Y por tan remoto el cielo.

II.

Dime, ¿qué nos valen,
Pájaro infeliz,
A ti tus lamentos,
Mis cantos á mí?
Tú á selva escondida
Te vas á gemir,
Porque el canto alegre
Te es lúgubre á ti ;
Porque el tuyo amarga
El canto feliz,
Y las otras aves
No te le han de oír :
Y yo que angustiado
Llorando nací,
Si le canto al mundo
Su gloria pueril
La espalda me torna,
Dice que mentí.
Si vuelvo mis duelos
De nuevo á plañir,
Me dice con mofa
Que es dulce vivir :
Si el lloro y el canto
Nos desoye así,

Dime, ¿qué nos valen,
Pájaro infeliz
A ti tus lamentos,
Mis cantos á mí?

3

El mundo ceñido
 Del aire sutil,
 Vestido de flores
 Con rico tapiz,
 Tocando con ancho
 Dosel de zafir,
 Prendido con nubes
 Que el alto zenit
 Circundan de nieblas
 De azul y carmin;
 Sembrado de estrellas
 Que el turbio confín
 Tachonan brillantes
 En montones mil
 Con pálidas perlas
 Y rojos rubis,
 Nos miente sin duda
 Vistoso jardín,
 Convida á cantarle
 Mirándole así.
 Mas si esos hechizos
 Y gayo matiz
 Caminos son solo
 Que llevan al fin
 De breves placeres,
 Y el fin es morir;
 Si el que llora ó canta
 Concluyen allí,
 Si el triste se moía
 Del rico y feliz,
 É insulta el alegre
 Del triste el sufrir,
 Dime, ¿qué nos valen,
 Pájaro infeliz,
 A tí tus lamentos,
 Mis cantos á mí?

—

Que es la tierra de lágrimas camino,
 Valle de tumbas que pasando vamos;
 Féretro y cuna nos abrió el destino
 Para entrar y salir en los extremos;
 Fantástico al entrar y peregrino,
 Y asqueroso al salir le comprendemos;
 Que al vivir despertamos en la cuna,
 Y al despertar nos ríe la fortuna.

Imperfectos traemos los sentidos
 Porque á sentir no alcancen tanto duelo:
 Sordos aun traemos los oídos
 Porque no escuchan el clamor del suelo:
 La lengua y pensamientos obstruidos,
 Porque al ánima falte ese consuelo:
 Solo abrimos al sol nuestra pupila
 Porque asombrada con el sol vacila.

Feliz quien despertando cuando nace
 En ilusiones de esperanza crece,

Y un bello mundo de ilusiones hace
 Donde loco soñando se adormece.
 Mientras que duerme y delirando yace
 La árida realidad se desvanece,
 Y mientras sueña su falaz ventura
 A su camino el término apresura.

Mas vale delirar lindas quimeras
 En ilusion de sueños seductores,
 Que roer esperanzas pasajeras
 En este valle de ponzoña y flores,
 Donde aguardando dichas venideras
 Lloramos sobre el pan de los dolores,
 Donde al buscar el necesario aliento
 Mortal cicuta nos regala el viento.

Porque en sueños los bienes y los males
 Dorados en la loca fantasía,
 Al ánima dormida son iguales:
 El desdichado canta su agonía,
 Y lamenta el feliz bienes mortales;
 Mas ninguno en perderlos se holgaría,
 Que son dulces los bienes lamentados,
 Y los males lo son desesperados.

—

Si tan bellos son los bienes
 Soñados como los males,
 Ya, tórtola, no me afligen
 Tus melancólicos ayes.
 Que á tí te dieron lamentos
 En vez de alegres cantares,
 Y tú cantando le cuentas
 Tus amarguras al aire.
 Las endechas y los himnos
 Los mismos consuelos traen,
 Que á la par nos adormecen
 Las dichas y los pesares.
 Tú te arrullas tristemente
 Con tan lúgubres compases,
 Porque tus duelos son gozos
 Con el placer de contarles;
 Yo al mundo canto mis cuitas,
 Porque cuando otros las saben
 El placer de que las sepan
 Dichas de mis penas hacen:
 Y así cuando entrambos, tórtola,
 Con lamentaciones graves
 En guisa de querellarnos
 Atormentamos los aires,
 Pues nuestra queja es contento
 Por el placer de quejarse,
 Con estravíos tamaños,
 Con inconsecuencias tales
 No hacemos mas que soñar
 Y mentir calamidades,
 Tú llorando bien de amores,
 Y yo delirando males.

LA TORRE DE FUENSALDAÑA.

I.

Yo he sentido bramar al ronco viento
Del helado diciembre en noche oscura,
Remedando de un hombre el triste acento
De roto murallón en la hendidura.

Ardía en el salón envejecido
Purpúrea llama de sonante leña,
Y el ámbito vibraba estremecido
Al reflejar en la empolvada peña.

De la pompa feudal resto desnudo
Sin tapices, sin armas, sin alfombra,
Hoy no cobija su recinto mudo
Mas que silencio, soledad y sombra.

Tal vez groseros cuentos populares
Bajo el nombre sin crónica conserva,
Y en las bóvedas, torres y pilares
Brotó á pedazos la pajiza yerba.

Los pájaros habitan la techumbre
Y la tapiza la afanosa araña,
Y eso guarda la tosca pesadumbre
Del viejo torreón de Fuensaldaña.

Yo, que era entonces loco, triste y niño,
Pasaba alguna vez bajo sus muros,
Por contemplar el desgarrado aliño
De sus huecos recónditos y oscuros.

Allí en delirios de amistad perdida
Y en infantiles pláticas sabrosas
Adormecí las cuitas de mi vida
Y las horas de noches pavorosas.

Allí al calor de la humeante hoguera
De las cóncavas piedras al abrigo
Oía el viento rebramando fuera,
Y á mi lado la voz de algún amigo.

Allí sobre nosotros se elevaban
Robustas torres, góticas almenas,
Que la furia del viento rechazaban
Sobre el cimientó colosal serenas.

A veces nuestra alegre carcajada
Repetida en los aires por el eco,
Moria en sus bramidos sofocada
De la alta torre en el tendido hueco.

A veces nuestras báquicas canciones
Como estertor de agonizante pecho,
Acompañaba en compasados sonos
Sordo zumbando en callejón estrecho.

Otras en melancólica armonía
Remedaban lamentos y suspiros,
Y otras en repugnante gritería
El vuelo y voz de brujas y vampiros.

De las rotas almenas erizadas
Al sacudir la destocada frente
Remedaba el hervir de las cascadas,
Y el áspero silbar de la serpiente.

O en revuelto y confuso torbellino
La ruinosa terraza estremeciéndose

De la tendida lona el s6n marino
Semejaba tal vez el largo estruendo.

Le oíamos á veces á lo lejos
Cruzando el valle con airado paso,
Y crujían los árboles añejos
Como chascara entre la llama un vaso.

Y en continuo rumor sonando á veces
Le oíamos rozar el firme muro,
Como en hondo tonel hierven las heces
Que una bruja animó con un conjuro.

Le oíamos rodar embravecido
Las desiguales piedras azotando,
Y en los huecos colgar ronco mugido,
Y el seco musgo arrebatado pasando.

Le oíamos entrar y revolverse
Con espantable s6n en las troneras,
Y estrellarse, y crecer hasta perderse,
Barriendo las tortuosas escaleras.

Las ramas de los árboles vecinos
En las rejas meciéndose colgadas
Dibujaban contornos repentinos
De espantosas visiones descarnadas.

Y al brusco y desigual sacudimiento
Desplomados los vidrios de colores,
En el mal alumbrado pavimento
Reverberaban falsos resplandores.

Y asaltando la boca que topaba
Rodando en torno de la mustia hoguera,
Entre la llama pálida soplabá
Blanca ceniza hasta elevar ligera.

Silbando entonces lánguido y sonoro
Al cruzar murmurando en las ventanas,
Nos revelaba en armonioso coro
Música de veletas y campanas.

Y mezclaba el susurro de las hojas
Que coronaban los silvestres pinos
Con el gotear entre las juncias flojas
De los turbios arroyos campesinos.

De los atentos perros el ladrido,
Y el canto agudo del despierto gallo
Con el inquieto y bélico alarido
Del trémulo relincho del caballo.

Bullían en el ánima exaltada
Locos fantasmas de soñados cuentos,
Y sostenía apenas fatigada
El peso de los ojos soñolientos.

Entonces á la sombra cobijados,
Los piés á par de la espirante lumbre,
Cedían nuestros párpados cansados
Mas que á la voluntad á la costumbre.

Y á cada chispa del tizon postrero,
A cada empuje del turbión errante,
A cada voz del pájaro agorero
Que velaba en el nido vacilante,

Volvíamos el gesto recelosos
En derredor del descompuesto fuego
Levantando los ojos perezosos,
Que al roto sueño se tornaban luego.

Y en aquella mirada adormecida
 Se pintaba la sombra misteriosa
 De volubles contornos revestida
 De cuerpo inmenso, de color medrosa.
 Gozábamos al fin insomnio inquieto
 Delirando festines y batallas
 Con tumultos sin época ni objeto,
 Con broqueles, con yelmos y con mallas.

Y soñábamos duendes y conjuros
 En una tierra mágica y lejana,
 Deleitados en cóncavos oscuros
 Con cantares de sílfide liviana.

Poco á poco deshechas las visiones
 Soñábamos con sombras infinitas,
 Donde se oían apagados sonos
 De invisibles orquestas esquisitas.

Y mas tarde las sombras vacilando
 Entre pardo crepúsculo naciente
 Ibanse luz y sombras alejando
 De la febril y temerosa mente.

Músicas, miedos, fábulas y sombras
 Sus contornos al fin desvanecían,
 Y en un salon sin lámparas ni alfombras
 Solo estaban dos locos y dormían.

II.

Y era grato al són del viento
 Abrir el párpado al día,
 Y contemplar soñoliento
 Su confuso resplandor,
 A través de las abiertas
 Hondas y estrechas ventanas,
 Y de las hendidas puertas
 De los quicios en redor.

Ver la atmósfera tocada
 Con turbio cendal de niebla
 Sobre los campos posada
 Interceptando el mirar,
 Y oír la ráfaga inquieta
 Que al vendabal sustituye
 En la acerada veleta
 Sordamente rechinar.

Ver las medrosas visiones
 Que en la noche nos turbaron
 En bóvedas y rincones
 De opaca lumbre al lucir,
 En escombros convertidas
 Musgo y tintas con que al tiempo
 Las murallas carcomidas
 Plugo manchar y vestir.

Ver en las toscas paredes
 En vez de ricos tapices
 Tender su baba y sus redes
 Al insecto descortés,
 Que entre los nombres tranquilos
 Las labra de los viajeros

Cubriéndolos hilo á hilo
 Sin envidia ni interés.

Ver á la afanosa araña
 En los blasones del muro
 Hilar con paciente maña
 Sus hebras para cazar;
 Y en la recóndita grieta
 La presa que vuela en torno
 Vigilante, astuta y quieta
 A que se enrede esperar.

Y en el oculto madero
 Hallar de rincón ruinoso
 El rastro de un hormiguero
 Que en el verano pasó:
 Que en el foso nació acaso,
 Mas no contento en el suelo
 Con irreverente paso
 Hasta la almena trepó.

¿Quién dijera á los barones
 De la torre de Saldaña
 De sus techos y salones
 La mengua y la soledad?
 ¡Tiempo! ¡tiempo! ¡Cuánto puedes
 Tú que indiferente escribes
 Sobre cráneos y paredes
 La cifra de la verdad!

Yo he visitado esos muros,
 Hoy trojes de rico hidalgo,
 Y en sus salones oscuros
 Ancha hoguera levanté.
 Corrí llaves y cerrojos
 Cual si de ellos dueño fuera,
 Y sus tablas y despojos
 Para alumbrarme quemé.

No respeté ni sus años
 Ni su nombre y dueño antiguos...
 Y para insultos tamaños
 ¿Quién era en Saldaña yo?
 Un niño, un triste, ó un loco
 Que divertido en sus penas
 Curaba entonces muy poco
 De cuanto grande vivió.

Y á fé que libre y contento
 A la lumbre de mi hoguera
 En tanto bramaba el viento
 Tranquilamente dormí;
 Y al despertar con el día
 Contemplé absorto y ufano
 La gruesa mampostería
 Que por alcoba elejí.

Luchaba el sol afanado
 Con la turbia húmeda niebla,
 Y el fulgor tornasolado
 Cruzaba por el salon.

El aire en fuerzas cediendo
Brotó en ráfagas errantes,
Y aun se le oía gimiendo
Con menos airado són.

Miré desde las ventanas
El árido campo seco;
Algunas yerbas livianas
Encontré no mas en él.
El aire las sacudía
Y la niebla las mojaba;
Escaso arbusto crecía
Del campo mudo al lindel.

Algunas nocturnas aves
Guarecidas asomaron
En los rotos arquitraves
Su misterioso mohin.
Mirélas indiferente,
Y al rumor de mis pisadas
Hundieron la negra frente
Del nido cóncavo al fin.

Entonces de la alta cumbre
El sol rasgando la niebla
Derramóse en viva lumbré
De trémulo resplandor;
Y en los pardos murallones
Trazó cuadros luminosos
Alumbrando los salones
De cenagoso color.

Y entonces á los reflejos
De la llama repentina
De aquellos rincones viejos
En la antigua soledad,
Bulleron miles de insectos
Asomando por las grietas
Monstruosos por lo imperfectos,
Raros por la variedad.

Y oíanse los cantares
Del tosco templo vecino
En compases regulares
Desvanecerse y crecer;
Y el órgano y las campanas
Al roto soplo del viento
Ya perdidas, ya cercanas
En él sus ecos mecer.

Pasó la noche sonora,
Pasó la mañana inquieta,
Mis años hora por hora
A contar triste volví.
Si hallé la vida cansada
Y lamenté su amargura,
Yo vivo con mi tristura,
Mas la torre quedó allí.

Muchos curiosos acaso
Por llegar á Fuensaldaña

Aceleraron el paso
De aquella noche despues;
Mas ¡ ay del hombre mezquino!
¡ Quién encontrará mañana
Entre el polvo del camino
La huella de nuestros piés!

LA DUDA (1).

Quando al escribir en ellas
Contemplo tan lindas hojas,
Entre si llore ó si cante
Estoy dudando, señora.
Recuerdos teneis en ellas
Que desgarran la memoria,
Por mas que entre tantas flores
Estas espinas se escondan;
Que cuando un enamorado
En himno de amores llora,
Mas que á cantar sus cantares
Su llanto á llorar provoca:
Y los versos de ese muerto
Tanto en lágrimas rebosan,
Que removidas las mias
Á mis pupilas asoman.
Y pues donde tantos cantan
Hay uno que llorar osa,

*Entre si llore ó si cante
Estoy dudando, señora.*

Si intento escribiros versos
Dentro la mente se agolpan
Cuantos primores y hechizos
La naturaleza aborta.
Que en este jardin de España
Las inspiraciones sobran,
Pues basta mirar la lumbré
Con que el sol le tornasola;
Los arroyos que le cruzan,
Los jazmines que le bordan,
Y las bellas que le pisan,
Cuántas maravillas brota,
Para entonar tantos himnos,
Tantas letras amorosas
Que antes que el canto se agote
Gastada el arpa se rompa.
Pero al ver lo que ese triste
Grabó ó lloró en estas hojas,

*Entre si llore ó si cante
Estoy dudando, señora.*

(1) Escrita en el album de una señora, en la hoja inmediata á la en que D. M. J. de Larra escribió un bello y sentido romance.

Pluguiera que en vez de versos
 Mi pluma brotara rosas,
 Porque al menos con las flores
 Se pueden tejer coronas.
 Pero á par de los cipreses
 Si nacen flores se agostan,
 Y donde los muertos hablan
 Callar á los vivos toca.
 Que el recuerdo del que muere
 Mucho respetar importa,
 Que acaso para velarnos
 Quedó en la tierra su sombra.
 Y aunque indecisa mi pluma
 Tal vez dudando os enoja,
 Y han de hacer mis desvarios
 Que de vergüenza me corra,
 Perdonadme si os confieso
 Que al contemplar estas hojas

*Entre si llore ó si cante
 Estoy dudando, señora.*

Que vos mereceis los versos
 Nadie en la villa lo ignora,
 Y es tan claro por sabido
 Que hasta dudarlo es lisonja.
 Que él la memoria merece
 Tampoco hay á quien se esconda,
 Pues por triste y por amante
 Le recordamos ahora.
 Y así entre ambos dividida
 La imaginacion dudosa
 Los versos son para vos
 Si le prestais la memoria:
 Lo que en vos merece el sexo
 En él merece la sombra,
 Y lo que en vos la hermosura
 En él la tumba lo abona.
 Justo es con los dos hablando
 Duden el muerto y la hermosa

*Si es cantar ó si es lamento
 Lo que les cantan ó lloran.*

PARA VERDADES EL TIEMPO

Y PARA JUSTICIAS DIOS.

—
 TRADICION.

I.

Juan Ruiz y Pedro Medina,
 Dos hidalgos sin blason,
 Tan uno del otro son
 Cual de una zarza una espina.
 Diz que Pedro salvó á Juan
 La vida en lance sangriento;

Prendas de tanto momento
 Amigos por cierto dan.

Pasan ambos por valientes
 Y mañeros en la lid,
 Y lo han probado en Madrid
 En apuros diferentes.

Ambos pasan por iguales
 En valor y en osadía,
 Pero en fama de hidalguía
 No son lo mismo cabales.
 Que es Juan Ruiz hombre iracundo,
 Silencioso por demás,
 Que no alzó noble jamás
 El gesto meditabundo.

Ancha espalda. corto cuello,
 Ojo inquieto, torbas cejas,
 Ambas mejillas bermejas,
 Y claro y rubio el cabello.

Y aunque lleva en la cintura
 Largo hierro toledano,
 Dale brillando en su mano
 Mas villana catadura.

Y aunque arrojado y audaz
 En la ocasion, rara vez
 Carece su intrepidez
 De són de temeridad.

Agil, astuto ó traidor,
 Hijo de ignorada cuna,
 Debe acaso á su fortuna
 Mucho mas que á su valor.

Presentóse há pocos años
 De Indias advenedizo,
 Diz que con nombre postizo
 Cubriendo propios amaños.

Mas vertió lujo y dinero
 En festines y placeres,
 Aunque fué con las mugeres
 Mas falso que caballero.

Hoy pasa pobre y oscuro
 Una existencia comun,
 Y medra ó mengua segun
 Los dados le dan seguro.

Hombre de quien saben todos
 Que vive de mal vivir,
 Mas nadie sabrá decir
 Por cuales, ó de qué modos.

Modelos en amistad
 Ambos para el vulgo son,
 Mas con Pedro es la opinion
 Menos rigida en verdad.

Porque es Pedro, aunque arrogante
 Y orgulloso en demasia,
 Mozo de mas cortesía
 Y mas bizarro talante.

De ojos negros y rasgados
 Con que á quien mira desdeña,
 Nariz corta y aguiluña,
 Con bigotes empinados.

Entre sombrero y valona
Colgando la cabellera,
Y alto el gesto en tal manera,
Que cuando cede perdona.

Mas si sombras de maton
Tales maneras le dan,
Tiénela mas de galan
Por su noble condicion.

Que no hay en Madrid muger
Que un agravio recibiera
Que á su espada no tuviera
Satisfaccion que deber.

Ni hay ronda ni magistrado
Que en revuelta popular
No le haya visto tomar
Ayuda y parte á su lado.

Tales son Ruiz y Medina,
De quienes por concluir
Fáltame solo decir
Que amaban á Catalina.

Es ella una moza oscura
De talle y de rostro apuesta,
Mas tan gentil como honesta,
Y como agraciada pura.

Amala Ruiz, però calla,
Acaso porque su amor
Para muger de su honor
Palabras de amor no halla.

Él con ansia la contempla
Al abrigo del embozo,
Pero el impetu de mozo
Ante su virtud se tempa.

Que es tan dulce su mirar
Que su luz por no perder
Cuando se quiso atrever
Solo se atrevió á callar.

Y es tan flexible su acento
Que para no interrumpirle
Tener es fuerza al oírle
Con los labios el aliento.

Medina, que fué soldado
Sobre Flandes por Castilla,
Y á los usos de la villa
De mas tiempo acostumbrado,

Suplicóla tan rendido,
Tan cortés la enamoró,
Que ella amor le prometió
Como él fuere su marido.

« Eso sí, ¡ por san Millan! »
Dijo Pedro con denuedo;
Y la calle de Toledo
Tomó en resuelto ademan.

II.

Contento Pedro Medina
Con su amorosa ventaja,
Mas á carreras que á pasos
Iba cruzando la plaza.

Saltábale el corazon
A cada paso que daba,
Y frotábase ambas manos
Bajo la anchurosa capa.
Los labios le sonreian,
Y los ojos le brillaban
Al reflejo que en el pecho
Despide la amante llama.
Las gentes le hacian sitio
Porque cerca no pasara,
Que segun iba resuelto
Que fuese audaz recelaban.
Mas él va tan divertida
En sus amores el alma,
Que ni ve donde tropieza,
Ni cura de los que pasan.
Topó al volver una esquina
Una vieja, y al dejarla
Derribada en tierra dijo:
« Nos casaremos mañana. »
Enredósele el estoque
En el manto de una dama,
Y rasgándole una terciá
Echóla un voto de á vara.
Asi dando y recibiendo
Encontrones y pisadas,
Dió por fin con la hostería
Donde su amigo jugaba.
Fué á la mesa, y preguntando
A Juan si pierde ó si gana,
Pidió vino y añadióle:
« Cuando acabes, dos palabras. »
Recojió Juan sus monedas,
Y terciándose la capa,
Sentóse al lado de Pedro
Diciendo bajo: « ¿ Qué pasa? »
« Me caso, » dijo Medina.
Miróle Juan á la cara,
Y frunciendo entrambas cejas
Tosió, sin responder nada.
— « ¿ Qué piensas? » preguntó Pedro.
— « En tí y tu muger pensaba, »
Contestó Juan suspirando,
Con voz ronca y apagada.
— « ¿ Supondrás que es Catalina? »
— « Y lo siento con el alma. »
— « ¡ Cómo! » — « Porque tengo zelos. »
— « ¡ Por san Millan! » — « Yo la amaba. »
— « ¿ Y ella? » — « Nunca se lo dije,
Pero ocurrióseme... » — « ¡ Acaba! »
— « Para decirle mi amor
« Escribirla hoy una carta. »

Callaron ambos: Medina
Remedio al caso buscaba
El codo sobre la mesa,
Sobre la mano la barba.
Al fin como quien resuelve

Negocio que aflije y cansa
 Pidió papel y tintero
 Diciendo á Juan : — « ¡ Por mi alma
 « Que en mi vida en tal apuro
 « Vacilar tanto pensaba ;
 « Y á no serte tú quien eres
 « Metiéralo á cuchilladas ;
 « Pero escribe, y que responda
 « A cual de nosotros mata. »
 Escribió Juan, mas rasgando
 Al mejor tiempo la carta,
 — « Echemos, dijo, los dados
 « Y al que la mayor le caiga
 « Si es á mí la escribo al punto,
 « Si es á ti, Pedro, te casas. »
 Tiró Juan y sacó nueve ;
 Y asiendo el vaso con rabia
 Tiró Pedro y sacó doce,
 Con que los dos se levantan.
 Y atravesando la turba
 Que curiosa los cercaba
 Parten la calle en silencio
 Dándose entrambos la espalda.

III.

Son á mí pensar los zelos
 Delirio, pasion, ó mial,
 A cuyo influjo fatal
 Lloraran los mismos cielos.

A manos de tal pasion
 El mas cuerdo desespera,
 Pues quien con zelos espera
 Atropella su razon.

Si con zelos esperar
 Es importuna porfia,
 Ceder zeloso en un dia
 Cuanto se amó, no es amar.

De zelos verse morir,
 Y en silencio padecer,
 Son zelos tan de temer
 Cuanto duros de sufrir.

Y asi con zelos amor
 Vale casi aborrecer,
 Pero con zelos ceder
 Es igual que delirar.

Si otro mas favorecido
 Goza el bien que se perdió,
 Se habrá el disfavor sentido,
 Mas perdido el amor no.

Porque en quien goza favor
 Sobra tal vez confianza,
 Y zelos sin esperanza
 Suelen guardar mas amor.

Si favor nunca tuvimos
 Aun es suerte mas cruel,
 Porque vemos ahora en él
 Cuanto bien haber pudimos.

Y asi pienso que son zelos
 Delirio, pasion, ó mal,
 A cuyo influjo fatal
 Lloraran los mismos cielos.

Por eso llora Juan Ruiz
 Zeloso y desesperado
 El bien que Pedro ha ganado
 Mas galan ó mas feliz.

Por eso en la soledad
 Se mesa barba y cabellos,
 Sin mirar que no está en ellos
 Su amante fatalidad.

¡ Oh ! que no fueron antojos
 Sus amorosos desvelos !
 Que el amor que hoy le da zelos
 Entróle ayer por los ojos.

« ¿ Y por qué no me atreví ? »
 Clama el triste en su afliccion ;

« ¡ Y hoy acaso esta pasion
 « Pudiera arrancar de mí !

« Mas volveré, ¡ vive Dios !
 « ¿ Pero qué he de conseguir
 « Si la he dejado elejir
 « Marido de entre los dos ? »

Y á su despecho tornando
 Semejábase en su afan
 Una fiera á quien están
 Dentro la jaula acosando.

Sin darse el triste solaz
 Cruzaba el cuarto sin tino,
 Pero no hallaba camino
 De dar al ánima paz.

Silbaba al dejar rabioso
 Paso al comprimido aliento,
 Y hollaba con pié violento
 El pavimento ruinoso.

Iba adelante y atrás
 Sin reflexion que le acuda,
 A la par pidiendo ayuda
 A Cristo y á Satanás.

Túvose un momento al fin ;
 Y en el temblor que le aqueja
 Se ve bien que se aconseja
 Con un pensamiento ruin.

Volvió á girar otra vez,
 Y otra á tenerse volvió :
 En esto dobló un reló
 En una torre las diez.

Entonces quedando fijo
 Esclamó en la oscuridad :
 « Hoy se casan, es verdad,
 « Hace un mes que me lo dijo
 Cifió con esto el acero
 Con desden á la cintura,
 Y salióse á la ventura
 La vuelta del matadero.

IV.

Es una noche sin luna,
 Y un torcido callejon
 Donde hay en un esquinazo
 Agonizando un farol.
 Un balcon abierto á medias
 Por los vidrios de color
 Arroja al aire en tumulto
 De danza el confuso són.
 Se oye el compás fugitivo
 Que llevan con pié veloz
 Los que danzan descuidados
 Dentro de la habitacion,
 Y se ven cruzar sus sombras
 Una á una y dos á dos
 En fantástica carrera
 Y en monótona ilusion.
 La casa es la de Medina,
 Que en ella á fiesta juntó
 Sus amigos y parientes
 Despues de traspuesto el sol.
 Allí con franca algazara
 Festeja á la que adoró,
 De quien aguarda esta noche
 Prendas de cumplido amor.
 Está la niña galana
 Cual nunca el barrio la vió,
 Suelto en rizos el cabello
 Que exhala fragante olor;
 La falda de raso blanco
 Y acuchillado el jubon,
 Con vueltas de terciopelo
 Azul de cielo el color.
 Con una hebilla de plata
 Ajustado el cinturon,
 De donde baja en mil pliegues
 Un encaje en derredor;
 Y de un lazo de corales,
 Que Pedro le regaló,
 Lleva en una cruz de oro
 La imagen del Redentor.
 Tanta ventura en un dia
 Nunca Pedro imaginó,
 Y asi anda desatentado
 Girando en la confusion.
 A cada vuelta se mira
 En los ojos de su amor,
 Y en la luz de aquellos soles
 Se le quema el corazon.
 Y en fin, para concluir,
 Se cantó, cenó y bailó.
 Como es costumbre en las bodas
 Desde entonces hasta hoy;
 Hasta que cansados unos
 Del baile, otros del calor,
 Las viejas del tardo sueño,
 Los músicos de su són,

Los muchachos de la bulla,
 Y los novios del honor
 Que les hacen sus amigos
 En tan precisa ocasion;
 Despidiéronse uno á uno
 Echando sobre los dos
 Mas bendiciones que plagas
 Causó á Egipto Faraon.
 Quedáronse entrambos solos
 La amada y el amador,
 Por vez primera en la vida
 A merced de su pasion.
 Mirábala embelesado
 El amoroso español,
 Trémulo el rostro de gozo
 Y de dicha el corazon.
 Mirábale ella anhelante
 Encendida de rubor,
 Húmedos los negros ojos
 Con tiernísima aflicion.
 Él diciéndola — ¡ alma mia!
 Diciéndole ella — ¡ mi sol!
 Entre el són de ardientes besos
 De regalado sabor.
 En esto en la estrecha calle
 Temible ruido sonó
 De voces y cuchilladas
 En medrosa confusion.
 Y al angustiado lamento
 De uno que grita : — « ¡ Favor!
 « ¡ Ayudadme, que me matan ! »
 Pedro á la calle bajó
 Con el estoque en la diestra
 Y en la siniestra el farol.
 Asomóse Catalina
 Amedrentada al balcon
 Llamando á Pedro afanosa
 De algun daño por temor.
 Alzó Medina la cara
 Y la luz con ella alzó,
 Pero apenas el reflejo
 Dió en el rostro de su amor,
 Una estocada traidora
 Por el costado le entró.
 Lanzó un grito el desdichado
 Que partia el corazon,
 Lanzó la hermosa un gemido
 De intensísimo dolor,
 Y el moribundo Medina
 Volviendo el gesto á un rincon,
 Hacia una imagen de Cristo
 De quien devoto vivió,
 Dijo espirando : — « Soy muerto.
 « ¡ Acorredme, Santo Dios ! »
 Y quedó tendido en tierra
 Sin movimiento y sin voz.
 Alzóse á su lado un hombre,
 Y exclamando con pavor

« ¡ Maldita sea mi alma ! »
Mató la luz y escapó.

V.

Tuvieron así los años
Uno, dos, tres, hasta siete,
Embozada en el misterio
Aquella impensada muerte.
En vano acudieron pronto
Vecinos á socorrerle,
Para vengarle los hombres,
Para mentir las mugeres.
En vano salieron unos
Casi desnudos á verle,
Y otros salieron jurando
Armados hasta los dientes.
Nada sirvieron entonces
Ni jubones ni broqueles;
Medina quedó sin vida,
Y sin justicia el alevé.
En vano son las pesquisas
De los irritados jueces,
En vano son los testigos,
Las citas y los papeles.
En vano el caso averiguan
Una, dos, tres, quince veces;
Cada vez mas se confunden
Los golillas y corchetes.
En vano sobre la rastra
Anduvieron diligentes
Olfateando la presa
Los alanos de las leyes.
Porque todos son testigos,
Todos declaran contestes,
Todos son los agraviados,
Mas ninguno delincuente.
Hubo alborotos por ello,
Y pependencias mas de veinte,
Mas Pedro quedó sin vida,
Y sin justicia el alevé.
Catalina le lloraba
Desconsolada y doliente
Minutos, horas y dias,
Noches, semanas y meses.
Un año estuvo en el lecho
Con accesos de demente,
Y un año á su cabecera
Veló Juan Ruiz sin moverse.
Dió con la puerta en los ojos
A padrinos y parientes
Diciendo : — Mientras yo viva,
No faltará quien la vele.
Y en vano le murmuraron
De tal conducta las gentes;
Juan se mantuvo constante
A la cabecera siempre,
Sin que á sondear su alma
Alcanzara algun viviente

A través de la reserva
Y el misterio que mantiene,
Curóse al fin Catalina,
Y el tiempo, que tanto puede,
Siendo remedio y sepulcro
De los males y los bienes,
Volvió la luz á sus ojos,
Y el pudor volvió á su frente;
Y el talisman de la risa
A sus labios transparentes;
Y salió ufana diciendo
A cuantos por verla vienen
Que la vida con que vive
Solo á Juan Ruiz se la debe.
Este, á pretesto de amigo
Del triste que en polvo duerme,
No se aparta de su lado
Hasta que la noche viene.
Entonces á lentos pasos
La esquina inmediata tuerce,
Y en las revueltas del barrio
Como un fantasma se pierde.
Mas no faltó en él alguno
Que á media voz se atreviese
A decir que cuando pasa
Por ante el Cristo se tiene,
Y el embozo hasta los ojos,
El sombrero hasta las sienas,
Cruza azaroso la calle
Como si alguien le siguiese.
En estas conversaciones
Cada vez menos frecuentes
Pasaron al fin los años
Uno, dos, tres, hasta siete.

VI.

Pagada la Catalina
De amistad tan firme y tierna,
De tanto afan y desvelos,
De tan rendida fineza,
Escuchó á Juan una tarde,
Los ojos fijos en tierra,
Dulces palabras de amores
De la balbuciente lengua.
Instó un dia y otro dia,
Quedó siempre sin respuesta,
Volvió á sus ruegos Juan Ruiz,
Volvió á su silencio ella.
Pasóse un mes y otro mes,
Y tornó Ruiz á su tema,
Y tornó á callar la niña
Entre enojada y risueña.
Mas tanto lidió el galán,
Tanto resistió la bella,
Que al cabo la linda vinda
Dijo á Juan de esta manera :
« Puesto que es muerto Medina
« (¡ Dios en su gloria le tenga !)

« Y por siete años cumplidos
 « Mi fé le he guardado entera,
 « Y él ha visto nuestro amor
 « Allá de la vida eterna,
 « Os daré, Juan Ruiz, mi mano
 « Y mi corazón con ella,
 « Amigo de Pedro fuisteis,
 « Y yo os debo la existencia,
 « Con que es justo, á mi entender,
 « Os cobreis entrambas deudas. »

Púsose Juan Ruiz de hinojos
 A los piés de la doncella,
 Y asiéndola las dos manos
 Humildemente las besa.
 Acordáronse las bodas,
 Mas Catalina aconseja
 Que sean cuando él quisiese,
 Pero que sin ruido sean.

Las malas mañas ó antojos
 O tarde ó nunca se dejan,
 Y Juan en su mocedad
 Gustó de bulla y de fiesta.
 Así aunque pocos convida
 Para que á las bodas vengan,
 Buscó unos cuantos amigos
 Que le alegraran la mesa.
 Trajo vinos los mejores,
 Y viandas las mas frescas,
 Y apuntó por hora fija
 De noche las diez y media.
 Gustaba Juan sobre todo
 De cabezas de ternera,
 Y asábalas con tal maña
 Que á cualquier gusto pluguieran.
 Gozaba en esto gran nombre
 Entre la gente plebeja,
 De tal modo que le daban
 El apodo de *Cabezas*.
 Ocurrióle á media tarde
 Darse á luz con tal destreza
 Y embozándose en la capa
 Salió en busca de una de ellas.
 Mataban aquella tarde
 En el Rastro una becerra,
 Compró el testuz y cubrióle
 Asido por una oreja.
 Volvió á doblar el embozo,
 Y contento con la presa
 De la calle en que vivía
 Tomó rápido la vuelta.
 Iba Juan Ruiz con la sangre
 Dejando en pos roja huella
 Que marcaba su camino
 Sobre las redondas piedras.
 En esto entrando en su barrio,
 Al doblar una calleja
 Dos ministros de justicia
 Le pasaron muy de cerca.

Él siguió y pasaron ellos,
 Advirtiéndolo con sorpresa
 La sangre con que aquel hombre
 El sitio que anda gotea.
 Él siguió y tornaron ellos
 Por sobre el rastro que deja,
 Hasta entrar en otra calle
 Oscura, sucia y estrecha.
 En un rincón embutida
 A la luz de una linterna
 De Cristo crucificado
 Se ve la imágen severa.
 Paróse Juan : los corchetes,
 Que en el mismo punto llegan,
 Viendo que duda y vacila
 En faz de preso le cercan.

—« ¡Fuera el embozo! gritaron :
 « Muestre á la luz lo que lleva. »
 Volvió los ojos al Cristo
 Juan, y helósele en las venas
 A una memoria terrible
 Cuanta sangre hervía en ellas.
 —« ¡Fuera el embozo!» repiten,
 Y él acongojado tiembla,
 Sintiendo un cambio espantoso
 Que pasa en su mano mesma.
 Quiso hablar, y atropellado
 Un ¡dejadme! balbucea.
 Deshicieronle el embozo,
 Y mostrando Ruiz la diestra
 Sacó asida del cabello
 De Medina la cabeza.
 —« ¡Acorredme, Santo Dios! »
 Grita aterrado y la suelta ;
 Mas la cabeza oscilando
 Entre los dedos le queda.
 • ¡Yo le maté! clamó entonces,
 « Hoy há siete años, por ella. »
 Y sin voz ni movimiento
 Cayó desplomado en tierra.

CONCLUSION.

• Y así fué : que aquella noche
 De sangrienta confusion,
 En que al de una riña
 Pedro á la calle bajó
 Con el estoque en la diestra
 Y en la siniestra el farol,
 No era en ella otro que Ruiz
 Quien llevaba lo mejor.
 Como un imán á una aguja
 Arrastra constante en pos,
 Como una serpiente á un pájaro,
 A una paloma un halcón
 Entorpecen y fascinan
 Sin que ala ni pié veloz
 Para huirle les acudan ;
 A impulsos de su pasión

Anduvo así Juan vagando
 De la fiesta en derredor.
 Y oía por las ventanas
 De danza el confuso són,
 Y vía cruzar las sombras
 Una á una, y dos á dos,
 En fantástica carrera
 Y en monótona ilusión.
 Así lloraba acosado
 De sus zelos y su amor,
 Cuando oyó de una pendencia
 Vivo y cercano rumor :
 Cerróse en ella á estocadas
 Tan sin acuerdo y razon,
 Que á cuantos hubo á las manos
 Adelante se llevó.
 En esto acudió Medina,
 Y Catalina al balcon
 De la suerte recelando
 Acelerada salió.
 Mas al ver cual afanosa
 Curaba ella de otro amor
 Cegaron á Ruiz los zelos,
 El despecho le embriagó ;
 Y al tiempo que alzaba Pedro
 El brazo con el farol
 Matóle á la faz de Cristo
 Como villano á traicion.
 De entonces, en los siete años,
 Despues del hecho traidor,
 Ni una sola vez de miedo
 Por ante el Cristo pasó.
 Llegó la primera al cabo,
 Y en ella al cielo ocasion
 De mostrar que hay infalibles
 Tribunales solo dos
 De irrevocable sentencia
 Sin cotos ni apelacion.
Para verdades el TIEMPO,
Y para justicias DIOS.

Ni un pájaro por el viento,
 Ni una fiera por la roca,
 Ni entre el musgo amarillento
 Asoma reptil hambriento
 La desenterrada boca.

Ni el ronco mar á lo lejos
 En sordo tumulto brama,
 Vibrando en turbios espejos
 Tornasolados reflejos
 Que por la playa derrama.

Ni una brisa, ni un gemido
 El aire pesado encierra,
 Que doliente y abatido
 Yace sin fuerzas tendido
 Las alas contra la tierra.

Grupos de nubes impuras
 En la alta region inmobiles
 Cíen en bandas oscuras
 La lumbre de las alturas
 Con sus cortinages dobles.

Ráfaga de luz sangrienta
 El negro ambiente cruzando
 Amaga pronta tormenta,
 Una natura alumbrando
 Dormida ó calenturienta.

La rosa que el aura riza
 Se dobla en el tallo seca,
 Y de la yerba pajiza
 Sostiene la raiz hueca
 Campo estéril de ceniza.

Y del desierto á la entrada
 En torpe paso el Jordan
 Arrastra el agua pesada ;
 Una con otra amarrada
 Sin ruido las ondas van.

Y en los anchos arenales
 Por donde las ondas crecen,
 Los penachos desiguales
 Saludándolas no mecen
 Palmas y cañaverales.

Todo entre sombras callaba ;
 El mundo en reposo inerte
 Curioso se contemplaba,
 Cual de despertar acaba
 Un hombre, y duda si duerme.

Vianse al lejos enhiestas
 Cerrando los horizontes,
 En dobles hileras puestas,
 Las enmarañadas crestas
 De los escarpados montes.

Entre los troncos desnudos
 Alzando las blancas losas,
 Los esqueletos agudos
 Sacaron de asombro mudos
 Las calaveras medrosas.

Ninguno osó preguntar
 Lo que era triste saber,
 Ninguno acertó á dudar

(1) LA VIRGEN AL PIÉ DE LA CRUZ (4).

Stabat Mater dolorosa
 Juxta crucem lacrymosa
 Dum pendebat Filius.

Velaba entonces el cielo
 Su lumbre en opacas nieblas,
 Y, crespon de tanto duelo,
 Tendió la sombra en el suelo
 Anchos pliegues de tinieblas.

(4) Dedicada al acreditado D. José Gutierrez, que pintó en el Liceo artistico una bellissima *Dolorosa*.

Lo que salió contemplar,
Y alcanzó temblando á ver.

Allí Adán el pecador
Asomó el gesto confuso
Mirando en su derredor;
De rodillas de pavor
Sobre la piedra se puso.

— ¡Es esa mi raza...? dijo

Hiriendo la calva frente,
Y llorando se maldijo,
A su Dios mirando fijo
En un palo entre su gente.

Secos, vacilantes, flojos,
Malditos en él tambien
Los otros yertos despojos
Volvieron hácia Salen
Los sin luz cóncavos ojos.

Allá en la vasta llanura
Está la impía ciudad,
Como meretriz impura
Que falsa ostenta hermosura
Merced á la oscuridad.

Y el Gólgota misterioso
Levantado detrás de ella
Entre ufano y vergonzoso
Con un suplicio horroroso
Roto la frente descuella.

Estaba en honda agonía
Al pié de la cruz llorosa
La Madre Virgen María,
Y de la cruz afrentosa
El Hijo muerto pendía.

Desgarrado el santo pecho,
Herido y alanceado,
Y en el madero derecho
Desconocido y deshecho
El cuerpo descoyuntado.

Tan rasgadas las heridas
De ambos piés y de ambas manos,
Que cayeran divididas
A no estar tan sostenidas
En brazos tan soberanos.

Y porque culpa tan fea
Ofrenda tan santa borre,
La hirviente sangre gotea,
Y en el peñasco en que corre
Avaro el viento la orea.

Allí por tierra postrada
Moribunda y desolada
La castísima María,
Con el suplicio abrazada
La ardiente sangre bebía.

Y parado el mundo entero
Asombrado la miraba,
Que sola en dolor tan fiero
A su Dios muerto lloraba
Al pié del santo madero.

— ¡Ella llora, y yo pequé...!

Madre amorosa, perdon,
Que yo le crucifiqué,
Yo su sangre derramé
Y manché la creacion!

Yo le robé de tus brazos,
Sin respeto á su deidad;
Le até con estrechos lazos
Para arrancarle, es verdad,
Las entrañas á pedazos.

Y tú, Madre, en tu dolor
Mesándote los cabellos
Al verdugo matador
Tendiste los brazos bellos,
Demandándole favor.

Por templar su sed rabiosa,
Tú, Madre de Dios bendita,
Pálida la faz de rosa,
Te prosternaste llorosa
Ante la raza maldita.

No humana, de tigres fué;
Que si te vieron acaso,
Los hombres en quien pequé,
Cual brezo que estorba el paso,
Te apartaron con el pié.

¡Tú hollada, Virgen, así...!
¡Tú, que pisas de rubí
Vistosa, viviente alfombra,
Y besa el ángel tu sombra
Si pasa cerca de tí!

¡Tú, de estrellas coronada,
Del ardiente sol vestida,
Y de la luna calzada
Tan triste y tan dolorida
Por raza tan condenada!

¡Tú llorando, Madre mía,
Cuando una lágrima tuya
El mundo rescataría,
Cuando el tiempo le concluya
En el postrimero día!

¡Tus ojos llorosos tanto
Cuando al sol prestan su luz!
¡Oh Madre, por tal quebranto,
Que me salve á mí tu llanto
Al pié de la santa cruz!

Yo tengo un recuerdo
De edad mas dichosa;
Tú, Madre amorosa,
Lo sabes tal vez.
Entonces alegre
De afanes segura,
Soñaba ventura
Mi loca niñez.

Brindábame entonces
La vida placeres,
No vi en las mugeres
El mal del amor.

Reía y cantaba
Un día, otro día,
Y siempre el que huía
Tornaba mejor.

Que aun no me acosaban
Mis débiles años
Con duelos y engaños
De vana amistad;
Aun no de mis horas
De paz y esperanza
Rompió la balanza
La estéril verdad.

El aire era un velo
De ricos colores,
Brotaban las flores
A impulso del sol;
La noche tranquila
Que en paz me velaba
Del céntil colgaba
Su turbio farol.

La vida era un sueño
Ligero y flotante;
Finjí delirante
Del mundo un jardín,
Creí que los días
Que pasan huyendo
Felices volviendo
Serían sin fin.

Entonces ¡oh Madre!
Recuerdo que un día
Tu santa agonía
Contar escuché:
Contábala un hombre
Con voz lastimera;
Tan niño como era
Postréme y lloré.

El templo era oscuro:
Vestidos pilares
Se vian y altares
De negro crespon;
Y en la alta ventana
Meciéndose el viento
Mentía un lamento
De lúgubre són.

La voz piadosa
Tu historia contaba;
El pueblo escuchaba
Con santo pavor.
Oía yo atento,
Y el hombre decía:
« ¡Y quien pesaría
« Tamaño dolor!
« El Hijo pendiente
« De cruz afrentosa,
« La Madre amorosa
« Llorándole al pié... »
El llanto anudóme
Oído y garganta,

Con lástima tanta
Postréme y lloré.

La voz conmovida
Seguía clamando,
El viento zumbando
Seguía á la par;
El pueblo lloraba
Postrado en el suelo,
Contaba tu duelo
La voz sin cesar.

Mi madre á sus pechos
Mi pecho oprimiendo
Posaba gimiendo
Sus labios en mí;
Y yo, Santa Virgen,
En són de querella
No sé si por ella
Lloraba, ó por tí.

Tu imágen estaba
Doliente á mis ojos,
Mi madre de hinojos
Oraba á tus piés:
Por quién lloró entonces
Mi pecho aflijido
Ya nunca he podido
Saberlo despues.

Mi madre tan jóven,
Tan bella y penada!
Mi madre adorada
Llorando también!
Perdon ¡oh María!
Soy hijo y la adoro,
Su aliento y su lloro
Quemaban mi sien.

Convulso, agitado,
En ámbito estrecho
Latir en su pecho
Sentí el corazón;
El niño creía
Y oró al crucifijo...
El niño era hijo
Y ahogó su oracion.

Há poco en mis horas
De cuita y de duelo
Amparo en el cielo
Con ansia busqué;
Tu nombre me traje
Mi fé solitaria,
Y en honda plegaria
Tu nombre invoqué.

Que yo también lloro
Mundanos pesares,
También tengo altares,
Y fé y religion:
Que el gozo y la risa
Que ostento en la frente
Del alma doliente
La máscara son.

¡Ay triste! olvidado
No hallé en mí abandono
Mas luz que tu trono,
Mas paz que tu amor;
Y ciego y perdido
Sin lumbre y sin guía,
A tí te pedía
Llorando favor.

A tí que llorabas
El día tremendo
Que viste muriendo
Al Dios de la luz :
¡Oh Madre! que el día
De cuentas y espanto
Me salve tu llanto
Al pié de la cruz!

¡Madre mia! si en tu cielo
Se oye el murmullo mundano,
Y mi cántico liviano
En su cóncavo sonó;
Si la estéril armonía
Llegó á tí del arpa loca,
Y los himnos que mi boca
Sacrilega murmuró;

Tiende los divinos ojos
¡Oh Madre! desde la altura,
Que es polvo la criatura,
Cieno y nada encontrarás;
Que en la senda de la vida
Cada paso que adelanta
Mas débil la torpe planta
Se acerca á su nada mas.
Acuérdate, Madre Virgen,
Que allá en la niñez tranquila
Por tí la clara pupila
Con mis lágrimas nublé;
Que hubo un día en que escuchando
La historia de tus pesares,
Delante de tus altares
Acongojado lloré.

Olvídate que insensato
Sin curar de tus dolores
Canté profanos amores
Del arpa lúbrica al són;
Acuérdate que nacido
De flaca y terrena gente,
Tengo de tierra la mente,
Y de tierra el corazón.
Acuérdate, Madre mia,
Que nací niño y desnudo,
Y que hoy á tus piés acudo
Mi nada al reconocer.
Que mi lengua irreverente
Cambia en himnos inmortales
Los cánticos criminales
Que alzó delirando ayer.

Pues mi postrera esperanza
En tu noble amparo fijo,
Ruega ¡oh Madre! por un hijo
Al Dios que engendró la luz.
Y en aquel tremendo día
De justicias y de espanto,
Que me salve á mi tu llanto
Al pié de la santa cruz.

NAPOLEON.

- No hay mas que yo; dobléguense los leyes
- Ante la ronca voz de mis legiones :
- Romperé el aureo-cetro de los reyes
- En su espantada frente á las naciones. •

D. JUAN DONOSO CORTÉS.

I.

Dos gigantes los siglos nos trajeron,
Los dos en el desierto se encontraron,
Cuando grandes los dos se concibieron
De hito en hito los dos se contemplaron.

Sentóse el hombre al pié del monumento,
Y el monumento dijo : *Este es el hombre;*
Y el hombre al ver desde tan alto asiento
Esta es, dijo, la cifra de mi nombre.

De sus cañones el disorde arrullo
Su altivo sér le trajo á la memoria.
« Aquí debí nacer, »—dijo su orgullo;
« Aquí debo morir, »—dijo su gloria.
Con sus ojos midió la vasta mole,
Y murmuró pasándolos al cielo :
« Quien allí su bandera no enarbole
« Una oruga no mas será en el suelo.
« No valen cien coronas una estrella,
« Ni valemos un sol todos los reyes!
« Que el tiempo airado la cerviz nos huella
« El sol alumbra y queman nuestras leyes. »

Unos grandes allí su tumba abrieron,
É intentar lo era grande solamente,
Mas pensar en su orgullo no pudieron
Que era solo á sus piés tender la frente.

Allí depositaron sus despojos
Por guardarlos así de ojos humanos
Porque al mirar su tumba humanos ojos
Se creyeran imbéciles ó enanos.

¡*Aquí está Napoleon!* dijo pasando
De la inmensa pirámide las puertas,
Y las momias de Egipto despertando
Miraron por las urnas entreabiertas.

Las huecas calaveras asombradas
El gesto inmóvil á Napoleon tornaron :
¡*Aquí está Napoleon!* y atrailladas
En derredor del vivo se juntaron.

Inclinaron las pardas osamentas
La seca frente y los desiertos ojos

Para oírle, y cayeron macilentas
 A su tremenda voz todas de hinojos.
 Contó los esqueletos transparentes
 El vivo con los suyos triunfadores,
 Y unió á los nombres de las calvas frentes
 Sus vasallos, monarcas, ó señores.
 Y no encontrando á su grandeza leyes
 Gritó hiriendo los huesos con la planta :
 « Yo soy emperador, ¿ fuera los reyes ! »
 Y su vibrante voz la turba espanta.

Revolvió entonces la imperial mirada....
 Nada en el ancho cóncavo vivía.
 Solo su desdeñosa carcajada
 Entre las tumbas resbalar se oía.

Grabó su nombre colosal en ellas
 Sello gigante de gigante gloria,
 Porque agobiado con sus hondas huellas
 Libro fuera el desierto de su historia.

Salió del corpulento cementerio
 Diciendo á los cadáveres hollados :
 « Napoleon vino á visitar su imperio. »
 Y en el desierto entró con sus soldados.

Las sombrías pirámides le vieron
 Cruzar el arenal con pié tranquilo,
 Y allá á lo lejos saludarle oyeron
 Con asombrado á Dios al ronco Nilo.

II.

El hombre no existe ahora,
 Que el tiempo al plegar las alas
 La lámpara de la vida
 El aire azotando apaga.
 Las moles allí quedaron,
 Y las osamentas calvas
 En las urnas todavía
 La voz del ángel aguardan.
 Ellas descansan tranquilas
 En su portentosa estancia,
 Que las cobija orgullosa
 Como ataud y montaña;
 Y él duerme al pié de una roca
 Entre las ondas amargas
 Donde su nombre salpican
 Las espumas y las algas :
 Porque la isla compasiva
 Le recojió en sus entrañas,
 Donde con su peso abrumba
 La lápida hospitalaria
 Al que quiso alzar el cielo
 Sustentándole en la espalda.
 ¿ Quién es el gigante ahora ?
 ¿ Quién de los dos es la página,
 Las moles de aquel desierto,
 O el nombre de las batallas ?
 Sobre ambos los huracanes
 Mugiendo y quemando pasan,

En ambos el mismo cielo
 Su noche y su luz derrama ;
 Ambos yacen solitarios
 Sin antorchas y sin guardas
 En palacios de reptiles
 Que en torno lentos se arrastran
 Sin respeto á su grandeza,
 Ni noticias de su fama.

« ¡ Aquí está Napoleon ! » dice su nombre
 Sobre las moles del desierto escrito,
 Y donde alguna vez firmó aquel hombre
 Todo nombre mortal quedó proscrito.

Delante de su nombre anonadados
 Se olvidan hoy cuantos la tumba encierra,
 Y su gloria y poder desesperados
 Envidian los monarcas de la tierra.

Miró al nacer la miserable gente
 A que el destino su destino amarra,
 Y viéndose leon alzó la frente
 Mostrando al mundo la robusta garra.

El mundo se humilló desfavorido,
 Y al rastro de su pié le ató altanero :
 El mundo entero sorprendió atrevido,
 Y un pueblo echó sobre él el mundo entero.

Numeró sus millones de soldados
 Y trepó vencedor á la montaña :
 Contó allí nuestros pueblos descuidados,
 Y entre los suyos dividió la España.

Bajó osado y alegre á la llanura
 Como á la fiesta va galan mancebo,
 Avaro de la sombra y la frescura
 De su soñado territorio nuevo.

De este jardín que coronó de flores
 Pródiga y perfumada primavera,
 Do marcan el compás los ruiseñores
 Del paso del arroyo en la pradera.

Donde brota entre juncos y espadañas
 Para dar sed la fuente cristalina,
 Y crece al pié de las pajizas cañas
 Rica de olor la rosa purpurina.

Donde el ardiente sol que nos da el día
 Tiñe la tez, los ojos y el cabello
 De la altiva morena que daría
 Antes que al yugo á la cuchilla el cuello.

Pero en vez de las zambras bulliciosas,
 Y de lindas bellezas orientales,
 Entre guirnaldas encontró de rosas
 Hierros de lanzas y hojas de puñales.

Pirámide mas dura que el desierto
 Le mostró nuestro suelo en sus jardines,
 Que supimos aquí doblar á muerto
 Con copas de cristal en los festines.

No tiene, no, el leon de ambas Castillas
 La doble garra por adorno vano ;
 Pirámides de lanzas y cuchillas
 No admiten nombre, ni buril, ni mano.

III.

¡Paz al coloso! — Formidable sombra
Tal vez mi lengua te insultó importuna;
No te ladra mordaz cuando te nombra:
Solo quien te rindió fué *la fortuna*.

Tú bien sabías que la inmensa mole
Que no llenan los hombres es el cielo,
Quien allí su bandera no enarbole
Una oruga y no mas será en el suelo.

Él te enseñó que los colosos huella
El tiempo al fin con iracundas leyes,
Que cien tronos no valen una estrella,
Y no valeis un sol todos los reyes.

Dijiste: « *Soy el grande de la tierra,*
« *No tengo en ella ya digno enemigo.* »
Grande mi patria te llamó á la guerra:
Porque eras grande tú, lidió contigo.

LA SORPRESA DE ZAHARA (1).

ROMANCE DE 1481.

I.

Está Zahara en una altura
Entre montaña y colina
Sentada en la peña dura,
Que asoma la cresta oscura
Por entre Ronda y Medina.

Cuando encienden los cristianos
De noche hogueras en ella,
No distinguen los paisanos
Si son sus fuegos lejanos
Luz de atalaya ó de estrella.

Y al bajar al occidente
Confunde la luz del sol
Las lágrimas de la fuente
Y el arnés resplandeciente
Del centinela español.

Y si alguna nube errante
Del valle exhalada sube,
Parece el pendon flotante
Hijo de la blanca nube
Que va saltando delante.

Allí los moros pusieron
Sus atalayas un día;
Un foso despues abrieron,
Y la villa concluyeron
Porque el invierno venia.

Tuviéronla muchos años
De los cristianos guardada,
Y con mil modos estraños

Causáronles muchos daños
En guerra tan prolongada.
Que á la sombra guarecidos
De las huertas y olivares
Bajaban como bandidos,
Y robaban atrevidos
Alquerías y lugares.

Los cristianos toleraban
Con rabia tales desmanes
Y vengarse meditaban,
Mientras ufanos ocupaban
La villa los musulmanes.

Estos, por cierto, valientes,
Eran pocos, confiados
En el brio de sus gentes;
Los otros, que eran prudentes,
Los cojieron descuidados.

Con fosos y torreones
Guarda hoy la morisca villa
En sus pardos murallones
Los sobrepuestos blasones
De Aragon y de Castilla.

Que los nuestros la asaltaron
Y guardarla no supieron
Los moros que la fundaron;
Cinco veces la ganaron
Y otras cinco la perdieron.

Por eso los vencedores
Alzaron doble muralla,
Y alzaron torres mayores
Para quedar los mejores
En el sol de la batalla.

Por eso una sola senda
Dejaron en todo el cerro,
Porque mas fácil se atienda
La sola puerta de hierro
Si se empeña la contienda.

Por eso están los cristianos
Malamente entretenidos,
En casa de los villanos,
En pensamientos livianos
Con las mozas divertidos.

Que osados y licenciosos
Son ademas los soldados
Cuando en puestos apartados
Les dejan vivir ociosos
Por fuertes ó por cansados
Pero avaros de venganza
Mas advertidos los moros
Hicieron punta á su lanza,
Mientras ellos en holganza
Jugaban zambras y toros.

« De mas á esos perros ya
« La villa estuvo sujeta, »
Dijeron; « vamos allá,
« Que por nosotros está
« La voluntad del Profeta. »
Misteriosa expedicion

(1) Esta poesia se publicó en el periódico *El Español* tal como está: el autor se ha abstenido de hacer en ella algunas correcciones de que tenia por cierto grave necesidad; pero acaso corregida sería enteramente nueva.

Propusieron á tal fin;
 Y para aquesta ocasion
 Dieron gentes en union
 La Alhambra y el Albaicin.
 Salió el viejo rey Hazen
 Con gente muy escojida,
 Y dicen los que le ven :
 — « Alá te lleve con bien
 « Y vuelvas con honra y vida. »
 Saludóles al pasar
 El musulman con la mano,
 Diciendo, el arco al cruzar :
 « — Le tengo de festonar
 « Con cabezas de cristiano. »

—
 La tarde estaba nublada,
 El viento ronco mugia
 Y gruesa lluvia pesada
 La noche apenas entrada
 En anchas gotas caia.
 Veló medrosa la faz
 La luna entre nubes pardas,
 Y brilló en la oscuridad
 El relámpago fugaz
 En broqueles y alabardas.

Caidos los martinetes
 Sobre las mojadas telas
 Revueltas en los almetes,
 Caminaban los ginetes
 El todo hasta las espuelas.

Mohino el rey por demás
 Iba escuchando el rumor
 De los pasos á compás,
 Despues iba un atambor
 Y los soldados detrás.

Iban entre los peones
 En vez de picos y palas
 Y estrepitosos cañones,
 Muchos moros con escalas
 Para entrar los torreones.

La luz del siguiente dia
 Apenas cumplida fué,
 Ya Zahara se descubria;
 Llegó la noche sombría
 Y la tocaron al pié.

Contó el rey cuidadosamente
 Las hogueras y señales,
 Consultando diligente
 Sus espías y su gente
 Partió en dos bandas iguales.

Guardando el cerro dejó
 Los ginetes y escuderos ;
 Y él mismo despues trepó
 Con algunos caballeros
 Y soldados que tomó.

Seguia la tempestad,
 Zumbaba agitado el viento

Rodando en la oscuridad
 Y azotando la ciudad
 Con temeroso concento.

Se oia caer bramando
 La lluvia de las montañas
 De peña en peña chocando,
 A la llanura arrastrando
 Espinos, olmos y cañas.

Y en el alto torreón
 Aturdido el centinela
 Murmuró humilde oracion,
 Acurrucado al rincon
 De la covacha en que vela.

Y al calor de su gaban
 Con el monótono arrullo
 Que allí las aguas le dan,
 Durmió rendido su afán
 Oyendo el vago murmullo.

Soltó la lanza su mano,
 Fijó el rostro en la rodilla,
 Y así soñó el veterano
 Una aurora de verano
 En un lugar de Castilla.

II.

Es grato en el blando lecho
 Oir el viento que brama,
 Y el agua que se derrama
 Sobre los techos rodar,
 Oir en la estrecha calle
 El rumor acelerado
 De las armas del soldado
 Que acaban de relevar.

Y en confuso remolino
 Oir crecer la tormenta
 Que cambia al pasar violenta
 Las veletas del metal.
 Y oir zumbar sacudida
 La mal sujeta campana,
 Y oir en la ancha ventana
 Temblar hendido el cristal.

El desvelado maldice,
 El tímido infante llora,
 La madre le mece y ora
 Con religioso pavor :
 El enfermo se acongoja
 Y el amante desespera,
 Que acaso vela y le espera
 Entre las rejas su amor.

Los de Zahara silenciosos
 O velaban ó dormian :
 Solo en la villa se oian
 En la densa oscuridad
 El agua de las goteras,
 El vago mugir del viento
 Y el ronco y medroso acento
 De la negra tempestad.

Solo en apartada torre
Del mal guardado castillo
Con el fulgor amarillo
De una lámpara al morir,
Velan algunos soldados
Y se siente desde fuera
El rumor de una quimera
Y jurar y maldecir.

Se sienten sus carcajadas,
Sus apodosos insolentes,
Que en todo hallan tales gentes
Contentamiento y placer.
Se juntan en borracheras
Para acabarlas riñendo,
Y vuelven en concluyendo
Desde reñir á beber.

Y en el calor de las orgías
Y el vapor de los licores
Disertan de sus amores
En obsceno platicar;
Que su lengua irreligiosa
Sin respetos y sin vallas
Solo de sangre y batallas
O mugeres ha de hablar.

De estas se miran algunas
Con los soldados mas mozos
En impúdicos retozos
Y deshonesto ademan,
Que osadas y descompuestas
O blasfemando ó riñendo
Hasta embriagarse bebiendo
Desatinadas están.

La trémula llamarada
De una hoguera agonizante
Presta á su rudo semblante
Una espresion mas feroz;
Y recibiendo la bóveda
La algazara en su ancho hueco
Remeda con largo eco
La desentonada voz.

Harto de vino y de amores
En dos bancos apoyado
Cantaba un viejo soldado
Al són de un roto rabel,
E hiriendo á compás la mesa
Con plato, copa ó cuchillo,
Ahullaban el estribillo,
Ellos y ellas con él.

Brindaban, y á cada brindis
Insensatos blasfemaban,
Y reian y danzaban
Completando la embriaguez;
Y sus sombras en silencio
Gigantescas agitadas
Cual fantasmas convidadas
Erraban por la pared.
— «¡A ellos!» — gritaron voces,
Y entraron el aposento

Diez á diez y ciento á ciento
Los moros del rey Hazen,
Y apenas á las espadas
Acudieron los cristianos,
Les cercenaron las manos
Y las cabezas tambien.

Lidieron acaso algunos,
Pero tantos les entraron,
Que al fin los acuchillaron
Con las hembras á la par.
A los gritos de los moros
Los cristianos despertaban;
¡Pero los tristes se hallaban
Cautivos al despertar!

La soñolienta pupila
Prestaba crédito apenas
A las cuerdas y cadenas
Con que atados dos á dos
Por los árabes se vieron
A quienes con lengua y ojos
Pedian piedad de hinojos
En el nombre de su Dios.

Las lágrimas de las madres,
De los niños los sollozos,
Los esfuerzos de los mozos,
El dolor de la vejez,
Son inútil resistencia,
Porque á todos los infieles,
Atados como lebreles
Los arrastran á la vez.

En vano lucha la virgen
Desesperada con ellos,
Que con sus propios cabellos
Mordaza ó cordel le dan;
En vano niños y enfermos
Yacen sin fuerzas postrados,
En tropel como ganados
Todos á los hierros van.

Fueron por Dios tristes horas
Las de noche tan sangrienta;
¡A quien de allá pidan cuenta
Malas cuentas ha de haber!
Que si hay justicia en los cielos
De tanta vida inocente,
Una vida solamente
Ha muy mal de responder.

III.

Medrosa de tanto duelo
Subió al oriente la aurora
Entre cortinas de nubes
Que la apagan ó la embozan.
Lloraba el cielo por ellas
Hilo á hilo, y gota á gota,
Sin que el sol tornasolara
Las lágrimas con que floran.
Andaba el aire aturdido

Sin hallar sitio en la atmósfera,
 Que asaltada por la lluvia
 Entre la lluvia se ahoga;
 Y tanta gala los cielos
 Ostentan cuando la acosan
 Que con mundos de cristal
 La bloquean y la toman.
 Lloraba el cielo por Zahara
 Que acaso por pecadora
 La castiga, y ver no quiere
 Los males con que la azota.
 Cerróse en agua, y con ella
 Cerró su misericordia;
 Vendó con nieblas sus ojos,
 Y su clemencia hizo sorda
 Por no ver al rey Hazen
 Que en medio la gente mora
 Amarró dos mil cristianos
 Al carro de su victoria.
 Cabalgaba el agareno
 Sobre una yegua de Córdoba
 Con la crin hasta el estribo,
 Y hasta la tierra la cola :
 Y como el cielo la empapa
 En las aguas que la mojan,
 La cola y la crin parecen
 De espumas, algas y esponjas.
 La plaza cercan los moros
 Donde dos á dos arrojan
 Los cristianos que cautivan,
 Los cautivos que sollozan.
 Allí mugeres y ancianos,
 Allí vírgenes y esposas
 Juntan á golpes y á gritos
 Entre algazara y chacota.
 Casi desnudos los llevan
 A todos por mas deshonra
 Hasta el centro de la plaza,
 Donde á la intemperie opongan
 La desnudez de las carnes,
 Su temblor y sus congojas;
 Y á los ojos de los moros
 Los defectos de las formas
 O las castas perfecciones
 Que con torpes ojos hozan.
 El noble rostro hácia el suelo
 Dos tristes vencidos tornan,
 Por ocultar en los ojos
 Las lágrimas con que lloran :
 Que la libertad perdida
 Sin infamia nos agobia,
 Pero mata y avergüenza
 Perder libertad y honra.
 Caiales por los hombros
 El agua, porque furiosas
 En su cabeza las nubes
 Reventadas se desploman;
 Que cuando al fin Dios castiga

Muestra su justicia toda,
 Pues la maldad de los hombres
 Toda su clemencia agota.

Mandó Hazen que los cristianos
 Guardados por buena escolta
 Vayan delante á Granada
 Por la vereda mas corta;
 Mas viendo que los ancianos
 Y los enfermos le estorban,
 A su guardia de Gomeles
 Dijo impaciente en voz ronca :
 « Llegarán los que llegaren,
 « Los mozos á las mazmorras,
 « Las muchachas al serrallo
 « Y los viejos á la horca. »

Preparan los granadinos
 Bohordos en Vibarramba,
 Torneos para los nobles,
 Para el pueblo luminarias.
 Cuelgan de púrpura y blanco
 Miradores y ventanas,
 Y el populacho á las puertas
 Al rey impaciente aguarda.
 En la vega están los ojos
 Y en la via de Zahara,
 Que el rey envió corredores
 A decir que está ganada.
 Añfiles y atabales
 Por honra y por fiesta sacan,
 Y en corros moros y moras
 Gritando y riendo saltan.
 « Viva el rey, » dicen algunos,
 Y otros gritan : « muera Zahara; »
 Y todos á los vencidos
 Insultan, mofan é infaman :
 Que siempre quien vence grita
 Porque los vencidos callan,
 Porque las lenguas se sueltan
 Donde las manos se atan :
 Porque la risa provoca
 Tal vez la agena desgracia,
 Y al que nace desdichado
 Hasta compasion le falta;
 Que quien cae pone á los otros
 Para que pasen la espalda,
 Y maldicion es que lloren
 Algunos lo que otros cantan.
 Así ondean los pendones
 En las torres de la Alhambra,
 Así Granada la bella
 Se viste imbécil de gala
 Cantando hoy loca las glorias
 Que ha de maldecir mañana.
 Venir se ven los cautivos
 Entre la neblina parda
 A pasarse descompasados

Como los cautivos andan :
 Que como el alma les pesa
 Asi les tiembla la planta.
 Delante y detrás los moros
 Y por los lados los guardan
 Los alfaques en la diestra,
 Los broqueles á la espalda.
 Siguen despues los ginetes
 Y nobles con el monarca,
 Los lanzones en la cuja,
 En el arzon las adargas;
 Mostrando bien los caballos
 En su perezosa marcha
 La fatiga del camino,
 Lo largo de la jornada ;
 Que traen el arnés mohoso,
 Deslucidas las gualdrapas;
 Hasta las crines el lodo,
 Desde las crines el agua.
 Cuando á la puerta de Elvira
 Los zahareños llegaban
 Cantaba el pueblo su triunfo
 Con vítores y algazara.
 Aplaudian con las manos,
 Con panderos y sonajas,
 Al són de los duros hieiros
 Que los otros arrastraban.
 Cesó de pronto el aplauso,
 Susurraron en voz baja
 Palabras que nadie oia ;
 Pero todos murmuraban.
 Ojos habia en la turba
 Oscurecidos con lágrimas,
 Y ojos que con luz sombría
 Para maldecir miraban.
 Desnudos y á la intemperie
 Los prisioneros entraban,
 Ancianos, madres y niños
 Entre broqueles y lanzas,
 Sin respeto á su inocencia,
 A su sexo y á sus canas.
 Las madres sus muertos hijos
 Traian desesperadas
 En los maternales brazos
 Y en los brazos de su alma.
 Movidos á compasion
 Los moros de pena tanta
 Sus ojos de los cautivos
 Indignados apartaban.
 Las madres libres llorando
 Atropellando los guardias,
 A las cristianas cautivas
 Sus propias telas regalaban,
 Y parten los alimentos
 Que á los moros preparaban,
 Entre los tristes esclavos,
 Que los devoran con ansia.
 Algunos mas altaneros

Acaso los rehusaban,
 Que el pan de la esclavitud
 Entre los labios amarga.

Alzóse Muley Hazen
 En los estribos de plata
 Viendo la piedad del pueblo
 Y la miseria cristiana.
 Rabioso de que la plebe
 Le eche su crueldad en cara,
 Atropelló con su yegua
 Por la turba aglomerada,
 Dividiendo asi los moros
 Y los esclavos de Zahara.
 « ¡ Adelante ! » gritó airado
 Con la voz ronca de rabia ;
 « Todos son esclavos míos,
 Al serrallo las muchachas,
 Los mozos á las mazmorras
 Donde mas á luz no salgan,
 Y los viejos que los maten,
 Pues no me sirven de nada. »
 Calló el pueblo amedrentado,
 Obedecieron las guardias,
 Y el rey subió con los nobles
 A toda rienda á la Alhambra.

IV.

Sentado está el rey Hazen
 En un morisco almohadon,
 Y muchos moros se ven
 Cruzar el ancho salon
 Para darle el parabien.
 A las puertas, reverentes
 Delante su rey se paran,
 Doblando humildes las frentes ;
 Que al rey miran tales gentes
 Como al mismo Dios miraran.
 Mirra y esencias de flores
 Arden en pebetes de oro,
 Y el sol de los miradores
 Anubla el humo de olores
 Que avaro respira el moro.
 El aire colman de ruido
 Dos fuentes azafranadas,
 Y en su murmullo perdido
 Se oye el trinar dolorido
 De las aves enjauladas :
 Porque en nichos de cristal
 Cerradas las hay tan bellas
 En la bóveda oriental,
 Que el aire parece mal
 Solo porque está sin ellas.
 Las miró el viejo Muley
 Y viéndolas suspiró —
 « En vano me llaman rey, »
 Dijo, « ¡ como ellas yo
 « Esclavo soy de mi ley.

« Que penan ellas asi
 « En ese encierro imagino ;
 « Mas ellas placen ahí,
 « Y en eso quiso el destino
 « Diferenciarlas de mí. »
 Volvió con tal pensamiento
 A suspirar otra vez,
 Bajó el rostro macilento,
 Pero repuesto al momento,
 Demandó con altivez :
 « ¿ Los cristianos qué se hicieron? —
 — En las mazmorras están
 En cadenas, respondieron.
 — « ¿ Los condenados murieron? »
 — Si no han muerto morirán.
 Volvió el rey á meditar
 De los suyos recelando,
 Y siguieron á la par
 Las fuentes su susurrar
 Y los pájaros cantando.
 — « Alá nos dió la victoria, »
 Siguió el rey : « ¿ qué dicen de ella? »
 Todos callaron : « fué gloria
 « Ganarles villa tan bella. » —
 « Tendránlo á fé en la memoria. »

Harto el rey Hazen habló ;
 Los cortesanos callaron,
 Que el pueblo indignado vió
 Que los cautivos entraron
 Como perros que él ató.

Y los moros presentian
 Que la tregua quebrantada,
 Los cristianos entrarían
 Por las vegas de Granada
 Y á Zahara no olvidarían.

Por eso ante el rey estaba
 La turba sin contestar,
 Que mal con su rey andaba
 Desde que vido que mandaba
 A los viejos degollar.

Callaba Muley Hazen,
 Sin hallar paso mejor ;
 Que sabe el príncipe bien
 Que sangre mancha también
 El laurel del vencedor.

Corrían entrambas fuentes,
 Trinaban los ruiseñores,
 Y el sol en ambas corrientes
 Sus rayos mas transparentes
 Deshacía en mil colores.

Los vidrios de las ventanas,
 Contornos dando á sus sombras,
 Estampaban las formas vanas
 De sus historias livianas
 En las moriscas alfombras.

El silencio á interrumpir
 Vino una voz de dolor :
 « Preparaos á morir »

Se oía á gritos decir
 A un hombre en un corredor.

Todos el rostro tornaron
 Impacientes á la entrada,
 Y repetir escucharon :

« Tus glorias se marchitaron ;
 « ¡ Ay de tí, bella Granada ! »

Entró el hombre en el salon
 De musulmanes cercado :
 Érase el tal un santón
 Que vivía en la oración
 Del tumulto retirado.

Pasó la noche corriendo
 Gritando en la oscuridad : —
 « Granada, los estoy viendo :
 « ¡ Ay de la hermosa ciudad,
 « Tus muros están cayendo ! »

Los moros viéndole entrar
 Delante se le inclinaron,
 Y él siguió en su predicar : —

« Los estoy viendo llegar
 « Y vuestros días contaron !
 « ¡ Ay de tí ! la desdichada
 « Ciudad reina de ciudades,
 « Por el cimiento horadada,
 « Los cielos en tí, Granada,
 « Lloverán calamidades.

« Es en vano resistir :
 « ¡ Ay de tí, reina de oriente !
 « Alá te manda morir,
 « Los estoy viendo venir ;
 « ¡ Ay ciudad ! ¡ ay de tu gente ! »

Harto ya Hazen de escucharle
 Furioso le preguntó : —

¿ Quién eres? Sin contestarle
 Gritando el santón siguió,
 Y el rey volvió á preguntarle :

« Enviado soy de mi Dios ; »
 Dijo el moro, « y díome el cielo
 Un mensaje para vos. »

Y el rey : — « Pues ve que en suelo
 « No hay mas oídos que dos. »

Siguió entonces el santón
 Muy loco ó muy confiado
 Su doliente relación,
 Con el monarca encarado
 Y á guisa de inspiración.

« La tregua está quebrantada
 « Y á muerte al traidor sujeta.

« ¡ Ay de tí, bella Granada,
 « Cayó en tí, desventurada,
 « La maldición del Profeta !

« Borrada su suerte hallé
 « Del pensamiento divino ;
 « Por tí, ciudad, mucho oré,
 « Y para leer tu destino
 « Hasta el cielo penetré. »

Oyóle Hazen un momento,
 Y enfurecido además,
 Dijo, dejando su asiento :
 « ¡ Quien leyó en el firmamento
 « No puede llegar á mas ! »
 La turba ve estremecida
 La rabia del rey, y calla,
 Y el rey dijo á su salida : —
 « Quitad á ese hombre la vida
 « En lo alto de la muralla.
 « Cuando vengan los cristianos, »
 Siguió volviendo á los moros,
 « Lanzas tenéis en las manos,
 « Cerrad con ellos, villanos,
 « Como cerrais con los toros. »

A LOS INDIVIDUOS ARTISTAS

DEL LICEO.

NOVIEMBRE DE 1837.

I.

Allí está lo que el mundo llama mundo
 Arrastrándose imbécil por la tierra,
 Ese reptil raquitico é inmundio
 Que en el sepulcro su ambición encierra.

Allí está con sus circos y jardines,
 Vano de amor y espléndido de amores,
 Mal envuelto entre farsas y festines,
 Como esqueleto entre marchitas flores.

Vestido está de alcázares y escudos;
 Mas torpe esclavo de egoistas leyes
 Lleva sus pueblos á danzar desnudos
 En derredor del lujo de sus reyes.

¡ Vano placer ! ¡ quimérica algazara !
 ¡ Flor de una aurora, sola y pasajera... !
 De cerca un cementerio nos mostrara
 Al resplandor de moribunda hoguera.

Los hombres de ese mundo no son hombres,
 Las mugeres de allí no son mugeres,
 Ellos cubren su nada con sus nombres;
 Y ellas no tienen mas que sus placeres.

Cuando Dios, que les dió el ánima noble,
 Las ánimas demande enfurecido,
 Su ángel de hinojos con vergüenza doble
 Señor, contestará, ¡ las han perdido !

Autómatas que viven porque viven,
 Hoy al rumor de estrepitosa orquesta
 El ageno renombre que reciben
 Llevan como sus padres á una fiesta.

Contentos con sus vanos oropeles
 Atraiando al cuerpo el pensamiento,
 De un heredero nombre hacen laureles,
 Gloria y valor del alto nacimiento.

Cielo es para ellos el azul que miran,
 Es la tierra un inmenso anfiteatro,
 Y ellos que en esa atmósfera respiran
 Los actores tal vez de ese teatro.

Y en tanto que en sus necias pantomimas
 Se gozan y en estúpidos placeres,
 Canta el poeta en gigantescas rimas
 El sér tremendo que abortó los seres.

Pinta el pintor el cielo y los colores
 Arrebata la luz al mediodía,
 Y el músico á los vientos bramadores
 A las aves y fuentes la armonía.

Hijo de rey, conquista su corona,
 Hijo de Dios, como su Dios concibe,
 Que con sus obras su nobleza abona,
 Y no infama su estirpe mientras vive.

Noble es el grande y grande es el valiente,
 Quien por ser como Dios como Dios crea,
 Ese es el noble que alzará la frente
 Trepando al sol hasta que sol se crea.

Ese á la tumba bajará ignorado,
 Ese en la tierra vivirá mendigo,
 A ese nada los hombres le hemos dado,
 Su padre que fué Dios será su amigo.

Y cuando él, que le dió el ánima noble,
 Las ánimas demande enfurecido,
 Dirá el ángel con orgullo doble
 Hombre le hicistes, ángel le he traído.

Es grande quien nace esclavo
 Y baja al sepulcro rey,
 Cambiando altivo en diadema
 Los hierros que atan sus piés.
 Es grande el hombre de polvo
 Que meditando en su sér
 Del sol envidia los rayos
 Por brillar tanto como él.
 Quien en un cuerpo mezquino
 Un alma gigante ve,
 Y hacer lo que Dios pretende
 Porque hijo de Dios se cree.
 Quien sintiéndose con alas
 Se arroja el viento á romper
 Y va osado á las estrellas
 A preguntarlas *quién es*.
 Ese es el grande y el noble,
 Ese es el hombre por quien
 Hizo un Dios en siete días
 Del cielo un ancho dosel,
 De toda la tierra un trono,
 De una existencia un placer,
 Del sol una eterna hoguera,
 Y apenas el hombre fué,
 Tendió el mar en la llanura
 Por alfombra de sus piés.
 No es noble ¡ viven los cielos !
 Quien muestra un viejo bróquel.

Por sus abuelos ganado,
 Que derribando á cercen
 La cabeza de algun moro
 Le hicieron suyo despues,
 Dividiendo en cuarteles
 Los heraldos para él.
 No es noble quien pasa el dia
 Encerrado en un haren
 Entre eunucos y mugeres
 Como impúdica muger,
 Guardando del sol la frente,
 Y de la arena los piés,
 Con un altar y un serrallo
 Y el alma estéril sin fé.
 No es noble quien cuenta ufano
 En su alcázar cinco, diez,
 Veinte nombres en hilera
 Colgados en la pared,
 Al pié de veinte retratos
 De veinte nobles como él.
 No son la virtud y el genio
 Cetro y corona de rey,
 Ni se heredan como escudos,
 Que el oro compra tambien;
 Los escudos enmohecen,
 Los tronos pueden caer,
 Pero la virtud y el genio
 Se levantan de una vez,
 Eternos como su estirpe,
 Que solo Dios les da el sér.

II.

Nobles al cielo subireis vosotros
 Con esa gloria que buscáis inquietos,
 Y aquí en la tierra dejarán los otros
 Sus armas, y detrás sus esqueletos.

Que empieza en el sepulcro vuestra gloria
 Que hoy el mezquino mundo menoscaba,
 Porque el placer del mundo y su memoria
 Llega á la tumba y en la tumba acaba.

Ellos la suya comprarán con oro
 Porque su mármol su nobleza abona,
 La vuestra en vez de mundanal decoro
 Solo un nombre tendrá y una corona.

En ella colgarán vuestros laureles
 Porque duerma tranquila la cabeza,
 Y al pié pondrán el arpa y los pinceles
 Que al mundo contarán vuestra nobleza.

Vuestra nobleza, mágicos pintores
 Que de la creacion rasgando el velo
 Formáis como Jehová luz y colores
 Para vestir la lobreguez del suelo.

Él ocultó la voz de la armonía
 En el torrente y en la selva en vano,
 Allí, músicos, fué vuestra osadía
 A sorprenderla con robusta mano.

Alzándose al Señor templos y altares,
 Y allí fueron poetas y pintores,

Vosotros le ensalzásteis con cantares
 Porque os dieron su voz los ruiseñores.

Los ángeles le cantan en el cielo,
 Y le cantáis vosotros en la tierra,
 Mientras de hinojos en el sacro suelo
 Escucha humilde el hombre, ora y se aterra.

Un solo libro nuestra Iglesia tiene
 Que poetas cantaron y escribieron...
 O al alma Dios de los poetas viene,
 O ellos un Dios en su cantar mintieron.

No importa que hoy ignorados
 Cruceis el desierto mundo,
 Sin corona y sin blasones
 Que doren el nombre oscuro:
 Que ley es morir mañana
 Que á todos Dios nos impuso,
 Y despues de vuestra muerte
 Cercarán vuestro sepulcro
 Los que aborrecen en vida,
 Y al grande envidian difunto.
 Perros que ladran cobardes
 En torno un toro robusto
 Que yace rendido en tierra
 Acogotado entre muchos.
 Los que aman oro en la tierra
 Y de sus honras el humo,
 Ladran á los piés del genio
 Sin que sus gritos agudos
 Al tocar en sus oídos
 Turben la paz de su orgullo.
 Y si á envidiar van sus rayos
 En derredor de su túmulo,
 No temáis, no, para entonces,
 Porque sus ojos confusos
 Si osan mirar vuestra lumbre
 Han de cegar á su impulso.
 Pues aunque á despecho brille
 Del alma imbécil de muchos,
 Ocultarla podrán todos,
 Pero apagarla ninguno.

EL AMOR Y EL AGUA.

EL AMOR.

— « Pues en tí, fuente, se mira
 Porque su beldad retrates,
 Y los rayos de sus ojos
 Reverberan tus cristales;
 Deja, fuente, que los míos
 Agua en tus aguas derramen,
 Que las aguas con las aguas
 Se borran ó se deshacen:

Porque si sueltos dejara
 Entrambos á dos raudales
 Pusieran fuego á la tierra
 Segun al verterlas arden.
 Y al menos como en tus ondas
 No han de quedar sus señales,
 El consuelo de no verlas
 Hará que menos amarguen.
 Como á ella, pues, la duplicas
 Sus contornos celestiales
 Haz reflejando mi duelo
 Que yo mismo me acompañe.
 Engañame con mi sombra
 Porque yo mismo me engañe
 Pensando que lloran dos
 Uno en mí, y otro en mi imagen.
 Porque tú no sabes, fuente,
 Cuanto endulzan los pesares
 Las lágrimas de otro triste
 Que llora duelos iguales.

Pero ya que no me guardas
 Por traicion ó por desaire
 Sobre tus aguas sus formas
 Porque yo aquí no las halle,
 Deja que llorando en ellas
 Que salga al jardin aguarde
 Por verla pasar de lejos
 Aunque indiferente pase :
 Pues he de ser tan humilde
 Y tan respetuoso amante
 Que porque no la dé en ojos
 El disgusto de encontrarme,
 He de volverme de espaldas
 Mirando hácia tus cristales.
 Pero prométeme, fuente,
 Que si por fortuna sale
 Cuando yo mire tus ondas
 Tus ondas me la retraten.

Así á tu blando murmullo
 Enagenadas las aves
 A compás del agua trinen
 Enamorados compases ;
 Así juguetonas vengan
 En tu corriente á bañarse
 Robando al alba matices
 Que por tus espejos cambien.
 Y tantas á verte acudan
 Que cuando el sol se levante
 Piense que en vez de rocío
 Las nubes lloraron aves.
 Así te arrullen las hojas
 Que tapizan esos árboles,
 Porque no sientan las flores
 Que si te adormeces, calles.
 Así en tí las flores viertan
 El bálsamo de sus cálices
 Brotando de hoy á porfía
 En tus bordes á millares ;

Y así cayendo tus aguas
 Desde la taza de jaspes
 A gotas las tornasole
 El rojo sol de la tierra ;
 Y partiéndolas en hebras
 Cuando como espejos salen
 Las rice, columpie y trencé
 Suelto y revoltoso el aire. » —

EL AGUA.

— « Bien pensé, amor, que eras loco,
 Mas no que tan loco fueses
 Que buscaras en mis ondas
 Tus hermosuras rebeldes.
 Si las hermosas se miran
 En el cristal de las fuentes,
 Es porque el perfil se borra
 Cuando el lindo rostro vuelven.
 Que si en el cristal quedaran
 Sus imágenes perennes,
 Por celos de aquella copia
 No se asomaran á verse.
 Vano consuelo es que quieras
 Ver la tuya en mi corriente
 Para que viendo tu sombra
 Con tu sombra te consueles.
 Porque si tal es el fuego
 Que tus turbios ojos vierten,
 Tal hará que hierva el agua
 Que tu sombra no refleje.

Mas si al jardin como dices
 Por tu ventura saliere,
 Que le has de volver la espalda
 Si te lo persuades, mientes.
 Que ó por postrarte á sus plantas —
 O porque mejor te viere
 Iraste loco tras ella
 Aunque de verte le pese :
 Y si te pinto su imagen
 En mis aguas transparentes,
 Acaso en tu desvario
 Tanto por ella te ciegues,
 Que para abrazarla osado
 Por mis ondas atropelles,
 Confundiendo ambos retratos
 Con barro, algas y peces.

No estrañes que tal te diga,
 Amor, si oirme te ofende,
 Que segun lo que deliras
 No es estraño que tal piense.
 Y has de saber, pues en premio
 De mi compasion me ofresco
 Que sol, aves, hojas, flores,
 Amoras me requiebren,
 Que aunque tú no lo mandarás
 En esto ellas te obedecen :
 Pues si las aves me trinan
 Es porque mis aguas beben :

Si los árboles me arrullan
 Es porque yo les remede;
 Si las flores me embalsaman
 Porque mis aguas las rieguen;
 Y si el sol me tornasola
 Es porque yo le refleje,
 Y el aire es tan galán mío
 Que imposible me parece
 Que ondular puedan mis hebras
 Sin que blando me las bese,
 Y revoltoso jugando
 Las rice, columpie y trence. » —

A LA MUERTE DE...

¿Qué te harás sola en el sepulcro lóbrego
 Sin oír las palabras de un amigo?
 Si al menos ¡ay! los días que me restan
 Bajo la húmeda losa
 Pasara yo contigo!

Yo cubriría con mi cuerpo el tuyo
 Cuando la lluvia fría penetrara
 La piedra que te oculta de mis ojos,
 Y el cierzo de la noche
 Tus sienas no tocara.

Y mis manos la yerba arrancarían
 Que creciera en la tumba abandonada,
 Y alejaría el fétido gusano
 Que se arrastrara hambriento
 Con su sorda pisada.

Mas tú ¡alma mía! por tus rubias trenzas
 Bullir le sentirás y por tu frente
 Sin poder rechazarle, mientras el hombre
 Contemplará tu tumba
 Con ojo indiferente.

Si al fin quedaran las almas
 Velando el difunto cuerpo
 En pláticas amorosas
 Con las almas de otros muertos;
 Si al fin así descansarás
 Bajo el pabellón del cielo,
 Sin que el tumulto del mundo
 Turbara nunca tu sueño;
 Si el amor que se hubo en vida
 Muriera en el cementerio
 Y no hubiera en otro mundo
 Memoria del mundo nuestro...!
 Mas ¡ay! que vendrán los hombres
 Falsas plegarias mintiendo
 Todos los años un día
 A visitar vuestro lecho.

Vendrán con sus oropelos,
 Sus farsas y devaneos,
 La vanidad en el alma,
 La vida en el pensamiento.
 No á mullir vuestras almohadas,
 No á daros santos consuelos
 Derramando en vuestras tumbas
 Las flores de los recuerdos,
 No á reconocer su nada
 En los despojos del tiempo,
 No á ver lo que sois vosotros
 Para ver lo que son ellos:
 Que aunque un espejo es la tumba,
 Cubrir su cristal supieron
 Con velos de mármol y oro,
 Cuyo cortinaje espeso
 Robando al cristal las luces
 Impide que á sus reflejos
 El vidrio fatal les pinte
 El polvo donde nacieron.
 No: que vendrán á deciros
 Que han mentido en otro tiempo
 Cuando al daros un sepulcro
 « *Dormid en paz,* » os dijeron.

Mas habrá un cielo por dicha
 Detrás de ese cielo azul
 Donde irán, paloma mía,
 Los que mueren como tú.
 Allí vivireis tranquilos
 En alcázares de luz,
 Con los ángeles que velan
 Por vuestra santa quietud
 En pabellones de estrellas
 Alfombrados de tisú,
 Libres de ingratos recuerdos
 De la desdicha comun;
 Porque al abrirse las puertas
 Del misterioso atahud
 Hallan paz, vida y contento
 Los que mueren como tú.

Que fresca brisa serena
 Halague tu casta sien,
 Del bello jardín de Eden
 ¡O purísima azucena!
 Duerme pacífica, si,
 En un lecho de alelí
 Que te formen para tí
 Los ángeles del Señor,
 Y en un porvenir risueño
 Duerme, duerme, dulce dueño,
 Y que te vele tu sueño
 Un espíritu de amor.

Y dé placer á tu oído
 Susurrando mansamente

De alguna encubierta fuente
 El misterioso ruido.
 Y en tus ensueños de paz
 Te preste grato solaz
 Con su armonía fugaz
 Algun lejano laud;
 Y por tu mente resbale
 Aérea ilusion que Iguale
 De blanca luna que sale
 A la trasparente luz.

Mientras en brazos del destino
 En las tinieblas que estoy
 A ciegas buscando voy
 De tu morada camino.
 Y pasan las horas mías
 Como turbias ondas frías,
 Que sus revoltosos días
 Sañudo invierno formó:
 Como barquilla que mece
 Ruda tormenta que crece,
 Cual se agosta y desaparece
 Flor que en la nieve brotó.

LA ORGIA.

La sombra nos cobija
 Con su tapiz de duelo:
 Cansado ya del cielo
 El sol se hundió en la mar.
 El mundo duerme imbécil,
 Vacilan las estrellas,
 En torno á las botellas
 Venid á delirar.

Venid, niñas sedientas
 De libertad y amores,
 Que fiestas y licores
 Dan libertad y amor.
 Húmedos de esperanza
 Traed los ojos bellos,
 Sin trenzas los cabellos,
 La frente sin rubor.

La vida es una farsa
 Hipócrita y demente,
 Y el mundo indiferente
 Se cansa del placer;
 El mundo se ha dormido;
 Romped vuestros papeles,
 Dejad los oropeles
 Que vano os prestó ayer.

Dejad de esa comedia
 El torpe fingimiento,
 Ahogad el preso aliento
 Con larga libación.

La sombra, si ese cielo
 Su luz tiende importuna,
 Envolverá la luna
 En tocas de crespon.

¡Oh! lejos de los ojos
 De la curiosa plebe
 La copa en que se bebe
 Nos abre un ancho Eden;
 El fondo cristalino
 Las luces multiplica,
 Y de vapores rica
 Perfuma nuestra sien.

Los labios defrenados,
 La lengua desatada,
 En larga carcajada
 Prorumpen sin cesar.
 La lumbre de los ojos
 Inquieta y licenciosa
 Los ojos de una hermosa
 Se afana en reflejar.

Venid á los festines
 Avaras de placeres,
 Que el cielo en las mugeres
 Atesoró el placer.
 Venid, niñas, sin cuitas
 Desnudo el albo seno,
 Porque quiero el veneno
 De vuestro amor beber.

Quando la inquieta mente
 Con el vapor vacile
 Y revoltosa apile
 Fantasmas de vapor,
 Vereis como insensata
 El ánima delira,
 Y voluptuosa aspira
 El ámbar del amor.

Entonces en la sombra
 Las pardas muselinas
 Visiones peregrinas
 Flotando mostrarán,
 Y en cada marco de oro
 Cerradas les pinturas
 Diabólicas figuras
 Al vidrio asomarán.

Entonces cada lámpara
 Parodiará una hoguera
 Que miente y reverbera
 Las lámparas del sol;
 Y en el balcon la luna
 Parecerá una estrella
 Donde arde una centella
 Del fúljido farol.

Cada sonoro brindis
 De la animada fiesta
 Nos finjirá una orquesta
 De mágica ilusion:
 Un eco misterioso
 Sin canto, ni instrumento,

Que irá con el aliento
A dar al corazón.

De cada ardiente beso
El líbrico estallido
Rasgará el sostenido
Murmullo bacanal;
Como reló deshecho
Que sin marcar las horas
Sacude las sonoras
Campanas de metal.

El mundo duerme, niñas,
Bebamos y cantemos,
Que mas no sacaremos
Del mundo engañoso;
Húmedos de esperanza
Traed los ojos bellos,
Sin trenzas los cabellos,
La frente sin rubor.

Venid, y mal prendidos
Los velos y los chales,
Prodiguen liberales
La luz de vuestra tez:
Los ondulantes rizos
Flotando por la espalda,
La mal ceñida falda
Mintiendo desnudez.

Y las de negros ojos
Que ostenten su mirada
Altiva, enamorada,
Con infernal pasión,
Y las rubias ostenten
Sin máscaras de tules
Las pupilas azules,
Y rojo el corazón.

La noche se desliza,
Su llama el sol enciende,
El día nos sorprende,
Va el mundo á despertar.
¡Cantemos y bebamos,
Que cuando venga el día
El sueño de la orgía
Le volverá á apagar!

EL CANTO DE LOS PIRATAS.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

Alerte! alerte! voici les pirates
d'Ochali qui traversent le détroit.
Le Capitif d'Ochali.

Con cien cautivos llevamos
Fletada nuestra galera,
Que en una y otra ribera
Para el haren reclutamos.

¡Al mar! ¡al mar! marineros;
En Fez entramos mañana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

Cabe un convento botamos
Al agua el ancla tenaz,
Linda muchacha apresamos
Dormida en traidora paz:
Mil fantasmas hechiceros
Soñaba á la mar cercana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

— Forzoso es, niña, callar. —
Ea, ganemos el viento,
Esto no es mas que cambiar
Por un haren un convento.
Os haremos mahometana
Y el sultan ha de quereros.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

Huir desesperada quiso.
¡Y osais, hijos de Satan...!
Lloró, suplicó. — Es preciso,
La contestó el capitán. —
Sus clamores lastimeros,
Su resistencia fué vana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

En su dolor parecían
Sus ojos un talisman,
Mil cequíes bien valian,
La hemos vendido al sultan.
Lo debe á mis compañeros
Ayer monja y hoy sultana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

ORIENTAL.

De la luna á los reflejos
A lo lejos
Arabe torre se ve,
Y el agua del Darro pura
Bate oscura
Del muro el lóbrego pié.
Susurra el olmo sombrío
Sobre el rio
Dando al oído solaz,
Y en los juncos y espadañas
Y en las cañas
Susurra el aura fugaz.

Se abre en la arena amarilla
 De la orilla
 Vertiendo aroma la flor,
 Y las plumas de colores
 En las flores
 Estremece el ruiseñor.
 Vierte en gotas cristalinas
 Peregrinas
 El rocío su cristal,
 Y en cada perla de plata
 Se retrata
 El alcázar oriental.
 Descorridas las sombrías
 Celosias
 Del calado torreón,
 Está en la árabe ventana
 La sultana
 Murmurando una canción.
 Y en la atmósfera serena
 Libre suena
 La melancólica voz,
 Y abajo en la yerba verde
 Al fin la pierde
 Con la ráfaga veloz.
 Y al compás de su garganta
 Raudó canta
 Contestando el colorín
 Saltando entre los galanes
 Tulipanes
 Del espléndido jardín.
 Y al rumor del dulce trino
 Peregrino
 De arpa, bella, y ruiseñor,
 Oído prestan atento
 Agua, viento,
 Olmo, alcázar, campo y flor.
 Así la mora decía,
 Y respondía
 En la rama el colorín,
 Y esto el moro la escuchaba
 Que velaba
 Receloso en el jardín.
 « Danme el ánimo de un moro,
 « Perlas y oro,
 « Y coronas en la sien;
 « Dime, flor, á mi ventura
 « Y hermosura
 « Lo que falta en el haren!
 « Danme chales los califas
 « Y alcatifas,
 « Y guirnaldas en la sien;
 « Dime, huerto, á mi ventura
 « Y hermosura
 « Lo que falta en el haren!
 « Danme baños y festines
 « Y jardines
 « Que me mienten el Eden,
 « Dime, río, á mi ventura

« Y hermosura
 « Lo que falta en el haren!
 « Trasparentes como espumas
 « Danme plumas,
 « Y atan velos á mi sien;
 « Ruiseñor, di á mi ventura
 « Y hermosura
 « Lo que falta en el haren!
 « Nada al fin que les dé enojos
 « Ven mis ojos,
 « Nada que arrugue mi sien;
 « Dime, luna, á mi ventura
 « Y hermosura
 « Lo que falta en el haren! »
 Llegaba aquí, y una sombra
 En la alfombra
 La lámpara dibujó:
 A su lado en la ventana
 La sultana
 Con el sultan se topó.
 « Tienes torres, dijo el moro,
 « Perlas y oro
 « Y guirnaldas en la sien;
 « Dime, hermosa, á tu ventura
 « Y hermosura
 « Lo que falta en el haren.
 « ¿Qué hay en el huerto sombrío,
 « Y en el río,
 « Y en el ave y en la flor,
 « Que al rayar el claro día
 « ¡Vida mía!
 « No te traiga tu señor?
 « Di, ¿qué falta á tu belleza,
 « A tu riqueza
 « O á tu loca voluntad? » —
 — « Señor, esos ruiseñores
 « En las flores
 « Tienen aire y libertad. »

LA PLEGARIA (1).

Hélos al pié de la cruz
 En oración reverente;
 La virtud brilla en su frente
 Como la primera luz
 Del sol que alumbra en oriente.
 Niños tal vez desvalidos
 Que pasan desconocidos,
 Con la inocencia en el alma,

(1) Publicada en el *No me olvides*, acompañada de una estampa del señor Ortega, para cuyo objeto se escribió.

Como en desiertos perdidos
Con sus racimos la palma.

Angeles acaso son
Que el mundo sin conocer
Llevan en el corazón
Una sublime oración
Y las virtudes de ayer.

Sus ojos ven solamente
A través del blanco velo
Que cerca el alma inocente,
Vida en la tierra inclemente,
Luz y armonía en el cielo.

Ven en el alba colores
Y en el llano yerba y flores;
Sombra, del valle en la hondura,
Y en el aire ruiseñores,
Y peñascos en la altura.

Para ellos música el viento
Es, si las alas despliega,
Si en las secas hojas juega,
O entre las flores se pliega,
Con lascivo movimiento.

Y son las flotantes ramas
Del sol á las rojas llamas,
Del prado, verdes espumas,
De aérea serpiente, escamas,
De águila terrestre, plumas.

Y son los hombres hermanos,
Y oran por ellos contentos,
Hasta que los hombres vanos
Pongan, leones hambrientos,
En su inocencia las manos.

Sabe ella que es virgen bella,
Y él un ángel hechicero,
Porque no dudan él ni ella
Que *ella* es de virtud estrella,
Y *él* de inocencia lucero.

Mas ¡ay! que del pedestal
A la sombra cobijado,
Acaso un ojo carnal
Está en la virgen posado
Con una idea brutal.

Y sobre la tez de rosa
La lágrima de dolor
Que ella derrama piadosa,
El hombre la cree de amor,
Y llama al ángel — *hermosa!*

Que tal vez pintarse intenta
Aquella avara pupila
De torpes formas sedienta,
Mil perfecciones que aumenta
En esa virgen tranquila.

Así incompletas y vanas
Las cosas del mundo son;
Que á turbar vienen livianas
Esa angélica oración
Con imágenes mundanas!

¿Por qué, pintor, ideaste
Una plegaria tan bella,
Si la cruz que levantaste
Luego, pintor, la ultrajaste
Pintando al hombre tras ella?
No digas quién la creó!
Que en ambos culpa no arguya!
Tú fuiste quien la pintó,
Mas la malicia no es tuya,
Que quien la escribe soy yo.

LA JUVENTUD.

Tengo ojos y no ven,
Tengo oídos y no escuchan,
Tengo manos y no tocan,
Tengo labios y no gustan;
Y en fin, sin entendimiento,
Ni albedrío que me acuda,
Tengo aliento que no alienta
Y corazón que no pulsa.
CALDERON. *La vida es sueño.*

Cuando á las puertas del nacer llamamos
Senda de flores á los piés tenemos;
Do quier que el rostro en derredor volvamos
Padres y amigos carifiosos vemos;
Do quier los brazos débiles tendamos
Un ósculo inocente merecemos,
Y así contentos á vivir salimos
Solo porque ignoramos que vivimos.

Cuando el mundo se ve desde la cuna
Flores se hallan en él, pero no espinas;
Se ven en él sus mares y su luna,
Sus prados y cascadas cristalinas,
Sin noche el sol, sin rueda la fortuna,
Poblado de fantasmas peregrinas,
Tocado, en fin, con el flotante velo
Del estrellado pabellon del cielo.

La paz de la niñez nos va llevando
Por senda usada, fácil y tranquila,
Donde rebelde nuestra edad brotando
En lechos de oro víctimas apila;
Donde asombrada se dilata entrando
De luz avara la infantil pupila,
Do á manos llenas el placer derrama
Lo que *vida de amor* el hombre llama.

Cercada de fantasmas halagüeños
Allí la ardiente juventud habita
Que dando lindas formas á sus sueños
El imperio del mundo solicita:
Como para acabar tantos empeños
Todo lo hermoso y fuerte necesita,
Presenta á nuestra mente deslumbrada
Todo el vano esplendor de su morada.

En tazas de cristales quebradizos
Nos muestra seductora en sus planteles

Las flores sin olor de sus hechizos,
El temprano verdor de sus laureles :
Y en campos de placer resbaladizos
Sus palacios nos muestra de oropeles,
Jonde yacen en blandos almohadones
Impúdicas rameras las pasiones.

Allí están los fantásticos espejos
Que mienten la ilusion de los amores
Pintando voluptuosos á lo lejos
Sombras de amor entre pintadas flores ;
Y de engañoso sol á los reflejos,
Dando al turbio cristal ricos colores,
Nos muestra el mundo fuente de placeres
Y manantial del mundo las mugeres.

El ánima inocente todavía
Virtud creyendo el cenagal del vicio
Se lanza en pos de tan brillante día
De la vida en el hondo precipicio,
Y á par que corre por la errada vía
Comprende de la edad el artificio,
Que aquel jardin de flores peregrinas
Era el velo no mas de las espinas.

¡ Juventud ! ¡ fácil balanza !
¡ Qué presto arrastras vencida
El peso de la esperanza
Con el pesar de la vida !
¡ Qué presto se desvanecen
Los fantasmas halagüeños
Que nuestra infancia adormecen
Con mentirosos ensueños !
¡ Qué rápida te deslizas
Entre las horas que hechizas
Dejándonos tus cenizas
Donde vamos oro á ver !
¡ Juventud ! ¡ edad de flores !
¡ Sombras son ¡ ay ! tus colores,
Artificio tus primores,
Amarguras tu placer !

Ojos nos das y no vemos,
Pensamiento y no pensamos,
Que es falso cuanto creemos
Y falso cuanto ideamos.
Es mentida tu hermosura,
Es tu fortuna liviana,
Tus esperanzas locura,
Tu paz y tu gloria vana.
Espejo de cien cristales,
Que mientes lo que no vales,
Cuyas luces desiguales
Multiplican la ilusion,
Tú doras tus arrebuelos
Con lumbre de mil faroles
Y llamas osada soles
A lo que pavesas son.

Soñando á vivir venimos,
Pero en tu region vacía

Cuantos mas dias vivimos
Soñamos mas cada dia.
Te sueña la pasion loca
Y ambiciona tus laureles ;
Cuando la razon te toca
Maldice tus oropeles.
La pasion juzga en su anhelo
Que ese cristal es un cielo ;
La razon le rasga el velo
Hasta ver tu vanidad,
Y en vez de tus clavellinas
Y tus rosas purpurinas,
Nos muestra al fin tus espinas
El farol de la verdad.

Espinas son fama y gloria,
Cuanto bien el hombre alcanza :
Espinas de la memoria,
Carcomas de la esperanza.

Espinas son amistades,
Espinas ¡ ay ! son favores...
Que espinas son las verdades,
Y son espinas sin flores.

Si espinas son solamente
Amistad, gloria y favor,
¿ Dónde está, suerte inclemente,
De tanta espina la flor ?

Si espinas tan solo dan
Lisonjas de juventud,
Acaso espinas serán
La nobleza y la virtud.

Y espinas estudio y ciencia,
Pues dejan sus vanidades
Demencia nuestra demencia
Y verdades las verdades.

La fé del ánima espinas,
Y espina el amor del hombre :
Mentiras son mas divinas
Con mas hechicero nombre.

Y si espinas solamente
Son virtud, ciencia y amor,
¿ Dónde está, suerte inclemente,
De tanta espina la flor ?

Edad de sombras pueriles
Que la verdad desvanece,
¡ Ni olvidada en tus pensiles
Una flor tan solo crece !

Pues espinas son sus flores
Y espinas son tus placeres,
Entre tan falsos colores
Una mientes y otra eres.

Si espinas de desconsuelos
Son horas tan peregrinas,
¿ Dónde guardaron los cielos
Flores de tantas espinas ?



LA AMAPOLA.

—

Flor solitaria y silvestre
Que á la luz sacas del sol
Cuatro pendones de púrpura
Que guarda toseco boton;
Pues en el campo te quedas
Y yo del campo me voy,
Tú con tus hojas de fuego
Y con mis lágrimas yo;
Dile al alma de mi alma
Que voy muriendo de amor :
Que entre tus hojas la dejo
Un ósculo y un á Dios.
Porque tú que habitas triste
En las soledades, flor,
Los espinos por abrigo,
El césped en derredor,
Por armonías del aire
La ruda y salvaje voz,
Sin tallo que se sostenga
Cuando á la lumbre del sol
Brotando en agua las nubes
Se revientan en turbion;
Tú, flor, que ostentas tan sola
Tan encendido color
Que me pareces tostada
Al calor de un corazón,
Bien puedes ser mensajera
De un enamorado á Dios :
Que tan sola, pobre y débil,
Tan sin follaje ni olor,
De pasar en amargura
Tu existencia de afliccion
Mas razon no se me alcanza
Que tu solitario amor.

—

Porque espuesta al rudo viento
Y á la intemperie olvidada
Recuerda tu nacimiento
La soledad y el tormento
Del ánima enamorada.

Porque insensible á otra idea
Que al delirio de tu amor,
El zarzal que te rodea
Y el vendabal que te orea
Dan encanto á tu dolor.

Ni sientes del ciervo el ala
Que te sacude y arruga,
Ni como el tronco y escala
Hollando la torpe oruga
Tu tosca y silvestre gala.

Ni como el áspero espino
Te rasga el manto de grana,
Cuando sacude sin tino

Sobre tu pompa liviana
Su ropaje campesino.
Y pues sé, triste Amapola,
Que ese encendido color
Que el rojo sol tornasola
No es mas que un barniz de amor
Y por amor vives sola;
Pues yo parto por amores
; Oh flor! muy lejos de aquí,
Y en ti no he encontrado olores
Como encontré en otras flores
Que por los jardines ví;
En tu cáliz dejo preso
Un ósculo y un á Dios;
Si te agobia tanto peso
Guárdale á mi amor el beso,
Que para *ella* son los dos.

LA NOCHE Y LA INSPIRACION.

A MI AMIGO EL ARTISTA

DON JULIAN ROMEA.

I.

La noche sobre el mundo desplomada
Tendió en él de su sombra el ancho velo,
Porque su sueño no turbase osada
La lumbre de las lámparas del cielo.

Pero temiendo acaso que le ahogara
Con tan espesa red sombra importuna,
Antes que con pavor se desvelara
Trepó al cenit la trasparente luna.

A la amarilla luz con que ilumina
Cobijase la sombra en los rincones;
Y reflejan su llama peregrina
Rios, fuentes, pizarras y balcones.

Como en delirio de amoroso ensueño
De la virgen sonrie el labio amante,
La tierra desplegó su adusto ceño
Al fugitivo resplandor errante.

Duerme allá en su palacio el poderoso,
Duerme el pastor cansado en su cabaña,
Este tranquilo, el otro receloso
Soñando avaro la fortuna estraña.

Duerme al pié de sus armas el soldado
Duerme el mendigo tras de larga vela,
Mientras por este vela su cuidado,
Y por aquel el tardo centinela.

Duerme el ave en las ramas guarecida,
Duerme la fiera en su morada impura,
Aquella por las ráfagas mecida,
Esta al rumor del agua que murmura.

Deslizase la brisa temerosa,
Guardan las nubes la tormenta inerme.
Todo entre sombras á la par reposa,
El viento calla, la tormenta duerme.

Tú, dulce amigo, que en la noche umbría
Al grato són del arpa melodiosa
Ensayabas cantares algun día
Bajo el balcon de tu adorada hermosa,

Déjame que hoy en soledad delire,
Y á delirar contigo me aventure,
Que en tus brazos un hora en paz respire
Y del dormido mundo en paz murmure.

Yo soy el que canté fiestas y amores
En insensatos himnos juveniles,
Y el arpa tosca coroné de flores
Al ensayar mis cánticos pueriles.

Yo soy el que soñé gloria y laureles,
Y con la vida en mi ilusion luchando,
Orlé el mundo de falsos oropeles
Allá en mi loca juventud soñando.

Ya desperté : mis fábulas soñadas,
Mis delirios de amor perdí en el viento,
Y el viento como ramas desgajadas
Las apartó del tronco macilento.

Hoy no conservo de la edad primera
Mas que la voz un poco enronquecida,
Y el velo de la negra cabellera
Sobre la frente sin color tendida.

Quédame de mí mismo la esperanza,
Y el afan de cantar mientras aliente,
Mientras gravite en la vital balanza
La vanidad del corazon demente.

Quédame aun altivo y vigoroso
De noble inspiracion el fuego santo,
Quédasme tú, poeta generoso,
Para escuchar mi desmayado canto.

Tú, que vas á las tumbas de los hombres
A buscar un disfraz y una careta
Para escuchar con los difuntos nombres
Tus amargas creencias de poeta.

Tú, que el abrigo de ignoradas leyes
Con la antifaz de un muerto, en gesto bravo
Parodias los esclavos y los reyes
Riéndote del rey y del esclavo.

Tú, que en la farsa del ocioso mundo
Preparando otra farsa al mundo mismo,
Le das á devorar su cieno inmundado
En formas de virtud y de heroismo.

Quédasme tú y la noche silenciosa
Con su turbio fanal, tocas azules;
La soledad del bosque religiosa
Con su manto de pinos y abedules.

I.

Quédame el templo con su acorde coro,
Sus capillas, sus lámparas y altares,
Su santa cruz, sus incensarios de oro
Y sus gigantes góticos pilares.

Quédame el mundo sin la imbécil farsa
Que en su tablado inmenso se coloca;
Todo del teatro, en fin, sin la comparsa
Que bulle en él desordenada y loca.

No mas la contaré sus devaneos;
Ya se acabó mi cántico mundano,
Que me cansan sus falsos galanteos
Y el necio aplauso de su torpe mano.

Ronca la voz y seca la garganta
Espiró mi cantar, rompi mi lira;
Solo mi lengua mis caprichos canta,
Solo esa farsa compasion me inspira.

Puesto que un mundo me finji tan bello
Cuanto le encuentro descompuesto y loco,
Hoy por la turba impávido atropello
Porque le creo á mis delirios poco.

Y hoy á la lumbre de la blanca luna
Escúchame la inspiracion sublime,
Que me bulle en el ánima importuna
Y el perezoso corazon me oprime.

Porque ese cielo azul, y esa ancha sombra
Que mitiga la luz que el sol enciende
Como que la noche su palacio alfombra,
Y esa brisa fugaz que el aura hiende,

Y ese mudo y silencio pavoroso
Que regala el cansancio del oido,
Y en pabellon convierte de reposo
El mundo que á sus pies yace dormido,

Son una inspiracion dulce, tranquila,
Vaga, armoniosa, en que se aduerme el alma,
En que el dudoso corazon vacila...
La que habló Calderon y agitó á Talma.

Esa no la conocen los profanos
Ni revelarla oso ningun profeta :
¡O! ven; que mientras duermen los mundanos
Yo siento en mí la inspiracion inquieta.

Oyela tú, que brota solitaria
Para tí, en tu pacífico retiro
Como amorosa y lánguida plegaria,
Como amistoso y postrimer suspiro.

II.

Pende del cenit la luna,
Reverberan las estrellas,
La vida se vierte de ellas
Porque pensar es vivir.
Vacila inquieta la mente,
El pensamiento medita,

B

Ociosa el alma se agita
Y deliramos sentir.

Cual mana en oculta peña
Cristalina y mansa fuente,
Crea imágenes la mente
Que se ofuscan al brotar.
Nos presta honda, solitaria,
Una idea el pensamiento,
Y sin gozo y sin tormento
La sentimos resbalar.

Una idea libre, vaga,
Turbulenta, revoltosa,
Un fantasma de una cosa
Que no hemos visto jamás :
Una fosfórica llama
Que nos sigue y la seguimos
Adelante si la huimos,
Si la buscamos detrás.

Idea que brota informe
En la languidez del alma,
Que nace y muere en la calma
Del placer ó del pesar ;
Una idea que no estorba
Para ver lo que se mira,
Que nada en el alma inspira
Y en nada deja pensar :

No es muger, demonio, ni ángel,
No es esperanza ni gloria,
Pero existe en la memoria
Sin fuerza y sin voluntad :
Si el alma padece es triste,
Y si goza es lisonjera,
Y si el alma desespera
La idea es la eternidad.

Esa idea nos agobia,
Se revuelve y se acrecienta
De la noche amarillenta
Al silencioso rumor ;
Y el susurro de una brisa,
El murmullo de una fuente
La mantienen en la mente
Sin hacérnosla mejor.

Entonces es cuando el hombre
Piensa sin saber qué piensa,
Y aborta una idea inmensa
Sin concebirla tal vez ;
Entonces es cuando mira
En la tierra un hondo foso,
Y un pabellon de reposo
Del cielo en la brillantez.

La soledad y el silencio
Exhalan vaga armonía
Que el oído no oíría,
Y atenta el alma escuchó.

Una música con formas
Que al resbalar en la mente
Nos deja lánguidamente
La idea de que pasó.

Entonces nuestros sentidos
En blando sueño deliran,
Y en torno al ánima giran
Ilusiones mil á mil.
El oído oye murmullo,
El olfato aspira olores,
Los ojos crean colores
En delirio tan pueril.

Vemos entonces paisajes
Con ruinas, templos y fiestas,
Y oímos coros y orquestas
Y suspirar y reír ;
Sentimos ríos que corren,
Vistas aves que vuelan,
Manantiales que ríen
Por entre juncos salir.

Vemos en vasta llanura
Sotos y villas lejanas,
Y oímos de sus campanas
El apagado doblar ;
Vemos formas misteriosas
Que sonríen pasajeras,
Y lumbre de mil hogueras
Que reflejan en la mar.

Vemos árboles, cascadas,
Insectos, monstruos y flores
Que nos dan ricos colores,
Y movimiento que ver ;
Vemos un mundo cerrado
En transparentes encajes,
Entre flotantes celajes
Cercano á desaparecer.

Y oímos dentro del pecho
El uniforme latido
Del corazón abatido
Que dentro velando está
Como un reloj cuya péndola,
Sorda, monótona y lenta,
Los pasos del tiempo cuenta,
Que á hundirse en la nada va.

En este estado sin nombre
Ni dormimos, ni velamos :
Vemos lo que no miramos,
Sentimos lo que no es.
Y á un movimiento, á un suspiro
Que olvidados exhalamos,
Todos nuestros sueños vemos
Pavesas á nuestros piés.

No es dormir y se despierta,
No es muerte y se vuelve á vida,

Y allá en la mente escondida
Se levanta una creación.
Entonces el pintor pinta,
El músico escucha y toca,
Y el poeta halla en su boca
Palabras de inspiración.

Entonces siente arrobado
De fuego su pensamiento,
De fuego el osado aliento,
De fuego el habla mortal;
Hay un volcán en su lengua,
Y un volcán en su mirada,
Y cruza el mar de la nada
Con su mirada inmortal.

Entonces Byron escribe,
Entonces pinta Murillo,
Y el sol vierte escaso brillo
Su aborto para alumbrar;
Entonces Hoffmann delira,
Y en torno de su ponchera
Como en torno de una hoguera
Ve sus fantasmas flotar.

Entonces Calderón llama,
Y á su vigoroso acento
Cielo, infierno en un momento
Parecen delante de él.
Y paseando allí sus ojos
Seres buscando inmortales,
Sus *Autos sacramentales*
Arroja al mundo en tropel.

Entonces el cuerpo duerme,
Este alcázar de ceniza
Que el ánima diviniza
Por ser cárcel de los dos,
Mientras ella libre, ufana,
Hija de celeste prole,
De su estirpe soberana
Demanda cuenta á su Dios.

El mundo ansiosa registra
Sin respetos ni barreras,
En pos de lindas quimeras
Con que hacer mundo mejor;
Y ni templos, ni palacios,
Ni presentes, ni futuros,
En la nada están seguros
De su ímpetu creador.

A su voz dejan los muertos
Sus encierros funerarios,
Envolviendo en los sudarios
Lo que queda de su ser;
Santos, criminales, niños,
Esclavos, soldados, reyes,
Sus caprichos como leyes
Se aprestan á obedecer.

Entonces la tierra es fango
Ante su origen divino,
El universo mezquino
A su noble inmensidad:
Dios es el fin de su raza,
Es la atmósfera su aliento,
Su alcázar el firmamento,
Su tiempo la eternidad.

Entonces brota en sonidos
El fuego febril del alma,
Lope, Schiller, Maíquez, Talma,
Atan el mundo á sus pies.
Y entonces ¡oh actor poeta!
En tu espíritu altanero,
Ni el poeta está primero
Ni el actor está después.

Es el teatro tu imperio,
Es el pueblo esclavo tuyo,
Tus derechos el misterio
De tu osada inspiración,
Y nosotros, los profanos,
Asombrados te rendimos
Sonoro aplauso en las manos,
Respeto en el corazón.

Y en la altivez de tu orgullo
Llegan á tí nuestras voces
Como el escaso murmullo
Que alza un insecto al volar;
Y á tu vista somos solo
Nosotros, un pueblo entero,
Un revoltoso hormiguero
Que va tu planta á cegar.

Entonces magnates, reyes,
Caudillos, conquistadores,
Privados, emperadores,
Son allí menos que tú;
Y ante tus falsos disfraces
Es tierra, harapos y talco
Cuanto ostenta altivo palco
De oro, perlas y tisú.

UN RECUERDO DEL ARLANZA.

Río Arlanza, si las fuentes
Que en Burgos te dan el ser
No cegaron sus corrientes,
Y aun en tí van á verter
Sus cristales transparentes;

Si tus ondas revoltosas
Entre arenas amarillas
Se deslizan bulliciosas,

Bañando las mismas rosas
Sobre las mismas orillas;

En verdad que en una altura
Hay un pardo torreón
Que pinta en el agua pura
Su descarnada figura
Como estraña aparición.

Acaso tú, río Arlanza,
No te acuerdes de su nombre,
Porque á tí no te se alcanza
Con cuanto afan compra el hombre
El placer de la esperanza.

Tú cruzas el campo ameno
Entre flores susurrando,
Y pasas libre y sereno
Del triste que queda ajeno
En la ribera llorando.

Tú, río, que nunca amaste,
No guardas en la memoria
Los lugares que dejaste,
Que no te importa la historia
De los que una vez pasaste.

No sabes, sonoro río,
Lo que pesa un pensamiento,
No sabes como en el mío
Me atosiga y da tormento
Ese peñasco sombrío.

Pero ¿qué estraño que ignores
Su nombre y el de su gente,
Si sus escombros traidores
Desplomó sobre la frente
De sus caídos señores?

Si al tender por ese llano
Los perfiles de tus olas
Hallas un cerro cercano
Envuelto en tapiz liviano
De silvestres amapolas;

Donde tu corriente clara
Entre los juncos se pliega
Y en un remanso se para
Que de los restos se ampara
De Celada y de Pampliega;

Allí, Arlanza, has de encontrar
Una torre en una altura;
Mírala ¡oh río! al pasar,
No te avergüence el andar
Arrastrando por la hondura.

Que sin foso y sin rastrillo
Verás solo un torreón,
Solitario y amarillo,
Que ayer se llamó castillo
Y hoy *el alto de Muñon*.

Ya son presa del olvido
Sus blasones y baluartes;
Mírale, Arlanza, atrevido,
Sus gentes cuando han huido
Perdieron sus estandartes.

Mira ¡oh río! en caridad
Si de ese fantasma al pié
Una aflijida beldad
Llorando tal vez se ve
Su amor y su soledad.

Y si en tu márgen desnuda
Las resbaladizas ondas
Contempla llorosa y muda,
Antes, río, la saluda
Que por la vega te escondas.

Y no la dejes ¡oh río!
Por respeto ó por temor
De su doliente desvío,
El llanto que vierte es mío,
Que está llorando de amor.

¡Ay de la blanca azucena
Que sin lluvia bienhechora
Se agosta en la seca arena;
Ay de la niña que llora
Sobre las aguas su pena!

¡Ay de la angustiada hermosa
Por cuyos ojos deliro,
Por cuyos labios de rosa,
Por cuya risa amorosa
Enamorado suspiro!

¡Ay de la que piensa en mí
En la márgen del Arlanza...!
¿Qué aguardas, hermosa, di,
Sin consuelo ni esperanza,
Tan acongojada aquí?

¿Por qué tus alegres horas
Vertiendo lágrimas pierdes
Sobre los ondas sonoras,
Que cruzan murmuradoras
Por esas campiñas verdes?

Esas aguas que hallan flores
En la ribera al pasar,
Por mas que sobre ellas llores
Nunca tus cuitas de amores
Sabrán, niña, consolar.

Ni por mas que tu amargura
En són de queja las cuentas,
A la falda de esa altura
Movidas de tu hermosa
Han de parar sus corrientes.

Porque ajenas de tu afán
Por el valle resbalando
Indiferentes irán:

Y nunca mas volverán
Aunque tú quedes llorando.

Ni pienses que han de venir
A contarme el desconsuelo
En que te vieron gemir,
Que á darnos no alcanza el suelo
Mas placer que el de morir.

El cielo nos dió pasiones,
Nos dió luz, vida y calor,
Pobló el alma de ilusiones,
Mas negó á los corazones
El consuelo en el dolor.

Tanta luz, tantos colores,
Tantas galas y primores,
Son mentira y oropel,
Que el mundo alfombra con flores
Los pantanos que hay en él.

Las flores se desvanecen
Y corrompidas no aroman,
Los rios furiosos crecen,
Y torrentes se desploman
Sobre el prado que florecen.

Lo que ayer palacio fué
Hoy vemos informe ruina
Por mas que el grosero pié
Mirando su sombra esté
Sobre el agua cristalina.

De ese adusto monumento
Que levanta en el espacio
Su esqueleto ceniciento
Demándale, niña, al viento
Si fué cárcel ó palacio.

Demándale al claro rio
Que baña el valle que habitas,
Qué hizo ayer el tiempo impío
Del feudo y del poderio
De esa peña en que meditas.

Pregúntale qué se hicieron
Los nobles de esa Castilla,
Los castillos que vivieron,
Los planteles que tuvieron
En su ribera amarilla.

Pregúntale qué misterio
Encubre esa cruz que riega
Cual árbol de un cementerio
Donde tuvo un monasterio
Para sus reyes Pampliega.

Pregunta si entre las rejas
De su bizantino muro
Oyó las amargas quejas
Del rey que en su templo oscuro
Lloró virtudes añejas.

Pregunta si oyó decir
Al monarca en su abandono
Que un puñal le hizo subir
Los escalones del trono,
Y un vaso se le hizo huir.

Para escojer le llamaron
Entre morir ó reinar;
Los que ayer le coronaron
Su vénia no demandaron
El tósigo á preparar.

¡Triste Wamba! por mancilla
La púrpura te vistieron
Esos grandes de Castilla
Que tu sepulcro tendieron
A las puertas de esa villa.

¡Rio Arlanza! ¡rio Arlanza,
Que el florido campo pules
Derramándote en holganza,
Tan frágil es mi esperanza
Como tus ondas azules!

¡Quién pudiera, rio manso,
Resbalando indiferente
Hallar como tú descanso
Cuando apilas tu corriente
En escondido remanso!

Pues pasas murmurador
Bordando el campo de flores,
Arrulla ¡Arlanza! el dolor
De esa niña sin amores
Que está llorando de amor.

Dila, Arlanza, que ha mentido
Quien encontró á mis cantares
El placer que no he sentido,
Que en ello gozo he finjido
Por adormir mis pesares.

Dila que si suelto al viento
Al compás del arpa loca
Alegre y báquico acento,
Es que cierro á mi tormento
Los caminos de mi boca.

¡Rio Arlanza! ¡rio Arlanza,
Que el florido campo pules
Derramándote en holganza,
Dila que está mi esperanza
Cabe tus ondas azules!

BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO.

TRADICION DE TOLEDO.

I.

Entre pardos nubarrones
 Pasando la blanca luna
 Con resplandor fugitivo
 La baja tierra no alumbrá.
 La brisa con frescas alas
 Juguetona no murmura,
 Y las veletas no giran
 Entre la cruz y la cúpula.
 Tal vez un pálido rayo
 La opaca atmósfera cruza,
 Y unas en otras las sombras
 Confundidas se dibujan.
 Las almenas de las torres
 Un momento se columbran
 Como lanzas de soldados
 Apostados en la altura.
 Reverberan los cristales
 La trémula llama turbia,
 Y un instante entre las rocas
 Ríela la fuente oculta.
 Los álamos de la vega
 Parecen en la espesura
 De fantasmas apiñados
 Medrosa y giganté turba;
 Y alguna vez desprendida
 Gotea pesada lluvia,
 Que no despierta á quien duerme,
 Ni á quien medita importuna.
 Yace Toledo en el sueño
 Entre la sombra confusa,
 Y el Tajo á sus plés pasando
 Con pardas ondas la arrulla.
 El monotonó murmullo
 Sonar perdido se escucha,
 Cual si por las hondas calles
 Hirviera del mar la espuma.
 ¡ Qué dulce es dormir en calma
 Cuando á lo lejos susurran
 Los álamos que se mecen,
 Las aguas que se derrumban!
 Se sueñan bellos fantasmas
 Que el sueño del triste endulzan,
 Y en tanto que sueña el triste,
 No le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan sombría
 Como la noche que enluta
 La esquina en que desemboca
 Una callejuela oculta,
 Se ve de un hombre que aguarda
 La vigilante figura,
 Y tan á la sombra vela
 Que entre la sombra se ofusca.

Frente por frente á sus ojos
 Un balcon á poca altura
 Deja escapar por los vidrios
 La luz que dentro le alumbrá:
 Mas ni en el claro aposento,
 Ni en la callejuela oscura
 El silencio de la noche
 Rumor sospechoso turba.
 Pasó así tan largo tiempo
 Que pudiera haberse duda
 De si es hombre, ó solamente
 Mentida ilusión nocturna;
 Pero es hombre, y bien se ve,
 Porque con planta segura
 Ganando el centro á la calle
 Resuelto y audaz pregunta
 ¿ Quién va? — y á corta distancia
 El igual compás se escucha
 De un caballo que sacude
 Las sonoras herraduras.
 ¿ Quién va? repite, y cercana
 Otra voz menos robusta
 Responde: — Un hidalgo: ¡ calle!
 Y el paso el bruto apresura.
 — Téngase el hidalgo, — el hombre
 Replica, y la espada empuña.
 — Ved mas bien si me hareis calle,
 (Repusieron con mesura)
 Que hasta hoy á nadie se tuvo
 Iban de Vargas y Acuña.
 — Pase el Acuña y perdone: —
 Dijo el mozo en faz de fuga,
 Pues teniéndose el embozo
 Sopla un silbato, y se oculta.
 Paró el ginete á una puerta
 Y con precaución difusa
 Salió una niña al balcon
 Que llama interior alumbrá.
 — ¡ Mi padre! — clamó en voz baja;
 Y el viejo en la cerradura
 Metió la llave pidiendo
 A sus gentes que le acudan.
 Un negro por ambas bridas
 Tomó la cabalgadura,
 Cerróse detrás la puerta
 Y quedó la calle muda.
 En esto desde el balcon
 Como quien tal acostumbra
 Un mancebo por las rejas
 De la calle se asegura.
 Asíó el brazo al que apostado
 Hizo cara á Iban de Acuña,
 Y huyeron en embozo
 Velando la catadura.

II.

Clara, apacible y serena
 Pasa la siguiente tarde,

Y el sol tocando su ocaso
 Apaga su luz gigante:
 Se ve la imperial Toledo
 Dorada por los remates
 Como una ciudad de grana
 Coronada de cristales.
 El Tajo por entre rocas
 Sus anchos cimientos lame
 Dibujando en las arenas
 Las ondas con que las bate.
 Y la ciudad se retrata
 En las ondas desiguales
 Como en prendas de que el río
 Tan afanoso la bañe.
 A lo lejos en la vega
 Tiende galan por sus márgenes
 De sus álamos y huertos
 El pintoresco ropaje,
 Y porque su altiva gala
 Mas á los ojos halague
 La salpica con escombros
 De castillos y de alcázares.
 Un recuerdo es cada piedra
 Que toda una historia vale,
 Cada colina un secreto
 De principes ó galanes.
 Aquí se bañó la hermosa
 Por quien dejó un rey culpable
 Amor, fama, reino y vida,
 En manos de musulmanes.
 Allí recibió Galiana
 A su receloso amante
 En esa cuesta que entonces
 Era un plantel de zahares.
 Allá por aquella torre
 Que hicieron puerta los árabes
 Subió el Cid sobre Babieca
 Con su gente y su estandarte.
 Mas lejos se ve al castillo
 De San Servando, ó Cervantes,
 Donde nada se hizo nunca
 Y nada al presente se hace.
 A este lado está la almena
 Por do sacó vigilante
 El conde Don Peranzules
 Al rey, que supo una tarde
 Finjir tan tenaz modorra,
 Que político y constante
 Tuvo siempre el brazo quedo
 Las palmas al horadarle.
 Allí está el circo romano,
 Gran cifra de un pueblo grande,
 Y aquí la antigua Basilica
 De bizantinos pilares,
 Que oyó en el primer concilio
 Las palabras de los padres,
 Que velaron por la Iglesia
 Perseguida ó vacilante.

La sombra en este momento
 Tiende sus turbios cendales
 Por todas esas memorias
 De las pasadas edades,
 Y del Cambron y Visagra
 Los caminos desiguales
 Camino á los toledanos
 Hacia las murallas abren.
 Los labradores se acercan
 Al fuego de sus hogares
 Cargados con sus aperos,
 Cansados de sus afanes.
 Los ricos y sedentarios
 Se tornan con paso grave
 Calado el ancho sombrero,
 Abrochados los gabanes;
 Y los clérigos y monges
 Y los prelados y abades
 Sacudiendo el leve polvo
 De capelos y sayales.
 Quédase solo un mancebo
 De impetuosos ademanes
 Que se pasea ocultando
 Entre la capa el semblante.
 Los que pasan le contemplan
 Con decision de evitarle,
 Y él contempla á los que pasan
 Como si á alguien aguardase.
 Los tímidos aceleran
 Los pasos al divisarle
 Cual temiendo de seguro
 Que les proponga un combate;
 Y los valientes le miran
 Cual si sintieran dejarle
 Sin que libres sus estoques
 En riña sonora dancen.
 Una muger tambien sola
 Se viene el llano adelante
 La luz del rostro escondida
 En tocas y tafetanes.
 Mas en lo leve del paso,
 Y en lo flexible del talle,
 Puede á través de los velos
 Una hermosa adivinarse.
 Vase derecha al que aguarda,
 Y él al encuentro la sale
 Diciendo... cuanto se dicen
 En las citas los amantes.
 Mas ella galanterias
 Dejando severa aparte
 Así al mancebo interrumpe
 En voz decisiva y grave.

« Abreviemos de razones,
 Diego Martinez; mi padre,
 Que un hombre ha entrado en su au-
 Dentro mi aposento sabe: [sancia
 Y así quien mancha mi honra

Con la saya me la lave;
O dadme mano de esposo,
O libre de vos dejadme. » —

Miróla Diego Martínez
Atentamente un instante,
Y echando á un lado el embozo
Repuso palabras tales:
— « Dentro de un mes, Inés mía,
Parto á la guerra de Flandes;
Al año estaré de vuelta
Y contigo en los altares.
Honra que yo te desluzca
Con honra mía se lave,
Que por honra vuelven honra
Hidalgos que en honra nacen.
— Júralo, — exclamó la niña
— Mas que mi palabra vale
No te valdrá un juramento. —
— Diego, la palabra es aire.
— ¡ Vive Dios que estás tenaz!
— Dalo por jurado y baste. —
— No me basta, que olvidar
Puedes la palabra en Flandes. —
— ¡ Voto á Dios! ¿ qué mas pretendes? —
— Que á los piés de aquella imágen
Lo jures como cristiano
Del santo CRISTO delante. » —

Vaciló un punto Martínez,
Mas porfiando que jurase
Llevóle Inés hácia el templo
Que en medio la vega yace.
Enclavado en un madero
En duro y postrero trance,
Ceñida la sien de espinas,
Descolorido el semblante,
Viase allí un crucifijo
Teñido de negra sangre
A quien Toledo devota
Acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
Llegaron ambos amantes,
Y haciendo Inés que Martínez
Los sagrados piés tocase,
Preguntóle:

— Diego, ¿ juras
A tu vuelta desposarme?
Contestó el mozo:
— ¡ Sí juro! —
Y ambos del templo se salen.

III.

Pasó un día y otro día,
Un mes y otro mes pasó,
Y un año pasado había;
Mas de Flandes no volvía
Diego, que á Flandes partió.

Lloraba la bella Inés
Su vuelta aguardando en vano:
Oraba un mes y otro mes
Del crucifijo á los piés
Do puso el galan su mano.

Todas las tardes venía
Después de traspuesto el sol,
Y á Dios llorando pedía
La vuelta del español,
Y el español no volvía.

Y siempre al anochecer
Sin dueña y sin escudero
En un manto una muger
El campo salía á ver
Al alto del *miradero*.

¡ Ay del triste que consume
Su existencia en esperar!
¡ Ay del triste que presume
Que el duelo con que él se abruma
Al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos
Precioso y funesto don,
Pues los amantes desvelos
Cambian la esperanza en zelos
Que abrazan el corazón.

Si es cierto lo que se espera
Es un consuelo en verdad,
Pero siendo una quimera
En tan frágil realidad
Quien espera desespera.

Así Inés desesperaba
Sin acabar de esperar,
Y su tez se marchitaba,
Y su llanto se secaba
Para volver á brotar.

En vano á su confesor
Pidio remedio ó consejo
Para aliviar su dolor,
Que mal se cura el amor
Con las palabras de un viejo.

En vano á Iban acudia
Llorosa y desconsolada,
El padre no respondía,
Que la lengua le tenía
Su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella
Callando el padre severo
Y suspirando la bella,
Porque nació muger ella,
Y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron
En esperar y gemir,
Y las guerras acabaron,

Y los de Flandes tornaron
A sus tierras á vivir.

Pasó un día y otro día,
Un mes y otro mes pasó,
Y el tercer año corria;
Diego á Flandes se partió,
Mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena,
Doraba el sol de occidente
Del Tajo la vega amena,
Y apoyada en una almena
Miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas
Las riberas azotando
Bajo las murallas solas,
Musgo, espigas y amapolas
Ligeramente doblando.

Algun olmo que escondido
Creció entre la yerba blanda,
Sobre las aguas tendido
Se reflejaba perdido
En su cristalina banda.

Y algun ruiseñor colgado
Entre su fresca espesura
Daba al aire embalsamado
Su cántico regalado
Desde la enramada oscura.

Y algun pez con cien colores
Tornasolada la escama
Saltaba á besar las flores,
Que exhalen gratos olores
A las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo
El torreón se dibuja
Como el contorno redondo
Del hueco sombrío y hondo
Que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba
El rigor de su fortuna,
Y así la tarde pasaba
Y al horizonte trepaba
La consoladora luna.

A lo lejos por el llano
En confuso remolino
Vió de hombres tropel lejano
Que en pardo polvo liviano
Dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,
Y llegando recelosa
A las puertas del Cambrón
Sintió latir zozobrosa
Mas inquieto el corazón.

Tan galan como altanero
Dejó ver la escasa luz
Por bajo el arco primero
Un hidalgo caballero
En un caballo andaluz.

Jubon negro acuchillado,
Banda azul, lazo en la hombrera,
Y sin pluma al diestro lado
El sombrero derribado
Tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,
Bota de ante, espuela de oro,
Hierro al cinto suspendido
Y á una cadena prendido
Agudo cuchillo moro.

Vienen tras este ginete
Sobre potros jerezanos
De lanceros hasta siete,
Y en adarga y coselete
Diez peones castellanos.

Asióse á su estribo Inés
Gritando : — ¡Diego, eres tú! —
Y él viéndola de través
Dijo — ¡Voto á Belcebú,
Que no me acuerdo quién es!

Dió la triste un alarido
Tal respuesta al escuchar,
Y á poco perdió el sentido
Sin que mas voz ni gemido
Volviera en tierra á exhalar.

Frunciendo ambas á dos cejas
Encomendóla á su gente,
Diciendo : — ¡Malditas viejas
Que á las mozas malamente
Enloquecen con consejas! —

Y aplicando el capitán
A su potro las espuelas
El rostro á Toledo dan,
Y á trote cruzando van
Las oscuras callejuelas.

IV.

Así por sus altos fines
Dispone y permite el cielo
Que puedan mudar al hombre
Fortuna, poder y tiempo.
A Flandes partió Martínez
De soldado aventurero,
Y por su suerte y hazañas
Allí capitán le hicieron.
Segun alzaba en honores
Alzábase en pensamientos,
Y tanto ayudó en la guerra
Con su valor y altos hechos,

Que el mismo rey á su vuelta
 Le armó en Madrid caballero,
 Tomándole á su servicio
 Por capitán de lanceros.
 Y otro no fué que Martínez
 Quien há poco entró en Toledo,
 Tan orgulloso y ufano
 Cual salió humilde y pequeño.
 Ni es otro á quien se dirije
 Cobrado el conocimiento
 La amorosa Inés de Vargas,
 Que vive por él muriendo.
 Mas él, que olvidando todo
 Olvidó su nombre mesmo,
 Puesto que Diego Martínez
 Es el capitán Don Diego,
 Ni se ablanda á sus caricias
 Ni cura de sus lamentos;
 Diciendo que son locuras
 De gentes de poco seso,
 Que ni él prometió casarse
 Ni pensó jamás en ello.
 ¡Tanto mudan á los hombres
 Fortuna, poder y tiempo!
 En vano porfiaba Inés
 Con amenazas y ruegos;
 Cuanto mas ella importuna
 Está Martínez severo.
 Abrazada á sus rodillas
 Enmarañado el cabello
 La hermosa niña lloraba
 Prostrada por el suelo.
 Mas todo empeño es inútil,
 Porque el capitán don Diego
 No ha de ser Diego Martínez
 Como lo era en otro tiempo.
 Y así llamando á su gente
 De amor y piedad ageno
 Mandóles que á Inés llevaran
 De grado ó de valimiento.
 Mas ella antes que la asieran
 Cesando un punto en su duelo,
 Así habló, el rostro lloroso
 Hacia Martínez volviendo:
 — « Contigo se fué mi honra,
 Conmigo tu juramento;
 Pues buenas prendas son ambas,
 En buen fiel las pesaremos. — »

Y la faz descolorida
 En la mantilla envolviendo
 A pasos desatentados
 Salióse del aposento.

V.

Era entonces de Toledo
 Por el rey gobernador
 El justiciero y valiente

Don Pedro Ruiz de Alarcon.
 Muchos años por su patria
 El buen viejo peleó;
 Cercenado tiene un brazo,
 Mas entero el corazón.
 La mesa tiene delante,
 Los jueces en derredor,
 Los corchetes á la puerta
 Y en la derecha el baston.
 Está, como presidente
 Del tribunal superior,
 Entre un dosel y una alfombra
 Reclinado en un sillón
 Escuchando con paciencia
 La casi asmática voz
 Con que un tétrico escribano
 Solfea una apelacion.
 Los asistentes bostezan
 Al murmullo arrullador,
 Los jueces medio dormidos
 Hacen pliegues al repon,
 Los escribanos repasan
 Sus pergaminos al sol,
 Los corchetes á una moza
 Guiñan en un corredor,
 Y abajo en Zocodover
 Gritan en discorde són
 Los que en el mercado venden
 Lo vendido y el valor.

Una muger en tal punto
 En faz de grande afliccion,
 Rojos de llorar los ojos,
 Ronca de gemir la voz,
 Suelto el cabello y el manto,
 Tomó plaza en el salon
 Diciendo á gritos: — ¡ Justicia
 Jueces: justicia, señor! —
 Y á los piés se arroja humilde
 De Don Pedro de Alarcon,
 En tanto que los curiosos
 Se agitan al rededor.
 Alzóla cortés Don Pedro
 Calmando la confusion
 Y el tumultuoso murmullo
 Que esta escena ocasionó
 Diciendo:

— Muger, ¿qué quieres? —
 — Quiero justicia, señor. —
 ¿De qué? —
 — De una prenda hurtada. —
 — ¿Qué prenda? —
 — Mi corazón. —
 — ¿Tú le diste? —
 — Le presté. —
 — ¿Y no te le han vuelto? —
 — No. —
 ¿Tienes testigos? —
 — Ninguno. —

— ¿Y promesa? —
 — Sí, ¡por Dios!
 Que al partirse de Toledo
 Un juramento empenó. —
 — ¿Quién es él? —
 — Diego Martínez. —

— ¿Noble? —
 — Y capitán, señor.

— Presentadme al capitán,
 Que cumplirá si juró. —
 Quedó en silencio la sala;
 Y á poco en el corredor
 Se oyó de botas y espuelas
 El acompasado són.
 Un portero, levantando
 El tapiz, en alta voz,
 Dijo: — El capitán Don Diego. —
 Y entró luego en el salón
 Diego Martínez, los ojos
 Llenos de orgullo y furor.
 — ¿Sois el capitán Don Diego,
 Dijole Don Pedro, vos? —
 Contestó altivo y sereno
 Diego Martínez:

— Yo soy. —

— ¿Conoceis á esta muchacha?

— Há tres años, salvo error. —

— ¿Hicisteis el juramento

De ser su marido? —

— No. —

— ¿Jurais no haberlo jurado? —

— Sí juro. —

— Pues id con Dios.

— ¡Miente! — clamó Inés llorando
 De despecho y de rubor.

— Muger, ¡piensa lo que dices!...

— Digo que miente, juró. —

— ¿Tienes testigos? —

— Ninguno. —

— Capitán, idos con Dios,
 Y dispensad que acusado
 Dudara de vuestro honor.

Tornó Martínez la espalda
 Con brusca satisfacción,
 É Inés, que le vió partirse,
 Resuelta y firme gritó:

— Llamadle, tengo un testigo.

Llamadle otra vez, señor. —

Volvió el capitán Don Diego,

Sentóse Ruiz de Alarcón,

La multitud aquietóse

Y la de Vargas siguió:

— Tengo un testigo á quien nunca

Faltó verdad ni razón. —

— ¿Quién? —

— Un hombre que de lejos

Nuestras palabras oyó

Mirándonos desde arriba. —

— ¿Estaba en algún balcón? —

— No, que estaba en un suplicio

Donde há tiempo que espiró. —

— ¿Luego es muerto? —

— No, que vive. —

— Estais loca, ¡vive Dios!

¿Quién fué? —

— El Cristo de la Vega,

A cuya faz perjuro. —

Pusiéronse en pié los jueces

Al nombre del Redentor,

Escuchando con asombro

Tan escelsa apelacion.

Reinó un profundo silencio

De sorpresa y de pavor,

Y Diego bajó los ojos

De vergüenza y confusion.

Un instante con los jueces

Don Pedro en secreto habló,

Y levantóse diciendo

Con respetuosa voz:

— « La ley es ley para todos,
 Tu testigo es el mejor,
 Mas para tales testigos
 No hay mas tribunal que Dios.
 Haremos... lo que sepamos;
 Escribano, al caer el sol
 Al Cristo que está en la vega
 Tomareis declaracion. »

VI.

Es una tarde serena
 Cuya luz tornasolada
 Del purpurino horizonte
 Blandamente se derrama.
 Plácido aroma las flores
 Sus hojas plegando exhalan,
 Y el céfiro entre perfumes
 Mece las trémulas alas.
 Brillan abajo en el valle
 Con suave rumor las aguas,
 Y las aves en la orilla
 Despidiendo al día cantan.

Allá por el *miradero*
 Por el Cambrón y Visagra
 Confuso tropel de gente
 Del Tajo á la vega baja.
 Vienen delante Don Pedro
 De Alarcón, Iban de Vargas,
 Su hija Inés, los escribanos,
 Los corchetes y los guardias;
 Y detrás monges, hidalgos,
 Mozas, chicos y canalla.
 Otra turba de curiosos
 En la vega les aguarda,
 Cada cual comentariando

El caso segun le cuadra.
 Entre ellos está Martínez
 En apostura bizarra,
 Calzadas espuelas de oro,
 Valona de encaje blanca,
 Bigote á la borgoñesa,
 Melena desmelenada,
 El sombrero guarnecido
 Con cuatro lazos de plata,
 Un pié delante del otro,
 Y el puño en el de la espada.
 Los plebeyos de reojo
 Le miran de entre las capas,
 Los chicos al uniforme
 Y las mozas á la cara.
 Llegado el gobernador
 Y gente que le acompaña
 Entraron todos al claustro
 Que iglesia y patio separa.
 Encendieron ante el Cristo
 Cuatro cirios y una lámpara,
 Y de hinojos un momento
 Le rezaron en voz baja.

Está el Cristo de la Vega
 La cruz en tierra posada,
 Los piés alzados del suelo
 Poco menos de una vara;
 Hacia la severa imagen
 Un notario se adelanta,
 De modo que con el rostro
 Al pecho santo llegaba.
 A un lado tiene á Martínez,
 A otro lado á Inés de Vargas,
 Detrás al gobernador
 Con sus jueces y sus guardias.
 Despues de leer dos veces
 La acusacion entablada,
 El notario á Jesucristo

Así demandó en voz alta :
 — « *Jesus, Hijo de María,*
 « *Ante nos esta mañana*
 « *Citado como testigo*
 « *Por boca de Inés de Vargas,*
 « *¿ Jurais ser cierto que un dia*
 « *A vuestras divinas plantas*
 « *Juró á Inés Diego Martínez*
 « *Por su muger desposarla?*
 Asida á un brazo desnudo
 Una mano atarazada
 Vino á pesar en los autos
 La seca y hendida palma,
 Y allá en los aires — ¡ Sí Juro!
 Clamó una voz mas que humana.
 Alzó la turba medrosa
 La vista á la imagen santa...
 Los labios tenia abiertos,
 Y una mano desclavada.

CONCLUSION.

Las vanidades del mundo
 Renunció allí mismo Inés,
 Y espantado de sí propio
 Diego Martínez tambien.
 Los escribanos temblando
 Dieron de esta escena fé,
 Firmando como testigos
 Cuantos hubieron poder.
 Fundóse un aniversario
 Y una capilla con él,
 Y Don Pedro de Alarcon
 El altar ordenó hacer,
 Donde hasta el tiempo que corre,
 Y en cada año una vez,
 Con la mano desclavada
 El crucifijo se ve.

TERCERA PARTE.

A ROMA.

Aun niño me contaron
Un *no sé qué* de Césares y reyes,
De alcázares que alzaron,
De imperios que asolaron
Para escribir con sus escombros leyes.

Y yo me imaginaba
Allá en mi débil pensamiento loco
Cuando en Roma pensaba,
Que cuanto grande hallaba
Para finjirlo en Roma era bien poco.

Palacios imperiales,
Circos y templos, acueductos, fuentes,
Trofeos colosales,
Obeliscos triunfales,
Termas, jardines, pórticos y puentes,

Perfumes y oro y ruido,
Y sabios, y vestales, y guerreros
Soñé desvanecido;
Y todo confundido
Como los días de mi edad primeros.

¡Pobre niño ambicioso!
No conté con las sordas tempestades
Del tiempo proceloso,
Que arrebató impetuoso
Reyes, palacios, gentes y ciudades.

Y ciego y exhalado
A impulso de mi joven fantasía
Volé desatentado
A ver lo atesorado,
Lo que pensaba yo que no moría.

Tras ese haz de despojos
Que al ancho Tiber las espaldas doma
Me prosterné de hinojos,
Para tornar los ojos
A sorprender la eternidad de Roma.

Y ahí encontré tendida
Esa Roma, terror de las naciones,

Desplomada y hundida;
Ramera embrutecida,
Hija de lobos, madre de Nerones.

Leona agonizante
Que rabiosos los tigres dividieron,
Y á su raza triunfante
La presa palpitante
De sus cachorros en venganza dieron.

Púrpura del tirano
Que dió su vida en prenda de mil muertes,
Y el esclavo villano
Con insolente mano
Echó sobre ella y sobre el trono suertes.

¿Qué se hicieron, señora,
Tus severos y nobles senadores?
Tu gente vencedora
¿En dónde oculta ahora
El sitio de tus libres dictadores?

¿Dó están los ciudadanos
Que nacian señores de la tierra,
Vasallos soberanos
Cuyas potentes manos
Daban al universo paz ó guerra?

¿Dó están esas legiones
Que á su placer la púrpura ofrecían
Y por altas razones
A las otras naciones
Enviaban nuevo rey cuando querían?

¿Dó están esos valientes
A quien seguían miles de soldados
A avasallar las gentes,
Arrastrando insolentes
Los vintos reyes á su triunfo atados?

¿Dó está, Roma caída,
Aquella multitud que iba serena
A tus circos, servida
Con ver cómo la vida
Jugaban sus esclavos en la arena?

¡Tú sola te perdiste!
Tú sola ¡oh Roma! tu grandeza hollaste,

Pues la prez que te diste
Velarte no supiste,
Y tu seno con crímenes manchaste!

Porque diste humillada
A un César un puñal y una corona,
Su raza entronizada
En tu cerviz hollada
Por eso cantos de furor entona.

Por eso en sus salones
Tus matronas tomó por concubinas,
Por eso á sus legiones
Con tan torpes lecciones
Hizo á Roma poblar de Mesalinas.

Y en su embriaguez y hartura
Contando como perros sus vasallos,
Quisiera en su locura
Esa progeñie impura
Palacios levantar á sus caballos.

Y por eso de flores
Coronada la sien iban beodos
Esos emperadores
Los crímenes mayores
A presenciar para saberlos todos.

Por eso ardias, Roma,
Mientras Neron al resplandor cantaba,
Y al par que se desploma
Tu grandeza, el aroma
Del humo ardiente tu señor gozaba.

Por eso en tus hogueras
Morian inocentes los cristianos,
Y tus legiones fieras
En dobladas hileras
Apoyaron la ley de tus tiranos.

Por eso del oriente
Tras el pendon del Redentor divino
Bravo tropel de gente
Vino, y clavó en tu frente
El Lábaro triunfal de Constantino.

Y por eso mas tarde
Tu hora fatal atentos esperaban
;Y ansiando que no tarde!
Los que en vejez cobarde
Del desierto al lindel te contemplaban.

El desierto dejaron
Los que tu fértil, opulento y rico
Imperio devastaron,
Y en sangre se bañaron
Las formidables hordas de Alarico.

Del desierto vinieron
Los hijos de esa raza que aniquilla
Cuanta pompa en ti vieron,
Y tus muros se hundieron
Bajo el caballo del sangriento Atila.

« ¡Sangre! ¡esterminio! ¡fuego!
« ¡Cebaos ahí en carne de villanos! »
Gritaba de ira ciego;
« ¡Que no se encuentre luego
« Uno con libertad de esos romanos!

« Sangre á beber vinimos;
« ¡Hartaos de sangre, mis sedientos perros!
« ¡Do quiera que estuvimos
« Que muestre que vencimos
« La marca funeral de nuestros hierros!

« ¡Sangre! ¡esterminio! ¡fuego!
« ¡Sangre, lebreles! Si sus dioses hallo
« Y hasta su templo llego,
« Venid á verlos luego
« Atados por los piés á mi caballo. »

Y así Atila clamando
Giró en carrera rápida y violenta
Sus tigres azuzando,
La ancha espada mostrando
Hasta el torcido gavilan sangrienta.

¡Fiesta horrible, espantosa,
Festín de sangre en tu recinto dieron!
¡Oh Roma poderosa!
La sangre generosa
De tus hijos los bárbaros bebieron.

La compasiva luna
Requirió los cendales enlutados
De la sombra oportuna,
Por no ver tu fortuna
Hecha presa y botín de sus soldados.

¿Qué te quedó aquel día
¡Oh Roma! de tu espléndida grandeza?
¿Quién lloró tu agonía?
¿Quién como tú gemía
Sosteniendo en sus brazos tu cabeza?

¡Otra amorosa gente,
Víctima del furor de tus tiranos,
Enjugó diligente
El sudor de tu frente
Con maternales y dolientes manos!

Otra raza mas pura
En vez de tus Penates y tus Lares
Te prestó en tu amargura
Otro Dios de ventura,
Otro templo mejor y otros altares.

Mas tú, infame ramera,
Por el antiguo vicio ya estragada,
A tu maldad primera
Volvistes altanera,
Tal vez sin fuerzas, pero no cansada.

Y tornaron mas fieros
Con leyes de piedad otros Nerones,

Que lobos carniceros
Con pieles de corderos
Volvieron á dar *sangre* á las naciones.

Y tornaron profanas
A levantarse torpes concubinas
Tus bellezas livianas,
Tornaron las romanas
A aprender el papel de Mesalinas.

Y tornaron ladinos
En lugar de tus monstruos imperiales
Otros reyes dañinos
En faz de peregrinos
Ornados de capelos y sayales.

¡Tuya es la culpa, ¡oh Roma!
Tuya es la culpa, y de tu suelo ardiente
Si te hundió tu carcoma,
Del rojo sol que asoma
Por ese azul y voluptuoso oriente!

Culpa es de esos jardines
Que brotan fuentes y árboles y flores,
Y toldos de jazmines,
Que inspiran los festines
Y el vértigo carnal de los amores.

Ciudad de las ciudades,
Águila vieja cuya frente hollaron
Las negras tempestades
En que tus mil edades
Sobre tu cana frente reventaron;

— ¡A Dios, con tus señores!
Y ¡guai! que mientras tú duermes tranquila
No tornen vencedores
Los tigres vengadores
De las legiones del sangriento Atila.

¡Guai! no vuelva azuzando
Sus tigres en su cólera violenta
Sin compasión clamando,
La ancha espada mostrando
Hasta el torcido gavilán sangrienta:

« ¡Sangre! ¡esterminio! ¡fuego!
« ¡Sangre, lebres! — Si sus dioses hallo,
« Y hasta su templo llego,
« Venid á verlos luego
« Atados por los pies á mi caballo. » —

LA NOCHE INQUIETA.

FANTASÍA.

I.

LA ÚLTIMA LUZ.

Hay unas horas sin hora
En que nuestras horas cesan,

Horas que en el alma pesan
Como inmensa eternidad.
Unas horas sin oriente,
Sin occidente y sin nombre,
En que atosigan al hombre
La mentira y la verdad.

Horas sin voz, en que quiere
Escuchar algo el oído,
Y el aire no tiene ruido
Que poderle dar á oír:
En que quiere hablar la lengua
Y se detiene medrosa,
Porque teme alguna cosa
Que la pueda interrumpir.

En que con ojos avaros
Miramos lo que no vemos,
En que delirar creemos
Y deliramos creer:
Horas en que duerme entero
Este mundo que habitamos,
Y nosotros despertamos
Su descanso á sorprender.

En los pliegues de la sombra,
Como antípodas del día,
Estas horas de agonía
Caminando amargas van:
El tiempo abortó esas horas
Para el alma que medita:
Que el cuerpo no necesita
Horas de tan noble afán.

Pasan sobre el grato sueño
Del labrador fatigado,
Sobre el sueño descuidado
Del indolente señor:
Sobre el del tranquilo esposo,
Y el del necio indiferente,
Y el de la hermosa inocente
Que sueña el primer amor.

Pasan sobre la sonrisa
De la madre cariñosa,
Que amante, madre y esposa
En un amor goza tres:
Pasan respetando el sueño
Del olvidado mendigo,
Que al dar á la sien abrigo
Deja desnudos los pies.

Y buscan el sueño inquieto
De algún pensador profundo,
Que aguarda más ancho mundo
De este otro mundo detrás:
Buscan al hombre que piensa,
Y que al pensar que es eterno

Cambiara por un infierno
El posible de ser mas.

Al asentarse en su lecho
A sus párpados llamando,
El ánima despertando
Por el párpado miró.
Presentósele la sombra
Como imagen de la nada
A la roja llamarada
Que la lámpara brotó.

Escucha, y oye silencio,
Mira, y los ojos ven sombra,
Habla, y el eco le asombra
Sin responder á su voz :
Solo aprende que es de noche,
Que su mente inquieta vaga,
Que su lámpara se apaga
Y que el sueño huyó precoz.

Entonces lucha afanado
El cuerpo con la costumbre,
El ojo busca la lumbre,
Busca el oído rumor ;
Y el alma sin luz ni ruido
Que su pensamiento estorbe,
Vuela libre por el orbe
En pos de mundo mejor.

Pero estando condenada
A la cárcel de la tierra :
Vuelve al cuerpo que la encierra
Para meditar en él.
Entonces sujeta al cuerpo,
Mas que en las rocas se estrella,
Para sentir como aquella
Sentidos le presta aquel.

Débil como el cuerpo entonces,
Por ojos de carne mira,
Y ve lo que ver delira
Por aquel turbio cristal.
Ve que lámpara seca.
La luz postrera derrama,
Y ve en la convulsa llama
Un no sé qué de infernal.

Aquellas ráfagas tibias,
Llamaradas de un momento
Que alumbran el aposento
Para ofuscarle otra vez :
Que confundiendo las formas,
Dando espacio á los objetos,
Pintan manchas y esqueletos
Que cruzan por la pared.

Aquella lumbre oscilante
Que en torno al pábilo flota,
Aérea, vibrante, rota,

De indefinible color,
Dibuja en los pardos vidrios
Y en las blancas muselinas
Creaciones peregrinas
Que nos llenan de terror.

Asoma rostros deformes
De diabólicos contornos,
Que en colgaduras y adornos
Nos parece ver girar ;
Ya son gigantes monstruosos
Que desaparecen livianos,
Ya ridiculos enanos
Que se juntan á danzar.

Ya son pájaros flotantes,
Ya son repugnantes viejas,
Ya son fantasmas distantes,
Negras visiones *sin luz* ;
Ya son vivientes que pasan,
Ya son antorchas que cruzan,
Cuyo fulgor desmenuzan
Líneas hendidas en cruz.

Ya charolado vacío
De estrellas rojas orlado,
U hondo hueco iluminado
Por agonizante hachón :
Ya pardos grupos de sombra,
Ya misteriosos paisajes,
Ya pabellones de encajes
O tapices de crespon.

La llama trémula en tanto
De un momento á otro momento
Su resplandor ceniciento
Amaga inquieta matar :
Flota en el aire exhalada
Del pábilo desprendida,
Y torna al pábilo asida
Segunda vez á brotar.

O lame blanda los bordes
Del vaso que la contiene,
Y á reconcentrarse viene
En el pábilo otra vez :
Y moribunda vacila,
Como vibra y pestañea
Mal herido en la pupila
Un ojo con rapidez.

Acaso un insecto imbécil,
De nuestro pavor objeto,
Viene á revolotar inquieto
De la llama en derredor :
Y en su fantástico vuelo
Cruzando la luz, parece
Que aumenta en formas y crece
Como ensueño aterrador.

Se desvanece un momento,
Luego flotante aparece,
Y con la llama se mece
Cual si la hiciera vivir;
Mil veces la hiende y cruza,
Cual si un espíritu fuera
Que danzara en una hoguera
Donde alguno ha de morir.

Se le ve sobre la llama
Volar errante zumbando,
O bien las alas plegando
La opaca lumbre beber.
Se le ve en el vidrio hueco,
Sobre sus piés transparentes,
Sus pasos indiferentes
De uno á otro lado mover.

Y si del fuego aturdido
La claridad evitando
Y su vuelo acelerando
Se le ve cerca pasar,
El rostro se hunde en las ropas,
Y mientras el miedo pasa,
La luz que ilumina escasa
Se acaba al fin de apagar.

II.

EL SILENCIO Y LA OSCURIDAD.

Quando tras vela afanosa
Fatigados nos dormimos,
Soñamos con lo que vimos
O lo que creímos ver.
Así en tropel misterioso
Se agitan confusamente
Los delirios que la mente
Despreció velando ayer.

Por huir de ella tan solo
En ella se cobijaron,
Y dentro de ella aguardaron
De revelarse ocasion;
Que esos fantásticos sueños
Que turban nuestro reposo
Del ánimo religioso
Secretos abortos son.

Porque el que cree y el que duda
Por descuidado que viva,
En algo el creer estriba
Y en algo estriba el dudar;
Y alguna vez engañado
Por los que creyó evidencias,
En sus dudas y creencias
Ha por fin de vacilar.

El ruido y el movimiento,
La voz y la compañía

I.

Que nos da la luz del día
Impiden pensar tal vez:
Y entonces creencias, dudas,
Dentro del ánimo callan,
Y en él guarecidas hallan
Asilo en su timidez.

Por eso en orgía insensata
El disoluto mancebo
Dice: — « En el licor que bebo
Ahogo cuanto creí. » —
Por eso en placer sumido
Dice el embriagado amante:
— « Yo no creo en este instante
¡Vida mía! mas que en tí. » —

Por eso ante sus monedas
El jugador avariento
Dice con audaz acento:
— « Creo en el oro y no mas. » —
Y por eso el pendenciero
Que el triunfo lidiando alcanza
Dice osado á su venganza:
— « Honra, satisfecha estás. » —

Pero si en la noche umbria
Tras sueño inquieto despierta,
Cada sentido una puerta
A sus creencias le da;
Y duda, y teme, y vacila,
Y azorado el hondo pecho,
En derredor de su lecho
Fantasmas fingiendo está.

Su lámpara, ya apagada
Al matar la última lumbre,
Dejó sombra en la techumbre,
Dejó sombra en la pared;
Cerrado dentro la alcoba
El aire falto de ruido
Escucha en vano el oído
La voz de la lobreguez.

En vano miran los ojos
La sombra descolorida;
Con una ilusion mentida
Vienen á tocar al fin;
Do quier que avaros se tornan
Ven una masa uniforme,
Una sombra espesa, enorme,
Que no se ciñe á confin.

La mente duda medrosa,
Los sentidos se adormecen,
Y embriagados se adormecen
Con cada nueva ilusion:
Todo en la mente se agita,
Todo en la mente se embota,
Todo en torno nuestro flota
En callada confusion.

6

Y á tanto mirar los ojos,
A tanto oír los oídos,
Fatigados, aturcidos,
Rumor oyen, sombras ven;
El ánimo se amedrenta,
Y brotan los pensamientos
Medrosos y antiguos cuentos
Que la atosigan también.

Entonces es cuando el eco
De un cabello que tropieza
Nos retumba en la cabeza
Con chasquido colosal;
Entonces semeja el roce
De la ropa mal plegada
La voz seca y prolongada
De rápido vendabal.

Entonces es cuando el ruido
De nuestro azorado aliento
Nos parece el sordo acento,
La lejana confusión
De las invisibles alas
De aves mil desconocidas,
Que van cruzando pérdidas
Los aires en rebelión.

Y escuchamos á lo lejos
Huellas de piés recelosos
Y vagidos vaporosos
Que se apagan al nacer,
Y crujen en las vidrieras
Confusos sacudimientos,
Y ahullidos, gritos y acentos
De rabia, espanto y placer.

Entonces fingen los ojos
A compás de estos rumores
Mil fantásticos colores,
Sombras y delirios mil;
Bultos que ruedan informes,
Círculos de luces bellas,
Vagas y raudas centellas
Del miedo aborto febril.

Y fantasmas que en tumulto
Pasan, corren, flotan, vuelan,
Y se apagan y rielan
Sin tener luz ni color;
Y parece que cruzando
Por las tinieblas oscuras,
Arrastran sus vestiduras
Con repugnante rumor.

Caprichos, menos que nada,
De esencia desconocida,
Delirios sin voz, sin vida,
Nada pueden, nada son;
Mas sin cuerpos ni colores,
Tienen cuerpos y semblantes

Que los ojos delirantes
Les prestan en su ilusión

Les presta voz el oído,
Y movimientos la mente,
Y vienen confusamente
Mente y oído á acosar,
Y mente y ojos y oídos
Con tan fantástico empeño
Alejan el blando sueño
Y empiezan á delirar.

Llenan entonces el aire
Peregrinas ilusiones
Y frágiles creaciones
De la duda y de la fé,
Donde entre iguales contornos
Una en otra confundida
La miseria de la vida
Y la religión se ve.

Allí entre un miedo mundano
Y entre una creencia errada
Va una idea de la nada
O una olvidada verdad;
Y en tan cumplidas tinieblas,
En silencio tan completo
Se trasparenta un objeto
Inmenso... la eternidad.

¿Quién no cree y quién no duda
Cuando á solas en su lecho
En el reló de su pecho
Sus horas contando está?
¿Quién no cree y no duda entonces
En el silencio y la sombra?
¿Quién pensando no se asombra
Lo que existe *mas allá*?

Porque esos seres aéreos
Que en redor nuestro sentimos,
El rumor que percibimos
En torno nuestro bullir,
Aquel extraño delirio
En que creemos dudando
Que hay quien nos está mirando
Sin podérselo impedir;

Ese rumor misterioso
Que con la sombra murmura,
Esa luz leve, insegura,
Que radia la oscuridad;
Ese temor sin objeto
Que la sombra nos infunde
Y en la mente nos confunde
La mentira y la verdad;

Ese insectillo nocturno
Que nos asalta y aterra,
Que con nosotros se cierra
Inoportuno á combatir,

Que en monótona algazara,
En ronco y sonoro ruido
Acosa nuestro descuido
Sin dejar de ir y venir;

Ese insecto á quien juzgamos
En nuestra aflicción medrosa
Un sér, un soplo, una cosa
Que nos dice *no sé qué*;
Un *no sé qué* misterioso
Que nos traspasa de miedo,
Que de un labio revoltoso
Se derrama y no se ve;

Y aquel afanoso empeño
Con que dormir procuramos
Y con quien tanto porfilamos
Que hace inútil nuestro afán,
Son voces de nuestra nada
Que soñando comprendemos,
Y que á gritos — si creemos —
Preguntándonos están.

Por eso si en orgía inmunda
El disoluto mancebo
Dice: — « En el licor que bebo
Ahogo cuanto creí; » —
Por eso si en sus placeres
Dice el insensato amante:
— « Yo no creo en este instante
¡Vida mía! mas que en ti; » —

Por eso si ante su oro
El jugador avariento
Dice con seguro acento:
— « Creo en el oro y no mas; » —
Por eso si el pendenciero
Que el triunfo lidiando alcanza
Dice altivo á su venganza:
— « Honra, satisfecha estás. » —

En la sombra de la noche
Con su corazón á solas
Luchan con las turbias olas
De la duda y el temor;
El uno por sus festines,
El otro por su dinero,
Por su honor el pendenciero,
Y el amante por su amor.

Porque ese fugaz murmullo,
Ese crepúsculo vago,
Son el reflejo, el amago
Del final de nuestro sér;
Y dudar en el silencio,
Temer en la sombra oscura,
No es ni duda ni pavora,
Es conocerse y creer.

—
Que la sombra y el silencio
Reflejan la eternidad

Como la luz de los cielos
Reverbera en un cristal,
Y recordando su polvo
A la flaca humanidad,
Son clamor de nuestra nada
Que diciéndonos está

« Creed, ó velad. »

Que el no atreverse á creer
Es decidirse á dudar,
Y dudar es tener miedo
De creer una verdad;
Dudar es estar en vela,
Crear es tranquilo estar,
Y es fuerza por duda ó miedo,
Puesto que tan juntos van,
Crear, ó velar.

Pues no es mas el corazón
Que un indestructible altar
De donde nuestras creencias
No se separan jamás;
Y el jugador y el valiente,
Y el disoluto galán,
Tienen allá en la alta noche
Un momento sin solaz
En que sus vagos temores
Y su inquietud y su afán
Les están diciendo á voces
En la muda oscuridad:
« Creed, ó velad. »

Que ese rumor del silencio,
Y esa ráfaga fugaz
Que deliramos que alumbraba
La callada oscuridad,
Y ese temor sin objeto,
Y ese insecto pertinaz
Que zumba, y silba, y se agita,
Sube y baja, y viene y va,
Y ese empeño, esa porfía
Con que en nuestro torpe afán
Procuramos el descanso,
¡Vive Dios! que no son mas
Que el miedo á nosotros mismos
Que nos impone tenaz
Crear, ó velar.

Es la sombra incomprensible
De ese oculto *mas allá*
Tras de cuyo pensamiento
No alcanzamos á ver mas
Que lo que envuelve la noche,
Silencio y oscuridad.

III.

EL AMANECER.

Y al fin de tanto temer,
Tanto soñar sin dormir,

Y tanto afán,
El alba esperando ver
Cerrándose sin sentir
Los ojos van.

Al menor ruido que oímos
Vuelven á abrirse otra vez
Lentamente,
Mas apenas los abrimos
Tornan á su lobreguez
Muellemente.

Y todavía creemos
Que sentimos y miramos
Desvelados,
Y lo que oímos y vemos
Es solo lo que soñamos
Fatigados.

Todavía en la cabeza
Se agitan los pensamientos
Confundidos,
Y con lánguida pereza
Dejamos sus movimientos
Vagar perdidos.

Y las nocturnas visiones
Que nuestro capricho loco
Nos fingía,
Sus medrosas ilusiones
Desvanecen poco á poco
Con el día.

Una luz tibia, insegura,
El quicio de alguna reja
Iluminando,
Sobre la pared oscura
La luz que fuera refleja
Va pintando.

Y en el rayo fugitivo
Que se pierde en el flotante
Polvo leve,
Aquel insectillo esquivo
Cruzando á su torno errante
La luz le bebe.

Y pasa, y se mece, y gira,
Sube, y baja, y huye, y viene
Sin recelo,
Y se pierde, y se retira,
Y sobre la luz se tiene
En ronco vuelo.

De alguna torre cercana
El esquilon nos despierta
Un momento,
Y en una ilusión liviana
Concibe la luz incierta
El pensamiento.

Y el rayo del sol naciente
Y el insecto pertinaz
Que bulle en torno.

Pasan un punto en la mente
Como una sombra fugaz
Sin contorno.

Y en la duda vacilando
Si velamos ó dormimos,
Nos parece
Que el sueño á que nos rendimos
Nos va la luz apagando
Que amanece.

Y pasando del dudar
Al descanso del dormir
Olvidamos
Lo que nos vino á turbar,
Y lo que pudo existir
O soñamos.

Y al despertar otro día
Ya no guardamos memoria
Ni recelo
De la inquietud y agonía,
De la fantástica historia
De aquel desvelo.

Porque así pasan sombrías
Las horas de nuestros días
Revoltosos,
Las noches de dudas llenas,
Los días llenos de penas
Y azarosos.

Las noches creyendo ver
Lo que habemos de creer
Y dudamos;
Y los días sin pensar
En lo que hemos de soñar
Cuando durmamos.

¡Oh! verted blando beleño,
Tardas noches, en mi sueño
Al resbalar,
Y tras sueño inquieto y largo
No tenga un recuerdo amargo
Al despertar.

SOLEDAD DEL CAMPO.

— *Ingeniero*

¡Salve! fértil campiña y prado ameno,
Crespo collado, y valle, y soto umbrío,
Donde de cuitas é inquietud ajeno
Libre vagaba el pensamiento mio.

¡Salve! y las leves auras te murmuren,
Y el sol te dé riquísimos colores,
Y abundosas las lluvias te aseguren
Tu cosecha de espigas y de flores.

¿Quién me diera ¡ay de mí! tu sombra os-
Donde tornara al que perdi reposo? cura
¿Quién me tornara ¡oh soto! á la frescura
De tu arbolado suelo tan frondoso?

¿Quién me diera el pacífico murmullo
De tus olmos mecidos mansamente,
De tus palomas el sentido arrullo,
Y el grato són de tu escondida fuente?

Quando en tu blanda yerba recostado
Lejos de los impúdicos festines
En apacible trino regalado
Me adormían los sueltos colorines.

Y yo les vía en las latientes plumas
Sostenerse y picar la espesa grama,
Y turbar del remanso las espumas,
Y en el árbol saltar de rama en rama.

¡Ay cuánto habrán los afanosos días
Hollado tanta gala y donosura!
¡Cuántas tormentas al pasar bravías
Habrán roto tan frágil hermosura!

¡Cuán mal sonara ya mi voz mundana
Bajo ese techo de hojas campesino,
Sobre esa alfombra espléndida y liviana
Que reverdece arroyo cristalino!

¡Ah! ¡lejos ya de mí tan torpe empeño!
Apararé el compás del arpa loca,
Y de tus aves el sabroso sueño
No turbarán los himnos de mi boca.

¡Contento quedaré con saludarte,
Con ver de lejos tu silvestre pompa...!
Tal vez ¡oh fresco soto! al contemplarte
En lágrimas de amor cansado rompa.

Que nada son los fáciles laureles
Con que el mundo nos brinda lisonjero
Si al prestarnos su manto de oropes
Rasga y desnuda el corazón primero.

Quando seguí desalentado y loco
Del mundano placer las torpes huellas
Aprendí que el placer vale bien poco...
Siempre al pisarlas resbalaba en ellas.

Y siempre cuando en órgia estrepitosa
La perfumada copa levantaba
Al apartarla de la faz jugosa
En el vaso una lágrima encontraba.

Y siempre el són de la caliente fiesta,
Las canciones, la báquica armonía
Me hacía apetecer la blanda siesta,
Y el rumor de los olmos me traía.

Y siempre en su cantar la cortesana,
Y siempre en su tañer la danza impura
Me acordaba la música villana
Con que la amena soledad murmura.

Que allí la hermosa con mentidas flores
La sien tocaba y el desnudo cuello,
Sin pedir á sus cálices olores
Con que aromar las hebras del cabello.

Que allí los ruseñores suspendidos
Entre grillos y cárceles de oro
Con el ronco tumulto ensordecidos
No soltaban el cántico sonoro.

Y el aire que aspirábamos pesado
Nos abrasaba al aspirarle el pecho,
Y el inmenso salón entapizado
Érale al corazón pobre y estrecho.

Y allí también cansado suspiraba
¡Oh deleitable soledad campestre!
Por el sosiego y paz que en tí gozaba
Bajo tu tosco pabellón silvestre.

¡Oh que me place, soledad sabrosa,
Del fresco soto y del sombrío ameno
La tibia luz y el aura bulliciosa
Que alumbraba y riza tu enramado seno!

Allí miraba mi infantil pupila
En el fondo de lóbrega laguna
Cuál resbalaba en ilusión tranquila
La turbia imagen de la blanca luna.

Allí crecían las sonantes cañas,
La verde junca, y la amistosa yedra
Do tejen campesinas las arañas
Su estrecha red entre horadada piedra.

Allí venía el silbador mosquito,
Y en tanto que en los hilos se enredaba
Acechábale oculta de hito en hito
La cazadora ruin que le esperaba.

Allí vía constante en su fatiga
Ir y venir por la vereda usada
A lentos pasos la afanosa hormiga
Con la futura provision cargada.

Y allí en la rama que la noche fría
Con niebla moja, y con el aura enjuga,
Yo al sol del alba columpiarse vía
En baba frágil la vellosa oruga.

Y allí también, sin fueros de jardines,
Vía huertos con parras entoldados
Do había pabellones de jazmines
De las paredes ásperas colgados.

Y allí brotaban escondidas violas
Lirios azules, rosas purpúreas,
Jacintos y sangrientas amapolas,
Madreselva y fragantes clavellinas.

Y sus líquidas trenzas derramando
Cruzábale un arroyo, y amarillas
El césped de la margen salpicando
Le orlaban mil vistosas florecillas.

Y allí andaba la suelta mariposa
Libre de flor en flor volando ufana,
Su librea ostentando revoltosa
De oro y de azul, de púrpura y de grana.

Ya posaba en los altos mirabeles,
Ya esquivaba al pasar las otras flores
Avergonzando lirios y claveles
Sus puros y magníficos colores.

Y arrastrando su alcázar en la espalda
El perezoso caracol salía
Del fresco sulco á la pintada falda
A bañarse en el sol de medio día.

Y sobre alguna fácil eminencia
Estendiendo su cuerpo trasparente
Tornaba á bendeir la Omnipotencia
Los elásticos ojos al oriente.

Y allí zumbando la oficiosa abeja
Entre los frutos del jardín opimos
La blanca miel que en sus panales deja
Chupaba en los espléndidos racimos.

¡Oh silencio! ¡oh pacífica ventura!
¡Oh soledad del campo deleitosa!
En tí de la inquietud de su locura
El fatigado corazón reposa.

¿Quién me tornara á la enramada umbría
Donde ecos tuvo mi cantar primero?
¡Acaso alegre el arpa sonaría
Al blando són del céfiro ligero!

Mas ¡ay! que acaso en apartados climas
Por la importuna suerte arrebatado
He de cantar en lamentosas rimas
La pátria soledad que habré dejado.

¡A Dios! entonces, venturoso suelo
Donde libre nací, pero desnudo,
Cúbrate en paz el compasivo cielo
En tanto que de lejos te saludo.

¡Salve! fértil colina y prado ameno,
Crespo collado, y valle, y soto umbrío,
Donde de cuitas é inquietud ajeno
Libre vagaba el pensamiento mio.

¡Salve! y las leves auras te murmuren,
Y el sol te dé riquísimos colores,
Y abundosa las lluvias te aseguren
Tu cosecha de espigas y de flores.

SONETO.

Con el hirviente resoplido moja
El ronco toro la tostada arena,

La vista en el ginete alta y serena
Ancho espacio buscando al asta roja.

Su arranque audaz á recibir se arroja
Pálida de valor la faz morena,
É hincha en la frente la robusta vena
El picador, á quien el tiempo enoja.

Duda la fiera, el español la llama :
Sacude el toro la enastada frente,
La tierra escarba, sopla y desparrama ;

Le obliga el hombre, parte de repente,
Y herido en la cerviz, húyete y brama,
Y en grito universal rompe la gente.

A BLANCA.

¡Oh! que me place, Blanca,
Cerca de mí tenerte
Cuando la noche turban
Nuestros brindis alegres.

Quando la luz se quiebra
Trémula y trasparente
De las colmadas copas
En los cristales ténues.

Quando los ojos húmedos
De luz avaros hierven,
Y en cada luz sin tino
Vacilan y se hieren.

¡Si vieras cómo brillan
Debajo de tu frente
Tus ojos de azabache,
Y hogueras me parecen!

¡Oh! que me place, Blanca!
Bebe, alma mía, bebe,
Y el mundo que murmure,
Que el mundo es un imbécil.

Caiga el cabello en rizos
Por los hombros de nieve
Cual pabellon que guarda
Del rocío las sienas.

El cuello sin cendales
El aura mansa orée,
Y el calor de tu seno
Vagando en torno temple.

Y los torneados dedos
Entre las copas jueguen
Como niños sin juicio
Ni dueña que les vele.

Los entreabiertos labios
La roja lengua muestren
Formando las palabras
Con el vino á traspieses.

Y la impetuosa risa
Brotando de repente
La blanca dentadura
Y la honda voz enseñe.

Y en desigual latido
Veré cómo turgente
El agitado pecho
Convulso se estremece.

¡Qué hermosa estás, mi Blanca!
Bebe, alma mia, bebe,
Y el mundo que murmure,
Que el mundo es un imbécil.

Dicen que hay una tierra
Do habitan unas gentes
Con lanzas en las manos
Y cascos en la frente.

Que sin solaz ni tregua
Se acechan y acometen,
Velando atentos unos
Mientras los otros duermen.

Que guardan las ciudades
Con torres y con puentes,
Y que cuando unos mandan
Los otros obedecen.

¡Locuras, Blanca mia,
Estar lidiando siempre
Porque los unos salgan
O que los otros entren!

Sin duda que han perdido
Su vino y sus mugeres
Cuando en tales manías
Han dado aquellas gentes.

Bebamos, Blanca hermosa :
Brindemos... Mas ¿qué tienes?
¿Por qué el cendal descíñes
De la cintura leve?

¿Por qué sobre la mano
Doblas así la frente?
Acaso los licores...
¡Ay, Blanca, tú te duermes!

Besaréla en los labios;
Tal vez cuando despierte
Mi blando beso en ellos
Acaricie y estreche.

A Dios, hermosa Blanca :
Tranquila y quieta duerme
Y si despiertas pronto
A los licores vuelve.

Así se goza, Blanca :
Bebe, alma mia, bebe,
Y el mundo que murmure,
Que el mundo es un imbécil.

ODA.

Prestadme el dulce canto,
Aves del valle y de la selva umbría,
Y levantad en tanto
Para arrullar mi llanto,
Frescas hojas, monótona armonía.

Y tú, sonoro viento,
Tus alas de vapor lánguido mece,
Y en blando movimiento
Con perfumado aliento
Las hojas y las aguas estremece.

Porque estos mis cantares
De vosotros no mas serán oídos,
Que el duelo y los pesares
Solo en nuestros hogares
Ser deben, ó en los bosques, repetidos.

Que el mundo maldiciente
Murmura del que llora y del que pena,
Del que placer no siente;
Y el triste eternamente
Ha de arrastrar cantando su cadena.

Que es el mundo un tirano
Que solo da suplicios y agonía,
Y exige soberano
Que llame el triste humano
Imperio paternal su tiranía.

¿Mas qué vale que errante
Y solo de los ecos atendido
Mis amarguras cante,
Y el aire se levante
Devorando mi cántico perdido?

Aquí en la selva umbrosa
¿No cantan á la par los ruiseñores?
¿No susurra armoniosa
El agua bulliciosa,
Y les escuchan las atentas flores?

Y el céfiro ligero
Cuando el rocío de su bosque orea
¿No suena lisonjero,
Y en murmullo hechicero
Las yerbas y los árboles menea?

¡Maldita mi locura!
¿No valdrá mas cantar cual ellos cantan,
Que acrecer mi amargura

Mientras en la espesura
Tan alegres rumores se levantan?

¡Oh! ven, arpa sonora;
Y rompe loca en himnos bulliciosos,
Cantando seductora
Al són que bulle ahora
De arroyos y de vientos sonorosos.

Pues que es breve la vida,
Y es el mundo no mas pompa liviana,
Y al fin la tierra hendida
Su farsa concluida
Sepulcro universal será mañana;

Cantaré descuidado
Lo inútil de esta misera existencia,
Ya el cielo esté nublado,
Ya en calma y sosegado,
Ya el huracan reviente con violencia.

Porque en verdad, ¿qué importa
El mundanal orgullo y la ventura
De esta vida tan corta,
Si en igual fin aborta
Tocando en fin igual nuestra locura?

¿De qué sirvió al valiente
Alejandro ser rey en Macedonia,
Y avasallar la gente,
Y pretender demente
Ser adorado un Dios en Babilonia,

Si por extraño modo,
Sin poder apurar el hondo vaso
Dió el aliento beodo,
Y dió por fin de todo
Desde su fiesta á su sepulcro un paso?

¿De qué sirvió la gloria
Cantar de Grecia al inmortal Homero,
Y á su nombre en la historia
Dejar alta memoria,
Si Grecia ingrata le olvidó primero?

¿De qué sirvió á Rodrigo
La hermosa Caba, el cetro de los godos,
Si huyendo al enemigo
Dichas y amor consigo
Perdió el monarca y se perdieron todos?

¿De qué sirve á Cervantes
Que esas estátuas hoy le levantemos
De los años triunfantes,
Si sus libros gigantes
A sola su miseria le debemos?

¿Qué sirven esos mudos
Bustos dorados de los muertos reyes,
Sus palacios y escudos,
Si sus pueblos desnudos
Ignoran por inútiles sus leyes?

¿Qué sirve á las naciones
Que sus pueblos se inmolen y combatan
Al pié de sus pendones,
Si sus nobles legiones
Han de morir al fin si no se matan?

¿Qué salvó la altanera,
La grande Roma, de su pompa y brio,
Y su beldad primera...
Esa vieja ramera
Cuyo esqueleto duerme sobre un rio?

¿Y qué han salvado apenas
De tal desórden y tamaño estrago
Las de riqueza llenas
Tiro, Palmira, Atenas,
Tebas, Corinto, Menfis y Cartago?

¡Escombros y memorias...!
Humo de aromas, tumba de tiranos
Que manchan las historias,
Dando en cifras mortuorias
Polvo á la tierra, casa á los gusanos.

Y si esto solo resta,
Si esto por fin de nuestro afan nos toca,
Tonos, arpa, me apresta,
Que quiero en muelle siesta
Reir cantando vanidad tan loca.

Aquí á mis piés resbala
Claro, inquieto y sonoro un arroyuelo
Que la arenilla cala,
Y su márgen iguala
Entre las flores con que borda el suelo.

Los sáuces de su orilla
Le dan manso murmullo y grata sombra,
Y la caña amarilla
La alta cerviz le humilla
Dándole al paso pabellon y alfombra.

Y le saltan trinando
Pardos mirlos y rojos colorines,
Y en su césped posando
Las palomas pasando
Le beben, y le pican los jazmines.

Junto al agua sonora
De ese arroyuelo que en mis versos pinto
Cantar me place ahora,
Y quédense en buen hora
Con sus historias Menfis y Corinto.

¿Qué importa que mi nombre
Legue á mi gente con baldon ó fama
En la mansion del hombre,
Y al universo asombre,
Si á mí la muerte á concluir me llama?

Cantar tranquilo quiero
Mi voluptuosa y lánguida pereza,

Pues ni pierdo, ni espero;
Y otro cante altanero
La gloria de su patria y su grandeza.

Que asimismo cantaron
Taso, Homero y Cervantes, y murieron,
Y sus pueblos amaron,
Y los pueblos que honraron
Conocerlos en vida no quisieron

Que es la vida un camino
Sin medida ni fin, coto ni valla,
Do desnudo y sin tino
Si encuentra el peregrino
Sombra alguna ó placer, eso se halla.

No estátuas algun día
Cual dan á Homero y á Cervantes quiero,
Si hoy en la patria mia
Fortuna tan impía
Como Cervantes lloraré y Homero.

Y si el plazo cumplido
En que esta vida y tierra se abandona
Libre acaso de olvido
Mi sepulcro escondido
Me conserva tal vez una corona,

Eso hallará mi gente
En mi sepulcro al encontrar mi nombre;
Mas no dirá insolente
Que me pesó en la frente
Ese lauro quimérico del hombre.

Cantar tranquilo quiero
Mi voluptuosa y lánguida pereza,
Pues ni pierdo ni espero,
Y otro cante altanero
Las glorias de su patria y su grandeza.

Junto al agua sonora
De ese arroyuelo que en mis versos pinto
Cantar me place ahora,
Y quédense en buen hora
Con sus historias Menfis y Corinto.

LA MARGEN DEL ARROYO.

¡Qué dulce es ver muellemente
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
Un arroyo trasparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!

Ver cómo la yerba blanda
En la márgen se le inclina,
Y cómo crece

De violas morada banda
Que la linfa cristalina
Salpica y mece.

Los juncos de las riberas
En haz espeso apiñados
Se le encorvan,
Y las raíces someras
Evita par ambos lados
Si le estorban.

Insectos de mil colores
Con mil susurros campestres
Le dan ruido,
Y en vez de cuidadas flores
Rueda entre lirios silvestres.
Escondido.

Y no han de envidiar sus olas
De cortesanos jardines
La hermosa,
Porque á cientos amapolas
Jacintos brota y jazmines
Su frescura.

Ni han de envidiar á los rios
Los alcázares y puentes
Que sustentan,
Porque esos monstruos sombríos
Mas que coronar sus frentes
Las afrentan.

Ni á las fuentes y cascadas
Sus tazas de jaspero y oro,
Ni sus rocas,
Aunque se vierten hinchadas
En estrépito sonoro
Por cien bocas.

Que ambas le cercan orillas
Entre agudas espadañas
Cortadoras,
Esponjadas y amarillas
Altas y sonantes cañas
Cimbradoras

Ni ha de envidiar á los mares
De buques la escelsa pompa
Y gritería,
Ni sus altos alminares,
Ni de su bélica trompa
La voz impía.

Porque tiene en un remanso
Sáuces y olmos corpulentos
Encopados,
Que le hacen murmullo manso
Al suspirar de los vientos
Perfumados.

Y en vez de roncos clarines
Columpia trinando amores
La ancha copa

De mirlos y colorines,
Y vistosos ruiseñores,
Pintada tropa.

¡Oh dulce es ver muellemente
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
En arroyo trasparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!

¡Oh qué es dulce contemplar
El agua los pies venir
A lamer,
Y susurrando pasar,
Y al intentarla seguir
La perder!

Y aquel bullir sin sosiego,
Y aquel seguir siempre igual
Su camino;
Y aquel trasparente juego
Que hace el voluble cristal
Tan contino.

Y aquellas mil piedrezuelas
Que se arrastran y se empujan,
Y se acosan,
Y aquellas redes y telas
Que en las arenas dibujan
Do se posan

Y aquellas cintas de plata
Que en el perfil de las ondas
Finge el sol,
Donde entre gotas redondas
Duplica, aviva y retrata
Su tornasol.

Y aquella colgada oruga
Que en hilos imperceptibles
Baja á vellas,
Y al tocarlas las arruga,
Y al sentir las tan movibles
Huye de ellas.

Y aquel insecto que nada
Medio mosca y medio pez
Sobre alguna,
Siempre en la misma jornada,
Y el paso mas cada vez
Se importuna.

Siempre en el mismo lugar
En su afán sin concluir
Noche y día,
La oruga siempre en hilar,
Siempre el insecto en seguir
Su porfía.

Y aquel entorpecimiento
En que gozan los sentidos
Viendo tal

Que duda el entendimiento
Si duerman al són mecidos
Del cristal.

¡Oh dulce es ver muellemente
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
Un arroyo trasparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!

—
¡Arroyo, es muy triste
Pensar junto á tí
Que así van las vidas
Rodando á su fin!
Hoy tiende en tu márgen
Sus flores abril,
Tus ondas perfuman
El lirio y jazmín,
Su sombra te prestan
Tus árboles mil,
Te canta armonioso
Su amor desde allí
Bebiendo tus aguas
Libre el colorín,
Te arrulla sonora
La caña gentil,
Tu orilla es un fresco
Y ameno jardín
Que el sol tornasola
De el alto cenit...
Pero ¡ay! ¡que es muy triste
Pensar junto á tí
Que así van las vidas
Rodando á su fin!
¡Arroyo, así viven
Los que han de morir
Gozando embriagados
El tiempo feliz!
Vendrá julio ardiente
Tu pompa á extinguir,
Y á impulso de oculto
Veneno sutil
Secarán tus lirios
Su tallo y raíz,
Perderá tu yerba
Su verde turquí,
Las rojas violetas
Su aroma y matiz.
Iráse estrechando
Tu manso perfil,
Tus cañas y juncos
Vendrán á rendir
Encima tus aguas
La seca cerviz,
Y al fin tu corriente
En hilo sutil

Su curso en la arena
Vendrá á concluir...
¡Ve, arroyo, que es triste
Pensar junto á tí,
Que así van las vidas
Rodando á su fin!

Arroyo, sigue corriendo
Por esa silvestre calle
De verdura,
Que abajo te están abriendo
Los cenegales del valle
Sepultura.

Arroyo, sigue bañando
Mientras te preste sus flores
Primavera,
Que al valle irá resbalando
Con sus galas y primores
La primera.

Ella nunca será mas
Que un mensaje del verano
Fugitivo;
Pero tú, arroyo en el llano,
Lago en el valle serás
Siempre vivo.

Allí no tendrás jazmines,
Ni juncos, ni esbeltas cañas,
Ni amapolas,
Ni vendrán los colorines
A tus márgenes estrañas
Siempre solas;

Mas yendo y viniendo días
Tú á merced de una fortuna
Siempre igual,
Tendrás suelo y ondas frías,
Bien sea arroyo ó laguna
Tu cristal.

Pues agua siempre has de ser,
Sigue por la verde alfombra
Murmurando,
Que es dulce verla correr
De un olmo á la fresca sombra
Descansando.

AL ULTIMO REY MORO DE GRANADA

BOABDIL EL CHICO.

I.

Una ciudad riquísima, opulenta,
El orgullo y la prez del mediodía,

Con régia pompa y magestad se sienta
En medio la feraz Andalucía.

Y allí vierte su lumbre el sol de Españ.
En hebras de purísimos colores,
Y brotan al calor con que la baña
En vasta profusion frutos y flores.

Allí el aura sutil esptra aromas,
Y la estremecen sobre cien jardines
Bandadas de dulcísimas palomas,
Y pintado tropel de colorines.

El Darro y el Genil con turbias olas
En su verde llanura se derraman,
Y á su confin en playas españolas
Del revoltoso mar las ondas braman.

Mofa son sus alcázares del viento,
Fatiga de los fastos sus memorias,
Su grandeza y tesoros son sin cuento,
Y no se encuentra fin á sus historias.

Allí es el cielo azul, y trasparente,
Fresca la brisa, amiga la fortuna,
Fértil la tierra, y brilla eternamente
Serenos el rojo sol, blanca la luna.

Y afrenta de las tierras mas remotas
Véense allí como en otro paraíso
Los pomposos laureles del Eurotas
Y los húmedos tilos del Pamiso.

Crecen allí las palmas del desierto,
De Cartago los frescos arrayanes,
Las cañas del Jordan en són incierto
Arrullan de Stambul los tulipanes.

Y entre pajizas y preñadas mieses
Las vides de Falerno allí seorean,
Y los de Jericó mustios cipreses
Con los cedros del Libano cimbrean.

Y hay allí robustísimos nogales,
Lúgubres sáuces, altos mirabeles,
Y olivos y granados y morales
Ceñidos de jacintos y claveles.

El zumo de sus vides deliciosas
Tal vez la alegre Italia envidiaría,
Y por sus anchas y fragantes rosas
Sus rosas la trocará Alejandría.

El jaspe, el oro, el mármol, los cristales
Se ostentan en su espléndido recinto,
Y ansiaran sus recuerdos orientales
Los escombros de Atenas y Corinto.

Y no la iguala en lujo y en riqueza
La voluptuosa pompa del oriente,
Que entre flores y lánguida pereza
Vive tranquila su atezada gente.

Unos hombres de oriente la robaron
Para asentar en ella su morada :
Los hombres á quien de ella despojaron
Lloraron siete siglos su Granada.

Y era un tiempo de guerras y de amores
En que el compás de berberisca zambra
Y el són de los clarines y atambores
Estremecian á la par la Alhambra.

Y era un rey esquisito en sus placeres,
Y un pueblo en su molicie adormecido,
Que gozaba en su paz nuestras mugeres
Eslavizando al padre y al marido.

Y era tambien el término llegado
Del brio y del poder de aquella gente,
Y al postrimero rey habia tocado
El sitial de las razas del oriente.

La hora fatal á la morisca luna
Los sabios en su horóscopo leyeron,
Y tal vez mereció mejor fortuna
De la que sus horóscopos le dieron.

¡Ay Boabdil! levántate y despierta,
Apresta tu bridon y tu cuchilla,
Porque mañana llamará á tu puerta
Con la voz de un ejército Castilla.

Mañana de su mengua avergonzados
Te cercarán los tigres españoles;
Y echarán sobre tí desesperados
De siete siglos los sangrientos soles.

II.

— « ¿Qué quieren esos cristianos
A las puertas de la villa?
¿Qué buscan esos villanos
Que traen á su rey ufanos
Tras el pendon de Castilla?

« ¿No son reyes en su tierra?
¿Por qué pasan esa sierra
Talandando el solar ajeno?
¿No les basta su terreno
Para sus fiestas de guerra?

« ¿Por qué en confusion estraña
Levantán en esos cerros
Tantas tiendas de campaña?
¿Por qué ladran esos perros
A los piés de esa montaña?

« Si sus padres espiraron,
Y á su muerte les dejaron
En desastres tan prolijos,
¿Por qué no se contentaron
Como los padres los hijos?

« Frente á sus tiendas reales
Que brillen altas y ufanas
En las torres principales

Las enseñas orientales
Y las lunas otomanas.

« ¡Al arma! ¡al campo! á cambiar
Las marlotas y alquiceles
Por arneses de lidiar,
Los ginetes á aprestar
Los caballos y broqueles.

« La sed de sangre me irrita;
Que doblen los atambores;
Que cierren en la mezquita
Esa multitud que grita
En rejas y miradores.

« Los fuegos prontos estén,
Las calles libres tambien,
Los hombres á la muralla,
Las mugeres al haren...
¡Paso y silencio, canalla! —

Tal *Muza* (1) prorumpie airado
Ante la puerta de Elvira
Entre el tumulto apiñado
Del pueblo que consternado
Al campo cristiano mira.

¡Ay! él es solo el valiente
Con corazon en Granada;
Él solo lleva insolente
A la recia lid su gente
Que se torna destrozada.

Solo la esperanza alienta
De su humillada nacion,
Solo lidia y se ensangrienta
Abriéndose sin afrenta
Una tumba de varon.

Mas con ojos avarientos
En redor de su caballo
Sus soldados maclientos
Le están demandando hambrientos
Hasta el pan de su serrallo.

Y con el llanto á los ojos
En desmayado tropel
Su pueblo puesto de hinojos
Llora los yertos despojos
De los que lidian por él.

(1) Gefe de la caballería granadina de Boabdil : despues de haberse opuesto con toda su resolucion á la entrega de su deliciosa ciudad á los reyes católicos, se salió despedido de ella armado de todas piezas, y nunca mas pareció.

Dicese que sin respetar la tregua estipulada entre Don Fernando y el rey Chico, acometió á varios caballeros cristianos en la orilla del Genil; y despues de dar muerte á algunos de ellos, por no acabar á sus manos, se arrastró peleando hasta la orilla, y se dejó hundir en la corriente con el peso de la armadura y acribillado á estocadas.

Guerrero, ¡ay de los valientes!
 ¿Qué vale que en tu despecho
 A tus soldados alientes
 Y quieras dar á tus gentes
 Todo el valor de tu pecho;

Si en tanto á pasos gigantes
 Van arrastrando á su fin
 Sus muy poderosos antes
 Alcázares elegantes
 La Alhambra y el Albaicín?

¿Si allí está el triste Boabdil
 Sin amparo que le acorra
 Llorando sobre el Genil,
 Como una cobarde zorra
 Entrampada en un redil?

¿Si allá en la empinada sierra
 Amancillando tu gloria
 Cantan en compás de guerra
 Los castellanos victoria
 Ensordeciendo la tierra?

¡Ah! ¡su corona usurpada
 Tener en la sien no supo...!
 Mal hiciste tu jornada,
 ¡Pobre rey! y hora menguada
 En tu horóscopo te cupo.

Los cristianos te ayudaron
 Para vencerte mejor,
 Y los tuyos que quedaron
 Al hundirse te llamaron
 Hasta apóstata y traidor.

Las mugeres que te dieron
 Sus hijos y sus preseas,
 Al saber que se perdieron
 Espirando te dijeron:
 — ¡Cobarde, maldito seas! —

Y de tu reino señores
 Los cristianos vencedores
 Se pagaron tus ofrendas
 Con agrio pan de dolores
 Que amasaron en sus tiendas.

Porque al fin ¿qué ha de esperar
 Del vencedor el vencido
 Sino vergüenza y pesar?
 ¿Qué sino burla ha de dar
 El que subió al que ha caído?

¡Oh! esas torres orientales
 Que levantando insolentes
 Sus agujas desiguales
 Mecen las auras corrientes
 En trémulas espirales;

Y esas cifras misteriosas
 Que cual labor sin objeto
 De esas cuadras ostentosas,

De crónicas amorosas
 Guardan el dulce secreto;

Y esos anchos sicomoros
 Y esos arroyos sonoros
 Que tienen marcas y nombres,
 Que no entendemos los hombres,
 Y que comprendéis los moros;

Las tortuosas galerías
 Que se derraman sombrías
 Por ese fresco recinto
 En faz de intrincadas vías
 De confuso laberinto;

Y esos mágicos retretes,
 Y esos hondos gabinetes
 Donde el ánima adormida
 Pasó gozando la vida
 Al vapor de los pebetes;

Con ojos desvanecidos
 Los cristianos gozaran
 En conjeturas perdidos,
 Sin pensar en los vencidos
 Que lo que ignoran sabrán.

Y los secretos de amor
 De esos alcázares bellos
 No tendrán ¡ay! mas valor
 Ni mas nombre para ellos
 Que el *botín* del vencedor.

Llora, rey, llora sin duelo;
 Desespérate, Boabdil,
 Y ven en tu desconsuelo
 A espirar bajo este cielo
 Que flota sobre el Genil.

Que á elejir entre acabar
 Y sufrir la ajena ley,
 ¡Vive Dios! que era acertar
 Como hombre, á la lid bajar
 Para morir como rey.

III.

Así estaba escrito,
 Monarca infeliz,
 Que fuese tu raza
 Contigo á su fin.
 Así estaba escrito
 Que libre el Genil
 Corriera entre flores
 Muy lejos de tí.
 Por eso fué un día
 Forzoso salir
 En lúgubre pompa
 Y en gesto servil
 Tu cetro y tu fama
 Vencido á rendir.
 Y allá se quedaron

Para otro adalid
 Tu espléndido alcázar,
 Tu fresco jardín.
 Y allá se quedaron
 ¡Ay triste Boabdil!
 Tu muerto por siempre
 Falaz porvenir,
 De blanca esperanza
 Tu sueño febril,
 Que fué como el humo
 Al viento á morir.
 Y allá se quedaron
 Tu Alhambra gentil,
 Tus altas techumbres
 De azul y turquí,
 Tus ricas alfombras
 De gualda y carmin,
 Tus pájaros presos
 En jaula sutil,
 Tus fuentes sonoras
 Que en fresco bullir
 Con música blanda
 Murmuran allí.
 Y allá se quedaron
 Cual juego infantil,
 Cual copas rompidas
 Despues del festín,
 Tus lechos clavados
 De cedro y marfil,
 Tus baños que exhalan
 Clavel y alelí,
 Rosa y azucena
 Y azahar y jazmin.
 Y allá se quedaron
 ¡Ay triste de ti!
 Las cifras y motes
 Que en tiempo feliz
 Mandaste en los muros
 Con oro escribir,
 Pensando que el tiempo
 Que corre sin fin
 Querria en tu Alhambra
 Dejarte vivir.
 Y allá se quedaron
 Sin fruto, ni fin;
 Que rotas y mudas
 Son hoy solo allí
 Cual fleco postizo
 Que afea un tapiz,
 Y nada nos pueden
 Valer ni decir.
 ¡Oh si un solo instante
 Volvieras tú aquí,
 Si un punto tornaras,
 Vencido Boabdil!...
 ¡Tú si que leyeras
 Con ansia, tú sí!
 ¡Tú si que gozaras

Con calma pueril,
 Aunque todo un pueblo
 Volviera tras ti!
 ¡Mas ya solo resta
 Llorarlo y sufrir,
 Que así estaba escrito,
 Y cúmplese así!

Mas ya que nos tornas
 La espalda, señor,
 Camina despacio
 Mientras dura el sol.
 Recoje las riendas
 A suelto bridon:
 Tras de esa colina
 No hay luz ni color,
 No hay cielo ni vida
 Tras ese peñon.
 ¡Camina despacio,
 Despacio, por Dios!
 A verse aun alcanza
 Granada, señor,
 Tras esa colina,
 Mas lejos... ¡ya no!
 ¡Al fin la abandonas
 A fuerza mayor!
 ¡Al fin te la arrancan
 Con mengua y baldon
 Tu perla mas rica,
 Tu joya mejor!
 ¡Oh! vuelve por ella,
 Que aun tarde no es hoy:
 Azuza tu ardiente
 Caballo veloz,
 Fulmina el alfanje,
 Apresta el lanzon,
 Acosa á tu gente
 Con brazo y con voz:
 ¡Ah! ¡y muera tu escaso
 Postrer escuadron
 Con rabia á lo menos
 Si no con valor!
 ¡Oh! vuelve á Granada
 Tu cara mansion,
 No llores huyendo
 Cobarde ó traidor.
 Y si al fin no quieres
 Lavar tu baldon,
 ¡Camina despacio,
 Despacio, por Dios!
 Que si aun la contemplas
 Mas lejos... ¡ya no!
 Granada se pierde,
 Y al caer ese sol
 La vez postrimera
 Verásla, señor.
 ¡Camina despacio,
 Despacio, por Dios!

IV.

Espera, señor, espera
Solo un momento á llorarla,
Solo un instante á mirarla,
Desde el cerro del Padul...
¡Oh cuán hermosa se ostenta
A los últimos reflejos
Del sol que brilla á lo lejos
Entre la atmósfera azul!

Espera, señor, espera,
Y ante ella puestos de hinojos
Volvamos los turbios ojos
Para decirla un ¡ á Dios!
Contempla que es nuestra pátria,
Nuestro dulce paraíso...
Aunque el Profeta no quiso
Conservárnosla con vos.

Allí está. ¡ Pátria querida!
¡ Cuán dolientes te dejamos!
Y antes, pátria, que volvamos
¡ Cuántos años pasarán!
¡ A tí, en la opuesta ribera
De ese mar que nos divide,
Al dejar la amarga vida
Los ojos se tornarán!

Cuando errantes y perdidos
Por el desierto vaguemos
Nuestro afán adormiremos
Hablando, pátria, de tí,
Y los hijos que nos nazcan
Guardarán en su memoria
La infausta y sangrienta historia
De los que fuimos aquí.

— Hijos míos, les diremos,
Allá lejos de nosotros
¡ Harto lejos! viven otros
En Granada, en un Eden.
¡ Y allí tuvimos un tiempo
Reyes, pueblos y vasallos,
Arcabuces, y caballos,
Mezquitas, cañas y haren!

Allí el placer es la vida,
Siempre luce en calma el cielo,
Siempre hay flores en el suelo
Y en el ambiente azahar.
¡ Ah! si por dicha algún día
Teneis lanzas y corceles...
Aprestad vuestros bajeles
Y botadlos á la mar.

Si sois muchos y valientes
Y ganais la opuesta orilla,
¡ Oh! ¡ cerrad contra Castilla
Hasta arrastrar su pendón!

No dejéis en nuestra Alhambra
Uno de esos castellanos;
¡ Arrancadles con las manos
Los ojos y el corazón! —

Tal diremos, cara pátria,
Nosotros á nuestros hijos
Cuando duelos tan prolijos
Escuchándonos estén
En el desierto, á la sombra
Del fardo de los camellos...
Y tal se lo dirán ellos
A nuestros nietos también.

Nosotros ya, pobres viejos,
En el umbral de la vida
Tan solo una despedida
Podremos darte, no mas.
¡ Las manos te tenderemos
A bendecirte llorando
Como quien va caminando
Volviendo el rostro hácia atrás!

¡ Y si huyendo de noviembre
Las arrecidas neblinas
Vemos á las golondrinas
De nuestra pátria volver,
Al dintel de nuestras tiendas
A saludarías saldremos,
Y de gozo lloraremos
Mientras se alcancen á ver....!

Señor, besad esa tierra,
Orad un punto y partamos,
¡ O tornemos y muramos
De una vez junto al Genil...!
¡ Teneis razon! partid presto
Antes que ondée en Granada
La cristiana cruz clavada
Sobre el trono de Boabdil.

Mas ¡ ay! ¡ ya es tarde! que truena
La cóncava artillería
Y el humo escurece el día
Y roba á la tierra el sol.
¡ Huid, sin tornar los ojos,
No os detenga la fatiga,
Que os es la tierra enemiga
En vuestro suelo español!

Que no oigan vuestros oídos
Ese triunfal campaneó,
Ese estruendo y clamoreó
Que á vuestra espalda dejais.
¡ Huid, sin contar los pasos
Que vais prófugos haciendo,
¡ Ay! y aunque lloreis huyendo,
Desdichados, no volvais!

¡ Huid presto, huid proscritos
De vuestra pátria perdida!

Y al darla la despedida
Desde el alto del Padul,
Que se pierdan á lo lejos
Los contornos vacilantes
De vuestros blancos turbantes
Entre la atmósfera azul.

Huye, Boabdil, aunque llores
El rigor de tu fortuna :
Basta la luz de la luna
Para quejarse y huir :
Traspon la tierra y los mares,
No tu desdicha te asombre,
Que nunca le falta al hombre
Madre tierra en que morir.

Huye, y si al pasar huyendo
Tu camino te embaraza
En torvo tropel tu raza
Cercándote con afán,
Cuando ansiosos te pregunten
Por los bravos que lidiaron,
¡Ay! díles : — ¡Allá quedaron!
¡No esperéis, que no vendrán! —

V.

Huye, rey infeliz, y huyendo borra
De tu camino la causada huella :
Huye de el agua del Genil no corra,
Ni tu roja ciudad refleje en ella ;
Donde fortuna mas leal te acorra ;
Donde no alumbre tan fatal tu estrella ,
Donde fieras las huestes castellanas
No degüellen las razas africanas.

Huye el brillante sol de Andalucía,
El voluptuoso aroma de sus flores,
La sonora y dulcísima armonía
De sus libres y amantes ruiseñores,
Los amenos jardines do algun día
Gozaste en soledad blandos amores
De sus frescos arroyos al murmullo,
De sus palomas al sentido arrullo.

Tal vez haya otra tierra mas serena
Do al fin te presten cariñoso asilo,
Donde aunque errante y á merced ajena
Treguas te dé tu corazón tranquilo ;
Donde en ignota soledad amena
Crezca de tu existencia el frágil hilo,
Y el blando són de la campestre zambra
No te recuerde tu perdida Alhambra.

Mas ; ay ! que á cada punto mas tenaces
Los duelos sobre tí atropellaron,
Y fué en vano esperar ; que en vano audaces
En Granada tus árabes lidiaron,
Que tus cansadas y sangrientas haces
En la vega sin honra se quedaron,

Y allá yacen sin tumba ni laureles
Cegries, Bencerrajes, y Gomeles.

Y ancho sepulcro á tu cadáver dieron
Del Guatis ved las turbulentas olas,
Y esas aguas, Boabdil, que te sorvieron
No azotan nunca playas españolas ;
Y ni aun sin rumbo por su faz hendieron
Nuestras rojas y sueltas banderolas ;
No esperes á su márgen olvidada
Nuevas oír de tu gentil Granada.

Duerme, rey sin vasallos ni corona,
Fantástica irrisión de la fortuna,
A quien ni amigo ni enemigo abona,
Ni cruz triunfante ni vencida luna :
Ya que así el cielo contra tí se encona
Esa estrella fatal sufre importuna,
Pues quisiste, mal rey, vasallo bueno,
Perder lo tuyo y defender lo ajeno.

—
Duerme si aun gozas apenas
Un sepulcro en que dormir ;
Si esas húmedas arenas
Te prestan almohadas buenas
Para el sueño del morir.

Duerme en paz, y si velando
Estás por tu estrella aun,
Consuélate, rey, pensando
Que nos es vivir llorando
Una maldición comun.

Duerme, y dente descuidados
Grato murmullo si velas
Los pasos atropellados
De los piés acelerados
De las errantes gacelas.

Y en vez de las funerarias
Roncas preces de los muertos,
Arrullente solitarias
Con sus salvajes plegarias
Las aves de los desiertos.

Y si á tí tienden cercanas
Sus sombras árboles bellos,
Bajo sus hojas livianas
Respiren las carabanas
Y descansen sus camellos.

Mas que en tu huesa tu nombre
No lean los de tu ley,
No les humille y asombre
Que si supiste ser hombre
No alcanzastes á ser rey.

EL VELO.

RADUCCION DE VICTOR HUGO.

¿Has hecho esta tarde oracion, Desdemona?
SHAKSPEARE.

LA HERMANA.

¿Qué tenéis, hermanos míos?
¡Los ojos traéis sombríos
Como cirios funerales...!
¡De la faja á los dobles
Han asomado tres veces
Las hojas de los puñales!

EL HERMANO MAYOR.

¿Has alzado tus velos virginales?

LA HERMANA.

Acaso... era al medio día...
Tal vez... del baño volvía
En mi palanquin cubierto,
El calor me sofocaba,
Y la brisa que pasaba
Tal vez me habrá descubierta.

EL SEGUNDO.

Pasaba un hombre con caftan, ¿es cierto?

LA HERMANA.

¡Oh! tal vez... un solo instante.
Yo cubrí al punto el semblante...
¿Que decis...? ¿qué pude hacer?
¡Hablaís en secreto... hermanos!
¡Oh! ¡pondríais vuestras manos
En una débil muger!

EL TERCERO.

¡Sangriento estaba el sol hoy al caer!

LA HERMANA.

¡Perdon! ¡perdon! — ¡Oh! ¿qué he hecho?
¡Ah! me desgarráis el pecho.
¿En qué, hermanos, hice mal...?
¡Sostenedme... hermanos míos...!
Siento ya en los ojos fríos...
¡Siento... un velo funeral!

EL CUARTO.

¡Al menos no alzarás ese cendal!

 VANIDAD DE LA VIDA.

FANTASÍA.

Era un día de orgía y de locura,
De esos días de vértigo infernal

I.

En que embriagados de falaz ventura
Tras el placer volamos mundanal.

Uno de aquellos vergonzosos días
En que henchidos de vida y juventud
Buscamos entre locas teorías
La vanidad y el polvo en la virtud.

Uno de aquellos días en que ansiosos
Despertamos de crápula y de amor,
Y manchamos los días mas hermosos
De nuestra vida y nuestra edad mejor.

El sol estaba espléndido y sereno,
El aura mansa, diáfana y azul,
La luz doraba nuestro huerto ameno
Con tornasoles de flotante tul.

Posábanse las sueltas mariposas
De flor en flor con revoltoso afán,
Ya en la mas ancha de las frescas rosas,
Ya en el mas esponjado tulipan.

La brisa murmuraba en las acacias,
Tornábase al oriente el girasol,
Y las violetas se doblaban lacias
Cual vergonzosas ante el rojo sol.

Alguna nube blanca y trasparente
Por la serena atmósfera al cruzar
Tiñendo los objetos suavemente
Veníase en la yerba á dibujar.

Y en pos las aves de frescura y sombra
Salpicaban en varia confusion
Del blando césped la mullida alfombra,
Del olmo verde el ancho pabellon.

Vianse allí las amarillas pomas
Las enamadas débiles vencer,
Y á su sombra bajaban las palomas
En el arroyo limpio á beber.

Y allí estendiendo las pomposas plumas
Le cubrían en cándido tropel,
Como si fueran trémulas espumas
Que hubiesen lecho y nacimiento en él.

Nosotros apurando los placeres
Guarecidos de oculto cenador,
Buscábamos la vida en las mugeres,
La gloria y la fortuna en el amor.

Oíanse en tumulto desde fuera
Los brindis de la libre bacanal,
Y el rumor de una báquica quimera,
Y el crujido del beso criminal.

Yo bebía el amor hasta apurarle
De unos impuros labios de carmin,
Que me enseñaron ¡ay! á desearle,
Y me le hicieron detestar al fin.

Dentro mi mente sin cesar bullían
Fantasmas que al pasar con rapidez

7

Ya lloraban, danzaban ó reían,
Como ilusión febril de la embriaguez.

Mis amigos reían y cantaban
En lúbrico desórden junto á mí,
Y sin tregua los brindis resonaban...
Todo sin tiempo y sin razón allí.

Y entre el murmullo de la fiesta impura,
Los licores, los gritos y el vapor,
Alzábamos á impúdica hermosura
Himnos ardientes de encendido amor.

Entre insolentes ébrias carcajadas
Blasfemamos tal vez de Jehová.
« ¡ Virtud! dijimos : ¡ fábulas soñadas...! »
« Ahora el Dios que aterra ¿ adónde está? »

« ¿ Adónde está la sombra de su dedo
« Que escribe una sentencia en la pared? »
« ¡ Creaciones fantásticas del miedo...! »
« Bebed, amigos, sin pesar bebed! »

Vino la noche, y al salir cansados
Hartos ya de beber y de gozar,
Una campana en golpes compasados
Cerca sentimos con pavor doblar.

Era un templo alumbrado en su reposo
De diez blandones á la roja luz,
Que velaban en círculo medroso
El secreto fatal de un atahud.

Quedaba en nuestra mente todavía
El rastro de la infame bacanal,
Y mal entre sus nieblas comprendía
La silenciosa paz de un funeral.

Las lúgubres salmodias empezaron,
El pueblo reverente se postró;
Cuando con *paz* al muerto conjuraron
El nombre del que fué nos aterró.

En vano los sentidos se empeñaban
En mentirnos un sueño valadí;
Los blandones el círculo cerraban,
Y una hermosura descansaba allí.

¡ Y era hechicera, y lánguida, y liviana,
La envidia de un salón érase ayer,
Y á pesar de su pompa cortesana
Hoy hediondo cadáver pudo ser! »

Faltónos ¡ ay! la voz con el aliento :
Temblónos el cobarde corazón;
Ciertos los ojos y el oído atento
Nos dijimos al fin : « No es ilusión! »

¡ Allí estaba la sombra de ese dedo
Que escribe una sentencia en la pared...! »
¡ Y era fiesta también...! Llegad sin miedo,
Cantad, amigos, sin pesar bebed.

TENACIDAD.

Serrana, ve si ha de ser,
Porque yo te he de esperar
En la fuente sin ceder;
Y ó no tienes de beber,
O te tengo de encontrar.

Y que me canse no aguardes,
Que nada esperar me importa
Noches, mañanas y tardes;
Todo una vida que tardes
Será esperándote corta.

Y á mas, serrana, hay aquí
Sitio tan fresco y tan blando,
Que tengo yo para mí
Que anhele tardanza en tí
Por sola estarte aguardando.

Aquí las aguas sonoras
Rodando en la yerba van,
Y aquí las aves canoras
Del bosque alegres cantoras
Música dulce me dan.

Aquí las flores campestres
Me dan los blandos perfumes
De sus cálices silvestres,
Y gozo en que no te muestres
Mucho mas que tú presumes.

Pues si al fin has de salir
Altiva, asaz y enojada,
Tarda, serrana, en venir,
Que el alma te ha de fingir
Mas fácil y enamorada.

Ve pues lo que has de ganar
Si mas piensas en mi daño
Así esquivarme y tardar,
Porque mas quiero esperar
Que saber un desengaño.

Y bástame á mi saber
Que á cada punto te veo
Cuando yo te quiero ver;
Que mucho vale tener
De centinela al deseo.

Tras cada tronco arrugado
En que la vista repara,
Tras cada espino enredado,
Tras cada sitio enramado
Estoy buscando tu cara.

De cada hoja que se mece
A la vibración ligera
El alma se me estremece,
Y todo el valle parece
Que tu rostro reverbera.

Siempre estoy adivinando
Esos dos ojos crueles
Que á traicion me están mirando
Tras de un haz de juncos blando,
Tras un pié de mirabeles.

Siempre á cada incierto ruido
Que hace el aura entre las ramas
Vuelvo el gesto sorprendido,
Pensando que tú me llamas
De algun lugar escondido.

A cada vago lamento
Que los olmos azotando
Alza repentino el viento,
Me finge mi pensamiento
Que tú pasabas cantando.

Y si una tórtola bella
Suelta triste en la espesura
Su enamorada querella
Digo: así llegará á ella
Mi amorosa desventura.

Y todo es pensar en tí,
Todo buscarte y quererte
En tanto que aguardo aquí,
Aunque me pesa ;ay de mí!
Desearte y no tenerte.

Que si al fin de mi esperar,
De mi amoroso gemir,
Te dejaras ablandar,
Y saliendo del lugar
Acabaras por venir;

Si cual las aguas hicieras
Que aquí murmurando están,
Y entre arenillas ligeras
Bullendo en tropel parlaras
Al valle rodando van;

Si hicieras como esas flores
Que cierran de noche al frio
Sus tocas de cien colores
Y desplegan sus primores
Del alba al fresco rocío;

Delicioso por demás
Fuera esperarte, serrana;
Mas si hoy al fin no vendrás
Será persuadirme mas
De que tampoco mañana.

¡Pero no has de holgarte á fé!
Pues tan tenaz como soy
Al fin de buscarte, sé
Que si no te encuentro hoy
Mañana te encontraré.

Que he dejado mi ciudad,
Serrana, y venido así
Tan solo por tu beldad,

Y ya por tu terquedad
No he de volverme sin tí.

Y cuenta con lo que digo,
Que he de estar eternamente
De estos olmos al abrigo;
Y no te finjas que intente
Partirme, sino contigo.

Haréme por el verano
Un toldo con espadaña,
Y haré en el invierno cano
Por burlar al viento insano
Mi hoguera en una cabaña.

Con que así, ve si ha de ser,
Porque yo te he de esperar
En la fuente sin ceder;
Y ó no tienes de beber,
O te tengo de encontrar.

HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN.

LEYENDA.

—

INTRODUCCION.

En un rincón de Castilla
Allá en el fondo de un valle,
Sobre tres cerros distintos
Hay tres torres semejantes.
Castillos los llaman unos,
Otros atalayas árabes,
Mas su origen positivo
A la verdad no se sabe.
Un rio humilde, el *Esgueba*,
La falda á los cerros lame,
Y entre huertas y majuelos
Lleva á rastra sus cristales.
Entre los olmos y vides
Con que tapiza su márgen,
Y ambas filas de colinas
Que le interrumpen el aire,
Hay derramados sin órden
Mas de un ciento de lugares
Que amasados todos ellos
Un pueblo tal vez no valen.
Pues los pueblos con el rio,
Y las huertas de la márgen,
Las colinas que le cercan
En dos bandas desiguales,
Y los tres cerros distintos
Con tres torres semejantes,
De tal modo unos en otros
Vegetan, pasan ó yacen,

Que todo el conjunto entero,
Sin que esto lo dude nadie,
Tomando nombre del río
Forma sin disputa el valle.

PRIMERA PARTE.

I.

Está la noche espirando,
Y allá en el fin de la sombra
En vacilante crepúsculo
Tiñe el oriente la aurora.
La luna en el occidente
Su pálida luz ahoga,
Y las estrellas la siguen
Luz reflejando medrosa.
Silba el cierzo entre las ramas
De los árboles sin hojas,
Y con espejos de hielo
Esgueba sus aguas orla:
Ostenta el campo escarchado
Trémula, alumbrada alfomdra
Que á veces parece el alba
Y agua á veces silenciosa
Que allá en la sombra confusa
Humeando se evapora:
Se oye el murmullo del río
Que por la pesquera rota
Se filtra tornando el agua
En espuma bulliciosa.
Ya en copos blancos se eleva
Trenzada y murmuradora,
Ya cae en hebras de plata
Y se arrastra tumultuosa,
Ya trepando por las piedras
Se columpia de una en otra,
Ya por evitar un canto
Serpenteando se encorva,
Y ya tornando á ser agua
Susurra en la yerba tosca.
Allá en la opuesta ribera
Se alcanza una torre octógona
Con que la frente de un cerro
Entre brezos se corona.
Un pueblo frente por frente
Junto á las aguas sonoras
Con casas de tierra y ramas
De hidalgo y leal blasona;
Y una casa que mas lejos
De la orilla y de las otras
Puede pasar por alcázar
Segun aumenta en las formas,
Yace al pié de una colina
Olvidada, triste y sola,
Con lienzos en las ventanas
Que honores de vidrios gozan.
Entre una luz y los lienzos
Cruza á veces una sombra

Que sobre ellos destacada
Parece bien que se asoma:
Y á veces inmoble y fija
Cubre la ventana toda
Cual si estorbar pretendiera
Paso á la vista curiosa.
A veces semeja un hombre
Que vuelto el rostro á la antorcha
Dibuja un bulto sin gesto
Que descansa en una gola;
Y á veces raudo pasando
De un rostro el perfil contorna
De agudo y crespo bigote
Que con la gorguera toca.
Mas puede á veces dudarse
Si es una, ó son dos las sombras,
Si pasean, ó si danzan,
Si luchan, ó si retozan;
Porque hay puntos en que cruzan
Dos bultos de varia forma,
Una cabeza con rizos,
Con barba y bigotes otra.

Casi al pié de la colina
En que la casa se apoya,
Hácia el pueblo mas cercano
Una senda desemboca.
Un hidalgo á pasos lentos
La vuelta del cerro toma.
Un mozo trae por delante
Debajo una yegua torda,
Y un largo ropon oculta
Lo demás de su persona.
Tendió á la casa la vista,
Tembló, paróse, y tendióla
Por todo cuanto en el valle
Abarca, sombría y torva.
Echó pié á tierra, y á poco
La mirada escrutadora
Alcanzó la luz movable
Por entre la puerta rota:
En faz de asombro y de duda
O de vergüenza y de cólera,
La planta trémula tuvo,
Y agachándose en la sombra
Clavó en la puerta los ojos,
Y el puño en la tierra fofa.
Se abrió la puerta: un mancebo
La faz envolviendo toda
De un gaban entre las pieles,
En apostura amorosa
De una muger se despide
Que á despedirle se asoma.
Juró airado el escondido
En voz sofocada y ronca,
Sonó en el umbral un beso,
Cerró la puerta la moza,
Y el galan pasando el vado
Hácia la torre se torna.

Cuando él llegó al pié del puente
Ya con mano vigorosa
A sendas aldabonadas
El otro á su puerta dobla.
Abrióla al fin la muger,
Y al cerrarla cuidadosa
Ya por oriente venia
La tornasolada aurora.

II.

El codo sobre la mesa,
Sobre la mano ambas sienes,
Entrambas cejas fruncidas,
Arrugada la ancha frente,
La otra mano en la cintura,
Los piés en un taburete,
En un sillón de baqueta
Está meditando Perez.
Una lámpara de hierro
A un lado en la mesa tiene,
Cuya luz lucha oscilando
Con el día que amanece.
Al otro lado un tintero,
Y en el centro unos billetes
Cuya firma está abrasando
Con pupilas de serpiente.
Desigual suelta el aliento
Por los apretados dientes,
Y mal ahogados suspiros
Dentro del pecho le hierven.
« ¡Mendo Abarca...! que me place,
« Un día tras otro viene,
« Y honra con honra se paga,
« Vida por vida se pierde. »
Esto en voz baja diciendo
Asió la luz de repente,
Y á voces en la escalera
Llamó á Margarita, Perez.

Subió al punto la muchacha
Tranquila, hechicera, alegre,
Mostrando en la tez de rosa
Sus abriles diez y nueve.
Y es la niña un embeleso,
Una hermosura de oriente,
Cojido el cabello en trenzas
Que con dos agujas prende;
Cintura escasa y flexible
Que cimbreo y se estremece,
Tez morena, negros ojos,
Paso resuelto y pié breve.
Con la sonrisa en los labios,
Y con la paz en la frente,
Rebosando amor y hechizos
Que irresistibles parecen
Entró por el aposento
Preguntando :

— ¿Qué me quieres? —

Perez bajando los ojos
Contestóla :

— Que te sientes. —

Sentóse, y siguió el marido :

— ¿Tienes, querida, presente

Cuánto tiempo nos casamos?

— Sí por cierto; treinta meses.

— Pues eso há que nuestra honra

Nos prestamos mutuamente.

— Y ahora, ¿á qué recordarme...?

— Dime, ¿y esto cuántas veces

Si se pierde se recobra?

— ¿A qué viene esto, Rui Perez?

— ¿Sabes, Margarita mia,

Que cada sentido tiene

Una puerta por do sale

Nuestra honra y nunca vuelve?

— ¡Pero...!

— ¿Y sabes, Margarita,

Que no sois mas las mugeres

Que un alcázar donde la honra

Guardada los hombres tienen?

— ¡Por Dios, Perez, que no alcanzo

Lo que con esto pretendes!

— ¿Sabes que un alma con honra

Otra alma con honra quiere,

Porque es justo que se guarden

Las reinas para los reyes?

— ¡Pero...!

— ¿Y sabes, Margarita,

Que el marido que la pierde

Compra una marca de infamia

Que lleva en el rostro siempre?

— ¡Pero...!

— ¿Y sabes, Margarita,

Que en tanto que no la vengue

Ni de hidalgo ni de hombre

El vano nombre merece?

— ¡Pero...!

— ¿Y sabes, Margarita,

Que si por ella no vuelve,

Hasta las dueñas escupen

De su blason los cuarteles?

— ¡Mas yo...!

— ¿Y sabes, Margarita,

Que nació hidalgo Rui Perez,

Y no ha de vivir sin honra

Aunque al mismo Dios le pese?

— ¡Cielo...!

— ¿Y sabes, Margarita,

Que un remedio hay solamente

Para dolencia tan grave...

— ¡Pero escucha...!

— Y que es la muerte?

— ¡Pero...!

— ¡Silencio!

— Oye...

— ¡Calla!

Mas hablando no me afrentes,
Y lee, si te queda aliento,
Margarita, esos papeles. —
Y esto diciendo, á la cara
Tiróla Ruf los billetes,
Y ella cayó de rodillas
Clamando : — ¡Cielos, valedme! —

Pasaron unos instantes
En silencio tan solemne
Que de entrambos corazones
Contarse los golpes pueden.
Perez, crispados los puños,
Atenazados los dientes,
Amorados los labios,
Fuego por los ojos vierte.
Margarita, de rodillas,
Doblada al pecho la frente,
Cruzadas las blancas manos,
Pálida como la muerte,
Correr por ambas mejillas
Deja una lágrima ardiente,
Que resbalando hasta el suelo
En vapor se desvanece.
Perez, inmóvil de rabia
En el sillón se mantiene,
Y ella de miedo y vergüenza
Convulsiva se estremece.
Al cabo con voz sombría
Dijo á Margarita, Perez :
— Muger, yo adoraba en tí ;
Por tu capricho mas leve,
Por solo un cabello tuyo
Hubiera muerto mil veces.
¿Y el amor que compré un día
Con vida y con alma ¡imbécil!
Hollando tus juramentos
Así en mi ausencia me vendes?
— Perdon, clamó Margarita.
¡ Oh, me detesto...!

— Detente,

Que con que tú te aborrezcas
El mi honra no me vuelve.
Pero ¡por Dios! que no es tarde...
— Cielo santo, ¿qué pretendes?
¡Perdon! ¡perdon! ¡á tus plantas
Me arrastraré eternamente!
— Y el polvo en que tú te arrastres
¿Podrá mi honra volverme?
— ¡Lloraré al pié de tu lecho
Velando mientras tú duermes!
— ¡Y qué sueño ha de acudir
A quien sin honra se acueste?
— ¡Seré menos que tu esclava!
¡Besaré el polvo que huellas!
— ¿Y qué harás con esas manos
Que toman estos billetes?

— ¡Perdon!

— Pídesele al cielo,
Que él solo dártele puede. —

III.

Es un salón cuadrilongo
Dentro de la antigua torre
En que desterrado habita
Don Mendo Abarca y Quiñones.
Sobre un tapiz toledano
Bordado en torno de flores
Hay una imagen de Cristo
Colgada de dos cordones.
De la alta bóveda ojiva
Por medio una argolla, corre
Otro cordón que sustenta
Una lámpara de cobre.
En una de las paredes
Hay un nicho y dos balcones,
Y el sol pasa macilento
Por los vidrios de colores.
Allá en el opuesto lado,
Gigantesca en dimensiones
Hay á guisa de herrería
Una chimenea, en donde
Se exhala en llamas y en humo
Tendido en seis piés de bronce
Amenazando un incendio
Muy cerca de medio roble.
Y de cara hácia la llama
Magro, silencioso, inmóvil,
Entre enterrado y tendido
Dentro de un sillón, un hombre.
Una muger no muy lejos
En silencio borda ó cose
Una alfombrilla de sedas
Que sobre un cojín recoje.
Entre ellos el ruido sordo
De la chimenea se oye,
Y afuera el cierzo que zumba
En los ángulos del norte.
En cuanto á ambos personajes
Siguen sus meditaciones
Sin que al parecer al uno
Nada del otro le importe.
Cada cual en su trabajo
Su atención entera pone,
Ella contando sus hebras,
Él contando sus tizones.
Al fin rompiendo el silencio
Dijo la muger al hombre :
— ¡Estás triste!
— No; cansado
De velar toda la noche. —
Y como volviendo en sí
El que respondió, turbóse.
Rápida mas de hito en hito,

Ella un punto contemplóle,
Mas él siguió :

— ¿No lo sabes?

Volveremos á la corte. —
Soltó la alfombra Leonor,
Y acariciando á Quiñones,
Le dijo :

— ¡Y me lo ocultabas!

— Quise sorprenderte; el conde
Me escribe ayer que á mi antojo
La vuelta de Madrid tome.
— ¿Y será pronto?

— Muy pronto,

Que ya me cansa esta torre,
Donde hemos estado un año
Escondidos como hurones.
— ¡Cuánto he rezado á ese Cristo
Porque á este día nos torne! —
Don Mendo se puso en pié
Al escuchar este nombre,
Y llorando de contento
Ella del cuarto salióse.

En esto por otra puerta
Entró el paje Diego Lopez,
Y ante su señor llegando
Cortesmente saludóle.

— ¿Qué tenemos? —

En voz baja

Preguntó al mozo Quiñones.

— Nada, señor; há seis días
Que huyeron ambos.

— ¿Adónde?

— Imposible adivinarlo;
La casa registré anoche.
— ¿De quién hubiste las llaves?
— La escalé por los balcones.
— ¿Y qué?

— La casa desierta,
Las camas hechas, los cofres
Cerrados, no falta nada;
Todo en silencio y en orden.
— ¿Y nadie responde de ellos?
— ¡Imposible! unos pastores
Dicen que le vieron solo
Pasar el puente há dos noches,
Pero que al ponerse el sol
Iban los dos por el bosque.
— ¿Los dos, y volvía Perez?
— Solo.

— ¡Es bien extraño...! Lopez,
Dentro de muy pocos días
Volveremos á la corte.
— Está bien, señor.

— Escucha;

Para lo de ayer disponte.

— ¿Dos caballos?

— Por supuesto.

— ¿A qué hora será?

— A las doce. —

Dejó el aposento el paje,
Y entre sí mismo Quiñones
Murmuró :

— ¡Si volvió Perez,

Y sospechando...! ¡oh! entonces
Mañana mismo á Madrid,
Y ahí se las haya el buen hombre. —
Y al color de la fogata
Sobre la mano durmióse.

IV.

Está la torre que habita
Don Mendo junto al Esgueba,
En una colina oscura
Sin árboles y sin yerba;
Sin foso que la circunde,
Sin torres que la defiendan,
Desmantelados los muros,
Derribadas las almenas.
Asido con dos argollas
Entre dos postes de piedra
Tiene un puente levadizo
Suspendido en dos cadenas.
Oprime al caer este puente
Otra torre mas pequeña,
En cuyo centro macizo
Hay torcida una escalera,
Y alzado el puente de noche
Aislada la torre deja,
De modo que á un tiempo mismo
Sirve de puente y de puerta.
Por inútiles sin duda
Sus ventanas y luceras
Hanse tornado en balcones
Y suprimido las rejas;
Y es justo, á nuestro entender,
Que tal mudanza sufrieran,
Pues sirven de algo en la paz
Y eran estorbo en la guerra.

Era la noche siguiente,
Y la media noche apenas;
El cierzo airado zumbaba
Del olmo en las ramas secas,
Y murmuraban las aguas
Azotando las riberas,
Atropellando sonoras
Raices, algas y piedras,
Haciendo con sus espumas
Espejos, lazos y trenzas.
El cielo entre opacas nubes
Velando luna y estrellas,
El valle, el rio, y la torre
Encapotaba en tinieblas.
No brillaba en los linderos
La luciérnaga rastrera,

No había parleras aves
 Que cantaran en la selva,
 Ni insectos que susurraran
 Entre la flexible yerba;
 No había pajizas flores
 Que en los céspedes crecieran,
 Ni pastores que velaran,
 Ni silbadoras culebras,
 Ni lobos que con la luna
 Cruzaran por la pradera.
 Que es la noche sobre oscura
 De diciembre, opaca y negra,
 Y húmeda, gruesa y pesada
 Acosa al aire la niebla.
 Bajóse en la torre el puente,
 Y trasponiendo la cuesta
 Dos hombres hácia los vados
 Echaron por una senda.
 —¿Traes las llaves?— dijo el uno.
 —Sí señor.

—¿Y allá quién queda?

—Martin Muñoz en la escala,
 Durmiendo la camarera,
 Y Lucas con los caballos
 Aguarda junto al Esgueba.
 Los demás hácia la corte
 Irán ya lejos, y apenas... —
 Una ráfaga silbando
 El resto arrastró con ella.

Entonces de entre la sombra
 Alzóse callada y lenta
 Una figura embozada
 Que mucho á un hombre semeja.
 Tanto guarda de fantasma
 Como de humano conserva,
 Porque ella anda, ó se desliza,
 Sin que al moverse se sientan
 El compás de sus pisadas
 O el rumor de sus espuelas;
 Y el murmullo que se escucha
 Dentro de su boca mesma
 No se sabe si es que gime,
 Conjura, amenaza, ó reza.
 Pero hombre, ilusion, ó duende,
 Al pié de la torre llega,
 Y sin vacilar un punto
 Con una escala de cuerdas
 Asiendo el balcon mas bajo
 Desembozándose trepa,
 Y de un corredor desierto
 Se pierde por las revueltas.

En una apartada alcoba
 A la luz de una linterna
 La esposa de Mendo Abarca
 Sola y destocada sueña.
 Y los labios la sonrien,
 Y la lengua balbucea,

Y toda la paz del alma
 La faz dormida refleja.
 Con el fin de su destierro
 Descuidada devanea,
 Y la pasan por la mente
 Viajes, luminarias, fiestas,
 Y con sus mil armonias
 De campanas y pendenias,
 Obras, caballos y carros
 Se finge una corte entera.
 Los nobles que la visitan,
 Las damas que la contemplan,
 Los lacayos que la aguardan,
 Y los pajes, y las dueñas,
 Los billetes de convite.
 Las joyas y las preseas,
 Todo la pasa en tumulto
 En ilusion halagüeña.
 En esto el mismo fantasma
 Asomó osado en la puerta,
 Corrió por dentro el cerrojo,
 Contempló un punto á la bella,
 Y luego ahogando la luz
 Dejó la estancia en tinieblas.
 Se oyó en la sombra un suspiro...
 Y en faz de rauda tormenta
 Siguió estrellándole el cierzo
 En las pintadas vidrieras.
 Las puertas estremecidas
 Sobre los quicios retiemblan,
 Y silba y cruje y se rasga
 Con impetu en las troneras;
 Y ni gemidos ni pasos
 Tornan á oirse, ni quejas;
 Todo el viento lo devora,
 Lo mata, sofoca, ó lleva.

A poco Don Mendo y Lopez
 Tornaron la misma senda,
 Y tornó á oirse del puente
 Rechinando la cadena,
 Y oyóse que el uno hablaba
 Y el otro daba respuesta.
 —¡Cojió las cartas!

—Sin duda.

—Mas vale así.

—Que no vuelvan;

Pasado mañana, Lopez,
 A Madrid damos la vuelta.—

Cruzaron ambos el puente,
 Volvió á sonar la cadena,
 Y siguió el viento zumbando
 Por los ángulos y rejas.
 Y en esto en el balcon mismo
 La misma escala de cuerdas
 Cayó al campo, y el mismo hombre
 Bajó embozado por ella.

Llegó al suelo, y percibióse
De Perez la voz severa
Que á lo lejos murmuraba
Como quien conjura ó reza.
« Quien á hierro mata es justo
« Que igualmente á hierro muera;
« HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN
« NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN. »

V.

Vino un dia y otro dia,
Y vino un mes y otro mes,
Y año tras año venia;
El segundo concluia
Y pasaron hasta tres.

Perez desapareció,
Su casa quedó en escombros,
Don Mendo á Madrid volvió,
Y con estruendo y asombro
La torre se desplomó.

Contaron de ello medrosas
Las gentes varias consejas
Y fábulas espantosas,
De amoríos las hermosas,
Y de visiones las viejas.

Quién dijo (y á tal contar
El mas valiente se pasma)
Que vió el alba al despuntar
Junto á la torre vagar
Blanca y sola una fantasma.

Quién dijo que atravesando
De noche por la pradera,
La colina coronando
Vió hasta cien almas danzando
En derredor de una hoguera.

Ni faltó en pleno concejo
Un hidalgo de lugar
Que arrugando el entrecejo
Contara que un moro viejo
Huyó de verle pasar.

Ni un muchacho revoltoso
A quien por calmar el llanto
Contaran en són medroso
Aquel cuento tan famoso,
Y el chico calló de espanto.

Y aun diz que dió una doncella
Con un espectro galan,
Y que una devota bella
Le alcanzó á ver despues de ella
En casulla ó balandran.

Todo eran apariciones,
Raros acontecimientos,
Secretas conversaciones,
Todo ruidos y visiones
Y diabólicos portentos.

Los unos vieron gigantes,
Otros toparon enanos,
Otros hogueras volantes,
Otros mágicos errantes,
Y otros brujas y gitanos.

Y alguno mas entendido,
Mas ducho ó mas suspicaz,
Creyó alli haber sorprendido
Algun amor protegido
Con el murmullo falaz.

Vino un dia y otro dia,
Y vino un mes y otro mes,
Y el tercer año corria;
El segundo concluia
Y pasaron hasta tres.

Las visiones acabaron,
Y olvidadas las consejas
Los mozos las despreciaron,
Las muchachas se casaron,
Y se murieron las viejas.

Con esto el miedo pasó
Y el valle quedó en calma;
Mendo Abarca no volvió,
Ni á nadie se apareció
Perez en cuerpo ni en alma.

SEGUNDA PARTE.

VI.

En un salon adornado
Con alfombras toledanas,
Con pabellones de sedas,
Con mecheros y con lámparas,
Vestido de terciopelos
Festonados de oro y plata,
Cercado de taburetes
Y de cojines de grana,
Hay hasta cuatro personas
En plática sosegada
Que esperan como en familia
Alguna cosa que tarda.
Una es Don Mendo Quiñones,
Otra es una antigua dama,
Otra es Doña Leonor,
Y otra un clérigo, que calla.
Está Leonor cual lo exige
La ceremoniosa usanza
De aquellos revueltos tiempos
De fiestas y de batallas.
Corpiño y falda turquí
Bordados de seda blanca,
Con dos filas de botones
De costosa filigrana.
Desnudo el cuello y los hombros
Bajo un collar de esmeraldas
Con un lazo de brillantes

Que por una cruz remata.
 Los cabellos divididos
 En dos trenzas derribadas
 Que á ambos lados se recojen
 En dos agujas de plata;
 Y en la mano un abanico
 Con que la faz del sol guarda,
 Tras de cuyo varillaje
 Mira á salvo y no es mirada.
 Con igual lujo y riqueza
 Está engalanado Abarca,
 El jubon de terciopelo,
 Acuchilladas las mangas,
 Capotillo carmesí,
 Calzon negro y gola blanca,
 Y en un cinturon de seda
 Colgados estoque y daga.
 De aquestos tres personajes,
 Quiñones y las dos damas,
 El cuarto los atavíos
 Está contemplando en calma.

Empieza en una corona
 Y en un acicate acaba,
 Tanto conserva de monge
 Como de soldado guarda.
 El gesto tiene severo
 Y la frente despejada,
 Empinados los bigotes,
 Espesa y luenga la barba.
 El jubon negro y sin cuello,
 El ropon tocando en capa,
 La gola negra y sencilla,
 Botas, espuelas y espada.
 Si fija en otros sus ojos
 No pueden con sus miradas,
 Si habla le escuchan atentos,
 No le importunan si calla.
 Mas su mirada es modesta,
 Contenidas sus palabras,
 Si reconviene no ofende,
 Y si aconseja no cansa.
 Los valientes le saludan,
 Los pordioseros le aguardan,
 Las damas le reverencian,
 Los cortesanos le halagan.
 Y algunas lenguas mordaces
 Solo un defecto le achacan,
 Ser celoso en demasía
 De la honra y buena fama.
 Es capellan de Quiñones,
 Con quien tiene mesa y casa,
 Y á quien salvó vida y honra
 Dicen que en una batalla.
 De entonces él y Don Mendo
 Un punto no se separan;
 Son un cuerpo y una sombra,
 Cuerpo y sombra con un alma.

Es á un tiempo secretario,
 Consejero, amigo, y guarda.
 Don Mendo sin su presencia
 Ni come, ni abre las cartas:
 A un sermón y á un desafio
 Igualmente le acompaña:
 Procura evitar contiendas,
 Pero una vez empeñadas
 El cáliz por el estoque,
 Por la malla el ropon cambia;
 Y á pretesto de padrino
 Da la postrer cuchillada.

Ni es de estrañar que esto sea,
 Porque en los tiempos que alcanza
 Los obispos son alcaides
 Y sus palacios son plazas;
 No pagan pecho á sus reyes,
 Mantienen á sueldo lanzas,
 Antes de prestarle ayuda
 Juzgan despacio su causa,
 Y como mas les va en ello
 Le acuden ó se desmandan;
 Y viven entre placeres
 Con familiares y damas.

Así como es el espejo
 Es la imágen que retrata,
 Y así como andan los reyes
 La corte y vasallos andan.

Tales son los personajes
 Que en plática sosegada
 Esperan como en familia
 Alguna cosa que tarda.
 Al fin al doblar sonoro
 De una ligera campana
 Abriéronse los balcones,
 Entró el sol de la mañana,
 Y de galanes y hermosas
 Fuese llenando la sala.
 Oyóse el rumor del pueblo
 Que abajo se agita y pasa,
 Y el capellan y Quiñones
 Haciendo venia á las damas
 Salieron hácia la iglesia
 Donde doblan las campanas,
 Porque es el dia del Corpus
 Y está la corte de gala.

VII.

Al doble y revuelto són
 De campanas y atabales
 Hierve y bulle un pueblo entero
 En plazas, rejas y calles.
 Es un bello sol de junio
 Que derramado se esparce

Por techos, plazas y torres
 Gran farol de fiesta grande.
 Sus rayos de grana y oro
 Se quiebran y se deshacen,
 Se estremecen y reflejan
 En pizarras y cristales.
 De los sueltos pabellones
 De los tapices brillantes
 Que orlan, visten y coronan
 Los balcones desiguales,
 En cada hebra de oro y plata
 Y en cada lazo ondulante
 Reverberan mil colores
 Que tornasolan el aire.
 Entre guirnaldas de flores,
 Entre velos y cendales,
 Entre abanicos de plumas,
 Entre dueñas y entre pajes,
 Decoran las celosías
 Que descorren fiestas tales
 Cuantas damas de Castilla
 Dentro de la villa caben.
 La luz de un sol tan alegre,
 La interposicion del aire,
 Los suntuosos atavíos,
 Y el placer de los semblantes
 Hacen que de cada hermosa
 Finjan un ensueño, un ángel
 Los enamorados ojos
 De los felices galanes.
 ¡Cuántos hidalgos osados
 Deteniendo el paso errante
 Al pié de unos miradores
 Contemplan un gesto grave!
 ¡Cuánto celoso mancebo
 Al revolver de una calle
 El sombrero hasta los ojos
 Aguarda amoroso trance!
 ¡Cuánta dueña en una reja
 En tanto la dama sale
 Espera en faz compungida
 Que el audaz citado pase!
 ¡Cuántos suspiros se ahogan
 Entre el són interminable
 Con que el gentío murmura
 Cuando del pecho se parten!
 ¡Cuánta ardorosa mirada
 Intercepta el velo frágil
 De una pluma que un tercero
 Cruzó entre ambos un instante!
 ¡Cuántos ojos arrobados
 En otros, del cielo imágen,
 Se topan detrás de aquellos
 Otros ojos centellantes!
 ¡Cuántas citas amorosas
 Camino á escondidas se abren
 Entre aquel rumor confuso
 Que un millon de bocas hace!

Calmando al fin del gentío
 La voz sorda y susurrante,
 Diez maceros á caballo
 La gente por medio parten.
 Bajáronse los sombreros,
 Y tornáronse anhelantes
 Impacientes y curiosos
 Mil rostros hácia una calle.
 Pasaron lanzas y cruces,
 Alabardas y estandartes,
 Cirios, clérigos, soldados,
 Mangas y comunidades.
 Pasaron urnas, reliquias,
 Chirimías y ciriales,
 Congregaciones y escuelas,
 Nobles, juntas y hermandades.
 Hasta que al fin de improviso
 Levantó su voz gigante
 El pueblo, que vió á lo lejos
 La engalanada falange
 De hidalgos, condes y duques,
 Obispos y cardenales
 Que en torno del rey Enrique
 Traen á su Dios por delante.

Quedábale á Enrique cuarto
 Por don de sus mocedades
 El fastidio y la osadía
 De placeres y desmanes;
 Que aun niño, rompiendo el yugo
 Del respeto al rey su padre,
 Tuvo en Segovia una corte
 Con pueblo y leyes aparte.
 Y allí anegado en deleites,
 Sin conocer vasallaje,
 Pasó los años primeros
 Siempre en faz de rebelarse.
 Hoy ya rey, abrió su corte
 A cuanto ilusorio y grande
 Quiso con sus reales culpas
 De las suyas escudarse.
 Vinieron aventureros
 Sin mas haber que su sable,
 Y vinieron cortesanías
 Que allá en países distantes
 Fueron nobles y duquesas
 De real solar y real sangre,
 A quien echan de su pátria
 Opiniones populares.
 Vinieron monges robustos,
 Todos rectores y abades,
 De costumbres de gran peso
 Y profesion impalpable.
 Y entre discordia y licencia,
 Entre amores y combates
 Andando allí confundidos
 Los soldados y los frailes,
 Logróse sin gran trabajo

Que fuesen en tiempos tales
 Las audiencias galanteos,
 Los amores liviandades,
 Y las damas cortesanias
 Y los clérigos galanes.
 Que así como es el espejo
 Es la retratada imagen,
 Y hacen, si andan malos reyes,
 Que mal los vasallos anden.
 Los monges á par alternan
 Las mallas y los sayales,
 Y el que ayer era prelado
 Mañana á campaña sale.
 Tales gentes y tal fiesta
 Baján la calle adelante,
 Y hasta doscientos ginetes
 Dan á la función remate.

Entre las gentes que al rey
 Prestan honra y homenaje,
 Ni cerca de su persona,
 Ni lejos del condestable,
 Van dos nobles caballeros
 Que en severos ademanes
 Entre secretas palabras
 Secretas razones traen.
 Tan por lo bajo las cruzan,
 Que en verdad no fuera fácil
 Que pudiera algún curioso
 Alcanzar de lo que tratan.
 Mas que es cosa de importancia
 Bien pudiera asegurarse,
 Pues á veces hace el uno
 Que el otro los ojos baje,
 Y á veces levantando ese
 La mirada penetrante
 Torna á bajarla irritado
 Cual devorando un ultraje
 Que el otro le recordara
 Y mucho á su honra tocarse.
 Cuanto mas uno se turba
 Sigue el otro imperturbable,
 Y ambos miran de continuo
 A un balcon, luego á la calle.
 Es el uno Mendo Abarca,
 Que inclinado hácia adelante
 Con su capellan conversa
 En razones semejantes :

— ¡Pero, padre, eternamente
 La misma conversacion!
 — Señor, siempre esta ocasion
 Me está en el alma presente.

— ¡Maldita ocasion la vuestra,
 Que en todas partes la veis!
 — Señor, que fué bien sabeis
 La esperiencia mi maestra.

— ¡Y lo que os sucede á vos
 Ha de acontecerme á mí?
 — ¡La honra, señor, que perdí
 No basta á dárme la Dios!

Y cuando vos la perdais...
 — Yo mismo la cobraré. —
 — Yo tambien me lo pensé,
 Pero como yo la errais.

Que es la muger un cristal
 Que si se empaña una vez
 La mancha ó la palidez
 Se lavan luego muy mal.

Mirad, Don Mendo, al balcon
 Y á la calle atentamente.
 — ¡Padre, padre, eternamente
 La misma conversacion!

— Si os salvé, señor, la vida,
 La honra os he de salvar,
 Yo por ella he de velar,
 Si vuesa merced la olvida.

— Ved que vos podeis muy bien
 Dar camino á una sospecha.
 — Ved que en cuenta tan estrecha
 Podeis vos errar tambien.

— ¡Ved que soy yo su marido!
 — ¡Ved que ella es vuestra muger!
 — Sé que me ama.

— Puede ser.

— ¡Y pudiera...
 — Haber mentido.

— Mas, padre, vos...
 — Vedla alli,

Y aunque así á vos no os ofende,
 Pensad que á todos atiende
 Menos á vos...

— ¡Eso sí!

— Pues si os ama, ¿cómo á vos
 Es á quien busca el postrero?
 — Ay triste del que altanero
 Me compita ¡vive Dios! —

Asi en voz baja platican
 Aquellos dos personajes
 Al ir de su propia casa
 Avistando los umbrales;
 Y saludando á Leonor
 Que al balcon á verlos sale,
 Con la procesion siguieron
 Toda la plaza adelante.

VIII.

En un estrecho aposento
 Al amarillo fulgor

Que por entre seis cristales
 Despide un turbio farol,
 El capellan y Don Mendo
 En tenue y secreta voz
 Vienen de aita consecuencia
 Trabada conversacion.
 Don Mendo está pensativo,
 Encendido de color,
 La mano puesta en la frente,
 Mal sentado en un sillón,
 Los cabellos en desórden,
 Luchando con su interior,
 Y retratando en el gesto
 La inquietud del corazón.

El capellan tiene el rostro
 Entre hipócrita y feroz,
 Y contempla el de Quiñones
 Con ojo escudriñador.
 Al abrigo guarda el suyo
 De la sombra del farol,
 Cuidando de que á Don Mendo
 Ilumine el resplandor.
 Entre ambos hay estendido
 Un macizo velador
 En que para estar mas cerca
 Se apoyan tal vez los dos.
 A una pregunta de Abarca
 De estremada concision
 Con otra pregunta idéntica
 El capellan contestó.

— Y su tristeza y despego
 ¿No veis de entonces, señor?
 — Mas ved, padre...

— ¿Y no decis

Que al saber vuestro perdon
 Casi loca de alegría
 Vuestra vuelta aceleró?
 — Es verdad.

— ¿Y no decis

Que advertisteis variacion
 Desde la misma mañana
 En que en la corte se vió?
 — ¿Y eso, padre...

— ¿Y no decis

Que un ensueño aterrador
 La atosiga desde entonces
 Y la pone en afliccion?
 — Es verdad.

— ¿Y no decis

Que de aqueste torcedor
 Nunca la secreta causa
 Vuestra esposa os reveló?
 — Y eso prueba...

— Que en su pecho

Hay secretos para vos,
 Y las mugeres no tienen
 Mas secretos que el amor. —

Don Mendo apretó los puños
 Cuando tal respuesta oyó,
 Y en la inquietud de sus ojos,
 Que revuelve en derredor,
 Se ve bien que busca el triste
 Otra disculpa ó razon.
 En tanto el cura le atiende
 Con sonrisa de traidor,
 Y rebosan sus pupilas
 Sangrienta satisfaccion.
 Por fin, como quien despliega
 Todo el último valor,
 Con hondo y trémulo acento
 Mendo Abarca replicó :

— Tal vez de mugeres, padre,
 Secretos caprichos son
 Que solo consultar deben
 Allá con su confesor.
 — Los caprichos mugeriles
 Ya os dije, Don Mendo, yo,
 Que si al marido se celan
 No son mas que otra pasion.
 — Callad, padre, porque me hacen
 Vuestras palabras pavor,
 Y es tan profunda esta herida
 Que me duele ¡vive Dios!
 — Pues buscad presto remedio,
 Don Mendo, porque sinó
 La herida se os hará cáncer
 Que gangrene vuestro honor.
 Mañana tal vez...

— ¡Por cierto

Que es tremenda precision!
 Dejadme que bien pensado
 El tiempo...

— ¡Tiempo veloz,

Tiempo rápido! que el tiempo
 Carcome la reflexion.

— Pero, padre, ¿ved que errarlo
 No fuera...?

— Nunca peor,

Que en cuidar mucho su honra
 Jamás hidalgo pecó.

Ved que yo he perdido el mio,
 Y aunque hice venganza atroz,
 Ni le he cobrado, ni el tiempo
 Me ha quitado este borron.

— Pues bien, si es cierto, á impedirlo
 O á vengarle pronto estoy.

— Pues el remedio, ó venganza :
 Ved que urge.

— Teneis razon;

Y pues sabeis la dolencia,
 Buscadme el remedio vos. —

Guardaron ambos silencio
 En torva meditacion :
 Don Mendo fijos los codos

Sobre el ancho velador,
 Las sienas entre las manos
 Y el cabello en confusion,
 Como quien devora y siente
 Secreto afan interior.
 Su sombrío compañero
 De espaldas en el sillón,
 Es un hombre á quien se puede
 Partir la figura en dos:
 Unas veces es un monge,
 Ministro santo de Dios,
 Cuya presencia es consuelo
 A mundanal afliccion,
 Cuyo rostro da franqueza,
 Cuya majestuosa voz
 Aconseja dulcemente
 Dando calma al corazón.
 Otras es un hombre osado,
 Duro, hipócrita, ó traidor,
 Que aguarda en faz misteriosa
 Una pensada ocacion:
 Un tigre que acecha oculto
 La presa que descubrió,
 Y hace que duerme tranquilo
 Para asaltarla mejor.
 Si baja al suelo los ojos
 Dirian que hace oracion,
 Mas arden cuando los alza
 En fuego fascinador;
 Y al fijarlos en Don Mendo
 Tan horrible es su espresion:
 Que mas que monge, dijeran
 Que semeja un salteador.
 A veces pintan la ira
 Y á veces la compasion,
 Y á veces pintan los celos
 Y otras veces el furor;
 Y el orgullo y la vergüenza,
 Y el duelo y la confusion,
 Y la venganza y la rabia,
 La constancia y el valor,
 A un tiempo brillaba en ellos...
 Mas todo cambió veloz
 Cuando Don Mendo la frente
 De entre las manos alzó.
 Fué otra vez el mismo monge
 Amigo y consolador
 Que la existencia de Abarca
 En el combate salvó.
 La mirada que Quiñones
 Tendió angustiado en redor
 A la del monge pedia
 Mas que justicia, perdon.
 Mas el clérigo inflexible
 En sorda y siniestra voz
 Así dijo entre los dedos
 Deshilachando el ropón:
 — Escuchadme, Mendo Abarca;

En negocios como el de hoy
 Hasta que todo se aclara
 Disimular es mejor.
 Solo un medio se me alcanza:
 Pues que capellan soy yo,
 Disponed que á vuestra esposa
 Oiga un día en confesion. —

Y esto diciendo brillaban
 Sus ojos con tal fulgor,
 Que semejaron la lumbre
 De enrojecido carbon.
 El marido, que turbado
 Tal vez no le comprendió,
 Replicóle:

— ¡Entonces, padre,
 Lo alcanzareis solo vos! —
 A lo que el clérigo dijo:
 — Muy torpe, Don Mendo, sois,
 Pues se oye desde una alcoba
 Lo que se habla en un salon.
 — Cierto, padre; pero... hay puntos
 Que en ofensa son de Dios.
 — Cierto, Abarca, mas hay prendas
 Que encierran tanto valor.
 — ¡No os comprendo!

— Concluyamos
 Tan necia conversacion;
 Si sois hidalgo, Don Mendo,
 Curad bien de vuestro honor,
 O sufrid que el pueblo ria
 A vuestra faz...

— ¡Eso no!
 ¿Decís que el pueblo se rie?
 — ¿Quién lo duda?

— ¿Y tal baldon
 Llevará junto mi nombre...?
 — El del marido, señor.
 — ¿Y mi esposa...?

— Ha de infamaros
 Si es cierto que os engañó,
 Ireis con ella á la corte,
 Y han de mofarse de vos.
 El rey os hablará de ella,
 Y ha de mofarse de vos.
 La verán al lado vuestro,
 Y han de mofarse de vos,
 Y os tendrán, á no vengaros,
 Por necio, ó encubridor.
 — ¡Basta, padre, ó con la lengua
 Os arranco el corazón,
 Que verdades tan amargas
 Las tolera solo Dios!
 ¡Basta á fé...! fingiré un voto
 De una peregrinacion,
 Su confesion en voz alta
 La tomareis, padre, vos;
 Pero dentro de la alcoba
 La he de escuchar tambien yo. —

Y alzándose del asiento
Tomó Don Mendo el farol,
Dirigiéndose á una puerta
Que da paso á un callejon.
El clérigo le seguía
En ademán triunfador,
Y al trasponer los umbrales
Entre dientes murmuró :
« Este mes hace tres años,
« Mañana al salir el sol
« Un crimen y un duelo mismo
« Tendremos que llorar dos. »
Tornóse Mendo, y pensando.
Que dudaba preguntó :
— ¿ Qué decís, padre?
— Rezaba :
Id adelante, señor. —

IX.

En una sala cuadrada
Con tres tapices cubierta,
Al pié de un reclinatorio
De cincelada madera,
Ante un monje de rodillas
Con un velo en la cabeza
Doña Leonor de Quiñones
Cristianamente confiesa.
El rojo sol de occidente
Reflejando en las vidrieras
Por las entornadas hojas
Con trémula luz penetra.
Y en los tapices tendiendo
Una ráfaga postrera,
Con paso incierto al huirse
Pasa de una en otra hebra.
Hay á un lado de la sala
Con un cerrojo una puerta,
Y en el otro un gabinete
Con una cortina negra.
La muger en faz humilde,
El monje en faz altanera,
Seguían la confesion
En preguntas y respuestas.
Pregunta el monje en voz alta,
Responde en voz débil ella;
Él pregunta : — ¿ No es así?
Y ella — *Sí padre* — contesta.
Parece segun lo exacto
Con que pregunta y acierta,
Que está el confesor leyendo
La pregunta en la conciencia.
Decía el monje :

— ¿ Una noche?
— Sí padre.
— ¿ Las doce eran?
— Sí padre.
— ¿ Zumbaba airada

En las torres la tormenta?
— Sí padre.
— ¿ Amais á Don Mendo?
— Sí padre.
— ¿ Y sabeis que es fuerza
Guardar entera la honra
Que un hombre á su esposa entrega?
— Ved, padre, que yo dormía.
— ¿ Y quién guardaba las puertas,
Que así osó llegar un hombre
Hasta la cámara vuestra?
¿ Sabeis que no bastan llaves,
Murallas, ni centinelas,
Para guardar dignamente
La fama y la honra ajena?
¿ Sabeis que son las mugeres
Solo un arca donde cierran
Todo su honor los maridos
Con candados de vergüenza?
¿ Sabeis que muger sin honra
Es solo un padron de afrenta
Que eternamente en el rostro
El vendido esposo lleva?
— Ved, padre, que yo dormía :
¡ No fué crimen, sino fuerza!
— ¿ Y no pedisteis á Mendo
Venganza horrorosa y presta?
— Fáltóme, padre, el valor.
— ¡ Luego fué traicion completa,
Pues que lanzásteis el dardo
Y escondisteis la ballesta ! —

Trémula, medrosa, ahogada,
La frente contra la tierra,
El rostro entre las dos manos,
Clamó acelerada ella :
— Callad, padre, y si peque
Imponedme penitencia ! —

En esto alzó la cortina
Don Mendo que tal oyera,
Y asiéndola del cabello
La dijo :

— ¡ Pues que confiesas
Que cometiste la culpa,
Sufre, traidora, la pena ! —

Y escondiéndola la daga
Dentro la garganta mesma,
Luchando con la agonía
Sobre la alfombra la suelta.

A su espalda en este punto
Horrible, insultante, hueca
Oyóse una carcajada,
Y el capellan con violencia
Poniendo mano al estoque
Gritó á Don Mendo en voz recia :
« Yo asesiné á Margarita,
Y lavé mi honra en la vuestra.

Don Mendo, yo soy *Rui Perez*,
 Que há tres años que os acecha,
 Que os acosa y os persigue,
 Porque sabe, aunque le pesa,
 QUE HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN
 NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN. »

SONETO.

Cólmame, Juana, el cincelado vaso
 Hasta que por los bordes se derrame,
 Y un vaso inmenso y corpulento dame
 Que el supremo licor no encierre escaso.

Deja que afuera por siniestro caso
 En són medroso la tormenta brame,
 Y el peregrino á nuestra puerta llame
 Treguas cediendo al fatigado paso.

Deja que espere, ó desespere, ó pase;
 Deja que el recio vendabal sin tino
 Con rauda inundacion tale y arrase;

Que si viaja con agua el peregrino,
 A mí, con tu perdon cambiando frase,
 No me acomoda caminar sin vino.

TEMPESTAD DE VERANO.

Toledo, 23 de julio de 1834.

FRAGMENTOS.

I.

Por entre moradas nubes
 Derrama su lumbre el sol,
 Y el valle, el monte y el llano
 Ascuas á su impulso son.

Busca el pájaro en las ramas
 Abrigo consolador,
 Y al pié del robusto tronco
 Dormita el toro feroz.

La lengua tinta de espuma
 Tiene de turbio color,
 Secas las fauces que tragan
 Abrasada aspiracion.

Tardos vagan los reptiles
 De sus grutas en redor
 Entre la tostada yerba
 Huyendo la luz del sol.

No arrulla tórtola triste
 Con lastimero clamor
 Entre el follaje sombrío
 Su enamorada afliccion ;

Ni estremeciendo las plumas
 Al dar arranque á la voz
 En dulces trinos gorgea
 Armonioso ruiseñor.

Ni se oye de los insectos
 El ronco y cansado són,
 Ni los olmos se columpian
 Con susurrante rumor ;

Ni las espigas se doblan
 En vistosa confusion,
 Ni entona groseras letras
 Allá en el valle el pastor,

Ni trepa la suelta cabra
 Por el agudo peñon
 De una vana yerbecilla
 Libre y caprichosa en pos.

Ni ladra el mastin atento,
 Ni ahulla el lobo traidor,
 Ni cruza por la vereda
 De hormigas largo cordon.

Ni en la ciudad ni en el llano
 Ocioso ni reñidor
 Aguarda en peña, ó esquina,
 Amigo, dueña, ó maton.

Ni asoman dos ojos negros
 Velando en un mirador
 La estrecha y oscura calle
 Con diligente atencion.

Todo calla inmóvil y mustio
 De Toledo en derredor,
 Bajo la choza pajiza,
 Bajo el calado artesón.

Que al lejos como la sombra
 Del brazo airado de Dios
 Avanza con dobles alas
 Nublado amenazador ;

Y con él nubes y nubes
 En apiñado escuadron,
 Que encapotando los cielos
 Van á atropellar al sol.

Allá en su cóncavo seno
 Brama oculto el aquilon,
 El trueno encerrado muge,
 Hierve el rayo asolador,

Y todo en informe masa,
 En espantoso monton,
 Sin fuerzas ni ley que basten
 A detener su furor,

Rueda en la atmósfera á ciegas
Como buque sin timon,
Como peñasco gigante
Que ancho volcan vomitó.

Doblan roncás las campanas,
Y á su colosal clamor
Se estremece el aura densa
Con rápida vibracion.

El firmamento desploma
En álito abrasador
Cuanto fuego en sus entrañas
El Altísimo encerró.

Solo el monge fatigado
Cruza tarde el callejon
Hácia el silencioso templo
A alzar himnos al Señor.

Tal vez del lecho le arranca
El importuno reló,
Y va acongojado y lento
Murmurando una oracion,

En imperceptibles voces
Y murmurante rumor,
Que entre el són de las campanas
Al elevarse se ahogó.

Al cabo desaparece,
Y apostado en el porton
El mendigo le saluda
Con desfallecida voz.

—
¡Hé aquí ya el negro nublado,
Que como hambriento dragon
Toda la lumbre del día
De un solo empuje sorbió!

¿Quién sabe al flotante monstruo
La fuerza que ha dado Dios?
¿Quién sabe las maldiciones
Con que su vientre preñó?

¿Quién sabe despues que pase
Lo que ha de dejar en pos?
¿Quién de los que ora le vemos
Podrá decir que le vió?

Quando rasgue sus tinieblas,
Quando derrame su voz,
¿Qué luz brillará en el polvo?
¿Qué garganta hará rumor?

II.

Quedaron en calma un punto
Ambos á par aire y tierra
Del imponente nublado
Bajo las alas espesas,

I.

Y á la luz de aquel crepúsculo
Que mas que ilumina ciega
En la horrible incertidumbre
De la luz y las tinieblas.

El aire que se respira
La avara garganta seca,
Y en el sudor de la frente
Húmedo el rostro gotea.

Relincha el caballo inquieto
En la cuadra que le encierra,
El perro espantado ahulla
Y receloso olfatea.

El pájaro de su jaula
Contra el alambre se estrecha,
Y al abrigo de sus plumas
Escucha, mira y recela.

Solo la afanosa araña
Su red y su caza deja,
É inmoble y pegada al muro
El trueno y la lluvia espera.

Ancha, redonda, abrasada
Bajó una gota que apenas
Mojando el sitio en que posa
Desvaneciéndose humea.

Dobra el calor; y la calma
Y la fatiga se aumentan,
Y en trémula expectativa
Todo calla y todo vela,

Y el mundo semeja un reo
Que mira desde una reja
Cómo en la plaza su cómplice
Al pié del cadalso llega,

Y duda y vacila y teme
Que se salve y que perezca,
Porque una palabra suya
O le salva ó le condena.

III.

¡Un relámpago! — al punto desatadas
El arenal las ráfagas barrieron,
Y en espeso tumulto aglomeradas
Las nubes el crepúsculo sorbieron.

En tinieblas cerróse el aire impuro;
El hombre amedrentado y temeroso
El recio temporal llamó á conjuro
De las campanas al doblar medroso.

Y rotas las barreras del nublado
La lluvia y el granizo se desploman,
Y allá en su centro en círculo abrasado
Los fugaces relámpagos asoman.

Sin tregua entonces, ni piedad, ni freno,
Agua, granizo y viento se esparraman,

Y al hondo són del prolongado trueno
Talan, devoran, y en tumulto braman.

Hierve el turbion, cegáronse las fuentes,
Los arroyos hinchados y bravios
Bajaron convertidos en torrentes
A desgarrar los diques de los rios.

Sus altaneras ondas vencedoras
Los campos adelante se llevaron,
Y envueltos en las hondas bramadoras
Mieses, cabañas y árboles bajaron.

Peñas, casas, ganados y pastores,
Todos siguieron el fatal destino;
Presa de sus esfuerzos vengadores
No quedó senda, ruta, ni camino.

Y oran allí á los piés de los altares
En humilde tropel las criaturas
Al Dios que las tormentas y los mares
Humilla con su voz en las alturas.

Del ronco viento al vigoroso empuje
Del templo gime el colosal cimiento,
Estremecida la techumbre cruje,
Y en sus esquinas se desgarran el viento.

Crece el turbion : las sombras del nublado
Ancha guarida por el templo toman,
Y en el cristal del roseton pintado
Rápidos los relámpagos asoman.

A veces como grupos encendidos
De espectros y diabólicas figuras
Vacilan en los vidrios sacudidos
Variando de contornos las pinturas.

El áspero granizo les azota,
Y al darles luz la exhalacion por fuera
Cada en los vidrios suspendida gota
Un sol y una fantasma reverbera.

Es el aire murmullo indefinible
Donde sin leyes, ni prision, ni valla
Los espiritus dan en ronda horrible
Zambra impura y quimérica batalla.

Cada puerta ojival cóncava y hueca
Entre su red de góticas labores
Una osamenta descarnada y seca
Dibuja entre fantásticos colores.

Cada verja una hilera de esqueletos,
Cada capilla un antro de vampiros
Que columpian y doblan los objetos,
Que lanzan ayes, cantos y suspiros.

Cada ventana una abrasada boca
Que, abierta en espantosa carcajada,

Apenas el relámpago la toca
Respira una sulfúrea llamarada.

Hoguera horrible, á cuya luz errante
En rauda confusion saltan y flotan
Las figuras que el vidrio vacilante
Con cuerpos de color manchan y embotan.

Y á la par, en un punto, en todas partes
En cada vidrio que la lumbre hiere
Gestos, hachones, cruces, estandartes...
Y el relámpago pasa, y todo muere.

¡Tropa infernal de sombras vaporosas!
¡Abortos estrambóticos del miedo,
A quien da faz y formas religiosas
Credula y fácil la oriental Toledo!

IV.

Y entre nubes purpurinas
Peregrinas
De azulado tornasol
Tendió el iris á lo lejos
Los reflejos
De los colores del sol.

Tendió en riquísimas bandas
Siete randas
Sobre el invisible tul,
Con que tan falaz nos miente
El manso ambiente
Ese firmamento azul.

¡Salve! ilusion de consuelo
Con que el cielo
Cierra el paso al vendabal,
Levantando en su alegría
Al claro dia
Arco espléndido triunfal.

¡Salve! luz tornasolada
Delicada,
Prenda mágica de paz
En que el cielo jura al alma
Dulce calma
Tras la negra tempestad.

¡Salve! ¡oh iris pasajero,
Mensajero
Del supremo Criador,
En cuyos colores siete
Nos promete
Solaz y treguas y amor!

Por tí en el rojo occidente
Trasparente
Vuelve el sol á levantar
La faz pura, esplendorosa,
Y luminosa
Al acostarse en el mar.

Por tí con cánticos suaves
Van las aves
Surcando el aura otra vez,
Loando en dulces rumores
Los primores
De tu escelsa brillantéz.

Por tí en delicadas tocas
De las rocas
Se desprende virginal
La melancólica niebla
Cuando puebla
El ámbito celestial.

Por tí, á través de su vuelo,
Luz da al cielo
La luna en turbio crespón,
Como reina macilenta
Que se ostenta
En magnífica ilusion.

Por tí dejan las estrellas
Blancas huellas
De su opaca reina en pos
Como lámparas dudosas
Ostentosas
En el alcázar de Dios.

¡Salve! ilusión de consuelo
Con que el cielo
Cierra el paso al vendabal,
Levantando en su alegría
Al claro día
Arco espléndido triunfal.

RECUERDO A N. P. D.

Bajad del monte al escondido valle,
Frescos arroyos, cristalinas fuentes,
Que en esas rocas anchurosa calle
Buscais á vuestras rápidas corrientes,
Y en un remanso recojido acalle
Vuestra linfa sus ondas maldicientes,
Porque sorbiendo el valle su frescura
Cargue su espalda de eternal verdura.

Bajad, aguas, del monte susurrando
Sobre las calvas peñas destrenzadas
Los colores del sol reverberando
En gotas con el sol tornasoladas,
Que manantiales os irán prestando
Esas agudas cumbres escarchadas
Donde se está filtrando en hilos leves
La eterna plata de las limpias nieves.

Claros, sonoros, libres arroyuelos
Que vais de piedra en piedra juguetones

Césped brotando y derritiendo hielos
En curso inquieto y deleitables sonos,
Felices sois pues que mundanos duelos
No adormís, ni raquíticas pasiones
Al compas con que os suelta y desparrama
Desde sus canas cumbres Guadarrama.

Pues naciendo en recónditos asilos
Rodais por esas mudas soledades,
En anchas ondas, ó en delgados hilos,
Por altas rocas, ú hondas cavidades,
Ya os arrullen los céfiros tranquilos,
Ya el soplo de revueltas tempestades;
¡Felices vuestras aguas transparentes,
Libres arroyos y perdidas fuentes!

Bajad del monte, y si en el valle umbroso
Bajo su tosco pabellón de pinos
La soledad os cansa y el reposo
De sus antros y sotos peregrinos,
Torced el suave paso rumoroso,
Trasponed puentes, y cruzad caminos
Ganando tierra y conquistando calle
Hasta los bordes del postrero valle.

Cual solitaria y lánguida palmera
Que el sol marchita y Aquilon azota
Vereis allí á Segovia la altanera
Ya por el tiempo consumida y rota,
Tal vez caduca, pero hidalga, y fiera
Con su pujante antigüedad remota,
Que aun la ofrecen sus claros manantiales
Sobre torres sin tiempo arcos triunfales.

Bajad, arroyos, la vereis ufana
Raudos al deslizar vuestra corriente
Sobre esa enorme creacion romana
Que al par la sirve de obelisco y puente;
Noble corona que sustenta vana
Sobre la apenas poderosa frente;
Yugo gigante que la abruma el cuello,
De su antigua grandeza último sello.

Dejad, arroyos, la empinada cumbre,
El verde soto y soledad amena,
Y cruzareis la inmensa pesadumbre
De la alta puente de hendiduras llena:
De veinte siglos la continua lumbre
Su tez ha puesto pálida y morena,
Pero aun se tiene colosal y erguida
Vertiendo fuerza y ostentando vida.

Bajad, arroyos, y vereis cuan vanos
Junto á ese eterno y portentoso escombro
Parecen los escombros cortesanos
De otra mas flaca edad timbre y asombro.
Ellos al fin hundiéronse livianos,
Mas ese aun presta infatigable el hombro
Mostrando audaz á la flaqueza humana
El vigor de su estirpe soberana.

¡Oh! esos mezquinos restos solitarios
 Que yacen por los llanos estendidos,
 Negras torres, desiertos campanarios,
 Solares sin señor, templos hundidos,
 En eriales y cuevas y calvarios
 Y en olvidado polvo convertidos,
 No pudieron guardar en la memoria
 Ni aun de sus dueños la vecina historia.

Ahí están esas góticas capillas
 Orladas de magníficos relieves,
 Cargadas de sutiles maravillas
 En sus aéreos arabescos leves;
 Ven, y en esas ruinas amarillas,
 Escrutadora edad, leé si te atreves
 Por mas que rompas al pensar los diques
 Mas que confusos Alvaros y Enriques.

Avanza un siglo mas en tu camino
 Y un poco mas tu huella profundiza,
 Y de Alvaros y Enriques el destino
 Se hundirá con la tierra quebradiza :
 Y mañana pasando el peregrino
 Al topar de sus huesos la ceniza
 Dirá por conjeturas : *¡aquí fueron!*
 Pero podrá jurar que *aquí murieron*.

Ahí queda en ese alcázar mutilado
 Bajo los opulentos artesones
 De reyes un espléndido senado
 Con sus cetros, coronas y blasones;
 Y hoy en su puente roto y derribado
 Y en sus pintarrajeados murallones
 Acaso en vano el pensador profundo
 Las huellas buscará de Juan Segundo.

Que aun tres siglos su faz surcan apenas,
 Y tres veces tal vez le apuntalaron;
 El uno vació en lanzas sus cadenas,
 Y las lluvias del otro le minaron.
 Cegó el otro de adobes sus almenas,
 Y los tres al pasar le profanaron,
 Cual copa así que en el festin rompieron
 Y por juguete á los muchachos dieron.

Do quier se tiendan los avaros ojos
 Escombros hallan, débiles memorias
 Que apenas en estériles despojos
 Rastro dudoso dan de sus historias :
 Donde quiera en fatídicos manojos
 Huesos se hacinan y se esconden glorias,
 Sin que sepan decir tantos osarios
 Si eran romanos, godos ó templarios.

Mas id á demandar á ese coloso
 El nombre de la pátria y la alta cuna
 De la raza del pueblo poderoso
 Que ató á sus piés el tiempo y la fortuna :
 Y en ese audaz esfuerzo prodigioso
 Con que á la edad fatiga é importuna,

Con que de veinte siglos la carcoma
 Se atreve á rechazar, vereis á Roma.

En vano airado le sacude el viento,
 Y en vano el ronco temporal la moja,
 Y en vano sobre el monstruo macilento
 Tan larga edad su pesadumbre arroja;
 Que siempre altivo y grande y opulento
 Ni el vendabal ni la vejez le enoja;
 Y siempre rico en su ciudad derrama
 Los arroyos que bebe en Guadarrama.

Bajad del monte, frescos riachuelos,
 Aguas puras de fuentes cristalinas
 Que hollais el césped y chupais los hielos
 En esas cumbres á la luz vecinas;
 Bajad del monte si abrigais desvelos
 En vuestras soledades peregrinas,
 Cansados ya de la desierta sierra
 De ver mas ancha y bulliciosa tierra.

De esa colina en la escondida falda
 Donde entre brezos de color pajizo
 Tiende la yerba trenzas de esmeralda
 Con que á sus solas sus alfombras hizo,
 Donde con flores de carmin y gualda
 Corona vuestro espejo movedizo,
 Hay una puerta en el hendido casco
 De los doblados lomos de un peñasco.

No hay á su paso impertinente estorbo
 Ni crece á su dintel adelfa amarga,
 Ni fiera alguna de talante torvo
 La linfa turba en su carrera larga :
 Torced por ella vuestro curso corvo
 Sobre el peñasco que el camino alarga
 Hasta que vuestros rápidos cristales
 Rueden sobre los arcos imperiales.

Surquen ¡oh fuentes! en tropel sonoro
 Por la ancha espalda del escelso puente
 Reverberando las madejas de oro
 Vuestras gotas, del sol resplandeciente.
 Bajad del monte en susurrante coro
 Agitando la limpida corriente;
 Vereis el sello con que el hombre doma
 De veinte siglos la opulenta Roma.

Y si pasando, desde el alto lecho
 Do el puente os presta soledad y abrigo,
 Veis por las grietas del canal estrecho
 Tal vez llorando á mi amoroso amigo,
 Si es que las llagas de su herido pecho
 Consuelo admiten ó á su mal testigo
 Decidle que hay quien su pesar agora
 Del Manzanares á la márgen llora.

Frescas, puras, corrientes, cristalinas
 Fuentes sonoras, limpios arroyuelos
 Que de esas cumbres á la luz vecinas
 Hollais el césped y bebeis los hielos,

Si hallais en tantas flores las espinas
De sus antiguos y cansados duelos,
Dadle de vuestra fugitiva randa
Con el claro compas música blanda.

Y así revente en matizadas flores
Y en madre selvas vuestra verde orilla,
Y os preste sombra, arroyos bullidores,
La caña cimbradora y amarilla;
Y así bajen los lindos ruiseñores,
La suelta garza y triste tortolilla
A hundir en vuestras frágiles espumas
Los tiernos picos y esponjadas plumas.

A LA NIÑA C. D. E.

Niña que creces ufana
Flor temprana
De la vida en el vergel,
Ostentando primorosa
Flor pomposa
Tus mil matices en él;

Ríe y canta mientras dura
La frescura
Y la pompa de tu abril,
Mientras luce claro el día
¡Vida mía!
De tu fortuna infantil.

Que de vida y de luz lleno
Hoy sereno
Brilla espléndido tu sol
Y con vivo lampo dora
De tu aurora
El purísimo arbol.

Ríe y canta, que este yerto
Gran desierto
Que llamamos mundo aquí,
Aun guarda blandos olores,
Ricas flores,
Y regalo para ti.

Aun en él para tu infancia
Hay fragancia,
Calma, sombra, fresco y paz,
Sin que viento revoltoso
Tempestuoso
Interrumpa tu solaz.

Aun podrás colgar tu cuna
De la luna
Al tranquilo resplandor,
Mientras el aura la mece
Y te adornece
Con su canto el ruiseñor.

Aun podrás con tu sonrisa
Blanda brisa
Conjurar para dormir,
Sin que turbe tu contento
Un pensamiento
Del dudoso porvenir.

Aun podrás en deliciosos
Vaporosos
Blancos sueños delirar,
Sin temer que el desengaño
Vele uraño
A tu lado al despertar.

Que los niños mientras os dura
La ventura
De la cándida niñez,
Siempre hallais un seno amigo
Que os da abrigo,
Calma y defensa á la vez.

Ramas de amorosa yedra
Que á la piedra
Que os ampara os acojéis,
Pagándola en fortaleza
Y en belleza
El favor que la debeis.

¡Ay! y podeis tornar los ojos
Sin enojos
Ni zozobra criminal
A buscar un tierno abrazo
En el regazo
Que os sustentan maternal.

Que sois ángeles los niños,
Como armiños
En pureza y en candor;
Dulces prendas de consuelo
Que en su duelo
Da á los hombres el Criador.

Ríe y canta, niña hermosa,
Flor pomposa
De la vida en el vergel;
Ríe y canta mientras dura
La ventura
Y la paz que hallas en él.

Ríe y canta tu alegre primavera,
Mariposa de cándido color,
Que te meces inquieta y pasajera
De árbol en árbol, y de flor en flor.

Mientras puedes gozar, goza y delira;
Mientras en este yermo valadi
La ráfaga que abrasa al que la aspira
Brisa te da consoladora á ti.

Goza, niña, tranquila descuidada
Las dulces horas que de amor te dan,

Sin acordarte de la edad pasada,
Ni del dudoso y venidero afán.

Goza, niña, en tan mágico embeleso
El puro halago del materno amor,
El labio atento al regalado beso,
La frente tinta de infantil rubor.

Esa es tu dicha, tu placer, tu vida,
Vivir amando, y para tí no hay mas,
En el regazo maternal dormida
Sin ver delante, y sin mirar atrás.

¡Oh! ven, hermosa, á mis cansados brazos,
Yo quiero amarte y delirar tambien;
Quiero gozar tus débiles abrazos,
Besar tus labios y tu blanca sien.

¡Si tú alcanzaras á saber de un niño
Los mimos inocentes lo que son,
Y cuánto calma un infantil cariño
La amargura y pesar del corazon...!

Ven, sentada en mis rodillas
Tus mejillas
Amoroso besaré,
Beberé en tus ojos bellos
Cuanta vida encuentre en ellos,
Y en su luz me mimaré.

Si en mis brazos arrullada
Fatigada
Te pluguiera dormirar,
Porque duerma muellemente
Alzaré confusamente
Algun lánguido cantar.

Y si alegre, entretenida
Estás, ¡mi vida!
Escuchándome decir,
Te contaré lindos cuentos
De hadas y encantamientos
Que te halaguen al dormir.

Te diré historias tan bellas
Que con ellas
Sueñes, niña, sin cesar;
Te diré cosas tan suaves
Como el canto de las aves,
Y del aura el susurrar.

Ríe, niña, y canta ufana;
Flor temprana
De la vida en el verjel;
Ríe y canta mientras dura
El regalo y la ventura
Y la paz que hallas en él.

Antes que tu edad contenta
La tormenta
Desgarre de una pasión,

Ríe y canta mientras inerte
En la paz del tiempo duerme
Encerrado el aquilon.

Mientras lejos de tí braman,
Y esparraman
Las venturas del vivir
Los mundanos vendabales,
Tú las dichas terrenales
Apresúrate á reír.

Ríe y canta, niña hermosa,
Flor pomposa
De la vida en el verjel;
Ríe y canta mientras dura
El regalo y la ventura
Y la paz que hallas en él.

A UNA CALAVERA.

FANTASÍA.

«¿Conoces á ese hombre?
— No por cierto.
— Mirale bien, y tómale las señas.
— Imposible. Lleva una máscara tan
impenetrable como las tinieblas.»
F. COOPER.

¡Ahí estás tú, secreto de la vida,
Espantosa memoria de la muerte!
Cifra cuanto fatal desconocida,
¿Quién alcanzó jamás á comprenderte?

Honda verdad donde el vivir se encierra,
Geroglífico audaz, testigo mudo
Que incrustó en los dinteles de la tierra
Quién sostenerse á su dintel no pudo.

Ahí estás con tu irónica sonrisa;
Tus huecos ojos y tu calva frente;
Aguardando tal vez la última brisa
Que al puerto del morir lleve la gente.

¿Qué miran, di, tus cóncavos vacíos?
¿Qué escuchan tus oídos sin orejas?
¿Rien de los humanos desvarios
Con gesto inmóvil tus encías viejas?

¿Quién eres, di, desnuda calavera,
Crédito del que fué, prenda de alguno,
Que por ser una prenda de cualquiera
No como suya te querrá ninguno?

¿Fuistes hermosa y jóven y adorada,
Fuiste grande, feliz, rica y temida,
O cruzastes el mundo despreciada
Mendigando tu pan desconocida?

Si fuiste rey, ¿qué se hizo tu corona?
Si grande, ¿qué se hicieron tus blasones?

¿Quién tu nobleza y tu poder abona
Del callado sepulcro en las regiones?

¿Oyes alguna vez esa campana
Que dobla por los vivos que murieron?
¿Al eco de su voz triste y lejana
Sabes tú si las almas acudieron?

¿Alguna vez, sombría calavera,
Acaso algunos monges te llevaron
A un templo, donde en pompa lastimera
Sobre un negro ataúd te colocaron?

Si registraste su morada oscura
¿Sin duda que gozaras cuando vieras
Tantas cabezas que la tierra impura
Ha de tornar en tantas calaveras!

Si dejaste la luz triste y mendigo,
¿No te halagaba en la mortuoria fiesta
En recinto comun tener contigo
Un pueblo, un trono, un ara, y una orquesta?

Cuando á la roja luz de los blandones
En el metal del ara te veías,
Al contemplar tus cóncavas facciones,
Tu espantoso mohín, ¿no te reías?

Al revolver tus viejos pensamientos,
Si acaso pensamientos te dejaron
Las lluvias, los gusanos y los vientos,
¿No te escitó á reír lo que pensaron?

Aquella niña hermosa que escondía
Los dedos de márfil torneados, puros,
Entre los rizos que en la sien mecía
En confusion, como la sombra oscuros,

Sus ojos de azabache que espiaban
Los ojos del mancebo irreverente
A cuyo fuego criminal brotaban
Las rosas del pudor sobre su frente,

Aquella niña bulliciosa, inquieta,
La sien ceñida de crespon y flores,
Que por ajeno parecer sujeta
A los pies del aitar soñaba amores:

Tú la veías seca y descarnada,
Sin cuanto bello en la hermosa hechiza,
Calva la frente, huera la mirada,
Los labios de coral vueltos ceniza.

¡Oh! ¡Gran cosa ha de ser sobre una tumba
Contemplar en el polvo reunida
La loca multitud que se derrumba
Por el gran precipicio de la vida!

Gran cosa; vive Dios! llamar á fiesta
Con la gigante voz de las campanas,
Y encender cirios y aprestar orquesta!
Y alzar altares y entoldar ventanas,

Y convidar á celebrar su nada
A cuanta juventud, pompa y belleza

Vejeta en una tierra condenada
A acabar en la nada donde empieza.

¡Oh! ¡Gran cosa tener en una farsa
El principal papel, la voz primera!
Y ver al rededor pueblo y comparsa
Siendo en un funeral la calavera,

Tener un rey y un pueblo prosternado,
Cabizbajo y sin voz, humilde y quedo,
Todo el poder del mundo arrodillado,
Lleno el cobarde corazón de miedo.

¡Oh! ¡Gran cosa tener reyes y hermosas
Descubierta y doblada la cabeza,
Sin poder en las manos poderosas,
Sin encantos ni gracia en la belleza,

Y en un sitial de muerte y podredumbre
Sentirle bajo el pié como un juguete,
Y reír de la esclava muchedumbre
A la sombra de sórdido bonete!

¡Gran corona imperial! ¡grave tocado!
En un harapo inútil é irrisorio
Un esqueleto seco y cercenado
Presidiendo en un túmulo mortuorio.

¡Grave fiesta terrena! ¡régia pompa!
¿Donde vamos los miseros mortales
Al ronco són de la funesta trompa
A cantar nuestros propios funerales!

¿Donde á la entrada del fatal recinto
Suenan los brindis, la algazara y grita
Que dentro del mundano laberinto
Al insensato populacho irrita!

¡Oh! tú puedes decirle al mundo entero:
« Ríete y bebe, miserable, y danza,
Mientras en el lecho funeral te espero,
Porque yo soy tu fin y tu esperanza. »

¿Y no ries, sombría calavera?
¿No te se antoja descender al llano,
Y entrar en el festin como cualquiera
Y á una hermosa ofrecer la seca mano?

¿Agitar tu esqueleto en danza loca,
Con tus huesos ceñir una cintura,
Y preparar en la desierta boca
Un ósculo á la gracia y la hermosura?

Porque si fuiste bella en otros dias,
Con ojos negros, labios de corales,
Alguna vez sin duda gustarias
La dulce hiel de halagos criminales.

Porque si fuiste grande y poderoso
Sin duda que en ensayos seductores
Sondaras el secreto vergonzoso
De trastornar en duelos los amores.

Porque si esclavo fuistes ó mendigo
Ansiarias de grandes y de dueños

Los que no dividieron ; ay ! contigo
Torpes placeres, y nefandos sueños.

Porque si fuiste austero solitario,
Allá en la soledad de tu retiro
Alguna vez lanzaras temerario
En pos de otro placer algun suspiro.

¿No te se antoja descender al llano
Engalanada, y fácil, y ligera,
Y en la fiesta mostrar al mundo insano
De repente tu calva calavera ?

¡ Oh ! ¿ qué te falta para bien tamaño ?
¿ Una piel trasparente y delicada
Que cubra el espantoso desengaño
Del secreto fatal de nuestra nada ?

¿ Y qué importa la piel, manto gastado
Que nos presta al nacer la tierra ruda ?
Serás una beldad que han convidado,
Y por mostrarla mas viene desnuda.

¡ Oh ! ven á delirar donde deliren,
Y serás la verdad á quien adoren,
Y el espejo serás en que se miren
Cuando al tocar su fin clamen y lloren.

Y ven á murmurar donde murmuren,
A cantar donde canten, las botellas
A apurar donde en órgia las apuren
En ébria confusion ellos con ellas.

Brinda altanera cuando brinden todos,
Y con todos tambien jura y blasfema,
Hasta que doblen la cerviz heodos
Para alzarla á la voz de tu anatema.

Harapo que deja el hombre
Porque su raza al pasar
El suelo en su viaje alfombre ;
Firma fatal cuyo nombre
No se alcanza á deletrear ;

¿ Y es cierto, cráneo pajizo,
Que aunque pese al corazon
Eres tú para quien se hizo
Tanta gala y tanto hechizo,
Tanta y tanta creacion ?

¿ Es cierto que en otros dias
Con otra faz y otra taz
Como yo vivo, vivias,
Como yo rio, reias,
Ajeno de tu hediondez ?

¿ Que en esos cóncavos hondos
Dos ojos aposentabas
Vivos, inquietos, redondos,
Y que esos dientes hediondos
En dos labios encerrabas ?

¿ Que en tu roida mejilla
Brillaron matices bellos
En tu tierna edad sencilla,
Y que en tu sien amarilla
Se arraigaron los cabellos ?

¿ Es cierto, di, que esa boca
Sin contornos ni calor
Que hoy solo la muerte evoca,
Manó en tu esperanza loca
Dulces palabras de amor ?

¿ Que acaso el labio amoroso
En suavísimo embeleso
A un amante cariñoso
Demandaba voluptuoso
Regaladísimo beso ?

¿ Que tal vez, sabio profundo,
Pasabas tus largas horas
Sombrio y meditabundo
Buscando avaro en el mundo
Venturas engañadoras ?

¿ Que tal vez el ojo atento
Sobre un libro amarillento
En tu amarga soledad,
Se agotó tu pensamiento
Pensando tu eternidad ?

¿ Que tal vez, señor mundano
De alcázares y jardines,
Viviste torpe y liviano
Entre tropel cortesano
En impúdicos festines ?

Y ese mundo valadí
Sabio, amante, loco, ó rey,
Te trajo con mofa aquí
Diciéndote : « Esta es la ley,
Cadáver, descansa ahí. »

¡ Oh ! ¡ nada nos deja ver
De tus historias de ayer
Tras de tu faz deleznable
Tu máscara impenetrable
Imposible de romper !

Todo lo envuelve esa muda,
Vaga, insondable verdad
Que tu inmóvil gesto escuda,
Esa verdad que desnuda
La invisible eternidad.

Y el pensamiento altanero
Viene á estrellarse ¡ ay de mí !
En ese gesto severo,
Que es un centinela fiero
De lo que hay detrás de tí.

En vano dentro la mente
Se rebelan revoltosas
Las ideas locamente

creándose de repente
teorías mentirosas;

Todas vienen á espirar
En tus cóncavos vacíos,
Cual las fuentes van á dar
Sus arroyos á los ríos,
Y los ríos á la mar.

En vano la vida entera
Contra tu verdad conspira,
Desdeñosa calavera,
Que todo en tu faz severa
Se desvanece ó espira :

En esa cerviz curada
Al soplo de la tormenta,
Por el tiempo descarnada,
Cuya vida inanimada
Ni el tiempo ni el sol calienta.

Y en tu mirada indecisa,
Y en tu irónica sonrisa,
Y en esa hendida y entera,
Seca y solitaria hilera
De tu dentadura lisa.

Y ahí te estás entre la arena
Como una cosa caída,
Como inútil prenda ajena
A quien nadie juzga buena
Solo porque está perdida.

Y ¡por Dios! que si los hombros
Que un día te sustentaran
Volvieran á estos escombros
A buscarte, ¡con qué asombros
De placer te acariciarán!

¡Oh! si alzándote una vez
Aun te pluguiera ostentar
La pérdida esplendidez,
Y quisieras tu hediondez
Con tu vida engalanar;

Y prendieras en tu frente
Unos cabellos postizos
Que en madeja reluciente
Cayeran confusamente
En mil perfumados rizos;

Y el esqueleto sonoro
Velaras altiva tú
Con minucioso decoro
Entre nácar, perlas y oro
Y entre crujiente tisú;

Cubrieras el seco cuello
Entre las flotantes plumas,
Los collares y el bello
Velos echando sobre ello
Tan sutiles como espumas :

Y el repugnante mohín
De tu inmóvil rostro viejo
Con esa risa sin fin
Asomaras á un festín
Tomándole por espejo!

Si acaso rey destronado
Te se antojara salir
Para ver do está enterrado
El ejército arrojado
Que llevaste á combatir,

Y allá en el campo desierto
Do fué tu postrer batalla
De aquel mausoleo abierto
Tu pueblo evocarás muerto
De entre el polvo en que se halla,

Y si á tu voz poderosa
Despertando con asombro
Tu nación volviera ansiosa
Trayendo el arnés al hombro
El faz de guerra espantosa...

¡Oh! ¡diabólico senado,
Medrosa, horrible ilusión,
Ver tanto esqueleto armado
En torno un rey convocado
Al dintel del panteón!

Y si vagaran errantes
Ensordecido la tierra
Combatidose pujantes
Con clamores insultantes
Pregonando su impía guerra...

¡Ah! ¡delirios son del alma
Que no te alcanza, Señor,
En los terribles secretos
De tu infinita creación!

En los tormentosos días
De mi mundanal dolor
Medité desesperado
Sobre los sepulcros yo.

Pasé de tumbas á tumbas
De mi porvenir en pos,
Y en todas encontré polvo,
En todas polvo, Señor.

En todas esa sentencia
Que cae sobre quien nació
Desde esos gestos inmóviles
Sin miradas y sin voz.

En todas esos despojos,
En cuya horrible atención
En cuya eterna sonrisa
De complacencia feroz,

En cuyo todo espantoso
Deletrea el corazón
La triste palabra NADA
Confundido de pavor.

¿Y es ese, Señor, el hombre
Que de tu mano salió,
Hecho á semejanza tuya,
Aborto digno de un Dios?

¿Es esta, Señor, la vida,
Que como una maldición
Nos carcome cuanto bello
Tu bondad nos regaló?

Entonces ¡ay! ¿qué nos vale
Que alumbre tan puro el sol
Y en la noche se refleje
La luna en su resplandor?

¿Qué sirve que allá en los bosques
En pintada confusión
Canten en bandos alegres
El mirlo y el ruiseñor?

¿Que los árboles murmuren
En melancólico són,
Y esponje á su blanda sombra
Su dulce cáliz la flor?

¿Qué sirve que en blanda arena
Tienda su curso veloz
El arroyuelo que viste
La pradera de verdor,

Y con sus líquidas perlas
Los jazmines jugueteon
Salpique con que la pródiga
Primavera le alfombró?

¿Que el mar se encurve bramando
De las playas en redor;
Y le azote y le sacuda
Revolvoso el aquilon?

¿Qué sirve ese cielo azul
En cuyo centro adunó
Mil nubes tornasoladas
En caprichoso monton;

Si todo no es mas al cabo
Este universo, Señor,
Que de una inmensa familia
El inmenso panteon?

¿Qué sirve á esa calavera
Una existencia de honor,
Una vida de virtudes,
De crimen ó de aflicción?

¿Qué le vale todo un siglo
De penitencia ó de amor,
La corona ó la cadena
Que en este mundo arrastró,

Si el hombre que la llevaba
Al salir de esta mansion
Como una máscara inútil
Despechado la arrojó?

En vano la he demandado
Por la infamia ó el blason
Del dueño que en ese osario
Entre el polvo la olvidó.

Su vago mirar me espanta,
Su sonrisa me hace horror,
Y su boca tiene ahogada
En su garganta la voz.

« ¿Qué espera? » Tal vez lo ignora.
Ahí está al aire y al sol,
Eternamente riendo
De cuanto pasa y pasó,

Al borde de la vereda
Que conduce al panteon,
Diciendo á cada viajero,
Con eterna risa : « ¡A Dios! »

CUARTA PARTE.

LAS HOJAS SECAS.

A MI MADRE.

Dicen que todo al fin se desvanece,
Todo pasa, se olvida, pierde y borra...
Yo no soy infeliz, mas vivo triste,
Y un torcedor arrastro en mi memoria.

Un templo, un bosque, un ave que pasando
Cruza en el viento descarriada y sola
Prensan mi corazon, y á mis pupilas
Solitaria una lágrima se asoma.

Pláceme ver un claro riachuelo
Lamer su orilla con azules ondas,
Y al resplandor del trémulo crepúsculo
Sentir la fuente murmurar sonora.

Pláceme ver tras el opuesto monte
Hundir al sol su faz esplendorosa
Y despedirle desde el hondo valle
Al compas de las aguas y las hojas.

Y pláceme en paseos solitarios,
En dulces sueños delirando sombras
Perderme en la floresta sin camino,
Ideando quiméricas historias.

La mia es triste; cansa y no interesa,
Sin aventuras intrincadas, corta :
Es una historia solamente mia
Como otras muchas que á la vez se ignoran.

Es la Listoria de un sueño fatigoso
En que nada sucede, nada importa;
No se comprende, pero no se olvida,
Y sus vagos recuerdos nos acosan.

Yo la recuerdo con vergüenza siempre,
Temo profundizarla, y sus memorias
Como gotas de mágico veneno
Caen en mi corazon una tras otra.

¿Qué os hicisteis, dulcísimos instantes
De mi infancia gentil? ¿Dó están ahora

Los labios de coral que me colmaron
De blandos besos que mis ojos lloran?

¿Dó está la mano amiga que trenzaba
Las hebras mil de mi melena blonda,
Tejiéndome coronas en la frente
De azucenas silvestres y amapolas?

Era ¡ay de mí! mi madre: alegre entonces,
Tranquila, amante, como el alba hermosa;
Jamás me ha parecido otra hermosura
Tan digna de vivir en mi memoria.

Apartaos, impúdicas quimeras,
Mas os detesto cuanto mas vosotras
Tenaces me seguís; ya no sois nada,
Cesó el festin, rompiéronse las copas.

Ella es mi madre, sus ardientes besos
Con vuestra vil presencia se inficionan :
Idos en paz, que el llanto de sus ojos
Del alma impura vuestra imagen borra.

¡Madre, te encuentro llorando!
¡Ah, no atiendes á mis voces!
Mírame, ¿no me conoces?
¿Tan mudado, madre, estoy?
¿Tan pronto borrar pudieron
Mi rostro las desventuras...?
¡Bebí tantas amarguras!
Pero al fin, madre, yo soy.

¡Cuán trémula está tu mano!
¡Tu corazon cuán opreso!
Madre, ¿no tienes un beso
Ni una queja para mí?
¡Lloras! Beberé tu llanto...
Mas abrasan tus mejillas...
Heme, madre, de rodillas
Avergonzado ante tí.

Apartas de mí los ojos,
Sufres viéndome, lo veo;
Mas estoy como está el reo
Humillado ante su Dios.

Tornadme el rostro, señora,
Y aunque lo torneis severo,
Aunque sea el favor postrero
Porque me ausente de vos.

Lo sé; recelais acaso
Que vendí vuestro cariño
Por el impúdico aliño
De otro amor mas terrenal.
Este color de mi frente
Tal vez os parece impuro...
¡Oh! madre mía, os lo juro,
Me habeis comprendido mal.

Soñé y me desvanecieron
Mis fatales ilusiones,
Sentí mis locas pasiones
Dentro de mi pecho arder.
La tempestad era horrible,
La noche lóbrega, densa,
La mar tormentosa, inmensa,
Mi barca débil... ¿qué hacer?

Lanzado al mar sin aviso,
Dejéme llevar del viento,
Sacóme el mar turbulento
A otra playa de ilusion;
Yo á lo lejos la miraba,
Y era una tierra tan bella
Que el pasar, madre, por ella
Fué terrible tentacion.

Bebí el agua de sus fuentes,
Gocé el aura de sus flores,
Embriagado en sus amores
En sus bosques me adormí;
Allí el placer me esperaba,
Vos en la opuesta ribera...
Horrible tentacion era,
Mas luché, madre, y vencí.

Tal vez en mi sien soñaba
Glorioso laurel naciente;
Yo le arranqué de mi frente,
Pensaba en vos, y le hollé.
Allí quedó entre la arena,
Y al lanzarle, dije: crece,
Que si mi sien te merece
Mas ansioso volveré.

En vano mis ilusiones
Me acosaron tumultuosas;
A las ondas procelosas
Me arrojé audaz y volví.
Sin fuerza, sin esperanza,
Madre, en mi congoja fiera
Tu imágen fué la postrera
Que guardé mientras viví.

¡Mas tú inconsolable lloras
Sin atender á mis voces!
¡Mi vida! ¿No me conoces?
¿Tan mudado, madre, estoy?

¿Tan pronto borrar pudieron
Mi rostro las desventuras?
¡Bebí tantas amarguras...!
Pero al fin, madre, yo soy.

¡Mas no me escuchas! ¡Llorando
La faz amorosa escondes!
Te llamo y no me respondes:
¡Tanto, madre, te ultrajé!
Te entiendo, por fin; yo solo
No basto ya á consolarte;
Me será fuerza dejarte,
Y á la mar me volveré.

Mas oye. Es el otoño; rebramando
El ábrego los árboles sacude,
De roncós cuervos el siniestro bando
A los peñascos cóncavos acude.

Brilla sin fuerza el sol en occidente,
Y allá en la falda de espinoso risco
Guía el pastor con paso indiferente
Las humildes ovejas al aprisco.

Seco el follaje de la selva umbría
De sus verdes doseles se despoja,
Y al empuje de ráfaga bravía
El bosque se desnuda hoja por hoja.

El ábrego la huella y arrebatá,
Las arrastra en revuelto torbellino,
Ciega en la fuente la serena plata,
Borra los lindes del igual camino.

Triste fantasma del verjel ameno
Y esqueleto fantástico semeja
Cada desnudo tronco, un día lleno
De la sombra magnífica que deja.

Flores ¿en dónde estais? ¿y dó se esconden
Los céspedes que amenos os cercaban?
¿Cómo los ruiñeñores no responden
Al són de las alondras que pasaban?

¿Qué es del arrullo de la mansa fuente
Donde á beber bajaban las palomas?
¿Qué es del aura que erraba suavemente
Cargada de suspiros y de aromas?

Las galas del abril se marchitaron,
Los céfiros errantes se estinguieron,
En ayes los murmullos se tornaron,
Y anchos arroyos las corrientes fueron.

Todo pasó. En el valle pantanoso
Hay en vez de una fuente una laguna,
Y en las ramas del álamo pomposo
Las hojas se desprenden una á una.

Así, madre, van mis días
Con las hojas de consuno

Desprendiéndose uno á uno,
Al vaiven de la pasión.
Y así van las ilusiones
De mi esperanza importuna
Desprendiéndose una á una
De mi seco corazón.

Como esas hojas marchitas,
No volverán á su rama:
El cierzo las desparrama,
La lluvia las pudrirá.
Como el bosque queda triste,
Y silencioso y desnudo,
Seco y solitario y mudo
Mi corazón siento ya.

Esas hojas amarillas
Que ayer nos prestaron sombra
Ni aun las querrá por alfombra
El tornasolado abril;
Míralas, madre, cual ruedan
Entre la arena perdidas,
Holladas y sacudidas
Por el aura más sutil.

Eso son nuestras creencias,
Nuestras miserables ficciones:
Eso son nuestras pasiones,
Nuestra vida terrenal:
Nacen, dan sombra un instante,
Suenan, se mecen, se cruzan,
Caen, ruedan, se desmenuzan,
Y las lleva el vendaval.

Si ellas al rápido soplo
Del cierzo desaparecen,
Otras en el árbol crecen
Y se apiñan otra vez;
Mas yo iré, cual hoja seca,
Por el viento desprendida,
Arrastrando de mi vida
La juventud, la vejez.

Y el negro remordimiento
Irá por doquier conmigo
Como verdugo y testigo
De mi perdurable afán.
Y cuando á su vieja llama
Encanezcan mis cabellos,
Madre, debajo de aquellos
Jamás otros nacerán.

Porque estas hojas errantes
Que por mi memoria vagan,
Estos recuerdos que amagan
No dejarme hasta morir,
Hojas secas de mí mismo,
Que arrancadas de mi centro
A mí pegadas encuentro
Sin poderlas desasir;

No pasarán como pasan
Esas hojas del otoño,
No tienen otro retoño,
Mas tampoco tendrán fin:
Sopla el viento y no las lleva,
Cae la lluvia y las perdona,
Igualmente las abona
El desierto y el jardín.

Dicen que todo al fin se desvanece,
Todo pasa, se olvida, pierde ó borra...
¿Soy infeliz? — No sé. — Mas vivo triste
Y un torcedor arrastro en mi memoria.

Madre, ¿creerás también que todo pasa
Como en alas del ábrego las hojas,
Como del vago céfiro los ayes,
Como del mar las fugitivas ondas?

¿Crees tú que pasarán para tu hijo,
Como del bosque la agostada pompa,
Tus recuerdos, tu amor, tu sacra imagen,
Que todo el corazón le ocupa sola?

¿Crees, madre, que al huir desesperado
A playas extranjeras y remotas
Corre tras la molición y los placeres,
Busca una libertad cínica y loca?

¿Crees tú que anhela en climas apartados
Libre gozar su juventud fogosa?
¿Crees que olvidado de su madre viva...?
Quien lo dijo mintió, madre y señora.

Doquier que arrastre su existencia inútil,
Suerte feliz, ó misera, le acorra,
Ya duerma en los harapos del mendigo,
Ya en blanda pluma de opulenta alcoba,

Ya espere un porvenir sin esperanza,
Ya circunde su sien verde corona,
En la mazmorra, en el alcázar... madre,
Donde quiera que aliente, allí te adora.

Que es mi pecho tu altar, y aquí tu imagen
Nunca pasa, se olvida, pierde ó borra,
Como pasan, al aire del otoño,
Del bosque umbrío las marchitas hojas.

RECUERDOS DE VALLADOLID

TRADICION.

I.

D. Tello. Señora, por vida mía
Que os di siete meses más,
Y es un plazo que quizás
Concederos no debía.

¿Paréceos aun poco?

D. Ana. No.

D. Tello. Pedísteis un año.

D. Ana. Si.

D. Tello. Si año y medio os concedí,
¿Qué mas hacer pude yo?

Don Juan de Vargas no viene.

D. Ana. Harto por mi mal lo sé.

D. Tello. Pues que tanto os aguardé
No esperar mas me conviene.

Que fuera lance fatal
Que mi imprudencia pudiera
Dejar que Don Juan volviera
Con derecho al mio igual.

D. Ana. Teneis, Don Tello, razon.
Pedí por término un año,
Pues tan fiero desengaño
No aguardó mi corazón.

Prometí que si en todo él
El de Vargas no volvía
Con vos me desposaría;
¡Creíle menos infiel!

Año y medio me esperó,
Don Tello, vuestra nobleza,
Y en tan hidalga grandeza
No habré menos de ser yo.

A mi padre responded
Lo que os dije, vuestra soy;
Mas si Don Juan vuelve hoy...

D. Tello. Doña Ana, el labio tened,
O mirad lo que decís.

D. Ana. Si acabar no me dejais...

D. Tello. No, que ó todo lo negais,
O todo lo consentis.

Vuestra fé dareis entera
Como os la pide á Don Tello,
Que si Vargas vuelve, en ello
Yo sé bien lo que me hiciera.

D. Ana. ¿Qué decís, Tello?

D. Tello. Doña Ana,

Yo os pedí para muger;
Mirad si lo habeis de ser,
Y vuelva Vargas mañana.

D. Ana. Que si os dije; pero si hoy
Viniera Vargas, ya no.

D. Tello. Ya en eso me veré yo,
Pues vuestro marido soy.

D. Ana. Pues, Don Tello, si viniera...

D. Tello. Vive Dios que le matara,
Pues porque yo os espera
No era justo que os perdiera.

D. Ana. ¡Don Tello!

D. Tello. Miradlo bien,

Que pues mas no he de esperar,
Conmigo habeis de casar
Si viene, y sinó tambien.

D. Ana. Don Tello, pues ha de ser,
No haré en ello oposicion;

Ya que teneis la razon
Mirad lo que habeis de hacer.

—

Esto hablaban una tarde,
Ya muy cercana la noche,
Doña Ana Bustos Mendoza,
Y Don Tello Arcos de Aponte.

Iguales en lustre ostentan
Sus heredados blasones,
Ella envidia de las damas,
Él galan entre los hombres.

Y ella hermosa y él valiente;
Por especiales razones
Unirles en casamiento!
Sus parientes se proponen.

Don Tello adora á Doña Ana,
Mas como valiente noble,
Há mas de un año que espera
Que su afan se le malogre;

Porque há tanto que la niña
Tiene asentado en otro hombre
El pensamiento amoroso,
Y ni sosiega ni come.

Es su amor Don Juan de Vargas,
Que á Italia oculto fagóse
Por no sé qué muerte oculta
En las sombras de la noche.

Mas Don Juan desde aquel día
Tan de veras ocultóse,
Que de su estado y persona
Cartas ni amigos responden.

En vano tras nuevas suyas
Se rastrearon en la corte
Mil esquisitas pesquisas,
Mil cortesanos favores.

La justicia dióle libre,
El mismo rey perdonóle,
Pidieron á todas partes
Cartas y noticias dobles;

Mas en todas fueron vanos
Al misterio que le esconde
Los parabienes presentes,
Las antiguas precauciones.

De todas partes los pliegos
Vuelven bajo el mismo sobre,
Porque en ninguna parece,
Ni en ninguna le conocen.

Cansado por fin Don Tello
De plazos y condiciones,
Y recelando que al cabo
Parezca Don Juan y torne,

Resuelto y tenaz decide
Que pues año y medio corre,
De grado ó de valimiento
Se cumpla cuanto pactóse.

Y la verdad, que Doña Ana,
Mas tibia ya en sus amores,

No con enojos escucha
De Don Tello las razones.
Ni estorba que la festeje,
Ni que vista sus colores,
Ni entre en su casa de día,
Ni que sus rejas la ronde.
Porque en esto de firmezas
En ausencias y en amores,
Era sin duda lo mismo
Que en nuestros tiempos, entonces.

Quedó pues dicho y jurado
Que, excusadas dilaciones,
La boda se concluyera
Dentro de la misma noche.

Y en todo Valladolid,
Cuantos hay vecinos nobles,
A dar sus enhorabuenas
A los novios se disponen.

Mas es preciso advertir
Que mientras en los salones
Danza y festejos preparan
Juntos Mendozas y Apontes,
Las puertas del Campo Grande
Cruza á resuelto galope
Embozado en una capa,
Sobre un potro negro, un hombre.

Es una noche de octubre
Que la atmósfera encapota
Entre las dobles cortinas
De la niebla y de la sombra.

En ráfagas desiguales
El cierzo á intervalos sopla
Quebrándose en las esquinas
Con voz destemplada y bronca.

Lucen en ellas apenas,
Como sombras vaporosas,
Mal esparcidos faroles
Que entre la niebla se ahogan.

Y á su esplendor vacilante
Por las calles tortuosas
Apenas á ver se alcanzan
De los que pasan la forma.

Que no es tan tarde que en sueño
La ciudad repose toda,
Ni tan pronto que aun escusen
Los rondadores su ronda.

Oyese el sordo murmullo
De las fugitivas ondas
Con que el revuelto Pisuerga
Ambas orillas azota;

Y entre su són temeroso
La voz compasada y ronca
Con que las huecas campanas
Al toque de ánimas doblan.

Allá por sobre las cercas
Que el Campo Grande aprisionan,

Turbias luces se perciben
Por entre ventanas rotas,
A cuya opaca lumbrera
Algun penitente ora,
Y con el llanto del monge
Las culpas del hombre borra;

O algun sabio solitario
En meditacion mas honda
Del vano mundo desprecia
La mal olvidada pompa.

Cuán grato es ir sin camino
Con el corazon á solas
En la deliciosa calma
De la noche silenciosa;

Sin testigos que sorprendan
Sobre la faz melancólica
Las lágrimas que se escapan
De los ojos gota á gota.

Noche, consuelo del triste,
¡Bendita tu amiga sombra,
Entre cuyos densos pliegues
No se avergüenza quien llora!

Yo tambien, triste poeta,
Al compas del arpa ronca
Te rindo tributo en lágrimas,
Plegarias de mis memorias.

Y una y mil veces bendigo
Tu espesa tiniebla lóbrega,
Desciñendo las guirnaldas
Que el arpa cansada adornan.

Noche, consuelo del triste,
¡Bien haya tu amiga sombra,
Entre cuyos densos pliegues
No se avergüenza quien llora!

Cruzando del Campo estenso
La soledad misteriosa,

A lentos pasos camina
Un hombre de cuya forma
Se distingue solamente
La pluma que en alto flota,
Las espuelas en que acaba
Y la espada que le abona.

Lo demás de su figura
Lo velan, guardan y embozan
Los secretos de una capa
En que envuelve la persona.

Ganó la vuelta á la plaza
Por una calleja corva
De casa en casa pasando,
Señas tomando de todas.

Delante de una al tenerse
Que de palacio blasona,
Esta es, dijo, y en la puerta
La mano atrevida posa.

Mas no bien dentro del patio
El són de la aldaba dobla,

Corriendo dentro un cerrojo
Un hombre al dintel asoma.

Huyendo paso al que sale
El que iba á entrar se reporta,
Y al tiempo mismo en su rostro
Reflejó la luz dudosa.

« ¡Don Juan! — ¡Don Tello! » esclamaron
En voz descompuesta y honda
Ambos á dos personajes
Como quien duda y se asombra.

« ¿A Don Juan mirando estoy?

— ¿A quien veo es á Don Tello?

— Por Dios que no errais en ello.

— Ni vos en mí; Don Juan soy.

— Seguidme.

— ¿Adónde?

— A reñir.

— Vamos; mas reñir ¿por qué?

— Seguidme, Don Juan, que á fé
Que os lo tengo de decir. »

Calló Don Juan, y Don Tello
En faz decidida y torba,
« Por aquí, » dijo, y airado
La vuelta del Campo toma.

Los estoques en la mano,
Suelas en tierra las capas,
Están dos hombres á punto
De cerrarse á cuchilladas.

D. Tello. Reñid, Don Juan, ó vos mato.

D. Juan. Grande será vuestra causa,
Don Tello, mas; vive Dios
Que yo en saberla me holgara!

D. Tello. Reñid, Don Juan.

D. Juan. Vos, parece
Venis á reñir con rabia,
Mas yo que ignoro...

D. Tello. O reñís,
Uos asesino á estocadas.

D. Juan. ¡Tello!

D. Tello. ¡Reñid, voto á Cristo!

D. Juan. Mas decid una palabra,
Una razon, un pretesto,
Y riño.

D. Tello. ¡Pese á mi alma!

¿En Valladolid no estais?

D. Juan. Bien se ve.

D. Tello. ¿Y á quién buscábais?

D. Juan. A Doña Ana de Mendoza.

D. Tello. Reñid, pues, que esa es la causa.

D. Juan. ¡Doña Ana! ¿qué...

D. Tello. Esposa mía...

D. Juan. ¿Es?

D. Tello. Será.

D. Juan. ¿Cuándo?

D. Tello. Mañana.

D. Juan. Defendeos bien, Don Tello,
Que la razon es sobrada.

Cruzáronse los estoques,
Adelantaron las dagas,
Y empezaron los aceros
Do acabaron las palabras.

El ruido de entrambas hojas
En la oscuridad sonaba,
Sin que en la sombra se alcance
Cuál es mas feliz de entrambas.

El aliento á resoplidos
Ambos fatigados lanzan,
Mortales golpes se tiran,
Mortales golpes se paran.

Sin duda que corre sangre,
Sin duda el brazo se cansa,
Porque los golpes son menos,
La respiracion mas tarda.

Y sin duda que es temible
La contienda solitaria;
Don Tello no cede un paso,
Don Juan un paso no avanza.

No suena un golpe que á fondo
Recto al corazon no vaya,
No hay un quite que no pare
La postrimera estocada.

Es el brazo que defiende
Tan fuerte como el que ataca,
Que á acertar un solo golpe
Con él la lid acabara.

Jura el uno, calla el otro;
Ni uno cede, ni otro avanza;
Con mas arrojo Don Tello,
Don Juan con mejor constancia.

Y en vano son los ardidés,
Los esfuerzos y las mañas,
Los amagos engañosos,
Las embestidas trocadas.

Siempre un golpe encuentra un quite,
Siempre un estoque una daga,
Y un esfuerzo inesperado
Una defensa impensada.

Entrambos desfallecidos
Pierden tierra, y tierra ganan,
Mas en ganar y en perder
Siempre es igual la ventaja.

Desesperado Don Tello,
Don Juan en siniestra calma,
Asi igualmente se estrechan,
É igualmente se rechazan,

Y está la muerte dudosa
En ambos aposentada,
La mano en entrambas vidas
Sin atreverse con ambas.

Abrasado al fin Don Tello
En el volcan de su rabia,

No mirando ya su honra,
Sino solo su venganza,
Viendo que Don Juan no cede,
Y que él tampoco adelanta,
Pensó en ganar por traidor
Lo que por audaz no gana.

Y cerrando mas brioso
Con tan traidora esperanza,
Como si alguno amagase
A Don Juan por las espaldas,
Gritó : ¡Tente! ¡No le mates!
Y al volver Don Juan la cara,
Hasta la cruz escondióle
Dentro del pecho la espada.

Cayó Don Juan, y Don Tello,
Ganando apenas su casa,
Guardó en la vaina su estoque,
Y su secreto en el alma.

II.

Lejos del mundo y de su pompa vana,
Harto de juveniles devaneos,
El polvo hollando que la raza humana
Encierra en sus placeres y deseos,
Renunciando su gala cortesana
Y de su clara estirpe los trofeos,
En celda estrecha y solitaria habita
Un austero y humilde cenobita.

Pasó su juventud en árdua guerra
Derramando su sangre generosa
Por ensanchar los lindes de su tierra,
Y engrandecer su patria poderosa.
En el valle acampó, saltó la sierra
Tremolando la enseña victoriosa,
Y los vencidos le debieron leyes,
Conquistas su nacion, oro sus reyes.

Hoy porque al mundo su valor asombre,
O porque su valor ponga en olvido,
Vela en el claustro el opulento nombre
Con que ha valiente capitán vivido :
Y olvida con lo mísero de hombre
Cuanto de grande é inclito ha tenido,
Curando en santa y religiosa calma
Las hondas cicatrices de su alma.

Que entre ásperas y crudas penitencias
Buscó su Dios el alma atormentada
Por el revuelto golfo de las ciencias,
Por el desierto de la inmensa nada ;
Así avivó su fé con sus creencias,
Así acalló su carne macerada,
Mas en lucha tenaz consigo mismo
En sus creencias encontró un abismo.

Creyó y dudó ; y en duda irreverente
Tornó á creer, y recayó en la duda ;
Hundió en el polvo la humillada frente
En su cuita á su Dios pidiendo ayuda ;
Creyó segunda vez, pero igualmente
Dudó segunda vez el alma ruda ;

Oró su pertinacia castigando,
Mas creyendo dudó, y creyó dudando.

Do quier su incertidumbre y su impericia
El órden de las cosas reprochaba ;
La virtud presa, impune la malicia,
Do quier de sus creencias recelaba ;
Mal segura y torcida la justicia,
De la justicia celestial dudaba,
Y de los males del viciado suelo
Culpa argüia en el dormido cielo.

Con sus dudas así y con sus creencias
Arrastraba el severo capuchino
Su vida entre recónditas dolencias,
Y dudaba tal vez de su destino.
En vano con austeras penitencias
Pedia al cielo su favor divino,
Siempre acosaba al pensamiento adusto
La duda de lo justo y de lo injusto.

Siempre sus penitentes oraciones,
Y su estudio, y sus horas solitarias,
Turbaban sus incrédulas ficciones,
Siempre con causas ó con hechos varias ;
Ni el turbulento mar de sus razones
Sosegaban su llanto y sus plegarias,
Que cuanto mas oraba penitente
Se rebelaba el corazón demente.

El pueblo al contemplar su faz severa,
Que con el toscó capuchón ceñía,
El paso grave, la mirada austera,
La barba que á los pechos le caía,
Su misteriosa forma pasajera,
Que tan solo en el templo aparecía,
Reputacion de justo le otorgaba,
Y por justo varon le respetaba.

El sabio que en su cámara medita
En un confuso libro amarillento
Las ideas que el sabio cenobita
Creó en la soledad de su convento,
Viendo que su honda creacion gravita
Sobre su aventajado pensamiento,
Ambas razones balanceando, cede,
Y el renombre del sabio le concede.

Mas tal es la mundana inconsecuencia
Y el frágil peso del consejo humano,
Que yerra el corazón, yerra la ciencia
En el juicio mas fácil y liviano :
En medio de su airada penitencia,
Presa á su vez del pensamiento vano
Bajo el sayal del hombre penitente
El incrédulo habita impunemente.

Do quiera le mantiene arrebatado
Honda meditacion que le divierte
Por el gran laberinto en que obcecado
Razones busca á la insensata suerte ;
Y el mundano do quier cura engañado
De que en su arrobo el justo no despierte
Y la sagrada inspiracion no acuda ;
Mas el sabio no adora, sino duda.

Es una mañana clara
De una fresca primavera;
La brisa arruga ligera
La yerba, el agua y la flor.
El sol asoma al oriente
Su cabellera inflamada,
Y alza el ave en la enramada
Dulces himnos al Criador.

Orlan el campo las perlas
Que ha derramado el rocío,
Murmura allá abajo el río
La orilla al acariciar;
Y en niebla azulada y ténue
Que remeda al limpio cielo,
Vapores exhala el suelo
De jazmines y azahar.

Las inquietas mariposas
Desplegan sus cien colores,
Columpiándose en las flores
Con revoltoso bullir.
Posando en todas livianas
Solo al lindel dejan sola
Sin sus besos la amapola
El tosco vaso al abrir.

Ostenta cuantos primores
En su ancho tapiz encierra
A la luz del sol la tierra
Respirando juventud;
Todo es calma, luz y vida
En la dulce primavera;
Mas ¡ay! ¡cuánto es pasagera
Su belleza y su quietud!

Tambien gozó de su infancia,
Su vigor y su opulencia
Esa ciudad, de existencia
Mas remota y mas feliz;
Mas sino alcázar de reyes,
Aun conserva la nobleza
En que muestra su grandeza
Lo que fué Valle-de-Olid.

.

A un lado del Campo Grande
En un balconcillo estrecho,
El codo en el antepecho,
Sobre la mano la sien,
Un austero capuchino
El campo está contemplando,
La baja tierra mirando
Con religioso desden.

Si sufre, goza, ó medita,
Si bien ríe, ó males llora,
Si desespera, ó si ora,
Es difícil de atinar.
Los ojos fijos en tierra,
La tez rugosa, amarilla,
En la palma la mejilla,
Siempre en el mismo lugar;

Siempre en la misma postura,
En el mismo arrobamiento,
Sin voz y sin movimiento,
Sin aparente razon,
Insondable el alma viva
Tras aquella estampa muda,
Una cifra es de la duda
De imposible comprension.

Al pié del mismo convento
En paseo solitario,
Desde la iglesia al osario,
Vagar un hombre se ve.
Ambos brazos á la espalda,
Hasta la ceja el sombrero,
Larga daga, agudo acero,
Y espuela dorada al pié.

Su pensamiento no aclaran
Su talante ni su paso,
Tal vez estará al acaso
Y sin voluntad allí:
Creeráse que reconoce
El lugar en que se mira,
Se tiene, calla, suspira,
Viene y va, y espera así.

Del cementerio á la iglesia,
De la iglesia al cementerio,
Siempre en el mismo misterio,
Siempre en el mismo vagar,
Ni él ve al monge que á su reja
Asomado ora ó medita,
Ni se cura el cenobita
Su ocupacion de acechar.

Seméjase el capuchino
A un ilustre prisionero,
Y semeja el caballero
El vencedor capitan;
Mas el uno en su ventana
En imperturbable vela,
Y el otro en su centinela
Indiferentes están.

En esto del fin del Campo,
Que ambos á espalda tenían,
Uno tras otro venían
Dos hidalgos á la vez.
La del primero era fuga,
La del otro seguimiento,
Y viase bien su intento
En su tenaz rapidez.

Desarmado el de delante
Y la faz desencajada,
En la derecha la espada,
Ya cerca el perseguidor,
Ambos á par se empeñaban
En su fuga y su denuedo;
El de delante era miedo,
El de atrás era furor.

¡Detenerlos! gritó el monge,
Tornó el caballero el gesto,

Y un punto en el mismo puesto
Viéronse iguales los tres.
Mas antes que el mas cercano
Acudiera al homicida
El otro cayó sin vida
Bañado en sangre á sus piés.

Seguir al vivo era en vano,
Como una sombra fugóse,
Al desplomado tornóse,
Mas era inútil tambien.
Y antes que reconociese
De la herida la malicia
Llegó á punto la justicia
Gritándoles que se den.

Prestó atencion esquisita
Desde lo alto el capuchino.
« ¡Este es, éste, el asesino ! »
A la ronda oyó decir :
Requirió el preso su espada
Para dar final respuesta,
Pero otra mano mas presta
Vino su intento á impedir.
« Déjese sin fuerza, hidalgo,
Y hácia la cárcel se apronte.
¿ Quién es ?

— Don Tello de Aponte.
— Préndanle y vengan en pos. »
Cerró el monge la ventana
La prision injusta viendo,
Con voz cóncava diciendo :
« ¡ Si no hay justicia, no hay Dios ! »

III.

Tras una mesa cubierta
Con un terciopelo verde
En tres sillones de brazos
Están sentados tres jueces.
En mas infimo lugar,
Y de ellos frente por frente,
Espera en silencio un hombre
Sentado en un taburete.
Serenos tiene los ojos,
Alta y tranquila la frente,
El rostro descolorido,
Y ambos piés en un grillete.
Mas nada hay en su persona
Que á imparciales ojos muestre
Que tan orgulloso porte
Acompañe á un delincuente.

Que es noble se ve en su nombre,
Que es criminal en las leyes,
Que no es traidor en su rostro,
Y en su talle que es valiente.
Mas que importa su custodia
Se ve bien en los mosquetes
Que esparcidos por la sala
Las entradas la defienden.

Por las puertas y tapices
Se alcanzan confusamente
Las cabezas apiñadas
De la multitud que atiende ;
Y en el inquieto murmullo
Que discurre entre la gente
Se ve que todos escuchan,
Pero que pocos entienden.

Confusas, distantes, rotas
Concebirse apenas pueden
De preguntas y respuestas
Las razones diferentes.

El juez pregunta, y el reo
Responde; los escribientes
Escriben; los guardias guardan,
Y el pueblo murmura siempre.

El Juez. ¿ Quién sois ?

El Reo. Un hombre.

El Juez. ¿ Su nombre ?

El Reo. Don Tello de Aponte soy.

El Juez. Levantaos.

D. Tello. Bien estoy.

El Juez. Ved que soy el juez.

D. Tello. Yo el hombre.

El Juez. Ved que es fuerza obedecer.

D. Tello. Que me desaten decid,

O en preguntar proseguid,

Que asi os he de responder.

El Juez. ¿ Matásteis á un hombre... ?

D. Tello. No.

El Juez. Con el muerto os sorprendieron,
Y os acusan.

D. Tello. Pues mintieron.

El Juez. Fué la justicia.

D. Tello. Mintió.

El Juez. ¿ Esta espada de quién es ?

D. Tello. Si en esta mano estuviera
Mejor ella lo dijera.

El Juez. ¿ No os la hallaron ?

D. Tello. Si, á los piés.

El Juez. ¿ Bañada en sangre !

D. Tello. Es asi.

El Juez. Y un hombre teniais muerto
Junto á vos.

D. Tello. Tambien es cierto.

El Juez. Luego fuisteis...

D. Tello. Yo no fui.

El Juez. Decid pues, ¿ quién le mató ?

D. Tello. Un hombre que le seguia.

El Juez. ¿ Cuyo nombre ?

D. Tello. Él lo sabria,

Y si no se huyera, yo.

El Juez. ¿ Luego huyó ?

D. Tello. Dije que sí.

El Juez. ¿ Le conoceriais á verle ?

D. Tello. Mal pudiera conocerle

Si nunca el rostro le ví.

El Juez. ¿ Bien lo fingis

D. Tello. Bien lo cuento,
Que esto solo aconteció.

El Juez. ¿Confesais el crimen?

D. Tello. No.

El Juez. Pues ponerle en el tormento.

D. Tello. Vedlo bien.

El Juez. Lo vi.

D. Tello. Pues voy;

Pero mirad que inocente.

El Juez. Vos nombrareis delincuente.

D. Tello. Puede ser, pues hombre soy.

Mas si el dolor da por mí

Alguna declaracion,

Anulo mi confesion,

Y en cuanto diga, mentí.

Sacáronle de la sala,
Y en sus sillones los jueces
Callaron mientras susurra
En són siniestro la plebe.

A verse en la puerta alcanza,
Que en el fondo el salon tiene,
Una alfombra de cabezas
Que bullen eternamente,

Un monton desordenado
De ojos de hombres y mugeres
Que giran en muchos gestos,
Ya curiosos, ya impacientes.

Acá y allá algunas damas,
Que en los tupidos dobleces
De un velo en que acaba un manto
La faz ruborosa envuelven.

Y esta multitud inquieta
Cuchicheando sordamente,
Esperando alguna cosa
De otra cosa que sucede;

Ya de parte de Don Tello,
Ya de parte de los jueces,
Y ya bien como en comedia
Aguardando lo siguiente,

Dispuesta del mismo modo
A escuchar lo que dijeren,
A partir cuando se acabe,
Y á esperar mientras la dejen,
Forma un susurro monótono
Que por el aire se estiende,
Y un acento sin palabras
En la atmósfera mantiene.

Los centinelas pasean,
El escribano se duerme
Con la barba sobre el puño,
Y el puño entre los papeles.

Los galanes rostro á rostro
Plática entablada tienen,
Que amantes serán amantes
Donde quiera que se encuentren.

Los muchachos la paciencia
Con aquel silencio pierden,

Y hacen los viejos á solas
Comentarios de las leyes
En favor de la justicia
Que andaba allá en sus niñeces,
Pues siempre se da por bueno
Lo malo cuando se pierde.

Asi en paciencia ó enojo
Mantuviéronse igualmente
En són confuso de muchos
Jueces, soldados y plebe.

Alzóse al fin la cortina;
Impusieron los corchetes
Silencio, y todos los ojos
Tornáronse de repente.

Retratada en el semblante
La agonía de la muerte
Salió el primero Don Tello,
Que apenas basta á tenerse.

Alzáronse en el salon
Vagos murmullos al verle,
Que mas que á satisfacciones
A amenazas se parecen.

Mas á una señal airada
De los irritados jueces,
Y á la vista de vecinas
Alabardas y mosquetes,

Reinó el silencio en la sala
Capitulando la plebe,
Que cuanto mas atrevida
Es tanto menos valiente.

El Juez. (¿Confesó?)

Uno. (Confeso está.)

El Juez. Decid pues, ¿quién le mató?

D. Tello. El asesino soy yo,
Si no estais cansados ya.

El Juez. Hablad mas claro.

D. Tello. El tormento

Dejó menos fuerza en mí;

A todo digo que sí,

Pero en cuanto digo miento.

El Juez. ¿Le matásteis?

D. Tello. Le maté.

El Juez. ¿Por acaso, ó por razon?

D. Tello. Por intento y á traicion.

El Juez. ¿La razon?

D. Tello. Yo me la sé.

El Juez. Decidla si la tenéis.

D. Tello. ¿No basta que le matara?

El Juez. Sí por cierto que bastara.

D. Tello. Ruégoos pues que despacheis.

El Juez. Sobre ese libro jurad
Que por traicion le habeis muerto.

D. Tello. Dadme el libro; todo es cierto;
Jurando está, y despachad.

Entró en esto atropellando
Por los guardias y la gente,

Sin que curiosos ni guardias
Bastasen á detenerle,
Un capuchino severo,
De luenga barba, ancha frente,
Claros ojos, talle erguido,
Grave paso y voz solemne.

Sin duda por sus virtudes
Alto respeto merece,
Porque todos en silencio
Aparentan conocerle.

Dijole el juez : « Perdonadnos,
Porque en vela de las leyes
Somos por nuestro destino
Hombres afuera, aquí jueces. »

Y con acento mas firme

Al capuchino volviéndose
En ademan imperioso
Dijole : « Padre, ¿qué quiere? »
El religioso sereno

En faz y gesto imponente
Contestó : « Apoyo del justo,
Que la justicia no yerre. »

El Juez. Si erró la justicia acaso
Nos fuera ayudarla en gozo.
Decid dónde.

El Monge. En este mozo,
Que ya con ánimo escaso
Habló á impulsos del dolor,
Y en cuanto dijo ha mentido.

D. Tello. Padre, tarde habeis venido,
Y que os volvais es mejor.

El Monge. Escuchadme.

El Juez. Ya es en vano.

El Monge. Oidme.

El Juez. Dije que no.

Como reo confesó,
Y juró como cristiano.

El Monge. Ved que ha de saberlo el rey,
Y que en ello soy testigo.

El Juez. Yo no soy quien le castigo,
Que escrita me dan la ley.

El Monge. Mirad que él no le mató,
Que desde un balcon lo ví;
No es el reo.

El Juez. Será así.

El Monge. ¿Condenáisle?

El Juez. Confesó

El Monge. Ha mentido.

El Juez. No lo sé.

Don Tello, otra vez jurad.

D. Tello. ¿Quereis matarme? Acabad;
Juro que á un hombre maté.

El Juez. Pues veis que otorga el delito
Dejadle sufrir la pena.

El Monge. ¡Ved que el miedo le condena!

El Juez. Padre, en la ley está escrito.

Quedó el monge meditando
Del reo la confesion,
Inmóvil en el salon,
De lo que mira dudando.

Firmó la sentencia el juez,
Y del estrado al bajar
En voz alta á preguntar
Volvióle el monge otra vez :
« ¿ Con que muere ? »

— Vedlo vos, »

Contestó el juez : y aun dudando
Fuése el monge murmurando :
« ¡ Si no hay justicia, no hay Dios ! »

—

El sol en trémulas hebras
Tornasolando los aires,
Tranquilo, radiante y puro
En colores se deshace.

Do quier el pueblo se agolpa,
Do quier los balcones abren
En faz de ver ó esperar
Lo que pasa, ó lo que pase.
Do quier bellas en las rejas,
Do quier hidalgos galanes,
Do quier desenvueltas mozas,
Clérigos y militares.

Todo es turba y movimiento,
Tropezar y atropellarse,
Todos van hácia la plaza,
Ganando esquinas y calles.

Todos por bajo platican
Cual si una historia contasen
Que preguntándola todos,
Todos á la par la saben.

Comprenderse apenas pueden
En razones desiguales
La razon de lo que á todos
Tan afanosos los trae.

Oyense en palabras sueltas,
Entre otras mil estas frases :
« Es justicia. — Son las doce.
— ¡ Quién tal hace, que tal pague!
— Del rey aguardan indulto.
— Ya daban vuelta á la cárcel.
— Hace ocho dias. — Es noble.
— ¡ Sávele Dios! — ¡ Pobre fraile ! »

Y á veces allá á lo lejos
En lastimosos compases
Otra voz reza ó pregona
Con acento suplicante.

Hierve en la plaza la gente,
Puertas cierran, rejas abren,
Y á un tiempo todos los ojos
Se vuelven hácia una calle.

Por ella en órden siniestro,
Muchos soldados delante,

De dos en dos muchos hombres
A otro hombre á la plaza traen.

Atadas tiene las manos,
Descolorido el semblante,
Descubierta la cabeza,
Desaliñado en el traje,

Sin valona y sin espada,
Capotillo, ni acicates,
Sobre una enlutada mula,
Y acompañado de un fraile.

Van detrás algunos monges
De varias comunidades
Con cirios que al sol del día
Aunque no le alumbran arden.

Los ministros de justicia,
El reo y el pueblo parten,
Y el pregonero decía
En lúgubre són delante :

« Esta es la final sentencia
« Que hoy debe de ejecutarse
« En Don Tello Arcos y Aponte
« Por mano de Luis Hernandez,
« Ejecutor por el rey... »

Y al trasponer una calle
Perdióse con el bullicio
La sentencia con la frase.

Abrióse la muchedumbre
Y entraron con paso grave
Dentro de la plaza juntos
Los que vienen y el que traen.

Llegados en una escalera
Con que unos maderos hacen
Ancha subida á un cadalso,
Dijo una voz : Que le bajen.

Bajó el reo, y en la escala
El religioso sentándose
Dijole con voz inquieta
Que de hinojos se postrase.

Así fué, y ambos quedaron
En posicion semejante
Sin que sus ténues palabras
Alcanzara osado nadie.

Mas sobre el hombro del reo
Algun ojo penetrante,
A saberlo, ver pudiera
El ojo atento del fraile.

Y en su inquietud confiada,
Mas bien que reconciliarle,
Viase que era dar tiempo
A que tiempo se ganase.

Avisóle la justicia ;
Se alzó el reo, calló el padre ;
Llegaron hastá el cadalso,
Y tornaron á postrarse.

Tornó á avisar la justicia
Y á la confesion el fraile,
Y mas de las doce y media
Señalaba ya el cuadrante.

« Don Tello (decía el monge),
Dad tiempo á que el tiempo pase,
Que fuera mengua en el rey
Que su perdon os negare.
— Pluguiera, buen monge, al cielo
Que así tan ciego no errárais !
— Siendo testigo...

— ¿ Qué importa ?
— Fuera otro crimen.

— ¡ Quien sabe !
— Yo sé que sois inocente
Puesto que no le matásteis.

— Secretos del cielo son
Como el cielo impenetrables.
— ¡ Imposible... !

— Padre, pronto.
— ¡ Que tanto el indulto tarde !
— ¡ Padre, es vano !

— ¡ Oh, que no hay cielo
Cuando acudiros no sabe ! »

Y el capuchino azorado,
Las miradas suplicantes
Desesperado tendia,
Sin aliento, á todas partes.

Por vez postrera volvieron
Con mas empeño á avisarle,
Y el reo dijo : « ¡ Es inútil !
¡ Padre, que muera dejadme !

— No, Don Tello, por mi vida. »
Y volviéndose anhelante

El monge á la multitud
Así rompió á voces grandes :

« ¡ Está inocente... ! » En tumulto
Impidió que terminase
La turba que por oírle

Gritaba á su vez : « ¡ Dejarle ! »

« ¡ Está inocente ! » decía
El monge, y en voz pujante
Decía el pueblo en tumulto
Sofocándole : « ¡ Dejarle ! »

Gritaba el pueblo ; y el monge
Gritaba, y palabras tales
Se le oían : « ¡ Dios... testigo...
Indulto... el rey. » — ¡ Todo en balde !

Unos decían : « ¡ Oírle... ! »
Otros decían : « ¡ Salvarle... ! »
Pero cuando todos hablan
Es cuando no escucha nadie.

Arrodillado Don Tello,
Y el ejecutor delante,
Hizo la justicia seña,
Y el verdugo hizo su parte.

Calló el pueblo, calló el monge ;
Y al ver la cabeza en sangre
Bañada, desesperado
Se perdió en la turba el fraile.

Y allá en el fin de la plaza
Volviendo el rostro un instante

« ¡ Si no hay justicia, no hay Dios ! »
Dijo, y traspuso la calle.

IV.

CONCLUSION.

Coronada de juncos y espadañas
Hay en un soto cristalina fuente
Donde al abrigo de sonantes cañas
En arroyo se cambia mansamente.

Espérala el Pisuerga y de sus olas
La abre amoroso el trasparente seno
Con silvestres espigas y amapolas
De su márgen bordando el cerco ameno.

A su amoroso halago nunca ingrata
La fresca y sonora fuentecilla
Mezcla constante su raudal de plata
Con la del padre río, agua amarilla.

Y allá á lo lejos por la angosta calle
Que la abren en dos bandas cien colinas,
Valladolid dibújase en el valle,
Velada entre las pálidas neblinas,

Y la vieja Simancas mas ufana
Alza á su espalda la torreada frente
Que pintan á la par en la onda vana
Los tres rios que abarca con su puente;

Do empiezan á tender los arenales
Su enmarañado pabellon de pinos,
Por donde abren en grietas desiguales
Sus engañosos lindes los caminos.

Era la hora en que, cansado acaso
De su rauda y magnífica carrera,
El moribundo sol hunde en ocaso
Su universal espléndida lumbrera.

Dábale el ruiseñor su despedida
Desde el olmo sombrío que le oculta
Alegre á Dios á la gloriosa vida
Del astro rey que en sombra se sepulta;

Despidenle las aguas y las hojas,
Y las sutiles auras que adormecen,
Y las coronas de los pinos, rojas
A su luz, despidiéndole se mecen.

Todo era paz y lánguido sosiego
En la fresca pradera y soto umbrío,
Todo aspiraba el esplendente fuego
En derredor de fuente, soto y río.

La luz tendiendo de los ojos vagos
Sobre el rápido arroyo campesino
Del llanto preso resistiendo amagos
Velaba el solitario capuchino.

Y allí con él su exasperada duda
Revolviéndose audaz dentro del pecho

Hondo tormento daba al alma ruda
Sitio en el corazon hallando estrecho.

Continuo presentábale su mente
La ensangrentada imágen de Don Tello,
A quien de un crimen defendió inocente,
Y á quien la injusta ley mató por ello.

Y allá en su alma á quien vicia
De lo humano la miseria,
Así la ruda materia
Luchaba con su impericia.
« No hay Dios donde no hay justicia,
Porque á ser de otra manera,
O Tello no pereciera
Con tan clara sinrazon,
U oyera el rey mi razon,
O el matador pareciera.

Que Tello al cabo murió,
Ojalá no fuera cierto;
Que no es reo en lo del muerto
Por mis ojos lo vi yo.
Si la ley le condenó
Con ignorancia ó malicia,
Manifiesta la injusticia
En entrambos casos fué,
Que si Dios existe á fé
No está Dios do no hay justicia.

Porque hacer el bien y el mal
Y negar al mal el bien,
Arguyera error tambien
En la justicia eternal.
Que amparar al criminal
É ir del inocente en pos
Contra el gusto de los dos
Fuera en Dios ley bien tirana;
Luego en consecuencia llana
Do no hay justicia no hay Dios.

Y puesto que sí es, no es justo
Siendo así Dios no cabal,
En obrar el bien ó el mal
Cuerdo es no forzar el gusto.
Pues no es Dios un Dios injusto
No quiero por mi impericia
Tener un Dios de injusticia
De sus hechuras ajeno;
Que en este mundo terreno
No está Dios, pues no hay justicia.

Y si niegas, Dios, aquí
Tu justicia, aquí no estás,
Y donde no estés de hoy mas
Quiero vivir para mí;
Que si hijo tuyo nació
Es bueno y justo á los dos

Que el hijo te vaya en pos,
Y que tú acudas al hijo,
O mintió quien tal nos dijo,
Pues sin justicia no hay Dios. »

Asi pensaba el monge vacilando
Sin razon ni creencia que le acuda,
Cuanto mas convencido mas dudando
Por entre el laberinto de la duda ;

Y triste y macilento y sin destino,
Sin fé en el mismo Dios que á par confiesa,
Sentóse á las orillas del camino
Como fardo á posar que mucho pesa.

Miserable reptil busca en la tierra
Lo que la tierra misma no merece,
Y el ciego pensamiento se le cierra,
Y el atrevido pensamiento crece.

Acosado de amargos pensamientos,
De negras dudas entre turbias nieblas,
Nave presa de ciegos elementos
Hasta en su propia luz halla tinieblas.

Y así al dulce rumor del agua mansa,
Són de las hojas, trino de las aves,
En fatigado corazon descansa
A los murmullos lánguidos y suaves.

Tal vez abriendo los cansados ojos
La moribunda luz goza un momento,
Y la imágen de Tello le da enojos,
Y el sueño se la roba al pensamiento.

Tal vez aún en duda congajosa
Razones sueña y vanidad delira,
La claridad fingiendo misteriosa
De lo que huye mas cuanto mas mira.

Que así lo muestra el fatigado aliento
Que el pecho en sueño atosigado lanza,
Revuelto mar que el torvo movimiento
Del gran volcan del pensamiento alcanza.

Sorbió el falaz crepúsculo la noche,
Ganó el espacio la callada sombra,
La flor cerró su perfumado broche,
Veló la tierra su pintada alfombra.

Allá á lo lejos tras el negro monte
A tardos pasos asomó la luna,
Tibia alumbrando el lóbrego horizonte,
Rasgando el velo que la sombra aduna.

Vagaba el aura y susurraba el rio,
Murmuraba la fuente que corría,
Y de ella al pié con ademan sombrío
El capuchino su pesar dormía.

Iba la parlera fuente
Resbalando entre la yerba,
En són acorde lamiendo
La parda y menuda arena :

Y á la fugitiva lumbre
Que en sus ondas reverbera
La luna en su espejo errante
La pálida faz refleja.

Brotaba espumas de plata
El ronco y turbio Pisuerga,
Bañando en corvos cristales
Entrambas á dos riberas.

Y al compasado murmullo
De aguas, hojas, aura y presas,
En insomnio inquieto el monge
Tendido á la orilla sueña.

Alzando á veces los párpados
Como quien duerme y le pesa,
La luz se pinta en sus ojos
Entre cendales de niebla.

Siente el agua que murmura
Y el aura que bulle apenas,
Y en vago adormecimiento
Oye, ve, respira y piensa.

A través del agua mansa
Que el límpido arroyo lleva
Algun objeto confuso
La luna blanca le muestra.

Duda y mira, y fatigoso
Otra vez los ojos cierra,
Y anda el torpe pensamiento
En lucha con una idea.

Tornó á descorrer los párpados,
Y allá en el agua serena
Entre las sombras del sueño
Un rostro á mirar acierta.

Tornó á dudar acosado
Entre sí duerme ó si vela,
Contemplando aquel semblante
De igual color que la tierra.

Fantasma, ilusion ó ensueño
Que minucioso semeja
Al muerto Don Tello Aponte
Que finó la tarde mesma.

Tornó á dudar mal despierto
Y mal dormido en su vela,
Al ver detenida el agua
Y apilada en las riberas,

Y en el lecho del arroyo,
Al nivel de las arenas,
Todo el cadáver de un hombre
Asido con su cabeza.

Alzóse despavorido
El monge; mas teme y tiembla
Cuando el cuerpo de Don Tello
Le dice así en voz severa :

« ¿Conocéisme, padre?

— Sí.

— A que me siente ayudad.
Bajo mi cuerpo mirad
Lo que hay debajo de mí. »

Miró el monge, y con asombro
Halló la faz macilenta
De otro á quien Tello cubria
Pié á pié, y cabeza á cabeza.

Temblaba el monge aterrado
De rodillas en la yerba,
Y Don Tello en voz solemne
Dijole de esta manera :

« En duelo injusto los dos
A traicion le asesiné;
No preguntéis el porqué
De la justicia de Dios. »

A BLANCA.

Despierta, Blanca mía,
Que ya brillante y clara
A largo andar se viene
Riendo la mañana.

Despierta, que ya alegres
Los ruiseñores cantan
Sus amorosas letras
Saltando entre las ramas.

Despierta, Blanca hermosa,
Y al bosque ameno baja
A dar al campo enojos
Y avergonzar al alba.

Y baja sin recelo,
Que quien aquí te aguarda
No ha de cansarte, hermosa,
Contándote batallas.

No de su noble estirpe
Los títulos y hazañas
Te contará altanero,
Ni necias antiguallas.

Ni te dirá en prolijas
Razones estudiadas
Costumbres y opulencias
De tierras mas lejanas.

Ni en versos lastimeros
Al ronco són del arpa
Lamentará fanático
Desastres de su pátria.

No, lejos de nosotros
Creencias tan livianas,
Estúpidos ensueños
Que son al cabo *nada*.

Despierta, y ven al bosque,
Donde te espero, Blanca,
Por verte mas hermosa
Que el sol que se levanta.

Aquí hay sombríos lechos
Con que la yerba blanda
Convida, al són acorde
De fuentecilla mansa.

Aquí las mariposas
Sobre la frente vagan,
Y las pintadas flores
Bevientan en fragancia.

Y bullen los arroyos,
Y murmuran las ramas
Al compasado impulso
De las sonantes auras.

El sol tiñe las cimas
De las rocas lejanas,
Cubiertas de rocío
Sus asperezas calvas.

Aquí todo es contento,
Seguridad y calma.
¡Oh! ven, paloma mía,
A la floresta baja.

¡Oh! ¡cuán hermosa viene!
¡Qué bella estás, mi Blanca!
Cantad, parleras aves,
Cantad y saludadla.

Te tengo entre mis brazos.
¿Qué espero? ¿Qué me falta?
La dicha de mirarte
Me enagena y embriaga.

Y... lejos de nosotros
Los mundanos fantasmas,
La gloria y el renombre,
La grandeza y la pátria.

Locuras, Blanca mía,
Ridículas palabras;
La gloria y la grandeza
Son ilusiones vanas.

¿Te ríes, vida mía?
¿Recuerdas aun las lágrimas
Que un dia por la gloria
Vertí sin esperanza?

¡Oh Blanca! era otro tiempo;
Ya mas segura el alma,
No soy mas que un poeta
Que ocio y placeres canta.

¿Ann ries...? ¡Cómo brillan
Tus pupilas...! me abrasa
No sé qué fuego en ellas...
¡Oh, dame un beso, Blanca!

La gloria es un ensueño,
Todo en la tierra pasa,
Dame un beso, y si quieres
Rompe mi lira, Blanca.

CANCION.

Triste canta el prisionero
Encerrado en su prision,
Y á sus lamentos responde
Su cadena en triste són.
Abrele ¡oh viento! camino á la voz.

Van mis horas, van mis dias
Mi esperanza carcomiendo,
El valor va sucumbiendo,
Vase helando el corazon.
Cuanto espero, desespero,
Que en destierro tan tirano
Solo escucha el viento vano
Mi cantar y mi afliccion.
Abrele ¡oh viento! camino á la voz.

Si á tu oido, vida mia,
Mi cancion llegar pudiera,
Yo sé bien que no muriera
Al rigor de mi prision.
Mas tú gozas descuidada,
De mis cuitas bien ajena,
Mientras ronca mi cadena
Me acompaña en triste són.
Abreme ¡oh viento! camino á la voz.

¡Cuántas veces despertando
Por el cristal del deseo
Me imagino que te veo
En amorosa ilusion!
Yo te llamo y te acaricio,
Los brazos audaz te tiendo;
Mas tú me huyes, y yo entiendo
¡Ay de mi! que sueños son.
Abreme ¡oh viento! camino á la voz.

Rie y canta, y goza y vive,
Mientras sueño y canto y lloro
Los hechizos que en tí adoro,
Vida y sol del corazon.
Aqui en tanto, hermosa mia,
¡Norte y faro de mis ojos!
Al rigor de tus enojos
Y al dolor de su pasion,

Triste canta el prisionero
Encerrado en su prision,
Y á sus lamentos responde
Su cadena en ronco són. 366
Abrele, viento, camino á la voz.

QUINTA PARTE.

EL CREPUSCULO DE LA TARDE.

Sentado en una peña de este monte
Tapizado de enebros y maleza
Estoy viendo en el cárdeno horizonte
Reverberar el sol en su grandeza.

Y allá esconde su luz tras la colina,
Y se cree que su sombra nos oculta
Otra region luciente y cristalina
Do airado el sol su púrpura sepulta.

Arde la cima; el horizonte estenso
Trémulo brilla con purpúrea lumbré;
Un mar de grana le circunda inmenso,
Y un piélagó de sol flota en la cumbre.

El sol se va; su rastro luminoso
Ha quedado un instante en su camino :
¿Quién seguirá en su curso misterioso
La infinita inquietud de su destino?

El sol se va; la sombra se amontona;
Las nubes en opacos escuadrones
Avanzan al ocaso, y se abandona
La atmósfera á sus rápidas visiones.

Si es que despiden á la luz del día,
Si atropellan la luz porque se acabe,
Si son cifras de paz ó de agonía,
Desde el sumo Hacedor nadie lo sabe.

El sol se va; las nieblas se levantan;
Los fuegos del crepúsculo se alejan;
Murmura el árbol y las aves cantan;
¿Y quién sabe si aplauden ó se quejan?

Gime la fuente, y silban los reptiles
Que guarda entre sus algas la laguna,
Y las estrellas por oriente á miles
Trepan en pos de la inocente luna.

El sol se va; ya en ilusion tranquila
De aérea nube entre el celaje gayo
Que tras su lumbré con afán se apila
Desmayado pintó su último rayo.

A Dios, fúlgido sol, gloria del día,
Duerme en tu rico pabellón de grana;

Ora nos dejas en la noche umbría,
Pero radiante volverás mañana.

Húndete en paz; ó sol! que yo te espero;
Yo sé que volverás de esas regiones
Do allende el mar como á inmortal viajero
Te esperan otro mar y otras naciones.

Y te esperan allá, porque allá saben
Que al hundirte en la playa mas lejana
Les dejas en tinieblas porque alaben
La nueva luz que les darás mañana.

Yo sé que volverás ¡luz de los cielos!
Y ese volcan con que tu ocaso llenas
Del alba al desgarrar los ténues velos
Cinta será de blancas azucenas.

Vé en paz, y allá te encuentres bulliciosa
Otra feliz desconocida gente,
Que ora tal vez pacífica reposa
A la luz de la luna trasparente.

Vé en paz; ó rojo sol! si allí te esperan,
Que allí tras otros mares y otros montes
Derramados tus rayos reverberan
En otros infinitos horizontes.

Tú alumbras las recónditas riberas,
Donde una gente indócil y atezada
Alza en medio de bosques de palmeras
Las tiendas en que duerme descuidada.

Tú alumbras las medrosas soledades
Donde no crecen árboles ni flores,
Donde ruedan las roncadas tempestades
Sobre un vasto arenal sin moradores.

Tú alumbras en sus márgenes cercanas
Un pueblo infiel que de tu ley vasallo
Te muestra sus bellísimas sultanas
En el secreto haren de su serrallo.

Tú ves el blanco y voluptuoso seno
De la europea en su niñez cautiva,
El rojo labio de suspiros lleno,
La frente avergonzada, pero altiva.

Tú ves la indiana de ébano orgullosa
Con su tostada y vivida hermosura

Que entre dos labios de encendida rosa
Asuma de márfil su dentadura.

Tú alumbras esas danzas y festines
En que negras y blancas confundidas
Unas de otras se ven en los jardines
Cual sombras de sus cuerpos desprendidas.

Tú alumbras los recuerdos portentosos
De Atenas, de Palmira y Babilonia,
Y á par te esperan de tu lumbre ansiosos
Monstruos de Egipto y cisnes de Meonia.

Te esperan las cenizas de Corinto,
Las playas olvidadas de Cartago
Y del Chino el recóndito recinto,
Y el salvage arenal del Indio vago.

Te esperan de Salém los rotos muros,
Del Muerto mar los ponzoñosos riscos,
Que de los pueblos de Gomorra impuros
Son á la par sepulcros y obeliscos.

Tú sabes dónde están las calvas peñas
En donde los primeros cenobitas
De Cristo tremolaron las enseñas,
Alcázares tornando sus ermitas.

Tú sabes el origen de las fuentes,
Los mares que no surcan raudas velas,
En qué arenas se arrastran las serpientes,
Y en qué desierto vagan las gazelas.

Tú sabes dónde airado se desata
El ronco y polvoroso torbellino,
Donde muge la escelsa catarata,
Por donde el hondo mar se abre camino.

Mas ya en tu ocaso tocas y te alejas ;
Ante ese inmenso pabellon de grana
Cuán ciego sin tu luz ¡oh sol ! me dejas...
Mas vete en paz, que volverás mañana.

¡Mañana ! ¡y en tanto crecen
Esos fantasmas de niebla
Con que el ambiente se puebla
En fantástico tropel !
Y se agolpan esas nubes
Que acaso al sol atropellan,
Se confunden y se estrellan
Despeñándose tras él.

¡Mañana ! y de aquesta sombra
Entre el denso opaco velo,
No veo el azul del cielo,
Valles, ni montes, ni mar.
¡Mañana ! y ora encerrado
En esta atmósfera oscura,
Sé que existe la hermosura
Sin poderla contemplar.

¡Mañana... ! y en esta noche
Tan tenebrosa en que quedo,
Me acongojan y dan miedo
La noche y la soledad ;
Do quier que vuelvo los ojos,
Do quier que tiendo una mano,
Miró y toco el sér liviano
De la negra oscuridad.

Siento que á mi lado vagan
Fantasmas que no conozco ;
Veó luces que se apagan
Al intentarlas seguir ;
Percibo voces medrosas
Que entre la niebla se pierden,
Sin saber lo que recuerden
Ni lo que intenten decir.

Siento herirme la mejillá
Un soplo vago y errante,
Como un suspiro distante
De alguier que pasa por mí.
Tiemblo entonces, temo y dudo,
Mis años y mis momentos
Me tienen mis pensamientos
En estrecha cuenta allí.

¿ Qué negro sueño es aqueste,
Qué delirio el que padezco ?
¿ Esta sombra que aborrezco
Cuándo pasa ? ¿ adónde va ?
La siento sobre mi frente
Que en masa gigante rueda,
Y siempre sobre mí queda,
Siempre ante mi vista está.

En la sombra, me dijeron,
Se delira y se descansa,
El pesar duerme y se amansa,
La afliccion toca en placer :
En la sombra estamos solos,
No nos oyen ni nos miran,
Todos los ecos conspiran
Nuestro mal á adormecer.

Mas yo aquí conmigo mismo
Oigo y veo, y toco y siento
A mi propio pensamiento
Y á mi propio corazon :
No estoy solo, no descanso,
Me oyen, me ven, no deliro..
Y estos fantasmas que miro,
¿ Qué me quieren ? ¿ quiénes son

Oigo el agua que murmura,
Siento el aura que se mueve,
Miro y toco, y sombra leve
Hallo solo en derredor ;
Busco afanoso, y no encuentro ;
Pregunto, y no me responden ;

Ay ¿dó están? ¿y dó se esconden
Los consuelos del dolor?

No sé, que el cielo encapotan
Esas nubes cenicientas
Que se arrastran turbulentas
Por la atmósfera sutil;
No sé... mas siento que todos
Los recuerdos de mi vida
En tropa descolorida
Me asaltan de mil en mil.

No sé...; ¡ porque no es reposo
Este nocturno tormento
Que el escuadron macilento
De mis recuerdos me da!
¡Tantas imágenes bellas
Que giran en mi memoria!
¡Tantas creencias de gloria
Que son ilusiones ya!

Flores marchitas del tiempo
De olor esquisito y sumo,
Que pasaron como el humo,
Que no volverán jamás...
Sol, tú has hundido tu frente
Tras la espalda de ese monte,
Mañana en el horizonte
Otra vez te elevarás.

Sol, ¡ mañana mas radiante
En los brazos de la aurora
Tornará tu encantadora
Soberana esplendidez!
Sol, tú ruedas por los cielos;
Mas por el cielo que pueblas,
No tropiezas con las nieblas
De esta vaga lobreguez.

Sol, tú vuelves mas sereno
De tu viaje cotidiano;
Sol, tú no esperas en vano
Que volverás desde allí.
Si, tú volverás mañana;
Mas al tocar en tu oriente,
¿Sabes tú, sol refulgente,
Si mañana estaré aquí?

Mas vete en paz, ¡ oh sol! baja tranquilo
Por este rastro de esplendente grana.
Yo en esta roca buscaré un asilo
Hasta que vuelvas otra vez mañana.

Me han dicho que en la noche silenciosa
Los espíritus vagan en el viento,
Que flotan en la niebla misteriosa
Sífides blancas de aromado aliento.

Que las aéreas sombras bienhadadas
De los que eran aquí nuestros amigos

Vienen sobre las brisas desatadas
Del nocturno reposo á ser testigos.

Me han dicho que en los bosques apartados,
En las márgenes frescas de los rios,
Por el agua y las hojas arrullados,
En torno de los árboles sombríos,

Danzan alegres de su paz gozando,
Y á los que en vida con afán querian
Desde la turba de su alegre bando
Ilusiones dulcísimas envían.

Y dicen que esos son los halagüeños
Fantasmas que en la noche nos embriagan,
Esos los blancos y amorosos sueños
Que en nuestra mente adormecida vagan.

Tal vez será verdad; vendrán acaso
Nuestra vida á endulzar esas visiones,
Y de una estrella al resplandor escaso
Entonarán sus mágicas canciones.

Si, tal vez á sus madres amorosas
Colmarán de purísimos cariños
Las transparentes sombras vaporosas
De los risueños inocentes niños.

Tal vez venga el esposo enamorado
Al triste lecho de la esposa viuda
A darla en paz el beso regalado
Que en su labio agostó la muerte ruda

Tal vez sean su voz esos suspiros
Con que la oscura soledad resuena,
Y su aliento esa brisa á cuyos giros
Mansa murmura la floresta amena.

Tal vez será verdad... pero á mi triste,
Que no me vela amante y cuidadosa
Esa sombra que á alguno en paz asiste,
Amigo, hermano, idolatrada esposa;

A mí, que no me cercan esos vagos
Benéficos fantasmas de la noche,
Que en las ondas se mecen de los lagos
O de la flor en el cerrado broche;

A mí; triste de mí! no me acompañan
Esas sombras de amor, blancas y bellas,
Porque mi adusta soledad estrañan,
Porque yo velo mientras vagan ellas.

Yo no tengo una madre, ni un amigo
Que deje los alcázares del cielo,
Y en nocturna vision venga conmigo
A prestarme en mi afán calma ó consuelo.

Yo, á quien los suyos ofendidos lloran,
A quien no deben mas que su amargura.
Recelo de los mismos que me adoran,
Temo el misterio de la sombra oscura.

No hallo en ella ni sílfides, ni magas,
Que en esas solitarias ilusiones
Solo siento en redor torvas y vagas
Las memorias de hiel de mis pasiones.

No quiero sombra, ¡oh noche! te aborrezco.
Odio la luz de tu tranquila luna,
Ante tus bellas sombras me estremezco,
Porque no tienes para mí ninguna.

Yo espero al sol que baja refulgente
Revestido de pompa soberana :
Yo espero al sol que por el rojo oriente
Vuelve á nacer espléndido mañana.

Yo amo la luz, y el cielo, y los colores,
Detesto las tinieblas, amo el día,
Todas en él las auras son olores,
Todos en él los ruidos armonía.

Entonces reverbera el manso río,
Abren su caliz rosas y azucenas,
Y las lágrimas puras del rocío
Bordan sus hojas de perfume llenas.

Yo espero al sol; entonces se levanta
La tierra á saludarle perezosa,
Y el ruiseñor entre los olmos canta,
Y llena blando són la selva umbrosa.

Yo espero al sol porque su luz gigante
Me deslumbra y embriaga y enloquece,
Y al seguirle en su curso rutilante
Mi pesar en el pecho se adormece.

Sol... ¡inmortal y espléndido viajero!
Yo como tú me perderé sin tino,
Iré desconocido pasajero
Sin término vagando y sin camino.

Ya bramen los revueltos temporales,
Ya murmuren las brisas perfumadas,
Ya cruce por desiertos arenales,
Ya me pierda en florestas encantadas,

En los mullidos lechos de un serrallo,
En la triste mansion de una mazmorra
Altivo triunfador, servil vasallo,
Negra fortuna ó liberal me acorra,

Te buscaré á través de las cadenas
Bajo los ostentosos pabellones,
Del río por las márgenes amenas
Y á través de los rotos murallones.

Yo buscaré tu lumbre soberana
Del mar tras los cristales movedizos,
Y soñando á los piés de una sultana
En la espiral de sus flotantes rizos.

Y tal vez de un proscrito los cantares
Desde unas costas lúgubres y solas,
Lleguen cruzando los inmensos mares
A sus queridas playas españolas.

¡Feliz entonces si á la fin pasados
Mis locos, criminales estravios
De mis fúnebres cánticos tocados,
Les merezco una lágrima á los míos!

Conjuraré á los céfiros ligeros
De aquellas selvas á la mar vecinas,
Y á los rápidos bandos pasajeros
De las sueltas y pardas golondrinas.

Que ingrato á cuanto amé, solo y perdido,
Un verdugo alimento en mi memoria;
Y para hundirla entera en el olvido,
Loco deliro un porvenir de gloria.

Gloria ó sepulcro, ¡oh sol! busco anhelante;
Gloria ó tumba tendrá mi audacia insana.
Si buscas mi destino, ¡oh sol radiante!
Yo estaré aquí; levántate mañana.

A UN AGUILA.

ODA.

Sube, pájaro audaz, sube sediento
A beber en el viento
Del rojo sol la esplendorosa lumbre;
Sube batiendo las sonantes alas
De las etéreas salas
A sorprender la luminosa cumbre.

Bien hayas tú, que ves osadamente
Los cielos frente á frente,
Y de cerca á tu Dios, ave altanera;
Y que si el ronco torbellino crece,
Vigoroso te mece
Siendo un impulso mas á tu carrera.

¿Qué te importa que el sol ni el torbellino
Crucen por tu camino,
Si en vuelo altivo y temerario arrojo
La tormenta te riza mansamente,
Y el sol resplandeciente
Como precisa luz vibra en tu ojo?

¿Qué te importa de pájaros la ansiosa
Confusion tumultuosa,
Que se afana en subir cuando tú subes,
Si á su impotente y torpe movimiento
Fuerza le falta y viento,
Cuando tu vuelo real hiende las nubes?

Salve, ¡oh tú de la atmósfera señora,
Aguila voladora
Que abandonando nuestra tierra oscura,
Emperatriz del viento te levantas,
Y solitaria castas
De los lucientes astros la hermosura!

Tal vez escuches en tropel sonoro
 Las cítaras de oro
 De los santos y célicos festines;
 Y tal vez mires en distancias sumas
 Las espléndidas plumas
 De los blancos y errantes serafines.

Tal vez oyes, ¡oh reina soberana!
 El infinito *Hosanna*
 Y en torno al cielo respetuosa giras,
 Y en el cóncavo ambiente solitario
 Del místico incensario
 El ambar celestial libre respiras.

Y tal vez los espíritus errantes
 Que arrastran rutilantes
 Esos soles que ruedan en la esfera,
 En cariñosa voz y amago blando,
 Te acarician pasando
 Al encontrarte siempre en su carrera.

¡Bien hayas tú, del sol y el viento amiga,
 Del esfuerzo y fatiga,
 De arcángeles tal vez acariciada!
 Bien hayas tú, que despreciando el suelo
 Pides osada al cielo
 Libre, tranquila, y liberal morada.

Bien hayas tú, que lejos del inmundo
 Pantano de este mundo,
 No sientes el dolor de los que lloran,
 Ni el vergonzoso són de las cadenas,
 Ni las de angustia llenas
 Quejas sin fin de los que ayuda imploran.

Ni oyes la ronca voz de la ímpia guerra
 Que ensordece la tierra
 Y escribe en lanzas sus sangrientas leyes,
 Ni del vasallo el desvalido lloro
 En derredor del oro
 Que brilla en el alcázar de sus reyes.

Bien haces en quedarte en esa altura,
 Recinto de ventura,
 Águila emperatriz, hija del viento,
 Y dejarnos aquí ya que no osamos,
 Pues cobardes lloramos,
 Gozar tu libertad por tu ardimiento.

Déjanos, si, que esclavos de otros dueños
 En indignos empeños
 Las ajenas hazañas aplaudamos,
 Y al ajustar nuestras contiendas fieras,
 Las ajenas banderas
 Y el extranjero pabellón sigamos.

Mientras cruzando la region vacía,
 Tú en infinito día
 La farsa ries de la humana gente,
 Y al són de sus dementes alaridos
 Registras los perdidos
 Vaporosos espacios del oriente.

Tú desde allí en las ráfagas mecida,
 Segura y atrevida
 Contemplas la mezquina y baja tierra,
 La miseria del hombre, y su inmundicia,
 Su orgullo y su injusticia,
 Sus vanos triunfos y ominosa guerra.

Tú, ave de libertad y de victoria,
 Del aire y del sol gloria,
 Desde la calva inmensurable peña
 Ves cómo se abre trabajosa calle
 Por el angosto valle
 La armada gente tras la rota enseña.

Césares, Alejandro, Napoleones,
 Dieron á sus legiones
 Tu vencedora imágen por bandera;
 Y tú en el viento sin temor ni vallas,
 Al són de sus batallas
 Te adormistes ufana y altanera.

Y en vano con tu sombra se escudaron,
 Que á la fin tropezaron
 En Roma y Babilonia, y Santa Elena;
 Y allí vencidos, la cerviz hundieron
 Mientras al morir te vieron
 Rasgar el viento á ti libre y serena.

¡Salve, reina del viento generosa,
 Águila poderosa,
 Ave del sol y de la luz querida!
 Salve, y pluguiera que en tu raudo vuelo
 Tregar pudiera al cielo
 Una esperanza de mi amarga vida.

¡Oh si alcanzara, cándida María,
 Perdida gloria mía,
 A enviarte con esa águila un suspiro!
 ¡Si alcanzara esa osada mensajera
 A decirte siquiera
 Que aun por tu solo amor canto y respiro!

¡Ay, fresca rosa que abrasó el estío,
 Perdido encanto mío,
 Tierna, amorosa y muerta ya María,
 ¿En qué aura vaga tu fragante aroma?
 ¿En qué escondida loma
 Me velas hoy tu caliz, vida mía?

Tórname, hermosa, el rostro soberano,
 Y tiéndeme tu mano,
 Y dime dónde estás para mirarte;
 Para que tengan luz los ojos míos,
 Y se acallen bravios
 Los duelos de mi vida al adorarte.

Vuela, pájaro audaz, águila erguida,
 Por la region perdida
 Donde espléndido el sol alza su oriente;
 Y si aun es dado á tu gigante vuelo
 Escudriñar del cielo
 La ignorada mansion resplandeciente.

Busca á mi vida y dila que aun la adoro,
 Y dila que aun la lloro
 Al ronco són de la cansada lira;
 Pregúntala si lejos de esta tierra
 En ese que la encierra
 Alcázar celestial por mí suspira.

Los Césares asi y los Napoleones
 Leguen á sus legiones
 Tu venedora imágen por bandera,
 Y tú en el viento sin temor ni vallas
 Al són de sus batallas
 Duermas ufana, libre y altanera.

Sube, pájaro audaz, sube sediento
 A beber en el viento
 Del rojo sol la esplendorosa lumbre;
 Sube batiendo las sonantes alas
 De las etéreas salas
 A sorprender la luminosa cumbre.

No te importe que el sol y el torbellino
 Cruzen por tu camino;
 Sigue tu vuelo en temerario arrojó,
 Que el huracan te riza mansamente,
 Y el sol resplandeciente
 Como precisa luz vibra en tu ojo.

Y si por caso encuentras en el viento
 Mi lastimero acento,
 Sigue cruzando á las etéreas salas,
 Que los roncós preludios de un canto
 Son los ayes del llanto
 Que me arranca la envidia de tus alas.

ORIENTAL.

Larga y pesada es la noche
 Si de un cerrado balcon
 Al pié se aguarda la lumbre
 De un enamorado sol.

Si á oscuras en una calle
 No se siente en derredor
 Mas que del aura perdida
 El interrumpido són.

Larga y pesada es la noche
 Para el despierto amador
 Que acecha una blanca mano
 Que tal vez le hace traicion.

Mientras la diestra al estoque,
 Ebria el ánima de amor,
 De rival desconocido
 Receía la condicion.

Larga y pesada es la noche
 Para quien tanto aguardó,
 Que el alba por el oriente
 Viene á ahuyentar su pasion.

Muy larga para el mancebo
 Que en Córdoba penetró
 De los ojos de una mora
 Enredado en la prision.

Está el cristiano apoyado
 En las rejas donde caió
 Mientras que lloró cautivo
 A la prenda de su amor.

Y en vano á su doble seña
 Una respuesta aguardó :
 Las celosias tuvieron
 Siempre velado el balcon.

Mas viendo que á largos pasos
 Veniase alzando el sol,
 Entre amorosos suspiros
 Asi dijo á media voz :

« He llamado á tu ventana,
 Mi sultana,
 Siempre fiel á mi pasion,
 Y enojado me despido,
 Pues dormido
 Encontré tu corazón.

A Dios, mi dulce señora,
 Ingrata mora,
 Que pues mas no he de venir,
 Bien harás de mi olvidada,
 Descuidada,
 En largo sueño dormir.

No esperes, no, que tu mano
 Vuelva ufano
 Enamorado á buscar
 Clavando del foso oscuro,
 Sobre el muro,
 Una escala en que bajar.

No esperes que en larga vela,
 Centinela
 De tu cerrado balcon,
 Aguarde ya entretenido,
 Si dormido
 He de hallar tu corazón.

No esperes, no, que combata,
 Mora ingrata,
 De tu celosia al pié,
 Mientras en otros amores
 Tus favores
 Gozando un rival esté.

Que si á mi voz no respondes,
 Porque escondes
 Otro amor para mi amor,

Guarda los lances y cuitas
De tus citas
Para quien ha tu favor.
Quédate, aunque yo te amaba,
Por esclava
De un señor y de un haren,
Y muera con tu hermosura
La ventura
De tu existencia también.

A Dios; duerme, mi sultana,
Y tu ventana,
Testigo de mi pasión,
Te diga si he conocido
Cuán dormido
Estaba tu corazón. *

Y así el mancebo diciendo,
De sus zelos al furor
De un tajo las celosías
Con la espada derribó.

Saltó del lecho la mora
A tan descompuesto són,
Y asomándose á la reja,
Quién era le preguntó.

Mas él á larga distancia,
Revolviendo un callejon,
Tornó la espalda diciendo :
Dormid en paz, que soy yo.

CANCION.

MUSICA DEL SEÑOR DON S. IRADIER.

—
CORO.

¡Orgía, dadme flores!
¡Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
Y el mundo un festin.

El tiempo nos roba
Las horas mas bellas,
Romped las botellas
Y al baile venid.
Que al són que murmura
La danza insegura,
Sueño es de ventura
La vida feliz.

¡Orgía, dadme flores!
¡Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
Y el mundo un festin.

Soñemos gozando
Fortuna tan vana,

I.

Y el sol de mañana
Que vea al salir
Que al són de la orquesta
Danzando en la fiesta,
No es carga funesta
La vida feliz.

¡Orgía, dame flores!
¡Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
Y el mundo un festin.

Diránnos mañana
Que somos ceniza,
Que es dicha postiza
La de este vivir;
Mas hoy gozaremos,
Dichosos seremos;
En tanto olvidemos
Origen tan vil.

¡Orgía, dadme flores!
¡Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
Y el mundo un festin.

Bailemos, bebamos,
La vida es muy corta;
Tal vez nos importa
Pasarla feliz;
Y si al fin perdida
Se llora la vida,
Gozando se olvida
Tan lúgubre fin.

¡Orgía, dadme flores!
¡Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
Y el mundo un festin.

—
* * * * *

Venid á mi, brillantes ilusiones,
Que engalanais la juventud ardiente.
Dadme, dadme fantásticas visiones
Con que embriagar la mente.

Suéñelas yo en mi necio desvarío,
Y en vistoso tropel pasen risueñas
Como la espuma de sonante río
Resbala entre las peñas.

Dejadme aunque ficcion ver á lo lejos
Esa radiante luz de la esperanza
A cuyos ricos trémulos reflejos
Un porvenir se alcanza.

Y apartad de mi mente esos crespones
Que enlutan cuanto sueño y cuanto miro,
Que tornan el compás de mis canciones
En lúgubre suspiro.

Yo que cruzo feliz, libre y contento,
De la existencia el áspero camino,
Que ayudado tal vez de noble aliento
Cantar es mi destino ;

¿Porqué al herir ufano el arpa de oro
En amoroso són, lanza perdido
En vez de canto espléndido y sonoro
Fatídico gemido ?

Y es en vano buscar cuanto risueño
Natura por do quier pródiga brota,
De su ventura á mi tenaz empeño
Todo el raudal se agota.

He querido cantar radiante y puro
Al esplendente sol, y apelmazado
Sorbiedo el dia nubarron oscuro
Su disco me ha robado.

Quise cantar las danzas inocentes,
Los cándidos placeres campesinos,
Y de muertas naciones insolentes
Lamenté los destinos.

Quise cantar del águila altanera
El imperial y soberano vuelo,
Y profano llegué tras su carrera
A llamar en el cielo.

Quise cantar cascadas y jardines,
Los brindis y el placer, y ensangrentado
Hice girar en torno á los festines
El féretro enlutado.

Quise cantar de púrpura y de flores
La senda del vivir entapizada,
Y caminé entre abrojos punzadores
Hasta el mar de la nada.

Mis cántigas de amor lamentos fueron,
Y ningun amador se holgó con ellas ;
Blasfemias mis plegarias se volvieron,
Y mis himnos querellas.

Embriagado canté la amistad santa,
Soñé fraternidad y huyó el amigo,
¡Que lleva al fin quien desventuras canta
La soledad consigo!

¿Dónde tornar los desolados ojos?
¿Dónde tender las alas del deseo?
Truécanseme las flores en abrojos,
Y es niebla cuanto veo.

Me dijeron acaso que el bullicio
Del loco mundo las tristezas cura...
Cada sonrisa me costó un suplicio
Doblando mi amargura.

Tal vez la calma el corazon consuela
De la sombría noche misteriosa...
Las noches he pasado en larga vela,
En lucha congojosa.

Flores, ¿en dónde estais que no os encuentro
Vago por el jardin y nunca os hallo ;
Las raíces tal vez estarán dentro,
Mas no asoman el tallo.

¡Fúlgido sol, espléndidas estrellas,
Melancólica luna, yo os adoro!
Y al bendecir vuestras antorchas bellas
Mudo os contemplo y lloro.

No importa que la tierra brote flores,
El mar corales, y los rios peces,
Yo bendigo sus senos creadores,
Los adoro mil veces :

Pero al volver al Dios que los ha hecho
Jamás me pareció ni mar ni tierra
Mas que un sepulcro cuyo borde estrecho
Nuestra miseria encierra.

A MARIANA.

CANCION.

Limpia es la noche y callada,
La luna en el zenit brilla
Como lámpara colgada
En recóndita capilla.
La brisa errante y serena
Mansa suena
Meciendo arbol, yerba y flor,
Y el mundo en descuido inerm
Goza ó duerme
Sus pesares ó su amor.
Yo constante en mi porfia
Paso la noche sombría
Suspirando á tu ventana,
¡Mariana mía!
Mas si han de espirar mis quejas
En tus rejias,
No me las abras, Mariana,
Noche ni dia.

¡Porque me es tan delicioso
Saber cuándo al fin te roba
Al necio mundo curioso
La oscuridad de tu alcoba...!
Tan grato espiar atento
El momento
En que tu luz espiró,
Por poder decir ufano:
¿Ora qué vano

Favorito es como yo?

Me es tan dulce en mi agonía
Saber que en la noche umbria
Suspiro yo á tu ventana,

¡Mariana mia...!

Mas si han de espirar mis quejas
En tus rejas,

¡Oh! no las abras, Mariana,
Noche ni dia.

Yo bien pudiera mentirte
Palacios, buques, caballos,
En luengas tierras decirte
Que me respetan vasallos;
Porque de tierras ignotas

Y remotas

Fuera muy fácil mentir;
Mas decirte aunque quisiera
No supiera

Si me lo hubieras de oír,
Sino que en tenaz porfía
Paso la noche sombría
Suspirando á tu ventana,

¡Mariana mia!

Mas si han de espirar mis quejas
En tus rejas,

No me las abras, Mariana,
Noche ni dia.

Yo no soy mas que un poeta,
Sin otro bien que mi lira,
Un alma al amor sujeta
Y un corazon que suspira:
Y aunque es verdad que hay algunos

Importunos

Que me aplauden mi cancion,
Yo nunca he de hacerles caso,

Porque acaso

Hablillas del vulgo son.
Yo paso cantando el dia,
Pero la noche sombría
Paso al pié de tu ventana,

¡Mariana mia!

Mas si han de espirar mis quejas
En tus rejas,

No me las abras, Mariana,
Noche ni dia.

Quando en tus cándidos sueños
Oír tal vez te parece
De compases halagüeños
El són que se desvaneece,

No son los ténues lamentos
De los vientos

Que murmuran al pasar,
No es el ruido de la fuente
Trasparente,

Sino el són de mi cantar.
Porque siempre en mi porfía
Paso la noche sombría
Suspirando á tu ventana,
¡Mariana mia!

Mas si han de espirar mis quejas
En tus rejas,

No me las abras, Mariana,
Noche ni dia.

¡Oyes la lluvia que cae,
Y el aura en sus hilos rota
Que una voz triste te trae
Mientras tus vidrios azota?
No es la voz de la tormenta

Turbulenta

Que muge con el turbion,
Es el arpa que yo toco
Quando evoco

Tu sueño con mi cancion:
Porque siempre en mi porfía
Yo velo en la noche umbria
Suspirando á tu ventana,
¡Mariana mia!

Mas si han de espirar mis quejas
En tus rejas,

No me las abras, Mariana,
Noche ni dia.

Y si al fin de duelo tanto,
De tan amorosas cuitas,
Te cansa el són de mi canto
Y te cansan mis visitas;
Si tu sueño ó tus placeres
Ya no quieres

Que turbe importuno mas,
Manda que rompan la lira
Que suspira

Tan amoroso compas;
Mas si has de salir impía
A maldecir mi porfía
Quando lloro á tu ventana,
¡Mariana mia!

Deja que estrelle mis quejas
En tus rejas,

Y no las abras, Mariana,
Noche ni dia.



SEXTA PARTE.

PRINCIPE Y REY.

ROMANCE HISTÓRICO.

Está la noche serena,
La luna sin pardas nubes
Que la empañen limpia y clara
En el firmamento luce.
En derredor las estrellas
Con multiplicadas lumbres
Tachonan del aire vano
Los pabellones azules.
Eresma por entre peñas
Su escaso raudal conduce
A las plantas de un alcázar
Que en sus arenas las hunde;
Y ya en montones de espuma
Revoltoso se derrumbe,
Ya con transparentes ondas
Manso y humilde murmure,
Nunca es mas que un corto espejo
Que adula la escelsa cumbre,
Por que permita al palacio
Que en su cristal se dibuje.

Está la noche serena
Y á pasos rápidos huye
Sobre la choza pajiza
Y la espléndida techumbre. —
Calla el viento; el aura apenas
Suelta ráfaga que ondula,
Eresma hace que sus ondas
No desvelen, sino arrullen,
Y si algun pájaro errante
Hay que el silencio interrumpe
Avergonzado se duerme
Por no tener quien le escuche.

Mas no es tan hondo el silencio
Que el aura á veces no crucen
Los incompletos compases
Que danza, vecina arguyen.
Oyese el rumor lejano
De contenta muchedumbre
Que entre cánticos y brindis

El sueño tenaz sacude.
La danza es en el alcázar,
Que el príncipe Enrique cumple
Hoy años y á malgastarlos
Junta los mas que le ayuden.
La copa de los placeres
Para que ansiosos apuren
Cuantas damas y galanes
Hay en Castilla, reúne.
La vida es corta; los días
Se menguan y disminuyen,
La molicie es cortesana,
Y los placeres son dulces. —
¿Qué importa que el rey Don Juan
Contra los rebeldes luche?
El príncipe vive y goza
Que como á quien es le cumple.
¡Fiestas y danzas! Los reyes
No son hidalgos comunes
En cuya frente se ostentan
El valor y las virtudes.
Una frente coronada
Radia sola tantas luces,
Que los ojos atrevidos
A sus destellos sucumben.
Por eso suenan alegres
Las chirimías y adufes
Haciendo que sus compases
De sala en sala relumben;
Por eso amoroso abrazo
Despertador de inquietudes
Los talles de las hermosas
Al ceñidor sustituyen.
Por eso el cendal flotante
Gira en círculo voluble
Revelando lo escondido
Tras lo que traidor descubre.
¡Oh! hermosas son las hermosas
Cuando aspirando perfumes,
Mas ocultos sus hechizos
Entre transparentes tules,
Suelos los cabellos de ébano
En espirales y en bucles
De amar y gozar sedientas
A los salones acuden.

Aquel aliento que envía
 Un suspiro á que se cruce
 Con un suspiro que deja
 Que aquel su lugar ocupe;
 Aquel murmullo continuo
 Que hace que el aura susurre
 Con mil acentos sin forma
 Que entre sus pliegues confunde;
 Aquella blanda sonrisa
 Que vida en un alma influye
 Mientras aguarda favores
 En penada incertidumbre :
 Aquellos húmedos ojos
 A cuya luz se destruyen
 Los hielos del corazón
 Cuando de esquivo presume;
 Tantos acasos pensados
 Que en rodeos mil conducen
 Al revuelto laberinto
 De amantes solicitudes;
 Y todo ello en un palacio
 Donde tormentosa bulle
 Cuanta pompa, intriga y gala
 La faz de un príncipe influye,
 Hacen que los corazones
 Tan embriagados se ofusquen
 Que deliren paraísos
 Bajo el cielo que les cubre.
 Espléndido está el salón,
 Y aunque mucho disimulen
 Las damas están contentas
 Cuando los maridos sufren.
 El príncipe galantea,
 Y las damas de mas lustre
 Le deben hoy tantas flores
 Cuanto algunos pesadumbres.
 Porque él con una en los brazos
 Toda una danza interrumpe,
 Haciendo que en ráudos círculos
 Mil veces el salón cruce.
 Pié con pié, mano con mano
 Al muelle lánguido empuje
 La lleva en pos blandamente,
 La suspende y la sacude.
 Ella adormecida, suelta
 Sobre brazo tan ilustre,
 Mas se abandona y descuida
 Porque mas él la asegure.
 Flotan los rizos de entrambos,
 Los alientos se confunden,
 Crúzanse los piés veloces,
 Vagan los mantos volubles,
 El labio pide á los ojos
 Osadía, amor y lumbre,
 Y los labios á los ojos
 Suplican que no pronuncien.
 Los ojos suplen las voces,
 La sonrisa el fuego encubre,

Y así al amor y al placer
 Todo sirve y todo suple.
 Espléndido está el salón,
 Todo el aire son perfumes,
 Música, citas, suspiros,
 Murmullo, plumas y luces.
 Mas hay un hombre sombrio
 A quien todos llaman duque,
 Y á quien ninguno aventaja
 En la gala que le cubre,
 Cuyos dos ojos tenaces
 Sin que se aparten ó muden
 En el príncipe están fijos
 Cual si temiera que le hurten :
 Si algun importuno acaso
 Su tenacidad reduce
 Siempre á su objeto ambiciosos
 Rápidos se restituyen.
 Al acero se parecen
 Que por mas que se procure
 Doblarle contra el iman
 Siempre hácia el iman resurte :
 Mientras descuidado el príncipe
 Sin que su gozo perturben
 Con una dama en los brazos
 Por el salón baja y sube.
 Es cierto que alguna vez
 Mira de reojo al duque;
 Mas este firme y tranquilo
 Ni le busca ni le huye.
 Es verdad que alguna vez
 El primogénito ilustre
 Su voluptuosa pareja
 Por delante dél conduce ;
 Y tal vez aunque no altivo
 De distinguírle se escuse
 No se alcanza á comprender
 Si es que le honre ó que le injurie,
 Mas el duque no por ello
 En desman alguno incure :
 Siempre el respeto le sobra,
 Ya le responda ó le escuche.

Cesó la danza y la música,
 Que ya el albor se descubre
 Del alba que por los vidrios
 Asoma sus turbias luces.
 Quedó el alcázar tranquilo,
 Despejó la muchedumbre,
 Sonó un beso, y Don Enrique
 Entregó su dama al duque.
 Aquel dijo : « Hasta mañana. »
 Contestó este : « Si á Dios cumple. »
 Y Don Enrique volviéndose
 Siguióle la servidumbre.

LA CORTINA VERDE.

Son unas horas despues,
Y vense en su gabinete
Inés en un taburete
Y Don Enrique á sus piés.

Testigos de sus deslices
En aquel retrete oscuro
Están colgados del muro
De Flandes cinco tapices.

Toda sorpresa exterior
Previenen las celosías
Y dos dueñas de vigias
Que están en el corredor.

Lucha la luz con la sombra,
El rojo sol de occidente
Colora confusamente
Las labores de la alfombra.

Las flores desde el jardín
Prestan al aura perfume,
Y otro al fuego se consume
En el mismo camarín.

Todo es paz, calma y quietud
En el retrete oriental;
Mas si no es paz criminal
No es la paz de la virtud.

Don Enrique está hechicero;
Doña Inés como una estrella;
Voluptuosa está la bella,
Y galan el caballero.

En los ojos de la hermosa
Se está mirando el galan,
Y ambos atizando están
Hoguera tan peligrosa.

Ella en recreo infantil
Destrézale los cabellos,
Bucles haciéndole de ellos
Con sus manos de márfil.

Él con sonrisa liviana,
En acento adulator
Dulces palabras de amor
La dice á la cortesana.

Ella de orgullo suspira
Gozando el favor real,
Aunque él interpreta mal
La vanidad que le inspira.

Él, mancebo y sin consejo
En su amor se está abrasando;
Pero ella está contemplando
Su contorno en un espejo.

Él la dice : « Hermosa estás, »
Y en silencioso desden
Dice ella : « Lo sé tan bien,
Que advertirlo está demas. »

Él con el dulce reclamo
Del silencio engañador

Traduciéndolo mejor
Añade : « Inés, yo te amo. »
Ella culpando su exceso
Cuando mas cerca la estrecha
Le da de sí satisfecha
Por cada palabra un beso.
Y en larga conversacion
Ella altiva, él importuno,
Demuestra bien cada uno
El afan del corazon.
Asi el principe decia
Enagenado á la hermosa;
Y astuta y voluptuosa
Ella asi le respondia.

D. Enrique. Un reino me aguarda, si,
Con él media vida diera
Por gozar, Inés, siquiera
La otra media junto á tí.

D. Inés. Siendo principe, señor,
Dírais, existiendo un año,
Cada mes un desengaño
A vuestro constante amor.

D. Enrique. Pasiones fueran livianas,
Pasatiempos nada mas;
Que no encontrara quizas
Sino amor de cortesanas.

Mas, Inés, viéndote á tí
Esquivarte fuera en vano.

D. Inés. ¡Hoy me adulais cortésano
Que estais delante de mí!

D. Enrique. Te lo juro, hermosa Inés :
Diera mis reales palacios,
Mis coronas de topacios
Por vivir siempre á tus piés.

D. Inés. ¿Tan bella, Enrique, os parezco?

D. Enrique. Como tú no nacen dos.
Y por ello, vive Dios,
Sufro mal que no merezco.

D. Inés. ¿Vos por mí males?

D. Enrique. Si á fé.

D. Inés. No os entiendo.

D. Enrique. ¿Me amas, di?

D. Inés. En mi alma de vos á mí
Si hay diferencia no sé.

Mas...

D. Enrique. ¿Qué, Inés?

D. Inés. ¿Habeis oido?

Jurara que algo sonó.

D. Enrique. Nada he percibido yo....
Ilusion tuya habrá sido.

Quedó Inés un punto en pié
Escuchando perspicaz,
Y asíólo el principe audaz
Repetiendo : « Nada fué. »
Y á fé que era la quietud
De aquel ansioso momento

Tan honda en el aposento
Como en desierto atahud.

Ningun rumor la turbaba,
Ningun susurro se oía
Si alguna vez se eximia
La brisa que murmuraba.

Los vapores del perfume
Que exhala el ancho pebete
Aroman el gabinete
Y el aire que los consume.

La rica tapicería
Inmóvil en el muro está,
Y á sitio seguro da
Cada puerta y celosía.

Hay en el fondo una alcoba
Que, aunque en la sombra se pierde,
Espesa cortina verde
Al ojo su interior roba.

Tal vez el aura sutil
Un instante la movió,
Y eso sin duda causó
A Inés su terror pueril.

Mas repuesta y sosegada
Junto al príncipe otra vez,
Dijole con candidez :
« Teneis razon : no fué nada.

Mas perdonad que haya sido
Tan fácil para el temor,
Que aunque os tengo mucho amor
Tengo miedo á mi marido.»

D. Enrique. No me le nombres, Inés,
Que hasta su nombre me irrita.

D. Inés. La vida, señor, me quita
Con tan zeloso como es.

D. Enrique. ¡ Ah, Inés mia, ese es el mal
Que lamentaba hace poco!...
Tengo de volverme loco

Con un hombre tan cabal.

No hay cortesano mejor
Ni mas puntual caballero,
En la obediencia el primero
Y el primero en el valor.

No hay medio de hallarle infiel
Ni falta que acriminar,
Ni encuentro que castigar
Por mas que lo busco en él.

En la primera escepcion
En que incurra ha de morir.

D. Inés. Señor, ¿ eso osais decir?

D. Enrique. Alma mia, celos son.

No puedo pensar en paz
Que él goza de tu hermosura,
Cuando por igual ventura
Me lamento sin solaz.

¿ Te parece digna traza
un príncipe que osa amarte

Esperar por solo hablarte

A que él se salga de caza?

¿ Es digno de mi ambicion
Que cuando él parte tu lecho
Me dé yo por satisfecho
Con verte por un balcon?

D. Inés. Pero yo, Enrique, os adoro.

D. Enrique. Si, ¡ y en ese amor sobrante
Me arrebatas el diamante
Dándome el arillo de oro!

D. Inés. Os doy cuanto puedo dar.
No podeis mas exigir.

D. Enrique. Aunque él haya de morir
Tu amor solo he de alcanzar.

Ronco, ahogado, comprimido
Sonó un fugitivo acento
Como el rumor del aliento
Largo tiempo detenido.

Perdió la dama el color,
Púsose el príncipe en pié,
Recelando ambos que esté
Alguno en el corredor.

Mas por el mismo lugar
Con muy recatada seña
Oyóse á la astuta dueña
Por el corredor llamar.

A Dios, señor, dijo Inés,
Que de partiros es hora.
— ¿ Hasta cuándo?

— Por ahora.

Si gustais hasta despues.

— ¿ Tanta ventura es verdad?

— Os lo habia prometido.

De caza está mi marido :
Válganos la oscuridad.

¿ Vendreis ?

— ¿ Cómo no ?

— Atended ;

No hagais confianza vana,
Abierta está la ventana
Y es áspera la pared.

— Os entiendo, vendré solo.

— Sí, que la noche es oscura.
— ¡ Oh ! y por tamaño ventura
Fuera yo de polo á polo. —

Salió el príncipe, y la bella,
Orgullosa por su amor,
Saliendo hasta el corredor,
Dejó el camarín tras ella.

Todo en él fué soledad,
Y la cortina arrugando
Vióse al duque murmurando
Inmóvil en la oscuridad.

« Hé aquí que todo lo pierde
« Por no pensar mi muger
« Que yo me puedo esconder
« Tras esta cortina verde. »

JUSTOS POR PECADORES.

—
 Es Clara una hermosa niña
 Que en la faz muestra gentiles
 De sus diez y siete abriles
 Los encantos á la vez.
 Sencilla, mas sin que el mundo
 La sobrecoja ni empache,
 Las pupilas de azabache
 Y de azucenas la tez.

Suelta y libre la cintura,
 Como la noche el cabello,
 Trasparentes en el cuello
 Venas de virgen azul.
 Pié breve y aéreo paso,
 Mas inquieta y mas ligera
 Que en la fértil primavera
 Las hojas del abedul.

Gacela del mirar dulce
 La llamó un árabe errante,
 Sol, azucena y diamante
 Las gitanas que la ven.
 El árabe en sus desiertos
 Con su memoria camina,
 Egipto la vaticina
 Infinito amor y bien.

Sus ojos brillan tranquilos
 Como una noche serena,
 Su alma en ellos se ve ajena
 De temor y de inquietud.
 El duque la dice — amiga —
 Doña Inés la dice — hermana —
 Los mancebos — soberana —
 Y hermosa — la multitud. —

Si se reclina cansada
 Junto á la fuente sonora,
 La náyade protectora
 Parece de su cristal;
 Si corre de los jardines
 Por las sendas desiguales,
 Semeja entre los rosales
 Una sílfide ideal.

Si sonríe es su sonrisa
 Tan pura y tan hechicera
 Cual la blanca luz primera
 Del alba limpia de abril.
 Su voz es á quien la escucha
 Red amante, oculta vira,
 Y el aliento si suspira
 Aura olorosa y sutil.

El duque parte con ella
 Todo el amor de su esposa,
 Doña Inés procura ansiosa
 Con ella olvidarse dél. —
 Y es Clara partiendo entrambos
 Su purísimo cariño,

Para aquella un tierno niño
 Y un serafín para aquel.

Pasó toda aquella tarde
 En el huerto entretenida
 Con una dueña que cuida
 Sus caprichos de cumplir.
 Cayó el sol : enlutó el cielo
 La impalpable sombra inmensa,
 La noche lóbrega y densa
 Amagó el mundo cubrir.

Guardó Clara sus cabellos
 Con un velo, del rocío ;
 Cruzando el jardín umbrío
 Hacia el camarín tornó :
 Y asida á un ramo de flores
 Que robó á la primavera
 Por una oscura escalera
 Hasta el corredor llegó.

Allí Doña Inés posada
 La mano en el antepecho,
 Miraba un camino estrecho
 Que oculto á la calle da ;
 Y en el jardín, tras la dueña
 Que recatada le guía
 Por la misteriosa vía,
 Rápido el príncipe va.

Clara entonces silenciosa
 Viendo á Inés tan distraída,
 De su estancia la salida
 Ganó á su espalda veloz :
 Cayó la puerta de golpe
 Con estrépito violento,
 Y oyóse en el aposento
 Del duque ronca la voz.

Tornóse Inés aterrada ;
 Oyóse dentro un gemido ;
 Aplicó atenta el oído
 Y dijo temblando : — Él es. —
 Rápida, desalentada,
 Por el corredor saltando,
 Dió al jardín encomendando
 Su salvacion á sus piés.

Trémulo, descolorido
 El duque de allí á un momento
 Saliendo del aposento
 Embozado apareció.
 Caló el sombrero á los ojos
 Y dando vuelta á la llave,
 Con paso callado y grave
 La escalerilla bajó.

UN APÉNDICE

A LAS

VENTANAS DE LA DUQUESA.

Triste y lóbrega es la noche;
 No está en el cielo la luna
 Colgada como una antorcha
 Entre la niebla nocturna.
 No es azul el firmamento,
 Que le encapotan y enlutan
 Informes masas de nubes,
 Que á paso tardo le cruzan.
 Todo es silencio en Segovia,
 Las ráfagas no murmuran,
 Que el aire denso y pesado
 Vecina tormenta anuncia.
 Triste y lóbrega es la noche;
 Yace la ciudad á oscuras
 En brazos del primer sueño,
 Inmóvil, opaca y muda.

Con precaucion cautelosa
 Que intento secreto anuncia,
 Corrió una mano el cerrojo
 De un postigo que se ofusca
 En un lado del alcázar,
 Entre prolijas molduras.
 Por ella dos embozados
 Salieron : y á la que alumbraba
 Débil luz de una linterna,
 Por defuera la aseguran.
 Como mucho se recatan
 Y es la sombra tan confusa,
 No se percibe á lo lejos
 Ni su faz, ni su figura.
 Porque es la sombra un cristal
 Que los recelos enturbian,
 Y el objeto que se mira
 Se disminuye ó se abulta.
 Tan velozmente caminan,
 Que pueden dejar en duda
 Si su acelerada marcha
 Es persecucion ó fuga.
 Doblan esquinas y calles,
 Plazuelas y plazas cruzan,
 Dijeran que van perdidos
 Sin encontrar lo que buscan.
 Mas tan decididos siguen
 La dificultosa ruta,
 Que bien se ve que no yerran
 Ni se desorientan nunca.
 El ferreruero cruzado,
 A los ojos la capucha,
 La barba sobre los pechos,
 El morterete sin pluma,
 Van su camino en silencio

Con planta firme y segura,
 Y el uno delante el otro
 Ni se paran ni se juntan.
 Debajo de unas ventanas
 Que con labores difusas,
 Cercan muchos arabescos
 De primorosa escultura,
 Detúvose el de delante
 Diciendo : « Vela y escucha;
 Esperando que yo vuelva
 Sin que nadie me descubra. »
 Replicó el otro en voz baja
 Saludando con mesura :
 « Y si una ronda...

— Que pase.
 Que mi grandeza te escuda.
 — ¿ Y si un curioso?

— Que vuelva
 Atrás.

— ¿ Y si me importuna?
 — Requiere, si no eres manco,
 La razon de tu cintura. »

Siguió adelante, esto dicho,
 Y primero que él acuda
 A dar prevenido y cauto,
 O noticia, ó seña suya,
 Abriéndose una ventana
 Lanzó de su sombra muda
 Con una escala de seda
 Una voz que dijo : « Suba. »
 Subió el galan; mas llegando
 Veloz á la cuerda última,
 Un brazo que sacó un hombre
 Que esconde la catadura,
 Dándole aprisa un saquillo,
 Dijo : « Tome lo que busca. »
 Y cerrando la ventana
 Mano, voz y hombre se ocultan.
 A tal momento en la calle,
 Con voz de duelo y angustia,
 Un ¡ ay! lanzando una dama
 De la escala se asegura.
 Bajó el caballero, y ella
 Hijadeando le pregunta :
 « ¿ Vivis? » y asiendo el estoque
 Él replicó : « ¿ Quién lo duda? »
 Llegó en esto el apostado
 Con la linterna, y á una,
 Dama y galan prorumpieron :
 « ¡ Don Enrique! — ¡ Inés! — Alumbrá. »
 Abrió el principe el saquillo
 Y sintiendo la tela húmeda,
 Metó la mano, y asiendo
 Con asombro lo que oculta,
 Sacó de la hermosa Clara
 La cabeza infantil, mustia.
 « ¡ Santos del cielo! ¡ mi hermana!
 — Su sentencia era la tuya;

(Dijo á Doña Inés el príncipe)
 Válgate pues tu fortuna. » —
 Y dando á la dama el brazo
 Tomando su antigua ruta,
 Entraron en el alcázar
 Por la puertecilla oculta.

▲ LUENGAS EDADES

LUENGAS NOVEDADES.

I.

El príncipe pasó á rey,
 Y como era de esperar,
 Todo debió de cambiar
 Sujeto á distinta ley.

Era la reina muy bella:
 Mas como bella, zelosa,
 Y otra alguna por hermosa
 No tiene igualdad con ella.

Así que el rey Don Enrique,
 Si no adquirió mas virtud,
 De su ociosa juventud
 Puso á los vicios un dique.

De sus amigas livianas
 Mucho el número menguó,
 Y á la reina encomendó
 Sus mas lindas cortesanas.

Es verdad que á las dos leguas
 Doña Gulomar cada día,
 Entretenerle solía
 Dando al matrimonio treguas.

Y es cierto que tan leal
 A su príncipe como ella,
 De su amor le hace querella
 Catalina Sandoval.

Mas pecados reales son
 Que tachar fuera imprudencia,
 Son del cetro una exigencia,
 Escesos del corazón.

Que es mezquino á nuestro ver
 Que mandando tanta gente,
 Un monarca se contente
 Con tan solo una muger.

Si Dios condena el amor
 A la muger del vecino,
 No habla el precepto divino
 Con él con tanto rigor;

Y sin duda alguna es bien
 Que pues la ley dan los reyes,
 Sean ellos con las leyes
 Privilegiados también.

Por eso una alta torre
 Que al campo del moro cae,

Por do Manzanares trae
 Sus corrientes, cuando corre,
 Se oye en la noche callada
 Sobre las alas del viento,
 Un dulcísimo lamento
 Y un arpa bien acordada.

Por eso en la noche oscura
 Dice el necio centinela
 Que en aquella parte vela
 La bruja que el rey conjura.

Pues de tiempo inmemorial
 Por entre el vulgo se suena
 Que allí encontró el de Villena
 Un colega espiritual.

Distinto habitante mora
 Hoy en la torre precita,
 Mas quien es ó quien la habita
 A la verdad que se ignora.

Porque aunque á veces en ella
 Se oye que en trova confusa,
 La voz de quien canta acusa
 Los rigores de su estrella;

Se oye también que suspira
 Tan amantes cantinelas,
 Que si canta entre cadenas
 No canta, sino delira.

A veces una voz blanda
 En estribillo amoroso
 De un amador licencioso
 Nuevas al viento demanda.

Y es tan suave y tan flexible
 Y tan tierna en su cantar,
 Que intentarla remedar
 Fuera á otra voz imposible.

Ya apagada, ya sonora,
 Ya trémula, ya segura,
 Como la fuente murmura,
 Como la tórtola llora.

Ya es un canto ronco y vago,
 Sin tema sobre que acuerde,
 Como un aura que se pierde
 Entre la niebla de un lago.

Ya es alegre y peregrina
 Una voz tan infantil,
 Que no envidia en lo sutil
 Tonos á la golondrina.

Y á veces en la alta, oscura,
 Larga noche allí resuena,
 Varonil, pujante y llena
 Otra voz sin su dulzura.

Mas también con su vigor
 La voz dulce se amalgama,
 Que el aire las desparrama
 En dobles himnos de amor.

Una de amor se querella,
 Y otra canta sus victorias;
 Esta adora sus memorias
 Y las diviniza aquella.

Quien de lejos las escucha
En la negra oscuridad,
Duda si sueña en verdad
Y consigo mismo lucha.
Teme la supersticion
Maleficio en el cantar,
Pero se mueve á escuchar
Temerario el corazon.

Es una noche tranquila,
De esas azules, serenas,
En que de la luna apenas
La pálida luz vacila.

Dentro de aquel torreon
Que caé al campo del moro,
Se escucha el compás sonoro
De la femenil cancion.

Envuelta en oscuro velo,
Emblema claro del luto,
Torna el rostro mal enjuto
Una muger hácia el cielo.

Y brilla mas la tristeza
De su encantadora faz,
Con el llanto que tenaz
Destila de su tristeza.

Y en su angustia solitaria
Demandársela pudiera
Si cancion tan lastimera
Es cántico ó es plegaria.

En un sitial á su lado
Con un láud la acompaña
Enrique cuarto de España,
De su corona olvidado.

Peró ella ensaya tan mal
La endecha triste que canta,
Que mohino el rey aguanta
Mal sentado en su sitial.

Viendo la poca virtud
Que su canto ejerce en ella,
Pues los tonos de la bella
No aciertan con su laúd,

Soltando al fin de la mano
El inútil instrumento,
Dijo con severo acento
Entre brusco y cortesano :

« Para tal torpeza, Inés,
Que no cantes es mejor. »

D. Inés. Cuanto pude hice, señor,
Y os lo ofrezco tal cual es.

Dos meses ha que venis
A gozaros en mi afán
Con el nombre de galán;
Mas como señor pedís.

Sin curar de mi dolor
Mandáisme cantar y canto,
No llorar y enjugo el llanto;
No amar... y muero de amor.

D. Enrique. Inés, importuna estais.

D. Inés. Y vos por demas severo.

D. Enrique. Que estais muy zelosa infiero.

D. Inés. Yo infiero que no me amais.

D. Enrique. ¡Siempre dudas de muger!
¡Siempre igual reconvencion!

D. Inés. Amando de corazon
Amar es obedecer.

Todas las noches traeis
La desazon en el gesto,
Siempre á enojaros dispuesto,
Y no hay de que os enojeis.

El tiempo os parece largo
Que pasais siempre conmigo;
Nunca, señor, os lo digo
Y lo lloro sin embargo.

D. Enrique. Mas todas las noches vengo,
Inés, y no te se oculta
Que siempre lo dificulta
El grave cargo que tengo.

D. Inés. Mas yo, señor, noche y dia

En esta torre encerrada,
Os espero enamorada
Sin tener otra alegría.

Veo la noche importuna,
De la aurora el arrebol,
Nacer y morir el sol,
Nacer y morir la luna.

Y todo el tiempo se va
En inútiles querellas,
Demandando á sol y estrellas
Que me digan « ¿dónde está? »

Veo todas las mañanas,
Asi que el sol reverbera,
Partirse en fuga ligera
Las avecillas livianas.

Todas las noches las veo
Al crepúsculo volver,
Fatigadas puede ser,
Mas cumplido su deseo.

Y á mí el tiempo se me va
En esas rejas vecinas,
Pidiendo á las golondrinas
Que me digan donde está.

Callaba el rey, interés
Prestando á sus voces poco,
Y en delirio amante y loco
Lloraba á su lado Inés.

Él la barba sobre el pecho,
Cruzadas ambas rodillas,
Sus querellas sin oillas
Distraido ó satisfecho.

Ella en mas bajo lugar,
Mal prendido el luengo velo;
Las mangas de terciopelo
Deshilando sin cesar.

El rey, como quien tolera
Algo que le mortifica;

Ella como quien suplica
Algun favor que no espera.

Al fin como quien despierta
De un sueño que le acosó,
Así Don Enrique habló
Con trémula voz incierta.

« Mucho te amé, bella Inés,
Mucho te amo, mas perdona
Que no pueda mi corona
Rendir amante á tus piés.

Casado estoy en verdad,
Y de mi cetro en honor
No cuidaré de tu amor,
Si de tu seguridad.

El duque no sé que es dél;
Y pues se habla de ello mal,
Partirás á Portugal
Con un mensajero fiel. »

Calló el rey, é Inés transida
De dolor tan impensado,
De espalda cayó á su lado
Cercana al fin de la vida.

En sus brazos la sostuvo,
Y á merced de un elixir,
La vida volvió á latir,
Camino el aliento tuvo.

Volvió á herir su corazón
Su altivez ó su mancilla,
Y dijo al rey de Castilla
Con la voz de la afliccion :

« Fué amarus orgullo en mí;
Hízolo amor la porfía,
Mas pues la culpa fué mia
Castigada quedo así. »

Y tornándola á faltar
Segúnda vez el aliento,
Salió el rey del aposento
Tras quien la vengá á ayudar.

II.

Allá por do Manzanares
En humildosas corrientes,
Antes de entrar cortesano
En Madrid sus aguas vierte;
Hay un sitio en que fundaron
Un alcázar otros reyes,
Pardo en el nombre, y perdido
En verdad entre placeres.
En un despejado campo
Que á su entrada el lugar tiene,
Con grande rumor levantan
A toda prisa un palenque.
Dispónense aparadores,
Aparéjanse banquetes;
Do quier se aprestan bajillas,
Y se desputan toneles.
Guirnaldas en los balcones,

Tapices en las paredes,
Pabellones en los techos
Y en las alfombras pebetes.
Do quiera en el campo tiendas
Con banderas diferentes.
Andamios para la corte,
Y andamios para los jueces,
Y en el palacio tumulto,
Y tumulto en el palenque,
Y en las calles y en las plazas
Los que van y los que vienen :
Por allá suben literas,
Por acullá palafrenes;
Por allí de real mandato
De la real guardia ginetes :
Por un lado arcabuceros,
Por otro lado donceles,
Que ganando tiempo y tierra,
Buscando aposentos vienen.
Músicos, dueñas, rateros,
Saltimbanquis y corchetes,
Tamboriles y danzantes,
Curiosos é impertinentes.
Aquí una moza devota,
Que el brazo á una vieja tiene,
Se ajusta en són de maitines
Con un majo matasiete.
Allí un dominico obeso
Abultado de mofletes,
En una niña de quince
Posa los ojos ardientes,
Sin duda alguna admirando
Al Dios que hace aquellos séres
De ojos negros, manos blancas,
Cintura escasa y pié breve.
Mas allá, bajo un sombrero,
Que en la oreja se mantiene,
Alto y torcido el bigote,
Larga espada, y entre el leve
Rizado de ancha valona
Escondido hasta los dientes,
De pié derecho, y la mano
Sobre la cintura siempre,
Está á través escupiendo
Apercibido un valiente,
De esos que dicen « miradme,
Que hay indulgencias en verme : »
Y sobre todo el murmullo
Que tan sin término hierve,
En cóncavo estruendo ronco
Por pueblo y campo se sienten
Los mazos de los peones
Que levantan el palenque,
Y el martillo del armero
Sobre golas y broqueles.

Grandes fiestas se preparan,
Y segun dice la gente,
Son por los embajadores

Que de la Bretaña vienen.
Así también lo confirma
La conversacion siguiente
De dos judíos que aromas,
Joyas y armaduras venden.
— Buen agosto os habeis hecho,
Ruben, á lo que parece.
— No estoy quejoso, en verdad.
— Y aun contento.

— Ciertamente.
— Sed franco.

— ¿Mas he de ser?
— Y por nuestros intereses,
Vayamos ambos á una

Que espero que no nos pese.
— Sea así, hermano Daniel,
Y escuchadme atentamente.
El rey me compró en secreto,
Para lujo en sus valientes,
Las armaduras mejores
Del torneo.

— ¿Cuántas?
— Trece.
— ¡Santos del cielo! ¿En monedas
Os pagó?

— Al punto y corrientes.
— Feliz sois, Ruben.

— Veamos
Vuestra fortuna.

— Yo siempre
Por enemiga la tuve.

— Pero yo sé que igualmente
El rey, Daniel, os buscaba.
— Sí, mas fué ganancia leve;
Aplazóme los caballos
De mejor sangre que hubiese,
Y díle blancos y negros
Los mejores.

— ¿Cuántos?
— Trece.

— ¿Y os quejais?
— ¡Santa Sion!

Pagó dos : los once debe. —
Callaron ambos un punto,
Y á Ruben Daniel volviéndose,
Dijole : mas ya hay quien cubre
Lo que pierdo en los corceles.
Don Beltran armó los suyos
Pródigo con mis arneses.

— ¡Oiga! ¿también Don Beltran
Campo en el cerco mantiene?

— No por cierto; mas levanta
En Madrid otro palenque
Para una segunda fiesta
A la vuelta de los reyes.
A la parte de Alcalá
Tiene apostada su gente,
Para tomar de las damas

La brida á los palafrenes.
— ¡Atrevido es el pagano!
¡Y árdua causa la que emprende!
Los galanes victoriosos
Se le opondrán reciamente.
— Pues Don Beltran de la Cueva
Aun se está tan en sus trece,
Que diz que hasta el mismo rey
Le hará campo aunque le pese.
— Mucho puja.

— Es conde y rico.
— Y el rey es rey.

— Y él valiente.
Y tiene consigo un hombre
Que recata el rostro adrede,
Que es capaz de armar batalla
El solo con diez y siete.
— ¿Un soldado?

— Un caballero.
— ¿Que es quien paga?

— Lo parece.
Que es un estrangero dicen
Que de aventurero viene.
— ¿Trae gente en su compañía?
— Lanzas hasta veinte y nueve.
— ¿Es francés?

— Flamenco.
— ¿Amigo

De las botellas?
— No bebe.

— ¡Cómo!
— Déj se cuentan cosas
Bien estrañas cabalmente.
Dicen que en vela continúa,
No se sabe cuándo duerme.
Que es sóbrio como una monja.
— ¿Mas su nombre?

— No le tiene.
Solo el flamenco le llaman;
Siempre anda solo y le temen.
— ¿Mas no se conoce de él?...
— Nada mas que lo que él quiere;
Y que es alto, recio, osado,
Y á lidiar dispuesto siempre. —

Callaron ambos judíos,
Y en raudo tropel la gente
Se agolpó sobre el camino
A victorear á sus reyes.

III.

Como seis dias despues,
Y hácia las dos de la tarde,
En el prado que en Madrid
Por San Gerónimo sale,
Armados hasta los dientes
Y cubiertos los semblantes,
Estaban dos caballeros

De una ancha tienda delante.
 Detrás de ellos apostados
 En hilera formidable,
 Hay de hasta treinta ginetes
 Potentísima falange :
 Y otros treinta caballeros,
 Cuanto valientes galanes,
 En varios grupos conversan
 De su pompa haciendo alarde.
 Donceles tienen sus lanzas,
 Sus caballos tienen pages,
 Siendo á la par todos ellos
 Soldados y capitanes.
 Detrás hay una barrera
 Que guardan con antifaces,
 Otros doce caballeros
 Sobre doce yeguas árabes.
 A los lados dos andamios,
 Uno con las armas reales
 Y otro con las de Bretaña
 Coronados de sitiales.
 Otro andamio casi enfrente,
 Y en él los jueces y grandes
 Que han de pesar la justicia
 Y la ley de los combates :
 Y el resto cerca una valla,
 Hasta dos arcos triunfales,
 En que remata una liza
 Que por la barrera se abre.
 Banderas de mil colores
 Se estremecen en el aire,
 Que embalsaman ramilletes
 De jazmines y azahares.
 Lindísimas cortesanas
 De cabellos de azabache,
 Tez pálida y ojos negros,
 Bajan el prado adelante :
 Porque ¿qué son los jardines
 En que las flores no salen,
 Sino lo que son las fiestas
 En que las damas no caben ?
 De ambas las tropas que aguardan
 El duro y próximo trance,
 Hablan en voces secretas
 Ambos los gefes audaces ;
 Uno es Beltran de la Cueva,
 Del otro nada se sabe,
 Sino que con treinta lanzas
 Con Don Beltran hizo parte.
 Es de talla aventajada ;
 De nunca visto semblante :
 Vigoroso asaz de miembros
 Y de fuerzas sin iguales ;
 Una hacha de armas esgrime
 Y una espada formidable,
 Que los arneses mas recios
 Desencajan y deshacen.
 Cabalga un potro normando

Como sufrido pujante,
 Que obedece á los impulsos
 De dos largos acicates ;
 Y acostumbrado á la guerra,
 En que há tiempo que le traén,
 Mal le reprime el ginete
 Al oír los atabales.
 A su vez el caballero
 Le acosa con voz tonante,
 Como si el mismo caballo
 A la misma par lidiase ;
 Y dicen que tan á tiempo
 Le segunda, vuelve y parte,
 Que un solo cuerpo lidiando
 Ginete y caballo hacen.
 Así Beltran de la Cueva
 Hablaba á este personaje,
 Y el flamenco respondia
 Con razones semejantes :

D. Beltran. ¿Sereis firme?
Flamenco. Como un roble.

D. Beltran. ¿Lidiareis?
Flamenco. A toda sangre.

D. Beltran. ¿Nadie pasará?
Flamenco. Ninguno

Con espada ni con guante.

D. Beltran. ¿Y si el mismo rey se empeña?
Flamenco. Al rey, vive Dios, que mate

Y lleve su guantelete

En una pica hasta Flandes.

D. Beltran. Si como decís obráis
 Temo que el campo no os baste.

Flamenco. Al tiempo lo recomiendo,
 Y si la suerte me vale,

Vereis que mejor amigo

No hallarais para este trance.

D. Beltran. ¿Qué mote sacáis?

Flamenco. Ninguno

D. Beltran. Pues he visto á vuestro page
 Un broquel con una letra.

Flamenco. Esa letra dice «Nadie.»

D. Beltran. ¿Es orgullo?

Flamenco. Es una historia.

D. Beltran. ¿De amorios?

Flamenco. Y de sangre.

D. Beltran. ¿Sois príncipe?

Flamenco. No por cierto.

D. Beltran. ¿Sois huérfano?

Flamenco. Lo acertásteis,

Porque á ninguno sujeto,

Soy libre y la tierra grande.

Oyóse en esto el tumulto
 De pífanos y atabales,
 Y vióse la polvareda
 Que por el campo adelante
 Envuelve á los que se acercan

Tras los pendones reales,
Que acabados los torneos
A Madrid vuelven triunfantes.
Cabalgó al punto Beltran,
Y cabalgando el de Flandes,
Asió broquel, lanza y brida,
Diciendo con voz pujante:
« ¡A caballo! ¡Voto á Dios!
Y en torneo ó en combate,
No hay que dejar con espada
Desde san Miguel á nadie. »

EL PASO DE ARMAS

DE BELTRAN DE LA CUEVA.

I.

¡Espléndida cabalgada!
¡Caballeresco tropel!
La reina viene montada,
Y el rey la brida dorada
Asiendo de su corcel.

Vienen siguiendo sus huellas
Las cortesanas mas bellas,
Y á su vez los caballeros
Sirven de palafreneros
A los palafrenes de ellas.

Detrás las literas vienen
Sobre esclavos orientales;
Los pages detrás se tienen,
Y el órden al fin mantienen.
Mil arcabuceros reales.

Todo es luego en derredor
Y detrás pueblo y tumulto;
En el centro va el valor,
Y en la fiesta mal oculto
El orgullo y el amor.

Al valor pruebas le dan
Las cotas hechas pedazos;
Orgullosos todos van,
Y el amor probando están
Las empresas y los lazos.

Ondulan los martinetes
Asidos á las cimbras
De los ufanos ginetes,
Y usurpan tocas ligeras
El lugar de los almetes.

Y en vez de ferradas golas
Y de rojas banderolas,
Flotan en suelto equipage
Los velos blancos de encage
De las damas españolas.

Y de las sillas de guerra
Forradas de limpio acero,

Hasta tocar con la tierra,
Cuelga el que de amor encierra
Misterios cendal ligero.

No aprisionan los corceles
Guanteletes ni escarcelas,
Si terciopelos y pieles,
Y ellos van libres y fieles
Sin temor á las espuelas.

Solamente mas severos,
Aunque no siendo mejores,
Tras el rey van altaneros
Pacíficos caballeros
Los nobles embajadores.

Y á sus personas prestando
Las atenciones reales,
En rico y vistoso bando,
Sobre mulas van pasando
Obispos y cardenales.

Todo es lujo y altivez,
Todo es oro cuanto brilla,
Y osténtanse allí á la vez
Los hidalgos de mas prez
De Leon y de Castilla.

Todas las mejores lanzas
De ambos reinos acudieron,
Y descuidando sus danzas,
Osados en esperanzas
Diz que hasta moros vinieron.

Que para ostentar valor
Cualesquiera liza es buena;
Y el moro batallador
Sabe siempre que es mejor
Lidiar en cristiana arena.

Allí en los andamios miran
Sin máscaras las hermosas;
Sus alientos se respiran,
Y á sus miradas aspiran
Las hazañas generosas.

Por eso vienen ligeros
Sobre sus negros corceles
Diez árabes caballeros,
Silenciosos y severos,
Envueltos en alquiceles.

Su mirar rápido, incierto,
La negra barba crecida,
El corcel de oro cubierto,
Todo muestra la atrevida
Generacion del desierto.

Y aunque cuanto audaz cortés,
Culta en usos y lenguaje,
Siempre se alcanza á través
De su magnífico arnés
Algo de origen salvaje.

Llegaron ante la valla
Rey, pueblo y embajadores,
Y al són del clarin que estalla,
Van á ofrecer la batalla
Al rey los mantenedores.

Llegó á sus piés Don Beltran,
 Y díjole audaz : « Señor,
 « Aquí mis nobles están,
 « Que sus lanzas medirán
 « Con vuestra lanza mejor.
 « Y pues por encarecellos
 « Vuestra real esplendidez,
 « Fiestas quiso concedellos
 « Para no ser menos que ellos,
 « Hé aquí campo á nuestra vez.
 « Como tan buenos vasallos,
 « De las damas requerimos
 « Las bridas de los caballos ;
 « Y pues á aquesto venimos,
 « O combatir ó soltallos. »
 Y echando el guante en la arena,
 Brida volviendo á su gente,
 El campo en torno resuena,
 Con largo aplauso que llena
 Cuanto el sol resplandeciente.

Aceptó el rey; y los vientos
 Rasgando los atabales,
 Fueron ocupando atentos
 La multitud sus asientos,
 Y los reyes sus sitiales.

Puestos los embajadores
 A un lado y á otro los jueces,
 Al són de los atambores
 A los nuevos lidiadores
 Requirieron por tres veces.

Lanzáronse hácia la liza
 Hasta cuarenta ginetes,
 Y en su línea movediza
 El aura estremece y riza,
 Crestones y martinetes.

Tascan espumoso el freno
 Impacientes los bridones,
 Henchir queriendo su seno
 Con los belicosos sonos
 De que el aire tragan lleno.

Entonces desde una tienda
 De los que el campo mantienen,
 Al lugar de la contienda
 Un caballo por la rienda
 Dos pages bajando vienen.

Por si quisiera lidiar
 Al rey le ofrecen cortesés;
 Advirtiéndole á la par,
 Que mejor no le ha de hallar
 Ni con mejores arneses.

Partieron los lidiadores
 El sol de la liza igual,
 Y al són de los atambores
 Retados y retadores
 Aguardaron la señal.

II.

Con la visera calada
 Y los lanzones en ristre,
 Los broqueles ante el pecho,
 Sobre los estribos firmes,
 Cerráronse á toda brida
 Los lidiadores insignes
 Los unos contra los otros
 A la voz de los clarines.
 Todo fué polvo un instante;
 No se oye ni se distingue
 Mas que el són que los aceros
 En fiero compás despiden.
 En honda y ansiosa duda,
 En angustia indefinible,
 Almas con ojos esperan
 A que el polvo se disipe.
 Es en vano que las damas
 Al turbio palenque miren;
 Todo entre el espeso polvo
 Está en el campo invisible.
 En vano sobre su escaño
 Se levanta Don Enrique;
 El polvo oculta á sus ojos
 Los que vencen ó se rinden.
 Se oye que abajo en la liza
 La recia contienda sigue
 Porque los gritos no cesan,
 Y los golpes se perciben.
 Unos gritan « Flandes. Nadie. »
 « Al rey, al rey, » otros dicen;
 Y las lanzadas se doblan
 Y los tajos se repiten.
 Ayes, lamentos, insultos,
 Maldiciones, leilíes,
 Relinchos y cuchilladas
 Todo á un tiempo se concibe;
 Todo en tumulto espantable,
 Todo en confusion horrible.
 Todos los gritos se mezclan,
 Y á gran pena se distinguen
 Los de : « ¡ Cierra ! — ¡ Hiere ! — ¡ A ellos !
 — ¡ Alá ! — ¡ Flandes ! — ¡ Don Enrique ! »
 Creyéndose al mismo tiempo
 Por los cierra y los lelíes,
 Que flamencos y cristianos
 Contra sarracenos riñen.
 Rodó al fin el polvo denso
 Con las ráfagas sutiles,
 Descubriendo la vergüenza
 De los que la arena miden.
 Pocos pudieron bizarros
 Al encuentro resistirse ;
 Su mismo impulso fué causa
 Del azar que les affige.
 Quedaron de entrambas partes
 Tan solo trece que lidien,

Son los seis mantenedores
 Los otros siete del príncipe.
 De ellos hasta tres son moros
 Que á los del rey bien asisten,
 Con los alfanges sangrientos
 Y los pala'renes libres.
 Donde una espada se rompe,
 Donde un yelmo se divide,
 Dó quier que un palmo se pierde,
 A un caballo se reprime,
 Allí la lanza de un moro,
 Allí un alfange invisible
 Hierde, acosa, rompe, vence,
 Antes que se le adivine.
 Algunos de entrambos bandos
 Que levantarse consiguen,
 Con los pomos y los puños
 En el combate persisten.
 Dan, cian, avanzan, vuelven,
 Y ligeros como tigres,
 Soltando el inútil hierro
 Con los brazos se reciben.
 Se abrazan y se sacuden,
 Y se cruzan y se oprimen,
 Quedando un momento inmóviles,
 En duda de si respiren.
 Y al fin de afanosa lucha,
 Sin vencer y sin rendirse,
 Ruedan abrazados ambos
 Y cuartel ninguno pide.
 Perdidos entre el tumulto
 Tal vez aún se distinguen
 Sus desesperados esfuerzos,
 Sus convulsiones horribles.
 Hasta que el tropel sangriento
 De los ginetes que viven,
 Los envuelve enteramente,
 Los separa ó los persigue.
 Tocó el sol en occidente;
 Y á la voz de Don Enrique
 Pages entran en la liza,
 Que los heridos retiren.
 Despejado un poco el campo,
 La liza de estorbos libre,
 Quedaron lidiando siete
 Sobre los estribos firmes.
 Don Beltran con el de Flandes
 Y un flamenco que le sigue,
 Con un hacha á cuyos filos
 Mal los broqueles resisten.
 Lidian por el rey valientes,
 Los ventajados en lides,
 El marques de Santillana
 Que negra armadura viste,
 Don Juan Pacheco, que el mando
 Lleva á medias con el príncipe,
 Y el buen conde de Treviño
 Del solar de los Manriques.

Con ellos guerrea un moro,
 De cuya opulenta estirpe
 Dan testimonio y no escaso
 El negro corcel que rige.
 El corvo alfange que empuña
 Y el arnés con que se ciñe.
 Mas todo está deslucido
 Sin que oro ni acero brillen,
 Que todo en polvo y en sangre
 A puro lidiar se tiñe.
 Don Beltran, rota una brida,
 Con esfuerzos increíbles,
 Contra el moro y Santillana
 Ve su salvacion difícil.
 Las damas le victorean
 Mostrando bien cuanto es triste
 Que caballero tan bravo
 Con tal desventaja lidie.
 Los jueces están inquietos,
 É indeciso Don Enrique,
 Duda si el baston de mando
 A tiempo en la arena tire.
 Mas antes que esto suceda
 Se oyó pujante y terrible
 El grito con que el flamenco
 « ¡Flandes y nadie! » repite.
 Y revolviendo el caballo,
 Con impetu se dirige
 Hácia el noble Santillana,
 Que el campo á su empuje mide.
 Entonces al de Treviño
 Volviendo — « Aquí Flandes » — dice;
 Y alzándose en los estribos
 De entrambas manos se sirve.
 Cayó del caballo el conde;
 Y volviendo el que le rinde
 Al soldado que le ayuda,
 Le manda que se retire.
 Quedaron pues dos á dos,
 Cuatro valientes que piden
 Una corona los cuatro,
 Para los cuatro difícil.
 Y bien merecen que en ellos
 Su honor sus partidos cifren,
 Porque no hay mejores brazos
 Para que le depositen.
 Pacheco y Beltran cayeron;
 Pacheco asido á las crines,
 Debajo está del caballo
 Incapaz de desasirse.
 Vino Don Beltran sobre él;
 Mas los jueces que presiden
 Dan por vencido á Pacheco
 Y escuderos le permiten.
 Mientras, agotando esfuerzos
 Que parecen imposibles,
 El árabe y el de Flandes
 La lucha tenaces siguen.

Grita el flamenco — « Aquí Flandes. »
 Y el árabe á cada quite
 Entra y sale huyendo y dando
 Siempre en duda y siempre libre.
 En vano el flamenco acude
 A cuanta fuerza le asiste;
 El moro hace que el caballo
 Pase, cruce, salte y gire.
 Mas cansada su fortuna
 A tiempo que ambos se embisten,
 Al dar una huida el moro
 Hace que el caballo pise
 Tan en vago, que aunque diestro
 Le levanta y le reprime,
 Dobló las manos en tierra
 Tocándola con las crines.
 Esto que viera el flamenco,
 Con empuje irresistible
 Para adelante se viene
 Sin que el moro alcance á herirle.
 Cayó el de Flandes encima
 Y aunque el caballo le oprime,
 Asíó con tal fuerza al moro
 Que le acogota y le rinde.
 Tiró su baston el rey;
 Y al són de los añafles
 Mandó que por los del campo
 La victoria se publique.

III.

Mientras á los plés del rey
 De hinojos Beltran se pone,
 Y el rey le tiende la mano
 Porque con ella se honre,
 A las puertas de la liza
 La multitud agolpóse,
 Para ver la cabalgada
 Cuando á palacio se torne.
 Bajaron de sus andamios
 El rey, la reina y la corte,
 Damas, caballeros, pages,
 Obispos y embajadores.
 De manos de los donceles,
 Recibiendo los bridones,
 Conducir de allí á las damas
 Como enantes se proponen.
 Asidos brida y estribo
 Porque mas fáciles monten,
 Por las hermosas esperan
 Los caballeros mejores.
 Púsose el primero el rey,
 Y ya cortés se dispone
 A dar la mano á la reina,
 Cuando con audacia un hombre
 Cejar haciendo al caballo,
 Sin respeto se la coge.

« ¿Quién se atreve?... » dijo el rey,
 Y en el rostro los colores
 Tornando el gesto alterado,
 Delante su vista hallóse
 La brida asiendo al flamenco,
 Que así osado le responde :
 « Si pasais sin combatir
 « Será sin guante ni estoque,
 « Que he lidiado en el palenque
 « Bajo de estas condiciones. »

El rey Enrique, indeciso,
 De arriba abajo miróle,
 Dudando si por quien sea
 Se lo tolere ó se enoje;
 Pero por mas que á sus solas
 Su pensamiento recorre,
 Como el su rostro recata,
 No sabe si le conoce.
 Al fin fingiendo respetos
 Por sus derechos, cedióle,
 Ya su razon otorgando,
 Ya por secretas razones. —
 Tendióle la mano y dijo :
 — ¡Loor á los vencedores!
 Tomad lo que habeis ganado,
 Que en efecto anduve torpe.
 ¿Quién sois?

— Nadie : esa es mi empresa.

— ¿Es vuestra cifra?

— Es mi nombre.

— Sois valiente, y no os atañe
 Por vida mia ese mote.

— Ya dije que es nombre propio,
 Y no le merezco noble.

— ¿Cómo pues?

— Porque he vendido
 Mi honra y mi nobleza á un hombre.

Tornóle á mirar el rey,
 Y tras cortas reflexiones,
 Con sonrisa ambigua dijo :
 « Id adelante, » y siguióle.

RECUERDOS.

Es una noche tranquila,
 De esas azules serenas,
 En que de la luna apenas
 La pálida luz vacila.
 Algunas nubes errantes
 Por medio el espacio flotan,
 Que así de la luna embotan
 Los resplandores brillantes.
 La brisa fresca que vaga
 Los árboles estremece,

Y según se estingue ó crece,
 Crece el murmullo ó se apaga.
 Noche espléndida y serena
 Que al hombre á pensar convida,
 Y en que resbala la vida
 De gozo y pesar ajena.

En que absorbo el pensamiento
 En vaga meditacion,
 Halla una blanca ilusion
 En cada arruga del viento.

Nada ve el ojo aunque mira,
 Oye el oido y no escucha,
 Y consigo en débil lucha
 Triste el corazon suspira.

Una noche clara y pura
 En que, contemplando el cielo,
 Crece en el alma consuelo
 Y hechiza hasta la amargura.

Noche en que se ve á lo lejos
 Con el fulgor de la luna,
 La ilusion de la laguna
 En argentinos espejos.

En que se ve el bosque umbrío,
 Cual un escuadron gigante,
 Y cual rastro centellante
 La cinta blanca de un río.

Noche en que prestan á una
 Blando perfume las flores,
 Música los ruiseñores
 Y resplandores la luna.

De esas noches que una vez
 Todos los hombres gozaron,
 Y á cuya luz recordaron
 Los sueños de la niñez.

De esas noches, cuya historia
 Dura en el alma escondida,
 Página de nuestra vida
 Pegada á nuestra memoria.

Oyendo el tropel sonoro,
 Con que en murmullos suaves
 Aduermen hojas y aves
 Y aguas, el campo del moro,

Un hombre sobre una peña
 Se alcanza en la oscuridad;
 Mas no se alcanza en verdad
 Si aguarda, medita ó sueña.

Se percibe allá en la oscura
 Sombra negra alguna vez,
 La movible brillantéz
 De su límpida armadura.

Se oye entre las yerbezuelas,
 A cada sacudimiento,
 El brusco estremecimiento
 De sus ásperas espuelas.

Dolientes suspiros lanza
 Del ánima dolorida,
 Tal vez por la antigua vida,
 O acaso por su esperanza.

En esto en una alta torre
 Que al campo del moro cae,
 Por do Manzanares trae
 Sus corrientes, cuando corre,
 Vagó sobre el aura leve
 Voz tan dulce y lastimera,
 Que atenta el aura ligera
 Por oilla no se mueve.

A aquel suavísimo són
 El caballero escondido
 Ansioso prestó el oido,
 Hizose todo atencion.

La voz que oye limpia y blanda
 En estribillo amoroso,
 De un amador licencioso
 Nuevas al viento demanda.

Y es tan suave y tan flexible,
 Y tan tierna en su cantar,
 Que intentarla remedar
 Fuera á otra voz imposible.

Ya apagada, ya sonora,
 Ya trémula, ya segura,
 Como la fuente murmura,
 Como la tórtola llora.

Ya es un canto ronco y vago
 Sin tema sobre que acuerde,
 Como un aura que se pierde
 Entre la niebla de un lago.

Ya es alegre y peregrina
 Una voz tan infantil,
 Que no envidia en lo sutil
 Tonos á la golondrina.

¿Es ilusion mentirosa,
 O es tremenda realidad
 Ese sueño de otra edad
 Mas bella y mas dolorosa?

¿Porqué estremecido miras
 Esa torre solitaria,
 Y al rumor de esa plegaria
 Con pesadumbre suspiras?

¿Qué oyes, caballero, di,
 En ese són misterioso,
 Que el zéfiro vagoroso
 Arrastra ufano hasta tí?

¿Ese que gime en el viento
 Sonido despertador,
 Es un recuerdo de amor,
 O es tenaz remordimiento?

¡Ah! el pensamiento perdido
 Incapaz de decidir,
 Vacila entre el porvenir
 Y las sombras del olvido.

Y aunque aquella voz se oxima
 De mas cercana inspeccion,
 Bien sabe su corazon
 Que aquella voz le lastima.

¿Quién vivirá en esa torre
Que canta tan dulcemente,
Mientras suena mansamente
El Manzanares que corre?

Porque aunque á veces en ella
Oyó que en trova confusa,
La voz de quien canta acusa
Los rigores de su estrella;

Aunque á veces triste canta
Lastimado són de duelo,
Cual queriendo enviar consuelo
Al corazón, la garganta,

Oyó tambien que suspira
Tan amantes cantilenas,
Que si canta entre cadenas
No canta, sino delira.

Cesó la voz de repente,
Y sobre el césped mullido
Oyóse un pié contenido
Que va cautelosamente.

Cada vez mas cerca está...
Púsose en pié el caballero,
Y requiriendo el acero
Preguntó firme: ¿Quién va?

A sus rayos argentinos
La luna dejóle ver
Un page que echó á correr
Dando vuelta á unos espinos.

— ¿Sois vos (le dijo llegando)
Nadie en Flandes, mucho aquí?

— Mucho te han dicho de mí.
— Pues á vos vengo buscando,
Seguidme.

— ¿A donde?

— ¿Temeis?

Dijeron que erais valiente.

— Mas fiarse no es prudente
Del primero....

— Bien haceis.

Dios os guarde: á decir voy
Que os propuse una aventura,
Y desechó por mesura

Vuestra prudencia la de hoy.

— Mucho sabes, pagecillo.
Ve delante.

— Pues de mí
No os separeis, por aquí.

— ¿Dónde vamos?

— Al castillo.

Y de un torreón en el centro
Postigo oculto buscando,
Entraron ambos cerrando
La portezuela por dentro.

FAVOR DE REY.

—

En medio de un aposento
Que el rey Enrique eligió,
Para secreto teatro

De sus comedias de amor:
Él y Beltran de la Cueva,

A quien con prisa llamó,
Están, Don Beltran en pié

Y él tendido en su sillón
Decora el gabinete

El magnífico interior
Cuanto de rico y espléndido

Monarca jamás juntó.
Cuelga una lámpara de oro

Del cincelado artesón,
Forrados en terciopelo

Los muros en derredor;
El pavimento de alfombras

Esquisitas se vistió,
Y sobre el rey pende inquieto

De plumas un pabellón.
Delante tiene á una fiesta

Preparado un velador,
Cual le anhelaran cubierto

La codicia y la ambición.
Copas y cubiertos de oro;

Bajilla que cinceló
Diestro artista, á quien por ella

Dieron riquezas y honor;
Y á su lado entre perfumes

En pródiga ostentación,
Doble y superior servicio

Sobre un ancho aparador.
Siguiendo el rey y el privado

Su rota conversacion,
El vasallo respondia,

Preguntándole el señor.
— ¿Con qué lloraba?

— Doliente

En mis brazos se arrojó
Diciendo: «¿Es él quien lo manda?»

— ¿Y qué respondisteis vos?

— Que en ello vuestros mandatos
No admitian dilacion.

— Muy bien dicho. Y á esa orden
¿Ella qué dijo?

— Señor.....

— Sin escrúpulos decid,
Beltran, que en esta ocasion

Si alguien debiera tenerlos,
Vos cabalmente no sois.

Mas os juro por mi vida
Que no me acusa el menor;

Por el bien de mis vasallos
Tengo en esto obligacion.

Con que ¿qué dijo?

— En injurias

Su lengua se desató.

— ¡Ola, ola!

— Lamentando

Vuestra inconstancia en amor.
— No fué mucho, Don Beltran;

Pero ya, gracias á Dios,
Tenemos algo de mundo
Y há tiempo uso de razon.
Y ¿qué mas?

— Roja de rabia

Mal caballero os llamó,
Indigno de vuestra estirpe,
Hipócrita y seductor.

— Ese ya es otro cantar,
Buen Beltran, mas tengo yo
Para mí que el injuriarme
Era pedirme perdon.

— A vuestro real pensamiento
Sin oponer la menor
Contradiccion, yo os dijera
Que me asiste otra opinion.
— Cómo decid.

— Doña Inés

Por ultrajada se dió,

Y serenándose al punto :

« Bien, caballero; ¿sois vos

(Me dijo con voz resuelta)

Mi guarda ó mi conductor? »

— ¿Y vos?

— Señora, la dije,

Otro el rey os preparó.

— ¿Y ella?

— Añadió: « Pues decidles

De mi parte á ambos á dos,
Que apresuren nuestro viage,

Que estoy pronta y noble soy;

Y al rey en particular,

Que escuse toda ocasion

De sincerarse, que siento

Tal desprecio por su amor,

Que si al paso se me pone

Ni aun he de mirarle yo. »

— Bravamente lo ha pensado;

No lo hiciera yo mejor.

¡Pobre muchacha! En los redes

Que la he tendido cayó.

Callaron por un instante

El privado y el señor,

En consulta cada cual

Con su propia reflexion.

En esto confusamente

Del muro en el interior,

Con misteriosa cautela

Llamada ó seña sonó.

— ¿Han llamado?

— Sí por cierto.

— Ellos serán.

— Sí señor.

— Abrid y en mis conjeturas
Ayúdeme el vino y Dios.

Con un oculto resorte

Don Beltran la puerta abrió,
Y entraron por ella un page
Y el flamenco vencedor.

Tendió el flamenco la vista

Sin señal de turbacion,

Por todo cuanto le alumbran

Las luces en derredor,

Y sereno, altivo, inmóvil,

En la misma posicion,

Con la visera calada

Callando se conservó.

— Venid, le dijo dejando

El monarca su sillón,

Venid al igual conmigo,

Ilustre batallador.

Aliviaos de esos hierros,

Ocupad ese sillón.

Y tendedme vuestras manos,

Que á fé que me harán honor.

Beltran, que sirvan la cena;

Y en tan dichosa ocasion

Chipre, el Vesuvio y Falerno

Nos presten gozo y valor.

¿No os sentais? — El caballero

Sin moverse respondió :

— Yo soy un aventurero

Que por mis desgracias voy

Cumpliendo una penitencia

Que me han impuesto, señor.

No puedo mostrar mi rostro,

Mi nombre, ni mi blason,

Sino al hombre que me venza

En las armas superior;

Y entonces será pidiéndole

En nombre del sumo Dios,

Que me pase compasivo

Con la daga el corazon.

— Caballero, pues que todo

Me convence que lo sois,

Díjole el rey, ¿no pudieran

Alzar ese voto en vos

La voluntad de los reyes,

Ni aun por haceros honor?

Porque en verdad que me aflige

Al daros por galardón

Mi amistad y mi palacio,

No saber á quien los doy.

— Por respeto á mi rey solo

Voy sin ventura, señor;

Ved si estimo vuestras dádivas

Como de quien ellas son. —

Miró al caballero el rey

Con ojo escudriñador,

Y comprimiendo los labios
 A Don Beltran los volvió
 Diciendo : — ¡Cómo ha de ser!
 La voluntad es de Dios.
 Mas ya, señor caballero,
 Que la suerte me privó
 Del placer que me esperaba,
 Pediros quiero un favor.
 — Será mandato, y cumplirlo
 En mí será obligacion.
 — Jurad que lo cumplireis.
 — Jamás he jurado yo;
 Que tengo en mas mi palabra
 Que el juramento mejor.
 — Dispensad, que anduve torpe;
 Concededme por perdon
 Un brindis.

— Eso mas bien,
 Con mil amores, señor.
 Llenó Don Beltran las copas;
 Una cada cual tomó,
 Y alzándose la visera
 El flamenco lidiador,
 Encubiertas las mejillas
 Con un antifaz mostró.
 — Engañásteis mi esperanza,
 Díjole el rey.

— ¡Ah señor!
 Para encubrir mi desdicha
 Es doble mi precaucion.
 — ¿Y quién tanta penitencia
 A imponeros alcanzó?
 — Mi vergüenza.

— Y ¿por qué trazas?...
 — De una muger se valió.
 — Basta y brindad, caballero;
 El que buscaba sois vos.

Bebieron ambos : la mano
 El monarca le tendió.
 — Y ahora, le dijo, escuchadme,
 Si os place, con atencion.
 ¿Quereis llevar en secreto
 Una dama de alto honor
 A Portugal?

— ¡A la misma
 Constantinopla, señor!
 Centellándole los ojos,
 El hidalgo respondió.
 — Está bien, Beltran, mis órdenes
 Llevad á esa dama vos;
 Que al punto partan. — Tomad.
 En ese pliego que os doy
 Encontrareis, caballero,
 Mi voluntad superior.
 En pasando la frontera
 Le abríreis; y en tanto no,
 Ni vos ni nadie á la dama
 Mantenga conversacion.

Ved que en ello os va la vida,
 Pues gentes os daré yo
 Que os velen y os acompañen
 Por mi reino.

— Eso, señor,
 Mas es castigo que premio.
 — Negocios de corte son,
 En que á par necesitamos
 Yo prudencia y vos valor.
 De vuestros treinta ginetes
 Hasta diez irán con vos;
 Los demas á la frontera
 Los enviaré luego yo.
 ¿Comprendisteis?

— Comprendí.
 — ¿Prometéis?...
 — Delante á Dios
 Os aseguro que nunca
 Mi ventura fué mayor.
 — Ah, mirad, se me olvidaba :
 Este pequeño cajon
 Llevaréis á su destino.
 — Decidme su dueño.

— Vos.
 Es un presente que os hago,
 Que os probará, salvo error,
 Que es mi memoria tan larga
 Cuanto la vida en los dos.
 Con que si os cumple, brindemos
 A vuestra vuelta.

— Señor,
 Nadie cuenta con su suerte.
 — No me la aseguro yo;
 Mas si á mi España volveis
 Tal vez halleis lidiador
 Que os arranque vuestro nombre,
 Sin ver vuestro corazon.
 A vuestra salud, hidalgo,
 Y á que nos ayude Dios.
 El rey apuró su copa,
 Y apartando el pabellon,
 Por una puerta secreta
 Del gabinete salió.

CONCLUSION.

Es una tarde nublada
 Que espléndido el sol no alumbra,
 Velado entre las neblinas
 Que el cielo cóncavo enlutan.
 Recio y norte sopla el viento,
 É interceptada y confusa
 La vista á distancia corta
 Los objetos no columbra.
 Es un estrecho camino

Dó entre la arena menuda
 Brota á pedazos un césped
 Que la marcha dificulta;
 Y por entrambos sus lindes
 Mecen sus ásperas puntas
 Zarzas que guardan con ellas
 Frutos que nunca maduran.
 Por él á rápidos pasos,
 Temiendo la noche oscura,
 Las fronteras españolas
 En triste silencio cruzan
 Una dama en su litera
 A la merced de dos mulas,
 Un caballero que el rostro
 Bajo el capacet oculta,
 Y hasta cuarenta ginetes
 Que los custodian la ruta.
 Apenas en Portugal
 Fijaron planta segura,
 Oyóse del caballero
 La pujante voz robusta.
 « Alto, dijo; nadie pase.
 Cada cual consigo cumpla;
 Los españoles á España,
 Y mis gentes aquí juntas. »
 A este mandato obedientes,
 Como cosa en que no hay duda,
 Los de España saludando
 Tornan á su España grupas,
 Y á la espalda los flamencos
 De su capitán se agrupan.
 Este, entonces, con la risa
 En sus labios insegura,
 Esclamó: « Ya está en mis manos
 « Su secreto y su fortuna.
 « Enrique, si en esta dama,
 « Que en verdad lo será tuya,
 « A aclararme tu vergüenza
 « No sirve cuanto discurra,
 « Me libro de mi palabra,
 « Pues mi razón me disculpa
 « Y á recibir te prepara
 « Por tus injurias, injurias. »
 Y rasgando el sello real
 Que el pergamino le oculta,
 Leyó estas negras palabras
 Escritas de la real pluma :

« Mi valiente aventurero,
 Don Rui Pero Sandoval;
 Pues según me son testigos
 Las justas de Don Beltran,
 Tanto os place los corceles
 De nuestras damas guiar,
 Ahí llevais á Doña Inés,
 A quien en Dios y en verdad
 Podeis á donde os contente
 Desde este punto llevar.

Y porque memoria mia
 No os falte desde hoy jamás,
 El regalo que me hicisteis
 En ese cajon llevais.
 Mas os prevengo que cauto
 No entreis en Castilla mas,
 Que en ella os espera una horca
 Mas alta que la de Amán. »

Los ojos desencajados,
 La lengua en la boca muda,
 Contemplando el pergamino
 Que entre las manos estruja,
 Quedó el duque Don Rui Pero
 Sin intencion que le acuda.
 Volviendo al fin en su acuerdo
 Víctima de interna lucha,
 Con que le acosan á un tiempo
 Los recuerdos y las dudas,
 A la litera lanzóse,
 Y asiendo las vestiduras
 De la dama, á viva fuerza
 Sacándola la pregunta :
 — ¿ Quién sois? Por Cristo bendito
 Que lo diga y se descubra. »

Ella de dolor transida
 A tales voces se turba,
 Y el duque la arranca el velo
 Cogiéndole de las puntas.
 Blasfemó el duque; y asiendo
 Con mano audaz é iracunda
 El cajon que le dió el rey,
 Le estrella en la tierra dura.
 Rodó por el campo estéril
 Una cabeza insepulta.
 Desmayóse Doña Inés,
 Corrió una lágrima turbia
 Por los párpados del duque,
 Mas amarga que cicuta;
 Y en el solemne silencio
 De aquella tragedia muda,
 De entre un pabellon de nubes
 Pálida asomó la luna.

LAS DOS ROSAS.

En un escondido valle
 Hay todavía una torre
 Vecina al Carrion, que corre
 De chopos entre una calle.
 Castillo dicen que fué
 Poderoso, mas ya apenas,
 A través de dos almenas,
 Su ilustre origen se ve.

Tendidos sobre una altura
Véñse un torreón y un muro,
Pero en montón tan oscuro
Que medrosa es su figura.

Brota á sus piés sin respeto
Espeso zarzal salvaje,
Cuyo espinoso ramaje
Vejeta al peñón sujeto.

Ya no hay ni mojon ni senda
Que á su rastrillo conduzca,
Ni puerta en que se deduzca
Que hay dentro quien le defienda.

Allá por algunos trigos
Que crecen en derredor
De su ruina y su dolor
Imperturbables testigos,

Hay paredes que á pedazos
Están mostrando que ayer
Pudieran bien mantener
Un pueblo sus rotos brazos.

Hoy en pajiza cabaña
Vela un pastor el misterio
De aquel corto cementerio
Que el agua del Carrion baña.

Allí una generacion
Duerme tal vez escondida...
¡Así de la amarga vida
Las cosas frágiles son!

Sin curar de historias viejas
Al són de tosco estribillo,
El encierra en el castillo
Por la noche sus ovejas.

El agua y el tiempo pasa
Y él no pasa de pastor;
Pues no ha de ser su señor,
Poco le importa la casa.

Al preguntarle qué fué
La techumbre á que se acoge,
Hombros y labios encoge,
La mira y dice « no sé. »

Los días que van pasando
La colina gastarán,
Y al cabo concluirán
El castillejo enterrando.

Entonces ya de la historia
Del edificio primero,
Ni el pastor ni el pasagero
Tendrán confusa memoria.

Apiñada en un hogar
En derredor de la lumbre,
Desvelada muchedumbre
La oirá acaso contar.

Contará un peregrino
A quién tal vez por su cuento
Darán escaso alimento
Para seguir su camino.

Y yo que siempre miré
Como un viage nuestra vida,

Por historia entretenida
Del olvido la saqué.

Si rebelde vuestra alcoba
Mal que pese á vuestro empeño
Os ahuyenta el blando sueño,
Yo voy á entonar mi trova.

Escuchadla; y si al calor
Os dormís de vuestra almohada,
De una noche sosegada
Sois deudores al cantor.

El sol del medio del cielo
Brillantes rayos despide,
Que del Carrion reverberan
Entre las ondas humildes.
Engrosadas van ahora
Con las nieves que derrite
En las crestas de las sierras
Con que Castilla se ciñe;
Y entrambas riberas bordan
Con duros hielos que oprimen
Los restos que dejó mayo
De sus céspedes sutiles.
Altos y desnudos chopos
Las orillas le dividen
Que al agua las ramas tienden
Porque en el agua se miren,
Y ellas ufanas pasando
Por la sombra que reciben
Con blanco murmullo lamen
Los troncos y las raíces.
Es un día puro y diáfano
Cuanto diciembre permite
Que en su mustia presidencia
El sol del invierno brille.
Alegre, cuanto alegrarse
Es permitido á los tristes,
Diáfano cuanto la niebla
A un sol sin fuerza se rinde.
Y es un pueblecillo oculto
Tras una Peña, en que firme
Estriba un alto castillo
Que de protector le sirve.
Dos esquilonos agudos
En disonante repique
El toque de mediodía
Al aire en calma despiden:
Y en medio están de la plaza
Cuantos hidalgos la viven,
Los sombreros en la mano
Inclinadas las cervices.
Las mugeres, apartadas
Sus labores mugeriles,
Esperan devotamente
Que los hombres se santigüen.
Los muchachos impacientes
A hurtadillas se sonrien

Por mas que les amonestan
 Los viejos que les imiten.
 En un balcon de una casa
 Que mas alto nombre pide,
 Por los roidos escudos
 Con que sus paredes viste,
 Por los vidrios que al sol dejan
 Que su interior ilumine,
 Y los calados de un arco
 Que mal al tiempo resiste,
 Hay dos personas que, vueltas
 De espaldas al sol, impiden
 Que se alcance desde abajo
 Si rezen ó si platiquen.
 Una es (con soles por ojos
 Y por labios alielis)
 La mas hermosa villana
 Que con hidalgas compite;
 Rosa nacida en el campo
 Entre zarzales y mimbres,
 Pero á quien ceden vencidas
 Las rosas de los jardines.
 Ufanos la engalanaron
 A porfia los abriles,
 Con cuantas juntaron gracias
 Uno tras otro hasta quince.
 Diéronla negros cabellos,
 Cúttis que afrenta á los cisnes,
 Dentadura igual y enana,
 Cuello torneado y flexible.
 Orlan sus párpados blancos
 Largas pestañas sutiles
 Coronadas por dos cejas,
 Arcos que enojan al iris.
 Cintura escasa, alto pecho,
 Pié breve, resuelto y libre,
 Y dos manos que semejan
 Ramilletes de jazmines.
 Bellisima es la tal Rosa
 Por mas que el pueblo critique
 El orgullo con que ostenta
 Sus encantos juveniles.
 Las mozas que se recata
 De sus amistades dicen:
 Que es la inconstancia excesiva
 Con que desprecia á quien rinde.
 Las viudas que es demasiada
 La libertad con que vive,
 Y muchos los forasteros
 Cuya's visitas admite,
 Y las viejas de su madre
 Murmuran que las recibe
 Con audacia escandalosa
 Y confianza reprehensible.
 Mas Rosa y Brígida en ellas
 Con tan poca cuita siguen,
 Que si estos murmullos oyen
 Se deleitan en oirles.

Por eso tan cortesano
 Baja Don Bustos Ramirez
 Diariamente á su casa
 Del castillo en que reside.
 Baron altanero y mozo
 Afortunado en las lides,
 Cuyas riquezas esceden
 A lo ilustre de sus timbres,
 Dejó há poco de la corte
 La perezosa molicie,
 Las damas voluptuosas
 Y los ruidosos festines
 Por la calma de sus tierras,
 Donde su presencia exigen
 Los negros ojos de Rosa
 Que diz que en los suyos vive.
 Es cierto que se susurra
 Que un mancebo que la escribe,
 Palabra de casamiento
 Tiene de ella, y que es difícil
 Que la renuncie si vuelve,
 Lo que es tal vez muy posible.
 Mas Don Bustos es mancebo
 De nobilísima estirpe;
 Baron que manda vasallos,
 A quien escuderos sirven,
 A quien pages acompañan,
 Y á quien mucho el rey distingue.
 Es señor de horca y cuchillo,
 Rey en aquellos confines,
 Y á quien plebeyos é hidalgos
 Pecho y homenaje rinden.
 Y no es otro el que con Rosa
 Sobre el balconcillo sigue
 Dando á la plaza la espalda
 Mientras que dura el repique.
 Al fin santiguado el monge
 Que el templo del lugar sirve,
 Cada cual tornó á su espera,
 Y á sus requiebros Ramirez.
 Apoyado sobre el codo
 Deja que el cuerpo se incline,
 Guardando tras una mano
 Una mejilla invisible;
 Y á favor de esta postura
 Al pueblo curioso impide
 Que le acche las palabras
 Que á la muchacha dirige.
 En la espresion inefable
 Con que Rosa le sonrie,
 Bien se ve que en vez de enojos
 Satisfacciones recibe.
 Ni menos de sus palabras
 El castellano se aflige,
 Pues cuanto ella mas tolera
 Mas él confiado insiste.
 Él platica: ella le escucha
 Sin que altanera le esquite,

Y él mas se la acerca osado
 Cuanto ella oyéndole sigue.
 Hubo un instante de aquellos
 Que el amor llama felices,
 Que con el alma se sienten
 Y con el alma se miden,
 En que los ojos de Rosa
 Tomaron indefinible
 Una espresion que imitaba
 El gozo en los serafines.
 Brotáronle de ambos ojos
 Sobre los puros matices
 De ambas mejillas, dos lágrimas
 Ardientes, irresistibles.
 Y apenas aparecieron,
 Cuando rápido Ramirez,
 Secando una con sus labios,
 Así imprudente la dice :
 « Mañana serás mi esposa.
 — Señor!

— Mañana.

— ¿Es posible?

— Aquí mi palabra empeño.
 Mañana es fuerza que brille
 Mi castillo con tus ojos,
 Con tu hermosura mi estirpe. »
 Bajó, esto dicho, á la plaza
 El impetuoso Ramirez,
 Y al monge y al pueblo atento
 Estas palabras dirige :
 « Esta noche pueblo y valle
 Con hogueras se ilumine :
 Que redoblen los panderos
 Y las campanas repíquen;
 Que se remedien los pobres,
 Que se consuelen los tristes,
 Y todos á mis festejos
 Desde ahora se conviden.
 Mis aparadores cerquen,
 Mis anchas cubas despiten,
 Mis tesoros se repartan
 Y se embriaguen con mis brindis.
 Vasallos, de hoy por tres años
 Quedais de tributos libres,
 Y de este modo mis bodas
 Se dispongan y publiquen. »
 Rompió en aplausos la gente
 Que su largueza bendice,
 Y los vivas se redoblan
 Y las gracias se repiten.
 « Dádselas á la hermosura, »
 Dijo Don Bustos Ramirez,
 Señalando á las ventanas
 De donde ella le despide;
 Y aplicando las espuelas
 Al negro potro que rige,
 Hace que en rápido escape
 Al parque le precipite.

Quedó aplaudiendo la plebe
 Agradecida y humilde,
 Y Rosa aun en sus ventanas
 Muy mal su orgullo reprime.

—
 Algunas horas despues,
 Ya bien entrada la tarde,
 La tierra entregada en brazos
 De las nieblas impalpables,
 De una lámpara de cobre
 A los rayos desiguales,
 Lee Rosa unos pergaminos
 Que acaba de darla un page.
 Pasaban sus negros ojos
 De orgullo y placer radiantes
 De un renglon á otro renglon
 Sin apenas descifrarles.
 Los labios la sonreian,
 Y trémulos dilatándose
 Por lo bajo murmuraban
 Sonidos de cada frase.
 Una caja de olorosa
 Madera tiene delante,
 Y de un cordoncito de oro
 Pende en su diestra una llave.
 Dobló alegre el pergamino,
 Y agradeciendo el mensaje,
 Despidió al buen mensajero
 Y á voces llamó á su madre.
 Subió la vieja asustada,
 Recelosa de algun lance
 Que en parientes ó en amigos
 La fatal carta anunciase.
 Mas apenas en el cuarto
 Puso los piés vacilantes,
 Rosa, cerrando la puerta,
 Dijola palabras tales :
 « Entrad. Nuestra es la fortuna;
 De contento no me cabe
 En el pecho el corazon,
 Ni atino cómo explicarme. »
 Brígida exclamó angustiada :
 « Por Dios, muchacha, que acabes,
 Que tengo el alma en un hilo.
 — Esta llavecita la abre.
 — ¿Pero qué se abre?

— Esa caja.

— ¡Válgame el cielo! ¡diamantes
 — Si por cierto.

— ¿Y quién...?

— Es mía.

— ¿Quién te la ha dado?

— Ese page.

— ¿De Don Bustos?

— De Don Bustos.

—Y tomarla es...

—Indudable.

Es el regalo de bodas
Que el de Ramirez me hace.

—¡De bodas!

—¡Pues si me caso!

—¡Muchacha! Vas á matarme
Con tanto rodeo. Acaba.

—Por Dios que sois torpe, madre.

Si la caja es de Don Bustos,

¿Con quién quereis que me case

Sino con él?

—¿Con tan alto

Baron piensas enlazarte?

—¿Qué me falta para ello?

¿No son mis ojos bastante

Para que pueda mi frente

Con su corona igualarse?

¿No soy hermosa?

—Eso sí.

—Oh! y no porque yo me alabe,

Pero sí encuentra otra Rosa,

No digo yo en todo el valle,

Sino en la corte, en España,

Si la encuentra... que se case. »

Y así diciendo, á un espejo

De reajo contemplándose,

Desplegaba una sonrisa

Que diera envidia á los ángeles.

Viala la pobre vieja

Sin que apenas la bastasen

Para darla entero crédito

Ni su accion ni su lenguaje.

Rosa en tanto, alta la frente,

Los ojos de una á otra parte

Inquietos y desdeñosos,

Altivos los ademanes

Despreciando hosca y soberbia

Cuanto en torno suyo trae,

La magestad ensayaba

Que es forzoso que acompañe

A quien ha de ver un día

Sus vasallos humillarse,

Y hacer á la plebe grupos

Para verla cuando pase.

Despues de largo silencio

Que duró par ambas partes

Cuanto bastó á su esperanza

Para alzar torres al aire,

Y amasar en sus adentros

Tan rápidas novedades,

A Rosa para engreirse,

A la otra para asombrarse;

Asiéronse de la caja,

Y dando vuelta á la llave

Atónitas empezaron

A gustar las realidades.

Allí ricos brazaletes

Y diademas y collares,
Allí amatistas y perlas,
Cornalinas y corales;
Probáronse los anillos,
Las pulseras de brillantes:

No quedó nada por verse

Ni nada por admirarse;

Todo pareció á propósito

Hecho para aquel instante;

Todo era espléndido y rico,

Nada pequeño ni grande.

« Esta guirnalda, decian,

Para el día en que te cases.

—Sí, el collar por la mañana,

La diadema por la tarde.

—¡ Linda estarás!

— Ya vereis

La vez primera que baje

A visitar á mi pueblo.

—¡ Hechicera!

—¡ Oh admirable!

—¿ Y qué dirán esas moñas

De hidalguillas?

—Dejad que hablen.

Ya me besarán la mano.

—Eso sí, por mas que rabien.

—Se arañaran por un dije

Si yo se le regalase.

—Mal hicieras.

—¡ Ah, ni un hilo

Para esas villanas, madre! »

Aquí llegaban gozosas

Cuando oyeron en la calle

Un caballo que en la plaza

Entraba á resuelto escape:

Paróse á su misma puerta,

Sintióse despues el grave

Rechinar de los portones

Y volver luego á cerrarse.

« ¡ Él es!

—¿ Quién?

—Don. Bustos.

—¡ Vaya!

—¡ Pronto! Salid á alumbrarle.

Mandad que el potro le tengan,

Que le piensen y descansen. »

Y asiendo la lamparilla

Temiendo que el tiempo falte,

Fuése hácia la puerta Rosa

Que hasta la escalera sale;

Pero antes que al picaporte

La linda mano llegase

Abriéronla por de fuera,

Y con pena de hija y madre

Entró cubierto de lodo,

Sangrientos los acicates

Y armado hasta los bigotes

Su pariente Pedro Ibañez.

Quedó estúpida la vieja ;
 Tornóle Rosa el semblante,
 Y él tendiéndolas los brazos
 Dijo : « Yo soy, abrazadme. »
 Dejó la luz la muchacha,
 Y del mozo retirándose,
 Replicóle : « Bien venido :
 Pero has llegado muy tarde. »

Asentados en silencio
 En derredor de la mesa
 Están Ibañez y Rosa,
 Él triste, y mohina ella.
 Rosa los ojos clavados
 En el techo, airada muestra
 El disgusto con que á Ibañez
 En aquel punto contempla :
 Y en vano del bello mozo
 La vaga mirada inquieta
 Las miradas de la ingrata
 Porque se encuentren acecha.
 En vano tras de la lámpara
 Se ampara en la sombra negra,
 Y la ocasion esperando
 Los ojos le reverberan.
 En vano sobre el asiento
 Se revuelve y se impacienta,
 Haciendo á cada postura
 Que rechine la madera ;
 En vano desenlazando
 Del almete las correas,
 Sacudió como al descuido
 De la gola entrambas piezas,
 En vano al asir la espada
 Tropezó con las espuelas,
 Y retumbó el aposento
 En rápido són de guerra.
 Rosa ni por reprenderle
 Ni por saludarle atenta,
 Sobre el mancebo los ojos
 Bajó un instante siquiera.
 De la habitacion en torno
 De uno á otro objeto los lleva,
 Cual si fuese inventariando
 Todos cuantos hay en ella.
 Viga á viga midió el techo,
 Liston á liston la estera,
 Contó al parecer los vidrios
 De la alcoba y de las puertas,
 Los pliegues de su cintura,
 Las rayas que hay en la mesa
 Y las líneas que sus manos
 Por ambos lados presentan.
 Escuchó el silbar del cierzo
 Que revuelve la veleta,
 El rumor de los que pasan,
 La bulla de las hogueras.

Todo lo que no es Ibañez
 Parece que la interesa,
 Hasta el són con que la lámpara
 Húmeda chisporrotea.
 Pero el mozo allí se está
 Y arrobado la contempla,
 Y dos lágrimas de fuego
 Por las mejillas le ruedan.
 Cansado ya de esperar,
 Y desesperado de ella,
 Díjola con voz tan blanda
 Que contestaran las piedras :
 « ¿ Qué es aquesto, vida mia ?
 Rosa, ¿ qué mudanza es esta ?
 Tú al partirme me llorabas
 ¿ Y te enojas con mi vuelta ? »

Rosa callando seguía,
 Y él siguió de esta manera :
 « Héme aquí que vuelvo honrado,
 Mas tal vez que lo merezca,
 Amigo de los valientes,
 Querido en la corte mesma.
 Pensé merecerte ahora,
 Y he conseguido licencias
 Para casarme contigo
 Y alejarme de la guerra. »

Rosa callando seguía
 Como á quien oír le pesa,
 Dando entre las blancas manos
 A los ceñidores vueltas.
 Ibañez, apenas dueño
 De su rebelde paciencia,
 Entre ofendido y colérico
 Aguardaba una respuesta,
 Hasta que viendo que Rosa
 Toda agotársela intenta,
 Con sordo acento la dijo
 Zelosos ojos tendiéndola :
 « Si las nuevas que heube tuyas
 Cuerdo estimase por ciertas,
 Vive Dios que no tornara,
 Rosa ingrata, para verlas.
 Si pensara yo que imbécil
 El oro te enloqueciera,
 Trajera cuanto mi lanza
 Para los cobardes deja :
 Y si que ansiabas supiese
 Honras de vana nobloza,
 Prendiera yo al condestable,
 Y conde ó marques volviera.
 Pero yo te quise, Rosa,
 Aunque altiva no opulenta,
 Y pensé que por valiente
 Simple hidalgo me quisieras. »

Rosa á este punto dejando
 El sillón en que se asienta,
 Díjole : « Ibañez, dejemos
 Semejantes controversias :

Si te quise y no te quiero...

— ¡Por Dios vivo!...

— Ten la lengua.

Mañana mismo me caso;
Y por súplica postrera
Espero que de este pueblo
Partas esta noche mesma.
Seré inconstante, traidora,
Liviana... cuanto tú quieras.
Pero lo tengo pensado
Y estoy, Ibañez, resuelta.

— Pero...

— Tu empeño es inútil.

Mi voluntad es aquesta.

— Y tus votos...

— Fueron falsos.

— Y tus caricias...

— Quimeras.

— ¡Y tantos años perdidos
En ilusiones risueñas!
¡Tantos sudores y afanes,
Tantos peligros por ella!
¡Virgen santa! yo deliro.
¿Qué infernal vision es esta?
Porque á juzgarla posible
Tanto tiempo no viviera. »

Y así Ibañez exclamando

Se asia de las melenas
Desencajando los ojos
Como á quien sueños aquejan.
Rosa, la luz en la mano
Caminando hácia la puerta,
Miraba el dolor de Ibañez
Con espresiva impaciencia.

En esto en el aposento

La faz amante risueña,
El ferreruelo forrado
De blanca y crujiente seda,
Dorado estoque, y de plumas
Linda gorra en la cabeza,
Entró Don Bustos Ramirez
En apostura altanera;
« Linda Rosa... » dijo: y viendo
A Ibañez que le contempla
Con ojos entumecidos
Tornó la vista severa.
Rosa apresurada dijo:
« Es un pariente que llega
De la ciudad. » Y Don Bustos
Prosiguió así: « Norabuena.
Seais, hidalgo, bien venido:
Asistireis á la fiesta,
Y recibirán mis bodas
Honra con vuestra presencia. »
Tendió al soldado la mano,
Y él sin mirar lo que hiciera,
Con el recio guantelete
La suya al baron presenta.

La asíó Don Bustos y dijo:

« A no saberlo, creyera
Que fuera en vez de amistad
De reto esta mano prenda. »
Miróle Ibañez un punto,
Y en insondable reserva
Velando el gesto, repuso:
« Tomadla como os convenga. »
Y tornando las espaldas
Tomó á oscuras la escalera.

—

De brindis y carcajadas
Estrepitoso rumor
Se levanta de Don Bustos
En un inmenso salon.
Alúmbranle mil bujías
Suspensas en derredor,
Entre guirnaldas de flores
Que hábil mano entrelazó.
Vistiéronle de tapices
Esquisitos en valor,
Y cubriéronle de alfombras,
De un califa regio don.
En ricos aparadores
Remeda la luz del sol
Vajilla espléndida de oro
De magnífico primor.
Rueda el cristal por la mesa,
Y en no interrumpido són
Gotea de vaso en vaso
Dulce y sabroso licor.
La fiesta es libre, opulenta,
Porque pródigo el baron
A todo el pueblo de Rosa
Bodega y festin abrió.
Es cierto que á los principios
El respeto á su señor,
Conteniendo á los vasallos,
Las lenguas les refrenó.
Mas al fin, de los manjares
El succulento vapor
La libertad y la audacia
A los villanos volvió.
Alzaron desordenados
Una voz sobre otra voz.
Un brindis sobre otro brindis:
Crecía la confusion,
Aumentábase el tumulto,
Y con discorde clamor
Cruzaban de una á otra punta
Osada conversacion.
Ocupaban los hidalgos
En la parte superior
Esaños de terciopelo
Casi á los piés del baron.
Y este mas alto con Rosa
Usaba otro aparador

Bajo un dosel de brocado,
 Dó se ostenta su blason.
 Pages les sirven: doncellas
 Les escancian el licor,
 Y el contento les atiza
 La insolencia del bufon.
 Al testero de la mesa,
 Y en preferente sillón,
 Está el capellan sentado,
 Y síguete luego en pos
 El ilustre ayuntamiento
 En gregüescos y en jubón.
 Enfrente entre otros hidalgos,
 En ademan pensador,
 Se ve al sério Pedro Ibañez,
 Que bocado no gustó.
 Hinchados tiene los ojos,
 Los cabellos sin olor,
 La espada y la daga al cinto,
 Y el duelo en el corazón.
 El resto ocupan sin orden
 Los que de Busto á la voz
 El mejor sitio encontraron
 Al entrar en el salón.
 Los que en aquel no cupieron
 Acomodarlos mandó
 En otra mesa tendida
 En un largo corredor,
 Y allí gritan y disputan,
 Harta apenas su ambicion,
 Con los sabrosos manjares
 Que devoran sin temor.
 Toda la fiesta es tumulto,
 Todo murmullo el salón,
 Todo embriaguez y locura
 Los vasallos y el señor,
 Y á pesar de los secretos
 Con que á la conversacion
 Dan impulso las mugeres
 Murmurando á media voz,
 Rosa está linda, hechicera,
 Como jamás se mostró
 Caprichosa su hermosura
 Vertiendo gracias y amor.
 Mirándose está en sus ojos
 El fortunado barón,
 Olvidando ante su amada
 Cuanto hasta entonces gozó
 Y ella radiante de orgullo
 Alimenta en su ilusion
 Los hechizos que le embriagan
 Con estudiado primor.
 Con lujosos atavíos
 Astuta se engalanó,
 Que acrecientan el deseo
 Del turbado corazón.
 Guirnalda de blancas perlas
 A sus cabellos ciñó;

Escotado hasta los pechos,
 Bordado de oro el jubón,
 El cuello de márfil orla
 Collar de bajo color,
 Del que pende de brillantes
 La señal de redencion;
 Y están sus brazos desnudos,
 Cuyo brillo tentador
 Ostenta en sus movimientos
 Esquisita perfeccion.
 Don Bustos, á quien anima
 La eficacia del licor,
 Decia en són de mandato,
 Fuerza añadiendo á la voz:
 « Agotadme las bodegas,
 Que si dejais, ¡vive Dios!
 Una gota, habeis de hacerme
 De todo restitution.
 A eso os llamé á mi castillo
 Y á mis fiestas, que sinó
 Conforme me caso solo
 Gozara solo. »

Al rumor
 De estrepitosos aplausos
 Estremeciése el salón,
 Y por sobre el ronco ruido
 Asi don Bustos siguió:
 « ¡Eh! Don Pedro, mi pariente,
 Capitan, ¿qué os haceis vos?
 ¿Estais enfermo, ó acaso
 Os dijo algun impostor
 Que el mayordomo envidioso
 Mis cubas envenenó?
 Si tal pensais, os ofrezco
 Completa satisfaccion.
 Y á propósito... »

Así hablando
 Su inmensa copa apuró.
 Tornaron las carcajadas,
 Los aplausos, y el barón
 Encarado aun con Ibañez,
 En voz de mofa siguió:
 « Puesto que vos no habeis hecho
 A mis venenos honor,
 Os encargo que si muero
 Me enterrais como á quien soy. »
 Volvieron á los aplausos,
 Y á tan tumultuoso són
 Asomaron por la sala
 Las gentes del corredor,
 Que aumentaron el desórden
 Preguntando en peloton:
 « ¿Qué es aquesto?

— Entrad, amigos, »

Don Bustos ronco clamó.
 « Vereis un anacoreta...
 Por la cruz del Redentor,
 Capitan, brindad conmigo

A mi venturosa union... »
 Ibañez la inmensa copa
 Levantándose tomó,
 Mostrando el sombrío gesto
 Mas que contento furor;
 Y afectando complacerse,
 « Brindemos, dijo, baron. »
 Mas Don Bustos atajándole
 El brindis le interrumpió:
 « A mi embriaguez de esta noche,
 Que me emborracho por dos. »
 A estas palabras de Bustos
 De emponzoñada alusion,
 Ibañez soltando el vaso
 Cayó vertiendo el licor.
 « ¡Bravo! ¡sin haber bebido
 El sueño le acogotó!
 Capitan, voto á mi sangre
 Que sois un mal bebedor. »
 Seguía Ibañez tendido
 De espaldas en el sillón,
 Cogidos todos sus miembros
 De congojoso temblor.
 Mofáronle los villanos,
 El gesto Bustos frunció,
 Palidecieron las mozas,
 Y en visible turbacion,
 Rosa sobre el blanco pecho
 Pálida la faz dobló.
 Don Bustos rompiendo un vaso
 Alzó iracundo la voz:
 « ¿Os pesa, por vida mía,
 Capitan, mi dicha á vos? »
 Alzóse sobre su asiento,
 Y el pueblo entero calló;
 Porque los ojos de Bustos
 Centellaban de furor,
 Temblaba en su escaño Rosa,
 Y así decía el baron:
 « Brindad, capitan, conmigo,
 A mi boda, ó, vive Dios,
 Que esta noche mis lebreles
 Os desgarran el jubon. »
 A tan brusco llamamiento
 Pedro Ibañez requirió,
 Poniéndose en pié, su espada,
 Con semblante tan feroz,
 Que oyóse entre las mugeres
 Un ay! sordo de pavor,
 Y á sus espaldas la turba
 Cobarde retrocedió.
 Don Bustos Ramirez, puestos
 Ambos piés en su sillón,
 La izquierda sobre la mesa
 Que al recibirle crujió,
 Mirábale de hito en hito;
 Y el áspero ahogado són
 Que le hervía dentro el pecho,

El borrascoso color
 De sus ojos, la melena,
 Que le cuelga en confusion
 Uniéndose con la barba
 Que le cerca en derredor
 Todo el rostro, le semejan
 A un formidable leon
 Que acecha sobre una roca
 La vida del cazador.
 Pedro Ibañez frente á frente,
 Sin muestras de turbacion,
 Fijó en sus ojos los ojos
 Y á la lid se apercebíó.
 Pasó un momento angustiado
 En que nadie de los dos
 Con movimiento ó palabra
 La contienda provocó.
 La turba tenia ahogado
 El aliento de terror,
 Y de ambos podía oirse
 El latir del corazón.
 Al fin Don Bustos en hondo
 Gemido, torvo exclamó:
 « Brindad, hidalgo, á mis bodas,
 U os juro á mi salvacion,
 Que en la escarpia de una almena
 Os ahorco como á un traidor. »
 Ibañez á estas palabras,
 Como una tigre veloz,
 Saltando sobre la mesa
 Ligeramente una copa asió,
 De un paso salvando el trecho
 Que le aparta del baron.
 « Brindemos, dijo.

— A esta noche,

Bustos repuso, á mi amor.

— A mi cabeza, Don Bustos,

Que clavada en un lanzon,

Os recuerde á todas horas

Toda una noche de amor.

— ¿Es un insulto?

— Es un brindis.

¿No le aceptais?

— ¡Sí, por Dios!

Bebed, y á que esa cabeza

Sea la última ilusion

Que alcancen á ver mis ojos

De mi féretro en redor.

— Sea!

— Sea! »

Y afirmando

Tan sacrilega intencion,

Todo el licor se sorbieron

De un solo trago los dos.

Está la noche serena,
 Melancólica la luna

Reverbera en la laguna
Y manso el aire resuena.

Murmura en la parda sombra
Inquieto el Carrion pasando,
Con limpios hielos orlando
Del campo la árida alfombra.

No se alcanza en la ribera
Ni césped, ni flor, ni espiga,
Que brote á la sombra amiga
De alguna encina altanera.

Todo el campo es soledad,
Silencio y vapor confuso,
Que en todo el invierno puso
Viudez y esterilidad.

Vése á lo lejos la sierra
Como aparicion estraña,
Que en la escarpada montaña
La nieve esconde la tierra.

Y entre las breñas se escucha
La ronca voz del torrente,
Cuyo ancho raudal rugiente
Conquistando espacio lucha.

Tal vez del mastin atento
Resuena el tenaz ladrido,
Oliendo el lobo escondido
Que acecha el redil hambriento.

Al pié de la alta colina
Yace el lugar solitario
Acogido el veindario
Al corro que le domina.

Sobre el negro castillo
De Don Bustos se columbra,
Del astro de paz que alumbrá
Al resplandor amarillo.

Y aun vomitan sus ventanas
En confusion infernal,
Las cantigas que profanas
Respira la bacanal.

Aun puede oírse por ellas,
Con el brindis del baron,
El seco y discorde són
Del vino y de las querellas.

Viénense allí á dibujar
Con la luz de las bujias,
Mil medrosas fantasías
Espantosas de mirar.

Y los vidrios de colores
Rádan en la lobreguez
La movible brillantéz
De fugaces resplandores.

Al pié del áspero muro
Inmóble en la sombra está,
Contemplando las ventanas
Con desesperado afán.
Torvo el semblante y lloroso
Sin apenas alentar,
El triste y burlado Ibañez
En insufrible ansiedad.

Crispados tiene los puños,
Desencajada la faz,
Y el cuerpo todo acosado
De una convulsion mortal:
Vése en el húmedo ambiente
Su aliento á veces vagar,
Como sombras que brotando
Viven un punto no mas.
Por los espesos bigotes
Filtrando el rocío va,
Y mojóndolas, sus ropas
Azota el aire fugaz.
Amante desventurado
Y desdeñado galán,
Está en su mente midiendo
La infinita eternidad.
Porque, ¿qué vida le aguarda,
Ni qué vida ha de esperar
Quien no halla en sus negros días
Mas que tedio y soledad?
Tantos sueños de ventura,
Tanta ilusion celestial,
Tanta esperanza engañosa
Perdida en la realidad.
Tantos afanes por ella,
Tanto sufrir y lidiar,
Mirando la luz lejana
De un mentiroso fanal,
Que fué tan solo el reclamo
Que anunció un puerto falaz,
Para mirarle mas cerca
Engañado zozobrar!
¿Dó están las fragantes flores,
Las bendiciones dó están,
Con que el amor deliraba
En la juvenil edad?
Él fué á la sangrienta guerra
Como valiente, á buscar
Premio y fortuna de hidalgo,
De que se sintió capaz.
Pródigo vertió su sangre
De su vida sin piedad,
Por volver ante su Rosa
Digno de su amor fatal;
Y ella en tanto deslumbrada
O acaso liviana asaz,
En los brazos de otro dueño
Se dispone á reposar.
¡Oh! que esas risas confusas
Que oye á través del cristal
Desde el infame castillo
A la atmósfera brotar,
Le parecen los ahullidos
Con que una turba infernal
Aplaude atroz los tormentos
Que alambica Satanás!
Ellos celebrando alegres
En ruidosa bacanal

El bien que en despecho eterno
 Infeliz él llorará.
 Ellos brindis y cantares,
 Y amor y felicidad,
 Y él lágrimas y dolores
 Que nunca se acabarán.
 ¡Oh! y cobarde, aunque ofendido,
 Resignado dejará,
 Aunque él su ofensa no olvide
 Que la olviden los demás!
 Mas ¿qué escucha el desdichado
 Con esa atención tenaz,
 Que hacía adelante tendido
 Al borde del foso está?
 Los ojos le brotan fuego,
 Creciendo al aliento va,
 Y atenazados los dientes
 Déjanle apenas lugar.
 Calmado el rumor lejano
 De la impura bacanal,
 Oyóse un canto dulcísimo
 En el salón murmurar.
 Era una voz amorosa
 Y de enloquecer capaz
 Al corazón mas hundido
 En torpe incredulidad.
 Del arpa del trovador
 Al misterioso compás,
 Suena á pedazos, perdido
 En la distancia el cantar.

« Mi vida, Busto, y mi alma
 « No tengo en mi mano yo;
 « No tengo que darte, Busto,
 « Sino cuanto guarda de fé el corazón.
 « Yo te le doy todo entero,
 « Vida y alma vuelva á Dios
 « Cuando le plazca, y tú, Busto,
 « Hasta á mi sepulcro disputa mi amor.»

Cesó el cántico, y se oyeron
 Largos aplausos sonar,
 Que estremecieron el aire
 En prolongada espiral.
 Ibañez, como viagero
 Que harto ya de caminar
 Se sienta á buscar reposo
 Donde ha de abrirse un volcán,
 Retrocedió de aquel canto
 Al desgarrador compás,
 Despierto á la voz de Rosa
 Su mal adormido afán.
 « Dale, ya que está en tu mano,
 ¡Ingrata! ese corazón
 (Dijo), y el alma y la vida
 Que vuelvan torpes á Dios.
 Dásele, que por un soplo
 Con que tornaros carbon

Toda el alma y media vida,
 A Satanás diera yo. »
 Y aquesto diciendo Ibañez
 En agonía mortal,
 Revolcábase en la arena
 Hiriéndose sin piedad.
 Lanzaba del hondo pecho
 Bramido tan gutural,
 Tan feroz, que aun á las fieras
 Alcanzara á amedrentar:
 Y dijeran, escuchando,
 El ruido que haciendo está,
 Que luchaba alguna de ellas
 Con otra en la oscuridad.

Rueda entretanto la argentina luna
 Del vago cielo en el espacio azul,
 Sombra dejando y niebla que importuna,
 Mancha y entume su radiante luz.

La escarcha entre los céspedes se cuaja
 Deshaciéndose en gotas de cristal,
 Y cada espino que Aquilón rebaja,
 Perlas por fruto transparentes dá.

En confusa ilusión todo se ostenta
 En la estéril llanura del país,
 Entre el velo de nieblas que se aumenta
 Cual pabellón colgado del zenit.

Allá en un valle dó la niebla impura
 Tarda se posa, el rápido Carrion
 Frágil rodando en soledad murmura
 Con medroso y monótono rumor.

Ya del castillo en el salón se mengua
 La báquica algazara del festín,
 Torpe tal vez con el licor la lengua,
 Cuyo peso no alcanza á resistir.

Aun se alza entre el murmullo interrumpido
 El brindis tumultuoso del barón,
 Con el cantar de Rosa entretenido
 Y el arpa del errante trovador.

Aun en los vidrios tibia se dibuja
 De alguna sombra la ilusión fugaz,
 Como al conjuro de andrajosa bruja
 El diablo por el sol se ve cruzar.

Mal sosegado Ibañez todavía,
 Lanza zeloso en iracunda voz
 Los ayes postrimeros de agonía,
 Con que se estingue su perdido amor.

Dentro del pecho, en ponzoñosa llama
 Sanguinosa, alumbrándole al morir
 Su negra antorcha vigorosa inflama
 La venganza que nace de su fin.

Pásanle por la mente dolorida
 Mil fantasmas de impúdico placer,

Que embellecen sin fin la ajena vida
La suya desgarrándole á la vez.

La imágen del altivo castellano
Entre sus sueños por dó quiera está.
Dó quier del sueño entre el tumulto vano
Amor se juran, ósculos se dan.

Dó quier en ellos de su ingrata Rosa
La blanca sombra que le esquivo ve,
A otra fantasma presentando ansiosa
Los labios que arden de amorosa sed.

« ¡Maldita! entonces desolado esclama,
Maldita seas, infernal vision. »
Y el llanto que en su cólera derrama,
La hoguera apaga del antiguo amor.

« ¡Oh! ¿qué me importa, el infeliz decia,
Tarda opulencia y mentirosa prez,
Si la mitad de la existencia mia
Nunca con ella dividir podré?

Venga el infierno y por la vida y alma
Mi venganza me dé, sino mi amor.
Por ese instante de sangrienta calma
Lleve el infierno cuanto fué de Dios. »

Mas se espesaba cada vez la niebla,
Menos radiaba en derredor la luz :
El aura de honda oscuridad se puebla,
Nada se ve del firmamento azul.

Cual orla leve de fantasma errante,
Cual rayo de relámpago fugaz
Creyó Ibañez que viera por delante
La sombra de un espíritu pasar.

Era un objeto silencioso y vago,
Sensible solamente á la vision,
Como reflejo que sombrío lago
De un fuego fátuo á la presencia alzó.

Era una sombra que con propia vida
No necesita luz para nacer,
Cual nube que en el éter va perdida
Sin auxilio de plumas ni de piés.

Los ojos no conciben su contorno,
No reducido á forma aquel vapor,
Tal vez en él deformidad y adorno,
Galas lo mismo que defectos son.

No trajo voz ni levantó sonido
Por el húmedo suelo al resbalar,
Mas sintió el corazon sino el oído
Del triste sér la inmediatecion fatal.

Tocóse Ibañez la ardorosa frente
Y la ancha mano se inundó en sudor.
Razon y ayuda demandó á su mente,
Y no estaba en su mente su razon.

Tendió la mano á la segura tierra
El cuerpo que vacila á sostener,

Y en vez del césped en sus dedos cierra
Aspero hierro que se aprieta á él.

En vano abierta la medrosa mano
Le abandona á su propia gravedad,
Las palmas hácia sí retira en vano,
Siempre tras ellas el objeto va.

Asele al fin : le oprime : es una llave.
¿Quién en aquellos sitios la perdió?
Un peregrino : un trovador : ¿quién sabe?
Tal vez del cinto la perdió el baron.

Ibañez la guardó. Siniestro y lento
Era su paso y tardo el caminar ;
Parecia que el solo pensamiento
Empujaba á la muerte voluntad.

Él tenia un secreto repentino
Que jamás hasta entonces comprendió,
Solo en la mente le abortó el destino,
No lo supo jamás el corazon.

Ibañez ni se acuerda ni lo sabe,
Que con su mente su intencion no va ;
Solo percibe que al llevar la llave
Crece en el pecho vengativo afan.

Ni piensa, ni resiste, ni consiente,
Ignora acaso su intencion cuál es,
Mas ni duda á la par ni se arrepiente
De lo que llegue á consentir ni hacer.

En un pilar que sobre el foso oscuro
En una grieta de la Peña está,
Metió la llave, y recediendo el muro,
Postigo oculto le convida á entrar.

Hundióse Ibañez por el muro hendido
Silencioso, sombrío, audaz, traidor,
Como un remordimiento mal dormido
Entra en el descuidado corazon.

Quedóse en soledad el campo mudo,
Y entre la lobreguez tornóse á oír
La voz del Aquilon salvaje y rudo
Y el murmullo apagado del festin.

—
Quien mirara á Pedro Ibañez
Ir caminando á deshora
Por las cuevas del castillo
Al resplandor de una antorcha :
Herizados los cabellos,
La faz amenazadora,
Los pasos desatentados,
Creyérale alguna sombra
Que alzando de su sepulcro
La fria y maciza losa,
De Dios á los vivos trae
Sentencia esterminadora.
Sus lentos pasos retumban
Por las olvidadas bóvedas,

Y de una en otra perdidas
 Cual gemidos se prolongan.
 En las grietas de las piedras
 Las arañas hiladoras,
 Al resplandor de la luz
 Los negros cuerpos asoman,
 Y á la inflexion de la llama
 Que vacilante y dudosa
 Reverbera por los muros
 Que viste tiniebla lóbrega,
 Fantasmas de luz se pintan
 Cuya aparicion diabólica
 En el punto que se muestra
 Vuelve á perderse en la sombra.
 En cada rincon oscuro
 En que la vista se posa,
 Parece que amedrentadas
 Quimeras le desalojan.
 A cada puerta ó esquina
 Que se pasa ó que se dobla,
 Parece que allá á lo lejos
 Vuelan en fúnebre tropa.
 Todas las manchas y bultos
 Rostro y movimiento toman,
 Y ya miran, ya amenazan,
 Ya rien, temen ó mofan.
 Visiones descoloridas
 Que el alma crédula aborta
 En la niñez, halagada
 Con fábulas mentirosas.
 A pasos lentos Ibañez
 Caminando incierto, topa
 Ancho salon embutido
 De madera hasta la bóveda.
 Allí de pez y de plomo
 Y materias resinosas,
 Inmenso almacén juntaron,
 Que para defensa propia
 En tiempos tan turbulentos
 Precaucion ninguna sobra.
 Como obedeciendo Ibañez
 A oculta causa imperiosa,
 O de antiguo pensamiento
 A la fuerza tentadora,
 Debajo los combustibles
 Metió resuelto la antorcha.
 Brotó la seca madera
 Espesa, turbia y sonora
 Nube de volátil humo
 Con que el fuego se corona.
 Cerrando entonces la puerta,
 Ibañez á tientas toma
 La ruta por donde vino
 Hasta una escalera rota.
 Y en lucha áspera y difícil,
 Asaltando una tras otra,
 Llegó á la torre en que Bus os,
 Señor del castillo, mora.

Era una torre capaz,
 Circundada á la redonda
 De un terrado que rematan
 Las almenas protectoras.
 A su amparo, y defendidas
 De exterior ofensa, toman
 La luz dos anchas ventanas
 Que rejas robustas orlan.
 Corrió Ibañez á una puerta
 Una barra ponderosa
 Que impide abrirla por dentro,
 Y la faz pálida y torva,
 Asiéndose de una reja,
 Por una ventana asoma.

Ya libres de las miradas
 De la multitud curiosa,
 Que grosera é imprudente
 Hasta cuando aplaude estorba,
 En delicioso retiro
 Rosa y Don Bustos á solas
 De sus amores platican
 En su cámara ostentosa.
 Ella aparece cual nunca
 Halagüeña y seductora,
 Suelto el cabello y los lazos,
 Aliviada de las joyas.
 Él en sus brazos la aduerme
 En ilusion amorosa,
 Mas que nunca embebecido
 En las gracias que la adornan.
 Ella en silencio le mira,
 Y las lágrimas le borra
 Que de amor y de esperanza
 De los párpados le brotan.
 Él los labios encendidos,
 La mirada borrascosa
 Que aun torba el licor ardiente
 Cuyos vapores le embotan;
 Y ella con ósculos tiernos,
 Templando la abrasadora
 Sed de sus labios, le besa
 Entre osada y ruborosa.
 Una cortina de seda
 Que entera cubre la alcoba,
 Vela á los profanos ojos
 La escena voluptuosa:
 Aunque la luz de una lámpara
 Cuanto olvidada, traidora,
 Trémula dibuja en ella
 Sino los gestos, las sombras.
 Si los ojos de un zeloso,
 Cuando las dudas le acosan,
 Pudieran salvar los muros
 En las alas de su cólera,
 Bien pudieran los de Ibañez
 Hacer girones ahora
 La impertinente cortina

En donde atento los posa.
 Dos barras de la ancha reja
 Ase, que casi las dobla,
 Y los ojos de serpiente
 Se le saltan de las órbitas.
 Sin perder línea ni pliegue
 De la tela tembladora,
 Sigue el movimiento fácil
 De las proyectadas sombras.
 Y ajenos de aquel festigo
 Busto Ramirez y Rosa
 Sus amorosas caricias
 En la soledad redoblan.
 Crujían los blandos besos
 En la morada recóndita,
 Y afuera del triste Ibañez
 Las aspiraciones roncás.
 A cada amante palabra
 Que en el aposento brota,
 Responde en la oculta reja
 Una blasfemia espantosa.
 Y entre tanto que uno sufre,
 Y libres los otros gozan,
 Doblar se oyó la campana
 Que á fuego y rebato toca.
 Interrúmpese el placer
 Y el sufrimiento se corta,
 Y el que antes gozaba sufre,
 Y el que antes sufría goza.
 Al ronco empuje del cierzo
 Que con dobles alas sopla,
 Crece el incendio y rebientan
 Las llamas devastadoras.
 Caen las techumbres de cedro,
 Las almenas se desploman,
 Estremécense las torres,
 Y se derrumban las bóvedas.
 Cada sala es una hoguera,
 Cada ventana una boca
 Que humo y resplandor vomita
 Y brama en tormenta sorda.
 En vano piden de dentro
 Que en su angustia les socorran,
 En vano aterrados gritan,
 Gimen, blasfeman, ú oran.
 Sordos están cielo y tierra;
 Denso el humo les ahoga,
 Y con el són del incendio
 Sus lamentos se sofocan.
 De aquella terrible hoguera
 A la trémula luz roja,
 Se ve de los campesinos
 La turba triste y medrosa,
 Como viajeros curiosos
 Que contemplando se asombran
 Una erupcion del volcan
 Que fuego y peñascos brota :
 Y allá del Carrion humilde

A la márgen de las ondas,
 Ibañez tambien lo mira
 Con indiferencia torva.
 Apoyado está en un tronco,
 Asida una mano á otra,
 Y en una almena los ojos
 Que ruina amenaza pronta.
 Al fin de afanosa lucha
 Desesperada y dudosa,
 Cayó en el feso la almena;
 Y tras de la piedra rota
 Quedó una ventana, en donde,
 Como ilusion dolorosa,
 Los brazos al cielo tienden
 Por la reja dos personas.
 No se sienten sus lamentos,
 Ni se alcanza de su forma
 Mas que la espresion horrible
 De su profunda congoja.
 Llamas voraces les cercan
 En irresistible tropa,
 De cuya rabia es inútil
 Implorar misericordia.
 La inmensa torre rodean,
 Puertas y muros devoran,
 Y ¿ cómo esperar perdon
 De quien ni piedras perdona
 Una llamarada inmensa
 La cerró en sus pliegues toda
 Y se borró para siempre
 La aparicion congojosa.

Dejó la ribera Ibañez,
 Y al despuntar de la aurora
 A todo escape en un petro
 Valle y castillo abandona.

Del espléndido palacio
 Que ocupa en Valladolid
 El rey Don Juan el segunde
 Ya de su reinado al fin,
 Están recordando alegres
 Su antigua amistad pueril
 Dos bizarros cortesanos
 En oculto camarín.
 Y en el continuo abrazarse
 Y en el continuo reir,
 Se ve que en hallarse tienen
 Satisfaccion infantil;
 Y que cada cual se goza
 La ajena historia en oír,
 Como en recordar la suya
 Tal vez triste para sí.
 Están en el propio punto
 En que de entrambas al fin
 Tornan á identificarse
 Y su gozo á repetir.

D. Rodrigo. ¿Con que ¡voto á Belcebú!
 Aquel antiguo soldado
 Que tanto lidió á mi lado
 Por mejor causa eres tú?
Ibañez. Yo mismo sin duda alguna :
 Aquel Ibañez soy yo.
D. Rodrigo. Mucho á entrambos acudí
 Compasiva la fortuna.
Ibañez. Compáranla á una veleta
 Por tan inconstante ser.
D. Rodrigo. Dejara de ser muger
 Fortuna á no ser inquieta.
 Mas otro abrazo me da,
 Que aun dudo si estoy soñando.
Ibañez. Abrazos te iré yo dando
 Si esto te despertará.
D. Rodrigo. Mas, por Dios, que rico te ha-
 Ibañez, y á lo que veo [llo.
 No ayudó mal tu deseo
 Tu lanza con tu caballo ;
 Pues si no me acuerdo mal
 Era tu única riqueza.
Ibañez. Espatrióse mi pobreza
 Merced al favor real.
 Dijeron de mi valor
 No sé qué, y conde me hicieron,
D. Rodrigo. Bien con tu valor cumplieron.
Ibañez. No sino con mi favor.
 Debióme la vida el rey
 En Navarra, y no fué mas.
D. Rodrigo. Oh ! pues voto á Barrabas
 Que fueron hombres de ley.
 Y ¿qué hacen viéndote rico
 Esos parientes hambrientos?
Ibañez. Don Pedro llaman atentos
 Al que llamaban Perico.
 Yo les dispense el cumplido
 Y les abrazo cortés :
 Pídenme, niego, y despues
 Se van por donde han venido.
 Pero á ti, por vida mia,
 Que tampoco mal te fué.
D. Rodrigo. Tanto, Ibañez, porfié
 Que sali con mi porfia.
 No me tocó como á ti
 Condado, ni valimiento ;
 Pero en oro puro cuento
 Cuanto basta para mí.
Ibañez. Y á bien que si la memoria
 De tu ambicion no me engaña
 No te basta toda España.
D. Rodrigo. Aquí paz y despues gloria.
 Poseo lo que me basta
 Para tener envidiosos,
 Amigos menesterosos
 Y una numerosa casta.
 Aturdido me dejaron
 A mi vuelta tales gentes ;

No sé cuando mis parientes
 Asi se multiplicaron.
Ibañez. ¿Y consiguen de su afan?...
D. Rodrigo. Lo que los tuyos de tí :
 Pídenme, niego, y asi
 Por donde vienen se van.
Ibañez. Justo ! Asi, beso por beso
 Y puñada por puñada.
D. Rodrigo. Cual ella me fué obligada
 Por mi gente me intereso.
 Pero bien está, y responde.
 ¿En qué tu amor se quedó ?
 ¿En humo se disolvió
 Con el resplandor de conde ?
Ibañez. El antiguo hace seis años
 Humo es como bien has dicho ;
 Que vienen tras un capricho
 Un millon de desengaños.
 Pero hoy...
D. Rodrigo. Oyéndote estoy.
 Concluye. ¿Por de contado
 Que estarás enamorado ?
Ibañez. Rodrigo, nunca como hoy.
D. Rodrigo. ¿Será hermosa ?
Ibañez. Como un oro
D. Rodrigo. ¿Niña ?
Ibañez. Diez y ocho quizás.
D. Rodrigo. Pues ya no la falta mas
 Que ser rica como un moro.
Ibañez. Lo cierto en ello no sé :
 Pero en la córte intródujo
 Su llegada tanto lujo
 Que casi escándalo fué.
D. Rodrigo. Pues por Dios que la fortuna
 No se cansa en tu favor ;
 Pero tendrás de su amor
 Prendas que...
Ibañez. Indignas, ninguna.
D. Rodrigo. ¿Pero rivales un ciento ?
Ibañez. No por cierto, mi Rodrigo.
 Yo solo soy quien consigo
 Finezas y valimiento.
 Es cierto que no hay baron,
 Hidalgo, conde ó marques
 Que no rindiera á sus pies
 Su fortuna y su blason.
 No hay trovador ni galan
 Que en cantares y torneos
 No se esceda en galanteos
 A Rosa de Montalvan.
 Todos los ojos en ella
 Detiene la multitud,
 Porque tiene de virtud
 Cuanto de rica y de bella.
 Mas ella por importunos
 Acredita sus festejos :
 Todos los ojos de lejos
 La gozan, cerca ningunos.

Y te aseguro en verdad
Que, aunque la amo como un loco,
No estimo, Rodrigo, en poco
Por ello mi vanidad.

D. Rodrigo. De tu fortuna me admiro,
Pedro Ibañez, envidioso,
Y mas estoy de orgulloso
Cuanto mas feliz te miro.

¿Mas quién es esa hermosura
Tan sin tacha de muger?

Ibañez. No pude tanto saber.

D. Rodrigo. Pues á fé que es aventura.

Ibañez. Porque nada se concilia
De haber nacido en la Galia
Y en Aragon y en Italia
Tener hacienda y familia.

Su apellido es castellano,
Rodrigo, como tú ves.

D. Rodrigo. Y pienso que tambien es
Hasta frances é italiano.

Pero pues es rica y bella
Y os amais los dos así,
Tanto es ella para tí
Como eres tú para ella.

Cuando estemos mas á espacio,
Pedro, me la mostrarás.

Ibañez. Esta noche la verás,
Que ha de venir á palacio.

Por muger la he de pedir,
Y esta noche he de saber
Si puede y cómo ha de ser,
Que ella me lo ha de decir.

D. Rodrigo. ¿Tan pronto?

Ibañez. Estoy decidido.

Tanto en sus ojos me abraso
Que este mismo mes me caso
Si consiente en lo que pido.

D. Rodrigo. Prodigio será en lo bello,
Segun de perdido estás.

Ibañez. Esta noche la verás
Y decidirás en ello.

Entretanto hasta despues,
Que el rey sale.

D. Rodrigo. Vete en paz.
Y que en verla habré solaz
No te olvides.

Ibañez. A Dios pues.

Tomó Ibañez la escalera
Que daba al cuarto del rey
Sin que Rodrigo los ojos
Un punto apartara de él.
Doblóse detrás de Ibañez
La mampara en la pared;
El ruido de sus pisadas
Se acabó al fin de perder,
Y aun le parece que le oye,
Que le abraza y que le ve;

Tanto el encuentro de Ibañez
Fué á Don Rodrigo placer.
Pasaron unos momentos
En que, perdido tal vez
En recuerdos deliciosos
Quedó distraido en pié,
Los ojos en la mampara
Que cerró al salir aquel,
Y una sonrisa en los labios
De verdad y sencillez.
Al fin soltando un suspiro
Esclamó el rostro al volver :
¡Por la virgen que me alegro!
¿Quién lo imaginara de él?

Por la plaza de San Pablo
Ya bien entrada la noche,
Del palacio real volviéndose
Van platicando dos hombres ;
Y á la luz que reverberan
Dos moribundos faroles,
Aunque no se ven sus rostros,
Sus figuras se conocen.
A corto trecho delante
Y á lentos pasos recorre
Via igual una litera
Seguida de dos hachones ;
Y entre las verdes cortinas
A los rojos resplandores
Se divisan dos mugeres
Sentadas en los sillones.
Atravesaba todo ello
Por la oscuridad informe
Como de los sueños pasan
Fantásticas las visiones.
Y en los criados que alumbran
Y en los oscuros colores
Que viste la comitiva
De las cortesanas nobles,
Un no sé qué se trasluce
De rápidas precauciones
Que todo parece envuelto
En invisibles vapores.
Al reflejo de las luces
Se ven los rostros inmóviles,
Los ojos cristalizados
De los negros servidores.
Y algun crédulo dijera
Que en tal misterio se esconde
Un cumplimiento severo
De las celestiales órdenes.
Mas fuera vano temer
De la ilusion de la noche,
Porque entrados en un patio
Los hidalgos se disponen
A recibir á las damas
A quien parece que rondan

Segun del alcazár fueron
 Detrás de ellas hasta entonces.
 « ¡Rosa mia! exclamó el uno,
 Prestando en los escalones
 Primeros el brazo á una,
 Al parecer la mas jóven.
 — Estais, Don Pedro, servido, »
 Ella pronta respondióle,
 Abandonando en las suyas
 Una mano que él recoge.
 « Mi madre consiente en ello,
 Y escusando dilaciones
 En vos está la tardanza.
 — Porque tal dicha se logre
 Perdiera cuanto poseo.
 Sueño parece esta noche
 Que no he de olvidar jamás. »
 Aquí á los anchos salones
 Llegaban de su palacio
 En cuyos ricos primores
 Es bien que audaces los ojos
 Se admiren cuando se posen.
 De finisimos tapices
 Toda la sala vistióse,
 Mullida en el pavimento
 Alfombra de vivas flores.
 Candelabros de oro y plata
 Por las mesas y rincones,
 Y bajillas y preseas
 Dó quiera en aparadores.
 Rosa y Don Pedro sentados
 Esperaron á que torne
 Don Rodrigo que acompaña
 A la madre desde el coche,
 Delante una chimenea,
 Cuyos morillos de bronce
 Teniendo están disolviéndose
 En ceniza medio roble.
 Entre las llamas volubles
 Lanzan los rojos tizones
 Chispas que naciendo espléndidas
 Desaparecen veloces.
 El humo elástico asciende
 En espirales deformes
 Despedido por las llamas
 Que brotan á borbotones.
 Y por dó quiera que el tronco
 Lentas ó voraces orlen,
 Yerve la savia que mana
 Resistiendo sus furoros.
 Entró por fin Don Rodrigo,
 Y apenas Ibañez vióle,
 Tomándole de la mano,
 Delante Rosa le pone :
 « Esta es mi esposa, » le dijo.
 Alzó Rodrigo la noble
 Frente, y la beldad de Rosa
 Viendo, en verdad asombróse.

Saliéronse del salon,
 Y al cruzar por los portones
 A Rodrigo que le sigue
 Pedro Ibañez preguntóle :
 « ¿Qué te parece de Rosa?
 ¿Otra mas linda conoces?
 — ¡Por Dios (contestó Rodrigo)
 Que no la hay entre los hombres!
 Y así permitan los cielos
 Que tantos años la goces
 Como ella tiene de deudas
 A los cielos de favores. »

Era Rosa de célica hermosura,
 Rica de gracias, rebosando amor,
 Trasunto de la esbelta criatura
 Que hizo en el fértil Paraiso Dios.

Soles los ojos, rosas la mejilla,
 Risa los labios y márfil la tez,
 Donde la calma de la infancia brilla,
 Rica á pesar de juvenil placer.

No pertenece su hermosura y gala
 A género, ni siglo, ni pais,
 Ni terrena beldad llega ni iguala
 De la almá Rosa á la beldad gentil.

Gravita apenas en la blanda alfombra
 La leve huella del enano pié,
 Y tiene mas de la vaporosa sombra,
 De inefable vision que de muger.

Flota el cabello en perfumados rizos
 Al impulso de zéfiro fugaz,
 Velando de la espalda los hechizos
 Su voluble y espléndida espiral.

Cáenla de la mórbida cintura
 En grupos que sujeta el cinturon
 Los pliegues de la blanca vestidura
 Que agita ligerisima en redor,

Como las aguas de elevada fuente
 Caen en hebras de líquido cristal
 Y el aura con mansísima corriente
 Las mece confundidas al bajar.

Dó quier que está la delicada Rosa
 En la corte, en el baile, en el festin,
 No ha ojos ni atencion para otra hermosa,
 Toda la absorbe poderosa en sí.

Por eso pasa solitaria vida
 En medio de ruidosa sociedad,
 De las damas sin duda aborrecida
 Y respetada del amante audaz.

Y por eso á los piés de sus balcones,
 Guardias perennes, embozados son,
 Y óyese de estocadas y canciones
 En la alta noche desigual rumor.

Siempre á sus puertas en mision de amores
 Dueñas y pages aguardar se ven,
 Ya ramilletes de tempranas flores
 Ya amorosos billetes á traer.

Pero nunca se abrió puerta ó ventana
 Ni billete ni flor á recibir :
 Del palacio jamás la soberana
 Canto pagó de trovador gentil.

Jamás oído de varon dichoso
 El eco suave de su acento oyó,
 Ni una mirada por su afan pensó
 Gozó de Rosa parecido á amor.

Ninguno supo su pasada historia :
 Nadie el solar en que nació cual es,
 Nadie de su beldad tiene memoria,
 Nadie pudo á su gente conocer.

Si algun osado su familia y tierra
 De sus esclavos á inquirir llegó,
 El secreto tenaz en que se encierra
 No supo nunca por su propia voz.

Vagos rumores, misteriosos cuentos
 Corren de ello tal vez en la ciudad ;
 Mas posan en tan vanos fundamentos
 Que apenas nacen cuando en tierra dan.

Un hombre solo su palacio abierto,
 Libres sus salas encontró tal vez,
 Y de su audacia y su fortuna incierto
 Pasó el umbral con receloso pié.

Ibañez solo de la linda maga
 Tocó la mano y escuchó la voz ;
 Ibañez solo de placer se embriaga
 Cediendo irresistible á la pasion.

No exhaló en vano sus amantes quejas
 Velado en la nocturna oscuridad,
 Que cuando ronda sus doradas rejas
 Ella amorosa á responderle va.

Nunca enojada de su amante exceso
 Por un cariño le volvió un desden,
 Porque con fácil y abrasado beso
 Una mirada le pagó tal vez.

Solo testigo de su amor demente
 Fué Don Rodrigo y admiró su amor,
 Solo con él su mercenaria gente
 La fortuna de Ibañez defendió.

Mas que á despecho de la córte fuera
 Él la idolatra á cada instante mas,
 Y por desprecio de la córte entera
 Su boda Ibañez preparando está.

Era una noche de aterida niebla
 En que refleja tan dudosa luz

Que entre la sombra que el espacio puebla
 Nada se ve del firmamento azul.

En un salon henchido de riqueza
 Un inmenso cercando aparador
 Los vasallos están de mas nobleza
 Que el rey Don Juan entre su córte halló.

Acogotando allí su envidia toda,
 Damas é hidalgos en el real festin
 Brindan y cantan á la ansiada boda,
 Mal recatando su despecho asi.

Suenan las copas y las arpas suenan
 Con largo y libre interminable són,
 Y el aire denso y perfumado llenan
 De blando y ronco y desigual rumor.

Al lado Ibañez de su linda esposa
 Ebrio de amor y de ventura está,
 Y cuanto admira la beldad de Rosa
 Crece en el pecho su amoroso afan.

Toda su vida le parece un sueño,
 Entre cuyos vapores nada ve
 Mas que el camino que tras largo empeño
 Le traje de esta noche hasta el eden.

Rosa se muestra como nunca bella
 Cual nunca Ibañez por azar la vió,
 Aunque hoy encuentra perspicas en ella
 Algunas galas que la van mejor.

Halla en su rostro la espresion incierta
 De una vaga ilusion de otra muger,
 Con cuya oculta realidad no acierta
 Y cuyo tipo conoció tal vez.

A veces piensa que la faz de Rosa
 No es de su Rosa la continua faz,
 Y aun le parece que su frente hermosa
 Muestra á intervalos palidez mortal.

Pero es sueño ; de la alegre fiesta
 Y de los brindis los efectos son :
 Mas su cariño á su ilusion se presta
 Crece con ella el fuego de su amor.

Aquella misteriosa semejanza
 Mas le contenta y satisface mas ;
 Y aunque ébrio acaso la razon no alcanza,
 Hoy como nunca satisfecho está.

Cesó la fiesta : libre el aposento
 Todo en desórden por final quedó,
 Y ambos á paso vacilante y lento
 Van del placer y de la dicha en pos.

Ya era alta noche. Por la densa niebla
 Cruzaba apenas tan dudosa luz
 Que entre la sombra que el espacio puebla
 Nada se ve del firmamento azul.

CONCLUSION.

Ya libres de las miradas
De la multitud curiosa,
Que envidiosa ó imprudente
Hasta cuando aplaude estorba,
En delicioso retiro
Don Pedro Ibañez y Rosa
Enamorados platican
En el altar de su alcoba.
Ella parece cual nunca
Halagüena y seductora,
Suelto el cabello y los lazos,
Y aliviada de las joyas.
Él en sus brazos la aduerme
En ilusion amorosa,
Mas que nunca embebecido
En los encantos que adora.
Ella en silencio le mira
Y las lágrimas le borra,
Que de amor y de esperanza
De los párpados le brotan.
Él, los labios encendidos,
La mirada borrascosa
Que aun turba el licor ardiente
Cuyos vapores le embotan;
Y ella con ósculos tiernos
Templando la abrasadora
Sed de sus labios, le besa
Entre osada y ruborosa.
Una cortina de seda
Que entera cubre la alcoba
Vela á los profanos ojos
La escena voluptuosa:
Aunque la luz de una lámpara
Cuanto olvidada, traidora,
Trémula dibuja en ella
Sino los gestos, las sombras.
¡Noche de amor y esperanza
Que de la modesta esposa
Queda como blanco sueño
Para siempre en la memoria!
La de Ibañez, vive Dios
Que olvidó su vida toda,
Sus placeres y sus cuítas,
Su deshonor y su gloria.
No hay mas pasado en su mente,
Mas porvenir no ambiciona:
Vendiera por esa noche
Toda su existencia á Rosa;
Aunque un frio involuntario
Todo su cuerpo aprisiona,
Cual si en sepulcro pudiera
Convertirse la alcoba.
Algunas veces mirando
Los ojos de la que adora
Creyó alcanzar dentro de ellos

Alguna imágen diabólica.
Alguna vez embriagado
En su risa encantadora,
Creyó que los labios puros
Tomando distinta forma,
Mostraban por un momento
En negra ilusion dudosa
De un monstruo desconocido
La áspera y sangrienta boca.
« ¿Qué piensas, Ibañez mio?
¿Qué mal, dime, te acongoja,
Que vas el color perdiendo? »
Dijo al esposo la esposa.
Al contemplarla el semblante
Su espanto y asombro doblan;
É Ibañez con ambas manos
Entrambos ojos se frota.
Ella tornó á su pregunta,
Y él á su silencio torna,
Como quien tiene delante
Un espectro que le acosa.
« ¿Que sientes?
— ¡Oh! nada, nada;
Mas la vista se me borra,
Los objetos me vacilan;
¡Cielos! ¿qué es questo, Rosa?
— ¿Qué dices con no te entiendo?
— ¡Ah! ¿eres tú, niña? perdona:
Mas ¡tal vez mi fantasia
Se me está volviendo loca!
No sé porqué, mas el miedo
Que de mí se posesiona...
Oh, ciégame con tus labios,
Ven á mis brazos, ¡oh Rosa! »
Echóse en ellos la niña,
Ansioso Pedro abrazóla,
Mas al tocarla dió un grito,
Como quien espinas toca.
« ¡Quemas! » la dijo espantado;
Y soltándola en la alfombra,
Se miró el triste los dedos
Con que sostuvo su forma.
Ella seguía diciéndole
Con sonrisa seductora:
« ¿Qué tienes, Ibañez mio,
Que cuanto dices me asombra? »
Y él con ojos aterrados
Continuaba en su congoja,
Contemplándola sin habla
En convulsion espantosa.
Al fin con hondo cariño
Ella las manos le toma,
Diciendo con voz mas suave
Que el murmullo de las hojas:
« Amor mio, vuelve en tí;
Yo soy, mírame, tu Rosa,
Tú me lo has dicho, ¡alma mia!
Soy tu amor, tu Dios, tu gloria. »

Sonrió apenas Ibañez
 Y medroso preguntóla :
 « ¡He soñado, no es verdad?
 Tú me despiertas ahora.
 — Sí por cierto, esposo mío :
 Tú me has dicho tantas cosas...
 Tantos delirios... que casi
 Temi contigo estar sola.
 — Oh sigue, sigue... ¡qué dulce
 Me suena tu voz hermosa!
 Sigue.

— ¿Quieres que te cuente
 Para adormirte una historia?
 — Sí, sí, dime cuanto quieras
 Con tal que tu acento oiga.
 — Pues escucha, que tal vez
 Se disipe tu congoja. »
 Ibañez, como quien sale
 De pesadilla penosa,
 Su voz escuchaba atento
 Suave, argentina, sonora,
 Sin acertar á entender
 La sensacion dolorosa
 Que un momento antes le hacia
 Su presencia encantadora.
 Él recostado en el lecho,
 Ella á su lado en la sombra,
 Estó á Ibañez le decia
 Risueña y voluptuosa :

En un toseo pueblecillo,
 Aunque no recuerdo donde,
 Vivía un baron ó un conde,
 Que es igual, en su castillo.

En este pueblo vivía
 Una villana, ¡ oh hermosa!
 La reina mas orgullosa
 Por ella se trocaría.

Rosa, como yo me llamo,
 La villana se llamaba,
 Y un pobre hidalgo la amaba
 Tanto como yo te amo.

Ibañez en su embeleso
 Dulcemente sonrióla,
 Y besándola en los labios
 Siguió la niña su historia.

Vióla el baron cierto dia,
 Y al contemplarla tan bella
 Ciego de amores por ella
 Solo por su amor vivía.

Prodigo le regaló,
 Y tal su cariño fué,
 Que por prenda de su fé
 Su mano la prometió.

Ella avaro ó inconstante
 Casóse al cabo con él.
 ¡ Fué una noche bien cruel
 Para el olvidado amante !

Este llegó de la boda
 El mismo dia anterior ;
 Alas le prestó el amor...
 ¡ Vana diligencia toda !
 De su ventura testigo
 Solo él llorando su duelo

No halló para su consuelo
 Un pariente ni un amigo.

A estas palabras Ibañez
 Embebido interrumpióla :
 — Tu voz me encanta, mas pienso
 Que es triste ese cuento, Rosa.
 — Oísele á un peregrino
 En una sentida trova ;
 Mas deja que te le cuente,
 Porque es muy linda la historia.

Despechado en su afliccion,
 Maldiciendo su fortuna,
 Dejó la fiesta importuna,
 Y abandonando el salon,
 En que los brindis doblaban,
 Bajó en su afan amoroso
 A llorar al pié del foso
 Lo que en la torre cantaban.

Era una noche serena,
 En que la brillante luna
 Reflejaba en la laguna
 Con la luz de enero llena.
 Todo estaba en soledad
 Velado en vapor confuso,
 Que en todo el invierno puso
 Huellas de esterilidad.

Hervía el rio á lo lejos,
 Medroso el viento sonaba,
 Y el aire espeso vibraba
 Del agua con los reflejos.

El negro y alto castillo
 Allá en la sombra se via
 Del blanco fanal que huía
 Al resplandor amarillo.

Y aun en murmullo infernal
 Lanzan sus rojas ventanas
 Las cantigas que profanas
 Respira la bacanal.

Aun puede oirse por ellas
 Con el brindis del baron
 El ronco y discordes són
 Del vino y de las querellas.

Y sus vidrios de colores
 Radian en la lobreguez
 La movible brillantéz
 De fugaces resplandores.

El amante desdénado,
 Sin poder con su dolor,
 Pensó en su amargo furor
 En verse al menos vengado.

« Por ese breve placer,
 « Esclamó, diera al infierno
 « Cuanto Dios puso de eterno
 « En mi despreciable sér. »

Tembló pavoroso Ibañez
 A estas palabras de Rosa,
 Palideciendo al impulso
 De una sangrienta memoria.
 Y ella con triste sonrisa
 Entre doliente y sardónica
 Siguió, á los ojos de Ibañez
 Cambiando su imagen propia.

A su sacrilego ruego
 Diz que el infierno le dió
 Por la alma que le vendió
 Una venganza de fuego.

La torre há poco altanera
 Brotó llamas de su centro ;

Quedó la venganza dentro,
Mas el vengador afuera.
Años esta noche hará
Que el castillo se incendió,
Media vida al galán dió,
Y ahora mediándose está.

« ¡Cielo santo! » clamó Ibañez
Con voz despechada y ronca,
Arrancándose del lecho
Y de los brazos de Rosa,
« ¿Qué es esto? ¡la luz me falta,
El ambiente me sofoca...! »
Y asiendo de la ventana
Abrió á un tiempo las dos hojas.
Entró á tal punto por ellas
Sonante, negra, espantosa
Una llamarada inmensa
Que lamió el suelo y la bóveda.
Corrió á la puerta y en vano
Con ímpetu sacudióla;
Por fuera la sujetaba
Resistencia poderosa.
Tendió desolado y triste
Los ojos, y allá en la alcoba
Vió sentada sobre el lecho,
Prendiendo fuego á las ropas,
Una aparicion horrible
Que en su vacilante forma
Mostraba al par su contorno,
Mitad monstruo y mitad Rosa :
Y al són de la ardiente llama
En voz le decia concava :
« ¡Alma entera y vida media!
El alma la tengo toda,
Diez años eran de vida,
Y están mediándose ahora. »

EL NIÑO Y LA MAGA.

FANTASÍA.

¡Cuán risueña es el alba de la vida,
Esa mágica edad de la ilusion,
En que vejeta el alma adormecida
Ajena de inquietud y de ambicion !

¡Cuánto se vive alegre y sin recelo,
Cuánto se goza lejos del pesar,
Llevando nuestro débil barquichuelo
De la existencia por el negro mar !

Entonces sin pensar en quien nos hizo
Ni el vano mundo y su placer traidor,
Gozamos por el dia tanto hechizo
Y dormimos la noche sin temor.

Que es el niño atrevido marinero
Que al mar se lanza si inesperto, audaz,
Satisfecho con ver como ligero
Va por las ondas su bñtel fugaz.

¿Qué le importa el murmullo de la brisa
A quien sigue tal vez el aquilon?
Navegaré, se dice, mas aprisa
Del blando viento al compasado són.

¿Qué le importa que el agua se alborote
Tormentosas alzando olas sin fin?
Iré, se dice, mi estraviado bote
A dar como el que dejo á otro jardin.

¿Qué le importa que bajen las tinieblas
La noche desplomando sobre el mar?
El dice : cuando pasen estas nieblas
Ya me vendrá otro sol á despertar.

¿Qué importa que en espejos quebradizos
Hiervan los lomos del gigante azul?
El mira en ellos sus flotantes rizos
De la neblina entre el espeso tul.

¡Cuánto es alegre la niñez sencilla
Que en el bajel de su inocencia va,
Libre y segura sin perder la orilla
Del mar que al lejos rebramando está!

Duelos, dejadme que los lindos sueños
Loco recuerde de la edad pueril,
Que mire de la vida los empeños
Desde su verde y delicioso abril.

Dejad que vaguen mis cansados ojos
De árbol en árbol y de flor en flor,
Del sol brillante á los destellos rojos
Que al universo dan vida y color.

¡Vida! Blanco y risueño panorama
Para el que nace en virgen ilusion;
Desierto dó eternal el cierzo brama
Para el que lanza en él su corazon.

¡Vida! Fantasma bello y mentiroso
Cuanto halagüeño en tu ilusion, fatal,
Yo miraré con ojo receloso
La luz de tu fantástico cristal.

Cantaré tus estériles placeres,
Y entre tus flores escondida red
La loca tentacion de tus mugeres,
Corrientes que no templan nuestra sed.

Que si nacemos á la amarga vida
Riendo lo que habemos de llorar,
Yo quiero mi existencia dolorida
Gozar llorando y mi dolor cantar

I.

Es una bella aurora
Fresca, purpúrea y clara

En que va murmurando
 Por la floresta el aura.
 Las hojas estremece
 Con las sonantes alas,
 Cruzando fugitiva
 Por una y otra rama.
 Ya por el blando césped
 Silenciosa se arrastra,
 Robando sus perfumes
 Al tomillo y la grama.
 Ya en torno de los troncos
 De las encinas altas
 Colúmpia en sus cortezas
 Las ramitas enanas.
 Ya de la limpia fuente
 En la repleta taza
 Arruga, trenza y riza
 Los hilos con que mana.
 Es un jardín florido
 Henchido de fragancia
 Que á par enriquecieron
 Con afanosa maña
 Naturaleza fértil
 Con su silvestre gala,
 Y la incansable industria
 Con su rica elegancia.
 Aquí por los linderos
 Las violetas moradas
 Matizan de los céspedes
 La vivida esmeralda.
 Allí de clavellinas
 Entumecida mata
 Sus infinitos hijos
 A sostener no basta.
 Allí las anchas rosas
 Su pabellon de grana
 Entienden afrentando
 Las azucenas blancas.
 Allá el cárdeno lirio
 Se eleva con audacia
 De azules pensamientos
 Su raíz tapizada.
 Mas lejos un geráneo
 Que aroma el aura mansa
 Envidia á los renúnculos
 Las tintas soberanas.
 Y allá entre sauces verdes
 Que humedecen las aguas,
 Entre sonantes hojas
 Y retorcidas varas,
 En cargados racimos
 Madreselva olvidada
 Convida con sus flores
 Amarillas y blancas.
 Ni faltan en macetas
 Y transparentes jarras
 Pomposos tulipanes
 Que sus capullos rasgan.

Sobre ellos cuidadosos
 Tienden sus hojas anchas
 Los fértiles naranjos,
 Las corpulentas hayas.
 Hay en su bosquecillo
 De mirtos y de acacias,
 En una placetuela
 De rosales cercada,
 Una anchurosa fuente
 Que en torno se derrama,
 Está el pilon colmado,
 Y en medio se levanta
 Sobre dos pies de jaspe
 De alabastro una taza.
 Y mil vistosos peces
 En su remanso nadan,
 Que asoman atrevidos
 La fugitiva espalda.
 Se escucha desde lejos
 La música liviana
 Con que murmurán leves
 Las revoltosas aguas;
 Y en su cristal inquieto
 El sol que alumbró el alba
 Saliendo reverbera
 Con luz tornasolada.
 Sentado en las orillas
 Por dó la linfa clara
 Desde la limpia fuente
 Bullendo se derrama,
 Deshojando unas flores
 Que el arroyuelo arrastra
 Miraba el niño Adolfo
 Cómo las lleva el agua.
 Su imágen la corriente
 Trémula le retrata
 Los ojuelos alegres,
 Las manitas nevadas,
 La blonda cabellera
 Tendida por la espalda,
 La frente ruborosa
 Y la sonrisa cándida.
 Soñaba desvelado
 Inocentes fantasmas
 Que á la niñez tranquila
 Espléndidos halagan;
 De esos delirios puros
 Que fugitivos pasan
 Y aduermen los sentidos
 Sin que los sienta el alma.
 Ilusiones magníficas
 Con cuyas sombras mágicas
 Los gozos se deshacen
 De nuestra breve infancia.
 Ceñida de una nube
 De vaporosa gasa,
 Que el aire llena en torno
 De suavísimo ámbar,

De rosas y azucenas
 La frente coronada,
 Prendida en ricos pliegues
 La vestidura blanca,
 Salió de entre los mirtos
 Con cautelosa planta
 Una ilusión dichosa
 De paz y bienandanza.
 Las flores en sus tallos
 Por donde aérea pasa
 Se esponjan y enderezan
 Y doble aroma exhalan.
 La brisa en torno suyo
 Murmuradora vaga,
 Y entre las hojas verdes
 Se enreda y esparrama.
 Colúmpianse las copas,
 Los ruiseñores cantan,
 Las tórtolas arrullan
 En amorosas cláusulas,
 Y todo en los jardines
 Al paso de la maga
 Respira la ventura
 De juventud colmada.

—
 Tomó la mano de Adolfo
 Que sobre el césped descansa,
 Quien al verla tan hermosa
 Entre sus brazos se lanza.
 Los negros rizos la coje,
 La besa la frente casta,
 En sus pupilas se mira
 Y en su sonrisa se embriaga.
 Ella en su seno le estrecha,
 Le acaricia y le regala,
 No como madre afanosa
 Sino como amante hermana;
 No como en signo de albricias
 De un hijo perdido que halla,
 Como quien se alegra hallando
 Con quien dividir sus galas.
 Adolfo se la sonrie
 Y el blanco cuello la abraza,
 Admirando su hermosura
 Con infantil confianza.
 « Oyeme, Adolfo, le dijo
 Halagándole la maga :
 Si tú quisieras conmigo
 Vivir... tengo una morada
 Llena de fuentes y flores
 Y de deleites y galas :
 Tengo palacios de oro
 Suspendidos en montañas
 En un pais no lejano,
 A quien *Existencia* llaman.
 — ¡ Oh por cierto que eres rica !
 — Lo que imaginas es nada ;

Todo el universo es mío.
 — Pues ¿ quién eres ? — La Esperanza.
 — ¿ Y estarás siempre conmigo ?
 — Iré siempre donde vayas.
 — Pues vamos donde quisieres.
 — Sígueme, pues, que ya tardas. »
 Siguióla contento Adolfo,
 Y á una señal de la maga
 De aquella anchurosa fuente
 Dividiéndose la taza,
 Tórnase en un canastillo
 Que se columpia y resbala
 De un claro y tranquilo rio
 Por sobre las ondas mansas :
 Y entrándose confiados
 En tan vacilante barca,
 Dejáronse ir sin recelo
 A los caprichos del agua.

II.

Andaces surcando las aguas serenas
 Al lánguido impulso del aire sutil,
 Tocaron opuestas las limpias arenas
 Que el rio aprisionan al otro confin.

Posaron la planta donde ancho camino
 El paso les abre de vasta region,
 Que pródigo y rico regala el destino
 Y espléndido viste de ocioso primor.

Allí en los linderos, vistosos jardines
 De cuyas forestas el fin no se ve
 Empiezan, y orlados de azahar y jazmines
 Alfombras de flores encuentran los piés.

La luz es continua, de un alba rosada
 Que presta al ambiente purísimo azul,
 Y un zéfiro el aire cuya ala aromada
 Refresca la tibia ilusión de la luz.

Dó quiera en las hojas del árbol florido
 Se siente escondido
 Al mirlo trinar ;

Dó quiera en la yerba menuda se siente
 La rápida fuente
 Saltando brotar.

Dó quiera volando sutil mariposa
 Columpia una rosa,
 Sacude un clavel,

Las alas ufana mostrando á las flores
 De ricos colores
 Pintadas tambien.

Dó quiera arrastrando su casa con pena
 Sobre una azucena
 Se ve al caracol,

Que tiende los ojos al sol generoso,
 Pidiéndole ansioso
 Consuelo y calor

Dó quiera en las ramas colgada la oruga
Sacude y arruga el sonoro cristal,
Que en claros espejos, ó en líquidos hilos
En lagos tranquilos posándose va.

Dó quiera en las ramas del álamo verde
A lo alto se pierde en movable ilusión,
Meciendo la bella oropéndola el nido
Que anima tendido benéfico el sol.

Desplega pomposa á la luz con que brilla
La pluma amarilla,
Que ostenta fugaz,
Abriendo esponjado y en círculo rico
El triple abanico
Que tiende al volar.

Aquí no se encuentran ni sauces llorones,
Ni en lúgubres sonos
Agita el ciprés

La fúnebre punta, cual hacha mortuoria
Que alumbra la historia
Pasada de ayer.

La espléndida lumbre del sol no se apaga;
Sin término vaga
La brisa sutil;

La noche carece de sombra importuna,
Ni deja la luna
Jamás de lucir.

Del mar á lo lejos se siente el murmullo
Cual lánguido arrullo
Del aura no mas,

Cual banda de plata que el puro horizonte
Tendió sobre el monte,
Tapiz de cristal.

Allá en sus amenas tendidas riberas
A dó pasajeras
Se van á perder

Las ondas sonoras, en tiendas de armiños
Tan solo los niños
Alegres se ven.

En lechos de rosas, jazmín y claveles,
Bajo almos doseles
De plumas de luz,

Reposan tranquilos sin noche ni día
Sin miedo á la impía
Desdicha comun.

No acosa su mente recuerdo pasado,
Que solo han gustado
La dicha y placer,

Porque es la ribera del mar de la vida
La casta, florida,
Tranquila niñez.

En ella comienza dichoso el camino
Dó puso el destino
Tras linde feliz.

De nuestra existencia tristísimo, aciago
El árido y vago
Desierto país.

¡Oh! cuando dormimos al pié de la cuna
Es todo fortuna,
Deleites y paz;

El día es tranquilo, la noche serena,
La selva es amena,
Fronroso el erial.

Las lágrimas puras que entonces se vierten
Acaso divierten
En vez de doler...

¡Vereda dichosa! ¡Portada florida
Por dó entra en la vida
La dulce niñez!

Adolfo y la maga cruzaban por ella
Y el niño tan bella,
Tan llana la halló,

Que andaba embebido de un lado á otro lado
Gustando la fruta,
Doblando la flor.

Ya el vuelo seguía de pájaro errante,
Ya el ala brillante de insecto sutil,
Ya el curso sonoro de inquieto arroyuelo
Que rueda del suelo en el verde tapiz.

Saltaba y reía sin pena ni enojos,
Gozaban sus ojos
La alegre vision,

Sus tiernos sentidos la suave frescura
Y el són que murmura
Del aura veloz.

Vagaba contento: ¿qué importa por dónde?
Su infancia le esconde
La negra verdad.

¿A qué preguntaría?— Si es plácido el sueño
¿A qué con empeño
Querer despertar?

La ruta siguiendo, los blancos jazmines,
La luz, los jardines
Llegaban allí;

Ya el sol es ardiente, mas duro el camino,
No hay ya peregrino
Plantel ni jardín.

Al paso que avanza por otra vereda
Detrás de quien queda
La alegre region,

Sentía en el pecho que audaz caminando
Cobraba ganando
Firmeza y vigor.

La maga amorosa seguía ligera
Fantasma hechicera
Vagando tras él;

Mas jóven y hermosa conforme adelanta,
Dejando su planta
Detrás la niñez.

III.

Adolfo. ¿Qué sitio es este, señora?
¿Dónde estamos? que si no
Mienten mis ojos, ya es esta
Otra distinta region.

La maga. Estamos, al fin, *Adolfo*,
En un país superior,
En donde nada caduco,
Nunca estéril vejetó.

Adolfo. Y esos alcázares de oro
Que se ven en derredor,
Esos pensiles colgados,
Esos bosques ¿cuyos son?

Maga. De una emperatriz hermosa
Tan alegre como el sol,
En cuyos vastos dominios
No hay lágrimas ni dolor.

Vive en ociosos festines
De blanda música al són,
En brazos de los placeres,
De la gloria y del amor.

Tan poderosa y tan rica
Que á su audacia y su ambicion
Ni los mares ponen coto
Ni los peligros pavor.

Tan bella y tan cortesana,
Pues que como ella no hay *dos*,
Ni hay fuerza á quien no atropelle,
Ni grandeza la asombró.

Poco á sus delirios fueron
Ambos mundos en redor :
« Todo ó nada, » — dijo ansiosa
Y sobre ambos se asentó.

Y celebrando insensata
Su destino triunfador,
Llamó al placer y la vida
Y con ellas le partió.

Trajo á sí cuantas hermosas
Les siguen á ambos en pos,
Cuantos galanes y ociosos
En ambos mundos halló.

Dióles galas y palacios,
Campos de inmensa estension,
Trovadores que les canten,
Baños de esquisito olor :

• Y al hacer de tanto lujo
Desigual reparticion,
Dijo : — « Gozad y pedidme,
Que si hay dioses, yo soy dios. »

Adolfo. ¿Y quién es tan atrevido
Espiritu protector,
A quien nada se resiste
Y á quien nada se igualó?

Maga. La JUVENTUD.

Adolfo. ¡Dama ilustre!
Envidiable en su favor.

Maga. ¿La sirvieras?

Adolfo. « La adorara.

Maga. ¿Fueras su amigo?

Adolfo. El mejor.

Maga. Pues alguien hay que pudiera
Concedértelo.

Adolfo. ¿Quién?

Maga. Yo.

Adolfo. ¿Quién eres, que tal poder
Alcanzas?

Maga. Su hermana soy :
Que JUVENTUD y ESPERANZA
Nacidas á un tiempo son.

Adolfo. Pues lleguemos al palacio,
Porque ya siento por Dios
Por sus ilustres favores
Perdido mi corazón.

Maga. ¿Esperas vencer?

Adolfo. Espero
Que he de conquistar su amor.

Maga. Bien haces en esperar,
Puesto que contigo voy.

Dió *Adolfo* el brazo á la maga,
Y ambos con paso veloz
Doblaron hácia el palacio
En coloquios de ambicion.

Dó quiera en su sacro recinto se oía
La ronca alegría
Del loco festin ;

Los besos y brindis que en torno se exhalan
Al alma regalan
Con música dulce, esperanza feliz.

Las bóvedas altas de perlas vestidas
Dó están suspendidas
Centellas de sol,

Duplican del dia la luz trasparente
En ancho torrente,
Vertiendo en las salas cambiante color.

Los ricos tapices que ocultan los muros
Remedan los puros
Espejos del mar,

Sutiles dejando á través de sus hilos
Mirar los tranquilos
Reflejos del muro de limpio cristal.

Dó quiera la rosa, el clavel, los jacintos,
En lazos distintos,
En cifras de amor,

Anuncian orlando las blandas alfombras.
Las mágicas sombras

Que al hombre adulando, le siguen en pos

Amor dice en esta, en aquella *Fortuna*,
Valor dice en una
 Y en otra *Amistad*;

Placer dice aquella, y esotra *Riqueza*,
 Mas lejos *Belleza*,
Ventura en aquesta, *Virtud* mas allá.

Dó quiera repiten los anchos salones
 Ardientes canciones
 De gloria y de amor;

Y allí en los clarines, allá en las botellas,
 Con cláusulas bellas
 Acaso acompañan el báquico són.

Allá en los secretos de oculto retrete,
 Del ancho pebete
 Al humo fugaz

De lindas mugeres que están voluptuosas
 Sonando amorosas

Las notas se escuchan de amante cantar.

Los labios hierven en besos,
 Quemándose están de sed;
 Venid á templar su hoguera,
 No hay mas recompensa ni Dios que el placer.

¿Y á qué Dios mas poderoso
 Acudireis que el Amor?
 Apurad, pues, sus deleites,
 Que fuera de ellos no hay Dios.

¿Cómo resistir la herida
 De su ballesta sutil?
 Venid á beber deleites
 Hasta embriagaros, venid.

Los labios hierven en besos,
 Quemándose están de sed;
 Venid á beber deleites,
 No hay mas recompensa ni Dios que el placer.

Al són de las lanzas y trompas de guerra
 Que asordan la tierra,

En estenso salon

Se sienten los himnos ardientes de gloria,
 De noble victoria
 Que entona el soldado con áspera voz.

Bajad al campo sangriento,
 Solo la gloria está allí,
 Y sin gloria y sin laureles,
 ¿Quién es el imbécil que acierta á vivir?

A amar y á lidiar nacimos,
 Y sin triunfos, ¿cómo amar?
 ¿Qué llevar sino en ofrenda
 A los piés de una beldad?

Si amor corona la frente,
 Nuestras batallas tambien;
 Sus coronas son de rosas,
 Y las nuestras de laurel.

Bajad al campo sangriento,
 Solo la gloria está allí,
 Y sin gloria y sin laureles,
 ¿Quién es el imbécil que acierta á vivir?

Mas lejos en otra morada hechicera
 Dó el sol reverbera
 Con lumbré tenaz,

Dó llenan las perlas los largos espacios,
 Los ricos topacios,
 El jaspé y el oro, la seda y cristal;

Se siente el tumulto de báquica orgía,
 Que en cantiga impía,
 Discorde clamor,

La mesa en desórden, manchadas las ropas
 Al són de las copas
 Rameras levantan, sin alma y sin Dios.

Venid; la gloria es un sueño,
 Amor sin fiestas, ¿qué es?
 Mirado á través de un vaso,
 El mundo desierto parece un Eden.

Vamos la tierra con vino
 Embriagados á amasar,
 Vamos al templo de Baco
 En lúbrica bacanal.

No hay mas altar que la mesa,
 No hay mas Dios que la embriaguez;
 El vino confunde el tiempo,
 El morir con el nacer.

Quando caemos beodos,
 Mendigo ó rey, ¿qué es da?
 Todos bebemos sedientos
 Arroyos de libertad.

¿Qué dulces son nuestros pechos
 Empapados de licor!
 ¿Qué sabrosos nuestros labios,
 Y qué inmenso el corazon!

Venid; la gloria es un sueño,
 Amor sin fiestas, ¿qué es?
 Mirado á través de un vaso,
 El mundo desierto parece un Eden.

Allá en otra estancia dó en torno murmura
 Lejana, insegura
 La voz popular,

Cantor instigado del Dios que le inspira,
 De cóncava lira
 La suya levanta al acorde compás.

Amor y gloria sin fama
 Son un espejo sin luz.
 Solo los cantos no mueren
 Hallando en el cieno sepulcro comun.

Venid á beber sedientos
 Los raudales del saber,
 En sus márgenes se cogen
 Las coronas de laurel.

El pueblo escucha al poeta,
 Venid, venid al cantor:
 ¿Qué es el amor ni la gloria
 Sin la ciencia y la razon?

¿De qué os vale de placeres
 Ese miserable afan?
 Si no los canta mi lira,
 ¿Quién os los ha de envidiar?

Amor y gloria sin fama
 Son un espejo sin luz,
 Solo los cantos no mueren,
 Hallando en el cieno sepulcro comun.

Adolfo indeciso consigo luchaba.
 Sin tino vagaba
 Detrás del placer;

Dó quiera anhelante y ansioso corria
Cruzando la orgía,
La gloria gustando, el amor, la embriaguez,
Y en voz afanosa « ¿Dó estás, di, murmura,
« Altiva hermosura,
« Falaz juventud?
« Dó quiera te veo, siguiéndote avanzo,
« Mas nunca te alcanzo...
« Yo siempre en tu busca, y huyéndome tú!
« Oh! dime, Esperanza, mi fiel compañera,
« ¡Dó está esa altanera
« Cobarde muger! »
La maga le sigue, mas no le responde:
« ¿Porqué se me esconde?
¿Lo sabes? » — La maga repuso: « No sé. »
« ¿No sabes? mentira. ¿Me engañas, traidora,
« Me mientes ahora
« Que la amo por fin?
« ¡Oh! ciego por ella tras ella camino...
« ¡Fantasma divino,
« Te adoro insensato, despues que te vi! »

IV.

Cansado de su rápida carrera
Siguiendo la fantástica vision,
De un verde montecillo en la ladera
Adolfo sollozando se sentó.

Iba el camino por estrecha calle
Una suave colina á trasponer,
Partiendo por mitad un triste valle
Dó la estéril colina sienta el pié.

A su lado la maga todavía,
Blanca, risueña y cariñosa está,
Cual viva estrella que al piloto gula
Y anima en los peligros de la mar.

Flotaba su sencilla vestidura
Del aura de la tarde á la merced,
Y derramaba su mirada pura
Por la campiña que delante ve.

Al lejos entre pálida neblina
Alcánzase tal vez á distinguir
Torres y muros en informe ruina,
Y escombros que salpican el país.

Hay dó quiera ciudades desoladas,
Cuyo hendido esqueleto humea aun,
Manchando con espesas bocanadas
La claridad del firmamento azul.

No hay fuentes, ni palacios, ni verjeles,
Ni cantan en amena soledad
Saltando entre jacintos y claveles
Aves que gozan con alegre afán.

Hay algunas estériles palmeras
Nacidas al azar aquí y allí,

I.

Y águilas surcan libres y altaneras
El hueco de la atmósfera sutil.

Aun se sienten, perdidos á lo lejos,
Los himnos de la alegre juventud,
Cuyo alcázar se ofusca en los reflejos
De una impotente y moribunda luz.

Todo es verdad allí, todo se ostenta
Sin ilusorio engañador cristal:
Por todas partes sin temor se asienta
La rebelde y desnuda realidad.

« Las fuerzas, dijo Adolfo, me abandonan,
Llena de sombras mi memoria está;
Dame el brazo, Esperanza: en mis oídos
Esos cantares tentadores van. »

Y era así que á pedazos por el viento
Llegaban en sonora confusion,
Ya el mentiroso ó el blasfemo acento
Del placer, de la gloria, ó del amor.

— Los labios hierven en besos,
Quemándose están de sed;
Venid á templar su hoguera,
No hay mas recompensa ni Dios que el pl. cer.

— Bajad al campo sangriento,
Solo la gloria está allí,
Y sin gloria y sin laureles,
¿Quién es el imbécil que acierta á vivir?

— Venid; la gloria es un sueño,
Amor sin fiestas, ¿qué es?
Mirado á través de un vaso,
El mundo desierto parece un Eden.

— Amor y gloria sin fama
Son un espejo sin luz,
Solo los cantos no mueren,
Hallando en el cieno sepulcro comun.

« ¡Oh cuán felices son en sus placeres,
« Ellos cantando, y sin aliento yo!
« Fiestas allí, cristal, oro y mugeres,
« Y aquí conmigo soledad y error. »

V.

Adolfo. ¿Dónde estamos, Esperanza?
Maga. Selva es aquesta que ves
De razon y de recuerdos.

Adolfo. ¿Tiene nombre?

Maga. La Vejez.

Adolfo. ¿Y aquellas alegres damas,
Y aquel palacio, y aquel
Festín espléndido y cánticos
De ventura y de placer?

Maga. Allá quedan.

Adolfo. ¿Y la hermosa
De que un instante gozé
Y tras quien corro insensato?

Maga. Allá se queda tambien.

Adolfo. ¿Con que por fin la he perdido?
¿Con que en verdad la soñé?

13

Maga. El perseguirla es perderla,

Que es verdad, é ilusion es.

Adolfo. ¿Mis amigos?

Maga. Allá quedan.

Adolfo. ¿De mis soldados qué fué?

Maga. Allá quedan.

Adolfo. ¿Y mi gloria,

Mis timbres?

Maga. Allá tambien.

Adolfo. ¿Con que todos me dejaron?

¿Qué resta en la vida pues?

Maga. Tu Esperanza está contigo,

Siempre acudiéndote fiel.

Adolfo. Tú sola no me abandonas.

Maga. A tu lado siempre iré

Alumbrándote el camino

Que tomastes al nacer.

Reposa y vamos.

Adolfo. Me canso.

Maga. Yo la mano te daré.

Adolfo. Dame un manto, tengo frio;

Agua dame, tengo sed.

Maga. Vamos á buscar la fuente.

Adolfo. ¿Está muy lejos?

Maga. Tal vez.

Adolfo. ¿No tiene fin el camino?

Maga. Sí.

Adolfo. Pues vamos.

Maga. Tras mí ven.

Adolfo. ¡Oh cuán distinto, Esperanza,

Este camino es de aquel

Por donde yo te tendia

Mi brazo ligero ayer!

Maga. Lo que pasó no recuerdes,

Mirando adelante vé.

Adolfo. Solo de recuerdos vivo.

Maga. Olvida.

Adolfo. No puede ser.

Asi con cansado paso,

Va caminando tal vez

El hombre, con su esperanza,

Eterno sol de su fé. —

Y así, la maga y Adolfo,

Ya el dia al oscurecer,

Caminan hácia el desierto

De la arrugada Vejez.

Tristes y á espacio caminan,
Al crepúsculo del sol,
Por medio de un campo estéril,
Sin ave, fuente, ni flor.

Las cumbres están nevadas,
Y en espantoso turbion
Se oyen bramar los torrentes
Con honda y cóncava voz.

Silba el cierzo entre las peñas
Que ostentan en derredor

Entre la nieve á pedazos

En lastimosa ilusion,

Allí una choza arruinada,

Allá un templo que se hundió,

Mas allá un puente abrasado

O un hendido murallon.

Rastro del peso del tiempo

Que fué pasando veloz,

Descabezando en sus crestas

Cuántas puntas encontró.

Aspera y postrer jornada,

Dura peregrinacion,

Por donde nada se encuentra,

Amigo ó consolador.

Apenas en los escombros

De arruinada poblacion

Algunos pobres ancianos

Dan á la vida un á Dios.

Apenas entre los brezos

Se topa un viejo pastor,

Que apacienta unos ganados

Que solo esqueletos son.

Mas nadie sabe la historia

De lo que allí vejetó;

Todos lloran los recuerdos

De su propio corazon.

Todos miran al risueño

Alcázar encantador,

Que al pasar por sus dominies

La Juventud les mostró.

¿Qué dejan? sus ilusiones.

¿Qué lamentan? su valor.

Nada de cuanto gozaron

Al desierto les siguió.

Alguna vez aun deliran

Con la halagüeña vision

De aquel palacio encantado

Que falaz les hospedó;

Pero al pensar en los cantos

Que el deleite seductor

Les murmuró en los oidos

En soñada prediccion,

Doblan al suelo la frente

Con incrédulo dolor,

Diciendo al ir su camino:

¡Mentira! todo pasó.

Asi por entre la nieve

Cruzando el desierto van

Adolfo y la maga en lento

Paso, por quebrado erial.

Cada vez mas se acercan

A las riberas de un mar,

Que al confin de aquella tierra

Tendido en silencio está.

Es el agua turbia, inmoble,

Cuyo fin se pierde allá

En un caos de profunda
Insondable oscuridad.

Ni el viento al pasar la arruga,
Ni en espumas de cristal
En las húmedas arenas
Se viene á desmenuzar.

Ni escupe conchas de nácar,
Ni ensu estensa soledad
Saltan avaros los peces
El ambiente á respirar.

No se alcanza de la playa
Por el perdido arenal
Mas que una choza mezquina
De estrecha concavidad,

Cuya puerta desquiciada
Ya mohosa y desigual
Como párpado sin ojo
Mirando hácia el agua está.

Llegando allí, dijo Adolfo:
«No puedo, Esperanza, mas;
Entremos en esa choza
Un momento á descansar.»

Entraron en la cabaña
Y á la débil claridad
Con que alumbraba todavía
Un crepúsculo fugaz,

Hallaron un ancho espejo,
En cuyo limpio cristal
Adolfo vió con espanto
Una sombra reflejar.

«¿De quién es aquella imágen?»
Preguntó, en duda tenaz
Con su memoria luchando
Recelando la verdad.

— Esa imágen es la tuya.
— Pues ¿cómo mi frente ya
Calva y arrugada miro
Y tan gastada mi faz?

No era ayer niño y hermoso
Contigo, Esperanza, al dar,
Cuando á despertar viniste
Mi infantil curiosidad?

— Entonces naciste al mundo,
Y el canastillo en que audaz
Conmigo bogastes, era
Tu cuna, Adolfo, no mas.

Las brisas de mis promesas
Llevaron á desear,
Y entraste por el camino
De la loca vanidad.

Así el valle de la vida
Has venido á atravesar
Entre pensiles de flores
Y palacios de cristal.

— ¡Ay! clamó Adolfo llorando,
Que no los puedo olvidar,
Ni á aquella reina orgullosa
A quien ya no veré mas.

— Así se pasa la vida
En gemir y en esperar
Lo que buscamos en ella,
O la que perdimos ya.

Esta choza es una puerta
De la oscura eternidad,
Ese espejo es la razon,
Y la nada es ese mar.

Todo aquí se desvanece;
Nada hay delante y detrás.
Allá se queda la vida,
Y los deleites allá.

Este es el punto por donde
Se descubre la verdad.
Y aquí solo la Esperanza
Aun con nosotros está.

VI.

PLEGARIA.

¡Blanca ilusión! ¡benéfica esperanza!
Triste y última luz del corazón,
A cuyo tibio resplandor se alcanza
Un mas allá en el hondo panteon;

Tú sola nos alivias el camino
En que entramos al tiempo de nacer;
Nuestro amargo destino es tu destino,
Siempre amiga te hallamos por dó quier.

Delante de ese espejo misterioso,
De nuestra nada ante el estenso mar,
Aun vienes con semblante cariñoso
Nuestra seca razon á consolar.

¡Oh! tú nos doras la niñez tranquila,
Enciendes nuestra ardiente juventud,
La vejez nos sostienes que vacila,
Y aun ardes en el cóncavo ataud.

Sol en la vida, lámpara en la muerte,
Siempre nos vienes asistiendo en pos;
Y amiga fiel, nos dejas al perderte
Al pié del trono del inmenso Dios.

¡Sol de mi vida! sin cesar conmigo
Mis lentas horas alumbrando ven,
No apagues, no, tu resplandor amigo
Mientras mis ojos en vigilia estén.

¡Lámpara de mi nicho solitario!
Baja conmigo al negro panteon,
Y séanme los pliegues del sudario
De sueño eterno santo pabellon.

SÉTIMA PARTE.

DEDICATORIA

A MI AMIGO

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Mi querido Juan Eugenio,
Mi octavo tomo publico,
Y al cabo te le dedico
En holocausto á tu ingenio.

Ve si contigo me porto,
Un cuento te he prometido
Y un tomo te doy cumplido;
No me acusarás de corto.

Otros buscan con su obra
Destinos ó proteccion;
Yo no grabo á la nacion,
Conmigo mismo me sobra.

Mientras siga el editor
Versos y libros pidiendo,
Iré libros escribiendo,
Que lo tengo por mejor

Que pedir al poderoso,
Mendigar del ignorante,
Y rogar al arrogante,
Que soy yo muy orgulloso.

Buscar un crítico enfático
Que alabe mi obra no quiero,
Que tan bien como el primero
Puedo ser yo catedrático.

Y á mas, para entre los dos,
Los criticones de ogaño
No nos harán mucho daño,
Sabén poco ¡vive Dios!

No se echan muchas vigalias
Hoy en criticos estudios,
Tras poquisimos preludios
Hoy de crítico te fillias.

Con ir un mes á Paris
Y almorzar con Victor Hugo,
Vuelves y pones el yugo
Literario á tu país.

« ¡ Las letras estⁿ fatales ! »
Vienen diciendo de allá.

« Las artes... ¡ lástima da !
¡ No están en el Congo tales !
¿ Pues los teatros ? ¡ da grima !
¡ Ni de talento hay destellos... ! »
Y escriben comedias ellos
Como maestros de esgrima.

Tajo aquí, cercen allá,
Ora á la regla, ora al gusto,
Cada escena nos da un susto,
Si calambre no nos da. —

Y viendo al fin que no atinan
Por medio ninguno humano,
Cortar el nudo gordiano
Ex cathedra determinan.

Con nuevas nomenclaturas
Sus disparates bautizan...
Y tanto la luz atizan
Que nos dejarán á oscuras.

Quien de la *escuela moderna*
Genio innovador se llama,
Barba, galan, page y dama
Despacha á la vida eterna.

Quien se dice de la *antigua*
En cánticos pobrecitos
De la otra cambia los gritos,
Y que da sueño averigua.

Yo que tal veo, me digo :
¡ Tanto valen á fé mia !
Con que firme en mi manía
De andar con entrambas sigo.

En lo que no hago por Dios
Mas que con maña oportuna
Tentar á la par fortuna
Por cualquiera de las dos.

A veces de sangre un río
Vierto, en situacion acerba,
Y á veces con una yerba
Como un tonto me estasio.

Y en esto sin duda alguna
Con sesudo estoicismo
Pruebo que me da lo mismo
Por las dos, que por ninguna.

Sin embargo, de mi afán
Me daré por satisfecho

Si no te enfada lo hecho
En *Montoya el capitán*.

El pueblo me lo contó
Sin notas ni aclaraciones :
Con sus mismas espresiones
Se lo cuento al pueblo yo.

Inútil es que me pidas
Para medirle compás,
El pueblo tiene no mas
El compás con que le midas.

La gente critica y docta
Que por decidir se muere,
Califquele, si quiere,
De milagro ó de anécdota.

Se me da, Eugenio, un ardite
Que lo juzgue bien ó mal,
Que lo llame obra inmortal
O de necia la acredite.

Porque segun lo que vemos,
No hay obra, y mas siendo ajena,
Que sea á su juicio buena...
Con que pregunto, ¿y qué hacemos?

Escucha los silogismos
Con que vengo á deducir
Que debemos escribir
Sin miedo á nosotros mismos.

Si apenas entre unos y otros
Hay un buen libro que ojear,
Fácil es de remediar,
Escribámosle nosotros.

Tal vez en el *item* demos,
Y si no damos, peores
Que los demas escritores
A fé que no quedaremos.

Y ademas, si es el placer
De los sabios *mal-decir*,
¿Si damos en no escribir
Qué mil diablos han de hacer?

Yo soy terco, y lo confieso,
Pues lo que escribo critican,
Escribo porque se pican
Y ambos roemos el hueso.

Que al cabo va convenciéndome
La esperiencia por de pronto
De que no faltará un tonto
Que se divierta leyéndome.

Y concebirse no puede
Que no tenga un solo amigo
Que aplauda lo que yo digo,
Como á muchos le sucede.

Yo sé que en ambas escuelas
Habrá quien haga á este prólogo
Allá á solas un monólogo
Como á una fluxion de muelas.

Mas yo vivo por fortuna
En tan dulce escepticismo,
Que se me importa lo mismo
Por las dos, que por ninguna.

EL CAPITAN MONTOYA.

I.

LA CRUZ DEL OLIVAR.

Muerta la lumbre solar,
Iba la noche cerrando,
Y dos ginetes cruzando
A caballo un olivar.

Crujen sus largas espadas
Al trotar de los bridones,
Y vense por los arzones
Las pistolas asomadas.

Calados anchos sombreros,
En sendas capas ocultos,
Alguien tomara los bultos
Lo menos por bandoleros.

Llevan, porque se presume
Cuál de los dos vale mas,
Castor con cinta el de atrás,
Y el de adelante con pluma.

Llegaron donde el camino
En dos les divide un cerro,
Y presta una cruz de hierro
Algo al uno de divino.

Y es así, que si los ojos
Por el izquierdo se tienden,
Sotos se ven que se estienden
Enmarañados de abrojos.

Mas vese por la derecha
Un convento solitario,
En campo de frutos vario
Y de abundante cosecha.

Echóse á tierra el primero,
Y al dar la brida al de atrás,
Aquí, dijo, esperarás;
Y el otro dijo : Aquí espero.

Y hácia el convento avanzando
Del caballero, en la oscura
Sombra, se fué la figura
Hasta perderse menguando.

Quedó el otro en soledad,
Y al pié de la cruz sentado
Siguió inmoble y embocado
En la densa oscuridad.

Mugia en las cañas huecas
En són temeroso el viento,
Rasgándose turbulento
Por entre las ramas secas.

Y en los desiguales hoyos
Con las lluvias socabados,
Hervian encenagados
Sin cauce ya los arroyos.

Ni habia una turbia estrella
Que el monte alumbrara acaso,
Ni alcanzaba á mas de un paso
Ciega la vista sin ella.

Ni señal se apercibía
 Je vida en el olivar,
 Ni mas voz que el rebramar
 Del vendabal que crecía.

Y al hierro santo amarrados
 Ambos caballos estaban,
 Y allí en silencio aguardaban
 A esperar acostumbrados.

Ni de la áspera maleza
 Pisada al agrio rumor
 Les volvió su guardador
 Solo una vez la cabeza.

Un pié sobre el otro pié,
 Embozado hasta las cejas,
 Metido hasta las orejas
 El sombrero, se le ve

Como un entallado busto
 De alguno que allí murió,
 Y allí ponerse mandó
 Por escarmiento ó por susto.

Ni incrédulo faltaría
 Que si cerca dél pasara
 Medroso se santiguara
 Dudando lo que sería.

Que á quien suele con la luz
 Y en compañía blasfemar,
 Bueno es hacerle pasar
 De noche junto á una cruz.

Mas esto se quede aquí;
 Y volviendo yo á mi cuento,
 Digo, que dudoso y lento
 Gran rato se pasó así.

Y ya se estaba una hora
 De espera á espirar cercana,
 Cuando sonó una campana
 De lengua aguda y sonora.

Y aun duraba por el viento
 Su vibración cuando el guía
 Alguien notó que venía
 Por el lado del convento.

Sacó la faz del embozo,
 Y oyendo el són mas distinto,
 Echóse la mano al cinto

Y « ¿quién va? » el amo y el mozo

Preguntaron á la par;
 Mas conocidos los sones
 Asieron de los bridones
 Y volvieron á montar.

Y es fama que menos fiero
 El señor con el criado,
 Dejóle andar á su lado
 Como digno compañero.

Y este al ver cuán satisfecho
 Volvió de su expedición,
 Así la conversacion
 Introdujo de lo hecho.

« Señor, ¿ cómo está la monja?
 — ¿ Y cómo ha de estar, Ginés?

Atortolada á mis piés,
 Y mas blanda que una esponja.
 — ¿ Y pensais dejarla así?
 — ¡ Dejarla! ni por asomo:
 No sé todavía cómo,
 Mas la sacaré de allí.

Que segun lo que yo he visto
 Mas quiere la tortollilla
 Volar libre por Castilla
 Que estar en jaula con Cristo. »

Y aquí el recio vendabal,
 En voz y empuje creciendo,
 Puso lo que iban diciendo
 Para escucharse muy mal.

Y ellos, temiendo que acaso
 Les cogiera la tormenta,
 Sacaron por buena cuenta
 Los caballos á buen paso.

II.

CUCHILLADAS EN LA CALLE.

En una noche de octubre
 Que las nieblas encapotan,
 Ahogando de las estrellas
 La escasa lumbre dudosa,
 De la ciudad de Toledo
 En una calleja corva
 Que el paso desde el alcázar
 A Zocodover acorta,
 Es fama que se apostaron
 Seis hombres, que grupo forman
 De una de las dos esquinas
 A la prolongada sombra.
 Murmuraron por lo bajo
 Algunas palabras cortas,
 Cortas, porque á ellos les bastan,
 Bajas, por si hay quien las oiga
 Repartiéronse sus puestos
 Con precaucion previsora,
 Favorable á los que esperan,
 Y á los que lleguen dañosa;
 Y quedaron en silencio
 Casi por un cuarto de hora,
 Tan ocultos y pegados
 A la tapia en que se apoyan,
 Tan hundidas en la niebla
 Sus desvanecidas formas,
 Que hubo quien pasando entre ellos,
 Juzgó la calle muy sola.
 Caía desde las tejas
 Desprendida gota á gota
 La niebla que dó halla sitio
 Calladamente se posa:
 Y alguna ráfaga errante
 Con tenue voz melancólica
 Cruzaba de alguna reja
 Las hendiduras angostas.

Se oían de cuando en cuando
 Sonar por la calle próxima
 Puertas y aldabas de casas,
 Pasos y voz de personas.
 Mas nada á los apostados
 Mueve, anima ó impresiona,
 Ni voces, ni transeuntes
 Parece que les importan.
 Inmóviles permanecen,
 Y las sospechas se agotan
 Al ver que por ellos pasan
 Tanta gente y tantas horas;
 Y es imposible atinar
 Con el intento que forman,
 Cogiendo la calle á espacios
 Por ambas aceras toda.
 Marcó las once un reló,
 Sonaron tardas y cóncavas
 De las once campanadas
 Las once pesadas notas,
 Y al par que en la callejuela
 Los cinco se desembozan,
 Alumbrándola por dentro
 Luz á una puerta se asoma.
 Corriéronse los cerrojos,
 Rechinó la llave sorda,
 Y un cuadro de luz voluble
 Vaciló en piedras y losas.
 Traspusieron los umbrales
 Tres bultos, y una tras otra
 Se oyeron tres despedidas
 Que murmuraron tres bocas.
 Quitó la luz el de dentro,
 Dobló á la puerta la hoja,
 Quedó en tinieblas la calle,
 Y dijeron fuera : « ¡Ahora ! »
 « ¡Viles ! » gritó el que salía.
 Los que esperaban : « ¡La moza,
 Dijeron, cuenta con ella ! »
 Y á esta palabra traidora
 En dos pedazos la calle
 Partida, en música ronca
 Crujieron y en lid confusa
 De las espadas las hojas.
 « Asírla, » dicen los unos.
 « ¡Hija, á mi espalda ! » en voz torva
 Decía el recién salido,
 Que las cuchilladas dobla.
 « ¡Cómo, decían los unos,
 Son dos y ternos osan ! »
 « ¡Cómo, murmuraba el otro,
 Villanos tientan mi honra ! »
 « ¡Mueran ! » dicen de una parte.
 « ¡Vengan ! » dicen de la otra ;
 Y crece de la contienda
 La confusion temerosa.
 Lluven los tajos sin tino,
 Y aunque se tiran con cólera,

Como tirados á ciegas
 La mayor parte malogran.
 Pero valientes parecen,
 Porque se buscan y acosan
 Con terquedad tan resuelta,
 Que unos de otros se asombran.
 Dan, hieren, cubren, atajan,
 Tierra ganan, tierra cortan,
 Y al ruido de los aceros
 La vecindad se alborota.
 Sacaron luces por alto,
 Gritaron « ¡Fuego ! ¡la ronda !
 ¡La guardia ! » ; mas todo inútil !
 Porque los tajos redoblan.
 Las mismas luces que sacan
 Son de los menos en contra,
 Y por dó quiera cercados
 En sus postrimeras tocan.
 En esto la calle arriba
 Llegó un mozo á quien abona
 Por noble la larga pluma
 Con que su sombrero adorna,
 Que escusándose palabras
 Y revelándose en obras
 Echó la capa por tierra
 Y por aire la tizona.
 Púsose en pró de la dama
 Como quien hidalgos goza
 Pensamientos, y ha nacido
 De noble sangre española ;
 Y anuncióse con tal furia
 De cuchilladas, que á pocas
 Tendió en la calle dos hombres
 En las postreras congojas :
 Y tan rápido revuelve
 Contra los cuatro que afronta,
 Que con una sola espada
 Para los cuatro le sobra.
 Con tiempo y valor apenas
 Para su defensa propia,
 Dijo uno de ellos : « ¡A tanto
 Solo el demonio se arroja ! »
 Y al escucharle el mancebo
 Dijo con voz poderosa :
 « Con una legion no basta
 Para el capitán Montoya. »
 Y haciendo el último esfuerzo
 La calle entera despoja
 Por donde entraba á tal punto
 A todo correr la ronda.

III.

OFERTAS.

Quando llegó la justicia
 De la contienda al lugar,
 Halló asido de la mano
 Con un hombre al capitán.

Desmayada una doncella
 De él se veía detrás,
 Por otro hombre sostenida
 Con intensísimo afán :
 Y cuando ufanos quisieron
 Meter su tardía paz,
 Oyeron en esta guisa
 Al desconocido hablar.
 « Fadrique soy de Toledo,
 Montoya, no os digo mas :
 Mi honor os debo y mi hija ;
 Si tienen precio mirad.
 Y vedlo bien, que aunque entrambos
 Me demandeis á la par,
 Os juro á Dios desde ahora
 Que son vuestros, capitán.
 — Lo hecho, dijo Montoya,
 Pagado en exceso está
 Con la amistad de un Toledo ;
 Esta es mi mano, tomad ;
 Hice lo que debe un noble ;
 No hablemos en ello mas. »
 Y asíéndola Don Fadrique
 Dijo : Montoya, apretad.
 Tornóse despues á su hija,
 Y volviéndose á nombrar
 Paso le dieron y gente
 Con que ir en seguridad.
 Tomó cartas la justicia,
 Y empezando á *justiciar*
 Llevóse en prenda los muertos,
 Y citó ante el tribunal
 A los testigos que hubiere,
 Incluyendo al capitán ;
 Quien calándose el sombrero
 Replicóles : « ¡ Bien está !
 Póngame, seor corchete,
 Esa capa en caridad,
 Y tome esa friolera
 Con que entierren á ese par. »
 Y echando un bolsillo de oro
 De la justicia en mitad,
 Fuése, dejando en la turba
 Admiración general.

Y justamente admirado
 Merece ser en verdad
 Quien da tales cuchilladas
 Y tales bolsillos da.

IV.

EL CAPITAN DON CÉSAR.

« ¡ Esa gente es un tesoro !
 Él generoso y valiente,
 Ella hermosa, ¡ y juntamente
 La ofrecen pesada en oro !

¿ Qué te parece, Ginés ?
 Cuatro millones la dan.
 — ¡ Gran presa, mi capitán !
 ¿ La aceptaréis ?

— ¡ Fácil es !

— ¿ Y la monja ?

— ¡ Eso te aflige !

¡ Buenas son ambas por Dios !
 Y quien de dos toma dos
 Como hombre avisado elige.

Dicen que parece mal
 Que hombre de mi condicion
 Viva siempre solteron
 Derrochando su caudal.

Y á mí también me parece
 Que quien tanto tiene y vale,
 Pues de lo vulgar se sale
 Mas de lo vulgar merece.

La consecuencia te toca ;
 Si una me dan y otra quito,
 Que con dos puedo acreditar ;
 Con que, Ginés, punto en boca. »

Esto dijo el capitán,
 Y pidiendo de vestir
 Anunció que iba á salir
 A cierto asunto galán.

Colgóse al cinto la espada
 De plata en doble cadena,
 Tendió la negra melena
 Sobre la gola plegada :

Caló el chambergo de lado,
 Y retirando el espejo,
 Tornó su postrer consejo
 A repetir al criado.

Doblóse este siervo fiel
 En presencia del señor,
 Y ganando un corredor
 Cruzóle delante de él.

Abrióle de par en par,
 Una tras otra tres puertas,
 Que se quedaron abiertas
 Mucho despues de pasar.

Vénia le hicieron gran pieza
 Siervos que al paso topó,
 Y un page tras él salió
 Descubierta la cabeza.

Y á fé que se colegía
 Mirando tal homenaje
 Que era mucho personage
 Quien con tal pompa vivía.

Mas ya es tiempo, vive Dios,
 De que dé el lector discreto
 Con quién es este sugeto
 Que anda há rato entre los dos.
 Sepa pues que el capitán
 Don César Gil de Montoya

Es de las armas la joya,
Y de las hembras iman.
Nadie se atreve á afrontallo,
Ni hay quien resista su lanza;
Nadie su poder alcanza,
Sea á pié, sea á caballo.

En liza donde él se mete
Por empeño ó por favor
Nunca falta justador
Para el último ginete.

En fiesta ó lance que él entra
Toda opulencia es escasa,
Nadie en lo galan le pasa,
Ni mas bizarro se encuentra.

Favorece á quien pregunta;
Obliga á quien aconseja,
Enloquece á quien corteja,
Y avasalla á quien se junta.

Audaz con quien enamora,
Manda, zela, acosa, exige,
Y al cabo del mes elige
Nuevo amor, nueva señora.

Un filtro lleva en los ojos
Que fanatiza á quien ama :
Deleite su voz derrama,
Y fuego sus labios rojos.

Muger que cayó en su red
Su corazón dejó preso,
Que sorbe con cada beso
Un corazón cada vez.

No hay puerta que le resista
Ni reja que le desaire,
Que entra su amor como el aire,
Con solo mirar conquista.

Como un sultan opulento,
Como un Adonis hermoso,
Sin par en lo generoso,
Sin igual en ardimiento :

Sol que mata las estrellas,
La fama arrebatada toda;
Y es siempre el galan de moda
Entre las damas más bellas.

Resuena desde Toledo
Su nombre por toda España,
Los nobles le tienen saña,
Los bravos le tienen miedo.

Los gollillas le desdoran,
Los clérigos le aborrecen,
Los soldados le apetenecen,
Y los villanos le adoran.

Mas á él le importa un ardite
De tan varia voluntad,
Y toma por la ciudad
Donde le encuentra desquite.

Que no hallando ningun Cid
Ni topando una Lucrecia,
Cuanta conquista desprecia,
Mata cuantos vence en lid.

Tiene un palacio por casa,
Da fiestas por afrentar,
Que no hay quien sepa igualar
Sus profusiones sin tasa.

Sin amigos y sin deudos
Vive solo para sí,
Y le mantienen así
Sus herencias y sus feudos.

Tan rico y gran bebedor,
No hay medida á sus deseos,
Y pasa entre devaneos
Una existencia de amor.

Y para ahogar su indolencia
Y ocultar que se fastidia,
Juega sin afán ni envidia
Pedazos de su opulencia.

Si gana, sin ver recoge;
Si pierde, paga sin ver;
Y ni en ganar ni en perder
Hay medio de que se enoje.

Y según derrama el oro
Cuando pierde ó cuando presta,
Parece que tiene puesta
Cada mano en un tesoro.

Hay quien de impio le trata,
Y juzga que es mal ejemplo
Que un page le lleve al templo
Cogin con borlas de plata :

Y que es audacia inaudita
Hincarse al pié de la grada
Y esperar á una tapada
Para darla agua bendita.

Y aun corren de sus amores
Susurros por la ciudad,
Que á ser ciertos en verdad
Pueden tornarse clamores,

Que anda entre ellos una llave
Con que se abre un presbiterio...
Mas el caso es un misterio
Y la verdad no se sabe.

Él sigue ufano y galan,
Y los rumores de que hablo
Si los sabe los da al diablo
Satisfecho el capitán.

Tal es, amigo lector,
El Don César de mi cuento :
Si le crees malo, lo siento;
Mas no fué mucho mejor.

V.

INSUFICIENCIA DEL POETA.

Casa Don Fadrique á Diana,
Y en su palacio reúne
Cuanto hay en Castilla entera
En armas y amor ilustre.

Que es Don Fadrique muy rico
 Y á origen de reyes sube.
 Y solo el rey le aventaja
 Cuando sus empeños cumple.
 Ofreció una noche su hija
 En lance que aun hoy encubre
 El misterio de las sombras
 A un hombre, á quien atribuye
 Tantos misterios el vulgo
 Como al lance que produce
 El repentino consorcio
 Que amor y razones une.
 Mas aunque pasa la noche
 Y ya su presencia urge,
 El novio no está en Toledo,
 Lo que á sospechas induce.
 Mas buenas tiene sin duda
 Razones que le disculpen,
 Porque aunque le echan de menos
 Nadie de falso le arguye.
 Todos aguardan que llegue,
 Y no hay un alma que dude
 Que se hallará al dar las diez
 En los salones del duque.
 Que él ha marcado esa hora,
 Y tal confianza infunde
 Su palabra, que no hay prenda
 Que mas valga ni asegure.
 Prosiguen pues de la boda
 Las fiestas, los brindis crujen,
 Y suenan los instrumentos
 Voluptuosos y dulces.
 Nunca tal gala ostentaron
 Los que de grandes presumen,
 Ni vió jamás tanta pompa
 La asombrada muchedumbre.
 Inútil es ponderarla,
 Y querer pintarla inútil,
 Que fiestas como esta mía
 Contándolas se deslucen.
 Harto lo llora el poeta,
 Mas ¡ay, que por mas que luche
 Con su voz y con su lira
 La realidad no le suplen!
 Hará que sus *creaciones*
 En bellos versos murmuren,
 Que canten báquicos himnos
 Cuando su festin concluyen,
 Podrá cuando mas se afane,
 De quien su cuento le escuche
 Lograr que se finja apenas
 El rostro, las actitudes,
 La situacion ó el carácter
 De los seres que dibuje,
 Todo ello pesado y débil
 Aunque á lo vano renuncie.
 Podrá trazar á un cuadro,
 Aunque sombras se le enturbien,

Las principales figuras
 De que su historia se ocupe;
 Mas la luz, y el movimiento,
 Y el todo que las circuye,
 La multitud, las comparsas
 Que en torno de ellas agrupe,
 Que giran, hablan, murmuran,
 Van, vienen, bajan y suben,
 Las cercan ó las desvian,
 Y con ellas se confunden,
 Y respiran con su aliento,
 Y con impulsos comunes
 Con ellas gozan, esperan,
 Rien, cantan, lloran, sufren...
 ¡Imposible que lo pinten
 Y en la mente lo acumulen
 Con voz, movimiento y vida
 Fácil, palpable, voluble!
 ¿Cómo contar el tumulto
 Que en un momento produce
 En un salon donde danzan
 Un lance que lo interrumpe?
 La voz de — ¡Ahí está, señores,
 Ahí está! — que brota y bulle
 De boca en boca rodando
 En derredor se difunde;
 Y el són de las herraduras
 Del bridon que le conduce,
 Que al detenerse en el patio
 Hace que el patio retumbe,
 Que en las puertas y ventanas
 Los que bailaban se agrupen,
 Y por ver mejor se empiñen,
 Se encaramen y se empujen;
 Los muchos que prodigando
 Serviles solicitudes
 Bajan á asirle el estribo
 Porque les mire ó salude,
 Y el salon que dejan solo
 Con la alfombra y con las luces,
 Y la chimenea, en donde
 Chisporrotea la lumbre,
 ¿Con qué voz, ni con qué lira
 Se pinta ó se reproduce,
 De modo que quien escucha
 Lo conciba y no se ofusque?
 ¿Cómo el satisfecho porte
 Contar con que se descubre
 Al apetecido novio
 Que por la escalera sube,
 Mientras se agolpa por ella
 La aturdida servidumbre
 Y al peso de los curiosos
 Por ambas barandas cruje?
 Avanza pues; por la sala
 La gente se distribuye,
 Y este es el lance mas crítico
 Que en toda la noche ocurre.

Corre confuso murmullo
 Y ancho movimiento cunde,
 Mientras asiendo un instante
 A sí cada cual acude.
 Quién se compone la gola,
 Quién los buelillos se sube,
 Quién desencaja una hebilla
 Porque el cinturon le ajuste,
 Quién se revienta unos guantes,
 Y del placer en la cumbre
 Las hermosas se sonrien,
 Y ó aunque astutas disimulen,
 La vista á un espejo tienden,
 La mano á la flor ó al bucle.
 La que gracias ó riquezas,
 Bien que la pesa, no luce,
 Busca á una bella la espalda
 Que aunque la humille, la oculte.
 Aquí asoma un pié pequeño,
 Allí unos ojos azules,
 Acá una falda de encage,
 Allá un airon de tisúes,
 Aquí un cuello alabastrino,
 Y allí una mano que pule
 Un centenar de brillantes
 Que por mano y dueño arguyen.
 Todo esto en viviente masa,
 Con movimientos comunes,
 Con existencia uniforme
 Que en todo fermenta y bulle,
 Que gira ó que vaga á un tiempo,
 Se dispersa ó se reúne,
 Danza ó se asoma, y el ruido
 Cesa, aumenta, ó disminuye;
 Este momento de atenta
 Y afanosa incertidumbre,
 ¿Quién lo cuenta, ó quién lo canta,
 Por mas que á la par se junten
 La voz y el arpa, sin ver
 Que es fuerza al fin que renuncien
 La voz y el arpa humilladas
 A empresa donde sucumben?

Desisto pues de mi empeño,
 Y aunque me da pesadumbre,
 El salon de Don Fadrique
 Quien pueda que se figure.

VI.

EL NOVIO.

Todos los ojos clavados
 En la puerta del salon,
 Toda la gente del baile
 Agolpada en derredor,
 En impaciente y atenta
 Duda un instante quedó,

Esperando la llegada
 Del venturoso amador.
 Don Fadrique, Diana y todos
 Los parientes que juntó
 En su fiesta el noble duque,
 De sus huéspedes en pos
 Están al dintel parados,
 Que el danzar se interrumpió,
 Y ahogaron los instrumentos
 Su ya no escuchado són.
 Todos inciertos callaban,
 Y allá en confuso rumor
 Del novio por la escalera
 Se percibía la voz;
 Como si alguno á su paso
 Demandándole atencion
 Recibiera una respuesta
 De superior á inferior.
 «¿Comprendistes?» dijo al fin
 En voz clara. «Sí, señor,»
 Repuso otra voz humilde,
 Y él á replicar volvió:
 «La hora las dos en punto,
 La gente nosotros dos.»
 Y de sus anchas espuelas
 Aspero compás se oyó.
 Cundió general murmullo
 De gente por el monton,
 La masa de mil cabezas
 Adelantándose hirvió,
 Moviéndose á un tiempo todas
 Para ver y oír mejor;
 Y á tal punto por la sala
 Con paso resuelto entró
 El buen capitán Don César,
 Cual siempre fascinador.
 Echó los brazos al cuello
 De Don Fadrique, tomó
 La mano á Diana, y besóla
 Con acendrada pasión.
 Y por la estancia avanzando
 En tal guisa les habló:
 «Señor duque, hermosa Diana,
 Si tardé, mirad que estoy
 Pronto desde este momento
 A demandaros perdon.
 — Capitán, en vuestra casa
 Nadie exige sino vos.
 Id, venid cuando os pluguiere
 Sin pena y sin restriccion,
 Que en todo lo que gustareis
 Nos dareis gusto y honor.
 — Pues cuando os venga en agrado,
 Señor duque, la ocasion
 Del notario aprovechemos,
 Con la ley cumplamos hoy,
 Y atendiendo á ambos mandatos
 De justicia y religion,

Hoy nos casarán las leyes,
Mañana temprano Dios.
¿Os place?

— Sí, por mi vida.

— ¿Y á vos, Diana?

— ¿Tengo yo

Mas voluntad que la vuestra,
Mi esposo y libertador?

— Pues de ese modo abreviemos,
Que aunque por ello afliccion
Siento en el alma, esta noche
Aun mi ausencia no acabó. »

Volvióse á tales palabras
El duque, y conversacion
Siguieron de esta manera
Por lo bajo ambos á dos.

« Don César, ¿llevais espada?

— Solamente á precaucion.

— Sabeis, capitán, que os debo...

— Gracias, duque; aunque de honor,
No es asunto de estocadas,
Sino de tiempo.

— ¡Por Dios

Que tomara por agravio
Que en caso de esposicion
Reclamareis el auxilio
De otro que no fuera yo!

— Dormid sin cuidado, duque,
Que en todo evento hombre soy,
Y os despertaré mañana.

Volved esta noche vos
Al baile desde la mesa,
Danzad, duque, sin temor,
Y no os acordeis de mí
Hasta que despunte el sol. »
Y así el capitán diciendo
La mano de Diana asíó,
Y á otro aposento pasaron
Con toda la gente en pos.

Firmáronse alegremente
Los contratos en union,
Volvióse á la danza luego
Y á la mesa se volvió.
El duque estuvo gozoso,
El capitán decidor,
Y Diana hermosa y radiante
Y hechicera como el sol.
Y aunque no faltó un misántropo
Que admirado se mostró
Y auguró mal de esta boda,
Cenando como un león,
Desde la cena, la danza,
Tercera vez empezó,
Mas que nunca bullicioso
Y pacífico el salón.
Mas justo será añadir
Como fiel historiador

Que mientras seguía el baile
Y de los brindis el són,
El capitán y Ginés
Salían al dar las dos
De la empinada Toledo
Por las puertas del Cambrón.

VII.

DOÑA INÉS.

Cerraron en un convento
A Doña Inés de Alvarado,
Y obraron con poco tiento,
Porque jamás fué su intento
Tomar tan bendito estado.

Niña alegre y bulliciosa,
De noble estirpe nacida,
Pensó libre mariposa
En volar de rosa en rosa
Por el jardín de la vida.

Con dos ojos que hallan poca
La luz del brillante sol
Y una mente inquieta y loca
¿Quién puso bajo una toca
Corazón tan español?

¿Qué valen las celosías
Que la aprisionan el ver,
Si en sus bellas fantasías
Adora todos los días
Sus delirios de muger?

¿Qué importa ¡pese á su estrella!
Que algunos doctores viejos
Nieguen el mundo para ella
Si presintiéndose bella
Se encuentra con los espejos?

¿Y qué la importan los sonos
Del salterio sacrosanto,
Si las lindas tentaciones
De otro dios y otras canciones
Se la acuerdan entre tanto?

¿Cómo abrazar las espinas
Del ayuno y la oración
Como exigencias divinas,
Si hay otras que están ladinas
Punzándola el corazón?

¿Para qué son sus sentidos
Si de nada han de gozar?
¿Qué fué para los nacidos
El mundo á que son venidos
Si en venir han de pecar?

¿Qué sirven de sus cabellos
Los mal mutilados rizos,
Si no ha de prender en ellos

Una flor que haga mas bellos
Sus ojos antojadizos?

Dó quier que su sombra alcanza
Curiosa va tras su sombra
Con afanosa esperanza,
Y el pié se ensaya en la danza
Dó quiera que halla una allombra.

Dó quier que hablan de virtud
La causa secreta estudia
De su secreta inquietud :
Dó quier que encuentra un laud
Un himno de amor preludia.

Tal vez á solas mirando
De su mansion los cerrojos
Las horas pasó soñando
Y se encontró despertando
Con lágrimas en los ojos.

Tal vez desde una ventana
Al ver la inmensa campiña
Donde cruza una aldeana,
Trocar su sayal de lana
Quiso por una basquiña.

Tal vez al tomar su aguja
Y al bordar un santo nombre
La santa labor estruja;
Que audaz tentacion la empuja
A delinear el de un hombre.

Y así se la van los días
En suspirar y gemir,
Por las bóvedas sombrías
De las largas galerías
Que la habrán de ver morir.

Y sus ojos se marchitan,
Y sus labios palidecen,
Y sus piés se debilitan,
Y sus delirios la irritan,
Y sus pesadumbres crecen.

¡Oh! que al abrir un convento
A Doña Inés de Alvarado
Obraron con poco tiento,
Que bien se ve que su intento
No la llamaba á su estado.

—
¿Pero qué han visto sus ojos,
Que serenos y radiantes
Há dias que sin enojos
Moderaron los antojos
Tras de que corrieron antes?

Ella que ayer esquivaba
Del templo el cantar sonoro
Y la oracion la cansaba,
Hoy de rodillas se clava
Ante las rejas del coro.

Ella que ayer distraida
Asistia al gran misterio
Del Redentor de la vida,
Hoy no quita embebecida
Los ojos del presbiterio.

Ella que ayer con el són
Del importuno esquillon
Dejaba el lecho tardía,
Hoy madruga con el dia
Y adora la creacion.

Ella que ayer descuidada
Olvidaba sus labores,
Hoy noche y dia afanada
Multiplica delicada
Sus bordados y sus flores.

Y salen de su aposento
Ofrendas del sentimiento
Bajo formas infinitas,
Sus labores esquisitas
Que orgullo son del convento.

Mutacion inesperada
Que á sus hermanas admira,
*« Y la oveja descarriada
(Dicen) del pastor llamada
Ya á su redil se retira.*

*« Ya vuelve al dulce reclamo
De la dulce compañía
Y á los cuidados de su amo
La blanca oveja que huía
Tan salvaje como el gamo
Nacido en la selva umbría. »*

Y en secretas reuniones
Dándose la enhorabuena
Doblaban las oraciones
Pidiendo á estas intenciones
Perseverancia serena.

¡Impertinencia importuna!
¡Oh necias sin duda alguna
Las pobres siervas de Dios
Si no alcanzásteis ninguna
Lo que va de Inés á vos!

Tras recogimiento tanto
Su tez la color recobra,
Sus ojos brillo y encanto...
¿Y pensais que el fuego santo
Tales maravillas obra?

¿Pensais que el alma prensada
En la seca soledad
Vuelve á una niña apenada
La pura tez sonrosada
Y el contento y la humildad?

¡Oh! necias, que sin recelos
Cubris el mundo y los ojos

Con vuestros benditos velos,
Cuando á la luz de los cielos
Se ven muy mal sus abrojos.

¡Necias! la blanca ovejuela
Que se vuelve á su pastor,
Y cuya vuelta os consuela,
Es tórtola que se vuela
Al reclamo de su amor.

Cuando sus ojos estaban
Clavados en el altar,
El altar no contemplaban,
Que otros ojos no cesaban
Sus ojos de reclamar.

Huir las rejas impiden,
Pero pese á los cerrojos
Lenguas en ojos residen,
Y los espacios se miden
Con las lenguas de los ojos.

Un hombre la contemplaba,
Y un hombre la devoraba
Con sus ardientes pupilas,
Y doña Inés se abrasaba,
Y vosotras... tan tranquilas.

Ni sorprendisteis su exceso,
Ni de la reja á una esquina
Visteis que perdido el seso
Tendió la mano, y que un beso
Crujió en la mansion divina.

Ni visteis que en vez de andar
Al toque de los maitines
Desde su celda al altar
Solia mas tarde entrar
Al atrio de los jardines.

Ni hubo de vosotras una
Que del paseo celosa
Abriese ventana alguna
Y viese huir con la luna
Una sombra sospechosa.

Ni hubo ningun jardinero
Que al primer canto del gallo
Viese acercarse rastrero
Un rondador caballero,
Que atrás dejaba un caballo.

Ni os ocurrió que sus flores,
Sus vistosos ramilletes
Que encontraban compradores,
Pudieron de sus amores
Guardar ocultos billetes.

Ni la visteis espiondo
El sueño de la tornera
Las llaves manoseando,
Abierta aficion mostrando
Del manojito á la tercera.

¡Oh! que al abrir un convento
A Doña Inés de Alvarado
Obraron con poco tiento,
Pues ni han mirado su intento,
Ni en el capitan pensado.

VIII.

AVENTURA INESPLICABLE.

Tras grave asunto, á juzgar
Por lo que van espoleando,
Corren dos hombres cruzando
A caballo un olivar.

No está la noche muy clara,
Mas bien se ve al pié de un cerro
Una cruz grande de hierro
Que dos caminos separa.

Y de advertir fácil es
Aun á los ojos peores
Que son dos los corredores,
Y los caballos son tres.

Echó pié á tierra el primero,
Y al dar la brida al de atrás
Le dijo: — Aquí esperarás; —
Y el otro dijo: — Aquí espero. —

Y hácia el convento avanzando,
Del caballero en la oscura
Sombra se fué la figura
Hasta perderse menguando,

Y aquí, ¡ó mi lector amigo!
Fuerza será que conventas
En que es preciso que vengas
Hácia el convento conmigo.

Signe mi camino pues,
Y de una verja detrás
Un átrio acaso hallarás
A pocos pasos que des.

Sube tres gradas, si puedes
Da un paso mas, y con él
Tocarás en el cancel,
Donde es fuerza que te quedes.

¿Ves un hombre que embozado
Encorvando la figura,
Por la estrecha cerradura
En mirar está ocupado?

Acércate sin temor,
Que lo que alcanza por dentro
No hace temible el encuentro
Del capitan reñidor.

Tú, lector, preguntará:
¿Con que el capitan es ese?
Él mismo, mas que te pese,
Pero hazte un poquito atrás,
Porque levantando el brazo
Empuja á espacio la puerta-
Entró, y dejándola incierta
Sopló el aire y dió un portazo.

Mas veo, lector, que dices,
Sin que pueda replicarte,
Que esto es llamándote darte
Con la puerta en las narices.

Mas tu impaciencia sosiega,
Todo lo presenciáras,
Que del poeta á eso y mas
El poder mágico llega.

Está el capitán en pié
En medio de la ancha nave,
Y á la verdad que no sabe
Ni qué pasa, ni qué ve.

El templo mira enlutado
Con lúgubre terciopelo,
Mucha gente haciendo duelo,
Y un féretro en medio alzado.

Vense en el paño del túmulo
Entrelazados blasones,
Y á la luz de los blandones
Un cadáver en su cúmulo.

Monges le rezan en coro
Tristísimos funerales,
Y le alumbran con ciriales
Pages de libreas de oro.

La muchedumbre que asiste,
Y que la tumba rodea,
Dado que bien no se vea
Se ve que de noble viste.

Y parece que al bajar
El que ha finado á su nicho
Memoria tuvo capricho
De su opulencia en dejar.

Y al par que su eterna calma
Las oraciones consuman,
Mirras y esencias perfuman
La despedida del alma.

Música triste le aduerme,
Salmodias le santifican,
É hisopos le purifican
El cuerpo que yace inerme.

Mas aquellas oraciones
Y responsorios precisos
Llevan de anatema visos
Y planta de maldiciones.

A veces son sus compases
Hondos, siniestros, horribles,
Murmurando incompreensibles,
Negras é incógnitas frases.

En són lento, ronco y quedo
Se hacen oír otras veces,
Y entonces aquellas preces
Hielan los huesos de miedo.

Otras semejan ahullidos
Discordes, desesperados,
Lamentos de condenados,
De los infernos salidos.

Otras lejanas rumores
Cual de tormentas e escuchan,

O de ejércitos que luchan
Los espantosos clamores.

Y siempre siendo los mismos
Los sonos que se levantan,
Responsos á un tiempo cantan
Y murmuran exorcismos.

Atónito de la escena
Estraña y aterradora
Que encuentra tan á deshora
Y le asombra y enajena,
Don César con paso lento
Entre la turba mezclado
Dirigióse á un enlutado
Que oraba en aquel momento.

« ¿Quién es el muerto, sabéis,
(Dijo) á quien rezando están? »
Y él respondió: « El capitán
Montoya: ¿le conocéis? »

Mudo quedó de sorpresa
Don César oyendo tal,
Mas no lo tomó tan mal
Como tal vez le interesa.

Volvióle la espalda pues,
Diciendo: « Me ha conocido,
Y burldrseme ha querido,
Mas luego verá quien es. »

Siguió la iglesia adelante,
Y una capilla al cruzar
Vió un sepulcro preparar
Entre otros varios vacante.

Y á un personaje que halló
De luto, y que parecia
Que el trabajo dirigia,
El capitán se acercó.

« ¿Para quién abren la hoya? »
Le dijo; y el enlutado
Le contestó decontado:
« Para el capitán Montoya. »

Mudósele la color
A Don César; mas repuesta
Su calma, al de la respuesta
Volvió entre risa y furor.

Miróle de arriba abajo,
Pero no le conoció;
Segunda vez le miró,
Pero fué inútil trabajo.

Ni recordó que quizás
Le hubiese visto la cara,
Ni imaginó que la hallara
Tan repugnante jamás.

Que encontró en ella tal gesto
De aterradora hediondez,
Que por no verla otra vez
Dejó caviloso el puesto.

Fuése á otro punto á situar
Diciendo: « ¡ Ese hombre estremece!
De aquel sepulcro parece
Que le acaban de sacar. »

Uno tras otro se puso
A contemplar los que vía,
Mas á nadie conocía,
De lo que andaba confuso.

Tenían todos las caras
Descoloridas y secas,
Y dijeran que eran huecas:
A mas de antiguas y raras.

Cansado de fiesta tal,
Y á impulso de una aprension,
Llegóse á un noble varon
Que oraba con un cirial.

Cabe él la rodilla apoya,
Y dícele ya con miedo:
«¿Quién es el muerto?» y muy quedo
Contestó el otro: «Montoya.»

Del catafalco á los piés
Llegó entonces decidido,
De aquella duda impelido,
A ver el muerto quién es.

Por los monges atropella,
Trepá al túmulo, la caja
Descubre, ase la mortaja,
Y él mismo se encuentra en ella.

Miró y remiró, y palpó
Con afan hondo y prolijo,
Y al fin consternado dijo:
«¡Cielo santo, y quién soy yo!»

Miró la vision horrenda
Una y otra y otra vez,
Y nunca mas que á sí mismo
En aquel féretro ve.
Aquel es su mismo entierro,
Su mismo semblante aquel:
No puede quedarle duda,
Su mismo cadáver es.
En vano se tienta ansioso;
Los ojos cierra, por ver
Si la ilusion se deshace,
Si obra de sus ojos fué.
Ase su doble figura,
La agita, ansiando creer
Que es máscara puesta en otro
Que se le parece á él.
Vuelve y revuelve el cadáver
Y le torna á revolver;
Cree que sueña, y se sacude
Porque despertarse cree,
Y tiende el triste los ojos
Desencajados dó quier.
Mas ¡nuevo prodigio! mira
A las puertas, y al dintel
Ve que despiden el duelo,
De duelo henchidos también,
Don Fadrigue y Doña Diana,
Que arrastran luto por él.

Baja, les tiende los brazos,
Les nombra, cae á sus piés;
«Miradme, les dice atónito,
Montoya soy, vedme bien.»
Y ellos le miran estúpidos
Sin poderle conocer,
É inclinando las cabezas
Replican: — *Montoya fué.* —
Entonces desesperado
Con angustia tan cruel
Vase otra vez hácia el muerto
Demandándole quién es.
«¿No hay quien sepa aquí quién soy?
¿No hay á salvarme poder?»
Y allá desde el presbiterio
De las rejas al través,
Oyó una voz que decía:
«Sí, te conozco, mi bien:
Abre; ¿qué tardas? partamos:
Yo soy tu amor, soy tu Ines.»
Y los brazos le tendia
La de Alvarado también
De la reja tentadora
Tras el cuadruple cancel.
Mas viéndola cual espectro
Que lo persigue á su vez,
Gritaba él: «Aparta, aparta,
¿Que soy cadáver no ves?»
Y apenas palabras tales
Pronunció cuando tras él
Vió llegarse aquel fantasma
Cuyo gesto de hediondez
Le hizo miedo, y no le pudo
Recordar ni conocer.
Contemplóle de hito en hito,
Le asió del brazo despues,
Y así con voz espantosa
Vió que le dijo: — «¡Pardiez!
Tú eres quien cambia conmigo,
A mi sepultura ven.»
Y á esta horrorosa sentencia,
Ya sin poderse valer,
Cayó en el suelo Montoya,
Falto de aliento y de piés.

«¿Dónde estoy? ¿qué es de mi vida?
¿Respiro aun?» exclamó
Montoya abriendo los ojos
Con desfallecida voz.
«Señor, estais en mis brazos.
— ¿Eres tú, Ginés?
— Yo soy.
— ¿Dónde estamos?
— En la cruz.
— ¿Del olivar?
— Si señor.
— ¿No estuve yo en el convento?»

¿Pues quién de allí me sacó?

— Yo fui, señor.

— ¡Tú, Ginés!

— Perdonad, temí por vos,
Y viendo que el tiempo andaba
Y ni seña ni rumor
Esperanza me infundian,
Tras vos eché.

— ¡Santo Dios:!

¿Y llegastes...

— A la iglesia.

— ¿Atraído por el són?

— Señor, no he oído nada;

¿No os lo dije?

— ¿Cómo no?

¿Dentro la iglesia no vistes
Los enlutados en pos
De mi cadáver? »

Miróle

Absorto de admiracion
El mozo, y dijo :

« Soñamos,

O vos, Don César, ó yo.

Ni vi, ni oí cosa alguna.

— ¿Con que es mía esa vision?

¡A mis ojos solamente

Horrenda se presentó!

¿No vistes conmigo á nadie?

— Os juro á mi salvacion

Que solo os hallé, tendido

Al pié del altar mayor;

Y viendo el peligro doble

Del sitio y la situacion,

Ni me detuve á pensar

Si estábais herido ó no;

Cargué con vos, y me vine;

Ni oí ni vi mas, señor. »

Calló Ginés, y Don César

A estas palabras quedó

Distraído y abismado

En honda meditacion.

Mirábale de hito en hito

Ginés, que aterrado vió

De la faz del capitan

La estraña trasformacion.

Desencajados los ojos,

Palidecido el color,

Torvo el mirar, parecia

Mas que vivo, aparicion.

Sentado en el pedestal

De la cruz, dó él le posó,

Inmóvil permanecia

Sin fuerza y sin intencion,

Amarrado á un pensamiento

Que bullia en su interior,

Y que se via que todas

Las potencias le absorvió,

Como quien mira aterrado

Negra y horrible vision
Que le borra de los ojos
Cuanto existe en derredor.
Temeroso el buen criado
Por su juicio y su razon,
Dirigióle atentas frases
Con afan consolador.
Mas él ni tornó los ojos
Ni á sus voces respondió,
Ni agradeció sus cuidados,
Que en nada puso atencion;
Y al cabo de largo trecho
Con repentino vigor,
Levantándose en silencio
En su corcel cabalgó.
Hincóle los acicates,
Y el poderoso bridon
Tras un peligroso brinco
A todo escape salió.
Santiguóse el buen Ginés,
Y en su ruin supersticion
Dijo : « ¿ Si tendrá los malos? »
Y á escape tras él echó.

IX.

Por una puerta secreta
Que de los salones sale
A un secreto gabinete,
Puede á estas horas mirarse
A Don Fadrique y Don César
Que pálidos los semblantes
Plática tienen trabada
De asunto en verdad muy grave.
Demanda con vehemencia
Don Fadrique, y contestarle
Resiste el otro, en su empeño
Ambos por demas tenaces.
El capitan asentado
En un sillón torvo yace
Guardando, pésele al otro,
Un silencio inalterable.
Y Don Fadrique colérico
En pié á sulado, las frases
Le dirige mas violentas
Que halló para provocarle.
Dejábale el capitan
Que la ira desahogase,
Como si con él no hablara
Ni pudieran escucharles.
Y al fin, de calma en su cólera
Aprovechando un instante,
Dirigióle la palabra
Con razones semejantes :
« Todo es inútil, denuestos,
Súplicas, amagos, ayes;
El mundo entero no puede
A que os lo diga obligarme.

Un secreto es que conmigo
 Quiero que al sepulcro baje,
 Y no ha de saberlo nunca
 Desde el sol abajo, nadie.
 Si es sueño ó delirio mío,
 Quiero de él aprovecharme;
 Si es un aviso del cielo,
 Es imposible escusarle. »

Tornó al silencio Don César,
 Y el duque, que aunque no alcance
 La razon, sospecha alguna,
 Dijole sin ira casi :
 « Don César, noble he nacido,
 Y por mucho que yo os ame
 Llevar no puedo en paciencia
 Sin una excusa un desaire.
 Por misterioso ó fatal,
 Por precioso ó repugnante
 Que el secreto sea, ¿ creéis
 Que no sabré yo guardarle ?
 — Sabéis quién soy, Don Fadrique,
 Y por excusa esto baste,
 Que no hablaré mas en ello
 Si santos me lo rogasen. »
 Y aquí ya de Don Fadrique
 La cólera desbordándose,
 Dijo al capitán Montoya
 Con voz resuelta y pujante :
 « ¡ Vive Dios, señor Don César,
 Que esto no es mas que un ultraje
 Que hacer queréis á mi casa,
 Y que está pidiendo sangre !
 Si no podeis el motivo
 Descubrirme que deshace
 Vuestra boda, satisfecho
 De un modo ó de otro dejadme.
 — Señor duque, ya está dicho.
 Si lo dejo de cobarde,
 Pues que me debéis la vida
 Nadie como vos lo sabe.
 Pero os juro que aunque osado
 Llegueis hasta abofetearme,
 No hareis que por causa alguna
 La espada mas desenvaine.
 Ni mas me la he de ceñir,
 Ni mas me harán que la saque
 Cuantas honras y razones
 En el universo caben.
 Mirad, señor Don Fadrique,
 Si el secreto será grande,
 Y pues veis á lo que obliga,
 Si hidalgo sois respetadle. »
 Callaron ambos á dos,
 Y continuaron mirándose
 Como hombres en sus propósitos
 Igualmente imperturbables.
 Al fin dijo Don Fabrique
 Por la estancia paseándose,

Como quien duda si debe
 Satisfacerse ó vengarse :
 « Señor capitán Montoya,
 Vida y honor me salvásteis
 Una noche, y aunque en esta
 Me los habeis vuelto tales
 Que no será mucho tiempo
 A restablecerlos fácil,
 Váyase lo uno por lo otro,
 De nada quiero acordarme.
 Estamos en paz, Don César. »
 Y continuó paseándose,
 Y atarazándose un labio
 Hasta revocar la sangre
 Entonces el capitán
 Con paso medido y grave
 En mitad del aposento
 Fué decidido á encontrarle;
 Tendióle la mano y dijo :
 « Pensad, duque, si es bastante
 A dejaros satisfecho
 De este misterioso ultraje
 Mi resolución postrera :
 Tomad, señor, esas llaves;
 De mis inmensos tesoros
 Haced con justicia partes :
 Una á Ginés por servirme,
 Con cuantos muebles hallare;
 Un hospital ó convento
 Fundad con otra, si os place,
 Y otra á Don Luis de Alvarado,
 Que gana la apuesta infame
 Que hice de robar á Dios
 La mejor prenda al casarme.
 ¿ Me comprendéis, señor duque ?
 Obedecedme y dejadme.
 Entregad al de Alvarado
 Lo que hoy de perder me place,
 Pero cuidado, Don Fadrique,
 Que no sepa el miserable
 Que era Inés, su propia hermana,
 La prenda que iba á jugarse. »
 Y así el capitán diciendo
 Un pliego sin letras ase,
 Escribe algunas palabras,
 Lo firma, lo sella y parte.
 Quedó Don Fadrique atónito,
 Ginés rompió en voces y ayes,
 Y en llanto amargo, que al punto
 Cambió en lágrimas el baile.
 Cundió la noticia rápida,
 Y el escándalo fué grande,
 Aunque al culpar los efectos
 No acierta la causa nadie.

X.

HECHOS Y CONJETURAS.

Todo era habilllas Toledo,
Y todo interpretaciones.
Cada cual forjó un enredo,
Y hablaron todos con miedo
De espectros y apariciones.

Y como en vano buscaron
Por Toledo al capitan,
Mil fábulas le colgaron,
Y los que las inventaron
Por hechos las creen y dan.

Quién dijo que anocheciendo
Le vió desde un corredor
Allá en los aires cerniendo
Un cuerpo alado y horrendo
Cual fué bello el anterior

Quién dijo que un dia oraba
Ante un devoto retablo,
Y vió al capitan que daba
Ayuda y defensa brava
Contra San Miguel, al diablo.

El hecho es que Don Fadrique
A su escribano mandó
Que en su nombre ratifique,
Firme, selle y testifique
Lo que Don César firmó.

Que se partió su tesoro
Algunos dias despues,
Que se dió á los pobres oro,
Y que rico como un moro
Partió á la corte Ginés.

Ni mas descubrirse pudo,
Ni puede decirse mas,
Y este es el hecho desnudo,
Pábulo, origen y escudo
De las mentiras de atrás.

Mas hay entre todas una
Que fábula ó tradicion
En escritura oportuna
Encontrarla fué fortuna
Separada del monton.

El vulgo á su vez la cuenta
Como innegable verdad,
Y de quien dudarla intenta
Dice que de Dios atenta
Al poder y magestad.

Yo trovador vagabundo,
La oi contar en Toledo,
Y de aquel pueblo me fundo
En la razon, y asi al mundo
Contarla á mi turno puedo.

Ni quitaré ni pondré;
Como á mi me la contarón
Fielmente la contaré,
Y á ser falso, juro á fé
Que en Toledo me engañaron.

Diz que pasaron diez años.
Cada cual lleno á su vez
De azares y desengaños,
Mas á nuestro cuento estraños
No hacen al caso los diez.

Las fabulllas cesaron
De hervir en la muchedumbre;
Diana y otras se casaron;
Y en fin, segun es costumbre,
Al que murió le enterraron.

Y del mar de su destino
Ya pronto á romper el dique,
Diz que al linde del camino
De la vida, Don Fadrique
Pidió aprisa un capuchino.

Y severo y respetable
Con la faz descolorida
Vino un varon venerable
Al duque á hacer tolerable
La tremenda despedida.

Tras sí la puerta entornó,
Y cuando á solas quedó
Con el noble moribundo,
La religion con el mundo
Asi plática entabló.

Monge. ¿Don Fadrique?

D. Fadrique. Bien venido,

Padre; concluyendo estoy.

Monge. A ayudaros he venido
A ir en paz; prestad oido
A lo que deciros voy.

« Há diez años que arrastrado
Por intencion criminal
Hollé de un templo el sagrado
Y á Dios me senti llamado
De una vision infernal.

Los muertos vi que sanan
De las urnas sepulcrales
Y blandones me encendian,
Y con gran pompa me hacian
En vida los funerales.

Vision de los cielos fué;
¿Mas quién creyera mi historia?
A contarla me negué,
Y haberla determiné
Encerrada en mi memoria.

Tan solo existia un hombre
A saberla con derecho;

Porfió, porfié; y no os asombre,
No me la arrancó del pecho :
Don Fadrique era su nombre.

Mas lo que escusar no pude
Al noble á quien ofendia
Vengo, y ¡ así Dios me ayude!
A que mi razon escude
La fé de vuestra agonía. »

Y esto el buen monge diciendo
Cayó ante el lecho de hinojos,
Las manos del duque asiendo,
Quien sus palabras oyendo
Al monge tornó los ojos.

Contempló de hito en hito
Con acongojado afan,
Y exclamó al fin con un grito :
« ¡ Sois vos! ¡ Dios santo y bendito!
Abrazadme, capitán. »

Y los brazos enlazaron,
Y á solas ambos á dos
Por largo tiempo quedaron,
Y largo tiempo lloraron
Ante la imágen de Dios.

Y al fin de la confesion
Henchido el duque de fé,
Díjole : « A aquella vision
Debeis vuestra salvacion,
Que aviso del cielo fué. »

En cuyo punto sintiendo
Llegar el trance fatal
Del paso duro y tremendo
« A Dios, DON CÉSAR, » diciendo,
Lanzó el aliento vital.

Y aquí del todo acabada
Del buen monge la mision
Y el ánima encomendada,
Con voz exclamó mudada
Al darle la absolucion :

« ¡ Vé en paz! y si como espero
El llanto ante Dios se apoya
De un corazon verdadero,
¡ Ruega á Dios, buen caballero,
Por el capitán Montoya! »

Y dando al mundo un momento
Al muerto besó en la frente,
Y á paso medido y lento
Triste volvió á su convento
El capitán penitente.

Y há poco habia en sepultura humilde
De la maleza oculta entre las hojas
Una inscripcion borrada por los años,
Que todo al fin sin compasion lo borran.

Unico resto de opulenta estirpe,
Unico fin de la mundana pompa,
Monton de polvo en soledad yacia
Quien hizo al mundo con su audacia sombra,
Y apenas pueden los avaros ojos
Leer en medio de la antigua losa
« AQUI YACE FRAY DIEGO DE SIMANCAS,
QUE FUÉ EN EL SIGLO EL CAPITAN MONTOYA. »

NOTA DE CONCLUSION.

Y por si alguno pregunta
Curioso por Doña Inés
Y opina que queda el cuento
Incompleto, le diré :
Que Doña Inés murió monja
Cuando la tocó su vez,
Sin su amor, si pudo ahogarle,
Y si no pudo, con él.
Porque destino de todos
Vivir de esperanzas es ;
Quien las logra muere en ellas,
Quien no las logra también.
Con que ya sabe el curioso
De mis héroes lo que fué,
Y solo añadir me resta
Dos palabras de Ginés.
Hizo en la corte fortuna,
Casóse al cabo muy bien
Con una dama muy rica
Y hermosa como un clavel.
Y aunque dieron malas lenguas
En alzarla *no sé qué*,
Ella no alzó las pestañas
Para al vulgo responder.
Dió á Ginés un hijo zurdo,
Y dijo su padre de él
Que habia nacido en casa,
Y en esto solo habló bien.

VIGILIA.

Misterios del alma son.
MONERO.

Pasad, fantasmas de la noche umbria,
De negros sueños multitud liviana,
Que columpiados en la niebla fria
Fugitivos llamais á mi ventana.

Pasad y no llameis. Dejadme al menos
Que en la nocturna soledad dormido
Los lentos dias de amargura llenos
Calme y repose en momentáneo olvido.

Pasad y no llameis. La sombra oscura
Vuestro contorno sin color me vela,

Ni sé quién sois, ni vuestra faz impura
El mas leve recuerdo me revela.

Mil veces al oír vuestros gemidos
Mis ventanas abrí por consolaros,
Os busqué en las tinieblas, ¡y érais idos...!
¿A qué llamar si nunca he de encontraros?

Id á turbar el sueño indiferente
Del que entre plumas sin afán reposa,
Del que la vida en su risueña mente
Ve placentera y celestial y hermosa.

Y si venís con rostros halagüenos,
Mensajeros de rápidos placeres
Avaras hallareis de vuestros sueños
Por dó quiera bellísimas mugeres.

Llamad donde á la lumbre vacilante
De alguna tibia y oportuna estrella
Puedan al fin gozaros un instante,
Y ver un punto vuestra blanca huella.

No á mí, que en vano por la sombra tiendo
Los turbios ojos, me invoqueis perdidos,
No á mí, que acudo, vuestra voz oyendo,
Y al registrar la sombra, ya sois idos.

No á mí, que presa de secretos males,
Tal vez la triste soledad me inspira
Tiernas endechas y amorosos vales
Que ensayo á solas en mi pobre lira.

No á mí, que al són de vuestras vagas voces
Siento otra voz que me repite insana
Dentro del corazón esos veloces
Ecos que murmurais á mi ventana.

¡Ah! yo os respondo y suspirais pasando
Sin que baste á entender vuestro suspiro,
Os llamo á mi, y os alejais volando,
Gemís si duermo, y os velais si os miro.

Si á vuestras tristes misteriosas quejas
Mis rejas abro y vuestro bien deseo,
Solo á través de mis macizas rejas
Cruzar las nubes en silencio veo.

¡Oh de la noche incomprensibles ruidos!
Ayes que hervís en la tiniebla oscura...
¿Quién sois? ¿dó vais? ¿de dónde sois venidos?
¿Qué voz ajena en vuestra voz murmura?

¿Sois el rumor del agitado viento,
Los ayes de las almas sin reposo,
O la voz del tenaz remordimiento,
Del descanso enemigo y envidioso?

Quien quiera que seáis, almas ó nieblas,
Pasad, y en vuestra confusión liviana
Seguid vuestro camino en las tinieblas
Y no llameis jamás á mi ventana.

Porque es triste ¡muy triste! un aposento
Donde á la luz de lámpara que espira

Se oye el crujir del tumultuoso viento
Que fuera en torno de las torres gira.

Es triste, sí, muy triste y muy medroso,
Velar sobre un volúmen carcomido,
La frente ardiendo, el alentar penoso,
Las llamaradas aumentando el ruido;

Viendo las letras en las turbias hojas
A su dudosa vibración mezclarse,
Negras, azules, amarillas, rojas,
A la afanosa comprensión negarse.

Y leer en vez de religiosas voces
O de amorosa y métrica armonía
Cifras que borran cifras mas veloces,
De sentido infernal, de raza impía.

Pasad, fantasmas de la noche oscura,
Quien quiera que seáis, almas ó nieblas,
Pasad, y en mis vigilias de amargura
No llameis á mi reja en las tinieblas.

No llameis, que enemigo de la sombra
Odia el cantor vuestra armonía vana;
Dejad al trovador á quien asombra
El oír llamar á su ventana.

¡Pasad, sombras sin cuerpos, aires vanos,
Pobres de luz, de voz desconocida,
Esquivos á los ojos y las manos,
Estraños á la fé de nuestra vida!

Pásad, y no turbeis de mi sosiego
La dulce calma ó la nocturna vela:
No creo en vuestro sér, pasad, os ruego,
Seguid al aire que os arrastra y vuela.

¿Pensais que á esos ahullos y suspiros
Con que llenais la oscuridad tranquila
Como á silbos de brujas ó vampiros
Mi amedrentado corazón vacila?

¿Pensais ¡oh! que por medio de escucharos
Con voz pujante entonaré canciones,
Y al arpa acudiré para ahuyentaros
Con dulces trovas de amorosos sonos?

¡Mentís, abortos de la sombra vana!
Yo sé bien que, si fuerais mas que viento,
Holgarais en monton en mi ventana
Al blando són de mi amoroso acento.

Mentís, hijos del aire y de las nieblas,
Mentís: yo tengo sin cesar conmigo
Un talisman que alumbra las tinieblas
Del desdichado protector y amigo.

Mirad cuál radia en mi tugurio estrecho
La limpia luz de la esperanza mia:
Mirad cuál vela en mi desierto lecho
Con su cariño maternal María.

Todas las noches mi dolor la implora,
Y amiga de mi llanto solitario

Todas las noches mis engaños lora
Con el raudal que reventó el Calvario.

Pasad, remordimientos tentadores ;
Ya sé quién gime mi falaz desvío,
Ya sé quién riega las marchitas flores
Con tierno llanto, del recuerdo mío.

¡Ya sé quién «hijo!» en soledad me llama
É «hijo» á su voz la soledad responde...!
¡Ah! cuanto mas tras la ovejuela clama,
Mas á sus quejas y á su afán se esconde.

Tierna, amorosa, celestial María,
Rosa inmortal del Gólgota sangriento,
Faro infalible que mi rumbo guía
Entre la furia de la mar y el viento ;

Líbrame de esos ecos misteriosos
Que me atormentan en la sombra vana,
Aleja esos fantasmas vaporosos
Que vienen á llamar á mi ventana.

¡ Y tú, perdida y bella,
Fugaz y última estrella
Que viertes á deshora
Delante de la aurora
Con perezosa huella
Dudoso resplandor!
¡Oh! ; tráeme la hermosura,
La calma y la frescura
Del alba trasparente,
Que este tropel ahuyente
Con que la sombra oscura
Me cerca en derredor!

Ven, estrella matutina,
Y á tu blanca y argentina
Silenciosa aparición,
Huirá de mi ventana
Esa confusion liviana
Que despierta mi afliccion.

¡ Lámpara de consuelo
A cuya lumbre velo,
Que escuchas solitaria
Mi tímida plegaria,
Si acaso llega al cielo
Mi súplica mortal!
Tráeme la luz del día
Que calme la agonía
De esos remordimientos
Que vogan turbulentos
Sobre la niebla umbría
En ilusion fatal.

Ven, estrella matutina,
Y tu blanca y argentina
Silenciosa aparición,
Ahuyente de mi ventana

Esa infernal caravana
Que huella mi corazón.

Recuerdos son dañinos
Que cruzan peregrinos
El arenal desierto
Del corazón incierto,
Buscándole caminos
Que acaso no hay en él.
Que nunca ven tranquilo
Recóndito un asilo,
Y que jamás se amansan,
Y que jamás descansan,
Corrientes que hilo á hilo
Desbordan su nivel.

Ven, estrella matutina,
Y á tu blanca y argentina
Luminosa aparición,
Huyan las sombras livianas
Que llaman á las ventanas
De mi triste corazón.

Dejadme, negros sueños,
De aterradores ceños,
De fuerza irresistible,
Ya sé que es imposible
Vencer vuestros empeños...
Ya vuestro nombre sé.
Dejadme que respire,
Que viva y que delire ;
Pues mis errores lloro,
Dejadme, yo os imploro ;
¡Dejad que en paz suspire
Lo que insensato hollé!

Ven, estrella matutina,
Y á tu blanca y argentina
Silenciosa aparición,
Huyan las sombras livianas
Que llaman á las ventanas
De mi triste corazón.

GLORIA Y ORGULLO.

¡Lejos de mí, placeres de la tierra,
Fábulas sin color, sombra, ni nombre,
A quien un nicho miserable encierra
Cuando el aura vital falta en el hombre!

¿Qué es el placer, la vida y la fortuna,
Sin un sueño de gloria y de esperanza?
Una carrera larga é importuna,
Mas fatigosa cuanto mas se avanza.

Regalo de indolentes sibaritas,
Que velas el haren de las mugeres,

Opio letal que el sueño facilitas
Al ébrio de raquíticos placeres,

Lejos de mí. — No basta á mi reposo
El rumor de una fuente que murmura,
La sombra de un moral verde y pomposo,
Ni de un castillo la quietud segura.

No basta á mi placer la inmensa copa
Del báquico festin, libre y sonoro,
De esclavos viles la menguada tropa
Ni las llaves de espléndido tesoro.

De un Dios hechura, como Dios concibo;
Tengo aliento de estirpe soberana;
Por llegar á gigante enano vivo;
No sé ser hoy y perecer mañana.

Yo no acierto á decir «la vida es bella,»
Y descender estúpido al olvido;
Amo la vida porque sé por ella
Al alcázar trepar donde he nacido.

De esa inmensa pasión que llaman gloria
Brotó en mi corazón ardiente llama,
Luz de mí sér me abraza la memoria,
Voz de mí sér inestinguible clama.

Gloria, ilusión magnífica y suprema,
Ambición de los grandes en quien quiso
Velar Dios esa mística diadema
Que nos dará derecho al paraíso,

Nada es sin tí la despreciable vida,
Nada hay sin tí ni dulce ni halagüeño,
Solo en aquesta soledad perdida
La sombra del laurel concilia el sueño.

Solo al murmullo de la escelsa palma
Que el noble orgullo con su aliento agita
En blando insomnio se adormece el alma,
Y en su mismo dormir crea y medita.

Zeuxis, Apeles, Píndaro y Homero
Bajo ese verde pabellón soñaron;
César, Napoleón y Atila fiero
Bajo ese pabellón se despertaron.

Por tí el delirio del honor se adora,
Por tí el hinchado mar hiende el marino,
Por tí en su gruta el penitente llora,
Y empuña su bordon el peregrino.

Por tí el soldado se vendió á sus reyes,
Y lidia agora con porfía insana,
No por esas que ignora pobres leyes,
Por comprar una lágrima mañana.

Por tí le canta el orgulloso amante
Dulces trovas de amor á una querida;
Porque tal vez un venturoso instante
Tenga en su canto prolongada vida.

Por tí del negro túmulo en la piedra
Ambicioso el mortal graba su nombre,
Porque tal vez entre la tosca hiedra
Otro día al pasar le lea un hombre.

Por tí acaso el cansado centinela
Que incendió una ciudad en la batalla
Su cifra indiferente mientras vela
Pinta con un tizon en la muralla.

El polvo en que hubo sus cabañas Roma
Por tí con templos y palacios pisa,
Por tí su gesto satisfecho asoma
Tras su inmenso sarcófago Artemisa.

Por tí vencida se incendió á Corinto,
Por tí la sangre en Maratón se orea,
Por tí una noche con aliento estinto
Tumba Leonidas demandó á Platea.

Por tí trofeos el cincel aborta,
Y alzanse torres con tenaz porfía;
Porque es la vida deleznable y corta,
Y todos quieren prolongarla un día.

Por eso velo con la noche oscura
Sobre un volúmen carcomido y roto,
Y una mañana me sueño de ventura,
Y otra existencia en porvenir remoto.

Por eso en mis estériles canclones
El blando són del agua me adormece,
Y entre pardos y errantes nubarrones
De la noche el fanal se desvanece.

Oigo en mi canto el lánguido murmullo
Del aura que los árboles menean,
De la tórtola triste el ronco arrullo,
Y la sonora lluvia que gotea.

Veo las sacrosantas catedrales,
Los antiguos y góticos castillos,
Y el granizo se estrella en sus cristales,
O azota sus escombros amarillos.

¡Oh! si sentís esa ilusión tranquila,
Si creéis que en mis cánticos murmura
Ya el aura que en los árboles vacila,
Ya el mar que rugen en la tormenta oscura;

Si al són gozals de mi canción que miente
Ya el bronco empuje del errante trueno,
Ya el blando ruido de la mansa fuente
Lamiendo el césped que la cerca ameno;

Si cuando llamo á las cerradas rejas
De una hermosura, á cuyos piés suspiro,
Sentís tal vez mis amorosas quejas,
Y os sonreís cuando de amor deliro;

Si cuando en negra aparición nocturna
La raza evoco que en las tumbas mora
Os estremece en la entreabierta urna
Respondiendo el espíritu á deshora;

Si llorais cuando en cántico doliente
Hijo estraviado ante mi madre lloro,
O al cruzar por el templo reverente
La voz escucho del solemne coro;

Si alcanzais en mi pálida mejilla
Cuando os entono lastimosa endecha
Una perdida lágrima que brilla
Al brotar en mis párpados deshecha :

Todo es una ilusión, todo mentira,
Todo en mi mente delirante pasa,
No es esa la verdad que honda me inspira;
Que esa lágrima ardiente que me abrasa

No me la arranca ni el temor ni el duelo,
No los recuerdos de olvidada historia;
¡Es un raudal que inunda de consuelo
Este sediento corazón de gloria!

¡Gloria! madre feliz de la esperanza,
Mágico alcázar de dorados sueños,
Lago que ondula en eternal bonanza
Cercado de paisajes halagüeños,

¡Dame ilusiones! dame una armonía
Que arrulle el corazón con el oído
Para que viva la memoria mía
Cuando yo duerma en eternal olvido.

¡Lejos de mí, deleites de la tierra,
Fábulas sin color, forma, ni nombre,
A quien un nicho miserable encierra
Cuando el aura vital falta en el hombre!

¡Gloria, esperanza! sin cesar conmigo
Templo en mi corazón alzaros quiero,
Que no importa vivir como el mendigo
Por morir como Píndaro y Homero.

PEREZA.

Cuán descansadamente
Lejos del vano mundo se reposa
A la orilla de límpida corriente
O de un moral bajo la sombra hojosa!

En el césped mullido,
Sin luz los ojos, sin vigor los brazos,
De la tranquila soledad el ruido
Se pierde por la atmósfera á pedazos.

El ánimo descansa
De la ciega pasión, y su braveza,
Y el cuerpo, presa de indolencia mansa,
Se goza en su pacífica pereza.

Entonces no el tesoro
Ni la sed del placer el alma aviva,

El mas rico licor en copa de oro
Entonces se desprecia y no se liba.

La mente no se inquieta
Por pensamientos de dolor cercada
Que á su honda languidez yace sujeta,
Y á su propia impotencia encadenada.

Sin luz el ojo vago,
Sin un sonido sobre el labio abierto,
Pasa la vida, cual por hondo lago
De incierta luz el resplandor incierto.

Así vuelan las horas,
Y así pasan pacíficas y bellas
Cual las aves del viento voladoras,
Cual la cobarde luz de las estrellas.

Así el pesar se aduerme,
Y al grato són de una aura que murmura
Tal vez se goza del reposo inerte
Que confunde el pesar con la ventura.

Así mis horas quiero
Que pasen sin valor y sin fortuna,
Ya al manso són del céfiro ligero,
Ya al resplandor de la amarilla luna.

Ven, amorosa Elvira,
Ven á mis brazos, que de amor sediento
El perezoso corazón suspira
Por ver tus ojos, por beber tu aliento.

Ven, adorado dueño,
Sepa que estás, en mi descanso inerte,
Cerca de mí para velar mi sueño,
Cerca, hermosa, de mí cuando despierte.

Yo en la yerba tendido,
A la sombra de un álamo frondoso
Entreveré con ojo adormecido
Cuál velas mi descanso silencioso.

El sol á lento paso
Hundió en el mar su faz esplendorosa,
Marcando su camino en el ocaso,
Vivo arrebol de púrpura y de rosa.

El agua mansamente
Con monótono arrullo le despide,
Y arrastrando sus ondas lentamente
El ancho espacio de sus ondas mide

Solo queda en la tierra
El vapor del crepúsculo dudoso,
Y el vago aroma que la flor encierra
Se esparce por el aire vagaroso.

Y las fuentes corriendo,
Y las brisas volando se estremecen,
Y su soplo en las árboles creciendo,
A su soplo los árboles se mecen.

Trémulas van las olas

Bajo sus alas mansas y ligeras,
Reflejando las sueltas banderolas
De las naves que el mar surcan veleras.

Y la luna argentina,
La bóveda al cruzar del firmamento,
La inmensidad del Bósforo ilumina,
Color prestando al invisible viento.

Y al són del mar vecino,
Y al murmullo del viento caloroso,
Y al reflejo del éter cristalino
Se aduerme el cuerpo en lánguido reposo.

En la quietud amiga
De la callada noche macilenta,
Hasta la misma languidez fatiga,
Y el ánima se rinde soñolienta.

¡Oh! bien haya el estío
Con su tranquila y bochornosa calma,
Que roba al corazón su ardiente brío,
Y en blanda inercia nos aduerme el alma.

Ya de ese insomnio presa,
Me faltan voluntad y pensamiento,
Y hasta mi cuerpo sin valor me pesa,
Y el són me cansa de mi propio aliento.

Dadme deleites, dadme,
Henchidme de placeres los sentidos;
Venid, eunucos, y al haren llevadme
En vuestros brazos al placer vendidos.

Abridme esas ventanas,
Dadme á beber el aura de la noche,
Y á saborear las ráfagas livianas
Que á la flor rasgan su aromado broche.

Quiero al són de las olas
Secar un corazón en solo un beso;
Traedme mis esclavas españolas,
Que el mio tienen en sus ojos preso.

Venid, venid, hermosas,
Divertidme con danzas y canciones,
Venid en lechos de fragantes rosas,
Venid, blancas y espléndidas visiones.

Quemad en mis pebetes
Cuanto aroma encontréis en mi palacio,
Y respiren sus anchos gabinetes
Ambar opreso en reducido espacio.

Ven, voluptuosa Elvira,
Tréncame con tu mano mis cabellos,
Y tú, Inés, por quien Málaga suspira,
Nardo derrama y azahar en ellos.

Traedme á esos esclavos
Que aportan mis bajeles viento en popa,
Presa que hicieron mis piratas bravos
En un rincón de la dormida Europa.

Vengan á mi presencia,
Y al són de sus estraños instrumentos
Sirvan á mi poder y á mi opulencia,
Sino con su canción, con sus lamentos.

Dadme deleites, dadme;
Cúbreme, Elvira, con tu schal de espumas,
Y las tostadas sienas refrescadme
Con abanicos de rizadas plumas.

Suene en mi torpe oído
Su suave són como murmullo blando
De arroyo que á la mar baja perdido
De Peña en Peña jugueteo rodando.

Cual tórtola que llama
Con lento arrullo que en el viento pierde
La descarriada tórtola á quien ama,
De árbol sombrío en el columpio verde.

Danzad mientras reposo,
Cantad en derredor mientras descanso,
Y no sienta en mi sueño voluptuoso
Mas que murmullo lisonjero y manso.

CADENA.

I.

Nace la rosa y su botón desplega
Orlada en torno de punzante espina,
Y sobre el agua que los pies la riega
Fresca se inclina.

Mas altanera cuanto mas hermosa,
Su imagen mira en el tranquilo espejo,
Y el sol del agua sobre el haz dudosa
Pinta el reflejo.

El aura errante que al pasar murmura
El dulce aroma de su cáliz bebe,
La sorda abeja que su esencia apura
Néctar la debe.

Reina del huerto y de la selva gala,
Del césped brilla sobre el verde manto,
Libre á su sombra el colorín exhala
Rústico canto.

No hay flor mas bella... ¿mas á qué su orgullo
Si el cierzo helado su botón despoja
Y el agua arrastra su infeliz capullo
Hoja tras hoja?

II.

Huye la fuente al manantial ingrata
El verde musgo en derredor lamiendo,
Y el agua limpia en su cristal retrata
Cuanto va viendo.

El césped mece y las arenas moja
Dó mil caprichos al pasar dibuja,
Y ola tras ola murmurando arroja,
Riza y empuja.

Lecho mullido la presenta el valle,
Fresco abanico el abedul pomposo,
Cañas y juncos retirada calle
Sombra y reposo.

Brota en la altura la fecunda fuente;
¿Y á qué su empeño, si al bajar la cuesta
Halla del rio en el raudal rugiente
Tumba funesta?

III.

Lánzase el rio en el desierto mudo,
La orilla orlando de revuelta espuma,
Y al eco evoca cuyo acento rudo
Hierva en su bruma.

Su imágen cifre pabellon espeso
De áspera zarza y poderoso pino,
Y entre las rocas divididas preso
Busca camino.

Lecho sombrío el rústico ramage
Que riega en torno misterioso ofrece,
Y el pardo lobo, y el chacal salvage
Dél se guarece.

La tribu errante, el viajador perdido
La sed apaga en su raudal corriente,
Y el arco cierra que sobre él partido
Cuelga del puente.

¿Mas qué la sombra, el ruido y el perfume
Valen del cauce que recorre estenso,
Si el mar le cava cuando en él se sume
Túmulo inmenso?

IV.

¡El mar, el mar! — Remedo tenebroso
De la insondable eternidad, espera
De la trompa final el són medroso
Para romper hambriento su barrera.

Abismo cuyos senos insaciables
Jamás encuentra su avaricia llenos,
De misterios conserva inmensurables
Siempre peñados sus gigantes senos.

¡Eso es el mar! — Gemelo de la nada,
Cinto que el globo por dó quier rodea,
Centinela fatal que encadenada
La tierra guarda que sorber desea.

¡El mar! — Como él hondísimo y oscuro
El misterioso porvenir se estiende,
Y tras su negro impenetrable muro
Nada mezquina la razon comprende.

El cerco de un sepulcro es su portada,
Tras él se baja un escalon de tierra :
Pasado el escalon, la puerta hollada
Se abre, sorba la víctima, y se cierra.

Y allá van sin cesar conforme nacen
A morir uno y otro pensamiento,
Brotan unos donde otros se deshacen,
Bullen, caen, y se hundan al momento.

V.

Rosas la fuente en la montaña brota,
Sécanse, caen, y bajan con la fuente
Al rio que se va gota tras gota
Al hondo mar que sorbe su corriente.

 EN UN ALBUM.

No sé si por el valle de la vida
Cruzaré fatigado peregrino,
Acabando cual flor que consumida
Se seca entre los brazos de un camino :

No sé si en pos de inspiracion ardiente,
Rico y sediento el corazon de gloria,
Le cruzaré cual rápido torrente,
Rastro dejando de inmortal memoria.

Mas ya rueda cual hoja que arrebatada
Sonante y revoltoso torbellino;
Ya baje como escelsa catarata
Ufano con mi espléndido destino;

Cuando al borde de tumba solitaria
Desparrame mis pobres pensamientos,
De mustias flores muchedumbre varia
Secas entre mis últimos alientos,

¡Fiad, señora, que en tan triste lecho,
Siempre leal y generoso amigo,
Al ocupar mi cabezal estrecho
Vuestra memoria dormirá conmigo.

 MISTERIO.

A MI AMIGO

D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

¡Ay! aparta, falaz pensamiento,
Que eterno en el alma bulléndome estás,
Falsa luz que al impulso del viento
En vez de guiarme perdiéndome vas.

Tras de tí por las sombras camino,
Ni noche ni día descanso tras tí;
Es seguirte tal vez mi destino,
Y acaso es el tuyo guardarte de mí.

Misteriosa vision de mi vida,
Mas vaga que el caos en forma y color,
Te comprendo en mi mismo perdida,
Cual sueño penoso, cual sombra de amor.

Ya tu blanda amorosa sonrisa
Me presta esperanza, me aviva la fé;
Cual flor eres que aroma la brisa
Y en seco desierto olvidada se ve.

Ya tu imágen sombría y medrosa
Me ciega y me arrastra en su curso veloz,
Como nube que rueda espantosa
En brazos del viento al compás de su voz.

Ya cual ángel de paz te contemplo,
Y ya cual fantasma sangrienta y tenaz:
En el valle, en la roca, en el templo
Te alcanzo á lo lejos hermosa y fugaz.

Por dó quiera te encuentran mis ojos,
No miro ni tengo mas rumbo dó quier,
Ya te muestres preñada de enojos,
Fantasma enemiga ó risueña muger.

Yo no sé de tu esencia el misterio,
Tu nombre y tu vago destino no sé,
Ni cuál es tu ignorado emisferio,
Ni adónde perdido siguiéndote iré.

Mas no encuentro otro fin á mi vida,
Mas paz, ni reposo, ni gloria que tú,
Que en el cóncavo espacio perdida
Tu alcázar es su ancho dosel de tisú.

Por su rica region las estrellas
A veces brillante camino te dan;
Y otras veces tus místicas huellas
Por mares de sombras perdiéndose van.

Una brisa en las ramas sonando
Que dice tu nombre imagino tal vez,
Y un relámpago raudo pasando
Tu forma me muestra en fatal rapidez.

Yo postrado al mirarte de hinojos
Dó quier que apareces levanto un altar,
Y arrasados en llanto los ojos
Tal vez insensato te voy á adorar.

Mas al ir á empezar mi conjuro,
Mi torpe blasfemia ó mi casta oracion,
El oriente en su cóncavo impuro
Me sorbe irritado mi blanca vision.

Y tu imágen me queda en la mente
Informe, insensible cual bulto sin luz
Que se crea el temor de un demente
De lóbrega noche entre el negro capuz.

Sueño, estrella ó espectro, ¿quién eres?
¿Qué buscas, fantasma, qué quieres de mí?
¿No hay sin tí ni dolor ni placeres?
¿No hay lecho, ni tumba, ni mundo sin tí?

¿No hay un hueco dó esconda mi frente?
¿No hay venda que pueda mis ojos cegar?
¿No hay beleño que aduerma mi mente,
Que hierve encerrada de sombra en un mar...?

¡Oh! si gozas de voz y de vida,
Si tienes un cuerpo palpable y real,
Deja al menos, fantasma querida,
Que goce un instante tu vista inmortal

Dame al menos un sí de esperanza,
Alguna sonrisa, fugaz serafin,
Con que espere algun día bonanza
El golfo del alma que bulle sin fin.

Mas si es solo ilusion peregrina
Que el ánima ardiente soñando creó,
¡Ay! deshád esa sombra divina,
Que viene conmigo dó quier que voy yo.

Sí, deshádla, que en vano la miro
En torno á mis ojos errante vagar,
Si cual débil y triste suspiro
Se pierde en los vientos al ir á abrazar.

Sí, deshádla, que torpe mi mano
Su mano en la sombra jamás encontró,
Ni el mas flébil lamento liviano
Avaro en mi oído su labio posó.

Muere al fin, ¡ó vision de mi vida!
Mas vaga que el caos en forma ó color,
A quien siento en mi mismo perdida,
Cual sueño penoso, cual sombra de amor.

Mas ¿qué fuera del triste peregrino
Que cruzando sediento el arenal
No encontrara jamás en su camino
Mañsa sombra ni fresco manantial?

De esta vida en la noche tormentosa
¿Qué rumbo ni qué término seguir?
Sin tu vaga presencia misteriosa,
Sin tu blanca ilusion ¿cómo vivir?

Abriéranse mis ojos á mirarte,
Mis oídos tus pasos escuchar,
Y al fin desesperados de encontrarte
Tornáranse en tinieblas á cerrar.

Despertara en la noche solitaria
De tus palabras al fingido són,
Y solo respondiera á mi plegaria
El latido del triste corazón.

¡Sombra querida, sin cesar conmigo
Mis lentas horas hechizando ven,

Y el desierto arenal será contigo
Huerto frondoso y perfumado Eden!

No espíres, misterioso pensamiento,
Que dentro oculto de mi mente vas,
Aunque no alcance el corazón sediento
Tu santa esencia á comprender jamás.

No sepa nunca tu verdad dudosa;
Vélame, si lo quieres, tu razón;
Disípate á lo lejos vagarosa,
Mas sé siempre mi cándida ilusión.

Al fin sabré que junto á tí respiro,
Que estás velando junto á mí sabré,
Y que aun brilla oscilando en lento giro
La consumida antorcha de mi fé.

¿Qué me importa tu esencia ni tu nombre,
Genio hermoso, ó quimérica ilusión,
Si en esta soledad, cárcel del hombre,
Dentro de tí te guarda el corazón?

¿Qué me importa jamás saber quién eres,
Astro de cuya luz gozando voy,
Término de mi afán y mis placeres,
Dios que sin fin idolatrando estoy?

Quien quier que seas, vano pensamiento,
Muger hermosa que soñando vi,
O recuerdo ó tenaz remordimiento,
Ni un solo instante viviré sin tí.

Si eres recuerdo endulzarás mi vida,
Si eres remordimiento te ahogaré,
Si eres visión te seguiré perdida,
Si eres una muger yo te amaré.

JUSTICIAS DEL REY D. PEDRO.

I.

Quando su luz y su sombra
Mezclan la noche y la tarde,
Y los objetos se sumen
En la sombra impenetrable,
En un postigo escusado
Que á una callejuela sale
De una casa, cuya puerta
Principal da á la otra calle,
Dos hombres que se despiden
Se ven, aunque no se sabe
Ni cuál de los dos se queda,
Ni cuál de los dos se parte.
Ambos mirándose atentos,
Ambos un pié hácia adelante,
Parados en el dintel
Están, y entrambos iguales.
Por fin el mas viejo de ellos,

Hundiendo el mustio semblante
Entre el sombrero y la capa
En ademan de marcharse,
Tendió la cabeza á un lado
Pronunciando un *no* tan grave,
Que bien se vió que era el fin
De las pláticas de enantes.
Sin duda el otro entendido
No encontró que replicarle,
Pues bajando la cabeza
Callóse por un instante.
« Buenas noches, » dijo el viejo;
Tartamudeó un « Dios le guarde »
El otro, mas decidiéndose
Hizo hácia el viejo un avance :
« Mírelome bien, y cuidado
No se arrepienta, compadre.
— Nunca écheme mas que una cuenta.
— Piénselome bien, y no pase
Sin contar lo que va de él
A Don Juan de Colmenares.
— Señor, replicó el anciano,
En tiempos tan deplorables
Ya sé que lo pueden todo
Los ricos y los audaces.
— Pues mire lo que le importa,
Que rico y audaz señales
Son con que marca la fama
A los que en mi casa nacen. »

Callaron por un momento,
Y continuando mirándose,
Dijo el viejo tristemente,
Aunque en tono irrevocable :
« Nunca lo esperé de vos,
Mas tampoco vos ni nadie
Puede esperar mas de mí.
— Pues entonces adelante;
Idos, buen viejo, con Dios,
Que estoy de prisa y es tarde. »

Cerró la puerta de golpe
A escuchar sin esperarse
Una respuesta que el viejo
Tuvo tentación de darle :
Y acaso por su fortuna
Quedó á tal punto en la calle
Para dársela á la puerta,
Donde la deshizo el aire.
Volvió el anciano la espalda,
Y en dos golpes desiguales
Sus pasos descompasados
Pueden de lejos contarse;
Porque sus piés impedidos
Deben á su edad y achaques
Una muleta que marcha
Un pié que los suyos antes.
La esquina á espacio traspuso,
Y á poco otro hombre mas ágil,
Saliedo por el postigo

Siguió en silencio su alcance ;
 Túvose al volver la esquina,
 Tendió los ojos sagaces,
 Y enderezó los oídos
 Atento por todas partes ;
 Mas no oyendo ni escuchando
 De que poder recelarse,
 Tomando el rastro del viejo,
 Echó por la misma calle.

II.

En un aposento ambiguo,
 Medio portal, medio tienda,
 Que hace asimismo las veces
 De cocina y de despensa,
 Pues da su entrada á la calle,
 Y en confuso ajuar ostenta
 Camas, hormas y un caldero
 Colgado en la chimenea,
 Hay seis personas distintas
 Que hacen al pié de la letra
 (Salvo el padre, que está ausente)
 Una raza verdadera.
 Un mozo de veinte abriles,
 Una muchacha risueña
 De diez y seis, tres muchachos,
 Y una anciana de sesenta.
 Y aunque á las veces nos turban
 Engañosas apariencias,
 Zapateros son de oficio,
 Si á espacio se considera
 Que está la estancia aromada
 Con vapores de pez negra,
 Que ribetea la moza,
 Y que el mozo maja suela.
 « Mucho tarda, dijo el último,
 Padre esta noche, Teresa.
 — Ya há tiempo que ha anochecido.
 — Muchacho, atiza esa vela,
 Y deja quieto ese bote. »
 Y esto diciendo en voz recia
 El mozo, siguió en silencio
 Cada cual en su tarea,
 El chico sitiando al bote,
 Ribeteando la doncella,
 Majando el mozo á compás,
 Y dormitando la vieja.
 Con monótonos murmullos
 Arrullaban esta escena
 El són de la escasa lluvia
 De un aguacero que empieza,
 El no interrumpido són
 Con que hierve la caldera,
 Y el tumultuoso chasquido
 Con que la luz chisporrea.
 « ¿Las nueve son? dijo el mozo.
 — Eso las ánimas sueñan
 Con sus campanas, repuso

Santiguándose Teresa.
 — ¡Las ánimas, y aun no viene! »
 Y echando atrás la silleta,
 Se puso el mancebo en pié,
 Y encaminóse á la puerta.
 Al ruido que hizo en el cuarto,
 Despertándose la vieja,
 Dijo : « ¿Rezais á las ánimas? —
 — Si señora, estése queda. »
 Asíó el mancebo la aldaba,
 Mas la habia alzado apenas
 Cuando un espantoso golpe
 Venció la puerta por fuera.
¡ Muerto soy! dijo una voz;
 Cayó un embozado en tierra,
 Y vióse un hombre que huía
 Al fin de la callejuela.
 En derredor del caído
 Se agolparon, que aun conserva
 Algun resto de la vida
 Que le arrancan á la fuerza ;
 Mas no bien le desenvuelven
 Por ver piadosos si alienta,
 Un grito descompasado
 Lanzó... la familia entera.
 Blasfemó el mozo con ira,
 Desmayóse la doncella,
 Y la anciana y los muchachos
 En llanto á la par revientan.
 « Padre, ¿quién fué? » preguntaba
 Sosteniendo la cabeza
 Del anciano moribundo
 El hijo, que llora y tiembla.
 Echóle triste mirada
 Su padre, como quien lega
 Su razon y su justicia
 En quien se fija con ella
 « Juan...

— ¿Qué Juan?

— De Colmenares, »

Balbuceó con torpe lengua,
 Y sobre el brazo del hijo
 Dobló la faz macilenta.

Reinó un silencio solemne
 Por un instante en la escena,
 Y á reunirse empezaron
 Vecinos de ambas aceras.
 Llegó la justicia al punto,
 Y mientras justicia ella
 Partió por la turba el mozo
 En faz de intencion siniestra.
 « ¿Dónde va? dijo un corchete.
 — Siendo yo su sangre mesma
 ¿Adónde sino al culpable?
 — Soy con vos.

— Enhorabuena.

— Por si acaso, va seguro, »
 Dijo para sí el de presa,

Mientras el mozo resuelto
Ganó á una esquina la vuelta.

III.

Son treinta dias despues,
Y el mismo lugar y hora,
La misma vieja y los chicos
Con mesa, mancebo y moza.
Cada cual en su tarea
Sigue en paz, aunque se nota
Que todos tienen los ojos
Del mancebo en la faz torva.
Él, sin embargo, en silencio
Prosigue atento su obra
Sin levantar la cabeza,
Que sobre el pecho se apoya.
Tan doblada la mantiene,
Que apenas la llama roja
Que da la luz, alumbrarle
Las cejas fruncidas logra;
Y alguna vez que el reflejo
Las negras pupilas toca,
Tan viva luz reverberan
Que chispas parece brotan.
La verdad es, que una lágrima
Que á sus párpados asoma
Viene anunciando un torrente
En que el corazon se ahoga.
Y el mozo, por no aumentar
De los suyos la congoja,
A duras penas le tiene
Dentro el pecho y le sofoca.
Largo rato así estuvieron
En atencion afanosa,
Todos mirando al mancebo,
Y este mirando á sus hormas;
Hasta que al cabo Teresa,
Mas sentida ó mas curiosa,
Le dijo: «¿Estás malo, Blas?»
Y á su voz limpia y sonora
Siguió otro largo intervalo
De larga atencion dudosa.
Nada el hermano responde,
Mas ella su afan redobla,
Que no hay temor que la tenga
La valla de una vez rota.
«¡Cómo estás tan cabizbajo...!»
Y aquí Blas interrumpióla.
«¿Y qué tengo que decir
A quien sin padre y sin honra
Debe vivir para siempre?»
Y aquí la familia toda
Rompió en ahogados sollozos
A tan infausta memoria.
Sosegóse, y siguió Blas
En voz lamentable y honda:
«El rico, y nosotros pobres;
Débil la justicia, y poca,

Y el rey en caza y en guerra,
¿Qué puede alcanzar quien llora?
—¿Qué, por libre se atrevieron...?
—Poco menos, pues sus doblas
Pudieron mas con los jueces
Que las leyes.

—¡Las ignoran!»

Dijo indignada Teresa.

«¡No, hermana; las acogotan!»
Contestó Blas, sacudiendo
Su mazo con ciega cólera.

Siguió en silencio otro espacio,
Y otra vez Teresa torna:

«¿Mas la sentencia cuál fué?»

Dijo, y calló vergonzosa.

«¿La sentencia?» gritó Blas

Revolviéndose por las órbitas

Los negros y ardientes ojos,

«¿La sentencia pides? óyela.»

Todos se echaron de golpe

Sobre la mesilla coja,

Que vaciló al recibirles,

A oír lo que tanto importa.

«Sabeis que el de Colmenares

Hoy pingüe prebenda goza

En la iglesia, y que á Dios gracias,

Y á mi diligencia propia,

Se le probó que dió muerte

A padre (que en paz reposa).

Pues bien, no sé por qué diablos

De maldita gerigonza

De conspiracion que dicen

Que con su muerte malogra,

Dieron por bien muerto á padre,

Y al clérigo...

—¿Le perdonan?

—No, vive Dios, le condenan;

¡Mas ved qué dogal le ahoga!

Condénanle á que en un año

No asista á coro, mas cobra

Su renta, es decir, le mandan

Que no trabaje, y que coma.»

Tornó á su silencio Blas,

Y á sus sollozos la moza,

Ella cosiendo sus cintas,

Y él machacando sus hormas.

IV.

Está la mañana limpia,
Azul, trasparente, clara,
Y el sol de entre nubes rojas
Espléndida luz derrama.
Toda es tumulto Sevilla,
Músicas, vivas y danzas;
Todo movimiento el suelo,
Toda murmullos el aura.

Cruzan literas y pages,
 Monges, caballeros, guardias,
 Vendedores, alguaciles,
 Penachos, pendones, mangas.
 Flota el damasco y las plumas
 En balcones y ventanas,
 Y atraviesan besamanos
 Donde no caben palabras.
 Descórrrense celosias,
 Tapices visten las tapias,
 Los abanicos ondulan,
 Y los velos se levantan.
 Cuantas hermosas encierra
 Sevilla á su gloria saca,
 Cuantos buenos caballeros
 En sus fortalezas guarda,
 Ellos porque son galanes,
 Y ellas porque son bizarras,
 Las unas porque la adornen,
 Los otros para admirarlas.
 Oyense al lejos clarines,
 Y chirimías y cajas,
 Y á lengua suelta repican
 Esquilones y campanas.
 Mas no vienen los hidalgos
 Armados hasta las barbas,
 Ni el pálido rostro asoman
 Las bellas amedrentadas;
 Que no doblan los tambores
 En són agudo de alarma,
 Ni las campanas repican
 A rebato arrebatadas:
 Que es *la procesion del Corpus*
 Que ya traspone las gradas
 Del atrio, y el rey Don Pedro
 Acompañándola baja.
 Padillas y Coroneles
 Y Alburquerque se adelantan
 Con Osorios y Guzmanes,
 Pompa ostentando sobrada.
 Y bajo un palio Don Pedro
 De ocho punzones de plata,
 Descubierta la cabeza,
 Y armado hasta el cuello, marcha.

En torno suyo el cabildo
 Diez individuos encarga
 Que de escuderos le sirvan
 En comision poco santa;
 Mas tiempos son tan ambiguos
 Los que estos monges alcanzan,
 Que tanto arrastran ropones
 Como broqueles embrazan.
 Entre ellos se ve á Don Juan
 De Colmenares y Vargas,
 Que deja por vez primera
 La reclusion de su casa.

No porque el año ha cumplido,
 Sino porque el año paga,

Y doblas redimen culpas
 Si se confiesan doradas.

Rosas deshojan sobre ellos
 Las hermosísimas damas,
 Y toda es flores la calle
 Por donde la corte pasa.
 Envidia de las mas bellas
 Salió á un balcon del alcázar
 La hermosísima Padilla,
 Origen de culpas tantas.
 Hizola vénia Don Pedro,
 Y al responderle la dama,
 Soltó sin querer un guante,
 Y ojalá no le soltara.
 Lanzóse á tomar la prenda
 Muchedumbre cortesana:
 Muchos llegaron á un tiempo,
 Mas nadie tomarla osaba,
 Que fuera accion peligrosa
 Aparte de lo profana.
 Partiendo la diferencia
 Salió de la fila santa
 El bizarro Colmenares
 Con intencion de tomarla.
 Mas no bien dejó su mano
 Del palio el punzon de plata,
 Y puso desde él al rey
 Cuatro pasos de distancia,
 Cuando un mancebo iracundo
 Con irresistible audacia
 Se echó sobre él, y en el pecho
 Le asentó dos puñaladas.

Cayó Don Juan, quedó el mozo
 Sereno en pié entre los guardias,
 Que le asieron, y Don Pedro
 Se halló con él cara á cara.
 La procesion se deshizo,
 Volvió gigante la fama
 El caso de boca en boca,
 Y ya prodigios contaban.
 Juntáronse los soldados
 Recelando una asonada,
 Cercaron al rey algunos,
 Y llenó al punto la plaza
 La multitud codiciosa
 De ver la lucha empezada
 Entre el sacrilego mozo
 Y el sanguinario monarca.
 Duró un instante el silencio
 Mientras el rey devoraba
 Con sus ojos de serpiente
 Los ojos del que le ultraja.

« ¿Quién eres? » dijo por fin
 Dando en tierra una patada.
 « Blas Perez, » contestó el mozo
 Con voz decidida y clara.
 Pálido el rey de corage

Asióle por la garganta,
Y así en voz ronca le dijo,
Que la cólera le ahogaba :
« ¿Y yendo tu rey aquí,
Voto á Dios, porqué no hablaste,
Si con ocasion te hallaste
Para obrar con él así? »

Soltóse Blas de la mano
Con que el rey le sujetaba,
Y señalando al difunto
Repuso tras breve pausa :
« Mató á mi padre, señor,
Y el tribunal por su oro
Privóle un año del coro,
Que en vez de pena, es favor.
— Y si vende el tribunal
La justicia encomendada,
¿No es mi justicia abonada
Para quien justicia mal?
— Cuando el miedo ó la malicia
(Dijo Blas) tuercen la ley,
Nadie se fia en el rey
Medido por su justicia. »

Calló Blas, y calló el rey
A respuesta tan osada,
Y los ojos de Don Pedro
Bajo las cejas chispeaban.
Tendiólos por todas partes,
Y al fuego de sus miradas,
De aquellos en quien las puso
Palidieceron las caras.
Temblaron los mas audaces,
Y el pueblo ansioso esperaba
Una esplosion en Don Pedro
Mas recia que sus palabras.
Rompió el silencio por fin,
Y en voz amistosa y blanda
El interrumpido diálogo
Así con el mozo entabla :
« ¿Qué es tu oficio?

— Zapatero.

— No han de decir, vive Dios,
Que á ninguno de los dos
En mi sentencia prefiero. »

Y encarándose Don Pedro
Con los jueces allí que estaban,
Dando un bolsillo á Blas Perez,
Dijo en voz resuelta y alta :
« Pesando ambos desacatos,
Si con no rezar cumple él
En un año, cumples fiel
No haciendo en otro zapatos. »

Tornóse Don Pedro al punto,
Y brotó la turba osada

Murmullos de la nobleza
Y aplausos de la canalla.
Mas viendo el rey que la fiesta
Mucho en ordenarse tarda,
Echando mano al estoque
Dijo así ronco de rabia :
« La procesion adelante,
O meto cuarenta lanzas
Y acaban, voto á los cielos,
Los salmos á cuchilladas. »

*Y como consta á la iglesia
Que es hombre el rey de palabra,
Siguiéron calle adelante
Patio, pendones y mangas.*

LEIDOS POR LOS ACTORES

EN EL TEATRO DEL PRINCIPE

en los dias 6 de setiembre y 11 de octubre de 1839.

HERMANOS COMO ESPAÑOLES.

Hartas, ¡oh pátria! lágrimas corrieron,
De sangre fraternal hartos arroyos,
De hartos valientes el sepulcro fueron
Charcas estensas, y profundos hoyos.

Hoy que calmada la sangrienta lucha
Tremolan á la par ambas banderas
Blando suspiro enderredor se escucha,
Corren de paz las lágrimas primeras.

Con ellas, si, los párpados preñados
Há largo tiempo reventar querian,
Mas en la lid los ojos ocupados
A vista de la sangre no podian.

Himnos de triunfo y de placer alcemos,
Y ya amigos y libres ciudadanos
La sangre de esas lizas olvidemos
Que quema el corazon, mancha las manos.

LIBRES COMO ESPAÑOLES.

Libres tambien como nosotros eran;
No mas su mengua tolerar pudieron,
Y hélos aquí que con orgullo esperan
Bajo la enseña á que contrarios fueron.

Tended los brazos de matar dolidos,
Libres tended las callecidas manos,
Que no hallareis traidores escondidos
Tras el disfraz de libres y de hermanos.

Aquí está el trono que amparar debemos,
Aquí la pátria y religion y leyes;

Que aquí igualmente repartir sabemos
Libertad á los pueblos y á los reyes.

GENEROSOS COMO ESPAÑOLES.

No hay mas que un pabellon y una bande-
 Un sol alumbrá, un idolo se adora; [ra;
 La frente ante él humillan altanera
 Ambas huestes vencida y vencedora.

De ambas la sangre en la montaña humea,
 Tumba á entrambas comun dió la montaña,
 De ambas la sangre con honor se orea,
 Que á ambas dió sangre la orgullosa España.

Ambas al fin de libertad reciben
 Sin mengua ni mancilla el blando yugo,
 Ambas con leyes fraternales viven,
 Y donde no hay traicion sobra el verdugo.

Venid, hermanos, á la par nacimos,
 Al par dejamos la contienda fiera:
 ¿Quereis mas...? olvidamos que vencimos.
 No hay mas que un pabellon, y una bandera.

Aquella antigua raza de valientes
 Cuyo brío español sembró el espanto
 Por medio de las huestes insolentes
 Que atropelló en Clavijo y en Lepanto;

Los que á Roma absoluta dieron leyes,
 Los que sus velas por la mar tendieron,
 Dando á otro mundo religion y reyes,
 Hijos de España y nuestros padres fueron.

Si sujetos á error como nacidos
 En contienda civil se desgarraron,
 Ellos solos en bandos divididos
 Despues que se batieron, se abrazaron.

Hijos de España y con valor nacimos;
 Por arreglar nuestras contiendas fieras
 Harto como valientes combatimos,
 Pleguemos de una vez nuestras banderas.

A ello nos brindan con tranquila sombra
 De nuestras flores las silvestres calles,
 De nuestras mieses la pajiza alfombra,
 Y el verde pabellon de nuestros valles.

Que vale mas gozar en la pobreza
 Paz que á fuerza de sangre nos compremos,
 Que á otro pedir con criminal pereza
 La libertad que conquistar podemos.

¡Si, ciudadanos! raza de valientes
 Cuyo brío español sembró el espanto
 Por medio de las huestes insolentes
 Que huyeron en Clavijo y en Lepanto,

No olvidéis que por premio merecido
 sos *estraños* de la paz carcoma

I.

Querrán lo que salvar hemos podido
 De las garras hipócritas de Roma.

No mas de sangre bajarán teñidos
 Los manantiales que la cumbre brota
 A contar á los pueblos afligidos
 En cada infausto triunfo una derrota.

No mas luchando con el rudo viento,
 De cuervos roncós agorero bando,
 Vendrá á mecerse donde el són violento
 Del cóncavo cañon le esté llamando.

No mas al rayo de amarilla luna
 Vagarán por la noche en la montaña
 Las sombras de los héroes sin fortuna
 Que gloria piden y sepulcro á España.

La gloria y el sepulcro que no hallaron
 Cuando la vida por su pátria dieron;
 La gloria y el sepulcro que compraron
 Cuando á los piés de su pendon cayeron.

¡Victimas santas! Sombras doloridas
 Que insepultas dormís en la llanura,
 Ya á través dejan ver vuestras heridas
 Un sol de libertad y de ventura!

Ya podeis sin temor á la vergüenza
 Alzar los ojos del sangriento caos;
 No queda ya quien huya ni quien venza:
 ¡Fantasmas de los héroes, levantaos!

No receleis que al levantar la frente,
 Tras rota peña ó desplomado muro
 Quede algun campesino irreverente
 Que os aseste traidor plomo seguro.

Alzaos, sí: la paz de que gozamos
 Nosotros solamente nos la dimos,
 No de estrangera grey la mendígamos,
 Que á nadie juez de nuestra gloria hicimos.

Nuestra es la sangre que en la lid se orea,
 Nuestra es la santa ley que obedecemos;
 Grande ó mezquina nuestra gloria sea,
 Obra fué nuestra, y nuestra la quereimos.

¡Atrás las lises de la intrusa Francia!
 ¡Atrás los mercaderes de Inglaterra!
 Mientras valor nos quede y arrogancia
 No ha de faltarnos libertad, ni tierra (1).

(1) Esta última composicion fué prohibida por el ayuntamiento antes de ser leida. ¡Es que somos hoy muy españoles y muy atrevidos!

A LA LUNA.

Bendita mil veces la luz desmayada
Que avaro te presta magnifico el sol;
Bendita mil veces ¡oh luna callada!
Tu luz que no enturbia dudoso arrebol.

En buen hora vengas, viajera nocturna,
Que el mundo en silencio visitando vas,
Esposa que viene constante á la urna
Que guarda los restos del bien que amó mas.

En buen hora vengas, amante Lucina,
En pos de tu bello dormido Endimion,
Zelosa asomando la faz argentina
Por ese estrellado y azul pabellon.

¡Oh! miente quien dice que velas traidora
Cubriendo del crimen el réprobo afan,
Que aguardan inquietos tu luz bienhechora
Los que al sol fraguando delitos están.

No, no eres ¡oh luna! la lámpara opaca
Que trémula vierte siniestra su luz
En bóveda impura dó nunca se aplaca
El alma á quien prensa su losa y su cruz.

No, no eres la tea que alumbrá maldita
Las manchas de sangre de regio panteon,
A cuyos reflejos soñando se agita
Aun de ella sedienta rabiosa vision.

No, no eres la hoguera del gran cementerio
Que guarda el del mundo secreto final,
Que en esa morada de sombra y misterio
Sus ráfagas tiende la luz infernal.

No vienen contigo las voces medrosas
Que hierven, y turban la sombra dó quier;
No vienen contigo las nieblas odiosas
Que doblan el ruido, y nos roban el ver;

No vienen contigo los vagos ensueños
Que acosan y hieren el ruin corazon,
Las torvas fantasmas de tétricos ceños
Que cruzan los aires en pos del turbion.

Tú vienes tranquila, fugaz, solitaria,
Cual blanca creencia de casta niñez,
Cual ángel que espia la triste plegaria
Que eleva al empireo llorosa viudez.

Tú cruzas el limpio y azul firmamento,
Fanal de consuelo, de paz y de amor,
En alas de suave balsámico viento,
Que arruga las aguas y mece la flor.

Y vienen contigo los sueños de plata,
Las lindas quimeras de antiguo placer,
Las sombras queridas que alegre retrata
La mente olvidada del duelo de ayer.

Y vienen contigo las mágicas citas,
Los besos que espiran del labio al salir,
Las bellas historias de efimeras cuitas
Dichas á una reja que temen abrir.

Y vienen contigo los himnos errantes,
La seña embozada con una cancion
Que atrae á los ojos osados y amantes
Un rostro que aguarda la seña á un balcon.

Y vienen contigo las dulces memorias,
La audaz esperanza, la gloria inmortal,
Fantásticas luces que van ilusorias
Al soplo espirando de ráfaga real.

¡Ah, todo es consuelo, regalo y ventura,
Fanal misterioso, delante de ti!
Suspiran las fuentes, el rio murmura,
Aqui te gorgean, te arrullan allí.

Los juncos se mecen, los árboles suenan,
El bosque se puebla de sombras de paz,
Y el aire sonidos dulcissimos llenan
Que lleva invisible la brisa fugaz.

¡Luna! cuántas veces tu luz ha alumbrado
Mi larga vigilia, mi breve ilusion;
¡Luna! cuántas veces con ella ha sonado
Perdida en el viento mi triste cancion.

Y aun cuántas veces allá todavia
En playas remotas tal vez sonará.
Entonces ¡oh luna! la citara mia
¿Qué oido en sus ayes ó risas tendrá?

Tal vez entre el recio menudo ramaje
Que ciñe del ancho desierto el lindal
Responda á mis voces un ave salvaje
Huyendo á lo largo del seco arenal.

Tal vez á la orilla del mar tempestuoso
Tu pálida imágen por él seguiré;
Tal vez con las ondas del mar proceloso
Mis lágrimas turbias mezclarse veré.

Y acaso mis ojos, del agua que broten
Por entre el ardiente confuso cristal,
Verán sin que nunca sus fuentes se agoten
Huir por los cielos tu errante fanal.

¡Luna! si esa noche de angustia llegara,
Si huyera esquivando mi pueblo español,
¡Luna! mas valiera que el sol te prestara
Un rayo que apague mi gloria y mi sol.

Mas no, clara y celeste peregrina
Luz de los bosques, de los tristes luz,
A cuyos rayos el amor camina
É invoca el justo al que murió en la cruz.

No, blanca reina de la turbia noche,
Amiga del cantar del trovador,

Tú que refrezcas el modesto broche
Que á tu luz plega la silvestre flor ;

Tú me darás magníficos cantares,
Grandes como tu Dios y como tú,
Como esos que del cielo luminares
Orlan los pabellones de tisú.

Tú inspirarás á mi sonante lira
El fuego del profeta que lloró
El peligro de Pérgamo y Thyatira,
La rebelde impiedad de Jericó.

Tibia, modesta, fugitiva luna,
Cuya rápida y trémula ilusion
Pinta el mar, y el arroyo y la laguna
En vistosa y flotante aparicion:

De cuya imágen en redor tranquila
Allá en bosques de conchas y coral
De errantes peces multitud se apila
Que te besan tu imágen de cristal ;

Tú á quien un ángel invisible guía
Y millares de estrellas van en pos,
Tú me darás palabras de armonía
Con que cantar la gloria de tu Dios.

Lejos de mí los velos de esa Diana
Que, del bosque en la oscura soledad,
En brazos de un mortal busca profana
Misterios de placer y liviandad.

Lejos de mí los cánticos impuros
De ese bello y perdido cazador
Que los valles audaz cerró seguros
Con barreras de fábulas de amor.

Yo te adoro, magnífica lumbrera
Tan solo por tu tibia brillantéz,
Y no veo en tu espléndida carrera
Mas que la mano del eterno juez.

Surca, ¡oh luna! esos techos de topacio
Que él te señala por camino á tí,
Mientras que preso en reducido espacio
Su voz espero cuando venga á mí.

A mí, que ingrato y prófugo poeta
Creo en el Dios á cuyo soplo fué
Cuanto en la tierra y en la mar vegeta,
Cuanto no he visto ni jamás verá.

¡Ah! cuando el mundo en su erial desierto
Me dé un lecho de tierra en que dormir,
Y vayan presa del destino incierto
Conmigo mis cantares á morir,

¡Oh luna! si en mi túmulo no brilla
De humana gloria la estinguida luz,
Cuelga al menos tu lámpara amarilla
Sobre su rota y olvidada cruz.

HORIZONTES.

I.

Lanzó al mundo en mitad de las tinieblas
El soplo del Señor, y empezó el mundo
A rodar en un piélago de nieblas
Cercado del silencio mas profundo.
Miró la creacion el que la hizo,
Mas no le satisfizo ;
Y rasgando sus negras colgaduras
Sacudió con su planta el firmamento ;
Brotó una chispa, se inflamó en el viento,
Y el sol se derramó por las alturas.

II.

« Tú girarás, le dijo, eternamente ;
Cuatro estaciones marcarás iguales,
Y será tu fanal resplandeciente
La sombra de mis ojos inmortales. »
Giró el sol, y á su vista alborozado
El mundo iluminado
En himno universal rompió sonoro,
Y cuanto tuvo un soplo de existencia
Exhaló sonoro en su presencia
Música dulce en acordado coro.

III.

Mecióse el mar con colosal murmullo,
El viento resonó por las montañas,
Murmuró el bosque soñoliento arullo,
É hirió el arroyo sus sonantes cañas.
Ensayaron sus cánticos las aves,
Armoniosos y graves
Dos acentos del hombre resonaron,
Y con notas mas roncás y severas
Su voz alzaron sin compás las fieras,
Y los ecos salvages la imitaron.

IV.

Fuente de luz y manantial de vida,
El sol fecunda nuestra madre tierra,
Y en arroyos al llano convertida
Vierte la nieve que apiló en la sierra.
Brotan á su calor yerbas y flores,
Sus manchas y colores
Da á cuanto dora con su lumbré pura,
Y mil insectos que las auras hienden
A separar solícitos atienden
Del sémen virgen la semilla impura.

V.

Mas ó vacilan mis cansados ojos,
O yo he visto en oriente y en ocaso
Lagos de sangre cuyos pliegues rojos
Al sol alfombran el gigante paso.

Y jamás comprendió mi entendimiento
 El misterio sangriento
 Que ese color del horizonte vela :
 Y por mas que lo pienso y lo medito
 Nada el arcano que conserva escrito
 Ese renglon de sangre me revela.

VI.

He visto al sol posarse en el oriente
 Al derramar su esplendorosa lumbre,
 Y le he visto posar en occidente
 Al trasponer la postrimera cumbre.
 Magnífico á su vuelta y su partida,
 Su marcha y su venida
 Mudo y absorto cada vez contemplo :
 Él recoge sus rayos ó los suelta,
 Y siempre á su venida y á su vuelta
 De Dios concibo al universo templo.

VII.

Sí, siempre posa un punto en el oriente
 Y otro punto al doblar la última cumbre,
 Mas siempre ciñe en su alba y su occidente
 Banda sangrienta su radiante lumbre.
 Entrambos los crepúsculos clarean
 Mientras al sol rodean
 Ráfagas anchas de color sangriento,
 Y al irse y al venir, su última tinta
 Ese triste color siniestro pinta
 En el confin del azulado viento.

VIII.

¿Qué guarda ese rojizo cortinaje
 En los remates de la luz prendido?
 ¿Un torbellino no hay que le desgaje
 Si á alcance de los vientos va prendido?
 Si es un vapor que se desprende lento,
 Espeso y turbulento
 De la esencia del sol, ¿en su camino
 No hay solícito un ángel cuyo brazo
 Arranque de la luz ese pedazo
 Que mancha al sol su resplandor divino?

IX.

Si es de los aires ilusion dudosa
 Que la distancia en el azul suspende,
 ¿Porqué no pinta su ilusion de rosa,
 Y no ese rojo pabellon que ofende?
 ¡Necio de mí, gusano de la tierra,
 Que quiero lo que encierra
 Saber el mundo en su invisible centro
 Y demando á su autor omnipotente,
 Cuando nací á adorarle solamente,
 Y para amarle por dó quier lo encuentro !

X.

Al hundirse la luz detrás del monte
 Sorbida entre las nubes y las breñas,
 Lumbre vomita el trémulo horizonte,
 Que en sangre tiñe las enormes peñas.
 Faja de sangre, inmensa banderola
 Que en su alcázar tremola
 El que hizo el mundo de ceniza vana,
 Cual rojo lienzo que pirata osado
 Desplega ante el bajel atribulado
 Que á todo trapo por huir se afana.

XI.

Que era el sol un espejo trasparente
 Donde el Señor su creacion veia,
 Y desde él derramaba omnipotente
 Dulce vida de amor y de armonia.
 Y hubo un instante en que amoroso quiso
 Al hombre abrir su santo paraiso
 Tras aquella existencia de ventura ;
 Mas á Dios usurpando su derecho
 De deshacer lo hecho,
 Sangre vertió la necia criatura.

XII.

La tierra se manchó : Dios indignado
 Quitóse del cristal, y su reflejo
 Con los ojos de Dios iluminado,
 Pintó la mancha y sombreó el espejo.
 Volvió asimismo Dios al sol mandando :
 « Tú seguirás rodando ;
 Su raza alumbrá, y que lidiando crezca,
 La tierra empape con su sangre impura,
 Mas cuando quede con la sangre oscura
 No la reflejes mas, y que perezca. »

XIII.

Dijo Dios, y cerróse en su santuario,
 Y al rudo golpe que sus puertas dieron
 La madre tierra con impulso vario
 Monstruos sedientos de matar cubrieron.

XIV.

Nino, Nembrot, Sesostris y Cambises
 De sangre á Egipto con furor regaron ;
 Alejandro, Conon, Jerges y Ulises
 En sangre á Grecia sin piedad bañaron ;
 Grecia tragó al Egipto, á Grecia Roma,
 Y en Roma, que desploma
 Sus legiones dó quier, y ansiosa apila
 Montones de coronas sin cabezas,
 Metió á pisar su gloria y sus grandezas
 Su negro palafren el torvo Atila.

XV.

¡Y eso es la gloria y las hazañas eso!
 Los héroes nacen, y la tierra tinta
 Por dó queda su pié con sangre impreso
 La negra mancha en el espejo pinta.
 Venid, guerreros, degollad sin tino,
 Que el sol va su camino
 La luz menguando sin cesar siguiendo,
 Y cada estatua á vuestra gloria alzada
 Es una sombra que la luz menguada
 Del moribundo sol va carcomiendo.

IMPRESIONES DE LA NOCHE.

Hay pensamientos que en la mente viven
 En un rincón de la memoria echados,
 Cual los insectos que su sér reciben
 De los arbustos á que están pegados.

Duermen al parecer, mas como aquellos
 Al soplo de una brisa se levantan,
 Crecen, vuelan, y al fin toman cual ellos
 Formas medrosas que la vista espantan.

Hijas del miedo y de la fé contrarias,
 Vagas visiones de la noche umbría,
 Bullir las vemos en la niebla fría,
 Nada en la esencia y en la forma varias.

Quimeras que hallan siempre en la memoria
 Silenciosa mansión, gracias postizas,
 Y que reciben faz, cuerpo é historia,
 En los cuentos y error de las nodrizas.

Van con la noche, de la noche hermanas,
 Y con murmullos infinitos suenan,
 En las alas del viento van livianas,
 Y el alma, el viento y el espacio llenan.

¡Paso, de cieno fábulas impuras!
 Paso dejad al noble pensamiento,
 Que anhela respirar auras mas puras
 En el cóncavo azul del firmamento.

¿Piensas, turba de sueños impostora,
 Hacerle por el miedo tu vasallo,
 Como al són de la fusta cimbradora
 Ginete admite el volador caballo?

Yo os recibí al nacer como ilusiones:
 Si el corazón cobarde os dió aposento,
 Hoy necesita, imbéciles visiones,
 Todo mi corazón mi grande aliento.

Con la noche venís, y osais con ella
 Turbar al corazón que en paz reposa;
 Mas de la noche en el poder se estrella
 Vuestro poder y ciencia mentirosa.

¡Paso! mis ojos en su azul tendidos
 La paz que le robais otra vez hallan,
 Y en los misterios de la fé perdidos
 Vuestros misterios de impureza caían.

Para lanzar vuestra influencia impía
 A la influencia celestial acudo,
 Y de la noche silenciosa, umbría,
 La solitaria inmensidad saludo.

I.

¡Salve! tienda magnífica colgada
 De polo á polo sobre el aire manso
 Del caduco universo destinada
 A proteger el funeral descanso.
 ¡Salve á quien mora en la escondida altura
 Detrás de esa estrellada colgadura!
 ¡Salve á quien vela el agitado sueño
 De esos gusanos que, á sus piés tendidos,
 Manchan con sus alientos corrompidos
 La orla imperial del manto de su dueño!

II.

Sí, que á mis ojos se resiste en vano
 De la insondable eternidad el velo,
 Y yo veo, Señor, tu inmensa mano
 Tras el azul del trasparente cielo.
 Infinita, Señor, tu omnipotencia,
 Infinito el abismo de tu ciencia,
 Infinito tu sér, y tú infinito,
 No hay mas que tú; y tu soplo poderoso
 Que anima el mundo presta generoso
 Vida á la alma virtud, vida al delito.

III.

Que tú amasando el polvo de la nada
 Con tu suprema voluntad un día
 Distes al hombre esta espléndida morada,
 Igual para el que fué y el que sería.
 «¿Quieres vivir?— tu aliento es el espacio.
 ¿Quieres tener?— el orbe es tu palacio.
 ¿Quieres mandar?— al señalarlo nombre
 Puedes gozarlo é invadirlo todo.
 Yo que á mi gloria te saqué del lodo
 Fé y libertad te doy,» dijiste al hombre.

IV.

Y el hombre fué; y el hombre envanecido,
 Olvidando al Señor que le formara,
 No partió por igual lo recibido,
 Se armó insolente y le volvió la cara
 Oídos dando al corazón villano,
 El hermano lidió con el hermano,
 El hijo con el padre en torpe guerra
 El alma en las entrañas se buscaron,

Y uno de otro en la sangre se bañaron
Por un pié mas de la heredada tierra.

V.

De tu obra entonces, gran Señor, corrido,
Ingrata viendo á tu mejor hechura,
Sobre el mundo tendistes ofendido
La espesa sombra de la noche oscura.
Volviéndote á tu carro rutilante
Empuñaste las bridas de diamante,
Tus caballos de fuego se lanzaron
Por el espacio, y caminando á oscuras
El choque de sus recias herraduras
Miles de estrellas en su azul brotaron.

VI.

Al ceño de tu cólera divina
Los mundos con pavor se estremecieron :
Confundióse su esencia peregrina,
Y las miserias y la muerte fueron.
Brotó la tempestad. Sorbió el nublado
Las ondas de la mar, y desbocado
En hombros cabalgando de las nieblas
Su pedrisco dó quier vertió sin tino,
Y borrando los lindes del camino
Tierra y mar embozó con las tinieblas.

VII.

¿Quién osará, Señor, en la memoria
La idea renovar de tu honda ira ?
El mundo sabe la tremenda historia,
Y aun al mentarla de terror suspira.
La obra de tu poder atropellando,
Seguías tú la creacion cruzando,
Sin término, ni objeto, ni vereda,
Y tus ojos, Señor, relampagueaban,
Y las nubes errantes reventaban
De tu carro inmortal bajo la rueda.

VIII.

Todo cayó á tus piés; todo en pedazos
A volver se aprestó á su antigua nada;
Pero su polvo tropezó en tus brazos,
Y á ser tornó la fábrica empezada.
Te volviste á mirar sobre tus huellas,
Y al ver que de tus ojos las centellas
Lo iban todo á incendiar, compadecido
La noche hicistes, que tendió en el cielo
Su pabellon azul de terciopelo
Que en medio del zenit quedó prendido.

IX.

Tras él está velando tu pupila :
Mansa tras él la creacion pasea.

Y el universo de terror vacila
A su gran resplandor si pestañea.
Las nubes con su luz se tornasolan,
El oriente y ocaso se arrebolan
Con sus puros y espléndidos colores,
Y á su dulce calor se alza indecisa
La perfumada y soñolienta brisa
Que susurra en la yerba y en las flores.

X.

¡Salve otra vez, magnífica cortina,
Que ante los ojos de tu Dios colgada
La lumbre de sus ojos te ilumina
Sobre el desierto del dolor plegada!
Yo sé en mi corazon, noche sombría,
Que es tu manto de rica argentería
Prenda de que nacimos sus vasallos,
Que al salpicarte Dios con tus estrellas
Nuestro orgullo alumbró con las centellas
Que brotan de los piés de sus caballos.

FÉ.

I.

« En manos del placer adormecido,
Sin otro porvenir que los placeres,
El oro y las mugeres
Mi solo Dios y mi esperanza han sido.
¡Lindas quimeras de mi edad pasada
Que me dejais el alma emponzoñada!
Decid, ¿dónde habeis ido? »

« Lancéme á los deleites avariento,
Gocé con ansia y apuré su hartura ;
Mi Dios y mi ventura
Asentó en el placer mi pensamiento
Otro esperar mi corazon no quiso ;
Y hoy ¿dónde hallar el dulce paraíso
Que edificué en el viento? »

« ¿En dónde estás, riquísimo tesoro
De placer y de amor, lánguida Elvira,
Con cuyo amor respira
Mi corazon, y cuya sombra adoro ?
Elena, Inés... bellisimas traidoras,
¡Ay! ¿qué habeis hecho de mis dulces horas
Y mis montones de oro? »

« ¿Qué he de hacer sin vosotras y sin ellos,
Solo afan ¡ay de mí! con que he vivido,
Solo Dios que he creído ?
Fé de mi juventud, delirios bellos,
¿Qué he de creer ni de esperar ahora
Que tornándose van hora por hora
Mas blancos mis cabellos? »

« ¡Y dó encender la lámpara apagada
De mi dudosa fé, dó ir por consuelo,
Si yo del santo cielo
En el escrito azul no sé leer nada?
¡Si en su vieja impiedad endurecida
No ve tras dél el alma envilecida
Su fin y su morada! »

« ¡Imposible creer! pero ¡ay! ¡cuán duro
En duda pertinaz ir caminando
Sin creencia esperando
Un negro mas allá nunca seguro!
¡Ay del que nada cree y en nada espera,
Y no encuentra una luz que alumbre fuera
De caos tan oscuro! »

« No, no me sé amparar del cielo santo,
Que perdon no tendrá tanto delito:
Del castigo infinito
Si me le atrevo á imaginar me espanto.
¡Mejor es no creer! Triste es la duda,
Mas no hay puerto mejor adonde acuda
Por entre escollo tanto. »

Así pensó el ateo, ¡y cuán en vano!
Que al olvidar su celestial esencia
De la tenaz conciencia
Dentro del corazón sintió el gusano.
Tornóse al cielo en su árida agonía,
Mas nada en él delectar sabía
Su corazón profano.

Ciego que sabe que la luz existe,
Que oye elogiar el resplandor del cielo
Y no le es dado desgarrar el velo
Que ante sus ojos á la luz resiste,
¡Mira! le dicen, y en su audaz deseo
Tórnase á ver y esclama: ¡nada veo!
Desesperado y triste.

« ¡Mejor es no creer! » Y abandonado
Sin esperanza en brazos de sí mismo
Por el oscuro abismo
De la duda fatal va despeñado:
« ¡Mejor es no creer! » Y en su agonía
Siente que llega el postrimero día;
Y ¡ay del sí se ha engañado!

¡Ay del jardín donde las zarzas crecen!
¡Ay del palacio que las aves moran!
Y ¡ay de los siervos que piedad imploran
Cuando en presencia del Señor parecen!
Y ¡ay! ¡ay de los que cruzan el desierto,
Y no conocen el camino cierto,
Y en la mitad del arenal parecen!

II.

Espíritu blanco y puro
Que con tu fanal seguro

Por el lóbrego recinto
Del mundano laberinto
Mis pasos guiando vas;
Ángel que invisible velas
Mi existencia, y me consuelas,
Y en la noche sosegada
A la orilla de mi almohada
Mi sueño guardando estás;

Tú que con alas de rosa
De mi mente calurosa
Benigno apartas y atento
El mundano pensamiento
Y la torpe tentación,
¡Ay! ¡nunca de mí te alejes,
Nunca en soledad me dejes
Sin que tu fanal me alumbre,
Y esa ruin incertidumbre
No me roa el corazón!

Espíritu soberano,
Tiéndeme siempre tu mano,
Y mi afán, mi pensamiento
Endereza el firmamento,
¡Oh espíritu tutelar!
Y en la noche silenciosa
Si brota mi fé dudosa
Alguna plegaria impía,
Con tu aliento de ambrosia
Purificala al pasar.

Ángel cuya sombra adoro,
Cuyo nombre santo ignoro,
Cuyo semblante no veo,
Y en cuya presencia creo,
Y cuya existencia sé,
Muéstrame el camino cierto
De este mundo en el desierto,
Y ¡guai que sin fin no vague
Y con los vientos se apague
La lámpara de mi fé!

A ESPAÑA ARTÍSTICA.

SONETO.

Torpe, mezquina y miserable España,
Cuyo suelo alfombrado de memorias
Se va sorbiendo de sus propias glorias
Lo poco que há de cada ilustre hazaña,
Traidor y amigo sin pudor te engaña,
Se compran tus tesoros con escorias,
Tus monumentos ¡ay! y tus historias
Vendidos llevan á la tierra estraña.
¡Maldita seas, pátria de valientes,
Que por premio te das á quien mas pueda
Por no mover los brazos indolentes!

¡Si, venid ¡voto á Dios! por lo que queda,
Estrangeros rapaces, que insolentes
Habeis hecho de España una almoneda!

IRA DE DIOS.

EL ANGEL ESTERMINADOR.

En un confin recóndito del cielo,
De una selva viviente circundado,
Denso y confuso y misterioso velo
Que le tiene del orbe separado,
Hay un alcázar de azabache, oscuro,
Que en un hondo torrente ensangrentado
La sombra pinta de su inmenso muro
En contornos de sangre reflejado.

Jamás el aura de perfume henchida,
Que en los jardines del Eden murmura,
En tal lugar estremeció perdida
Del rudo bosque la hojarasca dura;
Ni el sol radió con fugitiva lumbre,
Ni sonó por la lóbrega espesura,
Ni retumbó la cóncava techumbre
Mas que el rugir de la corriente impura.

El aire denso, sin color é inmoble
Que aquel recinto por dó quier rodea
Hace el pavor de quien se acerca doble,
Y doble el caos á quien ver desea;
Solo se alcanza entre las altas puntas
Que el recio vendabal nunca cimbraba
Entre dos torres del alcázar juntas
Un faro que en la sombra centellea.

Ni sér alguno penetró el misterio
Que guarda allí la ciencia omnipotente,
Ni se sabe cuyo es aquel imperio
Donde nunca se oyó rumor de gente;
Ni arcángel sabio, ni profeta diestro
De este sitio alcanzó confusamente
Mas que la lumbre del fanal siniestro
Y el estruendo medroso del torrente.

En este bosque oculto y solitario,
En este alcázar negro y escondido,
Donde nunca llegó pié temerario,
Ni descansó jamás ojo atrevido,
Ni mas sol alumbró que el rayo rojo
Del fanal en sus torres suspendido,
Tiene el Señor las arcas de su enojo
Y el horno de sus rayos encendido.

Y allí vive un espíritu terrible
Que al són de aquellas aguas se adormece,
Y á los ojos de Dios solo visible
Al acento de Dios solo obedece.

Arcángel vengador, del cielo asombro,
Cuando deja el lugar dó se guarece
El rayo ardiendo y el carcaj al hombro
Pronto á la lid ante su Dios parece.

Espíritu sin fin ni nacimiento
La eternidad existe en su memoria:
El solo del sagrado firmamento
Entera sabe la infinita historia:
Y al solo ruido de sus negras alas,
A su sola presencia transitoria
Del firmamento en las eternas salas
Se suspenden los cánticos de gloria.

Aborto del furor omnipotente,
Arcángel torvo que las vidas cuenta,
Vela de Dios el arsenal ardiente
Y los ultrages del Señor asienta.
El carro guarda allí cuya cuadriga
Relincha con la voz de la tormenta,
Y allí está con su lanza y su loriga
La copa en que su cólera fermenta.

En ella hierve con fragor horrible
El ancho vaso hasta los bordes lleno,
El tremendo licor incorruptible
De las iras de Dios; y en su hondo seno
Se fermenta la esencia del granizo,
Y de la peste el infernal veneno,
Y el gérmen del relámpago pajizo,
Y el espíritu cóncavo del trueno.

Allí está el aire que el contagio impele,
El zumo allí de la cicuta hendida,
La sed del tigre que la sangre huele,
Y de la hiena la intencion torcida.
Y allí bñle en el fondo envenenado
La única de furor lágrima hervida
Con que lloró Luzbel desesperado
Su venturosa eternidad perdida.

En aquel arsenal inespugnable,
Instrumentos de la ira omnipotente
Germinan en rebaño formidable
Las mil desdichas de la humana gente.
Y los viejos en torpe muchedumbre
Se apiñan á beber la luz caliente
De aquel fanal de cuya viva lumbre
Es el sol una chispa solamente.

De allí se lanza con horrible estruendo
A ejecutar la voluntad divina
El misterioso espíritu tremendo
Que en este alcázar funeral domina.
Arcángel fiero, portador de enojos,
Ase la copa, y por dó quier camina
El aire inflaman sus airados ojos
Y las estrellas con los piés calcina.

Con él va la tormenta; el trueno ronco
Bajo sus alas cruje; desgrenaada

De armas y quejas con estruendo bronco
 La guerra detrás de él va despeñada :
 Y asidas á las orlas de su manto
 Van tras él con la muerte descarnada
 La peste, el hambre, y el amor, y el llanto,
 Y la ambicion de crímenes preñada.

El espacio á su vista palidece
 Y entolda su magnífica apariencia :
 El disco de la luna se enrojece,
 Y mancha el sol fulgurante esencia.
 Dó quier las nubes que su sombra evitan
 Se chocan y se rompen con violencia,
 Y cometas dó quier se precipitan
 Présagos ¡ ay ! de la fatal sentacia.

A su soplo la mar se encoleriza,
 Y con gigante voz muge y atruena,
 La planta de sus piés torna en ceniza
 La limpia concha y la esponjosa arena.
 El monte huella y la cerviz le inclina ;
 Pisa en el valle y de fetor le llena ;
 Y en la ciudad que á perecer destina
 Vierte el licor fatal y la envenena.

Y ese el arcángel fué que inexorable
 Lanzó al desnudo Adan del paraíso,
 Y de su raza en él junta y culpable
 Fijó á la vida término preciso.
 Él arrancó en el Gólgota empinado
 El ¡ ay ! postrero que exhaló sumiso
 El Dios que de la mancha del pecado
 Borrar la sombra con su sangre quiso.

Él turbó la insensata ceremonia
 Del pueblo santo ante el becerro impuro ;
 Sentenció á Baltasar y á Babilonia
 Con tres palabras que pintó en el muro :
 Inspiró al receloso Ascalonita
 El degüello fatal, y abrió seguro
 Nicho á Faraon, que con su gente habita
 Del indignado mar el fondo oscuro.

Él llevó el fuego de Alarico á Roma,
 Llevó á Jerusalem á Vespasiano,
 En una noche convirtiólo á Sodoma
 En lago impuro y en vapor insano.
 Rompió las cataratas del diluvio
 Cegadas al impulso soberano,
 Y encendió las entrañas del Vesuvio
 Que busca sin cesar otro Herculano.

Y ese será el espíritu tremendo
 Cuya gigante voz sonará un día,
 Y á su voz de la tierra irá saliendo
 La triste raza que en su faz vivía.
 La creacion se romperá en sus brazos,
 Y cuando toque el orbe en su agonía,
 Cuando á su soplo el sol caiga en pedazos
 ¿ Qué habrá ante Dios ? La eternidad vacía.

EL ESCULTOR Y EL DUQUE.

CUENTO

DEDICADO A LA SEÑORA DOÑA MATILDE
 O-REILLY DE ZORRILLA.

Nota del autor á su muger. Empecé la publicacion de mis poestas conociéndote, y las concluyo con tu nombre.

Madrid, octubre 10 de 1840.

I.

Año de mas ó de menos,
 Si no miente mi memoria,
 Mil quinientos veinte y dos
 Corren, y una tras de otra
 Por la preferencia luchan
 Las muy esquisitas obras
 Con que un escultor de Italia
 Admira á Sevilla toda.
 Sin dar tiempo á que se olvide
 La fama que uno le cobra,
 Reputacion y caudales
 Siempre la última le dobla.
 Siempre dél espera el vulgo,
 Y siempre el vulgo se asombra
 Al ver el nuevo prodigio
 De su mano creadora.
 No hay rico que no le encargue,
 Ni comunidad, por corta
 O pobre que sea, á quien
 Una efigie no se rompa :
 Y habiendo por precision
 De buscar quien la componga,
 Mas vale hacer otra nueva,
 Siquiera por la mejora.
 Aquí tienen una Virgen,
 Pero es de mano muy tosca ;
 Allí un crucifijo, y bueno,
 Pero la cruz es muy corta.
 Acá un San Juan de rodillas,
 ¡ Cosa estupenda ! mas sobran
 Dos líneas de la peana
 Y nunca bien se acomoda.
 Allá hay una Magdalena,
 ¡ Soberbia estátua ! ¡ gran cosa !
 Mas dicen que por desnuda
 No es imágen muy devota.
 Y así cada cual encuentra
 Pretestos que le ocasionan
 Del taller del Florentino
 La visita rigurosa :
 Y así su fecunda mano
 Sin darse descanso brota
 Para uno un San Aquilino,
 Para otro una Dolorosa.

Y no es que maña ó agrado
 Emplé, pues fama goza
 Que dar crédito pudiera
 Al pirata Barbaroja.
 Alto, vigoroso, altivo,
 Aire audaz, mirada torva,
 Barba crecida hasta el pecho,
 Aliento recio y voz ronca,
 Mejor que artista parece
 Bandolero, y mas importa
 Guardarse de él, que guardar
 Sus estátuas primorosas.
 Alcanza fuerzas hercúleas,
 Cólera mucha y muy pronta,
 Y son de largos sus hechos
 Lo que sus frases de cortas.
 No se acompaña con nadie,
 Ni á nadie contó su historia;
 Ni los valientes le arredran,
 Ni á los que callan provoca.
 Es con las damas cortés,
 Y aunque frío con las mozas
 No es con ninguna grosero,
 Y retrata á las hermosas.
 Es largo con los soldados,
 Que las armas le enamoran;
 Saluda siempre que alcanza
 Las banderas españolas;
 Y aunque con todos severo,
 Jamás los chicos le enojan,
 Aplauda á los reboltosos
 Y acaricia á los que lloran.
 Lo mismo el sayo se ciñe
 Que se revuelve la cota,
 Lo mismo sacude el mazo
 Que sacude la tizona,
 Y sin que aperciba grande
 Diferencia de uno á otra,
 Lo mismo sierra un madero
 Como una cabeza corta.
 Estrangero, y sin su gente
 Que en su lengua le responda,
 Que le recuerde sus gustos
 O le llore sus zozobras,
 Ni conoce gerarquías,
 Ni distingue de personas;
 Jamás su trabajo lleva
 Quien pródigo no le compra.
 Ni tiene ni quiere amigos,
 Que por esperiencia propia
 Sabe que muy raras veces
 Los que no cansan, no estorban.
 Y si los negros recuerdos
 De sus pesares le acosan,
 Oscureciéndole el alma
 Como tempestades torvas
 Que con negros nubarrones
 Al són del viento se agolpan,

Con la fatiga del cuerpo
 Los duelos del alma ahoga.
 Y el pensamiento en Florencia,
 La ambicion puesta en su gloria,
 Para vivir solo y triste
 Todo lo demas le sobra.

II.

En un claustro de un convento
 Como á las tres de una tarde
 Hay gran reunion de gente,
 Toda atenta y toda grave.
 Tornados tienen los ojos
 Todos á la misma parte,
 Los nobles y el populacho,
 Los soldados y los frailes.
 De cuando en cuando se escucha
 Murmullo y cortadas frases
 De los que no han visto y llegan,
 Y de los que ven y parten.
 Unos dicen ¡brava pieza!
 Dicen otros ¡cosa grande!
 Y se empujan y encaraman
 Los de atrás en los de alante.
 Uno alaba los contornos,
 Lo leve otro del ropage,
 Otra las manos del niño,
 Otro el rostro de la madre.
 Quién, dice que la cabeza
 Es un prodigio; admirable
 Dice otro que es la invencion,
 Citando reglas del arte;
 Y todos al par confiesan
 Que ella es de las mas cabales
 Obras, que á pública vista
 Se han puesto cien años hace.
 El que no entiende ve y calla,
 Y en ver hace lo bastante,
 Que al buen callar llaman Sancho,
 Y sobre ver esto basta.
 Lo mas que á alguno le ocurre
 De los muchos que *no saben*
 Es volviéndose á algun monge
 Preguntar: « ¿Quién lo hizo, padre? »
 A lo que con voz sonora
 Dice satisfecho el fraile:
 « Se le encargó á un italiano,
 ¡Y es gran cosa! Bien lo vale. »
 Como quien dice — ¡Se compra
 Porque no habrá quien lo pague!
 Y el vulgo que atento le oye
 Se queda á oscuras como antes.
 Fuése al fin disminuyendo
 La concurrencia, y la imágen
 Quedó cercada en el claustro
 De unos cuantos personajes,

Todos ellos gente hidalga
 Si se exceptúan los padres
 Del convento, que les rien,
 Y lo que dicen aplauden.
 Mas entre todos hay uno
 Cuyo exterior respetable
 Decoran altas insignias
 Civiles y militares,
 Que con mirada severa
 Y desabrido semblante
 Mirando estuvo gran trecho
 La escultura venerable.
 Y recogidos los párpados,
 Fruncido el ceño, fugándose
 Las miradas de los ojos
 Cual si mucho le pesase
 Que sospechen de la estatua
 Lo que piensa ó lo que sabe,
 Está en situacion confusa,
 Dificil, é inesplicable.
 Mostráronle una tras otra
 Las bellezas y bondades
 De la estatua, lo armonioso
 De la escultura y lo fácil;
 La espresion y el movimiento
 Del conjunto; y de las partes
 El desempeño y estudio,
 Todo á cual mas estimable.
 Mas él á las advertencias
 Contestando con señales
 De atencion poco espresivas
 Contemplábala el semblante.
 Y á fé que el de la Madona
 Era cosa de admirarse,
 Rostro peregrino y bello,
 En efigie cuanto cabe.
 Representóla el artista,
 Sonriendo al tierno infante
 Que la colocó en los brazos
 A su pecho alimentándose.
 Reía el niño y mirábala,
 Sonreía ella mirándole,
 Y revelaban entrambos
 El placer mas entrañable,
 El libando de sus pechos
 Néctar dulcísimo y suave,
 Ella dándole la esencia
 De su purísima sangre.
 Y en situacion tan sencilla,
 Verdadera, é inefable,
 Que era imposible sin lágrimas
 A sangre fria mirarles.
 Por último, anocheciendo
 Y necesaria faltándoles
 Luz, se apartaron del claustro
 Los hidalgos y los frailes.
 Cerraron cuidadosamente
 La puerta con dobles llaves,

Y hasta el pórtico salieron
 Tras el frio personage,
 Que devolvió sus saludos
 Con atentos ademanes,
 Como quien tal los merece
 Y harto en recibirlos hace.
 Quedaron en pié los monges
 Hasta que volvió la calle,
 Y él dió el brazo á un caballero
 Que deja que le acompañe.

III.

Cerraba espesa la noche
 Fria, y amagando lluvia,
 Por lo que aprietan el paso
 Y los embozos se cruzan.
 Y entre el rumor de sus huellas,
 Entrecortada y confusa
 De los dos nobles á trozos
 La conversacion se escucha.
 « ¿Qué os ha parecido, duque?
 — Esquisita es la escultura.
 — Mucha atencion la pusisteis.
 — ¿Lo echásteis de ver?
 — Sin duda.
 — Mas de una hora habeis estado
 Delante de ella.

— Me gusta;
 Y os lo confieso, marques,
 A estar hoy en venta pública...
 — ¿Eso os detiene? pedidla.
 Vos sois en Sevilla...

— Nunca;
 Eso fuera prevalerme
 De mi posicion, segura
 Mi ganancia, y pues los monges
 La obra encargaron, ya es suya. »
 Siguiéron cruzando calles,
 Tomando señas en unas,
 Equivocándose en otras,
 Como quien camino busca;
 Y al cabo de muchos pasos
 Y equivocaciones muchas
 Llegaron frente una casa
 De una callejuela oscura,
 « Aquí vive, dijo el duque.
 — ¿Quién?
 — Alabo la pregunta.
 — ¿Me habeis dicho adónde vamos?
 — ¿No?
 — No.
 — Pues muy oportuna
 Es la ocasion para verlo. »
 Y á una violenta y ruda
 Aldabonada la puerta
 Estremecida retumba.
 Oyéronse en la escalera

Pasos, y por las juntas
 Penetró la luz movible
 Con que por dentro se alumbran.
 « ¿Quién es? » preguntó dulcísima
 Una voz suave que anuncia
 Una muger, cuya forma
 Aun á la vista se oculta.
 « *Hidalgos*, — dijo el de fuera.
 — ¿Y á quién los *hidalgos* buscan?
 — Al escultor Torrigiano.
 ¿Vive aquí?
 — Sin duda alguna. »
 Se abrió la puerta, y entrando
 Los dos *hidalgos* á una,
 Sus dos ánimas quedaron
 Estupefactas y mudas.
 Y aunque espresion muy diversa
 Muestran sus rostros, acusan
 Los dos el asombro interno
 Con que sus afectos luchan,
 Y á fé que asombro merece
 Lo que á contemplar se agrupan,
 Lo que aun á creer no aciertan
 Pasmados de la aventura.
 Porque asida al picaporte
 Y á la luz trémula y turbia
 De una bujía, que al soplo
 Del aire brilla insegura,
 Delante sus ojos tienen
 Bella aparicion nocturna,
 De la *Madona* del claustro
 La exactísima figura.
 Aquel peregrino rostro,
 Aquella trenzada y rubia
 Cabellera, aquellos ojos
 Que al cielo el color anublan,
 Aquella sonrisa de ángel
 Tan celestial y tan pura,
 Aquellos brazos tornátiles
 Y aquellas manos menudas,
 Son ¡ vive Cristo! las mismas
 De la divina escultura,
 Y ello será brujería,
 Pero ambas á dos son una.
 Mirábanse el uno al otro
 Los *hidalgos*, y confusa
 Mostrábase ella, su espanto
 Sin saber á qué atribuya,
 Hasta que el duque el embozo
 Bajando, la faz ceñuda
 Mostró á la luz, y la niña
 Conociéndola se turba.
 « ¡Hola! (dijo aquel subiendo)
 Mucho de casas te mudas. »
 Y ella contestó cerrando:
 « Ya veis, Don Juan, que era mucha
 La esposicion de vivir
 A solas con mi fortuna.

— ¡Hém! dijo el duque lanzando
 Una tos seca y profunda,
No es nada tu compañita
Si mucho tiempo te dura. »
 Y mascullando otra tos
 Que la garganta le anuda
 Llegó á una sala cuadrada
 Donde el Florentino estudia.

—
 Púsose en pié el escultor,
 Y arrimando dos sitiales,
 Escusó ceremoniales
 Hablando en este tenor.

Torrighiano. ¿A qué fortuna merezco
 El honor de esta visita?
Duque. A un señor que necesita
 Una obra, y os la ofrezco.
Torrighiano. Acepto, si la sé hacer
 A gusto de esa persona.
Duque. Es copia de una *Madona*
 Que habeis concluido ayer.
Torrighiano. ¿El tamaño?
Duque. A vuestro gusto,
 Como me la hagais igual,
 La semejanza cabal
 Es en ella lo que ajusto.
 ¿Acceptais la condicion?
Torrighiano. Si no es como la prometo
 A dárosla me someto
 Sin gozar retribucion.
 Pero si igual ha de ser,
 Francamente os quiero hablar,
 Tengo allí que retratar
 A mi hijo y mi muger.
Duque. ¡Cómo!
Torrighiano. Tuve ese capricho
 En la que ayer concluí,
 Y á no ser la estatua así
 Es imposible lo dicho.
Duque. ¿Y ese amante desvarío
 Puedo yo culparos? No.
 Haré vuestro gusto yo,
 Si vos me cumplis el mio.

Callaron por un momento
 Como quien recela ó duda
 Y un punto consigo mismo
 Su resolucion consulta.
 Y el *hidalgo* y el artista,
 Que uno de otro se aseguran,
 Al mismo tiempo dejando
 Su actitud meditabunda,
 Cambiaron como por prendas
 De la confianza última
 Esta respuesta el *hidalgo*
 Y el artista esta pregunta.

Torrignano. Pues que no anduvimos parcos
De esplicaciones los dos,
¿Me direis si es para vos?
Duque. Llevádsela al duque de Arcos,
¡Que no os pesará por Dios!

IV.

Y yendo y viniendo dias,
Y sin tregua el escultor
Trabajando, á los cuarenta
La Madona se acabó.
Copia completa y exacta
De la Madona anterior,
Hija de la misma mano
Y la misma inspiracion.
Cifra en que el fogoso artista
Su cariño formuló,
Fué el suspiro postrimero
Que exhaló su corazon.
Porque el arte es un amigo
Benigno y consolador
Que paga con un instante
Muchos años de afliccion.
Es un suave y encantado
Y aromático licor
Que el brio rejuvenece
De la perdida ilusion,
Que provoca el entusiasmo,
La esperanza y el amor,
Y vuelve á encender el fuego
De la fé que se apagó.
Es un bálsamo escondido
Del ánima en un rincon,
Que cicatriza las llagas
Que la desventura abrió.
Y hay un sacro y absoluto
Momento de bendicion
En que el placer del artista
Lo concibe solo Dios.
Pues no halla la mariposa
Con tanto gusto una flor,
Ni ha una floresta el ave
Que de la jaula escapó,
Ni halla afanada la abeja
La miel de que vaga en pos,
Ni halla el misero cautivo
La luz que ver no esperó,
Con tan intensa y tan pura
Celestial satisfaccion
Como halla el cansado artista
Lo que él á solas creó.
Es un sueño venturoso
Que en alas de la ilusion
Muestra el alma un ignorado
Paraiso encantador.
Es el beso de una madre
Al hijo que le nació,

Por cuya vista ha sufrido
Largas horas de dolor;
Que le ama mas, cuanto mas
La cuesta su posesion;
Y... no hay simil de ambas cosas
Mas exacto ni mejor.

Y pues su linda Madona
Torrignano concluyó,
En ese cielo del arte
Dejemos al escultor.

A la mañana siguiente
La preciosísima esfige
Esperaba al duque de Arcos
Que acabara de vestirse;
Y mientras miran y admiran
Lacayos y ministriles
La verdad y la hermosura
De la inanimada Virgen,
En la retirada calle
Donde el Torrigiano vive
Está pasando otra escena
Que no es justo que se olvide.
Dejemos al noble duque
En armas y amor insigne
Que la divina escultura
Enamorado acaricie:
Dejemos al Florentino,
Que de su mano recibe
Repleto saco, que augure
Horas tras su afan felices;
Y entrémonos en su casa,
Donde su amorosa Tisbe
Está á la reja esperando
Que dé la vuelta el artifice.
No se sintió por su ausencia
La esposa nunca tan triste,
Ni de su inquietud secreta
La estraña razon concibe;
Mas su ardiente pensamiento
Mil sobresaltos la finge,
Y el corazon con mil ansias
No acierta qué vaticine;
Y ello es un hondo misterio
Y un arcano incomprensible,
Mas tiene presentimientos
El corazon infalibles.
Mirando estaba impaciente
De la calle los confines
Por ver si llega mas pronto
O mas pronto le apercibe.
Cuando un hombre que acerca
Rápido, con mano firme
Tira un papel por la reja
Y contestacion la pide.

En vano tal osadía
 Querido hubiera impedirle,
 Y en vano algunas palabras
 De justo enojo le dice.
 El hombre pasa y no escucha;
 Le llama... le grita y sigue;
 Y allá hácia el fin de la calle
 Vuelve á pararse impasible.
 A poco rato el mismo hombre
 Paso á paso se dirige
 Otra vez á la ventana;
 Y esto que advierte la Tisbe
 Toma la carta del suelo,
 Aguarda que se aproxime,
 Y con desprecio tirándosela
 Que despeje le repite.
 Cerró los vidrios de golpe,
 Pero ni tiempo consigue
 Para encajar la falleva,
 Porque el hombre, que se sirve
 De ambas manos, deteniéndolos
 Con vigor irresistible
 Volvió la carta diciendo :
 « Sin respuesta no he de irme. »
 Y al ir palabras mas duras
 Colérica á dirigirle,
 Apareció el Torrigiano
 Y palideció la Tisbe.

Torrighiano. ¿Qué es eso, Tisbe?

Tisbe. Un infame

Que dos veces ha pasado
 Y ese papel ha tirado
 Por la reja.

Torrighiano. El papel dame,
 Que á lo que veo él ha huido :
 Mas ¿qué tiemblas, alma mía,
 No ves que de su osadía
 Tú la culpa no has tenido?

Tisbe. ¡Ay Pedro! que ese papel
 Me da recelos fatales,
 Y me parecen puñales

Cuantas letras hay en él.

Torrighiano. ¡Calla, inocente!

Tisbe. No le abras,
 Pedro.

Torrighiano. ¿Saber no es mejor
 De qué mal es portador?

Y al fin, son cuatro palabras.

(Abriendo la carta, á Tisbe.)

Pero, Tisbe, es para ti;

Tu nombre al principio viene...

Veamos lo que contiene,

Y escucha, que dice así.

(Lee.)

« Tisbe, elige : está en tu mano

« Mi ventura y tu sentencia :

« Un día de resistencia

« Da la muerte al Torrigiano. »

Tisbe. ¡Ay, Torrigiano, ay de mí!
 Que con mi negra hermosura
 Te traje la desventura,
 Y acaso muerte te dí.

Torrighiano. ¿Mas qué misterio penetras
 En ese papel, que á voces
 Mi muerte auguras? ¿Conoces
 Quién hizo, Tisbe, esas letras?

Tisbe. No, lo adivino no mas :
 De un villano que en tu ausencia
 Con inaudita insolencia
 Me enamoró son quizás.
 Toda Sevilla corrió,
 De casas mudé esquivándole,
 Y logré desorientándole
 Vivir escondida aquí.
 Cobréle un horror intenso
 Desde el momento de verle,
 Y solo supe temerle,
 Y no lo bastante pienso.

Torrighiano. ¿Y porqué no me has mostrado
 A ese traidor cara á cara,
 Y en mis brazos acabara,
 Que era morir muy honrado?

Tisbe. A verte una noche vino
 Y en mi cuarto me encerré,
 Como quien siente y no ve
 Los pasos de un asesino.
 Y ni escucharos osaba,
 Porque tal horror sentia,
 Que aun de su voz si la oía
 No sé qué me recelaba.

Torrighiano. (Desesperado.)

¡Y yo, necio, se la dí,
 Se la llevé yo, en persona...!

(A Tisbe.)

Y viendo aquella Madona
 Que se parecia á tí,
 ¿No lo adivinabas tú?

Tisbe. Temí, Pedro, que tus zelos...

Torrighiano. ¡Cargue, voto va los cielos
 Con tu miedo Belcebú!

¡Ira de Dios, y qué á punto
 Con mi maldita escultura
 Yo mismo de tu hermosura
 Fui á presentarle el trasunto!

¡Por ella su lengua fátua

Me hará de irrisión objeto...!

¡Maldito si no le meto

En el cerebro la estátua!

Y esto el escultor diciendo

La espada en el cinto pone,

Y desatinadamente

La mano en el picaporte.

No basta que de rodillas

Ante él la hermosa se postre,

Ni que las suyas abrace,

Pues sus intentos supone;

Que ni advertencias admite,
 Ni frios consejos oye,
 Ni lo que intenta concibe,
 Ni ve lo que se propone.
 El hombre en aquel momento
 Solo necesita un hombre,
 Y pues encontrarle es fuerza
 Sin duda que sabe en dónde.
 Quedóse la Tisbe sola
 Y á los vidrios asomóse,
 Los ojos llenos de lágrimas,
 Y el corazón de temores.
 Así estuvo largo tiempo,
 Sin que distraería logren
 De sus pensamientos tristes
 Y negras cavilaciones,
 Ni de la luz reflejada
 Por el cristal los colores
 Brillantes, ni las figuras
 De la calle, ni las voces.
 Hasta que vuelta á sí misma
 De los cristales quitose,
 Y viendo aun en el suelo
 El papel infausto asíóle.
 Tendió sin ver lo que hacia
 Los ojos por sus renglones,
 Y helóse al ver estos cuatro,
 No leídos hasta entonces.

« Esta profana escultura
 « Diviniza una pasión,
 « Y enviada á la inquisición
 « Os abre la sepultura. »
 Lanzó la infeliz un grito,
 Y como el tiro conoce,
 Hacia el palacio del duque
 Desataleada corre.

V.

El sombrero hasta las cejas,
 Fiera y sombría la cara,
 Atenazados los dientes
 Y echada al hombro la capa,
 Como una sombra fatídica
 De algun panteon escapada,
 Por la escalera del duque
 Audaz Torrigiano avanza.
 De cuatro en cuatro las sube,
 Y un tramo tras otro gana,
 Cual si en trepar con tal brio
 Alguna apuesta ganara.
 Las salas resuelto cruza,
 Y á detenerle no bastan
 Las señas de los porteros
 Y las voces de los guardas.
 Al uno con un bufido

De ira ó desprecio espanta,
 Al otro de una embestida
 Derriba en tierra de espaldas.
 Y así sin mas miramientos
 Llegó de una en otra estancia
 Del gabinete del duque
 Hasta tocar la mampara.
 Asíola del picaporte,
 Y por si en abrirse tarda,
 Con sacudida violenta
 Del quicio la desencana.
 Sintió el estrépito el duque,
 Y al ir á volver la cara
 Ya el Torrigiano tenia
 La mano en su hombro posada.
 « ¿Qué me queréis, señor mio?
 — Mi escultura.

— Está comprada.
 — Ahí tenéis vuestro dinero,
 No quiero venderla, dádmela. »
 Y el Torrigiano en la mesa
 Tiró el saquillo de plata
 Que en precio de la escultura
 Recibió por la mañana.
 Rióse el duque, y le dijo :
 « ¿Sabe, buen hombre, á quien habla?
 ¿Sabe que solo mi voz
 Para aniquilarle basta? »
 Rugió el Torrigiano de ira,
 Y dijo con voz ahogada :
 « Será si la deixo yo
 Que pase por la garganta;
 Y no piense que eso es solo
 Lo que á mi cólera basta.
 Ahora venga la escultura,
 Luego, pues dagas y espadas
 Tenemos, y hombres nacimos,
 Saldrá de aquí lo que salga. »
 Y abalanzándose rápido
 A las puertas que la estancia
 Tras de la mampara cierran,
 Con resolución esclama :
 « O defendeos, ú os mato,
 Que os juro que vuestra carta
 Otra respuesta no tiene
 Que un párrafo de estocadas. »
 Y ya sin otro remedio
 Asíó el duque espada y daga,
 Y trabóse la contienda,
 Que por Dios que fué empeñada.
 El artista, que se sirve
 Cual del cincel de su arma,
 El pecho de su contrario
 A cada momento amaga.
 Y aunque de audaz y valiente
 Con reputación sobrada,
 No se dió por muy seguro
 El duque, que ya pensaba

En ganar tiempo, aunque acaso
 Toda la honra costara;
 Mas la rapidez del otro
 Hasta la voz le embargaba.
 Y se perdian sus ojos
 Y sus manos no bastaban
 A parar tan recios golpes
 Y tan recias cuchilladas;
 Y aunque muy bien se defiende,
 Que al fin le va vida y fama,
 Ya en el rincon de una puerta
 El escultor le acorrala;
 Y ya el feroz Torrigiano,
 Que ve cerca su venganza,
 En coserle contra el quicio
 Con negra intencion pensaba,
 Cuando tremendo tumulto
 Que por de fuera se alcanza
 Llegó en confuso desorden
 Hasta la pieza inmediata.
 Crujia asida la puerta
 Y caer amenazaba,
 Y miedo el duque perdia
 Y el Torrigiano esperanza.
 Aquel ganaba terreno,
 Y asi la lid comenzada
 Cambió de aspecto en un punto
 De consecuencia y de causa,
 Porque al dar el Torrigiano
 En una pared de espalda,
 Se abrió al empuje, de lienzo
 Una puertecilla falsa.
 Cayó en aquel aposento,
 Cerró el duque, y en la estancia
 Donde quedó el escultor
 Topó con su efígie infausta.
 Y rebotando despecho
 Y de otro enemigo á falta
 « ¡Maldita seas! » la dijo,
 Y dióla una cuchillada;
 A cuyo momento entrando
 Pages, corchetes y guardias,
 Dijo señalando el duque
 Los pedazos que rodaban:
 « A la inquisicion llevadle,
 Las imágenes maltrata;
 Si se resiste unos grillos,
 Y si grita una mordaza. »
 Lanzáronse al Torrigiano,
 Que en la triunfante mirada
 Que le lanzó su enemigo
 Vió bien lo que le restaba.
 Tomaron pues los pedazos
 De la destruida estatua,
 Y desgarrado el vestido,
 Las manos atrás atadas,
 Sacáronle del palacio
 Entre broqueles y lanzas,

Y echaron al santo oficio
 Atravesando la plaza.

CONCLUSION.

¿Qué te valió, buen soldado,
 Con noble empeño lidiar
 Para comprar con tu sangre
 El sol de tu libertad,
 Si Pisa y el Garigliano
 Solo en tu memoria están
 Como bajeles perdidos
 En la llanura del mar?
 ¿Qué te valieron, artista,
 Tus largos dias de afán,
 Tus largas noches de vela
 Y de esperanza tenaz,
 Si en tus cadenas traidoras
 Tu gloria se va á estrellar,
 Y no habrá en tu sepultura
 De tu nombre una señal?
 ¡Sueños de la juventud,
 Sueños de gloria fugaz
 Que en un negro calabozo
 Fuisteis al fin á parar;
 Cifras con que fulminaron
 Una sentencia fatal,
 Su acongojada memoria
 No tiraniceis jamás!
 Delirios de amor dichosa
 Que vinisteis á alumbrar
 De su tormentosa vida
 El continuo vendabal,
 Id á vuestras alas viento
 En otra ánima á buscar,
 Y en sus cadenas dormido
 Al pobre artista dejad.
 Dejad que duerma un instante,
 Y ese instante pueda hallar
 Entre sus sueños febriles
 De triste felicidad.
 ¡Ay, cuán duro, Torrigiano,
 Te va á ser el despertar
 Al rumor de los cerrojos
 Y á la odiosa realidad!
 Duerme tranquilo, soldado;
 Reposo un momento mas,
 Que al cabo así no es tan duro
 Con el castillo volar.
 Duerme sin temor, artista,
 Que los nudos del dogal
 El laurel de tu corona
 No han de poder deshojar.
 Duerme, despechado amante
 Que á morir por tu amor vas,
 Y no temas de tu Tisbe
 Un olvido criminal.
 Duerme, mientras sollozando

Bajo tus rejas está,
Y sus suspiros te roba
Ai airecillo fugaz.
En vano á tus carceleros
Ansiosa fué á preguntar ;
En vano oró largas horas
En la santa catedral ;
En vano quiso á tus jueces
Con lágrimas conquistar,
Que ni la tierra ni el cielo
Oído á sus penas dan.
Sí ; mientras tú te resuelves
A morir en soledad
Y á darles muerta la carne
Que quieren ver palpitar,
Ella resuelve contigo
Llegar á la eternidad,
Y al pié de tu calabozo
Cuando espíres, espirar.
Que está segura que su alma
Saldrá tu alma á buscar,
Y cuando aliento te falte
Aliento la faltará :
Tierna paloma que el grano
No sabe sola encontrar,
Y espira cuando la falta
Quien alimento la da.
Duerme, Torrigiano, duerme,
Que es muy duro despertar
Al rumor de los cerrojos
Y á la odiosa realidad.

Oyéronse por defuera
Rudamente rechinar,
Y abrió el escultor los ojos
A la negra oscuridad.
Y aun de los lazos del sueño
Sin poderse desatar,
El ruido oyó, y el soldado
Preguntó altivo : *¿ Quién va ?*
Pero al ver con sus linternas
La gente del tribunal,
La noble cerviz al pecho
Tornó el misero á doblar.
Y para oír su sentencia,
Dada sin juicio quizás,
Aguardó en mustio silencio
A que quisiesen hablar.

« ¿ Cómo os llamais ?

— Torrigiano.

— ¿ Sois de Florencia ?

— Es verdad.

— ¿ Soldado ?

— Con una espada,

No lo podríais dudar.

— ¿ Teneis amor á las armas ?

¿ Si os dieran una... ?

— Ojalá. »

Y á esta idea el escultor

Como quien la puede usar,
Echó mano á su cintura,
De donde faltaba ya.
Lanzó el artista un suspiro,
Y tornándose á sentar
Dijo en derredor mirando :
« Es inútil, despachad. »
Siguió preguntando el hombre
Deletreando á la par :
« ¿ Habeis hecho aquesta imágen ?
Y el triste á pregunta tal
Volvió los ojos á su obra
Y al cabo... rompió á llorar ;
Y echando al busto los brazos
Con desesperado afán,
Pidió que antes de romperla
Se la dejaran besar.
Lo cual demencia juzgado,
Y deseando abreviar,
Por respuesta le leyeron
El pergamino fatal,
Donde sin apelacion
Con tres palabras no mas
Al fuego le condenaba
Por herege el tribunal.
Volviéronle pues el rostro,
Y uno ó compasivo asaz,
O no alcanzando en qué uso
Aquel madero ocupar,
Dijole con befa estúpida :
« ¡ Vaya, buen hombre, tomad ! »
Y el busto de su Madona
Le echó á los piés al cerrar.

—

Cuando á la fin de tres días
Llegó la hora tremenda
De cumplir en Torrigiano
El rigor de su sentencia,
Llegaron hasta su encierro
Los que debían ponerla
Por obra, y los seis cerrojos
Descorrieron de su puerta.
A voces y por su nombre
Le llamaron desde fuera,
Mas sus voces se perdían
En lo hondo de la caverna.
Tornaron á llamarle ellos
Y á faltarles la respuesta,
Hasta que asiendo una antorcha
Penetraron en la cueva.
« Vamos, dijeron, herege,
Que está ya ardiendo la hoguera. »
Y en faz amenazadora
Avanzaron á su presa.
Mas Torrigiano yacía
Inmóvil, y sentado en tierra

Las manos en las rodillas,
 Y en las manos la cabeza,
 Que asidas convulsamente,
 Y enclavijadas con fuerza,
 Guardaban algun objeto
 Que se adivinaba apenas.
 « ¡ Arriba ! » á gritar tornaron;
 Pero mirando su inercia
 Empujáronle con ira
 Y dió de rostro en la tierra :
 Rodó por el pavimento
 Aquel busto de madera,
 Que el rostro de una Madona
 En su Tisbe representa,
 Y á sus piés quedó tendido
 El escultor, que les deja
 Su gloria con su cadáver
 De su ejecucion en prenda.
 Que quien nace hidalgo y fiero
 No puede con la vergüenza
 De acabar con ignominia
 En una pátria estrangera.
 ¡ Pobre Tisbe ! ¡ cuán en vano
 En ese dintel le esperas
 Pasando noches y dias

Del santo oficio á la puerta !
 Resuelta estás á morir
 Sobre esas heladas piedras,
 O á ver otra vez al alma
 De tu marchita existencia ;
 Mas como ese tribunal
 Jamás su víctima suelta,
 Colige de ambos á dos
 Cuál es, Tisbe, la sentencia.

Y pues solo el Torrigiano
 En su desventura fiera
 Aguardó para morir
 A poder delante de ella :
 Y Tisbe amor tan inmenso
 Para el Torrigiano encierra
 Que ser no sabe sin él
 Ni alentar donde él no alienta :
 Aquellas dos nobles almas
 La una de la otra existencia
 Al cielo á la par volaron,
 Y si hay Dios ¡ dichas ellas !

RECUERDOS Y FANTASIAS.

INTRODUCCION.

Broté como una yerba corrompida
Al borde de la tumba de un malvado,
Y mi primer cantar fué á un suicida;
¡Agüero fué por Dios bien desdichado!

Al eco de este cántico precito
Dijo el mundo escuchándome : « Veamos ; »
Y sentóse á mirarme de hito en hito :
Y el mundo y yo por mi primer delito
Desde entonces mirádonos estamos.

Dejemos á los muertos en reposo
Y que duerman en paz, si es su destino,
Harto haremos en mar tan proceloso
Como es la vida en encontrar camino.

Yo el mio me busqué por las turbadas
Ondas de aqueste mar, y mi barquilla
Por medio de otras muchas que estraviadas
Vogar sin rumbo vi desesperadas,
Procuré conducir hácia la orilla.

Velé, gemí, con angustiado lloro
Volvíme al cielo y acudí á la ciencia :
¡A la ribera tocaré? Lo ignoro ;
Solo sé que la tengo en mi presencia.

Al verla, aunque de lejos, lancé un grito,
Y á impulso de recóndito misterio
Dióle la soledad eco infinito,
Y fué, tornado en cántico maldito,
A espirar en mitad de un cementerio.

Yo sentí que la turba me aplaudia
Y ánsio de gloria al corazon hallando
Dije dentro de mí « la tierra es mia. »
Y con mayor afan seguí cantando.

Creí de Dios mi soberano aliento,
De arcángel mi poder; mi alma altanera
Me arrebató hasta el alto firmamento,
Y la religion azul del vago viento
Estremecí con mi cancion primera.

Atrás dejé las águilas que miran
Con ojo audaz al sol, atrás quedaron
Las nubes que relámpagos respiran,
Los soles mil que por espacios giran
Donde mortales ojos no llegaron.

Creí el mundo á mis piés, alcé la frente
Para cantar mi orgullo, y mis oídos
Del medio de una nube refulgente
El acento de Dios omnipotente
Oyeron de pavor estremecidos.

« Canta, dijo una voz, tal es tu suerte,
Pero canta en el polvo que naciste,
Allí donde jamás han de creerte :
Canta la vida, mientras va la muerte
A si llamando tu existencia triste. »

Dijo, y me echó á la tierra y á la vida,
Y al impulso de su hálito divino
Con cántiga risueña ó dolorida
La soledad alivio del camino :
Y cumplo así la ley de mi destino.

I.

Inunda, paz sabrosa,
Mi corazon tranquilo,
Y dichas y deleites
Encuentro por dó quier :
Mi sér halló en mi alma
Inalterable asilo,
Mi espíritu respira
El ámbar del placer.

Ya nada me atormenta
Ni envidia ni deseo :
Mi espíritu al abrigo
De la tormenta está :
Pasar á las edades
Indiferente veo :
Mecido en dulces sueños
Mi pensamiento va.

Y á veces me arrebatá
Mi loca fantasía

En alas de su jóven
Fecunda inspiracion;
Y á un mundo me trasporta
De encanto y de armonía
Dó gozan mis potencias
Espléndida ilusion.

 Mi espíritu se libra
Del cuerpo que le encierra
Y grande y poderoso
Como su Dios se cree,
Y alcanza desde el zénit
A la lejana tierra
Cual punto en el espacio
Que apenas no se ve.

 El orbe ante mis ojos
Desplega los misterios
Que impulsan la infinita
Y escelsa creacion:
Y hollando los escombros
De tronos y de imperios,
Revienta en armonía
Mi libre corazon.

 Cuanto es en los espacios
Su sér me patentiza:
Un templo ante mis ojos
El universo es,
Y todo en su recinto
Se ensalza y diviniza,
Y la creacion entera
Tendida está á mis piés.

 No hay canto, ni suspiro,
Lamento ni murmullo,
Cuyo eco misterioso
Fingir no sepa yo,
Que mi niñez mecieron
Los bosques con su arrullo
Y su creencia santa
La soledad me dió.

 La música comprendo
Que en las volubles hojas
Resuena á la presencia
Del céfiro fugaz:
Y entiendo en el otoño
El ¡ay! de sus congojas
Con que piedad imploran
Del ábrego tenaz.

 Yo sé como susurran
Con diferentes voces
Marchitas en setiembre,
Jugosas en abril:
Ya rueden con el polvo
En círculos veloces,
Ya con su toldo verde
Coronen el pensil.

 Yo entiendo de las aves
Los cánticos distintos,
El saludar al alba
O huir la tempestad;
Buscando de las selvas
Los cóncavos recintos,
En donde alegres gozan
Salvage libertad.

 Entiendo el agorero
Graznar de la corneja,
La ronca voz de buitre
Que huele su festín,
Del solitario buho
La temerosa queja,
Y el amoroso trino
Del ágil colorin.

 El ruido con que vuela
La errante mariposa,
Los pasos de la oruga
Sobre la fresca flor,
El desigual zumbido
Con que anda codiciosa
La abeja, de su cáliz
Volando en derredor.

 El són con que su nido
Columpia la oropéndola
Del álamo frondoso
Suspension en la altitud,
Y los murmullos que alzan
Las ráfagas meciéndolas
Haciendo revoltosas
Eterna su inquietud.

 Los mágicos rumores
Que elevan diferentes
Las diferentes aguas
Del bosque ó del jardín,
Cuando los montes sulcan
Sus rápidos torrentes,
Cuando en los valles buscan
Sus arroyuelos fin.

 Y el temeroso acento
De las voraces fieras,
De la tormenta ronca
El iracundo són;
En mis oídos posan
Las notas lisonjeras
Que ensalzan y armonizan
La inmensa creacion.

 Conozco de los astros
La incógnita carrera,
Del ángel que los guía
La luminosa faz,
Y la del ROSTRO SANTO
Que en ellos reverbera

Torrentes derramando
De vida y claridad.

Las nubes le saludan
Con magestuoso trueno,
La atmósfera le enciende
Relámpago veloz,
La tierra le abre humilde
Su perfumado seno,
Y el mar canta su gloria
Con incesante voz.

Si airado pestaña,
Los mundos se estremecen ;
Si torna el rostro, yacen
En muerta oscuridad ;
Si su hábito les niega
Caducan y envejecen :
Él solo es la existencia,
La luz y la verdad.

Para Él tiene tan solo
La eternidad guarismo,
Y número los astros,
Y las edades fin,
Y limite el espacio,
Y término el abismo,
Y nada se le esconde
Por lóbrego ni ruin.

Su dedo es la balanza
Que en equilibrio tiene
La máquina gigante
De su alta creacion,
Y cuanto en ella existe
Su dedo lo mantiene,
Y ese es el Dios que canta
Mi lengua y mi razon.

Y voz no hay ni suspiro,
Lamento ni murmullo
Cuyo eco misterioso
Por Él no entienda yo,
Que mi niñez mecieron
Los bosques con su arrullo,
Y su creencia santa
La soledad me dió.

LOS BORCEGUIES DE ENRIQUE SEGUNDO.

ROMANCE.

Riñeron los dos hermanos,
Y de tal suerte riñeron
Que fuera Cain el vivo
A no haberlo sido el muerto.

Valiente llaman á Enrique,
Y á Pedro tirano y ciego,
Porque amistad y justicia
Siempre mueren con el muerto.

(*Romancero general.*)

I.

Despues de la cruel trageña
En que murió el rey Don Pedro
A manos de una traicion
De serviles extranjeros,
Su matador Don Enrique
Gozó en calma largo tiempo
La corona de su hermano,
Por la fuerza ó por derecho.
Aunque de sangre bastarda
Cuentan de él famosos hechos,
Liberalidades grandes
De real corazon ejemplos.
Dicen que á Castilla dió
Gran prez y engrandecimiento,
En paz viviendo con todos
Por la fuerza ó el ingenio :
Y Aragon, Francia y Navarra
Y Portugal, le temieron,
Y le temblaron los moros
Aun teniéndole tan lejos.
¡ De la voluntad de Dios
Incomprensibles secretos,
Mas donde van siempre juntos
Los castigos y los premios !
Vivió dichoso este rey
Tras el fratricidio horrendo,
Fama conquistando y nombre
De liberal y de recto ;
Lo cual celebran los malos
Y desespera á los buenos,
Que no hay mas ley que la fuerza,
Ni mas justicia, creyendo.
Mas bien se ve en Don Enrique
Por la muerte que le dieron,
De Dios la recta justicia
Y la igualdad de los cielos.
Con hierro mató á su hermano,
Y él acabó con veneno :
Por extranjeros matóle.
Y á él matáronle extranjeros.

Veía el rey de Granada,
Ayudador de Don Pedro,
Del reino de Don Enrique
La preza y acrecentamiento.
Veíalo, recelando
Que la memoria de aquello,
Y el rencor que produjera
De Don Enrique en el pecho,
Aun en él se alimentaran,
Fermentando en el silencio :
Y el moro pensó en sí mismo
Y pensó con mucho acierto.
Veló, inquirió con astucia
De sus espías por medio
El grande apresto de guerra
Que el de Castilla iba haciendo :
Y al ver la paz asentada
Con los inmediatos pueblos,
Y á los monarcas cristianos
En amistad y sosiego,
Penetró del rey Enrique
El oculto pensamiento,
Y otro pensamiento oculto
Pensó oponerle resuelto.
« Amigo fui de su hermano
(Dijo el moro) : él es soberbio,
Y el ultraje no ha olvidado,
Y está á volvérmelo atento.
Ganémosle por la mano ;
Y astutos al defendernos
Vengüemos con sangre suya
La sangre del rey Don Pedro. »

Dijo esto el moro una tarde
Por los jardines amenos
Del alto Generalife,
En solitario paseo.
Y enderezando los pasos
Al alcázar opulento
De la Alhambra, mandó al punto
Que llamaran en secreto
A un moro de grande ciencia
Y en medicinas muy diestro,
El mejor de sus amigos
Y el mas leal de sus deudos.
Vino el moro, y encerrándose
Con él en un aposento,
En larga plática oculta
Hasta al alba se estuvieron.
Nadie lo que hablaron supo,
Nadie jamás cayó en ello ;
Los hechos lo revelaron
Y lo aclaró solo el tiempo.
Solo se dijo en Granada
Con recatado misterio,
Que el sabio huía del rey,
Y el rey le echaba del reino.

11.

En Santo Domingo estaba
Don Enrique, y muy ufano
Celebraba con festejos
Sus paçes con el Navarro.
Todo era gozo en la corte,
Todo en la ciudad saraos,
Y luminarias y músicas,
Cañas, toros y caballos.
Andaban los caballeros
Con las bandas y penachos
De los colores del gusto
De ambos á dos soberanos :
Y andaban los trovadores
Con cantares regalados
Las grandezas de ambos reyes
En sus rimas encomiando.
Y andaba el rey Don Enrique
Con largueza real premiándolos,
Ya elogiándoles los versos,
Y ya con oro pagándose los.
Andaba Villasandino (1)

(1) Alfonso Alvarez de Villasandino y Pero Ferrús, poetas del tiempo del rey Don Enrique segundo, cuyas cantigas recogió en un cancionero (con las de otros muchos poetas) Juan Alfonso de Baena, escribiente del rey Don Juan, primero de este nombre.—Fué este Villasandino el poeta mas celebrado de su época, no sin razon, y alcanzó los reinados de Enrique II, Juan I, Enrique III y Juan II. Largas son de citar las buenas canciones de este poeta : véanse sin embargo dos, la primera suya y la segunda de Ferrús, que manifiestan ademas la buena fama de que gozaba en vida y en muerte el fratricida Don Enrique, razon principal que me mueve á citar estas y no otras.

DECIR que fiso Alfonso Alvarez de Villasandino para la tumba del rey Don Enrique el viejo.

Mi nombre fué Don Enrique,
Rey de la hermosa España.
Todo ombre verdat publique
Sin lisonja por farsaña.
Pobre andando en tierra estruña
Conquisté tierras é gentes.
Agora parad bien mientes
Quel yago tan sin compañía
So esta tumba tamaña.

Con esfuerzo é lozanía
É orgullo de corazon
Fuí rey de grant nombradía
De Castilla é de Leon.
Puse freno en Aragon,
En Navarra é Portugal :
Granada miedo mortal
Ovo de mi esa sazón,
Recelando mi opinion.

A los míos é á estraños
Fuí muy franco é verdadero.
Poco mas de dose años
Me duró este bien entero.
Nunca creí de ligero.
Bien guardé sus privilejos
A fidalgos é concejos :
Conosciendo á Dios primero
De quien galardón espero.

Mi alma va muy gozosa
Por dejar tal capellana,

Poeta el mas afamado,
Entre la gente de corte,
Vestido á lo cortesano.
Andaba Pero Ferrús
Sus dulces trovas cantando
Desde el alba hasta la noche,
Desde la choza al palacio.

Y en una tarde serena
Del mes de abril, á caballo
Con su corte el rey Enrique
Quiso salir por el campo.

Tan complida, é tan onrosa
La muy noble Doña Juana,
Muy onesta, é sin ufana,
Reina de liña real,
Mi muger noble, leal,
En todo firme é cristiana,
Quita de esperanza vana.

Dejo á los castellanos
En riquezas, sin pavor ;
De todos sus comarcanos
Hoy le llevan lo mejor.
Por su rey é su señor
Les dejo muy noble infante
Don Juan mi fijo, bastante,
Bien digno é mercedor
Para ser emperador.

Decir de Pero Ferrús al rey Don Enrique.

Don Enrique fué mi nombre,
Rey de España la muy gruesa,
Que por fechos de grant nombre
Meresco tan rica fuesa.
Grave cosa nin aviesa
Nunca fué que yo temiese,
Porque el mi loor pediese,
Ni jamás falté promesa.

Nunca yo cesé de guerras
Treinta años continuados.
Conqueré gentes é tierras,
E gané nobles regnados.
Fis ducados é condados,
E muy altos señorios :
E di á estraños é á míos
Mas que todos mis pasados.

En peligros muy estraños
Muchas veces yo me ví,
E de los míos sosaños.
Sabe Dios cuántos sofrí.
Contemprarme sope así
Con esfuerzo é mansedumbre.
El mundo por tal costumbre
Sojuzgar yo lo creí.

Sabed que con mis hermanos
Siempre yo quisiera paz,
Adiviéronme tiranos
Buscándome mal asaz.
Quisolo Dios, en quien yaz
El esfuerzo é poderío,
Ensalzar mi poderío
E á ellos di mas solaz.

Con todos mis comarcanos
Yo paré bien mi fazienda :
Quien al quiso, amas manos
Ge lo puse á contienda.

Ya comenzaban entonces
Las florecillas del prado
A salpicar de los céspedes
El verde y tendido manto.
Ya iba el tomillo oloroso
Sobre los juncos brotando,
Llenando el aura de aromas
Cuanto mas puros mas gratos.
Ya empezaban á vestirse
De frescas hojas los álamos,
Y las rojas amapolas
A crecer en los sembrados.

É bien así lo entienda
El que fué mi coronista,
Que de paz, é de conquista
Onrosa quis la emienda.

En la fé de Jesucristo
Verdadero fui creyente,
E á la iglesia bien quisto,
Muy amado é obediente,
Fis onra muy de talante
Cuanto pude á sus prelados,
Seyendo de mi llamados
Señores ante la gente.

Con devocion cuanta pud
Yo servi á Santa Maria,
Preciosa Virgen, salud,
Nuestra dulzor, é alegría.
Por saña, nin por follia,
A santa jamas, nin santo
Nunca yo dije mal, cuanto
Los ojos me quebraria.

É teniendo yo mi imperio
En paz muy asesegado,
Que cobré con grant laserio
Por onrar el mi estado,
Plogo á Dios que fui llamado
A la su muy dulce gloria,
Dó está con grant vitoria.
El su nombre sea loado.

La mi vida fué por cuenta
Poco mas que el comedio ;
Cinco años mas de cincuenta
É quatro meses é medio.
Púsome Dios buen remedio
A mi fin, que yo dejase
Fijo noble que heredase
Tal que non ha sin medio.

Deben ser los castellanos
Por mi alma rogadores,
Ca los fis nobles, ufanos,
Guerreros, conquistadores :
E á Dios deben dar iores
Por los dejar yo tan presto
Mi amado fijo onesto,
De liña de emperadores.

Yo le dejo bien casado
Con la infante de Aragon ;
Porque partí consolado
Al tiempo de mi pasion.
A este viene bendiccion
E los regnos por linages.

* Acaso deberá ser *cuarenta*, pues el cronista dice que murió de cuarenta y seis años y cinco meses.

Y todo la primavera
 Por dó quier iba anunciando,
 Con su yerba la campiña
 Y con sus trinos los pájaros.
 Cabalgaba Don Enrique
 Con sus nobles platicando
 Por fuera de la ciudad
 En paseo sosegado,
 Cuando ginete seguro
 Sobre un potro jerezano
 Vió que hacía ellos llegaba
 Solo un árabe gallardo.
 Sobre el almete de acero
 Rollaba turbante blanco,
 Y espesa malla vestía
 Bajo el almaizal plegado.
 Corvo alfange y lanza aguda
 Llevaba en opuestos lados,
 Y con cadenas de plata
 El negro potro arrendado.
 Y en fin, las prendas que usaba
 La opulencia iban mostrando
 Y su bizarra apostura
 Lo noble del africano.
 Detuvo el rey su troton
 Un punto para mirarlo,
 Y su potro el sarraceno
 Tuvo también, saludándolo,

Los que de estoria son sages
 Saben bien esta razon.

Dejo noble muger buena,
 Que es la reina Doña Juana,
 Que por todo el mundo suena
 Su grant bondat sin ufana.
 Non cesa noche é mañana
 Facer por mí sacrificios,
 Que son deleites é vicios
 A mi alma que los gana.

Ella sea heredada
 En paraiso conmigo,
 Dó le tien presta morada
 Jesucristo, su amigo.
 De hoy mas á vosotros digo,
 Vasallos, é mis parientes,
 Yo dejó á todas gentes
 Este escrito por castigo.

Quien muy bien escuadrifiare
 Las razones que en él dis,
 E cobdicia en sí tomare
 De los fechos que yo fis,
 Non engruese la cervis
 Echándose á la vilesa,
 Nin se paguen de escasesa,
 Que á todo mal es rais.

Quien vivir quiere en ledicia
 E del mundo ser monarca,
 Desampare la codicia,
 Que todos males abarca.
 Franqueza sea su arca,
 Esfuerzo, é bien faser,
 Que lo tal snele tener
 Mucho bien á su comarca.

Quedáronse unos momentos
 Mirando uno á otro entrambos
 Hasta que así dijo el rey,
 Y dijo así el africano.

El Rey. Vengas en paz, sarraceno.

El Moro. Alá te guarde, cristiano.

El Rey. ¿Adónde va el agareno?

El Moro. A buscar al castellano.

El Rey. ¿Pues qué, no da ya Granada
 A los creyentes asilo?

El Moro. Mina una lengua dañada
 El corazon mas tranquilo.

No hay moro que mas resuelto

Servido haya á su señor,

Mas el semblante me ha vuelto

Mohamad, como á un traidor.

Sin lealtad y sin fé

Se olvidó de mi amistad,

Y allí á Mohamad dejé,

¡Alá guarde á Mohamad!

El Rey. ¿Y qué espera del cristiano?

El Moro. Diz que es un rey caballero
 El vuestro rey castellano

Y á ofrecerle voy mi acero.

El Rey. ¿Y si te recibe mal?

El Moro. Continuaré mi camino.

El Rey. ¿Y si osa á tí desleal?

El Moro. Me avendré con mi destino.

Mas de ello estoy bien ajeno :

¿Para mí malo ha de ser

Quien para todos fué bueno?

¿Ante él me podeis poner?

El Rey. Moro, en su presencia estás :

Y tu acendrada opinion

No desmentirá jamás

La fé de su corazon.

El Moro. ¿Tú eres Don Enrique?

El Rey. Sí.

El Moro. Dame los piés á besar.

El Rey. No, cabalga junto á mí,

Que quiero contigo hablar.

Picó espuelas Don Enrique,

É imitóle el africano,

Y atravesando la puente

En Santo Domingo entraron.

III.

O el bueno de Don Enrique
 Fué crédulo por demas,
 O el moro fué por su parte
 Sutilísimo y sagaz :

Porque en menos de dos dias

Entre los dos de tratar,

Entre ambos á dos habia

Estrechísima amistad.

Ya fuera que el africano

Descubriese desleal

A Enrique graves secretos
 Del rey moro Mohamad;
 Ya fuera que el rey Enrique
 Se los quisiera arrancar
 Con una sagaz política
 A la del árabe igual;
 Ya fuera que ambos á dos
 Se intentaran engañar,
 O ya que los dos obrasen
 Con hidalga lealtad,
 Ello es cierto que aquel moro
 Del rey empezó á gozar
 Muy repetidos favores,
 Y muy grande intimidad,
 É hizo á todos los privados
 Ante su favor cejar
 Por mas que el vulgo y la corte
 Murmuró de este desman.
 Decían, y con justicia,
 Que le sentaba muy mal
 A todo un rey castellano
 Con moros tanta amistad.
 Que quien nació su enemigo
 Era al cabo de esperar
 Que tuviera allá en su pecho
 Poca ó ninguna verdad.
 Todo ello dicho en razon,
 Y sin respeto quizás,
 Pero dicho todo en balde,
 Pues no lo quiere escuchar
 El rey, que por su capricho
 O por recóndito plan
 Hácia el gallardo africano
 Inclina la voluntad.
 Y ya por secretas causas
 O por afición real
 Festejábanse uno á otro
 Con correspondido afan.
 Dábale el rey privilegios,
 Y rentas que disfrutar,
 Dábale estancia en palacio
 Y aun en su mesa sitial.
 Y el moro, á quien cada dia
 Remitían sin cesar
 Desde Granada sus deudos,
 Sus amigos desde Oran,
 Tesoros inestimables
 Y presentes sin igual,
 Al rey se los ofrecía
 Con gran liberalidad.
 Y apenas dia pasaba
 Sin que la fuera á llevar
 Ya el damasquino mandado,
 Ya el cordobés alazan,
 Y siempre entre sus regalos
 Solían ir á la par,
 Ya el velo para la reina,
 Ya para la dama el schal,

Ya la armadura dorada
 Para el príncipe Don Juan,
 Ya el perro de mejor rastro,
 Ya el azor mas perspicaz.
 Todo era el moro larguezas,
 Y el rey prodigalidad;
 Si el rey el mas generoso,
 El árabe el mas galan.
 Todo era fiesta el palacio,
 Tañer, danzar, y trovar,
 Todo festejos el dia,
 Toda la noche rondar.
 Todo festines y amores
 En la gente principal,
 Toda embriaguez y rondallas
 El vulgo hambriento y audaz.
 Si en una apuesta ó torneo
 Placiale al rey bajar
 A correr en el palenque
 Con un noble á trance igual,
 Bajaba el moro tras él
 A lucir su habilidad
 En los bohordos y cañas
 Y juegos de uso oriental.
 Y nadie rompió una lanza
 Con tanta seguridad,
 Ni nadie montó un caballo
 Con una destreza tal,
 Ni nadie metió en el blanco
 Tantos dardos á la par,
 Ni nadie en cortesania
 Logró alcanzarle jamás.
 Si diez sortijas ganaba,
 Si ocho lazos alcanzar
 Lograba una misma tarde,
 Cual diestro, siendo galan,
 Al rey y á la reina al punto
 Ofrecía la mitad,
 Entre las damas mas bellas
 Repartiendo las demas.
 Y así se pasaba el tiempo,
 Y así en escándalo asaz
 De Don Enrique y el árabe
 Se estrechaba la amistad.
 Y ó el bueno de Don Enrique
 Crédulo era por demas,
 O era por su parte el moro
 Sutilísimo y sagaz.

IV.

Corrió todo el mes de abril
 Para el confiado Enrique,
 Uno de los mas gloriosos,
 Y uno de los mas felices.
 La tierra empezó con mayo
 Con sus flores á cubrirse,
 Y el cielo fué despejándose

De nubes y nieblas tristes.
 El viento henchian de aromas
 Los cefirillos sutiles
 Recojidos en las ramas
 De los huertos y jardines.
 Veia el rey favorable
 Estacion tan bonancible
 Para realizar los planes
 Que supo allá concebirse
 En su corazon y juicio,
 Y que á poder él cumplirles
 Fuera acaso el rey mas grande
 Y el mejor de los Enriques (1).
 Pero no hay causa que el hombre
 Para su bien imagine
 Que no le estorbe la suerte
 Que por su bien la realice.
 Ya há dias que el sarraceno,
 Tan pródigo en los festines
 Y en los regalos, ninguno
 A su nuevo rey dirige.
 Ya há dias que de su parte
 El rey ninguno recibe,
 Ni el rey le manda sus pages
 Con prenda alguna que estime.
 Y unos dicen que ya en ellos
 No está la amistad tan firme,
 Y otros que dió á sus tesoros
 Fin el africano, dicen.
 Pero desmentidos vieron
 Sus murmullos los malsines
 En la mañana de un martes,
 Dia aciago entre gentiles.

(1) Fué su muerte (la de Don Enrique) muy plañida de todos los suyos; é non sin razon, ca pues tenia sus paces, é ratos, é casamientos, é sostiegos fechos en Francia, é Portugal, é Aragon, é Navarra, de fecho trataba é lo mandaba ir guisando, que si viviera era su intencion de armar grand flota, é tomar la mar del estrecho á Granada. E despues que él toviese tomada la mar, que de allende no se pudiesen ayudar los moros, facer en su regno tres cuadrillas, una él, otra el infante Don Juan su fijo, é otra el conde Don Alonso su fijo: é en su cuadrilla irian tres mil lanzas con él é quinientos ginetes, é diez mil omes de á pié: é las otras cuadrillas cada dos mil lanzas, é cada mil ginetes, é cada diez mil omes de á pié: é entrar cada año tres entradas de quatro meses é andar todo el regno, é non cercar logar, mas falcar quant fallasen verde. E que irian las cuadrillas de guisa que en un dia se pudiesen acorrer, si tal caso recreciese: é despues salir á folgar á Sevilla é Córdoba, é otro logar dó tenian sus bastecimientos. Que desta guisa, fasta dos ó tres años le darian el regno á pura fuerza de fambre, é faria de los moros quanto quisiese. E Dios non quiso que se cumpliese, ca tomóle la muerte, etc.

(Crónica de Don Enrique II.)

Tales eran los planes de este rey, y por los cuales digo de él

Y que á poder él cumplirles
 Fuera acaso el rey mas grande,
 Y el mejor de los Enriques.

Gozaba el rey todavia
 Blando reposo apacible,
 Cuando al dintel de su cámara
 Un negro, que al moro sirve,
 Se presentó demandando
 Si la entrada le permiten:
 Y como saben los pages
 Que el rey donde quiera admite
 Al esclavo y á su dueño,
 Ninguno el paso le impide.
 Franqueáronle pues la puerta,
 Y apartando los tapices,
 En la cámara del rey
 Entró en silencio el etiope.
 Quedó tras él el ambiente
 Lleno de oloroso almizcle,
 Que un azafate que lleva
 Entre las manos despide.
 Mas no pudo nadie ver
 Lo que en él se deposite,
 Porque cubierto lo trajó
 Con la hermosa piel de un tigre.
 Sintióse con el esclavo
 Hablar al rey Don Enrique,
 Sintiéronse las ventanas
 A la voz del rey abrirse,
 Y tras de breves momentos
 Con su semblante impasible,
 Como una siniestra sombra
 Volvió á salir el etiope.
 Quedó el rey con el regalo
 Sobre su lecho, y posible
 No siéndole contenerse,
 Levantó la piel de tigre
 Que cubria el azafate,
 Y no es fácil de escribirse
 Su sorpresa al ver en él
 Dos moriscos borceguies.
 Era de una piel mas blanca
 Que la pluma de los cisnes,
 Abotonados con perlas
 Y un hebillon de rubies.
 Mil esquisitos bordados
 La piel finisima visten
 De mil caprichosos ramos,
 Mil arabescos perfiles
 Con cuyo primor y gusto
 En tejidos y en matices
 Los encajes y las flores
 Inútilmente compiten.
 Obra del oriente solo
 Y de moriscos artifices,
 Que hacen palacios de piedra
 Como el encaje sutiles.
 Trabajo de aquellas manos
 Que, para que al mundo admire,
 Nos dejaron una Alhambra
 Del Darro en la orilla humilde;

La Alhambra ante quien Europa
Ya desengañada dice :
« No fué de bárbaros raza
La que alzó el Generalife. »

—
La primorosa labor,
La pedrería que ciñe,
Orla, corona y enlaza
Los moriscos borceguies,
El suave aroma que exhalan
Su piel dócil y flexible,
Lo bien que al pié se le ajustan
Sin dañarle ni oprimirle,
La novedad del regalo
Y el traer del moro origen,
Fueron razones de gozo
Para el buen rey Don Enrique.
Mandó entrar pues á sus pages
A tocarle y á vestirle,
Para ostentar dignamente
Los preciados borceguies.
Bizarramente atavióse,
Y al ver cuán brillante sigue
Su curso sereno el sol,
Y el día en púrpura tiñe,
Pensó en celebrar del moro
El rico regalo insigne
Con improvisada fiesta
Que su placer le atestigüe.
Llamó pues al africano,
Y mandando que le ensillen
Los caballos, y que apresten
Los azores y neblies,
Una partida de caza
Y un campesino convite
Para el árabe y sus nobles
Rápidamente apercibe.
Y hora y sitio, y compañía
Señala, busca y elige,
Y alegremente cabaiga,
Parte, y la corte le sigue.

V

Está el sol resplandeciente,
Y purísima la atmósfera,
Y el azul del firmamento
Sombrias nubes no entoldan.
Solo á trozos le salpican
De ráfagas voladoras,
Al impulso arrebatadas
Nubecillas caprichosas :
Vapores tornasolados
Que así varían de forma,
Como varían de sitios
Hasta que al fin se evaporan.
Risueño está el día, amena
La campiña, encantadora

La caza de cetrería
En que los del rey se gozan.
A inmenso trecho en el aire
Los neblies se remontan,
Sin que los pierdan de vista
Los cazadores. ¡Qué airosa
Se cierne libre en los aires
Sobre sus alas, y esponja
Su fina y rizada pluma
La garza provocadora!
¡Cómo se burla del vuelo
De las aves temerosas
Que la huyen, y á quien persigue
Revolando juguetera!
¡Cómo en torno de su presa
Gira y revuelve, y la acosa,
Y en su derredor circula
De su torpeza por mofa!
Ya al parecer libre y salva
Dejándola, el vuelo acorta,
Ya á perseguirla volviendo
Se precipita afanosa.
Tiembla la avecilla débil,
Canta el ave triunfadora,
Y en espiral rapidísima
Caen en la tierra una y otra ;
Y el lance á juzgar alegres
Los cazadores se agolpan,
Y con aplausos y risas
A celebrar la victoria.
Contentísimo está el rey,
Contenta la corte toda,
Y las damas que esto miran
Desde una empinada loma.
El halcon negro de Enrique
Es quien lleva por ahora
El honor de la partida.
¡Con qué humildad tan donosa
Hace la presa, la abate,
A los pages la abandona,
Y á Don Enrique volviéndose
En la mano se le posa!
¡Y cómo el rey le acaricia,
Y en su palma le coloca
Y esponja el ave sus plumas
Agradecida y gozosa!
Lánzala, y rauda se eleva,
La llama, y se abate pronta :
Dijeran que oye y comprende
Las palabras de su boca.
El sarraceno, que el arte
De la cetrería ignora
Porque no es arte seguido
Por la raza de Mahoma,
Su incomparable destreza
Prueba, con dardos que arroja,
Que desde el caballo lanza
Y desde el caballo toma.

Hienden el aire silbando
 Con rapidez prodigiosa,
 Y tan certeros los tira
 Que á los mas diestros asombra.
 Su esclavo negro le sigue
 Sobre yegüecilla torda
 De ruin estampa, mas fuerte,
 Incansable y corredora.
 Y este recoge los dardos
 De su amo, que al suelo tocan,
 Al estilo de los árabes,
 Con mano segura y pronta
 Sin abandonar el lomo
 Del animal en que monta,
 El cual lleva en su carrera
 La tierra al vientre tan próxima
 Que inclinándose el ginete
 Sin que apenas se conozca
 Ase el dardo que está en tierra,
 Aun sin mirar si lo cobra.
 Tanto puede la costumbre,
 Tanto la práctica logra,
 Y tanto á los castellanos
 Por eso entrambos asombran

En esto, y cuando en los aires
 Mirada firme y ansiosa
 Todos clavada tenian
 En una torcaz paloma
 Que, de un halcon perseguida,
 Iba á la herida traidora
 Del dardo del sarraceno
 A caer, si le era próspera
 Como siempre su certeza,
 Cubrióse la tierra toda
 De oscuridad tan espesa
 Que el día fué noche lóbrega.
 Sintiéronse al punto todos
 Presa de mortal congoja,
 Sin que pudieran sus ojos
 Penetrar aquellas sombras.
 Barrió el suelo un viento rápido
 Y helado, y cuando á la atmósfera
 Oscura se hizo la vista
 Con hondísima zozobra,
 Vieron lucir las estrellas
 Que el firmamento tachonan,
 Creyendo que de repente
 Menguaba el día seis horas.
 Faltó el aliento en los pechos,
 Faltó la voz en las bocas,
 Y todos ante el prodigio
 Callando tiemblan ú oran.
 Solo el árabe y su esclavo
 Que están platicando notan,
 Y aquel fenómeno aplauden
 Con una alegría loca,
 Y escuchando los cristianos

Su algazara escandalosa,
 Por sortilegio lo juzgan,
 Por brujería lo toman.
 Hasta que á pocos minutos
 Asomando luminosas
 Del encapotado sol
 Las resplandecientes orlas,
 Volvió poco á poco el día,
 Volvió á ausentarse la sombra,
 Y el moro esplicó el eclipse (1)
 A la comitiva absorta.
 Mas aunque entendieron todos
 Que esas señas espantosas
 De este vistoso fenómeno
 Son las circunstancias propias,
 A nadie arrojar fué dado
 Del corazon la congoja,
 Ni nadie siguió tranquilo
 En caza tan azarosa.
 Tornaron pues en silencio
 Con faz decaída y torva
 A la ciudad que dejaron
 Con risa tumultuosa.
 Quejóse el rey de cansancio,
 Y tras noche asaz incómoda
 No pudo al día siguiente
 Salir por sí de su alcoba.
 Vinieron con tal noticia
 Los sabios de la redonda;
 Y declararon unánimes
 Que el mal del rey *era gota*.

VI.

Pasáronse así dos días,
 Y así se pasaron seis,
 Y así se contaron nueve,
 Y rayaron en los diez :
 Y en ellos mas medicinas
 Solo sirvieron al rey
 Para entender que la muerte
 Le asaltaba por los piés.
 Llorábale su hijo el principe,
 Y la reina su muger,
 Y mas que todos el moro
 Se hacia al llanto por él.
 Iba y venia afanado
 Los calmantes á traer,
 Y á preparar los remedios

(1) A diez y seis del mes de mayo un lunes despues de visperas, fizo el sol eclipse, é se oscureció todo él, que non se veian los omes unos á otros, é aparecieron las estrellas en el cielo, así como si fuera media noche : é duró aquella oscuridad una hora. é falleció el rey el lunes á treinta del mismo mes.

Esto dice la crónica de este eclipse ; la sola variacion que hay en el romance es el atraso de un día, porque yo lo he fijado en martes y no en lunes como aconteció.

Con cuidadoso interés;
 Y como era hombre entendido
 Y el rey le quería bien,
 Murmuraban de ello muchos,
 Mas le dejaban hacer.
 Mirábanle los doctores
 Con ojeriza también,
 Mas á raya se tenían
 Respetando su saber.
 Que era el árabe en su ciencia
 Hombre de tan alta prez
 Que no hubo quien en Castilla
 Se le supiera oponer.
 Y en las juntas que les plugo
 Reunir alguna vez,
 Siempre que él tomó la plática
 Fuerza á los demas le fué
 Convenir exactamente
 En lo propuesto por él,
 Y á sus opiniones siempre
 Y á sus razones ceder.
 Y con tanta confianza,
 Con tan recta sencillez
 La enfermedad esplicaba
 Y daba su parecer
 Con tanta y tan sana lógica,
 Con tan candorosa fé,
 Que nadie que le escuchaba
 Le dejaba de entender.
 Y los remedios servía
 Al real enfermo despues
 Con tan sincero cariño,
 Con exactitud tan fiel,
 Que nadie le pudo tacha
 En su servicio poner.
 Y en el tiempo que duró
 Aquella dolencia cruel
 Todas las noches velando
 Estuvo el árabe al rey.
 Sus largas noches de insomnio
 Le sabia entretener
 Con orientales historias
 Mas sabrosas que la miel.
 Los monteros le escuchaban
 Embebidos á su vez,
 Y el mas suspicaz no supo
 Desconfiar ni temer.
 Si alguna vez Don Enrique
 Le miró con esquivéz
 A impulso de los dolores
 Que le hacian padecer,
 Mesaba el moro su barba
 Y se trataba de infiel;
 De triste y desventurado,
 Y sin tenerse merced
 Decia que de aquel mal
 Él solo la causa fué
 Con la maldecida caza

Dispuesta en obsequio de él.
 En fin, de aquella dolencia
 Al rayar el dia diez
 El rey se sintió mortal,
 Y á Manrique el canciller
 Demandando á toda prisá,
 Y á su confesor despues,
 A concluir se dispuso
 Como católico y rey.
 Entonces cruzando el moro
 De las puertas el dintel,
 De la turba cortesana
 Cruzó sombrío á través.
 « Doctor (le dijeron muchos),
 ¿Creeis que viva? — Tal vez,
 Les dijo, dure cuatro horas. »
 Pero no llegó ni á tres.

VII.

Murió Don Enrique en lunes
 Treinta de mayo á las dos,
 Como á un caballero cumple,
 Como á un monarca español.
 Fama de bueno y de justo
 Y de liberal dejó,
 Mas juzgó mal de su muerte
 El vulgo murmurador.
 De aquella dolencia incógnita
 El fatal estrago atroz
 En breves dias, sin tregua
 Al sepulcro le arrastró.
 Y aquel agüero funesto
 De haberse apagado el sol;
 Y hacer noche al medio dia
 En el que él adoleció;
 La amistad con aquel moro,
 Tal vez secreta ocasion
 De la enfermedad traidora,
 A muchos les recordó
 Lo bastardo de su sangre
 Y la sangrienta traicion
 Con que en Montiel á su hermano
 El rey Don Pedro mató.
 Unos lo dan por prodigio,
 Otros por falsa invencion.
 ¿Quién pues lo cierto averigua
 A través de tanto error?
 Las conjeturas son rectas;
 El moro desapareció,
 Y el rey empezó á sentir
 En las plantas el dolor
 Desde el dia en que sus ricos
 Borceguies se calzó.
 La causa pues de su muerte
 La sabe quien la hizo y Dios.

ORIENTAL.

No pude selle mudable
A aquella cuyo nasci.
Rom. general.

I.

« Escucha, hermosa cristiana,
Mis amores,

No se estrellen mis dolores
En los vidrios de colores
De tu gótica ventana.

Años há, bella señora,
Que tu vista encantadora,
Apetecida,
De Córdoba en los jardines
Matóme por darme vida.
Y en tanto que te acataban
Y tus favores gozaban

Mil paladines,
Azarque, en inútil queja,
Tus esquivaces plañia
Llorando al pié de tu reja.

Escucha, hermosa cristiana,
Mis amores,

No se estrellen mis dolores
En los vidrios de colores
De tu gótica ventana.

¡Ah! ¡qué importa que al Profeta
En adoracion secreta

Yo bendiga,
Y adores tú al Nazareno,
Si en blanda coyunda amiga
Un solo amor nos uniera!
Cristiana mas hechicera

Que el ameno
Paraiso, no te cura
De las palabras del conde,
Que has de ser mi desventura.

Escucha, hermosa cristiana,
Mis amores,

No se estrellen mis dolores
En los vidrios de colores
De tu gótica ventana.»

II.

Así de la luna al brillo
En tono blando y sencillo
Cantaba voz varonil,
Y del moro las querellas
Vertiendo lágrimas bellas
Oía dama ~~dama~~ gentil.

Abrió á medias su ventana
Que con flores engalana
La dama, y así cantó :

Triste su cántico apenas
Perdido entre las almenas
Un solo instante vagó.

« Cristiana ¡oh moro! nació,
Y me matan con rigor
¡Ay de mi!
Mi religion y mi amor
Y huyo á mi pesar de ti.
Huye de aquí.»

La voz se heló en su garganta,
Cayó y rompióse la lira,
Al moro estática mira,
Mas ya ni le ve ni canta.

No canta, que en llanto amargo
Sobre el pecho la cabeza
Ahoga tanta terneza
Un amoroso letargo.

« ¿Porqué (dice desde el foso
El moro), bella cristiana,
Porqué me velas tirana
Ese rostro candoroso? »

La cristiana amada en tanto
Miraba y no le veía,
Solo en el muro se oía
Triste y angustiado llanto.

Y viendo que no responde,
El moro desesperado
A llamar iba ya osado
En el castillo del conde.

III.

Sobre alazan de Córdoba brioso,
Ceñido el cuerpo de la doble malla,
El señor del castillo llega en tanto
A su opulento alcázar.

Por la penosa orilla del torrente
Se oye cuál crujen á compás sus armas
A par que estrepitosas se derrumban
Entre espuma las aguas.

Llegó al castillo, y al tocar al puente
Miró en el muro pálida á su hermana,
Y volviéndose al moro amenazóle
Con la robusta lanza.

« ¡Infel, al fin! ya yo me lo sabía, »
Dijo el conde entre sí lleno de rabia,
Y alzó la voz despues : « Mahometano,
¿Son estas tus palabras? »

Si ya no eres cristiano tu rodela
Y ese corcel apresta que descansa.
Tú lo juraste, moro, que conmigo
Serías en batalla.

— ¿Porqué el conde cristiano me acomete
Si amor quitó la libertad al alma?

— Tú lo juraste, moro, que conmigo
Serías en batalla.
— Yo cristiano no soy, repuso el moro,
Yo no soy sino amor para tu hermana;
¿Mas qué importa mi fé ni la fé suya
Si como yo me ama?
— No blasfemes, infiel, si en tu creencia
Tornaras á mirar estas murallas,
Tú lo juraste, moro, que conmigo
Serías en batallas. »

IV.

Dijo el noble de Castilla
Y del torrente en la orilla
Aguardó.
¿Qué hace el moro que injuriado
En la muralla apoyado
Se quedó?
¿Porqué el conde le provoca
Con voz que al honor le toca
Y con furor,
Y el moro sombrío en tanto
Mostrando está con su llanto
Su dolor?
Errante su mirar vaga,
Y almete, rodela y daga
Lejos de él
Con ira arrojó demente
Y así habló con voz doliente
El infiel :

« A Dios, hourí idolatrada
Del corazon africano,
Pues que por suerte traidora
Te pierdo agora,
Muere con tu Dios cristiano,
Yo moriré en mi fé mora. »
Y hácia el conde que le espera
Rápida y firme carrera
Dirigió,
Y allá en el agua espumosa
La caída estrepitosa
Resonó.

V.

Mientras la bella cristiana
En su gótica ventana
Exhala un ay de pavor,
Del agua allá en lo profundo
Lanza el moro en este mundo
El postrer ¡ay! de su amor.
Valladolid.—1836.

UNA AVENTURA DE 1360.

ROMANCE.

En las frondosas campiñas
Que con sus ondas serenas
Fecunda el Guadalquivir
Antes que en el mar se pierda,
Sentada está una ciudad
Que magestuosa ostenta
Lo atrevido de sus torres,
Lo antiguo de sus almenas.
El rio su bella imágen
En su corriente refleja
Pasando enorgullecido
Por pasar tan junto á ella.
Y ella se mira en sus aguas
Contemplando allí altanera
Su antigüedad y poder
Y su proverbial belleza.
Espesos muros la ciñen,
Y frondosísimas huertas,
Y apiñados olivares,
Y fertilísimas vegas.
Radiante sol la ilumina,
Y la bordan sus laderas
Altos y copados árboles
Y olorosas flores bellas.
Alegre gente la vive,
Que las calurosas siestas
Y los perfumadas noches
Pasa al són de la vihuela,
Ya en sus entoldados patios
Entre fuentes y macetas,
Ya en sus floridos jardines
Gozando sus auras frescas.
Ciudad de hermoso recuerdo,
Ciudad bella entre las bellas,
De los moros es envidia,
De los cristianos soberbia.
Sevilla, en fin, y esto basta,
Que todo el nombre lo encierra,
Y hablando de la hermosura
Todo es una cosa mesma.
En Sevilla pues, y en una
Noche azulada de aquellas
En que la luna derrama
Tranquila claridad trémula,
Y en lo cóncavo del aire
Resplandecen las estrellas,
Y mas allá con mas brillo
Dos luceros reverberan;
En una de aquellas noches
En que todo se presenta
Blanco, pacífico, hermoso,
Y que la mente embelesa,

Y los sentidos embriaga
 Y el corazón enajena;
 Noche de aventuras propia
 En mil trescientos cincuenta
 (Edad en que esto pasaba
 Si mi memoria no yerra),
 Por la calle de la Sierpe
 Media noche siendo apenas
 Dos hombres en la ancha plaza
 Con prisa y silencio se entran.
 Largas capas les envuelven,
 No porque precisas sean,
 Sino porque bien les cubran
 De las personas las señas:
 Por el lado de la sombra
 Punta á punta la atraviesan
 De la calle de la Sierpe
 Hasta la calle de Génova,
 Y el bulto de sus espadas
 Que bajo la capa llevan,
 Las plumas de sus birretes
 Y el rumor de sus espuelas
 Por hidalgos les acusan,
 Por mas que entrambos se empeñan
 En pasar como personas
 De comun raza plebeya.
 Al fin cuando ya contaban
 Tomar una callejuela
 Que al alcázar los llevase
 Sin pasar frente á la iglesia,
 Paróse el mas alto de ellos
 Diciendo: « ¿Qué sombra es esa
 Que tras el pilar se oculta,
 Benavides? Yo dijera
 Que es un hombre. »

— Y Benavides

Al que pregunta contesta:
 « Llegad, señor, sin cuidado,
 Que ya imagino quién sea
 Y hará paso al conocerme,
 Que es hombre que me respeta,
 Porque me debe favores
 É hicimos juntos la guerra. »
 Siguió andando Benavides,
 Siguió el otro, por respuesta
 Dándole solo el silencio
 Que satisfacerle muestra,
 Y frente al hombre llegando
 Que junto al pilar espera,
 Mostrándose Benavides
 Dejó franca la carrera.
 « Dios te guarde, Andrés, » le dijo
 El que va, pasando cerca.
 « Buenas noches, » dijo el hombre,
 Saludando con llaneza:
 Y pasaron los hidalgos
 Y siguió el otro en su espera.
 Y entre los dos que se van

Por la oscura callejuela
 Conversacion en voz baja
 Se entabló de esta manera:
 « ¿Quién es ese hombre?

— Un soldado

Que entró poco hace en la regla
 De San Francisco, cansado
 Del servicio y de la guerra.
 — ¿Y porqué precisamente
 En tal ocasion lo deja,
 Pudiendo darle fortunas
 Estos tiempos de revueltas?
 — Dice que al rey Don Alonso
 Sirvió de grado, y por fuerza
 No quiere servir á nadie.
 — Ya entiendo.

— Señor...

— Le lleva

La opinion del vulgo necio,
 Que mal de Don Pedro piensa.
 — Ya veis, señor, pues al claustro
 Se acoge, con su conciencia
 Se lo habrá mirado bien.
 — Y á tales horas, ¿qué espera
 Solo en mitad de la plaza
 Sin el traje de su regla?
 — Señor, es historia larga.
 — Tal cual es quiero saberla.
 — Son cosas que importan poco
 — A mí todo me interesa;
 Decid, pues.

— Pues escuchad.

Ya sabeis que representan
 Al rey los monges Franciscos,
 Que habiendo en su casa mesma
 Un manantial necesario
 Para el buen servicio de ella,
 El derecho á los vecinos
 Se les quite de que puedan
 Servirse de él en su daño
 Porque sin agua les dejan.
 Los vecinos, como tienen
 Aquella fuente mas cerca,
 Para tomarla á su gusto
 Su viejo derecho alegan.
 — Y tienen razon, y el rey
 Se la da.

— Por esa muestra

De su real benignidad
 De los vecinos se aumenta
 La osadía, y de los monges
 El trabajo y la impaciencia.
 De aquí nacen las hablillas,
 Las voces y las quimeras:
 Los vecinos á los monges
 Tal vez obligar intentan
 A que de noche y de dia
 Les tengan franca la puerta.

Los monges quieren cerrarla
 Como lo manda su regla,
 Y esto ocasiona denuestos
 Y escandalosas pendencias.
 Los vecinos traen soldados,
 Gente de su parentela;
 Los frailes sacan domésticos
 Y deudos que los defiendan:
 Y como ven que su rey
 Lo que le piden les niega,
 Los del pueblo cobran brios
 Y los frailes se exasperan.
 Esto duró hasta que Andrés,
 Hombre á quien nada amedrenta,
 Hombre que usa de las armas
 Con asombrosa destreza,
 Con sus escrúpulos dando
 De una sola vez en tierra,
 Asió su espada saliendo
 De los suyos en defensa.
 Burlábansele al principio,
 Mas él se ha dado tal priesa
 En asestar cintarazos
 Con tal fortuna y destreza,
 Que del manantial los monges
 Son dueños á la hora de esta.
 — ¿Tan bizarro es ese Andrés?
 — Tan bizarro y tan á prueba,
 Que él solo guarda la plaza,
 Y ninguno se le acerca.
 — El miedo de los villanos
 Es quien su valor pondera.
 — De quien querais informaos;
 Vereis que nadie lo niega.
 Es hombre que, si le dicen
 Que una calle por apuesta
 Guarde una noche, es seguro
 Que nadie pasa por ella.
 — ¿Y no hay justicia en Sevilla,
 Un hombre que le contenga?
 — Ya veis, se acoge á sagrade,
 Y los bravos le respetan. »

Murmuró el que preguntaba
 Unas palabras inciertas
 Que espiraron en murmullo
 Cual pronunciadas apenas.
 Y como á un postigo oculto
 Que da al alcázar se llegan,
 Callaron ambos á dos
 Llamando á espacio á la puerta.
 Abrióles un pagedillo,
 Y entrando los dos por ella
 Quedó el silencio en el aire
 Y en soledad la plazuela.

Está la siguiente noche
 Tocando en la misma hora,
 Y desde el zenit vertiendo
 La luna luz melancólica.
 Ni una ráfaga de viento
 La soledad silenciosa
 Interrumpe, ni una nube
 Del cielo el azul entolda.
 Toda Sevilla es silencio,
 Repos a Sevilla toda,
 Que duerme al són que la arrulla
 Del Guadalquivir las ondas.
 Apenas de tarde en tarde
 Atraviesa una persona
 Las calles á largos pasos,
 O en una reja se aposta.
 Y los grandes edificios
 Que la estensa plaza forman
 Sobre el suelo de la plaza
 Tienden su gigante sombra.
 En un pilar apoyado
 De una callejuela angosta
 Por dó un largo pasadizo
 En la plaza desemboca,
 Hay un hombre que está en vela,
 Y á quien la noche medrosa
 Presta contornos fantásticos
 Y faz amenazadora.
 Inmóvil en la oscuridad
 No parece que le importan
 Ni el relente de las noches
 Ni el ver que pasan las horas.
 Si espera á alguien, nadie acude
 A la cita misteriosa;
 Si aguarda algun hora fija
 Su venida fué bien pronta.
 Frente por frente al convento
 De San Francisco se aposta,
 Cuya puerta se ve franca
 Como abandonada y sola.
 ¿Es que aquel hombre la guarda?
 ¿O es que en acecho la ronda?
 Porque él la guarda ó la acecha
 Con una intencion incógnita.

En esto la plaza adentro
 Por la calle de la Sierpe
 Un hombre desembocando
 A largos pasos se mete.
 Un solo punto los ojos
 En su derredor revuelve,
 Y viendo al hombre que aguarda
 Vase á él rápidamente,
 El sombrero hasta las cejas
 Y el embozo hasta los dientes:
 Llegó al que esperaba, y plática
 Entablaron de esta suerte:

« ¿Andrés?
— ¿Quién me llama?
— Un hombre.

— ¿Me conoce?
— Sí.
— ¿Qué quiere?

— Que tenga para tu algabe
Un privilegio mi gente.
Me han dicho que tú tan solo
A tu convento defiendes,
Y que cejan los villanos
Y la canalla te teme.
— Y te han dicho la verdad.
— Por eso precisamente
He venido aquí esta noche,
Por si al cabo empacho tienes
En dejarme hacer de día
Lo que de noche no entiende
Ninguno en el barrio.

— Hidalgo,

Si eso trae, errado viene;
Todos han de tomar agua,
O nadie absolutamente.

— ¿Con que contra el rey te opones,
Que lo contrario te advierte?

— Yo contra el rey no me opongo,
Mas cuido mis intereses;
Y pues por ellos no cuidan
Siendo inútiles, sus leyes,
Hombre á hombre, y fuerza á fuerza
Aquí has de encontrarme siempre.
Será injusticia y escándalo,
Será cuanto se quisiere,
Mas á quien osados cargan
Necio es, si no se defiende.
— Hazlo pues.

— En hora buena,

Hidalgo, y tened presente
Que habeis venido á buscarme.
— Menos hablar y defiéndete.

Y esto diciendo uno y otro
A cuchilladas se meten
Con tanto brio que chispas
De las espadas encienden.
El caballero le carga
Tan fiera y bizarramente,
Que el hacerle cara el otro
Hasta milagro parece.
Dan, vuelven, paran, reciben,
Ni uno ceja, ni otro cede;
Andrés con calma y acierto,
El otro como una sierpe:
Mas es inútil, el monge
Es tan diestro y es tan fuerte,
Que aunque es el hidalgo un hombre
Que como un tigre revuelve,
Y cuyo brazo muy pocos

A resistirle se atreven,
De poco ó nada le sirven
Lo que sabe y lo que puede.
Al fin, el monge, mirando
Que el intento con que viene
Es tal que mucho peligra
Si no se concluye en breve,
Lanzóle tal multitud
De tajos y de reverses,
Que el otro cejó seis pasos
Diciendo: « ¡Demonio, tente! »
Túvose Andrés, y el incógnito,
La mano franca tendiéndole,
Dijo: « Lo que quieras pídemme,
Que todo te lo mereces.
— Yo nada de vos espero.
¿Qué podeis vos ofrecerme?
— A todo por tu valor
El rey Don Pedro se ofrece.
— Señor, exclamó el buen monge
Ante sus plantas rindiéndose,
Perdonad si anduve osado...
— Andrés, obraste valiente;
Concédote lo que quieras
Para que de mí te acuerdes.
— Señor, de nuestra agua os pido
La propiedad solamente.
— Desde esta noche á los monges
Anuncia que la poseñ. »
Y tomando el rey Don Pedro
Por el callejon de enfrente,
Volvióse al convento el fraile
Agradecido y alegre.

LAS ESTOCADAS DE NOCHE.

ROMANCE.

I.

Las lágrimas de los ojos
Disimuladas apenas,
Mal prendidos los cabellos,
Mal tocada y mal compuesta,
Está en un sillón Elvira
La faz y las manos trémulas,
Como criminal que incierto
Visita del juez espera;
Y los pasos de Don Lope
Escuchando en la escalera.
Mas se turba cuando cauta
En disimular se empeña.
Entró en la estancia Don Lope,
Y al aperebirse de ella,
La dijo con voz pausada
Entre amorosa y severa:

« ¿Tú lágrimas en los ojos?
 ¡ Por los cielos que me admira!
 ¿ Quién pudo en ellos, Elvira,
 Herirte con tal rigor?
 ¡ Oh! ven, Elvira, á mis brazos,
 Ven á contarme tus duelos,
 Que si no admiten consuelos
 Admitirán vengador.
 La faz escondes turbada,
 La frente pálida inclinas,
 Esas rosas purpurinas
 ¿ Quién aja traidor así?
 ¿ No me respondes y lloras?
 Pues te obstinas en callarlo
 Ve que acaso averiguarlo
 Me toque despues á mi.
 Pudiera serme un secreto
 Lo que tu labio confiese;
 Mas puede ser que nos pese
 Lo que yo sepa á los dos.
 Pero á través de esa reja
 Han pronunciado tu nombre...
 ¡ Oh! dime, Elvira, el de ese hombre,
 Dilo, ó mueres, ¡ vive Dios! »

Asi Don Lope diciendo
 Asíola de las muñecas,
 Y entornando la ventana
 Mató de un reves la vela.
 Resistió, mas sujetóla;
 Quiso gritar, mas apenas
 Lanzó una voz, la garganta
 Contra el almohadon la aferra.
 Sonó por segunda vez
 Desde la calle la seña,
 Y con acento fingido
 Dentro Don Lope contesta.
 A poco oyéronse pasos
 De alguno que sube á tientas,
 Con los rotos escalones
 Tropezando en las tinieblas.
 Y en el silencio solemne
 De aquella medrosa escena,
 Del corazon de Don Lope
 Todos los golpes se cuentan.
 Elvira, dijo el que entraba;
 Mas viéndose sin respuesta,
 Volvió á repetir el nombre
 Dentro de la sala mesma.
 Todo allí es sombra y silencio,
 Todo es soledad en ella;
 Solo una chispa encendida
 Dentro del pábilo humea,
 Que no ardiendo sino un punto,
 La lóbreguez mas aumenta;
 Y el humo con que se ahoga

Fétido el pábilo deja.
 Las manos tendió adelante,
 Y avanzando asi el que llega
 Con el rostro de Don Lope
 En la oscuridad tropieza.
 « ¿ Quién va? » preguntó; y su acento
 Siguiendo mano certera,
 De una robusta puñada
 Tendióle de espalda en tierra.
 Asidos ambos á dos
 En la sombra forcejean,
 Y el duro són de la lucha
 Confuso en la sombra suena.
 Y sin duda á ambos importa
 El secreto y la cautela,
 Porque trabajan las manos
 Y se recata la lengua.
 A cóncavos resoplidos
 Ambos los pechos alientan,
 Pero no lanzan los labios
 Una exclamacion siquiera.
 Así, en contados instantes
 Los dos combatientes ruedan,
 Hasta que á verse alcanzan
 Gente y luces que se acercan
 Abriéronse las mamparas,
 Y casi en el linde de ellas
 Hallóse un hombre en silencio
 Y embozado hasta las cejas.
 Miróle un punto Don Lope,
 Y vuelto con voz resuelta
 A los que acudieron dijo:
 « Paso; » y ganando las puertas
 Llevósele por delante
 Medio á bien y medio á fuerza.

II.

Negra es la noche, y el cierzo,
 Que en són revoltoso gime,
 Rasgándose en las esquinas
 De miedo la sombra viste.
 Por un callejon estrecho
 Que de pasadizo sirve
 A una iglesia, va Don Lope
 Con el otro que le sigue.
 Al llegar ante de un farol
 Que medio agoniza y vive,
 Colgado en un esquinazo
 Ante un cuadro de la Virgen,
 Túvose bajo él Don Lope;
 Y en voz imperiosa y firme
 Desenvainando la espada
 Esto al incógnito dice:
 « O quién sois ó qué valeis
 He de saber; elegid.
 — Enhorabuena, reñid,
 Que quién soy ya lo vereis.

— ¿No teneis otra disculpa?
 — Vuestro empeño será en vano;
 Las espadas en la mano,
 Entrambos tenemos culpa. »
 Y así diciendo, uno á otro
 Con tal denuedo se embisten
 Que brotan chispas las hojas
 Con los tajos y los quites.
 Ambos en el mismo sitio
 Ninguno vence ó se rinde,
 Ni en uno temor se alcanza
 Ni á otro mas valor asisten
 Segun á la luz incierta
 Desde luego se distinguen
 De entrambos á dos las sombras
 Que en tierra clavadas riñen.
 Mas el rumor temeroso
 De la lucha se percibe,
 Sin que un ¡ay! ni una palabra
 Se oiga en trance tan difícil.
 Dijérase al ver lo inmóviles
 Que ambos en ello persisten,
 Que son dos sombras de un sueño
 Que á alguno en la noche aflige.
 Tal vez de dos enemigos
 Que un mismo ataud dividen,
 Creyéranse las fantasmas
 Que, concibiendo imposible
 Un mismo sudario entrambos
 Ni un mismo lecho partirse,
 Alzáronse despechadas
 En aparicion visible.
 Abrióse en esto una reja,
 Otra á poco se oyó abrirse,
 Luego otras muchas, y luego
 Cerca pasos se perciben.
 Alumbróse de repente
 La calle, y al lejos dicen:
 « Téngase al rey. » Y en un punto
 La justicia les divide.
 Cercáronlos desatentos
 Soldados y ministriles,
 Que al tomarlos los estoques
 Por ellos derechos piden.
 Y tanto crece la zambra
 Y los confusos lelies
 De unos que dicen « soltarles »
 Y otros que « á la cárcel » dicen,
 Que echando mano al embozo
 El que con Don Lope riñe,
 Partió el tropel de por medio
 Y en alientos varoniles
 Gritando « lugar al rey, »
 Hace que á su voz se inclinen
 Cayendo en tierra de hinojos
 Cuantos alcanzan á oírle.
 « Señor... » murmuró Don Lope,
 La faz con rubor humilde,

Y el rey con blanda sonrisa
 Levantándole le dice:
 « Valiente sois, caballero,
 Y en despecho de la ley,
 Supisteis que siendo rey,
 He sido hidalgo primero.
 Libre estais, y afecto os soy:
 Venid mañana á palacio
 Y hablaremos mas á espacio
 De las cuchilladas de hoy.
 Pero no volvais á vella,
 O por infame os tendré,
 Que os juro, Don Lope, á fé
 Que no sabeis quién es ella. »
 Esto dicho, el rey volvióse,
 A la ronda se dirige,
 Y ante las rejas de Elvira
 Así en voz alta prosigue:
 « Aquí hay presa de la ley;
 Entrad la casa en mi nombre,
 Y cubrid mi error de hombre
 Con mi justicia de rey. »

EL CABALLERO

DE LA BUENA MEMORIA.

LEYENDA TRADICIONAL.

INTRODUCCION.

Perdidas de Villalar
 En la sangrienta jornada
 De los bravos comuneros
 Las últimas esperanzas,
 Sus gavillas por dó quiera
 Rendidas ó derrotadas,
 El arzobispo Merino
 A Toledo gobernaba.
 Doña Maria Padilla
 Aun con briosaa arrogancia,
 Digna de mejor fortuna
 Y de mas dichosa causa,
 A pesar del arzobispo
 Y las tropas castellanas
 Teniase con sus gentes
 Defendida en el alcázar.
 Pues en someterse al rey
 Toledo la mas reacia
 Ciudad siendo, á ella acudieron
 De todas partes de España
 Cuantos comuneros fieles
 A su partido quedaban.
 Avivaban en secreto
 Con astucia y con audacia

La fé de Doña Maria
 Y gentes la reclutaban,
 Noticias proporcionándola
 Con dineros y con armas
 Los que en la ciudad vivían
 Y en su fortuna esperaban.
 Distinguiase entre todos
 Doña Elvira de Montadas,
 Fanatizada al estremo
 Por políticas patrañas.
 De la muger de Padilla
 Del valor enamorada
 Otra heroína como ella
 Llegar á ser anhelaba.
 Hermosa y rica, de amantes
 O galanes rodeada,
 Mucho la Elvira podía,
 Mucho la Elvira lograba.
 Despues que muchos prosélitos
 Logró inducir por sus gracias,
 A un mozo rico y gallardo
 Con doble intento escuchaba.
 Era Don Juan de Zamora,
 Mancebo de noble casa,
 Hijo de una noble viuda
 Que en el mancebo adoraba.
 Seguido había este siempre
 Del emperador la causa,
 Y contra los comuneros
 Combatido en cien batallas.
 Mas ciego de amor por ella,
 Y poco ducho en las cábalas
 De cortesanos amaños,
 En ganarle no dudaba.
 Tan sencilla en otro tiempo
 Como hermosa y como ingrata,
 Esta engañadora sirena,
 Esta fanática dama,
 A Don Pedro de Guzman
 Tenía muy empeñada
 Con mil promesas de amor
 De casamiento palabra.
 Mas de ilustrísimo tronco
 El de Guzman siendo rama,
 Al rey Don Carlos primero
 Asistía en Alemania
 Al servicio de un magnate
 Que iba en boga en la privanza
 Del bizarro emperador,
 Que con su amistad le honraba.
 Asi las cosas del mundo
 Se trastornan y se cambian,
 Y asi mudan á las gentes
 El tiempo y las circunstancias.
 Don Pedro en la imperial corte
 Del bullicio se cansaba,
 Y se doblaba su amor
 Con el tiempo y la distancia,

Y la distancia y el tiempo
 El de su Elvira menguaba,
 Y el diablo de la política
 Se apoderaba de su alma.
 A su pátria y á su amor
 Guzman con volver soñaba,
 Y ella soñaba quimeras
 De libertad y de pátria.
 El por volver á Toledo
 Y á los piés de su adorada,
 Honor, ambicion y dicha
 Desatinado olvidaba.
 Ella por dar con sus hechos
 A su nombre eterna fama
 Pensaba con necio orgullo
 En quiméricas hazañas.
 Recordaba su hermosura
 El en ausencia adorándola,
 Y ella olvidaba su amor
 Por quien no se lo estimaba.
 Servíase la Padilla
 Y la gente á ella allegada
 De su influencia en el pueblo,
 De sus amaños y cábalas :
 Y creía ser Elvira
 El faro de su esperanza,
 La fé de sus corazones,
 La alcaldesa de su alcázar.
 Creía que á una voz suya
 En la ocasion arriesgada
 Como por Doña Maria,
 Por ella se levantarán.
 Que todos los comuneros
 En el peligro mirándola
 La regia soberanía
 Dividirían entrambas.
 Y en estos sueños de gloria
 La Doña Elvira embriagada
 Perdía cuanto tenía,
 Y las leyes provocaba.
 Asi son todos los necios,
 A cuanto ignoran se lanzan ;
 Lo que les importa olvidan,
 Y solo el desprecio ganan.

Y mientras en la rebelion
 Ella á Don Juan empeñaba,
 Enamorado Don Pedro
 Se volvía para España.

En oculto gabinete
 De la habitacion de Elvira
 A deshora de la noche
 Con ella Don Juan platicaba.
 Y aunque él no entiende palabra
 De su enredada política,

Porque la adora fanático,
A cuanto exige se obliga.

D. Elvira. ¿Lo entendéis, Don Juan?

D. Juan. Sí á fé.

D. Elvira. Lo entendiera un escolar.

De todo se os ha de dar
El cuándo, el cómo, y porqué.

D. Juan. Yo, Elvira, soy un soldado,
Que entre soldados metido
Nunca otra cosa he sabido
Que combatir como honrado.
Desde muy niño os amé,
Y como os juzgué perdida,
En poner fin á mi vida
Como soldado pensé.

Hoy otra vez me llamais
En secreto á vuestro lado,
Y siento no haber cambiado
De sér como vos cambiais.
¿Qué quereis? Si no sé mas
Que amaros y combatir,
Así me habeis de admitir,
O habeis de volver atrás.

D. Elvira. Así os quiero : que á fé mia
Que cortesanos amores
Son solo amaños traidores
Para vencer algun día.

Yo os quiero, Don Juan, así,
Porque me basta un galan
A quien servir con afan
Y de algo me sirva á mí.

D. Juan. Cuanto lo hayais meditado,
Cuanto la suerte os ayuda
Está bien claro sin duda :
¿Pero á qué me habeis llamado?

D. Elvira. Bien se conoce, por Dios,
Que sois un soldado bueno :
El plan es, Don Juan, ajeno,
Lo que os manden hareis vos.

D. Juan. ¿Y quereis que yo consienta
Que á la primera demanda...

D. Elvira. Cuando Elvira es quien os
manda,
Obedecerla os va en cuenta.
Pues ella arriesga en un día
Cuanto vale y cuanto tiene,
A vos, Don Juan, os conviene
Fiar causa que ella fia.
¿O no la amais?

D. Juan. ¡ Por los cielos !
¿Dudarais de mi cariño
Cuando por vos desde niño
Estoy muriendo de zelos?
¿Pensais que la injusta ley
De una opinion me amedrente,
Cuando por vos solamente
Soy desleal á mi rey?

D. Elvira. Así os quiero : así va bien
¿Pensais que sobran ahora
Vuestros castillos de Illora,
De Mentilla y de Jaen?

Vos, Don Juan, sois un valiente
Y un honrado castellano,
Mas no habeis de cortesano
Ni un cabello solamente.
Con que dejasos guiar
Por quien sabe mas que vos,
Y así podremos los dos
Hasta la orilla llegar.
Vuestra madre, ya lo sé,
Con vuestro amor se disgusta.

D. Juan. Sin duda, Elvira, la asusta
Que comprometais mi fé.
Siempre de los comuneros
Fué enemiga.

D. Elvira. Sí, lo ha sido ;
Mas ya habeis, Don Juan, salido
De la niñez ; y os da fueros
Para obrar á vuestro antojo
La ley.

D. Juan. Si que me los da :
Mas mi madre...

D. Elvira. Callará
Si logramos nuestro arrojo.
¿Disponéis de mucha gente?

D. Juan. De hasta unas cincuenta lanzas.

D. Elvira. ¿Y son gente de esperanzas?

D. Juan. Aguerriada y obediente.

D. Elvira. ¿Y las teneis muy distantes?

D. Juan. Traerlas mañana puedo.

D. Elvira. Pues cuidad de que en Toledo
No os vean curiosos antes.
No salgais, Don Juan, de día
Y esperad á mi mandato ;
Si pudiera un mentecato
Sospecharlo, nos perdia.
Mas siento gente : aqui entrad.
Espero á un hombre que puede
Cuando todo en sombra quede
Sacaros de la ciudad.
Por esa escala moruna
A una torre vais á dar,
Y alli podeis esperar
Ocasión mas oportuna.

—
Y así diciendo, mostróle
Una entrada Doña Elvira
Por dó guiaba á la torre
La escusada escalerilla.
Y oyendo seña secreta
Que por la opuesta la hacian,
Abrió, y dió paso á un tercero,
Siguiendo la escena misma.
Era el tal un hombre viejo,

Cuyo exterior parecía
De soldado y mercader
Composicion peregrina.
Negra y cumplida una capa
Todo su cuerpo envolvía,
Mostrándose bajo de ella
El espadon de su cinta.
Y nadie acaso mirándole
Asegurar osaría
Si era sangriento bandido
O usurero prestamista :
Pues en su torvo semblante
A un mismo tiempo se pintan
La audacia de bandolero
Y el temor de quien conspira.
Saludó brusco á la dama
Que á adelantarse le invita,
Y plática tal trabóse
Entre aquel hombre y Elvira.

D. Elvira. Entrad.

El hombre. Dios os guarde.

D. Elvira. Gabriel, bien venido.

Venis azorado.

Gabriel. Sí, á fé.

D. Elvira. ¿Qué teneis?

Gabriel. Tal vez no nos pierde por poco un descuido.

Mas no ha sido nada.

D. Elvira. ¿Por Dios que acabéis!

Gabriel. Apenas volvia la calle tortuosa,

Que entrada secreta nos da al callejon,

La huella de un hombre sentí recelosa :

La faz con la capa cubri á precaucion.

Seguí decidido, mas frente por frente

Con un embozado maldito me di.

Miró, recatéme, seguí indiferente,

Paróse, y á poco volvió tras de mi.

D. Elvira. ¡Dios mio!

Gabriel. Yo astuto, temiendo que un corte

Me diera al camino, la esquina gané;

Hallé apresurado el oculto resorte,

Deshice en la sombra mi sombra y entré.

D. Elvira. ¿Mas no conocisteis...?

Gabriel. Algun hidalguillo

Que habrá á mis hermanos pedido, á pagar

Con un vinculejo ó mohoso castillo

Y al paso me pudo por otro tomar.

D. Elvira. ¿Mas dar con la puerta pudiera?

Gabriel. Imposible...

Vi que sin sospecha adelante pasó.

¿Mas qué hay de aquel hombre?

D. Elvira. Ya está.

Gabriel. ¿Y es posible

Que fiel...

D. Elvira. Como un muerto.

Gabriel. Tal le quiero yo.

¿Y es hombre...?

D. Elvira. Bizarro.

Gabriel. ¿Su gente?

D. Elvira. Segura.

Gabriel. ¿Y cuándo...?

D. Elvira. Mañana podrá estar aquí,

Con tal que la noche con nieblas oscura

Le ayude al secreto.

Gabriel. Sin duda que sí.

¿Mas quién me responde...?

D. Elvira. Yo misma.

Gabriel. Adelante.

D. Elvira. Amores me tuvo... niñeces.

Gabriel. ¿Será...?

D. Elvira. Un buen castellano; soldado ignorante,

Que cuanto amorosa le mande lo hará.

Gabriel. Mirad que los necios...

D. Elvira. Son medios muy buenos

Que pueden á planes ajenos servir,

Y luego se apartan cual muebles ajenos.

Gabriel. Pensais cueradamente, verdad á decir.

Mas pronto veamos á ese hombre, que en vano Serános la astucia sin fuerza mayor.

D. Elvira. Veréisle, y con maña traedle á la mano,

Y no olvidéis nunca que el cebo es mi amor.

Abrió la dama á Don Juan

La puerta dó se escondia,

Y anudóse terciando él

La plática interrumpida.

D. Elvira. Don Juan, llegó ya el momento

De probar vuestra aficion,

Que abriros mi corazon

Esta misma noche intento.

Delante de vos teneis

Quien órdenes os dará

Y las puertas abrirá

A las lanzas que traéis.

Con él lo tratareis todo,

Y pues que sois tan mi amigo,

Tratar con él ó conmigo

Del caso es lo mismo todo.

D. Juan. No hay cosa, señora mia,

Que yo no arriesgue por vos;

Mas pluguierame, por Dios,

Otra mejor compañía.

D. Elvira. Mas si firme en vuestro amor

Como me decís me amais,

Que en sus manos os pongais

Paréceme lo mejor.

D. Juan. Si el fin habeis de ser vos,

Me pongo sin vacilar,

Y si en ello he de pecar

Que me lo perdone Dios.

Gabriel. ¡Sandio de él! Razon tenia
La Elvira.) ¿Sabreis decir
En cuánto tiempo venir
Vuestra gente aquí podría?

D. Juan. Dentro de veinte y cuatro horas,
Aunque hubieran de asaltar
Las murallas para entrar.

Gabriel. Como salgan vencedoras
Vuestras lanzas, aseguro
Que podrá cada soldado
Llevar el sable colgado
En cadena de oro puro.

D. Juan. Y no les vendrá muy mal,
Porque las contribuciones
Hacen que de sus raciones
Deba un mes á cada cual.

Gabriel. Dos les daré adelantados,
Y pagaré el que debéis.

D. Juan. Y os juro que bien hareis;
Que dineros dan soldados.

—
Hablaron unos momentos

La dama y el prestamista,
Y volviéronse á Don Juan
Con irónica sonrisa.

Elvira. (A *Gabriel.*) ¿Me entendeis?

Gabriel. (A *Elvira.*) Está muy bien.
¿No os parece á vos, Don Juan,
Que si presa al leon le dan
Tomará la que le den?

D. Juan. De esas razones no entiendo,
Buen viejo, y á todo andar
Yo me ofrezco á pelear,
Lo demas os lo encomiendo.
Y solo una condicion
Pongo.

Gabriel. Podéisla decir.

D. Juan. Es que tengo de reñir
Cara á cara, y no á traicion.

Gabriel. ¡Oh! solo tendreis que hacer
Centinela un poco larga,
Y á lo más dar una carga
Si es que se osan defender.

D. Juan. Eso sí.

D. Elvira. Y por premio de ello,
Si es que me dejais contenta...

D. Juan. Esa esperanza me alienta,
Con que por todo atropello.
Rubor me cuesta decillo,
Mas por vos con mi pesar
La vida pensé pasar
Encerrado en mi castillo.
Vuestra aficion cortesana
Maldiciendo, solamente
Salí á lidiar con mi gente
Por no hacer vida holgazana.

No quise ya ver ni oír
Mas que lanzas y caballos.
Y al cabo con mis vasallos
Como soldado morir.
Direis que este amor silvestre
Mejor estorba que obliga,
Mas necesito ó mi amiga,
O mi compañía ecuestre.
Pues en el campo aun muy niño
Os adoré, no os asombre
Que aunque sin ventajas hombre
Aun os conserve cariño.

D. Elvira. Así os amo yo, Don Juan;
Que á la fin me he convencido
Que vos habeis merecido
Solo mi amoroso afan.
Porque el amor cortesano
Es humo si bien presumo,
Y el vuestro es fuego sin humo
Que quema si está cercano.

Gabriel. Vamos, que el tiempo es preciso

D. Elvira. El cielo, Don Juan, os guarde.

D. Juan. ¿Volveré á veros?

D. Elvira. Mas tarde

Para ello os enviaré aviso.

(A *Gabriel.*)

(¿Elegi bien?)

Gabriel. Lo confieso;
De ese tronco se hace el puente,
Y vadeada la corriente
Le arruina su propio peso.

D. Elvira. Cuidado con que se arruine.

Gabriel. Pues yo le he de fabricar,
Ya veis que le he de dejar
De modo que á caer se incline.

Y dando en estas palabras
Fin á tal conversacion,
Salió *Gabriel*, y tras él,
Don Juan Zamora salió.
Aquel soñando quimeras
De politica ambicion,
Y estotro soñando hazañas
Para conseguir su amor.
¡Mas cuánto los pensamiento
Del hombre efimeros son!
Un soplo del viento puede
Desbarratar el mejor.

—
Por un estrecho postigo
Que da á oscuro callejon,
De casa de Doña Elvira
Salían ambos á dos
Gabriel y Don Juan Zamora,
Con extrema precaucion,
Para no hacer al salir
Innecesario rumor,
Cuando, volviendo la esquina,

Ante ellos se presentó
 Un caballero embozado
 Que les dijo en ronca voz :
 « Sin pasar mas adelante,
 « Muestren, hidalgos, quién son,
 « O cuerpo á cuerpo conmigo
 « En campo aquí mismo sois. »
 Y echando mano al acero
 En medio se colocó
 Del espacio que dejaba
 Entre ellos el callejon.
 Entre los tres un momento
 Grave silencio reinó,
 Que al cabo rompió Gabriel
 Dando tal contestacion :
 « Seais quien fuéreis, buen hombre,
 Necio es tal arrojó en vos,
 Pues está de parte nuestra
 Con la fuerza la razon.
 — Caballeros, está dicho,
 Repuso el otro : yo estoy
 En guardar ese postigo,
 Pues interesa á mi honor.
 — Ved que os podeis engañar.
 — Mirad que conozco yo
 Toda la gente que habita
 Esta casa ; y si no sois
 O amigos, ó deudos de ella,
 Contrarios en conclusion
 Sois míos : con que mostraos,
 U os doy por tales sinó.
 — Como querais, » Don Juan dijo ;
 Y asiendo de su espadon
 Para el embozado fué,
 Que á tajos le recibió.
 Siguióle Gabriel á poco
 Con la pérfida intencion
 De embestirle de repente
 Fingiéndose mediador.
 Mas el caballero incógnito,
 Conociendo la traicion,
 Y siendo sin duda ducho
 En tales lances, se echó
 Contra la tapia, quedando
 Cara á cara con los dos.
 Don Juan se bate hartó bien,
 Que es muy diestro reñidor ;
 Y lo que en seso le falta,
 Le sobra en el corazon.
 El tiempo de acometerle
 Gabriel aguarda traidor,
 Cuando le tenga en apuro
 De Don Juan la decision.
 Mas vano, pese á su astucia,
 El intento le salió,
 Porque es mucha la destreza
 Del osado retador.
 Y en el momento en que acaso

Toca cerca la ocasion,
 Un buen tajo de reves
 La muñeca le alcanzó.
 Soltó Gabriel un ¡ ay ! ronco
 Al repentino dolor,
 Volvió Don Juan la cabeza,
 Pero tiempo no le dió
 El bravo desconocido
 Para entender la razon
 De su grito, porque el pecho
 Atravesado sintió.
 De una distraccion el punto
 Aprovechando veloz
 Metióse á fondo el incógnito
 Y en tierra á Don Juan tendió
 Reinó el silencio un momento,
 Pero al alarmante són
 De los gritos de Gabriel
 El barrio se alborotó.
 Asomaron por las rejas
 Ya una antorcha, ya un farol,
 Diciendo diversas voces :
 « Al asesino. — Al ladron. »
 Y una rápida mirada
 Al caballero bastó
 Para ver que era Don Juan
 Víctima de su valor.
 Echóse pues al postigo
 Por donde salir los vió,
 Mas encontrando cerrado
 Por dentro el grueso porton
 Y ya de cerca sintiendo
 De armas y gentes rumor,
 Con rapidez silenciosa
 La opuesta esquina ganó.

De política aquí, lector querido,
 La narracion cansada interrumpamos,
 Y del cuento en mis libros prometido
 A la historia mas plácida volvamos.
 Tan larga introduccion precisa ha sido
 Para que desde aquí nos entendamos,
 Pues anudado á ello lo restante,
 Sigue mi tradicion de aquí adelante.

En una granja, que las ondas riegan
 Del espumoso Tajo, y dó los daños
 De la revuelta popular no llegan,
 Doña Inés de Zamora hace dos años
 Que vive retirada
 De mundanos placeres olvidada.
 Viuda de un caballero
 De ilustrísima cuna,
 Madre no mas de un jóven heredero,
 Y dueña de una pródiga fortuna,
 Sus bienes administra rectamente,

Y cuida el porvenir del hijo ausente.
 Noble matrona de costumbres puras
 Y pensamientos graves,
 Da gracias al Señor por sus venturas,
 Y él de su corazón tiene las llaves :
 Y de su hijo el amor tan solamente
 Entra en su corazón, vive en su mente.
 El hijo, como hidalgo
 Y en la opulencia y el poder nacido,
 Pues es forzoso que se ocupe en algo,
 Sus vasallos valiente ha reunido,
 Y en el distrito de su misma tierra
 A favor de su rey hace la guerra.
 Pérfidas campañas,
 Y torpe inesperancia,
 Malearon tal vez, hace ya días,
 La política fé de su conciencia :
 Y acaso indignos de él, necios amores
 Le aprestan venideros sinsabores.
 Doña Inés no lo ignora,
 Y aunque mil veces le advirtió severa
 El precipicio adonde va, le adora;
 Y de los años y experiencia espera
 Que visto de su amor el desatino
 Entre de su deber en el camino.
 En la fé de sus padres educada
 Y ciega lealtad de sus mayores,
 Teme que su alma jóven conquistada
 Por los principios sea innovadores,
 Y engañado su hijo acaso olvide
 Lo que su religion y rey le pide.
 Y en este pensamiento embebecida
 Estaba como siempre, en aposento
 De su alquería oculto, y combatida
 Tal vez por interior presentimiento,
 Cuando dentro escuchó de su alquería
 Confuso estruendo, y sorda gritería.
 De su fiel mayordomo en tono recio
 Oyó la voz que á alguno amenazaba;
 Y otra que desconoce, y con desprecio,
 A sus justas preguntas contestaba,
 Y abriendo de su cámara la puerta,
 Salió á ver del rumor la causa cierta.
 En los hombros sin capa, sin sombrero
 En la cabeza, y agua destilando
 De sus ropas, hallóse á un caballero
 Con sus fieles sirvientes disputando;
 Mas el supuesto de estos desmentía
 Su traje militar y gallardía.
 « ¿Qué es esto? preguntó la noble viuda.
 — Desventuras, señora,
 De un amante infeliz á quien no ayuda
 Ni el cielo, ni la ingrata á quien adora,
 Respondió el caballero
 En tono de dolor, triste y severo.
 — Veo que sois hidalgo en vuestro porte
 Y arreo militar; mi esposo en vida
 Lo fué tambien y frecuentó la corte.

Vuestro afán decid pues, y si salida
 Puede dar una dama á vuestro apuro
 De mi escaso favor estad seguro.
 — A solas ha de ser porque aventuras
 De nobles caballeros
 No fio mucho yo que esten seguras
 En lenguas de pecheros;
 Y acaso serán tales
 Que á quien me ayude ser podrán fatales.
 — Despejad. » Y saliendo de la estancia
 Dentro de ella con él á su señora
 Dejaron los criados, y á su instancia
 Ella volvió diciendo : « Hablad ahora,
 Señor soldado; vuestro duelo sepa,
 Y fiad en que haré cuanto en mí quepa.
 — Señora, oidme pues : há un año largo
 Que con mi rey parti para Alemania
 Al lado suyo con honroso cargo;
 Y una ingrata muger dejé en España
 Por quien ciego de amor lloré al partirme,
 Jurándola volver al despedirme.
 Mas mudóla mi ausencia; y un amigo
 Que desde la niñez me fué constante,
 Del hecho me escribió como testigo
 Que ocupó mi lugar pronto otro amante;
 Y que en tramas políticas metida
 Su suerte á la política va unida :
 Y otras razones mil, señora, escuso,
 Pues de vuestra atención veo que abuso.
 Volvíme á España enamorado y ciego
 De zelos y furor, mas esperando
 En volver á encender su amante fuego,
 Y aun á mi amigo crédito negando :
 Llegué á Toledo, y por los propios ojos
 La razón quise ver de mis enojos :
 De las nocturnas sombras al abrigo,
 Entré en su calle y espí en su casa.
 Señora, perdonad si esto que os digo
 Aun los ojos en lágrimas me arrasa.
 — Seguid.

— Vi las ventanas de su cuarto :
 Mas verlas ¡ay de mí! pesóme harto.
 Las sombras vi cruzar tras los cristales
 De un hombre que con ella platicaba,
 Y noté para colmo de mis males
 Que un embozado la mansion rondaba
 Y en ella por postigo entró secreto
 Que en mi ausencia se abrió : y ¡ay! ¿con qué
 objeto?
 En un oscuro callejon desierto
 Les esperé gran trecho, y aguardara
 Años cabales hasta verle abierto,
 Y hasta que tal infamia ver lograra :
 Parecieron por fin dos juntamente,
 Y atajélos el paso airadamente.
 Yo no sé qué les dije, mas fui breve,
 Y mi enojo no bien satisfaciendo
 (Como á todo un zeloso audaz se atreve)

A estocadas con ambos emprendiendo,
Ya fuera mi razon, ya fuera el arte,
A uno de ellos pasó de parte á parte.
— ¡Desdichado de vos!

— Estoy muy cierto

De que yace sin vida :
Mas las voces del vivo junto al muerto
Trajeron gente, y apeló á la huida.
Mas sin duda mi pérfido destino
Les marcó en las tinieblas mi camino.
— ¿Os siguen?

— Sí; corri sin guia alguna;

Pero vi que era inútil mi trabajo,
Y que me abandonaba la fortuna,
Cuando á la orilla me encontré del Tajo.
La justicia detrás y este delante;
Muerte por muerte la elegi al instante.
Al agua me arrojé desesperado,
Y sacóme mi esfuerzo á la otra orilla,
Mas al tocarla, en el opuesto lado
Vi llegar de corchetes la cuadrilla.
Por las peñas trepé, y á esta alqueria
Llegué por fin. — Tal es la historia mia.
Ahora, si noble sois, si habeis amado
Algun dia, señora,
Por cuanto hayais en vida idolatrado
No me desampareis en esta hora;
Ved que es ciega la furia de los zelos,
Y vuestra compasion premien los cielos.
— ¿Al muerto conocéis?

— No.

— Fue un arrojo;

Mas no temais, que si el Señor me auxilia
Salvo seréis, y lograré el enojo
Callar y la razon de su familia.
Venid, voy á ocultaros diligente,
Que tal vez oigo ya rumor de gente.
Dineros os daré con un caballo;
Partid en cuanto partan por opuesto
Camino, y medio tomaré si le hallo
Para apartar de vos fin tan funesto.
Venid; pues que flais en mi nobleza,
No burlaré por Dios vuestra franqueza. »

Y hablando así la viuda generosa,
En camarín secreto le escondia
Mientras entraba en turba tumultuosa
La justicia del rey, por su alqueria.

—
Con grandes voces se meten
Por los cuartos adelante
Los corchetes y ronderos
Con antorchas y con sables.
« ¡Hacia aquí tomó camino!
¡Aquí debió de ampararse!
¡No quede un rincón por verse!
Muchachos, ¡que no se escape! »

Esto en varias direcciones
Se oia por todas partes
Y á pretesto de justicia
Se aprestaban al pillage.
Hormigueaban los curiosos
Y los valientes que salen
A ayudar á los que vencen
Sin que los avise nadie.
Ya por la atrevida turba
Empezaba á susurrarse
Si son ó no comuneros
Los dueños de aquel parage.
Y ya entre ellos empezaba
El caso á comentariarse
Diciendo que el muerto es noble
Y de las tropas reales,
Y pues que aquí dan amparo
Al que logró asesinarle,
Traidores son y rebeldes
Los que allí capa le hacen.
Y comenzaban con esto
Los villanos á arrimarse
A los objetos que vian
De peso y trasporte fácil.
Ya con voces imperiosas
Alborotaba el alcalde
Con lo de « entregarle al rey; »
Cuando de él mismo delante
Por dentro abriendo una puerta
Doña Inés salió á atajarle
Vistiendo luto y cercada
De domésticos y pages.
Al ver su bizarro porte
Y su severo semblante
Tuvieronse respetuosos
Y ella rompió en voces tales :
« ¿Qué busca el rey en mi casa?
¿Porqué tanta gente trae
Cual si fuera mi alqueria
Castillo que va á asaltarse?
¿Desde cuándo se acostumbra
Que así á los nobles se trate,
Y en el nombre de las leyes
Sus aposentos se allanen?
La justicia en hora buena,
En nombre del rey, que pase;
Mas los villanos del vulgo
Que se esperen en la calle.
Señor golilla, al momento
Esa gente despejadme,
Porque desde vos abajo
No he de responder á nadie. »
Quedó el alcalde aturdido
De repente al encontrarse
Con una noble matrona
Donde supuso jayanes.
Y haciendo salir la gente
Con ella á solas quedándose,

En tono de desagravio
Empezó por « perdonadme... »
Mas la generosa dama
Interrumpióle la frase
Diciendo : « Oigo á la justicia :

¿Qué tiene el rey que mandarme?

— Un asesino, señora,
Que ha conseguido fugarse
Vadeando el río, esconderse
Debe por estos parages.

— Supongo que la justicia
Tan poco honor no me hace
Que crea que yo le oculto
Contra el rey por auxiliarle.

— Señora...

— Podeis entrar

Mis cámaras adelante,
Y prender á ese asesino
Donde quiera que le hallareis.

— Me basta vuestra palabra :
Vuestro nombre y vuestra sangre
Conozco, y en quien sois vos
Tamaño crimen no cabe ;
Mas teneis muchos criados ;
Sus aposentos dejadme
Mirar por si alguno de ellos
Es conocedor del lance.

— Todos son criados viejos,
De quien salgo responsable,
Mas cumplid vuestro deber
Como quiera que gustareis.
La casa tiene bodegas,
Y horno, y pajar, y corrales ;
Registrad una por una
Sus divisiones, alcalde. »
Partió el golilla por obra
A ponerlo, y saludándole
Gravemente Doña Inés,
Volvió en su cuarto á encerrarse

—

Mientras abajo el alcalde
La casa revuelve toda
Y registrando las cuadras
Va pasando de una en otra,
Doña Inés, en su aposento
Con el caballero á solas,
De esta manera le dice
Con baja voz cautelosa :
« Tomad, caballero, ese oro,
Que os bastará por ahora
Para poner con la fuga
En cobro vuestra persona.
Un potro abajo os aguarda
Que os sacará en pocas horas
Del alcance de las leyes :
Buscad tierra que os esconda,
Que yo quedo tras de vos.

Mas decidme por la honra
De vuestra fama, ¿ le heristeis
En liza leal?

— Señora,

Pedro de Guzman me llamo,
Y nunca en lid alevisa
Tomaron parte Guzmanes.
— Con vuestro nombre me sobra,
Guzman; por un asesino
Preguntaron, y mi boca
No mintió cuando os negaba,
Ni obré de la ley en contra.
— Señora, podeis jurarlo
Sobre las sagradas hojas
Del Evangelio, le he muerto
Cara á cara, y sin dolosa
Estratagema ó ventaja
Que me fuera valedora ;
Dos eran en contra mía ;
Ved si la razon me abona.
— Está bien ; y pues la casa
Ya esas gentes abandonan,
Partid por el lado opuesto,
Guzman, y el ciclo os acorra.
— Y si algun dia...

— Ya basta,

Partid.

— A Dios pues, señora. »

—

Con una mano en la llave
Y una lámpara en la otra
Delante del caballero
La dama á guiarle pronta,
Envuelta en cumplida capa
La descompuesta persona,
Pronto á seguir el hidalgo
A su noble bienhechora,
Sin movimiento quedaron
Ambos á dos, tumultuosas
Voces oyendo en el patio
Sin que la razon conozcan.
Ayes y gritos de espanto
Y maldiciones rabiosas
Al mismo tiempo escuchaban,
Y conocen que se agolpa
La gente otra vez, pues oyen
De las pisadas monótonas
El rumor que va creciendo
Y del murmullo la ronca
Armonía; y por los vidrios
Ven crecer de las antorchas
La luz que ilumina el patio
Dó pasa la escena incógnita.
« ¿Qué es esto? dijo la dama.
— Sábelo Dios, en voz sorda,
La contestó el caballero,
Presas de angustia recóndita.

— Esperad, » añadió ella;
 Y acudiendo temerosa
 A un corredor que da al patio
 Por la ventana se asoma.
 Dió un grito que heló en las venas
 De Guzman su sangre toda.
 Diciendo : « Es él... ¡hijo mio! »
 La desdichada matrona.
 Corrió el caballero ansioso
 A la vidriera, y la atónita
 Mirada al patio tendiendo
 Vió su desventura toda.
 En hombros de los criados
 De la ancha herida en la boca
 Brotando aun la roja sangre,
 Yace Don Juan de Zamora,
 Y de su trage y su rostro
 Por las señas que le toma
 Con ojos desencajados
 De las inmóviles órbitas,
 Reconoce el de Guzman
 En el mancebo á quien lloran
 El mismo á quien en la calle
 Mató por su mano propia.
 Cayó en un sillón la viuda
 Bajo el dolor que la agobia,
 De amargo llanto en los ojos
 Con dos abrasadas gotas,
 Y de rodillas ante ella
 Cayó en silencio en la alfombra
 El matador caballero,
 Víctima á inmolarse pronta.
 « ¿Qué haceis? le dijo la dama
 Así mirándole absorta.
 — Matadme, » dijo Guzman;
 Y en esta palabra sola
 Comprendiendo por entero
 Aquella trágica historia,
 « ¡Maldito seas! » le dijo
 La horrorizada matrona.
 Duró un momento el silencio
 De aquesta escena angustiada,
 Que al fin rompió el caballero
 Con voz apenada y cóncava
 Diciéndola : « Dios lo quiere :
 Cumplid con su ley, señora,
 Y entregadme á la justicia,
 Pues en sus manos me arroja.
 — Si, sí, repuso la dama
 Desatinada y furiosa
 Levantándose : es muy justo,
 Y cualquier pena es muy corta
 Para tamaño delito ;
 Caiga en tí su sangre toda. »
 Y al corredor dirigióse
 Para ponerlo por obra.
 Mas túvose de repente,
 Y con calma, aunque en faz torva,

Dijole : « Jamás un noble
 Recuerda lo que perdona.
 Caballero, levantaos ;
 La vista consoladora
 De ese santo crucifijo
 En el corazon me toca ;
 Pues os amparé ignorando
 Vuestra culpa y mi congoja,
 No es justo que conociéndolas
 Os abandone traidora.
 En nombre de Jesucristo,
 Que dió su vida en el Gólgota
 Por salvarnos á los dos,
 Id libre, Guzman.

— Señora...

— Id, y que en cuenta me tome
 Resolución tan heroica,
 Al llamarme ante su juicio
 En mi postrimera hora. »

Atónito el caballero
 Quiso hablar, mas imperiosa
 Abrió la dama la puerta
 Que fuga le brinda cómoda,
 Y mostrando con un gesto
 Una escalerilla lóbrega,
 Tomóla, asiendo la lámpara,
 Y el caballero siguióla.

—

Volvió á los pocos momentos
 Pálida y acongojada,
 Y cayendo arrodillada
 Ante la imágen de Dios,
 Esclamó, oyendo á Don Pedro
 Que escapaba á toda brida :
 « Señor, si ese hombre lo olvida,
 Tenédmelo en cuenta vos. »

—

Todo lo devora el tiempo :
 Todo ; y el bien como el mal,
 Como el vicio la virtud
 Se hunden en su oscuridad.
 Todo se borra y se olvida,
 Todo al cabo viene á dar
 En la sima del silencio,
 En el caos de la edad.
 No porque la noble viuda
 Pudiera olvidar jamás
 Al hijo de sus entrañas,
 Al desdichado Don Juan.
 No ¡por Dios! en su hora última
 Luchando el alma tenaz
 Por desasirse del cuerpo
 Fué este su postrer afán.
 Mas del hijo y de la madre
 Ninguno respira ya,

Que á aquel le mató Don Pedro
 Y á esta la mató el pesar.
 Mas queda el autor del duelo,
 Y años trascurridos van
 Desde aquella horrible noche ;
 Y aquel suceso fatal,
 Y aquel perdon que debió
 Del cielo á la gran piedad,
 ¿Quién sabe si en su memoria
 Borrados al cabo están ?
 ¿Quién sabe si los recuerda
 Como una aventura mas
 De su existencia azarosa,
 De su vida militar ?
 Tal vez : á la corte vuelto
 Tras largos años Guzman,
 Ni de Toledo se acuerda,
 Ni pensó en volver allá.
 De todo el mundo ignorada
 La mano que oculta audaz
 Causó la muerte de un hombre
 Provocándole á lid tal,
 Preséntase por dó quiera
 Don Pedro, y dó quier que va
 Recibido es cual merece
 Caballero tan cabal.
 Bien mirado por su rey,
 De grandes en amistad,
 Sin mas familia allegada,
 Ni deudos por quien mirar
 Que un mozo de quince abriles,
 Hermano suyo carnal,
 Con buen humor, libre tiempo
 Y oro largo que gastar,
 Se encuentra en el apogeo
 De la dicha mundanal ;
 Y dicen los que le tratan :
 ¡ Dichoso es el tal Guzman !

—
 Y si no lo es, vive Dios
 Que lo sabe aparentar,
 Porque es la vida que lleva
 Un continuo carnaval.
 Siempre de un festin en otro
 Va pasando sin cesar :
 O amigos se los aprestan,
 O él á amigos se los da.
 Las damas de mas belleza
 Le quieren por lo galan,
 Los hombres mas envidiosos
 Por lo franco y liberal.
 Nadie tiene mas apuros
 Ni aventuras que contar,
 Nadie mas oro prestado
 Que nunca cobrar podrá ;
 Mas nadie tiene un amigo
 Mas sincero y mas leal,

Ni á nadie se halla mas pronto
 En cualquier necesidad.
 Salúdanle los mendigos
 Con silencioso ademan,
 Porque saben ya que en él
 Es no tener el no dar.
 Y como en gastar dineros
 No va nunca mas allá
 De lo que pueden sus rentas,
 Vive sin necesitar
 Pedir lo que dió prestado
 A sus amigos, lo cual
 Hace que eterna le guarden
 Incólume su amistad.
 Envidianle los soldados
 Su brio y porte marcial,
 Y los cortesanos todos
 Su noble afabilidad.
 Recibe su hermano de él
 Educacion bien cabal,
 Mas como la suya propia,
 Educacion militar.
 Las armas y los caballos
 Predileccion especial
 Gozan en ánimo de ambos,
 Y las fiestas de lidiar.
 Los toros son y las cañas
 Su diversion familiar.
 La caza y el ejercicio
 Su remedio universal
 Para matar el fastidio,
 Y el dolor para calmar.
 Y como en tales recreos
 Aliciente es principal
 La compañía de gentes
 De activa jovialidad,
 Todos sus amigos se hacen
 Alegres hasta cansar,
 Y á prestarles compañía
 Todos dispuestos están.
 Don Pedro, que hombre es de mundo
 Y de mente perspicaz,
 Lo ve, lo calla y lo aprecia
 En lo que vale no mas :
 Mas no Don Felix su hermano,
 Que el mundo conoce mal,
 Y aun en la amistad se fia
 Y fia en la lealtad
 De cuantos quieren venderle
 Un cariño fraternal.
 Y aunque sus potros le montan
 Y usan sus armas y van
 A todas partes con él,
 De él dejándose obsequiar,
 Ni interés sospecha en ellos,
 Porque de él es incapaz,
 Ni sus frases con sus obras
 Pondera en balanza igual.

Y este fué su paso en vago,
Este el impulso no mas
Que á triste fin le condujo
Con violencia fatal.

Alto, robusto y de gentil talante,
Aunque apenas aun le apunta el bozo,
Es, franco de alma, y de jovial semblante,
Don Felix de Guzman un bravo mozo.
Sencillo en el vestir, mas ataviado
De la corte á la usanza,
De las damas alcanza
Tal vez favores, y en secreto amado
Es de alguna beldad, sin esperanza.
Tal vez pagado él mismo
De su belleza juvenil, aspira
A un imposible amor que loco admira
A través de dorado idealismo.
Doña Ana de Alarcon, noble doncella,
Es en su corazon la preferida;
Mas esta, desdichada cuanto bella,
A un Milanés muy noble prometida
Por su familia está, por lazo que ate
Políticas discordias elegida,
Aunque la fuerza del dolor la mate.
Hombre es el Milanés en tramas ducho,
Y hay quien le juzga de su patria huído,
Y que ocultos amaños ha traído
Y en favor de Milan maquina mucho.
Bien recibido de la corte se halla,
Gasta con profusion, y que no tiene
Con el gobierno en sus antojos valla
Dicen, y se susurra por lo bajo
Que mucho á España su amistad conviene,
Aunque cuesta creerlo harto trabajo.
Don Felix, á quien nadie da pavora,
Y que en el Milanés ve solamente
Una cualquier humana criatura,
Va adelante en su amor, harto imprudente.
Y prudente anduviera
Si á sí mismo no mas se lo fiara
Y á su lengua pusiera
Un candado, que á fé que lo acertara.
Mas tenia un amigo
De quien fiaba sus secretos todos,
Que era de él como eterno compañero
Sabedor de sus hechos ó testigo.
Jóven como él, como él sin esperiencia,
De otros varios fiaba sus secretos
Y los del buen don Felix. ¡Imprudencia
A que están muchos jóvenes sujetos!
Contaba pues sus necios amorios
É inventaba amorosas aventuras,
Y entre sus mal traguados desvarios
Contaba de Don Felix las aventuras;
Contaba de una dama misteriosa
Las encubiertas citas,

Y contaba en la noche silenciosa
Del dichoso Don Felix las visitas.
Contaba, como él solo
El compañero de esas citas era,
Y en la inmediata calle
Por si lance fatal aconteciera,
Por acaso ó por dolo,
Quedaba las espaldas á guardalle.
Y aunque jamás nombraba la persona
A quien Don Felix por la reja hablaba,
En tan nimias señales se paraba
Que á poco que el discreto discurría
Por el sitio y las señas que citaba,
La casa de Doña Ana conocía.
Y sabedor en tanto del suceso
A él nada mas, Don Felix suponía,
Y de franqueza le perdió el esceso.

Que en una lóbrega noche
En que las nieblas ofuscan
La opaca luz que la prestan
Las estrellas y la luna;
De esas noches en que el aire
Con sordas ráfagas zumba
Por las esquinas rasgándose
Y por las torres agudas;
De esas noches que parece
Que en hondo caos sepultan
Al universo dormido,
Y el cielo y la tierra enlutan;
De esas noches que recuerdan
Las espantosas y absurdas
Consejas de las nodrizas
Con que á los niños asustan:
Noches que traen á la mente
Los concilios de las brujas,
Los conjuros de los magos
Y las sombras insepultas:
Como tales en silencio,
A pasos rápidos cruzan
Don Felix y el necio amigo
Una callejuela oscura
De la calle de Doña Ana,
Y del real palacio junta.
En silencio van los dos:
Porque á los dos les ocupan
Melancólicas ideas,
Cual no las tuvieron nunca.
«¿Sabes lo que pienso, Felix?
Dijo al pararse en la última
Esquina el otro.
—¿Qué piensas?
Replicó Felix.
—Que es mucha
Necedad ir esta noche
De nuestra Doña Ana en busca.

— ¿Porqué?

— Porque es imposible

Que ella á la ventana acuda.

— ¿Porqué?

— Porque supondrá

Que con legitima escusa

No vendrás en una noche

En que formidables luchan

Airados los elementos.

— Y no lo yerras sin duda;

Mas ya que estamos aqui,

Volvemos tambien en suma

Sin ver si sale ó no sale

Tambien fuera en mi locura.

— Como quieras.

— En tu sitio

Queda pues.

— Felix, escucha :

¿ Ves allí un bulto parado?

— Qué, ¿ tienes miedo?

— ¿ Te burlas,

Felix?

— No; mas como veo

Que ese embozado te turba...

— Dejémosle que se aparte.

— Juzgo cosa mas segura

Que le hagamos apartar.

— ¿ A la fuerza?

— ¿ Qué pregunta!

Si no se aparta de grado

A ella es fuerza que recurra.

— Vamos pues.

— Tú queda inmóvil,

Que no necesito ayuda.

— Entiendo.»

Y así diciendo,

Fuése con planta segura

Don Felix al embozado,

Que de situacion no muda.

Paróse á tres pasos de él,

Y con gentil apostura

Dirigióle estas palabras

Con voz ajena de injuria :

« Hidalgo, si grave empeño

Tal vez no os lo dificulta,

Dejadme libre un momento

La calle.

— ¿ Y qué es lo que busca

En ella vuestra merced?

— Busco una casa.

— ¿ La suya

Tal vez?

— Estime el hidalgo

La cortesía que se usa

Con él, y responda atento,

Que mi paciencia se apura.

— Perdone el buen caballero.

Y eche adelante si gusta.

— Es que os habeis de apartar.

— Si haré.

— Gracias.»

Hizo punta

El embozado hácia arriba,

Tomando en la calle ruta :

Y echó hácia abajo Don Felix

Hasta ver por las junturas

De la reja de Doña Ana

La luz que en el cuarto alumbraba.

Pasó por frente á la reja,

Volvió á pasar, hizo en suma

Para llamar su atencion

Cuanto no fuera hacer pública

Con la presencia de un hombre

De Doña Ana la conducta;

Mas ni se abrió la ventana,

Ni se oyó señal alguna.

Ya el corazon se le prensa

De los zelos con la furia,

Ya negros y pavorosos

Presentimientos le turban,

Y ya dudaba afanoso

Entre si era ó no cordura

El volverse ó el quedarse

Hasta que verdad descubra;

Cuando hácia él calle adelante

Vió correr con gran premura

A su amigo que le dice :

« ¡ Huye, Don Felix!

— ¡ Que huya!

¿ De qué?

— El Milanés maldito

Tenia su gente oculta

Para dejarte pasar,

Y con mano mas segura

Encerrado en esta calle

Abrirte en su centro tumba.

— ¿ Estás seguro que es él?

— Sí, Felix, sin duda alguna.

— Ganemos pues la otra esquina,

Que fuera cosa hartó dura

Morir aquí como perros

A las manos de tal chusma.

Pero mañana la mía

Será la primer figura

Que á sus ojos se presente,

Y veremos si su astucia

De su corazon desvía

De mi tizona la punta.

Vamos.»

Y así pronunciando

A alejarse se apresuran.

Mas no bien á la otra esquina

Tocaban, cuando á ellos juntas

Dos espadas se vinieron,

Que toparon con las suyas :

Duró la lid un instante

Y ya vencer se figuran,
 Pues á estocadas los llevan
 Los dos mancebos con furia,
 Cuando corriendo llegaron
 Con las espadas desnudas
 Otros tres por sus espaldas.
 Siguió momentos la lucha
 Como valientes lidiando;
 Mas ¿qué el valor les ayuda
 Donde á traición contra ellos
 Cinco cobardes se juntan?
 Cayó primero Don Felix,
 Y aunque en la tapia se escuda
 Para lidiar cara á cara,
 Los ojos ¡ay! se le anublan
 Con la sangre que derrama
 Y á cuchilladas le abruman.
 Riñó como bravo el otro,
 Mas fué inútil su bravura,
 Pues todos en torno suyo
 Villanamente se agrupan.
 Y al cabo de unos momentos
 Cayó, con heridas muchas,
 De boca, á impulso de un tajó
 Traidor, sentado en la nuca.
 Tomaron la calle arriba
 Los viles, y en voz confusa
 Unos á otros marchando
 Que muertos son se aseguran.

Amanecía apenas
 El inmediato día,
 Cuando sus horas de quietud serenas
 A Don Pedro Guzman interrumpia
 Siniestra y tumultuosa vocería.
 De su casa en la puerta
 Con alabadas dobles,
 A cuyo impulso sus macizos robles
 Resistencia oponian, pero incierta,
 Llamaban tenazmente;
 Y ya tropel juntábase de gente,
 Y ya Don Pedro presto
 Con prisa airada y soñoliento gesto
 Las ropas se vestia,
 Porque ningun doméstico lo hacia.
 Ya de su larga bata
 Las puntas coge y las presillas ata;
 Y al balcon se dirige,
 Cuando un viejo criado
 Que há muchos años que su casa rige
 Llegó á él con semblante desolado.
 « Fermin, ¿qué es lo que pasa
 (Dijo Don Pedro) para ruido tanto,
 Que parece que á hundir se va la casa? »
 Y amargo llanto derramando el viejo
 « No salgais (dijo), por el cielo santo.

— Mas ¿qué pasa? ¿quién es?
 — Es la justicia.
 — ¿Y en mi casa qué quiere?
 — ¡Oh! con vos nada,
 Señor, nada con vos.
 — ¿Pues á quién busca?
 Fermin, sea cualquiera la noticia
 Que al fin me has de decir, por desastrada
 Que sea, dila pronto.
 — ¡Sosegaos, señor!
 — Voto á los cielos
 Que valen mas que el susto tus recelos. »
 Y tal diciendo con airado tono
 Dirigióse á la puerta;
 Mas el viejo Fermin interponiéndose
 Con sollozos le dijo interrumpiéndose:
 « Vuestro hermano, señor, hoy no ha dormido
 Dentro de casa. » Y comprendiendo al puntó
 Don Pedro lo demas, lanzó un gemido
 Arrancado al dolor y la ira junto,
 Y apartando al anciano suplicante,
 Lanzóse por los cuartos adelante.
 Al pié de la escalera
 En hombros de unos hombres compasivos
 Yacia, desgarrando de los vivos
 El corazon, y de su muerte fiera
 Con horrendas señales mutilado
 Don Felix desdichado.
 De siete anchas heridas
 Por las sangrientas bocas
 La vida se le huyó, y compadecidas
 De tan triste espectáculo, pudieran
 En lágrimas romper las duras rocas.
 La horrible escena de dolor y saña
 A que Don Pedro se entregó, sin duda
 Que es á mi pluma estraña:
 Que á periodos poéticos acuda
 Para pintarte con verdad en vano
 Será ¡oh caro lector! llama en tu ayuda
 Tu propio corazon, y pesa el duelo
 Que fuera en él, si un padre ó un hermano
 De modo tal te arrebataja el cielo.
 Con tan grande dolor, con pena tanta
 Don Pedro de Guzman enloquecido,
 Largo rato anudada en su garganta
 Sintió la voz, y se esquivó el sonido.
 Y sobre los despojos
 Del infeliz hermano
 Llanto vertieron sus nublados ojos;
 Trémula y fria separó su mano,
 A su dolor cediendo sus enojos;
 Mas luego que en su mente
 Volvieron á ordenarse las ideas
 Y al corazon ardiente
 Volvió el valor un punto adormecido,
 La centelleante vista de repente
 Tendió por el concurso enmudecido
 Diciendo con acento enronquecido:

« ¿Quién fué el traidor cobarde
 Que en un mancebo imberbe todavía
 De tan salvages iras hizo alarde? »
 Y en derredor tendió fiera mirada
 Guzman, mas nadie le repuso nada.
 « ¿Todos, dijo Don Pedro, aquí lo ignoran?
 ¡ Todos callan! ¡ par diez! ¿ dónde fué muerto?
 ¿ No hallaron la verdad los que le lloran,
 Los que le traen á domicilio cierto?
 ¿ Quién le reconoció? ¿ quién pudo acaso
 De quien le recogió guiar el paso? »
 Volvió á tender en torno su mirada
 Guzman, y nadie le repuso nada.
 Entonces ya con tono descompuesto
 Y semblante iracundo,
 Hijo de su pesar justo y profundo,
 A un alcalde de corte que con gesto
 Impasible y severo le había oído,
 Cuya ronda á su hermano ha recogido,
 Dirigióse Guzman, así diciendo :
 « Amigo soy del rey, y pues tan necia
 En los crímenes anda la justicia,
 Sabrá el rey que su ley se le desprecia,
 Y que el miedo la tuerce ó la malicia. »
 Y volviendo la espalda Guzman, fiero
 Pidió á Fermin su capa con su acero;
 Viendo lo cual el juez tras él echando
 Y á Guzman de los otros apartando
 Dijole : « Oídme pues, buen caballero. »
 Y de la estancia fuera
 Platicaron los dos de esta manera.

D. Pedro. Decid.

Alcalde. Con vuestro hermano

Otro jóven hallé, que al par herido

Fué con Don Felix por la misma mano.

D. Pedro. ¿ Y quién es?

Alcalde. Fué Don Carlos de Aguilera.

D. Pedro. ¿ Murió tambien?

Alcalde. Tambien.

D. Pedro. ¡ Oh! suerte fiera!

Alcalde. Mas vivió lo bastante

Para decir con hábito espirante

Y jurar por la fé de caballero,

Y de la eternidad por el gran paso,

De tan traidor y lastimoso caso

El autor verdadero.

D. Pedro. ¿ Y quién es ¡ vive Dios! señor
 alcalde?

Alc. Antes, Don Pedro, desabersu nombre

Juradme que escondido en vuestro pecho

Le guardareis; que es hombre

Que por bueno pasar puede lo hecho :

Y que al rey solamente

Le habeis de revelar secretamente.

D. Pedro. Sí juro; mas si fuese

El mismo rey, señor alcalde, habría

De hacer justicia en sí, ¡ ó por vida mia!

Que puede que me oyese

Lo que de nadie oír esperaría.

Alcalde. A la venganza yo no os pongo coto;
 Mas si no sois del rey muy grande amigo
 No movais con quien fué mucho alboroto;
 Y esto, Guzman, que os digo,

Lo que os puedo decir es, y es mi voto.

D. Pedro. Mas quién es, acabad.

— Y aquí al oído

De Don Pedro acercándose el alcalde

Dijo, y de nadie pudo ser oído.

Alcalde. El milanés que habita en la
 embajada

De Inglaterra. — Y Don Pedro

Tal nombre oyendo, al lado de la espada

Llevó la mano, y con feroz mirada

« Bien está, dijo al juez: lo entiendo todo. »

Alcalde. ¿ Solo el rey lo sabrá?

D. Pedro.

Solo, y de modo

Que á la historia añadir no podrá nada.

Y los dos apartándose

Para dejar la historia bien redonda

Desde allí cada cual siguió entregándose

Don Pedro á su dolor, y él á su ronda.

Pero puede el discreto

Imaginar, que en calma

No podría encerrar dentro del alma

Don Pedro de Guzman este secreto,

Y que á vueltas y á solas andaría

Mas segura buscando

Del autor de delito tan infando

Fiera venganza, en oportuno día;

Y que el día fatal ruedó aguardando.

Y á la mano en pocos días

La ocasion le vino pronta,

Que quien para el mal la busca

Siempre se la encuentra próxima.

Seguido de un escudero

Por honor de su persona,

Y por ayuda en un caso

De una asechanza traidora,

Por fuera de Recoletos

Una tarde nebulosa

El de Guzman se pasea

Rumiando tristes memorias.

Viasele entre los árboles

Como una siniestra sombra

El monasterio cruzando

Desde una esquina á la otra,

La larga espada en la cinta,

Embozada la persona,

Descolorido el semblante

Y con la mirada torva.

Todo su exterior, en fin,

Revela que su alma á solas

En los cálculosse abisma

De meditaciones hondas,
Y que una idea inmutable
Intima y desoladora
Lastima su inquieta mente
Y el corazon le acongoja.
Piensa en su hermano Don Felix,
Y en la mas fácil y próspera
Ocasión de la venganza
De muerte tan alevosa.

En esto el Prado adelante
Por dos yeguas voladoras
Que le pacieron la grama
Al Guadalquivir en Córdoba,
Arrebatada venia
Sin camino una carroza,
Pues torpe mano á las yeguas
Acosando desbocólas.
Al punto vió la impericia
Guzman, cuya generosa
Sangre á ayudar le impelia
Al que así necio se arroja :
Y conociendo que pronto,
Dejando la arena cómoda,
Se entraran por los vallados
Las dos bestias poderosas,
Con su escudero lanzóse
Por si contenerlas logra,
Y aquel peligro desvia
De quien la muerte provoca.
Los que en el carruage vienen
Gritaron en voces roncacas :
« ¡Fuera ! ¡fuera ! » por si acaso
Con el espanto empeoran
Los animales y alcanzan
Caida mas desastrosa.
Mas á sus voces haciendo
Guzman las orejas sordas,
Como hombre sereno y ducho
En semejantes maniobras,
Colocándose á ambos lados,
La vista y la mano pronta,
Caballero y escudero,
Al enfilear la carroza
Con un instantáneo arrojo
Asiendo las bridas rotas
A una yegua el caballero
Y el escudero á la otra,
Consiguieron lastimándolas
Pararias, y á mucha costa.
Saltó en tierra un caballero
A la mas estricta moda
Equipado, y de presencia
Muy bizarra y muy airosa.
Mas al llegarse á Don Pedro
A darle gracias, la gola
Le aferró con ambas manos
El de Guzman, con furiosa
Voz diciéndole : « Asesino,

¡Caiga en ti su sangre toda ! »
El milanés (que no era otro),
Que aquella sangrienta historia
Recordó viendo á Don Pedro,
Dióse por puesto en la horca.
Mas soltóle el de Guzman,
Y treguas dando á su cólera,
Le dijo : « Hacia aquí apartaos,
Veamos si vuestra hoja
Corta igualmente de cara
Como por la espalda corta. »
Echaron á Recoletos,
Y de tapia protectora
Amparándose, sacaron
Al aire sus dos tizonas.
Perdió el milanés la suya
Con muchísima deshonra,
Y yendo á herirle Don Pedro,
Como una espantada zorra
A quien los perros persiguen,
Tomó fuga vergonzosa.
Indignado el de Guzman
Viendo con alma tan poca
A quien tan traidoramente
Asesina entre las sombras,
Echó tras él ya resuelto
A darle muerte alevosa.
El milanés, conociéndolo
Con intencion previsora
Ganó á la iglesia la puerta
Y la capilla mas próxima.
Entró tras él Guzman, ciego,
Mas á una imágen devota
De Cristo viéndole asido,
De la muger generosa
Se acordó que dió la vida
Al matador de Zamora.
Soltó su mano la espada,
Con voz descompuesta y cóncava
Diciendo, al otro que le oye
Con alma y con faz atónitas :
« Idos, que yo os dejo libre :
Válgaos la buena memoria
De una muger que por mi
Osó hasta accion tan heróica. »

Y saludando á la imágen
Con reverencia piadosa,
Dijo : « Hasta aqui mi venganza :
¡Dios me la tenga en memoria ! »
Dudándolo todavia
Ve el milanés que abandona
La iglesia, mas de ello al cabo
Sus sentidos se cercioran.
Y á su carroza volviendo,
Por hazaña milagrosa
Contó en la corte el suceso,
Q e admiró la corte toda.

Y por verdadera hazaña
Contada de boca en boca,
A Don Pedro apellidaron
El de la buena memoria.

A MARIA.

—

PLEGARIA.

Aparta de tus ojos la nube perfumada
Que el resplandor nos vela que tu sem-
blante da,
Y tiéndenos, María, tu maternal mirada,
Donde la paz, la vida y el paraíso está.

Tú, bálsamo de mirra; tú, caliz de pureza;
Tú, flor del paraíso y de los astros luz,
Escudo sé y amparo de la mortal flaqueza
Por la divina sangre del que murió en la cruz.

Tú eres ¡oh María! un faro de esperanza
Que brilla de la vida junto al revuelto mar,
Y hacia tu luz bendita desfallecido avanza
El naufrago que anhela en el Eden tocar.

Impela; ¡oh Madre augusta! tu soplo sobera-
La destrozada vela de mi infeliz batel; [no
Enseñale su rumbo con compasiva mano,
No dejes que se pierda mi corazón en él.

POCO ME IMPORTA.

—

CANCION.

Me dicen que medio mundo
Riñe con el otro medio,
Y aunque en verdad me confundo
Viéndolo así, ¿qué remedio?
Caprichos con que se nace:
Cada cual como mas quiere
Vive y muere,
Y aunque algo extraño se me hace
Viendo la vida tan corta,
Poco me importa.

Yo sé un elixir magnífico
Contra duelos tan extraños,
Y son con tal específico
Horas de placer mis años.
Para mí no hay amarguras;
Ni pesares ni disgustos
Me dan sustos,

Y aunque diz que sulco á oscuras
El mar de esta vida corta,
Poco me importa.

Sin opulencias me paso,
Ni ambiciono honras ni oro,
Ni del poder hago caso;
Si no soy feliz, no lloro.
Conmigo mismo me basto,
Y con lo poco que tengo
Bien me avengo:
Y aunque cuanto tengo gasto,
Siendo la vida tan corta,
Poco me importa.

Si leyes á nadie doy,
Nadie á mi leyes me da;
Donde no gozo no voy,
Donde estoy mi patria está.
No me acosa odio ni envidia,
Y aunque en todos los lugares
Hay pesares,
Si algun pesar me fastidia
Y amarga esta vida corta,
Poco me importa.

Un puro y una botella
Durante mi esplin consumo,
Y cuando acabo con ella
Cigarro y pesar son humo,
Los vapores de los dos
El cerebro me revuelven,
Y me vuelven
Tan feliz que ¡vive Dios!
Esta vida larga ó corta,
Poco me importa.

Celestes apariciones
Gozan entonces mis ojos,
Y dichosas ilusiones
Satisfacen mis antojos.
En las vagas espirales
Fermentan del humo vano
De mi habano
Visiones tan celestiales
Que una vida larga ó corta
Poco me importa.

¿Y en qué entonces me aventaja
Ningun sultan con su ópio?
Si á su alma el Eden se baja
A mí me pasa lo propio.
A él le exalta la cabeza
Su ámbar, su pipa, y su vaso:
No hace caso
De sí mismo en su pereza,
Y una vida larga ó corta
Poco le importa.

Y á mí el licor jerezano
Del puro entre el humo azul
Me hace igual el soberano
De la soberbia Stambul.
Y en el insomnio dichoso
De la embriaguez le tuteo,
Y me creo

Otro sultan poderoso,
Y como á él la vida corta
Poco me importa.

¿Qué diablos va de él á mí?
Llévanle á el harem eunucos
A que la desuelle allí
Velado por mamelucos;
Y á mí me arrastra á mi lecho
Una muger cariñosa,
Que afanosa
Se desvela en mi provecho,
Con quien la vida por corta
Poco me importa.

El enamora á una esclava
Que hácia él solo miedo abriga,
Y á mí de aplomarme acaba
Dulce beso de mi amiga:
A él las caricias le roba
Su esclava durante el sueño,
Y mi dueño
Me vela en mi misma alcoba,
Porque mi vida aunque corta
Mucho le importa.

A él le hace el ópio tal vez
Soñar con alguna hourí,
Y ver me hace una el Jerez
En cada muger á mí.
El reina en Constantinopla,
Y yo misero coplero
Cuando quiero
De él me río en una copla,
Y de su rabia si aborta
Poco me importa.

Y á el ópio excesivo acaso
Le hace ponzoña mortal
De su café, y le abre paso
A su sepulcro imperial.
Mientras yo libre de afan
Despierto al placer mañana
Con mas gana,
Y aunque reviente el sultan
Y deje á la Europa absorta
Poco me importa.

A DON

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

EPÍSTOLA.

(EN VERSO PROSAICO.)

Tienes, oh Wenceslao, cosas diabólicas,
Ocurrencias fatales, como tuyas;
Y desdichas ¡ay Dios! tan hiperbólicas
Traen para mí, que aunque de oirlas huyas
Te las voy á encajar porque á mí antigua
Y cerril libertad me restituyas.

¿Dónde habrá ¡oh caro Izco! mas ambigua
Situacion que esta ruin en que me pones,
A los trabajos de Hércules contigua?

¿Escribir en la *Risa* me propones
Y hacer reir? ¡A mí, que siempre he sido
El cantor de la sangre y las visiones!

¡A mí, que en todas partes me han tenido
Por el buho mas negro y melancólico
Que del furor romántico ha nacido!

¡A mí, cuyo estro bárbaro y diabólico
Espanta al sano público en la escena
Con obras que espeluznan á un católico!

¿Yo hacer reir? ¡pues la aprension es bue-
Con que te firme yo tu semanario [na!
No queda al punto un suscriptor, y truena.

Mira lo que haces, Izco temerario,
Mira que te lo ruego por los cielos;
Ve tu empresa con ojos de empresario.

Porque si yo, cumpliendo tus anhelos,
Tiendo por tu papel mi negra pluma,
Te has de tirar muy pronto de los pelos.

Aliviame este peso que me abruma
Renunciando á mis versos montaraces,
Que es lo que á entrambos nos conviene en
suma.

Mas... áspero mohin veo que me haces
Esto leyendo... ¿en tu opinion te cierras?
No me resisto mas, tengamos paces.

Escribiré en la *Risa*, pues te aferras
En ello, Ayguals; mas sobre tí los daños
Que mis jovialidades desentieras.

Horrendas cosas escribi en cinco años;
Mas nueva luz en mí desde hoy sintiendo
De mano voy á dar á mis engaños.

Voy á reirme yo, reir haciendo
Al que no haga llorar, ridiculeces
Del mundo en que vivimos descubriendo.

Voy á hacerte reir, pero tus preces
Dirige al cielo, Ayguals, porque te juro
Que te voy á mostrar las desnudeces

De la verdad, en castellano puro;
No correcto tal vez, pero tan claro
Que ha de entenderlo el montañés mas duro

Y aqueste empeño para hacer mas raro
Por mí voy á empezar, ante tus ojos
Mostrándome cual soy bien sin reparo.

Perdona si tal vez te causa enojos
Mi ruin y flaca aparicion barbuda;
Resultado es no mas de tus antojos.
Contempla pues mi humanidad desnuda,
Y piensa que cual yo te me presento
Voy á poner á los demas sin duda.

Yo soy un hombrecillo macilento,
De talla escasa, y tan estrecho y magro
Que corto andando como naípe el viento

Y protegido suyo me consagro,
Pues son de delgadez y sutileza
Ambas á dos mis piernas un milagro.

Sobre ellas van mi cuerpo y mi cabeza
Como el diamante, al aire: y abundosa
Pelos me prodigó naturaleza,

De tal modo, que en siesta calurosa
Mis melenas y barbas estendidas
A mi persona dan sombra anchurosa.

Mi cara es como muchos que perdidas
Entre la turba de las otras caras
Se pasean sin ser apercebidas.

Mofadora espresion si la reparas
Muestra á veces, las mas indiferencia,
Y otras melancolía, aunque muy raras.

Cual soy me tienes pues en tu presencia
Visto por fuera, Wenceslao amigo,
Pero visto por dentro hay diferencia.

Que aunque soy en verdad, como te digo,
De hombre en el exterior menudo cacho,
Alma mas rara bajo de el abrigo.

Serio á veces, á veces vivaracho,
Tengo á veces arranques tan exóticos
Que rayan en tontunas de muchacho.

Y otras veces los tengo tan despóticos
Que atropello razones y exigencias
Por cumplir mis caprichos estrambóticos.

Poco alcanzo en las artes y las ciencias,
Y eso que *altd* los padres jesuitas
Me avivaron un tanto las potencias;

Mas yo dificultades infinitas
En las ciencias hallando, echéme en brazos
De las Musas. Mugeris y bonitas

Ellas, muchacho yo, caí en sus lazos;
Y á fé que sus cariños me valieron
Inútiles, mas sendos sermonazos.

Tantos fueron, que al fin me condujeron
A oírlos con glacial indiferencia,
Y en mí esta indiferencia produjeron

Con que miro las cosas (y en conciencia
Aunque cual gran calamidad la lloro
No la puedo oponer gran resistencia).

Alabo el bien y á la verdad imploro,
Mas despierto con otra ventolera
Y el mal ensalzo y la mentira adoro.

De esto viene el llamarme calavera;

Mas si un dia en razon meterme debo,
¿Quién duda que lo haré como cualquiera?

Oscura vida, por mi gusto, llevo;
Mas si llevarla del reves importa
Lo hallo tan fácil cual comerme un huevo.
La existencia no me es larga ni corta;

En paz la paso sin placer ni pena;
Como no tengo plan nunca me aborta.

Si una buena alma investigar serena
Quiere lo que yo soy, por mil caminos
Irá, y tal vez de la verdad ajena.

Que (abreviando discursos peregrinos)
No sirve cuanto digo y cuanto hago
Para atar dos ochavos de cominos.

Porque soy todo yo tan raro y vago,
Que ni nadie me entiende ni me entiendo.
Lo que hice ayer, mañana lo deshago;

Dejo hoy tal vez lo que mañana emprendo,
Y así salen mis obras á mi antojo, [do.]
Aunque digas ¡oh Ayguals! «no lo compren-

Tal soy, como te he dicho, y algo flojo
Tal vez anduve: mi retrato es este.

Si á firmar tu periódico me arrojó
Voy á ser mas dañino que la peste;
Y he de sacar la pluma de mal año
Aunque tu misma enemistad me cueste.

Y pues donde cortar no falta paño
En esta ingerta sociedad de ahora,
Dó el ridiculo solo no es extraño,

Si me quieres así, sea en buen hora:
Reír me place, mas á costa ajena,
Que es mas dulce reír, cuando otro llora.

Tú dirás que esta epistola no es buena,
Y que si ha de ser tal cuanto te escriba
Renuncias mis articulos sin pena.

Mas aunque bien dirás, en esto estriba
La escelencia mayor de estos renglones,
Pues de justicia es ley distributiva

Que si critico de otros las acciones,
Me esponga yo á su critica primero,
Y les dé la razon de mis razones.

Con esto, Ayguals, contestacion espero
Recibir de tu puño, en versos frios
Y ásperos como clavos; lo que infiero

No de uno de mis muchos desvarios,
Sino porque contestes dignamente
A versos tales como son los míos.

Contesta pues, y riase la gente:
Que nos llame la *Risa* sus apóstoles,
Y aunque nos diga el vulgo irreverente
Que esto es tocar el órgano de *Móstoles*.

A MI AMIGO
WENCESLAO AYGUALS,

DIRECTOR DE LA RISA.

¿Con que ni puertas ni rejas
De tí me pueden librar?
¡Maldito Ayguals, no me dejas
Un momento reposar!
Ya encanece mis guedejas
Lo que me haces cavilar,
Zumbándome las orejas
Con los ayes y las quejas
Que me envías sin cesar.

Irrita pues, escorpion,
Mi lengua de basilisco
Con uno y otro araño,
Con uno y otro mordisco.
Duréceme el corazón
Hasta dejarle hecho un risco
Para el duelo y compasión;
Mas ¡ay si rompe el turbión!
¡Ay si te coge el pedrisco!

¿Y quién habrá que lo impida?
¿Quién ¡vive el cielo! me estorba
Darte una buena batida
Con esta peñola corva,
En tu propia hiel teñida?
Nadie... El coraje me encorva
Y... Oyeme, Ayguals, por tu vida,
Que con tu misma medida
Voy á templar mi tiorba.

Y pues luchador atlántico
En composición esdrújula
Retas á mi estro romántico,
Ayguals, yo rompo mi brújula,
Y así te vuelvo tu cántico.

Ya que persigues frenético,
Wenceslao, mi númen lírico,
Que rabia por lo patético,
Y para hacerme satírico
Me amenazas con lo de ético (1),
Seguiré tu plan diabólico;
Desde hoy agrio, amargo y ácido,
Mi zumbido melancólico
Será són alegre y plácido
Aunque me cueste un buen cólico.
¿Temes que mis fuerzas bélicas
Cedan, y me quede exánime?

(1)

Y aquí si yo fuera empírico
Te regalaba un cosmético
Y si encontrara otro en trico
Te daba tártaro emético.

Dudas tienes bien angélicas;
Verdades oye evangélicas,
Que contigo voy undnime.

Quien no sea hoy un estóxico
Gran dosis de metafísico
Ha de llevar en su físico;
Que no es de moda lo sólido
Ya: lo elegante es lo tísico.

Veme á mí. Influencia mágica
Ejerzo en todo espectáculo;
Y el vulgo al verme con báculo
Caminar, y con faz trágica,
Me tiene por un oráculo.

¿Mas á Breton? ¡Santa Brígida!
Al ver su panza de ecónomo
Le darán orchata frígida,
Le pondrán á dieta rígida
Como al mas fiero gastrónomo.

La magrura es un vehículo
Para hacer doctor en fárragos
El ético mas ridículo;
Para sabios es de artículo
Ser tan secos como espárragos

Tal es nuestro siglo: encárate
Con cualquier autor dramático,
No hablemos de Gil y Zárate,
Con Principe y yo compárate...

¡Bah, tú eres un buey asídico!
¿Qué hermosa mira con ánimo
Vuestros contornos exóticos,
Si los destinos despóticos
Dan siempre á vientre magnánimo
Los gustos mas estrambóticos?

Y si á cuestión pantomímica
Lo reduces, ¿cuál mas árida
De la de un gordo? La química
A voces una cantárida
Recetará á vuestra mímica.

Si á una muger (¡Santa Mónica!)
En sitio público (¡cáscaras!)
Diriges seña lacónica,
Se quedará como en máscaras,
Tendrá por risa sardónica,
Por amenaza satánica,
La seña amante y volcánica,
Y te tendrá por un tábano
Que con torpeza mecánica
No quiere soltar el rábano.

¡Bah! sé en lo gordo metódi e,
Y te jura tu vulpécula
Que aun á precio menos módico
Mas de moda tu periódico
Ha de ser, per omnia sécula.

El amen tú lo dirás,
Que de derecho te toca,
Pues fuera me le coloca
Tu metro de Barrabás.



Y pues te devuelvo exactos
 Tus esdrújulos malditos,
 Ya ves, me cuesta tres pitos
 El cumplir con nuestros pactos.
 Mas si en encomiar los gordos
 Tú te me cierras fanático,
 Pese á mi interés apático
 Nos habrán de oír los sordos.
 Porque, Ayguals, ni aquí nien Flandes
 Ha habido un gordo grande hombre,
 Que á los gordos, no te asombre,
 Que llama el vulgo hombres grandes.

Tal es el siglo en que estamos,
 Siglo montado al vapor :
 Cuanto mas peso, peor ;
 Con que los flacos ganamos.

Y da gracias á que hoy
 No me siento para el paso,
 Que sino os diera un repaso
 Que hiciera ; por san Eloy !

Vuestra derrota patente ;
 Mas porque no echés á broma
 Lo que voy diciendo, toma,
 Con lo que sigue entretente.

Sois un puro inconveniente
 Vosotros los moñetudos,
 Y haceros en la piel nudos
 Fuera á mi ver muy prudente.

Prescindamos del apodo
 Preciso de un barrigon,
 Aquello de san Anton,
 Pero con el cerdo y todo :

Prescindamos de que Utrilla
 No sabe cómo ajustaros
 Un chaleco sin ahogaras,
 O un pantalon con trabilla ;

De que él se desacredita,
 Y con fatal desengaño
 Ve que no le queda paño
 De vuestro frac ó levita ;

Prescindamos de los caros
 Que sois y poco económicos,
 Vamos á los lances cómicos
 En que teneis que encontraros.

Pues, señor, que eres feliz,
 Y que tu cara hermosura
 Te recibe en noche oscura,
 Y os veis nariz con nariz :

Dónde os esconde una trampa
 Del tutor atrabiliario ?
 En baul, balcon ó almarío

Ni á pechugones se os zampa.

No hay asilo que se os dé,
 No hay hueco en que esteis holgados ;
 Si os cierran morís ahogados
 Y si no os cierran se os ve.

¿ Y si vais de formacion ?

El fusil y fornituras

Os presnan las asaduras,

Y sudais el corazon.

¿ Si vais á un duelo ? ¡ qué azar !

Aunque el contrario sea manco,

Como oponéis tanto blanco

Por fuerza os ha de tocar.

Pues digo, ¿ si es á pistola

Y os toca el tiro segundo ?

¡ Bah ! despedíos del mundo,

Y que carguen su arma sola.

¿ De qué os valdrá la fatiga

Que empleéis en perfilaros ?

La bala al fin ha de entraros

Por mitad de la barriga.

¿ Pues si viajais en carruage ?

Basta solamente veros

Para que los compañeros

Pronostiquen un mal viaje.

Cualquier asiento es escaso

A vuestras asentaderas,

Y los puentes y escaleras

Rechinan á vuestro paso.

Si os caeis, ¿ quién os levanta ?

Pues casados y dormidos

Os supongo ; ¡ qué ronquidos !

La pobre muger se espanta.

Y si coge al fin el sueño

Sueña con un terremoto,

Y es que mugen como un choto

Las narices de su dueño.

Pues ¿ si haceis el alma tierna ?

¡ Qué cariños tan brutales !

¡ Como que son diez quintales

Cada brazo ó cada pierna !

Y paro aqui por lo grave

Del asunto, que sinó

Hasta dónde fuera yo

Dios solamente lo sabe.

Por cuyas dos mil razones

Os llevamos gran ventaja,

Los hombres como una paja

A los hombres barrigones.

CANTOS DEL TROVADOR.

INTRODUCCION.

¿Qué se hicieron las auras deliciosas
Que henchidas de perfume se perdian
Entre los lirios y las frescas rosas
Que el huerto ameno en derredor ceñian?
Las brisas del otoño revoltosas
En rápido tropel las impelian,
Y ahogaron la estacion de los amores
Entre las hojas de sus yertas flores.

Hoy al fuego de un tronco nos sentamos
En torno de la antigua chimenea,
Y acaso la ancha sombra recordamos
De aquel tizon que á nuestros piés humea.
Y hora tras hora tristes esperamos
Que pase la estacion adusta y fea,
En pereza febril adormecidos,
Y en las propias memorias embebidos.

En vano á los placeres avarientos
Nos lanzamos dó quier, y órgias sonoras
Estremecen los ricos aposentos
Y fantásticas danzas tentadoras;
Porque antes y despues caminan lentos
Los turbios dias y las lentas horas
Sin que alguna ilusion de breve instante
Del alma el sueño fugitiva encante.

Pero yo, que he pasado entre ilusiones,
Sueños de oro y de luz mi dulce vida
No os dejaré dormir en los salones
Donde al placer la soledad convida :
Ni esperar revolviendo los tizonos
El yerto amigo ó la falaz querida
Sin que mas esperanza os alimente
Que ir contando las horas tristemente.

Los que vivís de alcázares señores,
Venid, yo halagaré vuestra pereza ;
Niñas hermosas que morís de amores,
Venid, yo encantaré vuestra belleza ;

Viejos, que idolatrais vuestros mayores,
Venid, yo os contaré vuestra grandeza ;
Venid á oír en dulces armonias
Las sabrosas historias de otros dias.

Yo soy el Trovador que vaga errante :
Si son de vuestro parque estos linderos
No me dejéis pasar, mandad que cante ;
Que yo sé de los bravos caballeros
La dama ingrata, y la cautiva amante,
La cita oculta y los combates fieros
Con que á cabo llevaron sus empresas
Por hermosas esclavas y princesas.

Venid á mí, yo canto los amores,
Yo soy el Trovador de los festines ;
Yo ciño el arpa con vistosas flores
Guirnalda que recojo en mil jardines :
Yo tengo el tulipan de cien colores
Que adoran de Stambul en los confines,
Y el lirio azul incógnito y campestre
Que nace y muere en el peñon silvestre.

¡ Ven á mis manos, ven, arpa sonora !
¡ Baja á mi mente, inspiracion cristiana,
Y enciende en mí la llama creadora,
Que del aliento del Querub emana !
¡ Lejos de mí la historia tentadora
De ajena tierra y religion profana !
Mi voz, mi corazon, mi fantasia
La gloria cantan de la pátria mia.

Venid, yo no hollaré con mis cantares
Del pueblo en que he nacido la creencia :
Respetaré su ley y sus altares :
En su desgracia á par que en su opulencia
Celebraré su fuerza, ó sus azares,
Y fiel ministro de la gaya ciencia,
Levantaré mi voz consoladora
Sobre las ruinas en que España llora.

¡ Tierra de amor ! ¡ tesoro de memorias,
Grande, opulenta y vencedora un dia,

Sembrada de recuerdos y de historias,
Y hollada asaz por la fortuna impía!...
Yo cantaré tus olvidadas glorias :
Que en alas de la ardiente poesía
No aspiro á mas laurel ni á mas hazaña,
Que á una sonrisa de mi dulce España.

LEYENDA PRIMERA.

LA PRINCESA DOÑA LUZ.

I.

LA VENTANA DE LA TORRE.

Fria y lóbrega es la noche
A mas de húmeda y medrosa,
Que el pabellon de los cielos
Confusas nieblas embozan.
Se afana en vano la vista
Para registrar la sombra,
Porque la menor distancia
Los objetos encapota.
Desiertas están las calles,
Las puertas cerradas todas,
Las centinelas ocultas
Y bajo techo las rondas.
No hay una sola ventana
En donde aceche ó se esconda
Una doncella atrevida
Ni una madre recelosa.
Ni hay en reja ni en esquina
Galan que yerto se esponga
Las monótonas goteras
A contar una tras otra.
Que es asaz cruda la noche
Y el cierzo sutil que sopla
Deja las manos sin brios
Para asir de la tizona.
Solo en una torrecilla
Del alcázar donde moran
Los reyes, brilla una luz
Tras unos vidrios dudosa,
Tan débil y tan opaca
Que apenas no se coloran
Las ricas alegorías
Con que los vidrios se adornan.
Mas al exámen prolijo
De vista escudriñadora
Se alcanza que en este instante
Quien vive allí no reposa.
Pues aunque hay unas cortinas
Que las vidrieras entoldan,
Oscilan continuamente

Luces produciendo y sombras.
Y apelando á unos *zelillos*
O á una recta y buena *lógica*
Pudiera darse en que hay dentro
Desvelada una persona,
Que sin descanso pasea
La estancia, y dando á la atmósfera
Movimiento, el de los lienzos
Con cada paso ocasiona.
La verdad es que allí dentro
Está pasando á estas horas
Una escena que sin duda
Mucho saber nos importa;
Sino por lo que interese
A quien esto lea ú oiga,
Por nuestra naturaleza
Entremetida y curiosa.
En un sillón de dos brazos,
La faz y la vista torva,
Descolorido el semblante
Y entre ofendida y llorosa
(Aunque en nudos de respeto
Aprisionada la boca)
La princesa doña Luz
Con su silencio razona.
Y su apostura modesta,
Y su calma magestuosa
Por su causa buena ó mala
Imperiosamente abogan.
El rey Egica su tío
Sin disimular su cólera,
Mide sin compás ante ella
A largos pasos la alfombra.
Y su barba mal peinada,
Sus cejas negras, cerdosas,
Sus labios trémulos, pálidos,
Y la aspiracion que sorda
Del aire que le circunda
Tan difícilmente toma,
Le semejan á una fiera
Cuanto enjaulada rabiosa.
Paróse en medio la estancia
Por fin, y en su encantadora
Sobrina puso los ojos
Dó la rabia se le asoma;
Y él altivo y ella humilde,
El feroz, ella medrosa
Bien comparárseles puede
Al milano y la paloma.
Por último el rey la dijo,
Con voz destemplada y cóncava :
« ¿ Con que ello es que lo desprecias,
Mozuela atrevida y loca?
¿ Con que tienes en tan poco
Mi cariño y mi persona
Cuya duena hacerte quise
Por hacerte venturosa? »
A cuyas palabras necias

Insolentes é injuriosas
 Subió al rostro de la infanta
 Todo el carmin de la honra.
 « Mirad lo que hablais, repuso,
 Que una sangre nos es propia,
 Y aquí somos dos mugeres
 Y no hay mas que una corona.
 Para dama, no he nacido;
 Si vuestra intencion es otra,
 Ventura y razon os faltan
 Y resolucion me sobra.
 — Y amor en otro parece...
 — Eso, tio, no os importa;
 Basta que no os quiera á vos
 Para lo que á entrambos toca.
 — Pues probaremos entrambos
 Nuestra fortuna, señora,
 Y si hay galan de por medio
 Cuidad bien que no os le coja,
 Porque ya sabeis que hay leyes
 Que queman á las sin honra,
 Y que es sentencia que dada
 Ni el mismo rey la revoca. »
 Y esto hablando el rey Egica
 En el manto se reboza
 Y dando un fuerte portazo
 Dejó á la princesa á solas.

Corrió á la puerta el cerrojo
 Doña Luz, y en su congoja
 Soltó las riendas al llanto
 Que á sus párpados se agolpa.
 Llenó el aire de suspiros,
 Se mesó la faz hermosa,
 Y la belleza maldijo
 Que con pesares la agobia.
 Destrenzóse los cabellos,
 Arrojó al suelo la toca,
 Pisó los ricos collares,
 Y renegó de las joyas,
 Y renegó de la sangre
 Heredada, régia, y goda
 Que á ocultar tenaz la obliga
 Su inspiracion amorosa:
 Y desesperada al cabo
 Dirigióse hácia la alcoba
 Sin dar aviso á sus damas
 Que la descían las ropas.
 Las lágrimas á los ojos
 Mas que nunca abrasadoras,
 Mas triste que nunca estuvo
 Llena de negras memorias,
 Iba á soplar en la lámpara
 Soledad ansiando y sombra,
 Cuando á una puerta escusada
 Sonó señal cautelosa.
 « ¡Luz mia! dijeron, ¡Luz

De mi esperanza! ¿estás sola? »
 É introduciendo una llave
 Se abrió la puerta en dos hojas.
 « ¡Amor mio! exclamó el mozo.
 — ¿Eres tú? dijo la hermosa,
 Y se tendieron los brazos,
 Y se besaron las bocas.
 — ¿Tú has llorado, Luz?

— Y mucho.

— ¿Pues hay razon?

— ¡Poderosa!

— ¡Por Dios, alma de mi alma,
 Que me digas quien te enoja!

— Está lejos de tu alcance.

— ¿Lejos? ¡por Nuestra Señora
 Que como espectro no sea
 Ha de pesarle su obra!
 Dime su nombre.

— Mi tio.

— ¡Tu tio! ¡Luz, estás loca!

— Mi tio, el rey.

— ¡Por san Pablo!

Jamás pensara tal cosa.

¡Él, que tanto te queria!

— Esa es mi desdicha toda

Que hoy de mi amor se consume
 En la hoguera licenciosa.

— ¿Eso mas?

— Vino á mi estancia

De noche, solo, á deshora,
 Besó mis plantas de hinojos
 Y con palabras fogosas
 Me vino á decir las ansias
 Que su corazon devoran.

— ¿Y tú, Luz?

— Yo le he tirado

A la cara su corona:

Yo te amo y nunca tu imagen
 Del corazon se me borra. »

Y á las caricias tornaron,
 Y á las confianzas propias,
 De quien idólatra encuentra
 Siempre firme á quien adora.
 « Mira, Luz (dijo el mancebo),
 Nuestras visitas se acortan
 Cada día, y mas dificiles
 Me van siendo y mas penosas.
 Hay ojos que nos escuchan,
 Y envidiosos que me rondan,
 Y se aporquilla tu honor,
 Y mi dicha se malogra.
 ¿Quieres otorgarme un bien?
 — ¿Un bien? tú mismo le toma.
 ¿Qué puedo negarte yo?
 ¿Cuál es?

— Que seas mi esposa.

— ¿Y el rey?

— ¿Qué pueden los hombres

Contra la ley protectora
De el cielo que nos escucha
Y por nosotros aboga?
Ven, ante esta santa imágen
De la Concepcion te postra,
Y júrame que eres mía.
— Si que lo juro, y gustosa
Te doy mi vida y mi alma
Que lejos de tí me estorban.
— Y yo te juro, amor mio,
Ante esa Virgen piadosa
Ser tuyo aunque á nuestro amor
El universo se oponga. »

Y una y otra vez juraron
Así de hinojos, y á solas
Adorarse hasta la muerte
Como esposo y como esposa.

Crecia en tanto la lluvia,
Y con furia asoladora
Cruzaba el viento bramando
Entre las almenas góticas.
Estrellábanse en los vidrios
Las arrebataadas gotas,
Y en el nocturno silencio
De aquella tiniebla lóbrega,
Duraba en la torrecilla
Donde la princesa mora
Aquella luz que brillaba
Tras de los vidrios dudosos.
Mas ya no es interrumpido
Su reflejo por la sombra
De las cortinas movidas
Al paso de una persona.
Todo permanece quieto,
Tranquilo está toda ahora
Y es claro que quien la habita
O vive ausente, ó reposa.
Y allá mas tarde calmada
La tormenta, y ya la aurora
Vecina al nublado oriente
Se apagó la misteriosa
Luz, y por postigo oculto
Con precaucion previsora
Bajó á la puente de Alcántara
Un bulto de humana forma.

Pasó la siguiente noche,
Y pasaron otra y otras,
Y siempre ardia la luz
Hasta el alba, en cuya hora
Bajaba á la puente misma
La misma figura lóbrega,
Embozada, solitaria,
Recatada y recelosa.

Y así se fueron pasando
Noches tras noches, y en todas
Al apagarse la luz
Aparecía la sombra.

Y allá á lo lejos se via
Por la ribera arenosa
Huir un hombre al escape
De un potro negro que monta.

II.

AVENTURAS Y DESVENTURAS.

Mas dió el rey en sospechar,
Y Doña Luz dió en fingir;
Ella empezó á no salir
Y el rey en la cuenta á dar.

Cerró la infanta su puerta
A sus damas y á su tio,
Achacando este desvío
A una enfermedad incierta.

Y pasó un mes y otro mes
Y seis, y segun parece
Doña Luz está en sus trece...
Mas el rey se está en sus tres.

Cada mañana subia
De la infanta al aposento,
Pero, siempre en el momento
En que Doña Luz dormia.

Ya por la noche fatal,
Ya porque el mal la acosaba,
Nunca para hablar estaba,
É iba adelante su mal.

Si el tio no satisfecho,
Llegaba hasta la cortina
De la alcoba, á su sobrina
Hallaba siempre en su lecho.

Los ajustados tapices
Indiscreto alzó una vez:
Y halló su pálida tez
Sin sus hermosos matices.

« ¡ Luego está enferma verdad!
Dijo, y mordióse los labios,
Añadiendo, mas hay sabios
Que vean su enfermedad. »

Y llamando á sus doctores
Visitarla les mandó.
Mas ella les regalo
Con los desaires mayores.

Decia su camarera
Siempre: « *Duerme: está en el baño,* »
Y no llegara en un año
Dia en que los recibiera.

« *La noche ha sido muy mala,
Yace en un sueño apacible,
Despertarla es imposible...* »
Y ellos siempre en la antesala.

Y el rey con noticia tal
Zeloso de la princesa,
La dió iracundo por presa
En su misma estancia real.

Damas quitóla y donceles,
Y no escusando cautelas,
La señaló centinelas
Entre sus siervos mas fieles.

En emboscada los puso
A los piés de la escalera,
Muerte amagando á cualquiera
Que tapara algun abuso.

Nadie allí debía entrar
Ni salir noche ni dia,
Mas que Leonor que solia
A la infanta acompañar.

Mas ¡ay de quien ceta necio
A dama que le aborrece!
Que mas el peligro crece
Cuanto á su engaño da precio.

Cuanto mas su empeño es
En dar tenaz con su objeto,
Mas de quien vela el secreto
Va creciendo el interés.

Y cuanto mas su tesoro
Guarda afanoso y avaro
Mas pronto, cuanto mas caro,
Se halla quien se venda al oro.

Andaba el zeloso rey
Sin que le bastaran ojos,
Guardas doblando y cerrojos
Y amagando con la ley,

Resuelto á no perdonar
A quien despreció su amor,
Aunque otra mancha mayor
Hubiera de resultar.

Y juraba en su coraje
Que á hallar falta en la doncella
Había de hacer en ella
Grave escarmiento y ultraje.

Y á caerle entre las manos
El galan (si al fin le hubiera)
Moririan en la hoguera
Como patanes villanos.

Y así el tío en acechar
Y la sobrina en fingir,
Están los dos en seguir
Hasta perder ó ganar.

Ella está en guardar su encierro,
Él en doblar centinelas,
Ella en frustrar sus cautelas
Y él en preparar su entierro.

Y así van y vienen dias,
Y así amarrados al potro
Siguen la una y el otro
Con su mal y sus porfias.

—
Hasta que allá en una noche
Se oyeron sordas, confusas
Y sentidísimas quejas,
Que aunque escusarlas procura

Quien las exhala, no puede
Del todo ahogarlas sin duda,
Y se le arrancan del pecho
Con desolacion profunda.
Ya eran ayes agudísimos
De quien con dolores lucha,
Ya tristísimos gemidos
De una muger moribunda.
Los que oídos por los guardias
Que á Doña Luz aseguran
Interpretacion tomaron
De diversas conjeturas.
Dijeron unos que acaso
Por un gran crimen que oculta
La atormentan fieramente
Los incubos y las brujas.
Otros dijeron que el rey
Porque su aficion repulsa
Mandóla dar unas yerbas
Con que cayó en la locura.
Y algunos mas perspicaces
Que ambas cosas dificultan,
Que haya misterio sospechan
Y del misterio murmuran.
Así pasó largo tiempo
De la media noche, á cuya
Hora cesaron de pronto
Aquellos ayes de angustia.
Y en las distintas creencias
De los crédulos que escuchan,
Los unos se condolieron
De la apenada hermosura,
Los otros de su accidente
Jugaron menos la furia,
Y algunos se santiguaron
Creyendo en la sombra oscura
Sentir huyendo de espíritus
Densa y espantada turba,
Ante el poder de un conjuro
O al resplandor de la luna.
Mas brevemente olvidadas
Sus aprensiones nocturnas
Cayeron presa del sueño
Que las memorias sepulta.

—
La noche es mansa y tranquila,
Y aunque la atmósfera enturbian
Algunas nubes errantes
Raras estrellas la alumbran.
Sopla revoltoso el cierzo
Y aunque tormentoso nunca
Segun por donde se arrastra
Silva, gime, brama, ó zumba.
Todo en Toledo reposa,
Y negra, apiñada y junta
Se ve la ciudad que á trechos
Ya se oscurece ó se alumbrá,

Segun que los nubarrones
 Por ante los astros cruzan.
 Y allá por entre las peñas
 Del valle opaco en la hondura
 Se oye el ronco són del agua
 Del Tajo que se derrumba,
 Entre los rudos peñascos
 Alzando hervorosa espuma.
 Medrosos sitios son estos;
 Medrosos por las figuras
 Informes que representan
 Y por tradiciones muchas.
 Misteriosos son aquellos
 Peñascos y quebraduras,
 Cuyos contornos se extienden
 En irregulares curvas,
 Y en la fantasía toman
 Forma y variedad difusa,
 Y vida en el miedo encuentran,
 Y en las creencias se abultan.

Deslizándose en silencio
 Por su superficie rústica
 Viene á estas horas bajando
 Una sombra lenta y muda.
 Aparición que, nacida
 En alguna grieta inmundada,
 Vaga de una en otra peña
 Sobre el aura que la empuja.
 Pálida ilusión diabólica
 Inútil, perdida y única
 Evocada en un conjuro
 Pronunciado á la aventura.
 Doliente imágen de alguno
 Que, mal hallado en su tumba,
 Viene á la orilla del agua
 De sus recuerdos en busca.
 Alma penada y maldita
 Que, por ignoradas culpas
 Desorientada en la noche,
 El mundo á deshora cruza
 Pues ni se sienten sus pasos
 Ni de su peligro cura,
 Y ya resbala, ya salta,
 Huye, aparece ó se ofusca.
 Y ya pisa de las márgenes
 La arena blanca y menuda,
 Ya toca al agua, y parece
 Que consigo misma lucha,
 Y vuelve dó quiera el rostro
 Con miedo, y se ve que oculta
 Incomprensible designio
 Cuya ejecución la angustia.
 Al fin la luna amarilla
 Rasgando las importunas
 Nubes, de lleno en las rocas
 Derramó su lumbré pura:
 Y en este momento rápida
 Con mano firme y segura

Lanzó la sombra un objeto
 Que rompiendo el agua turbia
 Sumióse por un instante
 En la corriente profunda.
 Quedó la vision en punto
 Sobre la ribera húmeda
 Inmóvil y confundida
 Entre la sombra y la bruma,
 Contemplando de las aguas
 La superficie, que arruga
 El vientecillo que corre
 Llevando encontrada ruta.
 Hasta que en medio del río
 Sobre el agua que le impulsa
 Viendo el objeto, que espera
 Que á la superficie suba,
 Volvió á alejarse del río
 Por entre las peñas rudas
 Tomando una áspera senda
 Que los brezos dificultan.
 Así llegó á la muralla
 Del real alcázar en cuya
 Piedra hay abierto un postigo
 Por resortes que le empujan,
 Y al sumirse de la sombra
 Por él la informe figura,
 A merced de una linterna
 Que tras el postigo alumbrada,
 Se dejó ver claramente
 Aquella vision nocturna,
 Que aunque enlutada y medrosa
 Era una muger en suma

—
 Cuanto mas se recataba
 Doña Luz y resistía,
 Mas el rey se enfurecía
 De ver que no la lograba.
 Llevaban ambos su empeño
 Con tan resuelto tesón
 Que ella seguía en prision
 Y el rey de la torre dueño.

Por mas que madrugador
 Llegaba todos los días
 A su puerta, en sus porfías
 Nunca el rey iba mejor.

De verla no hallaba medio;
 Por mas protestas que hacia,
 Doña Luz de él no admitía
 Ni visita ni remedio.

Decía su camarera
 Siempre: « Duerme. — Está en el baño.»
 Y no llegara en un año
 Día en que le recibiera.

« La noche ha sido tan mala!...
 La convulsion fué terrible...
 Despertarla es imposible... »
 Y el rey siempre en la antesala.

Hasta que ya enfurecido
Con desprecios tan tenaces
Juró de no hacer las paces
Ni darse nunca á partido.

Cesó pues en sus visitas,
Y cesando en su esperanza
Se dió á buscar su venganza
Por maneras inauditas.

Seguro que tal desden
Por otro se le causaba,
Ya solamente trataba
De asegurarse por quien.

Y hasta juró en su coraje
Que al fin con culpa ó sin ella
Iba á hacer en la doncella
Grave escarmiento y ultraje.

Y á no dar en conclusion
Con el galan que tenia,
En la hoguera moriria
La mitad de la nacion.

Y ciego y sin atender
A que era su sangre real,
Citóla ante un tribunal
Como á una infame muger.

Y para injuria mayor,
Pública habiendo su audiencia,
Compró la torpe insolencia
De un villano acusador.

Llegó pues la hora fatal,
Mandaron á la princesa
Que bajara en faz de presa
A dar cuenta al tribunal.

Lloró, suplicó, rogó,
Resistió... mas todo en vano ;
Delante el vulgo villano
A fuerza se presentó.

Y estaba la estancia llena
De vil y soez canalla
Que siempre deleites halla
En la pesadumbre ajena.

Se hizo notar con malicia
De aquel juicio lo imparcial,
Pues hasta la sangre real
Se entregaba á la justicia.

Corría voz de que el rey
No hallaba paz ni consuelo
En lance tal, mas su celo
Por la justicia y la ley

A su pesar le arrastraba
A no derogarla injusto,
Porque atendiendo á su gusto
La rectitud olvidaba.

Y el vulgo que tal oia,
Engañado torpemente,
La voz alzaba insolente
Y con descaro aplaudia.

Y oíanse carcajadas
Groseras, y dicharachos,

Y chanzas que entre borrachos
Aun fueran mal toleradas.

Que cuando pone sus ojos
La plebe en quien algo vale,
Porque con ella se iguale,
No escasea los sonrojos.

Y así, ni aun para consuelo
En tan injusto quebranto,
Para que oculte su llanto
La permitieron un velo.

Descubierta estaba, sí,
Doña Luz y avergonzada,
¡ Vergüenza centuplicada
Por ser ella y ser allí !

Su noble hermosura espuesta
Con vilipendio brutal
Al ojo y lengua carnal
De la turba deshonestá...

¡ Ah! corramos mas atentos
Con su memoria nosotros
El velo que osaron otros
Negar á sus sufrimientos !

Corrámosle, que en verdad
Le necesita y bien doble
Para oír, siendo tan noble,
Cual la acusan sin piedad.

Llamado el acusador
Por los jueces, en voz alta
Demandó á Doña Luz, falta
De aliento, en este tenor :

« Yo, noble y page del rey,
« Invoco aquí por tres veces
« Del rey mismo, de sus jueces,
« Y de su pueblo, la ley.
« Y ante ella, á esta dama acuso
« Por muger torpe y liviana
« Pues su amor vendió villana..
« Cuyas pruebas no rehusó.
« Y así en su justicia grande
« El Dios sumo á quien apelo
« Veá lo cierto en el cielo
« Y sinó me lo demande. »

Calló aquí el mal caballero,
Y al ver que en la turba inmensa
No hay quien salga á la defensa
Lo dieron por verdadero.

A Doña Luz condenaron
A morir en una hoguera,
Sí desmentir no pudiera
Lo que allí la demandaron.

Entonces la hermosa dama,
Mirándose sin amparo,
Pensó en vender lo mas caro
Las pruebas contra su fama.

É hincando en tierra las dos
Rodillas, con voz doliente
Esclamó : « ¡ Juro que miente
Y apelo al juicio de Dios ! »

Reinó un silencio solemne
 En la atenta muchedumbre,
 Y el juez segun la costumbre,
 « Si estaba firme y perenne
 « Y confiaba en su causa, »
 La preguntó á la princesa,
 Cuya voluntad espresa,
 Siguióse otra breve pausa.

Tras cuya seria consulta
 Fijóse un plazo de un mes
 Atenidos á él despues
 Todos sin otra resulta.

Admitió el acusador
 El combate, si es que habia
 Caballero que admitia
 La lid del mantenedor,
 Y tornaron otra vez
 Cada cual con su esperanza,
 El rey á su ruin venganza,
 Doña Luz á su estrechez.

—
 Y pues que nadie nos corre
 Y un mes tenemos de espacio,
 Dejémosle á él en palacio
 Y á Doña Luz en su torre.

III.

EL CABALLERO.

Si por mi dichosa estrella,
 Lector, te place mi historia,
 Y hasta el fin quieres sabella,
 Fuerza es que vengas tras ella
 A pocas leguas de Coria.

Al cabo no es largo viage,
 Ni habrá postas que pagar,
 Ni que hacer grande equipage,
 Y á mas te daré carruage,
 Con que déjate llevar.

Pues te advierto ; oh ! complaciente
 Lector (por si aun no lo sabe
 Tu altitud), que á dar presente
 Los poetas somos gente
 Muy cortesana y muy grave.

Que en este siglo sin valla
 Machucho y conciliador,
 Cualquier criticon nos halla
 Tan buenos como el mejor
 Que hoy anda entre la canalla.

Por cuya razon me atrevo.
 Seas, lector, quien te fueres,
 A proponerte de nuevo,
 Que me acompañes, si quieres,
 Que á mal lugar no te llevo.

Pues teniendo que tomar
 Noticias de un caballero

Noble y valiente á la par,
 Creo justo irle primero
 Nosotros á visitar.

Asi, pues, por concedido :
 Yo quedaré agradecido ;
 Tú sabrás toda mi historia ;
 Y yo alegre y tú servido,
 Aquí paz y despues gloria.

—
 Hay, si no me acuerdo mal,
 Cerca ya de Portugal,
 De lo mas noble de España
 Villa antigua y principal
 Que el Tajo revuelto baña.

Yace en su frondosa orilla,
 Y al pié de un monte sentada,
 La nobilísima villa,
 Por las armas de Castilla
 Defendida y almenada.

Y hoy, aunque en menos grandeza
 En mas honra y mejor fama
 Sustenta bien su nobleza,
 Y con altiva fiereza
 Aun Alcántara se llama.

Y allá en los años remotos
 Por dó mi leyenda marcha,
 Diz que de sus anchos sotos,
 Por las zanjias y los cotos
 Cubiertos de fria escarcha,

Corria al salir la aurora,
 Sobre un potro cordovés
 Un noble, con quien mal hora
 Dió una cierva corredora,
 Pero cansada de piés.

Ibase el buen caballero
 Sobre las crines tendido,
 Recortándola un sendero,
 Con un venablo de acero
 A matarla apercebido ;

Y huía desalentada
 La cierva delante de él,
 Sintiendo desesperada
 La carrera aventajada
 Del poderoso corcel.

Olvidado ya el camino,
 Sin ver si pierde ó si avanza,
 Seguía huyendo sin tino,
 Luchando sin esperanza
 Contra su fiero destino,

Quando á la fin de la vega
 La triste sin poder mas
 Al agua lanzóse ciega ;
 Y el hombre, que á tiempo llega,
 Lanzóse al agua detrás.

Hendia el raudal rugiente
 La cierva con fuerza estraña,
 Y hendia el potro valiente

La arrebatada corriente
Tras la medrosa alimaña.

Mas ya la infeliz, vencida
Del agua al impulso fiero,
Dejóse desfallecida,
Y al cabo rindió la vida
A manos del caballero.

Él, viendo en su potro brio,
Asió de ella y remolcóa,
Cuando por medio del río
Vió que se avanzaba un lio
Arrastrado de ola en ola.

Un tronco acaso creyólo;
Y sin volverlo á mirar,
A la corriente dejólo;
Mas el hidalgo iba solo
Y oía cerca llorar.

Registra la faz inmensa
Del agua maravillado
Y qué está soñando piensa;
Nada hay en su tabla estensa,
Y oye llorar á su lado.

Ya la ruin supersticion
Se le empezó á despertar,
Y empezó su corazon
A temer de la ocasion
Algun desdichado azar,

Cuando el descarriado objeto
Que sobrè el agua venia,
Se atravesó y quedó quieto
Entre las bridas sujeto
Del potro que conducia.

Mil pensamientos perdidos
Le trajo el estraño encuentro,
Y mas cuando oyó gemidos
Cóncavos y comprimidos
En su misterioso centro.

No osaba mas que mirarle
Temeroso, y sin aliento
Para asirle ni dejarle,
Dejaba al potro arrastrarle
Sin resolucion ni intento.

Y así á la par remolcados
Y al azar encadenados,
Dieron al par en la yerba
Por el caballo ayudados
Lio, cazador y cierva.

Y aquí oyendo sin cesar
Los mismos tiernos gemidos
Resolvióse el hombre á dar
Con la causa singular
Por quien eran producidos.

Del cuchillo pues asíó,
Deshizó les ligaduras
Que por encima encontró,
Y cuanto eran reparó
Bien dispuestas y seguras.

Halló en un lienzo embreado
Cuidadosamente atado,
Y por un lado vencido
Con peso al lienzo cosido,
Un cajoncillo cerrado.

Encima de la cubierta
Con primoroso artificio
Y con resortes abierta,
Dejaba al aire un resquicio
Una pequeña compuerta.

Mas puesta con tal primor,
Que á la compresion menor
Que en sus dos lados obraba
Cerrábase, y recobraba
Despues su forma anterior.

Mas absorto cada vez
De abrirlo con avidez
El caballero, seguia
Cortando con rapidez
Cuantas ligaduras via.

Dió en un resorte por fin,
Saltó la tapa, y un niño
Topó como un serafin,
Mostrando origen no ruin
Sus vestiduras y aliño.

Ricos encajes traía
Y ricas prendas sobre él,
Y en terciopelos yacia,
Aunque así espuesto venia
Sobre tan débil bajel.

Mas al verle lastimero
Gemir de frio y temblar,
Por el semblante severo
Dejó el noble caballero
Una lágrima rodar.

Y mientras en brazos le alzaba,
Y con afan le besaba,
Y con su aliento cansado
A su rostro delicado
Vida y calor procuraba,

En turba alegre y ligera
Bajaban por la ribera
Los cazadores veloces,
Con alaridos y voces
Acorralando una fiera.

Y escapando de sus hierros
El cerdoso jabalí,
Cruzaba setos y cerros,
Hombres, caballos y perros
Llevándose tras de sí.

Y con los dientes agudos,
Para escapar mas veloz
Los jarales mas talludos
Y los brezos de mas nudos
Rompia el monstruo feroz.

Y ya los roncós alanos
A sus espaldas sentia
Cada punto mas cercanos,

Y un montero en cuyas manos
Tarde ó temprano daría;

Quando por su buena suerte
Los vió el hidalgo bajar;
Y el són de su trompa fuerte
Paró la turba, y la muerte
Dejó su presa escapar.

Lanzóse al agua jadeando
La fiera, y los ojeadores
Los perros atraillando
Al río fueron llegando
Detrás de los cazadores.

Entonces el caballero
Volvió á su gente y la dijo :
« Volverme á Alcántara quiero,
« Dejad que ese monstruo fiero
« Viva en nombre de mi hijo.
« Y conducidle con tiento,
« Que pues su buena fortuna
« Le trajo á mi amparamiento,
« Si tuvo mal nacimiento
« Tendrá al menos buena cuna.
« ¡ Sus, y á caballo! señores. »

Y el caballero montando
Obedecieron callando
Monteros y cazadores.

—

Era entonces como ahora
Harto difícil de hallar
Un caballero, sin tacha,
Llamado en justicia tal;
Y andaba la corte goda
Tan corrompida en verdad,
Tan licenciosa y tan torpe,
Que no era el mejor lugar
Para hallarle, dado caso
De haber de él necesidad.
Lo que es á mi parecer
Prueba inconcusa y fatal
De que siempre fuimos unos,
Punto menos punto mas,
Y esto por mas que se encomien
Las mejoras de la edad.
Pues aunque hay del rey Egica
Quien se empeña en elogiar
La religion y grandeza
Y prendas de ánimo real,
Yo confieso llanamente
Que por mas que ando tenaz
A caza de sus virtudes
No doy con una jamás.

El trató en honras y vidas,
Y fué magnanimidad
Con casadas y doncellas
Andar siempre liberal.

Casóse con Egilona,
Matrona muy ejemplar,
Pero exigente sin duda
Y malhumorada asaz :
Porque al cabo malamente
La tuvo que repudiar
Por ser muy pariente suya :
Impedimento legal
Encontrado á los dos años
Despues de matrimoniar.

Mas de hombres son los descuidos,
Y en habiendo voluntad
De corregirlos en tiempo
Se deben disimular.

Asi que el bueno del rey
Dió en amar la soledad
Y en andar triste y mohino;
Lo que me inclina á pensar
Que dió en hacer penitencia,
Penado y contrito ya
De aquel matrimonio infando
Y escandaloso ademas.

Para este tan santo objeto,
Y para hacer olvidar
Murmuraciones del vulgo
Insolente y lenguaraz,
Tornóse ciego de amores
Por su sobrina carnal,
Que era la dama mas bella
Con que pudo el pobre dar.

Mas Doña Luz, espantada
De tamaña fealdad,
Dió en resistir sus antojos,
Y su vergüenza fué tal,
Y tal su arrepentimiento,
Que su profunda humildad
Encerróla en una torre
Suponiéndola un galan.

Mas dejemos noramala
Tan necio filosofar,
Que no nos toca á nosotros
Tarea tan principal.
Y vamos con nuestra historia,
Aunque por lo dicho atrás
Verás, lector, de este mundo
Lo que se puede esperar;
Y en corte tan corrompida
Cuanto es difícil verás
Que hallemos un caballero
Llamado en justicia tal.

Habíale sin embargo,
Pero harto de la ciudad
Y de la corte (aunque oriundo
De cuna y sangre real)
Vivia consigo mismo
En apartado lugar,
Con sus perros y sus potros
Sin boato mundanal.

Y por ocupar en algo
 Vida tan sin vanidad,
 A las fieras de sus bosques
 Combatía sin cesar.
 No era ni mozo, ni viejo,
 Mas de alma y cuerpo cabal,
 Justo, afable, comedido,
 Recto, severo y veraz.
 Usaba luenga la barba
 Y bien peinada, lo cual
 Daba á su noble figura
 Respetable dignidad.
 Y pródigo con los pobres,
 Con sus amigos leal,
 Piadoso sin fingimiento,
 Modelo en la sobriedad,
 Afable en el corregir,
 Cariñoso en el tratar,
 El primero en el ejemplo
 Y en virtud el principal,
 Era el ídolo de Alcántara,
 Dó el rey no podía enviar
 Ley que no se consultara
 Con su recta voluntad.

Tal era el buen caballero
 Que pocos momentos há
 Tras una medrosa cierva
 Al Tajo lanzóse audaz;
 Y tal quien al tierno infante
 Abandonado al azar,
 Acogió en su propia casa
 Con cariño paternal.
 Él es quien solo en su cuarto
 Cerrado por dentro está,
 Sentado frente á una mesa
 Con pensativo ademan.
 Y grave asunto le debe
 A estas horas ocupar,
 Porque há tiempo yace inmóvil
 Tendido en el espaldar
 De un ancho sillón de brazos,
 La cabeza echada atrás,
 Entrambas manos cruzadas
 Y en silencio pertinaz.
 Abierto tiene delante
 Aquel cajon singular
 Hábilmente preparado,
 Que, mitad cuna y mitad
 Barco, condujo en su centro
 Al desdichado rapaz.
 Y vense sobre la mesa
 Derramadas á la par
 Monedas y alhajas de oro
 De valor muy especial,
 Joyas y esquisitas prendas
 Que atestiguándole están,
 Que al infante las destina
 Quien quisiera darle mas.

De unas en otras los ojos
 No cesaba de pasar
 El caballero, abismado
 En honda perplejidad,
 Cuando, tendiendo una mano
 Por movimiento casual,
 La lleva al cajon y dentro
 Con un pergamino da.

Dice lo escrito en un lado :
 « *Condúzcate Dios en paz,*
 « *Pedazo de mis entrañas,*
 « *Que no has merecido mal.*
 « *Metido desde el nacer*
 « *En aventuras estás.*
 « *La infeliz que aquí te puso*
 « *No fué por su voluntad,*
 « *Llorando queda tu suerte...*
 « *¿Cuándo á verte volverá? »*

Con cuyas tiernas palabras
 Llenas de amor maternal
 Se inclinó el buen caballero
 Dos lágrimas á enjugar;
 Y al volver el pergamino
 Halló estas letras detrás :
 « *Quien tuviere la fortuna*
 « *Tal tesoro de encontrar*
 « *Guarde secreto y no tema*
 « *Daño por ello jamás.*
 « *Que es este niño olvidado*
 « *Infante de origen tal*
 « *Que puede á quien le sirviere*
 « *Sobre gigantes alzar. »*

Y aquí volviendo á la caja
 El pergamino, leal
 Don Godofredo, á lo escrito
 Tornó el cajon á cerrar,
 Diciendo : « Pobre inocente,
 « Sin padre no quedarás,
 « Y pues tan noble es tu sangre
 « Nada de hoy te faltará.
 « Niño que sales al mundo
 « En los brazos de un azar,
 « Encomendado á las aguas
 « Sin saber á donde vas ;
 « Pues á los míos te trajo
 « La divina voluntad,
 « De cristiano ni de noble
 « Nada menos has de echar.
 « Tu nacimiento la iglesia
 « Como es justo cantará :
 « Hermosas y caballeros
 « Te saldrán á acompañar,
 « Y ya que callan tu origen
 « Por infortunios quizá,
 « Tu primer sueño seguro
 « Arrullarán á compás
 « Las trompas y las campanas
 « Con alientos de metal.

« Pues ya que madre te falte,
 « Mientras yo viva tendrás
 « Un brazo que te defienda
 « Y un labio que te dé paz. »
 Y saliendo Godofredo
 Sus criados á buscar,
 Mandó aprontar un banquete
 Con régia suntuosidad.
 Hizo invitar á los nobles,
 Y mandó en la parroquial
 Un espléndido bautizo
 Al momento preparar ;
 Repartiendo entre los pobres
 Grandemente liberal
 Cuanto oro vino en la caja
 Para asistir al rapaz.
 Le hizo llamar Don Pelayo,
 Y celebró fiesta tal
 Que no la hubiera tan grande
 A ser su hijo en realidad.

—
 Y hablábase todavía
 Entre la gente de Alcántara
 De esta grandeza estupenda
 Que en Godofredo encomiaban,
 Cuando, despues del bautizo
 Poco mas de una semana,
 El gozo del caballero
 Mató una noticia infausta.
 Estaban á el medio dia
 Reunidos en la plaza
 Los nobles y caballeros
 Que con Godofredo tratan,
 Dispuestos y apercebidos
 Entre una inmensa canalla
 De monteros y ojeadores
 Para una famosa caza.
 Dispúsola Godofredo
 Con su pompa acostumbra-
 Y á ver los preparativos
 El pueblo se despoblaba.
 Al murmullo de la gente
 Y al estruendo de las armas
 Muchos caballos relinchan
 Y muchos lebreles ladran.
 Los que en la villa se quedan,
 Envidiando á los que marchan,
 De no ser de la partida
 Se querellan ó se alaban.
 Unos la poca destreza
 De los ojeadores tachan,
 Otros cuentan de los mismos
 Lances que en proezas rayan.
 Otros hallan de los perros
 Algo cortas las amarras,
 Y opinan que las traillas
 Han de llegar muy cansadas.

Quien habla de un perro negro
 Cual si de Alejandro hablara,
 Y dice que con él solo
 Para una partida basta.
 Quien apuesta en contra suya
 Por una pareja blanca,
 Y quien dice que no hay otra
 Mas valiente en la marca.
 Entanto los caballeros
 De mas brios é importancia
 Con mucho calor disputan
 De correrías pasadas,
 Este acogotó seis ciervos
 Él solo en una mañana,
 Aquel mató un jabalí
 De doce arrobas y largas.
 Aquel usa unos venablos
 De tres puntas, que no faltan
 Jamás al tiro, y de un golpe
 Con la res mas recia acaban.
 Uno da la preferencia
 A una ponderosa lanza,
 El otro en vez de puñal
 Usa de tajante espada.
 Unos gustan á pié firme
 Ver la fiera y esperarla,
 Otros juzgan mas alegre
 Vencerla tras de cansada.
 Y en tanto que los dichosos
 Divierten con tales pláticas
 El tiempo que ya impacientes
 A Don Godofredo aguardan,
 Abiertos de par en par
 Miradores y ventanas
 Se gozan con la presencia
 De las mas hermosas damas.
 Y aqui se cruzan suspiros,
 Y allí se truecan palabras,
 Allí se quedan con miedo
 Y acullá con esperanza.
 Reconoce una su lazo
 Carmesi, y otra su banda.
 Uno recuerda un cintillo
 Y otro una cifra bordada.
 Y el toque del mediodia
 Empezaron las campanas
 Cuando entró Don Godofredo
 A caballo por la plaza.
 Rompió universal aplauso
 Por la gente, y ya se daban
 Besamanos á las bellas,
 Y se rompía la marcha,
 Cuando ágrío son de trompetas
 Oyeron á sus espaldas.
 Todos los piés se pararon.
 Volvieron todas las caras
 Y hubo un punto de silencio
 En la turba aglomerada.

Y aun duraba su estrañeza,
 Y su atencion aun duraba
 Cuando se entró plaza adentro
 Con un pregon un rey de armas.
 Paróse en medio la turba,
 Al rey aclamó en voz alta,
 Y quedaron las cabezas
 Descubiertas y humilladas.
 Y luego con voz solemne
 Habló con estas palabras :
 « La princesa Doña Luz,
 « De incontinencia acusada
 « Y condenada á la hoguera,
 « En nombre de Dios reclama,
 « Como permiten las leyes,
 « Un caballero que salga
 « Por su honor, si es que hay alguno
 « Que admitiere la demanda.
 « Un plazo de un mes y un dia
 « Dió el rey por última gracia,
 « Siendo el primero que corre
 « El que va de la semana. »
 Y las frases de costumbre
 Añadiendo, dió la espalda
 A la multitud absorta
 Y volvió á salir de Alcántara.
 Quedó en silencio la gente
 Que allá en su interior pesaba
 La grandeza de un delito
 Que á los principes alcanza :
 Y con los ojos en tierra
 Cada cual por sí evitaba
 Del valiente Godofredo
 Encontrar con las miradas.
 Hasta que al fin viendo este
 Que no hay una sola lanza
 Dispuesta á hacerse pedazos
 En honor de la acusada,
 Pidió en voz alta la suya,
 Pajes tomó y gente de armas
 Y dió la vuelta á Toledo
 Descolorida la cara.

Pero ningun caballero
 Salió tras él, que está clara
 La voluntad de su rey,
 Pues lo permite y lo manda.

IV.

EL PLAZO.

¡Ay triste de quien llora
 Y en soledad amarga
 Los perezosos dias
 Numera con afan,
 Y puede solamente
 De su existencia larga

Temer los venideros,
 Llorar los que se van !

¡Ay triste del que jóven
 Y alegre todavía
 Sus horas de ventura
 Recuerda con dolor,
 Y siente que aun adora
 Su ardiente fantasia
 La fugitiva sombra
 De su perdido amor !

¡Ay de la esposa triste
 Que del esposo lejos
 Con tierna voz llama
 Y él á su yoz no va !
 ¡Ay sí, de quien no tiene
 Ni amigos ni consejos,
 Y el plazo de sus dias
 Determinado está !

¡Ay de la hermosa y noble
 Cuanto infeliz princesa,
 Que á los pintados vidrios
 Sentada sin cesar,
 Desesperada aguarda,
 De incertidumbres presa,
 La vuelta del que solo
 La puede consolar !

En vano sus miradas
 Por el camino tiende
 Por donde puede acaso
 Su rondador venir.
 Y en vano nuevas suyas
 Dar á su amor pretende
 Si no las pueden ambos
 Ni dar ni recibir.

¡Oh zéfiros ligeros
 Cuyo murmullo errante
 Espira entre las hojas
 Del árbol y la flor ;
 Vosotros que el espacio
 Cruzais en un instante,
 Llevad al caballero
 Las cuitas de su amor !

¡Palomas de los valles,
 Que al pié de su ventana
 Con vuestro blanco esposo
 A reposar venís,
 Doleos de la hermosa
 Que morirá mañana
 Si al valeroso amante
 Su mal no le decis !

¡Espiritus sin cuerpo
 Que en medio las tinieblas
 Estremeceis el aura
 Con misteriosa voz ;

Contadle las que apaña
Desapiadadas nieblas
Sobre su triste vida
La tempestad veloz!

Volad hasta encontrarle,
Decidle quien le espera :
Que rasgue los hijares
De su leal corcel,
Y que se lance al brio
De su veloz carrera ..
Mas ¡ ay ! que será tarde
Cuando lleguéis á él.

Mañana no habrá tiempo,
Porque de plebe henchida
Del polvoroso circo
La redondez fatal,
En medio de la arena
Dará la dulce vida
La que desgarrá el velo
De la lujuria real.

Mañana espira el plazo :
¡ Valientes caballeros,
Mañana es el combate
Y aun falta justador !
Jamás peor parecen
Que limpios los aceros :
¡ Lidia por la belleza,
Lidia por el honor !

Mas ¡ ay ! que habeis nacido
De estirpe cortesana,
Y cortesanos torpes
De corazon servil,
Adorareis cobardes
La imágen soberana,
Aunque los piés os ponga
Sobre la frente vil.

Lo sé : para vosotros
No hay honra ni grandeza
Que iguale á la sonrisa
O la amistad de un rey,
Y pues el rey condena
La dicha y la belleza,
Que espire bajo el peso
De la nefanda ley.

¡ Traidores ! como viles
Que al fin habeis nacido
La gloria vuestro nombre
Jamás recordará,
Y el arpa del poeta
Que os deja en el olvido
Primero que nombraros
Sus cuerdas romperá.

¡ Mas quiero verlas rotas
Y rota mi garganta

Que nombres recordando
De gentes sin valor !
Mi voz no está vendida,
Y solamente canta
Los que valientes fueron
Con gloria y con honor.

¡ Ay cuan en vano acechan
De Doña Luz los ojos
Allá desde su torre
Por si venir le ve,
Pues de vosotros no halla
Quien calme sus enojos,
Ni quien la dé esperanza,
Ni proteccion la dé !

¡ Ay de la esposa triste
Que del esposo lejos
Con tierna voz le llama
Y él á su voz no va !
¡ Ay sí, de quien no tiene
Ni amigos ni consejos
Y el plazo de sus días
Determinado está !

Brilló la fatal aurora
Limpia, apacible y serena,
Porque las penas del hombre
A los astros no interesan.
Brilló, y donde el plazo acaba
El juicio de Dios empieza,
Si es que Dios toma su parte
Donde hay injusticia y fuerza.

La muchedumbre se lanza
Precipitada en la vega :
Toledo en yermo se torna,
Y el ancho circo se llena.
Así se lanza en el valle
Banda de buitres hambrienta
A cebarse sanguinaria
En la moribunda presa.
¿ Qué importa que el condenado
Larga agonía padezca
Como en nombre de quien vence
La multitud se divierta ?
¿ Qué importa que quien espire
Sea inocente ó no sea,
Como con pompa concluya
Y en espectáculo muera ?
¿ Qué importa que los insultos
De mil insolentes lenguas
De oprobios colmen la victima
Y centupliquen su pena,
Y que ella desesperada
En su venganza consienta
Y el alma ansiosa de sangre
Miseramente se pierda ?

¡Qué imperta, si la canalla
 Diz que en su ejemplo escarmienta
 Y amor cobra á la justicia,
 Aunque viene á escarnecerla!
 ¡Pobres humanos! ¡Imbéciles
 Hijos de la madre tierra,
 Cuando ostentais mas poder
 Se ve mas vuestra miseria!
 Leyes y penas hicisteis
 De la virtud en defensa,
 Y cada pena tomáis
 En vez de escarmiento á fiesta.

Pero así van de este mundo
 Todas las cosas revueltas,
 Van todos á donde estorban
 Y lo que les cumple dejan.
 Que al cabo no es la canalla
 Quien reparte las sentencias,
 Y viene á ver cómo cumplen
 Los condenados por ellas!
 No es ella del fin del hombre
 Quien ha de pedirle cuentas,
 Y con descaro examina
 Quéten va sereno ó quien tiembla.
 Vulgaridad insolente
 É impia además de necia,
 Pues quien á morir camina
 Por Dios que no representa;
 Que no hay en ello mas paso
 De sátira ó de comedia
 Que el perdón que él da á una turba
 Que está para él sorda y ciega.
 ¡Acaso en el mundo luego
 Doble su memoria queda,
 Y unos por traidor le infaman,
 Y otros por leal le aprecian...!
 Pero tales son del mundo
 Las ridículas quimeras,
 Y acaso lo que hoy es culpa
 Mañana mérito sea.

El sol se viene arrastrando
 Su magnífica lumbrera,
 Y ya á gran trecho del cielo
 Avanza su luz espléndida.
 La escarcha tornasolada
 Se desvanece en la yerba,
 Y en transparentes vapores
 Huye á lo lejos la niebla.
 Oyese el Tajo espumoso
 Murmurar entre las peñas,
 Con el canto de las aves
 Que las orillas le pueblan,
 Y que al són de su corriente
 Desvanecidas se alegran,
 Y le beben los cristales

Y le pican las arenas.
 Hermosa está la mañana
 Y está la naturaleza
 En su claridad bañándose
 Encantadora y risueña.
 Suave y natural fresquera
 Perfuma el aire, y penetra
 En el cerebro, alejando
 Melancólicas ideas.
 La vista cruza la atmósfera
 Hasta una distancia inmensa
 Por entre su velo diáfano
 Perdiéndose sin violencia:
 Y los objetos reciben
 De la luz formas tan bellas,
 Que enamoran los sentidos
 Con mil ilusiones nuevas.
 Un pajarillo volando,
 Si pasa rápido y cerca,
 Bajo sus alas tendidas
 Mil tornasoles refleja:
 Mil armonías silvestres
 Del pico parlero suelta,
 Y tras su rápida sombra
 Ojos y oídos nos lleva.
 Una triste florecilla
 Que en los céspedes vegeta,
 A la luz pura del alba
 Ricos matices ostenta,
 Y aroma grato despide,
 Y jugo abundante deja,
 Y el cáliz dó el semen guarda
 Menudas hojas conservan.
 Y si la flor por acaso
 Crece en un áspera piedra
 En un carcomido muro,
 O de un tronco en una grieta
 Y allí libre y encumbrada
 Su forma al aura presenta
 Y la estremece vagando
 Sutil el aura y risueña...,
 ¡Oh! delicia de los ojos,
 Dulce imán de las inciertas
 Memorias mal adornadas
 Nos encanta y enajena
 La florecilla silvestre;
 Y tanto bien nos recuerda
 Que nos detiene á mirarla...
 Y ¡qué embeleso se encuentra,
 Qué de ilusiones suavísimas,
 Qué de deleites en ella!
 ¡Cómo pensar en desastres,
 Ni cómo tender tras verla
 Los desencantados ojos
 Por la ensangrentada arena?
 Mas ¡ay! que ya por Toledo
 Las roncás trompas resuenan
 Y se oye són de caballos,

Y vivas, que la presencia
 Anuncian del rey Egica,
 Cuya venganza no alteran
 Ni la beldad de la víctima,
 Ni la crueldad de la pena.
 Allá en el estenso circo
 La muchedumbre que espera
 A las ventanas se agolpa
 Y se empuja y se atropella.
 Los que no ven se encaraman,
 Los oprimidos se quejan,
 Los ventajosos insultan,
 Los pendencieros contestan,
 Y crúzanse las palabras,
 Y trábanse las pendencias,
 Y las puñadas se emprenden
 Y la chusma se revela.
 Gritan unos : « ¡ Que se matan ! »
 Otros gritan : « ¡ Vayan fuera ! »
 Los que ven gritan : « ¡ Ya vienen ! »
 Y aplauden y victorean.
 El rey al cabo en el circo
 Con sus cortesanos entra,
 Y cada cual toma puesto,
 Y la multitud se aquieta.
 Vuélvense todos los ojos
 Al sitio dó el rey se sienta,
 Y al fin como hay que ver algo
 La multitud se contenta.
 Los que aguardaban ya dentro
 Saludan á los que llegan,
 Los recién llegados buscan
 A los que saben que esperan.
 Y crúzanse besamanos,
 Nombres, sonrisas y señas;
 Y repárase en el lujo,
 En la gracia y la belleza,
 Y el rico incomoda al pobre
 Y el pobre aguanta y se estrecha.
 Allí les distrae un calvo,
 Allá abajo una mozueta
 Que con descoco replica
 A algunas gracias groseras.
 Acá una dama notable
 Por una hermosura extrema
 Llama la atención del vulgo
 Que atrevido la contempla.
 Y allá un hombre de justicia
 Con impavidez austera
 A los chispazos del vulgo
 Oídos hace de piedra.
 Mas otra vez enterados
 Los ociosos, de que aquella
 Detención no tiene causa,
 Y que la función no empieza,
 Vuelven con largo murmullo
 Memoria á hacer de la fiesta;
 Corre la voz por las gradas

Y á grados la voz se aumenta
 Y poco á poco concluye
 Gritando la masa entera :
 « ¡ Que saquen á la acusada !
 — ¡ El acusador que venga ! »
 Y unos piden el combate
 Y otros claman por la hoguera.
 Crecen la audacia y las voces,
 El tumulto se acrecienta,
 Ni la majestad se mira
 Ni la razón se respeta.
 Al fin con fúnebre pompa
 De Occidente por las puertas
 Entró cercada de lanzas
 En la liza la princesa.
 Desmelenada venja,
 Sin esperanza, ni fuerzas,
 A pié y en el bello rostro
 El carmin de la vergüenza.
 El pueblo elevó un murmullo
 De ambiguo sentido al verla,
 De compasión á una parte,
 A otra parte de insolencia.
 Dijeron unos : « ¡ Qué lástima !
 Tan jóven... y una princesa... »
 — Y contestaron algunos :
 « Esa es la ley verdadera
 La que igual para con todos
 Hasta todas partes llega. »
 Aunque muchos por lo bajo
 (Y de virtud mas severa)
 Dijeron : « Esto es venganza,
 Y si eso al rey interesa
 Matárala en su prision
 Si es que morir mereciera,
 Al menos por escusarse
 Ver en su sangre esta mengua. »
 Así el pueblo se dolía,
 Pero por fin iba á verla.
 Llevaron á Doña Luz
 A un tablado de madera
 Dó hay un sitial sin respaldo
 Preparado para ella.
 Detrás se sentó el verdugo,
 Y al pié se hacinó la leña
 Donde debía morir
 A no probar su inocencia.
 Cercaron todo aquel sitio
 Soldados, y hecha la vénia
 Al rey, los jueces del campo
 Fueron á abrir las barreras.
 Leyóse el pregon dos veces,
 Y al sonar de las trompetas
 Armado el acusador
 Se presentó en el arena.
 Salió por frente al tablado,
 Pero por la parte opuesta
 No pareció un caballero

Ni se apercibió una seña.
 Volvió á entablarse en voz alta
 La acusacion y en presencia
 Del pueblo fué condenada
 Pues que no hay quien la defienda.
 Rompió en aplausos la gente,
 Prendió el verdugo la hoguera
 Y desplomóse de espaldas
 Desmayada la princesa.
 « ¡Perdon! » decian algunos,
 Y la muchedumbre : « ¡Muera! »
 Cuando á la puerta del Norte
 Sonó aguda una trompeta,
 Calló asombrada la turba,
 Y apercibido á la guerra
 Seguido de cinco pajes
 Entró un ginete á la prueba.
 Con los blasones reales
 Su negro escudo acuartela,
 Caballos trae de batalla
 Y corona en la cabeza.
 Y es personaje sin duda
 De real casa y reales prendas,
 Pues mete en liza escuderos
 Y pajes delante lleva.

V.

EL JUICIO DE DIOS.

Llegó el caballero incógnito
 A los andamios reales,
 Y alzándose la visera
 Y con el rey encarándose,
 Del infante Don Favila
 Mostró el severo semblante.
 Quedaron los cortesanos
 Atónitos al mirarle ;
 Perdió la color el rey,
 Y sobre el escaño alzándose
 Plática entabló con él
 Entre iracundo y amable.

El rey. Primo, seais bien venido.
 ¿Qué viento á Toledo os trae?

D. Favila. El que vuestros pregoneros
 Con vuestras sentencias hacen.

El rey. ¿Sabeis pues vuestra deshonra?

D. Favila. Vedlo, pues no llego tarde.

El rey. ¿Habeis caminado mucho?

D. Favila. Toda cuanta tierra cabe
 Desde Asturias á Toledo.

El rey. ¿Y habeis hecho tanto viaje...?

D. Favila (vivamente). Para lidiar como
 es justo.

El rey (con ira). ¡Favila...! ¿por la culpable?

D. Favila. ¡Por Dios que he corrido bien
 Por llegar en este instante!

El rey. ¡Sabeis cuál es su delito!

D. Favila. Sé, primo, que es nuestra sangre,
 Y que por no defenderla
 Es mengua que se derrame.

El rey. ¿Tendréis tal vez prueba alguna
 De su inocencia?

D. Favila. Eso atañe

A los que esto sentenciaron :

Bástame á mí su linaje.

Y sabed que aunque otra fuera,

Ser muger era bastante

Para romper yo una lanza

A no defenderla nadie.

El rey. ¡Noble sois!

D. Favila. Nací en palacio :
 Nadie como vos lo sabe.

Y su caballo volviendo
 Dejó al rey, que á replicarle
 Iba, y desairado viéndose
 Dijo iracundo : « ¡Adelante! »
 Fué el duque Don Favila
 Al acusador, y en grave
 Acento y gesto sañudo
 Díjole palabras tales :

« Yo, para lidiar conmigo

« Os dispenso lo que os falte,

« Y no riño mas que á muerte »

« Ved pues si podeis matarme,

« Porque si acabo con vos

« He de daros por infame

« A vos y á todos los vuestros

« A donde la raza alcance.

« Con que á quien Dios se la diere

« Bendigasela su madre. »

Y asiendo un caballo negro

Que de hinojos le da un paje,

Tomó campo Don Favila

Su antagonista imitándole.

Quedó en profundo silencio

La multitud un instante,

Y la atencion fué profunda,

Y el temor inesplicable.

Unos están por el duque,

Otros, que el deseo saben

Del rey, anhelan inicuos

Que Doña Luz no se saive.

Y otros, que ven la nobleza

Del que á la batalla sale,

De la princesa dolidos

Por ella plegarias hacen.

Ellos, mientras, lanza enristre

Tendidos hácia adelante,

A la señal de los jueces

Salieron á todo escape.

Viniéronse uno para otro,

Y en el medio al encontrarse

Tal nube de polvo alzaron

Que oscurecieron el lance.
 Por movimiento uniforme
 Todos en su asiento alzándose
 Tendieron tras de los ojos
 Los cuerpos para mirarles :
 Y el espeso remolino
 Con el viento disipándose
 Dejó ver las consecuencias
 Del encuentro formidable.
 Por valor ó por fortuna
 De un hote acabó el combate :
 Nadie con el cómo atina,
 Pero el hecho está palpable.

El bueno de Don Favila
 Al acusador cobarde
 Tenía á sus piés tendido,
 Y la lanza asegurándole
 Al pecho, le amenazaba
 Con morir ó retractarse.
 Grande fué entonces el asombro,
 Y el bullicio fué muy grande,
 Que hay quien á mágia lo achaca,
 Y otras causas semejantes.
 Y el rey que á su favorito
 Mira en tan estremo trance
 Lanzó á la arena su cetro :
 Mas Don Favila mas hábil
 Antes que á tierra llegara
 Pasóle de parte á parte.
 Rompió en aplausos la turba
 Que todo al cabo lo aplaude.
 Gozó Don Favila el triunfo,
 Y el rey gimíó de coraje.

Dióse por libre á la infanta,
 Y empezó á salir la gente,
 Cuando confuso tumulto
 Se levantó en el palenque.
 Asustáronse las damas,
 Y hubo voces diferentes
 De alarma : « ¡ Fuego ! — ¡ d la vega !
 ¡ Fuera ! — matarle ! — ¡ cogerte ! »
 Y el alboroto redobla,
 Y en la confusion que crece
 Unos á huir se preparan,
 Otros á la bulla vuelven.
 Allá abajo entre una turba
 Se ven apenas los jueces
 Con sus insignias por alto
 A las que ninguno atiende.
 Y suenan voces de riña,
 Y puños por alto vense,
 Aunque en verdad del tumulto
 Nadie la razon comprende.
 Sonaron, por fin, clarines
 Del rey, y entraron ginetes
 Que despejaron el campo

Con que logran entenderse.
 Volvióse la multitud
 A los asientos, volviéronse
 Con el rey los cortesanos
 A sus sitios preferentes,
 Y demandando la causa
 El rey, fueron á ponerse
 A sus piés tres caballeros
 Armados hasta los dientes.
 Enojado el rey Egica,
 Dijoles : « ¿ Quién son ? ¿ qué quieren ? »
 Y alzó la voz uno de ellos
 Diciendo : « *Vasallos fieles,
 Amigos de la justicia,
 Y del difunto parientes.
 Señor, la misma demanda
 Etablamos nuevamente,
 Y á desafiar venimos
 A su vencedor á muerte.* »

Brilló en el rostro del rey
 Traidora sonrisa oyéndole,
 Y dijo con voz de triunfo
 A Don Favila volviéndose :
 « Primo, ¿ admitis la demanda ?
 ¡ Ya veis que con causa vienen !
 — ¡ Que vengan en horabuena !
 Yo traigo quince ginetes,
 Y admito por cada cuatro
 De mis caballeros, siete.
 — Y yo soy con mi sobrino
 Mantenedor del palenque, »
 Esclamó entrando en la liza
 Otro, cuya voz potente
 Cubrió el rumor que en pueblo
 La nueva noticia mueve.
 Frunció las cejas Egica
 Viendo al nuevo combatiente
 Y esclamó : « ¡ Vos, Godofredo,
 Vais á lidiar !

— Me parece.
 ¡ Ea ! buen duque, á caballo !
 Que hombres de nuestra progenie
 Por un contrario de mas
 Batalla escusar no pueden.
 — No, tío, ¡ viven los cielos !
 Pero algo ha de concederse
 A quien como noble lidia
 Y abriga sangre de reyes.
 Yo solo mantengo el campo,
 Que tiren entre ellos suertes
 Y al que le toque, que salga.
 Pero, ¡ ay de ellos si no vencen !
 Todos quedarán esclavos
 Para cuidar mis lebreles,
 Yo arrastraré al que dorríbe,
 Y escupiré á los que queden.
 — Eso sí, sobrino mio.

Mas si por desdicha vencen,
Soy tu padrino y no dudes
Que vengaré bien tu muerte.
— ¡Pues á caballo!

— ¡A caballo! »

Y al punto la lid resuelven,
Sentadas las condiciones
Entre padrinos y jueces.
Volvió á temer Doña Luz
Acusada doblemente,
Y el pueblo volvió á gozar,
Porque el pueblo goza siempre.
Salió al combate Don Bristes,
Mozo de años veinte y nueve,
De alma relajada y fiera
Y esforzado como un Hércules.
Mucho de su fama y brios
Por Don Favila se teme
Y dicen que el rey le nombra
Por el mas recio escojiéndole.
Ello es que él y Don Favila,
Lanza en ristre y frente á frente,
Apercibidos esperan
La señal de acometerse.
Diéronse los padrinos,
Y uno para otro viniéndose
En la mitad de la arena
Se hallaron bizarramente.
Don Bristes de una lanzada
Hendió escudo y coselete
A Don Favila, que apenas
En la silla se mantiene.
Y Don Favila mas diestro,
Aunque en golpe menos fuerte
El hombro derecho á Bristes
Certo le desguarnea.
Pero ambos en los arzones
Con buena prez manteniéndose,
Con nuevas lanzas que toman
Segunda carrera emprenden.
Erró Don Bristes el golpe
Por fiarse solamente
De su fuerza, y Don Favila,
De su falta apercibiéndose,
En un vigoroso encuentro
Tendió caballo y ginete.
Muerto, al ver que toca en tierra,
Todos á la par creyeronle,
Mas, caballero famoso,
De su destreza valiéndose,
Con rapidez inaudita
Tornó á alzarse de repente.
Glorioso, arrancó un aplauso...
Y por Dios que lo merece,
¡Porque es asombroso lance
Y sutilísima suerte!
Atónito Don Favila
Quedó, y receloso al verle

Venirsele espada en mano,
Rabioso como una sierpe.
Tambien acudió á la suya,
Mas no tan pronto revuelve
Que no le alcance del tajo
Mucha parte en el almete.
Cargóle el rápido Bristes
Colérico por dos veces
Y evitóle Don Favila
Casi milagrosamente.
Y siempre entrando y saliendo,
Y acuchillándose siempre,
Si bien le trabaja Bristes,
Bien el duque se defiende.
Pero viendo Don Favila
La ventaja que en sí tiene
Por ser mejor su caballo
Al que manda fácilmente,
Dió en esquivar á Don Bristes,
Acechando cautamente
Un paso sentado en vago
Que descubierto le deje.
Con lo que el otro creyendo
Que ya Don Favila teme,
Su afán redobla, y su potro
Con tal impetu revuelve
Que ya Doña Luz desmaya,
Y ya murmura la gente,
Y ya con harto trabajo
Los aplausos se contienen.
Mas el diestro Don Favila
Se cierra tan de repente
Con Bristes, que ambos á dos
A tierra á un tiempo se vienen.
Cayó bajo su caballo
Don Bristes ignoblemente,
Y el duque por la garganta
Su agudo puñal le mete.
Soltó la espada el vencido,
Tendió los brazos inermes;
Y asieron de Don Favila
Los padrinos y los jueces.

D. Godofredo. ¡Dame los brazos, sobrino!
D. Favila. Tío, matarle no basta,
Fuerza es que á toda su casta
Llegue su fatal destino.
Juez. Se abrió el campo, caballero,
A la lid, no á la venganza.
D. Favila. Cuanto derriba mi lanza
Pertenece á mi escudero.
Si en leyes entendéis vos,
Yo entiendo en lances de riñas,
Con que dejad socialías,
Señor juez, ¡voto vá Dios!
Escudero, en buena ley,
De impostores para mengua

Arranca al muerto la lengua
Y ponla á los piés del rey.

Juez. A nadie se permitió...

D. Favila (con desprecio). Si á nadie se
ha permitido

Tampoco permiso pido,
Que primo del rey soy yo.

Con cuyas fieras palabras
Desairados los presentes,
Los jueces se desconciertan
Y el escudero obedece.
Y sigue aplaudiendo al duque
Con estrépito la plebe,
Y entréganse despechados
Del vencido los parientes.

D. Favila. Tío, decid á esa dama
Si está su honor satisfecho,
Y al rey si basta lo hecho
Para volverla su fama.

D. Godofredo. El rey se partió, indignado
Tal vez de tu demasia.

D. Favila. Mañana será otro día
Y se habrá desenojado.

Pues si llora por el muerto
No me tendrá en gran favor.

D. Godofredo. Que lo cuentes es mejor,
Sobrino.

D. Favila. Estais en lo cierto.
Con que, tío, Dios os guarde,
Que he apretado bien los puños
Y tengo varios rasguños,
Segun creo, y se hace tarde.

—
Y en tanto que hablaban esto
Don Godofredo y el duque,
El rey se salió del circo
Con ira ó con pesadumbre.
Dió por libre á Doña Luz,
Pero, segun se presume,
Secretos designios guarda,
Y negra intencion encubre.
Porque al punto que Don Bristes
Cayó bajo el brazo ilustre
De Don Favila, sus guardias,
Con celo que bien no arguye,
Asieron de la princesa
Y quedó la incertidumbre
De si va libre y honrada
O si presa la conducen.

Ello es que estos pormenores
Que por entre el vulgo cunden
Sospechas alzan y miedos
Que hacen que asaz se murmure,
Y ello es que á hablar en secreto
Por la tarde se reunen

Los vecinos, y se teme
Que en partidos se pronuncien.
Porque se habla demasiado
Del combate, y atribuyen
A Dios mucha parte y dicen
Que su mano se descubre
Pues que vuelve por el justo,
Y no obra el rey cual le cumple.
Lo cierto es que hay destinados
Cien ginetes que patrullen,
Y el rey ha enviado á su primo
Un mensage, que en resúmen
Le intima que á sus estados
Para volver se apurese.

Y así se pasó la tarde,
Y el mundo en sombras se sume,
Y envuelve el cielo la noche
Con pabellones azules.
Algunas estrellas lánguidas
Acá y acullá relucen,
Diseminadas antorchas
Que mas que aparecen huyen.
La luna asoma á pedazos
Por un peloton de nubes
Que la circunda fantástico
En forma y color voluble.
Y al fin por mas que los nobles
El juicio de Dios divulguen
Haciendo favor al rey,
Y por mas que él disimule,
No queda nadie en Toledo
Tan necio, á quien se le oculte
Que Doña Luz sigue presa
Y que se destierra al duque.
Por eso en la torrecilla
Del gótico alcázar luce
La lámpara misteriosa
Que pena y desvelo arguye
En quien la habita, y por eso
El reposo se interrumpe
De la noche con los ayes
Que necio pavor infunden
En los guardias de la torre,
Y cuyo són les aturde
Mientras en el aire vaga
Y en el aire se consume.

VI.

ENCUENTRO Y RESOLUCION.

¡Ay triste del que ufano
Y alegre en apariencia
Figura á los placeres
Quimérica aficion,
Y rie y goza y muchos
Envidian su existencia,

Y un torcedor secreto
Le roe el corazon.

¡Ay triste del que lleva
Los celos en el alma
Y afecta en el semblante
La risa del placer,
Y sus palabras mienten
La venturosa calma
Por que suspira ansioso
Su contristado sér!

Sí, triste á quien asalta
Perdido un pensamiento
Cuya horrorosa duda
Destruye su ilusion,
Y vaga por su mente
Cual á merced del viento
Pajel desorientado
Sin velas ni timon.

¡Ay pobre caballero
Cuyo leal cariño
Secreto largos años
A su beldad guardó,
Soñando á su querida
Mas pura que el armiño
Y al cabo de una ausencia
Sin honra la encontró!

¿Quién hallará palabras
Que al caballero amante
Consuelen, ó á lo menos
Satisfaccion le den,
Cuando en la lengua torpe
Del vulgo petulante
Prostituido encuentra
El nombre de su bien?

¡Ay! la princesa amaba
En otro tiempo á un hombre
Que los rabiosos celos
Estimuló del rey,
Y de quien no bastaron
A descubrir el nombre,
Ni el pavoroso juicio
Ni la sangrienta ley.

Si aun la ama, si el delito
Tal vez es verdadero,
¿Porqué por honra propia
No viene á combatir?
¿Porqué si la ha infamado
No sabe el caballero
Satisfacer cual noble,
O cual leal morir?

Mas pues la acusan todos,
Habrá razon alguna

Para que todos la hagan
Tan vil imputacion :
Y entonces ; ay! ¿quién sabe
Si por fatal fortuna
Ajeno será el crimen,
Y ajena la pasion?

Y ¡ay triste del que lleva
Los celos en el alma
Y afecta en el semblante
La risa del placer,
Y sus palabras mienten
La venturosa calma
Por que suspira ansioso
Su contristado sér!

Mas Doña Luz á solas
Llorando sin consuelo
Por su galan oculto
Se aflige sin cesar,
Y prematura muerte
De hinojos pide al cielo
Si acaso pudo ingrato
Su corazon cambiar.

Y acaso en este instante
Con torcedor secreto
Los celos se apóderan
A un tiempo de los dos,
Y van por dos caminos,
Entrambos á un objeto,
El uno en pos del otro
De su ventura en pos.

Está avanzada la noche,
Fria por demas y oscura,
Apagadas las estrellas
Y encapotada la luna.
Sopla á ráfagas el cierzo
Y aunque tormentoso nunca,
Segun por donde se arrastra
Silva, gime, brama ó zumba.
Todo en Toledo reposa,
Y negra, apiñada y mustia
Se ve la ciudad que á trechos
En la sombra se dibuja.
Y allá por entre las peñas
Del valle opaco en la hondura,
Se oye el ronco són del agua
Del Tajo, que se derrumba
Entre los rudos peñascos,
Alzando hervorosa espuma.
¡Medrosos sitios son estos!
Medrosos por las figuras
Informes que representan
Y por tradiciones muchas.
¡Misteriosos son aquellos

Peñascos y quebraduras,
 Cuyos contornos se estienden
 En irregulares curvas,
 Que en la fantasía toman
 Forma y variedad difusa,
 Y vida en el miedo encuentran
 Y en las creencias se abultan!
 Avanzando silenciosa
 Por su superficie rústica
 Viene á estas horas subiendo
 Una sombra lenta y muda.
 Y ya por paso mas fácil,
 O porque mejor le encubran
 Con la sombra mas espesa
 De los peñascos se escuda.
 Cumplido manto la emboza,
 Y aunque impedirlo procura,
 La malla y los acicates
 Por debajo le relumbran,
 Y á cada paso se siente
 El crujir de la armadura,
 Cuyas piezas al moverse
 Se separan y se juntan.
 Yo no sé qué de siniestro
 En tales sitios augura
 Quien en tan lóbrega noche
 Su fria soledad turba,
 Y bien á lo que parece
 Conoce el lugar sin duda,
 Pues ni en lo áspero tropieza
 Ni lo difícil le asusta;
 Y avanza y gira á su tiempo
 Con precision, y segura
 Su planta evita los brezos,
 Y los pedregales cruzas.
 Así de una en otra peña
 Llegó trepando á la altura
 Hasta tocar del alcázar
 Las viejas murallas húmedas,
 Donde apartando una piedra
 Que falso postigo oculta,
 Iba á alzar con una llave
 La mohosa cerradura.
 Mas no bien la estrecha puerta
 Tocaba, cuando la punta
 De una espada en la garganta
 De repente le aseguran.
 « ¿ Quién va allá? » le preguntaron,
 Mas con repentina astucia,
 « ¡ El diablo! » contestó al punto,
 Y con impensada furia
 Dando sobre el que le amaga
 « ¿ Quién va? » á su vez le pregunta.
 Quedaron pues, cara á cara,
 Aunque cada cual la suya
 Recata cuidadosamente,
 Y aprestados á la lucha.
 Mas el que amagó primero

Ya por miedo ó por cordura,
 Bajando primero el arma
 Así la cuestion escusa,
 Diciendo : « De todo el muro
 Es esta la puerta única.
 Solo da entrada á esta torre,
 Y vos conoceis la ruta.
 Que ibais á entrar está claro,
 Conque de dos cosas una :
 O el galan de Doña Luz
 Sois, ó en la sombra nocturna
 Fiado, en la torre entrábais
 De oro y de alhajas en busca.
 Si lo primero, en mis manos
 Tengo yo vuestra fortuna;
 Si lo segundo, mis gentes
 Apostadas en la hondura
 Dan con vos á una señal
 En la corriente profunda.
 Conque hablad pues.

— ¡ Norabuena!

Y escuchadme : esta es la única
 Puerta que lleva á esta torre
 Y vos conoceis la ruta.
 Que ibais á entrar me sospecho,
 Con que de dos cosas una :
 O el galan de Doña Luz
 Sois, ó en la sombra nocturna
 Sorprendido su secreto
 Habeis venido en su busca.
 Si lo primero, me importa
 Estorbar vuestra fortuna ;
 Si lo segundo, uno es fuerza
 Que en la eternidad se hunda.
 Con que hablad pues.

— Norabuena,

Y ó la razon se me ofusca
 O al cabo de la cuestion
 Nos encontramos en suma.
 Vos sois el galan oculto.
 —Y vos mi rival.

— Sin duda.

Defendeos pues.

— Primero

Fuerza es que aclaremos una.
 — ¿ Cual ?

— La de con quien reñimos.

—Yo no me descubro nunca
 Cuando riño por guardarme.
 —Aparte necias escusas,
 Señor valiente, que ha dado
 Con quien de razones gusta;
 Porque me importa el asunto
 Mas de lo que se os figura,
 Y si es tal vuestro secreto
 Que en descubrirlo haya culpa,
 Mi nombre es la garantía
 De que lo echais en la tumba ;

Que el príncipe Godofredo...

— ¿Vos, mi tío?

— ¡Bondad justa

De Dios! ¿eres Don Favila?

— Yo soy.

— ¿Pero qué te turba?

¡Oh! de hallarme tan á tiempo

Da gracias á la fortuna,

Que sé mas de lo que crees,

Por mucho que te presumas.

Pero entremos, que no es justo

Platicar en pié y á oscuras. »

Tras cuyas frases metiendo

La llave en la cerradura,

Desaparecieron ambos

Por la puertecilla oculta.

—

Su infortunio en maldecir,

Y en suspirar y gemir

Se ocupaba la princesa,

Cuando oyó con mucha prisa

Por el caracol subir.

Sobresaltóse advertida

Y asió por dentro el cerrojo,

Tal vez temió por su vida,

Que no hay precaucion perdida

Del rey contra el fiero enojo.

Dieron cautelosamente

Dos golpecitos por fuera,

Mas Doña Luz cautamente

A oír aguardó prudente

La voz de la escalera.

« Luz! » dijeron, mas tan quedo

Que no pudo conocer

El acento y tuvo miedo;

Porque tenia en Toledo

Mucha traicion que temer.

D. Favila. Abre, Luz, ¿no me conoces?

D. Godofredo. Despierta, si estás dormida.

D. Favila. Por dulce sueño que goces

Desvelente, Luz, mis voces,

Despierta por Dios, mi vida!

A cuyo amoroso acento

Respondiendo el corazon

De Doña Luz, y un momento

Dudando, abrió su aposento

Al iman de su pasion.

Pero mirando turbada

A Godofredo con él,

Recibióles reservada,

Severa y disimulada,

Siempre á su secreto fiel.

D. Luz. Tal vez, buenos caballeros,

Con nobleza ya escensiva

Venis de nuevo á ofreceros;

Tal favor agradeceros

Sabré yo mientras que viva.

Que aunque será, segun creo,

Por breve tiempo quizás,

Lo grande de mi deseo

Podrá suplir lo demas.

D. Godofredo. ¡Qué farsa es esta que veol

Luz, la brevedad importa,

Responde: esta letra ¿es tuya?

Quedó Doña Luz absorta

Cuestion tan precisa y corta

Sin atinar como huya.

Y el tío que esto previno

A los ojos la ponía

El escrito pergamino,

Que á dar en sus manos vino

Allá en Alcántara un día.

Posaba convulsamente

En él la avara pupila

Doña Luz; su tío en frente

Sonreía dulcemente,

Y temblaba Don Favila.

Al cabo rompió á llorar

La pobre madre culpada,

Sin osarle preguntar

Por su prenda abandonada

En los brazos del azar.

Y abriéndola con ternura

Los suyos Don Godofredo:

« ¡Ven! (la dijo) está segura

« Esa prenda de ventura,

« Pero lejos de Toledo.

« Y abrazaos ¡vive Dios!

« Que el cielo piadoso aprueba

« Lo que hartó costó á los dos;

« Que va de la culpa en pos,

« Pero aborrece la nueva. »

Y los dos tiernos amantes

Por tanto tiempo constantes

En un cariñoso abrazo

Lid olvidaron y plazo

En tan ansiados instantes.

Lloraban ambos al par

Con lágrimas de ternura

Y ya próximo á llorar

El tío sin respirar

Bendecia su ventura;

Cuando oyeron de repente

De pobre instrumento el són,

Y entre el són de la corriente

Del Tajo, alegre cancion

Entonada diestramente.

D. Godofredo. ¡Ea! no escuse lo menos

Quien ha emprendido lo mas,

Id vuestra ruta serenos,
Que mis caballos son buenos,
Y os queda un amigo atrás.

D. Luz. ¡Cómo, señor, ¿qué es aquesto?

D. Godofredo. Todo lo tengo dispuesto.

Y no hay remedio mejor
Ni para guardar tu honor,
Ni para evitar su arresto.

D. Favila. ¿Y el rey?

D. Godofredo. Yo me quedo aquí.
Esposos sed ante Dios,
Que, el rey Egica ante mí,
Tendrá que ver que nació
El mas justo de los dos.

CONCLUSION.

Estaba cercano el día;
La luna en el horizonte
Escasa luz despedía
Y á largos pasos se hundía
Detrás del alzado monte;
Cuando sólo y descuidado
En largo manto embozado
Espacio entraba en Toledo
Un hombre, que bien mirado
No era otro que Godofredo.

Y allá á lo lejos se vian
La estensa vega cruzando
Varios ginetes que huían,
Que mas se desvanecían
Cuanto se iban alejando.

Pasó Godofredo el puente,
Y apenas apareció
La aurora en el rojo oriente,
Firme el pié y alta la frente
En el alcázar entró.

Lo que pasó dentro de él
Entre el infante y Egica
Nadie en Toledo lo esplica
Ni se halla en ningún papel.

Ello es que Don Godofredo
De un hora tras él despacio,
Volvió á salir de palacio,
Y se ausentó de Toledo.

Y en el aire triunfador
Con que dicen que salía
Bien claramente se via
Que llevaba lo mejor.

El rey desde su partida,
Presa de oculto pesar,
Cercano estuvo á exhalar
A sus rigores la vida.

Y en cuanto esta le duró
Ni al duque persiguió mas,

Ni el bello nombre jamás
De la princesa mentó.

Y aunque recias tempestades
Fueron á turbarles luego,
De su retiro el sosiego,
Y el bien de sus soledades,
Del rey su tío á cubierto
Ellos allá en sus estados,
Vivieron muy bien casados,
Y esto es, ¡oh lector! lo cierto.

Y acaso en otra ocasion
Si tu favor me aseguras,
Sabrás otras aventuras
De Doña Luz, que hartas son.

Mas si no son de tu gusto,
Lector, las que te conté,
No hablemos mas, porque á fé
Que no me coje de susto.

LEYENDA SEGUNDA.

HISTORIA

DE

UN ESPAÑOL Y DOS FRANCESAS.

CAPITULO I.

DE COMO UN ESPAÑOL SE ENAMORO DE UNA FRANCESA.

En un día de febrero,
Como á las tres de la tarde,
Del rio Arlanza mirando
Los fugitivos cristales,
Y entre el camino de Francia
Y el rio humilde paseándose,
Viase á un hombre vagando
Por su solitaria márgen,
Hidalgo y rico á juzgar
Por su gentileza y traje.
En secretas reflexiones
Abismado y sin curarse
De cuanto en redor pasaba
Seguia, cual si ocupasen
Su mente graves cuidados
O duelos su ánima graves.
Parado estaba del puente
Cabe los altos pilares,
Cuando llamó su atencion
Ruido y polvareda grandes
Que alzaban muchos ginetes
Por el camino adelante.
Alargó pues el hidalgo
Sus pasos para encontrarles

Bien fuese curiosidad
 O bien que les aguardase.
 Salió al lindel del camino,
 Y á la turba aproximándose
 Peregrinos vió y juzgóles
 Gente de noble linage.
 Dos damas y un caballero
 Eran, y con antifaces
 Traian cubierto el rostro,
 Costumbre de tiempos tales.
 Caballos traian recios,
 Cruces de plata, y por pages
 Quince ginetes armados
 Del casco á los acieates.
 Llegados ante el incógnito
 El caballero parándose
 Dijole: « Dios sea loado,
 Buen hombre. » Y él con voz grave
 Repuso: « Loado sea
 For siempre, buen caminante.
 — ¿Por dónde voy al palacio
 Del conde Garci Fernandez?
 — ¿Pensais en él hospedaros?
 Sí, que pienso.

— Muchas calles

Hay que cruzar, y yo mismo
 Es mejor que os acompañe,
 Si la atencion no os enoja.
 — Si ese camino lleváreis
 Para ir á vuestros quehaceres
 Consiento, y Dios os lo pague.
 — Voy tambien hácia palacio.
 — Entonces echad delante. »

Tomó el de á pié en este punto
 La vuelta á los arrabales,
 Y sin que hubiesen los guardias
 Ocasión de demandarle
 Sino de hacerle gran honra
 Como á ilustre personage,
 Entró en Burgos por la puerta
 Que á Santa María cae.
 Y aquí, con los peregrinos
 Que le seguian juntándose,
 Conversacion introdujo
 Con palabras semejantes:
 « ¿Y á donde es el derrotero?
 — A Santiago.

— Es una imágen

Y una iglesia milagrosas.
 ¿Y de qué tierra se parten?
 — Desde Tolosa de Francia.
 — ¡De agradecer es el viage!
 ¿Es devocion ó promesa?
 — Es devocion y eso baste,
 Que habeis hecho tres preguntas
 Sin que os preguntara nadie.
 — Perdone el buen peregrino.

I.

— Vaya el buen guia adelante. »
 Y en esto el de á pié teniéndose
 Ante un edificio grande
 Alzado en una plazuela,
 Dijo entre sério y afable:
 « Vea lo que habla el romero,
 Pues aquí es fuerza que pare
 Quien á mi palacio llega
 A demandar hospedage.
 — ¡Cómo! ¡ Sois por vida mía...
 — El conde Garci Fernandez.
 — El de Castilla perdone.
 — El de Tolosa demande,
 Que anduvo el guia indiscreto
 Y hará el conde castigarle.
 Pero pié á tierra, señores,
 Que esta es su casa. »

Y con tales

Palabras ayudó el conde
 A las damas á apearse;
 Y entrándose por sus puertas
 Con corteses ademanes
 Las dió el brazo en la escalera
 Sin que ellas se le esquivasen.

—
 Cómo entra amor en el alma
 En verdad que no se sabe,
 Pero ello es que él tiene llave
 Para abrir el corazon;
 Y una palabra, un suspiro,
 Dicha ó exhalado apenas
 Son á veces las cadenas
 Con que ata nuestra razon.

Cadenas hechas de flores,
 De deseos y de antojos,
 Forjadas en unos ojos
 De pudoroso mirar,
 O en unos labios de púrpura
 Que sonrien tiernamente,
 Ensayados diestramente
 En sonreir y en hablar.

¡O amor, qué bien escogistes
 Aunque niño, loco y ciego,
 Lugar dó esconder tu fuego
 Y tu irresistible iman!
 Porque ¿cómo recelarse
 De unos ojos inocentes,
 Y de unas indiferentes
 Palabras que al alma van?

¡Ay! poco á poco se miran
 Y se escuchan poco á poco,
 Y nace un deseo loco
 Que, aunque aislado y sin valor,
 Tras él otro y otros trae,
 Que ardientes y decididos

20

Nos despeñan impelidos
Por las simas del amor.

Así al conde de Castilla
Labraba su desventura
La peregrina hermosa
Que en su palacio hospedó;
Y él, que esquivó los halagos
De castellanas hermosas,
En las redes codiciosas
De la francesa cayó.

Aspid fatal que introdujo
El mismo conde en su seno,
Y cuyo dulce veneno
Bebía con avidez
Tan ciego y desatentado,
Que cuanto mas le apuraba,
Mas el infeliz dudaba
Que fuese poco á su sed.

Sí, porque ¿quién no le apura
Ofrecido en rico vaso
Que incita á beberle acaso
Con su esquisito primor?
¿Quién fascinado no corre
Tras unos ojos de fuego
Que nos roban el sosiego,
La prudencia y el valor?

¡Y á fé que era encantadora
La dichosa peregrina!
Bellísima era Argentina,
Y de prosapia real.
Y él, que vió sus ojos cándidos
Sin los dobleces del velo,
Creyó su azul como el cielo
Signo de dicha inmortal.

Y vió una vez fascinado,
Miró luego respetuoso,
Amó despues silencioso
Y amó con ansia despues;
Primero dispuso fiestas,
Luego presentes y galas,
Y al fin de su amor en alas
Cayó sin fuerza á sus plés.

Y una noche entre los mirtos
Del jardin de su palacio
Cuando á solas y despacio
Por fortuna la encontró,
Tomó sus manos de nieve
Y doblando la rodilla,
La corona de Castilla
Loco de amor la ofreció.

* ¡Oh bellísima Argentina!
(La dijo el rendido amante)
Desde el fortunado instante
En que por dicha te vi,

Mi voluntad, mi deseo
A mas ventura no alcanza
Que á la débil esperanza
De tenerte junto á mí.

De noche allá en mis delirios
Tu imágen se me aparece,
Y el alma se me estremece
Con tan dichosa ilusion.
La luz que radia tu rostro
Mi corazon ilumina,
Y aun tu sombra ¡oh mi Argentina!
Acrecienta mi pasion.

De día ansioso te busco,
Bajo tus rejas paseo
Y venturoso me creo
Si de la reja á través
Alcanzo tu sombra errante,
Aun sabiendo ¡vida mia!
Que mi amorosa agonía
Ni te imaginas, ni ves.

Creí que podría un tiempo
Mas que mi destino fuerte
Olydarte ó no quererte,
Mas neciamente creí.
Yo te amo, sí; cada día
Que por mi existencia pasa
Mi pasion crece sin tasa,
Y no hallo vida sin tí.

Y pues te brinda el destino,
¡Oh bellísima francesa!
Sé en Castilla la condesa,
La luz de mis ojos sé,
Y piensa que en compañía
De quien tan fino te adora,
Tú serás reina y señora,
Yo tu esclavo viviré.»

Y así diciendo el buen conde
Las manos la acariciaba
Y el rostro la contemplaba
Con amorosa ansiedad;
Y ella inmóvil y en silencio
Con angélica sonrisa
Contemplábase indecisa,
Mas confiada en verdad.

Sus manos le abandonaba
La hermosa sin defendellas,
Y el conde estampaba en ellas
Sus labios con harto ardor,
Mientras la luna que huía
Y las auras que sonaban
Prestaban luz y armonía
A aquella escena de amor.

Y quien sabe lo que pueden
La solitaria frescura.

La ilusion y la ventura
De una noche y un jardin;
Quien ve el empeño del conde,
Y la paz con que ella escucha,
El sí con que le responde
Imáginese por fin.

Un sí pronunciado apenas
Fugitivo y balbuciente,
Pero espresivo, elocuente,
Espontáneo, abrasador.
Un sí cuyo eco encantado,
Cuyo sonido improviso
Abrió al conde un paraíso
De deleites y de amor.

Cayó Argentina en sus brazos;
Dobló en su pecho la frente
Y un beso, aunque puro ardiente,
En ella el conde posó,
Y la niña, no ofendida
Mas cautelosa, apartándose,
De su buen padre, ausentándose,
El dulce nombre invocó.

El conde, que era entendido,
Aprovechando el momento
A poco en el aposento
Del huésped se hizo anunciar,
Y allí con él encerrado
Y de Argentina en ausencia
La importante conferencia
Comenzaron á entablar.

El Francés. Generoso castellano,
¿Qué puedo hacer por serviros?
El Castellano. La dicha vengo á pedirlos.

El Francés. Si está en mi mano os la doy;
Mas decidme ¿en qué manera
Alcanzo á vuestro destino?

El Castellano. Oídme, buen peregrino,
Que á descifrároslo voy.

Yo os di por vuestra nobleza
En mi palacio hospedage,
Y os vino á hacer homenaje,
Cuanto en Castilla hay mejor.
Ardió mi tierra en festejos
Por los condes de Tolosa,
Y solo existe una cosa
Con que pagarme, señor.

El Francés. Decidla pues, que aunque sea
La mitad de mi corona,
Mi fé desde aquí os la abona
Para delante de Dios.

El Castellano. Pues bien, tenéis una hija,
Yo apelo á vuestra promesa
Y quiero hacerla condesa
Sin que lo herede de vos.

El Francés. ¡A Argentina!

El Castellano. Si por cierto.

Y ved que de otra manera
Haceros cargo pudiera
Como á huésped desleal,
Porque yo os franquéé mi casa,
Y os di cuanto poseía
Y robáisme el alma mía,
Con que me pagais muy mal.

Quedó el francés á estas voces
Sombrio y meditabundo,
Pues que no había en el mundo
Cosa que irlé á demandar
Que él diera de peor gana
Ni á un conde, ni á un extranjero,
Porque el acaso altanero
De conde aspiró á pasar.

Mas mirando que le estaba
Del hospedage obligado
Y que el español honrado
Vivia y con gran poder,
Pensó que andaria necio
En negarla al castellano,
Que si no era un soberano,
Honrara harto á una muger.

Tendió pues la mano al conde
Con cortesana sonrisa,
Y sentando por precisa
Y absoluta condicion
La voluntad de Argentina,
Contestó que él la otorgaba,
Puesto que en dársela obraba
Conforme á su obligacion.

La boda, pues, acordóse,
É impaciente Don Garcia
Casóse en Santa Maria
Aun no trascurrido un mes;
Castilla y Tolosa hicieron
En las fiestas competencia
Y hubo festin y licencia
Muchas semanas despues.

Vino á ofrecerse rendida
A su nueva soberana,
La nobleza castellana
Siempre á sus condes leal;
Y cumpliendo el de Tolosa
En Santiago su promesa
Volvióse á tierra francesa,
Siendo el gozo universal.

CAPITULO II.

DE COMO SE LAS HUBIERON LA FRANCESA Y EL ESPAÑOL.

Mas ¡ay del necio que fla
En la muger y en el viento,
Que cambian en un momento
De rumbo y de fantasia!

Y ; ay de quien fia en estraños,
Que aunque halagarnos pretendan
Preciso es que al fin nos vendan
O con fuerza ó con engaños!

Dos años y no cabales
Vivieron ambos esposos,
Tiernos siempre y cariñosos,
Alegres siempre é iguales.

Amábala el español
Con tan ciega idolatría
Que, antes que en ella, creeria
Que hubiera mancha en el sol.

Y amábale la francesa
Con intensidad tan rara
Que mejor se la juzgara
Favorita que condesa.

No habia para él mas gloria
Que su amor, y en tal esceso,
Que cambiara por un beso
La mas preciada victoria.

No habia gusto para ella
Si con él no le partía,
Y el vulgo en fin los creía
Nacidos bajo una estrella.

Tambien lo creía el conde;
Pero al fin dió en un abismo,
Que ¿quién por otro responde
Si aun duda uno de sí mismo?

Vino dos años despues
Desde tierras de Tolosa
De los padres de la esposa
Con regalos un francés.

Para mas ostentacion
De la amistosa misiva
Vino con gran comitiva
De gente de estimacion.

Toda hidalga y opulenta
Que entre ella nobles venian
Que provincias mantenian
Con sus tropas y á su cuenta.

Trajeron mil invenciones,
Refinamiento elegante
Del lujo, heraldos delante,
Pages detrás y bufones.

Y en fin entre su equipage
Con esplendidez estraña
Hasta tiendas de campaña
Para las siestas del viage.

Cuyas cosas en Castilla
Por gente sóbria habitada
Tuvieron boga sobrada,
Rayando en la maravilla.

Tomaron de ellos los trages
Por gusto de la condesa,
Y armáronse á la francesa
De bufones y de pages.

Diéronse mútuos festejos,
Y fué con tanta porfia
Que cada cual ir queria
En lo liberal mas lejos.

Su ventaja al conocer
En caballos los de Francia
Abrieron con arrogancia
Un campo donde correr.

Con lo cual los burgaleses,
Gente en los combates ducha,
Abrieron campo á la lucha
De á pié contra los franceses.

Bajaron de la montaña,
De tal fiesta á los rumores
Los mas fuertes lidiadores
Que daban honor á España.

Y al fin mas pronto ó mas tarde
De mil diferentes modos
De su bizarría todos
Vinieron á hacer alarde.

Hubo castellanos nobles,
Que en cabalgar muy maestros
Con los franceses mas diestros
Ganaron apuestas dobles.

Y hubo muchos castellanos
Que en lucha franca y leal
Se la hubieron harto mal
De los franceses á manos.

Pero sobre todos uno,
Gallardo Alcides francés,
Luchó una vez contra tres
Y no le rindió ninguno.

Mozo era de sangre noble,
Chico de cuerpo, mas fiero,
Como los vientos ligero,
Y robusto como un roble.

Él fué siempre el vencedor,
Y en la liza al presentarse
Los demas no retirarse
Era solo por honor.

Llamábase el tal Lotario,
Y para amorosos lances
Nadie le iba á los alcances,
Pues rayaba en temerario.

Y aunque cortés y cumplido,
En su fortuna fiado,
Jamás respetó sagrado
De padre ni de marido.

Hipócrita mas que fiero,
Con una segura táctica,
Los medios ponía en práctica
Mas infalibles primero.

Iba tras de los devotas
A las iglesias rezando;
Con opulentas tratando
Gastaba con manos rotas.

Donde habia un padre viejo
Idólatra del honor,

Por la palabra menor
 El duelo era su consejo.
 Donde familia pacífica,
 Via que, aunque retirada,
 De oro y de bienes sobrada
 Le recibía magnífica,
 El, con gravedad enfática
 Cada visita que hacía,
 Por lo grave parecía
 Una misión diplomática.
 Y por fin de astucia extrema
 Dotado, el refran usaba
 Que á cada paso encajaba,
Cada loco con su tema.

Con esto y con ser al par
 Gran músico, no hubo dama
 Que al reclamo de su fama
 No le viniera á admirar.

Él, de las galas francesas
 Llevaba la palma toda,
 Y él era el galan de moda
 Con las damas burgalesas.

La plática principal
 De las mas hermosas niñas,
 Eran las rondas y riñas
 Del amante universal.

Y todas de sus amores
 Anhelando ser objeto
 Disputábanse en secreto
 Sus mas minimos favores.

Mas él, de su fiel fortuna
 Audaz siguiendo las huellas,
 Se olvidó de las estrellas
 Al postrarse ante la luna.

—
 « ¿Qué tienes, paloma mia?
 Preguntaba el conde un día
 A solas á su condesa,
 ¡Bien sabe Dios que me pesa
 Mirar tu melancolía!

Si tal vez por un descuido,
 Imprudente ó no advertido,
 Vida mia, te ofendí,
 Perdon de hinojos te pido :
 Sino ¿que te aqueja, di?

Comprender la causa quiero
 Del dolor que te atormenta;
 Ni esposo ni caballero
 Seré si no te prefiero
 A las cosas de mas cuenta.

No, Argentina, en mi condado
 No hay objeto que me importe
 Lo que tu amor regalado;
 Dime pues ¿quién te ha enojado?
 ¿Algun chisme de la corte
 De alguna dama envidiosa
 O de algun necio me infama?

¿Pudiste olvidar, hermosa,
 Que tú á la par de mi esposa
 Has sido siempre mi dama?

Y cuando no hay en Castilla
 Otra como tú tan bella,
 Qué pienses me maravilla
 Que en mí tu amor amancilla
 Ni casada ni doncella.

¡No por Dios, paloma mia!
 ¿El conde así vendería
 El amor de su condesa?
 Que lo imagines me pesa
 Mas que tu melancolia. »

—
 Tal dijo el conde á su esposa,
 Mas no logró una respuesta
 Que pusiera manifiesta
 A sus ojos la verdad.
 Pasó un día y otro día,
 Y á su mismo afan tornando
 Volvió á porfiar quedando
 En la misma oscuridad.

Tornábala el pobre esposo
 Con la candidez de un niño
 A ponderar su cariño
 Con minucioso placer.
 Llamábala con los nombres
 Mas sentidos y halagüeños,
Sol, arcángel de sus sueños..
 Cuanto halaga á una muger.

Y tomando entre sus manos
 Su peregrina cabeza,
 Contemplaba su belleza
 Con alegría infantil :
 Y estático en sus hechizos
 El purísimo reflejo
 De sus ojos le era espejo
 De su sonrisa pueril.

Besaba su frente pálida,
 Sus párpados transparentes
 Y sus mejillas ardientes,
 Y sus labios de coral,
 Y los rizos olorosos
 De su flotante cabello
 Suspendidos por el cuello
 En complicada espiral.

Y el triste de cualquier modo
 Y aun á su costa quisiera
 Una sonrisa ligera
 De sus labios arrancar;
 ¡Mas era empeño insensato!
 El embozo impertinente
 Con que nublaba la frente
 No pudo nunca apartar.

Él, que como amante, ciego
 Por falso cristal veía,
 Capricho amante creía
 Lo que era abierto desden,
 Y aguardaba á cada instante
 La esplicacion de un misterio
 Que le robaba el imperio
 En el alma de su bien.

Que mas que advertido amante
 Juzgaba el mal de Argentina,
 Hijo de duda mezquina
 En su inalterable amor,
 Y, en la pureza fiado
 De su tranquila conciencia,
 Aguardaba con paciencia
 Que saliera de su error.

Ella de continuo tétrica,
 Los sitios mas solitarios
 Elegía por santuarios
 De su secreto pesar;
 Y se la via en la noche
 Cual sombra que arrastra el viento
 A solas con paso lento
 Por los jardines vagar.

A veces cabe una fuente
 Reclinada largas horas
 De las corrientes sonoras
 Adormida con el són,
 Sollozaba tristemente,
 Las secretas agonias
 Que envenenaban sus días,
 Royéndola el corazón.

Al veces del pardo muro
 Perdida en la sombra oscura,
 O entre la hojosa espesura
 De la parra y del rosal,
 Parecía que con alguien
 Conversacion entablaba,
 Aunque qué y con quién hablaba
 Se comprendía muy mal.

Y el rumor de estos misterios
 Entre el vulgo propagado,
 Por el vulgo interpretado
 Con ruin malicia vulgar
 A mil fábulas audaces
 Crédito asaz infundía,
 Y á cada punto crecía
 En la chusma popular.

Porque de antiguo Castilla
 Ya escarmentada de estraños
 Imagina siempre engaños
 De la estrangera doblez;
 Y luego (decía el pueblo)
 Por mas que nació condesa,

Siendo al cabo una francesa
 No hay que fiarse ¡pardiez!

El conde en tanto creía
 Que la memoria de Francia
 Con el tiempo y la distancia
 Avivada sin sentir,
 Y la vista de sus gentes
 Y el recuerdo de su lengua
 A las manías presentes
 La pudieron conducir.

Y en su bien solo afanado
 La aseguró que acabada
 Una contienda empeñada
 Con el árabe Almanzor,
 Darian vuelta á Tolosa,
 Donde pronto espantaria
 Su oculta melancolía,
 Devolviéndole su amor.

Partióse pues el buen conde
 Contra Almanzor á campaña
 Y fué con tan justa saña
 Y con valor tan audaz,
 Que aun humeando del moro
 Con la sangre harta de afrenta
 Su campo feraz ostenta
 Santisteban de Gormaz.

Que en aquel dia glorioso
 Para el honor de Castilla
 Ni quedó ginete en silla,
 Ni peon quedó de pié.
 Allí cayeron á impulso
 De las lanzas castellanas
 Las falanges africanas
 Enemigas de la fé.

Y aun vienen alguna noche
 Los lobos en turba hambrienta
 A hozar la tierra sangrienta
 Regada ocho siglos há;
 Y aun pasan los calvos buitres
 Sobre el valle en banda espesa,
 Avarientos de la presa
 Reducida á polvo ya.

¡Gloriosa fué la jornada!
 Mas ¡ay pobre Don García!
 Él solo lloró aquel dia
 La gloria que á España dió.
 Mas le valiera mil veces
 Caer en Gormaz con honra
 Que cargar con la deshonra
 Con que Burgos le acogió.

Sí, pasó bajo sus puertas
 Al doblar de los tambores
 Con mas aplausos y honores
 De los que el soñó jamás;

Pero llegó á su palacio,
Y al entrar por sus dinteles
Sus merecidos laureles
Maldijo, y su sér quizás.

Las puertas vió de su alcázar
Para recibirle abiertas,
Mas nadie salió á sus puertas
Para darle el parabien.
Y los siervos y las damas
Que dejó en él en su ausencia
Esquizaron su presencia
Cual de su gloria en desden.

En vano se entró iracundo
Por sus puertas adelante
Llamando con voz pujante
A su gente desleal;
Solo el eco que en las bóvedas
Cóncavas se guarecía
A sus voces respondía
Con lamento funeral.

Rabioso decía: « ¿Dónde
Mi servidumbre se encuentra? »
Y el eco decía — *entra*,
Y entraba el conde en furor.
Decía con voz doliente:
« ¿Qué es de mi esposa querida? »
Y el eco decía: — *ida*
Con acento de dolor.

Y el triste Garcí Fernandez
De sus amigos cercado
Su alcázar abandonado
Pisando medroso va.
Y su ánima vigorosa
De una sospecha asaltada
En su pecho arrinconada
Ni aun esperanza le da.

Volvió á los suyos y díjoles:
« ¿No hay quien me dé una respuesta? »
Y el eco repitió — *esta*,
Y él mirando en derredor
« ¿Quién, gritó, en mi casa propia
Me mofa con arrogancia? »
Y el eco retumbó « Francia »
Por el largo corredor.

Lanzóse por él el conde
Por un instinto guiado,
Cruzó el corredor aislado
Y al oratorio llegó:
Abrió la puerta con ímpetu
Y al tender dentro los ojos
Entorno al altar de hinojos
A sus siervos encontró.

« ¿Qué es esto? dijo asombrado
El infeliz Don García,

¿ Pensábais pues que vendría
Mi palacio á conquistar?
¿ Porqué os acogéis al templo?
¿ Qué es esto, gente menguada? »
Pero la turba callada
Ni aun la vista osaba alzar.

Hasta que entrándose el conde
En la mansion religiosa,
Y el semblante de su esposa
No alcanzando á ver allí,
Asió con ira del cuello
Al que topó mas cercano
Y con la daga en la mano,
Le dijo iracundo así:

« ¿A dónde está la condesa?
Di ó mueres tras mi demanda. »
Y el eco murmuró — *anda*,
Porque la turba calló.
« Hablad por Dios, dijo el conde;
Vuestro dolor ¿qué me arguye?
¿Dó está mi Argentina? » — *huye*
El eco sordo gimió.

Rompió en sollozos la gente,
Y humillada y temerosa
Dobló la faz vergonzosa
Con la tierra hasta tocar;
Y entendiendo Don García
Todo el valor de su duelo,
Los ojos puso en el cielo,
Gimió... y los tornó á bajar.

En vano por consolarle,
Sus amigos se afanaron,
Sus pueblos le victorearon,
Y la gloria le aduló;
Él se encerró en su aposento,
Y en soledad noche y día,
La razón y la porfía
Igualmente desoyó.

Al hacerle reflexiones,
Amigos, fieles y viejos,
« No necesito consejos,
Respondió, sé cómo obrar. »
Y aunque adusto y cabizbajo,
Bien en su faz se veía
Que algo resuelto tenía
Imposible de mudar.

CAPITULO III.

EN QUE SE CUENTA MALAMENTE UNA AVENTURA
DIGNA DE SER MEJOR CONTADA.

De un montecillo estraviado
Sobre la empinada loma,
Como escondida atalaya
Puesto entre Francia y Borgoña

Hubo, según un cronista,
 Allá en edades remotas,
 Un castillo inhabitado
 De manos francesas obra.
 Pertenecía, en los tiempos
 A que alcanza nuestra historia,
 A un segundon pendenciero
 De familia poderosa.
 De modo que en su recinto
 Roído por la carcoma,
 No había mas que un alcaide
 Con guardia holgazana y poca.
 Y como donde hechos faltan
 Fábulas del vulgo sobran,
 De él relataban mil cuentos
 Los pueblos á la redonda.
 Todo invenciones acaso,
 Mas siempre lo falso apoya
 Alguna verdad oculta
 Entre mentiras de monta.
 Y es así que no hay castillo
 Ruinoso, ni ermita sola
 Donde mil negras visiones
 Crédulo el vulgo no esconda,
 Mas no hay una de esas fábulas
 Imposibles y espantosas
 Que no haya tomado origen
 De un hecho que el vulgo embrolla.
 Tal era nuestro castillo,
 En una mansion solitaria y lóbrega,
 Vivienda según el pueblo
 De fantasmas y de sombras.
 Jamás se abrían sus puertas
 Sino á medias y á deshora ;
 Jamás por ellas entraban
 Sino á lo mas dos personas.
 Nadie por ellas salía
 Tras conversacion sabrosa,
 Ni aun en busca de viandas
 De gente que existe propias.
 Todo lo cual era cierto,
 Porque el alcaide en Perona
 Almacenaba por años
 Su provision, que aunque corta
 Bastaba para su gente,
 Que descuidada y ociosa
 En la ciudad se ocupaba
 Todo el año sin zozobra.
 Y en esto siempre sus amos
 Hicieron la vista gorda,
 Pues nunca anduvo la paga
 De la guarnicion de sobra.
 Ellos se buscaban vida
 En la ciudad mas gustosa
 Donde hallaban amos ricos,
 Juegos, pendencias y mozas.
 Y en caso de una imprevista
 Necesidad poderosa,

Siempre en el castillo hallaban
 Casa grande y mesa sóbria.

Los años de nuevecientos
 Y ochenta y seis (ó era próxima)
 Corrian, cuando una noche
 Oyó el alcaide á deshora
 Al otro lado del foso
 Producida en una trompa
 Aguda señal de aviso
 Que redoblaba imperiosa.
 Bajó el puente y en el patio
 Entróse sin ceremonia
 Un hombre que dijo á voces
 Desde el caballo que monta :
 « ¡ Ola alcaide ! vuestros amos
 Llegan mañana á estas horas.
 — ¡ Mañana ! exclamó el alcaide,
 ¡ Válganos nuestra Señora
 Del Hoyo ! y están las gentes
 En la ciudad.

— Nada importa,
 Buen viejo, repuso el otro,
 Los amos traerán su escolta
 Y á mas el secreto encargan
 Y grande.

— Secretos... ¡ oiga !
 — Conque todo esté listo,
 Y nada de ir á Perona
 A garlar como mugeres.
 ¿ Ha entendido ? punto en boca. »

Metió su jaco en la cuadra,
 Tomó la escalera lóbrega
 De la torre y pidió al punto
 Cena fuerte y cama cómoda.
 Y por mas que ensartó el viejo
 Unas preguntas tras otras,
 No le sacó mas palabras
 Que *estad listo y punto en boca.*

Y no mintió el mensajero,
 Pues de su lecho de rosas
 Del dia siguiente apenas
 Se levantaba la aurora,
 Cuando el señor del castillo
 Sobre una yegua fogosa
 Cruzaba el puente seguido
 De unas catorce personas.
 Dos eran damas cubiertas
 Con largos velos, las otras
 Criados, y gente de armas
 De faz amenazadora.

Y en verdad que se talante
 Y aparicion misteriosa
 Nada de bueno auguraban
 A hablar como gente de honra.

Tenia aquel castillo
 Todo en redor del monte en que se alzaba
 Un frondoso y ameno parquecillo
 Donde un arroyo limpio murmuraba;
 Y entre guijas bullando,
 Por entre árboles mil serpentéando,
 Ya en remansos sus aguas deteniendo,
 Ya por cuevas sus aguas despeñando,
 El parque por dó quier iba cubriendo
 De gruesos chopos ó de césped blando,
 Dando al par su corriente cristalina
 Música y sombra á la mansion vecina.

El espeso follage
 Y la fresca estension de su ramage
 Entoldando la yerba en el estío,
 Y en el invierno crudo
 Guardando el valle contra el cierzo frio
 Penetrante y agudo,
 A la paz y al reposo convidaban,
 Y así á su rica amenidad venian
 Y en su centro anidaban
 Mil avecillas que hasta allí llegaban
 Y contentas en él se guarecian.
 No habia allí tocado por fortuna
 Del hombre protector la torpe mano;
 Y sin lesion alguna
 Prosperaba en invierno y en verano.

En sus cuadros campestres
 Sin ayuda de riegos, ni semillas,
 A su capricho y voluntad brotaron
 Mil rosales silvestres,
 Que del agua las márgenes bordaron
 Con varia multitud de florecillas;
 Y en medio de ellas sin pudor se alzaron
 Tal vez de sus colores envidiosas
 Amapolas y malvas temblorosas,
 Romero y madreselvas amarillas.
 Ni tampoco faltaron
 En el vicioso césped escondidos
 Los lirios por el sol descoloridos,
 Los jacintos morados,
 Las anchas hacederas,
 Las pródigas junqueras,
 Y las altivas y sonantes cañas
 Rodeadas de mimbres y espadañas;
 Y aun al pié de una peña guarecidas
 Del cierzo y de las ráfagas inquietas,
 Se levantaron de perfume henchidas
 Tempranas y odoríferas violetas.

Aquí pues una tarde
 Ya cercano á su fin el claro día,
 Al pié de una cascada
 Que la corriente hacia
 Por cima de una peña despeñada,
 En el mullido césped recostada
 Una niña hermosísima se vía.
 La sien sobre la mano,
 Sobre la yerba el codo

Permanecia inmóvil, de tal modo
 Que alguno la juzgara fácilmente
 De acertado escultor obra excelente
 Trasunto de un modelo soberano.
 Sus dulces ojos de tristeza llenos
 Fijos en la corriente fugitiva
 No brillaban amantes y serenos,
 Antes ¡ay Dios! de lágrimas henchidos,
 Y á través de una lágrima ardorosa
 Miraban la corriente distraídos
 Con espresion doliente y lastimosa.
 Y su frente nublada
 Con hondos pliegues de dolor sulcada,
 Su faz descolorida y ojerosa,
 Y sus mejillas faltas
 De su matiz purísimo de rosa.
 Demostraban bien claro
 Que en su cándido espíritu inocente
 El pesar se cebó traidoramente.
 Ella en sus pensamientos embebida
 De su propio aislamiento se olvidaba,
 Y el aura, estremeciéndole atrevida
 Los ligeros adornos
 Con que cubierta su beldad llevaba,
 Sus puros y bellísimos contornos
 Descubria á traicion cuando pasaba.
 Y el hombro torneado,
 Y el trasparente cuello,
 Y el pecho entre los rizos mal velado
 De su rubio cabello
 Por la espalda y los hombros destrenzado,
 Y sus menudos piés mal escondidos
 Entre los pliegues de la suelta falda
 Deshechos á los soplos atrevidos
 Del aura licenciosa,
 Todo sin gran pesar lo descubria
 La vista cuidadosa
 De un viejo peregrino que subia
 Por la empinada cuesta trabajosa.
 Y aunque avanzaba el viejo
 Cada vez con mas prisa y mas recato,
 La niña sin consejo
 No curaba, abismada en su amargura,
 Los hechizos velar de su hermosura.
 Y así mientras el viejo peregrino
 Por la cuesta subia
 Con cada pié menguando su camino,
 La hermosa niña sin temor yacia
 A sus solas llorando su destino.
 Llegó por fin donde el arroyo manso
 Para rodar mejor por la cascada
 Parándose tenaz labró un remanso,
 Y con voz cariñosa
 Y sonrisa halagüeña
 Dijo á la niña: « ¿ Qué haces, Blanca hermosa,
 Tan sola en esa peña? »
 Y en sí volviendo con su voz la niña
 Los ojos en redor tendió asombrados

Y ¿Quién me nombra? preguntó risueña.

— ¿Quién sino yo, la replicó el viagero,
Que de tu mal dolido

Librarte dél ó consolarte quiero?

— ¡Ay señor! dijo Blanca suspirando,
Que completo mi mal no habeis sabido
Cuando me estais remedios augurando.

— ¿Quién sabe, ¡pobre niña! si mi ciencia
Podrá alcanzar para tu mal remedio?

— ¿Tan sabio sois?

— Tan sabio,

Que tal vez si me cuentas por tu labio
Todo el mal que padeces

Creo tener para curarle medio. »

Quedó Blanca mirando al peregrino,
Tal promesa y palabras escuchando,
Y á su lado sentándose el buen hombre
Desta manera á Blanca siguió hablando :

« ¿No es tu padre un hidalgo poderoso

Señor de ese castillo?

Di ¿no es tambien tu madre

Esa hermosura de quien es esposo?

— ¡Ay! ni él parece á la verdad mi padre,

Ni ella fué nunca sino monstruo odioso

Que me robó mi paz y mi ventura,

Envidiosa tal vez de mi hermosura.

— ¿Con que es tan bella y tan...

— No hablemos de ella.

Que solo con oír su nombre infando

Se me estremece el corazón temblando,

Y por ella no ceso

De vivir suspirando.

— ¿Tan dañina ha de ser quien es tan bella?

— Creedme que lo es : por ella solo

Yo que nací contenta y virtuosa,

Yo que siempre viví tranquilamente

¡Ay! de oveja inocente

Me he trocado en serpiente venenosa.

Porque nací señora

Y ella esclava me ha hecho,

Menos que esclava sí, que á cada hora

Con el puñal agudo

De una injuria mortal me hiere el pecho.

Ella me hizo á mi padre aborrecida,

Y así ¡ay de mí! cuando á mi padre acudo

Él maldice colérico mi vida.

Porque todo su amor, por ella hurtado

Ella sola lo tiene, y avarienta

Del cariño y del oro

Que mi mísero padre la ha mostrado,

Las tristes horas de mi vida cuenta

De su amor heredera y su tesoro.

Y así paso la vida

Viéndome á todas horas despreciada,

Sin duelo castigada

Mi belleza, si existe, y maldecida.

Y dan por hijas de una mente loca

Las sentidas razones de mi boca,
Llamándome, si misera me quejo,
Atrevida mozueta sin consejo.

Y los viles vasallos que me miran
Tan sola y sin amparo

No hallan en injuriarme algun reparo,

Y olvidando el respeto que me deben

Todos á la hija del señor se atreven.

Y yo ¡triste de mí! sin mas consuelo

Que llorar á mis solas con mi duelo,

De los míos mofada y los estraños,

Sin esperar favor de tierra y cielo

Huir contemplo mis floridos años;

Y á solas me consumo,

Y en lágrimas mi vida se deshace

Cual flor que el rayo desvanece en humo. »

Y así diciendo la apenada Blanca,
Con iracunda mano

Los bellos rizos de su frente arranca,

Y ofende su semblante soberano,

Maldiciendo á la faz del peregrino

La injusticia fatal de su destino.

Hasta que él sujetándola los brazos

Y teniéndola en nudo cariñoso

Asida dulcemente,

Con amorosa voz y acento amigo

La dijo así teniéndola consigo :

« Serena ¡hermosa mia!

Serena sí, tus ojos de paloma,

Que ya feliz de tu ventura el dia

Por el oriente purpurino asoma.

Escucha ¡Blanca bella!

La voz enamorada

De tu libertador, y oirá en ella

Tu alma acojonada

Consoladora música encantada.

Yonací ¡oh Blanca! en tierras muy remotas

Rico y feliz, pero la suerte avara

Dicha muy breve me vendió muy cara .

Todas al fin mis esperanzas rotas

Juguete de la suerte me hallé un dia,

Y en brazos me lancé de la fortuna

De ella y de mí sin esperar ninguna.

Largo tiempo á través de las fatigas

Erré cruzando el arenal del mundo

Ya por campo feraz rico de espigas,

Ya por campo erial lleno de espinos,

Ya por montaña estéril,

Ya por valle fecundo

Surcado por arroyos cristalinos,

Del invierno arrostrando los furores .

Y espuesto del verano á los ardores.

Pasé al fin por tu pátria ¡Blanca hermosa!

Y al punto en que te vi, ciego y sin tino

Corriendo tras tu huella luminosa

Perdí mi pensamiento y mi camino.

Lancéme tras de tí, seguí tus pasos,

Atravesé la Francia
 Y llegué de Borgoña á la frontera
 Siempre en pos de tu rápida litera
 Ahora responde ¡oh Blanca! yo soy dueño
 De un país rico y fértil y lejano.
 Esto que ves en mí todo es un sueño;
 Este viejo disfraz con que me embozo
 Encubre como ves un noble mozo;
 Si me quieres seguir, esta es mi mano.»

Y así hablando el fingido peregrino
 El bizarro semblante
 De su postiza barba separaba,
 Y su semblante juvenil mostraba
 De valor nobilísimo radiante,
 Y la niña infeliz le contemplaba
 Cual bella aparición que ante la vista
 El viento cruza y en el viento posa,
 Y va sobre una ráfaga imprevista
 Iluminando el aura vagarosa.

Con sonrisa pueril, con mano incierta
 La creída vision contempla y toca,
 Y á concebir no acierta
 Una idea su mente, un ¡ay! su boca.
 Que la triste al pesar acostumbrada
 Inaccesible al bien escucha y mira
 Y á la voz del placer embelesada
 Tal vez por no ahuyentarle no respira.

Mas mientras ella goza
 Con la idea del bien que aun no comprende
 Y el pensamiento con los ojos tiende
 Por el azul espacio cristalino,
 Siguió de esta manera el peregrino:
 « ¡Blanca pura y hermosa!
 Yo te puedo tornar rica y dichosa:
 Yo puedo sustraerte
 Llevándote conmigo
 De una existencia triste y trabajosa,
 Que acaso ¡ay Dios! te llevará á la muerte.
 Pero tu honra es primero,
 Y pues nací con honra y caballero
 Obtendré de tu padre la licencia,
 O forzaré su gusto
 Si á nuestro bien opone resistencia.
 — ¡Ay! ¡si de él esperais consentimiento
 Jamás le otorgará!

— Con tiempo y maña
 Todo es fácil. Yo tengo un pensamiento
 Que, ayudándome tú, ¡querida mía!
 O neciamente el corazón me engaña,
 O de tu libertad despunta el día.
 Escucha, Blanca, bien: en el sosiego
 De una tarde serena,
 Cuando tu gente salga
 Por la floresta amena,
 Al compás de un laud el peregrino
 Cantará dulcemente
 Los himnos del monarca penitente.

Y la música ¡oh Blanca!
 Es talisman que lo imposible vence
 Y del alma mas terca y mas bravía
 El pensamiento mas feroz arranca.
 Por una sola noche
 Demandaré un albergue en el castillo,
 Y sin que nadie á sospecharlo alcance
 En el silencio de la noche umbría
 A solas con tu padre razonando
 Lograré que consienta; y mas llegando
 A saber con mi nombre
 La razon de dejar la pátria mia.»

Y aquí corta el cronista
 De quien copio esta historia
 El hilo de su cuento, y no hallo justo
 Poner yo lo demas de mi memoria.
 Solo nos dice al cabo de dos hojas
 De inútil razonar, que ambos amantes
 De una acacia á los piés se despedían,
 Jurándose por vida ser constantes
 Al amor que los dos se prometían.
 Lo que el viejo hablaría no se sabe,
 Mas creo que seria bueno y mucho,
 Pues era en tales lances harto ducho
 El tal romero, y el negocio grave.

Ello es, caro lector, que anochece,
 Y apartados al fin, con paso lento
 Cada cual á su albergue se volvía,
 Él al lugar á meditar su intento,
 Y ella á sus torres á esperar el día.

CAPITULO IV.

EN DONDE VERA EL LECTOR, SI TIENE PACIEN-
 CIA, EL FIN DE LA COMENZADA HISTORIA.

Era una noche del abril serena,
 La luna en el zenit resplandecía
 Y el aura erraba de perfumes llena
 Que en las tempranas flores recogía.
 De esas noches azules, deliciosas,
 Que solo ideas de placer producen,
 Y que solo para almas venturosas,
 Para escenas de amor voluptuosas
 Con fugitivos resplandores lucen.
 Todo yacía en lánguido reposo
 En torno del castillo solitario,
 Circundado de ambiente vaporoso
 Cuyo velo entoldaba misterioso
 La lejana estension del campo vario.
 Todo en tranquila soledad yacía,
 Y solo alguna vez lánguido y lento
 Partido en frases sin compás se oía
 Un pausado cantar que se perdía
 Por la tranquila cavidad del viento.
 Y esta es la única voz que en muchos años
 El nocturno silencio ha interrumpido
 De este castillo triste abandonado,

Y esta es la única voz que han repetido
De sus bóvedas hondas por los huecos
Los recónditos ecos
Ya á los acentos del placer estraños.

Las aves que se anidan
En sus rotas almenas
El insólito canto oyen medrosas,
Los pardos ojos asomando apenas
Por las grietas añosas :
Y con el són estraño desveladas
Sus ecos por el aire desparcidos
Alguna vez apoyan asustadas
Con graves y monótonos graznidos.

Y el castellano en tanto
Señor de aquella antigua fortaleza
Paga de un viejo trovador el canto,
Haciendo ostentacion de su grandeza.
Y le paga el cantor el hospedage
Dejando á un lado su bordon bendito
Para cantar la historia de su viage
Mientras el huésped sacia su apetito.
En medio de un salon entapizado,
Sobre mesa anchurosa
Y delante de una ancha chimenea
Magro tasaño humea,
Y de las llamas al amor sentado
Enfrente de la hermosa castellana
El baron se harta del castillo dueño ;
Y da al placer el tiempo que es del sueño,
La voluntad torciendo soberana
Con que Dios hizo al mundo,
Cuando animado el caos dó yacia
La negra noche separó del día.

A sus piés y en un pico de la alfombra
De la llama á la sombra
Entonaba su cántico divino
Un sonoro laud pulsando diestro
El mismo misterioso peregrino,
Que de figura y caracteres muda
De Blanca por amor, y que sin duda
En música y amor es gran maestro.
Las viandas gustaba
Blanca en silencio mientras él cantaba,
Y si su padre el cántico aplaudía
Con recelosos ojos le miraba,
Y en silencio seguía :
Mas si el baron la copa le alargaba
El peregrino sin temor bebía :
Y el baron al compás de las canciones
Doblaba sin pensar las libaciones.
Hasta que ya exaltada la cabeza
Y alegre el corazon con el Borgoña
Que á dejarse sentir acaso empieza,
Perdió su gravedad mal simulada
Rompiendo en poderosa carcajada ;
Y necia ostentacion echando fuera

Interrumpió al cantor de esta manera :

« Dejad los salmos, que en verdad, buen
hombre,

Aunque santos son poco divertidos
Para halagar con ellos
De un hidalgo que cena los oídos.
Decid ¿ cómo os llámáis ?

— No tengo nombre.

— Qué ¿ no os han bautizado ?

— El nombre que me dieron

En la pila, señor, se me ha olvidado.

— ¿ También el suyo vuestra gente ignora ?

— No hay de mi gente ahora

Ni un individuo, todos perecieron

A manos de una peste asoladora.

— Mas con nombre ó apodo

Os han de distinguir de cualquier modo.

— Llámame, gran señor, Juan del Desierto.

— Y es un nombre magnífico por cierto.

— Y otro no he de llevar, ¡ por vida mia !

Hasta que un voto que ofrecí, cumpliendo,

Con el nombre y la faz que antes tenia,

Pueda á mi pátria con honor volviendo

Salir ufano ante la luz del día.

— ¿ Y cual es vuestra pátria ?

— El desierto, señor. ¿ Pues no os lo dije ?

— ¡ Por Dios que sois bizarro !

No alcanzo en el desierto qué os aflige.

Volvais ó no volvais, en él ninguno

Habrá que os eche en cara

Mancha ó desdoro en vuestro honor alguno

Desde vuestro bautismo.

— Negocios son de casa y de familia

Que se han de consultar consigo mismo.

— Teneis razon, buen hombre,

Porque asi como asi por un negocio

De familia tambien, no uso mi nombre.

— Gózome pues, de haceros compañía

Pareciéndome á vos, mas con permiso,

¿ Cuando le cobrará su señoría ?

— Por ser con vos galan, al mismo tiempo

Que vos le recobreis.

— De esa manera

Vuestro nombre postizo echad á fuera

Que yo lo haré mañana antes del día.

— ¡ Que me place ! brindad con ese vaso

Para cantar mejor.

— En ese caso

Decid á quien el brindis se destina,

O dadme vuestros nombres, será á ellos.

— Brindad pues á Lotario y Argentina.

— Lo merecen ¡ pardiez ! que son muy bellos. »

Y levantando las copas

A la par ambos á dos

Al mismo tiempo brindaron

Todo apurando el licor.

Volver al canto en seguida
 El peregrino intentó,
 Mas se trababa su lengua
 Sin dar con otra canción.
 Hasta que al dar á una estrofa
 Un tono desgarrador,
 Los párpados poco á poco
 Sin concluir la cerró :
 El cuerpo desfallecido
 Tendiendo al dulce calor,
 Y en sueños tal vez luchando
 Con su enronquecida voz,
 A quien ahoga la estrecha
 Dificil respiración.

Esto que vió del castillo
 El soñoliento señor,
 « Lo entiende, dijo mirándole,
 « ¡Sigámosle voto á Dios! »
 Y asiéndose de su esposa
 Para tenerse mejor,
 « ¡Alúmbrame! » dijo á Blanca
 Y en su cámara se entró.
 Quedó la estancia en silencio
 Sin oirse al derredor
 Mas que el chispear de los tizos
 Y de las llamas el són.
 Mas apenas en la puerta
 Blanca otra vez pareció,
 Cuando el peregrino alzándose
 Con rápida precaucion
 Asiéndola de las manos
 Hablóla en este tenor :
 « Blanca, esta noche conmigo
 Otro peregrino entró,
 Búsca le y á este aposento
 Tráemele al punto.

— Señor,

¡Qué intentais!

— Que no haya obstáculo

En tu padre á nuestro amor.

Yo sé que tengo palabras

Con que ponerle en razon

Y es un secreto que importa

Consultarlo entre los dos.

— Pero...

— ¿Me amas...? ¿quieres necia

A tu vida de dolor,

A tus antiguos pesares

Volver para siempre?

— ¡Ah! no.

— Pues obedéceme y calla,

Que te juro por mi honor

Que has de ser esposa mia

Tras esta conversacion. »

Y hablando así el peregrino

Blandamente la empujó

Y á la puerta la condujo

Cerrándola de ella en pos.

De este negro castillo abandonado
 En cómodo y recóndito aposento
 Triste y opacamente iluminado
 Con la luz amarilla
 De escasa y embozada lamparilla,
 Vino á esconder su amor á otro robado
 La que antes fué condesa de Castilla.

¿Qué importa que su esposo
 Llore en su yermo y despreciado lecho
 La herida que ella le dejó en el pecho,
 Si ella rie su impúdica torpeza
 En brazos del amante licencioso
 Que goza en paz de su fatal belleza?
 ¿Qué importa, sí, que llore y desespere,
 Como ella con su amante nunca espere
 Que sepa el infeliz su oculto asilo,
 Para que nunca pueda
 Ir á turbar su porvenir tranquilo?
 Mas ¡ay! que mal discurre quien mal obra;
 Y al fin burlada su esperanza queda
 Cuando tal vez la precaucion le sobra.

Ignoraba tal vez el mundo entero
 De la esposa perdida la morada,
 Del pérfido galan el paradero,
 Y Castilla indignada
 Y la misma Tolosa avergonzada
 Las huellas les seguian,
 Y topar con su rastro no podian :
 Y Argentina y Lotario
 Reposaban en blando y dulce sueño
 Dentro de su castillo solitario
 Y ella apenas dormida
 Del fuerte cuello de su amante asida,
 Y á medias descubierta,
 Leve sonrisa sobre el fresco labio
 Y en él palabra produciendo incierta
 De amante pensamiento concebido,
 Con el cabello en rizos destrenzado
 Y en la almohada tendido,
 Y el pecho contornado levemente
 Tras el lino sutil y trasparente,
 Estaba ¡vive Dios! cual nunca hermosa,
 Como nunca á la mente de algun niño
 La casta imágen del primer cariño
 En sueños se ofreció resplandeciente.
 Él reclinado entre sus brazos bellos
 Y tal vez harto de placer, dormia
 Mullido cabezal hallando en ellos.
 Pero sonó á deshora
 Confuso són de pasos por la estancia,
 Y faltando la luz consoladora
 Menguaba de los pasos la distancia.
 Y una persona que llegaba á oscuras
 Con pié callado y precaucion traidora
 Del lecho asíó las anchas colgaduras.
 « ¿Quién va? » dijo Lotario despertando,
 Mas no oyendo respuesta

Iba á saltar del lecho
 Cuando su golpe por su voz guiando
 Un agudo puñal llegó á su pecho,
 Ante sus ojos vengador brillando.
 Lanzóse al punto la infeliz belleza
 Un socorro á implorar desatinada,
 Y en brazos del incógnito cayendo
 « ¡Amparadme! » gritó desalentada.
 Mas en la sombra sujetarse viendo
 Transida de terror, y maravilla
 « ¿Quién está aquí? » pregunta vacilando,
 Otra voz á la suya contestando :
 « ¿Quién ha de ser? El conde de Castilla. »
 Cayó de hinojos Argentina al suelo
 Con dolorosa voz y amargo duelo,
 Piedad clamando al conde,
 Pero él con ronca voz, « en vano esperas, »
 En la sombra responde,
 « Que resolví tan bien tu desventura
 Que, por no vacilar con tu hermosura,
 Maté la luz porque á mis piés murieras. »
 Y animando su ofensa á su venganza
 Se dispuso á cumplirla
 De la infeliz muger sin esperanza
 Buscando el corazon antes de herirla.
 Siguióse un ¡ay! que se apagó en el viento,
 Y un momento despues del golpe duro
 En su recinto oscuro
 Solo guardaba sangre el aposento.

—
 Cuando entró Blanca otra vez
 De la cena en el salon,
 Tranquilamente sentado
 Al peregrino encontró,
 Que la barba sobre el puño
 Y el codo sobre el sillón
 Una cancion castellana
 Entonaba á media voz.
 Teñió tras Blanca al sentirla
 El ojo escudriñador :
 Y viendo á su compañero
 Con ella entrar, sonrió.
 Y á él dirigiéndose al punto
 Con siniestra precaucion
 « ¿Cumplistes? » dijo, y el otro
 « Todo está ya » — contestó.
 A cuya respuesta asiendo
 De su capa y su bordon,
 Con voz reposada á Blanca
 De aquesta manera habló :
 « Blanca mia, todo lo hice
 A medida de mi honor;
 Ya no te queda en la tierra
 Otro apoyo mas que yo ;
 Ya no se opone tu padre,
 Dueño mio, á nuestro amor.
 Ya somos entrambos libres,

Vamos pues donde otro sol
 Con mas benéficos rayos
 Alumbre para los dos.
 — ¿Con que mi padre?...
 — No puede
 Ya oponerse.
 — Los piés voy
 A besarle.
 — Tente, Blanca,
 Que es con una condicion.
 — ¿Cual?
 — Que se esparza entre el vulgo
 Con preparado rumor
 Que él no consiente, y que huyes
 Vencida á mi seduccion.
 Sígueme pues, Blanca mia,
 Que te juro por mi honor
 Que si tus padres te vieran
 Mudarian de intencion.
 — ¡Ay! yo no sé, peregrino,
 Qué encanto hay en vuestra voz
 Que á un mismo tiempo me halaga,
 Y me hiere el corazon.
 — Partamos, Blanca.
 — Llevadme
 Donde gustareis, señor :
 Vos sois quien solo en la tierra
 Cariño tal me mostró,
 Y no creyera en el cielo
 A poder dudar en vos. »
 Y siguiendo el ciego impulso
 De su puro corazon
 Del bravo conde en los brazos
 Blanca llorando cayó.
 Tomóla en ellos el conde,
 Y en el mas leve rumor
 De sus pisadas poniendo
 Esquisita prevision,
 Del castillo atravesaron
 Uno y otro corredor,
 Unos y otros aposentos,
 Y uno y otro caracol.
 Y asi despacio llegando
 A la muralla esterior,
 El puente echaron, saliendo
 De tan lóbrega mansion.
 Cruzaron el parque aislado,
 Bordearon en derredor
 Un montecillo de abetos,
 Y hallando tras un peñón
 Dos caballos que sin duda
 El peregrino apostó,
 Montaron á toda prisa,
 Y al repentino agujijon
 De la espuela se lanzaron
 En un escape veloz.
 De ellos en breves instantes
 Solamente se alcanzó

La sombra, que de la atmósfera
Se atenuaba entre el vapor;
Y un punto negro por último
Al lejos se oscureció,
Quedando otra vez en calma
La solitaria estension.

Y cuando al día siguiente,
Ya casi al ponerse el sol,
La gente que en el castillo
Quedaba se despertó,
Vió asombrada que su sueño
Tan tenaz fué en conclusion
Obra del fatal narcótico
Que el peregrino los dió.
En vano desatentados
Por uno y otro salon
En busca de ambos corrieron
Con iracundo furor;
Al aposento llegando
De Argentina y del baron
Solo hallaron sus cadáveres,
Cuya vista daba horror.

CONCLUSION.

A pocas noches en Burgos
Luminarias se encendian,
Dulces músicas se oían
Y alegres danzas dó quier;
Y á las puertas del palacio
La multitud agolpada
Pedia desaforada
La nueva condesa ver.

En tanto tras de los vidrios
De sus calados balcones
De los suntuosos salones
Irradiando el resplandor,
En cuadros de luz brillante
En la plaza se pintaban,
Y mil sombras los cruzaban
En tropel encantador.

Y esto que via la turba
El gozo ajeno envidiando
Desde la plaza gritando
Seguia con doble afan,
Cubriendo á veces el ruido
De sus multiples acentos
El són de los instrumentos,
Que dentro sonando están.

Se abrió por fin á sus voces
Un balcon en el palacio,
Colocáronse en su espacio
Dos personas á la vez,

Y conociendo á sus condes,
Rompió á una voz de repente
En un aplauso la gente
Espontáneo y sin doblez.

« ¡Viva el conde de Castilla! »
Gritaba la muchedumbre,
Y allá del aire en la cumbre
Se oía el ¡viva! sonar.
« ¡Viva la condesa Blanca! »
Gritando el pueblo seguía,
Y allá en el viento se oía
¡Blanca! ¡viva! retumbar.

Y al són del aplauso ronco
En el balcon recostado
Así en tono sosegado
El conde á su esposa habló :
« Blanca, á la infame Argentina
« Del mismo modo aplaudieron,
« Y al cabo la maldijeron
« Y al cabo la maté yo.

« Pues tan de lejos te traje
« Para sentarte en su silla,
« Haz que se olvide en Castilla
« Quien la ocupó antes que tú :
« Que de otro modo, condesa,
« De mi trono hereditario
« No será mas que un sudario
« El pabellon de tisú. »

Dió el conde un ósculo amante
En la mejilla á su esposa,
Y los ojos ruborosa
La bella Blanca bajó;
Aplaudió la turba al punto
Tan cortés galantería,
Y al són de su vocería
El conde el balcon cerró.

Siguió el placer con la fiesta
Prolongado hasta la aurora
Y de Castilla señora
Quedó Blanca desde allí.
Y de la torpe Argentina
Borrada al fin la memoria
Se guareció de la HISTORIA
De donde á sacarla fui.

Lector, si has visto con gusto
Cómo mis lindas francesas
Vinieron á ser condesas,
Por un bizarro español,
Léelas, cómpralas y apláudelas,
Y los cielos son testigos,
De que quedamos amigos
Para mientras dure el sol.

LEYENDA TERCERA.

MARGARITA LA TORNERA.

TRADICION.

INVOCACION.

¡Espíritu sublime y misterioso
Que del aire en los senos escondido
Templas su voz, prestándole armonioso
Eco gigante ó soñoliento ruido;
Arcángel cuyo canto melodioso
El orbe arrulla ante tus piés tendido,
Inspira tú palabras á mi acento
Gratas como la música del viento!

Porque ¿quién como tú me las daría?
Tú, cuya voz dulcísima murmura
En la quietud de la floresta umbría,
Y del bosque salvaje en la espesura,
Y en los gemidos de la mar bravía,
Y en los murmullos de la sombra oscura,
Y cuanto tiene inspiracion ó acento
Tonos te pide para usar su aliento.

¿Quién como tú la inspiracion me diera
Y la armonía celestial y santa,
Y la robusta entonacion severa
De que carece mi mortal garganta?
Cruzar los lindes de tu azul esfera,
Medir audaz la inmensidad que espanta
No osara, no, mi pensamiento vano
Sin el auxilio de tu santa mano.

Y tú, radiante y peregrina estrella,
María, de los mundos soberana,
Madre sin mancha, compasiva y bella,
A quien adoro en ilusion lejana
Cual faro santo que en mi fé destella,
Mi voz perdona, si mi voz profana
Osa hablar de tu amor y tu hermosura
Con lengua pobre, terrenal é impura.

Sé que mis ojos, inmortal Señora,
La gloria manchan de tu faz divina;
Indignos ¡oh celeste emperadora!
Son de mirar tu sombra peregrina;
No merece mi lengua pecadora
Ser alfombra á tu planta cristalina,
Mas deja al fin ¡oh luz de mi esperanza,
Que aice un himno mi voz en tu alabanza!

¡Venid los que llorais! oid mi canto
Los que creéis en la virtud y el cielo:
Venid, almas transidas de quebranto,
Venid á oírme y hallareis consuelo,
Vereis lucir tras la tormenta oscura
Un rayo de esperanza y de ventura.

I.

EL PADRE Y EL HIJO.

Dicen que en una ocasion
(El año no hace á la esencia
Del hecho) habia en Palencia
Un tal Don Juan de Alarcon.

No era de Palencia el tal,
Mas su padre residia
Allí, porque allí tenia
Crecidísimo caudal.

Gil, era el nombre del padre
Viudo desque Juan vivió,
Pues el muchacho nació
Dando la muerte á su madre.

Adoraba el buen Don Gil
En su hijó, y era Don Juan
El mancebo mas galan,
Mas generoso y gentil

Que en Palencia se encontraba;
Siempre de amigos cercado,
Siempre de ellos festejado
Puesto que él siempre pagaba.

Ello es cierto que por mas
Que el padre le amonestó,
Un libro jamás abrió
Ni oyó un maestro jamás.

Pero en cambio era el mejor
Que habia en todo Palencia
Para armar una pendencia
O enmarañar un amor.

Arrinconaba á un maestro
Tirando la espada negra,
Y dicen que fué á Consuegra
A desafiar á un diestro,

Y sacándole á reñir
Matóle y tomó su dama,
Con lo cual creció su fama
Lo imposible de decir.

Iba pues todos los dias
En auge, con sus estrañas
Y turbulentas hazañas
Hechas en las cercanías.

Pues, aunque áspero de genio
É indolente, el tal Don Juan
Era mozo muy galan
Y de ventajado ingenio.

Cada noche andaba en vela
Por una nueva beldad,
Y daba gozo en verdad
Verle tocar la vihuela.

Cantaba que era delicia,
Y sabia centenares
De endechas y de cantares
Que rebosaban malicia.

Y tan jóven, tan apuesto,
Tan bello y con fama tal,

Dueño de tan buen caudal
Y á cualquier lance dispuesto,
Era en todos los partidos
Entre rondas y querellas
El cucú de las doncellas
Y el coco de los maridos.

Que no hay una cuya reja
A su reclamo no se abra,
Ni le esquite una palabra
Dicha de paso á la oreja.

No hay casado cuyo sueño
Su voz no turbe ó asombre,
Ni marido que á su nombre
No frunza un tantico el ceño.

Y el buen Don Gil, que sabia
Las proezas de su hijo,
Le amonestaba prolijo
Cada noche y cada día.

Mas él seguía sin tono
Dando brida á sus locuras
Y diciendo « que aventuras
Buscar, era su destino. »

Envióle á Valladolid,
Mas fué en la universidad
De rebeldes capataz
Y de zambras adalid.

Él fué haciendo mil papeles
En rondas y francachelas,
El alma de las vihuelas
Y el terror de los bedeles.

Y causador de las bullas
Y arrestos estudiantiles,
Azotó á los alguaciles
Y acuchilló las patrullas.

Quisóse usar de rigor
Con él, y sentó tan mal,
Que un día en la catedral
Se agarró con un doctor.

Tomaron otros la injuria
Tan á pechos, que cerraron
Sus cátedras, y aun hablaron
De Don Juan con harta furia ;

Mas sus palabras contadas
Ante él, en un claustro pleno
Presentóse, y lo hizo bueno
Con muchos á bofetadas.

Un canónigo muy viejo,
Pariente suyo, le dió
Quejas, á que él respondió
Con insolente despejo :

« Que tenía el alma seca
De hablar de legislacion
Y que sentia intencion
De quemar la biblioteca. »

En fin no hallando mas medio
De estar en seguridad
Mandaron que la ciudad
Despejara sin remedio.

Él decidió resistir
La órden cuanto pudiera,
Pero tan precisa era
Que al fin fué fuerza partir.

Salió, si, de la ciudad,
Pero á caballo y de día
Con tal pompa y osadía
Que fué escándalo en verdad.

Volvióse á Palencia pues,
Y en su caballo mejor
Entró cual conquistador
La misma tarde á las tres.

Recibióle el buen Don Gil
Irritado y con razon ;
Pidióle el mozo perdon,
Culpó su ardor juvenil,

Pintóse muy ultrajado
Por la estudiantil canalla,
É hizo justa la batalla
A que le habian provocado.

Forjó un enredo chistoso
Con el rector y una moza
Que vino de Zaragoza
Con oficio no piadoso ;

Y contó tan peregrinos
Lances de entrambos, que el viejo
Tuvo por mejor consejo
Reírle sus desatinos.

Y como era de pensar
Tras tan exótica risa,
Diéronse ambos buena prisa
Lo pasado en olvidar.

Tornóle el padre á sus brazos
Y perdonó en conclusion,
Que al cabo los hijos son
De las entrañas pedazos.

Tornó á ser pues lo que era :
Y quedaron finalmente
El padre tan indulgente
Y el hijo tan calavera.

—
Viven el padre y el hijo
Frente por frente á unas monjas
Que un esquilon les repican
Que veces en cada hora.
Don Gil, que es hombre devoto
Y acosado de la gota,
De tal vecindad se alegra,
Mas de ella Don Juan se enoja.
Dice el pabre : « Aquí tenemos
Misa, jubileo y honras,
Pláticas y ejemplos santos,
Que al cabo jamás estorban. »
Dice el hijo : « ¡ Qué demonio !
Es una calle tan sola...
No hay en toda ella una reja
Util á cita ni á ronda. »

Dice el padre : « Esas benditas
 Están ganando la gloria
 Y encomendando al Eterno
 Sus vecinos... ¡él las oiga! »
 Dice el hijo : « Esas mugeres
 Se están como unas marmotas
 Toda su vida encerradas,
 ¡ Vaya una aprension diabólica! »
 Dice el padre : « El capellan,
 Que es doctisima persona,
 Me tiene continuamente
 Conversaciones sabrosas. »
 Dice el hijo : « ¡ Si á lo menos
 Hubiera una buena moza
 A quien decir cuatro flores... !
 Serán unos cocos todas. »
 Y el padre : « Nada me falta
 Para una vejez dichosa,
 La iglesia y la plaza cerca,
 Casa y rentas que me sobran. »
 Y dice el hijo : « Por último,
 Haremos una intentona
 Al ver si las enjauladas
 Son lechuzas ó palomas. »
 Y así el padre y así el hijo
 Distintos proyectos forman
 Aquel con sus devociones
 Y estotro con sus devotas.
 Don Gil reza y oye misas
 Tres ó cuatro, una tras otra,
 Y Don Juan acecha atento
 La morada misteriosa.
 Va de continuo á la iglesia
 Y al pié del coro se aposta,
 Troneras y celosias
 De dia y de noche ronda.
 Mas ni ve, ni alcanza nada,
 Pues entre verjas y tocas
 Todas son blancas visiones
 Que á lo lejos se evaporan.
 Si llama al torno — ¡ *Deo gratias!* »
 Responde dentro gangosa
 Una voz que huele á vieja
 Y suena á campana rota.
 Él, pide agua de algive,
 Y escapularios y tortas
 Por echar una puntada
 Sobre si hay muchas ó pocas
 Madres, ancianas ó jóvenes,
 Y por mas que á la rectora
 Alaba, y á las novicias,
 Y á la que el órgano toca,
 Y á las que cantan en coro,
 Y á la salmista que entona,
 Y hasta á la vieja beata
 Que afuera pide limosna,
 Es inútil su destreza,
 Nada adelanta ni logra :

Siempre á sacar viene en limpio
 Noticias que no le importan :
 La novena de Santa Ana,
 El sermon del padre Acosta,
 La nueva casulla verde,
 La falda de santa Rosa,
 Cosas de que gusta el padre,
 Que es viejo y que tiene gota,
 Pero que al hijo concluyen
 Por remontarle la cólera,
 Y al cabo sale diciendo :
 « ¡ Bruja condenada y chocha
 Que nunca responde acorde
 Ni dice cosa con cosa! »
 Desistió pues del empeño,
 Mas fué temporada corta,
 Merced á un nuevo incidente
 Que al cabo picó en historia.
 Llevóle su padre á misa
 Un dia casi á la aurora :
 Ya habia en la iglesia gente,
 Aunque soñolienta y poca.
 Oraba el padre de hinojos
 En un pico de la alfombra
 Que disimulaba en parte
 La humedad de las baldosas,
 Y él recostado en las verjas
 Del coro, en dulces memorias
 Dejaba vagar perdida
 Al ánima irreligiosa.
 Ya sonreia afectado
 Por ideas seductoras,
 Ya el entrecejo fruncia
 Por negros recuerdos de otras :
 Y tan absorto se hallaba
 Con sus visiones gloriosas,
 Que ya alzaba el sacerdote
 La sacratisima forma
 Y él sin bajarse á adorarla,
 En su quietud silenciosa
 Continuaba con escándalo
 Del pueblo que cree y adora.
 Y á la verdad que no era
 Culpa enteramente propia,
 Pues parte habria del diablo
 La malicia tentadora.
 Ello es que él á sus espaldas
 Sintió señal cautelosa
 Que le arrancó de sus vanas
 Visiones encantadoras,
 Y una voz que le decia
 Limpia, argentina y sonora :
 « *De rodillas, caballero,
 Que están alzando la hostia. »*
 Y el advertido y curioso
 De hinojos cayó en las losas,
 Pero volviendo la cara
 Al maestro de ceremonias.

Era el tal una monjita,
Que al notar la codiciosa
Mirada del mozo en ella,
De rubor se puso roja,
Bajó los ojos al suelo,
Sobre el pecho vergonzosa
Dobló la cerviz, y humilde
Tocó la tierra y besóla.

Mas encontrando al alzarse
La mirada abrasadora
Del mozo clavada en ella,
Levantóse presurosa.

Don Juan, advirtiendo astuto
Que se iba y que estaba sola,
Asió la ocasion propicia,
Y á desvanecerse pronta.
— ¡Chist! la dijo, con la mano
Llamándola. Hermana, oiga
Una palabra.

La Monja. ¿Qué quiere?

D. Juan. ¿Sois tal vez la superiora?

La Monja. ¡Yo, señor! soy la tornera.

D. Juan. ¡La tornera! sois muy docta

Para oficio tan servil

Y diestra remedadora

De acentos, pues respondeis

¡*Deo gratias!*... tan temblorosa,

Que mas parece que vuestra,

La voz de una setentona.

La Monja. Ved qué decís, caballero,

Que yo no he sido hasta ahora

Tornera, y lo soy este año

Por muerte de Sor Leoncia.

D. Juan. ¿Murió la pobre?

La Monja. Murió.

Mas mirad que se prolonga

La conversacion y...

D. Juan. Es cierto:

Si fuerais vos...

La Monja. Servidora

Vuestra.

D. Juan. Callada y prudente...

La Monja. Cuando la prudencia importa,

Yo soy obediente y...

D. Juan. ¡Bueno!

Si no desplegais la boca,

Yo os prefiero á la abadesa.

La Monja. No hay abadesa, es priora.

D. Juan. A la priora, es lo mismo,

Para hablaros de una cosa,

De un secreto que interesa.

La Monja. ¡Secreto!

D. Juan. A la mayor honra

gloria de Dios, y vuestra.

La Monja. ¿Mia?

D. Juan. Pues, y de las monjas.

La Monja. Decídmelo.

D. Juan. Es imposible,
Espacio ha de ser y á solas,
Y pronto, pues urge mucho.

La Monja. ¡Ay Dios!

D. Juan. ¡Eso es! ya medrosa

Vais á publicarlo todo

Y vais... vaya, ¿teneis hora

En que poder escucharme?

Porque es fuerza que persona

De la casa me segunde

La intencion.

La Monja. Como no escoja

La de maitines...

D. Juan. ¿De noche?

Mejor es que ninguna otra.

¿Y en dónde os veré?

La Monja. En la reja

De esa capilla; me toca

Velar esta noche.

D. Juan. ¡Bueno!

No falteis.

La Monja. Estaré pronta.

En oyendo la campana...

D. Juan. Sí, mi casa está muy próxima.

La oigo bien.

La Monja. Pues hasta luego.

D. Juan. Adios, hermana... ¡y memoria!...

Salió la monja del coro,

Don Gil con su pierna coja

Salió acabada la misa,

Y Don Juan, el alma loca

De gozo, atisbó la reja

Citada, y buena juzgóla

Para el caso, en sí diciendo:

« ¿La niña ¡eht! si será tonta? »

II.

INSENSATEZ Y MALICIA.

La media noche era dada,

Y aun tocaban á maitines

Los esquilonos agudos

Con discordante repique,

Cuando Don Juan de Alarcon,

Dichoso en amor y en lides,

Tomaba punto en la calle,

Despreciando la molicie

De la cama, y sin cuidar,

De que en el vulgo le tilden

La ronda, si se descubre

O hay lance que la complique.

Largo y toledano acero

Bajo la capa se ciñe,

Por si salen á campaña

Curiosos ó ministriles.

Por lo demas, su disfraz

Maldito lo que le affige,

Solo de su ropa y cara
 En todos lances se sirve,
 Pues no le importa que nadie
 Le conozca, ni le mire
 Por donde quiera que vaya,
 Pase, espere, oiga, ó platique.
 Por consiguiente Don Juan
 Impertérrito prosigue
 Esperando que la reja
 O se ocupe ó se ilumine.
 Y está la noche á propósito,
 Pues pardas nubes impiden
 A la encapotada luna
 Que en toda su fuerza brille;
 De modo, que siendo á un tiempo
 Clara y nublada, despide
 Luz para quien luz desea,
 Sombra para quien la pide.
 Todo en Palencia reposa
 Que es ciudad pobre, aunque insigne,
 Y alberga de labradores
 Gran parte y de gente humilde,
 Y es fuerza que pues madrugan
 Largas horas no vigilen.
 Ni pasos pues, ni rumores
 De vivientes se perciben;
 Oyese solo del aire
 El són prolongado y triste,
 Y el ladrido de los perros
 Que ecos lejanos repiten.
 Suena á lo lejos el órgano,
 Y vienen á confundirse
 Con sus cláusulas, del viento
 Las ráfagas invisibles
 Que de las torres perdidas
 En los calados sutiles
 Murmuran, silvan, ó zumban,
 Chillan, retumban ó gimen.
 Horas medrosas son estas
 En que la mente concibe
 Larga turba de fantasmas
 Que estorban aunque no existen.
 Horas que para sus juntas
 Los espiritus eligen,
 Y el vulgo para sus cuentos
 De apariciones y crímenes.
 Mas sin acordarse de ellas
 Con ánimo osado y firme,
 Aunque de aguardar cansado,
 Y casi tentado á irse,
 De arriba abajo Don Juan
 La calle embozado mide
 A la sombra de las tapias,
 Y al compás de los maitines.
 Y ya en el centro del claustro
 Cesado habian de oirse
 Tiempo hacia, y ya el mancebo
 Renegaba de la estirpe

De la tornera, y de todas
 Las monjas que á coro asisten
 En el mundo, cuando á espacio
 Siente la ventana abrirse,
 Y en la oscuridad confusa
 Haciendo vista de linco,
 Un vago contorno blanco
 Tras de los hierros percibe.

D. Juan. Hermana, ¡gracias á Dios!
 Mas de un hora me tuvisteis
 De planton, ¡Dios os lo premie!

La Monja. ¿Tardé mucho?

D. Juan. (Vaya un chiste)
 No hay para que hablar ya de ello
 Puesto que al cabo vinisteis.

La Monja. ¿Sabe lo que digo, hermano?

D. Juan. No, hermana, si no lo dice.

La Monja. Dirélo: cuando niuchacha
 Lei unos libros que escribe
 Un tal Quevedo, que tienen
 A fé mia mucho chiste,
 Y hay un lance en uno de ellos
 Tan bonito... y que á decirle
 Verdad se parece tanto
 A esta noche...!

D. Juan. ¿En qué, mi Filis?

La Monja. En que hay un mozo en la calle
 Que sois vos, y viene á oírle
 Una muger, que soy yo, y...
 Pero antes que se me olvide
 Mirad, Filis no me llamo
 Sino Margarita.

D. Juan. ¡Miren
 Qué nombre tiene tan lindo
 La hermana!

La Monja. ¿Os gusta?

D. Juan. Indecible
 Gozo me da vuestro nombre
 Y admiro que signifique
 Una cosa tan preciosa
 Como quien le usa y recibe.

La Monja. ¿Gasta lisonjas, hermano?
 Mas soy curiosa, decidme
 ¿Y Filis qué significa?
 Que há poco me lo dijisteis.

D. Juan. Esa es una pastorcilla
 Muy bonita, de unos quince
 Años, con dos ojos negros
 Que en luz con el sol compiten,
 Y con un cutis mas blanco
 Que las plumas de los cisnes,
 Con un cuerpo mas esbello
 Que una palma, y mas flexible
 Que los juncos olorosos
 Que en el agua echan raices,
 Y con dos manos mas bellas
 Que el nácar y los jazmines.

La Monja. ¿Y donde está esa muchacha?
D. Juan. Es una niña invisible
 Que en la idea solamente
 De los poetas existe.

La Monja. ¿Y qué tengo yo que ver
 Con Filis?

D. Juan. ¿Nunca os pusisteis
 Delante de algun espejo?

Margarita. Sí por cierto.

D. Juan. Y la visible
 Apariencia del cristal
 ¿Qué os mostró?

Margarita. No es muy difícil
 De decir, era otra yo,
 Otra monja.

D. Juan. ¿Mas no visteis
 Que era una monja muy bella,
 Aunque estaba un poco triste?

Margarita. ¡Calla! es verdad que lo
 estaba.

D. Juan. ¡Y sin los frescos matices
 De un rostro tan jóven!

Margarita. ¡Vaya!

D. Juan. Y ojerosa, y ¿no os hicisteis
 Cargo de lo mal que la iban
 Aquellos mil arrequives,
 De tocas y de sayales,

Y de mantos, que la impiden
 Mostrar el cuello de tórtola,
 El alto pecho de cisne,
 Y los tornátiles brazos,
 Y las madejas sutiles
 De los sedosos cabellos
 Que para nada la sirven?

Margarita. Hermano, ¡Jesus mil veces!
 ¡Jesus, qué cosas me dice
 Tan peligrosas! Empiece
 Lo que tenga que advertirme
 Del secreto.

D. Juan. (¡Pobrecilla!)
 Pues bien, Margarita, oidme.
 Si conocierais un hombre,
 Como allá dentro os lo finge
 Vuestra mente, osado, jóven,
 Cariñoso, irresistible,
 Y os dijeran que en el mundo
 Pasan sucesos horribles,
 Guerras y persecuciones,
 Muertes é incendios á miles
 Cometidos por contrarios
 Victoriosos é invencibles,
 Que demuelen las iglesias
 Y se teme que se avisten
 Dentro de poco en Palencia
 Y á todos nos aniquilen;
 Y ese mancebo os dijera:
 Ven, es forzoso seguirme,

Yo solo puedo salvarte,
 ¡Yo te amo! ¿osarais seguirle?

Margarita. ¡Dios mio!

D. Juan.

Si ese os dijera:

Yo sé un lugar infalible
 Donde sin guerras ni duelos
 Y sin afanes se vive
 Con compañeros alegres,
 Entre danzas y festines
 Prolongados en la noche
 Con funciones y con brindis,
 Y yo soy dueño absoluto
 De esos lugares felices;
 Y tú ¡Margarita mia!
 ¡Luz de mis ojos! tú triste
 En la soledad consumes
 Tus auroras juveniles,
 Tus olvidados encantos...
 ¡Oh alma mia! presto sigueme,
 Ven, huyamos, amor mio,
 Huyamos de estos confines
 Donde la muerte te aguarda
 Y la desdicha reside;
 ¿Qué diriais?

Margarita. ¡Ay hermano,
 No sé qué me da!... decidme,
 ¿Todo eso es cierto?

D. Juan. Muy cierto;

Pero secreto imposible
 De revelar, porque todos
 Quieren que todos peligren
 Al mismo tiempo y sucumban,
 Y á quien lo sabe persiguen
 Con tormentos y castigos;
 Con que, hermana, por terrible
 Que sea la tentacion
 De hablar, como la resiste
 Veá, porque si lo cuenta
 Tal vez su vida peligre!

Margarita. ¡Ay Virgen santa!

D. Juan.

Y la aviso

Que si á mi razon se rinde
 Yo la sacaré del claustro
 Antes que el mal se aproxime.

Margarita. ¡Ay si, si!

D. Juan.

¿Consiente en ello?

Margarita. Sí por cierto.

D. Juan.

¿Y será firme

En resolucion tamaña?

Margarita. Que si seré ¡Dios me libre
 ¡Morir así en las manos
 Sangrientas de esos caribes
 Que decis!

D. Juan. Pensadlo á solas
 Y entraos, no nos atisben
 Y nos fustren el intento.
 A Dios, hermana.

Margarita. El os guíe

Y os acompañe.

D. Juan. ¡Ea á Dios!

Y si estais pronta á seguirme,
Yo os quiero mucho, y con tiempo
Salvaros no es muy difícil.

Margarita. A Dios.

D. Juan. A Dios.

Y á la reja

Echó los cerrojos triples
La monja, y empezó el mozo
A todo trapo á reirse.

Abrió al fin y entró en su casa
Con llavín de que él se sirve;
Acostóse, y rebujándose
La ropa hasta las narices,
Apagó la luz, diciendo :
« Pues señor, bien : muchas hlice,
Mas ¡vive Dios que esta última
Será tal que me acredite! »

III.

TENTACION.

Ann no cuenta Margarita
Diez y siete primaveras
Y aun virgen á las primeras
Impresiones del amor,
Nunca la dicha supuso
Fuera de su pobre estancia,
Tratada desde la infancia
Con cauteloso rigor.

Hija de padres, si nobles
Desconocidos y avaros,
Compró la infeliz muy caros
Los gustos de su niñez,
Y al cabo tornóse en humo
Y en soledad para ella
La vida futura y bella
Que se imaginó tal vez.

Siempre encerrada y oculta,
Cuando en el mundo vivía,
Solo del mundo veía
La calle tras un cancel :
Y no alcanzó, de su casa
Fuera del triste recinto,
El mágico laberinto
Que se estendía tras él.

Jamás pensó que las flores
Que sus jardines criaran,
Los salones perfumaran
Preparados al festín;
Jamás pensó que las noches
Que ella pasaba en su lecho
Tuvieran bajo otro techo,
Mas delicioso, otro fin.

Que las danzas bulliciosas,
Las alegres serenatas,
Las mil quimeras dichosas
De la alegre sociedad,
Aun no habian en tumulto
Ido á tender en sus sueños
Los dos lazos halagüeños
De amor y de vanidad.

¡Amor! esa fantasía
Vaporosa y encantada,
Selva escondida, empapada
De armonía y de placer;
Santuario de la ventura,
Magnífico paraiso
Donde ir vagando es preciso
Tras un fantástico sér.

Un sér que huye y se engalana
Con los colores del viento,
Y se nos muestra un momento
En fugitiva ilusion,
Y un sér que á pocos contenta
Cuando por fin alcanzado
Deja el oropel prestado
Y descubre el corazon.

¡Feliz quien halla en su centro
Fresco pabellon tranquilo
De reposo, y no da asilo
En él á la vanidad!
La vanidad, luz fosfórica
Que ilumina los espejos,
Y causa con sus reflejos
Del alma la ceguedad.

¡Inocente Margarita!
¡Fugitiva mariposa
Que de esa luz engañosa
En torno girando vas!
Plega tus alas errantes,
Y en tu inocencia dormida,
No pienses en otra vida
Que te doraron quizás!

Mas ¡ay! que dulces palabras
Sonaron en tus oídos
Y los deseos dormidos
Se revelaron en pos.
¡Ay! ¿porqué en el mundo vano
A quien le da la inocencia,
No le da la resistencia
Para defenderse, Dios?

La vida hermosa se finge,
Y aunque en ilusion escasa,
Ya en impaciencia se abrasa
De sentir y de gozar.
Y no es temor á los males
Que Don Juan la profetiza;

Es que el placer diviniza,
Y le adora á su pesar.

¡Pobre niña! Allá á sus solas
Ciega por un mal consejo,
Por vez primera un espejo
Elegió para su juez,
Y recordó las palabras
De un seductor insolente,
Y recordó la inocente
Los días de su niñez.

Cuando su madre á deshora
De los festines volvía,
Y entre sueños la veía
Sus adornos deponer;
Cuando acaso desvelada
Al són de los instrumentos,
Sentía los aposentos
Vecinos estremecer.

Y cuando acaso á escondidas
Asomada á una ventana,
Vía la turba profana
Voluptuosa pasar;
Y al brazo de los mancebos
Con el deleite mas bellas,
Asidas muchas doncellas
Sonreír y platicar.

¡Oh! que seis años monotonos
De soledad y convento,
Habían su pensamiento
Reducido á un punto ruín.
A espacio tan miserable,
A círculo tan mezquino,
Que era el claustro su destino
Y el altar era su fin.

« Aquí está Dios; » la dijeron,
Y ella dijo : « Yo le adoro. »
« Aquí está el torno y el coro. »
Y pensó : « ¡No hay mas allá! »
Y sin otras ilusiones
Que sus sueños infantiles,
Pasaron sus seis abriles
Sin conocerlo quizá.

Pobre tórtola enjaulada
Dentro la jaula nacida
¿Qué sabe ella si hay mas vida
Ni mas aire en que volar?
Si no vió nunca sus plumas
Del sol á los resplandores,
¿Qué sabe de los colores
Con que se puede ufanar?

Mas ¡ guay que alcance á los lejos
Del día la lumbre pura,
De la selva la frescura,
Y el arrullo de su amor!...

¡ Su nido será su cárcel,
Su potro serán las rejas,
Sus arrullos serán quejas,
Y su silencio dolor!

Mas es tarde; Margarita
En la noche solitaria
Oyó amorosa plegaria,
Y se despertó y afan.
Su corazón revelóse
Con incógnitos afectos,
Y odió los santos preceptos
A recordar á Don Juan.

Y confundiendo en su mente
Sus amagos y alabanzas,
Ya en risueñas esperanzas,
Ya en inocente pavor,
Contemplándose al espejo
Con la luz de la bujía
Así pensaba y decía
Margarita en su interior :

« ¿ Con que hay fiestas y banquetes,
« Y nocturnos galanteos,
« Y deliciosos paseos
« De esta pared mas allá?
« ¿ Con que esta toca de lana
« Cambiada en perlas y flores
« Hará mis gracias mayores,
« Y mas hermosa me hará ?

« ¿ Con que aquellas relaciones
« De encantos que yo leía
« Y que apenas comprendía
« Ni comprendo ciertas son?
« ¿ De aquellas magas fantásticas,
« De aquellos bravos guerreros
« Y gentiles caballeros
« La historia no es ilusion?

« Y se encuentran y combaten
« Por bizarras hermosuras
« Y corren mil aventuras
« Por agradarlas mejor;
« Y ellas viven en palacios,
« Y vagan por sus jardines,
« Y celebran con festines
« La ventura de su amor.

« ¡ Oh! ¡ que ese hombre me lo ha dicho!
« Si, sí, negros son mis ojos. . .
« ¡ Y esta toca me da enojos
« Y me hace fea tal vez! . . .
« Él me lo dijo ¡ lisonja!
« Mas probemos, me la arranco :
« ¡ Oh como el armiño blanco
« Mi pecho! . . . ¡ blanca mi tez!
« Blancos mis brazos redondos,
« Mis mutilados cabellos

« Son de azabache... y en ellos
 « Puesta aunque mal esta flor!...
 « ¡Cuan bien me va!... ¡oh soy hermo-
 « Y encerrada me consumo, [sa!...
 « Y se pierden como el humo
 « Mis dias de mas valor. »

Asi desnuda al espejo
 Presentando su hermosura
 Margarita, en su locura
 Deseó la libertad,
 Y acosada por tan varios
 Pensamientos tentadores
 Los deleites seductores
 Amó de su vanidad.

Y desde esa triste noche
 Cabizbaja y distraida
 Sintió su fé decaida,
 Estéril su religion;
 Y allá muy lejos del claustro
 Perdido su pensamiento
 Para huir no tuvo aliento
 La terrible tentacion.

Y pasaron muchas noches,
 Y Don Juan siguió viniendo
 A la reja, y siguió oyendo
 Margarita al seductor,
 Y con las dulces promesas
 Del galan adormecida,
 Suspiró por otra vida
 De deleites y de amor.

Que era el mozo muy astuto,
 Y era muy cándida ella,
 Y era la monja muy bella,
 Y el rondador muy audaz;
 Las noches eran oscuras,
 Las citas muchas y en calma,
 Y el amor prende en el alma
 Con la chispa mas fugaz.

¿Y quién esplica aun queriendo
 El efecto poderoso
 Con que un coloquio amoroso
 Cambia al fin un corazon?
 ¿Y quién los medios esplica
 Con que nos sale al encuentro
 El amor que enciende dentro
 El volcan de una pasion?

¿Qué puede hacer Margarita
 Si lo ignora aunque lo siente?
 Como víctima inocente
 Ir, dejarse arrebatar,
 Hacer dentro de su pecho
 Sus creencias mil pedazos,
 Y de Don Juan en los brazos
 Caer, al pié del altar.

Y cayó: que en una noche
 Por Don Juan determinada
 Debía la desdichada
 Con él la fuga emprender.
 Y oyóseles en la sombra
 Darse la cita postrera,
 Y acabar de esta manera
 Ya cerca de amanecer.

D. Juan. No hay mas medio, Margarita.
Margarita. Mañana pues.

D. Juan. Tanto monta
 Un dia antes; estad pronta.

Margarita. ¿Con que á las dos?
D. Juan. A las dos.

Margarita. Por el huerto.
D. Juan. Estaré á punto.

Traeré una escala pequeña
 Y al dar las dos me hareis seña.

Margarita. Y haré cuanto os plazca á vos.
D. Juan. Pues á Dios.

Margarita. Idos tranquilo
 A dormir y hasta mañana.

Y se cerró la ventana,
 Y entró en su casa Don Juan;
 Y dicen que entre la puerta
 Quedó á la reja mirando,
 Su posicion meditando
 Tal vez con algo de afan.

Mas al fin dijo perdiéndose
 Por una escalera estrecha:
 « Pues, señor, es cosa hecha:
 « ¡Mas me ocurre una cuestion!
 « Dineros... ¡bah! tiene padre
 « Dentro su alcoba una arquita
 « Y há un año que la maldita
 « Me está dando tentacion.

« ¡Con que, Don Juan, no hay cuidado!
 « Vendrá Dios y medraremos. »
 Y asiendo los dos extremos
 De la sábana á la par,
 Con un movimiento rápido,
 Se hundió Don Juan en su lecho,
 Y durmió tan satisfecho
 Que era cosa de envidiar.

IV.

¡Oh religion consoladora y bella,
 Feliz mil veces quien á ti se acoge
 Y el norte sigue de tu fija estrella,
 Y tu divina luz constante adora!
 Que en la fiera borrasca asoiadora
 De esta vida de llanto y de pesares,

Nunca extraviado perderá la huella
Del *mas alla* que empieza en los altares.

Si, misteriosa religion, tú tienes
Consuelos para el triste, y alegrías
Para quien cuenta sus tranquilos días
Por venturas y bienes!

Tú tienes el azote del malvado,
La corona del justo,
La palma de la virgen inocente;
Y esperanza del náufrago postrado,
Y ánimo del soberbio delincuente
Siempre se ve brillar allá en la altura
El vivo lampo de tu lumbre pura.

Si Jehová soberano
Indignado recorre el mundo inicuo
Y aparta del su poderosa mano
Y las razas maldice
Torpemente mezcladas
De su Dios y su origen olvidadas;
Si agita sus caballos iracundos
Y su carro de fuego airado lanza
Por medio de los mundos,
Y encima de las turbas insensatas
Revienta las henchidas cataratas,
Al justo salva, y luego
Tornando compasivo á la bonanza,
De su ira celestial matando el fuego
En prenda de salud y de sosiego
Tiende el iris de paz y de esperanza.

Si elevado en el Golgota pendiente
Tinto en su sangre con horror espira,
A la precita gente
Con tiernos ojos espirando mira :
Y conociendo que quien tal le puso,
No merece perdon por parte suya,
A su madre infeliz les encomienda.
« Vuestra madre mirad. » dijo muriendo,
« Esa de mi bondad última prenda,
« Si algun día verteis sincero llanto,
« Por vosotros pidiendo,
« Para salvaros del azar tremendo,
« Real protectora os tenderá su manto. »

Y á ti, madre amorosa,
Los tristes ojos con afán volvemos
En la airada tormenta procelosa,
En ti esperamos y en tu amor creemos,
Y á ti tornados á tus piés caemos.
Porque del hijo santo
Quien ha escupido en la divina cara,
Arrepentido al cabo ¿ á quien mostrara
Mas que á la madre el doloroso llanto?
¡ Ah! ¿ quién le comprendiera
Ni quién capaz para enjugarle fuera,
Sino quien puede de su dulce boca
Con la dulce sonrisa
Calmar la ira que el baldon provoca,
Como disipa la apiñada niebla

El lento soplo de la blanda brisa?
; O dulce madre celestial y bella,
Feliz mil veces quién á ti se acoge
Y el norte sigue de tu fija estrella
Y tu divina luz constante adora!
¡ Feliz mil veces, inmortal Señora !

—

Feliz Margarita bella,
Cuya infantil confianza
De la luz de tu esperanza
No perdió nunca la huella.

V.

LA DESPEDIDA.

Es ya la noche aplazada
Por Don Juan, fria y oscura;
El aire revuelto augura
La vecina tempestad.
Ni un astro al azar perdido
En el cielo azul riela,
El aire que corre hiela,
Triste es la noche en verdad.

Todo en el convento calla;
Por las bóvedas sombrías
De sus largas galerías
Ni un viento, ni una luz,
Ninguna perdonó el soplo
Del viento desordenado;
Toda la tierra ha enlutado
La noche con su capuz.

De los laureles del huerto
Las hojas mecidas suenan;
Y el claustro vecino llenan
De ruido amedrentador,
Que prolongado en la bóveda
Y perdido en su hondo hueco
Sin cesar le arrastra el eco
De uno en otro corredor.

A veces por un instante
Todo el ámbito ilumina
La claridad repentina
De un relámpago fugaz,
Y en el momento en que todo
A la vista se presenta
Todo de formas aumenta
Y todo cambia de faz.

Allá á través alumbrado
De un arco el contorno crece,
Y un antro infernal parece
De cárdeno resplandor
Allí las verjas clavadas
En los pilares sujetos
Fugitivos esqueletos
Representan con pavor.

Allá un tapiz suspendido,
Sobre una puerta enrollado,
Semeja un monstruo enroscado
Que se arrastra en un rincon,
Allí empinado en su losa
De algun fundador el busto
Remeda con fiero susto
Gigantesca aparicion.

Acongojada la mente
Con tan varias ilusiones,
Redobla las aprensiones
Que la vienen á turbar ;
Y engañados los sentidos,
La lengua á invocar no acierta
Favor, ni la planta incierta
Se decide á caminar.

Estorbos mil al encuentro
Nos salen á un punto mismo ;
Dó quiera se abre un abismo
Donde avanzamos el pié,
Dó quiera una sombra horrible
Nos descarria y espanta,
Y se anuda la garganta
Y se acobarda la fé.

Noche medrosa era en suma
La elegida por el mozo,
Aunque él obra sin rebozo,
Remordimiento ni afan :
Y atribulada en su celda
Esperaba Margarita
El momento de la cita
Postrimera de Don Juan.

Su mente infantil, curiosa,
Ansiaba el dulce momento .
Mas vago remordimiento
La roía el corazon,
Y recostada en su lecho,
Sin apagar su bujía
Luchaba, mas no podia
Con la loca tentacion.

De aquellos seres fingidos
Por Don Juan con la presencia
Se amedrentaba, en Palencia
Creyéndoles ya tal vez ;
Y se fingia entre sueños
A sus quietos moradores
Envueltos en los horrores
En que cree su candidez.

Mas apacible otras veces
Su ilusion la presentaba
Mil sombras que engalanaba
Su imaginacion pueril ;
Y recorria entre sueños
Los encantados espacios

De los mentidos palacios
De su seductor gentil.

Blanca paloma perdida,
Próxima á tender su vuelo
Para buscar otro cielo
Mas diáfano en que volar,
Media el espacio inmenso
Que recorrer intentaba,
Y antes de alzarse dudaba
Si le podria cruzar.

Tal vez sentia su nido
Dejar allí abandonado
Dó habria tal vez gozado
De su ventura mayor :
Mas ciega y enamorada
Y acaso falta de aliento,
Iba á lanzarse en el viento
Para seguir á su amor.

Pobre barquichuela débil
Que en pos de nave entonada
Salía desesperada
Sin mas norte que el azar,
Tal vez temia la triste
Que una tormenta futura
La sorprendiera en la altura
Del no conocido mar.

Y aunque fiada en su breve
Tranquilidad engañosa,
Imprudente ú orgullosa
Se preparaba á partir,
Temia que una vez suelta
Botada á la mar bravia,
Fuera imposible la vuelta
Y el fondo su porvenir.

Mas ¡ay, así estaba escrito!
De oculto sino impelida,
De su azarosa partida
La hora precisa llegó :
Llegó, y al fin Margarita
Que oído prestaba atento
Oyó perderse en el viento
Los dos golpes del reló.

Salió cautelosa y tímida
De su celdilla temblando,
A todas partes mirando,
Y á tientas guiando el pié ;
Mas ya en la lucha postrera
Próxima á colmar su falta
Siente que el pesar la asalta,
Y que renace su fé.

Al corazon se la agolpan
Mil vagos remordimientos,
Mil vagos presentimientos
De incomprensible pavor,

Y en su creencia sencilla,
Del Dios mismo á quien ofende
Tal vez recibir pretende
Perseverancia y valor.

Cruzó el solitario claustro,
Bajó el caracol estrecho,
Y á una ventana en acecho
Quiso un instante posar;
La tempestad empezaba,
La lluvia espesa caía,
Y el recio viento la hacía
Sobre los vidrios botar.

« ¡Qué noche! dijo espantada,
« ¡Si habrá Don Juan desistido! »
Mas percibiendo rúido
Por las tapías del jardín,
Escuchó sobrecogida
Y en un postigo inmediato
La seña oyó á poco rato
Que la avisaba por fin.

No esperó mas : con pié rápido
Ganó el último aposento,
Deseando del convento
Los límites trasponer,
Y ya del sacro recinto
Fuera la planta ponía,
Cuando en una galería
Una luz alcanzó á ver.

Detúvose á los reflejos
De aquella luz solitaria
Y lágrima involuntaria
Sus pupilas arrasó.
Soltó el cerrojo, asaltada
Por una dulce memoria,
Y al claustro precipitada
La pobre niña volvió.

Por imbecil ó insensible
Corazon vil que se tenga,
Fuerza es que alguna mantenga
Consoladora ilusion;
Y por mas que sea odiosa
La mansion donde se pasa
La vida, siempre á la casa
Se apega nuestra aficion.

Siempre, aunque sea una cárcel,
Hay un rincon olvidado
Dó alguna vez se ha gozado
Un instante de placer,
Y al dejarle para siempre
Conociendo que le amamos,
Un ¡adios! triste le damos
Sin podernos contener.

Margarita, que encerrada
Pasó en el claustro su vida,

A dar una despedida
Tornó á su amado rincon;
Porque en la virtud criada
Y segura en su creencia
Uno buscó en su inocencia
Su cándido corazon.

En un altarcillo humilde
En un corredor alzado,
De flores siempre adornado
Y alumbrado de un farol,
De una Concepcion había
Primorosa imágen una,
A quien calzaba la luna
Y á quien coronaba el sol.

Era el lugar retirado,
Mas la escultura divina
Tan bella y tan peregrina,
Que era imposible pasar
Por delante sin que un punto
El celestial sentimiento
De su rostro, el pensamiento
Se gozara en contemplar.

Y aquel fué de Margarita
El rincon privilegiado;
Ni una noche se ha pasado
Mientras en el claustro vivió
En que allí no haya venido
Humildemente á postrarse,
Y en manos á encomendarse
De la que nunca pecó.

La pobre niña agobiada
De soledad y fatiga
Buscó en su encierro una amiga
En quien creer y esperar;
Y hallando aquella escultura
Tan amorosa y tan bella
Partió su amistad con ella
Y se encargó de su altar.

Cortóla preciosas flores,
La hizo ramilletes bellos,
Puso escondidos en ellos
Aromas de grato olor;
Tendió á sus piés una alfombra,
Y en un farol que ponía
Conservaba una bujía
Con perenne resplandor.

Allí fué donde alcanzando
Aquella luz solitaria
Vino la última plegaria
Con lágrimas á exhalar,
Y allí á la divina imágen
Con voz triste y lastimera
La dijo de esta manera
De hinojos ante el altar :

« Ya ves que al fin es preciso
 « Que deje yo tu convento,
 « Mas ya sabes que lo siento
 « ¡Oh Virgen mia! por tí.
 « Y puesto que de él sacarte
 « No puedo en mi compañía,
 « No me abandones, María,
 « Y no te olvides de mí.

« ¡Ojalá entre mis hermanas
 « Hubiera otra Margarita
 « Que con tu imagen bendita
 « Obrara como ella obró!
 « ¡Ojalá esta luz postrera
 « Que en esta noche te enciendo
 « Estuviera siempre ardiendo
 « Mientras te faltara yo!

« Mas ¡ay! ninguna te quiere
 « Como yo, y son mis angustias
 « Pensar que estas flores místicas
 « A tus piés se quedarán,
 « Y se apagará esa vela,
 « Se ajarán tus vestiduras,
 « Y los que pasen á oscuras
 « Tu hermosura no verán.

« Al fin yo parto, Señora;
 « Mi confianza en tí sabes,
 « En prueba toma esas llaves
 « Que conservo en mi poder.
 « Guárdalas : otra tornera
 « Elige á tu gusto ahora,
 « Y el cielo quiera, Señora,
 « Que nos volvamos á ver. »

Así Margarita hablando
 Con lágrimas en los ojos
 Ante la imagen de hinojos
 Los sacros piés la besó :
 Y dejándola las llaves
 Y encendiendo la bujía,
 Traspuso la galería,
 Ganó el jardín y partió.

Quedóse el claustro recóndito
 Por el farol alumbrado
 Que dejó al irse colgado
 Margarita en el altar,
 Y solo se oyó tras ella
 El rumor del aguacero
 Y el soplo del aire fiero
 Que bramaba sin cesar.

VI.

A la mañana siguiente,
 Y al revolver una calle,
 Un mancebo de buen talle
 Y resuelto continente

Con otro dió que volviendo
 La esquina del otro lado
 Con él se quedó encarado
 Cual memoria de él haciendo.
 Y al fin ambos contemplándose,
 A poco reconocidos,
 Se abrazaron decididos,
 En tal coloquio trabándose.

D. Gonzalo. ¡Por vida mia! Don Juan,
 ¿Pues cómo en Valladolid?

D. Juan. De paso para Madrid.

D. Gonzalo. ¿A las fiestas?

D. Juan.

Todos van.

D. Gonzalo. Mas falta un mes todavía.

D. Juan. Paréceme, Don Gonzalo,

Que llegar pronto no es malo :

Ya sabéis que es mi manía.

Dó quier que de diversion

Barrunto un ligero asomo,

Lo menos para ir me tomo

Un mes de anticipacion.

D. Gonzalo. ¿Y para qué tiempo tanto?

D. Juan. Si la funcion sale huera

Yo no me pierdo siquiera

Todo el mes que me adelanto.

D. Gonzalo. A fé que razon os sobra

Y á poder irme con vos...

D. Juan. ¿Teneis que hacer, vive Dios,

Mas que ponerlo por obra?

D. Gonzalo. Y mi tutor ¿qué dirá?

D. Juan. ¿Pensais que en este momento

Mi padre estará contento?

D. Gonzalo. Vos pues...

D. Juan.

La pregunta está

De mas : mas ved que os aviso

Que si os venís á Madrid

Salir de Valladolid

Dentro de un hora es preciso.

D. Gonzalo. ¿Cosa es tan desesperada?

Yo nada tengo dispuesto.

D. Juan. ¡Por Dios que es grave pretesto

Jamás dispongo yo nada

Y logro cuanto deseo.

D. Gonzalo. Los medios que usais ignoro

D. Juan. ¡Busco un puñado de oro,

Tomo un jaco y Laus Deo!

D. Gonzalo. ¡Ya! jacos tengo yo dos,

Mas dineros...

D. Juan. ¡Grande afan!

Vended el uno á un chalan

Y echad en el otro vos.

D. Gonzalo. Dadlo por hecho.

D. Juan.

Atended,

Don Gonzalo, mejor fuera

Tomar un coche si hubiera.

D. Gonzalo. ¿Pues qué tiene su merced
 Que le estorban los caballos?

D. Juan. ¿Qué sé yo? tengo una yegua
Que apenas anda una legua....

D. Gonzalo. ¿Se resiente de los callos,
Eh? pero como gustéis,
Decision es lo que importa.

D. Juan. Pues la cuestion es muy corta,
Mis dos caballos podeis
Vender tambien y en una hora
Yo tendré coche buscado,
Pues va otro asiento ocupado.

D. Gonzalo. ¿Por quién?

D. Juan. Por una señora.

D. Gonzalo. ¡Hablarais para la noche,
Cuerpo de tal!

D. Juan. Bien, pues, id,
Y á las puertas de Madrid
Vos con oro y yo con coche
Dentro de un hora estaremos :
Mas no digais donde vamos,
Que somos dos y bastamos
Para ir como merecemos.

D. Gonzalo. Iré.

D. Juan. La hora cabal.

D. Gonzalo. Ya vereis mi rapidez :
Allí estoy fijo á las diez.

D. Juan. Pues eso es lo principal.

Y así diciendo á buen paso
Partieron á su destino
Cada cual por su camino
Y no en brazos del acaso.

Que eran amigos antiguos,
Y en el tiempo que escolar
Fué Don Juan para habitar,
Tomaron cuartos contiguos.

Por eso se conocian
Tan á fondo ambos á dos,
Y el uno de el otro en pos
Mil locuras emprendian.

Y aquí, lector, por no ser
En demasia prolijo
Que te imagines elijo
Lo que pudo acontecer.

Pues los mil inconvenientes
Que ambos de orillar tuvieron,
Y el como se compusieron
Para obrar tan diligentes,

Te aseguro que se ignora ;
Mas lo cierto de este asunto
Es que estuvieron á punto
Al concluirse la hora.

Daba las diez el reló
Y el coche les aguardaba,
Y Don Gonzalo llegaba
A quien Don Juan demandó :

D. Juan. ¿Qué hay, Don Gonzalo?

D. Gonzalo. Tomad.
— ¿Cuanto?

— Sesenta doblones.

No pude de esos bribones
Conseguir mas caridad.

— ¡Bah! Don Gonzalo, si os pesa
Que el número sea tan vil,
Yo traigo aqui mas de mil
Para ayuda de la empresa.
— Adelante pues.

— ¡Pues ea!

Mayorai, pica el ganado,
Que el viage será apreciado
Conforme el camino sea.

Y al punto sin mas azares
Aprontaron el transporte
Y echaron hácia la corte
De Olmedo por los pinares.

—
Eran seis meses despues,
Y trocada la fortuna
Estaba ya para todos,
Que todo el tiempo lo muda.
Lanzados del mar del mundo
Entre la corriente turbia
Margarita, Don Gonzalo,
Y Don Juan, los tres á una
Las heces de los deleites
Apuraban en hartura,
Repletos hasta el hastio
De sus delicias inmundas.
Pasado habian las fiestas
Que los reyes acostumbran
A dar á sus pueblos cuando
Su padre baja á la tumba.
Fueron las que el Conde-Duque
Dió á Felipe Cuarto muchas,
Y ellos corrieron en ellas
En brazos de la locura.
Mas de su oro disipada
La crecidisima suma,
Harto Don Juan de la monja
Que sus desvíos acusa,
Dudosa de los dos mozos
La amistad, que poco dura
Entre quien de ella pagándose
Inconsiderado abusa,
Del porvenir de los tres
El horizonte se anubla
Y la discordia fermenta
Dentro sus almas oculta.
Y tantas nubes preñadas
De descontento se agrupan
Que está la tormenta proxima
A desatarse con furia

Al menor soplo de viento
Que la impela ó la sacuda.
¡Tan poco del mundo estéril
Las satisfacciones duran!

Don Gonzalo, que debiera
Mirar de Don Juan la mucha
Generosidad, mostrándole
Ciega confianza mutua,
Pues usa de cuanto tiene
Y hasta de su nombre usa,
De su amistad poco á poco
Afloja las ligaduras.
Sus negocios le recata,
De sus conquistas nocturnas
No le da parte, y descubre
A Margarita las suyas.
De un lado atiza los zelos,
De otro sospechas abulta,
Y en fin su próxima vuelta
A sus hogares anuncia.
Don Juan no lo siente y calla,
Porque Don Juan no se cura
Mas que de vivir gozando
Mientras que sus oros triunfan.
Y Don Gonzalo que advierte
Que estos están en las últimas,
Pretestos busca á sus solas
Para afejar su conducta.
Que es Don Gonzalo hombre pérfido
Que la envidia disimula
De quien es mejor que él,
Y cuya alma no renuncia
A una venganza que siempre
A medios mezuquinos junta:
Discolo en fin, aunque acaso
Su educacion le disculpa.
Entre aquestos dos espíritus
Maléficos que la turban,
Margarita el hondo cáliz
De las desdichas apura.
Margarita que engañada
Consintió y necia en la fuga,
Y salió exhalada al mundo
De los deleites en busca,
Gual mariposa perdida
Por el aura, que perfuman
Mil flores entre las cuales
Vaga errando de una en una,
Mas que al apoyarse en ellas
Se estremecen y la asustan,
Y aturdida y fatigada
No osa parar en ninguna.

Hoy siente que la atormenta
Melancolia profunda,
Y uno tras otro sus dias
En el pesar se sepultan.
Y ve sus mil ilusiones

Que al precipicio se agrupan
Del abismo de la nada,
Donde con mano insegura,
En los bordes se mantienen
En desesperada lucha,
Y unas tras otras al cabo
Sin remedio se derrumban.

« ¿En dónde están (se decía)
« Los sueños de mi ventura?
« ¡Aquel pais encantado
« Que exento estaba de angustias,
« Cuadro espléndido y magnífico
« Con una sola figura,
« Que era ese Don Juan que ahora
« Duelos sobre mí acumula!
« ¿Porqué le he creído ¡necia!
« Porqué le he creído nunca?
« ¿Qué he encontrado yo en sus brazos
« Sino ficcion y locura?
« ¿Qué me ha dado en sus caricias
« A beber mas que cicuta?
« ¿Qué espero de sus promesas
« Sino que jamás se cumplan?
« Arrastrada entre sus vicios,
« Y entre sus orgias impuras,
« Su amor me devora el alma
« ¡Y él se harta de mi hermosura!
« Sí, por otro amor me deja
« Encerrada en esta oculta
« Mansion, mientras él va ciego
« Tras de quien su amor rehusa,
« Tras esa beldad vendida,
« Que abre á la codicia pública
« Sus gracias, para que vaya
« A hozar en ellas la chusma;
« Y cuyos torpes aplausos
« La envilecen y la ensucian,
« Pues la apellidan á un tiempo
« Celestial y prostituta.
« ¡Ah! los zelos me devoran,
« La envidia, el odio me abruma.
« ¡Yo le amo!... y es imposible
« Que su indiferencia sufra.
« El me sedujo; él mis ojos
« Abrió á la luz de la culpa;
« Yo era una pobre inocente,
« Mi alma era cándida y pura,
« Sus palabras me eran dulces
« Como una lejana música,
« Mas ardientes que un volcan
« Y mas que una lanza agudas,
« ¿Qué hiciera yo mas que oírse las
« Con idolatria estúpida?
« ¡Ay! ¿quién pudiera tornarme
« A mi sencillez inculta
« Y á mi inocencia del claustro?
« ¿Quién amansará la furia

« De este amor y esta conciencia,
« Que para herirme se juntan? »

Y es cierto cuanto en su duelo
La niña infeliz pronuncia,
Porque Don Juan la abandona,
Harto ya de su hermosura.
Mozo sumido en los vicios
De juventud disoluta,
Todos los gustos le cansan
Si mas de una vez los gusta.
Y mientras hallaba encantos
Su pasión, entonces única,
De la bella Margarita
En la virtud, su alma impura
Adoraba sus hechizos
Locamente, y mas la lucha
Con su virtud empeñaba,
Aun de su victoria en duda.
Pero al punto en que sus ansias
Que por eternas la jura,
Trasladó á su corazón,
Ya de su amor se disgusta,
Y pues no espera otros nuevos,
A sus placeres renuncia.
Y sus caricias le cansan,
Y le enojan sus preguntas,
Y le fastidian sus quejas,
Y su compañía escusa,
Y ella acosada de zelos,
Y herida de sus repulsas
Sus pensamientos acecha,
Y sus palabras estudia.
A veces desatinada
Y colérica le insulta,
A veces los pies le besa,
Y á veces humilde y muda
En cuantos gustos le auvierte,
Darle contento procura.
Mas él ni en una mirada
Su amarga aflicción la endulza,
Ni una palabra la dice
Que confianza la infunda,
La espalda vuelve en silencio
Y tal vez con una injuria
Compensa sus atenciones
Que no la agradece nunca,
Y ella se queda llorando,
Y él sale, la faz ceñuda
Tras una mirada incierta
De la bailarina impúdica.
Y entre tanto Don Gonzalo,
Que calla, mira y escucha,
Cobra hastio de Don Juan,
Cuya elegancia y bravura
Se llevan la primer parte
En amores y en fortunas :
Y él tiene, mas que le pese,

Que apechar con la segunda,
Que es cual todos los imbéciles
Que con los pillos se juntan,
Un inferior que acompaña
O que divierte ó que ayuda,
Pero al fin del sol del otro
Satélite que no alumbra.
Mas van tres meses que arde
Oculto el fuego, y en suma
No puede cumplirse el cuarto
Sin que á incendio se reduzca.

VII.

LANCES IMPREVISTOS.

Era una noche de aquellas
Tristes, nubladas y lóbregas
En que la luz de los astros
Rasgar no puede la atmósfera :
En que un vapor se respira
Que en vez de aliviar sofoca,
Y en que la calma parece
De desastres precursora.
Don Juan, en un negro acceso
De calentura amorosa
Y al ver que ni una sonrisa
De la bailarina logra,
Dejó su casa llevando
Con él su riqueza toda,
Y resolvió por el juego
Tentar la fortuna loca.
Lanzóse pues en sus brazos,
Pero la inconstante Diosa
Mostrábale como siempre
La faz amenazadora.
Quedábanle ya tan solo
Sus diez postrimeras doblas,
Cuándo á una cuarta sin tino
Levantándose tirólas.
La suerte fué aquella vez
Menos cruda que las otras,
Pues se cambió de repente :
Y él, que jamás la malogra,
De oro y de amor insensato
En la sed que le devora
Todo de una vez lo arriesga,
Todo de una vez lo cobra.
Y comprimidos los labios,
Las pupilas en las órbitas
Rodando desconcertadas,
Burlando la astucia pronta
De los jugadores pálidos
A quien impone su torva
Mirada, el mozo impertérrito
Oro sobre oro amontona.
Ya juegan sobre palabra
Y en vez de monedas joyas,

Y Don Juan que ve su suerte
 Las admite y las abona.
 Ansiosos la tientan todos
 Una vez y otra vez y otras :
 Mas siempre en vano, el mancebo
 Va tan certero que asombra.
 En fin Don Juan, satisfecho
 De fortuna tan dichosa,
 Se alzó, asomando á sus labios
 Una sonrisa diabólica.
 Nadie le habló una palabra,
 Ni saludó el á persona,
 Guardó el dinero sin cuenta
 Y devolviendo las joyas
 Tomó la puerta en silencio ;
 Y aquellos á quien despoja
 Le vieron por la escalera
 Sumirse como una sombra.

—

« Todo lo puede el dinero, »
 Dijo en la calle á sus solas,
 « Lo que al valor no se rinde
 « Con la riqueza se compra.
 « Veremos pues si con oros
 « Hacemos mas que con horas. »
 Y así hablando, en el teatro
 Compró silla y ocupóla.
 Era ya tarde y la fiesta
 De aquella noche era corta,
 Que daban una comedia
 De Lope, sin otra cosa.
 Estaba pues concluyéndose
 Cuando entró : mas era otra
 Su intencion que la de oírla,
 Porque concluida toda,
 Fué al vestuario, y con maña
 Llamando á parte á una moza
 Que él sin duda conocia,
 La interpeló en esta forma :
 « Toma esos ocho doblones
 « Y á esa Sirena engañosa
 « A quien sirves, si te estimas,
 « Dirás lo que aquí me oigas.
 « Y es : que hay un noble extranjero
 « Que, al verla tan seductora,
 « Volver no quiere á su patria
 « Sin un adiós de su boca.
 « Que si mañana en su casa
 « Cenar con él no la enoja
 « En presencia de un amigo
 « Y de una fiel servidora,
 « Recibirá mil doblones
 « Para recuerdo de la honra.
 « Conque olvidarte procura
 « De que yo soy la persona
 « Que irá á cenar, y no olvides
 « Que el amigo será un mómia,

« Que tú serás quien nos sirva,
 « Y que por cuenta redonda
 « Bien te dará cien doblones
 « Quien la da doscientas onzas. »

Y así acabando Don Juan
 Hasta los ojos se emboza
 Y parte añadiendo bajo :
 « Hasta mañana á estas horas. »

Quedó la criada un punto
 Embebecida y absorta,
 Sin una idea en el alma
 Ni una palabra en la boca,
 Viendo como por la entrada
 De una escalerilla angosta
 El impetuoso Don Juan
 Se hundía como una sombra.
 Que siempre aturde y fascina
 La vista de una persona
 Que tantos doblones gana,
 Y tan sería los derrocha.

—

En un lujoso aposento
 Y enderredor de una mesa,
 De viandas exquisitas
 Y ricos vinos cubierta,
 Sentada entre Don Gonzalo
 Y Don Juan está Sirena,
 Para ambos encantadora,
 Mas para Don Juan risueña.
 Es la tal una hermosura,
 Danzante, que apenas cuenta
 Veinte y dos años de vida,
 Mas en el arte maestra.
 Y si va á decir lo cierto
 La chica es como una perla,
 Y fina como un coral,
 Aunque hay una diferencia ;
 Que perla y coral con arte,
 Con red y estacion se pescan,
 Y aquí sucede al contrario,
 Pues la pescadora es ella.
 Sirena la llama el vulgo,
 Y en verdad que no hay Sirena
 Ni de voz mas seductora,
 Ni en los encantos mas diestra.
 Dice ella que tiene padres
 En Jerez de la Frontera,
 Aunque esto de su progenie
 Maldito lo que interesa ;
 Porque ella es cosa lindisima,
 Y aunque de cuerpo pequeña,
 Es acabada de formas,
 Muy delicada y esbelta.
 Tiene los cabellos negros,
 La tez purisima y fresca,
 Que puesta á distintas luces,

Puede ser blanca ó morena.
Manos torneadas y puras,
Mirada brillante y tierna,
Y dos lindos piecitos
Tan menudos que, á no verla
Usarlos tan fácilmente,
Nadie á sus solas creyera
Que todo su cuerpo en ellos
Sin peligro se mantenga.
Tal es la Sirena hermosa
Con quien esta noche cenar
En compañía algo libre
Alarcon y su colega;
Y tales son las palabras
Que en tal punto se atraviesan
Entre el vapor de los vinos
Y el humo de la opulencia.

Sirena. ¿Y á qué estrangero fingiros
Cuando estrangero no erais?

D. Juan. Tu vanidad consultando,
Porque de lejanas tierras
Viniendo al són de tu fama
Mas fácil te envanecieras.

Sirena. ¿Y á qué fingiros tan pobre,
Dueño de tantas riquezas?

D. Juan. Para probar si podian
Mis particulares prendas
Adquirirme lo que al cabo
Me compraran mis monedas.

Sirena. Quiere decir que de dos
Mal os salió una esperiencia.

D. Juan. Quiere decir que he tendido
Dos redes para una cierva.

Sirena. Pero ella saltó por una.

D. Juan. Pero en otra quedó presa,
Y es muy distinto, querida,
Ser de una ú otra manera,
Pues en la una hubo maña,
Y en la otra maña y fuerza.

Sirena. Quiere decir...

D. Juan. Te equivocas,

La interpretacion es esta:

Si en las redes del amor
Incautamente cayera,
Fuera conservada ó libre
Acaso por su inocencia:
Pero á la fuerza rendida,
Sin mas azar ni defensa,
Será olvidado en una hora
Su precio por su torpeza.
Y esta es la interpretacion
Del hecho y la diferencia,
De amor que gana y estima
Y amor que compra, usa y deja.

Y á estas palabras mordiéndose
La bailarina la lengua,

Cambió de copa Don Juan,
Y destapó otra botella.
Hubo aquí una breve pausa
Durante la cual respuesta,
Con una sonrisa de ángel
Al de Alarcon dijo ella.

Sirena. Buen cazador sois, Don Juan.

D. Juan. Y vos excelente pieza.

Sirena. ¿Siguiérais mucho la pista?

D. Juan. Hasta hallar la madriguera.

Sirena. ¿Y si era falsa la boca?

D. Juan. Yo atinara con la cierta.

Sirena. ¿Y si salir no queria?

D. Juan. Yo me pondria en espera.

Sirena. ¿Por empeño?

D. Juan. Por empeño.

Sirena. ¿Y durara?

D. Juan. Hasta cogerla.

Sirena. Figuraos pues que asoma.

D. Juan. Me preparo.

Sirena. ¿Y si se entrega?

D. Juan. Tiendo la mano y la cojo.

Sirena. ¿Y si muerde?

D. Juan. Norabuena,

Sóbrame á mí mucha maña

Y al cabo se hará doméstica.

Sirena. Brindad pues y olvidad eso.

D. Juan. ¡A su orgullo!

Sirena. ¡A su obediencia!

D. Juan. Espera ¿quién canta ahora,

El amor ó la Sirena?

Sirena. El amor está vencido.

D. Juan. ¿Y la encantadora?

Sirena. Muerta.

D. Juan. En ese caso, alma mia,
Brindemos y echarlo tierra.

Brindaron ambos á un tiempo,
Y las amistades hechas,
Mas estrepitosa y franca
A ser empezó la fiesta.
Bebe Don Juan sin cuidado,
Que el vino jamás le altera;
Bebe Don Gonzalo poco,
Mas se turba su cabeza;
Y sus manos hondos secretos
Sin rebozo manifiesta,
Que el daño de los licores
Por la alegría comienza.
Crujen los brindis sin número,
Crece la órgia sin reserva
Y ya ni voces ocultas
Ni pensamientos se dejan.
De amor y placer se trata,
Y entre el són de las botellas
Crujen los besos perdidos
Y los requiebros penetran.

De amor loco está Don Juan,
 Prendada de él está ella,
 Don Gonzalo bebe y toma
 La callada por respuesta.
 Don Juan improvisa y canta,
 Y al compás de su vihuela
 Gira en danza voluptuosa
 La bellísima Sirena,
 Y en su sillón Don Gonzalo,
 Sentado y tendido á medias,
 Como una sombra fantástica
 Embebidó la contempla.
 Ella, sutil como el aire
 Y como el aire ligera,
 Gira enredor, pasa y huye
 Como aparición risueña.
 Flota su falda plegada,
 Sus cabellos se destrenzan,
 Radian sus ojos ardientes
 Luz mas viva á cada vuelta,
 Y cuanto del baile rápido
 Mas los círculos estrecha,
 Mas los mágicos hechizos
 De sus perfecciones muestra :
 Y el velo con que sus manos
 Primorosamente juegan
 La variedad de sus formas
 Y sus encantos aumenta.
 Y según rápidamente
 Le recoge ó le despliega,
 Le anuda, enlaza y con él,
 O se cubre, ó se rodea,
 La alegoría que finge
 Graciosamente renueva.
 Ya es una Náyade errante;
 Ya una Venus hechicera,
 Ya la Aurora fugitiva
 Flores derramando y perlas,
 Ya el Iris tornasolado
 Y ya la Fortuna inquieta.
 Y su flotante figura
 En el ambiente deshecha,
 Confundidos sus contornos
 Por su rapidez aérea,
 Ante los ojos parece
 Mágica ilusión que vuela,
 Sobre el rumor que producen
 Sus vestiduras de seda
 Y el perfume que despiden,
 A merced del aire sueltas,
 Cuando en los muebles pasando
 Ligerísimos tropiezan.
 Y gira y cruza y resbala
 Y los sentidos no aciertan
 Si de ello nace su impulso
 O el aire sutil la lleva.
 Hasta que al fin fatigada
 Sobre un almohadon se sienta,

Mas seductora que nunca
 Y mas que nunca halagüeña
 Y mientras Don Juan de besos
 Y de caricias la llena,
 Don Gonzalo les aplaude
 Trastornada la cabeza.

« Bravo, exclamó, solo falta
 Margarita. » — A cuya necia
 Esclamacion levantóse
 Como una tigre Sirena,
 Y con Don Juan encarándose,
 Desencajada y colérica,
 « ¿Quién es esa Margarita? »
 Le dijo de rabia trémula.
 Quedóse un punto Don Juan,
 Sin acertar la imprudencia,
 A componer á su amigo,
 Quien á carcajada suelta,
 Sin ver el fuego que atiza,
 Les añadió por respuesta :

« ¡ A fé que es linda muchacha !
 « Y ahora que se me acuerda,
 « Pues en casa estará sola
 « Su compañía me peta. »
 Y asíó su capa esto dicho,
 Corroborando la idea.

« Gonzalo, exclamó Don Juan,
 A no mirar que la lengua
 Os entorpece el Jerez,
 Ya os encontrarais sin ella.

— Pues os digo que me agrada,
 Y pues su merced la deja,
 Pido, como prenda antigua,
 Para tomarla licencia.

— Eso si, si la pedis,
 Llevaosla norabuena,
 Mas cuando al fin os fastidie
 A su convento volvedla.

— ¿ Con que es monja? ¡ vaya un lance!
 Tengo yo una hermana lega
 En un convento metida
 Para biñarla una herencia,
 Y aunque en mi vida la he visto,
 Solo por recuerdo de ella
 Lo haré como lo decis.
 ¿ Y á qué convento? »

— A Palencia
 Y á las monjas de Jesus
 De donde es.

— ¡ Jesus me tenga!
 — ¡ Calla! ¿ qué os da, Don Gonzalo?
 — Decidme por vida vuestra,
 Don Juan, ¿ cual es su apellido?
 — Cosa, Don Gonzalo, es esa
 Que jamás la he preguntado.
 Mas ¡ voto vá!... ¡ lance fuera!
 ¿ No es Bustos vuestro apellido? »

— Si.
— Pues Bustos es el de ella. »

Quedó tal oyendo Bustos
Inmóvil como una piedra
Y en carcajada ruidosa
Rompió la infame Sirena.
Siguióla Don Juan á poco,
Diciendo : « ¡ Cosa como ella !
¿ Quién demonios lo pensara ?
Pero en fin ya es cosa hecha, »
Y dobló las carcajadas
Con la bailarina, mientras
De Don Gonzalo se iban
Coordinando las ideas.
El vapor al fin de la orgía
Disipado con la fuerza
De su deshonra, arrojóse
Sobre Don Juan con fiereza,
Mas sentóle este los puños
En el pecho, y con la mesa,
La lámpara y la vajilla
Vino Don Gonzalo á tierra
La bailarina se puso
Por medio de ellos resuelta
Diciendo á tiempo : « ¡ Señores,
Que están en mi casa vean !
— Don Juan, á la calle vamos.
— Vamos, Don Gonzalo, fuera,
Que es cosa que ya no tiene
Mejor compostura que esa. »

Alborotóse la casa,
Hubo lágrimas y quejas,
Y el aposento asaltaron
Los pages y las doncellas.
Mas Don Juan les tuvo á rayo,
Añadiendo con firmeza :
« ¡ Atrás, canalla ! y silencio :
Y tú, amiga, ten paciencia,
Que como escape con vida,
Volveré cuanto antes pueda.
— Si sois valiente, Don Juan,
Cuando gustéis dad la vuelta.
— Advierte que no te pido
Ni consejos ni licencia,
Que yo te sigo la pista
Por voluntad ó por fuerza.
— Pues volved sin compañía
Y encerrad á la manceba.
— Ten esa lengua de víbora
Y no te pases en cuenta,
Que de rendirse á venderse
Hay una distancia inmensa. »

Y así diciendo Don Juan,
Tiró un bolsillo en la mesa,
Y dejó el puesto encajándose
El sombrero hasta las cejas.

VIII.

Ya era alta noche, en el nublado oriente
Próximo estaba á despuntar el día,
El viento resonaba tristemente
Y áspera lluvia gotear se oía.
Y la noche pasaba
Y Margarita en soledad lloraba
La ausencia de Don Juan que no venía
Entreabierta tenía su ventana
La enamorada niña
Con la esperanza vana
De sentirle mejor cuando volviera,
Y oyendo sus pisadas desde lejos,
Y alcanzándole á ver con los reflejos
De un vecino farol presto le abriera ;
Y al conservado fuego se enjugara,
Y los húmedos miembros arrecidos
Al calor agradable restaurara.
Mas en vano á la reja
Al percibir pisadas acudía,
En vano por la lóbrega calleja
Los tristes ojos con afán tendía ;
Muchos alguna vez por ella entraban,
Y unos riendo y otros disputando,
Huyendo unos tal vez y otros cantando,
Pasar bajo su reja los veía,
Mas de ella á largos pasos se alejaban
Y con ellos Don Juan nunca venía.

Hundida la infeliz en su abandono,
Suspiraba de amor por quien la olvida,
Por quien su amor pospone y su ternura
A una caricia sin pudor vendida
De la insolente bailarina impura.
¡ Ay pobre Margarita ! tú sentada
Bajo la reja espesa
Aguardas á Don Juan desesperada,
De dolorosos pensamientos presa ;
Tu amor por el de suspirar no cesa,
¡ Y ojalá no volviera, desdichada !
Pero ya acelerados
Pasos de alguno al fin se percibieron,
Cuanto próximos mas precipitados,
Y mas cercanos cada vez se oyeron,
Y por la calle oscura
Vió Margarita un hombre que se entraba,
Cuya negra figura
Ante su misma puerta se paraba.
« Él es, » dijo bajando, y no mentía,
Que era en verdad Don Juan el que venía.
El era, si, por el cruzado embozo
Asomando el semblante macilento
Con ceño torvo y fatigado aliento,
Cubierta de sudor la osada frente,
Y empuñando el acero refulgente
Hasta el torcido gavilán sangriento.
« ¡ Dios mio ! » dijo al verle Margarita,
Mas con planta ligera

Dentro él sin contestar se precipita
Y la mirada de la niña evita,
Salpicando de sangre la escalera.

Subió tras él la pobre acongojada,
Y la puerta tras ella asegurando,
« Traéis sangre, Don Juan, » dijo aterrada,
Mas Don Juan si la oyó siguió callando,
Su roja espada ante la luz limpiando.
Mudó despues de gola y de vestido,
Se lavó, se enjugó, y echando al fuego
El de sangre teñido,
Sentóse ante la llama con sosiego
Diciendo con acento decidido :
« Margarita, á la aurora
Es preciso partir.

— ¿Dónde?

— Lo ignoro,

Abandonar la corte por ahora
Es lo esencial no mas, en esta casa
No es posible vivir.

— ¿Pero qué pasa?

— ¡Oh! no es para subirse á los tejados,
No es lo que viene ni un leon ni un toro,
Poca cosa, señora,

Teniendo libertad, audacia y oro.

— Hablad, Don Juan, mi amor es infinito.
Nada es mi vida si salvar la vuestra
Logro con ella. Y lo que vi me muestra
Que vos necesitais...

— ¿Yo? ¡qué locura!

Gozadla vos, que no la necesito.

Y serenad por Dios esa pavura

Que en el rostro mostrais, porque á fé mia
Que el asunto no es cosa, estando á punto
Tan cerca el oro y tan vecino el dia.

Oídmeme en dos palabras, Margarita,
Y os contaré el suceso.

Ya á Don Gonzalo conocias.

— Eso

Bien lo sabeis.

— Tenia una maldita

Cabeza el tal y la perdió esta noche,
Mas bebió con exceso

Y no es extraño que perdiera el seso.

— ¿Pero en fin qué es el caso?

Que me tenéis violenta.

— Mehabló de vos y aunque detrás de un vaso

Me lo dijo, no fué tan de mi gusto

Que al contestarle yo, por un fracaso

Le entré el estoque por mitad del busto,

Y el alma se le fué tan de carrera

Que el cuerpo no exhaló ni un ¡ay! siquiera.

— ¿Lematásteis? Don Juan ¡sois un malvado!

— Tal vez tengais razon : mas bien mirado,

Como si no le mato al fin me mata,

En matarle salí muy bien librado,

Que el caso era durillo hablando en plata.

En fin, bien está asi, y pues ya esclarece,

Si no quereis hablar con la justicia
De lo que á Don Gonzalo pertenece,
Venid conmigo y adelante vamos.

— Pues que remedio no hay, Don Juan,
partamos.

— Pues echaos ese oro en el bolsillo
Y vamos á buscar un par de potros,
Que como en campo libre nos veamos
Maldito si da el diablo con nosotros. »

Y hablando así con gravedad resuelta,
Cerró el cuarto Don Juan, tiró la llave,
Y en dos caballos cuyo brio sabe
Tomó á Castilla con la monja vuelta.

Al cabo de dos dias de camino,
Al despertar la niña una mañana
De una posada en una alcoba, vino
Al ruido de su voz una villana,
Y á tal punto entre dama y posadera
Diálogo se entabló de esta manera :

Posadera. Dios guarde á su merced.
¡ Hermoso dia!

Margarita. ¡ Él os proteja, madre! ¿Te-
neis hora?

Posadera. No parece que sois madrugadora.

Margarita. Pues ¿qué hora es?

Posadera. Es casi medio dia.

Margarita. ¡Medio dia!

Posadera. ¿Quereis el desayuno?

Margarita. Si : mas hacedme la bondad
primero

De decirle la hora al compañero,

Que tiene el sueño á fé bien importuno.

Posadera. Pero ¿de quién hablais?

Margarita. Del caballero

Que ocupa ese otro cuarto.

Posadera. No hay ninguno.

Margarita. ¿Cómo no?

Posadera. El pasajero que ahí habia...

Margarita. Que vino ayer.

Posadera. Con vos.

Margarita. Precisamente.

Posadera. Montó á caballo al despuntar
el dia.

Margarita. No puede ser.

Posadera. Miradlo.

Margarita. ¡Dios clemente,

Partió sin mí!

Posadera. Yo me creí, señora,

Que erais de su partida sabedora.

Margarita. ¿Yo? ¡justo Dios!

Y aquí de Margarita

Se ahogó la voz, y sin poder ni aliento
Desplomóse en mitad del aposento.

Gritó la posadera, entró la gente,
Se murmuró la historia comentada
Por el curioso vulgo maldiciente,
Y cuando en sí volvió la desdichada,
Solo encontró á su lado
Un hidalgo que acaso acompañado
De su mujer viajaba,
Quien, viendo su hermosura, condolida
Guardarla quiso la honra con la vida.
« Pobre jóven, la dijo aquella dama,
Cobrad valor, no os deis tan por perdida.
¿A donde quereis ir? »

Margarita. ¿Donde, señora?
Saberlo me pluguiera,
Yo iría solamente donde él fuera.
¿Sabeis de él?

La Dama. ¿Quién es él?

Margarita. Ese viajero
Que salió con el alba.

La Dama. ¿Un caballero
Mozo y galan?

El Caballero. ¿Sobre un caballo overo?

Margarita. El mismo, justamente.

La Dama. ¿Es de vuestra familia?

Margarita. ¿De mi familia? No precisa-
mente,

Pero si yo supiera su destino...

La Dama. Dijo que de su casa iba camino.
¿Sabeis su casa vos?

Margarita. Sí, es en Palencia.

La Dama. Hasta Dueñas venid, si os aco-
moda,

En nuestra compañía, y diligencia
Para que os lleven á Palencia haremos,
De la mejor manera que encontremos.

Margarita. ¡Ay señora, quien quiera
Que seais...!

El Caballero. ¡Levantad, por vida mia!
Cualquier noble español lo mismo haría.
Ea, venid, que enganchen y partamos.

La Dama. Enjugad esas lágrimas y vamos.

Y tomando la mano el caballero
De la infeliz y triste Margarita,
Dejaron al momento la posada,
Emprendiendo hácia Dueñas la jornada.

IX.

AVENTURA TRADICIONAL.

¿Dó irá la tórtola amante
Sino tras su amor perdido?
¿Donde irá mas que á su nido
Y al bosque en que le dejó?
¿Donde irá su pensamiento
Ni la llevará el destino

Si no sabe otro camino
Que el solo en que se estravió?

¡Ay! ¿donde irá Margarita
En su ciega inesperienza,
Donde irá sino á Palencia
Dó tal vez está Don Juan?
¿Porque quién logrará nunca
Con descaminado intento,
Que el humo no busque al viento,
Ni el hierro busque al iman?

Era en el fin de una tarde
De junio, seca y nublada;
De un convento en la portada
Sobre el gastado escalon
Una muger se veía,
Como esperando el momento
En que abrieran del convento
El entornado porton.

A través de un velo espeso
Con que el semblante cubría,
Los ojos fijos tenía
Con constancia pertinaz
En el balcon de una casa
Situada frente por frente,
Donde no asoma un viviente,
Por mas que mira, la faz.

Y la muger sin embargo
Aquel balcon contemplaba
Como quien algo esperaba
Que apareciera por él.
Y el balcon siempre cerrado
Y solitario seguía,
Y á abrirsele no venía
Dueña, galan, ni doncel.

¿Qué hacía pues á tal hora
Tal muger y tiempo tanto,
Mirando con tal encanto
Aquel cerrado balcon?
¿Será cita?— Es imposible.
No hay mas que un hombre en la casa
Que de años setenta pasa,
Que es un Don Gil de Alarcon.

¿Serán celos? — ¡Qué locura!
¿Quién, ni de quién los tuviera
Si por una y otra acera
La calle ocupan no mas
La casa del viejo hidalgo
Y de Jesus el convento?
¿Será espera? — A tal intento
Propio es el sitio quizás.

Mas nadie llega y la noche
Se oscurece y encapota,
Y la lluvia gota á gota
Pronostica el temporal,

Y se oye al lejos el viento
Que en ráfagas cruza errante,
Y va del turbion delante
Con el mensaje fatal.

Y la muger, sin moverse
Ni hacer de la lluvia caso,
Del escalon no da un paso
Siempre mirando al balcon.
¿Quién es? ¿qué busca? ¿qué espera?
Fatídica así ¿qué augura
Su misteriosa figura?
¿Es ente real ó es vision?

¡Ay pobre amante olvidada!
Ay infeliz Margarita!
¿Quién comprenderá tu cuita
Ni compasion te tendrá!
Tú esperas, los tristes ojos
En ese balcon fijando,
Y en vano estás aguardando
Lo que al balcon no saldrá.

Tú ignoras que la hermosura
Es prenda que con envidia
El cielo dió, y con perfidia
Por castigo á la muger,
Y que quien cifra sobre ella
El bien del amor ajeno,
No acierta mas que veneno
En su delicia á verter.

Mas tú, infeliz, no lo sabes,
Y en *él* esperas por eso,
Cuando *él*, por un solo beso
De cualquier nueva beldad,
Te viera espirar de angustia
Sin que le hubiera ocurrido
Darte un adios ni aun fingido
Al pié de la eternidad.

Mas en tanto el viento arrecia,
Revienta el cóncavo trueno,
Y se desgaja de lleno
El espantoso turbion;
La calle se inunda en agua,
La noche cierra y los hombres
Invocan los santos nombres
Con miedo en el corazon.

Margarita amedrentada,
Buscando asilo seguro,
Acogióse al templo oscuro
Y se amparó del altar:
Y al postrarse ante *él* humilde,
Allá dentro de su mente,
Mil recuerdos de repente
Empezaron á brotar.

Ella hizo aquel ramillete,
Ella bordó aquella toca,

En aquella cruz su boca
Puso mil besos y mil;
Aquella alfombra en su tiempo
Delante del coro estaba.....
Toda su vida pasaba
Por ella en sueño febril

Toda en ilusion fantástica
Su antigua y pura existencia
Venía con su inocencia
Su corazon á asaltar,
Y dentro del pecho cándido
Ir saliendo le sentia
De la penosa agonía
De su roedor pesar.

Y segun bellos recuerdos
Poco á poco iba encontrando,
Poco á poco iba olvidando
La belleza de Don Juan;
Hasta que en santa tristeza
Su alma inocente embebida,
Suspiró por otra vida
Sin bullicio y sin afan.

La soledad de su celda,
El rumor santo y sonoro
De sus rezos en el coro,
Y la paz de su jardin,
El consuelo de una vida
Con Dios á solas pasada,
De amor y mundo apartada,
Que son delirios, al fin,

Todo en tropel presentóse
A sus ojos tan risueño,
Tan sabroso y halagüeño,
Tan casto y tan seductor,
Que en llanto de fé bañada
Dijo: « ¡Ay de mí! ¿quién pudiera
Vol verme á mi vida austera,
Y á otro porvenir mejor? »

En esto allá por el fondo
De una solitaria nave,
Con paso tranquilo y grave
Vió Margarita venir
Una santa religiosa,
Cuyo rostro no veía
Por una luz que traía
Para ver por donde ir.

Temiendo que al acercarse
Tal vez la reconociera,
En su manto de manera
Margarita se envolvió,
Que aunque de la monja incógnita
Los pasos cerca sentia,
Ella apenas la veía
Hasta que ante ella llegó.

Pasó á su lado en silencio,
Y Margarita, al mirarla,
Estrañó no recordarla
Ni su faz reconocer.
« Será novicia (se dijo),
« Habrá al convento llegado
« Desde que yo le he dejado,
« No puede otra cosa ser. »

La monja en tanto seguía
Los altares arreglando,
Y la seguía mirando
Margarita por detrás;
Y hallaba en todo su cuerpo
Un *no sé qué* de estrañeza,
Que aumentaba su belleza
Cuanto la miraba mas.

Había cierto aire diáfano,
Cierta luz en sus contornos,
Que quedaba en los adornos
Que tocaba por dó quier;
De modo que en breve tiempo
Que anduvo por los altares,
Viéronse en ellos millares
De luces resplandecer.

Pero con fulgor tan puro,
Tan fosfórico y tan ténue
Que el templo seguía oscuro
Y en silencio y soledad :
Solo de la monja en torno
Se notaba vaporosa,
Teñida de azul y rosa
Una estraña claridad.

Llegaba hasta Margarita,
A pesar de la distancia,
De las flores la fragancia
Que ponía en el altar,
Y ó un inefable sueño
La embargaba los sentidos,
O escuchaban sus oídos
Música al lejos sonar.

Y aquel concierto invisible,
Y aquel olor de las flores,
Y aquellos mil resplandores,
La embriagaban de placer;
Mas todo pasaba en ella
Tranquila y naturalmente,
Cambiándola interiormente,
Regenerando su sér.

Olvidó la hermosa niña
Sus pasadas amarguras,
Sintió en sí castas y puras
Mil intenciones bullir,
Mil imágenes de dicha,
De soledad y de calma

Que pintaron en su alma
Venturoso un porvenir.

Su vida era en aquel punto
Un éstasis delicioso,
Era un sueño luminoso,
Un deliquio celestial;
Un dulce anonadamiento
En que nada la oprimía,
Y en donde nada sentía
Profano ni terrenal.

Solo quedaba en el alma
De Margarita un intento,
Un impulso, un sentimiento
Hácia la monja de amor,
Que á su pesar la arrastraba
A contemplarla y seguirla,
A distraerla y pedirle
Consuelos á su dolor.

Pues siente que es, Margarita,
Un talisman su presencia
Necesario á su existencia
Desde aquel instante ya;
Y su recuerdo divino
Es á su dolor secreto,
Un misterioso amuleto
Que fé y religion la da.

Y en ella fijos con ansia
Los ojos y el pensamiento,
La gloria por un momento
En su delirio gozó,
Mientras aquella divina
Aparición deliciosa
De la bella religiosa
Ante su vista duró.

Tomó al fin su luz la monja,
Y por la iglesia cruzando
Pasó á su lado rozando
Con sus ropas al pasar,
Y sin poder Margarita
Resistir su oculto encanto,
Asióla al pasar del manto,
Mas sin fuerzas para hablar.

« ¿Qué me quereis? » con acento
Dulcísimo preguntóla
La monja. « ¿Me dejais sola,
Dijo Margarita, así?
— Si no teneis mas amparo,
Contestó la religiosa,
En noche tan borrascosa,
Venid al claustro tras mí.

— ¡Oh! ¡imposible!

— Si os importa

Hablar con alguna hermana
Volved si gustais mañana.

— Yo hablara...

— ¿Con quién?

— Con vos.

— Decid pues.

— No sé qué empacho

La voz al hablar me quita...

¿Cómo os llamais?

— Margarita.

— ¡El mismo nombre las dos!

— ¿Así os llamais?

— Sí, señora,

Y en otro tiempo yo era...

¿Qué oficio tenéis?

— Tornera.

— ¡Tornera! ¿cuanto tiempo há?

— Cerca de un año.

— ¡De un año!

— Diez llevo en este convento

Y en este mismo momento

Cumpliendo el décimo está. »

Quedó Margarita atónita
Su misma historia escuchando,
Y el tiempo á solas contando
Que oyó á la monja marcar.
Su mismo nombre tenia,
Y su misma edad, y era
Como ella un año tornera,
Y diez monja... ¿qué pensar?

Alzó los ojos por último
Margarita á su semblante
Y de sí misma delante
Asombrada se encontró;
Que aquella ante quien estaba
Su mismo rostro llevaba,
Y era ella misma... ó su imágen
Que en el convento quedó.

Cayó en tierra de hinojos Margarita
Sin voluntad, ni voz ni movimiento,
Prensado el corazón y el pensamiento
Bajo el pié de la santa aparición;
Y así quedó, la frente sobre el polvo
Hasta que el eco de la voz sagrada
A el alma permitió purificada
Ocupar otra vez su corazón.

Entonces envolviéndola en su manto,
Su cabeza cubriendo con su toca,
El dulce acento de su dulce boca
Dijo á la absorta Margarita así :
« TE ACOGISTE AL HUIR BAJO MI AMPARO
Y NO TE ABANDONÉ : VE TODAVÍA
ANTE MI ALTAR ARDIENDO TU BUJÍA :
YO OCUPÉ TU LUGAR, PIENSA TU EN MÍ. »

Y á estas palabras retumbando el trueno,
Y rápido el relampago brillando

Del aire puro en el azul sereno
Se elevó la magnífica vision.
La reina de los ángeles llevada
En sus brazos purísimos huía,
Y á Margarita huyendo sonreía
Que adoraba su santa aparición.

Sumióse al fin del aire trasparente
En la infinita y diáfana distancia,
Dejando en pos suavísima fragancia
Y rastro de impalpable claridad :
Y al volver á su celda Margarita,
Volviendo á sus afanes de tornera,
Tendió los ojos por la limpia esfera
Y no halló ni vision, ni tempestad.

Corrió á su amado altar, se hincó á adorarle
Y al vital resplandor de su bujía
Aun encontró la imágen de María,
Y sus flores aun sin marchitar,
Y á sus piés despidiéndose del mundo
Que en vano su alma devorar espera,
Vivió en paz MARGARITA LA TORNERA
Sin mas mundo que el torno y el altar.

APÉNDICE

A

MARGARITA LA TORNERA.

FIN DE LA HISTORIA DE D. JUAN Y SIRENA
LA BAILARINA.

I.

A deshora de una noche
Y á la entrada de una calle
Nublada y oscura aquella,
Esta solitaria y grande,
Aquella escasa de luces,
Y esta escasa de habitantes
Pues que solo entre un convento
Y un caseron viejo se abre,
Venía sobre un caballo
Un hombre que á tientas sabe,
Sin duda, el sitio que pisa,
Pues va sin ver adelante.
Anduvo cincuenta pasos,
Y del caballo apeándose,
Dió en la puerta dos seguidas
Aldabadas formidables.
Sonaron primero en ella,
Después en las cavidades
De lo interior retumbaron
Y al fin las devoró el aire,
Pasaron tras de los golpes

De silencio unos instantes,
Hasta que de una ventana
Se alumbraron los cristales.
Apareció detrás de ellos
Una sombra vacilante
Al reflejo de una luz,
Y tras esto desdoblándose
Las dos hojas de los vidrios,
Con acento lamentable
Dijo una vieja : « ¿Quién llama? »
Y el que llamó dijo : « ¡Abre!
— ¿Qué queréis?

— Abre, demonio,
¿No me conoces? que baje
Damian por este caballo.
— ¡Él es! ¡Jesucristo valme!
Dijo la muger en lo alto,
Y la ventana cerrándose,
Abrióse al punto la puerta,
Y á oscuras quedó la calle.

—
En una apartada alcoba
De su casa de Palencia,
Sin otro mal ni dolencia
Que el exceso de su edad,
Don Gil de Alarcon, á solas
Con su confesor, espera
Su cercana hora postrera
Con calma y serenidad.

Hombre sin vicios que roen
La vida y la menoscaban,
Los días solo le acaban
Que ya han pasado por él,
Que es el tiempo una carcoma
Que todo á traicion lo mina,
Y con mano igual arruina
La cabaña y el dosel.

Y aunque en paz con su conciencia
Muere Don Gil, buen cristiano,
Aun hay un recuerdo humano
Que le angustia el corazón :
Hay una idea rebelde
Con fuerza á su mente asida
Que lucha, no con su vida,
Mas sí con su religion.

Un hijo ¡ay Dios! que tenía,
Por quien se afaná viviendo,
Y por quien llora muriendo
Y que lejos de él está :
Y al Dios en quien cree suplica
Que por piedad le conceda
Un punto en que verle pueda
Por la vez postrera ya.

El pobre padre impelido
Por su amor y sus virtudes,

Las negras ingratitudes
Olvida de su Don Juan,
Y darle el último abrazo,
Darle el último consejo
Es no mas del pobre viejo
El acongojado afan.

« Padre, al confesor decia,
Padre, me acusa una idea.
— ¿Cuál es?

— Que mi hijo me crea
Con él airado al morir.
Nunca otro fin me propuse
Que su bien y su fortuna,
¡Mas no hay esperanza alguna
En que poder consentir!

En busca de los deleites,
Mozo á los deleites dado,
Él se partió de mi lado
Y acaso teme volver.
Acaso teme el enojo
De su padre que le adora.
¡Ay Dios! en la última hora
¿Qué puede de mí temer?

Solo quisiera, os lo juro,
En este trance tremendo
Poder echarle muriendo
Mi paternal bendicion.
No hay locura que no olvide,
Dolor que no le perdone,
Ni recuerdo de él que encone
La ira en mi corazón. »

—
Asi decia el buen viejo,
De su Don Juan acordándose,
Cuando Don Juan arrojándose
En sus brazos exclamó :
« Ya estoy aquí, padre mio,
« Ya estoy ante vos de hinojos,
« Tornadme, padre, los ojos
« O muero de angustia yo. »

Y ambos á dos tiernamente
Padre é hijo se abrazaban,
Y ambos á dos sollozaban...
¡Cosa triste de mirar!
Lloraba el padre de gozo,
Lloraba el hijo de duelo,
El dolor con el consuelo
Los dos gustando á la par.

Perdon le pedia el hijo
Y le estrechaba asintiendo
El viejo, que al fin cayendo
Sin fuerzas le dijo asi :
« Hijo, levanta y escucha
Mis postrimeros acentos,

Que tengo pocos momentos
Para disponer de mí. »

Sentóse á su lado el hijo
Y á solas los dos quedando
Así el padre siguió hablando
A su fin próximo ya :
« Juan, voy á darte mi última
Prueba de amor y quisiera
Que esta voluntad me fuera
Bien cumplida.

— Lo será.

— Tuyo es cuanto yo poseo,
Sin mas condicion que una,
Y Dios, Juan, te dé fortuna
Para gozarlo sin mí.
¿ Me juras obedecerme?
Responde, Juan, porque siento
Que se me arranca el aliento.
¿ La cumplirás?

— Padre, sí.

¡ Por cielo y tierra os lo juro !
— Pues bien, junto á Torquemada,
En tu herencia vinculada
Una casita hallarás
Cercada de un huertecillo ;
Allí, Juan, mi cuerpo entierra,
Y esta casa y esta tierra,
Juan, no la vendas jamás.

Si algun día (y nunca llegue)
Tus dispendiosas locuras,
O imprevistas desventuras
Te roban cuanto te doy,
Ven á mi tumba escondida,
Que en mi sepulcro al postrarte
Mi sombra saldrá á ayudarte...
Y á Dios, Juan, que á morir voy !

— ¡ Padre !

— ¡ Adios, Juan, hijo mio !
Siento que estoy espirando,
Adios... y haz lo que te mando,
Porque Dios te ayudará. »
Y esto dicho inclinó el padre
Hacia su hijo la cabeza
Y él la besó con terneza...
Pero no existia ya.

Tornóse desde este punto
Aquel oculto aposento
Solitario monumento
De un justo que en paz murió.
Huyóse el alma á los cielos,
Y el vivo que allí quedaba
Al Dios se la encomendaba
Que ante su sér la llamó.

Y ya próximo al ocaso
El sol del día siguiente
Turba enlutada de gente
Se vió á Palencia volver,
Y tras de todos un hombre
Que en pié en mitad del camino
Quedó el lugar por dó vino
Estudiando al parecer.

Cerró la noche, y la sombra,
Su denso manto tendiendo
Y á su mirada impidiendo
La distancia penetrar,
Apartar le hizo la vista
De lo que estaba mirando,
Y las espaldas tornando
Viósele en Palencia entrar.

Mas todos, desde aquel día
Al campo este hombre salia
Y del campo se volvía
Poco antes de oscurecer,
Y ante las puertas llegando,
Los ojos atrás tornando,
Quedábase atrás mirando
Mientras alcanzaba á ver.

II.

Todo en la tierra pasa,
Todo muere, se estingue ó se deshace :
El duelo y el placer tienen su tasa
Del hombre breve en la existencia escasa,
Flor que se agosta con el sol que nace.

Queda el dolor un día
Dentro del corazón mas amoroso
En lenta y profundísima agonía,
Pero calma el dolor mas riguroso
Y el que mas implacable parecia.

Que así va nuestra vida
Caminando entre gustos y dolores,
Como fuente silvestre que escondida
Por el sombrío bosque va perdida
Zarzas bañando y campesinas flores.

Así Don Juan, con la memoria triste
Del cariñoso padre acongojado,
Vivió con su memoria
En soledad un tiempo retirado,
En jornada diaria
Visitando su tumba solitaria.
Mas sintiendo ceder su amargo duelo
Y el alma serenarse cada día,
Volvió á la sociedad, y halló consuelo
En lo que un tiempo su placer tenia ;
Y el consuelo por puntos aumentando
Se iba por puntos en placer tornando.
De su dolor testigos,
Con respetuosas chanzas y caricias
A cercarle volvieron sus amigos,

Y se iba á su presencia despertando
 Su corazon, sediento de delicias.
 Volvió á reir Don Juan, volvió á sus ojos
 La viva luz del gozo y la esperanza,
 Volvió la soledad á darle enojos
 Y su opulencia le tornó á la holganza.
 Sus administradores
 Cuentas á darle con afan vinieron
 De la herencia feraz de sus mayores
 Y á sus ojos pusieron
 Sus pingües rentas, por Don Gil dobladas,
 Con mil cuidados y con mil sudores.
 Tendió Don Juan los ojos satisfechos
 Por el risueño porvenir, y el mundo
 Halló tal vez con límites estrechos
 A su deseo libre y vagabundo.
 « ¿De qué me sirve, dijo, esta opulencia,
 Estos montones escondidos de oro
 Si en la oscura y pobrísima Palencia
 No me sirve de nada mi tesoro?
 ¿He de gastar en mantas mis doblones
 O he de hacer de continuo á mis queridas
 Regalos de peludos bayetones?
 ¿Quejarán vive Dios agradecidas!
 Murió mi padre, ¡duéleme á fé mía!
 Pero no es menos cierto
 Que yo tambien me moriré algun día;
 Y si la vida á divertir no acierto,
 Comprando mi placer con mi riqueza,
 ¿No se aprovechará de mi torpeza
 Otro mas listo cuando me haya muerto?
 ¡Adelante, Don Juan, viven los cielos!
 Menos dicen que son con pan los duelos.
 No pasemos la vida
 En llorar como imbéciles mugeres :
 La riqueza gocemos adquirida
 Y hagamos amistad con los placeres. »
 Y aquí Don Juan, soltando de repente
 Ruidosa carcajada
 Que sin duda escitada
 Fué por recuerdo que acudió á su mente,
 Signió diciendo : « Y en verdad que ahora
 Pillaré descuidada
 A mi antigua Sirena encantadora.
 Vaya, vaya, Don Juan, duelos aparte
 Y vamos á Madrid, donde á esperarte
 Saldrá sin duda alguna
 Con los brazos abiertos la fortuna.
 ¡Madrid, sitio á propósito
 Para amorosos y reñidos lances,
 De petardos y cábalas depósito,
 Y tela de aventuras y percances!
 Vámonos á Madrid; es un capricho,
 Mas mi padre perdone
 Que á Palencia heredándole abandone,
 Que Madrid es mi patria, y está dicho.
 Damian, en este punto
 Los caballos ensilla,

Y el claro sol al despuntar mañana
 Que fuera nos encuentre de Castilla. »

¿Qué distancia en Don Juan menester era
 Para obrar y pensar de una manera?
 Todo era en él lo mismo. En un momento
 Arreoló sus negocios
 Conforme al concebido pensamiento,
 Y á las diez poco mas de una mañana
 Salió sobre una yegua jerezana
 Mas ligera que el viento,
 Y tres dias despues desde la altura
 Del cano Guadarrama
 De Madrid contemplaba la llanura,
 Donde sus nieves pródigo derrama.

III.

AVENTURAS DE NOCHE Y DIA.

En aquel mismo aposento
 De la casa de Sirena
 En que trabó Don Gonzalo
 Con Don Juan una pendencia,
 Tienen ahora trabada
 Plática amorosa y tierna
 La ambiciosa bailarina
 Y Don Lope de Aguilera.
 Ya sabes, lector discreto,
 De muy atrás quien es ella;
 Voy pues á darte noticias
 Del galan que hoy la corteja.
 Es Don Lope un mozo ilustre
 A quien de la edad mas tierna
 Sus padres en Salamanca
 Dedicaron á las letras.
 Aplicóse él de tal modo
 O lo hizo de tal manera,
 Que se plantó la golilla
 De años veinte y dos apenas.
 La curia escandalizóse
 De tan imberbe colega,
 Teniendo á menos el lado
 Con justísima vergüenza.
 Murmuraron los doctores,
 Y alborotóse la audiencia;
 Mas él les tapó la boca
 Con su suerte y sus riquezas.
 Presentóse el noble mozo
 Con impávida insolencia
 Al tribunal, despachando
 Sus negocios con franqueza,
 Y sus buelillos de encaje,
 Y sus hebillas con perlas,
 Y sus pages ataviados
 Con magnificas libreas,
 Apagaron los murmullos
 É hicieron al fin domésticas
 Las voluntades agrestes

De la turba descontenta.
 Tornóse el ceño en sonrisa,
 En cortesía la befa,
 En rendimiento el desden
 Y la repulsa en ofertas.
 Y en fin, el poder que el mozo
 Tener en la corte muestra
 Cambió en baja adulacion
 La ojeriza golillesca;
 Mas él despues de humillarlos
 Dióles no mas por respuesta
 De alcalde de casa y corte
 La que recibió real cédula.
 Pues *rico* en merecimientos,
 Con tamañas esclencias
 Obtuvo ó compró una toga
 Y grande fama con ella.
 Dióse con brio á las leyes,
 Y aunque legislaba á tientas,
 Dió brujas al santo oficio
 Y vagos á las galeras.
 Dióle ademas la manía
 Para adquirir pronta y buena
 Fama en la corte, de hacer
 En las mozas una leva.
 Echó pues infatigable
 Tras damas de vida incierta
 Que tienen por mayorazgos
 Lo que de vivos heredan :
 Para lo cual de alguaciles
 Tenia en campaña puesta
 Multiplicada falange
 En tales ojeos diestra.

Mas aunque asaz blasonaba
 De rectitud justiciera,
 Y andaba en continuo acecho
 Con astuta diligencia,
 Del vulgo siempre maligno
 Murmuraban malas lenguas
 Que dejaba las bonitas
 Y desterraba las feas.
 Mas esto alababan otros,
 Esponiendo en su defensa
 Que así atendía celoso
 De la corte á la belleza.
 Y andaba en esto muy justo,
 Pues la hermosura completa
 Cuanto hay necesario y útil
 En esta vida terrena.
 ¡Pero lo que son las cosas
 De mezquindad y de tierra !
 La que mas firme parece
 Por fragilidad se quiebra.
 Este Don Lope, que espanto
 De las cortesanas era,
 Su oro gustaba en secreto
 Pródigamente con ellas.
 Y á pesar de su faz torva,

De su voz ronca y severa,
 Y de su amor á las leyes
 Y timorata conciencia,
 Se le bailaban los ojos
 Al dar con una mozueta
 Morenilla y vivaracha,
 Desenfadada y resuelta :
 Y como hiciese su encuentro
 Por alguna callejuela
 Escusada y solitaria,
 Fingiendo tomar las señas
 De cualquier casa, tendia
 Por el embozo tras ella
 Los encandilados ojos,
 Y ¡ qué cintura ! ¡ qué pierna !
 ¡ Qué rizo tan bien tirado
 Alrededor de la oreja...
 Qué de perfecciones lindas
 En la vision pasajera !
 Mas no eran todas las gracias
 Del jóven golilla estas :
 Habia otra que era en él
 Costumbre y pasion violenta.
 Un vicio que conservaba
 Allá de su edad primera,
 Debilidad ya de antiguo
 A la noble gente aneja.
 Que era el amor desmedido
 A las damas de comedia,
 Y en su falta á las graciosas,
 Ademas de las bolerías.
 Porque siempre apetecemos
 Lo que mas lejos se muestra,
 Lo que menos encontramos
 Que á nosotros se asemeja,
 Lo de que entendemos menos
 Costumbre ó naturaleza.
 Por lo que vemos continuo
 Conjunciones tan diversas,
 Y voluntades tan locas
 Por las cosas mas opuestas,
 Como enanos por caballos,
 Y robustos por recetas,
 Y jorobadas por bailes,
 Y los pobres por apuestas;
 Y duques por bailarinas,
 Y por payasos duquesas.
 Que hay quien gusta de unas caras
 Barnizadas como puertas,
 Y á merced del albayalde
 Hechas blancas de morenas,
 Y de unos ojos que brillan
 Bajo dos postizas cejas,
 Y de unos ahuecadores
 Convertidos en caderas,
 Y de unos rizos espesos
 Añadidos con destreza,
 Y de un punto de que el sastre

orma pechos, brazos, piernas,
 / cinturas á su gusto
 Y al de la flaca ó la gruesa,
 Y da académicas formas
 A gente de alambres hecha.
 ¡Qué diablos! cada cual halla
 Donde quiere la belleza,
 Y todo es farsa en el mundo
 Como dice la comedia.

Y si á Don Lope esto agrada
 ¿A quién su gusto interesa?
 Al cabo con ellas anda
 Trastornada la cabeza.
 ¡Qué pié tiene la Felisa!
 ¡Qué mirada la Lucrecia!
 ¡Qué movimientos Aurora!
 ¡Y qué voz la Berenguela!
 Pero sobre todas Diana,
 Y sobre Diana Sirena.
 ¡Qué gracia en la pantomima!
 ¡Qué rapidez en las vueltas!
 ¡Y qué garganta! ¡y qué todo!...
 Desde el momento de verla
 Con la vara y la golilla
 El buen Don Lope dió en tierra :
 ¡Y qué diablos hay que hacer!
 Somos hijos de flaqueza,
 Las tentaciones son graves,
 Y son cortas nuestras fuerzas.
 Cerró Don Lope los ojos,
 Y tomadas sus secretas
 Medidas, abrió sus arcas
 A la danzante hechicera.
 Cruzáronse para el caso
 Dos virtuosísimas dueñas
 Corredoras de placeres,
 Y lebreles de monedas :
 Y en fin por pasos contados,
 Y por doblones sin cuenta,
 Llegó el juez hasta las plantas
 De la bailarina bella.
 Tanto mas, cuanto que á ser
 La cosa de otra manera
 Hubiera bailado un solo
 Con música de la empresa.
 Pues los golillas de entonces
 En un dos por tres pudieran
 Hacer de un corchete un santo,
 Y un testigo de una piedra.
 En tal estado se hallaban
 Los asuntos de Sirena
 Con Don Lope, el visitándola
 Y recibíendole ella,
 Cuando una noche, á deshora
 Y estando de sobrecena
 Cruzándose las sonrisas
 Por detrás de las botellas
 En el mas dulce coloquio,

Del aposento la puerta
 Se abrió repentinamente
 Y entróse Don Juan por ella.
 Y diciendo *buenas noches*,
 Señores, y echando á tierra
 Capa y chambergo, sentóse
 Sin ceremonia á la mesa.
 Quedaron los tres mirándose,
 Descolorida Sirena,
 Don Juan con franco descaro
 Y receloso Aguilera.
 Así estuvieron un punto
 Y sin comprender apenas
 Don Lope y la bailarina
 Del de Alarcon la presencia,
 Hasta que una carcajada
 De este, á todo trapo suelta,
 Cambió del todo por último
 La situacion de la escena.
 Cesó de reir Don Juan
 Y dijo de esta manera :
 Cada cual dando á su tiempo
 A sus palabras respuesta.

D. Juan. Sepamos con quien se habla,
 Señor hidalgo. En Palencia
 Soy yo Don Juan de Alarcon.
 ¿Quién sois vos en esta tierra?

D. Lope. Ya hidalgo me habeis llamado.

D. Juan. No tengo aun mas que sospechas
 De que sois tal por el traje
 Y vuestra barba de á terciá.
 Mas no es esa la pregunta :
 Alrededor de esta mesa,
 ¿Qué nombre usa su merced,
 Sea en otra parte quien sea?
 Mas veo que os recatais
 Y os haré la delantera,
 Que es bien que antes os entere
 De lo que acontece. Sepa
 Pues, señor mio, que asuntos
 De mi familia y hacienda
 Me obligaron de esta casa
 A hacer una corta ausencia.
 Ahora bien, sin mas rodeos,
 Pues veis que he dado la vuelta,
 El caso es que aquí sobra uno.
 ¿Quién pues se va, y quien se queda?
 Si es que comprais declaremos
 Nuestra posesion en venta ;
 Si lo debeis á la suerte,
 La suerte entre ambos resuelva,
 Y ó al que le toque la pierda,
 O quien dé mas se la lleva.
 O de quererla los dos
 Espada en mano, y afuera.
 Elegid.

El juez que en tant

Todas sus razones pesa
Y en todo evento prefiere
No dar razon de quien sea,
Dijo : « Convengo en tirarlo
Al azar.

— En hora buena. »
Y echando Don Juan al punto
La mano á las faldriqueras
Dijo al sacarla : « Veamos,
Yo déjo el puésto si acierta,
¿ Hay pares ó nones ?

— Pares.
— Contad pues esas monedas, »
Y echó Don Juan en un plato
Nueve onzas en nueve piezas.
« Perdí, » dijo el juez, y el otro
Que adivina lo que piensa,
Dijole : « Meted espadas
Si los oros no os contentan.
— A poder en este instante
¡ Juro á Dios que las metiera!
— ¿ Qué inconveniente teneis ?
Declaradlo con franqueza,
Que aunque siempre estoy á punto
De empezar una quimera,
Cuando me señalan plazo
Ninguno me mete priesa. »

Mirole el juez de soslayo,
Y por bajo de las cejas
Chispeándole los ojos,
Tomó á espacio la escalera.
Oyéronse sus pisadas
Irse alejando por ella,
Y oyósele alzar la aldaba
Y el golpe que dio en la puerta.

Sirena. ¡ Señor Don Juan, qué habeis hecho!
Todo lo habemos perdido.

D. Juan. ¿ Pues quién es ? ¿ es tu marido ?

Sirena. No.

D. Juan. Pues justo es mi derecho.

Ya vistes que le propuse
Para adquirirse tu amor,
Azar, dinero y valor :
No hay pues de que se me acuse.

Sirena. ¡ Ay, Don Juan, que lleva ese
hombre
La intencion mas depravada!

D. Juan. ¿ Acaso estoy sin espada ?

Sirena. Cuando yo os diga su nombre
Temblareis.

D. Juan. ¿ Su nombre acaso
Es un volcan ó una mina,
Que está ardiendo á la sordina
Y esperando nuestro paso ?

Sirena. Ese hombre á quien provocais
Es el alcalde Aguilera.

D. Juan. No me parece una fiera.

Sirena. ¡ Ay de vos si con él dais !

D. Juan. ¡ Y ay dél si conmigo da !

Mas niñerías aparte,
Puesto que vuelvo á encontrarte,
Di, niña, ¿ cómo te va ?
— Bien, ¿ y á vos ?

— Famosamente.

— ¿ Y Margarita ?
— No sé
¡ Vive Cristo ! ni quién fué
La tal muger.

— Bravamente.

¿ Y Don Gonzalo ?
— ¡ Buen lance
El suyo ! ¡ y qué bien riñó !
Mas para otro mundo echó,
Y ya el diablo que le alcance.
— ¿ Le matásteis ?

— ¿ Y qué hacer ?

Se empeñó en hallar venganza
A causa sin esperanza,
¡ Qué habia de suceder !
— ¡ Pobre muchacho !

— ¡ Eh ! dejemos

En paz á quien ya no existe,
Y que no llegue lo triste,
Sirena, á tales extremos.
¿ Qué te importa Don Gonzalo ?
Mientras yo contigo esté
Páreceme por mi fé
Que no va el mundo tan malo.

Bebe, y levanta esos ojos
A la luz de la bujía,
Volvamos á nuestra orgia,
Y... echemos estos cerrojos
Por si acaso.

— Y esto hablando

Don Juan, cerró bien las puertas,
Llenó su vaso, y... no pudo
Mas alcanzarse de afuera.
Porque sin duda cansado
Del viaje, abrevió la cena,
Y en brazos cayó del sueño
Tras de poca resistencia.

—
Apenas las nueve daban
De la mañana siguiente,
Y Don Juan con la *Sirena*
En pláticas bien alegres
Concluido el desayuno
Estaban entreteniéndose,
Cuando interrumpió su gozo
Inesperado accidente.
Pálida y despavorida
Llegó la doncella Irene
Diciendo : « ¡ Señor, salvaos !
— ¿ Qué dices, loca ?

— Que vienen

A prenderos.

— ¿A mí?

— A vos.

Y os acusan de una muerte
Hecha en esta misma calle.

— Sirena, ¿qué enredo es este?

— ¡Ay! ¡huid, Don Juan, huid!

Y no extrañéis que os recuerde
La muerte de Don Gonzalo.

— ¡Vive Dios!

— Ved que quien quiere

Prenderos es Aguilera.

— ¡Él! ¡por vida mía! ¡que entre!

— Ved que son muchos.

— No importa.

— Por Dios, Don Juan.

— ¡Bah! tenerse

Siempre á mi espalda y dejarlos. »

Y asiendo bizarramente

Su larga espada Don Juan,

A abrirlas la puerta fuése.

Presentóse en ella al punto

Don Lope con sus lebreles,

Y grande acompañamiento

De curiosos y de gentes,

Y en sus miradas de triunfo

Bien claro Don Juan advierte

El poder que la venganza

Dentro de su pecho ejerce.

Pero no es hombre Don Juan

Que á nadie en orgullo cede,

Y así con desden altivo

Aguarda á que el juez empiece;

El cual con sonrisa doble,

Que harto á burla se parece,

De esta manera le dice,

Y Don Juan á él de esta suerte:

« — ¿Quién es Don Juan de Alarcon?

— Yo soy, buen hombre, ¿qué quiere?

— Que se dé al rey.

— ¿Con qué causa?

— Hoy su Magestad pretende

Que en un sillón duradero

En su presencia se siente.

— Pues dadle al rey muchas gracias,

Que yo no quiero de reyes

Mas que los bustos que corren

En sus monedas.

— No intente,

Señor galán, resistirse,

Que en sangre teñidas tiene

Las manos, y de un tal Bustos

He sido yo algo pariente.

— ¡Hola! ¿Sabeis esa historia,

Y esa sangre os pertenece?

Pues no intentéis, señor golilla,

Que con la vuestra se mezcle,

Porque quien vertió la una

A verter otra se atreve.

— ¡Ea, mancebo, ya basta!

¡Espada y persona entregue,

O vive Dios!...

— Nora buena,

Por ella quien guste llegue,

Que por el puño la tengo.

— Pues á él, ministros, prendedle.

— Pues, señor juez, adelante,

Y salga lo que saliere. »

Así diciendo Don Juan

Con la cuadrilla arremete,

Sentando en ella sin tino

Estocadas y reveses.

En vano se le antepone

Densa nube de corchetes,

De escribanos y testigos,

Él tira siempre de frente,

Y en dos minutos despeja

De bultos el gabinete,

Y huye espantada la turba,

Al rey invocando siempre.

Desmayóse la Sirena,

Rompió en clamores la Irene,

Y en un momento en la calle

Se arremolinó la gente.

Rejas y balcones se abren

Al ruido, y todos haciéndose

Pregunta sobre pregunta,

Mas todos sin entenderse.

Quien huye despavorido

Sin saber de lo que teme,

Quien oye estúpido y mira,

Quien bravea sin moverse

Desde la calle entre tanto,

Que nada ve ni comprende.

Ayes y votos se escuchan,

Estoques por alto vense,

Y bocas abiertas dando

Ordenes que nadie atiende.

Miran todos á la casa

Por fuera de las paredes,

Como si á través pudieran

Ver lo que dentro sucede,

Y el dintel los alguaciles

A pasar sin atreverse

Se desgañitan de miedo,

Y al auditorio ensordecen.

Al fin por sobre el gentío

Viéronse llegar ginetes

Atropellando la turba

Y armados hasta los dientes.

Doblaron los alguaciles

Sus roncas voces al verles,

Y oyéronse maldiciones

De la magullada plebe.

Y en tanto en una antesala

Don Juan esgrime y revuelve
 Contra tres que cara le hacen
 Con el juez que se defiende;
 Pues insultado Aguilera
 Por él, y mofado al verse,
 Tiró el baston y echó mano
 Al estoque bravamente.
 Mas es muy diestro Don Juan
 Y en tal posicion se tiene,
 Que espada y daga empuñando
 De tal modo les ofende,
 Que no desperdicia un golpe
 Ni un pié de torreno pierde
 Da, cia, pára, se cubre,
 Amaga, recibe, vuelve,
 Al uno tira de punta,
 Al otro á revés le hiere,
 Y al fin con un doble amago
 Al de Aguilera sorprende,
 Y en la tetilla derecha
 Honda estocada le mete.
 Cayó Don Lope y los otros
 Que por él lidian, al verle
 Doblaron contra Don Juan
 Con rabia, aunque inútil siempre.
 Pues él que ve su venganza
 Cumplida, y abajo siente
 Caballos, tal les acosa,
 Que al uno le desguarnece,
 Derriba al de la derecha,
 Y sobre el tercero llueve
 Tal tropel de cintarazos,
 Y con voz tan insolente
 Les insulta y les confunde,
 Que aturcidos los pobretes
 Huyeron al fin mohinos
 Y zurrados malamente.
 Entonces Don Juan, que nunca
 Su peligro desatiende
 Ni pierde el tino en su ira,
 Con mano asaz diligente
 Cerró las puertas, y astuto
 Buscó balcon que cayese
 A otra calle, y por las rejas
 Descolgóse osadamente.
 Gritó un hombre que pasaba,
 Pero no pudo dos veces,
 Porque Don Juan levantándose
 Tendióle de un golpe inerme.
 Miró, y eligió camino,
 Se embozó bien, y metiéndose
 Por una calle escusada,
 Para su posada fuése.
 Tomó el caballo en que vino,
 Salió de Toledo al puente
 Y echó á escape, encomendándose
 A su brío y á su suerte.
 Echó la justicia mano

De Sirena y de la gente
 Que halló en su casa; crecieron
 Los procesos como peste,
 Y concluyóse la causa
 Al concluir nueve meses,
 Y en ella los que quedaron
 Pagaron por los ausentes.
 Del juez y de Don Gonzalo
 Las averiguadas muertes
 En una sola sentencia
 Se vengaron de esta suerte:
 Condenóse allí á Don Juan
 A morir, si se le hubiere:
 Mas nadie pensó en buscarle,
 Como continuo acontece.
 A Sirena por diez años
 A reclusion, y por siete
 A la criada, mandando
 Que al de Aguilera lo entierren.

Con que *se salva quien corre,*
 Y *acierta quien se defiende,*
 Y está visto, *la fortuna*
Solo ayuda á los valientes.

Hundia el sol su disco refulgente
 Tras la llanura azul del mar tranquilo,
 Dando sitio á la noche, que imprudente
 Presta con sus tinieblas igualmente
 Al crimen manto y al dolor asilo.

Y allá en ocaso al espirar el dia
 Con su postrera luz reverberaba,
 Y del inquieto mar se despedia,
 Y de la tierra que á lo lejos via
 Que de las sombras en poder quedaba.

Alcanzábase á Cádiz la opulenta
 Blanqueando débilmente entre la bruma,
 Sentada á flor del agua turbulenta,
 Como queda despues de la tormenta
 Témpano errante de perdida espuma.

Y aun se podian distinguir apenas
 Los altos y movibles masteleros
 Por cima y en redor de sus almenas,
 Y en alas de las ráfagas serenas
 La voz de los cansados marineros.

Mas no bien al crepúsculo indeciso
 Tragó la luz de la amarilla luna,
 Cuando en cóncavo són tronó improviso
 Cañonazo de leva, ronco aviso
 De nave que invocaba á la fortuna.

Lanzóse una á la mar, y á toda vela
 Abandonando el puerto prontamente,
 A par del viento favorable vuela,
 Y á la luz clara que en la mar riela
 Se la mira vogar tranquilamente.

A Italia va. Dichosos los que aguardan
A su playa feliz llegar en ella,
Y el tiempo cuentan que en mirarse tardan
Bajo el benigno sol de Italia bella.

A Italia va : pais de los placeres,
Encantado vergel rico de flores,
Vivienda de hermosísimas mugeres,
Patria feraz del genio y los amores.

A Italia va Don Juan, ¿á dónde iria
El osado y amante pendenciero,
A prolongar su interminable orgía
Y á gastar su existencia y su dinero?

A Italia sí, porque en Italia mora
El amor, la molicie y la pereza;
A Italia, sí, donde el placer se adora
Altars levantando á la belleza.

A Italia va Don Juan. ¡Cuánta esperanza,
Cuánta ilusion de amor y de ventura,
Lleva en su corazon, que nunca alcanza
Fin á la dicha ni al placer hartura!

Atrás queda y burlada la justicia,
Atrás los muertos que dejó lidiando,
Mas la suerte con él marcha propicia
Cabo feliz á cuanto emprende dando.

SIRENA, MARGARITA... ¿quiénes fueron?
Ya sus nombres le son desconocidos :
Su amor y sus encantos se perdieron
Un momento despues de conseguidos.

A Italia va Don Juan. La España toda
Llena tras él de su memoria queda,
Solo volver á España le acomoda
Cuando amar, ni reñir, ni gozar pueda.

« Mientras es jóven, dice, mientras lleve
« Deseo el corazon y oro el bolsillo,
« Lanzarse el hombre á los deleites debe
« Del sol de su fortuna al falso brillo.

« El placer es mi Dios; mi alma desea
« Para solo gozar larga la vida;
« Cuando sin oró y sin placer la vea,
« Como una inútil prenda envejecida
« Con estóica calma indiferente
« Despojaréme de ella, convencido
« De que al que un aura de placer no aliente
« Le debe de bastar lo que ha vivido. »

Tal es Don Juan y tal el pensamiento
Que á la risueña Italia le conduce;
Reñir, anar, beber, hé aqui su intento;
Gozar solo es vivir, de ello deduce.

A Italia va Don Juan; ¿y á donde iria
En verdad el amante pendenciero
A prolongar su interminable orgía
Y á gastar su existencia y su dinero?

IV.

Fuése á Italia Don Juan, lector querido,
Y aquí cierra su historia su cronista,
Que seguirle hasta Italia no ha podido;
Lo cual, bien sabe Dios, que me contrista.

Porque no es conclusion para una historia
Acabar en un viaje

La vida y la memoria
De su mas importante personaje.
Decir que llegó á Italia, como dice,
Sin añadir mas dél, es un esceso
De historiador sin seso;

Porque si al menos naufragar le hiciera,
Bien la historia en naufragio concluyera.
Pero solo nos dijo

A Italia fué, de donde yo colijo
Que fué este historiador un calavera.
Yo que ¡oh lector! tus intereses miro,
Y á darte gusto aspiro,

Tras el fin de Don Juan un año anduve
Crónicas y memorias registrando,
Manuscritos y sabios consultando,
Mas nada de Don Juan á manos hué.
Hasta que al fin pasando por fortuna,
Y há poco por Palencia,
Topé con la ocasion mas oportuna.

Un clérigo muy viejo,
En cuya casa por mi buen consejo
Me hospedé aquella noche,
Me contó como cosa verdadera,
Y por los ojos de su abuelo vista,
Una historia, que á fé que si no era
De Don Juan de Alarcon, servir pudiera
Para acabar la que empezó el cronista.

A contártela voy, lector benévolo,
Con lo que el cuento de Don Juan concluyo,
Y aunque de su verdad no desconfío,
A Dios plazca, ¡oh lector! que como al mio
Concluya mi Don Juan á gusto tuyo.

Seis años habia durado
Del bravo Don Juan la ausencia,
Y su memoria en Palencia
Con ellos se habia borrado.

Mientras él fuera de España
Vivió, habianse vendido
Sus bienes que habian venido
A manos de gente estraña.

Y en fin, el mozo espatriado
U oculto, no haciendo,
Fué poco á poco perdiendo
La hacienda que habia heredado.

Siendo ella de las mejores
Que en toda la tierra habia,
Está claro que tendria
Infinitos compradores.

Pues sin deudos ni parientes
Don Gil y Don Juan, ninguno
Puso impedimento alguno
A sus nuevos descendientes.

Tomó y pagó cada cual
La parte que le convino,
Sin curarse del destino
De lo demas del caudal.

Y un hombre que se nombraba
De Don Juan apoderado,
Daba un recibo firmado
Con la escritura y cobraba.

Nadie se volvió á meter
En mas averiguaciones
Ni en ver si los Alarcones
Podrian ó no volver.

De ellos quedó en conclusion
La casa donde vivieron,
A la que siempre entendieron
Por la *casa de Alarcon*.

Cuatro paredones, esto
Es lo que guarda Palencia
De su pasada opulencia
Por triste y último resto.

Y á vuelta de algunos años
Y de otra generacion,
Todos serán de Alarcon
A las memorias estraños.

Tal es la vida, lector:
Quien mete en ella mas ruido,
Cae mas pronto en el olvido,
Y con vergüenza mayor.

—

En una tarde nublada
Del turbio enero venia,
Por una dehesa que guia
De Palencia á Torquemada,

Un hombre mal ataviado,
Cuyo traje y porte fiero
Le daban por extranjero,
Aunque no por muy honrado.

Traia el ceño fruncido,
A través del cual brillaban
Dos ojos que á par miraban
Con insolencia y descuido.

Una daga milanesa
Por la cintura cruzada,
Y una larguísima espada
En dos garabatos presa.

Todo el resto de su traje
Igualmente convenia
A hombre que mas no tenia,
O á un hombre que va de viajero.

Al ver su cuerpo fornido,
Su capa al hombro, y su fiera

Presencia, bien se pudiera
Tomarle por un bandido.

Sin embargo, en su persona
Hay cierto aire de grandeza
Que inspira cierta franqueza
Y á su misterio aficiona.

En un camino el hallarle
Pavor infunde sin duda:
Pero si pasa y saluda
Vuélvese uno á contemplarle;

Y siéntese que se aleje
Al ver tanta gallardía,
A par que causa alegría
Que franco el paso nos deje.

Y en fin, el viajero es tal,
Que á todos cuantos le ven
De lejos parece bien,
Pero muy de cerca mal.

É él en tanto, sin curar
De quién pasa por su lado,
Iba con pié acelerado
Atravesando el pinar.

Cruzó un viñedo, en seguida
Tomó una senda que á un valle
Por las viñas se abre calle
De antiguo césped vestida.

Y aunque por lo embarazado
Que está con yerba y ramaje
No parece aquel paraje
En verdad muy transitado,

El sigue siempre constante,
Como quien sabe el destino
A que conduce el camino
Que se le estiende delante.

Siguió por entre los brezos
Y el enredado zarzal,
Con el pié ó con el puñal
Apartando los tropiezos,

Y llegó al fin de la cuesta
Dó se via en la hononada
Una casilla olvidada
Ya ruïnosa y descompuesta.

Y cubierto de amarillo
Musgo y de yerba silvestre
Rodeaba esta campestre
Casa un corto huertecillo.

Ya en él no habia señales
De manos de jardinero,
Y el plantío y el sendero
Eran sin cultivo iguales.

Solo en su centro se via
Sobre un monumento alzada
De piedra una cruz labrada
Que aun en pié se mantenía.

Paróse ante ella el viajero,
Y ya por respeto fuese,
Ya por temor que sintiese,
Dejóse en tierra el sombrero.

Postróse despues de hinojos
Permaneciendo un instante,
Aunque sereno el semblante
Con lágrimas en los ojos.

Y oró en silencio un momento,
Al cabo del cual alzándose
Con el sepulcro encarándose,
Dijo así con triste acento :

« Padre, al morir me dijísteis :
« *Si algun dia tus locuras*
« *O imprevistas desventuras*
« *Te roban cuanto te doy,*
« *Vendá mi tumba escondida,*
« *Que en mi sepulcro al postrarte*
« *Mi sombra saldrá á ayudarte...*
« Cumplióse así, y aquí estoy.

« Rompe pues, sombra adorada,
« Esa piedra que te esconde,
« Y á mis suspiros responde
« Momentánea aparicion;
« Dime, sí, que desde el cielo
« Dó mi padre habita ahora,
« No me lanza aterradora
« Su terrible maldicion. »

Calló aqui un punto, y besando
La lápida, con tristeza
Inclinando la cabeza,
Dijo alejándose ya :
« ¡ Quimeras!... nunca los muertos
« Salen de la madre tierra
« Que avara en su vientre encierra
« El polvo que sér nos da. »

Entró así hablando el viajero
En la casa abandonada,
Roida y desmantelada
Por el tiempo destructor,
Y no halló cosa en su centro
De que echar mano pudiera
Ni aun para hacer una hoguera
Y procurarse calor.

Los insectos y las aves
La ocupaban solamente,
Y en los aires de repente
Se lanzaron en tropel
Al sentir bajo su techo
Rechinar la antigua puerta,
Que al entrar por ella abierta
Dejaba el hombre tras él.

Todo era dentro abandono :
Desde el suelo á la techumbre
Vió el triste con pesadumbre
Polvo y miseria no mas :

Y, dó quier que los tendia,
Solo encontraban sus ojos
De otro tiempo los despojos
Que no ha de volver jamás.

La lluvia que penetraba
Por los techos derruidos
Tenia ya enmohecidos
Los aposentos dó quier :
Y en los viejos paredones
Las vigas fuera de asiento
Amagaban de un momento
A otro momento caer.

Las puertas al empujarlas
Desvencijadas cedian,
Porque apenas mantenian
Quicio en que apoyarse ya :
Todo en fin amenazando
Pronta y deplorable ruina,
Hacia la tierra se inclina
Y á hundirse en su nada va.

Y todo esto lo contempla
El viajero muy despacio,
Como pudiera un palacio
Magnífico examinar
Un anticuario curioso,
O un avaro que allí viera
Una joya que otro hubiera
Perdido en aquel lugar.

Mas sin duda despechado
De no hallar lo que apetece,
Contra sí mismo parece
Que revuelve su furor,
Y en la sonrisa sardónica
Con que miró cada objeto
Se ve que le da en secreto
Su vista intenso dolor.

Suelta á veces repentina
É histérica carcajada,
Y á veces con voz airada
Espantosa maldicion :
Y otras veces dulce y lánguida
Melancolía le inspira
Y tristemente suspira
Su oprimido corazon.

A veces se cree que llora
Y otras con voz insegura
Preces por bajo murmura
Que son conjuros tal vez,
Y á veces con ira impia
Jura, y maldice, y blasfema,
Provocando un anatema
De Dios, con insensatez.

En fin, parece que víctima
De exasperados pesares,

Ni espera ya en los altares
Ni fia en sí mismo ya :
Y alguno dijera, viendo
Su descompuesta figura.
Que asentada la locura
Dentro su cerebro va.

Al fin, abriendo ventanas
Y puertas desencajando.
Rompiendo y aniquilando
Cuanto encuentra aquí y allí,
Llegó hasta un salon oscuro
Cuyo fondo daba entrada
A otra fábrica apartada
Que no habia visto hasta aquí.

Daba de la casa á un ángulo
En que estriba un aposento
Que parece en su ciménto
Mas seguro gravitar,
Y al que separa del resto
De aquel edificio triste
Una puerta que resiste,
Y el pugna por desquiciar.

Mas no pudiendo, y no hallando
Ni llave ni picaporte,
Tentó hallar algun resorte
Que la moviera tal vez ;
Y al cabo de ir apurando
Sospechas una por una
Asió un clavo por fortuna
Y se abrió con rapidez.

Daba la puerta á una estancia
Con escasa diferencia
Alhajada en opulencia
De las otras á la par,
Aunque algo menos ruínosa,
Y al parecer en secreto
Preparada á algun objeto
Difícil de adivinar.

No habia de aquel oculto
Y aislado aposento en torno
Mas mueble ni mas adorno
Que un antiquísimo arcon,
Cuya llave conservada
En su propia cerradura,
Tal vez al secreto augura
Misteriosa solución.

Abrióla aquel hombre, acaso
Esperando en su fortuna ;
Alzó la tapa importuna,
Ansioso de ver si allí
Algun secreto encontraba
Que influyera en su destino,

Mas solo halló un pergamino
Escrito, y decia así :

COMO CUANDO AQUI TE VUELVAS
TODO LO HABRAS YA PERDIDO,
Y TENDRAS PUESTO EN OLVIDO
Á TU PADRE Y Á TU HONOR,
EN ESA CUERDA Y ESCARPIA
LO QUE MERECEZ TE DEJO,
Y CREE QUE ES EL CONSEJO
QUE PUEDO DARTÉ MEJOR.

Quedóse Don Juan atónito,
Pues no era otro el que leia,
Ni era otro el que escribia
Sino su padre Don Gil :
Y sin apartar los ojos
De aquel fatal pergamino,
Contemplaba su destino
Con arrebato febril.

Y vió que habia en el techo
Una escarpia asegurada,
Y en el arcon enrollada
Miró la cuerda fatal ;
Y desplegándose toda
Su existencia ante sus ojos,
Su insensato le dió enojos
Panorama criminal.

No habia en él mas que juegos,
Pendencias y desafíos,
Disolutos amóros
Y crímenes por dó quier.
Aquí el esposo ultrajado,
Allí la justicia hollada,
Acá la monja engañada,
La seducida muger.

Asesinado el amigo
Allá en la sombra moria
En su sangrienta agonía
Maldiciendo su amistad :
Allá la livida sombra
Del desdichado Aguilera
Salía rabiosa y fiera
De la oscura eternidad.

Y todas sus mil memorias
De riñas y seducciones,
En negras apariciones
Mostrándose por dó quier,
Veníansele acercando
En muchedumbre siniestra
Con el puñal en la diestra
Su impia sangre á verter.

Todas, estrechando el círculo,
En redor suyo apiñadas,

Venian desesperadas
A maldecirle á una voz,
Cada cual con justa cólera
Pidiéndole ansiosa cuenta
De alguna hazaña sangrienta
O de algun crimen atroz.

¡Ay, delira el desdichado!
La sangre hirviendo en sus venas
Le deja intervalo apenas
En que poder respirar:
Y ¡miseró Don Juan!... ¡miseró!
A donde quiera que mira
Ve un espectro que con ira
Viene su alma á demandar.

¿Y su padre? no, no hay duda:
Al ver de Don Gil la letra
El cruel destino penetra
Reservado para él:
Y sintiendo la conciencia
Que le despedaza el pecho,
Dijo de pronto: « Esto es hecho. »
Y asió con ira el cordel.

Hizole un lazo á una punta,
El arca arrastrando trajo
Hasta ponerla debajo
De donde la escarpia está:
Y atando un extremo en ella,
Y en su cuello el otro extremo,
Maldijo Don Juan su estrella
A morir resuelto ya.

Colocóse sobre el arca,
Disminuyó cuanto pudo
El espacio que del nudo
Hasta su cuello quedó:
Y entonces, segundo Judas,
Con habla ya enronquecida,
Así de la alegre vida
Diciendo se despidió.

« Teneis razon, padre mio,
« Ya otra cosa no me resta;
« Para una vida como esta
« Mucho mejor es morir.
« ¡Teneis razon! Gran regalo
« Me dejals, y le merezco;
« Ea, pues, ya os obedezco.
« ¡Abra Dios mi porvenir! »

Tras cuyas impías palabras,
Con los piés la arca empujando,
Quedó el misero colgando
Blasfemando de su Dios:
Mas no bien gravitó el cuerpo
En la escarpia, cuando al punto
Hierro y cordel todo junto
Cayó de su cuerpo en pos.

Desplomóse con estruendo
La carcomida techumbre,
Y empolvada muchedumbre
De escombros bajó detrás.
« ¡Malditos maderos viejos! »
Esclamó Don Juan alzándose,
Mas en su plan afirmandose,
Dijo: « Un árbol valdrá mas. »

Mas mirando al techo al irse
Por azar, cuál fué su asombro
Cuando pegado á un escombros,
Otro pergamino vió,
Que á un lado manifestaba
Un cerrado cofrecito,
Y en él se veía escrito
Esto, que Don Juan leyó:

PUES TUS VICIOS ¡INSENSATO!
HASTA AQUÍ TE HAN CONDUCTIDO,
TEN HORROR DE LO QUE HAS SIDO,
Y MIRA LO QUE A SER VAS:
TOMA Y VIVE, MAS ACUÉRDATE
QUE CUANDO YA NADA TENGAS
SERÁ FORZOSO QUE VENGAS
POR OTRA ESCARPIA QUIZAS.

CONCLUSION.

Tú crearás, lector amigo,
Que Don Juan, esto leyendo,
En cuentas entró consigo,
Y por fin escarmentó:
Tambien yo lo suponía,
Pero, amigo, nada de eso,
Porque aquel clérigo obeso
Que esta historia me contó,

Me juró como hombre honrado
Que habia despues sabido
Que este Don Juan, perseguido
Por la justicia otra vez,
Se escapó con su tesoro,
Y volvió á su antigua vida,
Gastando en Francia su oro
Con bizarra espléndidez.

¿Y sabes lo que me dijo
Aquel venerable anciano
Apretándome la mano
Acabado el cuento ya?
Pues me dijo aquel buen viejo
¡O lector de mis entrañas!
Que á quien tiene malas mañas...
El refran se lo dirá.

LEYENDA CUARTA.

LA PASIONARIA.

CUENTO FANTASTICO.

Un día en que mi muger leía los cuentos antásticos de Hoffmann, y escribía yo á su ado los míos, se entabló entre nosotros el siguiente diálogo.

Mi Muger. ¿Porqué no escribes un cuento fantástico, como los de Hoffmann?

Yo. Porque considero ese género inoportuno en España.

Mi Muger. No alcanzo la razon.

Yo. Yo te la diré. En un país como el nuestro, lleno de luz y de vida, cuyos moradores vivimos en brazos de la mas íntima pereza, sin tomarnos el trabajo de pensar en procurarnos mas dicha que la inapreciable de haber nacido españoles; ¿quién se lanza por esos espacios tras de los fantasmas, apariciones, enanos y gitanas de ese bienaventurado alemán? Nuestro brillante sol daría á los contornos de sus medrosos espíritus tornasolados colores que aclararian el ridículo misterio en que las nieblas de Alemania envuelven tan exageradas fantasías.

Mi Muger (interrumpiéndome). Esa teoría será muy buena, pero en ese caso ¿á qué género pertenece tu leyenda *Margarita la tornera*?

Yo. Al género fantástico, sin duda.

Mi Muger. Luego la teoría y la práctica están en contradiccion.

Yo. Entendámonos. *Margarita la tornera* es una fantasia religiosa, es una tradicion popular, y este género fantástico no lo repugna nuestro país, que ha sido siempre religioso hasta el fanatismo. Las fantasías de Hoffmann sin embargo no serán en España leídas ni apreciadas sino como locuras y sueños de una imaginacion descarriada; tengo esperiencia de ello.

Mi Muger. Acaso tendrás razon: pero yo quisiera que hicieras la prueba.

Yo. Enhorabuena: mas con una condicion. Que sobre tí vaya la responsabilidad del éxito.

Mi Muger. Acepto.

Yo. Tú me darás el argumento de la composicion.

Mi Muger. Y tú le tratarás con imparcialidad.

Yo. Prometo escribirte como Dios mejor me dé á entender.

Mi Muger. Pues escucha.

Hé aquí, amigo lector, la historia de mi *Pasionaria*, que está dedicada á mi muger, de quien es original. Tú la juzgarás. Pero te suplico que no la leas tan sin cuidado que desfigures la belleza del argumento con la torpeza y desaliño de la ejecucion.

JOSÉ ZORRILLA.

INTRODUCCION.

En un fresco valle ameno,
De flores y árboles lleno,
Que á un jardin se parecia,
Un buen hidalgo vivía
De pesadumbres ajeno.

De aquel albergue escondido
La soledad deleitosa
Había un santuario sido
Donde pasó guarecido
Su larga vejez dichosa.

Soldado fué mientras pudo
Con el lanzon y el escudo:
Mas su buen tiempo pasado,
Volvió á su valle ignorado
A ser campesino rudo.

Allí dejó, á su partida
Para la empeñada guerra,
En una esposa querida
Y una hija de ella tenida
Cuanto adoraba en la tierra.

Mas de la guerra al volver
Con sus heridas ufano,
Echó el buen hombre de ver
Que honrado volvía en vano;
Faltábale su muger.

El pobre hidalgo la enviaba
Nuevas suyas cada día
Que una ocasion encontraba,
Pero siempre se perdía
El mensaje, y no llegaba.

Murió pues la triste esposa
Sin noticias de su suerte,
Pues en lid tan azarosa
Dar era difícil cosa
Mas noticia que la muerte.

Lloró su mala ventura
Por largo tiempo el soldado;
Mas todo el tiempo lo apura,
Y el deleite y la amargura
Tienen su fin señalado.

Vivo trasunto de aquella
Perdida ya dulce esposa
Quedábale una doncella,
Como su madre amorosa,
Y mas que su madre bella.

¿Y quién ¡vive Dios! no olvida
Los desastres mas prolijos

Quando la luz de su vida
Llega á ver reproducida
En el amor de sus hijos?
La vejez desencantada
Tal vez no goza con nada :
Pero la mas cruel historia
Se borra de su memoria
Si de hijos se ve cercada.
Así el valiente Robleda
Todo su amor atesora
En la hija que le queda.
¡Ojalá Dios le conceda
Larga vejez con su Aurora!
Aurora, si, se llamaba
Porque en la aurora de un día
Con que un abril empezaba
Nació, y el sol que apuntaba
Con ella á la par nació.

¿Y quién sabe si al preveer
Su hermosura venidera
Quiso el sol su estrella ser,
Y vino la primavera
Su mas bella flor á ver?
Así suceder debió.

Porque en aquella espesura
La bella Aurora creció
Y dióla doble hermosura
Cada aurora que pasó.

Rosa del valle frondoso
Que del cierzo la guarece,
Su cáliz abre oloroso,
Bálsamo esparce precioso
En el desierto en que crece.

Sus primorosos colores
Y su fragancia esquisita
Vergüenza son de las flores
Que aquellos alrededores
Dan entre yerba marchita.

Y orgulloso y satisfecho
De guardar tan linda flor,
Robleda pide á su pecho
Ambito menos estrecho
Para su ambicioso amor.

Toda su triste existencia
De auroras desventuradas
Y de sangrientas jornadas
De aquella Aurora en presencia
Sueño es de cuitas pasadas.

Y así en su albergue escondido
Y en soledad deleitosa,
Contra el pesar guarecido
Pasa su vejez dichosa
El soldado encanecido.

I.

En una de abril fecundo
Deliciosísima tarde,

Y en la orilla de un arroyo
Que cruza el ameno valle,
Bajo la sombra sentada
De unos juncos desiguales,
Una hermosísima niña
Sola y distraída yace.
Del manso arroyo contempla
Los fugitivos cristales
Que en las arenas del fondo
Reflejan su bella imágen :
Y hállase linda sin duda
Segun lo que se complace,
Ya sonriendo con ella,
O ya con ella enojándose.
A veces turbando el agua
La borra por un instante,
Volviendo curiosa luego
A ver como se rehace :
Y asoma sobre sus labios
De purísimos corales
Vaga é infantil sonrisa
De nuevo al verla formarse.
Mírala atenta esperando
A que las aguas se aclaren,
Y á solas con su reflejo
Plática entabla muy grave.
« ¿Porqué me miras, le dice,
Cuando me inclino á mirarte,
Y si me aparto me apartas,
Y si salgo á verte sales?
¿No sabes que es mucho orgullo
Para una sombra tan frágil
Hasta quien la da la vida
Osar subir arrogante?
¿No sabes que con un soplo
Romper y manchar me es fácil
Los ojos con que te atreves
En los míos á mirarte?
¿Quién eres tú, necia sombra,
Para salir á encontrarme
Tras el quebradizo muro
De tu trasparente cárcel?
¿Tú, pobre ilusión sin vida,
Sombra sin cuerpo palpable,
Que solo á la sombra de otro
Puedes vivir arrastrándote?
¿Tú, que á mi solo capricho
Debes no mas cuanto vales,
Puesto que nunca nacieras
Si yo á tí no me acercase?
¿Y todavía me miras?
¿Y te me ries, infame?
¿Y me provocas sirviéndote
De mis mismos ademanes?
Para insolencia tamaña
Ya no hay paciencia que baste;
Toma, descarada, y sea
Cada granito un ultraje. »

Y así la hermosa diciendo,
 Por castigar á su imágen,
 Tiraba al fondo del agua
 Las arenas de la márgen.
 Al ver la espuma que elevan
 Y al ver los innumerables
 Circulillos que producen,
 Y unos en otros quebrándose
 Fugitivos de su centro,
 Y en tumulto interminable,
 Los unos van á perderse
 Adonde los otros nacen,
 Y entre la confusa tela
 De sus líneas vacilantes;
 Al ver en el fondo turbio
 Inquieta siempre su imágen,
 Con inocente sonrisa
 Y con infantil donaire,
 « Eso es, decia, ya vuelves,
 Necia sombra, á tus desmanes;
 Mas veremos por quién queda,
 Tú á salir, y yo á borrarte. »
 Y arena tiraba al agua
 Con caprichoso coraje.
 En tal entretenimiento
 Se la pasaba la tarde,
 Luchando contra su sombra
 Que aparecia constante,
 Cuando un mancebo que estaba
 Tras ella, con voz suave
 Y afectuosísimo tono,
 Díjola : « Aurora, ¿qué haces? »
 Tornóse al punto la niña,
 Y ruborizada alzándose,
 Dijo bajando los ojos :
 « ¿Qué he de hacer mas que esperarte?
 — Tan entretenida estabas
 Con el arroyo...

— Tirábale

Las arenillas que cria
 Por venganza.

— ¿En qué es culpable

Para que así le castigues?

— Detesto sus falsedades,
 Y él me engaña.

— ¿Qué te dice?

— Me copia todo el semblante,
 Y mente sin duda alguna.

— ¿Porqué?

— Porque á ser iguales

Yo y el reflejo que pinta
 Mas en verdad te agradase.

— ¿Pues quién te ha dicho, alma mia,
 Que yo no te le idolatre?

— Mas á menudo vinieras
 Si así fuera á contemplarle.

— ¿Acaso tardé?

— Lo ignoro,

Cuando vienes nunca es tarde.
 Pero cuando pasa un dia,
 Y otro y otro y aguardándote,
 Paso horas y horas sentada
 Mirando por todas partes
 Sin que por ninguna lleguen
 Mis ojos á tropezarte,
 ¡Ay, Felix, qué de recelos
 Me atormentan!

— ¿Pues no sabes

Que tengo yo, Aurora mia,
 Ayo, maestros y padre
 Que me acechan de continuo,
 Y que me es fuerza robarles
 Los minutos para verte
 Sino para idolatrarte?
 Cuando el castillo abandona
 Ya por caza ya por viaje
 Es solo cuando evadirme
 De mi preceptor es fácil;
 Y solo con mil pretestos
 Logro entonces engañarle
 Y no oír sus importunos
 Consejos inagotables.
 Con él del noble ejercicio
 De las armas salgo al parque,
 El caballo se desboca,
 Salta la zanja y al valle.
 Tanto, bien mio, me cuesta
 Verte unos cortos instantes,
 Mas no hay azar que no arrostre
 Por oírte y contemplarte.
 — ¡Ay, Felix! siempre palabras
 Consoladoras me traes,
 Mas no sé qué falta en ellas
 Que nunca me satisfacen.

— ¿Dudas acaso?...

— No en tí,

Que no me atreviera amándote.

— ¿Pues en quién?

— En la fortuna.

Tú tan noble...

— Y es bastante

Garantía la nobleza
 De mi encumbrado linage
 Para cumplir mis palabras.
 Y esto, Aurora mia, baste,
 Que me ofenden esas dudas.
 — ¡Siempre ese altivo language,
 Felix, siempre te me enojas!
 — ¿Yo, Aurora mia, enojarme?
 Contigo, mi bien, mi gloria,
 Jamás.

— Pues tu mano dame,
 Júrame que me amas mucho
 Y hagamos las amistades.

— Las manos no, el corazon.

— No puedo yo tanto darte.

- ¿Pues qué, corazón no tienes?
 — No, que ha venido á robármele
 Un mancebo muy gallardo.
 — ¿De veras?
 — Sí, como un ángel.
 — ¿Y se le llevó?
 — Sin duda.
 — Como yo llegue á encontrarle...
 — ¿Se le pedirás?
 — No á fé.
 — ¿Pues qué has de hacer?
 — Arrancársele. »

Y aquí cayendo la niña
 En los brazos de su amante,
 Sonó un regalado beso
 Que devoró ansioso el aire.
 « Aurora, dijo el mancebo,
 Mira al sol.

- ¿Felix, te partes?
 — ¿Qué he de hacer? Espira el día.
 — Es verdad, Felix. Mi padre
 También estará impaciente.
 ¿Volverás pronto?
 — Cuanto antes.
 — ¿Te acordarás de mí?
 — Siempre.

Mi existencia es solo amarte;
 No tengo en mi corazón
 Mas que un altar con tu imágen.
 — ¿Se borrará?

— Nunca, Aurora :

Pintada está con mi sangre
 Y por el cristal pasada
 Del fuego que en ella arde. »

Y al dulce beso tornaron
 En punto tal separándose
 Y mientras verse pudieron
 No dejaron de mirarse.

Subia aprisa Don Felix
 Y con pasos desiguales
 Por la tortuosa vereda
 Que lleva fuera del valle;
 Y lentamente cruzaba
 Aurora la opuesta parte
 Por la olorosa pradera
 De que es su casa el remate :
 Y á cada paso volviéndose
 Y de lejos saludándose,
 Ambos á dos se juraban
 Como quien eran amarse.
 ¡Pobres niños que insensatos
 Juzgaban interminable
 Lo que era con solo un soplo
 Interrumpirles muy fácil!

II.

Tendía sobre la tierra
 Su oscuro manto la noche,
 De estrellas poblando el cielo
 En magnífico desórden.
 Lanzaba apenas la luna
 Sus tímidos resplandores,
 Como enamorada que abre
 Recelosa sus balcones
 Por ver al galán que espera
 Y que las sombras la esconden,
 Mas cuyo contorno vago
 En la oscuridad conoce.
 Todo en el valle reposa
 Y con murmullos acordes
 Entre las hojas susurran
 Los céfiros juguetones.
 El manso rumor del agua
 Que entre los céspedes corre,
 Mezclado con sus murmullos
 Incesantemente se oye.
 Perfuma el ambiente puro
 De las campesinas flores
 El grato y sencillo aroma,
 Que ávida el aura recoge.
 Brotan del húmedo césped
 Imperceptibles vapores,
 Que de las ráfagas vuelan
 Sobre las alas veloces :
 Y la frescura se aspira,
 Y los sentidos absorve
 Vaga languidez dulcísima,
 Que hace su deleite doble.
 El pensamiento perdido
 El ancho espacio recorre
 En pos de mil imposibles
 Encantadas ilusiones.
 Los ojos alucinados
 Con mil falsos resplandores,
 Realidades imaginan
 Sus increadas ficciones :
 Y en el azul trasparente
 Cuya estension desconocen,
 Sus errantes fantasias
 En su desvarío ponen.
 Y un vapor que le atraviesa,
 Un insectillo que indócil
 Le cruza inquieto sonando
 Sus alillas uniformes,
 Un hoja que va en el aire,
 Sin hallar en qué se apoye
 Y desprendida de un tronco
 Acaso de sábia pobre,
 Por una vision la toman,
 Que pasa ante ellos informe,
 Suspiro tal vez de un hada,
 Plegaria acaso de un monje.

Noche azul, limpia y serena
 Tras la cual se reconoce
 Lo infinito del espíritu
 Que con un soplo hizo el orbe.
 En esta noche tranquila
 Y en este valle fué donde
 Delante de una ventana
 De su alquería sentóse
 El bueno de Juan Robleda
 En un gran sillón de roble,
 Asegurando los codos
 En sus brazales enormes.
 Los ojos en tierra fijos,
 Mohino el semblante noble,
 Sumido el ánimo muestra
 En graves meditaciones.
 Jamás se le vió tan triste;
 Sin duda su pecho esconde
 Algun secreto funesto
 Que el corazón le corroe.
 Secreto que en el silencio
 Es preciso que devore,
 Que en su corazón se entierre
 Y en su corazón se ahogue.
 Mas él desea sin duda
 Que fuera de él se desborde,
 Reduciendo sus tormentos
 A sentidas expresiones:
 Que otro las oiga y las sienta
 Como él las siente y las oye,
 Ya porque él lo necesite,
 O ya porque á otro le importen.
 Y esto sin duda resuelve,
 Porque dejando su inmóvil
 Posición, por la ventana
 Llamó á Aurora, y levantóse.
 Entró la hechicera niña,
 Volvió á su sillón de roble
 El padre, y entre los dos
 Plática tal entablóse:

Robleda. ¿Dónde has estado?

Aurora. En el soto.

Robleda. ¿Qué has hecho allí?

Aurora. Coger flores.

Robleda. ¿Y has cogido muchas?

Aurora. Muchas.

Robleda. Ten cuenta con las que coges,

Y no vayas á buscarlas
 Al parque de los señores
 De Aracena, porque tiene
 Muy malos alrededores.

Aurora. Yo, señor...

Robleda. ¿Me has entendido?

No están mis ojos tan torpes
 Todavía que no alcancen
 Hasta el lindero del bosque.

Aurora. Dueleme, padre y señor,

Que mi conducta os enoje;
 Mas yo prometo...

Robleda. Hija mía,

No hay desdicha que no arrostre
 Tu padre por tu ventura,
 Ni mal que por tí no afronte;
 Mas no hay tampoco desdicha
 Que me desvele ni asombre
 Como el temor de perderte.

Aurora. ¿Y á qué, padre, esos temores?

Aquí hemos siempre vivido
 Retirados: nuestra pobre
 Posesión respetan siempre
 Los bandidos y los nobles.
 Mil veces me habeis contado
 Que allá detrás de esos montes
 Está la tierra turbada
 Con guerra y desolaciones:
 Que todo el mundo está henchido
 De desventuras y horrores,
 Pero jamás han llegado
 A nuestro valle sus voces.

Robleda. ¡Ay que no es, Aurora mía,

Tan peligroso el redoble
 Del atambor que convoca
 Para matarse los hombres,
 Como la voz engañosa
 De esas mágicas pasiones
 Que viven en nuestro pecho
 Como huéspedes traidores!
 Lides se vencen lidiando
 Y al fin, ya que no se logre
 Salir de una guerra siempre
 Felices ó vencedores,
 La fuga salva aunque manche.
 ¿Mas cómo de las traiciones
 Defenderse de enemigos
 Que á par con nosotros corren?
 Bajas, Aurora, los ojos,
 La faz ruborosa escondes;
 ¡Ay de tí, luz de mi vida!
 Si freno al amor no pones.

Aurora. ¡Callad, por Dios, padre mio!

Robleda. Fuerza es decírtelo, óyeme:

Todo lo sé, pobre niña,
 Esas desdichadas flores
 Que vas á coger al campo
 Son las falsas expresiones,
 Los juramentos de amor
 De un mozo á quien no conoces,
 Y de quien tú no has nacido
 Mas que sierva. Y si no rompes
 Tan torpes lazos, si no echas
 En olvido hasta su nombre...

Aurora. Padre, imposible. Se mezcla

En mis mismas oraciones.
 No se aparta de mi mente
 Ni de día ni de noche.

Robleda. Pues bien, Aurora, es forzoso
Que desprendértele logres
Del corazón: es preciso
Que huyamos lejos de ese hombre.
Tú no naciste condesa,
No heredaste mas blasones
Que tu honor, y esa no es prenda
Para perdida de un golpe.
Venderé nuestra alquería.
Aurora, á partir disponte,
La distancia es el olvido,
Y el tiempo allana los montes.

Aurora. Pues bien, padre, partiremos.
Conozco vuestras razones,
Iremos donde gustáreis;
Será un sacrificio enorme:
Tal vez me cueste la vida:
El alma tal vez indócil
Se resista de tal modo
Que el aliento me sofoque,
Pero primero es mi padre:
Vuestros caprichos son órdenes
Para mí; sí, padre mío,
Mas dejadme que le lllore.
No extrañéis, no, que á los párpados
Las lágrimas se me agolpen,
No me preguntéis la causa,
Que será mentar su nombre.

Y aquí de hinojos Aurora
Ante su padre se pone
Diciendo: « Padre, partamos
Antes que Don Felix torne. »

III.

Catorce dias despues,
De su alquería á la puerta
Iba á montar á caballo
El bravo Juan de Robleda.
Ya estaba á su lado Aurora
Sobre una jaquilla negra,
Y un criado conducía
Sobre una mula su hacienda.
Las crines tenia asidas
El soldado y el pié cerca
Del estribo, cuando á ellos
Vió con estraña sorpresa
Venir un hombre en un potro
Desbocado por la cuesta,
Y á pique de despeñarse
Por la tortuosa vereda.
Las compasivas miradas
Clavó en él con ansia estrema
De que descendiera vivo,
Lo que á la verdad no espera.
Mas gracias á su fortuna
Mucho mas que á su destreza,

Por la orilla del arroyo
Siguió su rauda carrera.
Pasó el lindero del soto
Tan veloz como una flecha,
Saltó la zanja del bosque,
Cruzó el puente de madera.
Y pasó por medio de ellos
Sin ser dueño en su violencia
De contener de su potro
El impulso y la fiereza.
Era Don Felix. Aurora
Palideció á su presencia,
Y el viejo esperó pregunta
Para concebir respuesta.
« ¿Partís? » preguntó Don Felix,
Con faz pálida y colérica;
Y con altiva mesura
« Partimos, » dijo Robleda.

D. Felix. ¿Por mucho tiempo?
Robleda. Por mucho,

Si es mucho la vida entera.

D. Felix. Los vasallos de mi padre
No pueden sin su licencia
Abandonar sus estados.

Robleda. Por eso fui yo á obtenerla
De él mismo no há muchas horas.

D. Felix. ¿Y os la dió?

Robleda. Y gracias con ella.

Con que así, señor Don Felix,
Mire si paso nos deja,
Porque la jornada es larga
Y la mañana está fresca.

D. Felix. No será mientras yo viva,
Buen viejo, y tened paciencia,
Que no ha de salir mi esposa
De donde su esposo queda.

Robleda. ¿Qué estais hablando, Don Felix?
¿Qué esposa ó qué rayo es esa,
Ni qué tengo yo que ver
Con quien vuestra esposa sea?

D. Felix. Mas de lo que vos pensais
Mi muger os interesa,
Que os vengo á pedir á Aurora
Para mi esposa, Robleda.

Robleda. ¡Está su merced sin juicio,
Por Cristo vivo!

D. Felix. Ello es fuerza:
Yo la adoro, la idolatro;
Todo el poder de la tierra
No me arrancará del pecho
Esta pasion violenta.

Robleda. Teneos, señor, teneos,
Que se os desboca la lengua;
Y aunque os amargue es preciso
Que oigais la verdad sincera.

Don Felix, doy por supuesto
Que ella os ama: doy que es cierta,

Profunda vuestra pasion,
Decidida y verdadera ;
Mas ella nació villana,
Y vos en estirpe régia,
Sí, porque sangre de reyes
Circula por vuestras venas.
Ved pues si podeis bajaros
Hasta humillaros con ella,
O si ella puede subir
A vuestra altitud escelsa.

D. Felix. Sí, puede ; viven los cielos !
Que en la muger no hay nobleza,
Y en alas de la hermosura
Se encumbra hasta las estrellas.
Cuando yo herede el condado,
Aunque segadora fuera
La esposa que yo tomare,
Fuera siempre la condesa.
Que si soy de sangre noble
Soy tambien...

Robleda. Un calavera
Que os cansareis en dos meses
De una zafia lugareña,
Y la encerrareis tirano
En alguna fortaleza
Para gastar en la corte
Vuestro oro con las ajenas.
Creedme, señor Don Felix,
Yo tengo mucha experiencia
Y sé lo que son las cosas ;
Dejaos pues de quimeras.
Cada oveja, ya sabeis
El refran, con su pareja.

D. Felix. Pues bien, viejo testarudo,
Ya que me provocas, guerra
Te haré desde hoy, de tus brazos
La arrancaré.

Robleda. Y eso prueba
Bien claro que sois un vil,
Porque tan villana idea
Le ocurre solo á un menguado
Que contra la ley atenta.

D. Felix. Nada me importa tu cólera,
Me olvido de tu insolencia.
Y tú, Aurora de mi vida...

Robleda. Don Felix, su merced vea
Que si da un paso hácia Aurora,
La vida al punto le cuesta.
La justicia de mi causa
Ha defendido mi lengua
Con honor ; de vuestro arrojo
Mis pistolas me defiendan.

Así Robleda diciendo
Metióse con faz resuelta
Entre Don Felix y Aurora,
La mano en las armas puesta.

Postróse á sus piés la niña
De miedo en llanto deshecha,
Volvió en su acuerdo Don Felix,
Y á punto tal por la cuesta
Aparecieron ginetes
Del conde con la librea,
Él mismo delante de ellos
Avanzando á toda rienda.

El Conde. ¡Voto á San Dimas ! ¿Qué es esto?
¿El siervo contra el señor?

Robleda. No busco de tal rigor
Para escusarme pretesto.
Mas yo mi honor defendia,
Y antes de volver atrás
Poco es de él, de Satanás,
Señor, le defenderia.

El Conde. ¿Mi hijo á tu honor atentó ?
Robleda, en verdad responde.

Robleda. Al vuestro atentaba, conde,
A no impedirselo yo.
Pidióme loco la mano
De mi hija y se la negué.

El Conde. ¿Eso pensó ? ¡Por mi fe
Que eres, Felix, un villano !

Robleda. Yo se lo dije tambien,
Mas á fuerza, dijo airado,
Que obtendria de contado
Lo que no de bien á bien.

D. Felix. Pues bien, padre...

El Conde. Calle el necio.

Robleda, tú has peleado
En otro tiempo á mi lado
Y siempre te tuve aprecio.
No, por mi vida, no es justo
Que pagues solo la pena
De culpa que ha sido ajena ;
No has de partir, es mi gusto.
La posesion te concedo
De todo el valle que habitas ;
Y ve si mas necesitas,
Que agradecido te quedo.
Y tú, niña, olvida á ese hombre,
Que no es en verdad razon
Que tenga tu corazon
Quien no ha de darte su nombre.
Otro encontrarás mejor,
Pues la dueña de este valle
Marido es fácil que halle
Sino conde, con honor.

Robleda. La proteccion agradezco,
Señor, mas es castigarme
A que me quede obligarme
En un lugar que aborrezco.

El Conde. Entiendo tu repugnancia,
Robleda, mas he curado
De que vivas descuidado ;
Enviaré á Felix á Francia.

Y aquí el conde de Aracena,
Volviendo el rostro á su hijo,
Frunciendo el ceño, le dijo
Con voz decidida y llena :
« Y ahora vos, caballero,
De hinojos ante ese anciano
Pedidle á besar la mano. »

Robleda. ¡A mí, señor!

El Conde. Yo lo quiero.

D. Felix. Padre y señor, si esto es
Para vos buen desagravio,
Con gusto pondré mi labio
No en sus manos, en sus piés.

Mas ved que mi corazon...

El Conde (interrumpiéndole). No hay
mas en ello que hablar.

Yo del os sabré arrancar
Tan indigna inclinacion.

¡Hineaos : besad : muy bien!

Ahora montad é id delante ;

Mas id de mejor talante

¡Por la estrella de Belen!

Y si quereis desde ahora

Que mi cólera no estalle,
Olvidaos deste valle

Y no penseis en Aurora.

Dios sea contigo, Robleda,

Y ahora á escape, señores,
Que estarán mis cazadores
Esperando en la alameda.

Salió la gente del conde

Tras él á escape resuelto,

Pero no sin haber vuelto

Los ojos Felix á donde

Su Aurora en llanto deshecha

Recoge aquella mirada

Que acaso la desdichada

Como la última aprovecha.

Mientras los pudo alcanzar,

La vista sobre ellos tuvo ;

Cuando perdido los hubo,

No pudo con su pesar.

Huyó de su alma el valor

Que hasta allí la habia asistido

Y al fin cayó sin sentido.

¡Tan tirano era su amor!

IV.

Cumplió su palabra el conde

Y envió á Don Felix á Francia,

Porque son tiempo y distancia

Grandes contrarios de amor.

El conde está satisfecho

Y estálo tambien Robleda ;

Aurora es solo quien queda

Abismada en su dolor.

Don Felix va caminando
Apesarado y mohino
Aliviando su camino
Con las memorias de ayer.
Mas mozo ilustre que al mundo
Hoy sale por vez primera,
¿Quién sabe si allí le espera
Felicidad y placer?

Siempre en el negro castillo
De su familia encerrado,
Mas fortuna no ha llegado
Ni mas gloria á concebir ;
Toda su ambicion silvestre
Se redujo á sus vasallos,
Sus perros y sus caballos :
Eso fué su porvenir.

Mas si, dichoso en la corte
Y afortunado en la guerra,
Fama se conquista y tierra
Con bien merecida prez ;
Si el hidalgo de provincia
Allá en pais estrangero
Venturóso aventurero
Medra en el mundo á su vez ;

Si, envuelto en el torbellino
Del lujo y de la grandeza,
Altivo con su nobleza
Y fiero con su favor,
Avasalla á la fortuna,
¿Quién de que viva responde
En el corazon del conde
Del campesino el amor?

La juventud es la fuerza,
La imprevison la osadia,
La juventud con un dia
De suerte amiga no mas
Al golfo de la fortuna
Sin brújula y sin estrella
Se lanza, y voga tras ella
Sin volver cara jamás.

La felicidad no existe,
La gloria es una mentira,
Mas solo la gloria inspira
Hazañas de gran valer.
La dicha es la incertidumbre
En que estriba la esperanza,
Y porque nunca se alcanza,
Damos tras ella en correr.

En pos de esa lumbre falsa
Afanado siempre el hombre,
Acrecienta su renombre
Y acrecienta su ambicion.
Y así fué grande Alejandro,
Y así inmortal vive Homero

Por su fortuna primero,
Despues por su corazon.

Eso es el hombre, deseos,
Ambicion, fortuna, gloria :
Eso es su vida, su historia,
Del hombre es siempre el valor.
Mas la muger... ¡desdichada!
Débil y hermosa nacida,
El amor solo es su vida,
Su porvenir el amor.

Mientras el hombre combate
Con la fortuna contraria,
Ella triste y solitaria
Orando por él está :
El hombre egoista, avaro
Piensa en sí mismo primero,
Y el corazon todo entero
Ella entre tanto le da.

¡Pobre Aurora! en vano tiendes
Los ojos desconsolados
Por los peñascos quebrados
Que fuera del valle dan ;
En vano pasas tus dias
De silencio y pesadumbre,
De tu escasa incertidumbre
Acrecentando el afan.

« ¿Si volverá? » se pregunta
Todos los dias Aurora.
« ¿Qué hará Don Felix ahora? »
En eso piensa no mas.
Verle venir á lo lejos
A cada instante imagina,
Mas la ilusion peregrina
No se realiza jamás.

En vano el viejo Robleda
Consuelo estéril la ofrece :
Su duelo no desvanece
La verdad ni la razon.
Si acaso muestra en sus labios
Al buen viejo una sonrisa,
Una lágrima le avisa
De que pena el corazon.

Y pasa dia tras dia,
Consúmese hora tras hora,
Mas no consuelan á Aurora
La razon ni la verdad :
Los dias pasa en silencio,
Pasa las noches llorando,
Continuamente arraigando
Su amor en la soledad.

« No llores, mi bien, la dice
« Desolado el pobre viejo :
« Al fin es mejor consejo

« Lo que se pierde olvidar. »
Y ella responde : « Perderle
« ¿Porqué ocultar que me pesa?
« Ya sé que mi suerte es esa,
« Mas dejádmela llorar.

« Yo os prometí, padre mio,
« No verle mas, no buscarle,
« Mas no prometí olvidarle,
« Que fuera imposible á fé.
« Su imágen está con fuego
« En mi corazon grabada,
« Y eternamente guardada
« En él la conservaré. »

— « ¿Y piensas, pobre inocente,
« Que él conservará la tuya? »
— « Padre, quien quiera le arguya
« Por la palabra que dió.
« Él será mi pensamiento
« Mientras me dure la vida ;
« Si él, padre mio, me olvida
« No he de culpárselo yo.

« Solo su bien es mi anhelo,
« Y si á mi costa ha de hallarle,
« Quiera logrársele el cielo
« Si es venturoso sin mí. »
Así á su padre llorando
Dice la infeliz Aurora,
Y el viejo oyéndolo llora
Porque el triste lo cree así.

Y en esta penosa calma,
En esta intensa amargura,
Sin menguar su desventura
Pasaba el tiempo veloz.
Afanábase Robleda
En consolar á su hija,
Mas ella en Don Felix fija
Desatendia su voz.

Pasaba el dia, la triste,
Al pié del cerro vecino,
Siempre mirando al camino
Con insensata avidez,
Continuamente sentada
En la pradera florida
Donde le vió á su partida
Por la postrimera vez.

Y el desdichado Robleda,
Que ciego la idolatraba,
Veia bien que la ahogaba
Su inestinguible dolor.
¡Pobre viejo! ; con qué gusto
Toda su sangre vertiera
Para sofocar la hoguera
De aquel insensato amor!

V.

En una tarde de julio
 Que los nublados embozan
 Del sol cubriendo los rayos
 Tras de su cortina lóbrega,
 Del arroyuelo á la márgen
 Está la infeliz Aurora,
 Embebecida la mente
 En lisonjeras memorias.
 Pálida y desencajada,
 Aunque atractiva y hermosa,
 Piensa en que el año se cumple
 Y su Don Felix no torna.
 ¡ Un año ! Y la pobre niña
 Aun siente devoradora
 De su amor la eterna llama
 Que el tiempo apagar no logra.
 Un año va á hacer que ausente
 Del dulce dueño que adora,
 Aun de su vuelta conserva
 Una ilusion mentirosa.
 Aun sale todas las tardes
 A contemplar á sus solas
 La senda por dó solia
 Bajar por entre las rocas.
 Aun vuelve los tristes ojos
 Con esperanza engañosa
 Creyendo verle á lo lejos
 Doblar la empinada loma.
 Mas nunca llega Don Felix ;
 Jamás amiga persona
 Trae carta ó noticia suya
 A la enamorada Aurora.
 Y ella sin embargo espera :
 Mas ; ay ! ¡ esperanza loca !
 El año entero se cumple
 Y su Don Felix no torna.

Y estaba pensando en ello
 Meditabunda y llorosa,
 Cuando en el fin del camino
 Distinguir creyó una sombra,
 Que se deslizaba rápida
 Por la vereda tortuosa,
 Aclarando sus contornos
 Segun la distancia acorta.
 No es ilusion esta vez,
 Un bulto de humana forma
 Es la aparicion. Los ojos
 Se la saltan de las órbitas.
 ¡ Con cuánta ansiedad y ahinco
 En el que viene los posa !
 Sondear quisiera con verle
 Su nombre, su sér, su historia.
 Y en tanto descende al valle
 La aparicion venturosa,
 Que es un viejo peregrino

Con su bordon y sus conchas.
 Agil y recio de miembros,
 Su larga edad no le estorba
 Para caminar, y apenas
 Sobre su baston se apoya.
 Cana la barba y crecida,
 Talante y faz magestuosa,
 Vaga sonrisa en los labios,
 Mirada escudriñadora.

Tal era aquel extranjero
 De cuya agradable boca,
 Oyó Aurora un « Dios te guarde, »
 Tras de sonrisa amistosa.
 Y ella atenta contemplándole
 Por si tal vez le conozca,
 Volvióle la cortesía
 Con un « Vengais en buen hora. »
 Quedaron ambos un punto
 En actitud silenciosa,
 Trabajando entrambos á poco
 Un diálogo en esta forma :

El Peregrino. ¿ Qué haces en medio del
 campo,
 Con la tormenta tan próxima,
 Pobre niña ?

Aurora. Ya lo veis :
 Llorar.

El Peregrino. ¿ Y qué es lo que lloras ?

Aurora. Mis desventuras, señor.

El Peregrino. ¿ Tan jóven y ya te acosan
 El corazon las desdichas ?

Aurora. Cada dia se redoblan.
 Mas perdonadme, extranjero,
 Si mi pregunta os enoja,
 Y á vuestra edad sin respeto
 Os interrumpo curiosa.
 ¿ Venis de Francia ?

El Peregrino. Es mi pátria.

Aurora. ¿ Y la habeis andado toda ?

El Peregrino. Toda la conozco á palmos
 Desde una punta á la otra.

¿ Mas qué te suspende, niña ?

¿ Qué empacho pueril te estorba
 Finalizar tu pregunta ?

Nada me has dicho hasta ahora.
 Si acaso en Francia se hallare
 Alguna madre amorosa...

Aurora. No la tengo.

El Peregrino. Algun hermano...

Aurora. Tampoco.

El Peregrino. Alguna persona
 Querida.. Tal vez la misma
 Ocasion de tus congojas.

Aurora. Pues bien, anciano, es muy cierto.
 Hay una cuya memoria
 De mí no se aparta nunca.

El Peregrino. ¿ Un hombre?
Aurora. Sí.
El Peregrino. ¿ De española
 Sangre nacido?
Aurora. En sus reyes
 Origen su sangre toma.
El Peregrino. ¿ Paso á Francia?
Aurora. Por mi culpa.
El Peregrino. ¿ Le amabas?
Aurora. Mucho.
El Peregrino. ¿ Y se nombra?
Aurora. Don Felix es de Aracena.
El Peregrino. Altivo?
Aurora. Y galan.
Peregrino. ¡ Dichosa
 La muger que para suya
 Tan buen caballero escoja!
Aurora. ¿ Le conoceis?
El Peregrino. Sí por cierto,
 Que es conocerle gran honra.
Aurora. ¡ Hablad por Dios!
El Peregrino. La fortuna
 Le acude con mano pródiga.
 Mas liberal cada día,
 De dicha y de honor le colma,
 La Francia entera le aplaude,
 Y va su nave orgullosa
 Por el mar de los favores
 Navegando viento en popa.
 El sabio rey Luis Onceno
 Con ciega pasión le adora;
 Y el príncipe sin empacho
 Le admite en su misma alcoba;
 Con ellos á caza sale,
 Gran fama con ellos goza
 De entendido y de valiente:
 Y aunque parezca lisonja,
 No fué mejor caballero
 Con el rey Luis á Borgoña.
Aurora. ¡ Callad, buen viejo, callad!
 Que la ventura me agobia
 Al oír tan gratas nuevas.
 Mas decidme, ¿ tanta gloria,
 Buen peregrino, del alma
 Le habrá arrancado ambiciosa
 El amoroso recuerdo
 De su abandonada Aurora?
El Peregrino. ¡ Ay! todo el tiempo, hija
 mía,
 Lo confunde y lo trastorna,
 El curso á los ríos tuerce
 Y las montañas desploma.
Aurora. Basta, peregrino, basta,
 Que siento que sangre brotan
 Las mal cerradas heridas
 Que mi corazón destrozan.
 ¿ Con qué me olvidas?
El Peregrino. Lo ignoro.

Aurora. ¿ Mas no sabeis?...
El Peregrino. Que ama á otra.
Aurora. ¡ Triste de mí! Si él me falta
 Todo lo demás me sobra.

Y á estas palabras sintiendo
 Que las fuerzas la abandonan,
 El extranjero los brazos
 Tendió á la infelice Aurora.
 Cayó sin sentido en ellos,
 Y él blandamente dejola
 De la florecida yerba
 Sobre la mullida alfombra.

—
 Cuando tras breve desmayo
 La niña á vida volvió,
 Tendió desalentada
 Los ojos en derredor,
 Y del arroyo á la márgen
 Cuando sola se encontró,
 — « Sin duda, dijo, he soñado;
 « Así sea, ¡ plegue á Dios!
 « Que á ser realidad, con ella
 « No pudiera el corazón.
 « Sí, sueño fué: el peregrino
 « Que tales nuevas me dio
 « De mi loca fantasía
 « Fué no mas una ilusión.
 « Sí, todo ha sido un ensueño,
 « ¡ Mas cuánto me atormentó! »

En tanto avanzaba el lóbrego
 Nublado amenazador,
 Y ya á lo lejos se oía
 De trueno el cóncavo són.
 Zumbaba el viento arrastrándose
 En torbellino veloz,
 Mas sin templar de la atmósfera
 El hálito abrasador.
 Caían de cuando en cuando,
 Precursoras del turbión,
 Anchas y redondas gotas
 Que se tornaban vapor:
 Y amedrentadas las aves
 De abrigo preciso en pos
 Cruzaban el aire denso
 Sin segura dirección.
 Solo el salvaje milano
 Con vuelo fascinador
 Suspendido se cernía
 En la azulada región,
 Y á la impetuosa tormenta
 Precediendo sin temor,
 Giraba en círculos sesgos
 Graznando en áspero són.
 La senda con lento paso
 De su alquería tomó

Aurora, saliendo apenas
De su honda enagenacion,
Y por la arenosa márgen
Del arroyo saltador
Hasta el umbral de su puerta
Meditabunda llegó.
Allí arrancando un suspiro
Del fondo del corazon,
« ¡Qué hará Don Felix! » se dijo,
Y á su aposento subió.

VI.

Y yendo dias y viniendo dias,
Y Aurora sin ceder en sus manias,
Un año se pasaba y otro año
Sin que entendiera nunca el desengaño.

Sueño no mas creyendo al peregrino,
Creía sin embargo en la firmeza
De Don Felix, agüero sospechándolo,
Mas feliz esperando su destino
Cuanto cierta su dicha y su riqueza.

¡Tal es nuestra locura!
Nunca creemos mas de los agüeros
Que la parte de bien y de ventura:
Si allá en noche afanosa
Negro, espantoso, aterrador ensueño
Con tenaz pesadilla nos acosa,
Su memoria azarosa
Olvidar procuramos con empeño
Cual creacion del alma vaporosa.

Mas si dulce ilusion blanca y risueña
Nuestro reposo encanta,
Al punto la juzgamos
De grato porvenir ilusion santa.
Así pensaba Aurora
La vuelta de Don Felix esperando
Fiada en su palabra engañadora;
Siempre en su cierta ingratitud dudaba,
Mas siempre en la fortuna,
La fama y los honores que adquiría
Creía sin cesar, sin ver que fuesen
Visiones de su amante fantasía.
Y siempre en la ladera
Del manso arroyo con afan sentada,
Por la senda tendía
La vista enamorada,
Creyendo que Don Felix volvería.

Embebida en tan dulces pensamientos,
Una tarde de julio calurosa,
Descansaba la niña fatigada
Del arroyo á la márgen arenosa:
Los ojos en el cielo
En lágrimas de amor humedecidos
Distraida fijaba
Sin fé ni objeto por su azul perdidos.
La imágen de Don Felix
Mas que nunca amoroso,

Mas que nunca galan veía acaso
Que á su valle volvía
Con ciego amor y presuroso paso:
Y ella ufana á su vez con su hermosura
Los brazos le tendía,
¡Mas ay que la vision nunca venía!
Siempre, sí, de sus bellos pensamientos
La efimera ventura
Des hacia de un soplo
Su secreta y fatídica amargura.
Siempre se hundian sus dorados sueños
En el mar de sus lágrimas, y al cabo
Sus delirios no mas siendo la suerte
Que aguardaba dichosa,
Miraba al porvenir... y no veía
Mas esperanza que la tarda muerte.
¡Pesadilla fatal que la oprímia!
Y aquella bienandanza
En que soñó á Don Felix, la privanza
Que en Francia con el principe gozaba,
Todo cuanto la dijo el peregrino
La idea de otro amor la emponzoñaba.
Todo era en su opinion sueño y mentira,
Todo ilusion de su alma enamorada,
Mas ¡cuánta fé, cuánto placer la inspira
Su esperanza infundada!
Y al par ¡con cuán fundada incertidumbre
Su dichosa ilusion tenaz conspira
De su amor á que dude despechada!
¡Ay, desdichada Aurora,
Cuán arraigada la memoria guardas
Del ingrato amador á quien aguardas!
¡Con cuánta fé tu corazon le adora!

Y así sin claro objeto
Y sin clara razon la pobre niña,
Presa infeliz de su dolor secreto
Enamorada llora,
Y del limpiado arroyo en la ladera
Siempre en su amor sin esperanza espera.

Y en él estaba pensando
Meditabunda y llorosa,
Cuando en el fin del camino
Distinguir creyó una sombra
Que deslizándose rápida
Por la vereda tortuosa
Se aclara y se patentiza
Segun la distancia acorta.
Tembló de pavor al verla,
Que no es ilusion ahora
De su ardiente fantasía
Sino realidad odiosa.
Es el mismo peregrino
Que ha vivido en su memoria
Dos largos años, imágen
De un sueño amedrentadora.
Él es, con su blanca barba,

Su paso y faz magestuosa,
 Su indefinible sonrisa,
 Su mirada escrutadora,
 Con su sayo penitente
 Y su bordon y sus conchas.
 El es, si : y á su presencia
 Todo lo comprende Aurora ;
 Toda la verdad del sueño
 A su mente se la agolpa
 Con el certero puñal
 De una exactitud diabólica.
 Don Felix rico y dichoso,
 Cuya nave va orgullosa
 Por el mar de los favores
 Navegando viento en popa ;
 Heredero del condado
 Que muerto su padre goza,
 Querido del rey de Francia,
 Celebrado en toda Europa
 Por entendido y valiente,
 Sin ayos que se interpongan...
 Mas de su amor olvidado
 Y enamorado de otra.
 Todo esto en su mente bulle,
 Todo esto el alma la acosa,
 Como horrible desencanto
 De esperanza engañadora.
 Y ella... ¡ necia sin ventura
 Que de firmeza blasona,
 Conserva de quien la olvida
 La ingrata imágen que adora !
 Si aun era sueño dudaba,
 Cuando á sus oídos próxima
 Oyó una voz que decía :
 « Dios sea contigo, Aurora. »
 Rompió á llorar escuchándola
 La muchacha, y su congoja
 Respetando el peregrino,
 Tras larga pausa así hablóla :
 « ¿ Aun vives, niña, y aun amas ?
 ¿ Y aun el raudal no se agota
 De tu llanto y de tu vida ?
 ¡ Fortuna infeliz te toca ! »

Aurora. ¿ Con qué es verdad que á Don
 Protege fortuna pródiga, [Felix
 Y en honores y riquezas
 Consigue cuanto ambiciona ?
 ¿ Con qué es verdad y no sueño
 Que há dos años vuestra boca
 En esta misma ladera
 Me dijo que amaba á otra ?
 ¡ Ah ! quien quiera que seas,
 Hombre, ó vision ilusoria
 Que desde Francia venis
 No mas que á apagar la antorcha
 De mi esperanza, volveos,
 Tornad á esa Francia odiosa

De donde venir no pueden
 Mas que sierpes ponzoñosas.
 Idos, buen viejo, y dejadme
 Con mis pesares á solas,
 Dos años há que os conozco
 Y en vos no creí hasta ahora.
El Peregrino. ¿ Y no me preguntas nada ?
Aurora. Cuanto me digais me sobra
 Si Felix no vuelve.
El Peregrino. Nunca.
Aurora. ¿ Con qué es ella tan dichosa
 Que en las redes de su amor
 Para siempre le aprisiona ?
El Peregrino. Para siempre.
Aurora. ¿ Tanto le ama ?
El Peregrino. Ambos con furor se adoran.
Aurora. ¡ Fortunado de él !
El Peregrino. Sin duda,
 Pues cuanto apetece logra.
Aurora. ¿ Y ella es muy noble ?
El Peregrino. Duquesa.
Aurora. ¿ Jóven ?
El Peregrino. Mucho.
Aurora. ¿ Y muy hermosa ?
El Peregrino. Toda alabanza es escasa.
Aurora. ¡ Ojalá Dios les dé toda
 La dicha que les desea
 Quien por sus venturas llora !
El Peregrino. ¿ No le amas ya, pues tan fácil
 Su ingratitud le perdona ?
Aurora. Cual nunca de sus recuerdos
 El fuego ¡ ay Dios ! me devora :
 Si, mas yo solo á quien amo
 Deseo fortuna y gloria.
El Peregrino. ¡ Mas si él te ultraja !...
Aurora. En amarle
 Yo pago una deuda propia ;
 Si me olvida, cuenta es suya.
El Peregrino. ¿ Mas no de otro amorzelosa ?
Aurora. No, si él es feliz con ella,
 El no serlo yo ¿ qué importa ?
 ¿ Porqué la ventura ajena
 Querré turbar envidiosa ?
 No, que gocen y que nunca
 Les enoje mi memoria.

Y aquí el raudal enjugando
 De sus lágrimas Aurora,
 Quedó al parecer tranquila :
 Mas ¡ ay ! calma mentirosa,
 Porque dentro de su pecho
 Fermenta devoradora
 La llama de sus pesares,
 Que no estingue ni sofoca
 La virtud que la consuela
 Pero que su amor no dona.
 Absorto ante esta sublime
 Abnegacion generosa

Al fin el viejo extranjero
Dejó correr turbia, sola,
Por su tostada mejilla
De amargo llanto una gota.
Y á Aurora tornando el rostro,
En cuya faz amorosa
Distinto aspecto sus rasgos
Y estraño carácter toman,
Dijo así con voz dulcísima,
Mas firme y fascinadora,
A la que Aurora no pudo
Permanecer silenciosa :
« ¿ Ningun deseo te resta
Que te se pueda lograr ? »

Aurora. Solo imaginarlo es dar
En necesidad manifiesta.

El Peregrino. ¿ Quisieras volverle á ver ?

Aurora. Sí, siempre verle quisiera,
Mas sin que él verme pudiera,
Que fuera aguar su placer.

Sí, en ser eterno testigo
De su ventura me holgara,
Pero sin que él sospechara
Que estaba siempre conmigo.

Verle, oírle, noche y día,
Poder cual ángel de Dios
Ser continuo entre ellos dos,
Espíritu de armonía.

Inspirarle siempre fé,
Siempre amor, siempre ventura,
Y encontrar mi sepultura
De su sepultura al pié.

Mas esto, buen peregrino,
¿ Ya veis que es delirio necio !...
La voluntad os aprecio,
Mas seguid vuestro camino.

El Peregrino. No hay cosa que alguien
no pueda,

*Y nadie en la tierra sabe
Lo que en lo posible cabe,
Lo que en lo imposible queda.*

Esto contestó aquel viejo
A la propuesta de Aurora
A punto que por la tierra
Se derramaban las sombras.
Cerraba la noche oscura,
Tan negra y tan tenebrosa.
Que no alcanzaban los ojos
A la distancia mas corta.
El viento lánguidamente
Suspiraba entre las rocas
Y alzaban triste murmullo
Las casi agostadas hojas.
Con grande inquietud Robleda,
De gran pesar precursora,
De los elementos via

La revolucion medrosa.
Pavor sentía su alma,
De noche tan densa y lóbrega,
En que imagina su suerte
Tan negra como la atmósfera.
Y ante una ventana abierta,
Enterrado en su poltrona,
Al cielo sin luz miraba
Con faz y con vista torva.
¿ Qué espera allí ? Lo que nunca
Volverá á ver mas, su Aurora,
Su amor, la luz de sus ojos,
El aliento de su boca.
¡ Ay padre infeliz ! bien haces
En llorarla : llora, llora,
Que no has de volver á verla,
Porque el amor te la roba.

En vano, al ver que se pasan
De la noche horas tras horas,
Por todo el valle la busca
Con ansiedad congojosa.
En vano de los peñascos
Por las quebradas recónditas
Con tristes voces la llamas,
Cuando á tu voz está sorda.
En vano vas al castillo
Donde los restos reposan
Del viejo conde, y preguntas
A sus gentes lo que ignoran.
En vano si, al pié del busto
Que su sepulcro corona
Con supersticion sencilla
Humildemente te postras.
En vano, sus piés besando
De piedra insensible y tosca
Le ruegas que como en vida
Vele por él y su honra.
En vano le dices : « Conde,
Mira que es mi única joya.
Y aun vive tu hijo... ¡ Levántate
Entre el seductor y Aurora ! »
La estatua no te responde,
Ni dentro la huesa cóncava
Aunque tus ayés retumben
Encontrarán quien los oiga.
No, no. La buscas en vano ;
Vé, ya en el Oriente asoma
La aurora del nuevo día,
Mas no volverá tu Aurora.
Grande misterio la esconde,
Grande voluntad la estoria
A tus fatigados brazos
Volver bella y cariñosa.
Solo te quedan, buen viejo,
Los ojos y la memoria,
Para llorarla perdida.
Llora, desdichado, llora.

VII.

En una selva del Garona á orillas,
De antiquísimos robles rodeado,
De recios chopos y hayas amarillas,
De almenas y de torres coronado,
Un enorme castillo se levanta;
Y el viajero mirando se amedrenta
Tanto artificio y fortaleza tanta;
Que es por demas su fábrica opulenta.

Profundos y anchos fosos le circundan,
Cuyos cóncavos senos
Las turbias aguas del Garona inundan;
Y dos seguros y macizos puentes
De gruesas barras y cadenas llenos,
Dos caminos franquean diferentes.
Que á poco de la oscura fortaleza
Se pierden de la selva en la maleza.

Por cima de los árboles copudos,
Afrenta audaz de su estatura enana
Y sus silvestres pabellones rudes,
La gigantesca torre
De los vigías se levanta ufana
Ceñida de esquisita filigrana
Que al encaje sutil parejas corre.

Allí á merced del ábrego tendida,
De remate sirviéndola, tremola
Una bandera sola:
Y esa bandera sobre el bosque erguida,
De aquella tierra protectora egida,
Es bandera feudal, y es española.

Sí, española; que entonces nuestra España
No era menguada y voluntaria presa
De la ambicion y la doblez francesa;
Y á la estrangera posesion estraña
Para lavar con sangre una manciella
Podia en solo un sol con justa saña
Tercios y buques aprontar Castilla,
Y su fiero Leon pronto á la guerra
Con un rugido amedrentar la tierra.

Era española, sí; su lienzo rojo
Mostraba de un blason en los cuarteles
De Aragon y Navarra los laureles,
Los timbres de Leon y Andalucía
Que siempre con acérrima hidalguía
A su Dios fueron y á su patria fieles.

En ésta solitaria fortaleza,
Cansado de las cuitas cortesanas
Y de sus necias ceremonias vanas,
En los brazos del ocio y la pereza
Un cónde jóven y español vivia,
En bailes y festines repartiendo
Las horas de la noche, y eligiendo
Para la caza ó la sortija el día.

Con él iba á la par su bella esposa,
Y á celebrar sus bodas les seguia
Comitiva de amigos numerosa,
Mlenando sus efimeros deseos

Los mas alambicados devaneos.
Séquito de escuderos y vasallos
Y sumas de dinero nunca escasas,
Proporcionaban cañas y torneos;
Luchas de fieras, puestas de caballos;
Y zambras de cristianos y de moros
Ricamento dispuestas y vestidas,
Y aun con gasto excesivo prevenidas
Corridas hubo de navarros toros.
Admirados quedando los franceses
De ver un español que con destreza
Rendia audaz de las pujantes reses
A un trapo y un estoque la fiereza.
Y así el señor Don Felix de Aracena
Gozaba en su castillo del Garona
De su reciente union la enhorabuena,
De conde y duque doble la corona.
Y orgulloso ademas (que al cabo era
En España nacido),
De continua fortuna lisongera
Por demas protegido,
Mozo, rico, y feliz con la que amaba,
De su ventura y juventud gozaba.
¿Y quién su antojo reprochar podría?
¿Quién su suerte ¡pardiez! no envidiaria?

Era una noche azul, serena y clara;
Resplandecia en el zenit la luna
Sin que perdida nube la manchara
Ante su faz cruzando inoportuna.
Lánguida brisa de campestre aroma
Bullir entre los árboles se oia,
Y allá del monte en la encumbrada loma
El manantial de la fecunda fuente
Brillar al lejos con su luz se via,
Por un peñasco al resbalar pendiente.

El desigual murmullo campesino
Del bosque espeso, á su raudal vecino
Ensordecia el rápido Garona
Hirviendo sin cesar allá en la hondura,
Y su rugiente voz lanzando osado
Del monte enmarañado
Por la frondosa y lóbrega espesura.
Ya dentro del castillo no sonaba
El són de los alegres instrumentos
Que el oido á sus dueños regalaba
Hartos de fiesta y de pesar exentos.
Mas se vian aun por las ventanas
Cruzar las luces y la sombra errante
De atentas camareras cortesanas,
Viejo escudero, ó pagecillo amante
Que de la estancia oculta retiraban
Donde ya sus señores reposaban;
Y aunque ya no se oian de contado
Las báquicas canciones,
Aun se via el servicio descuidado,
Las mesas del festin en los salones.
Y ya á su fin tocaba la carrera

De la noche apacible
Y la luna á su hora postrimera
Cuando, en su rica y silenciosa estancia,
Bajo el dorado pabellon del lecho,
La duquesa Clotilde con su esposo
A impulso del amor que arde en su pecho
En el lenguaje de la culta Francia
Asi seguía diálogo amoroso :

Clotilde. No es, Felix adorado,
Mostrar que mancha en tu pasion sospecho
Tu historia demandar : te has engañado.
Solo intentaba, pues rebelde el sueño
Nos niega su benéfico beleño,
Entretener nuestra tenaz vigilia
Con divertida historia ;
Y sin pensar me vino á la memoria
Recuerdos demandar de tu familia.

D. Felix. Aleja de ella, mi Clotilde her-
Toda sospecha ruin ; y no te crea [mosa,
Por ignorarla sin razon zelosa ;
Yo te la contaré tal como sea,
Aunque por muy vulgar es fastidiosa.

Clotilde. Y yo la escucharé grata y atenta
Celebrando sus lances,
Sintiendo sus perances
Y teniendo á la par tus travesuras
De tu inesperta juventud en cuenta.

D. Felix. Pues escúchame ya, Clotilde
mia,

Juveniles locuras y un momento
De sonrisa que logren arrancarte,
Será mi recompensa y mi contento.
Y si el cuento monótono te auxilia
En brazos á caer de manso sueño,
Ese favor de mas ¡oh dulce dueño!
Deberemos los dos á mi familia.

Clotilde. Dime, Felix mio, que te es-
cucho,

Y estoy por tu relato
Mucho antojada, y cuidadosa mucho.

D. Felix. Nací español ; lo sabes por mi
trato

Franco y leal, y por mis nobles hechos ;
Que no hay en mi pais doblez ni engaños
En palabras de nobles, ni en sus pechos
Miras serviles, cábalas, ni amaños.
Era mi padre conde de Aracena,
Para avaro heredero corto estado,
Mas posesion muy buena
Y herencia suficiente

Para heredero jóven y valiente
Con humos y esperanzas de soldado
Pasé mi juventud en un castillo
De Aracena, entregado
A un preceptor escueto y amarillo
Cuya cabeza vana
De lógica encerraba mas cuestiones

Que girones y puntos su sotana.
Este me hacia leer la antigua historia,
Mucho inútil latin y mucho griego,
De fárrago atestando mi memoria
Que yo aprendía y olvidaba luego. —
Este viejo Fermin que habita ahora
Con nosotros aqui, franco soldado,
Como niño á tratarme acostumbrado,
Ducho en caballos y en combates diestro,
Cuando á próvida edad hube llegado
De armas y equitacion fué mi maestro.
Y puedes colegir, Clotilde mia,
Por tan ilustre y célebre colegio
Lo que la suerte de mi hogar seria.
Aunque en Dios y en verdad que tengo oído
Que mi padre vivia en aquel tiempo,
De la corte y del rey muy mal querido
Por no sé qué opiniones de partido.

Y aqui, bella Clotilde,
Tu indulgencia reclamo,
Ya que á tal confesion me avengo humil-
Clotilde. ¿Hay algun pecadillo [de.
De amor?

D. Felix. Precisamente
La ocasion de salir de mi castillo,
Que fué de esta manera.

Clotilde. ¡Bravamente!
Pláceme el cuento asi, franco y sencillo.

D. Fel. Tenia entonces yo veinte y dos años
Fieros con mi selvática nobleza :
Los riesgos del amor me eran estraños,
Y con mil esperanzas y deseos
Tenia, de una vez y sin rodeos,
Fuego en el alma y aire en la cabeza.
Allá en mi mente un mundo comprendia
Que no era el mundo real con largo trecho,
Pero era un mundo como ser debia,
De mis ideas miserables hecho.

Yo, reducido al circulo mezquino
De mi desmantelado castillejo,
De un valle á él vecino,

Y un pueblecillo viejo ;
Sin mas ocupacion que los sermones
Del preceptor, católico latino,
Los perros, los caballos, los halcones,
Sin mas servicios que correr la sierra
Al jabali y al ciervo haciendo guerra,
Era un mozo en verdad muy decidido
De quien con una direccion juiciosa
Se podia sacar muy buen partido.

En este estado, pues, cruzando un dia
El valle ameno á mi mansion cercano,
En una aislada casa ó alqueria
Encontré una doncella

Como los sueños de un muchacho bella.

Clotilde. ¿Bella?

D. Felix. Menos que tú ; Clotilde mia!
Mas de tu claro sol vivida estrella

Hija de un militar viejo y lisiado,
 Que había con mi padre en sus niñeces
 Como valiente con honor lidiado,
 Y aun salvado su vida varias veces.
 Yo mozo y tan travieso,
 Ella hermosa y tan pura,
 Yo rico de alma y ella de hermosura...
 Vine al fin á perder mi poco seso.
 La amé y me amó : con infantil locura
 De la pasión en brazos nos lanzamos,
 Y dos años vivimos
 Viéndonos siempre que ocasion hallamos,
 Fieles al par cuanto mejor supimos.

Clotilde. ¿Y la amabas?

D. Felix. La pobre zagaleja,
 Sin duda por su padre sorprendida,
 Me iba á huir sin razon ni despedida ;
 Me opuse á tiempo, mas mi padre atento
 Me espía á su vez, y en un momento
 Nuestro amor se rompió y nuestra constancia
 Enviándome mi padre á hacer fortuna
 A las campiñas de la alegre Francia,
 Donde guerrero injerto en cortesano
 La suerte amiga me tendió su mano,
 Y la memoria del amor primero
 Se borró con el tiempo y la distancia,
 Aunque no mi deber de caballero.

Clotilde. ¿La amas pues todavía?

D. Felix. ¿A quién despues de tí, Clotilde mía ?

Mas ella la infeliz allí encerrada
 Con las aves no mas del valle oculto
 Acaso vivirá muy desdichada
 Por culpa de un mancebo, que insensato
 La juraba un amor que era imposible,
 Y que era fuerza que olvidara ingrato.
Clotilde. ¡Y aun guardas su memoria
 inestinguible !....

De su diálogo aquí los dos esposos
 Dulcemente llegaban,
 Cuando la bella historia les turbaron
 Alaridos y gritos misteriosos
 Que á la reja del cuarto en que se hallaban
 En repentina música estallaron.

Oíase á lo lejos
 Rodar la tempestad, arrebatada
 En alas del revuelto torbellino ;
 Y en pos de los vivísimos reflejos
 Del rápido relámpago rugía
 La poderosa voz del ronco trueno,
 Que la nube sombría
 Dentro guardaba del peñado seno.
 Del viento proceloso
 Al vaiven vigoroso
 Crujir se oían los tronchados robles,
 Y de los puentes las cadenas dobles
 Rechinar en los goznes sacudidos

Por el recio huracan estremecidos.
 « ¿Oyes, Clotilde? preguntó Don Felix
 A su aterrada esposa :
 Sin duda se ha formado de repente
 Tempestad horrorosa. »

Clotilde. Yo no sé qué temor me sobrecoje,
 Felix, á ese rumor.

D. Felix. Hace un momento
 Que en la enramada de la selva hojosa
 Tranquilamente suspiraba el viento.

Clotilde. ¡Mas escucha!... parece,
 Felix, que esa ventana se estremece.

D. Felix. El viento que se estrella
 Con estrépito en ella.

Clotilde. Eso será.

D. Felix. Sí, á fé.

Clotilde. Mas parecía
 Que alguna voz humana...

D. Felix. Pura imaginacion, Clotilde mía :
 Solo las aves pueden
 Llegar á esa ventana.

Mas la sangre de horror se heló en las venas
 De los esposos nobles,
 Y paso hallaban al aliento apenas
 Al oír el diabólico ruido
 Con que en aquella reja se efectuaba
 Un misterio á los dos desconocido,
 Mas cuya inmedicacion amedrentaba.

Tras aquella ventana parecía
 Que el espíritu negro de la noche
 La tempestad horrenda dirigía.
 Allí agitado el viento
 En las caladas piedras estrellándose,
 Bramaba airado con salvage acento
 En las molduras góticas rasgándose.
 Ya remedaba el suspirar doliente
 De angustiada muger; ya murmuraba
 Como escondida fuente,
 Y á veces parecía
 Oírse en realidad, no en apariéncia,
 Diabólico concierto que auguraba
 De séres invisibles
 La cercana presencia.
 Y entonces se mezclaba
 En desacorde són y grita horrible
 Detrás de aquella reja
 El graznido fatal de la corneja,
 De la hiena irascible
 El áspero gruñido,
 De la tímida tórtola el arrullo,
 Del pardo lobo el prolongado ahullido,
 Y el agudo silbido
 De la sutil culebra,
 Y el trémulo relincho del caballo,
 Y el canto triunfador con que celebra
 Su victoria ó su amor el ronco gallo
 De este tumulto á par se percibían

Palabras cuyo bárbaro sonido
Ofendía el oído,
Y que mucho á conjuros parecían.
Ya era un susurro sordo y soñoliento
Al són de las abejas parecido,
Ya era penado é íntimo lamento
Arrancado á un dolor fiero y profundo,
Ya el són ahogado del escaso aliento
Del último estertor de un moribundo.
Y acaso entre tan varios alaridos
Se perciben dulcísimos quejidos
De voz enamorada,
Voz de muger que trémula suspira
Amorosas canciones
Que ciego amor á su pesar la inspira.
Y esta voz mugeril tierna y amante,
De hondo misterio incomprensible henchida,
Halagaba tal vez por un instante, [da,
Pero dejaba luego
De pena el alma y de pavor transida,
Ya remedando interesante ruego,
Ya congojosa y triste despedida.
Y estos aterradores
Fatídicos clamores,
Estas mil voces sin compás mezcladas,
Formaban tan fantástico conjunto,
Tan estraña y confusa bataola
Que el mas bizarro corazón si oyóla
Olvídó su valor de todo punto.
Don Felix, aunque asaz supersticioso
Y mucho á tal rumor amedrentado,
Saltó por fin del lecho
Y á la ventana se arrojó brioso,
De santa fé fortalecido el pecho
Y de agudo puñal el brazo armado.
Abrió y en el instante
Repentino relámpago
El aire opaco iluminó brillante;
Bocanada de viento revoltoso
Al aposento penetró ostentoso;
Las gotas de la lluvia desiguales
Botaron de través en los cristales
Desparramadas resbalando al suelo;
Sin que se viera en la estension lejana
De la nublada cavidad del cielo
Mas que las nubes que en tropel seguían
De la tormenta el fugitivo vuelo.
« Ya la tormenta pasa
(Dijo Don Felix en redor mirando)
Y por Oriente el horizonte arrasa. »

Clotilde. ¿Qué ves?

D. Felix. La lluvia, que en
verdad no escasa

En pantano cambió toda la tierra,
Mas cesa ya.

Clotilde. Pues cierra,
Felix, que ese aire mata.

D. Felix. Cierro y durmamos, que se
acerca el día,
Y si el aire las nubes arrebatara,
Mañana haremos á mis ciervos guerra
Y otra vez tendrá fin la historia mia.

VIII.

Amaneció el siguiente
Limpio, sereno y luminoso día
Coronado de sol resplandeciente,
Y dispuesta al placer la noble gente
Que en el castillo á la sazón había
Se aprestó diligente
Para pronta y alegre cacería.

Ordenaron los pródigos barones
A escuderos y pages y vasallos
Sus perros aprontar y sus caballos
Y las demas precisas provisiones.
El rumor de la fiesta en un momento
Retumbó de aposento en aposento,
Y atronaron los largos corredores
Con apodos, con trompas y con gritos
Guias, palafreneros y ojeadores.
Por los patios cundieron
Con gran tumulto y bataola fiera
Voces de mando y ruidos de quimera,
Y tumulto de gente aglomerada,
Y relinchos, y silbos, y ladridos
En que rompió azuzada
Toda impaciente la trailla entera.

Al repentino estrépito
Don Felix y Clotilde despertaron,
Y al ver del sol los vivos resplandores
Dorar de las ventanas las junturas
Al punto adivinaron
La prisa de sus bravos cazadores.
Ya del lecho á saltar iba Don Felix
Cuando Fermin, su viejo camarero,
Leal aragonés encanecido
En servicio del conde, y el primero
Que á empuñar le enseñó tajante acero
Y á domeñar un potro embravecido,
Entró en el aposento alegremente
Con franqueza exclamando aragonesa :
« ¡ Voto á cribas! ¿ aun duerme aqui la gente? »
Levantaos, señor, y daos prisa,
Que no quiero que os llame negligente
Esa orgullosa multitud francesa. »
Lo cual Clotilde oyendo
Dijole sonriendo :
« Fermin, ¿ qué audacia es esa? »
Y él contestó, la frase corrigiendo :
« Perdóne mi señora la condesa,
Francesa fué cuando doncella y sola,
Mas unida á mi amo es ya española. »
Con lo cual las cortinas apartando,

El buen **Fermin** á su señor sirviendo
Pronto sino muy bien fuéle ataviando.

Y díjole Don Felix :

« A esos señores di que nos esperan
Que partan cuando quieran.
—¿Cómo, señor, y estando en vuestra casa...? »

— Obedece, Fermin, que el día pasa
Y nosotros al punto montaremos
Y á encontrarles iremos. »

Salió el viejo, y don Felix,
Ya vestida su esposa,
Abriendo la ventana, exclamó al cielo
Mirando : « ¡Qué mañana tan hermosa!
— Mas con lo que ha llovido, dijo aquella,
Debe de ser un cenagal el suelo. »

A cuya reflexion bajando el conde
Los ojos, tropezó con un objeto
Del que no osaba, mudo de sorpresa,
Volverlos á apartar... y la condesa,
Viendo que ni se mueve ni responde,
Llegóse y apoyándose en su hombro
Siguló su vista, y el objeto hallando
Que contemplaba, enmudeció de asombro.

Pura, olorosa, fresca y solitaria,
En una grieta que en el muro había
Vegetaba una hermosa PASIONARIA
Que á los besos del aura se mecía.

Ocultas en el hueco sus raíces,
Solo en el aire al parecer segura,
Mostraba sus riquísimos matices
De la pared sobre la piedra oscura.

Nacida en el dintel de su ventana,
Y en medio de sus góticas labores,
Dijeran que la flor salía ufana
A ser vista no mas de sus señores.
Para ellos es la esencia soberana
Que exhalan sus purísimos olores ;
Solo su mano alcanza á su guarida,
Y en su mano no mas tiene la vida.

En un capricho de la esposa bella,
En un deseo del galán esposo
Puso Dios el influjo de su estrella,
Y estriba en él su porvenir dudoso.
Acaso adorne su beldad con ella
Si halla Clotilde su valor precioso,
Y él acaso la arranque y se la ofrezca
Como oportuno adorno le parezca.

Mirábanla los dos y no podían
Dejarla de admirar. ¡Qué hermosa era!
Al sol sus verdes hojas se tendían,
La flor de su capullo echando fuera,
Y una encantada tienda parecían,
Cuyos lienzos plegando una hechicera
El primoroso-encanto que guardaba
Bajo su ricc pabellon mostraba

Y al mágico poder de sus conjuros
Sometida la flor por el encanto,
Los tornasoles de la luz mas puros
Reverberaba su oloroso manto.
Los del iris radiante eran oscuros,
Y no brillaban los del alba tanto
Como los que la flor mostraba en ella
Ante los ojos de la esposa bella.

Si, á fé : los de Clotilde parecían,
El espíritu y luz de sus colores ;
Con mas lujo y valor resplandecían,
Cuanto mas la miraban, sus primores :
De su cáliz así se desprendían
Mas suaves y mas puros sus olores,
Y á dó Clotilde en rededor miraba
Girasol de sus ojos se tornaba.

Si tendía su mano hasta cogerla,
Oscilaba á su tacto estremecida :
Si acercaba sus ojos para verla,
Se esponjaba al favor agradecida ;
Si llegaba con su hábito á mecerla,
Cobraba al recibirle doble vida,
Y era en fin de su antojo tributaria
La encantada y silvestre PASIONARIA.

« ¿Cuándo ha nacido esa flor? »

Dijo el conde á la condesa.

« ¿No has sido de esta sorpresa,
Díjole ella, tú el autor? »

D. Felix. ¡No, á fé mia!

Clotilde. Yo pensaba

Que tú la hubieras traído.

D. Felix. No por cierto, ahí ha nacido.

Clotilde. Artificio la juzgaba,
¿Pues cómo en piedra tan dura
Flor de tal delicadeza?

D. Felix. ¡Estraña naturaleza!

Clotilde. ¡Y mas estraña hermosura!
¿Mas la tormenta pasada
Cómo de ahí no la arrancó?

D. Felix. Antes creo que brotó
Con ella fecundizada.

Clotilde. ¡Raro portentoso!

D. Felix. Sí, á fé.

Clotilde. ¡Y qué olorosa y qué bella!

D. Felix (alargando la mano para co-
gerla). Orna tu frente con ella.

Clotilde (deteniéndole). No la cortes, no.

D. Felix. ¿Porqué?

Clotilde. Es que viva privilegio
Que la quiero conceder :
Páreceme que ha de ser
Arrancarla un sacrilegio.
Pues ha venido á adornar
Mi ventana flor tan bella,
Ha de mantenerse en ella

Y en ella se ha de agostar.
Sea un secreto su vida
Velado á todo importuno,
No quiero que por ninguno
Pueda ser apetecida.

D. Felix. Sea, pues, como tú quieres.

Clotilde. Secreto es mío, lo he dicho;
Ya sabes que en un capricho
Se esclavizan las mugeres.

D. Felix. No quiera Dios, alma mia,
Que ese capricho te estorbe
Quien corriera todo el orbe
Por tu sola fantasía.
Viva esa flor hechicera
Cuanto así pueda vivir :
Y... ¡ha de pesarla morir
Siendo tú su jardinera!

Y así hablando los esposos
Al viejo Fermin llamaron
Y ambos á dos afanosos
Cuidados muy oficiosos
Por la flor le encomendaron.

Y viendo en el encinar
Correr ya los ojeadores,
Para irlos luego á encontrar
Se mandaron ensillar
Sus dos caballos mejores.

IX.

Tres jornadas duró la cacería,
Fecunda en reses y en azares varia,
Y al volver la condesa al otro día
A visitar su linda Pasionaria
Encontróla en la grieta todavía
Pura, olorosa, bella y solitaria,
Mas frescos y brillantes sus matices,
Mas á la piedra asidas sus raices.

Las hojas de su verde enredadera
Profusamente en su redor brotaban,
Y muchas ya de la ventana fuera
En sus ricas labores se enlazaban;
Pero entre ellas la flor única era,
Mas capullos en ellas no apuntaban
Ni anunciaban sus galas esquisitas
Próximo el tiempo de ceder marchitas.

Y un día se iba tras otro,
Y mas fresca y mas lozana
Abria cada mañana
Su tienda de hojas la flor,
Como amante cuidadosa
Que con el alba despierta
Y abre en silencio su puerta
A la señal de su amor.

La condesa, que hechizada
Con su hermosa flor vivía,
Pasábase todo el día
Contemplándola crecer;
Y cada vez el ramaje
De su libre enredadera
Mas rico y sombrío era,
Mas lujurioso dó quier.

Por dó en el muro encontraban
O en la prolija moldura
Sus tallos una hendidura
Prendian una raíz,
Y de ella brotando pródiga
Rama fecunda y lozana
Entoldaba la ventana
Fresco y silvestre tapiz.

A par que se iba cerrando
Su enmarañado tejido,
El tallo á la flor asido
Iba creciendo á la par,
Y del ameno follage
La flor colgada en el centro
Del arco quedaba dentro
Entre uno y otro pilar.

Allí del sol y del viento
Y del turbion guarecida,
Se prolongaba la vida
De la misteriosa flor;
Y allí conforme pasando
Iban los días por ella,
Amanecía mas bella
Y con hechizo mayor.

Y allí gozar dulcemente
Larga existencia esperaba,
Pues ella misma plantaba
Donde vivir un vergel;
Y allí sin duda orgullosa
A reinar sola venía,
Pues ella se suspendía
Su primoroso dosel.

Ufanos de poseerla
Los dos amantes esposos
Guardábanla cuidadosos
De todo extraño desman,
Y á fé que no se pasaba
Un día en que veces ciento
No entraran en su aposento
De la flor con el afán.

Para velarla á las aves
De la ventana por fuera
Tendieron una ligera
Y sutilísima red,

Y nadie entraba en su estancia
Ni de noche ni de día,
Pues solo á Fermin se hacía
Tan señalada merced.

Alli pasaban las horas
Los condes enamorados
Con su flor embelesados
En sabrosa soledad;
É ibanse mientras sus huéspedes
Del castillo despidiendo
Enojosa comprendiendo
O inútil su sociedad.

Así olvidados y ajenos
De amistades é intereses,
Iban pasando los meses
En su castillo feudal,
Sin ver que pronto vendría
Lluvioso el invierno y crudo,
Y de su pompa desnudo
Sería el campo un erial.

Acostumbrados sus ojos
A encontrar cada mañana
Vegetando en su ventana
Con nueva vida su flor,
Tal vez identificóla
Clotilde con su existencia,
Divinizando en su esencia
Su porvenir ó su amor.

Tal vez simpático afecto
Hácia la flor la arrastraba,
Y un sér oculto adoraba
En su capullo gentil,
Y acaso algun amoroso
Espíritu desterrado
Creía en ella encerrado
Con sencillez infantil.

La saludaba gozosa
Cuando el capullo se abría
Y al plegar le despedía
Su nocturno pabellon,
Como si en verdad pudiera
El de aquella Pasionaria
De algun alma solitaria
Ser la estraña habitacion.

El inocente capricho
Su amante esposo reía,
A su loca fantasía
Crédito dando tal vez,
Pues era el amor su vida,
Y en el amor hay instantes
En que vuelven los amantes
Del niño á la candidez.

Mas ya el abrasado agosto
Tras julio ardiente pasaba,
Y nunca se marchitaba
Ni envejecía la flor.
Plegaba todas las tardes
Su capullo al caer el día,
Y siempre á abrirle volvía
Con mas hechizo y primor.

Nunca brotaron sus ramas
Otros capullos, y nunca
Ni la tormenta la trunca,
Ni la arrebata el turbion,
Ni el crudo cierzo la huela
Ni la consume el rocío,
Y el invierno y el estío
Benignos al par la son.

« Señor (á Don Felix dijo
El viejo Fermin un día),
A no ser vuestra diría
Que hay hechizo en esa flor.
— ¡Hechizo, Fermin! ¿qué dices?
— Cosa de encanto parece
Porque ni mengua ni crece
Ni muere nunca, señor.

Mi señora la condesa
Con ella está enloquecida,
Como á vos mismo la cuida
Y quiérela como á vos.
No tiene empeño mas grave,
Ni cosa que mas la importe:
Y hacer á una flor la corte
No es cosa que manda Dios.

Honores, fausto y nobleza
Por ella habeis olvidado:
Por ella habeis enojado
A vuestros deudos tambien,
Pues su amistad concibiendo
Que os era enojo importuno
Desfilaron uno á uno
¡Y ojalá que pare en bien!

— ¿Qué quieres decir?
— Yo nada,

Mas mucho el vulgo murmura,
Y dan por cosa segura
Que á la nigromancia os dais:
Que no sois francés recuerdan,
Y corren aunque en secreto
Sospechas sobre el objeto
Que en vuestro encierro llevais.

Dicen que habeis sometido
Por medio de un sabio ó brujo
De los astros al influjo
El horóscopo del rey;

Y si va por donde quemá
Del vulgo la vil malicia,
Me temo que la justicia
Nos encare con la ley.

Y en fin, señor, yo que embustes
No puedo sufrir en calma,
Un día me rompo el alma
Con el mejor del país,
Y con tres zaragozanos
Que meta entre esos franceses
Hay una de aragoneses
Que se estremece París.

— ¡Bah! buen Fermin, no desbarres
Soñando con tus paisanos.

— ¿Y los tres zaragozanos
Qué os sirven?

— ¿Y qué son tres?
— Como el mas imberbe de ellos
En un callejon se aposte,
Ya sé yo que el gran prevoste
Con su ronda vuelve piés.

— Fermin, replicó Don Felix,
Decididos y tenaces
Ya sé yo que sois capaces
De eso y mas los de Aragon,
Mas si meteis algun dia
Quimera con los paisanos
Os mando cortar las manos
Sin otra averiguacion. »

Y esto escuchando, á una seña
De su señor, el camino
De la escalera mohino
Tomó y humilde Fermin.
Quedóse á solas Don Felix
Con su flor y con su esposa,
Y en su posicion dudosa
Empezó á pensar al fin.

Estrangero y largo tiempo
De la corte retraido,
Y acaso el rey prevenido
Estando ya contra él;
Por bizarro y opulento,
Con muchos enemistado,
Y de muchos envidiado...
Era algo ruin su papel.

Audaz por naturaleza,
Por español altanero,
Valiente y buen caballero
Sufriera un desaire mal:
Y en su honor y antigua fama
A mantenerse resuelto,
Hubiérasele devuelto
Al mismo rey por igual.

Mas existia otra causa,
Otra razon, otro objeto,
Otro escondido secreto
Que le impedia partir;
Secreto, sí, que hasta entonces
Dentro de su alma escondido
Había tal vez vivido
Sin dejarse percibir.

Aquella flor que, gozando
De una frescura infinita,
Jamás doblaba marchita
Su primoroso boton;
Aquella flor misteriosa
Cuya inmediata presencia
Tenía oculta influencia
En su propio corazon;

Aquella flor cuya vista
Era el placer de su esposa,
De cuya esencia olorosa
Gozaba con tanto afan,
Vió el triste que allá en el fondo
De su pecho enamorado
Había el poder cobrado
De un dañoso talisman.

De aquella flor peregrina
La hermosura le hechizaba,
En su presencia gozaba
Incomprensible placer,
Y al percibir de su cáliz
El mágico aroma, apenas
Sentía dentro sus venas
La sangre inquieta correr.

De aquella flor á la vista,
Sentía que en su memoria
Se renovaba una historia
De mucho olvidada ya,
Y en ella ardía un recuerdo
Triste, eterno y solitario,
Como luz que en un santuario
Ardiendo perenne está.

Jamás entibiado habiase
Con su esposa su cariño,
Pero su historia de niño
Jamás se le recordó
Hasta aquella horrible noche
De repentina tormenta
En que de su historia cuenta
Clotilde le demandó.

Indiferente y tranquilo
En la siguiente mañana
Abrió él mismo su ventana,
Mas, la Pasionaria al ver.

Sintió por la vez primera
 Con amargo sentimiento
 Aquel fatal pensamiento
 En su mente aparecer.

Vago y sin fuerza hasta entonces
 Y alla en el alma escondido
 Recuerdo tal habia sido
 Un imperceptible iman,
 De cuya robusta fuerza
 Jamás llegó á recelarse
 Hasta que quiso apartarse
 Del funesto talisman.

El, de sí mismo con miedo
 Juzgólo aprension, capricho,
 Y él no se lo habia dicho
 Ni aun á sí mismo jamás;
 Mas del buen zaragozano
 Fermin la ruda franqueza
 Corroboró la certeza
 De sus sospechas en mas.

Entonces con claros ojos
 La realidad contemplando,
 Fué Don Felix empezando
 La verdad á comprender,
 Por una parte alarmada
 La suspicacia francesa,
Por otra víctima y presa
 De unos hechizos su sér.

De tantos ojos voraces
 Atentos á sorprenderle,
 Ocultarle y defenderle
 Fué cosa imposible al fin,
 Y de la flor el secreto,
 Por último divulgado,
 Por dó quier fué interpretado
 Con la malicia mas ruin.

Ya con amistad fingida
 Y con pretestos capciosos
 Llegaron varios curiosos
 El castillo á penetrar,
 Del español envidiado
 En la mansion ó el semblante
 Buscando del nigromante
 Señales que denunciar.

Y algunos sabios fanáticos
 Con curiosidad sencilla
 Quisieron la maravilla
 De la Pasionaria ver.
 Mas enojado Don Felix
 De su impertinente audacia,
 Negóse con pertinacia
 Su permiso á conceder.

Arrastrólos sin embargo
 La fé de su ciencia vana
 Hasta acechar la ventana
 Donde existia la flor,
 Y viendo á los dos esposos
 En ella continuamente
 Tuvieron por evidente
 Un sér maleficiador.

Dieron al conde Don Felix
 Por enemigo de Francia,
 Y adquirió tal importancia
 Esta opinion, que hasta el rey
 Llegó á recelar acaso
 De aquel hechizo el influjo,
 Teniendo al supuesto brujo
 Vigilado por la ley.

Don Felix, que idolatraba
 Con toda su alma á su esposa,
 Sintiendo otra poderosa
 Llama en su pecho brotar,
 Airado contra si mismo,
 Loca tentacion juzgándola,
 Quiso de su alma arrancándola
 La fé de su amor salvar.

Y un dia en que ambos gozaban
 La bella flor contemplando,
 Conversacion entablando,
 Dijo Don Felix así:
 « ¿No te parece, Clotilde,
 Que hay en esa Pasionaria
 Una magia extraordinaria
 Que nos alucina? »

Clotilde. Si,
 Yo cerca de ella un deleite
 Tan soberano percibo
 Que me parece que vivo
 Donde ella vive mejor.
 Nada con ella echo menos
 Y en su presencia me place
 Sentir, Felix, que renace
 Mas tierno por tí mi amor.

D. Felix. No es tal mi dicha, Clotilde;
 Yo siento una incertidumbre,
 Una estraña pesadumbre
 Al contemplarla no mas.
 Paréceme que á su vista
 Nuestro amor se disminuye,
 Y la ventura nos huye
 Para no volver jamás.

Clotilde. Felix; tú pierdes el juicio!
 ¿Qué puede en nuestra ventura
 Intervenir la hermosura
 De esa solitaria flor?

D. Felix. No acierto, Clotilde mia,
 De tal misterio el origen,

Mas mil temores me afligen
Y... destruirla es mejor.

Clotilde. Eso no; cuando la vimos,
La acogí bajo mi amparo
Y quien la toque declaro
Que atenta á darme un pesar.
Aquí esa flor ha nacido
Y es mi deleite, mi encanto;
Y aquí, Felix, por lo tanto
Cuanto pueda ha de durar.

D. Felix. Sea, y no quieran los cielos
Que ese capricho te estorbe
Quien corriera todo el orbe
Para buscarte un placer.

Clotilde. Ah, Felix mio, perdóname,
Si mi amor te la defiende,
¿Mas en qué mi flor te ofende?
¿Qué puede en tu mal tener?

Mis ojos gozan mirándola
Tan pura siempre y tan bella :
Tengo mi capricho en ella
Como mi amor tengo en ti :
Tan poderoso es el mio
Como es el otro constante,
¿Pensas que menos amante
La flor ha de hacerme, di?

No; los gustos peligrosos
De la necia corte olvido;
Helos ya sustituido
Con su inocente primor,
Y aquí en soledad tranquila
En pura y campestre calma
Mas no apetece mi alma
Que su Felix y su flor.

Y así diciendo, en los brazos
Caë Clotilde del conde;
Y este el semblante la esconde
Alterado de placer.
Y así su enojo ahuyentando
Con dulcísimas caricias
Tornaron á las delicias
Del amor que les da el sér.

Y uno tras otro así fueron
Los bellos días pasándose,
Su dulce vida llevándose
De soledad y de amor.
Y al asomar por Oriente
La aurora cada mañana,
Fresca, olorosa y lozana
Se abría siempre la flor.

X.

¡Ay del que necio en la fortuna fia !
Ay del que espera en el poder mundano !

El que vive feliz un solo día
Otro tal vez igual espera en vano.
Si, todo al fin el tiempo lo trastorna,
Todo en la tierra por su mano pasa,
Y el monte que hoy adorna
Con espeso amenísimo follage
En breve espacio con furor arrasa,
Sin que halle en él la yerba mas escasa
El pájaro mas ruin por hospedage.
Y su golpe no quita
Casco ferrudo ni áurea corona,
Ni su arbitraria enemistad se evita
Con fuertes torres ó tendida lona,
Porque salva la mar con solo un paso,
Y á su soplo se hienden las murallas
Como en el fuego se quebranta un vaso.
No hay para el tiempo ni exencion ni vallas.
Diez meses no serian
Tal vez cumplidos, y en dolor trocadas
Las dichas de Don Felix se veian,
Su esperanza y sus glorias trastornadas.

Era un día de niebla húmedo y frio,
Todo era soledad, silencio todo
El castillo sombrío.
No por sus anchas bóvedas sonaba
Rumor alegre de placer y vida,
No clamorosa multitud se hallaba
En sus largos salones reunida.
No, no; todo es ahora
Duelo y quietud, que el tiempo y la fortuna
Sientan allí su mano asoladora,
Y quien le habita llora
Sin esperanza alguna.
En un largo aposento
Dó medio roble humeado
Tendido en una antigua chimenea,
El rostro macilento,
Y de pesar el corazón transido,
Yace Don Felix en el hondo asiento
De una poltrona hundido.
Las lágrimas que brotan de sus ojos
Indicios son de su dolor; estrecho
Paso sus labios dan á los gemidos
Que arranca de su pecho,
Y claros de la suerte los ojos
Se muestran en sus ayes doloridos.
Fermin, el buen soldado,
Mustio tambien y pálido el semblante,
Del fuego está delante
Junto al conde sentado,
Y acreditar sus pesadumbres puede
La igualdad del señor con el vasallo,
Pues solo el infortunio la concede.
« No hay remedio, Fermin, dijo Don Felix,
Los doctores así me lo aseguran.

— Los doctores, señor, por sí la yerran,
Casi siempre desgracias nos auguran.
— ¡No, Fermin, es inútil esperanza!
Ellos mismos confiesan
Que su ciencia no alcanza
La muerte á detener. »

Y aquí callando
Tornó al llanto Don Felix,
Y el anciano Fermin siguió llorando.

Y era razon llorar por la condesa,
Pues de dolencia inestinguible presa,
Aunque de tres doctores asistida,
Se hallaba en tal momento
A las manos de un mal íntimo y lento
Próxima á despedirse de la vida.

Y en aquel aposento,
Del esfuerzo postrero de la ciencia
Esperaban el fallo
Con dudosa impaciencia
El mejor conde y el mejor vasallo.

Abrióse al fin la puerta
Que de la esposa al aposento daba,
Y la mirada incierta
Ninguno á ella dirigir osaba.
Tuvieronse en silencio los doctores
Al dintel con respeto
Al intenso dolor del noble esposo,
En su gesto turbado y lastimoso
Mal ocultando su fatal secreto.

« Acercaos, señores,
Don Felix dijo al fin, daráme ayuda
Para arrostrar en calma mis dolores
El Dios á quien suplico que me acuda
En mis cuitas mayores.
¿Hay esperanza aun? »

— « La ciencia vana
« De los hombres, señor, no encuentra alguna.
« Solo de Dios la ciencia soberana
« Sabe qué sol alumbrará mañana,
« Y ve de todos el sepulcro y cuna;
« Fuera de esa esperanza, no hay ninguna. »
Cayó en su silla el conde desplomado,
Y ocultando en las manos el semblante,
En su propio dolor quedó abismado.
Y aprovechando al punto aquel instante,
Del cuarto los empíricos salieron,
Y del castillo, á dó jamás volvieron.

Su fin tocaba el día,
Y mas densa la niebla encapotaba
La atmósfera; la noche que avanzaba
Fria, lluviosa y lóbrega venia;
Y sin fuerzas el viento no sonaba
En la enramada umbria.
En apartada alcoba
Que alumbraba escasa lámpara, se queja

Clotilde hermosa á quien la vida deja,
Y á quien la muerte para el mundo roba.
Desencajado el rostro y amarilla
La tez rosada y pura,
En sus radiantes ojos ya no brilla
La luz de la hermosura.
Sus labios sin color no se despliegan
Con amorosa y celestial sonrisa
Y sus ebúrneas manos ya no juegan
Con sus espesos rizos,
Que no mecerá mas la mansa brisa
Descubriendo los mágicos hechizos
Del torneado cuello,
Del pecho virginal y el hombro bello.
Aun tiene, amante con su mano asida
De Don Felix la mano,
Y aun con escaso aliento
Murmura su postrera despedida.
Y aun buscan en el lóbrego aposento
Sus turbios ojos el objeto amado
De su alma enamorada aun no borrado.
El amoroso conde que la adora
Junto á su lecho desolado llora,
Y á las palabras de su amor responde
Con palabras mentidas de consuelo,
Porque no se le esconde
Que á ver no volverá la luz del cielo.
« ¿Porqué lloras, mi bien? » le preguntaba
La moribunda esposa,
Y con voz cariñosa
« No lloro » el infeliz la contestaba,
Y así plática entre ambos se entablaba :

Clotilde. Si, sollozar te escucho.

D. Felix. Tu mente débil telo fingeacaso.

Clotilde. No, Felix, no me engaño, te amo
mucho,

Y esta mano en tus lágrimas me abraso.
Leo en tu corazón.

D. Felix. Clotilde mia,

Del pensamiento aleja
Tan tristes ilusiones.

Clotilde. Ay, Felix, es en vano tu porfía,
Escusa ya ficciones,
Falsas palabras deja,
Ya sé que llega mi postrero día.
¿Me amas aun?

D. Felix. Mis lágrimas te dicen
Cuanto es mi amor; la eternidad entera
Escaso tiempo para amarte fuera.

Clotilde. Dime, ¿y mi flor? ¿estiende to-
davía

Sus hojas ante el sol? ¿han decaido
Sus brillantes colores?

D. Felix. No, Clotilde, sus ramas han
crecido.

Clotilde. ¿Pero y la flor?

D. Felix. Aun sola permanece

Y otro capullo en derredor no crece.

Clotilde. ¿Cuánto tiempo hace ya que no la veo?

D. Felix. Pocos dias no mas.

Clotilde. Años perdidos

Sin contemplarla que pasaron creo.

¿Se alcanza desde aquí?

D. Felix. Tal vez corriendo

Tus cortinas, y abriendo

La puerta de esa cámara vecina

Se alcance á ver.

Clotilde. Pues abre y que mis ojos
La vuelvan á mirar, antes que cieguen
De la muerte implacable al ser despojos.

Abrió en esto Don Felix

La puerta de la cámara en que estaba

La flor maravillosa,

Y al gótico balcon donde brotaba

Tendió los ojos la doliente esposa.

Oscura estaba la noche,
Los ojos mas perspicaces
No hubieran sido capaces
Su lobreguez de sondear.
Tendió á la ventana el conde
En las tinieblas la mano,
Mas abrió con ansia en vano
Sus ojos de par en par.

El mas escaso reflejo
No vió penetrar por ella,
Que no alumbraba una estrella
Del cielo la inmensidad.
Su negro manto en los aires
Las nieblas habían tendido
Y de la luna sorbido
La trémula claridad.

Aun fresca, olorosa y pura
La encantada Pasionaria
Vegetaba solitaria
En su enramado vergel:
Y aunque no pueden los ojos
Percibirla en la distancia
Revela bien su fragancia,
Su eterna presencia en él.

« ¿ Dónde estás, dijo Clotilde,
Flor mia, que no te veo?
Si comprendes mi deseo,
Déjate ver, linda flor:
Siento ¡ ay de mí ! que al buscarte
Los ojos se me oscurecen;
Muéstrate, flor, si merecen
Mis ojos ver tu color. »

A estas palabras, del lecho
De la moribunda enfrente

Se iluminó de repente
Ténue y fosfórica luz
Producida en las tinieblas
De la oculta Pasionaria
Por la esencia extraordinaria
Y la mágica virtud.

Retrocedió amedrentado,
La luz fantástica viendo,
Don Felix, y no sabiendo
Los ojos de ella apartar,
Ni á respirar se atrevía,
Cuando en el otro aposento
Con desfallecido acento
Oyó á Clotilde llamar.

Acudió el triste solícito
Al pié de su cabecera
Y allí de aquesta manera
Decir á su esposa oyó:
« Escucha, Felix, sentada
La muerte á mi lado veo,
Mas un extraño deseo
Al sentirla me asaltó,

Y dulcemente la vida
Mi espíritu abandonara
Si este deseo lograra.
— ¿ Como lograréte? di.
— De tí tan solo depende.
Mas que te cueste no es justo
Este capricho un disgusto.
— Acaba.

— ¿ Consientes?
— Sí.

— Pues mira, esa Pasionaria
Que fué mi encanto viviendo,
Pluguérame que muriendo
Fuera mi último placer.
De nuestro mal compañera,
Cual de nuestro amor testigo,
Que muera esa flor conmigo
Pues que me debe su sér.

Sí, apenas contaba un dia
Cuando quisiste ofrecérmela,
Sea su suerte la mia,
Felix, arráncala hoy;
Ese es el favor postrero
Que ya de tu mano espero,
Cúmplemele, y al sepulcro
Tranquila y contenta voy. »

Quedó aterrado Don Felix
Propuesta tal escuchando,
La mano tender no osando
A la misteriosa flor,
Los desencajados ojos
Fijos en ella teniendo,

Y en las pupilas sintiendo
Su mágico resplandor.

A comprender esta idea
Su mente no se atrevía,
Su voluntad resistía
Su ejecucion á emprender;
Y aquel pensamiento solo
La tiene en duda tan fiera
Como si á su impulso fuera
Un crimen á cometer.

Sí, sometido al influjo
De un vértigo incomprendible,
Sentía en sí una terrible
Desusada conmocion :
De un sér incógnito, oculto
Secreto terror le asalta,
Y conoce que le falta
Valor en el corazón.

Que aquella flor que fué un tiempo
Las delicias de su esposa,
Cuya existencia preciosa
Quiere hoy romper con afán,
Ve el triste que allá en el fondo
De su pecho enamorado
Todo el poder ha cobrado
De un dañoso talisman.

De aquella flor á la vista,
Siente que allá en su memoria
Se le renueva una historia
De mucho olvidada ya,
Y en ella vive un recuerdo.
Triste, eterno y solitario,
Como luz que en su santuario
Ardiendo perenne está.

¡Oh! no, imposible que él sea
Quien aquella flor destruya;
Su vida es la vida suya,
El suyo tal vez su sér.
No, imposible; sin su esposa,
El como ella necesita
Aquella flor inmarchita
Por compañera tener.

Será de su amor pasado
Cuando ella falte un objeto,
Será un místico amuleto
Que aliviará su dolor :
Y de Clotilde el espíritu
Identificado en ella
Siempre pura y siempre bella
Será ella misma la flor.

En sus brillantes colores,
En su inmarchita frescura

Él hallará su hermosura,
Su perdida sociedad.
Y en su castillo encerrado
Para siempre noche y día
No tendrá mas compañía
En su larga soledad.

Mas ¡ay! que á la par Clotilde
Desea arrancarla ahora
Y el buen Don Felix la adora
Con toda su alma y su sér,
Y es imposible que al cabo
Su afán postrimero estorbe
Quien corriera todo el orbe
Para buscarla un placer.

Acostumbrada de antiguo
Al encontrar cada mañana
Al ir á abrir su ventana
Con nueva vida su flor,
Tambien identificóla
Clotilde con su existencia,
Divinizando en su esencia
Su porvenir ó su amor.

Y aun en la misma ventana
Su enredadera ceñida,
Aun vegetaba prendida
La Pasionaria al dintel :
Mas ya crecidos los tallos
De sus ramas parecía
Que desprenderse quería,
A su verde cuna infiel.

Y en la mas larga pendiente
Ya dentro del aposento
Yacia en el pavimento
Sin arrimo y sin sosten,
Como si, el fin contemplando
Avanzar de su señora,
Al suyo en la misma hora
Quisiera llegar tambien.

Dijeran que, adivinando
El término de su vida,
La postrera despedida
Quería á Clotilde dar,
Y que, hasta su mismo lecho
Subir intentando en vano,
Tomó el lugar mas cercano
A donde pudo arribar.

Y él la contemplaba trémulo
Y ella su flor le pedia,
Y Don Felix no sabía
En verdad qué resolver.
La flor seguía en la sombra
Ante sus ojos brillando
Y él la seguía mirando
En acuerdo sin volver.

Al fin, la voz de su esposa
Oyendo desfallecida
Que á Dios decía á su vida
Clamándole por su flor,
Sobre ella dió de repente
Y en la oscuridad asiéndola :
— ¡Sea pues! dijo, rompiéndola
Con insensato furor.

A tal momento Clotilde
Lanzó el último gemido :
Y el conde, de horror transido,
En las tinieblas quedó
Al escuchar que su nombre
Dentro del mismo aposento
Otro conocido acento
Tiernamente pronunció.

« ¡Cielos! exclamó espantado,
¿Es realidad ó deliro?
¿De quién era ese suspiro
Que en las tinieblas oí?
— Felix, repuso en la sombra
Aquella voz dolorida,
¿No me conoces, mi vida?
Yo soy, acércate á mí. »

Desatinado y atónito,
Tomó una lámpara el conde
Y al sitio volviendo donde
La Pasionaria arrancó
Vió con estúpido asombro
El desconocido objeto
Que el miedo y amor secreto
Hácia la flor le inspiró.

Pálida, fria, y sin aliento apenas,
namorada aun y encantadora,
En lugar de la flor yacia AURORA
En medio del oculto camarín.
Contemplábala atónito Don Felix,
El misterio fatal no comprendiendo,
Y tendiale Aurora sonriendo
Los yertos brazos, próxima á su fin.

Y aun amoroso el rostro moribundo,
Dijole así con voz desfallecida :
« He estado junto á tí toda mi vida,
Y muero con mi amor cerca de tí.
Velada á vuestra vista entre las hojas
De una hermosa y silvestre Pasionaria,
Fuí huésped de esa reja solitaria,
Y os vi felices y dichosa fui.

« Siempre te amé; mas siempre cuidadosa
Miré mas que á mi amor á tu ventura;
Tú no fueras feliz con mi hermosura,
Y en mi encerré mi generoso amor.

Dios hizo que á este amor triste y sin premio
Fuera el amor de tu Clotilde unido,
Mas nuestro tiempo le pedí medido
Por el tiempo no mas de aquella flor.

« No nos fué dado nunca conocernos,
Mas á la par vivimos y te amamos;
Ambas unidas á la tumba vamos,
Y te perdemos á la par las dos.
Juntas morir nos otorgó el destino,
Y tú mismo, al cortar mi Pasionaria,
Cumplistes mi recóndita plegaria.
Recibe, pues, mi postrimer adios. »

Y á estas palabras la cerviz doblando,
Voló al cielo su alma enamorada,
Y en medio de la atmósfera nublada
Repentino relámpago brotó.
Las ramas de la verde enredadera
En la estrecha ventana se inflamaron,
Y sus hojas ceniza se tornaron
Que el agitado viento arrebató.

Tendió Don Felix las convulsas manos
Ciego á su vista y de dolor transido,
Y privado de aliento y de sentido
De la ventana al pié se desplomó.
Y diz que en su castillo de Aracena
Pocos años despues triste vivía,
Y que á Aurora buscaba todavía
Por el ameno valle en que vivió.

Aun de su viejo castillo
En una capilla oscura
Se encuentra la sepultura
De su postrero señor,
Y en vez del busto de mármol
Y de inscripcion funeraria,
Hay solo una Pasionaria
De mano de un escultor.

LEYENDA QUINTA.

APUNTACIONES PARA UN SERMON

SOBRE LOS NOVISIMOS,

TRADICION.

AL LECTOR EL AUTOR.

Como lo vas á leer
Me lo contaron, lector :
Atañe al historiador
Lo cierto que pudo haber.

Lo que mas la plazca de ello
Crea tu razon discreta :
Mas no olvide que al poeta
Pertenece lo mas bello.

Querer dar con la verdad,
Fiándose en sus escritos,
Es á yerros infinitos
Asentir con ceguedad.

Yo no pretendo enseñarte,
Lector, á menos atento;
Me daré por muy contento
Si es que consigo agradarte.

Solo á arrancarte un suspiro
O una sonrisa aunque leve
Mi estéril pluma se atreve,
Solo á deleitarte aspiró.

Dejemos la verdad, pues,
Que es la verdad siempre amarga
Y lo cierto grave carga
Para los poetas es.

Lo falso á lo verdadero
Lleva ventaja infinita,
La mentira es mas bonita
Y yo siempre la prefiero.

La razon fria y severa
No hallará esta fantasia
Muy de su gusto, á fé mia;
Pero piense lo que quiera.

El pueblo me la contó
Y yo al pueblo se la cuento :
Y pues la historia no invento
Responda el pueblo y no yo.

No hay en ella mas verdad
Que lo que Hartzenbusch ha escrito,
Y yo por darme lo admito
Importancia y gravedad.

El, verídico escritor,
Me garantiza esta historia.
Pues yo soy, pese á mi gloria,
De mentiras profesor.

Yo vivo con la mentira,
Lector, en público trato,
Y confieso sin recato
Que la verdad no me inspira.

Empiezo mi cuento, pues,
Y si te agrada, lector,
No preguntes al autor
Si mentira ó verdad es.

INTRODUCCION

QUE EL SEÑOR HARTZENBUSCH HA TENIDO LA
GALANTERIA DE PONER A MI LEYENDA QUINTA.

Poco antes que en el Duero se sepulte,
Cruza Pisuerga plácida campiña,
Donde la rica mies, la rica viña
Derraman sus tesoros á la par.

Descuella un monte allí : sobre su cumbre
Un gigantesco torreón se eleva,
Monstruo que con las victimas se ceba
Que le da el despotismo á devorar.

Agrio són de cadenas y cerrojos,
Amenazas de bárbaros sayones,
Súplicas, alaridos, maldiciones
Llenan aquella lúgubre mansion.
Fortaleza la llama quien lejano
Su mole ve sin registrar su centro,
Llámala infierno quien suspira dentro,
Cárcel la ley, su afrenta la razon.

Allí un anciano en miserable estancia,
Mas bien que calabozo sepultura,
Sufre de sus pesares la tortura
Con el pié de la muerte en el umbral.
Pero en aquella frente consagrada
Señales duran de lo que era un día,
Centellea en su frente todavía
La llama del espíritu marcial.

Bajo el morado episcopal vestido
Violento late el corazón de Acuña :
Cuando su mano el pectoral empuña,
Fué un acero tal vez lo que buscó.
¡PADILLA! sin cesar suena en su labio,
Y un ¡ay! le sigue y el prelado llora;
Y es el audaz prelado que en Zamora
¡Santiago y libertad! apellidó.

« ¡Porqué, Señor, arrodillado dice
Delante de un ebúrneo crucifijo,
Porqué, Señor, tu cólera maldijo
La jornada infeliz de Villalar?
¿Era pendon de iniquidad acaso
La bandera del noble comunero?
Por defender el injuriado fuero
¿No es lícito la espada desnudar? »

Si entronizado el codicioso belga
Saqueaba el palacio y la cabaña,
Y desangrando á la infeliz España
Rios de oro enviaba á su nacion;
Se reia en espléndido banquete
Sirviéndole de música el gemido
De un pueblo que, por él empobrecido,
Moribundo imploraba compasion;

Si al pedirle justicia el triste padre,
Padre á quien deshonoró vil cortesano,
Decía el estrangero al castellano :
Cómprame la venganza y la tendrás ;
¿Debió Castilla tolerar su afrenta?
¿No debió armarse para entrar en liza
Y gritar á la chusma advenediza :
« No reinarás sobre mi suelo mas? »

¿Condenaste, Dios mio, por mi culpa
La empresa que sino te fuera grata

Porque, soltando el báculo de plata,
Del profano baston el puño así?
No, que Samuel, ministro de tus aras,
También en sangre se bañó la diestra,
Joyada de tu templo hizo palestra,
Moisés armó los brazos de Levi.

Lo veo, si; con nuestra ruin fortuna
Tú quisiste enseñar á las naciones
En dos tremendas útiles lecciones
Lo que merecen, lo que deben ser.
Quéjese el pueblo que agobiado llora
Solo de sí porque obedece al yugo;
Mas sepa, si combate á su verdugo,
Que sin union es fuerza perecer.

Pecieron por eso en el cadalso
Los hijos de la gloria y de la guerra,
Sus casas igualadas con la tierra
Yacen cubiertas de ignominia y sal,
¿Porqué me ha perdonado la cuchilla?
¿Porqué esta cárcel mi vivir esconde?»
Una voz pavorosa le responde:
«Porque te espera muerte de dogal.»

Abrese con estrépito la puerta,
Y precedido de villana tropa,
Vestido un hombre de funesta ropa
Resuelto avanza en la prision el pié.
Vara sutil de magistrado lleva,
Que en él parece látigo sangriento,
Ningun rasgo de humano sentimiento
En su frente fanática se ve.

Sanguinaria la boca, sanguinarios
Los torvos ojos de iracunda hiena,
Con desplegar el labio ya condena,
Con su mirada martiriza ya:
Mudo, pasmado el infeliz Acuña
La decision espera de su suerte,
No le acobarda la imprevista muerte,
Pero le aterra ver al que la da.

«En nombre de Don Carlos os lo mando,»
Grita á los suyos el feroz alcalde,
Pero dicta sus órdenes en balde,
Tiembla el esbirro, párase el sayon.
«Obedeced» el bárbaro repite,
Los satélites claman «¡Sacrilégio!»
Y acatando el sagrado privilegio
Se lanzan en tropel de la prision.

«No teme el vengador de la justicia,
Dice el cruel, del hombre ni del cielo,
Ese dogal tirado por el suelo
No quedará sin victima esta vez.»
¡Ronquillo! fué á esclamar el sacerdote,
Pero apagó su voz el duro lazo
Que estrechó con la planta y con el brazo
Aquel verdugo en hábito de juez.

Por los tránsitos luego de la cárcel
Su trofeo arrastró, dejando en ellos
Con la sangre de Acuña y los cabellos
Señalado el camino que llevó;
Y á un corredor llegando guarnecido
De dorado arabesco pasamano
A ver el espectáculo inhumano
Testigos el sacrilego llamó.

Y llegaron, y dijo: «Comuneros
Que desdorar quisisteis la corona,
La clemencia de Carlos os perdona,
De Simancas salid, pero mirad.»
Y el cordel ominoso atando á un hierro,
Lanzó al aire el cadáver palpitando...
Cayó la turba misera temblando,
Pasmada de terror y de piedad.

Alzóse un alarido que llenaba
Del ancho patio el ámbito vacío;
Sucedió al penetrante vocerío
Misterioso susurro de oracion.
Y oscilaban pendientes entre tanto
Del corredor los míseros despojos,
Y el llanto que asomaba en muchos ojos
Lo trataba en secreto el corazón.

Pero el cañamo vil con un crujido
Turbó el piadoso fúnebre homenaje
Y anunció desde el alto barandage
Nuevos horrores que mirar despues.
Cruzaba el patio el bárbaro Ronquillo...
Sonó un golpe violento... Y de repente
De sangre salpicósele la frente
Y vió el roto cadáver á sus piés.

«Esconda, dijo, su ignominia luego
La sepultura que á pedirme vino.
Comuneros, sabeis vuestro destino;
Sed fieles al invicto Emperador.»
Y salió del castillo á lento paso,
Con la mano enjugándose la cara
Y agitando en el aire aquella vara
Que sembraba el espanto y el horror.

I.

Tal fué el alcalde Ronquillo,
Y tal el fin execrable
Del noble Acuña. La causa
Solo los cielos la saben.
Lidió por su libertad
Como valeroso y grande,
Mas vencieron los de Carlos
Y es inútil lamentarle.
Su crimen fué ser vencido,
Y fué el iracundo alcalde
Su juez y verdugo á un tiempo,
¡Caiga en él toda su sangre!

En vano gritó Castilla
 Contra el sacrilegio infame,
 Que estaba el rey de por medio,
 Y fueron voces al aire.
 Dióse por traidor al muerto,
 Y para mas ultrajarle
 Su infamia estendióse á todos
 Los que su nombre llevaren.
 Dió el Emperador por bueno
 A su juez, pródigo honrándole
 Con su amistad, y él fué un tiempo
 Su lebrél mas formidable.
 Ansioso de distinguirse
 En su servicio, y mostrarse
 Agradecido y celoso
 Por los intereses reales,
 Atropelló sin escrúpulo
 Cuanto encontró por delante,
 Sin que justicia ó nobleza
 Fuesen valla á sus desmanes.
 Que en él fué delirio al cabo
 Lo que al principio corage,
 Y la sed de su venganza
 Degeneró en insaciable.
 Era su presencia agüero
 De horrendas calamidades,
 Y era su nombre un conjuro
 De desventuras y males.
 Seguíanle por dó quiera
 En apiñada falange
 Alguaciles y verdugos
 Con hachas y con dogales.
 Donde fijaba la planta
 Su huella marcaba en sangre,
 Donde ponía los ojos
 Iba la muerte á sentarse.
 Como destructor cometa,
 Como fantasma impalpable,
 En todas partes se hallaba
 Sin distincion de lugares.
 Y un encuentro, una palabra
 Casual ó poco explicable,
 Una plática en secreto
 O una seña poco fácil
 De comprension, una muerte
 Evocaba en el instante.
 « Comunereros son, gritaba,
 ¡ A ellos, prenderles... matarles! »
 Y nunca volvió sin presa,
 Que era plan irrevocable
 No hallar jamás inocente,
 Ni justiciar nunca en balde.
 ¡ Ah! no hubo español valiente,
 Cuyo sueño no turbase
 Alguna vez de Ronquillo
 La amenazadora imágen.
 Pues por dar con un rebelde
 Pasara sobre el cadáver

Poco es del mejor amigo,
 De su esposa y de su madre.
 Mas tan caduca es la vida
 Y todo en ella es tan frágil
 Que se hunde lo mas brioso,
 Lo mas encumbrado cae.

Vecino á su hora postrera,
 Tendido en su lecho yace
 Llena de angustias el alma
 El desapiadado alcalde.
 Los ojos desencajados
 De las cuencas se le salen,
 Como si espantados vieran
 Mil espectros rodearles.
 La cólera y el terror
 Pintados en el semblante,
 Pide al mismo tiempo auxilios
 Mundanos y espirituales.
 A veces sobre su lecho
 Iracundo incorporándose,
 « Llamadme al rey, » dice á gritos
 Con feroces ademanes.
 A veces entre la ropa
 Atribulado ocultándose,
 « Que traigan un confesor, »
 Dice con voz lamentable.
 Y corre desalentada
 Su gente plazas y calles,
 Unos en busca del rey
 Y otros en busca de un fraile;
 Mientras el vulgo enumera
 Los infinitos desastres
 Que lleva detrás el nombre
 Del golilla agonizante.
 Y no hay en Valladolid
 Una casa ni un linage
 Que con dudosa impaciencia
 La muerte del juez no aguarde.
 Parece que mientras viva
 Sobre la tierra un instante
 Sus miradas y su aliento
 Han de emponzoñar el aire.

Que así mueren los impíos,
 Sin ser llorados de nadie,
 Y agobiados bajo el peso
 De su conciencia culpable.

II.

Así en su lecho Ronquillo,
 Ya casi á espirar cercano,
 Un crucifijo en la mano
 Y á su lado un confesor,
 Su hora postrera aguarda
 En oscura incertidumbre,
 De su fé muerta la lumbré,
 Vivo de su alma el terror.

Los recuerdos de una vida
A la ambicion consagrada
De crímenes mil sembrada,
Secretos entre Dios y él,
Hervian en su conciencia,
Y al exacto pensamiento
Se agolpaban en violento
Irresistible tropel.

Allí con faz iracunda
Se alzaba el fantasma fiero
Del bizarro caballero
Degollado en la prision,
Y sus hijos y su esposa,
Victimas del abandono,
Pedíanle con encono
De aquella sangre razon.

Allí el engañado amigo
Y la muger deshonrada,
La inocencia condenada,
La vendida rectitud
A recias voces pedían
Contra el culpable venganza,
Y de ella con esperanza
Asidos de su ataud.

Revuelve el juez por dó quiera
Los ojos desencajados,
Mas por dó quiera apiñados
Sangrientos fantasmas ve;
Dó quiera una sombra pálida
Le recuerda una sentencia
Que dió contra su conciencia
Y contra justicia fué.

Y al través de cada pliegue
Del cortinaje ostentoso
De su lecho, un horroroso
Espectro aguardando está;
Y en vano cierra los párpados,
Que bajo forma distinta
En sus pupilas se pinta
Mas espantoso quizá.

Mas sobre todos Acuña
Ante sus ojos se muestra
Con el báculo en la diestra
Y en la siniestra el dogal,
Clamando el buen caballero
Por la honrosa sepultura
Merecida á su bravura
Y á su cetro episcopal.

Y en vano el mal juez le tiende
Su mirada suplicante,
Acuña le está delante
Con gesto amenazador,
Y al rezo con que el alcalde
Conjura la sombra santa,

Acuña el dogal levanta
Que mata con deshonor.

« Mi fama importaba poco,
« Dice el obispo insepulto,
« Si el crimen quedara oculto,
« Menos mi sangre en verdad.
« Pero ¿no viste, sacrilego,
« Que habia en mí mas que un hombre,
« Y que iba unida á mi nombre
« Mi sagrada dignidad? »

— « No, gritaba el moribundo,
« No á mi esa cuenta me pidas :
« La ley cortó vuestras vidas,
« Acude á quien la dictó.
« Rebeldes, á muerte fuisteis
« Condenados, y en conciencia
« Será injusta la sentencia,
« Mas no quien la ejecutó. »

— « ¡ No ! reponia la sombra,
« ¡ Mientes ! si hacerte le plugo
« Su juez, jamás su verdugo
« Te nombró el Emperador.
« ¡ Mientes, sí, dióte la vara
« Que aunque castiga no humilla.
« Mas no te dió la cuchilla
« Ni el dogal infamador !

« Cuando oscilaba mi cuerpo
« Colgado en el barandage
« No recibí aquel ultrage
« De tu rey, sino de tí. »
Y esto diciendo la sombra
De Acuña el dogal mostraba
Y él con la vision luchaba
Sin ahuyentarla de sí.

« ¡ Huye ! el infeliz decia,
« ¡ Huye, delirio funesto ! »
Y con terror manifiesto
La vista apartaba dél.
« ¡ Huye ! » escondiendo la cara
Entre las ropas decia,
Mas siempre, siempre veia
El mismo espectro cruél.

En tanto el sol su occidente
Y el día su fin tocaba,
Y á largo paso avanzaba
La noche lóbrega en pos :
Y al miserable Ronquillo
Le iba el aliento faltando,
Cada vez mas escusando
La memoria de su Dios.

— « La vida es breve é incierta,
« Morir es negocio grave,

«La hora nadie la sabe,»
 Le decia el confesor;
 Mas él, sin oírle casi,
 La moribunda mirada
 Tendia desesperada
 De la puerta en derredor.

—« ¡ Si hubiera, padre, un menguado
 « De esos doctores, decia,
 « Que cortara mi agonía
 « Hasta que viniera el rey,
 « Le hiciera pesar en oro!...
 « Mas toda es farsa su ciencia
 « Y á su orgullosa impotencia
 « Siempre el mal pone la ley.

« ¡ De qué les sirve el estudio
 « De esa facultad mentida
 « Si se les huye la vida
 « Y vence la enfermedad? »
 —« ¡ Pensad en Dios, replicaba
 « Compasivo el religioso,
 « Buscad, señor, el reposo
 « En su incierta eternidad! »

Mas el alcalde impaciente,
 Siempre mirando á la puerta,
 Su atencion mostraba incierta
 Entre el rey y el confesor.
 Deciale este : « Él reparte
 « Con el justo su corona, »
 Y él decia : « Su persona
 « No tuvo adicto mayor.

« ¡ Mas me olvida, cuando siento
 « Presa mi vida en un hilo
 « Y él solamente tranquilo
 « Pudiera hacerme morir! »
 Y así Ronquillo diciendo
 Con superstición impía
 En el rey ¡ necio! ponía
 Su esperanza y porvenir.

Decia el fraile : « ¡ Habed cuenta
 Que eso el diablo no os arguya!
 —Con una palabra suya
 Me salvo, » decia el juez.
 Y oraba el buen religioso
 Por él fervorosamente,
 Y él murmuraba impaciente
 Una maldición tal vez.

Al fin abrióse la puerta
 Y entró por ella embozado
 Un hombre pálido, armado
 De una espada y un baston;
 Sobre cuya negra ropa,
 De seda á un cordon asido,

De su cuello suspendido
 Brillar se vía un toison.

Tendió por el aposento
 Rapidísima mirada
 Este hombre desde la entrada,
 Y con perezoso pié
 Llegó al lecho de Ronquillo
 Mientras el buen religioso
 Acercóse respetuoso
 Blando sitial y se fué.

Sentóse á la cabecera
 Del juez el recién llegado,
 Y con aliento apagado,
 De este modo el juez le habló.
 A cuyas voces el otro
 Sus razones esponiendo,
 Preguntando y respondiend
 Diálogo tal se entabló :

El Juez. Ya, príncipe y señor mío,
 Cercana mi muerte siento,
 Pero no es mi sentimiento
 Mayor el verme morir;
 No es dejar mi casa y gente
 Sobre la tierra olvidada,
 Cuando por vos amparada
 Sé, señor, que ha de vivir.

Solo una cosa quisiera,
 ¡ Oh gran señor! demandaros,
 Y por cuanto hay conjurados
 Para obtenerla de vos.

El Rey. Sabes, Ronquillo, que siempre
 Tu amigo mejor he sido,
 Y sé cuan bien me has servido;
 ¡ Prémiate en la gloria Dios!

Cuanto por ello me pidas
 Mi amistad te lo dispensa,
 Con tal que no sea ofensa
 Del Señor; concluye pues.

Ronquillo. Es una bondad que aguardo
 De tan magnánimo pecho.

El Rey. Ronquillo, dalo por hecho :
 Mas acaba, di lo que es.

Ronquillo. Oídme, señor; yo espiro
 Aunque pecador, en calma :
 Solo me atormenta el alma
 Un peso que solo vos
 Podeis quitarme : la muerte
 Del obispo de Zamora.
 La muchedumbre traidora
 No temo, que le fué en pos.

No, aquella chusma rebelde
 Murió á las leyes conforme,
 Yo di á vuestro padre inforzue
 De cuantas sentencias di :

Mas la de Acuña me aflige,
 Librarme de ella deseo,
 Que por todas partes veo
 Aquel obispo ante mí.

Si vos, señor, compasivo,
 De mi conciencia en descargo
 Quisiérais tomarla á cargo,
 De vuestro padre en lugar,
 Yo descansado muriera :
 Porque vuestro padre al cabo
 Mandó á Padilla y á Bravo
 Y á los rebeldes matar.

Y yo, señor, en Acuña
 Su ley imperial cumplía,
 Pues probé su rebeldía
 Y le sentencé por tal.

Y así diciendo el alcalde
 Que alentaba con trabajo,
 Miró al rey, que cabizbajo
 Meditaba en su sitial.

¡ Miseria humana ! aquel hombre
 Que por su ciencia y sus leyes
 Aconsejaba á los reyes
 Y se aconsejaban de él,
 Supersticioso y fanático
 Quiso á otro hacer responsable
 De lo que él solo culpable
 Obró, sin culpa de aquel.

Mas vió con gran desconsuelo
 Que allí, en la ocasion mas crítica
 Le abandonó su política
 Que aun con Dios quiso emplear :
 Porque el rey, muy compungido
 De no complacerle en esto,
 Le dijo con grave gesto
 Y voz tierna de escuchar :

— « Hijo mio : tú no puedes
 Concebir el sentimiento
 Que tengo en este momento
 Por no poderte servir :
 Mas si tomase á mi cargo
 Lo que mi padre pecara,
 Dios me lo echaria en cara,
 Y ¿ qué le iba yo á decir ?

Responderle no podría
 De lo que yo no supiera,
 Y Dios condeñar me hiciera
 En vuestro lugar á mí.
 Harto hará cada nacido
 En responder de lo suyo :
 Carga tú pues con lo tuyo,
 Y hable mi padre por sí.

Que si sus órdenes régias
 Como te las dió cumpliste,
 Tu deber, Ronquillo, hiciste,
 Y no hay porque recelar.
 Mas si á tu interés miraste,
 Sus órdenes escediendo,
 Que injusto es por ello entiendo
 Al Emperador culpar. »

Y así diciendo con calma
 Al alcalde moribundo,
 Salió Felipe Segundo
 De allí con rápido pié.
 Y era este alcalde sin duda
 Hombre de grande importancia,
 Cuando hasta su misma estancia
 Felipe Segundo fué.

Desde este fatal momento
 Y desde oyó tal respuesta,
 Fué la inquietud manifiesta
 Del desconsolado juez :
 Y á su confesor llamando
 Para acallar su conciencia,
 Acudió la penitencia
 Humillando su altivez.

Al fin con señales santas,
 Y cristianos pensamientos,
 Recibió los sacramentos,
 Nombró heredero, y murió.
 Y con suntuoso aparato
 Y gran pompa se asegura
 Que le dieron sepultura
 Bajo un altar que él dotó.

Y á ver su tumba de mármol
 En labores esquisita
 Y la riqueza inaudita
 Del recamado tapiz
 Con que colgaron la iglesia
 Desde el suelo á la techumbre,
 En espesa muchedumbre
 Acudió Valladolid.

III.

Era la noche del siguiente día
 En que murió Ronquillo :
 El túmulo en la iglesia todavía
 Se alzaba, aunque entre mármoles yacia
 Su cuerpo ya, y sus honras encargadas
 A los severos padres franciscanos
 Estaban con gran pompa preparadas.
 Del mismo rey por cuenta
 Celebrarse debían
 Y sin duda serían
 Magnífica funcion, cosa opulenta :

Pues era justo que quien tanto ruido
 En el mundo mortal metió viviendo
 A la mansion bajase del olvido
 Con pompa, con escándalo y estruendo.
 Un monge reverendo,
 De edad provecctá y elocuencia suma,
 La fúnebre oracion tomó á su cargo,
 En que saliera voluntad poniendo
 Obra maestra de su docta pluma.
 Tomó pues en la oscura biblioteca
 Ancho sillón de suspendido cuero,
 Mesa espaciosa con papel no escaso,
 Volúmenes traídos para el caso,
 Peñola blanda, y colosal tintero.
 Ojeó á san Agustín y á san Crisóstomo,
 Y trajo á su memoria
 De sagrada oratoria
 Cien sublimes y clásicos modcos,
 No sin costarle las ideas santas
 Dentelladas de uñas unas cuantas,
 Y alguno que otro refregon de pelos.
 Y así á veces el techo contemplando,
 Leyendo á veces lo que estaba escrito
 Con voz tan alta que rayaba en grito
 Y períodos á veces murmurando;
 Y en el hondo sillón arrellanándose
 Unas borrando y otras añadiendo,
 El bendito sermon iba saliendo.
 Y ya el buen fraile el parabien se daba,
 Notando que al epilogo llegaba,
 Repasando renglones por renglones,
 Descuidados conceptos y oraciones,
 Limando sus períodos inconcusos,
 Mezquinos ó confusos;
 Cuando dió de repente en sus oídos
 Tremendo són de silbos y cadenas,
 Y horroroso concierto de alaridos
 Que la sangre de horror heló en sus venas.
 Huyósele la pluma de las manos,
 Borrósele el sermon de ante la vista
 Al són de aquellos gritos sobrehumanos
 Y aquella serenata no prevista.
 Los ojos con pavor clavó en la puerta,
 Trémulo el corazón, roto el aliento
 En la boca entreabierta,
 Sin fé esperando su postrer momento.
 Y entre tanto el estrépito crecía
 Y mas á cada punto se acercaba
 Y mas horrendo cada vez se hacia
 Y cada vez mas próximo sonaba.
 Ya semejaba del airado trueno
 El repentino y cóncavo estampido:
 Ya de desolacion íntima lleno,
 Largo, medroso y lúgubre gemido;
 Ya por el ronco vendabal sin freno
 Ancho y voraz incendio sacudido,
 Y ya el fragor de la borrasca fiera
 Con que la mar retumba en la ribera.

Giró la puerta al fin sobre sus gonces
 Y dió paso su hueco á un enlutado
 Que entró sin ceremonia y escoltado
 Por multitud de incógnitas figuras
 Fantásticas y feas,
 A cuyas repugnantes cataduras
 Daban color sus azufradas teas.
 Quedóse el pobre fraile anonadado,
 Y encomendando á Dios su alma medrosa
 Ante la negra aparicion postrado
 Cayó humilde de hinojos,
 Lleno de miedo el corazón menguado
 Y de cobardes lágrimas los ojos.
 Y el incógnito, viendo tal postura,
 Dijole con voz dura :
 « No dobles insensato la rodilla
 « Al mas ínfimo sér que alienta y sufre
 « Y ante la cruz de tu sayal se humilla.
 « Levanta, miserable, de la tierra
 « Y guía á la capilla
 « Dó yace el cuerpo del maldito alcalde,
 « Que para tu sermon lo que allí veas
 « No te será por Dios párrafo en balde. »
 En vano el monge conjurar quisiera
 La aparicion con la palabra santa
 De oracion eficaz : inútil era
 Su esfuerzo y voluntad, ni una siquiera
 Pudo el triste arrancar de su garganta.
 Trémulo y cabizbajo echó delante
 De la turba infernal que silenciosa
 Caminaba tras el poco distante,
 Hasta dar en la iglesia tenebrosa.
 Por bajo de sus arcos ogivales
 Pasaron lentamente en dos hileras
 Aquellas cien fantasmas infernales,
 Sin que en el templo cóncavo crujiesen
 Sus misteriosas huellas,
 Sin que sus sombras proyectar se viesen
 Sobre los muros, desprendidas de ellas.
 La luz iluminaba
 Sus contornos tal vez, mas su figura
 No oponía á la luz compacta oscura
 Su masa corporal : la luz en torno
 No se estendía, no, de su contorno,
 Que el reflejo su cuerpo traspasaba.
 Vacilaba su forma á cada paso
 Como se ve variar la de un objeto
 Cercado de agua y á través de un vaso,
 Y parecia que era solamente
 Cada figura un árido esqueleto
 Que con cuerpo aparente
 Su desnudez disimular queria
 Mas dar con la apariencia no podia.
 Así llegaron del alcalde muerto
 A la tumba ostentosa,
 Dó escribieron en vano : « Aquí reposa. »
 Pues tomando al morir un rumbo incierto,
 De la horrorosa duda

Entró su alma inmortal en el desierto.
 Cercó la turba el féretro, y la losa,
 De su gefe á la voz dócil girando,
 De Ronquillo mostró la pavorosa
 Figura; á cuya vista el negro bando
 De espíritus que el féretro cercaba
 Rugió iracundo al contemplar su presa,
 Cual de la suya en torno en noche oscura
 De cuervos roncós la bandada espesa.
 El enlutado entonces, que mostraba
 Autoridad entre ellos, la voz fiera
 Alzó en un pergamino que llevaba,
 Leyendo en torva voz de esta manera:
 «Mirando los pecados infinitos
 «Con que manchó su vida y su conciencia
 «El alma de este juez, y sus delitos
 «No mereciendo de su Dios clemencia,
 «Y en la balanza igual de su justicia
 «Pesando mucho mas que su inocencia
 «La venganza, el orgullo y la avaricia,
 «Al cuerpo infame el Hacedor sentencia
 «Con el alma á sufrir males eternos
 «Por una eternidad en los infiernos.»
 Y á estas palabras la infernal caterva,
 Del vil cadáver con furor asiendo,
 Iba á ensayar en él venganza acerba
 Con ira horrible y tronador estruendo,
 Cuando á la voz de Satanás cediendo,
 El tumulto feroz, el triste monge
 Que el juicio eterno á su pesar veía
 Desta manera oyó que le decía:
 «Refiere tú en el púlpito mañana
 «Lo que has visto esta noche, y quien osare
 «Dudar de esta justicia soberana
 «Que en este muro nuestra huella vea
 «Y ante esta marca se horrorice y crea.»

Y así diciendo con su negra mano
 En la pared trazó círculo oscuro
 Y un fuego roedor en polvo vano
 Trocó la piedra del macizo muro.
 Y soplando despues en la pavesa,
 Por el ancho y mefítico agujero
 Huyeron los fantasmas con su presa,
 Huella indeleble su espantoso bando
 En el tostado boqueron dejando.

Quedó aterrado el santo religioso
 Al pié de la vacía sepultura,
 Mirando por el aire nebuloso
 Veloz huir la aparición impura;
 Hasta que al cabo de terror transido
 Desfalleció sin voluntad ni aliento
 Y cayó sin sentido
 Al desgarrarse airado el firmamento
 De un trueno con el cóncavo estampido.

Brotó la tempestad: rompió el nublado
 Su henchido vientre, y con fragor crujieron
 El rayo de las nubes desatado

Y el granizo con furia desgajado
 Que el paso audaz del huracan siguieron.
 Al iracundo estrépito inaudito
 Estremeciósela ciudad dormida,
 Tal vez creyendo que la humana vida
 Tocaba con su término prescrito:
 Y al desórden ignoto
 Que vió desbaratar los elementos
 Tembló el malvado y se humilló el devoto,
 Vueltos á Dios sus torpes pensamientos.

Y diz que al otro dia
 Todo Valladolid se despoplaba
 Y la tumba vacía
 A contemplar venia,
 Y viendo el boqueron se santiguaba;
 Porque en su Dios la multitud creia
 Y á su Dios adoraba...
¡No era cual hoy la multitud impiá!

Perdona, ¡oh buen lector! si en un esceso
 De humor fatal con tan oscura tinta
 Pude contarte tan atroz suceso;
 No siempre alegre nuestra pluma inta
 De ciego amor el voluptuoso alago,
 El bullicio del circo y los estines,
 De blancos sueños el tumulto vago
 Y el aroma del templo y los jardines.
 No siempre paz el corazon respira,
 Placer, y delicioso arrobamiento,
 Ni siempre uena en mi cansada lira
 Del placer y el amor el grato acento.

Tal es la tradicion: así la cuenta
 El pueblo por dó quier, y así la escribo;
 Si como está, lector, te descontenta,
 Tu juicio al fin con humildad recibo.
 Y en fé de que te escucho y te respeto
 Relacion esmerada y esquisita
 A la vuelta de esta hoja te prometo;
 Desagraviéte pues mi FAVORITA.

LEYENDA SESTA.

LAS PILDORAS DE SALOMON,

CUENTO.

Vivia en cierto lugar
 De la Estremadura un juez,
 De ir llegando á la vejez
 Con grandísimo pesar.

Era el tal un hombre obeso,
 De gran nariz, buen color,

Formidable bebedor...
Hombre en fin de mucho seso.

Hombre á quien nunca ablandaron
Las desventuras mayores,
Ni las palabras mejores
Crédito con él lograron.

Hombre de peso y medida
Que por los dedos contaba,
Pero que no equivocaba
Número alguno en su vida.

Juez tan recto y justiciero
Que tendió con gran pericia
La izquierda á la justicia
Y la derecha al dinero.

Y así solía decir :
« El que dinero no tenga
« Que no litigue, ni venga
« Justicia mía á pedir.

« Porque si hacerla es mi oficio,
« No he de ser tan majadero
« Que no sea yo el primero
« Que goce su beneficio. »

Y con este parecer
Y con tan sana opinion
Era el oro su razon,
Su porvenir el placer.

Vivir bien era su afán,
Vivir y gozar sin tasa,
De modo que era en su casa
No el señor, sino el sultan.

No se escaseaba delicias,
Ni se negaba placeres,
Y su mesa y sus mugeres
Fruto eran de sus justicias.

Egoísta hasta lo sumo,
Voraz por naturaleza,
Y de una rancia nobleza
Embriagado con el humo,

Era este juez (sin rodeos)
Un ricote de lugar
Que nunca pensó en tasar
Su ambición, ni sus deseos.

Tan satisfecho y casado
Con sus propias opiniones
Como asido á los doblones
Que le sudaba el juzgado,

Jamás pensó en su egoísmo,
Que mirar por los demás

Debia, ni vió jamás
A nadie como á sí mismo.

Jamás su opipara mesa
Parásitos asaltaron,
Ni sus sentencias fallaron
Sino en razon de la presa.

Con mas razon litigaba
Quien mas ofrenda esponia,
Y mejor causa tenia
Quien mejor se la pagaba.

Tal era, amigo lector,
Este golilla estremeño,
Que alcanzaba mucho empeño
En la corte, y gran favor.

Pues poderosa le auxilia
Por su gran privanza en ella
Una negocianta bella
Allegada á su familia.

Mas es tan frágil, tan vana
La felicidad terrena
Que toda nos la envenena
La desazon mas liviana.

Gozaba este juez sin tino
Sin mas bien, ni porvenir,
Dejándose en brazos ir
De su pródigo destino;

Mas habla un pensamiento
En su cabeza empotrado
Que le tenia agobiado,
Desabrido y mal contento.

La idea de que *tan poco*
La vida mortal duraba
Era cosa con que andaba
El buen estremeño loco.

Pensar que al fin era ley
Imposible de evitar
La existencia abandonar
Lo mismo el patán que el rey,

Y pensar que en un grosero
Sayal áspero enterrado,
Había de ser pateado
Por algun sepulturero,

Era un pensamiento cruel
Que afanado le traía,
Y apechugar no podía
El estremeño con él!

Continuamente al espejo
El semblante se miraba,

Sobre la edad que mostraba
Demandándole consejo.

Y porque de sus cabellos
No hubiese blanco ninguno,
Arrancaba uno par uno
Cuantos encontraba entre ellos.

Y en fin, si medio le hallara
De vivir un año mas,
Aun del mismo Satanás
Las propuestas escuchara.

Consiguiente á esta manía
De tropezar con manera
Para hacer mas duradera
La vida mortal, tenía

Con solo un hombre amistad,
Y esta amistad era un médico,
Cronicon enciclopédico
De su oscura facultad.

Amigo de las botellas
Como el golilla, testigo
De sus proezas, y amigo
Por demas de las doncellas,

Era el único mortal
Que osaba delante de él
Representar su papel
Sin que él lo llevase á mal.

Él era quien de las multas
Cargaba con el producto
Por el seguro conducto
De sus continuas consultas.

Y con su docto consejo
Y acertadas opiniones
Gastaba el juez sus doblones
Para no llegar á viejo.

Y así la melancolía
De la vida iban matando,
En la noche prolongando
Las bacanales del día.

Y así contentos los dos,
Aunque con diversos fines
Con récipes y festines
Iban del placer en pos.

El médico, del golilla
Imperturbable verdugo,
Iba sacándole el jugo
Del juzgado á maravilla;

É iba creyéndose el juez
Que con remedios tamaños

Iba alargando los años
Y esquivando la vejez.

—
Es una noche de marzo
Turbia por demas y lóbrega,
En que con ira los vientos
Desencadenados soplan.
Desiertas están las calles
De Medellin, y en la sombra
Todo solitario yace,
Todo tranquilo reposa.
Solo el silencio interrumpe
La voz destemplada y bronca
Del ábrego que se estrella
Contra las murallas sólidas
Y el ágrío són con que giran
En las agujas mohosas
Las veletas al impulso
De las ráfagas sonoras.
Era ya tarde y estaba
La media noche muy próxima,
Cuando en la casa postrera
De una callejuela angosta,
Se oyeron voces confusas
De diferentes personas
Que del portal se acercaban
Por la cavidad recóndita.
Brilló la luz de la puerta
Por entre las tablas rotas,
Giró la llave y salieron
Cinco hombres en faz de ronda.
Llevaba el uno delante
Encendida una farola
Con que alumbraba los pasos
De otro que, á distancia corta,
Le seguia, y los demas
Daban á este último escolta
Embozados en sus capas
Y asidos á sus tizonas.
Cruzaban así á buen paso
Las calles una tras otra
Y ya tocaban al término
De su marcha silenciosa,
Cuando al salir á una plaza
Dieron de manos á boca
Con la figura de un hombre
Que la cruzaba á deshora.
Su aventajada estatura,
Serena y magestüosa,
Su tez y su barba negra
Y el traje con que se adorna
Su oriental origen pronto
Y á claras voces pregonan.
Mas no era de Medellin
La gente en trajes muy docta
Y así se quedó un momento
Ante esta vision atónita

« ¿ Quién va ? dijeronle.
 — Un hombre.
 — ¡ Buena razon !
 — No tengo otra.
 — ¿ Vuestro nombre ?
 — Es un secreto
 Que á mí tan solo me importa.
 — ¿ De dónde venis ?
 — Del mundo.
 — ¿ Dónde vais ?
 — Dónde me arroja

El impulso á que obedezco :
 Mi rumbo es la tierra toda.
 Por ella camino siempre
 Sin consultar mi derrota.
 Donde amanece principia,
 Donde anochece se corta,
 É igualmente me cobijan
 El alcázar y la choza. »

Quedó el juez meditabundo,
 Y con sus miradas torvas
 Tomando del estrangero
 Las señas mas minuciosas.
 Y al fin como quien sospecha
 Idéntica la persona
 Con las señales que tiene,
 Repuso con voz de mofa :
 « Venios, señor viajero,
 A la cárcel por ahora,
 Y aclararemos mañana
 Respuestas tan misteriosas.
 — Solo la verdad he dicho
 Y no añadiré otra cosa.
 — Mañana habeis de contarme
 Sin rebozo vuestra historia,
 Y si me engaño ireis libre,
 Si sois quien busco á la horca. »
 A esta amenaza el incógnito
 Con sonrisa melancólica
 Dijo : « ¡ Si fuera posible
 Esa promesa engañosa !
 — Ya lo veremos mañana.
 — Mañana, ¡ ay ! saldrá la aurora
 Y á otros lugares la brisa
 Me arrebatará imperiosa.
 — Eso será lo que sea
 Vuestra merced.

— En buen hora.

— Ea, asidle y registrarle,
 Y prevenir que no esconda
 Papel ni objeto que aclare
 Su relacion sospechosa. »

—
 De la mañana siguiente
 Rayaba la aurora apenas,
 Y ya el juez de Medellin,
 Asentado ante su mesa,

Con ojos devoradores
 Registraba una cartera,
 Que en su pupitre tenia
 Cuidadosamente puesta.
 Era un libro de memorias,
 Mas de tan antigua fecha
 Que ya de usarlas andaban
 Todas sus hojas revueltas.
 Veíase que añadido
 Estaba en distintas épocas,
 Segun el papel menguaba
 Y crecia la materia.
 Y era indudable que el dueño
 Conocia muchas tierras,
 Muchas distintas costumbres
 Y muchas gentes diversas.
 Porque en sus hojas se hallaban
 Corolarios y advertencias
 De los sucesos mas célebres
 Que en las historias se cuentan.
 En seis hojas de papiro
 Escrita en latinas letras,
 Estaba de Marco Antonio
 Toda la historia secreta,
 Su amor hácia Cleopatra,
 Las lágrimas de la bella,
 Su fuga de los Romanos
 Y su muerte lastimera.
 Mas adelante unas notas,
 De oscuras cifras hebreas,
 Con una imágen de Cristo,
 Obra de mano maestra.
 Leíase en una parte :
 « Y oí de su boca mesma
 Decir esto á Constantino
 De su madre santa Elena. »
 En otra parte decia :
 « Copia de las cifras negras
 Con que escribió en una gruta
 David su salmo cincuenta.
 Hizomelas ver su hijo
 Cuando visitó esta cueva
 Donde iba el Rey pecador
 A cumplir sus penitencias. »
 Y eran unos caractéres
 Inteligibles apenas.
 Leíase en otra hoja :
 « En mil trescientos setenta
 De Don Pedro de Castilla,
 En Burgos vi las exequias. »
 En otra parte una página
 De preguntas y respuestas,
 De el rey Luis Once de Francia
 Y el dueño de la cartera.
 Aquí variaba el papel,
 Y con pluma mas moderna
 La escritura ejecutada
 Leíase toda entera.

Habia allí muchas firmas
 De personas de gran cuenta,
 De Luis Catorce de Francia,
 De Ricardo de Inglaterra,
 Del emperador Don Carlos
 De Alemania, y en pos de esta
 La del cardenal Cisneros
 Y Carlos Doce de Suecia.
 Parecía que aquel hombre
 Sabía todas las lenguas,
 Pues notas tenía escritas
 De su mano en todas ellas.
 Y era muy sabio sin duda,
 Pues las artes y las ciencias
 Igualmente sometía
 A su crítica severa.
 Pasaba el juez muchas hojas
 Que probablemente eran
 Aquellas que no alcanzaba
 Su mezquina insuficiencia :
 Pero con ansia indecible
 Se apoderaba de aquellas
 Que escritas en castellano
 Suministrábanle ideas.
 Sobre todo ávidamente
 Devoraba las postreras,
 Que estaban la mayor parte
 De historias y versos llenas.
 Muchas habia de insignes
 Desconocidos poetas,
 De quien por mas que valieron
 Huyó la fortuna adversa.
 Mas siempre del juez dejaba
 La imaginacion incierta
 Cuanto en las hojas leía
 De la confusa cartera,
 Porque, esparcidos á trozos
 En desordenadas piezas
 Sus misteriosos fragmentos,
 Decían de esta manera :

PRIMER FRAGMENTO.

Jamás me pararé : siempre á mis ojos
 Se estiende y á mis piés algun camino.
 Por breñas, por pantanos, por abrojos
 Sin término vagar es mi destino.

He corrido sin ver por todo el mundo
 Mas que miseria, ingratitud y dolo,
 He sentido tal vez duelo profundo
 Por falta de un hermano vagabundo
 Con quien girar... pero mejor voy solo.

Que en esa farsa insensata,
 Esa órgia que llaman mundo,
 Al plomo apellidan plata

Y madre á la tierra ingrata
 Y hermosura al cieno inmundo.

Y si es que brilla en el cielo
 Tan magnífico farol,
 Es porque, en vez de consuelo,
 Reverberando en el suelo
 Los ojos deslumbra el sol.

SEGUNDO FRAGMENTO.

El mundo dijo á la hermosa :
 « Puro tu honor guardarás. »
 La hermosa dijo : « Soy débil. »
 Y entonces la sociedad
 Encerró el honor en claustros,
 Y dorando su desman
 Delante de los cerrojos,
 Alzó traidora un altar.
 ¿Qué debes, muger, al mundo?
 Guardó tu honor, bien está,
 Pero por darte la honra
 Te robó la libertad.
 Ciñó á tu cuello una toca
 Que fué para ti un dogal,
 Que en vez de ahogar tus pasiones
 Te las hizo acariciar.
 Puso á tus puertas un templo,
 Un muro entre la ciudad,
 Celosias en las rejas,
 Locutorios para hablar :
 Y tú en tu largo abandono,
 Con descuido criminal,
 Profanaste el santo templo,
 El muro pasaste audaz,
 El mundo á las celosias
 Te sentaste á contemplar,
 Y abriste apenada tornos
 Que al mundo van á llevar
 En primorosos juguetes
 Los suspiros de tu afán.

TERCER FRAGMENTO.

¿Qué quieren esas nubes que con furor se
 agrupan
 Del aire trasparente por la region azul?
 ¿Qué quieren cuando el paso de su vacío
 ocupan
 Del zénit suspendiendo su tenebroso tul?

¿Qué instinto las arrastra ? ¿qué esencia
 las mantiene?
 ¿Con qué secreto impulso por el espacio van ?
 ¿Qué sér velado en ellas atravesando viene
 Sus cóncavas llanuras que sin lumbrera
 están?

¡Cuán rápidas se agolpan! cual ruedan y se ensanchan

Y al firmamento trepan en lóbrego monton,
Y el puro azul alegre del firmamento manchan

Sus misteriosos grupos en torva confusion!

Resbalan lentamente por cima de los montes,

Avanzan en silencio sobre el rujiente mar,
Los huecos oscurecen de entrambos horizontes,

El orbe en las tinieblas bajo ellas va á quedar.

La luna huyó al mirarlas; huyeron las estrellas :

Su claridad escasa la inmensidad sorbió;
Ya reinan solamente por los espacios ellas;
Dó quier se ven tinieblas, mas firmamento no.

En vano nuestros ojos se afanan por hallarle
Del tenebroso velo que le embozó detrás,
Que cuanto mas los ojos se empeñan en buscarle,
Se esconde el firmamento de nuestros ojos mas.

¡Las nubes solamente! — ¡Las nubes se acrecientan

Sobre el dormido mundo! — ¡Las nubes por dó quier!

A cada instante que huye la lobreguez aumentan,

Y se las ve en montones sin límites crecer.

Ya montes gigantescos semejan sus contornos

Al brillo de un relámpago que aumenta la ilusion :

Ya de volcanes ciento los inflamados hornos:
Ya de movibles mónstruos aligeros escuadron.

Ya imitan apiñadas de los espesos pinos
Las desiguales copas y el campo desigual :
Ya informes pelotones de objetos peregrinos
Que mudan de colores, de forma y de local.

¿Qué brazo las impele? ¿qué espíritu las guía?

¿Quién habla dentro de ellas con tan gigante voz

Quando retumba el trueno y cuando va brarugiendo por su vientre la tempestad veloz?

Acaso en medio de ellas á visitar los mundos
El Hacedor supremo del universo va, [dos
Y envuelto en sus vapores sus senos mas profundos

Estudia y sus cimientos por sí caducan ya.

Acaso de su carro tras la viviente rueda
Con impotente saña caminará Luzbel,

Y porque allí cegarle su resplandor no pueda
Agolpará esas nubes entre su gloria y él.

Y acaso alguna de ellas será la formidable
Que circundó la cumbre del alto Sinaí,
En tanto que el ardiente misterio impenetrable

Que iluminó al profeta se fermentaba allí.

Acaso será alguna la que vertió en Sodoma
En inflamadas fuentes la cólera de Dios :
Acaso sea alguna la que en los mares toma
Las aguas de un diluvio que la acompaña en pos.

¡Señor, yo te conozco! la noche azul, serena,
Me dice desde lejos : « Tu Dios se esconde ALLÍ. »

Pero la noche oscura, la de nublados llena,
Me dice mas pujante : « Tu Dios se ACERCA A TÍ. »

Te acercas, sí; conozco las orlas de tu manto
En esa ardiente nube con que ceñido estás;
El resplandor conozco de tu semblante santo
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Conozco, sí, tu sombra que pasa sin colores
Detrás de esos nublados que vogan en tropel;
Conozco en esos grupos de lóbregos vapores
Los pálidos fantasmas, los sueños de Daniel.

Conozco de tus pasos las invisibles huellas
Del repentino trueno en el crugiente són,
Las chispas de tu carro conozco en las centellas,

Tu aliento en el rugido del rápido Aquilon.

¿Quién ante tí parece? ¿quién es en tu presencia

Mas que una arista seca que el aire va á romper?

Tus ojos son el dia; tu sopro es la existencia:
Tu alfombra el firmamento : la eternidad tu sér.

¡Señor! yo te conozco, mi corazón te adora:
Mi espíritu de hinojos ante tus piés está;
Pero mi lengua calla, porque mi lengua ignora
Los cánticos que llegan al grande Jehová.

Palomas de los valles, prestadme vuestro arrullo;

Prestadme, claras fuentes, vuestro gentil rumor;

Prestadme, amenos bosques, vuestro feliz murmullo;

Y cantaré á par vuestro la gloria del Señor.

Si su hálito llegara al arpa del poeta,
Si á mí, Señor, bajara tu espíritu inmortal,
Mi corazón henchido del fuego del profeta
Cantara, y no tuvieran sus cánticos igual.

Mi voz fuera mas dulce que el ruido de
las hojas
Mecidas por las auras del oloroso abril,
Mas grata que del Fénix las últimas congojas,
Y mas que los gorgeos del ruiseñor gentil.

Mas grave y magestuosa que el eco del
torrente
Que cruza del desierto la inmensa soledad,
Mas grande y mas solemne que sobre el mar
hirviente,
El ruido con que rueda la ronca tempestad.

¡Mas ay! que solo puedo postrarme con
mi lira
Delante de esas nubes con que ceñido estás,
Porque mi acento débil en mi garganta espira
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,
Yaunque mi vista impura tu aparicion no ve,
Mi alma se estremece, y ante tu faz de hinojos
Te adora en esas nubes mi solitaria fé.

CUARTO FRAGMENTO.

Cuando sentí de tus ojos
Las miradas sobre mi,
Humildemente de hinojos
Ante tus plantas caí.
Señor, tu soplo me impele,
Tu voz me sigue detrás,
No hay nadie que me consuele
Ni me conozca jamás.

Muchos siglos viví, mas no envejezco,
Cada noche ¡ay de mí! que oscura cierra,
Imagino que es mi última en la tierra,
Mas con el nuevo sol siempre amanezco.

Aquí perdió los estribos
El buen juez, y empezó á dar
Furiosos campanillazos,
Con desatinado afán.
« ¡Jesus mil veces! decía,
Si no lo comprendo mal,
Este hombre ha vivido siglos
Sin envejecer jamás.
Ya dí con lo que buscaba.
¡Voto vá Dios! aquí está :
Este hombre tiene un secreto
Con que obra prodigio tal,
Y como instantes los años
Dulcemente se le van.
De qué modo se compone
Para hacerlo me dirá,
O por quien soy que esta noche

Con Lucifer va á cenar.
¡Lo hemos de ver á fé mia!
¡Lorenzo! ¡Justo! ¡Damian!
— ¡Señor!

— El preso de anoche
Idme corriendo á buscar,
Y á mi presencia traedle
En diez minutos lo mas. »

Hizose así, y tan á tiempo
Que, este plazo al espirar,
Con el estrangero á solas
El juez se encontraba ya.

—
El Juez. De este lugar no salís
Mientras no sepa de vos
Vuestra edad, pátria y oficio,
Qué buscais aquí y quién sois.
Responded pues francamente.

El Estrangero. Ya os dije anoche, señor,
Que es un misterio mi nombre
Que á no descubrirle yo
No hay quien le alcance en la tierra
Ninguna interpretacion.
Yo voy sin fin caminando
De la tierra enderredor,
Sin poder elegir sitio
En que fijar mi mansion.
Llego á poblado de noche,
Descanso hasta el nuevo sol,
Pero al despuntar el alba
« ¡Marcha! » me dicen, y voy.
En vano el poder del hombre,
Su capricho ó su temor
Torcer intentan el rumbo
Que el cielo me señaló.
En vano, á necias sospechas
Abriendo su corazon,
En un lugar como espía,
En otros como traidor,
Asegura mi persona
En una oscura prision,
Y ata mis piés fatigados
En un potro infamador.
Yo sé que á la nueva aurora
Volveré á oír esa voz
Que siempre me grita « ¡Marcha! »
Y á cuyo mandato voy;
Y entonces todo es inútil,
El torbellino veloz
De mi destino á otra parte
Me arrastra sin compasion.
Este es mi oficio y mi suerte,
Mi sér es este, señor.
No pretendais saber mas
De lo que os digo.

El Juez. ¡Eso no!
 En vano inventa tu lengua
 Tan insensata ficcion.
 Pese á ese fatal destino
 Que dices llevarte en pos,
 Si á mis preguntas te niegas,
 Tu fin verdadero es hoy.

El Estrangero. Las amenazas no pueden
 Torcer mi resolusion;
 Mas ya que es tanto el antojo,
 Preguntad.

El Juez. ¿De dónde sois?

El Estrangero. De Jerusalem.

El Juez. ¿Qué años
 Contais?

El Estrangero. Veinte y dos
 Siglos lo menos.

El Juez. ¡Es cierto
 Lo que decís! con que vos
 Que contais veinte y dos siglos...
 Mas me falta la razon.

¡Hablad, hablad, explicadme
 Ese misterio por Dios!
 Yo he visto en esa cartera
 Que habeis llorado el dolor
 De caminar siempre solo
 Estraño á toda aficion.
 Pues bien, del secreto hacedme
 Partícipe, y por mi honor
 Os juro que desde ahora
 Vuestro compañero soy.

El Estrangero. ¡Oh delirais! mas oidme
 Toda mi historia, señor.
 Yo he sido el mejor amigo
 Del sabio rey Salomon.
 (Y al escuchar esto el juez
 Dos pasos retrocedió,
 Y así siguió el estrangero
 Sin notar su conmocion.)
 Cuando aquel rey descarriándose
 A los vicios se lanzó,
 Y vió de su muerte cierta
 El gesto amedrentador,
 Me dijo: «Abasuerdo, en prueba
 « De que aun en mi corazon
 « Vive tu amistad ilesa,
 « A hacerte una ofrenda voy.
 « Mezcla lo que ves escrito
 « En esa tablilla, pon
 « Esa receta por obra
 « Y vivirás mas que yo.
 « Eso ha alcanzado mi ciencia,
 « Mas con la cruel condicion,
 « De que ha de gozar otro hombre
 « Su beneficio, y yo no.
 « Tú solo no has olvidado
 « A tu rey: toma, y á Dios.»
 A estas palabras el alma

Entre mil congojas dió
 Mirad, con esta receta
 Hice yo la confeccion
 De estas pildoras que llevo
 En esta caja: y con dos
 Que tomo cada cien años
 Otros cien años me doy.
 Oid sin interrumpirme,
 Que hay poco tiempo, señor
 Yo ¡necio! con mi secreto
 Volvime duro, feroz,
 Hiceme en fin un malvado
 De perversa condicion.
 Vivía en Jerusalem
 Al morir el Redentor,
 Y al conducirle al suplicio
 En que la vida nos dió,
 Lleváronle por delante
 De mi casa, y al rumor
 De los gritos y el tumulto
 Del pueblo, salí al balcon.
 Tendíome Jesus las manos,
 Pidiéndome por favor
 Un vaso de agua, y un punto
 De reposo y detencion.
 «Marcha (le dije inhumano
 Y con ademan feroz),
 « Vé sin descansar al sitio
 « Que la ley te señaló.»
 Entonces él con voz mansa,
 Mas que me heló el corazon,
 Me dijo: «Tú tambien, bárbaro,
 « Andarás en derredor
 « De tu sepulcro girando
 « Sin descanso ni mansion.
 Yo soy el Judío errante:
 Esta es mi historia, señor:
 Estas pildoras me alargan
 La vida, y con ellas Dios
 Rejuvenecer me ordena,
 Y rejuvenezco y voy.

—
 Aquí el juez de Medellin,
 Tras grave meditacion,
 Ante el Judío de hinojos
 De repente se postró,
 Y así llorando le dijo:
 «Dadme una corta porcion
 De esas pildoras, y os juro
 Caminar siempre con vos.
 Yo nada tengo que daros
 Mas que mi amistad, mi amor...
 Dadme cien años de vida...
 Y...

— ¡Callad, misero!

— No,
 No partireis sin que logré

— Pues bien, tomad esas dos,
Y si os vale su asombroso
Poder regenerador,
Cien años os doy de vida
Para que alabeis á Dios. »

En esto se oyó en los aires
Tronar la gigante voz
Que dijo al Judío: « ¡Marcha! »
Y al punto mismo partió.

Cuando el golilla á sus solas
Se encontró ya en su aposento,
Turbósele el pensamiento
Con una idea fatal.
« ¡Si habrá atentado á mi vida,
Dijo, con tal vil engaño?
¿Si invencion suya en mi daño
Será esta trama infernal? »

Y absorto en tan triste idea,
Sombrio y meditabundo,
Quedó en silencio profundo
Y en profunda distraccion,
A su oscura incertidumbre
Solucion buscando en vano,
Las píldoras en la mano,
Y el miedo en el corazón.

Decíase allá en su mente:
« ¡Si yo algun medio alcanzara
Que alguna luz arrojara
Sobre la oscura verdad!
¡Oh si cien años de vida
Me asegura el comellas!...
¿Mas si las trago y con ellas
Me voy á la eternidad? »

« ¡Diréle al médico?... nunca.
Si la lengua no me muerdo,
¡Por Dios que el hombre no es lerdo
Y se las sopla por mí!
¿Iré al confesor?... tampoco.
Dirá que es cosa de hechizo
Y acaso algun bebedizo
Hará de ellas para sí.

« ¿Qué hacer, Santo Dios? tomarlas
Puede salir cara fiesta,
Mas necedad manifiesta
No tomarlas puede ser.
¡Si las tomo y torno á jóven!...
¿Mas si las tomo y estallo?
Probable á la par lo hallo.
¡Válgame el diablo! ¿Qué hacer? »

Y en duda tal se pasaba
Un día tras otro día,

Y nunca se decidía
Por ningun partido el juez.
En contemplar á sus solas
Sus píldoras se ocupaba,
Y del cajon las sacaba
Y las guardaba otra vez.

Al fin, tras largas vigiliás,
Dijo una vez decidido:
« Mas vale mal conocido
« Que dicha por conocer.
« Iré pasando la vida
« Como hasta aquí la he pasado,
« Y si obro como un menguado,
« ¡Qué diablos! ¿Cómo ha de ser? »

« Pero, con una esperiencia
« Quisiera al fin convencerme...
« ¡Con el médico que duerme
« Todavía! ¡ea, valor!
« Está en su casa; no hay otro
« Diez leguas á la redonda;
« Cuando el efecto responda
« Sea en contra ó en favor,

« Nadie dará con la causa.
« ¡Bah! salga lo que saliere
« Allá voy. — Y si se muere
« Vaya por los que él mató. »
Y en una copa de leche
Que junto al lecho vió llena
El juez con mano serena
Las dos píldoras echó.

Fuése tras esto el suceso
A esperar solo á su casa:
Cada instante que se pasa
Es todo un siglo de afán.
A cada paso que siente
Por la torcida escalera,
Cree que la noticia fiera
De su muerte á darle van.

Al fin despues de tres horas
De afanosa expectativa,
Llegó mas muerta que viva
Del médico la muger,
Con mil suspiros contándole
Que en su aposento tendido
Está su pobre marido
Muy próximo á fenecer.

Turbóse el juez á estas nuevas,
Mas cauto disimulando,
Con la muger razonando,
Parte á su casa veloz;
Y al llegar al aposento
Que el terrible arcano encierra,
Encontró al médico en tierra,
Sin movimiento ni voz.

Cárdeno el rostro, morado,
Los labios frios, y lleno
De manchas que del veneno
Señal evidente son,
Estaba ya el miserable:
Pero, vivo todavía.
 Débilmente le latía
 Oprimido el corazón.

Lloraba á voces la esposa,
 Y el juez, que no se apartaba
 Del médico, contemplaba
 Los progresos de su mal:
 Y cuanto mas le miraba
 Mas y mas se convencía
 De que hacerse no podía
 Mas por él que un funeral.

Y á media noche el golilla,
 Convencido firmemente
 De que á la aurora siguiente
 Sería cadáver ya,
 Volvió á su casa diciendo
 Consigo mismo: «¿Eh? ¡ya escampa!
 «Si llego á dar en la trampa,
 «Me largo por donde él va.»

CONCLUSION.

Después de una larga noche
 De congoja y desazon,
 Que en lucha consigo mismo
 El juez criminal pasó,
 Rindióse por fin en brazos
 De sueño reparador
 Aunque acosado á las veces
 Por fatigosa vision.
 Ya via espirar al médico,
 Cuya moribunda voz
 Decía: *Ese es mi asesino,*
Ese, ese es quien me mató.
 Ya le veía á deshora,
 Fantasma amenazador,
 Embozado en el sudario,
 Entrar por algun balcon.
 Ya cercado se creía
 De los hijos que dejó,
 De la muger y los deudos
 Que le venian en pos
 El sustento demandándole
 De que con él les privó,
 Cuya fatal pesadilla
 Le oprimía el corazón.
 Al medio de su carrera
 Llegaba el siguiente sol
 Cuando á unas desafortadas
 Voces el juez despertó.
 Furiosos golpes se oían

En su misma habitacion
 A la puerta de su cuarto
 Redoblando con furor.
 «¿Quién es?» dijo, y respondieron
 De fuera: «Abrid, que soy yo.»
 Hincóse el juez de rodillas,
 Traspasado de pavor,
 Y con angustia horrorosa
 Cuantos santos recordó
 Empezó á llamar á voces
 En balbuciente oracion.
 El médico era en persona,
 Que no era de otro la voz.
 «Voto á mil diablos, decía,
 ¿Quereis abrir ó me voy?
 — Vuelve, enemiga fantasma,
 Decía el juez, vuelve á Dios,
 Yo haré por tí penitencia.
 — Pero, hombre, por san Zenon,
 Haced cuanta os diera gana,
 ¡Pero abridme!

— ¡Abridte! no.
 Vuélvete en paz al sepulcro.
 — ¿Perdido habeis la razon,
 Hombre dado á Barrabás?
 ¿No estoy diciendo que soy
 Yo, Don Lucas vuestro médico
 En cuerpo y alma?

— ¡Gran Dios!
 — Abridme y oireis cosas
 Que os parecerán ficcion. »

Abrió por último el juez,
 ¡Pero cual fué su furor
 Al ver el rostro del médico
 Vertiendo satisfaccion
 Y rebosando alegría
 Y juventud y vigor!
 Clavó en él una mirada
 El juez con una espresion
 Tan desesperada y torva,
 Tan siniestra y tan feroz
 Que el médico, percibiéndola,
 Dos pasos retrocedió.
 «¿Con qué es verdad, dijo el otro,
 Que vivo estais?

— Si, señor.
 — ¡Mas vigoroso, mas joven!
 — Venia por ello yo
 A pedirlos las albricias,
 Aunque ignoro la razon.
 — La ignorais, ¡necio de mí!
 Replicó el juez, pues yo no.
 — ¡Cómo, señor! ¿De un milagro?
 — Yo he sido solo el autor,
 Y si quereis de mi saña
 Salvaros...

— En conclusion

¿Qué es esto?

— Que os aparteis

De mi vista, ó voto á Dios
Que os voy á hacer mil pedazos
Sin poder con mi furor. »

Y á estas palabras asiendo

De un larguísimo espadon,
Iba á caer sobre el médico,

Que echó por un corredor.

Un aposento tras otro

Amedrentado cruzó

Y dió por fin en la calle :

Mas al tender en redor

Los ojos despavoridos,

Con espanto grande vió

Que el juez se arrojaba á ella,

Lanzado por un balcon.

Cayó en las piedras el triste

Y de tanta elevacion,

Que si intentaba matarse
Con tino lo ejecutó.

Llegósele el pobre médico,

Movido de compasion,

Mas era el golpe de muerte

É inútilmente acudió.

El juez le dijo, mostrando

En su rostro y en su voz

Las mas certeras señales

De honda desesperacion :

« Soy el hombre mas estúpido

« Que de mugeres nació.

« ¡ Maldita sea mil veces

« La ciencia de Salomon! »

A cuyas ruines palabras

El miserable espiró,

No comprendiendo el buen médico

Tan estraña confesion.

VIGILIAS DEL ESTIO.

PROSPECTO.

¡Cuán serena y pacífica levanta
Su modesto fanal la tibia luna,
Y con sus tintas de misterio encanta
Cuanto debajo de su faz se aduna!

¡Cuánta bella ilusión nos aparece
En la estension del campo solitario,
Que se acerca ó se va, que mengua ó crece,
Al soplo inquieto del ambiente vario!

¡Oh! tras el sol de perezoso día
De julio abrasador, que el alma enerva
Cuando en lugar de luz rayos envía
Que agostan flores, árboles y yerba!

Se ensancha el corazon : el alma sube
Del entusiasmo en alas, y se encumbra,
Y de astro en astro va, de nube en nube,
Hasta que clara inspiracion la alumora.

Y esa es la mía : en la nocturna vela
De julio ardiente, el pensamiento mio
Con noble inspiracion se encumbra y vuela;
Y estas son mis *Vigilias del Estio*.

Nada profano hay en ellas,
Lector, no hay en sus renglones
Mas que viejas tradiciones
Y acaso fábulas bellas.

No tienen mas intencion
Que hacer humilde memoria
De nuestra pasada historia,
De nuestra fé y religion.

Y abrevio anuncios proñjos.
Lector, dar puedes en suma
Cuanto salga de mi pluma
A tu muger y á tus hijos.
¡Fálteme la luz del sol
Si algo *impto* ni *estrangero*

Que haya en mis escritos quiero!
Que al cabo nací español.

JOSÉ ZORRILLA.

A MI AMIGO

DON CARLOS LATORRE.

JOSÉ ZORRILLA.

EL TALISMÁN

LEYENDA TRADICIONAL.

INTRODUCCION.

Adora el pobre Genaro
A la hermosa Valentina :
Correspóndele ella fina,
Pero les cuesta bien caro.

Porque entre ambos á dos media
Viejo y zeloso un tutor,
Y al cabo vendrá su amor
A concluir en tragedia.

Pues en la audiencia togado,
Y poderoso en la corte,
No hay empresa que no aborte
Como en ello esté empeñado,

Toda Sevilla respeta
Su ciencia, y teme su enojo :
Que es el viejo hombre de arrojó,
Y no hay quien le ponga meta.

Con fama de rectitud,
Y harto hipócrita exterior,
Es un hombre superior
En justicia y en virtud.

Tal vez le odia la nobleza,
Y el populacho le acata,

Que es de cuna (hablando en plata)
Columpiada en la bajeza,

Y á su genio emprendedor
Y á su ingenio y travesura
Debe el verse en tal altura
Y gozar tanto favor.

Tal es el hombre que tienen
Por enemigo estos mozos,
Y que agua todos sus gozos,
Mas con su suerte se avienen.

Y ellos á amarse constantes,
Y él á perseguirles fiero,
Nadie cederá primero,
Ni el tutor, ni los amantes.

Mas pobre el mozo y altivo,
Rica Valentina y bella,
Y el tutor prendado de ella...
Mala esperanza concibo.

Cuanto nuevas ocasiones
Imaginan los mancebos,
Tanto el tutor halla nuevos
Estorbos y precauciones.

Si abre la niña una reja
Y el aya avizor elude,
Luego á cerrársela acude
La cócora de la vieja.

Si al volver del Arenaí
Por desgracia se hace noche,
La llevan dentro del coche,
Pero lejos del cristal.

Y en vano es que la sofoque
Todo el calor de Sevilla,
No haya miedo que el golilla
Junto al vidrio la coloque.

Jamás del uno se aparta,
Ni deja el otro la dueña,
Que puede hacer una seña,
O arrojar alguna carta.

Pero por mucho que avaro
La guarda el viejo y la esconde,
No encuentra lugar en donde
Ocultarla de Genaro.

A cada paso en secreto
Muda casa, mas se aburre,
Pues por mucho que discurre
Jamás consigue su objeto.

Y cuando mas se imagina
Seguro en algun rincon,

Alcanza desde un balcon
A Genaro en la otra esquina.

Tal cariño, vive Dios,
En Valentina le asombra :
Luego el mozo es una sombra
Siempre de ella y del en pos.

Y no hay medio de ahuyentarle,
Pues son inútiles trazas
Las súplicas y amenazas
Con que ha querido ganarle.

De sus amagos y ofertas
Sin temor y sin deseo,
Pónele el mozo bloqueo
Por ventanas y por puertas.

Imposible es libertarse
De sus tretas y asechanzas ;
Las mas justas esperanzas
No llegan á realizarse.

Con negra intencion traidora
Y de su toga al amparo,
Piensa el golilla en Genaro :
Mas Valentina le adora.

En vano el audaz tutor
Osó una tarde de hinojos
Con lágrimas en los ojos
Decirla su torpe amor.

En vano el viejo iracundo,
Al oír una repulsa
Juróla con voz convulsa,
Por cuanto hay santo en el mundo,

No descansar un instante
Hasta que á su amor sucumba,
O abrirla una misma tumba
Con su aborrecido amante.

Todo fué en vano : la bella
Valentina enamorada
Cada vez mas empenada
Siguió sin temor su estrella,

Y un dia y otro pasaba,
Y siempre que él la pedía
Respuesta á su amor, oía
Un *no* que nunca variaba.

Y así en amarse constantes,
Y él en perseguirles fiero,
Nadie cederá primero,
Ni el tutor, ni los amantes.

Mas pobre el mozo y altivo,
Rica Valentina y bella,

Y el tutor prendado de ella...
Mala esperanza concibo.

Así adora el buen Genaro
A la hermosa Valentina,
Mas el pagarle tan fina
Tal vez la cueste muy caro.

I.

Poseía no lejos de Sevilla
El tutor una quinta retirada
Y alegre á maravilla,
De olivos y naranjos rodeada,
Con un fresco jardin embellecida,
Con prolijo primor enriquecida
Y por Guadalquivir fecundizada.

Aquí, cansado de sufrir desvíos
De Valentina hermosa,
Pensó acabar con sus amantes brios
En estrecha prision, larga y penosa.

La niña temerosa
A sus solas lloró su desventura,
Mas cobró en su retiro fortaleza
La fé de su pasion, y mas segura
Ahondó raíces con mayor firmeza.

Cada dia el tutor mas apretaba
La molesta estrechez en que yacia,
Pero mas firme cada vez la hallaba
Y mas enamorada cada día.

Y á través de las rejas
A su Genaro enviaba Valentina
Sus amorosas quejas,
En alas de la errante golondrina
Que colgaba su nido
En el hueco roído
De unas paredes viejas;
Teniendo en su prision por compañeros
Los pájaros del aire
Y el rumor de los céfiros ligeros.

Mas ¡ay! en vano, en vano noche y dia
A Genaro de sus rejas esperaba,
Genaro no venía,
Que su cuita y su cárcel no sabía,
O su amor y su cárcel olvidaba.

Cansados de llorar sus bellos ojos,
Pálidas con el llanto sus mejillas,
Y el coral mustio de sus labios rojos,
Oyen tan solo el ¡ay! de sus enojos
Las lejanas estrellas amarillas:
Y á manos de su duelo y amargura
Se marchita su cándida hermosura.

Mansa una noche y silenciosa estaba:
Radiaba en ella espléndida la luna
Y su diáfana luz reverberaba

En el terso cristal de la laguna.
Gozábanse los ojos á lo lejos
Por la estension del campo solitaria
En la varia ilusion de sus reflejos,
Que iluminaban la campiña varia:
Y allá se distinguía
Por la fértil llanura
Del granado y naranjo la verdura,
Y el campo igual, voluble y amarillo
De la pajiza mies ya sazonada,
Y mucha parte en haces preparada
Para el áspero trillo,
Que de la caña inútil
Va á separar el grano
Ausiliado del céfiro liviano.

Lloraba como siempre su destino
La niña enamorada,
Los ojos de Sevilla en el camino,
Y en su Genaro el ánima estasiada:
Y así con triste acento
Baba sus ayes al nocturno viento:

« ¡Triste de mí que lloro
« Sin que mis ayes lleguen
« Al corazon que adoro!
« ¡Triste de mí, que me lamento en vano!
« Paloma cuyo arrullo dolorido
« Llama á su blanco esposo, que ha caído
« De oculto cazador bajo la mano
« Muy lejos de su amor y de su nido.
« ¡Triste de mí que imploro
« Ayuda de quien amo,
« Y sordo á mi reclamo
« Aun si me escucha ignoro!
« ¡Triste, triste de mí, que á solas lloro
« Sin que mis ayes lleguen
« Al corazon que adoro! »

Y aquí llegaba de su amarga queja
Cuando, á través de la cruzada reja
Y entre la sombra oscura
Que el olivar cobija en su espesura,
Cual blanca aparicion consoladora,
Llegar bajo sus rejas vió á deshora
Recatada de un hombre la figura.
Latió su corazon al percibirle
Con doble libertad y doble vida,
Y entre sus hierros con afan asida
Los brazos le tendió por recibirle;
Que ya la dijo el corazon bien claro
Que aquella aparicion es su Genaro.

Valentina. ¡Cuánto por verte suspiré,
amor mio!

Genaro. ¡Y yo cuánto corri por encontrarte!

Valentina. Yo no pensaba mas que en tu desvio.

Genaro. Y yo en nada pensé mas que en salvarte.

Valentina. ¿Me amas, Genaro, aun?

Genaro. Mas que á mi vida,
Mas que al ambiente que á tus piés respiro,
Dírala alegre yo por t'ien perdida
Por ahorrarte, mi bien, solo un suspiro.

Valentina. ¡Pobre Genaro! ¡y yo que imaginaba

Que tu amor hacía mí se amortiguaba!
¡Ah! perdona, Genaro, mi locura;
No fué desconfianza en tu cariño,
Fué mi desolacion, fué mi amargura.

Genaro. ¡O Valentina mía!

Si no me amaras tú cual yo te adoro
No acertara á vivir un solo día.
Tú eres mi luz, mi suerte, mi tesoro :
Tú, Valentina bella,

Eres la blanca estrella
Que mi esperanza por la tierra guía.
Sí, tras de tí camino noche y día,
Postrándome á besar tu casta huella.

Valentina. Ni yo puedo sin verte
Pasar, Genaro, en soledad mi vida,
Y si ha de ser sin tí, venga la muerte,
Que yo la doy tambien por bien perdida
Si no la he de gozar para quererte.

Genaro. Pues bien, si no hay fortuna
Sin mi amor para tí, ni lisonjera
Sin mí no alcanzas existencia alguna,
Huye conmigo á la ocasion primera
Mil veces ¡ay! propuesto te lo hubiera

Si mi contraria suerte
Mas venturoso porvenir me abriera.
Yo nada puedo darte,
Nada puedo ofrecerte,
Mi Valentina, mas que idolatrarte.
Y amarte como á Dios hasta la muerte
Harto, hermosa, lo lloro,
Mas tal es mi fortuna, á pesar mio,
Y mi destino tal; vivo y te adoro,
Y de la suerte con tu amor me río.

Valentina. Sí, bien dices, Genaro,
Tienes razon, mi corazon es tuyo.
De mi tutor avaro
En la ocasion primera

Libre contigo donde quieras huyo

Genaro. ¡Oh tal resolucion...!

Valentina. Genaro mio,

Ya no puedo arrostrar mi desventura.
Callártela queria,
Mas imposible es ya, porque desgarras
Tan amargo pesar el alma mia.
Sabe, Genaro, que el infame viejo,
No satisfecho con gozar mi herencia
Que administra sin tino y sin consejo,
Aun tiene la insolencia
De ofrecerme un amor que me destroza
Las entrañas de rabia y de pavora;
Y paga mis desaires con usura,

Y en mis pesares con furor se goza.

Genaro. ¡Esto, cielo piadoso,
Me faltaba no mas! ¡ah! pronto, huyamos;
Aun me quedan amigos
Que, pobres como yo, pero valientes,
De mi pesar y de mi amor testigos
Aun querrán ayudarme diligentes.

¿Hay alguna ventana
Que al campo dé, sin rejas que la guarden?

Valentina. Una hay, pero es, Genaro,
empresa vana,

Porque es de un aposento
Cuyo paso me impide gruesa puerta,
Que solo cada día, y un momento,
Se ve una vez por mi tutor abierta.

Genaro. No importa, di cuál es, que ya
habrá medio

De romperla ó abrirla,
Que á todo estoy resuelto y decidido.

Valentina. Desde ese estanque puedes
percibirla.

Genaro. Sin entrar al jardin puedo es-
calarla,

Y si me aguardas tú junto á esta puerta,
Yo medio inventaré de franquearla.

Valentina. ¡Oh sálvame, Genaro!
Por amor de tu madre, si la tienes,
Por cuanto tengas en el mundo caro.

Genaro. Sí, Valentina, si en mi amor
confias,

Mañana mismo en la callada noche
O á manos, si, de las industrias mias,
O á la fuerza sinó salvarte esperó.
Conozco á un capitán de una fragata,
Amigo fiel y noble caballero,
Que á bordo admitirá dos desdichados :
Y el suelo de la Italia protectora
Se abrirá á dos amantes espatriados;
Que á la Italia arribar será en buenhora.
Daránme allí mi espada ó mis pinceles,
O la honrada fortuna del soldado,
O la fortuna espléndida de Apeles :
Que todo con tu amor será sobrado.

Sonó en esto una llave, y percibiendo
Por las junturas, luz de una ventana,
Fuése Genaro á la espesura huyendo,
Diciéndose los dos : « Hasta mañana. »

—
Quien en el cuarto entró de Valentina
Fué su tutor, el juez; porque Genaro,
Acechando á favor de la espesura,
En la ventana vió clara y distinta
Aparecer del viejo la figura.
Vióla tender los brazos,
Y cerrar las vidrieras,
Y la luz interior ir á pedazos

Menguando, al entornarse las maderas.
 Vió la luz á través de las junturas
 Largo tiempo brillar, y oyó acercándose
 La voz del juez inteligible apenas,
 Ora con voces de dureza llenas
 Creciendo, ora en murmullos apagándose.
 Oyó á la niña replicar á veces,
 Y otras quejarse y prorumpir en llanto,
 Mas no entendió, por mas que estuvo atento,
 Lo que dentro pasó del aposento.
 Mil veces quiso de su escucha en tanto
 Su secreto romper sin miramiento;
 Mil veces, al oír de Valentina
 El angustiado acento,
 Su corazon anduvo
 Entre el miedo y la cólera indeciso,
 Y al jardín de saltar tentado estuvo
 La mansion asaltando de improviso.
 Quedó en silencio al fin el aposento,
 Faltó la luz de adentro, y no escuchando
 Llanto, ni voz, ni paso, ni gemido,
 El infeliz galan fué alejando,
 Recordando el acento dolorido
 Con que su amada hermosa
 Le dijo congojada y afanosa :
 « ¡Ay, sálvame, Genaro,
 « Por amor de tu madre, si la tienes,
 « Por cuanto tengas en el mundo caro! »
 Y á este recuerdo los amantes ojos
 Tornando á la ventana,
 « Si, dijo el triste, volveré mañana. »

II.

Está la siguiente noche
 Encapotada y oscura,
 Veladas entre nublados
 Las estreñas y la luna.
 Yace la quinta en silencio,
 Y no penetra ni alumbra
 El resplandor mas escaso
 De alguna lámpara turbia,
 Ni de una puerta el encaje,
 Ni las estrechas junturas
 De una ventana, que en sombra
 Todo en redor se sepulta.
 Oyese solo el murmullo
 Con que en las ramas susurran
 Las ráfagas desiguales,
 Que los olivares cruzan.
 De la chicharra el chirrido
 Allá á lo lejos se escucha,
 Que la tormenta vecina
 Con áspero canto anuncia :
 Y el eco sordo y lejano
 Del trueno, que en las alturas
 De nube en nube se arrastra,
 De nube en nube retumba.

Allá en el negro horizonte
 Por dó la tormenta surca
 De cuando en cuando un relámpago
 Se inflama con luz sulfúrea.
 Y á su esplendor fugitivo
 Se aclaran en la llanura
 Cuantos objetos la llenan
 En muchedumbre confusa
 La media noche sonaba,
 Y comenzaba la lluvia,
 Cuando dejaba Genaro
 Del olivar la espesura,
 Seguido de dos mancebos
 Que hicieron su causa mutua,
 Resueltos á poner cabo
 A la mas ardua aventura.
 Valientes como él son ambos
 Y como él desde la cuna,
 Sin mas apoyo en el mundo
 Que su espada y su bravura;
 Sin mas porvenir que el tiempo,
 Ni otra hacienda que la tumba,
 Mas dignos como él entrambos
 De mas pródiga fortuna.
 Con cautelosa prudencia
 Pisando la tierra húmeda,
 Hasta el estanque llegaron
 Que con la casa se junta.
 Sobre él daba una ventana,
 Ni baja, ni á tanta altura
 Que no pudiera salvarse
 Aunque difícil y mucha.
 Aquí soltando su capa
 Y colgando á su cintura
 Sus preparadas pistolas,
 Genaro un punto calcula
 Con la distancia, sus fuerzas,
 Se empina, se encoje, duda,
 Y abalanzándose osado
 Salta por fin y se oculta.
 Quedó otra vez en silencio
 La escena en la sombra muda,
 Y afuera los dos amigos
 Nada oyen por mas que escuchan.
 En tanto á solas Genaro
 En las tinieblas procura
 Dar con puerta que le guie
 A encontrar con lo que busca.
 Dentro de su pecho late
 Con agonía profunda
 Su corazon, á quien negros
 Presentimientos asustan.
 Las solitarias estancias
 El ruido menor no turba,
 Ni escasa las ilumina
 La lamparilla mas mustia.
 El aire que á bocanadas
 Por los aposentos zumba

Y que la cara le azota
Claramente le asegura
De que las puertas abiertas
Están; y parece en suma
Que está desierta la quinta,
Y su esperanza difunta.
Llamar á veces intenta
A los de fuera en su ayuda,
Mas teme engañarse, y teme
Que sus voces le descubran.
Con planta perdida mide
Toda la estancia que ocupa,
Todas las paredes toca,
Todos los trechos calcula.
Dió al fin con un picaporte:
Alzale con tiento, empuja,
Cede la puerta, y á tientas
Pasa el dintel, y ¡oh ventura!
Por una abierta ventana
Se asoma, y mucho se ofusca,
O es la del mismo aposento
Que á su Valentina oculta.
Sí, reconoce las rejas,
Y la encrucijada curva,
Que hasta el olivar conduce,
Y que protegió su fuga
Cuando en la noche anterior
En su visita nocturna,
Sus pláticas la llegada
Del tutor rompió importuna.

¿Mas cómo allí no le espera
Su amor? ¿será que rehusa
Valentina el pronto amparo
Que de él invocó en su angustia?

« Valentina, ¿dónde estás?
No me conoces? » pregunta
En la oscuridad Genaro:
Mas su corazón se turba,
Y sus rodillas flaquean,
Y de desconsuelo suda
Al ver que su voz no tiene
Correspondencia ninguna.
« ¡ Valentina mía! » esclama
Con desolada amargura,
« ¡ Valentina mía!... » y solo
Mía los ecos retumban.
Los brazos tiende en la sombra,
Y se avanza á la ventura,
Mas nadie se arroja en ellos,
Nadie le responde nunca.
Brilló un relámpago acaso,
Y á su rápida y sulfúrea
Llamarada, hirió un objeto
Sus ojos, que el llanto anubla.
Tendió las manos al sitio
Donde le vió, y ropas húmedas
Tocó de un lecho, y un brazo
De muger. — Le asió convulsa

Su mano... ¡ Dios infinito!
¿ No hay un rayo que reduzca
Un desdichado á ceniza
Cuando tal cáliz apura?
Aquel brazo frio asiendo,
El cuerpo á que se une busca,
Mas al arribar sus manos
A la garganta desnuda,
Cayó Genaro en el suelo
Sin sentidos que le acudan,
Porque *no halló la cabeza*
Al tronco sangriento junta.

—
Pasaba en tanto la noche
Y el agua caía á mares,
El espantoso nublado
Sobre la tierra rasgándose.
Cansados ya los amigos
De Genaro de esperarle,
Y viendo que el tiempo corre,
Y de la quinta no sale,
Por la ventana treparon
En voz prudente llamándole.
Mas viendo con hartos aombros
Que no les responde nadie,
Asiendo de una linterna
Que al caso dispuesta traen,
Diéronla luz y se entraron
El aposento adelante.
Todos estaban desiertos;
Todas las puertas sin llaves;
Todo por tierra en desórden
El ostentoso mueblaje;
Muchas cerraduras rotas,
Y rotos muchos cristales.
Todo mostraba en la quinta
De algun reciente pillaje
O algun siniestro atentado
Las evidentes señales.
Mas ¡ cuánto fué de los mozos
El horror de intenso y grande
Al dar tras de pocos pasos
En un cuarto donde yace
Genaro tendido en tierra
Y el suelo nadando en sangre,
Y en una alcoba en un lecho
De una muger el cadáver!
El cuadro de su ignominia
Si les achacan el lance
Fué la idea que en su mente
Vino primero á aclararse.
Nó era el amor de Genaro
Allí lo mas importante,
No era su vida ó su muerte
El resultado mas grave:
Era su honor, pues si al cabo
Por ladrones les tomasen,

Pagaran en un patibulo
 Lo que en sus almas no cabe.
 Asieron pues de Genaro
 Por un resto bien laudable
 De una amistad generosa,
 Mas que de poco les vale :
 Porque no bien se inclinaron
 En brazos para elevarle
 (Pues ni se mueve ni alienta),
 Cuando á las voces de ¡infames!
 De ¡asesinos! y ¡ladrones!
 ¡A ellos! ¡prenderles! ¡matarles!
 El aposento asaltaron
 Domésticos y jayanes,
 Con hoces y podaderas,
 Con asadores y sables.

Sin que pudieran valerse,
 La multitud de ellos ase,
 De maldiciones é injurias
 Y de improperios llenándoles.
 El crimen lamentan unos,
 Claman otros por vengarle,
 Y por dó quiera retumban
 Rezos, juramentos, ayes.
 Volvió Genaro á la vida
 Con el tumulto un instante,
 Cercáronle al punto todos,
 Y él que ni entiende, ni sabe
 Lo que pasa en torno suyo,
 Con absortos ademanes
 Miró, y con ojos estúpidos
 En silencio á todas partes.
 « ¿Y VALENTINA? » este nombre
 De su duelo única frase,
 Recuerda á todos á un tiempo
 Todo el horror de aquel trance.
 « ¡Mira! » dijo el juez cogiéndole
 De las manos, y arrastrándole
 De su pupila hasta el lecho,
 « ¡Mira tu obra, miserable! »
 « ¡Dios mio! » exclamó Genaro
 Con la cabeza abrazándose
 De su hermosa Valentina
 Que el juez le puso delante :
 « ¡Dios mio! » exclamó, y con ella
 Segunda vez desplomándose
 Quedó al pié sin movimiento
 Del destroncado cadáver.
 Brilló una sonrisa horrible,
 Aunque imperceptible casi,
 Sobre los trémulos labios
 Del tutor, y señalándole
 Dijo : « Del crimen, señores,
 Las pruebas están palpables :
 Horrorízale esa muerte,
 Pues la conoce, la sabe. »

¡Tal es la justicia humana,
 Los juicios del hombre tales!
 La luz del próximo sol,
 Por mas radiante que sale,
 No pudo á los tres amigos
 Iluminar el semblante,
 Porque sus rayos no llegan
 Al calabozo en que yacen.

Yacen, sí, con la inútil esperanza
 De la fé y la razon de su inocencia ;
 Mas ¡ay! de la justicia en la balanza
 Poco pesa por cierto la conciencia.
 Nada los dos del lance han comprendido,
 Nada responderán, pues nada saben :
 Lo que han visto dirán, lo que han oído,
 Mas no habrá á quien agraven
 El crimen cometido.

¡A Genaro! ¡imposible! la adoraba,
 Mas luz ni pensamiento no tenia ;
 Solo en ella pensaba,
 A ella tan solo por dó quier veía.
 Mas ¿qué ha de responder, pobre insensato
 A quien la luz de la razon no asiste?
 ¿Qué ha de decir el triste
 Si ni oye, ni pronuncia, ni imagina
 Mas que el nombre fatal de Valentina?
 Sus ojos con estúpida mirada
 Dó quiera que los fija se mantienen,
 Y ni mira, ni ve, ni piensa nada.
 Solo un objeto que en su mente vive
 Sus ojos y su mente ante sí tienen,
 Que su sér y su luz de ellos recibe :
 La pálida y castísima cabeza
 De aquella idolatrada Valentina,
 Siempre de amor tesoro y de belleza,
 Objeto ¡ay Dios! de su mortal tristeza,
 Pero siempre á sus ojos peregrina.

El rápido y terrible
 Trastorno universal de sus ideas,
 Solo este objeto le dejó visible,
 Y aquel contorno pálido y sangriento,
 Aquel rostro agostado y macilento
 Tan solo á sus sentidos perceptible,
 Es la oculta razon de su demencia,
 Y el móvil de su misera existencia.
 Ya ante su vista, como blanco sueño,
 Benéfica vision consoladora,
 Se presenta risueño,
 Y el pobre loco en su ilusion la adora.
 Ya, cual sombra fatidica enojada
 En las nocturnas horas evocada,
 De Genaro á los ojos se presenta,
 En roncas voces demandando airada
 De su venganza dolorosa cuenta :
 Y ante ella el pobre loco prosternado,

Contemplando su sangre horrorizado,
Se agita y se amedrenta.

Y los ayes que exhala en su despecho
El angustiado mozo,
Estremeciendo el cóncavo y estrecho
Y oscuro calabozo,
Llegan del carcelero hasta el oído,
Que á su voz suspirando estremecido
Compadece su afan desde su lecho.

En vano á recio poste maniatado,
De sus amigos por piedad velado
Está continuamente,
Mas fiero cada día y mas demente
Se torna el desdichado.
En vano demandáronle los jueces
Declaracion verídica y sucinta
De la fatal historia de la quinta;
Por mas que repitieronle mil veces
La idéntica pregunta
Nunca mas respondió que insensateces.
Y de ellas nada el tribunal barrunta;
Nada por él descubre ni adivina.
Y si por caso el que demanda nombra
A su bella y perdida Valentina,
Ante él evoca su tremenda sombra,
Y el infeliz Genaro en el instante,
A su nombre funesto enloqueciendo,
Con sus gritos la sala ensordeciendo,
Con su ademan y gesto delirante
Demuestra lo que su alma está sufriendo:
Y de su amada en su ilusion amante
La cabeza fatal tiene delante.
Los jueces, de su mal enternecidos,
Compasivos le absuelven,
Y á su prision le vuelven
De donde salen pocos,
Mas de donde él saldrá sin duda alguna
Para dar por su pésima fortuna
En una jaula de hospital de locos.
¡Ay, pobre amante, cuyo amor tan raro
Te obliga á recatar tu triste vida
Con tu razon, y en tu razon perdida
Tu salvacion está! ¡Pobre Genaro,
Que al hospital del calabozo pasa,
Cuanto le cuesta caro
El hospedaje de su nueva casa!

III.

Eran seis años despues.
¿Quién diablos mentaba ya
Ni á la hermosa degollada,
Ni al loco del hospital?
Los bienes de la pupila
Gozaba el tutor en paz,
Y si á alguien pertenecian
No osaba de ellos hablar.

Que era el juez hombre de cuenta,
Y en sus manos ademas
Estaba el látigo puesto
De la justicia humana.
¡Así las mas de las veces
Las cosas del mundo van!
Pero cortemos á tiempo
Esta charla lenguaraz,
Pues á los críticos toca
Maldecir y murmurar:
Pues tienen ya la costumbre
De encontrarlo todo mal,
Y yo á Dios gracias encuentro
Que bien este mundo va
Y... con mi cuento prosigo.
No lejos de la ciudad
De Córdoba, y de Sevilla
Sobre el camino real,
Había en mil setecientos
Año menos ó año mas,
Un famoso ventorrillo
Llamado del Sarmental.
Ventorrillo se llamaba
Y con justicia en verdad,
Pues á la altura de venta
No supo nunca llegar.
Era una mansion cuadrada
Que con perfecta equidad
Cerraba en sola una pieza
Cocina, cuadra y pajar.
Es decir que el ventorrillo
Era, hablando en realidad,
Un portal que á duras penas
Pudiera ser palomar,
Donde á comer ni á dormir
Se han detenido jamás
Sino pobres peregrinos,
Mendigos ó gente tal.

En una tarde de marzo,
Y, como dicho se está,
Del año mil setecientos,
Del ventorrillo al umbral
Dos mancebos platicaban
De continente galan.
Lloraban de gozo entrambos
Hablandose con afan,
Y tiernamente abrazándose
Y tornándose á abrazar,
Dándose pruebas continuas
Del cariño mas cordial,
Preguntando y respondiendo
Sin dejarse respirar.

El Uno: ¿Con que de Florencia?

El Otro.

El Primero. ¿Bueno del todo?

El Segundo.

Por mas que lo procuré

Sí.

No á fé;

Jamás me restablecí.
Muy débil quedóme el juicio,
Y hay, Federico, ocasiones
En que tengo distracciones
Que parecen maleficio.
Mas del trabajo á favor
Mi cuerpo se robustece
Cada día, y me parece
Que voy de bien á mejor.

Federico. ¿Con qué trabajas?

El Otro. Me afano.

Federico. ¿Y utilidad te reporta
Tu trabajo?

El Otro. Nada corta,
Que estudié mucho y no en vano.

Federico. Siempre te fué la escultura
Arte predilecto.

El Otro. Nombre
Y honra me dió, y soy otro hombre
Desde mi fatal locura.

Federico. ¿Mas cómo fué de ese mal
La curacion?

El Otro. Muy sencilla;
Al año y medio en Sevilla
Me echaron del hospital.
Dijéronme... vuestra cura
Se acabó y...

Federico. ¡Pobre Genaro!

El Otro. Yo, viéndome sin amparo,
Acogime á mi escultura.

En los seis meses primeros
Vivi con suma escasez,
Mas díome una obra en Jerez
Unos pocos de dineros.

Con ellos á Italia fui,
Y allí menos importuna
Mi desdicha, hice fortuna;
Mas me punzaba ¡ay de mí!
El deseo de volver
A mi pátria de tal modo,
Que al fin lo he dejado todo
Sin poderme contener.

Dijeme: tengo algun oro
Y alguna celebridad,
Volvamos á la ciudad
Donde está cuanto yo adoro.

Y héme aquí ya, Federico,
Que vuelvo al fin á Sevilla
Con mi escasa fortunilla,
Y el arte á que me dedico.

Federico. Contigo allí me tornara
De buena gana en verdad,
Si urgente necesidad
Volverme no me estorbara.

Pero mi madre me espera
Que á morir próxima está,
Y tal vez no llego ya
Tan pronto como quisiera.

El Otro. Pues, Federico, adelante
Nuestro camino sigamos,
Que á tu madre la robamos
Un consuelo en cada instante.
Parte y que te ayude Dios.

Federico. Si un día á vernos volvemos...

El Otro. ¡Oh! no lo dudes, seremos
Hermanos siempre los dos.
Tú encarcelado por mí
Sufristes...

Federico. No hablemos de eso,
Si estuve dos años preso
Fué sin culpa, y ya sali.

El Otro. Siempre generoso amigo

Federico. Y siempre tuyo, Genaro,
Pronto á partir sin reparo
Cuanto posea contigo.

—
Y aquí con lágrimas tiernas
Se tornaron á abrazar,
Tomando con su caballo
Su camino cada cual.

Y creo, lector discreto,
Que no necesitas mas
Para saber quiénes eran
El que vuelve y el que va.

Sin embargo, si con esto
Aun satisfecho no estás,
En lo que queda de historia
Puedes el fin encontrar.

IV.

En vano seis largos años
En tierra estraña de ausencia
Genaro entre las memorias
Puso de su edad primera;
Que las sombras que le manchan
El cuadro de su existencia,
Cuanto mas tienen de antiguas,
Tienen de firmes y negras.
El bello sol de la Italia
No pudo desvanecerlas,
Porque las sombras del alma
La luz del sol no penetra.
Mientras entregado al arte
Vivió Genaro en Florencia,
Adormidos sus recuerdos
Se hicieron sentir apenas.
Débiles fueron sus ayes,
Cortas sus sentidas quejas,
Porque el tiempo y la distancia
Mucho las memorias merman.

De tarde en tarde confusas,
Entre torvas y halagüeñas,
De sus antiguos pesares

Le asaltaban las ideas,
 Mas cual de cosas pasadas
 Se le ocurrían inciertas,
 Sin verdadero carácter
 Y sin forma verdadera.
 Aquella frondosa quinta
 Entre cuya doble reja
 De Valentina alcanzaba
 La peregrina cabeza,
 Era un recuerdo amoroso,
 No una aparición siniestra,
 Era un manantial fecundo
 De deliciosa tristeza.
 No vía el semblante amado
 Sobre la gola sangrienta
 Pidiendo á voces venganza,
 No, que amorosa y risueña
 Se presentaba á sus ojos
 Su Valentina hechicera,
 Como la noche en que pudo
 Bajo su ventana verla.
 Y aunque jamás de su alma
 Borrarse la imagen pueda,
 Como un amuleto místico
 Mantiénese dentro de ella,
 Y su espíritu acompaña,
 Mas conformidad perpetua
 Guarda con él, y aunque triste,
 Su espíritu no atormenta.
 Y cuanto menos horribles
 De sus memorias le cercan
 Las visiones, cuanto mas
 Se debilitan y atenuan,
 Mas de su antigua locura
 Las fatales consecuencias
 Desaparecen, y logra
 Su ánima calma completa.
 Mas esto ¡ay Dios! fué en Italia,
 Donde la gente y la tierra
 Cuanto mira y cuanto siente
 De sus memorias le aleja.
 Mas al entrar en Sevilla
 Donde todo le recuerda
 Sus infortunios pasados,
 Se acrecentaron sus penas.
 Tornó á ser de sus memorias
 Insensiblemente presa,
 Y á trastornarse tornaron
 Débilmente sus ideas.
 Al pararse de la cárcel
 Ante las guardadas puertas,
 Recordósele la causa
 Por que fué encerrado en ella.
 Al pasar del hospital
 Ante la fachada esterna,
 Estremeciése al recuerdo
 De su abandono y miseria.
 Y aquella frondosa quinta

A cuya reja en Florencia
 De Valentina alcanzaba
 Sonriendo la cabeza,
 Tornábasele en espejo
 De apariciones siniestras,
 Que trastornaban la suya
 Con sus miradas horrendas.
 Huérfano y desconocido
 Genaro en Sevilla entera
 (Pues hoy se oculta indolente
 Y antes no célebre en ella),
 Sin un amigo tan solo
 Que distraerle pudiera,
 Pasa su vida ignorada
 En soledad y tristeza.
 Y si habla es con Valentina,
 Con Valentina si sueña,
 Por Valentina si vive,
 Y á Valentina si reza.
 Si día y noche afanado
 Mármol desbasta y modela,
 A Valentina los trazos
 De su cincel representan.
 Ni piensa en su porvenir,
 Ni en las relaciones piensa,
 Que pueden, fama lográndole,
 Honor lograrle y hacienda.
 En poco estima la gloria,
 Y en menos su vida aprecia,
 Y abandonado á sí mismo
 No ve lo que la rodea.
 En una mezquina casa
 De una oscura callejuela
 Junto á la muralla vive,
 De la quinta la mas cerca.
 El camino de Carmona
 Continuamente pasea
 Desde la puerta á la quinta,
 Desde la quinta á la puerta.
 Tal vez volviendo á deshora
 El muro cerrado encuentra,
 Y al raso pasa la noche,
 Pues en el campo se queda.
 ¡Pobre Genaro! En su pecho
 Con su soledad funesta
 Al fuego de las memorias
 Su amor antiguo fermenta.
 Y así tal vez poco á poco
 Su mente se desordena,
 Su cuerpo se debilita,
 Y sus manías empiezan.

V.

Mayo espiraba : y su postrero día
 Entre nubes de azul púrpura y grana
 La cenicienta claridad tendía
 De la primera luz de la mañana.

Para gozar sus rayos bienhechores
 Entreabrian sus cálices las flores,
 Manso alzaban las ráfagas murmullo
 En la hojarasca espesa,
 Variando de la luz los mil colores,
 Y á su tranquilo arrullo
 Despertaban los pardos ruiseñores.
 Todo era calma, resplandor y vida
 Por la fértil llanura,
 Y la tierra en las sombras adormida
 Tornaba á despertar juvenecida,
 Debiendo al nuevo sol nueva hermosura.

Del oscuro aposento de Genaro
 Por la estrecha ventana,
 La claridad temprana
 Penetrando pacífico y tranquila,
 Hirió, cobrando resplandor mas claro,
 Del desvelado mozo la pupila.

Tal vez, cansado de nocturna vela
 O de afanosos sueños agitado
 La recoge el mancebo alborozado,
 Con ojo avaro y delicioso empeño;
 Porque la vista de la luz consuela
 Las amargas memorias de su sueño.

Sacó Genaro de la ropa el brazo,
 Y abriendo de su reja mas maderas,
 Del puro firmamento vió un pedazo
 Al mirar á través de las vidrieras.
 Brotó en su labio celestial sonrisa,
 La lumbre del placer brilló en sus ojos,
 Y ante el único Dios, sumo é inmenso,
 De quien la gloria y magestad divisa
 Tras el azul estenso,
 Postróse humilde y le adoró de hinojos.

Llegó á él embriagando sus sentidos
 El blando soplo de la fresca brisa,
 Y en ella los perfumes recogidos
 Al tocar en las ramas olorosas,
 Blancas acacias y encendidas rosas
 En los vergeles con abril floridos.
 Llegó á él el susurro deleitoso
 De los copados árboles vecinos,
 Donde el gorrion inquieto y receloso
 Píos lanzaba pretendiendo trinos.

Llegó hasta él el són de la campana
 Que el alba anuncia y á asistir convoça
 A su misa temprana,
 Y las pisadas rápidas ó graves
 De vecinos asaz madrugadores,
 Ya siervos, ya señores,
 Que abriendo puertas y volviendo llaves,
 Cumpliendo sus destino ó sus placeres,
 Iban á sus recreos ó quehaceres.

« Hermoso dia, » murmuró Genaro,
 Y al avanzar su cuerpo á la ventana,
 En talante le vino
 La hermosura gozar de la mañana.

Vistióse pues alegre y presuroso
 Y al campo ameno enderezó el camino.
 De la ciudad atravesó la puerta
 Vecina á su mansion, como solia
 Siempre que de ella cada vez salia,
 Con perezoso paso y ruta incierta.
 Mas tomó como siempre ancho sendero
 Que á la quinta fatal conduce y guia,
 Donde tuvo y perdió su amor primero.
 Cuanto por él sus piés adelantaban,
 Mas los recuerdos de su amor crecian,
 Y en su fiel corazon se revelaban,
 Dó escondidos vivian.

Sus ojos avarientos
 Por cima de los olmos corpulentos
 Ansiaban alcanzar el edificio
 Donde tuvo su amor templo y sepulcro,
 Donde fué de su amor el sacrificio;
 Y en la lejana matinal nieblina,
 Que huyendo al sol turbaba el horizonte,
 Imaginaba sobre el pardo monte
 La blanca aparicion de Valentina.
 El infeliz mancebo
 En su ilusion dichosa
 De nueva fé con el impulso nuevo,
 Con sonrisa amorosa
 Los bravos ¡ ay! á la vision tendia,
 Y palabras de amor la dirigia,
 Mas al ir á abrazar tanta belleza,
 Desvanecido su fantasma vano
 Le presentaba su delirio insano
 Su ensangrentada y livida cabeza.
 Entonces descarriado el pensamiento,
 Y su mente en sus juicios mal segura,
 Vacilaba un momento,
 Y volvía un momento á su locura;
 Y ciego y delirante
 Se lanzaba veloz por la llanura,
 Y en esta situacion tan congojosa,
 Alguna vez de su perdida hermosa
 La cabeza fatal le iba delante.
 Hasta que al fin rendido á su fatiga
 Donde mas no podia se sentaba,
 Y en penoso letargo reposaba,
 Y á su juicio volvía:
 Aunque siempre quedaba
 Presa infeliz de su fatal manía.
 En posicion tan triste,
 Con tales enemigos interiores
 Y en hora tan temprana,
 Paseaba Genaro esta mañana
 Por campiña feraz que mayo viste
 De césped blando y de silvestres flores.
 La alegría y belleza
 Que ostenta por dó quier naturaleza
 Sus negros y continuos pensamientos
 Disipa, de sus íntimos tormentos
 Su corazon librando y su cabeza.

Dulce melancolía
 Prueba su corazón tan solamente,
 Y dulce y melancólica memoria
 De su amorosa historia
 Guarda y halaga su tranquila mente.
 Las palabras sabrosas
 Recuerda que su amada
 Le dirigió amorosas
 En la ciudad, la reja ó la enramada :
 Ya en misteriosa cita,
 Ya en cariñosa carta,
 O en oculta visita,
 Que alna de amante en amorosa cuita,
 De memorias de amor nunca se harta.
 Y así exhalando en apenado acento
 Las ideas del triste pensamiento,
 Las reducía á voces
 De nadie oídas, y del suave viento
 Perdidas en las ráfagas veloces.
 — « ¡Ay, Valentina mía,
 á quien espero en vida mas dichosa
 Encontrar otra vez, y en mejor día!
 Solo de esta esperanza
 La luz en la existencia me mantiene,
 Y solo este consuelo
 A darme fuerzas y valor alcanza
 Para creer en la equidad del cielo.
 ¡Ay! ¡qué fuera de mí si esta creencia
 Dentro del corazón se me apagara,
 Y contigo gozar nunca esperara
 Mas larga y mas feliz otra existencia!
 Imposible. Ese Dios de cuya mano
 Brotó la creación y en un instante
 La alumbró con su sopro soberano,
 Ese sol encendiendo rutilante :
 Ese Dios cuyo afán, cuyo cariño
 Paternalmente cuida
 Del imperfecto sér que nace niño
 Sin medios de guardar su débil vida;
 Que el camino señala á los torrentes
 Lo mismo que á los límpidos arroyos,
 Abriendo á sus vertientes
 Sulcos escasos ó profundos hoyos;
 Que da á los mares y á los campos galas
 Y esquisitos primores,
 Criando en sus espaldas y en sus senos
 Peces los unos, y los otros flores,
 Perlas aquellos, nácar y corales,
 Y estos rosas y pródigos frutales,
 Ambos de vida y de hermosura llenos :
 Ese Dios que en los cóncavos espacios
 De los aires sutiles
 Los astros y las aves sembró á miles,
 Y en las noches oscuras
 Sostiene con lazadas de topacios
 Su pabellon azul en las alturas;
 Que para igual destino hizo perfecto
 El corazón del hombre y del insecto,

Que en ambos puso del amor la llama,
 Y, al darlos una hermosa compañera
 Al hombre y al insecto dijo : ¡Ama :
 Tuya es mi creación, gózala entera!
 Ese Dios que con término y medida
 Su señalado imperio
 Marcó á la muerte y concedió á la vida,
 Con leyes de oscurísimo misterio;
 Es imposible que lo mismo mida,
 Y concluya lo mismo
 Con la flor ó el insecto
 Que vive ó que vegeta
 Sin otra liga que el nativo afecto
 Que á la tierra y raíces les sujeta,
 Y con el hombre á quien fatal destino
 De su dicha terrena
 De abrojos y pesar siembra el camino.
 Es imposible, no. — Cuando él enciende
 En el hombre el fanal de la esperanza,
 Mas noble porvenir darle pretende,
 Dicha mas perenal al hombre alcanza. »

En estos pensamientos embebido,
 Se alejaba Genaro de Sevilla
 Por sendero escondido
 En la umbría enramada,
 Y de un arroyo por la amena orilla
 De césped tapizada.
 Y absorto en sus ideas de esperanza,
 Y seguro en la fé de su destino,
 De un porvenir de amor y bienandanza
 Seguía, sin pensar en su camino,
 A pasos avanzando desiguales,
 Ya rápidos ya lentos,
 Que ciertas daban, á mi ver, señales
 De su desigualdad de pensamientos.

Alzó por fin los ojos
 Tras largo andar, oyendo [truendo,
 De agua cercana y mucha el ronco es-
 Y entre espesos abrojes
 Y antiguas yerbas que á su par brotaron
 Una arruinada ermita vió delante,
 Que, ya de largos años olvidada,
 Las lluvias y los vientos maltrataron.
 No lejos de sus restos esparcidos
 De musgo y de maleza revestidos,
 Y de impuros reptiles habitados,
 Guadalquivir corria,
 Y al monumento viejo
 En su fondo de arenas ofrecia
 Claro y seguro, aunque voluble espejo;
 Mostrando cuanto son breves y vanas
 Las fortunas mundanas.

Aun quedaba en un nicho
 Sobre la angosta puerta
 Una imágen del santo su patrono,
 Y en la capilla lóbrega y desierta
 Un giron del dosel dó tuvo un trono.
 Aun del altar al pié podia verse

Inscripcion imposible de leerse,
Nombres del fundador que allí yacia,
Sepultura olvidada
Como otras muchas que en redor tenia.
Contempló su interior un breve instante
Genaro, y á partir se disponia
Cuando delante de sus piés, vacía,
De la nada humanal leccion severa,
Destroncada en el polvo
Halló una solitaria calavera.

Palideció Genaro en su presencia
Y su fé vaciló, y la duda amarga
Se alzó en su corazon, y en su conciencia.
« ¿Y es esto, dijo, tras de vida larga
En lo que pára al fin nuestra existencia?
¡Ay de los hombres si esto solamente
Les queda de su espíritu y esencia! »

Y esta idea girando
En su mente exaltada
De una en otra induccion le fué llevando
En lucha pertinaz consigo mismo
Al tenebroso abismo
De una duda infernal desesperada.
« Si esto somos no mas, triste decia,
¿Qué es de nosotros, Valentina mia?
Purísima inocente criatura,
Del Hacedor privilegiada hechura,
Que en opresion viviste y en tormento,
¿Qué premio alcanza tu virtud segura?
¿Qué consuelo á tu vida de amargura
Si eres polvo no mas que esparce el viento? »
Y esta idea fatal le amedrentaba
Y á esta idea fatal desesperaba.

Con temblorosa mano
Y con ojos de lágrimas henchidos
Sostenia y miraba al resto humano,
Cuya faz por el polvo consumida,
Falta de voz, de aliento y de sentidos,
No podía decirle para ayuda
De su espantosa duda
El *mas allá* de la afanosa vida.

Al fin con voz doliente y lastimera
Dijo, al polvo volviendo
La seca calavera :
« ¡Ay si de aquella en cuya lumbre vivo
Y por quien sér del Hacedor recibo
Memoria fueras, último despojo,
Calavera espantosa,
Con cuán sagrado afan te recogiera!
Noche y dia llevándote conmigo,
Idolo de mí fé por donde quiera
Tú fueras siempre de mi amor testigo,
Tú de mi soledad la compañera,
Tú en mi desolacion mi único amigo. »
Y fijando tristísima mirada
En el despojo yerto,
Quedó su alma un instante anonadada
En la duda por nadie penetrada

Del porvenir incierto.
Hasta que al fin lanzando
Hondo suspiro del doliente pecho,
Volvió á decir, pisando
De la capilla en el umbral estrecho :
« Quédate á Dios, giron desconocido,
Y si cerca de ti viene algun dia
El desolado espíritu perdido
Que en tu centro vivia,
Dile que busque al de mi amante hermosa
En la region oscura y misteriosa
Donde van los espíritus que tiran
La cáscara mortal que les encierra
En su penoso viage por la tierra.
Dile, dile que busque á Valentina,
Y postrado de hinojos
Ante su faz divina,
Mi soledad la cuente y mis enojos.
Di que la ruegue por cuanto haya caro
En la region del firmamento bella
Que venga alguna vez de su Genaro
A acrisolar la fé que estriba en ella.
Que cruce el aire azul diáfano y raro
Desprendida en la luz de alguna estrella,
Y aunque en sueños no mas me dé segura
Una prenda real de su ventura. »
Y así diciendo el infeliz mancebo
Con tales ilusiones trastornado,
Saliendo del santuario abandonado
Su camino á emprender volvió de nuevo.

VI.

De la noche de aquel dia
En muy avanzada hora
Tranquilamente Genaro
Del sueño en brazos reposa.
Ningun fatigoso ensueño
El corazon le acongoja
Ni le contrista la mente
Vision atormentadora.
Su respiracion serena,
Que igualmente aspira y toma
Con medidos intervalos,
Con inflexiones monótonas,
La paz de que en tal momento
Su triste espíritu goza
En la soledad nocturna
Bien claramente denota.
Está la noche nublada
Y estremadamente lóbrega,
Y el resplandor de la luna
Vapores densos ahogan.
Y está su aposento oscuro,
Aunque su ventana angosta
Abierta deja Genaro
Pues le despierta la aurora.

Ni un solo rayo atraviesa
 Por las infinitas bocas
 Que ofrece á la luz y al aire
 La única vidriera rota.
 Porque abismado en sí mismo
 Genaro su arte abandona
 Y en el abandono vive
 Desconocidas sus obras :
 Pues, sin otra compañía
 Que sus pesadumbres propias,
 Con sus pesadumbres vive
 Y sus pesadumbres llora.
 Y presa de estos pesares
 Que su corazón agobian,
 De la escultura olvidado,
 Sin emulacion, sin gloria,
 Sus ahorros de Florencia
 Rápidamente se agotan :
 Y en una palabra, *vive*,
 Mas con la miseria próxima.

Tal es en este momento
 La situación lastimosa
 Del escultor, y tal era
 En estas nocturnas horas
 El reposo en que yacía,
 Cuando aldabada sonora
 Dada en su puerta, los ecos
 Estremeció de su alcoba.

Abrió los ojos pesados,
 Tendió la mirada atónita
 Por cuanto en torno tenía,
 Mas todo en torno era sombra.

La idea de la aldabada
 Aclaróse en su memoria
 Tras breve instante de atenta
 Reflexion calculadora.
 « Jurara que habian llamado,
 Dijo entre sí, mas ¿qué importa?
 Añadió luego, sin duda
 Que de puerta se equivocan,
 Número tiene la casa,
 Conque que busquen la otra. »
 Y al sueño tornó á aprestarse
 Envolviéndose en la ropa.

Mas no bien hubo en su lecho
 Tomado postura cómoda,
 Cuando segunda aldabada
 Hirió su puerta, y siguióla
 La tercera á breve espacio
 Con lo que al fin montó en cólera.
 Saltó irritado del lecho
 Y asomóse con faz torva
 Por la ventana exclamando
 Con voz enojada y bronca :
 « Quién es, á quién diablos busca, »
 Y otra voz dulce, armoniosa
 Como el rumor de las aguas
 Y el murmullo de las hojas

« Yo, » dijo desde la calle,
 A cuya sílaba sola
 En las venas de Genaro
 Helóse la sangre toda.

Con ambas manos asidas
 De su ventana ambas hojas,
 Inclínada la cabeza
 Para que mas prestos oigan
 Sus oídos, fijo, inmóvil
 Tras la reja, fatigosa
 La respiración lanzando
 Por la mal cerrada boca,
 Con los espantados ojos
 Saltándole de las órbitas,
 Como escuálido fantasma
 Que miedo infantil aborta,
 Quedó en su reja Genaro
 Sin voluntad que le acorra,
 Dudando si es pesadilla
 De sueño que le acongoja.
 Así pasó unos momentos
 Y pasara muchas horas
 A no venir á sacarle
 De su hondísima zozobra
 Otra aldabada cuyo eco
 Vibro en los espacios ronca.
 Huyósele de los labios
 Involuntaria y dudosa
 La pregunta de *¿quién llama?*
 Tan imperceptible y ronca
 Que casi en sus labios mismos
 El aura voraz tragóla.
 Mas como si hubiera sido
 Dicha con voz tan briosa
 Que en grito rayado hubiera,
 Obtuvo respuesta pronta.
 Obtuvo un Yo soy, GENARO,
 Dicho con tan deliciosa
 Modulacion, que mas era
 Música embelesadora.
 Era una voz de cuyo eco
 Las desconocidas notas,
 En vez de ahogarse en el aire,
 Armonizaban la atmósfera.
 Estremecidas las auras
 Las llevaban de una en otra
 En círculos infinitos,
 En interminables ondas.
 Y unos en otros nacían
 Como unos tras otros brotan
 Del agua en la superficie
 Cuando se quiebra ó se toca.
 Era una voz que se oía
 Limpia, argentina, sonora,
 Vagando por los espacios
 Y atravesando las sombras,
 Lo mismo á inmensa distancia
 Que á la distancia mas próxima,

Lo mismo por las alturas
Que por las calles mas hondas.
Indefinible sonido

Que bajo una esencia sola
De la palabra y la música
Guarda las delicias todas.

Yo soy, GENARO, dijeron
Sus silabas misteriosas :
Mas la celeste armonía
Que en el aire las prolonga
Toda una historia pasada,
Toda una futura historia
De gustos y de pesares,
De desconsuelos y glorias,
Encierra en las inflexiones
Con que la voz vagorosa
Los espacios estremecen
Con sus cláusulas armónicas.

—
Todo cuanto es, cuanto ha sido,
Cuanto ambiciona y espera
Como en ancho panorama
Concibe Genaro en ellas.
Campo vastísimo le abren
Allá en su mente revuelta
Donde lo pasado bulle,
Y sus recuerdos fermentan.
Llanura deliciosísima,
Optica espaciosa inmensa
Que alcanza su vista absorta
Desde atalaya dispuesta.
Mágico cuadro fantástico
De fertilísimas vegas,
De jardines encantados
Y montañas pintorescas.
Magnífico Eden conpesto
Con los mares y alamedas,
Los templos y los palacios
De Sevilla y de Florencia.
Del turbio Guadalquivir
Con las frondosas riberas,
Los pescadores de Nápoles,
Las lagunas de Venecia.

Esto, todo esto ve y oye
En la armonía secreta
De aquella voz celestial
Que le espanta y le embelesa.
Lo oye y lo ve iluminado
Con las fulgentes estrellas
Y el resplandeciente sol
De la esperanza risueña :
Colmado y embellecido
Con la imagen hechicera
De su hermosa Valentina
Que en todas partes encuentra.
A Valentina en el llano,
A Valentina en la selva,

A Valentina en la luz,
A Valentina en la niebla.
Su imagen todas las aguas
En su cristal reverberan :
En su murmullo su nombre
Susurran las arboledas :
Y en el delirio encantado
Que su espíritu enajena
Solo oye y ve á Valentina
En todo cuanto le cerca.
Valentina dice el aura
Que en el espacio se aleja,
Valentina dice el eco
Que en el monte la remeda,
Valentina en sus oídos
Eternamente resuena,
Y el nombre de Valentina
Que en su redor gira y rueda
En círculo eterno y mágico,
En oscilacion eterna,
Dentro de su mente nace
Y va á espirar dentro de ella.

Tal es aquella voz mística
Que del umbral de su puerta
A su enojada pregunta
Yo soy, GENARO, contesta.
Todo esto es aquella voz
Que inmóvil tras de la reja
Embebecido le tiene
Asido á entrambas vidrieras,
Sin intencion que le acuda,
Sin voluntad que le mueva,
Dudando si goza ó sufre,
Si está despierto ó si sueña.
De tan dulce desvarío,
De fantasia tan bella
Tras largo espacio, otro ruido
Volvió á sentir en su puerta.
Mas no retumbante golpe
De otra aldabonada recia :
No de quien entrar pretende
Clara y perentoria seña ;
Sino crujido de gonces
Sobre que las hojas ruedan,
Rumor de quien fácilmente
Abre voluntario y entra.
Con grande asombro y pavora
De la ventana por fuera
Sacó Genaro á este ruido
La desgredada cabeza,
Tendió á la calle los ojos
Por medio de las tinieblas,
Mas retiróse al instante
Apalancando las rejas.
Volvió á ocultarse en su lecho,
Y aunque enmudece su lengua,
Y aunque el aliento recoge
Bien se conoce que tiembla.

Y bien se ve que sus ojos
 No engaña ilusion incierta,
 Porque un ánima medrosa
 Y una vigilancia atenta
 Ruido de pasos cercanos
 Fácilmente apercibieran,
 Y aun sospecharan que alguno
 Subía por la escalera.
 Mas no producen sentándose
 Aquellos pasos en ella
 Rumor que la ira en el hombre
 Escita con la sorpresa.
 No es el recatado paso
 De quien, caminando á tientas,
 Con taimadas intenciones
 Furtivamente penetra :
 No es de cobarde enemigo
 La desconcertada huella
 Que al mismo tiempo que avanza
 Preparada á huir se acerca :
 No son los piés de un ladron
 Que aunque adelantan recelan,
 Sino la planta segura
 De quien francamente llega.
 Un paso medido y grave
 De planta firme y serena,
 Pero no lenta y pesada,
 Sino fácil, leve, aerea.

Al percibirla Genaro
 Vecina á su estancia mesma,
 Hundió, sudando de espanto,
 En las ropas la cabeza.
 ¡ Genaro ! dijo la voz,
 Y con su armonia angélica
 Llenó el aposento opaco
 Vibrando en él duradera.
 Mas no respondió el mancebo,
 Porque su garganta seca
 Con el pavor de su alma
 A la palabra se niega.
 ¡ Genaro ! tornó á decirle
 Otra vez, y tan de cerca,
 Que ya en el cuarto inmediato
 Juzga afanoso que suena.
 ¡ Genaro ! repitió al fin
 Aquella voz lastimera,
 Exhalando una armonia
 Tan melancólica y tierna
 Que á las entrañas llegaba :
 « ¡ Genaro mio ! ¿ en qué piensas ?
 « ¿ Tanta mudanza en un dia ?
 « Hoy has dicho á mi cabeza :
 « Si fueras recuerdo suyo
 « ¡ Con qué afan te recogiera !
 « Y llevándote conmigo
 « Noche y dia por dó quiera
 « De mi amor fueras testigo,
 « Solitaria calavera :

« Tú fueras mi único amigo,
 « Tú mi única compañera.
 « Esto me has dicho, Genaro,
 « En una ermita desierta ;
 « Y cuando tu anhelo cumpló,
 « ¿ Te asombros y no me esperas ?
 « ¿ Te llamo, y no me respondes ?
 « ¿ Subo á encontrarte, y te encierras ? »

Alzó la frente Genaro
 Tales palabras oyendo,
 Mas á nadie en torno viendo
 Volvióla en la ropa á hundir,
 Y á poco muy suavemente
 Sintió (y con la sangre yerta
 La mal encajada puerta
 De su misma alcoba abrir.

Sintió por el pavimento
 Resbalar leve ropage
 Y apartar el cortinaje
 De su lecho percibió.
 Y al misterioso contacto
 De aquel fantasma invisible,
 Cambio asaz inconcebible
 En todo su sér sintió.

Percibieron sus sentidos
 Con esquisita pureza
 Y comprendió su cabeza
 Con cabal exactitud ;
 Y exento de la locura
 Que su cerebro asaltaba,
 Por vez primera gozaba
 Perfectísima quietud.

Dulcísimo arrobamiento
 Sus potencias embargando,
 Fué poco á poco ocupando
 Su trémulo corazon,
 Hasta que el santo deliquio
 Cambiando su esencia impura,
 Niveló á la criatura
 Con la celestial vision.

Entonces de entre las ropas
 Donde ocultarse creía,
 Su sentido percibia,
 Aunque imperfecto y mortal,
 La suavísima fragancia,
 El delicioso perfume
 Que del Señor se consume
 En la mansion inmortal.

De sus rebujadas sábanas
 Por entre los claros hilos,
 Vian sus ojos tranquilos
 El mágico resplandor

De la mística aureola
Que la cabeza circunda,
Y el alma de luz inunda
De los santos del Señor.

Entonces puesto al alcance
De aquella ilusion divina,
De su hermosa Valentina
Ante el espíritu fué;
Y elevado hasta el deleite
De su bienaventuranza,
Su presencia real alcanza
Aunque su esencia no ve.

Vago resplandor fosfórico
Que el aposento ilumina,
Del alma de Valentina
Muestra la presencia allí.
Resplandor leve y purísimo,
Sin foco de donde radie,
No producido por nadie,
Comprendido solo en sí.

Claridad diáfana, limpia,
Estendida y trasparente,
Desvanecida igualmente
Del aposento en redor,
Que en ningun término espira
Ni de ningun punto emana,
De una tranquila mañana
Semeja el temprano albor.

Y de esta luz circundado,
Bañado en su esencia pura,
Un manantial de ventura
De positiva ilusion
Encuentra Genaro, y goza
Dulcemente aquella esencia,
Que presta nueva existencia,
Nuevo sér al corazon.

En el espacio tranquilo
De aquel éstasis solemne,
Inesplicable, perenne,
Prueba celestial placer;
É identifica su alma
Con el sér de Valentina,
En cuya esencia divina
Nada hay ya de la muger.

Huyeron de sus afectos
Los deseos mundanales,
Los deleites terrenales,
La humanal inclinacion.
Del amor casto y angélico
La llama que aun alimenta,
De impuro vapor esenta,
No es llama de vil pasion.

Es de su esencia la parte
Mas bella y mas necesaria,
Como su fé solitaria,
Eterna como su fé;
Es un amor indeleble
Que Dios conservarla quiso
Cuando su alma al paraíso
Con su amor terreno fué.

Y de este amor perfectísimo
En los deleites perfectos,
En los divinos afectos,
En la santa realidad
Embebecido Genaro,
En fruicion misteriosa
Con Valentina reposa
En invisible unidad.

¡ Misterio que solamente
Concebir Dios ha podido,
Y á los justos concedido
Únicamente por Dios!
¡ Mística union de dos almas
En que, sin violencia alguna
Gozan entrambas en una
Todo el placer de las dos!

Y así las de Valentina
Y Genaro se comprenden,
Y solo á sí mismas tienden
De sí mismas á gozar:
Y así, sin auxilio torpe
De palabras ni sonidos
Que toquen á los sentidos,
Comunicánse á la par.

¡ Ay! ¿y quién pudiera ahora
Prestar á mi lengua humana
La esplicacion soberana
De esta palabra sin voz?
¿Quién diera á mi voz terrena
Y á mi miserable pluma
La santa elocuencia suma
De esta palabra veloz?

¡ Ah! yo revelara entonces
En solo un breve momento
Su divino pensamiento,
Su concepto celestial;
Y no como ahora tendria
Que emplear largo período
Para darla de algun modo
Una esplicacion mortal.

Mas ya que es de nuestra mente
La comprension tan mezquina,
Lo que en esa voz divina
Oyó Genaro diré

No con los torpes sentidos
De su inútil cuerpo impuro,
Por el conducto seguro
De su enaltecida fé.

« Vive, y espera : (esto dijo),
« Tras esta vida azarosa
« Otra vida hay mas dichosa
« Y otro mundo en que vivir.
« El reposo de un sepulcro
« No es el fin que nos espera,
« Esa es la puerta postrera
« Para entrar al porvenir.

« Tu adorada Valentina,
« Pasado su umbral, alcanza
« Sempiterna bienandanza,
« Vida eterna de placer.
« Dios por ella te perdona
« De su justicia la duda,
« Porque tu crimen escuda
« La miseria de tu sér.

« Vive, Genaro, y espera,
« Y por prenda de esperanza
« De esa bienaventuranza,
« De esa cierta eternidad,
« De hoy mas, pues tú la deseas,
« La cabeza peregrina
« De tu amante Valentina
« Consuele tu soledad.

« Mientras contigo la tengas,
« Ese místico amuleto
« De tu fé será en secreto
« El irresistible imán :
« La enseña de tu fortuna,
« El iris de tu esperanza,
« De tu cierta venturanza
« El seguro talisman. »

Todo esto fué la palabra
De aquella celeste voz
Que en un instante Genaro
En su éstasis comprendió.
Todo esto, que torpemente
Y en pesada confusion
Con tan profanos periodos
Pobremente he dicho yo,
Claro, luminoso, armónico,
Sabroso y consolador,
Sin pasar por los sentidos
Penetró en su corazon.
Omnipotente palabra
Del lenguaje creador
Que rejuvenece el mundo
En los labios de su Dios.

De su engendradora boca
Celestial emanacion,
De su lenguaje viviente
Halito generador,
Todo esto dijo la sabia
Palabra de bendicion
Que de la alma Valentina
El espiritu exhaló.
Todo esto escuchó Genaro
En el término veloz
Del misterio impenetrable
De aquella revelacion;
Y todo esto de tal modo
Su espiritu estremeció,
Desbordó su inteligencia,
Y esprimió su comprension,
Que sacudido hondamente
Su cuerpo no resistió
De este esfuerzo sobrehumano
La violenta crispacion.
La fuerza con que su sangre
Al pecho se le agolpó,
De fiebre devoradora
Con el insufrible ardor
Le ahogó en la garganta estrecha
La ardiente respiracion,
La luz del celeste encanto
De los ojos le robó,
De los fallecidos miembros
El estinguído vigor,
Y todas sus facultades
De tal modo anonadó,
Que faltó quedó en su lecho
De aliento y de sensacion.
Aun pudo muy débilmente
Percibir el resplandor
Que iluminaba el espacio
Al huir la aparicion.
Aun en su mente asombrada
Un momento se pintó
De su bella Valentina
La purísima ilusion,
Y aun sien calenturienta
Lijeramente oreó
Al elevarse en los aires
Con sus alas de crespon.
Mas todas estas visiones
Sin voluntad ni color,
Cruzaron su fantasia
En apiñado monton,
Como vagabundas sombras
De ensueño fascinador
Que se perciben apenas
Desvaneciéndose en pos.
Hasta que al cabo volviendo
A su reposo anterior,
Cayó en sueño tranquilo
Poco á poco; y se volvió

A oír en el aposento
Del olvidado escultor
El monótono murmullo
De su igual respiracion.

VII.

Rayaba apenas en el cielo el día,
Y entre nubes de azul púrpura y grana
La cenicienta claridad tendía
De la primera luz de la mañana.
Para gozar sus rayos bienhechores
Entreabrian sus cálices las flores,
Manso alzaban las ráfagas murmullo
En la hojarasca espesa,
Y á su tranquilo y deleitoso arrullo
Despertaban los tardos ruseñores.
Todo era calma, y resplandor, y vida,
Por la fértil llanura,
Y la tierra en las sombras adormida
Tornaba á despertar juvenecida,
Debiendo al nuevo sol nueva hermosura.
Del oscuro aposento de Genaro
Por la rota ventana,
La claridad temprana
Penetrando pacífica y tranquila
Hirió, cobrando resplandor mas claro
Del desvelado mozo la pupila.
¡Oh! y fatigado de nocturna vela
Y por ensueño místico agitado,
La recoge el mancebo alborozado,
Con ojo avaro y delicioso empeño,
Porque la vista de la luz consuela
Las oscuras memorias de su sueño.
Tendió á la reja el brazo,
Y abriendo las maderas
Del cielo de Sevilla vió un pedazo
Al mirar á través de las vidrieras.
Brotó en sus labios celestial sonrisa
Y la luz del placer brilló en sus ojos,
Y ante el único Dios sumo é inmenso
De quien la gloria y magestad divisa,
Tras el azul estenso
Postróse humilde y le adoró de hinojos.
Llegó á él embriagando sus sentidos
El blando soplo de la fresca brisa,
Y en ella los perfumes recogidos
Al tocar, entre ramas olorosas,
Blancas acacias y encendidas rosas
En los vergeles por abril floridos.
Llegó á él el murmullo deleitoso
De los copados árboles vecinos
Donde el gorrion inquieto y receloso
Píos lanzaba pretendiendo trinos.
Llegó hasta él el són de la campana
Que el alba anuncia, y á asistir convoca
A la misa temprana,

Y las pisadas rápidas ó graves
De vecinos asaz madrugadores
Que abriendo puertas y volviendo llaves,
Va siervos, ya señores,
Iban á sus recreos ó quehaceres,
Cumpliendo su destino ó sus placeres.
« Hermoso día, » murmuró Genaro,
Y al avanzar su cuerpo en la ventana,
Todo en su mente despertóse claro
El nocturno pavor, la bella historia
De la vision aérea y soberana
Que abrió en su corazón y en su memoria
Un santuario el amor, y otro á la gloria.
Sintió dentro de sí de fé sincera
Y de noble ambicion brotar ardiente
Un manantial inmenso;
Y cual se lanza el águila altanera
Que los aires cruzando indiferente
Busca ambiente mejor, mejor esfera,
En que su osado corazón aliente,
Así Genaro remontóse en alas
De inspiracion valiente
Y por primera vez juzgó su pecho
A su gran corazón ámbito estrecho.
Del sacro fuego á la insufrible llama
Dentro dél se encendió la sed de fama:
Se alzaron en un punto en su memoria,
Fidias y Praxiteles,
Coronados de gloria
Y en tronos de laureles,
Y al impulso violento
De claro é inspirado pensamiento
Empuñaron sus manos los cincelos.
« ¡Sea! exclamó, de mí cincel fecundo
Los vigorosos trazos
Quiero que adore el asombrado mundo:
Y aun cuando el fuego de mi amor ignore,
Quiero que, aborto de mis diestros brazos,
La bella efigie de mi amor adore. »
Y con osada mano
Hiriendo el mármol mudo,
Iba tornando en rostro soberano
La tosca forma del peñasco rudo
Iban bajo el cincel apareciendo
Los contornos suaves
De la cabeza hermosa
De una virgen modesta y candorosa:
En cuya casta frente,
En cuyos labios que orla dulcemente
Sonrisa cariñosa,
En cuyos ojos que á la tierra inclina
Con modesta mirada,
Revelándose va la faz divina
No como el débil escultor quisiera
De su hermosa y perdida Valentina,
Sino la faz modesta y venerada
De la madre de Dios inmaculada.
Y según el contorno apareciendo

Iba del rostro santo,
 Del profano escultor iba creciendo
 El misterioso espanto.
 La osada inspiracion su mano guia,
 Mas el hierro á la mano no obedece,
 Y rebelde el cincel á su porfia
 No traza los contornos que apetece,
 Y la sagrada imagen de María
 De su hermosa en lugar solo aparece.
 Pura, casta, esplendente, y perfectisima,
 La célica escultura
 Pieza salió maestra y hermosísima
 Desmintiendo de humana criatura
 Ser obra, ó concepcion; soplo divino
 Animaba su mármol insensible;
 Y el rostro peregrino
 Radiaba aun mas allá de lo creible
 La virtud y pureza
 Del sér hermoso de quien es trasunto
 La marmórea cabeza,
 Sin concepcion creada en solo un punto.
 Contemplábalá trémulo el artista,
 Sin concebir apenas
 El prodigio que alcanza con su vista,
 Y sentia la sangre por sus venas
 Abrasada correr, y allá en su mente,
 Sentia al par bullir confusamente
 Con íntima amargura
 El fantasma fatal de su locura.
 « Loco estoy, exclamó con voz rabiosa.
 Sí, loco, ¡vive Dios! pues ya no veo
 Lo que hay delante de mi vista ansiosa
 Ni mi mano incapaz es poderosa
 De trazar mi recóndito deseo. »
 Y con el mudo mármol encarándose,
 El cabello y la faz, dijo, mesándose :
 « ¿Porqué, piedra traidora,
 Lo que sin entusiasmo hice mil veces
 Con mas profunda inspiracion ahora
 Te marca mi cincel, no lo obedeces?
 ¿Qué me importa esa obra peregrina
 Que acaso me grangeara una corona
 Si no es lo que yo quiero una Madona
 Sino un retrato mas de Valentina? »
 Y á impulso del coraje que le inflama
 El profano deseo no alcanzado
 Dos encendidas lágrimas derrama
 Que en el rojo carrillo
 Le dibujan un sulco amoratado.
 En esta situacion, y en tal momento
 Le sacó de su amargo arrobamiento
 El paso acelerado
 De un hombre que subia
 Por la escalera que á su estancia guia,
 Y un acento para él bien conocido
 Que gritaba su nombre y su apellido.
 Lanzóse hácia la puerta,
 Mas antes que llegara, el picaporte

Arrancado de un golpe, vióla abierta,
 Y con galan y cortesano porte,
 Traje vistiendo decoroso y rico,
 Presentóse á sus ojos Federico.

Genaro. ¡Federico!

Federico. ¡Genaro!

Los Dos. Mas ¿qué es esto?

Genaro. ¡Tantas galas en tí!

Federico. ¡Tú en tal pobreza!

Genaro. ¿Es ya muerta tu madre?

Federico. Por supuesto

Mas viene de otra parte mi grandeza.

Pero á fé que me espanta y maravilla...

Genaro, ¿esto es estudio ó es boardilla?

¿De qué te sirven viages y escultura?

¿No se aprecian tus obras en Sevilla?

¿De qué viene tu mal? Cuéntame, empieza

¿Es especulacion ó es desventura?

¿Qué te falta, Genaro?

Genaro. ¡Ay! la cabeza.

Federico. ¿Otra vez?

Genaro. Otra vez mi ruin locura

Me acosa mas temible y mas funesta,

Federico, y morir solo me resta.

Federico. ¿Morir? ¡voto vá Dios! ¿y esa

María

Que veo al concluir, del genio aborto,

Que la pasada edad envidiaría

Y que Canova contemplara absorto?

Genaro, esa Madona es un prodigio;

Quien puede con sus manos

Crear esos prodigios sobrehumanos

Puede servirse de cinceles de oro,

Y en la historia dejar grande vestigio

Y abrir bajo sus plantas un tesoro.

Genaro. Pura casualidad; ¡ay Federico!

Eso, de que tú encumbras la escelencia,

Una prueba es no mas de mi impotencia.

Un busto de mi amor hacer quería,

Y cuanto mas en ello me empeñaba,

Mas la madre de Dios aparecia

Y mas de Valentina se alejaba :

A la mano el cincel no obedecia,

Y lo que quiso ser, fué.

Federico. ¡Cosa brava!

Mas dime, aquella caja tan preciosa,

¿Qué contiene?

Genaro. ¿Qué caja?

Federico. Esa que tienes

Al lado de tu cama.

Genaro. No la he visto.

Federico. Tu locura á fémia es muydonosa,

¡Con burlas te me vienes!

¿La tienes en tu propia cabecera

Y no sabes siquiera

Lo que guardas en ella, vive Cristo?

Genaro. No la vieron mis ojos hasta ahora,
Te lo juro en verdad.

Federico (tomándola). ¡Y cómo pesa!

Genaro. ¡Cielos y qué primor! ¡qué encantadora

Labor! ponla por Dios sobre la mesa.

Federico. Abre bien la ventana.

Genaro. ¡Jesus! ¡qué obra tan bella y tan prolija!

Federico. ¡Ah, farsante Genaro, cual se confiesa de tus manos hija En el trabajo minucioso y raro!

Genaro. Te juro, Federico...

Federico. ¡Bah! no mientas, ¡Ola! y está á manera de santuario Cerrada por doradas puertecillas.

Genaro. ¡Qué mezcla de materias opulentas!

El ébano, el márfil, la concha, el oro...

Federico. Genaro, esta cajita es un tesoro, Ahora ya concibo tu pobreza : Dentro de esta cajita has apilado Cuanto oro con tus obras has ganado : Abrela pues, veamos tu grandeza. Y con dulce sonrisa esto diciendo Federico á la caja abrió el candado Y el ojo ansioso á su interior tendiendo Quedaron sin aliento una gran pieza; Y al dar Genaro en tierra desplomado, Escramó Federico : « ¡Es su cabeza! »

Pálido, roto el aliento
En la mal cerrada boca,
Inmóvil como una roca
El pobre escultor quedó :
Y en la cabeza fijando
La sorprendida mirada,
En sonora carcajada
Federico prorumpió.

« ¡Válgate Dios por amante,
Siguió diciendo á Genaro,
Que ha de ser pobre es bien claro
Que su hacienda emplea así.
¡De plata has hecho su busto!
¡Ya se ve! para fundirla
Tuviste que reunir la
Viviendo en Sevilla así.

« ¡Voto á san Judas, Genaro,
Que es una insigne locura
Gastar en una escultura
Un hombre todo su haber!
Si el afán de esa memoria
Aun te atormentaba el pecho,
De mármol hubieras hecho
El busto de esa muger.

« ¿Qué mas vale esa memoria
Hecha en plata que en madera?
¿Su imágen misma no fuera
Leño, mármol ó metal? »
Así Federico hablaba,
Mas Genaro no le oía,
Que el alma absorta tenia
En el busto celestial.

Y era en efecto su busto,
Era su imágen divina,
De la hermosa Valentina
Completo el trasunto fiel.
Era su busto hechicero
Labrado en maciza plata,
Cuyo primor le arrebató
Obra de inmortal cincel.

Jamás del hombre impotente
Acertó á crear la mano
Portento tan soberano
De retrato mas cabal.
Nunca el pensamiento pobre
De sér de muger nacido
Concebir ha conseguido
Ninguna escultura tal.

No hay faltas ni imperfecciones
En la argentina cabeza;
En semejanza, en belleza,
No es la copia, es la verdad.
No tiene el contorno duro
Que tienen las esculturas
Obra de las criaturas,
Su fria inmovilidad.

No; sus contornos despiden
Leve vapor, ios circunda
Vaga luz, que les inunda
En gracia, en vida, en calor.
Se percibe al acercarse
El grato olor del cabello
Cuyos rizos de su cuello
Ondean en derredor.

Se ve que sus bellos ojos,
Aunque hechos de plata dura
Como toda la escultura,
Reciben la claridad.
Y parece que en su centro
Reside aun, goza existencia
La mortal inteligencia
De su muerta humanidad.

Parece que aun sus oídos
Están á la voz abiertos
Y los vocablos inciertos
Van de su labio á salir :
Y el cuerpo, detrás del busto
Tal vez Genaro imagina

Que va á sacar Valentina
Para volver á vivir.

A este dulce pensamiento
Su corazon inflamado
Todo su cuerpo agitado
De convulsivo temblor,
De su Valentina hermosa
Fijo en la imágen estaba,
Y la insensata esperaba
Realizacion de su amor.

Con desiguales intervalos
Lanzaba el fogoso aliento,
Y el pecho calenturiento
Se le hinchaba al respirar :
Y se le alzaba y sumia
De su amor con la tormenta :
Cual su balumbo acrecienta
Bajo la borrasca el mar.

Mirábale Federico,
Y absorto de cuanto via
Su éstasis no comprendia
Ni su estraña agitacion :
Mas al ver su arrobamiento
Ante la bella escultura,
La fé de pasion tan pura
Respetó su corazon.

Interrumpir el silencio
No osó el mozo atolondrado,
Y permaneció apoyado
En el brazal del sillón :
Y los ojos de Genaro
Siguiendo su propia vista,
Respetaba del artista
La sublime inspiracion.

Este, parece que á alcance
De alguna ilusion divina
Tras la faz de Valentina
Ante su espíritu esté :
Y elevado hasta la dicha
De su bienaventuranza,
Su presencia real alcanza
Y su misma esencia ve.

Y hasta el mismo Federico
Profano á tan gran misterio
Se ve sujeto al imperio
Del deliquio celestial :
Y en el busto que contempla
Con dulce é intimo goze
A su pesar reconoce
Poder sobrenatural.

Vago resplandor fosfórico
El santuario ilumina
Dó el busto de Valentina

Está, y su sér se vé alli
Como luz tenue y purisima
Sin foco de donde radie,
No producida por nadie,
Comprendida solo en sí.

Claridad diáfana, limpia,
Estendida y trasparente,
Desvanecida igualmente
Del aposento en redor,
Que en ningun término espira
Ni de ningun punto emana,
De una tranquila mañana
Semeja el temprano albor.

Y de esta luz circundado,
Bañado en su esencia pura,
Un manantial de ventura,
De positiva ilusion
Encuentra Genaro y goza
Dulcemente aquella esencia
Que da una nueva existencia,
Nuevo sér al corazon.

En el espacio tranquilo
De aquel éstasis solemne
Inesplicable, perenne,
Goza celestial placer ;
É identifica su alma
Con el sér de Valentina
En cuya esencia divina
Ve al amor, no á la muger.

Y de este amor perfectisimo
En los deleites perfectos,
En los divinos afectos,
En la santa realidad,
Embebecido Genaro
Y en fruicion misteriosa,
Con Valentina reposa
En invisible unidad.

Misterio que solamente
Concebir Dios ha podido
Y á los justos concedido
Unicamente por Dios ;
Mística union de dos almas
En que sin violencia alguna
Gozan entrambas en una
Todo el placer de las dos.

Ante este oscuro y recóndito
Misterio del alma calla
Y con su razon batalla
Federico, sin caer
En lo que tanto Genaro
Goza embebecido ahora :
Ni en lo que en el busto adora
Si al arte, ó á la muger.

Tal vez sospecha que vuelve
A su pasada locura
Contemplando la hermosa
De aquel busto de metal,
Y sospecha que esta caja
Donde encierra cuanto adora
Es su caja de Pandora,
Donde él custodia su mal.

Por fin tras largo silencio
Aquel triste objeto caro
Iba á apartar de Genaro
Movido de compasion,
Cuando él del sillón de cuero
Alzándose de repente
Esclamó con voz potente
Y acento de inspiracion :

« ¡Ea! ya luce mi estrella
De bienandanza y de gloria;
Iluminado por ella
Seguro de hoy mas iré :
No habrá mar que se me oponga,
No habrá sima que me espante,
Marcharé siempre adelante
Con las alas de mi fé.

« Sí, dichosa Valentina,
Ya no hay desdichas que tema :
En esta noche suprema
Sopló tu espíritu en mí.
Yo oí la palabra santa
Con que una ofrenda me hiciste,
Y á fé que me la trajiste
Preciosa y digna de tí.

« Federico, en este punto
Mi nueva existencia empieza ;
Gloria, tesoros, grandeza,
Cuanto ambicione tendré.
Esta divina escultura
Que crees obra de mi mano
De mi sér guarda el arcano,
De los cielos obra fué.

« Y mientras guarde conmigo
Este místico amuleto,
De mi fé será en secreto
El indestructible imán :
La enseña de mi fortuna,
El iris de mi esperanza,
De mi cierta venturanza
El seguro talisman. »

Nada entendió Federico
De esta arenga inesperada,
Sin duda no entendió nada,
Pero con asombro vió
Que en vez de volver Genaro
A su acceso de locura,

Con mano firme y segura
Su mazo y cincel asíó.

De su empezada Madona
Púsose al punto delante
Y vió de uno en otro instante
La creacion aparecer,
Bajo la brillante forma
De una Maria sublime,
Que á su casto pecho oprime
El Dios niño á quien dió el sér.

Brotaron bajo sus golpes
Los contornos peregrinos
Y los misterios divinos
Del arte en su escelsitud ;
Y en el mármol insensible
Parecieron las señales
De los gozes inmortales
De santa beatitud.

Y el recato y la pureza
Y la inocencia y la calma
Que albergó dentro del alma
La que jamás delinquirió
Poco á poco fué mostrando
En su rostro y su postura,
La bellisima escultura,
Que el genio audaz conqubió.

Y en verdad, lector benévolo,
Que fuera terquedad fatua
La de pintarte una estatua
Que no hemos visto jamás :
Figúrate tú un prodigio
Del genio humano y del arte,
Y escuso de ponderarte
Lo que te cansa quizás.

Primer aborto estupendo
Del escultor de Sevilla
Fué su obra una maravilla,
Fué su primer escalon
Para subir á la cumbre
Del alcázar de su gloria ;
Pero, lector, no es mi historia
De escultura esposicion.

Preconizar no me incumbe
Del arte las escelencias :
Tócanme las consecuencias
De esta escultura esponer,
Las relaciones que tuvo
Con la historia de Genaro ;
Y esta verás, lector caro,
En lo que vas á leer.

Eran diez meses despues,
Y las diez de una mañana
Del revuelto mes de marzo :
En una anchurosa estancia
Que seis opuestos balcones
En luz todo el dia bañan,
Y que adornan por dó quiera
Preciosos lienzos y estatuas;
Y en cuyo centro, de mármol
Un velador se levanta,
Sobre el cual, y bajo un velo,
Hay colocada una caja
Que en la materia y la forma
De que es hecha y trabajada
Parece que encerrar debe
Alguna preciosa alhaja;
Sentados están dos mozos
Que con aquestas palabras
En este momento siguen
Conversacion empezada.

El Uno. Pues, señor, todo eso es cierto,
Y es cosa en verdad que pasma.

El Otro. Pues la cosa es muy sencilla.

El Primero. No la veo yo tan clara.

El Segundo. ¿No ves el dedo de Dios?

El Primero. Déjate de bromas.

El Segundo. Calla

Si tu corazon rebelde
Se niega á creer, y guarda
Tu incredulidad impia
En el fondo de tu alma.

El Primero. Vaya, perdona, si á ofensa
Mis palabras dieron causa.

El Segundo. No toques nunca ese punto,
Y la llevas perdonada.

El Primero. Cambie vos pues de argu-
mento.

¿Sabes que hoy dia no se habla
Mas que del lujo estremado
Con que vives y que gastas?

El Segundo. Donde hay ael cielo una
prenda

Tan rica y tan soberana
Como la que esa cajita
Dentro de su seno guarda,
Preciso es que todo muestre
Que el don divino se acata :
Y aunque mas merece, al menos
El decoro no le falta.

El Primero. Si, pero el vulgo murmura,
Que tus razones no alcanza.

El Segundo. Tranquila está mi conciencia :
El oro que me costaron
Los muebles y los tapices
Con que engalano mi casa
Débolo solo á mis manos,

Y el pobre que lo reclama
En nombre del Sér supremo
Y de su miseria, lo halla.
¿De qué pues murmura el vulgo?

El Primero. A orgullo escesivo achaca
La soledad en que vives,
La austeridad que acompaña
Tu semblante cuando escuchas
Y tus frases cuando hablas.

El Segundo. Yo trato á quien me visita
Como es justo que lo haga
Con quien á honrarme se acerca
O de mi amistad se agrada.
Trato con respeto y mucho
A quien trabajo me encarga,
Pues con el trabajo vivo
Que con sus monedas paga.
Si no me doy á las fiestas,
A los paseos y farsas
Y al estrépito del mundo,
No alcanzo porqué lo estrañan.
Mis obras son infinitas,
Y siempre el tiempo me falta
Para cumplir como debo,
Trabajando la jornada
Toda entera, mientras dura
La luz que me es necesaria.

El Primero. Ya... pero...
El Segundo. Pero ya entiendo,

Hay de vagos una cáfila
Que diz que me conocieron
Y me amaron en mi infancia,
Que anduvieron á mi escuela
O cosa que se lo valga,
Que quisieran que yo hiciese
De mi estudio una posada;
Que anduvieran largamente
La botella y la baraja,
Que hubiera mozas acaso
Nada esquivas, que hubiera armas
Con que armar ruido y pependencias
Y desórden... ¡Noramala!

El Primero. Pero hay muchos que te
admiran,
Que hicieran de buena gana
Contigo amistad, y me honran
Con la suya noble y franca.

El Segundo. Sí, sí, Federico mio,
A ti te harán mucha gracia
Tus amigos, mas ¿qué quieres?
A mi no me gustan nada.
Son todos, y en paz sea dicho,
Como eres tú mismo.

El Primero. Vaya.

El Segundo. Sí, lo que yo en ti tolero
Porque te amo con el alma,
Fuérame en ellos muy duro
Presenciar con tolerancia.

Si tú pierdes tu dinero
Y pingüe herencia malgastas,
De tu tío la heredastes,
Y de tí nadie la aguarda.
Si abusas de los licores,
Y con lengua acalorada
Ruido y penciencias provocas,
De ellas tus manos te sacan.
Y en fin, á tí te divierte
Tal vida, y así las pasas.

El Primero. Mas si el despecho y la envidia

Sus corazones minara
Y enemigos te se hicieran,
Y la turba deslenguada
Interpretando tus hechos
Menoscabase tu fama...

El Segundo. Federico, si á mi honra
Injustamente tocaran,
Dejara el cincel mi mano
Por la pistola ó la espada,
Y á meterles volvería
Lo dicho por la garganta:
Porque el cristal de la honra
Vapor no admite ni mancha.

El Primero. Pues mira, Genaro, creo
Que, ya que así me desairas,
Para olvidar el desaire
Me vendrá pintiparada...

El Segundo. Una botella, ¿no es eso?

El Primero. Cabal. Con vino se apaga
El fuego de los pesares.

El Segundo. Igual consecuencia sacas
De todo cuánto sucede.

El Primero. No me prediques.

El Segundo. Destapa.

Y poniéndole en la mano
Una botella lacrada
Volvió Genaro á su asiento,
A su cincel, y á su estatua.

—
Y así viven los dos, y así la vida
Para entrambos á dos dichosa corre:
Derrochando su herencia Federico,
Conquistando Genaro oro y renombre.
Amigos de la infancia, aun alimentan
Dentro del corazón su llama noble
Y recios se conservan todavía
De su franca amistad los eslabones.
Víctima de recónditos pesares,
O embebecido en celestiales gozes
Solo es el mismo para él Genaro,
Para el resto del mundo es otro hombre.
Severo, indiferente y silencioso,
De virtudes austeras, no responde
Su corazón de las pasiones viles
A la traidora voz y halago torpe.

El santo talisman que le protege
Fé le infunde y virtud, y día y noche
Al pié del talisman duerme ó trabaja
Y su poder celeste reconoce.
En misteriosa union identifica
Su sér con otro sér que allí se esconde,
Y del busto de plata en la presencia
Se encanta con divinas ilusiones.
De purísimo amor dulces miradas
Halla en sus ojos de metal inmóviles,
Y en los labios del busto misterioso
Gratos acentos y murmullos oye.
Las gracias de su muerta Valentina
Vivas, puras encuentra en sus facciones,
Y, sea realidad, sea demencia,
Renueva en aquel busto sus amores.
Su presencia le da nuevo entusiasmo,
Nuevo amor á la gloria, audacia doble;
Y ardiente inspiracion da á sus cinceles
Mágico acierto en mármoles y bronce.
Basta para que emprenda arduas fatigas,
Para que el tiempo y el trabajo arrostre,
Que el argentino busto ante sí vea,
Y que mas recompensa no ambicione.
No tiene otra ilusion ni otra apetece:
Toda en la imagen su atencion se absorbe
Cual si fuera su misma Valentina,
Y todo á su memoria lo pospone.
Y acaso el soplo del Señor alienta
En aquel talisman, y á las regiones
Etéreas su espíritu levanta
Por cima de los astros y los orbes.
Fuente de luz y manantial de vida
Para el amante mozo, el velo rompe
De su terrena humanidad y su alma
En el dintel del paraíso pone.
¿Y qué la inspiracion? ¿quién da á su vuelo
El recio impulso gigantesco, enorme
Con que se alza el artista y el profeta
Sobre el polvo del tiempo y las naciones?
¿Qué es mas que una ilusion? menuda chispa
Que en su mente febril brotando informe
Llega á hoguera voraz; grano de arena
Que empieza en grano y que concluye en
monte.

—
Y así viven los dos; y así la vida
Para Genaro y Federico corre;
Y derrocha su herencia Federico,
Y conquista Genaro oro y renombre.

—
Del revuelto mes de marzo
En la mitad de una tarde,
De sobremesa ambos mozos
Familiar plática traen.
Con lisonjera sonrisa
Y cariñoso semblante,
Oye en silencio Genaro

Los desatinados lances
 Que Federico le cuenta,
 Entre los vapores suaves
 De su botella y su pipa
 Que le exaltan por instantes.
 Porque Federico ahora
 Que herencia considerable
 Goza, con todos los vicios
 Estrecha las amistades.
 Pero poco acostumbrado
 A sus resultas fatales,
 Aun le turba la cabeza
 La botella, y aun le hace
 Mucha saliva el tabaco
 Y aun entre las redes cae
 De una cortesana astuta
 Como bien se las prepare.
 Por eso incon siderado
 Afecta por todas partes
 Las estragadas costumbres
 De los altos personajes.
 Levántase á medio dia,
 Come á las seis de la tarde,
 Y en la mayor parte de ellas
 Concluye con embriagarse.
 No como el vulgo soez
 Que da consigo en la calle,
 Sino como el vulgo noble
 Aristócrata, elegante.
 La embriaguez no le produce
 Mas efecto que alegrarle,
 Dar mas fuego á sus pasiones,
 Y á sus palabras mas sales.
 Acrecienta su valor
 Y le enardece la sangre,
 Doblándole la aficion
 De aventuras y de lances.
 En tal situacion, y en esta
 Disposicion formidable,
 Entreverando los sorbos
 De risa con los arranques,
 Y las bocanadas de humo
 Que de los labios le salen,
 Hablaba el buen Federico
 Y el escultor escuchábale.
 Llegaban á la mitad
 De una aventura agradable
 Que aumentaba de Genaro
 La risa con cada frase,
 Cuando en la puerta del cuarto
 Un criado presentándose
 Anunció un desconocido
 Y dijo el dueño : « Que pase. »
 Calló Federico entonces,
 Tomando exterior mas grave,
 Y levantóse Genaro,
 Componiendo su semblante.
 Pareció á poco el incógnito,

Que era un viejo respetable,
 Aunque habia en su persona
 No sé qué de repugnante.
 Eran blancos sus cabellos
 Y negro todo su traje;
 Persona de distincion
 Segun exterioridades.
 Entró en la estancia con calma,
 Friamente saludándoles,
 Y preguntó : « Un profesor
 De escultura que...

— Delante

Le teneis, buen caballero, »
 Dijo Genaro inclinándose.

Viejo. ¡ Ah! ¿ sois vos?

Genaro. Yo soy, sentaos :
 ¿ Y qué teneis que mandarme?

Viejo. Tal vez será muy difícil
 Mi encargo.

Genaro. Si es de arte,
 Confio en llevarlo á cabo.

Viejo. ¡ Oh vuestra fama es muy grande!
 Todo el mundo me lo afirma,
 Y vuestras obras son tales
 Que...

Genaro. Apartemos, caballero,
 Corteses urbanidades.

Viejo. Escuchadme, pues. Quisiera
 Describiros el semblante
 De una muger, que ya es muerta,
 ¡ Válgame Dios, y era un ángel!
 Yo os diria una por una
 Sus señas y cualidades,
 Y vos haciendo un bosquejo....

Genaro. Caballero, eso no es fácil,
 Pues todos los rostros tienen
 Tan diferente carácter,
 Que aunque fueran las facciones
 A la descripcion iguales,
 Tal vez la espresion saldria
 De la verdad muy distante.

Viejo. Ya yo me lo imaginaba.

Genaro. En fin, podemos, si os place,
 Vos ir diciendo, y yo á un tiempo
 Dibujar y á ver si sale.
 Vos mirareis mi dibujo
 É ireis diciendo : *Mas grande,*
Mas pequeño, mas abajo,
Mas atrás, mas adelante;
 Yo iré corrigiendo al punto
 Y haremos lo que se alcance.

Federico. ¡ Pues no va á ser mala droga!
 Aunque estés toda la tarde
 Y hasta la tarde del juicio,
 Apuesto que no lo haces.

Viejo. ¿ Sois tambien pintor?

Federico.

Tambien.

Viejo. Mis ofertas son iguales
Para ambos, si vos lo haceis
Yo os daré...

Federico. ¿Yo? ¡Pues ya es fácil!
Aunque me dierais mas oro
Que lo que en la plaza cabe.

Viejo. ¿Porqué?

Federico. Porque á mí me sobra,
Y no prostituyo el arte.

Y así hablando Federico
Volvió la copa á llenarse
Y echó tabaco en la pipa
En la silla arrellanándose.
Con el semblante encendido
Quedóse el viejo mirándole;
Pero Genaro en tal punto
Le dijo: « Cuando gustareis. »
Sentóse el viejo á su lado
Y las señas apuntándole,
Del retrato que se intenta
Empezó á dar semejantes.

Viejo. Una cabeza pequeña,
Dividido en dos mitades
El cabello, y hecho rizos
En torno al cuello tornátil.
Perfectamente. La frente
Serena, espaciosa; que alze
Un poco menos el pelo.
Así... seguid.

Genaro. Adelante.

Viejo. Cejas arqueadas, abiertas
Sin entrecejo: ojos grandes
Rasgados, negros y un poco
Melancólicos y graves.
Largas pestañas. ¡Soberbio!
¡Perfectamente! ¡Cabales!

Genaro. ¿Se parecen á los suyos?

Viejo. Parece que estais copiádoles.

Genaro. Seguid, seguid.

Viejo. Un poquito

Ojerosos, nada casi.
Perfectamente. Amiguito,
(*A Federico con aire de triunfo.*)
Vuestra apuesta está en el aire.

Federico. ¿Con qué va saliendo?

Viejo. Vaya

Y perfecto.

Federico. ¿Sí eh? ¡Qué diantre!

(*Fumando con indiferencia.*)

Viejo. ¿Está? (*á Genaro.*)

Genaro. Continuat.

Viejo. Nariz

Griega, de un perfil muy suave,
Boca un poco desdenosa.

Genaro. ¿Así?

Viejo. Así.

Genaro (agitado). ¿Contorno fácil
En los carillos?... ¿dos hoyos
Que al sonreirse se hacen
Graciosísimos?... ¿la barba
Con dos pequeños lunares
Que apenas se ven?

Viejo. Cabal.

¿Pero qué os da? con el lapiz
Vais arañando el papel:
¿Vais el bosquejo á borrar?

Así exclamaba el anciano
Al dibujo abalanzándose,
Mientras Genaro convulso
Se agitaba dibujándole.
« No le rompáis, » le gritaba
El viejo trémulo; « dádmelo; »
Y Genaro con voz ronca,
Sofocada y anhelante

« ¿Es eso? » gritó, el retrato
De su querida mostrándole.
« ¡Es ella! ¡es ella! exclamaba
El viejo, pero mas grande,
De bulto es como lo quiero.
— Si, vive Dios (levantándose
Gritó Genaro), os comprendo:
Quereis un bulto palpable
Que os presente superficie
Para abrazarle y besarle.
¡Ira de Dios! ¿esto, es esto
Lo que quereis? » y agarrándole
Por las muñecas llevóle
De su talisman delante.

Abrió furioso la caja
Y ¡o pasmo! en lugar de hallarse
Con la cabeza de plata,
Hallaron bañada en sangre
La propia de Valentina;
Su aparición formidabile.

« ¡Mi pupila! » exclamó el viejo
Aterrado arrodillándose.

« ¡El juez! exclamó Genaro,
¡Eres tú, tú, miserable,
Su asesino! ¡Sí, sí, el cielo
Te ha echado al rostro su sangre! »
Y cayó desvanecido

Sin voz, y sin vida casi.

Duró el silencio un momento
Hasta que al fin levantándose
Se avanzó el viejo á la puerta,
Mas Federico atajándole
Le asió del cuello diciéndole:
« Conmigo irás, miserable,
Yo te llevaré arrastrando.
— ¡Adónde!

— A los tribunales. »

CONCLUSION.

Dicen que el escultor se sintió herido
De enfermedad mortal desde aquel día,
Y á la par que su aliento se extinguía
Menguaba su sangriento talisman.
Su amigo revolvió toda Sevilla,
Y á Genaro llevó cinco doctores,
Mas á pesar de ser de los mejores,
Inútil fué por fin todo su afán.

Genaro sin dolor y sin angustia,
Se consumía lenta y dulcemente,
Como se estingue el agua en una fuente
En el árido estío abrasador.
Ni drogas, ni remedios admitía,
Y con el mal oculto no atinando,
Del lado del enfermo retirando
Poco á poco se fué cada doctor.

Y un día que miraba Federico
Desde el balcon la plaza, de repente
Gran tropel de soldados y de gente
Vió por un callejon desembocar.
Era una *ejecucion*. Venía el reo
Sobre un asnillo viejo maniatado,
Y un monge carmelita iba á su lado
A quien no quiere el réprobo escuchar

Sorbióse Federico un ancho vaso
De esquisito Jerez que á mano estaba,
Y la escena confuso contemplaba
Al reo imaginando conocer.
« ¡Voto á Dios! (esclamó, cuando subiendo
« Clara su forma vió sobre el suplicio)
« ¡Es el tutor!... ¡pardiez! y está muriendo
« Como un pagano vil... ¡Como ha de ser!

« Yo quise que sus crímenes pagara
« Como era justo: pero si él no quiere
« Morir como hombre y como perro muere,
« Allá se las avenga el confesor. »
Y esto al decir, para borrar la odiosa
Repugnante vision del triste caso,
Echóse á pechos el segundo vaso,
Sin dejar una gota del licor.

Y entonces vió que al espirar el reo,
Cruzando el aire trasparente y claro,
Las almas del tutor y de Genaro
Fueron al tribunal de Jehová.
Un metéoro impuro en sus vapores
El ánima del viejo conducía,
Y de Genaro el ánima subía
Cual nube blanca que en el viento va.

Por la estraña vision sobresaltado,
Rápido fué del escultor al lecho,
Mas vida ni calor halló en su pecho,
Ni encontró junto á él su talisman.

Y á pesar del licor que le turbaba,
Encima de sus míseros despojos
Llanto vertieron sus hinchados ojos,
Prensó su pecho doloroso afán.

Jamás supo esplicarse aquella idea:
Y él hundió en el misterio mas profundo
Como salió Genaro de este mundo
Y el *talisman* de plata de una vez:
Y siempre que en su mente la memoria
De la vision fatal se renovaba,
Dudando de sí mismo murmuraba:
« ¡Los demonios tenía aquel Jerez! »

DOS PALABRAS DEL AUTOR

A DON CARLOS LATORRE.

Querido amigo,

Hé aquí estendido sobre el papel el pensamiento del *Talisman*, de que tanto te pagaste cuando te lo anuncié. A tí pues va dedicado como pequeña muestra del aprecio en que te tengo; y ojalá que lo escrito te agrade tanto como te agradó su argumento.

Y aconsejote de camino, que no hagas caso del sitio en que coloco esta dedicatoria; porque bien sea prólogo, ó bien epílogo, siempre será la expresion sincera del cariño que te guarda tu buen amigo,

JOSÉ ZORRILLA.

EL MONTERO DE ESPINOSA.

LEYENDA HISTÓRICA.

Lector, si haces memoria
Y mis leyendas por fortuna mía
Has leído algun día,
Recordarás la historia
De una linda francesa
Que á Burgos traje para ser condesa.
De ella te voy á hablar: pues aunque entrada
En el sétimo lustro de su vida,
Todavía era hermosa, y muy querida,
Y de gente cabal galanteada.

Francesa fué, por consiguiente á España
Sino enemiga á la verdad, estraña
Que aunque es la pátria tan abstracta cosa
Que á gozarla jamás ninguno llega,

Allá á su modo cada cual la juega
 Cual la ve para sí mas ventajosa.
 El mas pobre mendigo
 En su miseria por lo menos quiere
 De su patria el amor llevar consigo,
 Aunque sea no mas por testigo
 De que en su patria de miseria muere.
 Esto es por lo que atañe al buen patriota,
 Que en cuanto al extranjero
 Los derechos de tal bizarro acota,
 Dó encuentra al ciudadano don dinero;
 Mucho entonces de fé y de patriotismo,
 Y al punto que lo atrapa,
 Oro y patriota caen en un abismo
 Donde, por Dios, que no darán con ellos
 Los mismísimos monjes de la Trapa
 Con oracion, conjuro, ni exorcismo.
 Y en cuanto á nuestra España y los franceses
 Bien claro la esperiencia nos lo habla,
 Lo poco que á sus garras defendimos
 Lo salvamos á nado en una tabla.

Mas porque no imagines que lo dicho
 Es hijo ¡oh buen lector! de algun capricho,
 Voy á contarte, pues aqui interesa,
 Lo que hizo en su condado de Castilla,
 Madre del conde actual, la tal francesa.
 Lee, pues, y considera claramente
 Lo que ha sido y será por mientras dure
 En nuestra España la estrangera gente.

Y permite de paso
 Que te advierta, lector, que de nosotros
 Esto mismo y aun mas dirán acaso,
 Y no sé yo si con razon, los otros.
 Pero tal es el mundo, y es un hecho,
 Que cuando muchos á la par pleitean,
 Por desechadas que sus causas sean
 Todos se creen con el mejor derecho.
 Pero basta, por Dios, de digresiones,
 Y entremos en materia,
 Que el caso es grave y nuestra historia sería.

Gobernaba con próspera fortuna
 En Castilla el leal Sancho Garcia,
 Atropellando audaz la media luna
 Dó quier que al campo por su mal salia.
 Acechaban los moros sus fronteras
 Como tigres hambrientos;
 Y vian desde lejos sus banderas
 Libres flotando al soplo de los vientos,
 Y en la sangre teñidas
 De sus haces vencidas.
 A merced de estos lances venturosos
 Todo era gozo, y dicha, y bienandanza,
 Por cuanto el linde de Castilla alcanza.

Mas ¡cuánto son precarios y engañosos
 Los augurios del bien de la esperanza,
 Y cuanto ¡ay Dios! las dichas terrenales
 Espuestas al impulso de los males,
 Y sujetas á cambio y á mudanza!
 Oigamos para prueba incontestable
 Lo que una noche hablaban á una reja
 Un page de Don Sancho y una amable
 Y hermosa dama que de amor le escucha
 Plática dulce con paciencia mucha;
 Y las palabras nos dirán de *Estrella*
 Lo que ignoraba aun *Sancho Montero*,
 Que aquel era, lector, el nombre de ella,
 Y este el nombre tambien del caballero.

Estrella. Pues bien, Sancho, ya que zelos
 Me pides con tal furor,
 Fuerza es aclarar tu error.
 ¡Perdónemelo los cielos!
 Un hombre me dices que entra
 De noche por mi ventana
 Y sale muy de mañana:
 Causa tu furor encuentra
 Para irritarse, es así;
 Entra en mi aposento un hombre,
 Pero que entre no te asombre,
 Sancho, que no entra por mí.

Sancho Montero. ¿Pues cómo, muger li-
 viana,
 Si la verdad no contestas,
 He de creer tus protestas
 Cuando es tuya la ventana?

Estrella. Montero, vamos despacio,
 Que aunque la ventana es mia,
 Ni de noche ni de dia
 Vivo yo sola en palacio.
 Y no pongas en un potro
 Tu discurso, buen Montero,
 Por donde entras tú primero
 Puede despues entrar otro;
 Y segun, Sancho, á mi cita
 Vienes, el parque asaltando,
 Puede estar otro aguardando
 Hora para otra visita.

Sancho Montero. Todo eso está bien, *Es-
 trella*;

Que los hombres somos dos
 Ya lo veo, voto á Dios:
 Mas si tú no, ¿quién es ella?

Estrella. Secreto debiera ser
 Ese nombre, mas, Montero,
 Si tú lo quieres...

Sancho Montero. Lo quiero.

Estrella. Secreto lo has de tener,
 Y ni en tu última hora
 Lo digas ni al confesor.

Sancho Montero. Lo juro.

Estrella. Pues de tu error
 Es la causa mi señora.

Sancho Montero. ¿La condesa?

Estrella. La condesa.

Sancho Montero. ¿La madre de Don García?

Tú mientes.

Estrella. ¡Por vida mía!

Que así me trateis me pesa.

Considerad, señor Sancho,

Que aun cuando yo lo negara,

Con mi palabra bastara,

Y aun os viniera muy ancho.

Sancho Montero. Perdóname, dulce Estrella,

Lo osado por lo zeloso,

Que me es en verdad penoso

ensar tal infamia en ella.

Que á fé que mal corresponde

A quien en desman tamaño,

Sino por su propio daño,

Por honra de su hijo el conde.

El querer de una doncella,

Si es casto, el amor lo escuda,

Mas ella condesa, y viuda,

Pide mas recato, Estrella.

Y está en la ley prevenido :

Si el hijo ha de gobernar,

La madre no ha de tomar

En su gobierno marido.

Estrella. ¡Ah, Sancho, que tú no alcanzas

Lo que su amor me atribula,

Porque es un amor que anula

Aun sus mismas esperanzas!

Sancho Montero. Estrella, no te comprendo.

Estrella. Pues óyeme, Sancho, bien,

Y el cielo me olvide, amen,

Cuanto mal estoy haciendo.

Yo por servirla no mas

Y por velar su deshonra

Estoy prendiendo mi honra

En un cabello quizás.

Y por contentar su afán

Presto, protegiendo á ese hombre,

Con mi aposento mi nombre

Y corre por mi galan.

Mas no es esto, Sancho mio,

Lo que el alma me atormenta,

Que yo ayudara contenta

De una amiga un desvario.

Mas yo arriesgo mi decoro

Y arrostro, Sancho, tus zelos,

¿Y por quién abogo? ¡cielos!

¿Por quién, Sancho? por un moro.

Sancho Montero. Estrella, ¿te has vuelto loca?

¿Moro dices?

Estrella. ¡Ay de mí!

Ojalá no fuera así

Lo que te dice mi boca,

Ese Muza embajador

Del rey moro de Sevilla,

Es el galan.

Sancho Montero. ¡Qué mancilla
Para dama de su honor!

¡Un moro! por Dios, Estrella,

Que al conde lo he de contar.

Estrella. Nos vas, Montero, á matar.

Sancho Montero. ¡Ay! ¿quién te ganó por ella?

¿Quién puso en tu pensamiento

Tan villana aberración?

¿Quién puso en tu corazón

Tan torpe consentimiento?

Estrella. ¡Quién mas que mi desventura!

Me acogió desde mi infancia,

Y desque vino de Francia

No la he concebido impura.

No tengo madre, Montero,

Y ella de tal me sirvió,

¿Negarla pudiera yo

Lo que hizo por mí primero?

Supo ella nuestro amor antes:

Y velándolo á su hijo,

« Obrad prudentes, me dijo,

Y sed dichosos amantes. »

Sancho Montero. ¡Fatal complacencia fué!

Mas ya es tarde, hasta mañana.

Dios quiera que tu ventana

Grave pesar no nos dé.

Y partiendo el caballero,
Cerró sus vidrios la bella,
Siguiendo al través su huella
Por un torcido sendero.

Está la noche tranquila
Aunque embozada la luna,
Y encapotado como ella
Está junto al parque Muza.
En pardo alquicel envuelta
Su conocida figura,
Y bajo el casco escondida
Su cabeza (que á la turbia
Luz de una pálida estrella
Conocería sin duda
El mas topo en el turbante
Si en él la llevara oculta),
La seña impaciente aguarda,
Que le harán para que suba
Las manos de quien espera
Asir amante las suyas.
De arriba á abajo pasea,
Pero con tanta cordura

Que ni sus pasos se sienten
 Ni de una á otra esquina cruza.
 Solo su amor le acompaña,
 Y solo su amor segunda
 Con su audacia y con su alfanje
 De una muger la locura.
 Locura, sí, porque es mengua
 Y rabia causa y angustia
 Que así en el cieno se arrastre
 Dama de tan noble cuna.
 Locura, sí, porque vela
 Detrás de la colgadura
 De su balcon la condesa,
 Que de tardanza le acusa.
 Con gran cautela á los vidrios
 (Que no es estremada nunca)
 Continuamente se asoma
 De que ha de venir segura.
 Y entre la luz y los vidrios
 Pasando, mientras calcula
 El tiempo que huye, su sombra
 Sobre el cristal se dibuja.
 Y en los iguales períodos
 Con que aparece y se ofusca
 Se ve bien que se pasea
 Tal vez sin paciencia mucha.
 Por fin, tornando á asomarse
 Acaso vió lo que busca,
 Porque cerró la ventana
 Con golpe que prisa anuncia.
 Faltó al punto la luz de ella
 Y apareció en la segunda
 Ventana, que está sin rejas,
 Mas abajo de la suya.
 Sonó una palmada á poco
 Y como está á poca altura
 Fácil halló la subida
 El enamorado Muza.
 Mas presto á bajar volviera
 Si alcanzara por ventura
 A ver que un hombre aparece
 En el punto en que él se oculta.
 Sí, guarecido en lo espeso
 De la oscuridad nocturna,
 A la ventana se acerca
 De otro hombre la sombra muda.
 Sombra que avanza despacio,
 Pero con planta segura,
 Como quien sabe la tierra
 Por donde camina á oscuras.
 Al eco de sus pisadas
 Con desolacion profunda
 Una muger sacó á medias
 La cara, que el miedo turba.
 A cuyo punto el que viene
 Con voz al caso oportuna
 Dijo y en tono intermedio
 De afirmativa y pregunta :

Sancho Montero. Estrella.
Estrella. ¡Sancho!
Sancho Montero. ¡Silencio!
Estrella. Por Dios, Sancho, disimula
 Si es que has visto...
Sancho Montero. Todo, Estrella,
 Y estáme ahogando la furia,
Estrella. ¡Por Dios, Sancho!
Sancho Montero. Nada temas.
 No con fuerza, con industria
 Espero cortar los hilos
 Que tal escándalo anudan.
 ¿Por quién te pondrás, Estrella,
 Por ella ó por mí?
Estrella. ¿Eso dudas?
 La vida diera gustosa
 Con una palabra tuya.
Sancho Montero. Pues bien, Estrella, si
 me amas
 Y si confianza alguna
 Te inspira la idolatría
 Que mi pasión te tribute;
 En vez de guardar la reja
 De una sorpresa importuna,
 Guarda la puerta á su cuarto,
 Y cuanto digan escucha.
 Yo respondo de que nadie
 Por reja ni escala suba,
 Con tal de que me repitas
 Sus palabras una á una.
Estrella. ¿Y qué te importa?
Sancho Montero. Va en ello,
 Estrella, nuestra ventura.
Estrella. Enhorabuena.
Sancho Montero. Ya tardas.
Estrella. Guárdame pues.
Sancho Montero. Pues escucha.

—
 Quedó junto á la ventana
 Montero de centinela
 Y junto á la cerradura
 Se puso á escuchar Estrella.
 Abajo Montero inmóvil
 Permanece en las tinieblas
 Y arriba por los resquicios
 Ella la vista endereza.
 Él, allá abajo inmutable
 Como una estatua de piedra :
 Ella allá arriba con ansia
 Toda arrobada de atenta.
 Mas poco oír la permite
 La bien encajada puerta,
 Y poco paso á su vista
 Da la cerradura estrecha.
 Mas mucho puede un deseo
 En cuyo logro interesa
 Grave peligro ó bien grave

Quien firmemente desea.
 Así que al par aplicando
 Con oportuna destreza
 Ya el ojo para mirar,
 Ya para escuchar la oreja,
 Logró entender, sino cuanto
 Su curiosidad quisiera,
 Cuanto basta á quien importa
 Para que todo lo entienda.
 Y las frases que á pedazos
 Hasta su escondite llegan,
 Con algunas adiciones
 O supresiones, son estas.

Condesa. ¿No hay otro medio?

Muza. No hay otro

Mientras él viva, condesa,
 Prendidos tenemos ambos
 En un hilo la existencia.
 Mi amor para ti es sin freno:
 Te adoro, sultana bella,
 Y si en decidirte tardas,
 Sin ti me parto á mi tierra.
 No puedo mas en Castilla
 Permanecer sin sospecha,
 Pues concluí mi embajada
 Y va á encenderse la guerra.
 Mi rey en Córdoba tiene
 Gente mucha y muy resuelta,
 Que vendrá á poner de Burgos
 La corona en tu cabeza.
 ¿Qué me respondes? decidete;
 Dentro de tu casa mesma
 Tú vives tiranizada,
 Obedeces y no reinas.
 Privada de los placeres,
 De los saraos y las fiestas,
 Por viuda al llanto y al luto
 Las costumbres te condenan.
 Eres hermosa y amante,
 ¿Porqué has de pasar por sierva
 Donde, si quieres, mañana
 Puedes mandar como reina?
 Así nuestro amor logrado,
 Ventajas logrará inmensas
 Tu condado de Castilla:
 Pues en paz con sus fronteras,
 Tus pueblos tendrán tranquilos
 La paz que con ansia anhelan.

Calló aquí el moro, y tras grave
 Meditacion, la condesa
 Como quien duda en lo que habla
 Repuso de esta manera.

La Condesa. ¿A qué ocultarlo, buen moro?
 Demasiado lo confiesan
 Las lágrimas de mis ojos,

Y las voces de mi lengua.
 Yo te amo: poco á mis ansias
 La corona es de condesa;
 Para ceñirla á tus sienas
 Ansiara imperial diadema.
 Pero si yo abro de Burgos
 A tus árabes las puertas
 ¿Cómo reinar en Castilla
 A no conquistarla entera?
 ¿Cómo estarán los cristianos
 Sumisos á quien los venda?
 No, harán para rebelarse
 Un fuerte de cada piedra.
 Tu rey querrá en la conquista
 Llevarse la mejor presa,
 Y si es una infamia todo,
 Huir es la mas pequeña.

Muza. ¿Huir, sultana, qué dices?

¿Adónde, infeliz, huyeras
 Que esclava no te contaras,
 Si no te contaras muerta?
 ¡Huir! ¿acaso por miedo
 De que traidora te hicieran
 A una patria que no es tuya
 Pues no nacistes en ella?
 ¿Ignoras que esos villanos
 Que ante tu faz se prosternan
 Maldicen allá á sus solas
 Tu noble cuna francesa?

Condesa. ¡Esclavos!

Muza. Si, esclavos tuyos,

Puesto que ellos son tu herencia,
 Y venderlos y comprarlos
 Justo es que á tu antojo puedas.

Condesa. Si, justo sería, ¡oh Muza
 Mas muy arriesgado fuera
 Tal intentar, porque al cabo
 ¿Quién sabe el fin de una guerra!
 Si no hay mas medio.

Muza. ¡Ah sultana

Mas que tus ángeles bella,
 Mas necesaria á mi vida
 Que el sol y el agua á la tierra,
 Aquí á tus plantas de hinojos
 Te juro, las manos puestas
 Sobre el corazon, que en vano
 Mi alma en huírte se esfuerza.
 Es separarme de ti
 Llevarme á una muerte cierta:
 Luz de mis ojos, el mundo
 Sin ellos está en tinieblas:
 Sin freno en esta pasion,
 Te adoro, sultana bella,
 Y si en decidirte tardas,
 Morir sin tí será fuerza.

Condesa. ¿Ah no, muramos entrambos!

Muza. ¿Y el conde?

Condesa. En Burgos se queda.

Muza. ¿Y quién de él si te reclama
Nos salva?

Condesa. ¡Maldito sea!

Callaron ambos un punto,
Y á poco rato en voz trémula,
Dijo el moro, como quien
Prenda involuntaria suelta :

Muza. Si al cabo...

Condesa. ¿Qué?

Muza. En este pomo

Supremo licor se encierra
Que sirve sin mas peligro
A quien le usa con destreza...

Condesa. A ver.

Muza. De un modo adormece,
Y usado de otra manera...

A estas palabras oyóse
Tras de la cerrada puerta
Inesperado ruido,
Y tras él de golpe abriéndola :
« Señora, el alba despunta, »
Dijo apresurada Estrella,
É interrumpida la plática
El moro salió siguiéndola.
Partió silencioso Muza
Saltando otra vez la reja,
Y con el pomo en las manos
Quedó á solas la condesa.

Iba á rayar el sol en el Oriente :
Y la serena luz de la mañana
Teñía suavemente
Con brillantes matices de oro y grana
La diáfana estension del horizonte :
La claridad tendiendo mansamente
Por las laderas del lejano monte.

En un balcon que á los jardines mira
Del palacio de Burgos en que mora,
Sombria y melancólica suspira
La que en tiempo mejor fué su señora.
Ella es, sí, la condesa Doña Blanca
Que á impulsos de secreto sentimiento
Hondos suspiros de su pecho arranca,
Y de sus labios los arranca el viento.
Bella matrona, por la edad no ajada,
Aun muestra cuanto fué su edad primera
En gracia y hermosura aventajada :
Aun brilla en sus miradas, hechicera
La luz de la pasion, y aun á despecho
Del pesar que la acosa
Tiñen su bello rostro peregrino,
Y sus torneados hombros y alto pecho,
El color del jazmin y de la rosa,
Que envidia dieran al pincel de Urbino.
Hermosa, sí, se ostenta todavía

A pesar de la nube que encapota
Su frente melancólica y sombría.
Sus miradas en tierra distraida
Fija, sin ver lo que delante tiene,
Y en turba al parecer descolorida
Pasan por su memoria sus ideas
Tardas en paso y en contorno feas.
Encendidos sus párpados, parece
Que romper á llorar tal vez ansian,
Y pálido el carmin que antes tenían
Sus labios, que el amor ora enardece,
Muestra, por Dios, (y ciegos lo verian)
Lo que su inquieto corazon padece.
A veces frunce receloso el ceño
Cual si oculto terror la amedrentara,
Y á veces gime, cual si horrible ensueño
Su apesarado espiritu acosara.
A veces reteniendo en su garganta
El conturbado aliento,
Agitado su pecho se levanta
Cual mar que turba desigual el viento
Y á veces tenuamente respirando
Toda la fiebre ahogando, que le agita
En sueño dulce, misterioso y blando
Tranquilamente al parecer dormita :
Todo en ella por fin está mostrando
Que grave asunto con afan medita,
Y que si acaso la razon la asiste
Prestarla fé su corazon resiste.
Largo tiempo pasó de esta manera,
Hasta que al fin saliendo de repente
De su enajenacion, rápidamente
Formó sin duda decision postrera,
Y al punto se quitó de la vidriera.
Falsa sonrisa en derredor vagaba
De sus fruncidos labios al quitarse
Y siniestra su faz amedrentaba,
Amarga su espresion de contemplarse :
Y con prudente voz llamando á Estrella
Y á sus palabras dando astuto giro,
Exhalando un suspiro,
Plática tal enderezó con ella.

Condesa. Mucho te he amado siempre, Es-
trelle mia,

Mis secretos mas graves
Siempre mi corazon del tuyo fia,
Que de mi corazon tienes las llaves.
Que me sirvas espero
Leal correspondiendo á mi cariño
En un negocio, que encargarte quiero.

Estrella. Vuestra, señora, soy, y ya os
dicho

En otras empeñadas ocasiones
Que ley es para mi vuestro capricho,
Y los antojos vuestros son razones.

Condesa. Oyeme pues, Estrella,
Que cosa es que me importa

Y tiene ejecucion fácil y corta.
 El conde, mi buen hijo, Don García
 Secreto mal padece
 Que descuidado mas de dia en dia,
 De dia en dia con peligro acrece.
 Apuré las razones,
 Los argumentos agoté del todo
 Para hacerle tomar una bebida
 Que puede solo resguardar su vida,
 Y de usarla con él no encuentro modo.
 Un solo medio veo solamente:
 Tómela de tu mano incautamente.

Estrella. ¡De mi mano, señora!

Condesa.

Si por cierto;

Él cree que es un secreto su dolencia
 Que juramos guardar en la conciencia
 Los médicos y yo, que la sabemos,
 Y solo de nosotros se recela
 Que á su pesar curársela queremos,
 Y es inútil contigo su cautela.
 ¿Qué dices?

Estrella. Yo, señora...

Condesa.

¿Desconfias

De su madre tal vez, muger ingrata?
 ¿No le he llevado en las entrañas mías?
 Por sospecha tan ruin, ¡viven los cielos!
 Que inaudito castigo merecias.

Estrella. ¡Oh! perdon, mi señora la condesa,

Calmad vuestros enojos;
 Que en ocasion tan grave
 La duda es natural en quien no sabe.
 Mas hablad, disponed, toda soy vuestra,
 Huérfana y pobre me ofrecí en la infancia
 Para solo serviros, y de entonces
 Fuisteis mi madre vos, vos mi maestra.

La Condesa. Pues bien, que sea hoy mismo me interesa.

Estrella. Mas la ocasion...

Condesa.

Muy fácil: en la mesa.

Yo el elixir derramaré en su copa,
 Tú se la servirás cuando la pida
 Y de este modo le darás la vida.

Estrella. ¿Yo se la he de servir...?

Condesa.

Seguramente.

Que la beba es de ti nuestra fortuna,
 Mas sin señal de inteligencia alguna
 Con mano firme y con serena frente.
 ¿Entiendes?

Estrella. Será así.

Condesa.

Pues así sea

Y ayúdame á acostar, Estrella, ahora,
 Y cierra ese balcon, porque no sea
 De una noche de amor puerta traidora.

Estrella. Cierro y tranquila reposad, señora.

Y al vecino aposento

Salió Estrella obediente.

Mas, ¡ay! que no avezada al fingimiento
 Trémula fué, y el rostro macilento
 A dar en un sillón lánguidamente:
 Y en su errante mirada
 Veíase en verdad su afán interno
 Y su pavora al crimen retratada.
 Meditó largo tiempo silenciosa,
 Inmóvil é indecisa
 Hasta que vaga y singular sonrisa
 Que la escitó una idea generosa
 Tendió sus labios, y avivó su prisa.
 Abrió una puerta, pues, con mucho tiento
 Y por una escusada escalerilla
 Cabo á poner á su secreto intento
 En la antesala dió del aposento
 De Don García, conde de Castilla.
 Su page favorito allí velaba.
 Si, allí Montero á la sazón se hallaba
 Y á la llegada de su amante Estrella
 En un sillón de roble dormitaba,
 Mas despertóse al percibir su huella.
 « ¡ Hermosa! » dijo, y la tendió los brazos,
 Mas ella suavemente
 Esquivando sus lazos
 Peligrosos tal vez, rápidamente
 Con voz turbada, y con prudencia mucha
 Apartóse diciendo: « *Sancho, escucha.* »
 Hizolo Sancho así, y al ir oyendo
 Lo que ella en baja voz le iba diciendo,
 Notábase mas claro á cada instante
 Que el fuego del furor iba subiendo
 Desde su corazón á su semblante.
 « ¡ Bien! dijo el mozo al concluir Estrella:
Vete tranquila, que estaré presente; »
 Y á punto tal tornándose la bella
 Por la misma escalera donde vino,
 Tornóse á su sillón tranquilamente
 Montero, y á cumplir con su destino.

Y el sol por el firmamento

A largo andar se venia,
 Cuando llamó soñoliento
 Desde su oscuro aposento
 El conde Sancho García.

Montero, como le oyó,
 De la mámpara al dintel
 Atento se presentó,
 Y tras algo que le habló
 Cerróse dentro con él.

De la fatiga al quebranto
 Rendíase al sueño en tanto
 En la antecámara Estrella
 De su ama; mas ¡ay! que de ella
 Se huía tan dulce encanto.

A vueltas sobre su lecho
 Con el afán de su pecho,
 Hasta el aire que aspiraba

La parecía que estaba
Emponzoñado y estrecho.

En vano el rostro agitado
Del uno y del otro lado
Acomoda entre la ropa :

Los ojos se la han cerrado
Con la imagen de una copa,
Y aunque sin luz los mantiene,
Por mucho que los aferra,
Su odioso contorno viene
A dar á sus ojos guerra,
Y despechada la tiene.

Por mas que en dulces memorias
Su mente estraviar procura
Y en sazonadas historias,
Sus dichas torna ilusorias
La copa de su amargura.

No duerme, no, que al impulso
De un pensamiento cruel,
Dentro del cuerpo convulso
Se la desborda del pulso
Toda su sangre en tropel.

Ideas mil en su mente
Que fermentan en monton,
La atormentan fieramente
Y siempre el latido siente
Del trémulo corazon.

No duerme, no, que en el alma
Dó la virtud no respira,
La paz del reposo espira
Y airado el sueño retira
El bálsamo de la calma.

No duerme, no, la condesa :
Que vela desesperada,
De remordimientos presa
Siempre anhelando ¡malvada!
Lo mismo de que la pesa.

La pesa, sí, mas no halla
Otro remedio al amor,
Que en su corazon batalla,
Y lucha contra la valla
De su amancillado honor.

« ¡No! dice en su desvario,
Ceder no sabré jamás,
Por Dios que me sobra brio!
Ven, Muza, y si tú eres mio,
¿Qué me importa lo demas? »

—
Tendamos, lector, un velo
Sobre esta infernal pasion,
Que de escudriñar me duelo
Secretos que puso el cielo
Del hombre en el corazon.

—
Con la sonrisa en los labios
Y con la faz cariñosa

Sentóse el conde á la mesa
En cuanto llegó la hora.
Con la sonrisa en los labios
Aunque con la vista torva,
Sentóse á par la condesa
En el lugar que la toca.
El hijo en el puesto bajo,
Que aunque lleva la corona,
Ante su madre la olvida,
Y como á quien es la honra.
La madre en el preferente,
Pues aunque parte no toma
Del condado en el gobierno,
Siempre en su casa es señora.
Detrás del conde está Sancho
Que la confianza goza
De su señor, y le sirve
Con atencion oficiosa.

Tras Doña Blanca está Estrella,
Que es la camarera sola
Que la sirve há largo tiempo
En la mesa y en la alcoba.
Escancia Sancho el licor
Al conde con mano pródiga,
Y lo hace con la condesa
Estrella con mano sóbria.
Bebe el conde cual lo exigen
Las fatigas que le agobian,
La condesa cual permite
El decoro en su persona.
El como hombre que pelea,
Caza y medita y trasnocha,
Ella cual madre de príncipes
Y como ejemplar matrona.
Aunque larga en las viandas
Mesa es en palabras corta,
Cosa en quien negocios tiene
De grave interés, muy propia.
Crúzanse pues las palabras
Interrumpidas y pocas
En tanto que los manjares
El apetito acogotan.

« Sancho, dijo de repente
El conde, escancia Borgoña,
Que aunque es licor estrangero,
Deja buen gusto en la boca. »
Lo cual la condesa oyendo
Intervino presurosa :

« Estrella, sirvele al conde;
Sancho, trincha tú esa lonja
Que aunque de parte escogida
No tiene punto de sobra. »
Palideció un tanto Estrella
Asiendo al punto la copa,
Y asió del cuchillo Sancho
Con mirada escrutadora.
Frunció Doña Blanca un poco
Los labios que descolora,

Lijero matiz morado,
 Señal de temor ó cólera,
 Y Don García sereno
 Con gravedad magestuosa,
 Fijos los ojos en ella
 El vaso llevó á la boca.
 Paró el cuchillo Montero
 Inmóvil sobre la lonja
 Que dividía, y Estrella
 Se estremeció de congoja :
 En tanto que Doña Blanca
 Con hondísima zozobra
 Le contemplaba, sus ojos
 Saltándola de las órbitas ;
 Y en este momento el conde,
 Alargándola la copa,
 La dijo con voz tremenda :
 « Bebed primero, señora.
 — ¡ Yo ! replicó la condesa
 Con voz descompuesta y cóncava.
 — Vos misma, » la dijo el conde
 Con voz iracunda y bronca.
 Postróse Sancho de hinojos
 Sentencia tan horrorosa
 Al escuchar, pero en vano,
 Nada á Don García asombra.
 De cólera y de venganza
 Vértigo infernal le acosa,
 Y todo su sér á su ímpetu
 Se descompasa y trastorna.
 Todo recuerdo calmante,
 Toda intencion generosa,
 De la indignacion á impulsos
 Del corazon se le borra :
 Y con el brazo estendido
 Y faz amenazadora,
 A la condesa presenta
 Resueltamente la copa.
 « ¡ Señor ! exclamó Montero.
 — ¡ Vasallo ! (en voz tronadora
 Interrumpió Don García)
 Quien por infames aboga
 Solo cavar su sepulcro
 Junto á su sepulcro logra. »
 Y á la condesa volviéndose
 Siguió diciendo : « Señora,
 Venderle quereis al moro
 Mi cabeza y mi corona
 Que con torpeza inaudita
 Y amor sacrilego compra ;
 A morir, pues, disponeos
 Como liviana y traidora.
 — ¡ Hijo mio !
 — No, apartad
 Tal nombre de la memoria,
 Y ¡ voto á Dios ! bebed pronto,
 Que mi paciencia se agota.
 — Hijo mio, por la santa

Esperanza de una gloria...
 — Callad y apurad el vaso...
 Esa es la vuestra y no hay otra. *
 Y aquí la condesa viendo
 Que es vana esperanza toda
 Desesperada y sañuda
 Contra si misma se torna.
 Radió en su fiero semblante
 Horrenda espresion diabólica,
 Relámpago del inferno
 Que en su corazon aloja ;
 Y con firmeza que fuera
 En causa mejor heróica
 Apuró de un solo trago
 La preparada ponzoña.
 Cayó sin sentido Estrella,
 En oracion fervorosa
 Sancho encomendó su alma,
 Y el conde con mano pronta
 Arrojó contra las tapias
 El resto de la ponzoña.
 Quedó la condesa un punto
 Fantasma amedrentadora
 Frente á Don Sancho en silencio,
 Mas pronto el fatal Borgoña
 Tendióla en tierra de espaldas
 A fin desastrado próxima.

CONCLUSION.

Es una noche lóbrega y oscura :
 No ilumina la luna el firmamento,
 Y en la atmósfera impura
 Densos vapores amontona el viento.
 De espesos nubarrones
 Por su turbado azul lentos avanzan
 Preñados escuadrones
 Que el aire sorben donde el aire alcanzan.
 No corre ni una ráfaga perdida
 Que temple de la atmósfera el bochorno,
 Y el aura de la tierra desprendida
 Exhalada parece de algun horno :
 Y dijeran que humea
 Próxima á vomitar la oculta llama
 Si el relámpago pronto centellea
 Y el ronco trueno en las alturas brama.
 En un balcon que á los jardines mira
 Del palacio de Burgos, en que mora,
 Sombrio y melancólico suspira
 Don García á deshora.
 El es : y al recordar de Doña Blanca,
 Su muerta madre, el infernal intento,
 Hondos suspiros de su pecho arranca,
 Que rechaza tal vez el firmamento.
 Y el llanto que en sus párpados se estanca
 Y el semblante humillado y macilento,
 Muestran que es ya su bárbara sentencia

Carcoma que desgarrar su conciencia.
 Sus miradas en tierra, distraído
 Fija, sin ver lo que á sus ojos tiene,
 Y en confuso tropel descolorido
 Pasan por su memoria las ideas
 Tardas en paso y en contorno feas.
 A veces frunce, receloso, el ceño
 Cual si oculto pesar le atormentara,
 Y á veces gime cual si en negro sueño
 Fantasma aterrador se le mostrara.
 A veces reteniendo en su garganta
 El desigual aliento
 Agitado su pecho se levanta
 Cual mar que en tumbos desordena el viento.
 Y á veces tenuamente respirando,
 Resistiendo la fiebre que la agita,
 En siniestro delirio divagando
 Lánguidamente al parecer dormita.
 Todo al fin en el conde está mostrando
 Que grave asunto con afan medita
 Y se ve que su bárbara sentencia
 Es el peso que abruma su conciencia.
 Muchas veces acaso en su abandono
 Las leyes invocó que defendía ;
 Razon hallaba en el salvado trono
 Que su venganza autorizar podía,
 Pero siempre tras él con fiero encono
 Salir la sombra de su madre vía
 Y la ley, la razon y el pensamiento
 Cedían al tenaz remordimiento.*
 Mas tendamos, lector, un velo oscuro
 Sobre este cuadro de venganza y duelo,
 Que es caso á fé de comentarse duro
 Que ya ha pesado en su balanza el cielo :
 Caso, lector (y con verdad lo juro),
 Cuya razon escudriñar no anhelo,
 Pues pliegues son del corazon humano
 Que intenta el hombre penetrar en vano.

Largo tiempo pasó de esta manera
 Y mucho mas el conde así pasara
 Si por bajo cruzar de su vidriera
 Misterioso embozado no mirara.
 A la rápida luz de los relámpagos
 Su bulto en las tinieblas perseguía,
 Los ojos con afan desencajando
 Si en medio las tinieblas le perdía ;
 Mas siempre hallarle en el jardín rondando
 Con el nuevo relámpago volvía.

Brotó en su corazon sorda sospecha
 Y espoleando el honor sus presunciones
 Pronto entendió que el embozado acecha
 De su alcázar ó puertas ó balcones.
 Y á poco seña misteriosa oyendo
 Por una reja le alcanzó trepando,

Y en ira á él encaminóse ardiendo.
 Con silenciosa y recatada huella
 Llegó á la estancia de la hermosa Estrella
 Y luz viendo alumbrar la cerradura
 La airada vista enderezó por ella.
 Mas apenas la linea habia cogido
 Que la abertura con la luz marcaba,
 Oyó como de gente que lidiaba
 Dentro del cuarto temeroso ruido.
 Entre él y la bujía en un instante
 Dos cuerpos á la par se interpusieron
 Que á poco en bamboleo vacilante
 A la par con estrépito cayeron.
 Lánzase dentro el irritado conde,
 Y al ver el sitio donde
 La luz prosigue, la afilada punta
 Les pone de su estoque á la garganta.
 Y « ¿ Quién se atreve, vive Dios ! » pregunta
 A cuya voz : « ¡ Yo soy ! » Sancho responde,
 Que de ellos solamente se levanta.

Conde. ¡ Qué es esto, Sancho !

Sancho. Señor,

Si es que lo hecho os enoja,

Sacadme con esa hoja

El alma que os da el honor.

Conde. Concluye, Sancho, ese hombre

Que tienes muerto á tus plés

Bañado en sangre, ¿ quién es ?

Sancho. Muza, señor, no os asombre.

Sin miramiento al decoro

Que en vuestra casa se encierra,

Contando iría á su tierra

Vuestra deshonra ese moro.

Yo le espere y le maté ;

Si os culpa su rey, señor,

Tratadme como traidor

Y entregadme, que yo iré ;

Pues quiero de mejor gana,

Que el moro traidor me llame,

Que oírle dar por infame

A una noble castellana.

Tendióle el conde la mano

Tal oyendo, y replicó :

Sancho, así quisiera yo

Todo el pueblo castellano.

¿ Cuál es tu nombre ?

Sancho. Espinosa.

El Conde. ¿ Eres noble ?

Sancho. Hidalgo soy.

El Conde. Tu casa será desde hoy

Y tu familia famosa.

Desde hoy serán mis monteros,

Y de lealtad por gala

Dormirán en mi antesala

Sus bizarros caballeros.

Y lléveme Belcebú

Si temo á nadie en la tierra,

Si en la paz son y en la guerra,
Todos ellos como tú.

Lector, la buena memoria
Que de su madre guardó,
Escuso decir la yo,
Pues te lo dice la historia;
Recuerdos hay todavía
Que atestiguan opulentos
Los muchos remordimientos
Del conde Sancho García.
Diré, pues, la sola cosa
Que sus recuerdos exigen,
Y es: que de él tienen origen
Los Monteros de Espinosa.

DOS HOMBRES GENEROSOS.

LEYENDA ORIENTAL.

INTRODUCCION.

Envidiable es á fé Don Luis Tenorio,
Su riqueza envidiable y su fortuna:
En Cádiz vive, del comercio emporio,
Y oro sobre oro comerciando aduna.
Jóven, valiente y de encumbrado origen,
No es como otros mancebos altaneros,
Que solamente su ambicion dirigen
Su orgullo á alimentar de caballeros,
Y en banquetes y amores
Consumen su salud y sus dineros;
Y con mengua y baldon de sus mayores
Mueren entre rufianes y acredores.
No, ¡vive Dios! Don Luis lleva una espada
En el cinto prendida,
Y aunque de sangre alguna vez teñida,
Con infame traicion nunca manchada
Siempre con honra la llevó ceñida.

Cortés, galan y afable,
Pronto á satisfacer, jamás esconde
Su faz al lidiador mas formidable,
Si una ofensa vengar le corresponde.
Pero calculador como valiente,
Noble viéndose ya por nacimiento
Que era mejor imaginó prudente
No alcanzado morir, sino opulento.
Dióse al comercio, pues, y la fortuna
Tan próspera le fué, tan halagüena,
Que no hay empresa alguna
En que no doble el capital que empeña.
No tiene un buque que á la mar botado
No torne al puerto de botin cargado:

Ni hay cambiante en Europa ni banquero
Que no admita su firma por dinero.
Ni playa oculta, ni nacion remota
Donde suya no aporte alguna vela,
Y no le traiga de su tierra ignota
Prenda de gran valor en joya ó tela.

Lóndres, Génova, el Cairo, Alejandria,
Venecia... el mundo entero
Recorren sus pilotos cada dia,
Y siempre afortunados en sus viajes
Ni sufren de corsarios abordajes,
Ni fiero temporal les descarria.

Mira Tenorio en su fortuna inmensa
De su excesivo afan la recompensa;
Mas cuanto rico y noble generoso
Cual comerciante avaro ú envidioso
No calcula ni piensa.

Y no hay en la ciudad triste ó mendigo
Que á sus puertas acuda inútilmente,
Ni tiene un solo amigo
Que con su bolsa en la ocasion no cuente.
Y si un colega el capital espone
Y la fortuna ruin se lo devora,
La amistad de Don Luis se lo repone
Sin desear su mano bienhechora
Del que el favor recibe mas usura
Que gratitud... y próspera ventura.

Tal es, lector, el hombre
De quien hablarte quiero,
Y cuya historia espero
Que te suspenda el ánimo y te asombre.
No hay en ella magnificas escenas
De combates, y muertes, y sucesos
Estrepitosos llenas,
Ni por objeto mi leyenda tiene
La fortuna y el bien de un grande imperio;
La reaccion que dicen que conviene
Sufra la sociedad; esto es muy sério,
Y no me siento yo con tanta fuerza
Para que el siglo ante mi voz se tuerza
Y varíe de faz nuestro hemisferio.

No es para mi tan colosal hazaña:
La sociedad quien pueda regenerar,
Yo cantaré despues cuando muriere
La suerte que su afan diere á la España.
Mas es un cuento asaz entretenido
Con puntas de moral, sana y sencilla,
En Castilla aprendido,
A manera contado de Castilla.
Eso sí, miserable y reducido,
Obra infeliz, sin pretension alguna,
Que sale encomendada á su fortuna,
Cuento no mas, sin humos de poema,
Que ese es, lector, mi intento
Y no va mas allá mi pensamiento:
Divertirte y no mas es mi sistema.

D. Luis. ¿Cómo tan pronto la vuelta?

Explicao, capitán.

El Capitan. Cosas son que os pasarán.

D. Luis. Dad pues á la lengua suelta.

El Capitan. Es pues el caso, señor,

Que acerté en Alejandría
A entrar con el mejor día,
Y con el sino mejor.

Fuime derecho al mercado
Mas no bien puse allí el pié
¿Con quién direis que topé?
Con el mercader pasado.

Asióme con mil estremos,
Y á fuerza ó de voluntad
Metióme por la ciudad:
Venid, dijo, y hablaremos.

*El calor es escesivo,
Capitan, y mientras pasa
Descansareis en mi casa,
Donde vereis que os recibo
Con cuanto agasajo puedo.*
— Yo respondi: *Y vos, señor,
Vereis á tan alto honor
Cuan agradecido os quedo.*

Entramos pues en su casa,
; Mas válgame Jesucristo!
En mi vida habia yo visto
Opulencia tan sin tasa.

¡Qué tapices y qué alfombras!
¡Qué joyas de tanto precio!
Quedéme en fin como un necio,
La vista haciéndome sombras.

Llevóme á sus almacenes,
Y ved cual me quedaria
Cuando oí que me decla:
« Cristiano, de cuanto tienes
A tus ojos manifesto
Elige, y no me andes parco:
Aquí has de cargar tu barco
Que así lo tengo dispuesto.

— Señor, imposible.

— No;

Cuanto digas será en vano,
No ha de ser nunca un cristiano
Mas generoso que yo.

A tu amo por simpatía
En tiempo ya muy remoto,
Enviéle con un piloto
Un corto regalo un día.

Hice yo esto nada mas
De su esplendidez prendado,
Y sin pensar de contado
Que se mentara jamás.

Pero en el año siguiente
Él con tu barco me envió
Un doble de lo que yo;
Admitilo cortesmente,

Porque en verdad no creyera
Que intentaba desairarle,
Mas ganoso de pagarle
Cuando ocasion me viniera.

Escusándola él quizá
No envió mas su barco aquí,
Mas hoy te sorprendo á ti
Y has de escoger ; juro á Alá!

Lo que te plazca mejor
Para volverte al momento,
Sin llevar mas cargamento
Que un presente á tu señor.

D. Luis. Y vos, capitán... ¿Qué hicisteis?

El Capitan. El partido no era malo
Y cargué con el regalo.

D. Luis. ; Voto á San Gil! ¿lo admitisteis?

El Capitan. Por supuesto : aunque en
verdad

Imposible era escusarlo,
Porque él mismo hizo cargarlo,
Y me echó de la ciudad.

D. Luis. Por Dios, capitán Gonzalo,
Que quien sois á no mirar
Os arrojava á la mar
Con el barco y el regalo.

Cristiano y español siendo,
Sin mirar á mi decoro,
¿Os dejais ganar de un moro
En bazarria?

El Capitan. Yo entiendo,
Señor Don Luis, que si veis
Las joyas por vuestros ojos,
Calmareis vuestros enojos
Y mas justicia me hareis.

¿Qué diablos perdeis en ello?
Vos cumplisteis como noble,
Y él volviéndoos un bien doble
No os echa un cordel al cuello.
Y ademas si el moro...

D. Luis. No,

Cuanto me digais es vano;
No ha de ser nunca un pagano
Mas generoso que yo.

¡Esto por Dios me faltaba! —
Y de este modo diciendo
Don Luis la vista frunciendo
Por el cuarto se paseaba.

Y Don Gonzalo, que vió
Su negocio tan mal puesto,
Salió del cuarto, y muy presto
Con el presente volvió.

Y sin otras precauciones,
Para salir de su empeño,
A los ojos de su dueño
Empezó á abrir sus cajones,
Lanzó con gran desenfado
Sin mas mirar por el suelo

Los rollos de terciopelo,
Y las piezas de brocado.

Coronó de pedrería
Un inmenso velador,
Y mostró todo el valor
De lo que á Don Luis traía.

Desenvolvió diligente
Los en cajas y redomas
Empaquetados aromas
Esquisitos del Oriente.

Y Don Luis, que aunque disgusto
Y enojo ademas presume,
Tan delicioso perfume
No pudo aspirar adusto.

Tendió los ojos en pos
Del olfato, y de su afán
Saliendo el buen capitán,
Esclamó : « ¡ Gracias á Dios,

Señor, que al fin de mi viaje
A ver las cuentas venís!

¿ Qué tal, mi señor Don Luis,
Qué os parece mi equipaje?

Aunque rédito mezquino
De vuestro enorme caudal,
¡ No es tan pobre capital
Para un capitán marino! »

Mostró en sus labios Don Luis
Una sonrisa agradable,
Y al capitán dijo afable :

« Bien prevenido venís.
Pero si yo, Don Gonzalo,
A vuestro tesoro atento
Decid, ¿ quedareis contento
Con la mitad del regalo? »

El Capitán. Vuestro es cuanto yo poseo
Y mi deseo es serviros.

D. Luis. Huélgome pues de admitiros
La mitad de ese deseo;
Podeis, capitán, tomar
Lo que os guste, y no andeis parco :
Mas preparad vuestro barco
Para hacernos á la mar.

El Capitán. ¿ A la mar?

D. Luis. Sí, Don Gonzalo,
Voy á aprontar un tesoro
Para pagar á ese moro
Por mi mismo su regalo.

El Capitán. ¿ Señor, estais loco?

D. Luis. No,
Cuanto digais será en vano,
No ha de ser nunca un pagano
Mas generoso que yo.

—
Casi un año despues, al occidente
Del faro colosal de Alejandria,
Un buque de la España procedente

Anclas echaba y velas recogía.

Vistasas banderolas

Adornaban sus altos masteleros,
Y las movibles olas

Reflejaban las armas españolas.

Que izaban los gallardos marineros,
Y dos hombres de pié sobre la popa,

Del moribundo sol á los reflejos,
Contemplaban callados á lo lejos

Aquel puerto famoso,

De cual como de sueño vagaroso

Se habla tal vez en la lejana Europa.

Y uno de ellos acaso

Rico de hacienda y instruccion no escaso,

Traía á su memoria

De aquella poderosa Alejandria

La magnífica historia

Que escrita en libros aprendió algun día ;

Y vagaban sus ojos,

Y buscaban en vano sus deseos

Los confusos despojos

Del soberbio palacio

Que elevaron allí los Tolomeos :

Buscaban el espacio

Que ocupó el Hipódromo,

Y el Timonio y las célebres Agujas

De la bella amorosa Cleopatra,

Y cien otros antiguos monumentos

Transformados ó rotos á las manos

Del tiempo y de los árabes sangrientos.

Y en memorias tan mágicas su mente,

Y en tan bellos recuerdos abismada,

No vía una barquilla que lanzada

Surca hácia ellos la mar rápidamente.

Una lancha ligera

Para una fiesta apercebida era :

Y al estilo de Oriente engalanado

Venia en ella un grave personaje

Por remeros esclavos remolcado,

De súbditos humildes circundado,

Que servil le rendian homenaje.

Y ya á distancia corta

Llegar del buque anclado

La gran tripulacion miraba absorta,

Cuando al hombre en memorias abismado

Que en la popa seguia distraido

Llegóse el capitán alborozado,

Con rapidez diciéndole al oído :

« Don Luis, el mercader.

— ¿ Qué es, Don Gonzalo?

— Que ese bote que viene hácia nosotros

Os trae al mercader que hizo el regalo.

— Ved qué hablais, capitán.

— Don Luis, lo dicho :

Ese es el mercader.

— Mas la noticia

De mi venida...

— Su atencion es mucha,

Y mucha su malicia.
Seguro estoy, Don Luis, que no ha pasado
Un día en que en la playa
No haya diestro vigias apostado
Para vernos venir.

— ¿Crecislo?

— ¡Vaya!

Pero vedle que llega :
Lo mismo que es su porte magestuoso
Su corazón es noble y generoso. »
Y aquí la voz el capitán alzando
Mandó tender la escala, y tal empeño
Y tal estimación viendo su dueño,
Con sonrisa amorosa y rostro blando
Los brazos tendió al árabe, que en ellos
Los suyos enlazando,
Con emoción oculta sollozando
Los rizos le besó de sus cabellos.
Y con muestras de amor nada postizo,
Títulos cariñosos prodigóle
En español purísimo y castizo,
Y de aquesta manera al fin hablóle :
« Generoso español, ya me temía
Que tu gallarda y singular nobleza
A este punto por fin te arrastraría.
Sí, siempre con certeza te esperaba
Y á recibirme apercebido estaba,
Y aposento en mi casa te tenía.
Ven, y ya que servirte
Allí me ofrece mi dichosa estrella,
Noble hospitalidad verás en ella.
Ven á mi casa, amigo,
Y que tu gente toda
Venga, si quieres, á la par contigo. »
Así el árabe dijo : y respondiendo
Cortesmente Don Luis á sus razones
Pasó á su lancha á su amistad cediendo .
Que el capitán llevase disponiendo
Su equipaje tras él, y los arcones
En que sabía el capitán Gonzalo
Que llevaba las tornas del regalo.

—

Lector, si acaso has leído
En mis viejas poesías
Las que he puesto yo en olvido
Orientales fantasías,
Y si aun te acuerdas de aquellas
Historias peninsulares,
Que son en verdad tan bellas
Como pobres mis cantares ;
De aquel palacio en Granada
Con jardines y con flores
Dó hay una fuente dorada
Con mas de cien surtidores ;
Si aun te acuerdas de aquel moro
Cuyo parque y señorío

Coge, de encantos tesoro,
Toda la orilla de un río ;
Donde la altiva palmera
Y el encendido granado
Junto á la frondosa higuera
Cubren el valle y collado :
Donde el robusto nogal,
Donde el nópalo amarillo,
Donde el sombrío moral
Crecen al pie de un castillo :
Y hay olmos en su alameda
Que hasta el cielo se levantan,
Y en redes de plata y seda
Pájaros presos que cantan :
Aquel moro que promete
Con altivez mahometana
En su oculto gabinete
Dar á una esculva cristiana,
Riquísimos terciopelos
Y perfumes orientales,
De Grecia cautiva velos
Y de Cachemira chales ;
Blancas y sutiles plumas
Para que adorne su frente,
Mas blancas que las espumas
Que alzan los mares de oriente ;
Y perlas para el cabello,
Y baños para el calor,
Y collares para el cuello,
Para los labios amor ;

Si aun, lector, no has olvidado
Las canciones que algun día
En honra y prez he entonado
Del bello tiempo pasado,
Glorioso á la patria mía ;
Del tiempo de aquel Boabdil
Que lloró sobre el Genil
Sin amparo que le acorra,
Como una cobarde zorra
Entrampada en un redil ;
De las torres orientales
Que levantando insolentes
Sus agujas desiguales,
Mecen las auras corrientes
En trémulas espirales ;
Y las cifras misteriosas
Que cual labor sin objeto
De esas cuerdas ostentosas,
De crónicas amorosas
Guardan el dulce secreto ;
Y los anchos sicomoros,
Y los arroyos sonoros
Que llevan marcas y nombres,
Que no entendemos los hombres
Y que comprenden los moros ;
Y las hondas galerías
Que se esparraman sombrías

Del palacio en el recinto,
En faz de intrincadas vias
De confuso laberinto;

Y los mágicos retretes,
Y los frescos gabinetes
Dó la sultana adormida
Pasó gozando la vida
Al vapor de los pebetes;

Si de estos cantares míos
Y de esta morisca historia
Guardas idea ó memoria,
¡Oh buen lector! hasta hoy,
Solo una imágen mezquina
Todo esto te representa
De la mansion opulenta
Donde á conducirte voy.

Palabras no hay en mi lengua,
Ni fuerza en mi fantasía,
De la hermosa Alejandria
Y del rico mercader,
Para contar sin agravio
De la ciudad, ó del moro,
De este el inmenso tesoro,
De aquella el fausto y poder.

Esos fantásticos sueños
De imponderable riqueza,
De voluptuosa pereza
Y de embriaguez oriental,
Veíanse realizados
Del árabe generoso,
En el palacio ostentoso
Desde el magnífico umbral.

Y deslumbrados y atónitos
Los ojos del sevillano,
Su mente aspirando en vano
Tal riqueza á comprender:
Seguia absorto y hundido
En mágico arrobamiento,
Por uno y otro aposento,
Los pasos del mercader.

Los mas preciosos tapices
Dó quier vestían los muros,
Y los perfumes mas puros
Humeaban por dó quier.
Gozaba ansiosa la vista
Los mas brillantes colores,
El aura exhalaba olores
Y henchía el alma el placer.

Condujo á Don Luis el árabe
A un voluptuoso baño
Que de agua llenaba un caño
Destilada de azahar,
Donde esclavas le sirvieron
Refrescos en ricas copas,

Y sutilísimas ropas
Con que su cuerpo enjugar.

Con suave canto arrulláronle
De su ablucion el sosiego,
Y acompañáronle luego
A un oloroso jardín;
Donde mostrando su huésped
Cuánto agradecerle desea,
Previno, á usanza europea,
Un opíparo festín.

Sirvieron profusamente
Los mas gustosos manjares,
Con danzas y con cantares
Acrecentando el placer;
Y encomiándole lo mucho
Que el de Don Luis le interesa,
Los honores de la mesa
Le iba haciendo el mercader.

Mandó Don Luis que trajesen
El presente que traía,
Conque á devolver venía
Al moro su antiguo don:
Y este de amistad sincera
Llenos en llanto los ojos,
Fué á recibirle de hinojos
Con grave satisfaccion.

Con amorosas palabras
Elegantes y sentidas,
Gracias le dió repetidas,
Y su presente encomió.
Y así, encendiendo sus pipas
Donde aromas aspiraban,
Mientras un punto reposaban,
Tal plática se entabló:

D. Luis. Pues solos, buen moro, estamos,
Fuerza es que amigos hablemos.

El Arabe. Solo serviros debemos;
Hablad pues, que os escuchamos.
Luz, ¡oh cristiano! y honor
Verterá en mi vuestra boca:
De vos aprender me toca,
Y heme ya atento, señor.

D. Luis. Que me escuseis os suplico
Ceremonias orientales:
Amigos somos, é iguales.

El Arabe. Si os place así, no replico.

D. Luis. Ahora bien: por mi presencia
Nada ha de ostentarse aquí:
Vivamos como sin mí,
Suprimid tanta opulencia.
Quiéroos con sinceridad;
Si me quereis con nobleza,
Pienso que tanta largueza
Desfigura la verdad.

Derramar vuestro tesoro
 Por obsequiarme no es justo :
 Iréme, y con gran disgusto
 Si dais en prodigar oro.

Sé que os servisteis mandar
 Regalar mucho á mi gente
 Y el vulgo asaz maldiciente
 Podrá de ello murmurar.

El Arabe. Murmure cuanto quisiere,
 Mas pláceme antes de todo
 (Porque amaros de este modo
 No en mí estraño os pareciere)

Explicaros la razon
 De esta amistad que os profeso.

D. Luis. Ansioso estaba yo de eso.

El Arabe. Pues estad con atencion
 Aunque de Siria nacido

Bajo el abrasado sol,
 Mucho ¡ay de mí! de español
 Con la sangre he recibido.

Mi padre nació en la orilla
 Del cristalino Genil,
 Y lidió por Boabdil
 Con las huestes de Castilla.

Al fin sucumbió con él
 Y con su hacienda cargando
 Pasó al Africa, llorando
 Su enemiga suerte cruel.

Mas siempre con ella en guerra,
 Siempre con él inconstante,
 Desventurado y errante
 Anduvo por mar y tierra.

Paró por último aquí,
 Dióse en el último tercio
 De su existencia al comercio;
 Y en este tiempo nació.

Los españoles cantares
 Con que lloró su fortuna,
 Me arrullaron en la cuna
 Al compás de sus pesares.

De Granada y de su historia
 Las sentidas tradiciones
 Son las primeras lecciones,
 Y aprendí yo de memoria.

..... (1)

Y así pasaban sus días
 En regalos y banquetes,
 Prolongando sus orgías
 Hasta el matutino albor.
 Mezclando el lujo de oriente
 Con la ilustracion de Europa,
 Su vida va viento en popa
 Por el golfo del amor.

(1) NOTA DEL AUTOR. La historia del mercader de Alejandria compone otra leyenda oriental, que por sus dimensiones ha sido forzoso suprimir aquí.

Las esclavas mas hermosas
 Escogidas en Circasia,
 Con todo el fuego que el Asia
 Enciende en su corazon,
 Allí á Don Luis encadenan
 Con sus gracias seductoras,
 Y allí se le van las horas,
 Y con ellas la razon.

En el deleite adormido
 Y en la molicie, no piensa
 En una riqueza inmensa
 Que se disipa por él;
 Y olvidase que su huésped,
 Por mas que sea opulento,
 Derrama el oro sin cuento
 Por festejar á un doncel.

Esclavo de su indolencia,
 De que resbala se olvida
 Tan torpemente su vida
 De una en otra bacanal :
 Y que depuesto el decoro
 De un caballero cristiano,
 Vive como un africano,
 Materialista inmoral.

Y mientras él goza alegre
 De su presente ventura,
 Tal vez su gente murmura
 Supersticiosa ademas :
 Y hasta el capitan Gonzalo,
 De su placer compañero,
 Con su silencio severo
 Se lo echa en cara quizás.

Don Luis advirtió sin duda
 La boca de aquel abismo
 Y en cuentas consigo mismo
 A solas al cabo entró,
 Y una mañana bajando
 Del árabe al aposento,
 Con irrevocable acento
 Su partida le anunció.

«¿Tan pronto os vais?»

—Es preciso.

Rápido el tiempo se me huye
 Y cada instante me arguye
 Las pesadumbres que os doy.
 Mañana me hago á la vela;
 Mirad qué habeis de mandarme.
 —¿Tan pronto quereis dejarme?
 —Resuelto á partir estoy.»

Súplicas, ayes, caricias
 Y especiosas reflexiones
 Fueron vanas tentaciones
 Para el alma de Don Luis.

Y el mercader, comprendiendo
Que su afan seria inútil,
Dijole al fin desistiendo:
« Sea, pues, como decís.

Mas vano es que de mi casa
Salir su merced pretenda
Sin llevar alguna prenda
Que le recuerde mi amor.
Venid, español, conmigo,
Venid á mis almacenes,
Y escogeréis de mis bienes
Lo que os parezca mejor. »

D. Luis. Para jamás olvidaros
Me bastan vuestros favores,
Que son las prendas mejores
De vuestro amor para mí.

El Mercader. Esas excusas efímeras
No tienen para mi peso.

D. Luis. Buen moro, desistid de eso
Que no ha de ser.

El Mercader. Será, sí.
Sin una prenda elegida,
Yo partir no he de dejaros;
La mano no he de soltaros
Primero que la escojais.
Venid.

D. Luis. Os sigo á la fuerza
Pues que me llevais asido,
Mas á ello estoy decidido
É inútilmente porfiáis.

El Mercader. Ya tenéis ante los ojos
Cuanta riqueza poseo,
Ahora decidle al deseo
Que pida y sin poquedad,
Porque sin un don precioso
Que no avergüence mi mano,
Seguro estad, castellano,
Que no os vais de la ciudad.

D. Luis. Yo en permanecer en ella
Por vos forzado consiento,
Mas espiaré el momento
De partirme y la ocasion.
Y de vuestro amor entonces
No una amistad cariñosa,
Sino gratitud forzosa
Guardará mi corazón.

Sí, la amistad verdadera
La voluntad solo quiere,
Y la voluntad prefiere
Al maspreciado valor.
Vuestros dispendios me enojan,
Y si hemos de ser amigos,
Los cielos me son testigos
Que esa es mi prenda mejor.

Ni un hilo de este tesoro
Que aquí me mostrais admito:
Lo ya hecho es infinito
Y el oro me sobra á mí.
Vuestros pasados regalos
Son ya escesivos, y en ellos
He visto dones tan bellos
Como los que veo aquí.

Y en fin de obrar libremente
Os dejo absoluto dueño,
Mas tan tenaz es mi empeño
Que dél no me apartareis.

El Mercader. Está bien, pues tal cuidado
Os tomáis por mi tesoro,
Cosa os daré que con oro
Adquirir nunca podeis.

Y así el mercader diciendo
Con paso acercóse grave,
A una puerta cuya llave
Volviendo con rapidez,
Mostró á la vista asombrada
Del generoso cristiano,
Un portento soberano
De lujo y esplandez.

No sus sentidos gozaron
En otra ninguna estancia,
Tan deliciosa fragancia,
Encanto tan seductor.
La luz del sol entoldaban
Pabellones de colores,
Y preciosísimas flores
Mirábanse en derredor.

Allí entorno de los muros
Veíanse blandos lechos,
De frescos tejidos hechos
Convidando á reposar.
Allí se oía el murmullo
De una fuente azafanada,
Que en una taza dorada
Se vertía sin cesar.

Allí á su riego crecían
En ricos jarrones chinos,
Los claveles purpurinos
Que el Cairo tan solo da,
Y el tulipan soberano
Que Stambul adora y cria,
Y la flor que á Alejandria
Siempre el Asia envidiará.

Aquella rosa esponjada
Cuyo esquisito perfume
El aire jamás consume
Ni le llega á evaporar.

Por la cual diera una hermosa
De la nublada Inglaterra
Cuanto mar cerca su tierra,
Cuanto oro coge en su mar.

Allí brotaba en cada ángulo
De la magnífica estancia,
Llenando con su fragancia
Toda el aura en derredor,
Y los huertos mas mezquinos
Profusamente la abortan,
Y las esclavas la cortan
Para darla á su señor.

Allí del galán Tenorio
La deslumbrada pupila
Desmenuzando vacila
Tanta opulencia oriental,
Y el agua, la luz, las flores,
Los naturales primores
Compiten con los mayores
De el oro, el jaspe, y coral.

Aquellos lechos de plumas,
Aquellos baños de plata,
La tornasolada y grata
Claridad que reina allí :
Los muebles que allí se ostentan
Y de los que ignora el uso,
A Don Luis tienen confuso
Sin saber lo que es de sí

¿ Qué son estos aposentos
Dó lujo tal se atesora ?
¿ Qué santo espíritu mora
En este abreviado eden ?
Así Don Luis se decía,
Contemplándolo prolijo,
Cuando el árabe le dijo :
« Esto, Don Luis, es mi haren. »

Es el haren; allí el árabe
Del vulgo envidioso oculta
Su mas preciado tesoro,
El colmo de su ventura.
Bella mansion de deleites
Que solo el amor ocupa
Es el haren donde se hallan,
Santuario de la hermosura.
Santuario donde profanos
Penetrar no osaron nunca
Los ojos de ningun hombre
Con la cabeza segura.
Allí están no las esclavas
Que ante su señor se turban,
Sino las reinas que gozan
Con voluntad absoluta.
Las mugeres que á los moros

Les place tomar por suyas
Cual sus costumbres permiten
Y sus leyes no repugnan.
Allí, bajo techos de oro
Y pabellones de plumas
Para el placer se conservan
Encantadoras y puras.
Baños de esencias suaves
Su bello cuerpo perfuman,
Preciosas telas se visten
Y dulce són las arrulla.
Negras cautivas las sirven
Que por dó quier las circundan
Para su capricho esclavas,
Para su servicio muchas ;
Jardines tienen abiertos
De frondosidad oscura,
Dó alegres pájaros trinan,
Dó frescas fuentes susurran :
Dó de los árboles altos
La espesa sombra confusa
El aura abrasada temple,
Y el sol entolda y ofusca ;
Donde en hamacas de seda
Muellemente se columpian
Del céfiro acariciadas
Que en la hojarasca murmura.
Donde en el césped mullido
Al són de animada música
En danzas voluptuosas
Giran, se trenzan y anudan.
Donde en los huecos que ofrecen
Mil artificiales grutas
Sus bellos cuentos de fadas
A oír y contar se juntan.
Y allí mientras la tormenta
Recía se desgaja en lluvias,
Y brilla con el relámpago
Y con el trueno retumba,
Con lámparas de alabastro
Allá en el fondo se alumbran
Y con cantares alegres
A la tormenta conjuran.
A una de aquestas mansiones
De artificiosa estructura,
Alcázar de la belleza
Y red del amor, fué en suma
Donde el mercader condujo
Con gran silencio y mesura
Al rico Don Luis Tenorio
Que su intencion no barrunta,
Y en una de estas mansiones
La mas lejana sin duda,
Pero la mas ostentosa
Que en sus jardines se oculta,
Fué donde encontró Tenori
Tal vez para su fortuna
Cinco doncellas bellisimas

Cual él no las viera nunca.
 Las veinte y dos primaveras
 No cuenta acaso ninguna,
 Aunque veinte mil hechizos
 En cada cual se columbran
 Nacion y raza distinta
 Su forma distinta anuncia,
 De su belleza el carácter
 Y el traje diverso que usan.
 Gallarda la georgiana
 Ostenta medio desnuda
 Sus académicas formas,
 Su tez sonrosada y húmeda.
 Mas perezosa la indiana
 Entre blancas vestiduras
 Su piel de azabache muestra
 Sobre un almohadon de pluma.
 Los velos de oro que flotan
 Hasta tocar su cintura,
 Su triste mirar, su tez
 Pálida como la luna,
 Descubren á una italiana,
 Que, aunque mucho disimula,
 Por ver las playas de Nápoles
 Cambiara cuanto disfruta.
 Sus rizos espesos de ébano,
 Negros ojos que circundan
 Largas pestañas, sus manos
 Blancas, redondas, menudas
 Y su escaso plé que apenas
 A sostenerse la ayuda
 Descubren á una española
 Aunque su origen oculta.
 La dulce voz y el altivo
 Acento con que pronuncia
 Y su perfecto contorno,
 Su frente que el ceño anubla
 Y el cuchillo que colgado
 Lleva siempre á la cintura
 Por una zelosa griega
 Dan fácilmente á la última.
 Ante estas cinco bellezas
 Que no conciben confusas
 La causa que á un estrangero
 Hoy traiga á presencia suya
 Detúvose el mercader,
 Y así á Don Luis que le escucha
 Con voz resuelta le dijo
 Que trecho no deja á dudas :
 « Estas hermosas doncellas,
 Don Luis, mis esposas son,
 No me rehuseis el don
 Que os quiero hacer de una de ellas.
 Yo para mí las guardaba ;
 Si enojarme no quereis
 Elegid la que gusteis
 Para esposa ó para esclava.
 Y ved que esto al escusar

Me vais hacer una ofensa
 Tan solemne y tan inmensa
 Que jamás podré olvidar.
 Elegid pues. »

D. Luis. Dios no quiera
 Que nuestra amistad un día
 Turbe por desdicha mia
 Mi resolucion postrera.

Una de ellas tomaré,
 Y si al fin fuere gustosa
 La tomaré por esposa,
 Convirtiéndose á mi fé.

No sé que pueda apreciar
 De mejor modo este don.

El Mercader. Ni yo que mi corazon
 Lo pueda nunca olvidar.

Y aquí, despues de un minuto
 De meditacion profunda,
 Entre las cinco sultanas
 Buscó Tenorio la suya.

Tendió su mirada incierta
 Poco á poco de una en una
 Y asió al fin de la española
 La de las manos menudas.

Ni una palabra ni un gesto
 Mostró señal alguna
 Que del árabe anunciara
 Ni el gusto, ni la amargura.

Salió del haren en calma,
 Y al elevarse la luna
 Por el azul firmamento
 Alzando montes de espuma,
 Salió aquella misma noche
 Del puerto en que se asegura
 El barco en que van á Europa
 Don Luis y la gente suya.

Y el mercader desde el muelle
 Con desolacion profunda,
 Por el través de dos lágrimas
 Que sus pupilas le anublan,
 Quedó mirando las velas
 Que en precipitada fuga
 Se llevan cuanto idolatra,
 Y amor y amistad le hurtan.

Con ellas parte Zulima,
 Y el árabe en su hermosa
 Tenia puestos los ojos...
 ¡Malhaya á Dios su fortuna !

Secretos hay que debian
 En el corazon quedar,
 Y en el corazon ahogarse
 Para no alzarse jamás.

Fiado en la buena causa
De su generosidad,
Su secreto puso el árabe
En las manos del azar;
Y la suerte, que de todos
Se mofa al fin por igual,
Atropelló su secreto
De su dicha sin piedad.

Don Luis eligió á Zulima,
La sultana que amó él mas,
Y con su amigo la bella
Los mares cruzando va.
Las amorosas palabras
Del sevillano galán
Pronto la harán olvidarse
De su cariño quizá.

Pronto al mirarse señora,
Pues nunca pensara tal,
Un amo en él, no un amigo,
Con desden recordará.
Pronto al ver que mar y tierra
Franco camino la dan,
Del rico haren el recinto
Como cárcel odiará.

Los bulliciosos placeres
De Europa y su sociedad,
Pronto el vacío que esconde
Su corazón llenarán.

Tal vez á su fé renuncie,
Pues gran tentación será
El interés de su dueño
Y el ansia de libertad.

En vano tiendes los ojos
Por el espumoso mar :
¿Cuál esperanza te queda ?
Zulima no volverá.

En vano por las estancias
De tu palacio oriental,
La llamas con voz amante :
Ya no te puede escuchar.

En vano sus veinte esclavas
Velando en su cuarto están,
Como si al fin le pudiera
Ella otra vez habitar.

En vano en tus tristes sueños
Continuo viéndola estás,
Que al abrazarla te se huye
Su vana sombra fugaz.

En vano Ideas contarle
Al noble español tu afán,
Decirle cuánto la quieres,
Pues si él te llega á escuchar
Cual tú de tu hermosa esclava
Ya enamorado estará,

Y antes perdiera la vida
Que volvértela á enviar.

Y aunque, por ser como tú
Tan generoso y leal,
Devolvértela quisiera,
No lo llegara á lograr.

Ella es ya libre en España,
La ley la protegerá,
Y no ha de querer á esclava
Desde señora tornar.

Tal vez al impulso fiero
De este recuerdo fatal,
Hasta la fé en que naciste
Intentas abandonar :

Y triste y meditabundo,
Sin reposo y sin solaz,
Tu tristeza es tu alimento
Y tu esperanza la mar.

Mas ¡ay! consúmeme aquella,
Y esta es tan poca y falaz,
Que entre una y otra, por último,
Te van á despedazar.

« Vuelve, ¡ay de mí ! purísima gacela :
Vuelve, vuelve á tu haren de Alejandría
A cuyas puertas desolado vela
Quien de tus ojos en la luz vivía.

Sin tí, se agostan mis pintadas flores,
Sin tí, los ecos lastimeros gimen,
No alegran mi jardín los ruiseñores,
Ni brotan mis vistosos surtidores,
Que les falta el placer con que se animen.

No están conmigo ya tus compañeras,
¿Sin tí qué me valian ?
Junto á mí, de fastidio se dormían,
Y las dí libertad, y se alejaron
Como garzas ligeras.
¿No las amé jamás, ni ellas me amaron !

Vuelve, houri celestial, vuelve conmigo,
Y al corazón me volverá la vida :
Sin tí, no encuentro caridad ni abrigo,
Mi riqueza sin tí yace perdida.
¡Ay! no conocerías si volvieras,
Lo que fué tu mansion, que en pocos años
Se cambian las ciudades mas enteras
Y naufragan las naves mas veleras,
Por los mares estraños.

Misero y triste lloro
Y en abandono y soledad me veo,
Siempre agitado del fatal deseo
De morir á los piés de quien adoro.

¡Malhadada amistad! ¡dura venida
De quien mi amor robándome, me olvida!»

Llanto amargo vertiendo, así decía
El mercader, y así se lamentaba
Y su fortuna el infeliz veía,
Que al crecer su dolor, se disipaba.

Tales son de la suerte los azares :
El que en fiestas y danzas y cantares
Pasó un tiempo su plácida existencia,
Hoy presa del afán y los pesares
La arrastra ya vecino á la indigencia.
Descuidó su comercio en su amargura,
Su crédito menguó de día en día,
Y sus naves sorbió la mar bravía :
Uno tras otro sus amigos viles
En su infortunio al fin le abandonaron
Y sus mismos esclavos le robaron,
Y sus inmensos bienes
A manos de voraces acreedores
Salieron de sus ricos almacenes.
La carcoma inmortal de su tristeza
Minó su corazón, y la amargura
Trastornó su razón en su cabeza,
Y el árabe infeliz dió de la locura.

Su palacio y su haren pasó á otras manos,
Y el que opulento y poderoso un día
Asombró con su lujo á Alejandría
Escarnio fué tal vez de los villanos.

En vano el infeliz días y noches
De su antigua mansion en los umbrales
Lamentando pasó como un mendigo
Sus duelos y sus males :
No salió de una reja á los cristales
Su cuita á consolar un solo amigo.

Y flaco, y vacilante y macilento
Estaba el mercader como una sombra
Al pié de la pared del aposento
Donde otro tiempo holló morisca alfombra,
Y dó imperando resonó su acento.

Y así un día pasó tras otro día,
Y año pasó tras año,
Y probó cada día un desengaño,
Hasta que el pobre de vergüenza uraño
Huyó de Alejandría.

En una noche oscura aunque serena,
So lo y á lento paso
Se hundió en el mar de requemada arena
Del árido desierto de la Libia
Don de solo el zarzal vegeta escaso.

Y en su lejana soledad ardiente
Perdiéndose su sombra poco á poco,

Su memoria olvidó la ingrata gente
Y á hablar no se volvió del pobre loco.

Cinco años pasado habian :
Don Luis en fortuna próspera
De su estendido comercio
Los frutos en calma goza.
Vive en Sevilla y en ella
En rico palacio mora
Dó la mas alta nobleza
Con sus visitas le honra :
Vive en Sevilla, y con él
Aquella Zulima hermosa
Que á nuestra fé convertida
Con él se casó y le adora.
Dejó el turbante de esclava
Por una nupcial corona,
El haren por el palacio,
Por Jesucristo á Mahoma.
Cambió el nombre de Zulima
Por el nombre de Eliodora,
Y quien en Asia fué esclava
Vino á mandar en Europa.

Es una noche sombría
Y una callejuela corva ;
Que acaba de San Francisco
En la plaza y desemboca ;
Y aunque no está aquella noche
Avanzada en altas horas,
Las calles tiene desiertas
El recio viento que sopla.
Las rejas están cerradas
En torno la plaza toda,
De modo que ni una luz
Rasga la neblina lóbrega.
Solo en los anchos balcones
De una casa grande y sola,
Los cristales iluminan
Mil clarísimas antorchas.
Oyese música dentro
Y al compás de bulliciosa
Danza retiemblan los vidrios
A pesar de las alfombras.
A través de ellos de lejos
Se alcanzan tumultuosas
Las sombras de los que danzan
Ir pasando unas tras otras,
Una ilusion produciendo
Tan fantástica y diabólica,
Que desvanece los ojos
Y el corazón acongoja.
En esta casa y al són
De esta música sonora,

Que en quien la habita supone
 Placer, opulencia y gloria,
 A lentos pasos un hombre
 Que las desdichas agobian,
 En el portal penetrando
 A la cancela se asoma.
 Fatigado y macilento
 Envuelve mal su persona,
 En harapos que rechazan
 Hasta el título de ropa.
 Su frente erguida otro tiempo
 Hoy hácia la tierra encorva,
 Y bien se ve que á la tierra
 La humillacion se la dobla.
 Y sus tosadas mejillas,
 Su mirada melancólica,
 La voz que del pecho arranca
 Ronquécida y fatigosa
 Bien á las claras demuestran
 El dolor, que le destroza
 El corazon donde hierven
 Sus penas harto recónditas.
 Llamó á la puerta en voz baja :
 Y en voz amenazadora,
 « ¿Quién va? » respondió un portero
 Que los dados abandona.
 « ¿Vive esta casa, y perdone,
 Don Luis Tenorio?

— Aquí mora.

¿Qué quiere?

— Hablarle un momento.

— ¿Vos?

— Si.

— ¿Vos, lo que no logran

Los nobles al medio dia
 Queréis lograr á estas horas?
 ¡Bah! ¡y ahora que está cenando!
 ¡Pues no faltaba otra cosa!
 — Hacedlo por Dios, amigo,
 Que no ha de pesaros.

— ¡Oiga!

¡Traerá visita del rey
 El pordiosero!... malhora
 Para vos, idos, buen hombre,
 Que el tiempo no está de sobra.
 — Por cuanto amais en la tierra
 Y por mas que os sea incómoda
 Mi exigencia, id á vuestro amo
 A decir que una persona
 Que ha atravesado buscándole
 Las montañas y las olas,
 Quiere tan solo traerle
 Un amigo á la memoria.
 — ¡Es tambien amigo suyo!
 ¡Voto á san Gil, que me enoja
 Tanta insolencia! ¡Ea! tome,
 Y agradezca la limosna.»

Y así diciendo el portero
 Una moneda le arroja,
 Y las espaldas le vuelve
 Dando un portazo de cólera.

Quedó el miserable solo
 Con el carmin de la honra
 Sobre la faz, y en los párpados,
 De llanto amargo, dos gotas.

Despechado é indeciso,
 Un momento devorólas
 Como pudo, y de ira trémulo
 La faz, y la vista torva,
 Dejó la casa diciendo :
 « ¡Maldita sea la hora
 En que conocí tu nombre,
 Y oí la voz de tu boca! »

Y en el átrio de una iglesia
 Que halló á aquella casa próxima,
 Tendióse desesperado
 Hasta la vecina aurora.
 Llorando pasó harto tiempo
 Males y desdichas propias,
 Mas el cansancio rindióle :
 Y poco á poco en las losas
 Dejó tomar á sus miembros
 Posicion menos incómoda,
 Hasta que en brazos del sueño
 Perdió sentido y memoria.

En esto al átrio subiendo
 Dos personas embozadas
 Tiraron de las espadas,
 Furiosa lid emprendiendo.

Duró la rifa un instante,
 Cayó sin un ¡ay! el uno,
 Y en un callejon moruno
 Entróse el otro adelante.

Y ni despertó el mendigo,
 Ni se aproximó un curioso,
 Ni duelo tan misterioso
 Tuvo padrino ó testigo.

Allí uno de ellos quedó,
 Y aunque en las sombras incierto,
 Que de un golpe quedó muerto
 Bien el alba lo mostró.

Esta asomó entre arreboles
 De púrpura como siempre,
 Para el dichoso y el triste
 Brillando indistintamente.
 Lo hacia apenas el sol
 Cuando á la voz de « ¡Cogerle!

¡Matarle! ¡villano! ¡infame!
 Los ojos abrió el inerme,
 Mendigo, que vió al abrirlos
 Confuso tropel de gente
 Que en su redor se apiñaba
 Aunque la razón no entiende.
 Cruzaron al fin la turba
 De la justicia lebreles
 Con sus varas en la mano,
 Y el tribunal en los dientes;
 Amenazando prisiones
 Y olfateando á los pobretes,
 Por si faltan los culpados
 Que no falten penitentes.
 Y asiendo del miserable,
 A quien dicen: « ¡Ese! ¡ese! »
 Con ira le demandaron,
 Mas sin que él los comprendiese:
 « ¿Quién mató á ese hombre? »

— Y de un muerto

Pusiéronle frente á frente.
 « No le conozco, repuso
 El hombre con calma viéndole.
 — ¿Pues cómo estábais con él?
 — Si dádole hubiera muerte
 No me quedara á su lado. »
 Y aquí irritada la plebe,
 « Niega, gritó, ¡que le maten!
 Todos lo han visto. ¡Prendedle! »
 En vano tendió los brazos
 Que le escuchasen pidiéndoles.
 En vano á la resistencia
 Quiso apelar muchas veces,
 Teníanle bien asido
 De los brazos los corchetes:
 Y habían ido llegando
 Del difunto los parientes
 Por él pidiendo justicia,
 Iracundos como sierpes.
 Apenas muchos soldados
 Bastaron á contenerles,
 Y algunas manos lograron
 Llegar hasta el delincuente.
 Mas aunque bien su persona
 De la multitud defienden,
 Asíóle uno de la capa
 Andrajosa en que se envuelve,
 Y con impetu tirando
 Rasgósela de tal suerte,
 Que vieron todos los ojos
 Que bajo de ella mantiene
 Revuelto calzon morisco,
 Y jubon con puntas verdes.
 « ¡Moro! » exclamaron al punto,
 Y acreciendo doblemente
 Se hizo el tumulto mas fiero
 Por moro al reconocerle.
 Abriéronse las ventanas,

Las puertas y los cancelos,
 Toda Sevilla por ellos
 Asomándose por verle,
 Para gritar los muchachos
 A los pilares subiéndose
 Y en los puestos y casetas
 Empinándose la gente.
 Hubo sartas de insolencias,
 Y diluvios de moquetes,
 Codazos y pisotones
 Y sangrías de alfileres,
 Hasta que al fin por la plaza
 Con lanzones y broqueles
 Entraron por varias calles
 A són de clarín, ginetes.
 Y despejando la chusma
 Lograron á solas verse
 Con el difunto sus deudos
 Y el reo con los corchetes.

En esto Don Luis Tenorio
 Que á su balcon salió á verles
 Bajo él al pasar el preso,
 Gritó á la justicia: « ¡Ténganse!
 — ¿Qué quiere el señor Tenorio?
 Preguntó un juez descubriéndose.
 — ¡Justicia!

— ¿Y en qué servirle
 Aquí la justicia puede?
 — En dar libertad á ese hombre
 Que por Dios que está inocente.
 — Ved lo que hablais.

— Está dicho,

El asesino no es ese.
 — ¿Pues quién es?

— Yo, y me delato

Que suban pues á prenderme,
 Yo maté anoche á ese hombre
 Por ocultos intereses. »

Enmudecieron de asombro
 Los que se hallaban presentes
 Unos á otros mirándose
 Sin decidirse á creerle.
 Los parientes del difunto
 Por poderoso temiéndole
 Y admirándole en silencio
 Por generoso los jueces.
 En esto bajó á la calle
 Don Luis, y camino abriéndose
 Hasta el reo, desatóle
 Con un abrazo diciéndole:
 « Subid, buen moro, á mi casa
 Y dejad que á mi me lleven
 En vuestro lugar ahora,
 Que yo sabré defenderme. »
 Tendióle el moro los brazos
 Sin saber qué responderle,
 Llamándole amigo suyo,

Y estrechándole cien veces.
 Lloraba al ver tal escena
 Enternecida la gente,
 Y por la plaza reinaba
 Triste silencio solemne,
 Cuando á interrumpirle vino
 Otro impensado accidente.
 Un caballero embozado
 Que estuvo de cerca oyéndoles
 Sobre el semblante el sombrero
 Y el embozo hasta las sienes,
 En medio de la justicia
 Presentóse de repente.
 Desembozóse con brío
 Y con voz serena y fuerte
 Dijo : « *Yo soy el que buscan,
 Los demas son inocentes.*
 Yo maté anoche á Don Tello,
 Testigos hay, que si quieren,
 Dirán que salir nos vieron
 Para reñir juntamente.
 Nadie dará de esos dos
 Con la ocasion de su muerte,
 Y yo daré tales señas
 Que duda en ella no deje.
 Señores, idos con Dios,
 Que si obrásteis noblemente,
 No es justo que á pagar vayais
 Lo que á mí me pertenece. »
 Y así diciendo y la espada
 De su cinto descendiéndose
 A manos de la justicia
 Se dió como delincuente.
 Quedaron todos atónitos,
 Y la justicia y la plebe
 Sin concebirlo admiraban
 En silencio y justamente
 En Don Luis lo generoso,
 Y en el otro lo valiente.
 Y viendo tal hidalguia
 En ambos á dos los jueces,
 Teniendo en Don Luis el crimen
 Por falsedad evidente,
 Dieron su casa por cárcel
 Y con su palabra fuéronse.
 Subieron los tres á ella,
 Y los soldados volviéndose,
 Volvió á llenarse la plaza
 Con los ociosos de siempre.

¿Qué mas te importa saber
 De este cuento? ¡oh buen lector!
 Los abrazos que Tenorio
 Al de Alejandria dió,
 Del comerciante de Oriente
 La magnífica oración,
 El asombro del incógnito
 Que á Don Tello Arias mató,

De Zulima, hoy Eliodora,
 El consiguiente rubor
 Al encontrar otra vez
 Al dueño que abandonó,
 Y las dos mil zarandajas
 Con que imberbe historiador
 Emborronara papel
 Y cansara tu atencion,
 No son medios que acomodan
 A mi actual pésimo humor,
 Para dar á mi leyenda
 Competente conclusion.
 Basta que sepas que á ruegos
 De Tenorio se indultó
 Del difunto Tello Arias
 Al bizarro matador :
 El cual á Don Luis Tenorio
 Con fina amistad pagó
 La vida que le debía,
 Rendido á tan gran favor.
 Que el árabe convencido
 De que la fé en que vivió
 La borrasca no calmaba
 De su triste corazon,
 A las aguas del bautismo
 Su calva frente dobló,
 Al sacro puerto acogiéndose
 De la santa religion.
 Confesó que era Mahoma
 Un impúdico impostor
 Y en lugar de las houries
 Los ángeles adoró.
 Don Luis le dió por esposa
 A su hermana Doña Sol
 Con la mitad de su hacienda
 Y el tesoro de su honor.
 Vivió feliz cuantos años
 La existencia le duró,
 Y aquí concluye mi historia,
 ¡Oh carísimo lector!
 Solo me resta decirte
 Que presto se acomodó
 A las costumbres de Europa
 Y convino en que es mejor,
 Que tener cincuenta esclavas
 Que maldicen su opresion,
 Tener una muger sola
 Con cariño y con honor.
 Y es mas cómoda una cama
 Que el mas mullido almohadon,
 Donde se quedan las piernas
 En el suelo y sin calor.
 Y es mejor dormir en ella
 Del vino la exaltacion,
 En deliciosos ensueños
 De pasajero vapor,
 Que comer maiz en tortas
 Y el alcuceuz y el arroz,

**Y emborracharse con ópio,
Trepando luego á un balcon,
Para escitar en la mente
Delirio fascinador,
Que al cabo ataca los nervios
Y oscurece la razon,
Y torna á los hombres locos
O necios que es lo peor.**

Con eso, lector, si hasta ahora
Gratos mis cuentos te son,
Dios me lo premie en el cielo,
Demándemelo sinó.
Con que si te placen cómpralos
Y con la ayuda de Dios,
Haremos cuantos pudiéremos
Entre el editor y yo.

LA AZUCENA SILVESTRE,

LEYENDA RELIGIOSA DEL SIGLO IX.

AL SEÑOR
DON ANGEL SAAVEDRA,
DUQUE DE RIVAS,
SU MEJOR AMIGO
JOSÉ ZORRILLA.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

EN QUE COMIENZA LA NARRACION DE LA
PRESENTE HISTORIA.

Mas pura que la luz de blanca luna,
Que en arroyuelo límpido riela,
Mas hermosa que el cisne en su laguna
Cuando en ella se baña, nada ó vuela;
Y alegre mas que en soledad moruna
Suelta y errante y tímida gacela,
En gracias y virtud feliz crecía
La bellísima y cándida María.

Y aun no cumplidos sus catorce abríles,
De noble estirpe y á reinar nacida,
Ajena á devaneos mugeriles
Velada por su bien, siempre servida,
Flor era pronta á dar tallos gentiles
A los besos del céfiro mecida,
Y á exhalar de su caliz aun cerrado
Delicioso perfume embalsamado.

Cala en anchas ondas de su frente
Larga madeja de flotantes rizos,
Y de inquieto mirar, mas inocente,
Dos ojos revolvia antojadizos:
Y en su blanca mejilla trasparente
Centros ambos á dos de sus hechizos

Marcaba su sonrisa dos hoyuelos,
Luceros ambos que robó á los cielos.

Rebosa al verla en alegría intensa
Su padre el buen Wifredo, y la corona
Ceñirla aguarda de la tierra estensa
Del condado feraz de Barcelona.
Solo en su bien y en su fortuna plensa
Y honrada, sin rival, feliz matrona
En tiempo incierto de la edad futura
Su ambicion paternal se la figura.

Único amor del varonil guerrero,
Única prenda de su muerta esposa
Tiene Wifredo su cariño entero
Puesto no mas en su María hermosa:
Y único amor el noble caballero
Del alma de la niña candorosa,
En una el alma de los dos se encierra,
Y uno para otro son todo en la tierra.

Su corona de conde ennoblecida
Con los laureles mil de mil campañas,
Su ciudad populosa defendida
Por su tendido mar y sus montañas,
La mitad de los años de su vida,
La memoria y la prez de sus hazañas
Todo lo diera el caballero noble
Por ver de su hija la fortuna doble.

Lumbrera del fanal de su esperanza,
Riquísimo joyel de su cariño,
Manantial de su interna bienandanza,
Vuelve á su pecho el corazón de niño;
Se le roba á la guerra y la venganza,
Se le torna mas puro que el armíño,
Se le lava de impulsos terrenales,
Se le inunda en delicias celestiales.

Por eso da su corazón sincero
Gracias humildes al Señor, y cuent

Por eso día á día el caballero,
Y su esperanza en cada uno aumenta.
Y bendice al Señor, que lisonjero
A su vejez el tiempo representa
De su edad concediéndole al otoño
Tan hermoso y purísimo retoño.

Mayor felicidad en esta vida
El padre tierno concebir no sabe
A otro mortal alguno concedida
Mas sagrada misión, cargo mas grave :
Ella es para él, del cielo bendecida,
De su dichosa eternidad la llave,
Y del futuro en perspectiva bella
Todo lo aguarda de su Dios y de ella.

¡Mas cuán falsas ¡ ay Dios ! y cuán livianas
Las cosas son de la mudable tierra !
¡Quién sondará las leyes soberanas
Que el misterioso porvenir encierra?
La aura que arrastra en pos las hojas vanas
La torre abate que al peñon se aferra,
Y las menudas ondas de los mares
Socaban las montañas seculares.

En una tarde del quemado estío
Que entolda nube negra y tenebrosa
De su palacio en el jardín umbrío
La niña entre los céspedes reposa.
De casto sueño dulce desvarío
La divierte la mente candorosa,
Sonriendo el gozar su fantasía
El purísimo labio de María.

La casta mano de márfil velada
Entre su espesa y negra cabellera
Bajo la sien tranquila colocada,
Y bajo seda fácil y ligera
Su modesta figura contornada,
El pié breve no mas dejando fuera,
Parece sobre el césped su figura
Ejemplar de bellísima escultura.

¡Y cuán bella y feliz es una niña,
Que con sus dichas infantiles sueña,
Y sus caprichos inocente apiña
De universo ideal soñando dueña !
Con infantiles galas se le aliña,
Y en poblarle con fábulas se empeña,
Y le goza de fábulas henchido
Hijas de un corazón no corrompido.

Tal le gozaba y tan feliz se vía
De su sueño infantil con las visiones
De su palacio en el jardín María :
Mientras sobre ella en densos nubarrones
El nublado apiñándose crecía
Y amagaba al rasgar sus pabellones

Sobre la tierra desplomar airado
Todos los males de que va preñado.

Ya se sentía por su vientre oscuro
Ronco el trueno rodar : ya se aspiraba
El aura ingrata del vapor impuro
Que en su cargado seno fermentaba :
Y cual dragon enorme, que seguro
Ala invisible en el ambiente traba,
Avanzaba el nublado á paso lento
Cerrando en sombra la region del viento.

Viéndolo el buen Wifredo iba afanoso
Por el jardín buscando su hija amada ;
Mas de no amedrentarla cuidadoso
Moviendo en su redor planta callada.
Ya su ojo paternal en el frondoso
Césped la ve durmiendo descuidada,
Y ya en su labio paternal bullía
El dulcísimo nombre de María :

Cuando hondo, ronco y repentino trueno
El nublado al rasgar crujió estallante :
Se alzó la niña, el corazón ajeno
De aquel peligro de que está delante,
Mas al abrir los ojos fué de lleno
A herírselos relámpago brillante,
Y exhalando agudísimo lamento
Volvió en tierra á caer sin movimiento.

Tomóla al punto en los amantes brazos
Y alzóla en ellos el varon robusto,
De pena el corazón roto en pedazos,
Trémulo el cuerpo al repentino susto ;
Mas ni al calor de tan amigos lazos,
Ni á su voz que le turba pavor justo
Vuelve la pobre niña dolorida
Señal á dar de movimiento y vida.

Por medio del horrisono aguacero
Que se desgaja ya, corre exhalado
Con su hija para él peso ligero :
Y con nerviosa fuerza á ella abrazado
Pasa el jardín, el pórtico, el crucero,
Revuelve el caracol mal alumbrado,
Y en su cámara y lecho al cabo posa
Carga para él tan dulce y tan penosa.

A sus briosas voces acudieron
Cuantos siervos tenía en su palacio,
Cuántas damas en él su voz oyeron
Cuántos curiosos admitió su espacio :
Y empíricos y sabios acudieron,
En tomar cuyo auxilio no reacio
Wifredo logró en lágrimas deshecho
Volver la vida á su virgineo pecho.

« ¡Ay ! » dijo la doncella, y exhalando
Débil suspiro perceptible apenas

Abrió sus ojos en redor girando
 Miradas ¡ay! al parecer serenas.
 Mas ambas manos con afán llevando
 A las pupilas de su llanto llenas,
 Volviólas á apartar la desdichada
 «Ritando con pavor: « ¡No veo nada! »

« ¡Hija! (esclamó poniéndose delante
 De sus ojos Wifredo) ¡hija del alma!
 Mira, mira, ¡yo soy! torna el semblante,
 Mirame aquí... » mas con siniestra calma
 La doncella hácia él tendió anhelante,
 La vista no, la descarriada palma,
 Y al asirle, burlando su deseo,
 Repitió tristemente: « Nada veo. »

Volvió iracundo la ensañada mano
 El trémulo varon contra sí mismo,
 Los cabellos mesándose inhumano,
 Y como sér en quien sopló el abismo
 Espíritu infernal, matando insano
 La luz de la razon y el cristianismo,
 Al cielo alzó los inflamados ojos
 Torpe ó blasfemo murmurando enojos.

Mas pronto á su razon, mas sosegado
 El misero volvió, y al mismo cielo
 Tornó á elevar los ojos humillado,
 Ambas rodillas oprimiendo el suelo.
 Breve oracion al corazón cuitado
 Prestó resignacion sino consuelo,
 Y con doliente voz que al alma llega
 Dijo á los que le oían: « *Está ciega.* »

¡Ay Dios! era muy cierto:
 La lumbre centellante
 Del fúlgido relámpago
 Que despertar la hirió
 De sus hermosos ojos
 Mató la luz radiante,
 Y un velo de tinieblas
 Ante ellos estendió.

Los sabios mas famosos
 En vano convocaron:
 Los siervos de Mahoma,
 Los hijos de la Cruz,
 Los sabios de Judea
 Al fin desesperaron
 De dar á sus pupilas
 La apetecida luz.

Hermosa como siempre
 La cándida María,
 Fingiéndose esperanzas
 De curacion feliz
 Al angustiado conde
 Prestárselas queria,

Y le lograba solo
 Hacer mas infeliz.

Atento y cariñoso
 Con paternal anhelo
 El brazo la ofrecia
 Y la guiaba el pié,
 Sirviéndola de dia,
 Y al piadoso cielo
 Orando por la noche
 Con encendida fé.

« ¡Qué dia tan hermoso
 Debe hacer hoy! » decia
 La niña, el sol sintiendo
 Sobre su blanca faz:
 Y oyéndola Wifredo
 Del párpado sentia
 Una abrasada lágrima
 Huírsele fugaz.

Y su silencio acaso
 María comprendiendo
 Las manos alargaba
 Sus ojos á tocar,
 Y en ellas de su padre
 Las lágrimas sintiendo,
 Decia: « ¡Y por qué lloras? »
 Y echábase á llorar.

Erraban á las veces
 En dulce compañía
 Por una y otra senda
 De su feraz jardin,
 Y el amoroso padre
 Coronas la tejia
 De frescas siemprevivas
 Y pálido jazmin.

Gozaba sus aromas
 La niña, é inocente
 Cediendo á los impulsos
 De instinto femenil,
 Ornaba con las flores
 Su candorosa frente
 Mostrándose con ellas
 Mas linda y mas gentil.

Y en las tranquilas noches
 Del abrasado estío
 A otro viajero acaso
 Volvian á escuchar,
 Ya bajo el verde toldo
 Del emparrado umbrío,
 Ya sobre el alto muro
 Que lame inquieto el mar.

¡Oh cuán sencillos tiempos!
 ¡Cuán grata es su memoria!

¡Cuán dulce y cuán sabroso
Oír en nuestra edad
Las mágicas leyendas
De su olvidada historia,
Sus crónicas sacando
De añeja oscuridad!

Edad por dos pasiones
Regida y dominada,
Guiada por dos astros :
La gloria y el amor.
La España por aquella
De moros rescatada,
Por este la hermosa
Corona del valor.

La edad de los prodigios,
La edad de las hazañas
Sin duda fué : nosotros
De corazón sin fé
Sus crónicas leemos
Llamándolas patrañas,
Y en ellas es dó el dedo
Del Criador se ve.

Entonces juntamente
Sin crimen invocaba
Su Dios y sus pasiones
El rudo corazón,
Y el cielo justo á oírle
Tal vez no se negaba
Porque mezclara rudo
La fé con la pasión.

Entonces era el justo
Columna de justicia :
Valiente y obstinado,
Mas franco el criminal :
Y ajeno aun en su crimen
De hipócrita malicia
Obraba malamente,
Mas confesaba el mal.

Entonces se creía :
La religion severa
Objeto de sarcasmo
Jamás al necio fué,
Ni la mentida ciencia
Se la atrevió altanera
De sus razones santas
A demandar ¿porqué?

Pastor el sacerdote,
De su rebaño en vela
Guiaba é instruía
La ciega multitud,
Y aquella le escuchaba
Siguiendo sin cautela
La senda señalada
Por senda de virtud.

Porque de Dios la recta
Virtud apetecida
No está en el raciocinio,
Que está en el corazón ;
Y el que en el suyo guarda
Su fé bien defendida,
Le sobran los sentidos,
Le sobra la razón.

Por eso en la alta noche
Cuando en silencio y calma
Del buen Wifredo todo
Yacía en derredor,
Enviaba al firmamento
Las cuitas de su alma
En oración humilde
Con sincero fervor.

Y oraba por su hija
Mientras cercana ella
En cámara vecina
Oraba al par por él,
Y entrambas las plegarias
Del noble y la doncella
Subían á las plantas
Del santo de Israel.

Como al pié del altar, del vaso de oro
De perfume oriental se exhala y sube
Pura, ligera, y trasparente nube
Que embalsama la régia catedral,
Así á los cielos la oración del justo
Sobre sus alas místicas se eleva
Y el soplo de los ángeles la lleva
De Dios hasta el regazo paternal.

Y la divina madre del Dios hombre
Al acoger benigna la plegaria
De la inocente virgen solitaria,
Que invocaba su amparo en la aflicción
Al ángel vaporoso de los sueños
La enviaba, y en sus alas vagarosas
Bello tropel de imágenes dichosas
Descendía á su casto corazón.

CAPITULO SEGUNDO.

DE LAS RAZONES QUE TUVIERON EL CONDE Y
SU HIJA PARA EMPRENDER UNA PEREGRINA-
CION A MONSERRATE Y LO QUE ALLI PASÓ.

I.

Y yendo días y viniendo días,
Tras dos años de angustias de afán,
Y de buscar inútiles remedios
Que no pudieron remediar su mal,
En una noche del templado mayo,
Por la ribera del tranquilo mar

A la pálida luz de la alta luna
 El conde y su hija silenciosos van.
 Las ondas trasparentes murmurando
 Se vienen á sus plantas á estrellar,
 Rodando lentamente unas sobre otras
 Con eterna y monótona igualdad.
 A lo lejos tal vez se divisaba
 La blanca lona del bajel pasar,
 Y la canción del pescador se oía
 Llevada por la brisa desigual.
 A veces se elevaba en la llanura
 El ronco y melancólico graznar
 De las marinas aves que en la playa
 Buscan mansion, sustento y libertad.
 ¡Noche serena, deleitosa noche
 A quien la puede sin dolor gozar;
 Melancólica noche para el triste
 En cuyo pecho la aflicción está!
 Tristes ideas en su mente escita
 Su nocturno silencio y soledad,
 Y aun el consuelo que le inspira junto
 De los recuerdos con la hiel le da.
 Y así una noche del templado mayo
 Por la ribera del tranquilo mar
 A la pálida luz de la alta luna
 Wifredo y su hija silenciosos van.
 Y acaso desde lejos percibiendo
 La forma de la virgen blanquear
 Y las armas lucir del caballero
 Que la presta su apoyo paternal,
 Creyeran que el espíritu doliente
 De naufrago infeliz que espele el mar
 En los brazos del ángel de las aguas
 Encontraba el amparo celestial.
 Y acaso al ver en la nocturna niebla
 Rodeando la lóbrega ciudad
 Creyeran que velándola vagaba
 El espíritu de ella tutelar.
 Y así sumidos en memorias tristes
 La hermosa ciega y el baron feudal
 Iban vagando con pisada incierta
 Por la ribera del tendido mar;
 Cuando á la tibia luz creyó el guerrero
 Negra figura distinguir quizá,
 Que á lento paso hacía los dos viniéndose
 Con cada paso se aclaraba mas.
 Rápido impulso de temor muy vago
 Sintió en su pecho varonil brotar,
 É incomprensible repugnancia interna
 Al sér que llega junto de ellos ya.
 Era un anciano, cuya blanca barba,
 Cuyo cuerpo inclinado por la edad
 Movía á reverencia mas que á miedo,
 Ministro acaso del divino altar.
 Báculo tosco á caminar le ayuda,
 Ciñe sus miembros áspero sayal,
 Y al suelo vueltos los humildes ojos
 Severa muestra y penitente faz.

« Padre, ¿quién llega? » preguntó María,
 Sintiendo de aquel sér la vecindad,
 Cual si pavor la diera el que llegaba
 No mas que por instinto natural.
 « Es un anciano, contestó Wifredo.
 — No sé porqué desconocido afan
 Al sentirle probé, padre.

— Hija mía,
 Cálmate y calla, porque ante él estás. »

« Dios vele sobre ti, noble Wifredo, »
 Dijo llegando con humilde voz
 El viejo anacoreta. « El os ampare, »
 El conde cortesmente replicó.
 Y trabando de aquí plática entrambos
 Siguiéron luego y á su vez los dos :
 Y de este modo con sonrisa dulce
 El anciano estrangero la empezó.

« ¿Cómo tan tarde en tan desierto sitio? »
 Wifredo. El aura por gozar de la estación.

El Anciano. El aura de la mar es insalubre
 Para su mal.

Wifredo. ¿Sabéisle?

El Anciano. ¿Y cómo no?

La fama de esa inmensa desventura
 La España entera recorrió veloz.

Wifredo. ¡Ay de mí! ¡y cuán en balde!
 En toda ella

Remedio nadie á mi pesar halló.

El Anciano. Las yerbas de la tierra y sus
 virtudes

Secas, Wifredo, é impotentes son
 Cuando en el mismo mal compadecido
 Su dedo paternal no pone Dios.

Wifredo. Noches y días con fervor le
 ruego.

El Anciano. Busca quien goce su feliz
 favor.

Wifredo. Vos, anciano, tal vez...

El Anciano. Tente, insensato :

Para tanto intentar ¿qué puedo yo
 Pecador miserable? Hay en la tierra
 Otros mas justos que lo harán mejor.

Wifredo. ¡Ah por Dios esplicaos!

El Anciano. Los peñascos

De Monserrate en su áspero fragor
 La luz esconden que sus rayos toma
 En las pupilas del potente Dios.

Wifredo. ¿En Monserrate?

El Anciano. Si, Dios manifiesta

el poder de una santa intercesion
 Con divinos portentos cada dia.
 Lleva pues á la hija de tu amor
 Si la quieres sanar, á Monserrate :
 Y en la grieta mas honda de un peñon,
 Que en las nubes esconde su alta cruzta
 El justo habita y con el justo Dios

Y así diciendo el misterioso anciano
 Sus pasos adelante enderezó,
 De la esperanza el bálsamo vertiendo
 De María en el limpio corazón.
 « ¿Dó vais? dijo atajándole Wifredo,
 En mi palacio reposad, señor,
 Y admitid á lo menos hospedage
 Por esta noche.

— Es lejos donde voy,
 Las horas de la noche son muy breves
 Y todas me hacen falta, » replicó
 Siguiendo su camino el estrangero.
 Todavía insistiendo el buen baron,
 « Mis gentes, mis caballos, todo es vuestro, »
 Le dijo : y el anciano en ronca voz :
 « Basta, repuso, límites no tiene,
 Wifredo, para mí la creacion.
 Y la raza del hombre toda entera
 No podrá nunca lo que puedo yo. »
 Y así diciendo, como arista leve
 Que arrebatara del suelo el aquilon
 Una sonora ráfaga pasando
 Al monge entre sus ondas arrastró.
 Tembló María al percibir su rastro,
 Arrodillóse atónito el baron,
 Y de ir á Monserrate voto hicieron
 A vista del prodigio ambos á dos.

Cual marinero errante, que perdido
 Su soberbio bajel, contra las olas
 Lucha á los restos del bajel asido
 Cercana viendo la ribera ya :
 Cual golondrina errante que los mares
 Cruza extraviada y la cansada pluma
 Agita conociendo los lugares
 Donde á anidar acostumbrada está;

Cual sierva que en la fuerza del estío
 Sedita vaga por el bosque espeso
 Y el agua oyendo del cercano rio
 Hacia él se lanza cuando el agua ve :
 Así impaciente la infeliz María
 En alas del deseo y la esperanza
 Llegar á Monserrate apetecia
 Con inspirada y religiosa fé.

Wifredo al par con la esperanza misma
 El sol de la partida apresuraba,
 Y con la misma fé ver esperaba
 La omnipotencia santa del Señor.
 Inmensa suma de regalos y oro
 Y comitiva inmensa prevenia,
 Y un santuario fundar se proponia
 Y hacer del penitente un fundador.

« En medio de las peñas solitarias
 « Monasterio suntuoso se levante :

« Memoria eterna que el prodigio cante
 « Señal eterna del favor de Dios.
 « Bajo sus anchas bóvedas, eternos
 « Himnos de gracias al Señor resuenen,
 « Y sus campanas el desierto atruenen
 « El alma al cielo remontando en pos. »

Así exclamaba el piadoso conde
 De su fé en el fervor,
 Con tamaños intentos emprendiendo
 Su peregrinacion.

Del fresco mayo en la postrer mañana
 Al despuntar el sol
 Con su hija y comitiva numerosa
 De la ciudad salió.

Por plazas y por calles se agolpaba
 Su inmensa poblacion,
 Todos rogando por la hermosa niña
 A la piedad de Dios.

Y así de Monserrate enderezaron
 Al áspero fragor,
 Y en la distancia del camino largo
 La comitiva santa se sumió.

Aun se alcanzaba de las altas torres
 Como leve pavor
 El polvo espeso que sus piés alzaban,
 Pero tambien al fin se disipó.

A Monserrate van. ¿Pero quién sabe
 Lo que les guarda en su honda soledad
 El que posee del corazón la llave,
 El que puede medir la eternidad?
 Sí, Dios es Dios : y Dios tan solo puede
 Romper el velo á la futura edad,
 Solo á sus ojos el destino cede;
 Dios es la luz, la fuerza y la verdad.

II.

Entre los rudos peñascos
 Que por la estension desierta
 De Monserrate, en las nubes
 Esconden sus altas crestas,
 Entre los cóncavos huecos
 De sus oscuras cavernas,
 Guardada oculta y salvaje
 De reptiles y de fieras :
 En medio de aquellos valles
 Dó en lagos el sol fermenta
 Los vapores que son nubes
 Empezando en leve niebla :
 Allí donde humanas voces
 A los ecos no despiertan,
 Ni el humo de los hogares
 En espirales se eleva,
 De un gigantesco peñasco

En la socavada grieta
 Pasa sus días un hombre
 En áspera penitencia.
 Rústico sayo le viste,
 É insípidas le alimentan
 Agua de un arroyo manso,
 Raíces de cruda yerba :
 Y á su escondida morada
 Diez años há que no llegan
 Mas que las águilas que hacen
 Su nido en aquellas peñas.
 Una de techo le sirve,
 Y audaz la naturaleza
 Por un capricho inclinándola
 La colocó de manera
 Que el corazón mas valiente
 Temblara entrar bajo de ella,
 Por miedo de que al hundirse
 Su sepultura no fuera.
 Tosca cabaña de troncos
 Espinos y ramas secas
 Construyó allí el eremita
 Por su morada eligiéndola :
 Y allí los días y noches
 En soledad y abstinencia
 Pasando, el cielo conquista
 Y en paz á la muerte espera.
 Y ni el alma de aquel justo
 Rumor mundano atormenta
 Con sus pasiones mezquinas
 De vanidad y de tierra,
 Ni en sus santas devociones
 Sumida, jamás recuerda
 Los humanos devaneos,
 Ni las delicias terrenas.
 En todo cuanto sus ojos
 En torno suyo contemplan
 A Dios solamente mira,
 A Dios nada mas encuentra.
 Las florecillas silvestres
 Que escasas tal vez vegetan,
 Los arbustillos que exhalan
 Campesino olor, la tierra
 Que da al gusano guarida
 Y sustento á aves y á fieras,
 Los mil vistosos insectos
 Que por la atmósfera vuelan
 Al sol tendiendo sus alas
 Que sus rayos transparentan,
 Todo, todo de su Dios
 El poder le manifiesta,
 Y él le conoce y le adora
 En sus obras mas pequeñas.

Así pasa Juan Guarino
 Su virtuosa existencia
 Siendo del cielo delicia
 Y haciendo al infierno guerra.

Y aunque en el uno flado
 Tal vez al otro desprecia,
 Satan que es muy poderoso
 Fieros combates le apresta.
 Y aunque con astucia inútil
 De continuo le guerrea
 Y con oracion y lágrimas
 Juan de continuo le ahuyenta,
 Es mucho lo que irrita
 Su virtud y penitencia
 Para que Satan el campo
 De la tentacion le ceda.
 Angel que bebió algun día
 Del manantial de la ciencia
 Con que el Hacedor supremo
 Cuanto es y será penetra,
 Del corazón de los hombres
 Conoce bien la flaqueza
 Y por su entrada mas débil
 Sus tiros sagaz asesta.
 Contrario irreconciliable
 Del Dios cuya omnipotencia
 Conoce, hollado y vencido
 Por su poderosa diestra,
 Ya que contra el mismo Dios
 Volverse otra vez no pueda,
 En buscar imperfecciones
 Sobre sus obras se empeña,
 Y de sus manos el hombre
 Siendo la obra mas perfecta,
 De su despecho á la saña
 Es la obra mas espuesta.
 Y « ¡Mio es el mundo! » esclama
 Viendo la locura ciega
 Con que al pecado los hombres
 Desbocados se despeñan.
 Mas cuando en medio su turba
 Un justo á encontrar acierta,
 Por derribar á aquel justo
 Olvida su raza entera.
 Y ¡ay si á impulso de su astucia
 O de su malicia inmensa
 Logra engañarle ó vencerle,
 Que tras la culpa primera
 Tal vez le arrastra al abismo
 Y á Dios insulta y blasfema!

Y así de aquellos peñascos
 Entre las cóncavas grietas
 Entre consuelos y lágrimas
 Que Dios y Satan le aprestan,
 Pasa el justo Juan Guarino
 Su virtuosa existencia,
 Siendo del cielo delicia
 Y haciendo al infierno guerra.

De las agudas montañas
 Tras de las enhiestas lomas

Una alborada de junio
 Rayaba apenas la aurora.
 Ya el sol á través brillaba
 De nubes de azul y rosa
 Con que al salir, los espacios
 Del horizonte se alfombran;
 Ya los purpúreos destellos
 De su lumbre creadora
 Reflejaban del rocío
 En las cristalinas gotas
 Y en las aguas del arroyo
 Y en las relucientes rocas
 Cuya superficie pulen
 Los vientos que las azotan;
 Ya á su influencia se vian
 De las quebradas recónditas
 Elevarse transparentes
 Nieblecillas vaporosas,
 Y al reflejo de la lumbre
 Que desde lo alto las dora
 Tomaban ricos cambiantes
 Y tintas encantadoras :
 Ya de sus lóbregas grutas
 A las escondidas bocas
 Los reptiles asomaban
 A ver su luz bienhechora,
 Y abajo en el valle oscuro
 Las avecillas canoras
 Himnos cantaban al alba
 Despertando bulliciosas :
 Cuando saliendo Guarino
 A la entrada de su choza
 Y de rodillas poniéndose
 Al Dios que amanece adora.
 Mas con harto asombro suyo
 Rompiendo la pura atmósfera
 A sus oídos llegaron
 Voces de humanas personas.
 Tendió la vista á la falda
 De las empinadas rocas
 Y de gran tropel de gente
 Las vió rodeadas todas.
 Todos los ojos se tienen
 Hacia él, todas las bocas
 Le llaman, todas las manos
 Suplicantes se le tornan.
 Delante de aquella turba
 Por una senda tortuosa,
 Conduciendo un cortesano
 A una niña encantadora,
 Subia á espacio acercándose
 A su cabaña. Medrosa
 El alma de Juan Guarino,
 Juzgando farsa ilusoria
 De tentacion infernal
 Cuanto ve sobre las rocas,
 Siguió orando de rodillas
 Como quien sabe que logra

Vencer la oracion constante
 Las tentaciones diabólicas.
 Y en el espacio los ojos
 Que le nublan ardorosas
 Dos lágrimas penitentes
 En su devocion se arroba,
 Sin que de la gente el ruido
 Que ya de cerca le acosa
 Su pensamiento distraiga,
 Turbe su oracion devota.
 Virtud que solo concede
 De Dios la misericordia
 A quien en él cree de veras,
 A quien de veras le invoca.
 Ante esta virtud sublime,
 Ante esta fé religiosa
 Postraos enmudecidas,
 Mundanas pasiones locas.
 ¡Callad y desvaneceros,
 Necias y mundanas glorias
 Que el nombre de inspiraciones
 Os apropiáis mentirosas!
 Inspiracion del que canta
 Torpes y profanas trovas :
 Inspiracion del que pinta
 Desnudez escandalosa :
 Inspiracion del que á mármoles
 Da provocativas formas,
 ; A esta inspiracion postraos
 Que es mas santa que vosotras!
 DIOS ES EL GENIO : él inflama
 Su inspiracion vigorosa
 En las almas que con ella
 A altas hazañas se arrojan.
 DIOS ES EL GENIO : y donde él
 No enciende su luz radiosa
 Ni hay inspiracion ni hay genio,
 No hay mas que miseria y sombras.
 Y esta inspiracion divina
 Es la que Guarino goza
 Cuando María y Wifredo
 Ante él humildes se postran.
 Y de este célico arrobó
 Es del que Guarino torna
 Cuando estas palabras oye
 Del conde de Barcelona.

« Hombre santo, en quien habita
 El espíritu sublime
 Del Dios cuyo aliento solo
 Alimenta cuanto existe,
 Mira á tus plantas y dúelante
 Dos seres á quien aflige
 Pena por el cielo impuesta
 En su juicio incomprensible.
 Relámpago repentino
 Cerró las puertas sutiles
 Del ver á los claros ojos

De esta doncella; y humildes
A suplicarte venimos
Que otra vez los ilumines,
Y del Dios en quien creemos
La grandeza patentizes.»

Juan Guarino. ¡Apartaos, tentadores!
¡Vagos fantasmas, huidme!
Dios su poder no demuestra
Por instrumentos tan viles.
Dios es grande, sí, muy grande:
Mas prodigios tan insignes
No ha de fiar á mis manos
Hechas de tierra y de crimen.
Dejadme, apartad.

Wifredo. En vano
Vuestra humildad se resiste,
La voz del cielo á estas peñas
Milagrosa nos dirige.

Guarino. ¡Señor, si me da el orgullo
Esta tentacion horrible,
Si este poder me atribuye
Satanás por afligirme,
O dadme fuerza, Señor,
Y fé para resistirle,
O mostrad vuestro poder,
Y que el soberbio se humille!

Así exclamó el penitente,
Y á la doncella la voz
Dirigiendo dijo: — «Eleva,
« Muger, en nombre de Dios,
« Al firmamento los ojos
« Y alúmbretelos el sol. »
Y obedeciendo María
Miró á los cielos y vió.

Postróse el conde de hinojos
Adorando al Criador:
La comitiva asombrada
Por tierra se prosternó,
Y elevando Juan Guarino
Al cielo su corazón.
Las manos al sol tendidas,
Un punto en silencio oró.

Gozaba absorta María
De la luz el resplandor,
Por todas partes mirando
Con grata enajenacion,
Y pasaban sus miradas
En escrutinio veloz
De una peña en otra peña,
De una flor en otra flor,
Recordando con delicia
Las ideas que guardó
De su ceguera en las sombras
De la luz y de cloror.

Lanzó el infierno un gemido
De despecho y confusion,
Contra Guarino aprestando
Todo entero su furor:
Y el justo, que interiormente
El ataque presintió,
Preparóse á resistir
Su mas fuerte tentacion.
Y comenzando avisado
Por el contrario mayor,
Vuelto á Wifredo y su gente
De esta forma les habló:

« Ya Dios de remediaros fué servido:
De vuestra alma adoradle en lo profundo,
Y apartaos de mí, que con el mundo
No puedo nada de comun tener.
Mis votos escucharos me prohiben,
Y está robando á Dios vuestra presencia
El tiempo de oracion y penitencia
De que mi salvacion ha menester. »

Así habló el justo y acogerse quiso
Al fondo de su gruta retirada,
Cuando María le atajó postrada,
Cayendo ante sus piés hablando así:
« La luz de Dios por mis cegados ojos
« Entró en mi pecho, y á su luz divina
« La niebla del futuro se ilumina
« Y leo lo que guarda para mí.

« Las inmensas riquezas de mi padre
« Me elevarán un santo monasterio
« En medio del silencio y el misterio
« De esta estensa y desierta soledad.
« Yo eternamente en su recinto sacro
« Alabaré de Dios la omnipotencia;
« Y en él ha de acabarse mi existencia
« Y ha de empezarse en él mi eternidad.

« De esta montaña, en cuya escelsa cumbre
« Volví á gozar la luz del mediodia,
« No bajaré ya mas; la planta mía
« Otra tierra á pisar no volverá. »
Tembló al oír el penitente austero
Tan gran resolucion, al punto mismo
El lazo viendo que el contrario abismo
Tendiendo astuto á su virtud está.

Presentóse á su mente la grandeza
De su alta santidad; mundano orgullo
Brotando cual vapor en su cabeza
Descendió á oscurecer su corazón,
Y un momento en la duda vacilando
De la afanosa é interior pelea,
Calló, temiendo que vencida sea
La recta fé por mundanal razon

A María con lágrimas Wifredo
 Postróse á suplicar, pero fué en vano :
 Ella le dijo : « No, padre : no puedo
 « A la voz de los cielos resistir. »
 Tornó el padre á insistir y á negarse ella,
 La religión y el mundo largo trecho
 Combatiendo de entrambos en el pecho...
 Pero tuvose el mundo que rendir.

Y alzando entre los peñascos
 De la desierta montaña
 Cabe la de Juan Guarino
 Otra rústica barraca,
 Y el conde y los suyos yéndose
 A la ciudad mas cercana
 En la soledad dejaron
 A la doncella con lágrimas.
 Wifredo desde aquel punto
 Las órdenes necesarias
 Para alzar el monasterio
 Espidió por la comarca.
 Cundió por ella el prodigio
 Y á Barcelona llevándola
 La fama, la celebraron
 Con fiestas y luminarias.

CAPITULO TERCERO.

QUE TRATA DE UN MISTERIO QUE SE ACLARA MAS
 ADELANTE Y EN OPORTUNO LUGAR.

I.

En tanto allá en las alturas
 De las peñas solitarias
 El ermitaño y María
 Al cielo en union alaban.
 Y la doncella de hinojos
 Ante la imágen sagrada
 De la Madre del Dios niño
 Las horas orando pasa,
 Y el eremita en su choza
 Con toda la fé de su alma
 Dando por tales favores
 A Dios acciones de gracias.

Era del día siguiente
 La hora apenas del alba
 Cuando el penitente austero
 Salia de su cabaña.
 Ya en el césped de la roca
 De hinojos María estaba,
 Bendiciendo al Dios que alumbraba
 La luz que el oriente baña.
 Y suelto el cabello rizo
 Por la mal cubierta espalda,
 Cuyas hebras de azabache
 Mece revoltosa el aura,
 Al cielo alzados los ojos,

L.

Ambas las manos cruzadas
 Sobre el pecho, y el semblante
 Alumbrado por la blanca
 Luz de una aurora de junio
 Que entre nubes de oro radia,
 Parecia la doncella
 Imágen leve y fantástica,
 Que crea el sueño de un niño.
 Sin comprenderla ni amarla.
 Los ojos de Juan Guarino
 La vieron, y contemplándole
 Quedaron por un instante
 Con indecisas miradas.
 Pidióle al verle la niña
 Su bendicion, y él al dársela
 Sobre la hermosa cabeza
 Tendió las enjutas palmas.
 « Orad, la dijo, y velad,
 Porque muy rudas batallas
 Que sostengais será fuerza
 Contra Satan... » y apenada
 Repuso ella : « Padre mio,
 Dios por vuestros labios habla
 Sin duda, y en vuestro pecho
 Su fuerza depositada
 Tiene ; guiadme, instruidme,
 Y si batallas me aguardan,
 Enseñadme á resistirlas,
 Acostumbradme á afrontarlas
 — Sí haré, mi deber es este,
 Y si en mí el Señor derrama
 Su luz, y su omnipotencia
 Su fé en mi pecho no apaga,
 Sobre el ángel de tinieblas
 Ha de apoyarse tu planta. »

Y así diciendo Guarino,
 De la doncella se aparta
 Perdiéndose de las peñas
 Entre las hondas quebradas.

De mil varios pensamientos,
 De mil sensaciones varias
 Su espíritu atormentado
 Por el monte caminaba ;
 Y apoyándose de un pino
 En una nudosa rama,
 Por el desierto callado
 El buen penitente avanza.
 ¡ Penoso es, duro, terrible
 El viaje que hacer nos manda
 La justicia del Señor
 Cuando á la tierra nos lanza !
 Terribles son en el mundo
 Las tentaciones mundanas,
 Y allí en contra de los hombres
 Mucho Satanás trabaja.

30

Pero, ¡ con cuánta mas furia
 Su infernal poder desata
 Contra el alma que del mundo
 En el desierto se guarda !
 Todo le desencadena,
 Toda su astucia nefanda
 Contra la virtud del justo
 Empeña por derrocarla.
 Traidores lazos le tiende,
 Viles amaños le fragua,
 De varias formas se viste,
 De varios modos le asalta.
 Dios le dejó gran poder
 É infinita perspicacia,
 Y el espíritu satánico
 Aborrece nuestra raza.
 ¡ Ay de aquel cuyos sentidos
 Tan alerta no se hallan
 Que con alguna quimera
 El espíritu le engaña !
 Tiéndale el Señor su mano,
 Porque, si el Señor le falta,
 Será su virtud despojo
 De la diabólica audacia.

La punta de alto peñon
 El eremita doblaba
 Que de un abismo á la boca
 Sobresalia inclinada,
 Cuando al apoyar el pié
 Sobre la vereda escasa
 Faltóle un punto la tierra:
 Las manos estendió rápidas,
 Mas lejos de todo apoyo
 Ya el cuerpo se despeñaba,
 Cuando sintió que le asía
 Con ayuda inesperada
 Una mano vigorosa
 Que á la muerte le robaba.
 Fijó los piés en seguro,
 Y volviendo la faz pálida,
 Vió á otro severo ermitaño
 Que á tenerse le ayudaba.
 Hizosele á Juan Guarino
 Allí su presencia estraña,
 Mas dióle sinceramente
 (Despues de á los cielos) gracias :
 Y entendiendo la estrañeza
 Que Juan Guarino mostraba,
 Entabló de esta manera
 El otro ermitaño plática.

Ermitaño. Veo que mi presencia en estos
 sitios

Os estraña, ¡ oh Guarino !

Guarino. Sí en verdad :

Diez años há que los habito, y solo

En ellos siempre me creí.

Ermitaño. Ya va

Mas de un invierno que sus rudas peñas
 A mí tambien habitacion me dan.

Guarino. Nunca os he visto, ni noticia
 tuve,

Santo eremita, de fortuna tal.

Ermitaño. Algo lejos de aquí me hice una
 choza

Y de ella salgo rara vez.

Guarino. ¿ Quizá

Sitio buscais mejor ?

Ermitaño. No ; vengo á veros,

Que la fama hasta allí me fué á llevar
 La nueva del prodigio que habeis hecho,
 Y venero tan grande santidad.

Guarino. Dios fué servido á mis morta-
 les manos

Por un momento su poder prestar.

Ermitaño. Y yo vengo á adorarle en sus
 prodigios.

¿ La feliz criatura donde está ?

Guarino. En esas rocas su morada ha
 puesto

Dó quiere un monasterio edificar.

Ermitaño. ¿ Y así la abandonais ?

Guarino. Dios es muy grande,

Mas débil es mi corazon mortal ;

Me alejo del peligro.

Ermitaño. Juan Guarino,

Injuria á Dios tan ruin debilidad. [cia

Quien muestra en vos su grandeomnipoten-

¿ Su auxilio en el combate os negará ?

Por vos estos desiertos, lo preveo,

De austeros monges á poblarse van,

Flores fragantes que del mundo impuro

Van el árido campo á embalsamar.

Por vos, Guarino, sus ejemplos santos

Muchas almas al cielo volverán,

Muchos impíos sus contritos ojos

Al piadoso cielo han de elevar.

¿ Y por no arrostrar vos peligro escaso

De que os guarda vuestra alta santidad

Vais á dejar que la muger voluble

Ceda inesperta al tentador Satan ?

Si él la recuerda la mundana pompa,

Todo el terreno bien que deja allá,

Acaso sus designios olvidando

A ese mundo otra vez quiera tornar.

Y entonces ¡ ay ! en vez de monasterios,

En vez de monges que á morar vendrán

Sus claustros y estas rocas, en su seno

Lloraremos nosotros nada mas,

Estériles palmeras infecundas

Que ni sombra ni flor podremos dar.

Así hablaba el anciano y sus palabras
 Con respeto y dolor oía Juan,
 Y le daba en el fondo de su pecho

La razon imposible de negar.
 Batallaba la suya acongojada,
 Suspensa entre el peligro y la verdad
 Sin acertar á sacudir su espiritu
 El peso enorme de tan hondo afan.
 « Volved á vuestra gruta, le decia
 El venerable viejo, id, y soplad
 El fuego santo que la enciende el alma
 Y á su alma débil fortaleza á dar.
 ¿Qué puede la hermosura, ¡oh Juan Guarino!
 Atractivos tener á ojos que están
 A contemplar de Dios acostumbrados
 La hermosura y la lumbre celestial?
 Id y venceos: conquistad del todo
 Para el cielo de Dios su alma inmortal,
 Y si á la vuestra Satanás se acerca,
 Como quien sois con su poder lidiad.
 Ese es vuestro deber. »

Guarino. Yo lo conozco,
 Santo ermitaño, y mi deber real
 Veo que Dios para intimarme os manda
 Y obedezco su voz.

Ermitaño. Aun haré mas:
 Pondré bajo esta peña mi cabaña,
 A mi choza venid en vuestro afan,
 Y de la loca tentacion el peso
 Dividiremos ambos por mitad.

Postróse ante sus plantas Juan Guarino,
 Y sintiendo sus fuerzas aumentar
 A la voz del anciano venerable,
 Cedió humilde á su justa voluntad.
 Quedó el viejo en el borde de la sima,
 Viéndole hácia su gruta caminar,
 Su figura elevándose sombría
 Encima del peñasco colosal.
 Es un anciano cuya blanca barba
 Cuyo cuerpo encorvado por la edad
 A reverencia mueve mas que á miedo,
 Ministro acaso del divino altar.
 Báculo tosco á caminar le ayuda,
 Ciñe sus miembros áspero sayal,
 Y al valle vueltos los sombríos ojos
 Severa muestra y penitente faz.
 Pero la negra sombra que proyecta
 Sobre la roca cuando el sol le da
 Mancha siniestra en el peñon dibujo
 De contornos horrendos de mirar.
 Sombra que vida en su interior parece
 Tener... ilusion óptica quizás.
 Al fin tras el peñon desapareciendo
 Volvió todo al silencio y soledad.

II.

A mas de la mitad de su carrera
 Ya en el cóncavo azul llegaba el sol,
 Cuando, á los piés del venerable anciano
 Prostrnado con honda confusion,

Escuchaba Guarino, él conminándole
 De esta manera con airada voz:

« ¡Miserable de tí! tu infando crimen
 Del mundo nos vá hacer la execracion
 Siendo por tí el escándalo del mundo
 Y objetos de la cólera de Dios.
 Esa muger, al acusarte, entera
 Traerá la raza humana en derredor
 A maldecir la hipócrita malicia
 Que encerraba tu torpe corazon.
 El prodigio real que por tus manos
 Piadoso Dios y omnipotente obró
 A diabólica magia atribuido
 Será sin duda, si. Mira el baldon
 Con que cubres, ¡ infame! estos desiertos
 Santuarios otro tiempo del Señor.
 — ¡Ay! ¡ay de mí! exclamaba Juan Guarino
 Con eco del mas íntimo dolor,
 Todo el infierno á castigarme es poco
 A lavarme de crimen tan atroz.
 — Pues piensa, le decia el otro anciano,
 Piensa en el modo que podrá mejor
 Ocultar á los ojos de la tierra
 Ejemplo de tan vil profanacion,
 Al menos porque en todos no recaiga
 La pena que uno solo mereció.
 — ¿Y eso me aconsejais? ¿Y es este el modo
 De ayudarme á arrostrar la tentacion?
 — ¿Y qué puede tenerte, miserable,
 En la senda del mal y del error?
 Cubre al menos tu crimen en la sombra
 Del misterio, y al menos desde hoy
 Evita de tu crimen el escándalo,
 Pecado que maldice el Salvador.
 Tal vez el vulgo crédulo, engañado
 Por tu virtud hipócrita anterior,
 En un milagro mas creyendo estúpido,
 Te tribute mayor veneracion
 Borra astuto su rastro de la tierra,
 Engaña al universo por tu honor,
 Y piensa bien que volverá su gente
 Mañana y urge que lo enmiendes hoy. »

Y así diciendo el eremita anciano
 De hinojos en las peñas se postró,
 Abismado dejando á Juan Guarino
 En horrenda y febril meditacion.
 Veíase que dentro de su pecho
 Empeñada traian con furor
 Espantosa batalla sus pasiones,
 Desgarrando su triste corazon.
 Y en el borde sentado del peñasco,
 Fijo, inmóvil, en silencio... ¡Daba horror
 Contemplar su semblante contraido,
 De sus hondos tormentos espresion!
 Así Guarino batallando á solas
 Dos largas horas de pesar pasó,
 Y dos horas el monge venerable

Sin entibiar un punto su oracion.
Al fin Guarino, cual preñada nube
Que arrebató en sus alas el turbion,
Con raudó paso y con temblor convulso
Del anciano en silencio se apartó.
Dejó aquel su postura penitente,
Sus miradas de Juan tendiendo en pos,
Vaga sonrisa contrayendo el labio,
Sus ojos infernal satisfaccion.

Ya á Guarino perdido entre las peñas
No se alcanzaba á ver, mas él siguió
Cual si á través del monte le alcanzara
Mirándole con intima atencion.
En ella unos minutos pasó el monge :
De ellos al cabo á parecer volvió
Guarino descompuesto y alterado,
Diciendo al monge con horrenda voz :
« Viejo, todo está hecho ; no habrá escándalo :
¡ Maldito el dia que nacer me vió ! »

Ronca, histérica, horrible soltó entonces
El monge repentina carcajada,
Que de Juan en el ánima espantada
Como afilado acero penetró.
Volvió la vista atónita hácia el sitio
Dó vió al volver al eremita santo,
Y su vista y su sangre heló de espanto
Lo que á su lado en su lugar halló.

Gigantesca satánica figura
De inmensas alas que ante el sol tendia
Y el resplandor del sol oscurecia
Sus fieros ojos en su faz clavó.
Sobre el monstruoso labio le mostraba
Sonrisa de desprecio triunfadora
Y con solemne voz aterradora
En sarcástico tono así le habló :

« ¿ Quién trajo esa muger á este desierto ?
« ¿ Quién de sus ojos apagó la lumbre ?
« ¿ Quién á parcon la inmensa muchedumbre
« El milagro de Dios reconoció ?
« ¿ Quién encendió un volcan en tus entrañas
« De furiosa y carnal concupiscencia ?
« ¿ Quién diez años de llanto y penitencia
« Inutiliza en un instante ? Yo. »

Dijo Satan : y las enormes alas
En la nublada atmósfera tendiendo,
Por el espacio se perdió diciendo :
« ¡ Maldito el dia que nacer te vió ! »
Y los cóncavos ecos de las peñas
Al bronco són de su garganta heridos
Repitieron su voz estremecidos,
Y estremecido el monte vaciló.

Quedóse el penitente
Al borde de la roca
Sentado, sin aliento,
Sin voz, ni voluntad,
Sumido en la amargura :
Y por su mente loca
Rodaban las ideas
En ronca tempestad.

Confuso torbellino
De espíritus impuros
Escucha imperceptibles
Zumbar en torno de él ;
Sus labios se resisten
A preces y conjuros,
Y el aire que respira
Le amarga como hiel.

« ¡ Diez años de virtudes,
« De austera penitencia,
« Diez años de esperanzas,
« De lágrimas y afan
« Perdidos en un punto !
« ¡ Cedió mi resistencia !
« A la tenaz astucia
« Del tentador Satan !

« ¡ He cometido un crimen
« Horrendo, abominable !
« Un crimen que no tiene
« Disculpa ni perdon...
« ¡ Soy presa del infierno ! »
Decía el miserable
Mirando hácia el abismo
Con bárbara intencion.

« Dios es muy compasivo, »
Decía su conciencia ;
« Mi culpa es infinita, »
Decía su razon :
Y entre la muerte fácil
Que tiene en su presencia
Y el arrepentimiento
Vacila el corazon.

CAPITULO CUARTO.

DONDE VERA EL LECTOR UN CAPRICHÓ QUE TUVO
EL AUTOR AL ESCRIBIR LA PRESENTE LEYENDA.

¡ Ay triste del viajero que pierde su camino
Por el espeso bosque donde estraviado fué !
¡ Ay triste del que el cielo de su feliz destino
Con negros nubarrones encapotarse ve !
¡ Ay triste del que siente que airado torbellino
La lámpara le apaga de su dudosa fé !
Y ¡ ay triste del que sufre cual sufre Juan
Guarino

Tribulaciones tales de la montaña al pié

El día entretanto pasando declina
Cercano al dudoso crepúsculo ya :
Con rayos postreros el sol ilumina
La faz de Guarino, que inmóvil está.

Cualquiera que de lejos le mirara
Tan inmóvil yacer sobre el peñón,
Por efigie sin vida le tomara,
Por sueño vano, ó ideal vision.

El, sus ojos sombríos errantes
Fijos tiene en ocaso, sin ver
Los destellos del sol fulgurantes,
Que se va el horizonte á sorber.

Y la pena de su alma
Embrutece su razon,
Y en siniestra y fria calma
Paraliza el corazon.

Cual suele tras sombrío
Espeso nubarrón
Brotar en el estío
Mefítico vapor,
Que deja nuestro espíritu
Sin fuerza ni vigor;
Cual pesadilla odiosa,
Que en sueños nos acosa
Girando en fatigosa
Perpetua confusion,
Sin que podamos débiles
Calmar su agitacion :

Tal su ánimo al peso
De crimen secreto
Prensado y sujeto
Con miedo se ve,
Y á impulso de asombro
Que infúndele pánico
El soplo satánico
Ni espera ni crée.
Y solo y sombrío,
Inmóvil callado,
Al borde sentado
Del peñón está,
La síma profunda
Mirando indeciso,
Por sino preciso
Teniéndola ya.
Y en tanto que siente
Pesada la vida,
Y al ánimo olvida
Y al cielo quizá,

Sepultando
Su áurea lumbre
Tras la cumbre
El sol va.

Sus postreros
Resplandores
Tembladores
Dando ya.

Sobre el cárdeno
Horizonte
A que el monte
Pone fin,
Se despide
De la tierra
Que ha en la sierra
Su confin.

Y se mira
La ancha hoguera
De su esfera
Vacilar :
Mas radiantes
Y mas bellos
Sus destellos
Al finar.

Y sus rayos
Por las crestas
De las cuevas
Al tender,
Del prado hacen
Por la alfombra
Su ancha sombra
Negrecer.

Rojas nubes
Le coronan,
Que amontonan
En redor
Los vapores,
Que pasando
Va creando
Su calor.

Y sus pliegues,
Mas espesos
Y mas gruesos
Cada vez,
Entoldando
En masa densa
Van su inmensa
Brillantez.

Poco á poco
Su cerrado
Y agrupado
Nubarrón,
En su centro
Da al sol puro
Un oscuro
Pabellón.

Poco á poco
 Descolora
 Y devora
 Su arrebol,
 Y así el día
 Roba al orbe
 Cuando sorbe
 Todo el sol.

Queda envuelto
 De este punto
 Todo junto
 En luz igual;
 Y en el cárdeno
 Horizonte
 Sobre el monte
 Cardinal,

Giron rojo
 Desgarrado
 Del cerrado
 Pabellon,
 Queda suelta
 Nube roja
 Que acongoja
 Al corazon.

Banda torva,
 Que tendida
 Por la corva
 Loma hendida
 De las peñas,
 Va rasando
 Por las breñas
 De la cumbre,
 Y apagando
 Las centellas
 De la lumbre
 Que da el sol.

Lienzo rojo
 Que demuestra
 De alto enojo
 La siniestra
 Señal santa :
 Y en pos suya
 Se adelanta
 Y en pos suya
 Se levanta ;
 Con él viene,
 Con él gira
 Cuando nace,
 Cuando espira :
 Con él hace
 Su camino
 Matutino
 O vespertino
 De él perpetuo
 Girasol.

Nube hermosa
 Que se inclina
 La colina
 A trasponer,
 Circundando
 Su camino
 Purpurino
 Rosicler.

Nube errante,
 Pasajera,
 Vagarosa
 Dó contempla
 Juan Guarino
 El destino
 Que le espera.
 Que espirante
 Congojosa
 É indecisa
 A su labio
 La sonrisa
 Postrimera
 Le arrancó ;
 Y el agravio
 A su Dios hecho

En el fondo de su pecho
 Con su luz iluminó.

Luz postrera
 De esperanza,
 Que ir ligera
 Juan alcanza
 Desde el monte,
 Su alma ajena
 No de pena
 Mas de fé.

De la cresta
 De la roca
 Mas enhiesta
 Puesto al pié,
 Contemplando
 Cual con blando
 Movimiento
 Surca el viento
 Se le ve,
 Mientras rota
 Informe, vaga,
 Su derrota
 Va acortando
 Pié tras pié.

Palidece,
 Se enrarece,
 Se consume,
 Desparece...
 Ya se sume,
 Ya se fué.

Y noche
Sombria,
Tras dia
Fugaz,
Aleja
Su alma
De calma
Y solaz.

Y feas,
Y variadas,
Contrarias
Ideas
Están
Su mente
Quemando,
Doblando
Su afán.

—
Y el cielo,
Y el suelo
Velando
Se va :
La noche
Se cierra ;
La tierra
Pavura
De oscura
Le da.
Y en tanto
Que acude
Al llanto
Quizá,

Cuanto
Existe
Niebla
Triste
Puebla
Ya.

Las sombras
Mas densas
Y estensas
Dó quier,
Sus velos
Desplegan
Y ciegan
El ver.

Y la tierra
Toda inunda
La profunda
Lobreguez ;
Montes, valles
Y collados
Sepultados
A su vez.

Espesas nubes
Que apiña el viento
Al firmamento
Robando van
Su luna pálida,
Las luces bellas
De sus estrellas
Muertas están.

Y en vez de los ojos
Sirviendo el oído
Ya solo es el ruido
Quien guía los pies,
Al alma infundiendo
Sus vagos rumores
Estraños temores
De mundo que no es.

Y se oye por las peñas
Sonar en las montañas
De fieras y alimañas
Los pasos ó la voz,
Mostrando en sus sonidos
Sus cóncavos gruñidos,
Sus ásperos graznidos
Ya agudos y ya graves
Las fieras y las aves
Su natural feroz.

Y á cada tenue lamento,
A cada salvage són
De ave ó fiera, de agua ó viento
Se estremece el corazón.
¿ Y quién podrá en tal momento
Dar del desierto razon ?

¿ Quién puede los pasos seguir de Guarino
Por medio tan denso nocturno vapor ?
¿ Quizá entre las peñas perdido el camino
Sepulcro escondido le dió su fragor !
Porque ¿ quién los senos abrir del destino
Podrá, ni del crimen medir el horror ?

¡ Lenta, amarga, terrible es la agonía
Que su remordimiento al hombre da !
Quizá á Guarino al despuntar el dia
Sentado en el peñon encontrará
De sí mismo espantado todavía,
Muerto al impulso del dolor quizá.

La noche entretanto se pasa. Sumido
Monte, llano, rio, desierto y ciudad
En lóbrega noche, dó quiera dormido
Cobijan al mundo el silencio y la paz.

Ni de hombre ni de fiera, gemido ni lamento
Resuena por los senos de las montañas ya.
Y solo tal vez se oye el susurrar del viento
O el ruido del arroyo que murmurando va.

Rayó el siguiente día
 Y la rosada lumbre de la aurora
 Tornó á ahuyentar la umbria
 Nocturna oscuridad : encantadora
 Con nueva juventud, con nueva vida,
 Tornó naturaleza
 A mostrarse de nuevo enriquecida
 Con doblada belleza.
 Y el día entraba apenas, cuando á lento
 Cansado caminar, por la aspereza
 Subía la montaña
 Wifredo, y de María á la cabaña
 Llamó llegando con pausado acento.
 Mas nadie dentro respondió : María
 Ausente estaba de ella.
 Llamó á la de Guarino,
 Mas ¡ay! estaba sola como aquella.
 Siguló el conde á la altura
 Subiendo. Desde allí se descubria
 Gran trecho de montaña y de llanura,
 Mas no alcanzó á Guarino, ni á María.
 A voces los llamó, mas á sus voces
 Respondieron no mas ecos lejanos,
 Cuyos sonos livianos
 Se llevaron las ráfagas veloces.
 A su gente llamó desesperado,
 Corrió el pueblo exhalado :
 Sus siervos, sus vasallos, sus amigos
 Por dó quiera los montes recorrieron:
 En lo espeso del monte se metieron,
 Pero en vano en los montes se cansaron:
 ¡Ay! con el rastro de ninguno dieron.
 Presa el conde de amargo sentimiento
 Y de fiebre ardorosa,
 Cercano de su muerte vió el momento,
 Y á manos de su horrenda desventura
 Lleváronle á su corte populosa,
 Su enfermedad rayando en la locura.
 Y el vulgo maldiciente
 Se perdió de una en otra conjetura,
 Haciendo cada uno mas oscura
 La historia y la razon de este accidente,
 Y cada uno á su antojo
 A Dios ó á Satanás atribuyendo
 La oculta causa del suceso horrendo.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO QUINTO.

DE LA EXTRAORDINARIA ALIMAÑA QUE LOS
 MONTEROS DEL CONDE DE BARCELONA CA-
 ZARON EN LAS PEÑAS DE MONSERRATE.

Un día y otro día,
 De púrpura y de grana
 Entre vistosos grupos
 De nubes y arrebol,

Igual, indiferente
 Nacer cada mañana
 Para el alegre vemos
 Y para el triste al sol.

Antorcha, que ilumina
 La creacion entera,
 En torno de ella vueltas
 Infatigable da,
 Mas cuanto con su lumbre
 Fecunda en la postrera,
 Tornándolo en estéril
 En la siguiente va.

Él cubre los vallados
 De flores y verdura :
 Él hace escaso arroyo
 Lo que ancho río fué :
 Él da á los secos árboles
 Fructífera espesura :
 Él cria el gusanillo,
 Que los corróe el pié.

Y al que hoy dejó llorando
 En abandono y duelo,
 Mañana encuentra alegre
 Y venturoso ya :
 Y al que dejó olvidado
 En su placer del cielo
 Mañana ve que hundido
 En el dolor está.

Las unas tras los otros
 Los días y las horas
 Del misero Wifredo
 Pasando van así :
 Las últimas acaso
 De calma precursoras,
 Que el bien ni el mal eternos
 Jamás serán aquí.

Que en la mudable tierra
 Por diferentes modos
 Concluye todo luego,
 Varía sin cesar,
 Y al cabo en nuestros males
 Nos consolamos todos
 De lo que ya ha pasado
 Con lo que va á pasar.

Seis años se pasaron,
 Y con la edad se fueron,
 Si bien de sus pesares
 Los torcedores no,
 Los males que al sepulcro
 Cercano le pusieron,
 Y aun sus recuerdos casi
 El tiempo adormeció.

Sí, que aunque guarda entera
 El alma de Wifredo

Las lúgubres memorias
De su pasado mal,
No vienen como un día
Ministros de ira y miedo
A perturbar sus sueños
En círculo infernal.

No lloran ya sus ojos
Con lágrimas ardientes,
Que abrasan sus mejillas,
La prenda que perdió :
Cesaron sus estremos
Esfuerzos impotentes
En pos de lo que airado
Su Dios le arrebató.

Profunda, aunque templada,
Tenaz melancolía
Le prensa el amoroso
Paterno corazón :
Mas grata si mas triste
Le aduerme cada día,
Memoria, no esperanza,
Recuerdo, no ilusión.

Y así la vida pasa
Pacífica y tranquila
En medio de su pueblo
Que, idolatrando en él,
A distraer sus penas
En derredor apila
Atenta á su consuelo
Su muchedumbre fiel.

Y en vitores y aplausos,
En danzas y cantares
Los senos del palacio
Llenando sin cesar,
De su señor ahuyentan
Los íntimos pesares,
Que solo puede el tiempo
Rodando consolar.

Con corazón sencillo
Leales los pecheros
Sus brazos y sus tierras
Le vienen á ofrecer :
Y extrañas fieras y aves
Le cazan sus monteros
Que de lejanas tierras
Le vienen á traer.

De su señor amigos
Los graves cortesanos
Ancianos peregrinos
Le salen á buscar,
Que el ocio y el fastidio
Del corazón tiranos
Con mágicas levandas
Le vengán á ahuyentar.

Y así la vida pasa
Pacífica y tranquila
En medio de su pueblo
Que idolatrando en él
Para atenuar sus penas
En su redor apila
Atenta á su consuelo
La muchedumbre fiel.

Y un día que, en sus memorias
El buen conde adormecido,
Yacía en silencio hundido
En un cómodo sillón,
Contemplando vagamente
En la inmensa chimenea
La llamada que humea
Con el húmedo tizon;

Vino á distraer su oído
Hiriéndole de repente
Confuso rumor de gente
De su casa en lo interior,
Y confusión y tumulto
Y pasos y gritaría,
Que se iba acercando oía
Por vecino corredor.

Dejó el sillón azorado,
Y á aquel són extraño atento,
La puerta del aposento
Abriendo, al dintel salió,
Deteniéndose asombrado
Al ver que sus corredores
Gente en tropel, con clamores
Tan sin respeto invadió.

Las damas y las payesas,
Los artesanos y arqueros,
Los nobles y los pecheros,
En revuelto pelotón
Avanzaban lentamente
Por sus estancias adentro,
Fija la vista en el centro
De la inmensa reunión.

« ¿ Qué es esto? exclamó Wifredo
Un paso á ellos avanzando.
¿ Quién entra aquí así turbando
La quietud de mi mansión?
Hablad : ¿ qué sucede ahora?
¿ Hay en el puerto enemigos?
¿ O es vuestra turba traidora
Una osada rebelión?

¡ Vive Dios! ea, explicaos. »
A cuyas voces airadas
Quedaron paralizadas
Las voces, quietos los piés.

Y el conde, viendo que nadie
Contestaba, de un montero
Asiendo que iba el primero,
Le dijo : « Esplicate pues. »

« Señor, dijo este turbado,
La rodilla hincando en tierra .
No es movimiento de guerra
Lo que veis, no es rebelion :
Es que en Monserrat cazamos
Tres dias há una alimaña,
Que creimos por lo estraña
Digna de vuestra atencion.

Miradla. » Y así diciendo,
La multitud dividiendo,
Ante las ojos del conde
La alimaña presentó.
Y en redor de ella y Wifredo
Círculo estenso formando,
La alimaña contemplando
La muchedumbre quedó.

Jamás miraron sus ojos
Una bestia mas estraña,
Ni en los ámbitos de España
La halló hombre alguno jamás :
Ni de su forma recuerdo
Guardó nadie en su memoria,
Ni de ella en escrita historia
Habló algun sábio quizás.

Era del jerbo y del mono
Término, ó compuesto acaso :
Del jerbo tenia el paso,
Del mono la formacion.
La mirada melancólica
Su interior pena esprimia,
Y sus miembros encubria
Largo y espeso vellon.

Ni mostraba á los amagos
Ruda y salvaje fiereza,
Ni á los hombres estrañeza
Ni á las caricias placer.
Mas de pavor con extremos
Constantemente esquivaba
Su mano, si la llegaba
A halagarle una muger.

Absorto miraba el conde
Aquel sér desconocido
Dentro la jaula encogido
Insensible al parecer ;
Y por mas que le miraba
Y por mas que discurría,
La raza desconocía
Mas de que pudo nacer.

Mando luego á sus monteros
Que en su salon le pusieran
Y allí libertad le dieran
Para ver su condicion :
Pero la bestia su jaula
No abandonó un solo instante,
Permaneciendo constante
En la misma posicion.

CAPITULO SESTO.

DE LA ESTRAÑA METAMÓRFORSIS DEL ENJAULADO
MÓNSTRUO.

Y fué por la ciudad de boca en boca
La relacion cundiendo
De aquel mónstruo cazado en una roca,
Y así se fué estendiendo
Por Cataluña entera,
Relato estraño haciendo,
Quitando y añadiendo
Del caso cada cual á su manera.
Y de todo el condado
Por ver el mónstruo á la ciudad venia
El pueblo apresurado ;
Y el conde permitía
Que el palacio invadiera,
Y el mónstruo contemplara,
Y su curiosidad satisficiera.
Llegaba, le veía,
Se admiraba en silencio
El vulgo : se salía
Y á su hogar se volvía
O absorto, ó satisfecho,
Y contaba despues á sus vecinos
Lo que en la capital había hecho,
Jurando que era el mónstruo
De los mas peregrinos.
El buen conde entre tanto
Conservaba al tal mónstruo en su aposento,
Y á su tranquila condicion atento,
La jaula noche y dia
Abierta le tenia :
Pero jamás el mónstruo la dejaba,
Aunque claro Wifredo conocia
Que cuando él de su cuarto se ausentaba,
De su jaula salia,
Y por el cuarto en derredor andaba.
Consideraba el conde
Cada vez con mas duda y estrañeza
Su incógnita para él naturaleza.
Su forma casi humana,
Su sobriedad estrema y mansedumbre,
La adquirida costumbre
De estar al parecer de buena gana
En su jaula metido
Y acurrucado siempre y encogido :
Su inteligencia rara

Y la espresion de su velluda cara ;
 Sus manos y sus piés á los del hombre
 Semejantes, traian confundido
 Al conde, que de él sér desconocido
 No podía marcar raza ni nombre.
 Ni caricias y halagos,
 Ni castigos y amagos
 Pudieron arrancar de su garganta
 Ni en su esterior marcaron
 Un gesto de amenaza ni un gemido.
 Los criados tal vez le maltrataron,
 Y los perros de caza
 Que alguna vez á donde estaba entraron
 Con ademan furioso
 A la jaula llegaron.
 El empero, ni hostil, ni temeroso
 Se mostró : indiferente
 Sufria y silencioso
 Tranquila y mansamente.
 Poco á poco esta calma
 Y extraordinaria abnegacion hicieron
 De Wifredo en el alma
 Incomprensible sensacion, y al cabo
 De curiosa estrañeza
 Pasó á ser compasion; hizola luego
 Costumbre la continua compañía,
 Y al cabo la costumbre
 Pasó á ser aficion, luego cariño ;
 Y vino al fin un día,
 En que el conde pensó con pesadumbre
 Que apartarse tal vez fuerza sería.
 La monstruosa alimaña
 Por su parte tambien mostraba al conde
 Una aficion estraña.
 Sumisa á sus antojos,
 Admitia contenta sus caricias,
 Y á veces notó el conde
 Lágrimas desprendidas de sus ojos.
 Mostraba claramente su alegría
 Cuando el conde hácia ella se llegaba,
 Y tristeza en sus ojos se veia
 Si de ella se apartaba ;
 Y cuando el conde hablaba
 Como si le entendiera le atendia.
 Mil veces la memoria
 De la hija que perdió tan tristemente
 Le asaltaba la mente ;
 Y el amoroso corazon transido
 Con el pesar de tan amarga historia
 Ponia al conde mustio y abatido,
 Y lloraba á sus solas tristemente.
 Contemplábase el mónstruo de hito en hito
 Y lloraba tambien, y su semblante
 Mustio bañaba en espresion doliente.
 Muchas veces delante
 De sus nobles amigos
 De su desdicha y su dolor testigos
 Recordaba aquella hija malhadada,

Encanto de su vida,
 Por él tan ciegamente idolatrada
 Y á su paterno corazon perdida.
 El mónstruo entonces trémulo, encogido
 En medrosa postura
 Y en el hueco mas lóbrego escondido
 De su jaula, mostraba una amargura
 Que natural hubiera parecido
 En otro sér que comprender pudiera
 Del paterno dolor la causa entera,
 Y en aquellos momentos,
 Su dolor espresando
 Con sonos guturales
 Semejaban su voz y sus lamentos
 Ayes de una persona que llorando,
 Las palabras ahogando
 Exhalara suspiros, naturales
 En quien está su angustia sofocando.
 Esta rara tristeza,
 Que afinidad secreta y misteriosa
 Con la tristeza paternal tenia
 Entre el conde y el mónstruo, fácil cosa
 De entender es, que entre ambos
 Vino al fin á doblar la simpatía.
 Y acostumbrado el conde
 De la sumisa fiera
 A la salvage sociedad, tenia
 Entre los animales destinados
 A su servicio ó diversion el puesto
 É importancia primera.
 Y por temor que alguno la ofendiera
 Los lebreles estaban atraillados,
 Los neblíes y halcones enjaulados :
 Y de aquesta manera,
 Su casa y su condado manteniendo
 En paz con sus cuidados,
 Iban días y meses trascurriendo.

Una mañana fresca y luminosa
 Del florecido mayo
 En que el sol de su luz en cada rayo
 Un hilo vibra de color de rosa,
 Y el trecho que su luz abarca y ciñe
 De este color purisimo se tiñe,
 En una galeria
 Que da al jardin de su palacio, y tiene
 Para él una escalera, y comunica
 Del conde con el gótico aposento
 En un hondo sillón arrellanado,
 El buen conde Wifredo
 Goza el ambiente puro y perfumado,
 Tranquila el alma y el semblante ledo.
 Las hojas de los árboles frutales
 Orean susurrando los botones
 Dó las flores tempranas
 Señalan el lugar en que mas tarde
 Brotarán odoríferas manzanas,

Rojas cerezas y ácidos limones ;
 Y al manso soplo de la errante brisa
 Tomando movimiento
 Sobre los tallos las abiertas flores,
 Embalsaman el aura, y el aliento
 Que Wifredo respira
 Se inunda en salutariferos olores.
 Los nuevos ruiseñores,
 Generacion de aquella primavera,
 Sus alas y sus picos ensayando
 Le regalan la vista y el oido,
 Tímido vuelo alzando
 En derredor del nido,
 Y en la garganta armónica probando
 El canto no aprendido.
 Las leves mariposas
 Sus alas de colores
 Estremecen vagando entre las flores;
 Y las pardas abejas codiciosas
 El nectar de sus cálices libando
 Vuelan en torno de ellas susurrando.
 Mil insectos distintos,
 Mil diversos reptiles
 Conforme cada cual á sus instintos
 Llenan auras y céspedes á miles :
 Y el agua que se escapa
 Del estanque horadado
 En transparentes hilos
 Y en gotas cristalinas
 Los piés fecunda de frondosos tilos,
 Lilas blancas y rosas purpurinas
 Que orlando los linderos
 De los anchos senderos
 Y en cauces desiguales
 Con las fuentes vecinas
 Van á mezclar sus líquidos cristales.
 Y á esta del mundo incógnita armonía
 Y vida universal y movimiento
 El conde en el sillón en que yacía
 Allá en su puro corazón sentía
 Nueva vida bullir y nuevo aliento.
 Y en dulces esperanzas divertido,
 Del porvenir oscuro en las regiones,
 Tenía el pensamiento entretenido
 En pos de mil quiméricas visiones ;
 É iba de ellas en pos tan abstraído
 Que ni aun sintió á sus pages,
 Que llegando uno á uno
 Su servicio á ofrecerle, uno tras otro
 En silencio quedaron,
 Y á distraerle sin osar ninguno
 Detrás de su sillón se colocaron.
 Sus miradas tendían
 La dirección buscando
 Que las miradas del señor seguan,
 Y en las ramas y flores se perdían,
 Objeto allí de admiración no hallando.
 ¡Ay triste del que necio sus miradas

Por un jardín en primavera estiendo,
 Y que sea á otros ojos
 De admiración objeto no comprende!
 En tal instante, el conde rodeado
 De sus callados pages, y tendido
 Sobre su ancho sillón : junto á la puerta
 Del corredor traído
 El monstruo acurrucado
 En su jaula entreabierta,
 Apareció por el jardín viniendo
 A su señor la joven jardinera,
 Un ramo hermoso á su señor trayendo
 De las primeras flores
 Que hizo dar al jardín la primavera.
 En casilla apartada
 Y en una punta del jardín alzada
 A aquella jardinera daba el conde
 Con su esposo morada.
 Rústico el jardinero inteligente
 Cultivaba el jardín, eternamente
 Asido de la azada,
 Del hacha y de la corva podadera,
 Dejando á su muger mas despejada
 De los demás negocios encargada.
 Ella pues, aunque pobre y campesina
 Cuando moza soltera,
 Dulcificó sus rústicos modales,
 Y era lo cortesana
 Que pudo ser jamás una villana.
 Agradecida á su señor, y atenta
 A mantenerse de él siempre en la gracia,
 Su obligación tenía en mucha cuenta.
 Y los primeros frutos
 Y las primeras flores
 A su señor venían en tributos,
 Ya en primorosos ramos y hacecillos,
 Ya en pintados y frescos canastillos ;
 Y en dulce paz y en íntima armonía
 Esta pareja así feliz vivía,
 Y á sombra del palacio
 Ornaba mas y mas y enriquecía
 Del jardín el espacio,
 Donde á par de las plantas de cultivo
 Su rubia prole sin afán crecía
 En sus dos revoltosos muchachuelos
 De su madre á la par retrato vivo.
 De ellos con uno en brazos,
 Que apenas meses seis aun no cumplía
 La jardinera al corredor subía,
 Tendiendo él sus rosadas manecitas
 A las flores del grueso ramillete,
 Y ella sonriendo
 « Miralas qué bonitas »
 Junto al rostro al ponérselas diciendo
 Contemplábala el conde complacido
 Llegar á él con el infante en brazos,
 Y el ramo de sus manos admitido,
 Tendió los suyos al hermoso niño

Con espresion de cándido cariño.
 Mas el alegre infante,
 Sin fijar en el conde su mirada,
 Tornó atento el semblante
 A la fiera en su jaula acurrucada.
 Dormia el mónstruo al parecer, sumido
 En su quietud estúpida,
 Y el niño le miraba distraído
 Sin que de la afanosa jardinera
 Ni del risueño conde á los halagos
 El parvulillo su atencion volviera.
 A la tenacidad de esta mirada
 En el mónstruo clavada,
 La suya al par siguiéndola tendieron
 Cuantos en torno habia
 A la fiera enjaulada.
 Ya el mónstruo no dormia :
 Como si la mirada del infante
 En la suya inflamara oculto fuego,
 Sus ojos abrió luego,
 Y en los del niño los clavó anhelante,
 Permaneciendo inmables sus pupilas
 Cual si ante el niño se sintiera ciego.
 Entre ambos atraccion tan misteriosa
 Llamando al punto la atencion entera
 Del conde y de los suyos, en silencio
 Aguardaban el fin á que vendria
 Esta atraccion del niño y de la fiera
 Mas á pocos momentos
 De estar el uno sobre el otro fijo
 Contemplándose atentos,
 ¡Cuánto el asombro universal seria
 Oyendo al niño, mudo todavia,
 Que con sonora voz al mónstruo dijo :
 « Levántate, Guarino : harto te abona
 « En el juicio de Dios y tu conciencia
 « Tu larga penitencia.
 « Vuelve pues á tu sér : Dios te perdona. »
 Y el mónstruo su prision abandonando
 Y su salvage estupidez perdiendo,
 La antigua humana forma recobrando,
 Se arrodilló, á los cielos estendiendo
 Los brazos penitentes,
 La omnipotencia del Señor mostrando
 A la faz de las gentes;
 Y asombrados dejando
 A cuantos hubo en la ocasion presentes
 La estraña metamórfosis mirando.
 Luego á los piés del conde
 Postrado humildemente :
 « Herid, señor, decia;
 La justicia de Dios omnipotente
 Quiere sin duda que la culpa mia
 Espie á vuestros piés : hollad mi frente. »
 Y el buen conde, que apenas comprendia,
 Lo que decir queria,
 Respetuosamente
 La mano le tendia

Diciendo : « Levantad, que en quien Dios obra
 Prodigio semejante
 Cualquiera humillacion será de sodra
 De otro mortal delante. »
 Mas viendo que obstinado
 Permanecia ante sus piés de hinojos
 Llanto vertiendo de sus tristes ojos,
 Mandó que todo el mundo despejara :
 Y cuando todos estuvieron fuera
 Diálogo en soledad y cara á cara
 Se entabló entre los dos de esta manera :

 Mas lo que dijo al conde el penitente
 Relatará el capítulo siguiente.

CAPITULO SÉTIMO.

EL CONDE. — GUARINO.

El Conde. Quien quiera que seals, vos
 en quien tales
 Prodigios obra omnipotente Dios,
 Alzaos, y este que alcanzar no puedo
 Esplicadme.
Guarino. Pues bien, oid, señor.
 Teniais una hija hermosa y pura,
 Fruto gentil de vuestro casto amor,
 Fragante flor que embalsamaba el vaso
 De vuestro amante y noble corazon.
 Un rayo que en la atmósfera nublada
 El infernal espiritu inflamó
 En sus ojos ahogó la luz del día :
 Y en nombre del altísimo Hacedor
 Con esperanza de milagro fácil
 Un monge en Monserrate os señaló,
 Por cuyas oraciones vuestra hija
 Tornó á ver y gozar la luz del sol.
 De fundar un suntuoso monasterio
 Con piadosa y rectisima intencion
 Del ermitaño á cargo vuestra hija
 En la fragosa soledad quedó.
 ¡Mas ay! en vano en el siguiente dia
 Buscóla allí vuestro paterno amor,
 Ni ella ni el eremita en sitio alguno
 Fueron de nadie vistos hasta hoy.
El Conde. ¡Mas á qué renovar en mi
 memoria
 El manantial oculto de dolor,
 Que las corrientes hasta entonces puras
 Del mar de mi existencia envenenó?
Guarino. ¡Ay de mi! vuestra historia
 con la mia
 Mantiene tan estrecha relacion,
 Que para hablaros de mí mismo, fuerza
 Ha sido que os hablara antes de vos.
 Aquel santo eremita que los ojos
 De María á la luz á abrir volvió,

Aquel á cuyas férvidas plegarias
Tan singular prodigio obró el Señor,
En lugar de velar por la ovejuela
Que á su cuidado inermes se entregó,
Lobo inhumano se tornó contra ella,
En su sangre bañándose feroz.

El Conde. ¡En su sangre!

Guarino. Vertida gota á gota
Fué, y el vil asesino he sido yo.

El Conde. ¡Miserable de tí! toda la tuya
Saciarse no puede el vengativo ardor
En que la mia oyéndolo se abrasa.

Guarino. Tal vez para saciarla quiso Dios
Ponerme en vuestras manos, exigiendo
La venganza de crimen tan atroz.

El Conde. ¡Mónstruo! ¿qué fué lo que
instigarte pudo

A delito tan vil?

Guarino. Oíd, señor,

Y antes de dar mi sangre por la suya
Sabed toda mi horrible confesion :
Y doble la vergüenza de contárosla
La pena que la culpa mereció.

El Conde. Habla, y abrevia tu relato in-
fando;

Y calma para oírte me dé Dios.

Guarino. Vos en la soledad de las montañas
Me dejásteis vuestra hija : pensé yo
Que diez años de duras penitencias
Habrían de mi frágil corazón
Hecho castillo inespugnable, y ciego
Confíe de mí mismo en el valor.
La misma santidad de vuestra hija,
Su noble y celestial resolución,
Y el gran milagro que por mí reciente
Obró Dios, me sedujo y me animó.
Santa, pero muger, jóven y hermosa,
Debí de encomendarla al Salvador
Que la guardara bien, y huir en ella
La infernal escondida tentacion;
Mas yo, necio de mí, con falso orgullo,
Con inútil y estúpido fervor,
En la fé y la virtud por mantenerla
Mi virtud y mi fé Satan hundió.
Permaneci junto á la hermosa niña,
Dando á su fé primero admiracion,
Y despues admirando su hermosura
Que allí el infierno por mi mal envió.
Mi vista que en el trecho de diez años
En los cielos no mas, en la oracion,
O en la tierra con llanto penitente
Fervoroso ó humilde se fijó,
A contemplar su terrenal belleza
Tornóse con impúdica atencion,
Y el fuego de infernal concupiscencia
Dentro de mis entrañas se inflamó.

El Conde. ¡Basta, basta! Comprendo el
fin horrible

De esa historia fatal.

Guarino. Santo temor,
Soplo espirante de virtud dos veces
De la inocente hermosa me apartó,
Y otras dos veces me arrastró hácia ella
La astucia del demonio tentador;
Y al vértigo carnal de su apetito
Sucumbiendo mi imbécil corazón,
Víctima de mi torpe desvario
Su virginal pureza sucumbió.

El Conde. ¡Revelacion horrenda!

Guarino. Horrenda, pero
Todavía la culpa fué mayor.

El Conde. ¿Has hecho mas aun ?

Guarino. Cometí el crimen,
Y, en cuanto mi maldad le consumó,

Sus consecuencias en tropel bullente
Aglomeró en mi mente la razon,
Y Satanás poniéndose á mi lado
Me hizo entender y calcular su horror.

Los otros penitentes solitarios
Que habitaban las peñas como yo
Me trajó á la memoria, y que inocentes
De mi culpa á ser iban de ella en pos
Solo objetos de escándalo, y del mundo
A cargar con la injusta execracion.

« Vé, me dijo el demonio, mira, infame,

« A dónde tu maldad te despeñó.

« Al acusarte esa muger, entera

« Traerá la raza humana en derredor

« A maldecir la hipócrita malicia

« Que en tu impúdico pecho fermentó.

« Ese milagro real, que por tus manos

« Piadoso Dios y omnipotente obró

« A diabólica magia atribuido

« Va con razon á ser. ¡Mira el baldon

« Con que cubres, infame, estos desiertos,

« Santuarios otro tiempo del Señor!

« Esconde de los ojos de los hombres

« Ejemplo de tan vil profanacion,

« Al menos porque en todos no recaiga

« La pena que uno solo mereció :

« O al renegar de sus ministros viles

« Renegará su santa religion.

« Cubra al menos tu crimen el misterio,

« Engaña al universo por tu honor;

« No escuses otro crimen, si te salva,

« Y haz penitencia luego por los dos.»

Esto el infierno me inspiraba, y esto

Que yo escuchaba de su falsa voz,

De una falsa vergüenza en mi conciencia

Hizo brotar el humo embriagador.

Un pensamiento atroz, pero seguro,

A mi mente febril se presentó;

Y por sino fatal yendo arrastrado

A ponerlo en sangrienta ejecucion,

Privé de la existencia á la inocente

A quien privé primero del honor.

El Conde. ¡Bárbaro!

Guarino. Y en las rocas enterrándola,
Huí de Monserrate cuando el sol
Sumiendo en el Océano sus rayos
El velo á las tinieblas desplegó.

El Conde. En vano te busqué por las montañas.

Mas hoy...

Guarino. Fui de mi mismo con horror
A la sagrada capital del mundo
Mendigando mi pan; cruzé veloz
Ríos y montes, y llegando á Roma,
Del rebaño de Cristo ante el pastor
Postrado, de mis crímenes nefandos
Hice entera y contrita confesion.
El pontífice santo, del Eterno
En la tierra vicario, mi dolor
Y mi arrepentimiento contemplando,
Con estas condiciones me absolvió.
« Vuelve (me dijo) á Monserrate; pero
« Vuelve á morar en su áspero fragor
« Cual bestia, no cual hombre: dobla al suelo
« Tu frente como bruto: y posición [lo
« Manteniendo de tal, de cuatro remos
« Sírvete para andar en vez de dos.
« Y en penitente soledad tu vida
« Pasa en el monte en tal degradacion,
« Hasta que un tierno infante de seis meses
« De ello te absuelva en nombre del Señor.»
Yo obediente al pontífice supremo
Me volví como bruto á mi mansion
De Monserrate: de velludas lanas
Mi macilento cuerpo se cubrió,
Y destruida en mí la humana forma
Cual mónstruo me trajeron ante vos:
Ante quien el milagro prometido
Para fin de mi pena, se cumplió. —
Ahora, señor, pues aplaqué á los cielos,
Que escarmienten en mí será razon
Los hombres, y en la tierra á su justicia
Aplaque, quien su ley atropelló.

—
Postró el penitente humilde
Su venerable cabeza
Hasta el suelo, en que sus plantas
El conde ofendido asienta,
Y así en silencio quedaron
Uno en pié y otro por tierra;
Uno al castigo ofreciéndose
Y otro apreciando la oferta.
Pero al cabo el noble conde
Pesando allá en su conciencia
La justicia de su causa,
La inmensidad de la pena,
La razon de su venganza
Y la preza de su nobleza,
Rompió el silencio diciendo

Con voz conmovida y trémula:

« Alzad, Guarin, que no es justo
Que se muestre mas severa
Que la justicia del cielo
La justicia de la tierra.
Mi honra habeis ultrajado,
Allí dó con mas pureza
Se anidaba; con mi sangre
Habeis regado las peñas
De Monserrate, mas de ambas
La mancha injuriosa y fea
Lavado habeis con las lágrimas
De cristiana penitencia.
Yo os perdono como el cielo;
Volveos á las desiertas
Montañas, y vida triste
Pasad penitente en ellas.
Mas quiero una sola cosa
Rogaros, única prueba
Que exijo de vos, Guarino,
Del perdon en recompensa.
Mostradme el oculto sitio
De aquellas fragosas sierras
En donde yacen los restos
Que de mi María quedan.
Los que de mí estirpe nacen
Su tumba tienen dispuesta
En mas suntuoso lugar
Que el que sus restos encierra.
— Vuestros criados, señor,
Mandad que conmigo vengan,
Que en el lugar en que yacen
Tengo cavada una cueva
Donde cual fiera he vivido
Lamentando mi fiereza.
Sobre el césped que la cubre
Brotó, y entre él se conserva,
De los tiempos respetada,
Una silvestre azucena,
Símbolo de su desdicha
Y pendon de su inocencia,
Por los cielos levantado,
Mantenido en nombre de ella.
— Yo mismo iré allí á llorarla.
— Señor, pues que pronto sea.
— Partamos al punto.

— Vamos.

Y antes que una aurora nueva
Vuelva á alumbrar el oriente
Saldreis con tan santa empresa.»

CAPITULO OCTAVO.

LA AZUCENA SILVESTRE.

Cual marinero errante, que perdido
Su soberbio bajel, contra las olas
Lucha, á los restos del bajel asido
Cercaña viendo la ribera ya;

Cual golondrina errante que los mares
Cruza estraviada, y la cansada pluma
Agita conociendo los lugares
Donde á anidar acostumbrada está ;

Cual cierva que en la fuerza del estio
Sedienta vaga por el bosque espeso,
Y el agua oyendo del cercano rio
Hácia él se lanza cuando el agua ve :
Asi impaciente el padre de María
En las alas de una última esperanza
Partir á Monserrate apetecía
Con paternal y religiosa fé.

« De entre las yermas rocas se levante
Su despojo mortal, y en sitio digno
Salmos la iglesia á su memoria cante,
Y ore por su alma al compasivo Dios.
Bajo las anchas bóvedas del templo
Sus funerales místicos resuenen,
Y las campanas su recinto atruenen
Y álcese al cielo mi oracion en pos. »

Asi decia el piadoso conde
Transido de dolor,
Con tamaños intentos emprendiendo
Su peregrinacion.

Y del florido abril una mañana
Al despuntar el sol
Con Guarino y escasa comitiva
De la ciudad salió.

Unos pocos ginetes enlutados
Seguíanle en monton,
Y unos cuantos obreros que la tierra
A cavar destinó.

Un monge, que al hallar el cuerpo, su alma
Encomendara á Dios,
Iba al par en silencio en medio de ellos
Envuelto en su ropon.

La multitud encima de los muros
En silencio á mirarlos se agolpó,
Rogando ansiosos por el triste padre
Y por su hija al Señor.

Asi de Monserrate enderezaron
Al áspero fragor,
Y en la distancia del camino largo
La triste comitiva se sumió.

Un punto aun desde los altos muros
Como leve vapor,
El polvo de sus piés se percibía,
Pero tambien al fin se dispó.

A Monserrate van. ¿Pero quién sabe
Lo que les guarda en su honda soledad
El que posee del corazon la llave,
El que puede medir la eternidad?
Sí : Dios es Dios ; y Dios tan solo puede
Romper el velo á la futura edad ;
Solo á sus ojos el destino cede ;
Dios es la luz, la fuerza y la verdad.

Rayaba en el oriente
La claridad temprana
Del alba trasparente
De la fresca mañana
Del dia á aquel siguiente,
Cuando el conde á la falda de las rocas
De Monserrat llegaba con su gente.
El penitente Juan sus pasos guia,
Humillado al recuerdo vergonzoso
Del delito que allí cometió un dia,
Y como iban subiendo,
Al conde el monge se acercó diciendo :
« Señor, desde este cerro, que testigo
Fué en dia mas dichoso
De la piedad de Dios para conmigo,
De mi crimen despues y mi castigo,
Solos ambos quisiera
Que subiendo siguiéramos
Y solos cabo á nuestra empresa diéramos.
Entre estas cavidades
Penitente primero y luego fiero,
Escándalo de aquestas soledades
Largos años viví, y la edad futura
Pluguírame que nunca conociera
El sitio de mi horrenda desventura.
Resto de orgullo humano,
Que el mortal corazon misero encierra
Sea tal vez, mas me dará tormento
Saber que se hace público en la tierra
Mi culpa, mi castigo y mi aislamiento.
Temo la tentacion del diablo astuto
Y sé por esperiencia
El trecho que marcó la omnipotencia
Del racional al bruto. »
Wifredo, su caballo deteniendo
Y al monge con respeto contemplando,
Asi le dijo con acento blando :
« Sea como quereis ; vos que ante el trono
De Dios sois perdonado,
No habéis de ser por mí mas castigado,
Ni pasara de aquí con vos mi encono.
Secreto es vuestra historia
Que de mi labio no saldrá, escondida
Viviendo eternamente en mi memoria.
Diré que el cielo, de mi triste vida
Tal vez compadecido,
A mí os ha conducido
Para templar del alma la amargura,

El lugar escondido
 Mostrándome en que está su sepultura.
 Pues si por vuestro crimen inaudito
 Debiérais ser de mi venganza objeto,
 Por la mano de Dios estais bendito
 Y lo sois para mí de honra y respeto.
 Guiad y solos vamos,
 Solos su sepultura cavaremos,
 Y si algo de sus restos encontramos
 Hasta aquí á conducirlos bastaremos. »
 Y así diciendo el conde y al instante
 Mandando detener allí la gente,
 Solo siguió adelante
 En pos del milagroso penitente,
 Y ambos entre las breñas se metieron
 Y los ojos de todos se perdieron.
 Sereno estaba el día;
 El sol que por los cielos avanzaba
 Con purpurada luz resplandecía
 Y la tierra en sus luces se bañaba
 Y todo por la tierra sonreía.
 El tomillo oloroso,
 La madre selva espesa,
 La ancha amapola en su capullo aun presa,
 El silvestre jacinto
 Que á la margen sonora
 Crece del arroyuelo
 Y en su fresco color apenas tinto,
 El áspero majuelo,
 La todavía verde zarzamora
 Y el enredado endrino,
 Compañero del boj y del espino,
 El retorcido enebro y la retama
 Que en medio crecen de la amarga grama,
 Aromaban los valles silenciosos,
 Y prestaban colores y verdura
 A los lomos fragosos
 De aquellos montes, cuyas hondas grietas
 En las piedras escuetas
 Labra el agua que cae desde la altura.
 La tierra por dó quier juvenecida,
 Por el sol fecundada,
 De nueva y creadora primavera
 Se tornaba á mostrar con nueva vida
 Y con nuevo vigor robustecida,
 Con verdura mayor engalanada.
 Nueva generacion de mariposas
 Y de varios insectos zumbadores
 Ensayaban su vuelo en las hojosas
 Matas espesas de silvestres flores.
 Los blancos conejuelos,
 Los alegres y libres cervatillos,
 De su fuerza primera
 Iban ya haciendo alarde en la carrera;
 Triscando entre las zarzas y majuelos,
 Despuntando la grama y los tomillos
 Y horadando las faldas arenosas
 De los secos y blandos imontecillos,

Al instinto cediendo que se encierra
 En su naturaleza montesina
 De socavar la tierra.
 En la enramada verde
 Que, á una fuente vecina
 Que entre las peñas al brotar se pierde,
 Toma jugo en la linfa cristalina,
 La nueva cria de ligeras aves
 Silba, gorgoea y trina;
 Y el ronco cuervo, que con vuelo lento
 Se cierne mansamente sobre el viento,
 Graza con notas ásperas y graves
 La estacion de las flores
 Presintiendo contento.
 Naturaleza entera
 Brillante resplandece
 Ufana por dó quiera
 Anunciando la hermosa primavera;
 Y, todo en ella juventud y vida,
 Todo en ella armonía, luz y aroma
 Solo al placer convida.
 Y desde la ancha y verde y fresca loma
 Donde está detenida
 La comitiva de Wifredo entera,
 Por la vega estendida
 Y escarpada montaña
 Goza la perspectiva placentera
 Que desde allí se alcanza embebécida.
 En tanto su señor va lentamente
 Por las peñas trepando
 Detrás del silencioso penitente,
 Que por la soledad le va guiando,
 El sitio en que pecó triste buscando.
 La luz y la alegría
 De la naturaleza
 De ambos se aviene mal con la tristeza
 Y la razon que allí les conducia;
 Y sumido en sus propios pensamientos
 Marchaba cada cual á pasos lentos.
 Sube el monge la diestra asegurada
 En nudoso baston con que se ayuda,
 Y cruza el conde la hojarasca ruda,
 Báculo haciendo de su larga espada.
 Así por senda que tortuosa lleva
 De un aislado peñasco hasta la cima,
 Llegaron al lugar en que su cueva
 Labró Guarino, y cuyo centro estima
 En mas que los palacios colosales
 Que labraron del mundo los señores,
 Y que vienen á ser tan solamente
 Los nichos y las cifras sepulcrales
 Que sus nombres mortales
 Guardan un día mas entre la gente.
 Entre los huecos cascos
 De los hendidos lomos
 De dos duros peñascos
 Que las lluvias hendieron,
 De intencion de mirarlos con asomos,

Una grieta se abría,
 Que caverna de fieras parecía.
 Un pico del peñón algo avanzado
 Sobre su ancha abertura,
 Del viento y de la lluvia resguardado
 Un trozo de terreno mantenía,
 Que de tupido césped alfombrado
 De la gruta á la entrada se veía.
 Y de la estéril roca
 Por estrecha hendidura
 Bajaba de la cueva hasta la boca
 Un rico manantial de agua tan pura,
 Que, á través de sus líquidos cristales,
 De la piedra en que cáuce se formaba
 Se contaban las vetas transversales,
 Que el paso de la linfa había ido
 Puliendo en su caída, de manera
 Que en vez de piedra tosca se dijera
 Que en la concha mejor se había bruñido.
 La sonora corriente
 De esta escondida fuente,
 Hollando entre los céspedes descanso
 En el llano terreno
 Que estaba de ellos lleno,
 Formó entre aquellas yerbas un remanso;
 Y entre ellas á su curso abriendo calle,
 Dejando aquel lugar verde y fecundo,
 Iba á perderse en la mitad de un valle
 De los montes formado en el profundo.
 De este remanso el centro
 Formaba un montecillo
 Por el agua cercado,
 Seco, verde y aislado
 Por aquel manantial fecundizado,
 Que, de las altas rocas guarnecido,
 Cubierto por el pico adelantado
 Sobre la cueva oscura,
 Por la fuente regado
 Y en la pendiente rauda concluido,
 Era un bello paisaje en miniatura.
 Y de aquel montecillo en el altura
 Cubierta de verdura,
 Fresca, olorosa, amena,
 Brotaba una purísima azucena,
 La cual, aunque era flor sola y silvestre,
 Mas que en jardín cuidado
 Brillaba hermosa en su rincón campestre
 Que estaba con su aroma perfumado.
 Sus blancas hojas á la luz tendidas,
 Su simiente encerrada en los martillos
 Que de su centro alzan amarillos,
 Su tallo verde, fresco, alto, flexible,
 Mecido por el aura que perdida
 A aquel rincón llegaba imperceptible,
 Dándola oculto movimiento y vida,
 Hacían de la cándida azucena
 Un animado sér, solo habitante,
 Solo genio y señor de aquella escena.

Al llegar de la gruta ante la boca,
 En que aquella hendidura
 Escondida en la roca
 Guardaba de este sitio la hermosura,
 Y dó la entrada de la cueva toca,
 Postróse de rodillas Juan Guarino;
 Y absorto el noble conde,
 Viendo el primor que esconde
 Aquel sitio desierto y campesino,
 Se detuvo un momento
 Embebido en gozar el suave aroma
 De la flor de aquel grato apartamiento.
 « Hé aquí (esclamó Guarino, derramando
 Lágrimas) el lugar en que escondido
 Mi delito lloré, sobre la tierra
 Dó fué mi doble crimen cometido.
 Hé aquí, señor, la tumba en que reposa
 La hija de que os privé: bajo la altura
 De ese monton de tierra y de verdura
 Duermen los restos de la mas hermosa
 É inocente criatura:
 Y esa blanca azucena
 Tal vez del jugo de su sangre pura
 El jugo bebe que su caliz llena.
 Cuando en fiera tornado, á esta montaña
 Me volví desde Roma peregrino
 A cumplir penitente mi destino,
 Había aquí brotado
 El manantial bullente y cristalino
 Que tenia cercado
 El lugar á su tumba señalado.
 La azucena sobre él ya abierta estaba,
 Y cual lugar sagrado
 Que el Señor me vedaba
 Por mí en mi penitencia respetado
 Fué, y con mi llanto de dolor regado.
 Yo he visto en esa flor siempre inmarchita
 Una futura prenda de esperanza
 Por el cielo bendita:
 Y en esa flor á quien jamás alcanza
 El fin que á todas dió naturaleza,
 De la muger á mi maldad rendida
 El simbolo miré de la pureza,
 Atropellada sí, mas no perdida.
 Único amor del triste solitario,
 Su única compañía en el desierto,
 Única luz del tenebroso osario
 Del mundo para el cual vivía muerto
 Único paso á mi esperanza abierto,
 Mi corazón en ella ha concentrado
 Cuanta fé y cuanto amor ha conservado.
 Única prenda que me liga al mundo,
 Solo recuerdo de la edad pasada,
 Tras del amor á Dios es el segundo
 En mi alma con mis lágrimas lavada
 El amor á esa flor inmaculada.
 Yo creo ver en ella
 Vivir á la hija que llorais: yo creo

Que su alma pura y bella
 Vive dentro del cañiz conservada ;
 Y entre sus hojas su semblante veo ;
 Y oigo sonar su voz cuando se mece
 Entre sus blancas hojas,
 Y si el tiempo á mis ojos la agostara,
 Tanto cuanto lloré por el pecado
 Que dentro de esa tumba la encerrara
 Sobre el tallo truncado
 De esa azucena mística llorara. »

Y así diciendo, el infeliz Guarino,
 Por tierra prosternado,
 De aquel último bien se despedía
 Tanto tiempo por él idolatrado,
 La sepultura en que raiz tenía
 A destruir él mismo preparado.
 Y el conde embebecido
 En lo que al labio de Guarino oía,
 En pié junto á él seguía
 Inmóvil, silencioso y distraído.

—

Wifredo de repente,
 De esta meditacion saliendo, dijo
 Con decidida voz al penitente :
 « No perdamos, hermano,
 El tiempo necliamente ;
 Esa tumba cavemos
 Y apartemos de aquí su resto humano. »
 Y obediente Guarino,
 Designado con calma á su destino,
 Con la azada en la mano
 Resuelto se llegó á la verde altura
 Dó la hermosa azucena
 Marcaba la campestre sepultura.
 Y Wifredo á su vez, la aguda pena
 Del corazon paterno
 Desahogando en dos lágrimas espesas,
 Gotas que lanza al manantial interno
 Que inextinguible en sus entrañas mana,
 De otro azadon asiendo, se dispuso
 Lo que resta á buscar de lo que un dia
 Fué de sus ojos luz, fué su María.
 Con el secreto intento
 De que aquella azucena perfumada
 Quedará, á ser posible, respetada
 En el lugar en donde tiene asiento,
 Por el opuesto lado comenzaron
 Del fúnebre monton dó está arraigada ;
 Mas apenas hundieron
 En tierra el azadon, de ver echaron
 Que el verde montecillo que creyeron
 Tierra compacta y dura
 Blanda y recientemente removida
 Estaba, y seca y leve mantenida
 Entre el agua, y debajo la verdura
 Que la tienen cubierta y circuida :

Y cuanto con mas tiento la tocaban,
 Mas fácilmente por entrambos lados
 Sus golpes á la par desmoronaban
 La tierra, y los arbustos que arraigados
 En ella vegetaban.
 Lejos de sí los instrumentos rudos
 Arrojaron, y á impulso de un instinto
 Igual, hundieron en la blanda tierra,
 Y á apartarla empezaron cuidadosos
 Con sus dedos desnudos.
 Pronto dieron sus manos
 Con un oculto objeto
 De la tierra distinto :
 Mas, suave al tacto, con calor, con vida,
 No era el objeto oculto el esqueleto
 De enterrada muger, á quien los años
 Y la tierra tendrían consumida.
 El secreto terror y afan interno
 Heló la voz en su garganta, y ambos,
 Apartando en silencio el polvo leve,
 Descubrieron, y entrambos asombrados,
 Dos piés, que como el ampo de la nieve
 Mantenía la tierra conservados.
 Un ligero color rosado y puro
 Bajo su piel se percibía apenas
 Y á través de la piel el trazo oscuro
 Se vía de sus venas,
 Cual si la vida aun de sangre líquida
 Las mantuviera llenas.
 De aquellos piés purísimos la planta
 Verticalmente inmóvil,
 Que siempre en los cadáveres espanta,
 Lejos de dar horror, á la mirada
 Solamente esponía
 La perfeccion, pureza y hermosura
 De una obra de escultura
 Diestramente pulida y acabada.
 El grato anhelo, la interior zozobra
 Que ambos á dos sintieron,
 Seguir les hizo la empezada obra ;
 Y apartando los céspedes y tierra,
 En silencio siguieron
 Hasta que el tronco entero descubrieron.
 Que envuelto en sus vestidos
 Apenas por el agua humedecidos,
 Y apenas arrugados
 Por la tierra en que estaban enterrados,
 Envolvían el cuerpo de María,
 Que dormida y no muerta parecía.
 Escondida no mas de su belleza
 Quedaba la bellísima cabeza
 Y la garganta blanca,
 Donde una herida fresca se descubre
 Desde la cual arranca
 La raiz de la cándida azucena,
 Que sobre el sitio en que descansa brota :
 Y que fuerza será cuando el semblante
 Descubran, que la flor se arranque rota.

Comprendiéndolo al par ambos, á un tiempo
 Las manos detuvieron,
 Y arrasados en lágrimas los ojos
 Ante aquellos para ambos
 Sagrados y bellisimos despojos,
 Gran trecho sin accion se mantuvieron.
 Mas el conde por fin, de irresistible
 Voluntad impelido,
 Con un postrer esfuerzo despejando
 El rostro aun escondido
 De su María hermosa,
 Vió de la virgen la figura entera
 Cuyo labio animaba
 Dulcísima sonrisa placentera :
 Cuya tez inmarchita coloraba
 Animado color de nieve y rosa,
 Y en cuyos tenues párpados cerrados
 Transparente se via
 La pura luz que á su través lucia
 En sus ojos, aun iluminados,
 Con la lumbre vital que dentro ardía.
 Mas en tanto la flor fragante y pura
 Que sobre ella crecía,
 Y de la muerta virgen en el cuello
 Sus raíces asia,
 Por el suelo truncada -
 Por entre el césped húmedo yacia,
 Roto su tallo pero no manchada.
 Tendió el conde sus manos
 A la prenda de su alma idolatrada,
 Y á la caída flor el penitente,
 Cuando esta de repente,
 Por invisible mano arrebatada,
 Se perdió en el azul del manso ambiente,
 Y la pura region del vago viento
 Armonizó una música divina
 Que venia del alto firmamento
 Detrás brotando de su azul cortina.
 El celestial compás de aquella santa
 Misteriosa armonía, llamó al cielo
 La atención de Wifredo y de Guarino;
 Y al ver el cuadro mágico y divino
 Que les mostró su descornado velo,
 Se borró de María en la garganta
 La señal de su herida;
 Y á ver la aparicion en luz radiante

Que en medio de los aires suspendida
 De su vista mortal está delante,
 Tornó á su corazon la dulce vida.

Por el sol coronada,
 De las estrellas fúlgidas vestida,
 De la luna calzada,
 Y de ángeles en hombros conducida,
 La Madre del Cordero inmaculada
 Sonreía á los tres, que arrodillados
 Y absortos contemplaban
 La divina vision embelesados.
 La Purísima Madre del Dios niño
 En sus manos mas blancas que el armiño
 La azucena silvestre mantenía,
 Y con celeste acento
 Que empapó la montaña en armonía
 De són mas apacible, grato y lento
 Que el murmullo del bosque, el mar y el
 viento,

Con sonrisa hechicera
 Dijo, vuelta á los tres de esta manera :
 « Donde no hay voluntad tampoco crimen;
 « Ilesa pues la virginal pureza
 « María conservó, y en la aspereza
 « De los montes siete años penitentes
 « De otro castigo al matador redimen
 « En los juicios de Dios omnipotentes.
 « En medio de estas peñas se levante
 « Sombrio monasterio,
 « Que del Señor las maravillas cante :
 « Otra vez á arraigar esa azucena
 « Vuelva en las rocas de perfume llena,
 « Prenda y señal de celestial misterio :
 « Y cuando en el sepulcro preparado
 « Vuestro despojo corporal se suma,
 « Sobre el sepulcro de los tres cerrado
 « La azucena silvestre se consuma. »

Espiró de la Virgen el acento :
 Y, cesando la célica armonía,
 La mística vision deshizo el viento.
 Volvió á brotar la flor, y á un tiempo ante ella
 Cayeron bendiciendo su destino,
 El noble conde, la feliz doncella,
 Y el santo penitente Juan Guarino.



EL DESAFIO DEL DIABLO,

LEYENDA TRADICIONAL.

INTRODUCCION.

Nació Doña Beatriz
Para monja destinada:
Mas salió al mundo inclinada
Y no fué eleccion feliz.

Con demasiado devoto
Corazon, en su preñez
Hizo su madre tal vez
Tan desatinado voto.

Porque fué tal el tormento
Que antes de nacer la dió
Beatriz, que se temió
Por ella y con fundamento;

Y ella, á impulsos del fatal
Dolor, á Dios hizo ofrenda
De aquella azarosa prenda
De la dicha maternal.

¿ Mas porqué á Dios ofrecer
Lo que otro ha de cumplir ?
¿ Quién puede; necio ! decir
Lo que otro ha de querer ?

Ello es una aberracion :
Mas ello es cierto tambien
Que de estas cosas se ven,
Y así muchas madres son.

En vez de ofrecer por sí,
En mal de que bien salieron,
Por sus hijos ofrecieron.
¡ Tantos malos hay así !

Pero ¡ oh lector ! felizmente
En los tiempos que alcanzam
De estos sucesos no hallamos
Ejemplos tan comunmente.

Aunque tú te acordarás,
Por vano que hayas el seso,
Que pasaban con exceso
Diez ó doce años atrás.

¿ No era duelo ver un chico
De seis años enredando
Por la calle, y ya arrastrando
Un hábito dominico ?

¿ O asida á los guardapieses
De una fresca montañesa,
Hecha una santa Teresa
Una chica de once meses ?

Así Beatriz anduvo
Toda su infancia : así oía
Las razones noche y día
Que para el hábito hubo

Y así pasaron sus bellos
Y primeros ocho abriles,
Entre juegos infantiles,
Sin ver lo que iba tras ellos.

Hasta que al fin una noche
Lujosamente ataviada
Y de flores coronada
La metieron en un coche.

Ella, al mirarse tan linda,
Con errado pensamiento
Juzga que solo el convento
Con dicha y flores la brinda.

Y el ser monja no la pesa
Si siempre ha de ser querida,
Como cuando recibida
Fué por la madre abadesa.

Quedóse en el locutorio
Su madre, y la superiora

Llevóla, pues era hora,
A cenar al refectorio.

Allí todas á porfía
Las madres la acariciaron,
La dieron y la otorgaron
Cuanto en gana la venía.

Así Doña Beatriz
Quedó á monja destinada
Y en el convento encerrada;
Mas ¿ fué dentro de él feliz ?

¡ Ah ! fueron unos tras otros
Sus dulces años huyendo,
Nacer en su ánima haciendo
El deseo y la razon :
Y huyéronse una por una
Las deliciosas visiones,
Las dichosas ilusiones
Que adoró su corazon.

Sintió dentro de él entonces
Desconocido, insufrible,
Un deseo incomprensible,
Una triste vaguedad
Que turbaba eternamente
Sus oraciones, sus sueños,
Con recuerdos halagieños
De otro mundo y de otra edad.

Del órgano delicioso
Entre la santa armonía
Otras músicas oía
De mas alegre compás :
Y de los santos ejemplos
En las sagradas memorias
El gérmen de otras historias
Mas seductoras quizás.

Y ella bulliciosa un tiempo,
Y alegre y entretenida,
Silenciosa y distraida,
Y triste á andar empezó;
Y oculta allá de su celda,
En un rincon solitario,
El ídolo en formas vario
De la libertad amó.

Presentáronse á su ardiente
Y exaltada fantasía
Los gustos á que algun día
Renunció sin grande afán ;
Y vió con mortal tristeza
Que ahora los apetece,
¡ Ay ! porque de ellos carece,
Porque vedados la están.

Aquella verde y frondosa
Ribera fresca de un rio,
Que paseaba en el estío
De la luna el resplandor :
Aquella fuente escondida
Del soto entre los jarales,
En cuyos frescos raudales
Su sed templaba y su ardor :

Aquellos anchos balcones,
Sin reja y sin celosía,
Que allá en su casa tenía
La calle para mirar,
Y á través de cuyos lienzos
Podía tranquilamente
El tumulto de la gente
Y el aire libre gozar :

Todos los dulces recuerdos
De su deliciosa infancia,
Dorados por la distancia,
Mas caros á su ansiedad,
Hervían en su memoria,
Despertando sus pasiones
Las primeras emociones
De su juvenil edad.

Y en la orilla de aquel rio,
Y en redor de aquella fuente,
Y entre la turba de gente
Que vía por su balcon,
Tal vez alcanzaba errando
Una vision hechicera
Cuya sombra pasajera
Turbaba su corazon.

« ¡ Ay ! exclamaba la triste,
Contristada y dolorida :
¡ Cuán monotoná es mi vida,
Cuán sin gloria y sin placer !
¿ Qué es para mí el universo,
Si yo cual ave entre redes
Estoy entre esas paredes
Condenada á nunca ver ?

¿ Qué valen las maravillas
Que Dios sembró por su suelo,
Si solo alcanzo del cielo
Un giron escaso y ruin,
Y el cántico pasajero
De algun pajarillo errante
Que se detiene un instante
En las ramas del jardin ? »

Así en el fondo del claustro
Donde cautiva moraba,
Allá á sus solas pensaba
La olvidada Beatriz.

Y así corriendo los años
Se prepara, aunque la pesa,
A quedar monja profesa
Y á no ser nunca feliz.

Mas ¡ay! que oculto veneno
De estas memorias amargas
Prensadas de horas tan largas
En la larga soledad
En su corazon fermenta,
Y del corazon brotando
Va en su cuerpo germinando
Peligrosa enfermedad.

Profunda melancolía
El corazon la devora,
Vibora desgarradora
Que con él ha de acabar :
Y lenta é inestinguible,
Que sin descanso la deja,
Fiebre ardorosa la aqueja
Imposible de atajar.

Hierve en sus venas la sangre
Sin alivio de un momento,
Acosan su pensamiento
Mil delirios en tropel :
Asaltan su fantasia
Mil imposibles antojos,
Y llanto vierten sus ojos
Mas amargo que la hiel.

Las drogas de los empíricos
No pueden con su dolencia :
Ninguno logra la ausencia
De su recóndito mal.
En vano su ciencia apuran,
Sus elixires destilan
En vano, nunca aniquilan
Aquella fiebre infernal.

¡Pobre niña! consumida
Por fuego íntimo y secreto
Busca en vano un amuleto
Contra tal desolacion :
Mas en vano los doctores
Con sus brebajes la afligen,
Si del mal está el origen
En su ardiente corazon.

¿Quién ocasiona sus lágrimas?
¿Quién la arranca sus suspiros?
¿Quién ¡ay! tan fatales giros
A sus desvaríos da?
« ¡Lejos de mí! en los accesos
Grita de su calentura.
Vuestra vista es mi tortura;
¡Quién de vos me libraré!

¡Lejos de mí, lejos, lejos!
Fieros espectros con tocas,
Que con hipócritas bocas
Me predicais la virtud,
Y con fraternales manos
Me estais preparando un traje
Con que mas horrenda baje
Despechada al ataud.

¡Lejos! dejadme tranquila;
Me estais ahogando... dejadme;
Abrid la reja, aire dadme,
Quiero el aura respirar... »
Y así Beatriz diciendo
Se desespera y se agita
Con violencia inaudita,
Con iracundo pesar.

Hasta que al cabo la fiebre
La debilita y la estenua,
Y el hondo letargo atenúa
De su delirio el ardor ;
Y las madres aterradas
Conjuran con oraciones
De sus horrendas visiones
El tropel fascinador.

Sus padres (que al cabo lo eran)
Con intento mas humano
Otro médico mundano
Resolviéronse á llevar,
Y á pesar de los obstáculos
Que las monjas opusieron,
Una tarde consiguieron
Hasta la celda llegar.

El doctor, hombre de graves
Conocimientos científicos,
Condenó los específicos
Y las drogas condenó :
Y enterado de los síntomas,
Con la fria indiferencia
Del oficio y de la ciencia
Tal plática ocasionó.

El Doctor. ¿Qué edad tiene esta muchacha?

El Padre. Quince años.

El Doctor. ¿Ha profesado?

El Padre. Aun está en el noviciado.

El Doctor. Pues remedio tiene aún.

El Padre. Decid cuál.

El Doctor. Uno tan solo :

Si adoptarlo no se quiere,
Esta muchacha se muere.

La Abadesa. Decidnos cuál, y según
Si no es algun sortilegio
O algun infernal conjuro...

El Doctor. Madre, aquí no hay nada impuro

¡Por vida de Barrabás!
Yo tengo un coche á la puerta,
La vestimos al momento
Y la saco del convento.

La Abadesa. ¡Sacarla, Jesus!

El Doctor. No hay mas.

La Abadesa. ¡Sacarla dice! ¡qué audacia!

¡Estraer una novicia!
El rey nos hará la justicia;
No será.

El Doctor. ¿Cómo que no?
Enfermo á quien tomo el pulso
Y á quien remedio consigo
Se salva ó muere conmigo.

La Abadesa. Yo haré....

El Doctor (*interrumpiéndola*).

Quien hará soy yo.

(*Al padre.*) Señor mio, ¿tener hija
Quereis ó no? Vamos claros.

El Padre. Sí, si.

El Doctor. Pues fuera reparos
Y agarrad de ese colchon.

El Padre. ¿Qué vais á hacer?

El Doctor. A llevármela.

El Padre. ¿Y el poder de la abadesa?

El Doctor. Si la chica no es profes
Nada puede en conclusion.
Con que asid de esas dos puntas
O vámonos y que muera.

Y hablando de esta manera
Entre el padre y el doctor,
A pesar de todo el claustró,
De su hija Beatriz asieron
Y en el coche la pusieron;
Y las mulas, con vigor
Arrancando, les sacaron
De la grita y confusion
Con que el coro de las monjas
A despedirles salió.
Y desde aquí, tras aquesta
Necesaria introduccion,
Toma principio la historia,
¡Oh carisimo lector!
Y esta no es fábula vieja
Hallada en un cronicon;
No es fantástica leyenda
De que soy el inventor.
Es tal cual voy á escribirla
Del pueblo una tradicion,
De boca de un pueblo oida,
Siendo un viejo el narrador,
Y la cual voy á contarte
Como á mí me la contó.

PRIMERA PARTE.

I.

En el fondo de un valle
Por en medio del cual ancha vertiente
Abre á las turbias aguas de un torrente
Honda y torcida calle;
Torrente en el invierno
Y arroyo en el estío,
En julio despreciado, y en diciembre
Con honores de rio;
Cercado de peñascos y maleza
Por ambos horizontes,
Y hundido entre dos montes
De fértil aspereza :
En este valle, pues, y estas montañas
Poseia Don Lucas de Hinestrosa,
Padre de Beatriz, quinta escondida,
Saludable y frondosa,
Y en el sitio mejor de ambas Españas
Sentada y construida.

En Córdoba la bella,
Ciudad moruna de recuerdos rica,
Cuyas calles estrechas
Y cuyas casas de ladrillos hechas
El gusto actual critica ;
Mas cuya situacion encantadora,
Cuyo nombre halagüeño
Como memoria de agradable sueño
El Moro aún en el desierto adora.

En aquellas montañas formidables
Habitadas un dia
Por viejos ermitaños venerables,
Y habitadas primero
Por derviches fanáticos, es donde
Don Lucas de Hinestrosa
A Beatriz esconde,
Y allí, donde la cándida novicia
El aire y agua saludable goza
A su nociva enfermedad propicia.

Allí á lo menos desde la alta cumbre
Libres pasean sus avaros ojos
Estenso campo ; y vária muchedumbre
De objetos mil distintos,
De la naturaleza mil antojos
Alcanzan por los mágicos recintos
De aquellos naturales laberintos.

Allí goza del cielo
Cuanto abarcan entrambos horizontes
Y largo campo del vistoso suelo.
Allí en la estensa vega
Que ancho el Guadalquivir fecunda y riega,
Ve cubrir la magnífica campiña
El apareado olivo siempre verde,
La rubia mies y la fecunda viña,
Y la estendida pita
Sembrada en los vallados,

Y la roja amapola que se agita
Dando aroma y color á los sembrados:
Y las hojas pegadas
De los higos de tuna,
De los lagartos con pasión amadas,
Y de la sorda abeja acariciadas.

Y ve los anchos sotos
Y las verdes dehesas,
Donde encerradas en campestres cotos
Dan crías retozonas y traviesas
Las generosas yeguas cordobesas.

Y ve la hermosa Beatriz pasmada,
Desde aquellos peñascos donde habita,
La población morisca coronada
Por la bella y más célebre mezquita
A los ginetes moros conquistada.

Y ve á sus piés en la montuosa tierra,
Teatro un tiempo de azarosa guerra,
Brotar continuamente,
Cercados de silvestres florecillas,
Ya el manantial de rumorosa fuente,
Ya corpulentos robles,
Ya enlazada á las hayas amarillas
Con recios brazos y con nudos dobles
La cariñosa yedra

Cuya oculta raíz nace en la piedra.
Allí el aire tranquilo se embalsama
Con los gratos olores
Que la feraz frondosidad derrama:
Y se respira pura
El aura salutífera que impregnan
Con su aroma las flores,
Las fuentes con vapores y frescura.

Allí la limpia atmósfera armonizan
Las pasajeras aves
Con cánticos suaves
Que los sentidos con el alma hechizan

Y allí pasa Beatriz el tiempo breve
De la estación florida,
Rápida imagen de la corta vida
Que en la tierra habitar acaso debe,
Y allí pasa sus días á lo menos,
Ya que no entre placeres bulliciosos,
Alegres, y serenos
Y libres, con sueños deliciosos.

Su padre la acompaña,
Y el doctor la visita,
Y en dulce soledad vive sin cuita,
Al mundo entero y al convento estraña.

El oro de Don Lucas de Hiestrosa
Sus caprichos y gustos la previene,
Y con su vida Beatriz se aviene,
Y lejos del convento muy dichosa.

II.

Apenas anochecía:
La luz apuntaba apenas

De melancólica luna
En una noche serena,
Cuando en sabrosas memorias
Y en ilusiones risueñas
Embebida está Beatriz
De su alquería en la puerta.
Cómico sillón la ofrece
La espesa y mullida yerba,
Y el són del aire la arrulla
Que la acaricia y refresca.
Sobre la rodilla el codo,
La frente en la palma puesta,
Sin dirección las miradas
Y sin norte las ideas,
Está en una de esas horas
De misteriosa pereza,
De tranquilidad y calma
En que nada nos inquieta,
Nada nos place ni turba
Y nada nos interesa;
Ni se sufre ni se goza,
Ni se quiere ni se piensa.
De esta abstracción melancólica
Que la absorbe las potencias
Y la embarga los sentidos,
Y el ánima la enajena,
Vino á sacarla á deshora
Una voz sonora y recia
Que la dijo: « Buenas noches, »
Y á la que respondió ella
Con un ¡ay! que á un tiempo mismo
Miedo indicaba y sorpresa.
¡Silencio! el recién venido
Eclamó, y la mano asíéndola
Dijo: Enemigos me siguen,
Pero es preciso que pierdan
Mi rastro, y que yo del monte
Por la espesura me meta.

Beatriz. ¿Y qué queréis?

El Hombre. Un instante

De descanso, por las breñas
Para seguir mi camino:
Y si mis contrarios llegan,
Un rincón en que ocultarme
Mientras pasa la tormenta.

Y así aquel hombre diciendo,
Entró con libre franqueza
En la alquería, y tendióse
Sobre un sillón de baqueta.
Siguióle Beatriz absorta,
Y entre turbada y resuelta
Sacó un velón encendido
Que puso sobre una mesa:
Y hacía el incógnito intruso
Tendió la mirada incierta,
Mas apartóla encontrando
La suya clavada en ella.

Subi6la á entrambas mejillas
 El carmín de la vergüenza,
 Y quedó ante el forastero
 De pié, y silenciosa y trémula.
 Yo no sé qué es lo que tiene
 Una mirada serena,
 Fija, osada y sostenida
 Que se lanza de la negra
 Pupila de un ojo ardiente,
 Por bajo fruncida ceja
 Que oculta el camino cierto
 Que aquella mirada lleva,
 Y la intencion que recata,
 Y el sentimiento que espresa
 Cuando sabe uno que está
 Sobre su semblante puesta :
 Pero ello es cierto que á veces
 Esta mirada nos quema
 Con el fuego que despide
 Y con su peso nos prensa.
 El rostro se nos enciende,
 Los oídos nos chispean,
 Y aunque no nos atrevemos
 Otra mirada á oponerla,
 Sentimos que está en nosotros
 Posada, y el alma inquieta
 Anda recelosa dentro
 Del corazón dando vueltas.
 Tal está la pobre niña
 Haciendo que hace una trenza
 Del cordón del delantal
 Que en los dedos se la enreda,
 Mientras los ojos del hombre
 Siguen clavados en ellz
 Sin apartarse un momento,
 Sin pestañear siquiera.
 ¿Qué piensa el desconocido?
 ¿Cuál será la consecuencia
 Que de su exámen deduzca?
 ¿Será propicia ó siniestra?
 ¿Porqué no se desemboza
 Y franco el semblante muestra?
 ¿Será deforme ó hermoso?
 Tal vez de un bandido sea,
 Tal vez de un infortunado.
 ¡De ambos quizá!... Todas estas
 Preguntas y conjeturas
 Se hace la muchacha, mientras
 La contempla él de hito en hito.
 Mas solución ni respuesta
 Para ninguna en sus datos
 Ni en las palabras encuentra.
 Mas no duró mucho tiempo
 Su zozobra, una tos seca
 Del inc6gnito la puso
 A sus palabras atenta.
 Alzó Beatriz poco á poco
 Y volvió á él la cabeza,

Y él que la intencion conoce
 Y advierte lo que desea,
 Viendo además que ya acaso
 A ser descortés empieza,
 Con ella al cabo la plática
 Entabló de esta manera.

El Hombre. ¿Cómo os llamais?

Beatriz. Beatriz

De Hinesrosa.

El Hombre. ¿De esta tierra

Sois natural?

Beatriz. No, señor.

El Hombre. ¿De dónde, pues?

Beatriz. Madrileña.

El Hombre. Buen país para quien puede
 Vivir en la corte.

Beatriz. ¿En ella

No habeis nunca estado vos?

El Hombre. Si á fé mía, pero ciertas

Conveniencias personales

Me echaron á las riberas

Que baña el Guadalquivir :

Mas decidme, si indiscreta

No es la pregunta, ¿esta quinta

Que estais habitando es vuestra?

Beatriz. De mi padre.

El Hombre. ¿Y por qué causa,

Siendo tan niña y tan bella

En la soledad del monte

Y en sus muros os encierra?

Beatriz. Porque mi salud lo exige,

Y los doctores esperan

Que sus aguas y sus aires

Muy pronto me restablezcan.

El Hombre. ¿Qué mal padecéis

Beatriz. Ninguno

Ya; tres meses en la sierra

Me han aprovechado mucho :

Mi salud casi es completa.

El Hombre. ¿Y quién aquí os acompaña?

Beatriz. Mi padre y un aya vieja

Con tres criados que cuidan

De la casa y de la huerta.

Aunque esta noche he oído

Que es muy probable que venga

Mi hermano Carlos : mi padre

Bajó á esperarle á la vega.

Hubo aquí un punto de pausa,

Tras del cual, como si hubiera

Sonado la hora precisa,

U oído palabra ó seña

Que aguardara, el forastero

Alzóse y fuése á la puerta.

Beatriz. ¿Ya os vais?

El Hombre. Sí, mas molestaros

No quiero con mi presencia.

Nadie hay sobre mi camino,
Beatriz, y partir es fuerza.

Beatriz. En verdad, señor hidalgo,
Que á mí en nada me molesta :
Y si es que no os incomoda
De padre aguardar la vuelta,
Pasar en esta alquería
Toda la noche podríais.

El Hombre. Gracias; el sitio á que voy
Está, Beatriz, muy cerca,
Y fuera de allí me importa
Que sorprenderme no puedan.
Sin embargo, si algun día
Mi suerte fatal se trueca
Y puedo con libertad
Pasearme por la tierra,
Espero volver á veros'
Si es que me otorgais licencia.

Beatriz. Cuando gustéis : aunque juzgo
Que es cosa difícil esa.

El Hombre. ¿Porqué?

Beatriz. Porque á fin de agosto
A mi convento me llevan.

El Hombre. ¿A vuestro convento?

Beatriz. Sí.

El Hombre. ¿Sois monja, pues?

Beatriz. No profesas
Todavía, soy novicia

Desde mi infancia mas tierna,
Que así lo ofreció mi madre
Antes de que yo naciera.

El Hombre. ¿Y vos os vais á ser monja
Tan solo por su promesa?

Beatriz. Esto ha de ser.

El Hombre. Pero vos
No vais, Beatriz, contenta.

Beatriz. Algunos años lo estuve;
Mas me puse tan enferma
Después, que fué necesario,
Porque allí no me muriera,
Sacarme del monasterio.

El Hombre. Y decidme, ¿qué edad era
La vuestra cuando á él os fuísteis?

Beatriz. Tendría ocho años apenas.

El Hombre. Tiranos padres teneis
Si en tal proyecto se empeñan,
Y á ser hoy mi poder otro
Jamás se lo consintiera.

Beatriz. ¡ Vos abrazarais mi causa!

El Hombre. Fuera mala ó fuera buena.

Beatriz. Con mi padre os empeñarais...

El Hombre. Y le hablara en buena lengua,
Tan clara y tan comprensible
Que por tenaz que anduviera
Pronto le convencería.
Pero son vanas ofertas,
Beatriz, porque en este punto
Yo propio amparo y defensa

Necesito; mas si un día
En trance fatal os viérais,
O en amarga desventura,
Y me veis lejos ó cerca,
Venid á mí; que si un hombre
Puede con brío ó destreza
Sacaros de aquel mal paso,
No ha de faltar quien se atreva.

Esto dicho, el forastero,
Sintiendo que por la cuesta
Sube gente, á largos pasos
Metióse por la maleza.
Y al cabo de unos minutos
Asomaron por las cercas
El de Hinestrosa y su hijo,
Y en su mula pelinegra
El doctor, que ganó un pleito
Contra la madre abadesa,
Y con Beatriz y su padre
Sincera amistad conserva.

III.

DON LUCAS. — DON CARLOS, su ijo. — EL
DOCTOR y BEATRIZ cenando en el comedor
de la alquería.

Carlos al Doctor. ¿Y qué tenemos con eso?
Porque ese hombre sea valiente,
¿Le ha de sacar su valor
Del alcance de las leyes?

El Doctor á Carlos. Mancebo, á lo que
imagino,

Poco de esto se os entiende;
Los soldados que le siguen
Le respetan ó le temen.

Carlos. Si me contareis á mí
Los milagros del hombre ese
Cuando he vivido con él
Mas de un año. Diez y siete
Tenía cuando su casa
Abandonó y sus parientes,
Y sentó plaza.

El Doctor. Es exacto.

Carlos. A los veinte y tres y meses
Dió á un capitán de estocadas
En un duelo.

El Doctor. Ciertamente,
También es verdad.

Carlos. Fué preso
Y presentado á sus jueces,
Y la sentencia era clara,
Le condenaron á muerte.

El Doctor. Mas os habeis olvidado,
Señor cronista, que fué este
El motivo único y solo

Para que al día siguiente
Se alzase su compañía,
Y á ella otras cuatro se uniesen,
Pidiendo á voces su vida
Y jurando defenderle.

Carlos. Todo obra de sus amigos.

El Doctor. Lo que prueba que los tiene,
Que los soldados le amaban,
Y que positivamente,
Pues saben hoy que es su mismo
Compañero, le protegen.

Carlos. Vaya, vaya, buen doctor,
Que si quisiera quien puede,
Antes de veinte y cuatro horas
Habria quien le prendiese.
Y el valor no le escudara,
Porque sabeis que es patente
Que jugó su patrimonio,
Y que dejó muchas veces
Muertos en el campo á hombres
Por quien llora aun mucha gente.
Y en fin, que tras muchos lances,
Pobre y perseguido viéndose
Por la justicia, á los montes
Vino al cabo á guarecerse,
Y uniéndose á los bandidos
Ha venido á ser su jefe.

El Doctor. Y eso prueba, amigo Carlos,
Clara y terminantemente
Que es un hombre de valor,
Y que alma de sobra tiene
Para habérselas con todos
Por astucia ó frente á frente.

Carlos. Y prueba que es un bandido
Que su fortuna merece,
Y que quien asirle pueda
Hace un servicio eminente
A su patria : y si yo mismo...

El Doctor. Señor guapo, no lo deje
Por tan poco; en este instante
Buena ocasion se le ofrece
Para el caso : él no está lejos;
Con que por el monte trepe,
Seguro en él de encontrarle,
Y si es hombre, de cogerle.

Carlos. Y ya se ve que lo fuera,
Seor galano.

El Doctor. Seor imberbe,
No hace cuatro horas aún
Que estuvo cerca, y, ó mienten
Las señas de los paisanos,
O ese sendero de enfrente
Tomó, pasando delante
De vuestra puerta.

D. Lucas á Beatriz. ¿Qué tienes,
Beatriz? te has descolorido,
Trémula estás...

*El Doctor (levantándose y yendo hácia
Beatriz y pulsándola).* ¿Qué sucede?
A ver, á ver, en efecto
Es un vapor.

D. Lucas. ¿Ven ustedes
Lo que hacen con sus disputas
Y sus historias imbéciles
De desafíos y cárceles
Y de bandidos y duendes?

El Doctor. Don Lucas, teneis razon.
Bah, Beatriz, no te alteres
De oír que ha pasado cerca
Ese bandido.

D. Lucas. Y ya vuelve.

El Doctor. Es un hombre como todos,
Y aunque prendas no le duelen
Cuando juega en contra de hombres,
No es así con las mugeres,
Que es muy gallardo y buen mozo.
Un vaso de agua traedme
Con un poco de vinagre :
Esto no es nada : ea, bebe.
No tiene nada de extraño,
Todavía está muy débil.

D. Lucas. Juana, Ramon, luz al cuarto
De la niña y que se acueste.

El Doctor. No es preciso.

D. Lucas. ¡Pobrecita!
¿Va mejor? ¿cómo te sientes?
Beatriz. Ya se me ha pasado, padre;
Fué un vahido solamente.

IV.

¿Es cierto? ¿y aquel hombre que sentado
Con Beatriz estuvo fué el bandido?
¿Es á quien tanto Carlos ha ultrajado
Y á quien tanto el doctor ha defendido?

Infame desertor de sus banderas,
Jugador, libertino y pendenciero,
Lleva sobre él las leyes mas severas...
Y parece no obstante un caballero.

Es buen mozo y galan con las mugeres
Segun dice el doctor, y en desafíos
Siempre triunfante; en varios pareceres
Puede andar su virtud, mas no sus brios.

Quiérenle sus soldados, le respetan
Los mismos que condenan sus extrañas
Proezas : los bandidos se sujetan
A obedecer su voz en las montañas.

Valiente en el ejército, valiente
Ante el severo juez que le condena
Mira el peligro con serena frente,
Y aguarda el porvenir con faz serena

Mas si un dia, Beatriz, os veis acaso
 En un trance fatal, pedidme ayuda;
 Si un hombre os puede echar de este mal pa-
 No faltará jamás quien os acuda. [so

Tal oferta á Beatriz hizo partiendo
 Por el sendero que á los montes guía,
 Si su suerte se cambia prometiendo
 Volver ante sus ojos algun dia.

Su semblante no vió con el embozo
 Beatriz, ¿mas qué importa su semblante,
 Si ya la inclina hácia el gallardo mozo
 Su oferta liberal y su talante?

No fuérais al convento la previene
 A poder yo estorbarlo: y el convento
 Así sin fuerzas ni salud la tiene,
 Y es á él volverla de su padre intento.

Luego el único sér que la es extraño,
 El solo que la dan por enemigo,
 El solo es que se duele de su daño,
 Y se la ofrece valedor y amigo.

¿Y qué estrella fatal ponerla pudo
 Al claustro destinada aun no nacida?
 ¿Tiene ella un corazon seco y desnudo
 De afecciones al mundo y á la vida?

Tal en su lecho Beatriz pensaba
 Y en tales reflexiones se perdia,
 Y mas la idea del convento odiaba
 Cuanto el tornar á él mas cerca via.

Y en estos pensamientos
 Su espíritu embebido,
 Cayó del sueño en brazos
 La triste Beatriz:
 Y entre sus negras sombras
 La sombra del bandido
 Se muestra, de ventura
 Cual precursor feliz.

Los pálidos fantasmas
 De sus penosos sueños,
 Que en pesadilla odiosa
 La asaltan en tropel,
 Le tornan en alegres
 Espiritus risueños,
 Que giran y que bullen
 En derredor de aquel.

No alcanza su semblante
 Por bajo del embozo,
 Mas sus brillantes ojos
 Sobre el embozo ve,
 Y al fuego de sus rayos,
 Henchido de alborozo,

El corazon la late
 Cobrando nueva fé.

La oferta generosa
 Que con osado aliento
 La hizo al despedirse,
 Su acento varonil
 Resuena en sus oidos
 Como de manso viento
 El plácido murmullo
 En el pintado abril.

Ya en sueños imagina
 Que espuesta en el desierto,
 Y abandonada y triste,
 Y descarriada va,
 Y en el lejano monte
 Por el camino incierto
 La sombra bienhechora
 Para guiarla está.

Ya sueña que á la orilla
 De rápido torrente
 La tienen los bandidos
 Para arrojarla en él,
 Y en medio de la turba
 Parece de repente,
 Y tórnanse las peñas
 Magnífico vergel.

Y ¡ay triste de la hermosa
 Que en los delirios fia
 De sueños que embelesan
 Su mente juvenil!
 De su soñado cielo
 La arrojan algun dia
 En el hediondo cieno
 Del apetito vil.

¡Ay triste de la niña
 Que confiada adora
 El idolo que crea
 Su ardiente corazon!
 El frio desengaño
 Bajo su templo mora,
 Y seca con su soplo
 La bella creacion.

Amor entra en su alma
 Como galan rendido,
 Un porvenir mintiendo
 Pacifico y feliz;
 Mas de ella apoderado
 Se torna en un bandido...
 ¡Ay! ciérrale tu alma
 ¡Oh hermosa Beatriz!

Un vago pensamiento
 Que sin violencia nace

En hondo sentimiento
 Trasfórmase traidor.
 Despues deseo ardiente,
 Si se desprecia se hace,
 Y al fin concluye siendo
 Desatinado amor.

V.

El viejo Don Lucas
 A Córdoba fué;
 Su amigo el empírico
 Marchóse tambien.
 Don Carlos habita
 La quinta este mes,
 Y en ella se queda
 Beatriz con él.

Su hermano es un hombre
 Nacido en Jerez,
 Que escupe torcido,
 Que mira á través,
 Que siempre murmura
 De cuanto oye y ve,
 Y mas que su hermano
 Parece su juez.

Jamás de su parte
 Se quiso poner,
 Ni de su convento
 Traspuso el dintel
 Durante su larga
 Dolencia cruel:
 Dijeran que el mozo
 Su sangre no es.

Doctor es en leyes,
 Y lo hace tan bien
 Que á toda la curia
 Mantiene en un pié:
 No hay falsa escritura
 Ni falso poder
 Para él que legales
 Razones no dé.

El mas escribano
 De cuantos se ven,
 Que saben un pleito
 De un átomo hacer,
 Con él siempre en falso
 Asienta los piés!...
 Que no hay quien alcance
 Su maña y doblez.

Doctor es en leyes,
 ¡Mas por san Ginés!
 Que nunca con nadie
 Guardó buena ley.

Calcule el discreto
 Cuán feliz va á ser
 Su cándida hermana
 Con este lebel.

No su hermano,
 Su tirano
 Solo es;
 Un espectro que la espanta,
 Y dó quiera se levanta
 Donde va á fijar los piés.

En su espia
 Trasformado,
 Noche y día
 Va á su lado,
 No la deja
 Por dó quier.
 No respira,
 No oye ó mira,
 Nada intenta
 Que él no sienta,
 Que él no logre
 Oír y ver.

¿Qué hace en tanto
 Beatriz?
 Sufre y calla.
 Con su espíritu
 Batalla,
 Y en su llanto
 Melancólico
 Se ve bien que no es feliz.

¿Qué hay oculto
 Que atormente
 Su alma cándida
 Inocente?
 ¿Tal vez siente
 Su conciencia
 La presencia
 De un gusano
 Roedor?
 ¿Es el miedo de su hermano
 Lo que causa su dolor?
 No: es un vago pensamiento
 Sin contornos ni color,
 Que en mas hondo sentimiento
 Va cambiándose traidor.

Quiera Dios que la halague
 Tan sutil y tentador,
 Que tras él la niña vague
 Hasta dar donde la trague
 La honda sima del amor.

VI.

En una de aquellas noches
 Sombrías y melancólicas

En que todo en torno calla
 Y todo en torno reposa :
 En que tardía la luna
 Por el horizonte asoma
 Entre cenicientas nubes
 Que su luz pálida entoldan,
 Y en que á renovar convidan
 Dulces y antiguas memorias
 El aislamiento del alma,
 La soledad silenciosa,
 La tranquilidad del mundo
 Y el misterio de las sombras;
 Noches serenas de agosto
 En que se vive y se goza,
 Y de que nunca se olvidan
 Las sabrosísimas horas ;
 En una, pues, de estas noches
 Mas oscura que las otras,
 De pechos en su ventana
 Está Beatriz absorta
 En secretos pensamientos
 Y consigo mismo á solas.
 El codo en el antepecho,
 La sien en la palma apoya
 De una mano, y la otra mano,
 Dejada á voluntad propia,
 Arranca el menudo césped
 Que en el antepecho brota
 Con la humedad de la lluvia
 Y en la union de las baldosas.
 En su arrobamiento dulce,
 Sin intencion que conozca,
 Sin voluntad que la acuda,
 Sin anhelo y sin zozobra,
 Nada escuchan sus oidos,
 En nada sus ojos posa,
 Su corazon nada espera,
 Solo pensar es su obra :
 Solo en meditar se ocupa ;
 ¿Mas en qué piensa? Lo ignora.
 Sucédense sus ideas
 En cadena nunca rota ;
 Nacen unas dó otras mueren,
 Dó las unas se evaporan
 Las otras se patentizan
 Mas ó menos luminosas,
 Y sin razon ni trabajo
 Su inquieta mente las forja
 Cual brotan de un manantial
 Una, diez, ciento, mil gotas.
 Ninguna en la limpia peña
 Se atropella ni se estorba,
 Ninguna se precipita
 Sin tiempo, ni se desborda ;
 Sino que todas á un tiempo
 El limpio arroyuelo forman,
 Y como salen de un caño
 Arroyo se truecan todas.

Así Beatriz medita
 En su ventana á deshoras
 De la noche, y así estando
 Adormida en vaporosas
 Infantiles ilusiones,
 Creyó en la empinada loma,
 Saliendo de las malezas,
 Distinguir una persona.
 El corazon á su vista
 Con violencia latióla ;
 Los ojos clavó en el bulto
 Cuyo contorno en las lóbreas
 Tinieblas no se distingue,
 Mas cuyos pasos se notan
 Poco á poco aproximándose
 Por la vereda tortuosa.
 Llegó por fin ; era un hombre ;
 Y en la plazoleta angosta
 Que de la quinta delante
 Hace la tierra escabrosa,
 Paróse como dudando
 Mientra á favor de esta corta
 Pausa pudo Beatriz
 Examinar su persona.
 Era dealzada estatura,
 De presencia muy airosa,
 Y andar resuelto y seguro :
 Su traje casi á la moda
 De mil setecientos quince ;
 Gaban cuya manga angosta
 Ciñe al brazo con gran vuelta
 Que en la muñeca se dobla.
 Pequeña falda y con cuerpo
 Que á la cintura se abrocha
 Con un corchete de acero :
 Ancho calzon que abotona
 Por ambos lados, y que ata
 Por encima de la bota :
 Larga espada, gran sombrero,
 Y en la cinta dos pistolas,
 Y de una vez cercenando
 Descripciones enfadosas,
 Facha á lo Felipe quinto
 (Que es la edad de nuestra historia).
 Tal es el hombre que espera
 En la estrecha plataforma
 Que hay delante de la quinta,
 Y las señas que le toma
 Beatriz, que á salvo verle
 Desde su ventana logra
 Aunque esta es harto elevada
 Y la claridad muy poca.
 Alzó él repentinamente
 La cabeza, y retiróla
 La muchacha, mas no anduvo
 En retirarla tan pronta
 Que no lo notara el hombre :
 Y sin duda conocióla

Porque dijo con voz cauta :
 « ¿Porqué ocultarse, señora?
 ¿Porqué de un sincero amigo
 Recatar la faz hermosa
 Cuando él en su corazon
 Tiene estampada una copia?
 Salid, pues, á esa ventana,
 Beatriz encantadora,
 Que no vereis mas que un hombre
 Que mas placer no ambiciona
 Que el de oír el dulce acento
 De vuestra divina boca. »

Qué es lo que pasa por ella
 Beatriz no entiende ahora :
 De esta repentina y franca
 Declaracion amorosa
 No comprende Beatriz
 Las palabras seductoras ;
 Lo que escucha la enloquece,
 Lo que sospecha la azora.
 La voz que ha oído es la misma
 Que oyó otra noche mas próxima
 Cuando con dulces palabras
 Le hizo ofertas generosas.
 Él es, el bandido, ¡cielos!
 ¿Qué ha de hacer? pues que la nombra,
 La ha conocido, y es fuerza
 Que á sus palabras responda.
 Esto pensaba la niña
 Cuando mas recia y sonora
 Sonó la voz del de abajo,
 Aunque siempre respetuosa,
 Diciendo : « Si las palabras
 Con que os he hablado os enojan,
 No os asomeis para darlas
 Contestacion enojosa ;
 Pero asomaos si os place
 Para recibir, señora,
 Las gracias del hospedage ;
 O que teneis á deshonra
 Imaginaré sinó
 Recibirlas de mi boca. »
 Lo cual Beatriz oyendo,
 Groseria parecióla
 No dar alguna respuesta
 A quien su callar sonroja.
 Salió, pues, á la ventana,
 Y á no estorbarlo la sombra
 Mostrara el rostro modesto
 Mas rojo que una amapola.
 Salió, mas quedóse muda,
 Pues de puro vergonzosa
 No atinó con las palabras
 Para la respuesta propias.
 Lo cual mirando el de abajo
 De esta manera atajóla,

A la ventana acercándose
 Para que mejor lo oiga.

Él. A mejorar mi fortuna
 Que volveria ofrecí,
 Mas me parece ¡ay de mí!
 Que os es mi vuelta importuna.

Ella. Yo creo, buen caballero,
 Que siempre causa un placer
 Tornar un amigo á ver.

Él. Que tal me juzgueis espero.

Yo por mí puedo jurar,
 Sin hacer ofensa á Dios,
 Que desde parti de vos
 No pensé mas que en tornar.

¿Y vos pensásteis en mí?

Ella. Muchas veces me acordé... (Se interrumpe.)

Él. ¿Os acordásteis? ¿de qué?

Ella (con candidez). De que estuvisteis aquí.

Él. ¿Y no os acordásteis de mas?

Ella. ¿Y de qué mas que acordara,
 Si el embozo de la cara
 No separásteis jamás?

Él. Teneis, Beatriz, razon,
 Y de esta descortesia

Esta noche suponía
 Que me otorgárais perdon.

Ella. Por mí perdonado estais :
 Pero á fé que me alegrara
 De haberos visto la cara.

Él. Y ¿porqué lo deseais?

Ella. Porque yo siempre he vivido
 Como al claustro destinada,
 Dentro del claustro encerrada
 Y allí nunca he conocido
 Nadie cuyo corazon
 Fuera conmigo sincero,
 Y habéis vos sido el primero
 Que me ha mostrado aficion.

Él. ¿No habeis amado jamás?

Ella. A Dios y á mis padres sí,
 Que á ninguno conocí
 Que me interesara mas.

Él. Pues yo os juro, Beatriz,
 Que á lograr yo interesaros
 Y mi amor comunicaros
 Fuera el hombre mas feliz.

Ella. ¿Con que me amais?

Él. Sí, á fé mía;

De veros desde el momento
 No tuvo otro pensamiento
 Ni de noche ni de dia.
 Por veros un solo instante
 No conociera temores
 A los peligros mayores
 Que encontrara por delante.

Ella. Callad, callad.

Él. Oigo ruido.

Ella. Van poco á poco una llave
Volviendo.... mi hermano es ese;
Santos del cielo, amparadme.

Él. Pedid solo á Dios por él
Si es que os maltrata cobarde.

Ella. ¡Ay! huid, que os va á matar.

Él. Me conoce lo bastante
Para tenerme respeto.

Ella. No. Idos.

Él. Voime, si os place.

Hizolo así el misterioso
Galan, lijero alejándose
Como un gamo, y se perdió
Por entre los matorrales.
Mas trémula é insegura
Que las hojas de los árboles
Quedó en la reja Beatriz
Sin atreverse á quitarse.
Abrió á muy poco la puerta
Su hermano y á todas partes
Mirando y viendo á su hermana,
Díjola airado: « ¿Qué haces?
— Nada, » turbada repuso.

Carlos. ¿Con quién hablabas?

Beatriz. Con nadie.

Carlos. Pues jurara que oí voces.

Beatriz. Sería el rumor de el aire.

Tosió Carlos, y entre dientes
Murmurando airada frase
Que ella no oyó, dijo recio:
« Ea, á cerrar y á acostarse.
Cerró Beatriz las maderas,
Mas al postigo quedándose,
Vió tomar el sandero
Que el torastero tomó antes.
Siguiéronle con afán
Sus ojos, mas un instante
Bastó á que se le ocultaran
Los espesos matorrales.

SEGUNDA PARTE.

VII.

Después de mas de una hora
De muy zozobrosa espera,
Los ojos de Beatriz
Alcanzaron, de la espesa
Sombra del monte saliendo,
Y avanzando por la senda,
Dos bultos que mas se aclaran
Como á la quinta se acercan.
Conforme fueron llegando,
Fué su mano dando vuelta

Al postigo por dó mira,
Y cuando ellos á la puerta
Se pararon de la quinta,
Oculta en la sombra ella,
Ve y oye de la ventana
Por una rendija estrecha.
Su hermano y el otro son;
Y entrambos con voz resuelta
Exige el uno, y el otro
Resiste, desoye y niega:

El Bandido. Carlos, piensa lo que haces.
Carlos. De mas lo he pensado.

El Bandido. Piensa

Que son ciertas mis palabras
Y seguras mis promesas.
Yo tengo en la corte amigos,
Y uno á cuya voz primera
El rey ha de dar por buenos
Mis delitos y proezas.
Héle salvado dos veces
La vida en liza sangrienta,
Recibiendo una lanzada
Que me hizo quedar en tierra,
Y á él estaba dirigida;
Y en el punto en que yo quiera
En nombre de aquella lanza
Valerme de sus ofertas,
Todo ha de ser olvidado,
Todo, ¿lo entendéis?

Carlos. Muy buenas

Serian tus esperanzas
Como realizables fueran.

E. Bandido. Pues bien, hay mas todavía:
Toda la provincia entera
De mis asaltos nocturnos
Con ira y pavor se acuerda;
Los comerciantes mas ricos
Aun inútilmente esperan
Cantidades que en sus cajas
Como déficit se cuentan.

Carlos. ¡Tú propio de ello te alabas!

El Bandido. Escúchame y ten paciencia.

Yo nací rico, lo sabes;
Los juegos y las pendencias
En fiestas y en medicinas
Sorbieron toda mi hacienda.
Soldado fuí, y honra tuve;
Si una palabra en mi ofensa
Del rey abajo me dijo
Alguien, le arranqué la lengua.
Me desterraron y hui;
Mas me agobió la miseria,
Y tolerarla no puede
Quien no nació para ella.
Acógime á las montañas,
Juntéme con gente fiera
De la sociedad lanzada

Por sus costumbres perversas.
 La educacion y el valor
 Diéronme ventaja inmensa
 Sobre estas hordas salvages,
 Y bien con maña ó con fuerza
 Hoy á mi voz obedecen
 Y me veo á su cabeza.
 No se ha dado golpe en vago;
 Inmensurables riquezas
 Han venido á mi poder,
 Mas ¿sabes lo que hice de ellas?
 Con el oro que yo robo
 Otra persona comercia,
 Paga y mantiene mi gente,
 Y con secreto almacena
 Todas las prendas robadas
 Anotando nombre y señas
 De sus dueños, á quien deben
 Volver cuando me convenga.
 Yo no supe vivir pobre,
 ¿Quién fiarme una peseta
 Sabiendo quien soy quierria?
 Y en situacion tan estrema
 Lo que de grado no hallara
 Pensé en hallarlo por fuerza.
 Todo el mundo me prestó
 Lo que en verdad no quisiera,
 Y á todo el mundo le debo
 Por mi valor mi riqueza.
 Ahora bien, Carlos, respóndeme.
 Yo estoy pronto á dar mis cuentas
 Y á volver el capital
 Con que he rehecho mi hacienda :
 El rey me ofrece un indulto,
 Y gracia de una bandera
 Si al servicio de las armas
 Quiero volverme... Contesta,
 Todo en gracia ha de caer
 En obsequio á la manera
 Con que ha sido hecho, ¿tu hermana
 Podrá entonces ser la prenda
 De la dicha que me alcance?

Carlos. Nunca.

El Bandido. Carlos, mira y piensa
 Que en ello va mi fortuna
 Y aun mi virtud venidera.

Carlos. Nunca.

El Bandido. Veo, miserable,
 Tu mezquindad manifesta;
 Veo que aun no has olvidado
 La bailarina francesa.

Carlos. Ni la olvidaré jamás.

El Bandido. Tienes el alma mas negra
 Que la crin de mi caballo
 Si la memoria conservas.
 Ella eligió entre los dos.

Carlos. Lo sé.

El Bandido. ¿De qué pues te quejas?

Carlos. Basta, César; buenas noches.

El Bandido. Atiende, Carlos, espera.

Carlos. Es inútil cuanto digas.

Ya has oido mi respuesta

Y ni olvido ni perdono.

El Bandido. Entonces, Carlos, recuerda

Que te fié mis secretos

Y guardarlos me interesa.

No abuses de ellos.

Carlos. Haré

Lo que mejor me convenga.

El Bandido. Mas al mirar tu interés

Ve tambien mi conveniencia,

Porque uno con otro al cabo

Tendremos que arreglar cuentas,

Y ¡ay del que alcanzando quede!

Carlos. A sí cada cual atienda.

El Bandido. A sí cada cual... comprendo

Tus miserables ideas,

La inmensurable avaricia

Que tu alma mezquina alberga.

No es el voto de tu madre

Lo que al monasterio lleva

A Beatriz, de Don Lucas

No es, no, la invencible y terca

Preocupacion; tú solo

Viva en el claustro la entierras.

Tú, solo tú, que en el oro

El móvil de tu existencia

Tienes puesto : sí; tú, Carlos,

Que apeteces sus haciendas,

Y para unir las en tí

Las intrigas no escaseas

Ni escrupulizas los medios.

Mas vive, Carlos, alerta.

Carlos. Y alerta tú, miserable,

Vive tambien, porque llega

El dia de la justicia.

El Bandido. Ten, Carlos, la torpe lengua,

Que si llega el de la tuya

Y es de Dios justicia recta

No sé yo cual de los dos

Llevará peor sentencia.

Carlos. Sin apelar á ese fallo

Jueces hay sobre la tierra.

El Bandido (con desprecio). Jueces

hechos de abogados

Como tú, que se reservan

La justicia para sí,

Y para el próximo piedras.

Carlos. Sea por fin como fuere,

No ahondemos mas la materia,

Y que piense cada cual

Como mejor le parezca.

Y acabando de una vez,

Sea el motivo cual sea,

Ya mi sórdida avaricia,

Ya la maternal promesa,

Ha de ser monja mi hermana
O cuanto valgo me cuesta.

El Bandido. Pues si estimas una vez acabando,
Carlos, fuere la que quiera
Mi razon, ya el odio á ti
O mi amor para con ella,
Tu hermana no será monja
O me cuesta la cabeza.

Carlos. Pues si estimas un aviso
Y en los hombros te interesa
Conservarla, desde ahora
Por esta quinta no vuelvas.

El Bandido. Sea, Carlos, como quieres,
Y si es que la tuya aprecias,
No habites mucho esta quinta,
Que es muy fragosa la sierra,
Y al bajar alguna vez
Por resbaladiza senda
Puedes tropezar y hacerte
Pedazos entre las peñas.

Carlos. Conozco el piso.

El Bandido. No fies.

Y á Dios, Carlos.

Carlos. A Dios, César.

Echó César por el monte,
Atrancó Carlos su puerta,
Cerró Beatriz el postigo,
Y quedó muda la escena.

VIII.

Todo lo oyó Beatriz : todo lo sabe,
Y en lágrimas deshecha
Lo irrevocable de su mal sospecha,
Concibe al fin lo que en su hermano cabe.
Ve su avaricia y la fatal venganza
Que en César tomará, su amor primero
No olvidando jamás, con la esperanza
De á su hermana perder y al bandolero.
Todo lo sabe, sí ; que en noble cuna
Arrullado el bandido,
De enemiga fortuna,
Vejado y perseguido,
Sus bienes y sus grados ha perdido,
Sus virtudes tal vez una por una ;
Mas no, ¡ por Dios ! que noble todavía,
De una pasión purísima instigado
Recuerda con honor que fué soldado,
Recuerda su valor y su hidalguía ;
Y los medios buscando, á la carrera
Volver intenta de la edad primera.
Él se batió animoso
Por su patria y su rey : íntima, franca
Conserva con un noble poderoso
Ilesa su amistad, y esta le arranca
Del deshonor en que olvidado vive
Si damite sus propuestas,

Y por viejo favor, favor recibe.
La larga cicatriz de la lanzada
Por aquel recibida,
Al noble impone obligacion sagrada
De pagarle la vida con la vida ;
Y á su honor tornará y á su grandeza,
Y las fieras hazañas
De que el héroe fuera en las montañas,
Miradas á través de su nobleza,
Y á través de su ingenio y del indulto,
Ya no serán por crímenes tenidos
Sino por hechos de gigante bulto,
Y tornará al ejército si quiere,
Y tornará á la corte,
O vivirá feliz si le pluguiere
En el lugar donde morar quisiere
Con elegida y cándida consorte.

Así pensaba á solas en su lecho
La hermosa Beatriz, y así crecía
El escondido amor que está en su pecho,
Aumentando ó calmando su agonía.
Y las dulces palabras del bandido,
Y de su voz el mágico sonido,
Y la bizarra y varonil figura
De aquel gallardo rey de la espesura,
Y la grata memoria
De su variada y novelesca historia,
De sus juegos antiguos y amorios,
Apuestas, desafíos,
Y otros lances mas serios
Velados en recónditos misterios,
Todo á su mente vivo se presenta,
Y todo ello acrecienta
La oculta simpatía
Que ya por él sentía
Desde la noche que á la quinta vino
Por los montes huyendo del destino.
Y todo esto que atiza
El fuego de un amor que aun no concibe
El objeto á sus ojos diviniza
Que á su pesar en su memoria vive.
Y con su imágen sueña,
Y en delirio amoroso
Como espíritu errante y luminoso
La contempla vagar de Peña en Peña,
Un porvenir mintiéndola dichoso.
« Ven, la dice tendiéndola los brazos
El fantasma hechicero,
Ven ; las torpes cadenas haz pedazos
Del tirano poder que te sujeta,
Y en brazos del perdido bandolero
Encontrarás la libertad completa. »
Y sueña que la toma
La amiga aparición sobre sus alas,
Y va de loma en loma,
Y va de cumbre en cumbre
A la pálida lumbre

De luna vaporosa
 Viendo la creacion maravillosa ;
 Y descubriendo en los hendidos cascos
 De los rudos y altísimos peñascos
 Los frescos manantiales trasparentes
 Que lanzan por las peñas sus vertientes,
 Y en los valles frondosos
 Tornados en arroyos caudalosos,
 O en fuentes cristalinas,
 Fecundan florecillas peregrinas
 Y espesas arboledas
 De estendidos pinares y alamedas.
 Y en medio del espacio la parece,
 Dó el aire se refresca y se enrarece.
 Que alcanza de esmeraldas y topacios,
 Pagodas y palacios ;
 Y las nubes con mágicos celajes
 Figuran sutilísimos encajes,
 Ejércitos de sombras caprichosas,
 Ya fieras ya graciosas,
 Que cruzan en diversos pelotones
 Del aire azul las cóncavas regiones.
 Todo esto enamorada
 Sueña tal vez, llevada
 En brazos de la sombra que la hechiza,
 De la bella vision que diviniza.
 Mas, ¡ay! que allá á lo lejos
 De un astro ensangrentado á los reflejos
 En nubarron de cárdenos colores,
 Preñado de vapores,
 De su camino en la mitad se lanza
 El pálido fantasma de su hermano,
 Y rompe sus delirios de esperanza
 Con enemiga é iracunda mano,
 Y agitada despierta
 De la efectiva realidad incierta.
 ¡Ay triste... triste Beatriz que adora
 Un delirio no mas! ¡cuántos dolores
 Te va á traer la venidera aurora
 Tras esos pensamientos seductores !
 ¡Ay pobre Beatriz! suspira y llora.

¿Qué hace entretanto Carlos?
 ¿Sueña tambien exaltacion futura?
 ¿Tendrá al fin que dejarlos
 Realizar sus amores, su ventura?
 ¿Cederá del bandido
 Al genio emprendedor? ¿Teme su enojo?
 Témele, si; mas corazon torcido,
 Pérfida hipocresía
 A oponer va á su arrojo,
 Y en su destreza y sus amaños fia.
 Cerrado en su aposento,
 Cuando aun apenas amanece el dia,
 En planta pone su traidor intento :
 Y á la sed de venganza que le agita
 El corazon cobarde le paipita.

En sus labios que el miedo descolora
 Brilla sonrisa atroz; honda revelan
 Sus pardos ojos intencion traidora,
 Y las miradas de sus ojos hielan.
 Difícilmente toma
 La desigual respiracion, y el pecho
 Que corroe del crimen la carcoma,
 Presta al aire sutil ámbito estrecho.
 Y le tiembla la mano
 Mientras guía la pluma
 Con que el intento que emprendió villano
 En billete fatal traza y consuma.
 Dos veces le leyó despues de escrito,
 Dos veces le dejó sobre la mesa,
 Hasta que halló que en el papel maldito
 Su voluntad con su dición espresa.
 Otra vez todavía
 Le repasó al cerrarle,
 Y á cada doble que al papel hacia
 Aun tornaba un momento á repararle.
 Cerró el billete al fin, púsole oblea,
 Y á un jayan despertando
 Que en cercano aposento está roncando
 Y en quien peligro no hay de que lo lea,
 « Toma, le dijo : ¡á Córdoba volando!
 Lleva á mi padre ese papel al punto :
 Y cuenta con que abrevies el camino,
 Que si en horas no llega á su destino
 Y no logro mi afan, eres difunto. »
 Partió el jayan, y decidido fuese
 A obedecer sumiso,
 Mas que al jaco que monta harto le pese
 El trotar cuesta abajo y por mal piso.
 Desde la alta ventana á que se asoma
 Vió Carlos doblar la enhiesta loma,
 Un « Dios con bien te lleve » murmurando
 Y un segundo billete comenzando.
 Mas breve y mas conciso que el primero
 Fue aquel, y con mas prisa concluido,
 Aunque con mas cuidado conducido,
 A manos del bizarro bandolero.
 Un ladino mancebo, toscó astuto,
 Largo en malicia si de porte bruto,
 Se encargó del mensaje,
 Preparando con tiento en su memoria
 Una fingida historia
 Del término y motivo de su viaje.
 Cuyas dos cosas juntas,
 Carisimo lector, como que tienen
 De misterio sus puntas,
 Al caso en este número no vienen ;
 Y á mas siendo (á mi juicio) mas perfectos
 Los relatos y escritos
 Dó las causas se ven por los efectos,
 Porque escusan prefacios infinitos,
 Informarte prefiero, y se me antoja
 A vuelta de esta hoja
 De lo que sucedió con los billetes,

Y á ello es fuerza, lector, que te sujetes
Aunque la relacion quede algo coja.

IX.

En la noche de aquel dia,
Noche negra y melancólica
En que todo en torno calla
Y todo en torno reposa:
En que tardía la luna
Por el horizonte asoma
Entre escuientas nubes
Que su luz pálida entoldan,
Y en que á renovar convidan
Dulces y antiguas memorias,
El aislamiento del alma,
La soledad silenciosa,
La tranquilidad del mundo
Y el misterio de las sombras,
De pechos en su ventana
Está Beatriz absorta
En secretos pensamientos
Y consigo misma á solas.
El codo en el antepecho,
La sien en la palma apoya
De una mano, y la otra mano,
Dejada á voluntad propia,
Arranca el húmedo césped
Que en el antepecho brota
Con la humedad de la lluvia
Y en la union de las baldosas.
Mas no cual la noche última
Hoy en lo que piensa ignora;
No se elevan sus ideas
En cadena nunca rota,
Naciendo unas dó otras mueren,
Y donde unas se evaporan
Las otras patentizándose
Mas ó menos luminosas
Cual brotan de un manantial
Una, diez, ciento, mil gotas;
No, que esta noche bien sabe
Lo que piensa y lo que llora.
Todo el dia en su aposento
Se estuvo encerrada y sola
Prestando una dolencia,
Mas de su hermano la cólera
Temiendo y las invectivas;
Y Carlos, que al plan que forja
Mucho su ausencia conviene
Para que no lo conozca,
Prestando al par negocios,
Pasó la jornada toda
Encerrado en su aposento,
Devorando su zozobra.
Así todo el dia tuvo
Libre Beatriz, y en penosas
Reflexiones malgastándola,

Hasta que la noche lóbrega
Por la enmarañada sierra
Tendió su manto de sombras
Y ella salió á la ventana.
Zumbaba en las ramas sorda
La voz del viento, doblando
Y estremeciendo las hojas,
Y los picos de las peñas
A lo lejos, y las copas
De los árboles fingian
Mil visiones espantosas;
Enormes masas sin luz
En cuyas enormes formas
La imaginacion mil fieras
Apariciones coloca.
De este nocturno paisaje
La relacion misteriosa
Con sus ideas contempla,
Y no tan encantadora
La sonrie su esperanza
Cual pensó la noche próxima;
Y el mar de su porvenir
Mas recio viento alborota.
Las palabras de su hermano,
La resolucion briosa
Del bandido, guerra abierta
Entre ambos a dos denotan.
Ofensas hay de por medio
Que su hermano no perdona,
Secretos hay que el bandido
Defenderá á toda costa.
Monja ha de ser (dijo Carlos)
Aunque cuanto valgo esponja
Si va mi cabeza (dijo
El otro) no será monja.
Nada la dijo su hermano
En palabras injuriosas,
En denuestos ó amenazas;
Aun no ha espesado su cólera,
Ni aun se ha puesto ante su vista,
Lo que prueba que recóndita
Lleva la hiel preparada
De una venganza traidora.
Así Beatriz medita
En su ventana á deshoras
De la noche, y así estando
Cercada de pavorosas
Aunque fundadas visiones
Creyó en la empinada loma,
Saliendo de las malezas,
Distinguir una persona.
El corazon á su vista
Con violencia latióla;
Los ojos clavó el embulto
Cuyo contorno en las lóbregas
Tinieblas no se distingue,
Mas cuyos pasos se notan,
Poco á poco aproximándose

Por la vereda tortuosa.
Llegó por fin; era un hombre;
Y en la plazoleta angosta
Que delante de la quinta
Deja la tierra escabrosa,
Paróse como dudando;
Al verle, la sangre toda
De Beatriz, aterrada,
Al corazon se la agolpa.

El Bandido. Me esperábais.

Beatriz. No por cierto,

Y la Virgen piadosa
Me olvide si esta venida
No es un gran pesar ahora.

El Bandido. ¿Cómo pesar? ¿y la carta?

Beatriz. ¡Carta!

El Bandido. Espresiva, amorosa,
Aunque indicando temores
Y augurándome zozobras.
Leal vuestro mensajero
Me la entregó en mano propia,
Señalando el mismo sitio
Que anoche y la misma hora.

Beatriz. Mirad que yo no os entiendo.

El Bandido (*mirando en derredor*).

(Habrá moros en la costa
Y disimula por eso.)

Beatriz. Vuestra merced se equivoca,
Yo no escribí carta alguna.

El Bandido. Aunque no entiendo, señora,
El empeño de negármelo
Cuando son justas congojas
Las que la oculta venganza
De Carlos os ocasionan,
Decid qué queréis de mí.
¿Qué es lo que os place que opongá
Contra sus pérfidos planes
Si con maña artificiosa
Le contrarreste, ó la fuerza
Con la fuerza corresponda?
Vuestro esclavo soy, y el serlo
Tengo á suerte tan dichosa
Que nada puede arrebármelo
Por la que mi alma adora.
Conozco de vuestro hermano
La condicion ambiciosa,
Y la suerte que os aguarda
Si sus intenciones logra.
Si la fortuna le ayuda,
Libertad y hacienda os roba,
Pues vuestro encierro y clausura
Sus negros proyectos colma.

Iba á contestar Beatriz
A ofertas tan generosas
Agradecidas palabras,
Cuando á las aterradoras
Voces de ¡asirle! ¡matarle!

Como aparecidas sombras
Por la puerta de la quinta
Salieron varias personas
Con arcabuces y sables,
Con puñales y pistolas.
« ¡Ese es! ¡ese es! » exclamó
Don Carlos con voces roncás,
Y se le echaron encima
Con voracidad rabiosa.
Hizose atrás el bandido
Empuñando su tizona,
Y lanzando un grito agudo
Que vibró largo en la atmósfera.
El eco en largo gemido
Lo llevó de roca en roca
De las ásperas montañas
Por las soledades cóncavas,
Y al punto entre los peñascos
Esta señal poderosa
Hizo brotar seis bandidos
Que de distancia harto corta
Hicieron una descarga
Oportuna y peligrosa.
Cayó Beatriz sin sentido,
Sin que humano sér la acorra,
Y trabóse en la maleza
Liza sangrienta y dudosa.
Iba á la par por momentos
Aumentándose la tropa
Que por instancias de Carlos
Iba llegando de Córdoba,
Y creciendo su cuadrilla
Como en las grutas mas hondas
Se internaban los bandidos
Con precaucion previsora.
Oíase entre el tumulto
La voz recia y vigorosa
De los jefes que mandaban,
Y la voz aterradora
De los que heridos gemían
Con las postreras congojas.
Mas se retraen los bandidos
Que la peor parte logran,
Y los soldados avanzan
Aunque en marcha cautelosa.
De mata en mata, de árbol
En árbol, de roca en roca,
Ganan los unos la tierra
Que los otros abandonan;
Y así seguían trepando
Por las cuevas montañosas,
Cuando cesó de repente
La liza tumultuosa.
Como obedece á un conjuro
Turba de duendes diabólica,
Cual desaparecen al soplo
De un torbellino las hojas,
Cual leve monton de espuma

Que se sume entre las ondas,
 Hundieronse los bandidos
 Entre la espesura lóbrega.
 Hicieron alto los otros
 Temiendo emboscada próxima,
 Comentariando las causas
 De tan estraña manioobra.
 Dueños del campo se quedan,
 Mas parece su victoria
 Mas que triunfo vencimiento,
 Pues nadie traspasar osa
 A la otra parte del monte,
 Ni nadie la suerte próspera
 Con voz alegre celebra
 De las armas vencedoras.
 Volviéronse recelosos
 Por las gargantas tortuosas
 De la montaña á la quinta;
 Y antes de apuntar la aurora,
 Sin atreverse á seguir
 Del bandido la derrota,
 Con dos ó tres prisioneros
 Se tornaron para Córdoba.
 Y en vano los tribunales
 A los presos interrogan,
 Fieles á su capitán
 Van en silencio á la horca.

X.

En rápida barquilla
 De flores coronada,
 Las cristalinas ondas
 Surcamos al nacer,
 Y el ánima inocente
 Navega confiada
 En cándida ignorancia
 Sin riesgos que temer.

¡Ay! ¡es tan bello entonces
 El mar! ¡tan engañoso
 Sus limpias aguas dora
 Reverberando el sol!
 ¿Quién no se augura entonces
 Un día tan dichoso,
 Cual bello es su tranquilo
 Y espléndido arrebol!

Mas ¡ay! ¡cual son del hombre
 Los vanos pensamientos,
 Los planes de ventura,
 De dicha y ambicion!
 Eternamente mira
 Fallidos sus intentos,
 Y solo alcanza sombras
 Su pobre corazón.

Borrascas de la vida
 Las sórdidas pasiones

De la ventura humana
 Se lanzan sobre el mar.
 Del porvenir el faro
 Espesos nubarrones
 Sorben, y va la nave
 Sin rumbo y al azar.

¿Quién guía su barquilla
 Perdida y maltratada
 Por las tinieblas densas
 De la tormenta atroz?
 ¿A qué remota orilla
 Podrá desconsolada
 Llegar del marinero
 La moribunda voz?

Los vientos arrebatan
 Sus lúgubres lamentos,
 Mas no para que lleguen
 A oídos de piedad;
 Los llevan para ahogarlos
 En medio de los vientos,
 Para aumentar con ellos
 La horrenda tempestad.

Todo en redor es noche;
 En vano el ojo anhela
 La luz hallar lejana
 De un astro tutelar;
 Tinieblas ve tan solo;
 Ni un astro, ni una vela
 Por el nublado cielo,
 Por el furioso mar.

¿Adonde está, hácia dónde
 La abandonada orilla?
 ¿Adonde la esperanza
 Que nos lanzó á salir
 De la segura playa?
 ¡Ay misera barquilla,
 Ya Dios tan solo sabe
 Cual es tu porvenir!

¡Tal es de las pasiones
 El lóbrego misterio!
 ¡El mar desconocido
 De nuestra suerte tal!
 Amor nos lleva á ciegas
 Por su escabroso imperio,
 Llamando paraíso
 Lo que es un arenal.

Así camina á ciegas
 La niña enamorada,
 Así Beatriz navega
 El mar de su pasión,
 Batida de los vientos,
 De escollos circundada,
 En su barquilla frágil
 Sin vela y sin timón.

Las viles asechanzas
De su ambicioso hermano
La minan su ventura,
La acechan por dó quier.
¿Qué hará, mansa paloma
En garras del milano?
¿Contra el injusto mundo
Qué hará débil muger?

Un voto (que hizo al cabo
Supersticion impia)
A odiosa la condena
Y eterna reclusion...
Cuando ella enamorada
Lamenta noche y día
El ídolo perdido
Que adora el corazon.

¿Qué ha sido de Don César?
¿Quién fué, ¡contrario infame!
De la nocturna cita
El miserable autor?
En vano es que le busque,
En vano que le llame,
Acaso las montañas
Son tumba de su amor.

¡Terrible fué el combate!
Tremendo era el ruido
Que por las huecas peñas
Crujía sin cesar :
De las descargas recias
El cóncavo estampido
No puede de su mente
Ni oídos desechar.

¡Ay! vió los prisioneros;
Ha visto los heridos;
Mil veces de la lucha
Oyó la relacion;
No dan los vencedores,
No tienen los vencidos
Noticias del que adora.
Su triste corazon.

Las noches pasa enteras
Velando en su ventana,
Los ojos en la selva
Por si le ve llegar;
Y acláranse las sombras,
Y apunta la mañana,
Y á quien aguarda ansiosa
No llega á su pesar.

Si la ama cuando sabe
Que abandonada queda,
Cuando su amor oculto
Tal vez le confesó,
¿Será que desprenderse
De sus promesas pueda?

¿Será que solo quiso
Escarmentarla? ah, no.

Que oyó las decididas
Palabras generosas
Que dirigió á Don Carlos
De su ventana al pié.
Cuando dejar ansiando
Sus cuevas montañosas,
Pidió su mano en prenda
De su futura fé.

Y así camina á ciegas
La niña enamorada,
Así Beatriz navega
El mal de su pasion,
Batida de los vientos,
De escollos circundada
Su misera barquilla
Sin vela y sin timon.

¡Tal es de las pasiones
El lóbrego misterio,
El mar desconocido
De nuestra suerte tal!
Amor nos lleva á ciegas
Por su escabroso imperio,
Y llama paraíso
Lo que es un arenal.

XI.

Al cabo de unos dias en la estancia
De la triste Beatriz, Carlos entró,
Severo el gesto, pálido el semblante
Y alegre el corazon.

Que aunque pesar, vigilia y sufrimiento
Remeda con hipócrita exterior,
Recóndito placer mora en su alma,
Colmando su traicion.

Con gesto frio, con desden altivo
Que muestra que le infunde solo horror,
Y sin volver el rostro por no verle,
Beatriz le recibió.

Y él en pié en la mitad del aposento,
Ella hundida en el cóncavo sillón,
Entre el hermano y la feliz hermana
Tal plática cruzó.

D. Carlos. Ya ves que el tiempo se pasó,
Y dice el doctor que ya
Tu salud completa está.
¿Qué hacemos en esta casa?
Beatriz. No disimules, hermano,
Lo que pretendes de mí,
Que estoy hecha á ver en tí
Mas que un amigo un tirano.

D. Carlos. ¡En mí, Beatriz! ¿qué razon...?

Beatriz. Deja esa humildad, que es vana
Para quien de esa ventana
Oyó una conversacion.

D. Carlos. ¡Qué dices!

Beatriz. Lo cierto digo:
Ha de ser monja, dijiste,
Pese á quien pese.

D. Carlos. ¿Lo oíste
Tú?

Beatriz. Sí, por ese postigo.

D. Carlos. Pues bien, ya no hay disimulo,
Pues lo oíste eso ha de ser;
Que tú no te has de oponer
Al santo voto calculo.

Beatriz. Mucho me abrieron los ojos
Sus razones, y por eso
Que siento en mí te confieso
De no ir al convento antojos.

D. Carlos. ¿Qué es lo que hablas, Beatriz?

Beatriz. Joven y hermosa, á mi ver
Me figuro que he de ser
En el mundo mas feliz.
Justo es consagrarse á Dios
Con un corazon leal,
Pero se parte muy mal
Un corazon entre dos.

D. Carlos. ¡Le amas! infame.

Beatriz. Sí, le amo.

Desde que vi tu falsedad,
De su amor mi voluntad
Escuchó el dulce reclamo.
Terrible es la tentacion
Y en mí resistir no cabe,
Mas Dios es benigno, y sabe
Que hizo flaco al corazon.
Un vértigo irresistible
Mi mente débil trastorna,
Y en otra muger me torna
Un talisman invisible.
Amparo en mi duelo imploro,
Mas en alas del deseo
Por todas partes le veo,
En todas partes le adoro.

D. Carlos. ¡Oh vil corazon de tierra,
Que consagrado al altar
No quieres impio ahogar
El amor que en tí se encierra!
¿Sabes que el convento es
Tu fatalidad, tu sino?
Es el único camino
Que te se abre ante los piés
Cuantos mundanales lazos
Le interpongas ¡insensata!
Ese poder los desata,
Sí, los hace mil pedazos.
Corre, pues, del mundo en pos,
Mas mira, necia muger,

Como se muestra el poder
Y la voluntad de Dios.

Y así Carlos diciendo, unos papeles
A Beatriz atónita entregó,
Y al recibirlos su abrasada mano,
Tembló y su corazon.
Asaltóla fatal presentimiento,
Y una ojeada veloz
Echando á los papeles, la sentencia
Del bandido leyó.

Preso en su fuga en ominosa cárcel
Fué sepultado y condenado en pos,
Y en el dia siguiente ser debía
Puesto en manos del fiero ejecutor.

Los ojos á la fecha del impreso
La desolada Beatriz tendió,
Y desplomóse en tierra sin sentido.
La fecha era tres dias anterior.

XII.

Treinta dias despues, una mañana,
En una estrecha celda del convento
Donde estuvo Beatriz, agudo acento
Sonó de una campana.
Y á su cóncavo són estremecidas
Dos personas que habia en su recinto
En un suspiro lúgubre y distinto
Dieron señal de conservar sus vidas
Mas de una hora de silencio triste
Dentro del aposento ambas pasaron,
Severo el hombre y la muger llorosa:
Mas de una hora lenta y silenciosa
La campana esperaron.
Una muger y un hombre
Los que aguardaban eran;
Ella en espeso velo
Velar quiere su faz y desconsuelo,
Y en consecuencia callaré su nombre.
El hombre era un mancebo que embozado
Sin ceremonia alguna hasta los ojos
Mostraba los enojos
Que tal vez le traian acuitado,
En su inquieta mirada
Y en su postura incómoda y forzada.
De la campana al són él fué el primero
Que se alzó de su silla,
Y la faz melancólica, amarilla
De Don Carlos mostró bajo el sombrero.
Fijó en su compañera
Una de sus miradas
Confusas y taimadas,
Entre desconfiada y altanera,
Y con pausada voz y bronco acento

Así la dijo, y contestóle ella
De grave reflexion tras un momento.

D. Carlos. ¿Con que profesas por fin?

Beatriz. Es la voluntad de Dios.

D. Carlos. ¿Y te sometes con gusto?

Beatriz. Con santa resignacion.

Cuanto estorbarlo pudiera
De delante me quitó,
Abrió bajo de mis plantas
La senda de salvacion,
Y el rumbo de mi destino
Tan claramente marcó,
Que no tuve voluntad
Ni escusa en tal eleccion.
Amor sentí solamente
Por un hombre que murió,
Y por el cual siempre hubiera
Vaclado el corazon.
Tal vez en este momento,
Al elegirme un señor,
Tornárame á él si viviera;
Mas no es dura imposicion
La que de este amor exige
El destino vengador,
Si me condena á vivir
En silencio y oracion,
Rogando por él al cielo
Que mi inocencia miró.
Y esto baste, hermano mío,
De este asunto entre los dos;
Olvido al umbral del claustro
Lo que en el mundo pasó.
Sed, pues, hermano Don Carlos,
En él tan dichoso vos
Como en mi celda encerrada
Ser dichosa espero yo.
Yo os perdono los pesares
De que habeis sido ocasion,
Todo cuanto á mí me toca,
El mal que á él hicisteis, no.

D. Carlos. Fué guerra noble y leal,
Suya la provocacion,
Tuve mas suerte ó mas tino,
Y yo vencí y él cayó.

Beatriz. Callad, hipócrita vil,
Callad, lengua de escorpion,
No le vencisteis cual noble,
Le vencisteis cual traidor.

D. Carlos. ¡Beatriz!

Beatriz. Basta: vendrá un día
En que á la par él y yo
Os demandemos su muerte
Ante el tribunal de Dios.

D. Carlos. No faltaré á responderos.

Beatriz. Basta, hombre sin corazon;
Quede desde este momento
Todo el mundo entre los dos

Yo cumplo así de mi madre
El voto, y guardo mi honor,
Y vos cumplis los deseos
De vuestra enorme ambicion.

Y en esto oyéronse pasos
En el largo corredor
Dó estaba abierta la celda,
Y entraron en procesion
Con blandones en las manos,
Grande aparato y rumor,
Las monjas con el obispo
Que á la monja apadrinó,
Y el coro de los cantores
Y el padre predicador.
Y tras muchas ceremonias,
Y tras de larga oracion,
Llevaron á Beatriz
Al ara en que profesó.
Nadie preguntó en la iglesia
Si tenia vocacion
Para monja la novicia,
No si iba gustosa ó no.
Hubo por oír y ver
Las ceremonias mejór
Alfilerazos de á tercia,
Grita, vaiven y empujon.
Mucha música de orquesta,
Mucho chantre de honda voz,
Muchos chicos, muchos calvos,
Muchos mozos de intencion
Muy profana, y de curiosos
Incomparable monton,
Muchísima irreverencia
Y muchísimo calor.
Y con esta tumultuosa,
Solemne inauguracion,
Vió el pueblo una fiesta mas
Y Beatriz monja quedó.

XIII.

Quedó monja Beatriz, lector querido,
Y aunque triste, tranquila
A su suerte con fé se ha sometido,
Y en ella no vacila.
Los usos del convento
No la molestan ya, ni el abandono
Del claustro apesadúbrala un momento.
De santa calma y de virtud modelo,
Olvidada del mundo,
Vive esperando el futuro cielo.
Delicioso y suave, aunque profundo,
Recuerdo de pesar tal vez la acosa,
Y aunque al silencio y la oracion acude,
La sombra de Don César amorosa
No aleja ni sacude
De su mente exaltada y calurosa.

Mas ¡ay! vision de su alma solamente
 En su memoria solamente vive,
 Solo ella la concibe
 Para adorar en ella eternamente.
 Mas muerto ya el galan, de su memoria
 Por apartar no lucha
 Su desdichada historia,
 Y de su corazon la voz escucha.
 Y en su oracion acaso solitaria,
 Tal vez la niña ignora
 Si cuando atenta ora
 A él ó por él dirige su plegaria.
 Asi pasa la vida
 La hermosa Beatriz, á su fortuna
 Con calma sometida,
 Y al mundo vil sin conservar ninguna
 Aficion corrompida.
 Y asi un dia en el coro,
 En hora bien temprana,
 Salmos al són del órgano sonoro
 Elevaba á la Virgen soberana,
 Y con intensa devocion oía
 Los divinos oficios, y los ojos
 En el lejano altar fijos tenia,
 Cuando comó una sombra que evocada
 De la tumba saliera,
 La figura de un hombre recatada
 Cruzó la nave, y rápida mirada
 Fijó en los ojos de la monja, y fiera
 Convulsion asaltó de la novicia
 El corazon medroso;
 Y algun atento observador dijera
 Que su vista fatal la maleficia.
 El hombre misterioso
 Se arrodilló del coro ante la reja,
 Y aunque vuelto de espaldas, el embozo
 Su contorno real mirar no deja,
 Muestran que es noble y mozo
 La rizada guedeja
 Que asoma sobre el cuello,
 Y el puño que se alcanza de su espada,
 Con primor cincelada,
 De su señor en él la cifra y sello.
 Los ojos de la monja
 Si fuego en vez de luces despídieran
 La espalda del incógnito abrasaran,
 Y á fé que presto su atencion llamaran
 Y á los suyos sus ojos se volvieran.
 Inmóvil, afanosa
 En batalla interior, mas no espresada,
 Mas de una hora mortal la niña hermosa
 De hinojos se mantuvo, y su mirada
 No se apartó del hombre misterioso
 Que oraba ante la reja silencioso.
 Mil lisonjeros sueños,
 Mil bellas fantasias,
 Mil fútiles manías
 La mente la asaltaban,

Y el débil corazon la estremecian
 Con mentidos delirios halagüeños.
 Mas los oficios ya se concluian,
 Y del coro las monjas se alejaban,
 Y el hombre estaba en su lugar de hinojos
 Y Beatriz en él fijos los ojos.
 De devocion esceso lo juzgaron,
 Y la madre abadesa
 Dió de no interrumpirla órden espresa,
 Y en el coro á Beatriz sola dejaron.
 El embozado entonces
 Apoyando en las verjas una mano
 Para ponerse en pié, dejó profano
 Un billete caer sobre la alfombra
 Delante de la monja, y la ancha nave
 Volvió á cruzar como evocada sombra.
 Así maquinalmente
 El billete Beatriz, y aquel parándose
 Delante del umbral, desembozándose,
 Su faz mostró á la monja de repente.
 Dió un grito Beatriz hondo y doliente,
 A los hierros del coro abalanzándose;
 Mas en el punto mismo,
 Levantando el tapiz huyó el incógnito
 Cual si sorbido hubiérale el abismo.
 ¡Con cuánto afan leía
 Un momento despues allá en su celda
 El billete Beatriz! Y aun no queria
 Dar á la realidad asentimiento,
 Porque en su pensamiento
 La realidad amarga no cabia.
 Mil veces le leyó y otras mil veces
 Tornó á su negra duda,
 Hizo y dijo un monton de insensateces
 Sin razon que la acuda.
 Ya sin tino reía,
 Ya doliente lloraba,
 Ya con íntimo afan desesperaba,
 Y á voces su destino maldecia
 Y la faz se mesaba.
 «¿Con que vive? decia,
 ¿Vive? ¡necia de mi! ¡y en este encierro
 Mientras él por el siglo me buscaba
 Labré mi tumba y preparé mi entierro!
 Llámame desleal, pérfida, ingrata
 Y de mí se despide.
 ¡El pesar ó la cólera me mata!
 ¡Y parte! y el misterio de su muerte
 No explica en su papel... ¡Cielos tiranos,
 Con qué estrella nació! ¡cuán dura suerte
 Me dan vuestros decretos inhumanos!»
 Y asi Beatriz diciendo,
 Y con furia inaudita,
 El billete en pedazos esparciendo
 En un hondo sitio se precipita,
 Contener no pudiendo
 La estraña convulsion con que se agita.

Mil proyectos insensatos,
Mil ideas de esperanza,
El despecho y la venganza
Ofuscando su razon
Le traen al pensamiento,
Y la ira y la amargura,
Y el coraje y la pavora,
La roen el corazon.

Profunda melancolía
A traicion se le devora,
Vibora envenenadora
Que con él ha de acabar,
Y lenta é inestinguible,
Que ni respirar la deja,
Fiebre ardorosa la aqueja
Que se aumenta sin cesar.

Hierve en sus venas la sangre
Sin alivio de un momento,
Acosan su pensamiento
Mil delirios en tropel:
Asaltan su fantasia
Mil imposibles antojos,
Y llanto vierten sus ojos
Mas amargo que la hiel.

Y despues de largas horas
De buscarla en el convento,
La hallaron en su aposento
Casi fuera de razon,
Y temiendo por su vida,
Su palidez contemplando,
Remedios amontonando
En su torno en confusion.

Las pobres madres atónitas
Con los deseos mejores
Enviaron por sus doctores
Con precisa prontitud;
Mas una sola palabra
De Beatriz no sacaron,
Ni de sus drogas lograron
Probar la oculta virtud.

Los miserables empíricos
No aciertan con su dolencia,
Nadie logrará la ausencia
De su repentino mal;
Y en vano su ciencia apuran,
Sus elixires destilan
En vano; no, no aniquilan
Aquella fiebre infernal.

¡Pobre niña! consumida
Por fuego íntimo y secreto,
Busca en vano un amuleto
Contra tal desolacion;
Mas en vano los doctores
Con sus brebajes la alligen

Si del mal está el origen
En su ardiente corazon.

¡Ay! ¿qué saben quien su llanto
Ocasiona y sus suspiros,
Ni quien tan fatales giros
A sus desvarios da?
« ¡Lejos de mí! grita á impulso
De su horrible calentura.
¡Vuestra vista es mi tortura!
¡Quién de vos me librará!

¡Lejos de mí! ¡lejos, lejos!
Fieros espectros con tocas,
Que con hipócritas bocas
Me predicais la virtud,
Y con fraternales manos
Me habeis tejido este traje
Con que mas horrenda baja
Despechada al ataud.

¡Lejos, dejadme tranquila!
Me estais ahogando... aire dad
Abrid las rejas... dejadme
El ambiente respirar... »
Y así Beatriz diciendo
Se desespera y se agita
Con violencia inaudita,
Con iracundo pesar.

Hasta que al cabo la fiebre
La debilita y la esténua
Y en un letargo se aténua
De su delirio el ardor,
Y las madres aterradas
Conjuran con oraciones
De sus horrendas visiones
El tropel fascinador.

Mas ¿quién sabe lo que puede
De una pasión el arrojó?
Como á impulsos de un antojo
De enfermo que la asaltó,
Pálida como un espectro
A la mañana siguiente
En el coro de repente
Beatriz se presentó.

Hincóse junto á la reja,
Grave devocion fingiendo
Y las miradas tendiendo
Por el templo desde allí,
Y en un pilar apoyado
Con semblante de tristeza
Vió al misterioso embozado
Aunque grave y sobre sí.

¡Y quién medir osaría
Hasta qué término alcanza

El arrojó y la esperanza
De una rebelde pasión!
Nadie; es un libro cerrado
De quien nadie sabe el uso:
Secretos son que Dios puso
Del hombre en el corazón.

XIV.

Una semana después,
en noche sombría y triste,
Mientras doblaba en la torre
El esquilon de maitines,
Por un callejón estrecho
Y lóbrego, donde límites
Tiene el convento, y dó llegan
Las tapias de los jardines,
Ponia un hombre una escala
Sobre ellas, y á que le inviten
Con seña quedó esperando
De aquella escala á servirse.
Favorécele la noche,
Que es tan oscura, que impide,
Que las tinieblas rasgando
Ni un astro en el cielo brille.
Aspero viento de octubre
Azota la tierra, y gime
Próxima lluvia anunciando
Con neblina imperceptible.
Todo en la ciudad reposa,
Ni un viviente se percibe
Por los calles, ni una luz
Que turbia las ilumine.
Solo á lo lejos se escuchan
Las agudas y sutiles
Notas del canto del gallo,
Y el ronco són que al oírle
Lanzán ladrando los perros
Y que los ecos repiten,
Y no hay en el barrio entero
Quien por el barrio vigile.
Medrosas horas son estas,
Y que el espíritu afligen,
Porque despiertan los vanos
Sueños que en el alma viven.
Horas en que mil fantasmas
Se levantan invisibles,
Y al rededor nuestro vagan
Y que nuestra fé persiguen
Por ver si logran acaso,
Que la fé nuestra vacile
Con el pavor y el recelo
Que al corazón comuniquen.
Horas medrosas son estas,
Porque siempre las eligen
Los que crímenes proyectan
Para sus juntas y crímenes.

Mas sin pavor ni recelo,
Con ánimo osado y firme,
El de la escala la calle
Con pasos pausados mide.
De cuando en cuando parándose,
Hasta el aliento reprime
Por sí oye lo que sin duda
Espera que ha de advertirle.
Mas ni la calma le enoja,
Ni la neblina que sigue
Calando sutil su capa:
Ni en sí pueden descubrirle
Piensa, según lo tranquilo
Que permanece, el repique
Oyendo del esquilon
Y el eco de los maitines,
Que viene á ahogarse en los aires
Que hiende apenas sensible.
Señal cautelosa en esto
Sonó dentro los jardines
Del convento, y de la escala
Empezó el hombre á servirse.
Recogióla desde arriba,
Y comenzando á escurrirse
Del lado opuesto, la calle
Dejó enteramente libre.

Y en un retirado asiento,
Escondido entre unos árboles,
Entre sentada y tendida
Una muger triste yace.
Y el hombre que por las tapias
Saltó, á sus piés arrojándose
Así la dice, y así ella
En los brazos estrechándole.

Ella. ¡Con que es verdad que no has muer-

Él. Solo un hombre tan infame [to]
Como tu hermano pudiera
Tan gran falsedad contarte.

Ella. Mas yo lei tu sentencia.

Él. Si, pero tres días antes
Carta de indulto el rey quiso,
Como yo esperaba, enviarme.

Ella. ¡Ay necia que le he creído!

Él. Espero que sincerarme
No necesito contigo
De mis hechos ni mi sangre.

Ella. No, César, que los conozco
Desde una noche escuchándote
Os sorprendí en mi ventana,
Pidiendo á Dios que me amases
Como yo te amaba á tí
De verte desde el instante.

D. César. ¡Maldita sea, Beatriz,
Mi fortuna miserable!
Si entonces mi entendimiento

El porvenir penetrase,
No con tu hermano mi tiempo
Pasara en pláticas tales.

El corazón á estocadas
Valiera mas traspasarle.
¡Oh! mi conciencia está libre.

Mis hazañas criminales
Como chistes se celebran;
Poseo riquezas grandes

Y un valor tradicional
Que de mucho me precave;
Yo tengo patria y amigos;

Mas ¿qué todo ello me vale
Si el único bien que anhelo
Es solo el que no me cabe?

¡Ah, te engañaron, Beatriz,
Y á mi debieron matarme!

Beatriz. ¡Me aterras, César! ¿Acaso
Mi monjío es mal tan grave
Que no queda medio alguno...?

D. César. ¡Oh, calla, inocente! nadie
Puede romper tus cadenas
Con motivo semejante.

Si la voluntad de todos
En este negocio entrase,
Yo lo compusiera en Roma

A costa de mis caudales;
Pero opuesta tu familia
Mas que á tu amor á tu enlace,

Y espuestos de ese Don Carlos
A los ardides cobardes,
Es imposible del todo.

Beatriz. Tú quieres desesperarme;
Tus palabras son efugios
Solo para abandonarme.

D. César. Calla, Beatriz, que me ofendes:
No hay sacrificios capaces
De contener mi ardimiento

Cuando de tu amor se trate.
Beatriz. Pues bien, huyamos de aquí,
César; de este infierno sácame,

Donde sabiendo que vives
Imposible es sujetarme.
Yo misma, sí, con mis manos,

Sin que mucho tiempo tarde
Me daré muerte, si pronto
No me matan mis pesares.

Sé, César, que son ahora
Mis intentos criminales,
Mas no me culpen á mí

Sino á la suerte implacable.
D. César. ¡Pero y los votos!
Beatriz. Son nulos,

Pues los pronuncié ignorante,
Despachada de perderte,
De la voluntad sin parte.

D. César. ¡Ay Beatriz, todo el mundo
No pudiera, no, aterrarme

Con su justicia impotente,
Ni sus leyes despreciables;
No hay peligros en la tierra
Que me arredren ni me espanten;
Mas creo en el cielo y tempo
Contra su ley rebelarme!

Beatriz (levantándose). Ya me lo temia,
¡imbécil!

¡A Dios para siempre, parte!

D. César. Aguarda, Beatriz, escucha.

Beatriz. Ya á espacio podrás hallarme.

D. César. ¿Adonde?

Beatriz. En la eternidad,
A donde voy á esperarte.

D. César. No ¡vive Dios! despachada
No has de quedar, ni marcharme
Podré yo falso creyéndome,
Ni así enojada dejándote.

Habla, ¿qué quieres? ¿qué exiges?
Los horrendos peñascales
De Córdoba están abiertos:

Si las fronteras distantes;
Si no hay tiempo á otras regiones
Lejanas para llevarte,

Volveré á ser bandolero.
¡Elige, pues, si te place!

Beatriz. ¡Ah! tú eres, sí, te conozco
En tus ofertas leales;

Tú eres, sí, tú eres mi César
Siempre generoso y grande.

Vamos, pues.
D. César. Hoy imposible:

Nuestra fuga que prepare
Deja, ó disponte á morir

Malogrados esos planes
De felicidad futura.
Beatriz. ¿Cuándo, pues?

D. César. ¿Cuándo? cuanto antes.

Beatriz. Mañana mismo.

D. César. Mañana.

Yo haré que nada nos falte;
Caballos, oro y amigos
Que las espaldas nos guarden.

Beatriz. A Dios, pues, y hasta mañana,
Que ya las hermanas salen
Del coro, y curiosa acaso

Vaya alguna á visitarme,
De mi salud cuidadosa.

D. César. Vé, y mañana alerta estate.

Cruzó la monja el jardín,
Y el bandido, asegurándose
De la pared por la escala.
Volvió á bajar á la calle.
Quedó otra vez en silencio
Todo allí, y volvió á escucharse
En la oscuridad tranquila
El són del agua y del aire.

XV.

Si debe temer al cielo
 Quien en nombre suyo jura,
 Por un objeto de tierra
 Promesa mundana y sucia,
 ¿Qué no ha de temer quien votos
 A faz del cielo pronuncia,
 Y temerario los rompe
 Y con voluntad segura?
 Así los sabios lo dicen,
 Y las sacras Escrituras
 Cuentan ejemplos que muestran
 De Dios la venganza justa.
 No hay nadie que á Dios iguale,
 Y con ningun sér en suma,
 Lo que se le ofrece á Dios
 Puede dividirse nunca.

Es la apalabrada noche
 Para la resuelta fuga
 De Beatriz, y la hora
 Señalada el reló anuncia.
 Don César está en la calle
 A la sombra de la única
 Puerta que hay en toda ella,
 Y entre dos postes oculta.
 Beatriz en la misma hora
 Con planta medrosa cruza
 Del gótico monasterio
 Las galerías oscuras.
 Su misma accion criminal
 Que su conciencia la acusa,
 El corazon y la mente
 La amedrentan y la turban.
 Flaquéanle las rodillas,
 Y con la congoja suda,
 Y mil temores la asaltan,
 Mil diabólicas figuras
 Presentándola á los ojos
 Que feas sombras la anublan,
 Y de medrosas memorias
 Recordándola ancha turba.
 Una bujía en la mano
 Lleva, que apenas alumbrá
 Sus pasos, porque vacila
 Al soplo del aura húmeda,
 Y cuyo esplendor escaso
 Tragan, consumen y ofuscan
 Las gigantes dimensiones
 De las estancias que ocupa.
 Llegó por fin poco á poco,
 A merced de su luz turbia,
 Al coro que abandonado
 Yace en soledad profunda.
 Ante un altar dó hay un Cristo
 De primorosa escultura,

Una lámpara de plata
 Esparce luz moribunda.
 Ya á sus trémulos reflejos
 En muchedumbre confusa,
 Cuantos objetos se alcanzan
 Se confunden y se ofuscan.
 Una llamarada á veces
 Todos los mezcla y los junta,
 De modo que se recela
 Que las bóvedas se hundan :
 Y otra llamarada á veces
 Con su claridad sulfúrea
 Los aleja de tal modo
 Que se pierden en la hondura
 De la masa de tinieblas
 En que los cerca y sepulta.
 Fuerza es que á la pobre monja
 Respeto y pavor infunda
 Este lugar con el miedo
 Que sus creencias abulta.
 Mas con un violento esfuerzo
 Sobre su misma pavora,
 Avanzó al medio del coro
 Hácia la puerta que busca.
 Involuntario respeto,
 Fé que el corazon la impulsa
 En semejante momento,
 Y antigua costumbre justa,
 La hicieron arrodillarse
 Ante la santa escultura
 Del divino Redentor.
 Mas ¡cielos! ¡cuál fué su angustia
 Cuando al querer levantarse
 Sintió que una mano enjuta
 La asia por los cabellos :
 Y una voz oyó mas ruda,
 Mas poderosa que el eco
 Que con el trueno retumba,
 Que la dijo : « ¿Dónde vas? »
 Enojada é iracunda.
 Cayó Beatriz en tierra,
 Sin sentidos que la acudan,
 Y apagándose la lámpara,
 Todo quedó en sombra muda.

Pasaba en tanto la noche,
 Y allá en la calle Don César,
 Hora tras hora aguardando
 Pasaba la antigua seña.
 Mas nada en torno se escucha,
 Nada en los jardines suena
 Mas que el rumor de las ramas
 Que agita el viento que arrecia.
 La lluvia cae aumentándose
 Tan furiosa y tan espesa,
 Que aun á pesar del embozo
 La faz le azota y le ciega.

Noche de angustia y de duelo,
 Terrible noche es aquella
 En que hasta los elementos
 A sus proyectos atentan.
 Por fin, de esperar cansado,
 Y viendo ya al alba cerca,
 Juzgó que para otra noche
 Su fuga la monja deja.
 «Mañana volveré, dijo,
 En los oficios á verla
 Y explicaré este misterio
 Una carta ó una seña.»
 Y así pensando, embozándose
 Precavido hasta las cejas,
 A abandonar se dispuso
 La lóbrega callejuela :
 Mas al llegar á la esquina
 Otro embozado que llega
 De la otra parte á doblarla
 Casi por la misma acera :
 «Quién va?» dijo echando mano
 Al estoque.—«Sea quien quiera,
 Pasad por vuestro camino,
 Que estorbároslo no intenta.
 —Yo conozco vuestra voz.
 —Y yo conozco la vuestra.
 —No me ayuda la memoria
 A poder reconocerla.
 —Ni á mi tampoco, aunque siento
 Que la sangre se me altera
 Tan solo con escucharla.
 —Mas ¡voto á Dios, tú eres César!
 —Y tú Carlos.—Sí.—Defiéndete.
 —Y tú también, porque acierta
 Mi corazón el motivo
 Porque en tal sitio te encuentras.
 —Por tu hermana solamente
 Que te maldice en su celda,
 Y que de toda su vida
 Te pedirá un día cuentas.
 —No serán mientras yo aliente
 Realizadas sus ideas.
 —Habla menos y da mas,
 Que se agota mi paciencia.
 —Ven pues.
 —Voy y Dios te ayude,
 Que pues nos junta lo aprueba.»

Chocáronse con estrépito
 Las hojas en las tinieblas,
 Y comenzaron las manos
 Donde acabaron las lenguas.
 Con ira riñe Don Carlos,
 Y con coraje Don César,
 Y ambos muestran igual brio,
 Y entrambos igual destreza,
 Ni el uno ni el otro ceden,
 Ni pierden un pié de tierra,

Clavados están los dos
 Por las plantas á las piedras.
 Cansado Don Carlos ya
 De ver tan igual pelea,
 Todo á un golpe le aventura
 Con cólera manifiesta ;
 Mas una fiera estocada
 Al tirar contra Don César,
 Y huyendo este, y dando en vago
 Fuésele el cuerpo tras ella.
 Y el enemigo que á tiempo
 Ventaja tal aprovecha,
 Pasóle de parte á parte,
 Y dió blasfemando en tierra.
 Brotó espumosa la sangre
 Por las dos bocas opuestas
 Que en la espalda y en el pecho
 Dejó el ancho hierro abiertas,
 Y el espíritu Don Carlos
 Lanzando á la par por ellas,
 Quedó en la calle sin vida,
 Y huyó vengado Don César.

XVI.

CONCLUSION.

A la mañana siguiente
 Y apenas despuntó el sol,
 Ya Don César á la puerta
 Del convento se apostó :
 Y apenas abrió el portero
 El claveteado porton,
 En un rincón de la iglesia
 Cual siempre se colocó.
 La hora de los oficios
 Vibró lenta en el reló,
 Y doblaron las campanas
 Con desusado clamor.
 Fueron al coro las monjas
 Saliendo de dos en dos,
 Y colocándose fueron
 De un férétre en derredor ;
 Y en vez de salmos alegres
 De los justos en loor,
 Los salmos de los difuntos
 Cantaron en ronco són.
 Sus solícitas miradas
 Por todo el coro tendió
 Don César, mas quedó al punto
 Petrificado de horror.
 La sangre cesó en sus venas
 De hervir, y en el corazón
 Como témpano de hielo
 Toda á un tiempo se agolpó.
 Espesa niebla en los ojos
 Con rápida oscilacion
 Le confundió los objetos,

Y al cabo le mareó.
« ¡Es ella! » dijo espantado,
Y entendiendo con pavor
Todo el horror del suceso,
Ante las verjas cayó.

La muerte de Beatriz,
Con religioso temor,
Un hombre al volver en sí
Ya en la calle le contó.
Y aunque dió á toda la historia
Profana interpretacion,
En ella entendié Don César
El llamamiento de Dios.

Bañado en amargo llanto
A los piés de un confesor
El espantoso relato
Depuso de su pasion.
El amor de Beatriz,
Con el rapto que intentó,
Y la muerte de Don Carlos
Hecha en la noche anterior;
Y traspasada su alma
De hondísima contricion,
A las montañas de Córdoba
Desesperado volvió.
Mas no pensó en habitarlas
Como oculto salteador,
Sino como penitente
Pidiendo al cielo perdon.

UN TESTIGO DE BRONCE,

LEYENDA TRADICIONAL.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

DE CÓMO UN NOBLE MANCEBO, ACOSADO POR UNA PESADILLA, SE DESPERTÓ UNA MAÑANA, BENDIJO A DIOS Y RECIBIÓ UNA CARTA; CUYAS TRES COSAS DAN CONVENIENTE PRINCIPIO A LA PRESENTE LEYENDA.

Un claro sol de junio en el oriente
Comenzaba su curso una mañana,
Seren y esplendente
El azul del zenit tornando en grana.
Fecundidad lozana
Ostentaba dó quier naturaleza
Con la verdura que cubría el prado,
Y con la amarillez que á la corteza
Daba del fruto aun no sazonado,
Y á la espiga del trigo en el sembrado.
A los rayos del sol despertadores
Empezaban los sueltos jilguerillos,
Los mirlos y los pardos ruiñeñores
A elevar escondidos en las ramas
Su armoniosa voz : y entre las flores
Empezaban mil varios insectillos
A estender sus alitas de colores.
Naturaleza, en fin, rica y fecunda
Derramaba dó quiera
Los preciosos tesoros de que inunda
La terrestre mansion la primavera,
Que huía ya con rápida carrera.
En medio de este inmenso panorama
De belleza, de luz y de armonía
Que el nuevo sol á iluminar salía,
Y que mundo se llama,
Uno de los mil puntos alumbrados
Es el punto no mas que en este dia,
Por los hechos en ella relatados,

Necesita marcar la historia mía.
Corte entonces severa
De Felipe segundo,
Digna Valladolid entonces era
Del católico rey dueño del mundo.
La gala y la nobleza,
La virtud y riqueza,
Y la fé de la gente castellana
Encerraba en su seno
Su ancho recinto, que la corte lleno
Tenia con su sólida grandeza.
Sólida, sí, porque Castilla ufana
Podía ver entonces su bandera
Por mil apartadísimos lugares
Tremolar altanera,
Respetada en las tierras y en los mares.
Es verdad que se usaban por entonces,
Y aun andaban en voga
Con los autos de fé y el santo oficio
Las hogueras, los tajos y la soga;
Mas tambien es verdad que astuto el vicio
Burlaba su poder, oculto asilo
En las casas recónditas hallando,
Y adorado y tranquilo
Seguia como siempre prosperando
Y en el mundo reinando :
Pero con la ventaja no pequeña
De que al creyente que en virtud vivía
La torpe desnudez no le ofendía,
Con que hoy el vicio sin pudor se enseña.
Mas volvamos al día y á la hora
En que Valladolid del sueño alzaba
La frente, y con la luz de nueva aurora
Al afan de la vida se tornaba.
Y como cualquier hecho que se cuente
Se debe de narrar lógicamente,
Las partes de que conste no embrollando,
Inútiles noticias segregando,
De modo que el oyente

Lo entienda desde luego claramente;
 Dejaremos aparte
 Toda la poblacion, que no hace al arte
 De nuestra narracion : y en la persona
 Que toma en ella la primera parte
 Desde momento tal nos fijaremos
 Y la historia de vez comenzaremos.

De una casa, con humos de palacio,
 En la ancha calle de Santiago sita,
 De un rico camarín en el espacio
 Y en un lecho blandísimo se agita
 En brazos de penoso horrible sueño
 El noble mozo de la casa dueño.
 La ropa descompuesta
 Tiene á los brazos enrollada y cuello,
 Su agitacion mostrando la funesta
 Razon oculta de ello.
 El no usado desórden del cabello,
 El sudor que le inunda la ancha frente,
 Los agitados labios que pronuncian
 Frases sin ilacion, confusamente,
 Que su espiritu acosa fieramente
 Pesadilla tenaz bien claro anuncian.
 Y aunque á pintar de lo íntimo de un sueño
 Las quimeras fantásticas renuncian
 Poetas y cuentistas comunmente,
 Las que en este bullian tengo empeño
 En estender sombría y vagamente
 Cual estendiendo se iban en su mente
 Las truncadas palabras anudando,
 Que el gallardo mancebo que soñaba
 Imaginaba con su afan luchando
 Que su pesada lengua pronunciaba.
 Acerquémonos, pues, hasta su lecho
 Y oigamos lo que dice y lo que pasa
 Con su imaginacion y allá en su pecho.

« ¿ Qué es esto ? de vapores la atmósfera
 cargada [redor
 « Sobre mi frente pesa : ¡ la siento en der-
 « En rauda torbellino rodar arrebatada
 « Prensándome las sienes con infernal dolor !
 « ¿ Qué es esto ? ¿ delirio ? ¿ qué espíritu
 horrendo
 « Suspenso en los aires me eleva tras sí ?
 « Mi estrecha garganta se va comprimiendo,
 « No veo, no siento, no aliento... ¡ ay de mí !
 « ¿ Esto es que el fin de mi existencia toco ?
 « ¿ Esto es sin duda que se muere así
 « La última idea en el cerebro loco
 « Girando en espiral que espira en sí ?
 « Esto es ¡ ay ! que arrojado en el viento
 « A su nada el espíritu va,
 « Y anudado en el último aliento
 « Nuestro cuerpo arrebatada quizá.
 « Sin duda, eso es : y yo espiro
 « Rodando en el aire, á la par
 « Lanzando el extremo suspiro

« Lanzado sin fin á rodar.
 « Si, voy rodando en el viento,
 « Condenado hasta espirar
 « Tan horrible movimiento
 « A seguir y á no parar.
 « Y en giro interminable
 « Rodando sin piedad,
 « Caeré en la interminable
 « Sombría eternidad.
 « Se irá enrareciendo
 « El aire tal vez,
 « Y yo iré cayendo
 « Con mas rapidez.
 « Cual hoja suelta
 « Que lleva el viento
 « A cada vuelta
 « Voy mas violento ;
 « Casi no siento
 « Como las doy ;
 « Ciego, desmayo :
 « Ya como el rayo
 « Rápido voy.
 « Ya no siento
 « Como giro ;
 « Ya no hay viento
 « En mi redor.
 « No respiro,
 « Veo que espiro,
 « Ya es mi aliento
 « Vago, lento,
 « Violento
 « Como último
 « Estertor.
 « Ya ruedo
 « Sin tino :
 « Ni puedo
 « Camino
 « Buscar,
 « Ni sé
 « Si acaso
 « Podré
 « Mi paso
 « Parar.
 « Ya vago
 « Perdido :
 « Su lago
 « El olvido
 « Me estiende
 « Al pié,
 « Y en vano
 « Me afano ;
 « No hay tino,
 « Ni hay mano
 « Que ayuda
 « Me dé.
 « ¡ Sin duda
 « Caeré !
 « Lo creo...

« Lo sé.
 « Lo veo...
 « ¡ Mi sino
 « Tal fué !
 « Cier to,
 « Sí ;
 « Yerto
 « Voy ;
 « Cai.
 « ¡ Muerto
 « Soy !
 « Nada
 « Hay
 « Aquí.
 « ¡ Ay !
 « Fui. »

Aquí con un esfuerzo repentino,
 Hijo de la afanosa agitacion,
 Con que tal pesadilla le oprimia
 Espanta o el mancebo despertó.
 De el camarín por el recinto oscuro
 Tendió los ojos trémulo, el horror
 Del sueño desechar aun no pudiendo
 Ni apartar la verdad de la ficcion.
 Consigo mismo hablando, y con sus manos
 Reconociendo el lecho en derredor :
 « ¡ Jesus ! ¿ qué es esto ? ¿ donde estoy, Dios
 mio ?

¿ Qué vértigo letal me trastornó ?
 Mi fatigado cuerpo aun tembloroso
 Bañado siento de mortal sudor.
 Impetuoso y rugiente torbellino
 Creí en verdad que me arrastraba en pos
 Por el vacío rápido girando
 Cual átomo que arrastra el áquilon.
 Hirviente mar de cenagosas ondas
 Me esperaba al caer; denso vapor
 Me quitaba el aliento y los sentidos...
 Dí al fin en aquel mar y me sorbió.
 La bóveda ondulante de sus aguas
 Cerróse sobre mí con lento són,
 Y en su bullente inmensidad oscura
 La negra eternidad cogí y comprendí yo.
 Pero soñaba, sí; tocan mis manos
 Mi lecho... sueño fué, ¡ gracias á Dios !
 Era una fatigosa pesadilla
 De una noche de estío, y ya pasó.
 ¿ Qué hora será ? por las maderas creo
 Que percibo del alba el resplandor.
 La luz despejará mi fantasia,
 La luz serenará mi corazón. »
 Esto pensando se envolvió en su bata,
 Y en silencio al balcón se dirigió,
 De donde viendo la ciudad y el campo
 A la primera luz del nuevo sol,
 Amanecer y comenzar el día
 Embebido y absorto contempló.

Y á fé que es espectáculo halagüeño
 La tierra ver con el primer albor
 Y luminarse y despertar, creciendo
 De nueva vida el movimiento y són.
 ¡ Y cuán bello es el día que amanece,
 Y que contempla libre del pavor
 De su ensueño fatídico el mancebo,
 Sonriendo á su plácida impresion !

Ve
 Que
 Ya
 Lento
 Soplo
 Blando,
 Dando
 Va.
 Parda
 Nube
 Tarda
 Sube :
 Tinta
 Roja
 Pinta
 Y da
 Al cielo
 Fulgor
 Y al suelo
 Color.
 La niebla
 Que puebla
 La hueca
 Region
 Se trueca
 Ahogada
 En lumbre
 Rosada,
 Que dora
 La cumbre
 Del verde
 Peñon.
 La brisa.
 Sonora
 Se pierda
 Indecisa
 Y suave
 Su són
 Al ave
 Levanta,
 Que canta
 Canora
 La aurora,
 Que estensa
 Colora
 La inmensa
 Creacion.
 Amanece :
 La luz vaga

Segun crece
Desvanece
Los alientos
De vapor
Que la noche
Que ha pasado
Ha dejado
En derredor.

La tierra entera
Saluda al dia
Con la hechicera
Grande armonia,
Que en diferentes
Puros acentos
A su arbol,
Alzan contentos
Arboles, fuentes,
Aves y vientos
Alborozados
Con los dorados
Rayos naciendo
Del nuevo sol.

Ya entero su disco
Se ve en el espacio:
El valle y el risco,
La choza, el palacio,
La corte, el aprisco
Bañó su esplendor.
Y ardiente cruzando
La reja entreabierto,
Y al hombre llegando
Le dice: « Despierta,
Bendice al Señor. »

Por rejas, miradores,
Postigos y terreros,
Sus mil respiraderos
Franquea la ciudad.
Ya parten los obreros,
Ya van los labradores
Y bajan los pastores
Al llano, y los oteros
Dó tienen sus labores
O el pasto mas feraz.
Ya por las abiertas rejas
Dó quier se ve á las mugeres
Sus domésticos quehaceres
Oficiosas emprender;
Y aumenta el ruido, y se escucha
De los hombres el acento,
Y se estiende el movimiento
De la vida por dó quier.

Reflejan al sol los tejados
De fresco rocío mojados;
Inunda las calles la luz:
Caballos y carros que cruzan
Por entre la gran multitud
El polvo al pasar desmenuzan
Doblando el rumor é inquietud.

Ya se vuelve el martillo y la sierra
Y la voz del que vende á escuchar,
Y otra vez desvelada la tierra
El silencio y la calma destierra
Y otro dia comienza á pasar.

Ya en luz el universo resplandece;
La noche entre sus nieblas arrastró
Los sueños con que el alma desvanece,
Y la sangre en las venas enardece,
Y el aliento sofoca, y entumece
Los miembros del que insomne se agitó.
Las vanas quimeras del sueño la mente
Del jóven delante del dia lanzó,
Y libre y sereno su espíritu siente
Que calma tranquila le dió nuevamente,
Y nueva existencia la luz le inspiró.
Entonces rebosando su pecho en alegría,
Inspiracion cristiana llevando su alma en pos
Las auras aspirando del sol del nuevo dia,
Los ojos elevando al que su luz envia,
Así exclamó de hinojos ante la luz de Dios:
« Señor, yo te conozco: tu omnipotencia creo:
« Lo mismo en las tinieblas centellar te veo
« Que al estender el alba su espléndido ar-
rebol.

« Tu faz ante mis ojos dó quiera resplandece:
« Señor, yo te bendigo cuando la noche crece!
« Señor, yo te bendigo cuando amanece el sol. »

Y arrebatado así por la influencia
De nuestra santa religion cristiana,
Bendecia al Señor su inteligencia,
Rezando su oracion de la mañana.
Que entonces los gallardos caballeros,
Aunque dados á juegos y amorios,
Y llevando á la cinta los aceros,
Y empeñados en locos desafios
Del siglo en que vivian á costumbre,
Sabian mantener de igual manera
Las modas de la vana muchedumbre
Y la fé de sus padres verdadera.
Entonces, aunque habia
Protestantes y herejes
Que amenazaban desquiciar un dia
La religion de sus seguros ejes
Por conviccion ó por iluso vicio,
Cada cual en su fé se mantenia,
No desdeñando de ella el ejercicio;
Los ritos de su fé firme siguiendo,
Por su creencia con valor muriendo.
Así fueron los nobles castellanos
De nuestra edad pasada,
Y, aunque en sangre tal vez tintas sus manos,
Por su Dios y su rey desvenainada
Cifieron siempre con honor la espada;
Y en el campo á la par como en el templo
De piedad y valor fueron ejemplo.
Ugo de ellos y tal el jóven era

Actor primero que á la escena sale
 En esta nuestra historia verdadera,
 (Que salva su verdad bien poco vale).
 Sangre corre de Vargas y de Osorios
 Por sus venas, y heróicas acciones
 Le dan mas precio aún que sus blasones,
 Aunque merecimientos bien notorios
 Los hicieron ganar á sus pasados
 De alta virtud y de valor dechados.
 Tal era, y á empezar se disponia
 De su persona el especial aseo,
 Para asistir en hora conveniente
 A decoroso empleo
 Que en la corte asistia,
 Cuando en su cuarto entrando de repente
 El page que inmediato le servia,
 Puso en sus manos blasonado pliego
 Que segun en su sobre prevenia
 Debía ser obedecido luego.
 Abrióle pues, y visto el contenido,
 A su page mandó que le vistiera
 Y que á salir con él se dispusiera :
 Porque su tío Don Miguel de Osorio,
 Alcalde por el rey de casa y corte,
 A las nueve le cita á su juzgado,
 Y caso debe ser muy perentorio,
 Y mucho es fuerza que á su honor importe
 Cuando con prisa tanta es de él llamado.
 Con que asiendo su acero,
 Requiriendo la capa y el sombrero
 Para cualquiera trance apercebido,
 De su page seguido,
 Salió de su palacio el caballero.

CAPITULO II.

DE LAS AMISTADES QUE SE HICIERON EN CASA
 DEL ALCALDE DON MIGUEL DE OSORIO.

Es Don Miguel de Osorio un juez muy
 Con puntas de altanero, [grave,
 Preciado de que sabe
 Interpretar la ley como el primero.
 Juez de grande experiencia
 Y en verdad profundísimo letrado :
 A la jurisprudencia
 Con el alma entregado,
 Y de su profesion enamorado.
 Juez integro y severo,
 Respetado dó quier, dó quier temido
 Por todo el pueblo entero
 En quien jurisdiccion le han concedido.
 La inquisicion y el rey en su destreza
 Y en su severidad del todo fian
 La paz de la ciudad; y no hay cabeza
 De enemigo, ladron, vago ú hereje
 Que un dia ú otro dia entre sus manos
 De verse al cabo asegurado deje.

Sutiles comisiones,
 Misteriosas prisiones
 Y políticas causas concluidas
 Con suma discrecion tiene á montones
 Y sabe él solamente mas secretos,
 A mas ajenas vidas
 Confesadas á él, ó sorprendidas
 Por él, que los mas anchos y discretos
 Confesores tal vez tienen oidas.
 Mil veces él en árduas ocasiones
 Se encargó voluntario
 De causas muy oscuras y enredadas,
 Al fin abandonadas
 Por otros sapientísimos varones,
 Porque contra razon fueran falladas
 Con sentencias á ley bien ajustadas.
 Pues suele haber culpables
 Tan diestros, y tan diestros escribanos,
 Que habiendo pruebas casi incontestables
 Que les ponen los crímenes palpables
 No pueden ser ante á ley probadas,
 Y los reos se van de entre las manos
 Contra razon sus causas despachadas,
 Aunque segun los códigos humanos.
 Mas Don Miguel de Osorio en todas ellas
 Con prodigioso estudio y perspicacia
 Del misterioso crimen fué las huellas
 Siguiendo, y dando al fin con eficacia
 Cabo feliz á la verdad oculta,
 Justicia y proteccion al inocente
 Y castigo ejemplar al delincuente.
 Tal es el juez ante quien es llamado
 El gallardo mancebo, su sobrino,
 Que hemos visto dejar apresurado
 Su casa, enderezando su camino
 De su tío al juzgado.
 No se hizo esperar mucho el noble mozo,
 Y apartando el sombrero y el embozo,
 Entrando en el despacho del letrado,
 La espresion franca de respeto y gozo
 Que á su faz asomó, cambiósse en ceño
 Otro mancebo al encontrar sentado
 Allí con beneplácito del dueño.
 Púsose en pié el hallado
 Por honra del venido,
 Pero si fué el saludo recibido
 Por Osorio tal vez, no fué acusado
 Y era sin duda comprendido juego,
 Porque el que tal desaire recibiera,
 Aunque mostró en su faz de la ira el fuego
 Ni un movimiento mas hizo siquiera :
 Y claro se veia
 Que ninguno de entrambos se estrañaba
 De lo que el otro hacia,
 Y que un misterio entre los dos habia.
 Todo esto advirtió el juez en el moment
 Y atajando la voz de su sobrino
 Que iba á brotar del labio,

La puerta asegurado del aposento.
 Y volviendo á tomar en su poltrona
 Arrellanado asiento,
 Y la toga que envuelve su persona
 Sobre sí acomodando,
 Con sosegada voz, mas no severa,
 A decir comenzó de esta manera :
 « Presumo, y lo concibo, caballeros,
 Que os es estraña semejante cita,
 Y que en mi casa el reunido haberos
 Explicacion para ambos necesita
 Despues de lo que entrambos ha pasado,
 Y os lo voy á explicar por de contado.
 Antiguas y arraigadas disensiones
 En nuestras dos familias heredadas,
 Han tenido hasta aquí las relaciones
 De nuestras dos familias mal paradas.
 Nuestros pasados reyes
 No se atrevieron á mediar en ellas,
 De la nobleza atentos á las leyes
 Que hasta aquí permitieron á los nobles
 Arreglar á su antojo sus querellas,
 O hacer su agravio y sus enojos dobles.
 Nuestros padres nacieron
 Enemigos : se odiaron
 Por tradicion no mas, y se injuriaron
 Tenaces, y sin juicio se batieron
 Dó quier que se encontraron.
 Unos á manos de otros sucumbieron,
 Y el profundo rencor con que nacieron
 A sus hijos legaron.
 De nuestras razas, ya ramas postreras
 Nosotros tres, tambien hemos guardado
 La sinrazon y enemistad enteras.
 Con el maldito objeto
 De sostener nuestro rencor secreto,
 Nuestros padres tan solo se empeñaban
 En adiestrarnos en reñir : ponian
 Armas en nuestras manos desde niños ;
 Y al cabo conseguian
 Hacer de sus presentes sucesores
 Lo que de ellos sus muertos ascendientes,
 Unos espadachines imprudentes
 Para quien fuese hallar competidores
 Casi imposible entre los mas valientes.
 Tal en mi juventud yo mismo he sido,
 Y tal sois hoy vosotros
 Que dó hallado os habeis reñido,
 Y si vivís se lo debeis á otros.
 Mas cansado ya el rey de que esto dure
 Tantas generaciones,
 Ordena que se apure
 El manantial de tales disensiones.
 Su majestad se mete por padrino
 Vuestro, señor Don Juan, y su derecho
 Sobre vos, recordando porque os tuvo
 En la pila al nacer, y que no dudo
 Que respeteis, os da por satisfecho :

Y yo por satisfecho á mi sobrino
 Dando á la par, su majestad unidos
 Quiere que hoy á sus piés seais conducidos.
 Quiere que la ciudad juntos os vea,
 Y pues nacisteis nobles verdaderos
 Y sois en lo demas tan caballeros,
 Por vosotros su pueblo nunca crea
 Que un odio tan villano capaz sea
 Dos nobles de cambiar en bandoleros,
 Siempre puestos en trance de pelea.
 La majestad del rey así lo exige,
 La poblacion entera lo desea,
 Y á mí con él su majestad me elige,
 Mediador y padrino
 Competente entre vos y mi sobrino.
 Ved, pues, señores, lo que haceis, y el lustro
 Recordad del blason de nuestra casa,
 Pues si adelante vuestro enojo pasa
 Y haceis así que el gusto real se frustre,
 El rey ha de tomarlo tan á pecho
 Que os habrá de pesar lo que habeis hecho.»
 Así habló el juez, y se quedó esperando
 De alguno de los dos una respuesta
 Que su intencion pusiera manifiesta,
 Y ellos unos momentos meditando.
 Al fin el jóven Don German de Osorio,
 Dejando su sillón franco y atento,
 Tornando á su enemigo, con notorio
 Placer le dijo y amistoso acento :
 « Contrarios nuestros padres nos hicieron ;
 Vivimos hasta aquí como enemigos
 Porque así sus enojos lo quisieron,
 Mas ya que media el rey y ellos murieron,
 Pongo á mi honor y al cielo por testigos
 De que depongo aquí mi encono insano ;
 Mi valor conoceis y mi hidalguía ;
 Si á vos no os está mal, por parte mia,
 Caballero Don Juan, he aquí mi mano. »
 El mancebo á quien iba dirigida
 Tan generosa oferta, un punto breve
 Quedar ante él la permitió estendida,
 Como quien á admitirla no se atreve
 O duda si ser debe ó no admitida.
 Túvolo Osorio quieta el mismo punto,
 Aunque al ver que en tomarla se dudaba
 Cuando él con tal franqueza la alargaba,
 Pálido se quedó como un difunto ;
 Pensando que otra vez al recogerla
 En la espada no mas puede ponerla.
 Mas Don Juan antes de ello
 La suya adelantó, é hidalgamente
 Aceptó la amistad de que era prenda.
 Y el juez, de entrambos mozos exigiendo
 Palabra de cesar en su contienda,
 Despídióles á entrambos, prometiendo
 Que en muestra del agrado soberano
 Admitidos serian aquel dia
 En su presencia y á besar su mano.

Y así fué : y el prudente Don Felipe,
 Al medio día, ante la corte entera
 Mostró su complacencia á los mancebos,
 Y un tanto suavizó su faz severa
 Al dar un parabien público y franco
 A los amigos nuevos.
 Juntos salieron de palacio, y juntos
 Mostráronse los dos en varios puntos
 De la ciudad, el blanco
 Dó quiera siendo de los ojos todos,
 Recibiendo dó quier enhorabuena
 Por el dichoso fin de tantas penas,
 De tan vanos rencoros dimanadas
 Tan largos años á rigor llevadas,
 Y de gente tan noble tan ajenas.
 En amistosa union así anduvieron
 Ambos durante la jornada entera :
 Y juntos á un festín se reunieron
 Celebrando la paz de esta manera.
 La noche que estendía
 Su manto de tinieblas por el mundo
 Les dividió, espontáneo y profundo
 Sentimiento mostrando de alegría
 Por la nueva amistad que les unía.
 Con lo cual fué Don German de Osorio
 A la casa del juez donde asistía
 Las horas de la noche, y una dama
 A visitar Don Juan á quien servía.
 Mas con el juez á Don German dejemos,
 Caro lector, y tras el otro vamos ;
 Y cuán inestables son comprenderemos
 Las cosas de la tierra que habitamos
 Y el corazón del hombre en quien fiamos.

CAPITULO III.

Alrededor de la Antigua (1)
 Y en una calleja angosta
 De las que á dar al Esgueva
 Van, y con puentes le cortan,
 En una casa que esquina
 Hace á dos callejas corvas,
 Una hácia la Plaza Vieja
 Y hácia las Angustias otra,
 Vivía en aquellos tiempos
 La hermosura peligrosa
 De una morena de veinte,
 Dándola una tia sombra.
 Nació esta red de las almas
 En las quebradas de Ronda,
 De una pasión y una sangre
 Mixtas de cristiana y mora.
 Un capitán mal cristiano
 Y una esclava de Mahoma
 Cautiva del capitán,

La dieron sér si no honra.
 Y viendo cual fué con ella
 La naturaleza pródiga,
 Pusieronla y con justicia
 El bello nombre de Aurora.
 Aurora fué de las gracias,
 Que á porfía unas tras otras
 Mostraba según crecía
 En su gallarda persona.
 Esbelta como una palma,
 Ligera como una corza,
 Flexible como una espiga
 Que el mas leve viento dobla.
 Con dos ojos que á los astros
 Con su resplandor enojan ;
 Con una voz mas que el aura
 Simpática y armoniosa,
 Y con una alma mas pérfida,
 Mas temible y mas traidora
 Que los escollos ocultos
 De la mar bajo las ondas ;
 Era la astuta rondaña
 De cuantos mirarla logran
 Iman de los corazones
 Y corsario de las bolsas.
 Dejóla su padre, muerto
 En un desafío en Loja,
 Con unos cuantos doblones
 Una haciendilla bien corta.
 Usurpóselo un su primo,
 Y ella á ver si la recobra
 Vino á la corte, entre tanto,
 Viendo si heredar puede otra.
 Mas tan diestra como bella,
 Y como hechicera hipócrita,
 Ganar se ha sabido fama
 De discreta y virtuosa ;
 Y si sale es solo á misa,
 Y embozada y jamás sola ;
 Si la visitan son siempre
 Damas que crédito gozan ;
 Si la festejan galanes
 Con músicas y con rondas,
 Si billetes la dirigen,
 O la siguen, ó la abordan
 En la calle, ó en las gradas
 Al salir de la parroquia,
 Ella ni el velo levanta,
 Ni lee un papel, ni se asoma
 A escuchar á la ventana
 Los cantares que la entonan.
 Su tia es quien los despacha
 Despues de veinte y cuatro horas,
 Y cuando de quien es él
 Con maña oculta se informa.
 Mas como han hecho una vida
 Tan recógida hasta ahora,
 Mas no han llegado á sus puertas

(1) Nuestra señora la Antigua se llama una de las parroquias que tiene Valladolid.

Que mozos de barba intonsa,
 Estudiantes, militares
 De larguísima tizona
 Y retorcido bigote,
 Muy amigos de camarras,
 Muy dados á francachelas
 Y fiestas estrepitosas;
 Todos de amor tan holgados
 Como encogidos de bolsa.
 Y esta escondida sirena,
 Esta bella Circe incógnita,
 Tan recatada del mundo,
 Es la dama misteriosa
 A quien visita Don Juan
 Y á quien Don Juan enamora,
 De la encapotada noche
 Con el favor de las sombras:
 Y lo que ha hecho el tal Don Juan
 Para hacerse con la hermosa
 Tan buen lugar, y adquirir
 Tales derechos, se ignora.
 Solo uno de los galanes
 Desairados, en la Lonja
 Dijo un día paseando
 Que vió á Don Juan á la hora
 De anochecer con la tía
 Hablar largo rato á solas
 A un lado de la plazuela
 Dó su calle desemboca,
 Y que á otro día la vieja
 Compraba galas y joyas
 A su sobrina en las tiendas,
 Pagando en muy buenas onzas.
 El cómo nadie lo sabe,
 Lo cierto es que Don Juan goza
 De gran favor con la dama
 Y sus visitas no estorban.

Por eso en la noche misma
 Del día en que sus discordias
 Terminaron de una vez
 Osorio y él, y en la propia
 Ocasión en que en la casa
 Del juez y entre gente docta,
 Mantenia Don German
 Pláticas no muy sabrosas
 Para mozos de sus años,
 Mas que mantener le importa,
 Pues que las mas de las noches
 Acude allí aunque le enojan,
 Don Juan en el aposento
 Mismo de la encantadora
 Rondeña, á sus piés sentado,
 Escuchaba de su boca
 Dulces palabras de amor,
 Y respiraba el aroma
 Que de la flor de sus labios
 Al abrirles se evaporaba.

Aunque las que en este punto
 Cruzan, á fé que no forman
 Tan enamorada plática:
 Pues la de su amor acorta
 La relacion de sus odios
 Que en amistades se tornan.
 Mas sus palabras oigamos
 Pues lo permite la historia.

Aurora. ¿Y ese Osorio que dices
 Es sobrino del juez del mismo nombre?

D. Juan. Sí, mas con ese ceño,
 Aurora, ¿de esa paz qué mal predices?

Aurora. No lo sé, mi Don Juan; pero de
 ese hombre

Me temo, que te meta en mas empeño,
 Con la paz asentada,
 Que con la saña y division pasada.

D. Juan. ¿Mas cuál es la razon de tus
 temores?

Dila si alguna tienes, que me holgara
 Conocer la intencion de esos traidores,
 ¡Y vive Dios!...

Aurora. Don Juan, no asi te azores.

D. Juan. ¡Oh! donde al uno de los dos
 hallara...

Aurora. Escúchame primero.

D. Juan. Le matara!

Aurora. Yo nada sé, Don Juan, de positivo,
 Mas la ocasion de mis sospechas oye,
 Y acaso en ellas mi razon apoye
 Sólido fundamento:

Pues yo te amo, Don Juan, y por tí vivo,
 Y favores sin cuento,
 De tí en mi duelo y orfandad recibo,
 Te diré en lo que estriba
 El temor que sobrado

Acaso manifiesta mi cuidado
 Porque el tuyo tambien despierto viva.

D. Juan. Acaba, en fin, por Dios.

Aurora. Ese mancebo

Osorio con quien paces
 Tan repentinas haces
 Me vió en misa una vez, siguió mis huellas,
 Y al umbral de esta casa
 Vino á parar guiándose por ellas.
 Paseó la calle al pié de mis balcones
 Alguna noche, y en las altas horas
 Me hizo entonar canciones
 Y músicas, de amor acusadoras.
 Yo le iba á despedir por importuno,
 Cuando una noche en medio de su fiesta
 De su rondalla interrumpió la orquesta,
 Como cortada para azar alguno.
 Curiosa de entender lo que pasaba,
 Por el postigo me asomé entreabierto,
 Y vi que entre los músicos estaba
 Con sus rondas el juez, y á su sobrino

Del brazo se llevaba
Y al oído le hablaba ;
Y desde aquella noche nunca vino.
Uno de sus ronderos,
Viejo criado de mi anciana tía,
Nos dijo lo que el juez dicho le había.

D. Juan. Acaba, Aurora, ¡qué le dijo,
acaba!

Aurora. Que la dama que así galanteaba
Era la dama á quien Don Juan servía.
Mi pleito desde entonces no prospera,
Porque de Osorio el juez pasó á las manos,
Donde anudando vuestra historia entera,
Arguyo yo, Don Juan, de esta manera :
Conocieron la dama

Que su enemigo ama,
Y encima de su rastro se pusieron :
Los intereses de ella entorpecieron,
Y al mismo tiempo que sus huellas siguen
Y acechan, si no es ya que les persiguen,
Por mediación del rey la paz pidieron.
En mal, pues, de Don Juan ó de su dama
Algun misterio entre los dos se trama.
Ellos son dos en su familia, solo
Quedas tú de la tuya, el tío tiene
Gran favor con el rey, y del rey viene
La meditación... me temo que es un dolo
Que Don Miguel de Osorio te previene.

D. Juan. Ese fuera el azar hasta hoy mas
grave,

Pues ellos la amistad solicitaron.

Aurora. Mas si el caso pintaron
De otro modo, ¿quién sabe?
Esto no es mas que suponerlo todo,
Don Juan, mas de esta paz, os lo confieso,
Me estraña mucho la ocasión y el modo.

Y de este fué calculando,
Y trayendo á la memoria
Mil apariencias contrarias
La andaluza previsora :
Y deste modo Don Juan
En su ánima recelosa
Empezó á sentir que entraba
Lenta la sospecha y sorda.
Vió que de casa del tío
Hasta la de la que adora
Solo median pocas calles
Y esas ademas muy cortas.
Vió que el pleito de la chica
Ventajosa faz no toma
En el despacho de Osorio,
Y poco á poco fué torva
La faz mostrando Don Juan :
La voz espiró en su boca
Poco á poco, y vese, en fin,
Que mil quimeras que abortan
De su dudoso cerebro

En su corazón se agolpan,
De los sucesos pasados
Despertando las memorias.
Y en semejantes ideas
Su alma embebida y absorta,
A media noche Don Juan
Dejó á la Circe de Ronda,
A pasos lentos cruzando
Por las callejuelas lóbregas
Que rodean de la Antigua
La solitaria parroquia.

SEGUNDA PARTE.

La lobreguez de la noche
Tiene ya con sus tinieblas
Aquella ciudad dormida
Por todas partes envuelta.
Del manto azul de los cielos
Ni un giron percibir dejan
Los vapores que interpuestos
Brotan entre él y la tierra :
Y el murmullo de la vida
Apagado por dó quiera,
Todo es calma y todo sombra,
Todo calla, y se ve apenas
Algun farol espirante
Que ante alguna imagen cuelga,
Y el rumor solo se escucha
De las aguas del Esgueva,
Que cruzan por la ciudad
Con débil corriente lenta
Por entre los guijos ásperos
Que entorpecen su carrera.
Solo en una de las muchas
Curvas que á trazar le fuerzan
Los edificios que le abren
Paso, con la luz siniestra
De un farol que ante una imagen
Suspendido reverbera,
Se ve un trozo de una calle
Y el río que la atraviesa.
Un puentecillo de un ojo
Reune dos callejuelas
Que vuelven á dividirse
En cuanto de él se libertan.
La una, solitaria, lóbrega,
Mal empedrada y estrecha,
La parroquia de la Antigua
Casi en su mitad rodea.
Sobre el agua al otro lado
De otra parte de la iglesia,
Y en el muro que hace cara
Al río y la calle á medias,
Hay en un nicho una efigie
Del Crucificado puesta

Dentro de un escaparate,
Que entre cristales se cierra;
Y allí es donde está el farol
Que sobre el agua refleja,
Un círculo de luz parda
Trazando con su luz trémula.
Y allí es donde á largos pasos
En aquella noche mesma,
Llegando dos embozados
Con diabólica fiera
Se trabaron á estocadas
En sacrilega contienda:
Y á la luz de aquel farol
Que avisa allí la presencia
Del Hacedor de la vida
Contra las suyas atentan.
Nadie despertando al ruido
De sus cuchilladas recias
Abrió su ventana, nadie
Dando á deshora la vuelta
De galanteo ó tertulia
Llegó al lugar de la escena,
Y no hubo tampoco ronda
Que á dividirles viniera.
Ellos por espacio largo
Continuaron su pelea
Con tenacidad furiosa
Y profana irreverencia.
Al fin se oyó de uno de ellos
La voz que dijo con fuerza:
« ¡ Déjale, déjale! » y luego
La del otro que exclamaba:
« ¡ Ah traidor, maldito seas! »
A estos dos gritos, que oídos
Sobre el rumor del Esgueva,
Fueron desde el lecho por
El llavero de la iglesia,
Se abrieron de una ventana
Las encajadas maderas,
Y mirando á todas partes
Apareció por entre ellas
Cubierta de un gorro blanco
De aquel hombre la cabeza.
Mas nada debió de ver,
Puesto que á cerrar volviéndolas,
Quedó otra vez en silencio
La calle, el rio y la iglesia.

CAPITULO IV.

POR EL QUE COMPRENDERA QUIEN ATENTO
LEYERE QUE AQUEL POLVO TRAE ESTE LODO.

Iba Don Miguel de Osorio
En la mañana siguiente
Para empezar sus tareas
A sentarse á su bufete,
Cuando entrándose el portero
Del juzgado de repente,

Dijo: « Perdonad, señor,
Que así atrevido penetre
Sin orden en vuestro cuarto;
Pero el caso es muy urgente. »

El Juez. ¿Qué hay, pues?

El Portero. Un pesar muy grave.

El Juez. ¡Hablad en fin! ¿qué acontece?
¿Qué es ello?

El Portero. Traen el cadáver
De un hombre, y segun parece
Murió en la calle esta noche
Asesinado vilmente.

El Juez. ¿Han cogido al asesino?

El Portero. No, señor.

El Juez. Pues bien: que dejen
Depositado el cadáver
En esa iglesia de enfrente;
Que llamen al escribano;
Que al doctor busquen, y á verle
Pasaremos al momento.

El Portero. ¡ Ah señor!

El Juez. ¿Qué mas sucede,

Vive Dios que estais tan trémulo

Y asustado! Si supiéreis

Algo de lo sucedido

Esta noche en esa muerte,

Declarareis y *laus Deo*.

Mas ¿á qué mil diablos vienen

Esas lágrimas ahora?

¿Era el muerto algun pariente
Vuestro?

El Portero. ¡Ay señor, ojalá!

El Juez. Concluyamos, pues, imbécil,

De una vez: que entre la ronda

O quien quier que le trajere.

El Portero. Le trae la vuestra, señor

El Juez. Que pase, pues.

El Portero. No se atreva
Ninguno á daros tal nueva.

El Juez. Pero ¿qué misterio es este?

Para informarme que un hombre

Ha muerto por mano alevé,

Declarar y entablar de ello

La causa correspondiente,

¿Qué teme nadie de mí?

¿Porqué no han de osar mis gentes

Darme noticia del caso

Que á mi juzgado compete?

El Portero. Señor, porque es conocido
Vuestro el muerto.

El Juez. Y aunque fuese

Mi mejor amigo, soy

Juez, y me imponen las leyes

La de administrarlas justo

Por mas pesar que me cueste.

Con que decidles que pasen,

Y el muerto á la iglesia lleven,

Si es que no se le conoce
Y de familia carece.

El Portero. ¡Ay señor! un noble tío
Tiene no mas.

El Juez. ¡Dios clemente,
Qué horrible luz en mi alma
Habeis hecho que penetre!
Ese muerto...

El Portero. Es Don German.

El Juez. ¡Mi sobrino!

El Portero. ¡Contenedle,
Dios santo!

El Juez. ¿Dónde está? ¿dónde?
¡Dios piadoso, sostenedme

Y así Don Miguel de Osorio
Salió descompuestamente
Por sus cámaras gritando
Y sin poder contenerse.
Ya estaba todo el zaguan
Y la escalera de gente
Llenos, en torno del muerto
Que en hombros varios sostienen.
Llegaron al mismo tiempo
Los doctores : é impaciente
El triste juez por saber
Pormenores que apetece,
Entre ira y duelo á pedirles
Empezó públicamente.
Testificó el escribano;
Declararon los corchetes;
Reconocieron los sabios
El cuerpo pausadamente :
Llamóse un maestro de armas
A que declare si puede
Con cuál fué hecha la herida,
Y todos atentamente
Cumpliendo con su conciencia
Testigos é inteligentes
Después de bien meditado
Caso tal están contestes
En que el mozo ha sido muerto
Con espada alevemente.
En el izquierdo costado
Una sola herida tiene
Que no pudo recibir
En aquel sitio batiéndose,
Pues que tenia su espada
Empuñada fuertemente.
Luego á traicion le mataron
Por la izquierda acometiéndole,
Mientras con otro reñía
Que le atacaba de frente.
Quién le mató y por qué causa
Es un misterio que envuelven
Las sombras de aquella noche,
Y que descubrir no pueden
Suposiciones ni indicios,

Sin que la opinion se arriesgue
De quien suponga ó indique
Lo que en las tinieblas duerme.
Pero Don Miguel de Osorio,
Cuyo pesar no entorpece
Su perspicacia de juez,
Ni su esperiencia le tuerce
Jamás el juicio, en su alma
Una sospecha hervir siente,
Que mas incremento toma
Cuanto mas él la revuelve.
Al fin enjugó las lágrimas
De sus ojos, convenientes
Ordenes dió á sus criados
Para que el cuerpo se entierre
De Don German, y suntuosos
Funerales se celebren;
Y encerrándose en su cuarto
De sus rondas con el jefe,
Hombre de mucha destreza
En rastrear los delinquentes,
Misteriosas instrucciones
Le dió, y pronto despidiéndole,
Sus cotidianas tareas
Emprendió tranquilamente.
Bien revelaba el semblante
Lo que el corazon padece,
Mas él ahogó sus pesares
Al cumplir con sus deberes.

A las nueve de la noche
De esta jornada fatal,
De Aurora en el aposento,
Con ella estaba Don Juan.
Ella en un sillón de brazos,
El á su pié en un sitial,
Ella como nunca hermosa
Y él como nunca galán,
Trabada amorosa tienen
Conversacion, de la cual
Conviene oír lo que resta
Desde el punto en donde están.

Aurora. Mas, Don Juan, de esa manera
Mis asuntos irán mal.

D. Juan. Ya dejaremos aquí
Quien de ellos pueda cuidar.
Yo soy rico, y yo te adoro :
Ahijado del rey, me da
Honras que yo no ambiciono,
Pues que puedo conservar
Con mis rentas y mi brazo
Mi honor y mi libertad.
Un hombre, pues, como yo
Bien en la corte no está :
Si su favor aprovecha
Porque se le han de envidiar,
Y á quien algo le codician

Siempre vive con afán.
 Si desperdicia el favor
 Que puede fácil lograr,
 Porque con quien se le ofrece
 Por fin le malquistarán.
 Por todas estas razones,
 Y otras muchas además
 Que yo me sé, determino,
 Querida Aurora, viajar.
 Soy de mi familia el único,
 Gracias á Dios; un leal
 Y viejo criado hace
 Mis haciendas prosperar,
 Y quiero que alguien me ayude
 A gastar su renta anual.
 Ni tengo amigos, ni quiero
 A vagos alimentar:
 Mas no me siento hácia el oro
 Aún con desprecio tal
 Que le renuncie y sea monge,
 O que se lo quiera dar
 A los pobres, que son gente
 Que no lo agradecerá,
 Pues pienso ejercer primero
 Sobre mí mi caridad.
 Ahora, bajo este supuesto
 Te digo que abandonar
 Quiero unos años la corte
 Y aun nuestra España quizá.
 Viajar solo es diversion
 Que poquisimo solaz
 Proporciona, y es muy duro
 No tener con quien hablar.
 Tú eres sola en este mundo.

Aurora. Mi tia.

D. Juan. Es un carcamal

Que necesita reposo,
 Y á Ronda se volverá
 Con renta que yo la dé
 Para ir al sepulcro en paz.
 Con que he pensado llevarte
 Conmigo, Aurora, en lo cual,
 Segun lo que se me alcanza,
 Nada al cabo perderás.
 Irás hasta donde quieras,
 Y dó te canses quedar
 Te puedes, y desde allí
 A España te tornarás;
 Puesto que es justo que pague
 Ida y vuelta mi caudal.

Aurora. Mas ¿porqué con tanta prisa
 El partir determinais?
 ¿Qué mal estamos aquí?

D. Juan. Ello ha de ser: tú verás,
 Pues, lo que mas te conviene,
 Porque yo no puedo ya
 El fastidio de la corte
 Por mas tiempo soportar.

Si yo no vivo á mi antojo
 Sin que rey ni autoridad
 A darme venga consejos
 Que yo al fin no he de tomar;
 Si no dejo este prestado
 Carácter de gravedad,
 Si no riño, y ronde, y juego
 Cual fuere mi voluntad,
 Con las rentas que me sobran
 Y todo el favor real,
 De fastidio y de inaccion
 Creo que me he de secar.
 Y he aquí que te he hablado
 Con franqueza y con verdad
 Mi intencion, y en ella estoy
 Tan resuelto, y tan tenaz
 Voy á mantenerme en ella,
 Que de tu amor á pesar
 Si seguirme no te place
 Por despedido me da.

Aurora. Pero, Don Juan...

D. Juan.

Con el alba

Parto.

Aurora. Tal tenacidad
 Da á entender que para ello
 Razones grandes habrá.

D. Juan. ¡Si por Dios! la alegre vida
 Que llevo, mi mocedad
 Aprovechando, los lances
 A que mil veces lugar
 Di con juveniles ímpetus
 Que no modero jamás,
 Sé que han sido consultados
 Con el santo Tribunal,
 Que un dia ú otro es preciso
 Que me venga á amonestar,
 Lo cual por mas que sea en balde
 Sé que me molestará.

Y aqui iba ya de su plática
 El libertino Don Juan,
 Cuando dos aldabonadas
 La vinieron á turbar
 Que asentaron en la puerta
 De la casa en donde están.
 Abrió el mozo la ventana
 Diciendo airado: « ¿Quién va?
 — La justicia, respondieron.
 — Venga la justicia en paz,
 Repuso Don Juan: mas ahora
 ¿Qué negocio aquí la trae?
 — Una prision que esta noche
 Tiene en vos que ejecutar.
 — ¿En mí?

— En vos, y las personas
 En cuya compañía estais.
 Abrid, pues, á la justicia
 O á las resultas mirad. »

Quitóse de la ventana
 Don Juan, y vuelta la faz
 A Aurora que sin aliento
 Yacia sobre el sofá
 Dijo : « En vano es resistir :
 Si os teneis de qué acusar
 Mirad si hay parte que paso
 Franquee á la vecindad,
 Mientras que yo los detengo
 Mal que pese á Satanás. »
 Mas viendo que en vez las dos
 De asir con celeridad
 De uno ú de otro partido
 Se soltaron á llorar,
 Dijo : « A mí no me conviene
 Contra el santo Tribunal
 Hacer armas, porque nada
 Pueden contra mí probar. »
 Y en la escalera llamando
 Al page que con él va,
 Mandóle á los que venian
 Francas las puertas dejar.
 Entró el jefe de las rondas
 Del juez Osorio, y el tal,
 Al mancebo saludando
 Con cortés urbanidad,
 Díjole : « Siento teneros,
 Siendo quien sois, que tratar
 Así, mas daos, señor,
 Preso por su majestad. »
 Don Juan que no vió libreas
 Del santo Oficio, y á mas
 Conoce perfectamente
 A quien hablándole está,
 Le dijo á su vez con tono
 De amenaza : « Meditad
 Lo que vais hacer, buen hombre,
 Porque si os atropellais
 Y una sinrazon conmigo
 Cometéis, os va á pesar.
 Yo soy noble, y como noble
 Dependo de autoridad
 Competente á la nobleza,
 Y el rey llevarálo á mal.
 — Señor, dentro de un momento
 Os podeis justificar
 Delante del mismo rey,
 Que es quien me ordena así obrar.
 — ¿El rey me manda prender?
 — Por el juzgado especial
 Del juez Don Miguel de Osorio.
 — En ese caso guiad;
 Pero estas damas...

— En tanto
 Aseguradas no mas
 Quedan, que esteis preso vos :
 Pero si por libre os dan,
 Mañana mismo con vos

Quedarán en libertad. »
 Y esto diciendo, y tomando
 El estoque de Don Juan,
 Mandó el jefe de la ronda
 Una litera acercar
 Que dejó de aquella casa
 Esperando en el portal,
 Y hácia el juzgado volvieron
 Sus pasos á enderezar.

CAPITULO V.

EL REY Y DON MIGUEL DE OSORIO.

El Rey. Igual á vos en nobleza
 Es, Don Miguel; y el valor
 De la estirpe en que ha nacido,
 A la en que nacisteis vos
 Iguala si no aventaja.
 Él su palabra empeñó
 Delante ayer de mi corte,
 Y no merece el honor
 De quien es la torpe mancha
 De tan fea inculpacion.
 Creedme, Osorio, aquí os ciegan
 La cólera y el dolor,
 Y os disculpo la osadía
 Mirando á vuestra afliccion.
 Comprendo bien cómo en ello
 El pesar os arrastró,
 Y desde el primer momento
 En vuestra imaginacion
 A Don Juan, contrario vuestro,
 Supusisteis el autor
 De su muerte : pero de ello
 Ni teneis justa razon,
 Ni presentais una prueba :
 Con que miradlo mejor,
 Y pues podeis en justicia,
 Y cual sabio diestro sois,
 Emprended de este atentado
 La justa averiguacion.
 Para todo os autorizo,
 Y puesto que tambien vos
 Sois á par el ofendido,
 Sed el juez y el vengador.
Osorio. Señor, no os di concluyentes
 Pruebas, no : teneis razon,
 Sé que jamás lograré
 Con las que tengo hasta hoy
 Convenceros de lo cierto :
 Mas considerad, señor,
 Que llevo ya muchos años
 De juez, y que tengo yo
 La esperiencia que me guia
 Y me alumbrá la razon.
 Don Juan es ahijado vuestro,
 Su padre siempre os sirvió
 Con lealtad, é indulgente

Tal vez con el hijo vos,
 No veis á Don Juan como es
 Sino como ser debió.
 Nació noble, sí, á la sombra
 De vuestra real proteccion;
 Como á tal honra cumplia
 Con esmero se crió,
 Mas no olvideis que las gentes
 A quienes su educacion
 Se fió fueron contrarios
 De mi raza, y en su pro
 Del noble mozo aguardaban
 Mucho bien de su favor.
 Por ello tal vez las prendas
 De que el Señor le dotó
 Por igual no cultivaron;
 Y atendiendo al exterior,
 Se cuidaron poco ó nada
 De su jóven corazon.
 Porque, aunque sintais oirlo,
 Sabedlo al cabo, señor;
 Don Juan es un libertino
 A quien se disimuló
 Atendiendo á que vos érais
 Su padrino y protector.
 Vos, señor, de su conducta
 Nunca habeis visto sino
 Su gracia y su gentileza,
 Su osadia y su vigor:
 Y los que en vos conocian
 Hácia él tal predileccion,
 Tal vez para daros gusto
 Os le pintaron mejor.
 Mas yo sé su vida entera,
 Y sus secretos me son
 Conocidos lo bastante
 Para insistir sin temor
 De ofender la majestad
 En mi grave acusacion.

El Rey. Osorio, bien pueden ser
 Buenas pruebas para vos
 Las que para los demas
 Solo conjeturas son.
 Sé que para osar á tanto
 Sin duda que os asistió
 Grave causa, y que lo haceis
 Tras seria meditacion.
 Ya os dije, pues, que os otorgo
 Autoridad superior
 A la que os compete en esto,
 Pero en consideracion
 Tened la persona en quien
 Echais mancha tan atroz,
 Y no obreis contra persona
 De quien os respondo yo.
 Averiguad, inquirid
 Cuanto vuestra prevision
 Y vuestra esperiencia alcancen

Justo y recto: pero no
 Sin fundamento palpable
 Llegueis hasta la prision
 De Don Juan, pues siendo vuestro
 Contrario, murmurador
 El vulgo os lo ha de tildar
 Si sale una sinrazon.
 Por orden mia á Don Juan
 Esta noche se prendió;
 Que entre, y en vuestra presencia
 Yo mismo declaracion
 Le tomaré, y os protesto
 Que si un crimen cometió
 Tan villano, de las leyes
 Caerá en él todo el rigor.

Esto del rey Don Felipe
 En la oculta habitacion
 Entre él y el alcalde Osorio
 Aquella noche se habló:
 Y mientras que en la real cámara
 En esta conversacion
 Tan hondamente empeñados
 Estaban ambos á dos,
 En la próxima antesala
 Don Juan en calma esperó
 A que saliera el alcalde
 Para optar al mismo honor.
 Y no en balde: en el real nombre
 A llamarle el juez salió,
 Y con sereno talante
 En la régia habitacion,
 Delante del mismo juez
 Activo Don Juan entró,
 Y á los piés del rey postrándose
 Dijo: « Me dicen, señor,
 Que en nombre vuestro me prenden,
 Y aunque no sé la razon,
 A daros cuenta de mí
 Héme aquí pronto, señor. »

EL REY, DON JUAN, EL ALCALDE.

El Rey. Don Juan, Don German de Osorio
 Murió anoche: en una calle
 A la espalda de la Antigua
 Hallaron hoy su cadáver;
 Y á la enemistad mirando
 Que con él tuvisteis antes,
 Os acusan de su muerte.
D. Juan. Señor, antes de cuidarme
 De mi defensa, os suplico
 Que exijais pruebas palpables
 Del crimen de que me acusan,
 Puesto que si es quien lo hace
 Don Miguel de Osorio, tío
 Del muerto, no puede parte
 Y juez ser en un delito

En que no hay pruebas bastantes.

El Rey. ¿Negais, pues, que fuisteis vos
Quien le mató?

D. Juan. Sincerarme

No necesito, señor,
Segun veo : en semejante
Caso nos pusimos ambos
Mil veces, y siempre iguales
Salimos, dejando en duda
El éxito del combate :
Que ambos éramos valientes,
Y ambos éramos leales.

El Rey. Segun declaran peritos,
Un traidor debió matarle
Por la izquierda, mientras otro
Le atacaba por delante.

D. Juan. Yo jamás he acudido
A traiciones semejantes,
Ni para cita ó pendencia
Llevé en compañía á nadie.

El Rey. Anoche á vuestra posada
Volvisteis, Don Juan, muy tarde.

D. Juan. Puedo probar donde estuve
Hora tras hora.

El Rey. Se sabe
Que hasta las once en la casa
De unas damas os hallásteis
Que en el mismo barrio viven.

D. Juan. Mas fui despues bien distante
De allí á casa conocida
De todos.

El Rey. Dónde.

D. Juan. A la calle
De Santiago, y á la casa
Del oidor Palomares.

El Rey (al alcalde). ¿Que está poco mas
ó menos

Frente de la vuestra ?

Osorio. Casi
Frente á frente.

D. Juan. Y bien pudisteis
Cuando de ronda os marchásteis
Verme ; en su balcon estábamos
Por el calor.

Osorio. No era fácil
Que os distinguiera, la noche
Era muy lóbrega.

El Rey. Tales
Son sus señas, que engañado
Podeis estar vos, alcalde.

Osorio. Señor, bien pudiera ser,
Que todo en lo humano cabe :
Mas no lograis convencerme,
Y no habré de retractarme.

D. Juan. La enemistad que me tiene,
Señor, no puede ocultarse,
Y puede ser que si yo
Su acusador me tornare...

Osorio. Vos mi acusador, ¿de qué?

D. Juan. De lo que á mí me imputásteis.

Osorio (al Rey). ¿Señor, oís?

D. Juan.

Es sabido

Que debiais heredarle,
Y aunque pasais por ser hombre
De una conducta intachable,
De costumbres muy severas,
De generosidad grande,
Yo tambien pasé por noble,
Sin que hasta hoy se me negase
Valor que está bien probado,
Y me acusais de cobarde :
Perdonad, pues, si os acuso
De avaro, señor alcalde,
Pues las pruebas que alegamos
Ambos á dos son iguales.

El Rey. Ya veis que os devuelve, Osorio,
La acusacion y el ultraje
Con razones de igual peso.

Osorio. Señor, para sincerarme
De esa acusacion tendremos
Pruebas mas incontestables,
Testigos de entero crédito
Y cuentas harto cabales.
Negar, no es probar que es falsa
La acusacion.

D. Juan. Creo en balde
Vuestro empeño, señor juez,
Si testigos que declaren
No teneis, ni prenda, ó rastro
Que me descubra ó delate
Como autor de tal delito.
Fuí su enemigo, las paces
Se hicieron de orden del rey
Ayer mismo aqui, y ¿quién sabe
Si otro enemigo escondido
Halló ocasion de vengarse,
Dando por cierto que á mí
Su obra habrian de achacarme?
¿De una estocada traidora
Decís, y entre dos matáronle?
Hallad, si podeis, el otro
Que tuvo que acompañarme,
Y si él dice que por mí,
Y mientras yo por delante
Con él reñí, por detrás
Él le asesinó cobarde,
Aun faltará que nos prueben
Que yo le dije que obrase
De este modo, ó por su antojo
Dió en vileza semejante.
Porque decir que á un Osorio
Así ha podido matarle
Un solo hombre, dándole á él
Tiempo para prepararse,
Cosa es que creerán no mas
Que mugeres, ó patanes,

Que no conocen por zafios
De las armas los achaques.

El Rey. Alcalde Osorio, bien dice :
Y pues se encontró el cadáver
Con la espada todavía
Empuñada, es indudable
Que sucumbió defendiéndose :
Que solo un hombre matarle
Con golpe tal no ha podido ;
Y que siendo en este lance
Necesarios dos, y habiendo
Solo uno, es fuerza que baste
De injustas acusaciones ;
Echad, pues, por otra parte,
Y en paz dejad á Don Juan
Que os perdona lo que errásteis.

Osorio. En paz se vaya, señor ;
Mas que en su vida no aparte
De la memoria, que yo
He de encontrar al culpable
O he de morir en la empresa :
Con que á su alma demande
Si está culpado ó si no,
Porque aunque diez años pasen,
Yo tengo de dar con él
Y para Dios nunca es tarde.

Y así el alcalde diciendo
Del aposento se sale,
Dejando al rey y á Don Juan
Bruscamente : « Dispensarle
Debeis, dijo Don Felipe,
Porque sin juicio le trae
El duelo por su sobrino.
Pero es de los mas sagaces
Hombres que existen, Don Juan,
Y al fin es fuerza que indague
La verdad ; si la sabeis,
Decidla y será mas fácil
Perdonaros, confesando,
Que cuando el juez os ataje.
—Señor, llegado á tal punto,
Dijo Don Juan, no me cabe
Mas deber para cubrirme
De imputacion tan infame,
Que el de callar y pedir
Pruebas ciertas y legales.
Me acusa, pues que demuestre
Su acusacion, ó el ultraje
Me satisfaga, que en ello
Tan villanamente me hace. »

CAPITULO VI.

EN DONDE SE DEMUESTRA QUE EL JUEZ ERA
HOMBRE QUE LO ENTENDIA.

Terrible y fatigosa
Fué la noche que el juez consigo mismo

I.

Pasó luchando ; y triste y angustiosa
Pesadilla interior, su ánimo acosa.
Su probada esperiencia,
Su pericia y su gran conocimiento
De los hombres y el mundo,
Han dado á su conciencia
Ciego, íntimo, profundo,
Formal convencimiento
De que solo Don Juan de su sobrino
Pudo ser el incógnito asesino.
Pero por mas que en su agitada mente
Revuelve los indicios y sospechas,
De que asaltada sin cesar la siente,
Conoce que es su fuerza insuficiente
Y que en el aire están fundados y hechas
Al preguntar el rey al caballero,
Y al contestar Don Juan á sus preguntas,
Ha comprendido bien su ojo certero
Que tras de su semblante noble y fiero
La astucia y la maldad estaban juntas,
Y que temblaba el corazon culpado
Tras la serena faz del acusado.
« Si del crimen capaz no hubiera sido,
Decia el juez, ¿hubiérale ocurrido
Que otro por ambicion lo que él por ira
Hubiera cometido? »

¿La mano de un solo hombre no ha podido
Causar herida tal? ¿Sueño, mentira!
En los lances de un duelo
No hay imposible golpe : no hay certera
Comprension que desmienta ó asegure
Lo que en manos no mas está del cielo.
No... si un hombre bizarro se defiende,
Y un raudo esfuerzo del que triunfo espera
Le falla, ó un tropiezo cualesquiera
Del enemigo ante los piés le tiende,
¿Quién dice que un traidor á salva mano
Si una venganza desleal pretende,
No le asesta á su vez golpe villano
Que al mas perito incomprendible sea
Como él ejecutarle no le vea?
¿Quién es el que asegura
Que al hidalgo en las armas mas maestro,
Acometido en una noche oscura
Por quién si débil mas, siendo mas diestro,
Con una estratagema prevenida,
Conociendo del otro la nobleza
No la puede quitar, por vil destreza,
Con la serenidad la noble vida?
¿Quién afirmar podria
Que el mas noble y valiente caballero,
De cólera embriagado,
Y en el apuro del combate fiero,
Del triunfo con la sed no intentaria
Lo que él mismo á pensarlo á sangre fria
Mirara como bárbaro atentado? »
Y de este modo Osorio discurría
Inventando maneras y ocasiones,

34

Tomando y desechando á un tiempo mismo
 Por buenas y por vanas sus razones.
 Revolvía afanado en su memoria
 Los recuerdos que inquieta le traía
 De su azarosa juventud la historia :
 Los azares y golpes de fortuna
 Que oyó contar, ó presenció en la guerra,
 Que en tiempo antiguo y conquistada tierra
 Se vió á hacer obligado
 Con el Emperador : y una por una
 Las lecciones contaba
 Que del maestro en la niñez tomaba,
 Y los distintos golpes
 Que habia en ellas recibido y dado,
 Mas con el golpe matador no daba.
 Al fin, en tal vigilia
 Y en tal desasosiego
 La aurora le cogió : del lecho fuera
 Despechado saltó; vistióse luego,
 Y á la calle salió calma buscando
 En la frondosidad de la pradera,
 Y en el ambiente perfumado y blando
 Que deja tras de sí la primavera.
 Pálido, distraído,
 Sin objeto ni término cruzaba
 Las calles y las plazas, absorbido
 En la idea fatal que le acosaba.
 Bajó del Espolón á las moreras,
 Y mil veces cruzó desatinado
 Del uno á otro lado,
 Hasta que del Pisuerga en las riberas
 Se tendió fatigado.
 Callado, melancólico y sombrío,
 Distracción no encontrando ni consuelo
 En las ondas monotonas del río,
 Tornó los ojos suspirando al cielo.
 Y en el diáfano azul que el sol de oriente
 Bañaba en resplandor, buscaba en vano
 Un rayo que á su mente
 Inspirara un impulso soberano.
 Así por largo trecho
 Contempló vagamente,
 Al són de los latidos de su pecho
 Las nubes, que extendiendo lentamente
 Sus contornos formados de vapores,
 Pasaban impelidas por el viento,
 Cambiando de contornos y colores.
 Y manchando el azul del firmamento;
 Y en tanto así que en la inacción yacía,
 Pasaba el tiempo y avanzaba el día.
 Mas hé aquí que instigado
 Por feliz pensamiento repentino
 Se levantó agitado :
 Y blandiendo la vara con que muestra
 La noble autoridad de su destino,
 A manera de espada,
 Cual á un sér invisible acometiendo,
 Marcó lanzando un grito una estocada

En el aire, soltó una carcajada,
 Y echó de la ciudad por el camino,
 De este modo diciendo :
 « Déjeme Dios de su divina mano
 Si no cae en la red ese villano. »

Tornó á su casa; entróse en su aposento
 Y el ropón y la vara abandonando,
 Hizo que le sirvieran al momento
 Traje comun, que sin insignia alguna
 De autoridad ni mando.
 Sobre él no fuera la atención llamando.
 Ciñóse á la cintura
 Largo y templado estoque toledano,
 Y cambiando del todo su figura,
 Tornándose de juez en cortesano,
 Con gentil apostura
 Y sereno semblante,
 Hacia la casa de Don Juan tomando.
 Las calles adelante,
 Llegó á su puerta, y recibido en ella,
 Dó se hallaba Don Juan, se entró arrogante.

D. Juan. ¿Quién á mi cuarto llega de este modo?

Osorio. Soy yo, señor Don Juan, y en dos palabras.

Vais á entenderlo todo.
 Anteanoche German murió en la calle
 Y á mi se me ha metido en la cabeza
 Que nadie mas que vos pudo matarle;
 No hay prueba que atestigüe
 Del hecho la certeza,
 Ni hay modo de que nada se averigüe.
 Mas como quier que sea,
 Y en vista de que el reo no parece,
 Tanto mi duelo y mi coraje crece,
 Que yo os vengo á sacar á la pelta.

D. Juan. Señor juez...

Osorio. Señor mío,
 Yo tambien soy Osorio; y el pustrero
 De vuestra raza vos, yo de la mía.
 El uno contra el otro en este día
 Nuestro odio y nuestro brio
 Mostrando, uno de entrambos de la vida
 Es preciso, Don Juan, que se despidan.
 Con que así sutilezas apartemos
 É inútiles excusas,
 Y salgamos al campo y acabemos.
 Mozo sois y valiente;
 Y aunque empieza el cabello
 Un poco á encanecer sobre mi frente,
 No ha perdido por ello
 Mi corazon y brazo la firmeza
 Que requiere nuestro odio y mi nobleza.

D. Juan. Miradlo, señor juez, maduramente,

Vos sois quien viene á provocarme al duelo

Y yo porque ninguno torpemente
Sospeche acaso que me dais recelo,
Y porque sois el agresor, el trance
Admito solamente.

Osorio. Bueno está: protestad lo que quisiéreis

Que yo por satisfecho
Del todo me daré, como os batiéreis,
Y echad la culpa sobre mi de lo hecho.

D. Juan. Ved que os repito, *Osorio.*

Osorio. Concluyamos:

Si no admitís el duelo no os estrañe:

Que dó quier que os encuentre
A cuchilladas por cobarde os entre.

D. Juan. ¡Vive Dios!

Osorio. Así os quiero.

D. Juan. Vamos.

Osorio. Vamos.

Y tomando en la calle al caballero
Que primero encontraron por padrino,
Con largo paso y continente fiero
Al campo enderezaron el camino.

Por fuera del Campo Grande,
Y á sombra de las paredes
De su cerca, están con brio
Osorio y *Don Juan* batiéndose.
Es hombre el juez de buen brazo,
Y grande esperiencia tiene
De las armas, y aunque diestro.
Es *Don Juan*, recio y valiente,
El juez le busca las vueltas.
Tan sagaz, y le acomete.
Con tal prisa, que *Don Juan*
Con trabajo se defiende.
El padrino, que contempla
En silencio el duelo, teme
Por el mozo, aunque tal vez
Ve en *Osorio* que no quiere
Quitar á *Don Juan* la vida
Que ha podido ya dos veces.
Con vigor se baten ambos,
Mas *Don Juan* terreno pierde
De tal modo que la espalda
Casi junto al muro tiene.
En aquel trecho del muro
Se abría precisamente
Un postiguito escusado
Al huerto perteneciente
De los padres capuchinos:
Y allí es á lo que parece
Donde *Osorio* á su contrario
Quiso llevar diestramente.
El padrino, que á *Don Juan*
Vió cerca de los dinteles
Del postigo, á tropezar
Próximo si no lo advierte,

Y á caer por un percance
Del terreno, fué á ponerse
De aquel lado porque entrambos
A terreno igual viniesen.
Mas en el instante mismo
En que él empezó á moverse,
Y hácia el lado de *Don Juan*
Ganó la vuelta, con fuerte
Voz exclamó el diestro juez:
«¡No le asesines, detente!»
A esta voz volvió *Don Juan*
Por la derecha, y metiéndole
El juez su espada de pronto
Por el costado al volverse,
Dijo: «Esta fué la estocada
«Que á *Don German* dió la muerte,
«Y tal se la disteis solo,
«Aunque hecha entre dos parece.»
Don Juan, al oír al juez
Este hablar tan de repente,
Y la espada por su taza
Asegurada sintiéndose,
Palideció, y sin aliento
Quedó del *Osorio* enfrente.
Quiso mediar el padrino
Que nada de esto comprende,
Dando por vil el combate
Y acabado malamente;
Mas envainando su estoque
El alcalde, é imponiéndole
Silencio, dijo al manco:
«*Don Juan*, la vida debeisme,
Pues si hago encarnar mi espada
Por ahí os entra la muerte;
Mas solo quise marcaros,
Don Juan, y poner patente
Que esa estocada es la vuestra.
Negadlo ya si pudiéreis.»
Y de esta manera *Osorio*
Con firme ademán diciéndole,
Dándoles á ambos la espalda
Se alejó de ellos riéndose.

CONCLUSION.

El Rey. *Osorio*, no os conseis: será posible
Como vos lo decís, mas no indudable
Cual la ley lo requiere:

Y me habeis de encontrar inexorable.

Osorio. Sea, señor, pero de vos apelo...

El Rey. ¿De mí? ¿y á quién?

Osorio. Al tribunal del cielo.

Hay un Dios, cuya ciencia es infinita;

Cuya suma justicia es infalible;

Cuyo castigo el mas sagaz no evita.

Y que al justo protege,

Y ante cuyo poder fuerza es que ceje

El humano poder, y en quien confío.

Que si aquí la razon está en mi abono
La declare por fin en favor mio.

El Rey. Mas yo no alcanzo...

Osorio. Si Don Juan me jura
Sobre los sacrosantos Evangelios,
Y al lado de la abierta sepultura
De mi sobrino Don German de Osorio,
Que no tuvo en su muerte parte alguna,
Y evoca su cadáver por testigo
En el nombre de Dios, doy por notorio
Que es inocente, y sobre mí tan solo
Como calumniador caiga el castigo.

El Rey. Sea como decis: mas vive el cielo
Que si jura Don Juan, como os lo digo,
Morireis en vez suya,
Sin que atienda en tal caso mi justicia
Razon alguna que por vos arguya!

Osorio. Acepto la partida,
Señor: mas creo en Dios sinceramente,
Y si Dios me abandona claramente
Perderé, no la fé mas sí la vida.
Porque os juro, señor, que si llegara
A faltarme esta fé solo un momento,
Por no caer en la duda me matara.

El Rey. Pues aprontad lo que haga á
vuestro intento

Para que preste ese hombre juramento:
Mas si con prueba tal no da aun certeza,
Acepto por la dél vuestra cabeza.

Y con palabras tales
Despidió el rey Felipe al juez Osorio:
Y de el juicio de Dios fallo inconcuso
A aquel sangriento caso apeteciendo
Cada cual á aceptarlo se dispuso.

Y apenas aquella noche
Tendió su manto de sombra
Por las animadas calles
De la ciudad bulliciosa,
Cuando de un gótico templo
En una capilla lóbrega
Lentamente se reunian
Hasta unas doce personas.
El obispo diocesano,
Vestido cual la católica
Iglesia requiere en sus
Sacrosantas ceremonias,
Estaba junto á un sepulcro
Sentado en una poltrona,
Y á su izquierda el juez Osorio
Con su golilla y su toga.
Don Juan estaba tambien
Allí, apartado en la sombra
De un ángulo, con altiva
Espresion irreligiosa.
Los demas eran dos pages
Del obispo, y las muy doctas

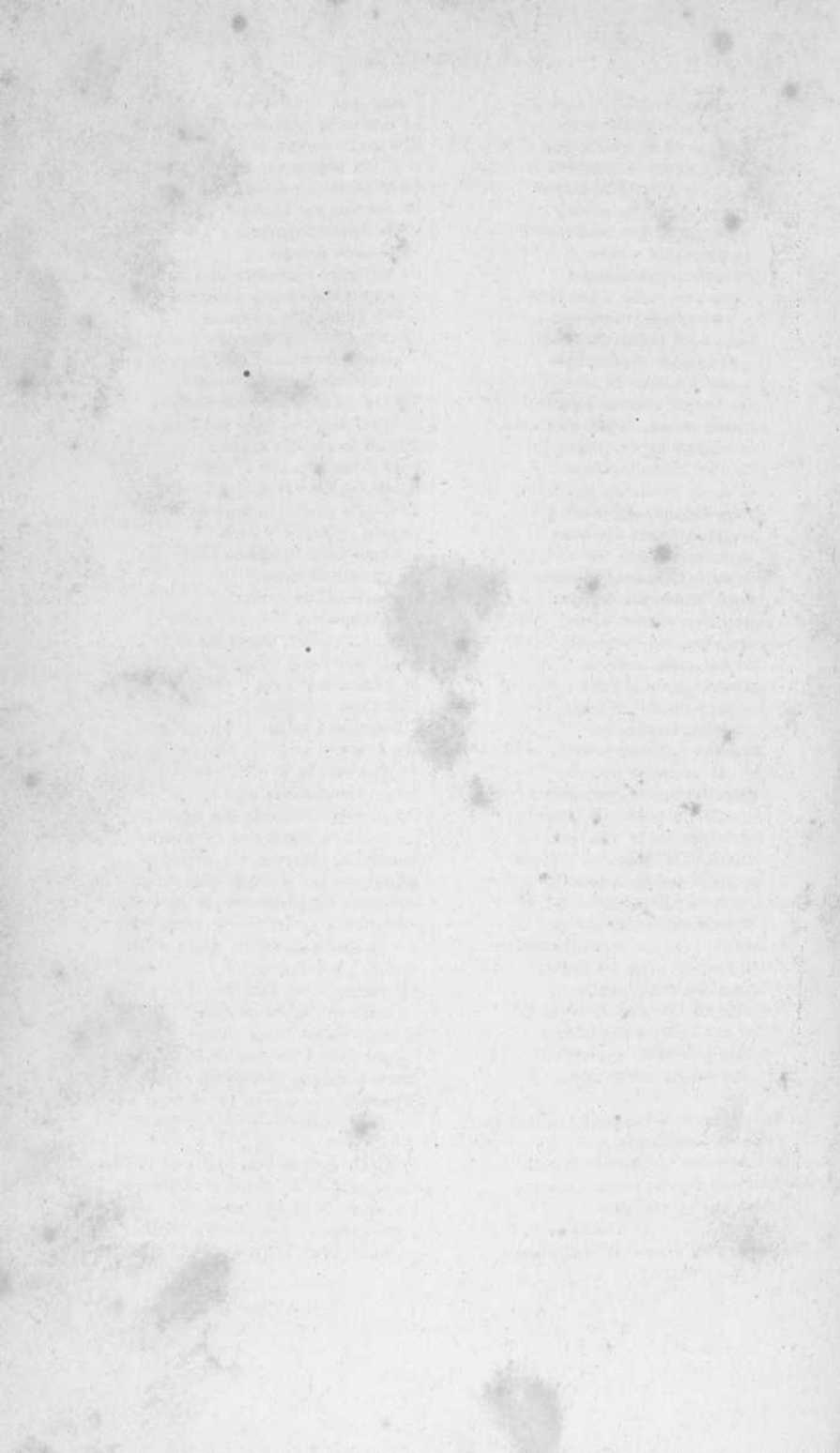
Personas de dos canónigos,
Y curas de la parroquia.
Pasaron breves momentos
De quietud tan silenciosa
Entre aquellos personajes,
Y el reló marcó la hora
De las siete de la noche:
En cuyo punto con torva
Faz entró el rey Don Felipe
En la capilla. Con honda
Reverencia saludáronle
Todos, y á todos con corta
Inclinacion de cabeza
Contestando: « ¿Están ya todas
Las cosas dispuestas? » dijo,
Y á un sí, de la voz sonora
Del obispo, replicó
El rey: « Manos á la obra. »
Con la régia dignidad
Que resalta en su persona,
Marcó á cada cual el sitio,
Y obligacion que le toca.
Púsose el obispo en pié;
Alzaron la suelta losa
Del sepulcro que hay en medio
De aquella capilla gótica;
Y descubierto el cadáver
De Don German, por las hojas
De los santos Evangelios
Abriendo un misal, y antorchas
Aproximando á sus páginas,
Con tono que no denota
Ira ni piedad, el rey
Dijo á Don Juan: « Hoy evoca
« Don Miguel de Osorio el alma
« De este mozo, á quien traidora
« Mano mató, en contra vuestra,
« Porque accion tan alevosa
« Os atribuye, y del cielo
« La justicia protectora,
« Porque muestre si culpado
« Estais ó inocente, invoca.
« Si con una mano puesta
« En las sacrosantas hojas
« De estos santos Evangelios,
« Y en el cadáver la otra,
« Jurais que no fueron ellas
« De su asesinato autoras,
« Y no hay antes un testigo
« Que declare en vuestra contra,
« Quiere Don Miguel de Osorio
« Que recaiga en su persona
« El castigo que las leyes
« Por calumniador le impongan.
« Jurad, pues, señor Don Juan:
« Y de los cielos la cólera
« Invocad contra el culpable
« Que en el misterio se emboza,

« Y el testimonio del cielo,
 « Para quien oculta cosa
 « No hay en la tierra, que el velo
 « De su misterio descorra. »
 Dijo el rey : y dió Don Juan
 Un paso adelante, pronta
 Obediencia al rey mostrando
 Y la serenidad propia
 De quien inocente está :
 Tendió una mano á las hojas
 Del santo libro, espresion
 Dando á su rostro diabólica,
 Y estendiendo lentamente
 Hácia el cadáver la otra,
 Para hablar tomaba aliento,
 Cuando recias, secas, cóncavas,
 Dos aldabadas se oyeron
 Que una mano vigorosa
 Dió en la puerta de la iglesia,
 Cuyas aldabadas roncadas
 Ahogaron de las palabras
 Los sonidos en su boca.
 Por un instantáneo impulso
 De una universal zozobra
 Interior quedaron todos
 Inmóviles, con recóndita
 Pavura, esperando ver
 Quien llega así á tales horas.
 Un page del rey á poco
 Entró con respetuosa
 Atencion, yéndose al rey
 Y anunciando la persona
 De un embozado, que dice
 Que allí su presencia importa
 Por testigo de la muerte
 De Don Juan. Quedóse atónita
 La gente con tal anuncio,
 Y una sonrisa sardónica
 Contrajo los labios pálidos
 De Don Juan, como quien honda
 Conviccion tiene de que es
 Imposible que deponga
 Nadie en esto con verdad,
 Por ser aquesta una historia,
 Como enredada improbable,
 Como oculta misteriosa.

Mas entrando á tal punto en la capilla
 Un sombrío embozado,
 Dijo al rey Don Felipe de Castilla
 Al ataud de Don German llegado :
 « Yo fui el solo testigo
 De la muerte de este hombre :
 Y que es Don Juan el asesino digo :

Puesto que él no osará de Dios en nombre
 Lo contrario jurar aquí conmigo. »
 Dijo así el embozado :
 Y el són ignoto que su voz produjo
 En el pecho espantado
 De cuantos allí estaban, desusado
 Pavor hondo introdujo.
 El anciano prelado,
 De agitacion recóndita movido,
 Preguntó con acento decidido
 A Don Juan, que aterrado
 Contemplaba al incógnito embozado :
 « ¿Jurais ó no?... » y Don Juan en un acceso
 De satánico orgullo y osadía,
 Tal vez de confianza con exceso,
 Sobre el sagrado libro del cristiano
 Tendió la abierta mano :
 Pero posada apenas la tenía
 Sobre aquella evangélica Escritura
 Cuando la mano descarnada y fria
 Cuanto inflexible y dura,
 Del embozado incógnito sobre ella
 De repente cayendo,
 Y apartando el embozo,
 Hizo exhalar al libertino mozo
 Un ¡ay! mortal, desesperado, horrendo.
 Cayó ante aquel incógnito de hinojos
 El misero Don Juan : y en el testigo
 Misterioso y potente
 Claváronse á la par todos los ojos,
 Y á todos el misterio fué patente.
 Aquella en que se envuelve larga capa
 No un sér humano tapa :
 Cubre solo de bronce una figura,
 Emboza solamente una escultura.
 Inmóviles, absortos, sin aliento
 Mostrando en los semblantes su pavura
 Quedaron los presentes un momento
 Presa todos de un mismo pensamiento.
 Y entonces aquel sér á quien divino
 Aliento y sér anima,
 Así exclamó con sobrehumano acento
 « Jamás se invoca en vano
 El favor de los cielos soberano :
 En una calle á mi mansion contigua
 Murió German : testigo del villano
 Crimen fui yo : mas véngale mi mano,
 Yo soy el Crucifijo de la Antigua. »

Quedó muerto Don Juan : de la capilla
 Despareció en un punto la escultura,
 Y movido de la alta maravilla
 El juez Osorio, abandonó á Castilla
 Y murió de un convento en la clausura.



ÍNDICE.

*Zorrilla, el mayor de los poetas cristianos
(A. de Valbuena)*

	Pag.		Pag.
DON JOSÉ ZORRILLA.	1	La sorpresa de Zahara, romance de	
PRÓLOGO.	XLV	1481.	49
COMPOSICIONES DIVERSAS.			
PRIMERA PARTE.			
A la memoria desgraciada del joven li-		A los individuos artistas del liceo. . .	55
terato D. Mariano José de Larra. . .	1	El amor y el agua.	56
A Calderon.	2	A la muerte de ***.	58
Toledo.	3	La orgía.	59
El reló.	5	El canto de los piratas, traduccion de	
La luna de enero.	6	Victor Hugo.	60
A una muger.	7	Oriental.	ib.
Oriental.	9	La plegaria.	61
A Venecia.	ib.	La juventud.	62
Un recuerdo y un suspiro.	11	La amapola.	64
A Don Jacinto de Salas y Quiroga. . .	12	La noche y la inspiracion.	ib.
A ***.	13	Un recuerdo del Arlanza.	67
Oriental.	14	A buen juez mejor testigo, tradicion de	
La meditacion.	15	Toledo. . . (A).	70
A la estatua de Cervantes.	ib.	TERCERA PARTE.	
Elvira.	17	A Roma.	77
La tarde de otoño.	18	La noche inquieta, fantasia.	79
Indecision.	19	Soledad del campo.	79
Oriental.	21	Soneto.	86
Romance.	ib.	A Blanca.	ib.
A un torreón.	22	Oda.	87
La noche de invierno.	ib.	La margen del arroyo.	89
Recuerdos de Toledo.	24	Al último rey moro de Granada, Boab-	
SEGUNDA PARTE.			
A mis amigos Don Juan Donoso Cortés		dil el Chico.	91
y Don Nicomedes Pastor Diaz.	27	El velo, traduccion de Victor Hugo. . .	97
(1) El día sin sol.	ib.	Vanidad de la vida, fantasia.	ib.
Inconsecuencia.	32	Tenacidad.	98
La torre de Fuensaldaña.	35	Honra y vida que se pierden no se co-	
La duda.	37	bran, mas se vengán, leyenda.	99
Para verdades el tiempo y para justi-		Soneto.	112
cias Dios, tradicion.	38	Tempestad de verano.	ib.
(2) La Virgen al pié de la cruz.	44	Recuerdo á N. P. D.	115
Napoleon.	47	A la niña C. D. E.	117
		A una calavera, fantasia.	118
		CUARTA PARTE.	
		Las hojas secas.	123

(1) 3 obras, de las mejor escritas en castellano

Recuerdos de Valladolid, tradicion.	Pag. 125
A Blanca.	137
Cancion.	138

QUINTA PARTE.

El crepúsculo de la tarde.	139
A un águila, oda.	142
Oriental.	144
Cancion.	145
***.	10.
A Mariana, cancion.	146

SESTA PARTE.

Príncipe y rey, romance histórico.	148
Las dos rosas.	167
El niño y la maga, fantasía.	187

SÉTIMA PARTE.

Dedicatoria á mi amigo Don Juan Eugenio Hartzenbusch.	196
El capitán Montoya.	197
Vigilia.	212
Gloria y orgullo	214
Pereza.	216
Cadena.	217
En un album.	218
Misterio.	ib.
Justicias del rey Don Pedro.	220
Leídos por los actores en el teatro del Príncipe.	224
A la luna.	226
Horizontes.	227
Impresiones de la noche.	229
Fé.	230
A España artística, soneto.	231
Ira de Dios.	232
El escultor y el duque, cuento.	233

RECUERDOS Y FANTASIAS.

Introduccion.	243
Los borceguies de Enrique segundo, romance.	245

Oriental.	Pag. 254
Una aventura de 1360, romance.	255
Las estocadas de noche, romance.	258
El caballero de la buena memoria, leyenda tradicional.	260
A Maria, plegaria.	276
Poco me importa, cancion.	ib
A Don Wenceslao Ayguales de Izco, epistola.	277
A mi amigo Wenceslao Ayguales.	279

CANTOS DEL TROVADOR

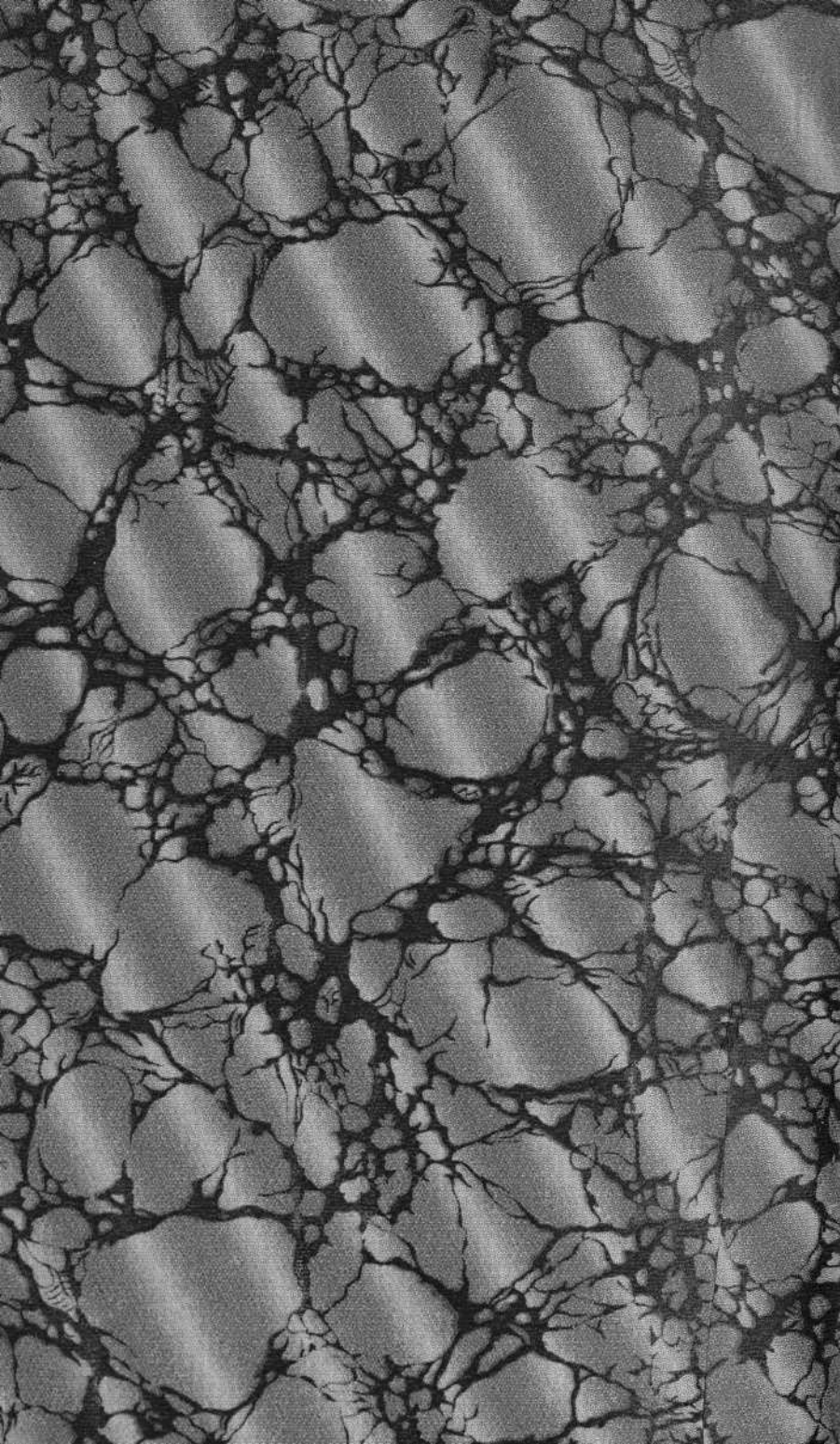
Introduccion.	281
Leyenda primera. La princesa Doña Luz.	282
— segunda. Historia de un Español y dos Francesas.	304
— tercera. Margarita la tornera, tradicion.	320
— cuarta. La Pasionaria, cuento fantástico.	358
— quinta. Apuntaciones para un sermón sobre los novisimos, tradicion.	385
— sexta. Las pildoras de Salomon, cuento.	393

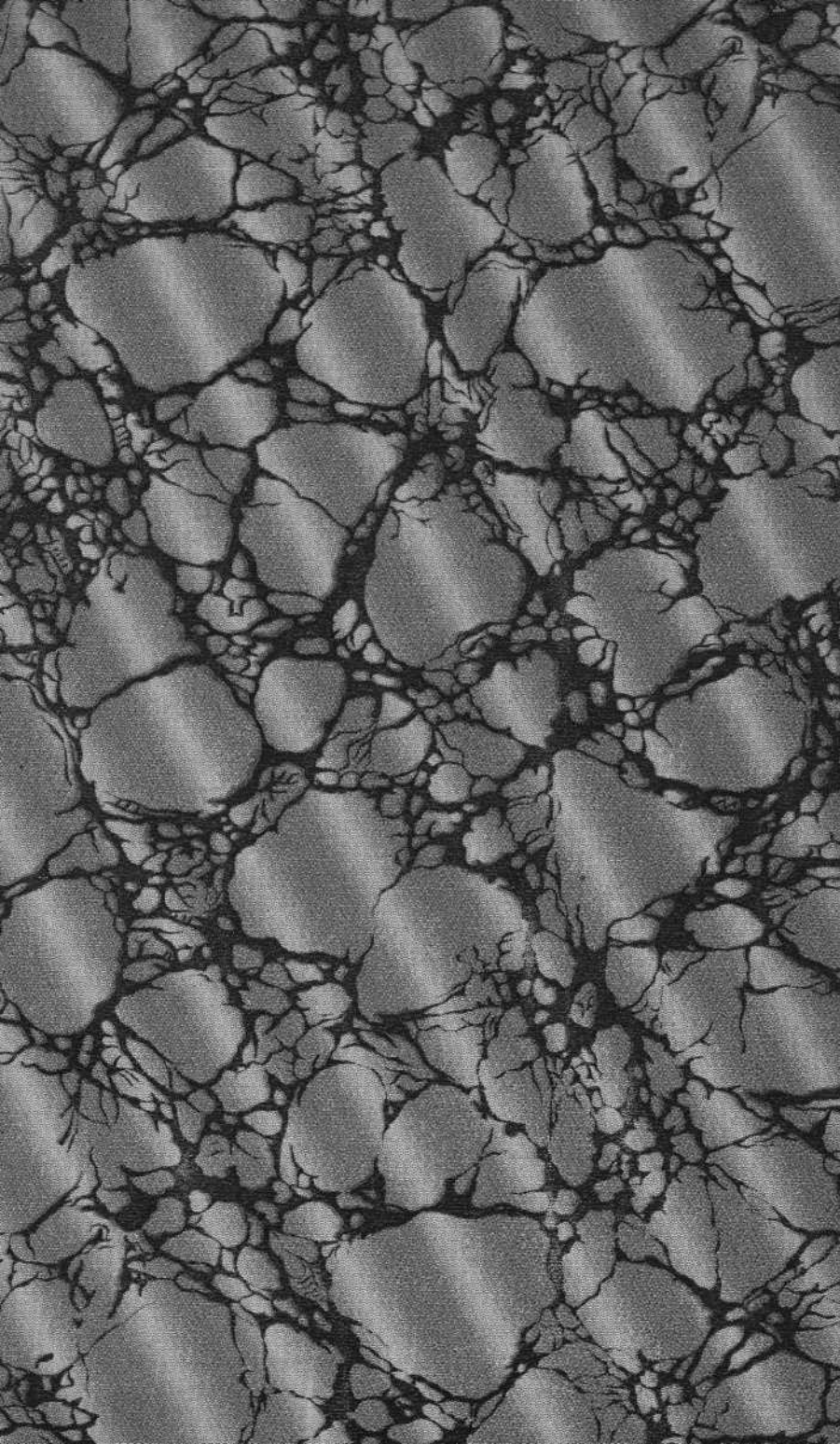
VIGILIAS DEL ESTIO.

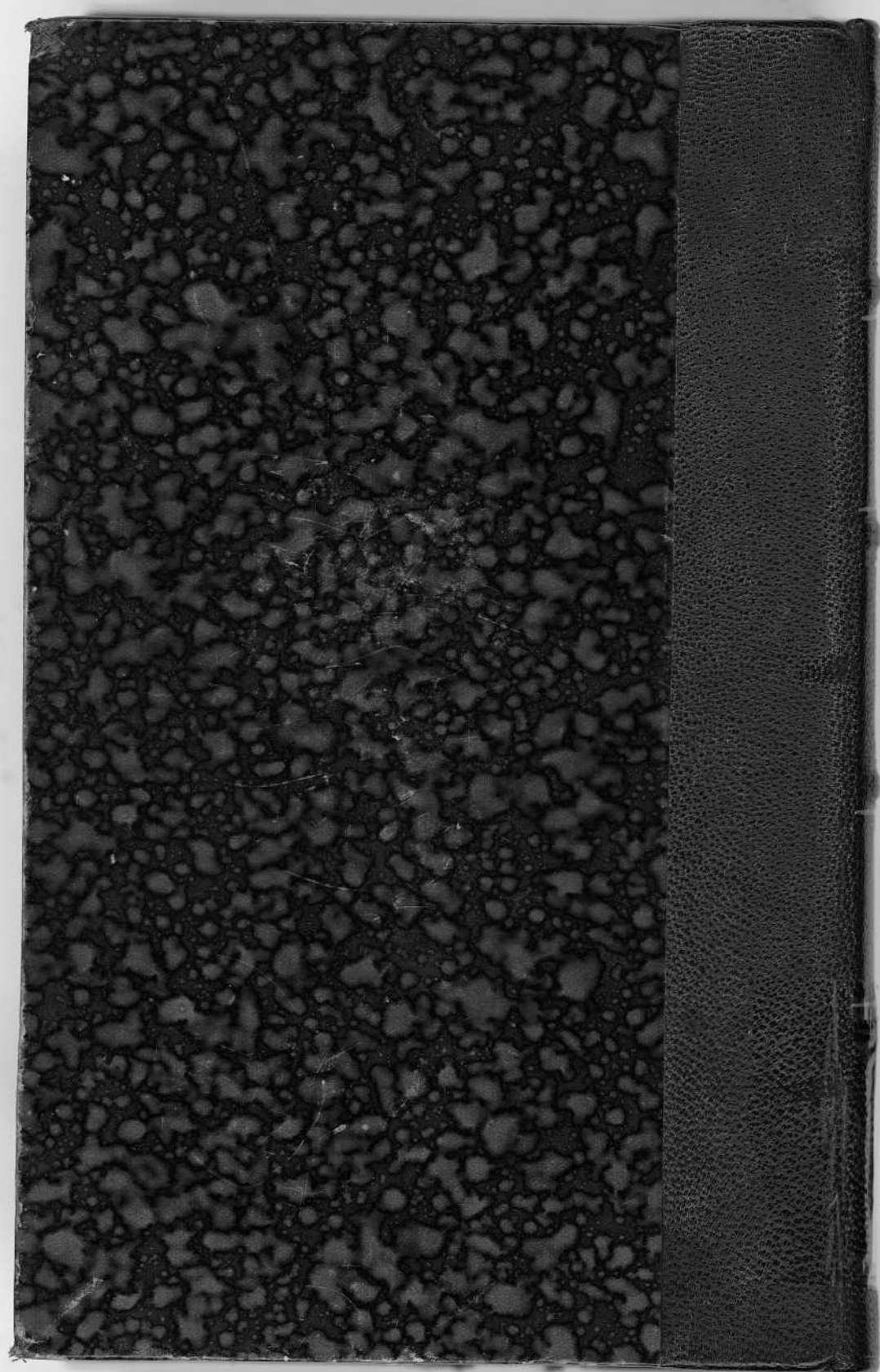
Prospecto.	403
El talisman, leyenda tradicional.	ib.
Dos palabras del autor á Don Carlos Latorre.	431
El montero de Espinosa, leyenda histórica.	ib.
Dos hombres generosos, leyenda oriental.	441
—	—
La azucena silvestre, leyenda religiosa del siglo IX.	456
El desafio del diablo, leyenda tradicional.	485
Un testigo de bronce, leyenda tradicional.	514

FIN DEL INDICE.









J. ZORRILLA

—
OBRAS

1

G- 10811